EDWARD GIBBON

HISTORIA DE LA DECADENCIA Y CAÍDA DEL IMPERIO ROMANO

TOMO IV

El cuarto tomo (años 733 a 1430) se ocupa, entre otros acontecimientos, de la desintegración del Imperio Romano de Occidente, las tres primeras cruzadas, la conquista de Constantinopla por los turcos y la consolidación de Estado eclesiástico.

Edward Gibbon

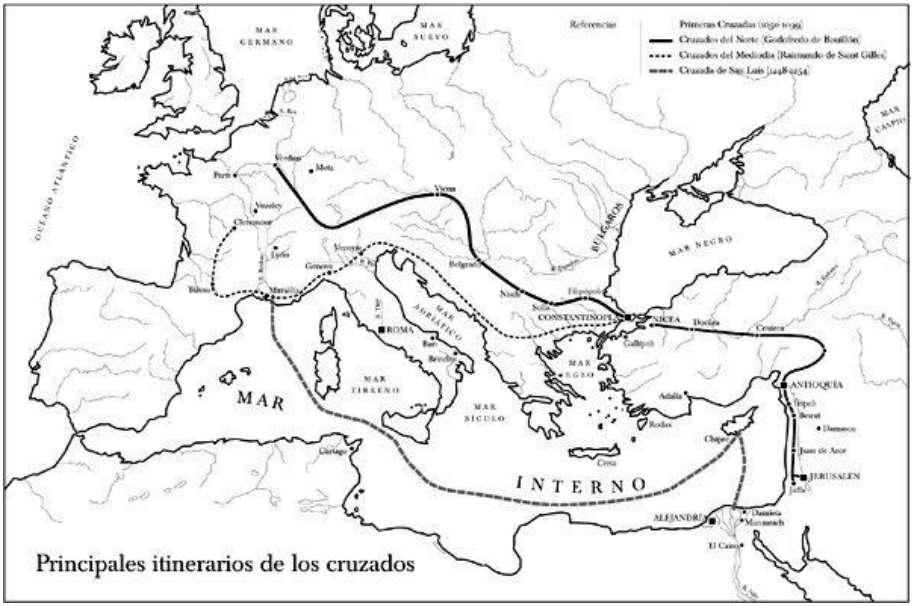
HISTORIA DE LA DECADENCIA Y CAÍDA DEL IMPERIO ROMANO IV

ePub r1.2

liete 16.07.14

EDICIÓN DIGITAL

Título original: *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire*
Edward Gibbon, 1776
Traducción: José Mor Fuentes, 1842
Notas bibliográficas y mapas: Ana Leonor Romero
Editor digital: liete
Primer editor: Macphist
Editor colaborador: Pepotem2
ePub base r1.0
Edición digital: epublibre (EPL), 2014
Conversión (pdf): FS, 2018



Principales itinerarios de los cruzados

LIII

ESTADO DEL IMPERIO ORIENTAL EN EL SIGLO X - SU EXTENSIÓN Y DIVISIÓN - SU RIQUEZA Y RENTAS - PALACIO DE CONSTANTINOPLA - TÍTULOS Y FUNCIONES - ORGULLO Y PODER DE LOS EMPERADORES - TÁCTICAS DE GRIEGOS, ÁRABES Y FRANCOS - PÉRDIDA DE LA LENGUA LATINA - ESTUDIOS Y SOLEDAD DE LOS GRIEGOS

Un rayo de luz parece equilibrar la oscuridad del siglo X. Abrimos con curiosidad y respeto los volúmenes reales de Constantino Porfirogénito [1] —quien los escribió en la madurez para instrucción de su hijo— ya que prometen desplegar la situación del Imperio oriental en la paz y la guerra, en el interior y en el exterior. En el primero, describe con minuciosidad las ceremonias pomposas de la iglesia y del palacio de Constantinopla, según sus propias costumbres y las de sus antecesores. [2] En el segundo, intenta una reseña ajustada de las provincias —los temas, como los llamaban—, tanto en Asia como en Europa. [3] En la tercera de las colecciones didácticas, que pueden atribuirse a Constantino o a su padre León, [4] se explican el sistema de las tácticas romanas, la disciplina y el orden de la tropa y las operaciones militares de mar y de tierra. En la cuarta obra, sobre el régimen del Imperio, se revelan los secretos de la política bizantina en sus relaciones amistosas u hostiles con las naciones del mundo.

Las obras literarias de la época, el sistema práctico de leyes, la agricultura y la historia redundan en beneficio de los súbditos y en la honra de los príncipes macedonios. Los sesenta libros de

los basileos, [5] el código y los digestos de la jurisprudencia civil se estructuraron en los tres primeros reinados de aquella próspera dinastía. Los sabios de la Antigüedad habían ocupado su tiempo libre y ejercitado su pluma con la agricultura, y sus preceptos se compendiaron en los veinte libros de *Geoponics* (geoponía) de Constantino. [6] Por encargo suyo, ejemplos históricos de vicios y virtudes se inscribieron en cincuenta y tres libros, [7] y cada ciudadano pudo aplicar a sus contemporáneos o a sí mismo las lecciones o advertencias de los tiempos pasados. Del augusto papel de legislador, el emperador de Oriente descendió al más humilde oficio de maestro y escriba, y si tanto sucesores como súbditos quedaron relegados de sus paternales desvelos, nosotros heredamos y disfrutamos su herencia eterna.

Un estudio más profundo reducirá, sin duda, el valor de su legado y la gratitud de la posteridad —aun en posesión de esos tesoros imperiales, debemos lamentar nuestra pobreza e ignorancia—, y el brillo declinante de sus autores se borrará con la indiferencia o el desprecio. Los Basílicos se reducirán a una versión en griego —rota, parcial y cercenada— de las leyes de Justiniano; el tino de los antiguos juristas será suplantado a menudo por la intolerancia, y la prohibición absoluta del divorcio, el concubinato y el préstamo con intereses esclavizarán la libertad de comercio y la felicidad de la vida privada. En los libros históricos, los súbditos de Constantino podían admirar las inimitables virtudes de Grecia y de Roma y aprender cuánta energía y elevación se habían alcanzado en la Antigüedad, pero una nueva edición de la vida de los santos que encargó el gran logoteta o canciller del imperio produjo el efecto contrario, y aquel caudal de supersticiones se enriqueció con las fabulosas y floridas leyendas de Simón Metafrastes. [8] Los méritos y milagros de un calendario íntegro cuentan menos a los ojos de

un sabio que el duro trabajo de un simple labrador que multiplica los dones del Creador y abastece a sus hermanos.

Todavía los autores reales de la *Geoponics* se abocaban más seriamente a exponer los preceptos del arte de la destrucción —que desde los tiempos de Jenofonte [9] se enseñaba como el oficio de héroes y reyes—, pero las *Tácticas* de León y de Constantino se mezclaban con la aleación más baja de los tiempos en que vivían, pues carecía de genio original y copiaba sin reservas las reglas y máximas que se habían confirmado con las victorias. Carecía de estilo y de método, y confundían las instituciones más lejanas e inconexas: las falanges de Esparta y las de Macedonia, las legiones de Catón y de Trajano, de Augusto y Teodosio. Hasta el uso o, por lo menos, la importancia de aquellos rudimentos militares pueden cuestionarse: la razón dicta la teoría general, pero el mérito y sus inconvenientes residen en su aplicación. El soldado se disciplina y se forma con el ejercicio más que con el estudio; el talento de un comandante radica en una mente calma y rápida a la vez que produce la naturaleza para decidir la suerte de los ejércitos y de las naciones; lo primero es parte de los hábitos de vida; lo segundo, el disparo de un momento. Las batallas ganadas con lecciones de táctica están en los poemas épicos que se crean con las reglas de los críticos.

El libro de ceremonias es un recitado aburrido e imperfecto de la pompa despreciable que infestaba la Iglesia y el Estado desde la pérdida gradual de la pureza de aquélla y del poder de éste. Una reseña de las provincias podría prometer información auténtica y útil, como sólo las curiosidades de los gobiernos pueden dar, en vez de las fábulas tradicionales sobre el origen de las ciudades y de los epigramas maliciosos sobre los vicios de sus habitantes. [10] El historiador habrá estado satisfecho de registrar

tal información, y no se debe condenar su silencio si lo más interesante —la población de la capital y los temas, la cantidad de los impuestos y de los réditos, el número de súbditos y extranjeros que sirvieron bajo el estandarte del Imperio— pasó inadvertido para León, el filósofo, y su hijo Constantino.

Su tratado de la administración tiene idénticas deficiencias, aunque se rescatan algunos méritos: la antigüedad de las naciones podrá ser dudosa o fantástica, pero la geografía y las costumbres del mundo de los bárbaros se exponen con notable exactitud. Entre estas naciones, sólo los francos fueron capaces de observar y describir la metrópolis de Oriente. El embajador de Otón el Grande, obispo de Cremona, pintó la situación de Constantinopla a mediados del siglo X con lenguaje florido, narración viva y observaciones agudas; incluso los prejuicios y las pasiones de Luitprando fueron estampadas con libertad y originalidad. [11] Por más que escaseen los materiales extranjeros y locales, investigaré la forma y la sustancia del Imperio Bizantino, sus provincias y riquezas, el gobierno civil y la fuerza militar, el carácter y la literatura de los griegos en un período de seis siglos, desde el reinado de Heraclio hasta la exitosa invasión de los francos o latinos.

Después de la división final entre los hijos de Teodosio, hordas de bárbaros escitas y germanos se extendieron por las provincias y extinguieron el Imperio de la antigua Roma. La debilidad de Constantinopla se ocultaba tras la extensión de sus dominios: sus límites permanecían inviolados o, por lo menos, íntegros, y en el reinado de Justiniano habían crecido con la espléndida adquisición de Italia y de África. Pero esas conquistas fueron transitorias y precarias, y las armas sarracenas arrancaron casi la mitad del Imperio de Oriente. Los califas oprimieron Siria y Egipto y, una vez sometida África, sus lugartenientes

invadieron y sojuzgaron la provincia romana de España, que se había transformado en una monarquía goda. Su poderío naval les facilitó las islas del Mediterráneo, y desde sus apostaderos extremos —las bahías de Creta y las fortalezas de Cilicia— los emires, leales o rebeldes, insultaban la majestad del trono y la capital. Las provincias restantes, bajo la obediencia de los emperadores, se amoldaron a la nueva situación; y los temas [12] o gobiernos militares, que prevalecieron con los sucesores de Heraclio y fueron descritos por la pluma del escritor imperial, reemplazaron la jurisdicción de presidentes, cónsules y condes.

El origen de los veintinueve temas —doce en Europa y diecisiete en Asia— es oscuro, y la etimología, dudosa o caprichosa. Sus límites eran arbitrarios y fluctuantes, pero ciertos nombres que suenan muy extraños a los oídos derivan del carácter y los atributos de las tropas que se mantenían a expensas de las respectivas divisiones y para su guardia. La vanidad de los príncipes griegos se aferraba con ansiedad a la sombra de las conquistas y el recuerdo de los dominios perdidos. Al oeste del Éufrates, se creó una nueva Mesopotamia; la pretoría de Sicilia se trasladó a un estrecho sector de Calabria, y a un fragmento del ducado de Benevento le dio el nombre y la categoría de tema de Lombardía. Con la declinación del Imperio árabe, los sucesores de Constantino satisficieron su orgullo con ventajas más sólidas. Las victorias de Nicéforo, de Juan Tzimisces y de Basilio II revivieron la fama y ensancharon los límites del nombre romano, pues la provincia de Cilicia, la metrópolis de Antioquía y las islas de Creta y Chipre volvieron a la alianza de Cristo y César, se anexó al trono de Constantinopla un tercio de Italia, se destruyó el reino de Bulgaria y los últimos soberanos de la dinastía macedonia extendieron sus dominios desde los manantiales del Tigris hasta las cercanías de Roma.

En el siglo XI, nuevos enemigos y fracasos nublaron otra vez la perspectiva, pues los aventureros normandos arrebataron las reliquias de Italia, y los conquistadores turcos podaron casi todas las ramas asiáticas del tronco romano. Después de esas pérdidas, la familia Comneno siguió reinando desde el Danubio hasta el Peloponeso, desde Belgrado hasta Niza, Trebisonda y el serpenteante cauce del Meandro. Obedecían su cetro las extensas provincias de Tracia, Macedonia y Grecia; las cincuenta islas del mar Egeo o Sagrado [13] acompañan la posesión de Chipre, Rodas y Creta, y los residuos de su imperio superaban los territorios del mayor reino europeo.

Los mismos príncipes podían afirmar con dignidad y verdad que, entre todos los monarcas de la cristiandad, ellos poseían la ciudad más grandiosa, [14] la renta más alta y el estado más floreciente y populoso. Las ciudades de Occidente habían declinado y caído junto con el Imperio, y mal podían las ruinas de Roma o los muros de barro, las chozas de madera y los estrechos recintos de París y de Londres preparar al extranjero latino para contemplar la situación y la extensión de Constantinopla, sus grandiosos palacios y templos, y las artes y el lujo de un pueblo numeroso.

Sus tesoros eran atractivos, pero su poderío virginal había rechazado y prometía continuar rechazando las invasiones audaces de persas, búlgaros, árabes y rusos. Menos afortunadas e inexpugnables eran las provincias, pues había pocos distritos y pocas ciudades que no hubiese descubierto y violado algún bárbaro ávido de despojos. Desde los tiempos de Justiniano el Imperio oriental venía decayendo de su antiguo nivel, el poder de destrucción era más activo que el de mejora, y la tiranía civil y eclesiástica volvía más amargas las calamidades de la guerra. Los cautivos que habían escapado de los bárbaros solían ser

desposeídos y encarcelados por los funcionarios del soberano. Con la superstición griega, el rezo quebrantaba el ánimo y el ayuno el cuerpo, y los muchos conventos y festividades quitaban manos al servicio temporal de la nación durante gran cantidad de días.

Los súbditos del Imperio Bizantino todavía eran los más diestros y laboriosos del mundo; su país estaba bendecido por las ventajas naturales del suelo, el clima y la situación, y su carácter paciente y pacífico era más útil para el sostén y la restauración de las artes que la anarquía feudal y el espíritu guerrero de Europa. Las provincias que permanecían en el Imperio se repoblaban y enriquecían con los infortunados que provenían de los territorios perdidos. Los católicos de Siria, Egipto y África, huyendo del yugo de los califas, se acogieron al amparo de su príncipe y a la sociedad de sus hermanos. Con las riquezas que lograron sustraer de las pesquisas, aliviaron su destierro, y Constantinopla recibió en su seno el comercio fugitivo de Alejandría y Tiro. Los líderes de Armenia o Escitia que escaparon de la persecución hostil o religiosa hallaban considerado hospedaje, y sus seguidores fueron alentados para que construyeran nuevas ciudades y cultivaran terrenos baldíos. Así, muchos sitios de Asia y de Europa conservaron el nombre, las costumbres o, por lo menos, la memoria de sus colonias nacionales. Incluso los bárbaros asentados en territorio del Imperio por medio de las armas debieron allanarse a las leyes eclesiásticas y seculares, y desde que fueron separados de los griegos, proveyeron una raza de soldados fieles y obedientes. Poseemos material suficiente para estudiar los veintinueve temas de la monarquía bizantina, y nuestra curiosidad puede satisfacerse con un ejemplo: es una dicha hacer luz sobre la provincia más interesante, pues el nombre del Peloponeso

despertará la atención de todo lector de clásicos.

Ya desde el siglo VIII, en medio del turbulento reinado de los iconoclastas, bandas de esclavonios atravesaron Grecia y el Peloponeso [15] hasta llevarse el estandarte real de Bulgaria. Los extranjeros de antaño —Cadmo, Feneo y Pélope— habían plantado en aquel suelo fructífero las semillas de la política y de la literatura, pero los salvajes del norte arrancaron cuanto quedaba de aquellas raíces, ya enfermas y marchitas. Con esta irrupción, el país y los moradores se transformaron: la sangre griega se contaminó y los orgullosos nobles del Peloponeso quedaron marcados con los apelativos de extranjeros y esclavos. Gracias a la diligencia de los sucesivos príncipes, la tierra fue purificada de los bárbaros, hasta cierto punto, y los que quedaron debieron atarse a un juramento de obediencia, tributo y servicio militar, que solían quebrantar y renovar con asiduidad.

El sitio de Patras lo llevó a cabo una extraña conjunción de esclavonios y sarracenos de África. En los últimos estertores, el piadoso engaño de que se acercaba el pretor de Corinto revivió el valor de los ciudadanos: hicieron una salida exitosa, se embarcaron los extranjeros y huyeron los rebeldes. La gloria de aquel día se atribuye a un espíritu o a un extraño que peleó en las primeras filas bajo la forma de san Andrés apóstol. Se decoró el santuario que contiene sus reliquias con los trofeos de la victoria, y los cautivos quedaron atados al servicio y vasallaje de la iglesia metropolitana de Patras.

La paz de aquella península solía quebrarse por las rebeliones, en las cercanías de Helos y Lacedemonia, de dos tribus esclavonias que insultaban la debilidad o resistían la opresión del gobierno bizantino, hasta que por fin hubo que concederles una bula de oro para definir los derechos y

obligaciones de los ezeritas y melingos, cuyo tributo anual se fijó en mil doscientas piezas de oro. Entre estos extranjeros, el geógrafo imperial distinguió con certeza un grupo local, quizás originario, cuya sangre debía provenir en cierto grado de los injuriados ilotas. La liberalidad de los romanos, y en especial la de Augusto, había rescatado del dominio de Esparta las ciudades marítimas, que después fueron ennoblecidas con el título de *eleuteros* o laconios libres. [16] En tiempos de Constantino Porfirogénito, adquirieron el apodo de *mainotas*, bajo el cual deshonraron su lucha por la libertad con el pillaje de todo lo que naufragaba en sus playas rocosas. Su terreno, estéril de trigo, pero abundante en olivos, se extendía hasta el cabo de Malea. Ellos aceptaron un príncipe o caudillo del pretor bizantino. Un tributo liviano de cuatrocientas piezas de oro era la prenda de su inmunidad, más que de su dependencia. Los ciudadanos de Laconia asumían la identidad de romanos, pero su religión era la de los griegos. El celo del emperador Basilio los hizo bautizar en la fe de Cristo, pero los altares de Venus y de Neptuno seguían coronados con rústicos exvotos quinientos años después de ser prohibidos en el mundo romano.

Todavía se contaban cuarenta ciudades en el tema del Peloponeso, [17] y Esparta, Argos y Corinto se mantenían, en el siglo X, equidistantes entre el antiguo esplendor y la desolación de ese momento. Se impuso en las tierras o en beneficio de la provincia el deber del servicio militar, personal o por sustitutos. Los arrendatarios prósperos estaban gravados en cinco piezas de oro, e igual tasa tenían muchos otros de menor valía. Cuando se proclamó la guerra de Italia, los pobladores del Peloponeso lograron eximirse con la oferta voluntaria de cien libras de oro y mil caballos armados y enjaezados. Las iglesias y los monasterios aprovisionaron su contingente; se obtuvieron beneficios

sacrílegos de la venta de honores eclesiásticos, y el indigente obispo de Leucadia [18] fue hecho responsable de una pensión de cien piezas de oro. [19]

Pero la riqueza de la provincia y el afianzamiento de sus rentas se fundaban en el justo y pleno producto del comercio y las manufacturas. Algunas muestras de política liberal se encuentran en una ley que exime de impuestos personales a los marineros del Peloponeso y a los obreros del pergamino y la púrpura. Bajo esta denominación pueden incluirse las manufacturas de lino, lana y, en especial, seda: las dos primeras florecieron desde los tiempos de Homero, y la última se introdujo probablemente en el reinado de Justiniano. Estos oficios —que se ejercían en Corinto, Tebas y Argos— suministraban alimento y trabajo a gran cantidad de personas. Hombres, mujeres y niños eran distribuidos según su edad y sus fuerzas; muchos eran esclavos domésticos, y sus dueños —que dirigían la empresa y disfrutaban de los beneficios— eran libres y de condición honorable.

Los regalos de una matrona rica y generosa del Peloponeso al emperador Basilio, su hijo adoptivo, fueron, sin duda, fabricados en los telares griegos. Danielis le dio una alfombra de lana finísima, cuyo diseño imitaba la cola de un pavo real, y cuyas dimensiones sobrepasaban el piso de la nueva iglesia erigida bajo la triple advocación de Cristo, san Miguel arcángel y el profeta Elías. Además, le dio seiscientas piezas de seda y lino, de varios usos y nombres: las de seda, teñidas de púrpura y adornadas con bordados; y las de lino, tan delgadas que podían arrollarse en el interior de una caña. [20]

En la descripción de las manufacturas griegas, un historiador siciliano calculó su precio según el peso y calidad de la seda, la trama, la belleza de sus colores y el gusto y los materiales del

bordado. Un hilado sencillo, doble o triple, se consideraba suficiente para las ventas comunes, pero el de seis hebras era una pieza con mano de obra más costosa. Entre los colores, el historiador elogiaba el fuego del escarlata y el suave brillo del verde. El bordado se realzaba con seda y oro, desde unos simples trazos o círculos hasta hermosas flores; las prendas hechas para palacios y templos solían adornarse con piedras preciosas, y las figuras se delineaban con sartas de perlas orientales. [21]

Hasta el siglo XII, de toda la cristiandad, sólo Grecia poseía gusanos de seda y trabajadores que conocieran el oficio de preparar ese material de lujo. Pero los árabes descubrieron el secreto, pues los califas de Oriente y Occidente no querían comprar sus ropas y otros elementos a los «infieles». Dos ciudades de la península Ibérica, Almería y Lisboa, se hicieron famosas por la manufactura, uso y, quizás, exportación de la seda. Los normandos la introdujeron en Sicilia: aquella migración del comercio hace notable la victoria de Roger entre tantas hostilidades inútiles, pues después de saquear Corinto, Atenas y Tebas, su lugarteniente se embarcó con un grupo de esclavos, tejedores y artesanos de ambos sexos, un gran trofeo para su señor y una desgracia para el emperador griego. [22] El rey de Sicilia supo valorar la calidad del regalo, y cuando devolvió prisioneros, exceptuó únicamente a los fabricantes de Tebas y Corinto, que trabajaban —dice el historiador bizantino— para un señor bárbaro, como los eretrios antiguos al servicio de Darío. [23] Se construyó un edificio majestuoso en el palacio de Palermo para ubicar esa colonia industriosa, [24] y sus hijos y discípulos propagaron el oficio para satisfacer las demandas crecientes del mundo occidental. La decadencia de los telares sicilianos puede atribuirse a las turbulencias de la isla y a la competencia de las ciudades italianas. En 1314, sólo Luca, entre

sus repúblicas hermanas, disfrutaba de ese lucrativo monopolio. [25] Una rebelión interna dispersó las manufacturas por Florencia, Bolonia, Venecia, Milán e, incluso, del otro lado de los Alpes. A los trece años de aquel acontecimiento, los estatutos de Módena dispusieron la plantación de moreras y regularon los impuestos sobre la seda cruda. [26] El clima del norte era menos propicio para la cría del gusano de seda, pero los productos de Italia y de la China abastecieron y enriquecieron la industria de Francia e Inglaterra. [27]

Debo reiterar la queja porque las escasas e imprecisas memorias sobre aquellos tiempos no me permiten calcular los impuestos, las rentas y los recursos del Imperio griego. De todas las provincias de Asia y Europa, regueros de oro y plata descargaban un caudal permanente en las reservas imperiales. Así aumentaba la magnitud de Constantinopla, aunque las máximas del despotismo restringían el Estado a la capital, ésta al palacio y el palacio a la persona del emperador. Un viajero judío del siglo XII se asombró de las riquezas bizantinas. «Es aquí —dijo Benjamín de Tudela—, en la reina de las ciudades, donde se depositan anualmente los tributos del Imperio griego, y sus altas torres rebosan de seda, púrpura y oro. Se dice que Constantinopla paga cada día a su soberano veinte mil piezas de oro recaudadas de tiendas, tabernas y mercados, y de los mercaderes de Persia y Egipto, de Rusia y de Hungría, de Italia y de España, que frecuentan la capital por mar y por tierra.» [28] En asuntos pecuniarios, la autoridad de un judío es indudable, pero como por trescientos sesenta y cinco días habría una renta anual de más de siete millones de libras esterlinas, me inclino a descontar por lo menos las numerosas festividades del calendario griego. El total atesorado por Teodora y Basilio II brinda una idea espléndida, aunque indefinida, de sus ingresos y recursos.

La madre de Miguel, antes de retirarse al claustro, intentó controlar la prodigalidad de su ingrato hijo con una manifestación fiel de las riquezas que él heredaría: ciento nueve mil libras de oro [50 t] y trescientas mil de plata [138 t], producto de su propia economía y de la de su difunto marido. [29] La avaricia de Basilio no era menor que su valor y su fortuna: recompensó a sus ejércitos victoriosos sin llegar a tocar las doscientas mil libras de oro [92 t] enterradas en los sótanos del palacio. [30] La teoría y la práctica de la política moderna rechazan tal acumulación; tendemos a considerar las riquezas nacionales según el uso y abuso del crédito público, aunque un monarca temible para sus enemigos y una república apreciable para sus aliados todavía se aferran al sistema antiguo, y ambos alcanzaron sus propósitos de poder militar y tranquilidad interna.

De todo lo que podía usarse para las necesidades presentes o reservarse para el futuro, el primero y el más sagrado requerimiento era el del ceremonial y el placer del emperador, y quedaba a su criterio la dimensión de sus gastos privados. Los príncipes de Constantinopla vivían lejos de toda sencillez natural, pero por temporadas se retiraban, por gusto o por moda, hacia el aire puro, lejos del humo y el bullicio de la capital. Disfrutaban, o aparentaban hacerlo, del rústico festival de la vendimia; se divertían con la caza o con el sosiego de la pesca, y en los veranos ardientes se alejaban del sol y se refrescaban con la brisa marina. Las playas e islas de Asia y Europa estaban cubiertas de villas lujosas, cuyos mármoles, en vez de realzar la grandiosidad de la naturaleza, destacaban la opulencia de sus dueños y el trabajo de los arquitectos. Las sucesivas herencias recibidas y las confiscaciones hicieron de los soberanos dueños de muchas viviendas majestuosas en la ciudad

y en los suburbios, de las cuales, doce estaban adjudicadas a los ministros de Estado. Sin embargo, el gran palacio, [31] centro de la residencia imperial, se mantuvo once siglos situado en el mismo lugar, entre el hipódromo, la catedral de Santa Sofía y los jardines que descendían en terrazas a las playas del Propóntide [actual mar de Mármara]. El edificio primitivo del primer Constantino era una copia de la antigua Roma; las mejoras graduales de los sucesores aspiraban a emular las maravillas del viejo mundo, [32] y en el siglo X el palacio bizantino despertaba la admiración, al menos, de los latinos, por su indiscutible fortaleza, extensión y suntuosidad. [33]

Pero el trabajo y los tesoros de tanto tiempo habían producido un gran amontonamiento, pues cada edificio llevaba las marcas de su tiempo y su fundador, y la necesidad de espacio podía disculpar al monarca reinante que derribaba, quizás con secreto placer, las obras de sus antecesores. La economía de Teófilo le permitió mayor libertad y alcance para sus lujos privados. Un embajador favorito, quien dejó atónitos a los abásidas con su orgullo y su liberalidad, mostró a su regreso la maqueta de un palacio recién construido por el califa de Bagdad a la orilla del Tigris: el modelo fue copiado y sobrepasado de inmediato, pues el nuevo edificio de Teófilo [34] tenía jardines y cinco iglesias, una de las cuales se destacaba por su grandiosidad y hermosura. La coronaban tres domos, el techo dorado descansaba sobre columnas de mármol de Italia y las paredes estaban revestidas de mármol de varios colores. En la fachada de la iglesia, un pórtico en semicírculo con el nombre y la forma de la letra griega sigma se sostenía con quince columnas de mármol frigio, y las criptas tenían una construcción similar. Una fuente con las márgenes chapeadas de plata decoraba la parte delantera de la sigma. Al principio de cada estación, aquel estanque, en

vez de agua, se llenaba con las frutas más exquisitas, que se dejaban al pueblo para entretenimiento del príncipe, quien observaba sentado en un trono de oro y piedras preciosas, que se elevaba por una escalera de mármol a una terraza alta. Debajo del trono se sentaban los oficiales de su guardia, los magistrados y los jefes de las facciones del circo; en los últimos escalones, se arremolinaba el pueblo, y luego los bailarines, cantantes y mimos. La plaza estaba rodeada por el salón de la justicia, el arsenal y varias oficinas de negocios o de recreos. La sala de la púrpura se llamaba así porque en ella la propia emperatriz repartía anualmente ropas escarlata y púrpura. Las numerosas estancias se adaptaban a las diversas estaciones y estaban decoradas con mármoles y pórfido, pinturas, esculturas y mosaicos, y oro, plata y pedrería. Su magnificencia extravagante requería la habilidad de los artistas de la época, aunque el gusto de Atenas despreciara esas labores frívolas y costosísimas: un árbol de oro cuyas hojas y ramas abrigaban bandadas de pajaritos que trinaban gorjeos artificiales, y dos leones de oro macizo, de tamaño natural, que rugían como sus hermanos de la selva.

Los sucesores de Teófilo, de las dinastías Basilia y Comnena, no eran menos ambiciosos y querían dejar alguna memoria de su residencia. La parte del palacio más augusta y esplendorosa estaba dignificada con el nombre de triclinio dorado. [35] Con apropiada modestia, los griegos nobles y acaudalados trataban de imitar a su soberano, y cuando transitaban por las calles a caballo con sus ropas de seda bordadas, los confundían con hijos de reyes. [36] Una matrona del Peloponeso [37] que había mantenido la fortuna de Basilio el Macedonio quiso, por cariño o vanidad, visitar a su hijo adoptivo. Le resultaba difícil —por su edad o su indolencia— hacer el viaje de quinientas millas

[805 km] desde Patras hasta Constantinopla a caballo o en carro, y diez esclavos robustos la cargaron con la litera a hombros. Unos trescientos esclavos fueron usados para hacer relevos a distancias cómodas. En el palacio bizantino, la agasajaron con reverencia filial y los honores de una reina, y, cualquiera haya sido el origen de su riqueza, sus regalos no eran indignos de la jerarquía imperial. Ya he descrito las manufacturas curiosas y delicadas del Peloponeso, en lino, seda y lana, pero el regalo más halagüeño fue el de trescientos jóvenes hermosísimos, de los cuales cien eran eunucos, [38] pues «ella no ignoraba —dice el historiador— que el ambiente de palacio era más propicio para tales insectos que el establo de un pastor para las moscas de verano». Durante su vida donó la mayor parte de sus propiedades del Peloponeso, y en su testamento instituyó a León, hijo de Basilio, como heredero universal. Después de descontar los legados, se adicionaron ochenta villas o granjas al dominio imperial, y el nuevo dueño libertó a tres mil esclavos de Danielis y los trasladó a las colonias de la costa de Italia. Con este ejemplo de la matrona, se puede estimar la riqueza y magnificencia de los emperadores. Nuestros placeres se reducirán a un círculo estrecho, pero, cualquiera sea su valor, el amo de sí mismo posee sus lujos con más inocencia y seguridad que el administrador de la fortuna pública.

En un gobierno absolutista que nivela las distinciones de nacimiento noble y plebeyo, el soberano es la única fuente de honor, y las jerarquías en palacio y en el Imperio estriban únicamente en los títulos y cargos que se conceden según su arbitrariedad. Durante más de mil años, desde Vespasiano hasta Alejo Comneno, [39] el de César era el segundo grado después del supremo título de Augusto que se otorgó con más liberalidad a los hijos y hermanos del monarca reinante. Para eludir sin violar

su promesa a un asociado poderoso, el marido de su hermana, y sin colocarse a sí mismo en igualdad, premiar la religiosidad de su hermano Isaac, el astuto Alejo interpuso una dignidad nueva y superior. La flexibilidad de la lengua griega le permitió unir los nombres de Augusto y de emperador (*Sebastos* y *Autocrator*) en el altisonante título de *Sebastocrator*. Se encumbraba sobre el César, en un primer paso hacia el trono; se vitoreaba su nombre en las aclamaciones públicas y sólo se diferenciaba del soberano con ciertos adornos peculiares en los pies y en la cabeza.

Sólo el emperador podía usar la púrpura o los borceguíes rojos, y la diadema o tiara ajustada, según la moda de los reyes persas. [40] Ésta era un casquete piramidal, de paño o de seda, lleno de perlas y joyas; la corona se formaba con un círculo horizontal y dos arcos de oro; en el tope, donde se cruzaban, llevaba un globo o cruz, y tiras de perlas colgaban por ambos lados sobre las mejillas. En lugar de rojos, los borceguíes del *Sebastocrator* y del César eran verdes, y las piedras eran más escasas en sus coronas. Al lado y debajo del César, la fantasía de Alejo creó el *Panhipersebastos* y el *Protosebastos*, cuyas sonoridad y significación halagaban los oídos griegos, pues implicaban una superioridad sobre el nombre simple de Augusto. Este título primitivo y sagrado de los príncipes romanos fue degradado para los familiares y sirvientes de la corte bizantina. La hija de Alejo celebró con complacencia la astuta gradación de títulos y honores, pero la ciencia de las palabras es accesible también para los menos capaces, y este diccionario de vanidades fue enriquecido con facilidad por el orgullo de sus sucesores. A sus hijos y hermanos predilectos, Alejo otorgó el título más alto de señor o déspota, que ilustró con nuevos ornamentos y prerrogativas, y colocó inmediatamente después de la propia persona del emperador. Los cinco títulos (déspota, *Sebastocrator*,

César, *Panhipersebastos* y *Protosebastos*) se limitaban a los príncipes de su sangre y eran prolongaciones de su majestad, pero como éstos no desempeñaban función alguna, su existencia era inútil; y su autoridad, precaria.

Pero en toda monarquía hay que dividir el gobierno entre los ministros del palacio, del tesoro, del ejército y de la armada. Los títulos pueden modificarse, y con los siglos, condes y prefectos, pretores y cuestores fueron imperceptiblemente descendiendo, mientras sus sirvientes fueron elevados a los sumos honores del Estado. 1. En una monarquía que todo lo refiere a la persona del príncipe, el cuidado y las ceremonias del palacio son las más respetables instituciones. El *protovestiario*, cuyo cargo primitivo se limitaba al resguardo del ajuar, desbancó al *curopalata*, [41] tan encumbrado en tiempos de Justiniano. Desde entonces su jurisdicción se extendió sobre numerosas minucias del lujo y el ceremonial, y presidía con su varilla de plata las audiencias públicas y privadas. 2. En el sistema antiguo de Constantino, se aplicaba el nombre de logoteta o contable a los recaudadores de la hacienda. Sus principales empleados se distinguían como logoteta del patrimonio, de las postas, del ejército, del patrimonio público y privado, y el gran logoteta, guardián supremo de leyes y rentas, se compara con el canciller de las monarquías latinas. [42] Su ojo perspicaz vigilaba todo el ámbito de la administración civil; lo acompañaban, con debida subordinación, el exarca o prefecto de la ciudad, el primer secretario, los guardasellos y los archiveros. La tinta roja o de púrpura estaba reservada únicamente para la firma sagrada del emperador. [43] El introductor y el intérprete de los embajadores extranjeros eran el gran *chiaus* [44] y el *dragoman*, [45] voces de origen turco y corrientes todavía en la Sublime Puerta. 3. Desde el lenguaje humilde y la servidumbre

de guardias, los domésticos fueron ascendiendo a la jerarquía de generales; los temas militares de Este y Oeste, con sus legiones de Asia y Europa, se solían dividir, hasta que por último el gran doméstico quedó revestido con el mando universal y absoluto de las fuerzas terrestres. El *protostrator*, al principio un simple asistente del emperador cuando éste montaba a caballo, ascendió gradualmente hasta ser lugarteniente del gran doméstico en campaña, y su jurisdicción llegó a comprender las caballerizas, la caballería y hasta la caravana real de caza y cetrería. El estratopedarca era el juez supremo del campamento; el *protospatario* mandaba la guardia, el condestable, [46] el gran eteriarca y el acólito eran los caudillos de francos, bárbaros y vástagos o ingleses, los extranjeros asalariados que, con la decadencia del espíritu nacional, constituían el nervio del ejército bizantino. 4. Las fuerzas navales estaban bajo el mando del gran duque; en su ausencia, estaba el gran drungario de la armada, y en su lugar, el emir o almirante, nombre de origen sarraceno, [47] naturalizado ya en todas las lenguas modernas de Europa. Con esos oficiales y muchos otros cuyos nombres sería inútil enumerar, se estructuraban las jerarquías civiles y militares. Sus honores y sueldos, sus trajes y títulos, sus saludos mutuos y preeminencias respectivas se equilibraban con más trabajo que el que habría podido fijar la constitución de un pueblo libre. Ese código estaba casi perfeccionado cuando esta estructura infundada, el monumento al orgullo y a la servidumbre, quedó enterrada para siempre en las ruinas del Imperio. [48]

Los títulos más altos y las posiciones más humildes, cuya devoción aplicaban al Ser Supremo, se prostituyeron por la adulación y el miedo hacia criaturas de la misma naturaleza que nosotros. Diocleciano había tomado de la servidumbre persa el

sistema de adoración [49] de postrarse en el suelo y besar los pies al emperador, sistema que continuó y se agravó hasta el final de la monarquía griega. Excepto los domingos, en que se dejaba de lado por motivos religiosos, se exigía aquella inclinación humillante a cuantos asomaban a la presencia real, desde príncipes revestidos de diadema y púrpura; embajadores que representaban a sus soberanos independientes, a los califas de Asia, Egipto o España, a los reyes de Francia y de Italia, y a los emperadores latinos de la antigua Roma. Luitprando, obispo de Cremona, [50] durante sus negociaciones afirmó el espíritu libre de un franco y la dignidad de su señor Otón, pero su sinceridad no puede ocultar la humillación de su primera audiencia. Al acercarse al trono, los pájaros del árbol de oro prorrumpieron en gorjeos, acompañados con el rugido de los dos leones también de oro. Luitprando y sus dos compañeros debieron saludar, postrarse en el suelo y tocarlo hasta tres veces con la frente. Se levantó, pero en aquel breve intermedio, el trono se había alzado desde el pavimento hasta el techo, apareció la figura imperial en nuevas y suntuosas vestimentas, y la entrevista terminó con majestuoso silencio. En su franca y curiosa narración, el obispo de Cremona relató el ceremonial de la corte bizantina que se practica todavía en la Sublime Puerta y que mantenían en el último siglo los duques de Rusia y de Moscovia. Después de un largo viaje por mar y tierra desde Venecia a Constantinopla, el embajador se detuvo en la puerta dorada hasta que fue conducido por unos funcionarios al palacio preparado para hospedarlo, pero el palacio era una cárcel, pues sus cuidadores impedían todo intercambio social con extranjeros y nativos. En su primera audiencia, ofreció los regalos de su señor: esclavos, vasos de oro y armaduras costosísimas. En su presencia, se pagó a los empleados y tropa, ostentando las riquezas del Imperio; lo

agasajaron en un banquete real [51] en el que los embajadores de las naciones se ubicaban según la estima o el desprecio de los griegos. Desde su propia mesa, muestra de su favor, el emperador envió algunos platos que había saboreado y despidió a los favoritos con vestidos honorables. [52]

Los sirvientes civiles y militares acudían mañana y tarde a palacio a cumplir con sus deberes; la recompensa de sus labores era la vista y, tal vez, una sonrisa del señor, que expresaba sus órdenes con una señal o un gesto de la cabeza, y ante cuya presencia toda grandeza terrestre enmudecía y se postraba. En las procesiones regulares o extraordinarias por la capital, descubría su persona a la vista del público. El ceremonial político se daba la mano con el religioso, y sus visitas a las iglesias principales se regían por las festividades del calendario griego. La víspera de esas procesiones, los heraldos pregonaban las devotas intenciones del monarca. Se barrían las calles, se desparramaban flores en el pavimento, las ventanas y los balcones se engalanaban con oro, plata y colgaduras de seda, y una severa disciplina moderaba y silenciaba a la plebe. Abrían la marcha los oficiales a la cabeza de sus tropas, seguidos en orden por los magistrados y ministros del gobierno civil; los eunucos y domésticos cuidaban la persona del emperador, a quien recibían el patriarca y su clero a las puertas de la iglesia. La tarea de los aplausos no se abandonaba a la espontaneidad de la muchedumbre, pues las mejores plazas del camino las ocupaban cuadrillas de las facciones verde y azul del circo, cuyas contiendas sangrientas que solían estremecer la capital, fueron trocando en competencias de servidumbre. De cada lado, hacían eco con sonoras alabanzas al emperador, y sus poetas y músicos dirigían los coros que en cada canción deseaban larga vida y victorias. [53] Las mismas aclamaciones se escuchaban en las

audiencias, en los banquetes y en la iglesia, y para demostrar un dominio ilimitado las repetían en latín, [54] godo, persa, francés y aun inglés [55] los empleados que representaban —real o ficticiamente— a aquellas naciones. La pluma de Constantino Porfirogénito llevó la ciencia de los ceremoniales y las lisonjas a un libro pomposo y trivial, [56] al que la vanidad de los tiempos posteriores engrandeció con un amplio suplemento. Pero cualquier príncipe que reflexionara a solas seguramente pensaría que las mismas aclamaciones se dedicarían a todo individuo y a todo reinado, y si él había ascendido desde una humilde jerarquía podría recordar que su propia voz había sido la más deseosa y estruendosa cuando envidiaba la suerte o conspiraba contra la vida de su antecesor. [57]

Los príncipes del norte de aquellas naciones —dice Constantino—, sin fe ni renombre, ansiaban emparentarse con los Césares casándose con alguna virgen real o enlazando a sus hijas con algún príncipe romano. [58] El monarca anciano, en sus instrucciones al hijo, reveló las máximas secretas de su política y orgullo, e indicó las razones más aceptables para rehusar pedidos tan insolentes y disparatados. Todo animal —expresó el discreto emperador— se distingue de otros por el idioma, la religión y las costumbres. Cuidar la pureza de la descendencia conserva la armonía de la vida pública o privada; la mezcla de sangre extraña es una fuente fructífera de discordia y desorden. Ésa había sido la opinión y la práctica de los sabios romanos, pues su jurisprudencia prohibía los enlaces entre ciudadanos y extranjeros; en aquellos días de libertad y virtud, un senador podía despreciar el casamiento de su hija con un rey; Marco Antonio se mancilló con una esposa egipcia, [59] y el emperador Tito, impelido por el pueblo, tuvo que despedir con disgusto a la repugnante Berenice. [60] Esta interdicción perpetua se

revalidó con la fabulosa sanción del gran Constantino. Advirtieron a los embajadores, y en especial a los de las naciones infieles, que esos enlaces habían sido prohibidos por el fundador de la Iglesia y de la ciudad. Se inscribió la ley irrevocable en el altar de Santa Sofía, y todo príncipe impío que dañara la majestad de la púrpura imperial quedaría excluido de la comunión civil y eclesiástica de los romanos. Los embajadores instruidos en la historia bizantina por algún falsario podrían haber alegado tres ejemplos de violación de esa ley: el casamiento de León o, más bien, de su padre Constantino IV con la hija del rey de los jázaros, el de la nieta de Romano con un príncipe búlgaro, y el de Berta de Francia o Italia con el joven Romano, hijo del propio Constantino Porfirogénito. Para esas objeciones había tres respuestas que resolvían la dificultad y corroboraban la ley. 1) Se reconocían el acto y la culpa de Constantino Coprónimo (735 d. C.), pues el hereje que ensució la pila bautismal y combatió las imágenes sagradas se había casado, en efecto, con una novia bárbara. Ese enlace aumentó la dimensión de sus crímenes y lo hizo merecedor de la censura de la Iglesia y la posteridad. 2) Romano (944 d. C.) no podía considerarse como emperador legítimo, pues era un usurpador plebeyo, ignorante de las leyes y descuidado respecto del honor de la monarquía. Su hijo Cristóbal, padre de la novia, era el tercero en jerarquía de los príncipes, súbdito y cómplice a la vez de un padre rebelde. Los búlgaros eran cristianos sinceros y devotos, y la seguridad del Imperio, con el rescate de largos miles de cautivos, dependía de aquel absurdo enlace. Sin embargo, no había dispensa para la ley de Constantino; y clero, Senado y pueblo desaprobaron el proceder de Romano, aun después de muerto, tildándolo de responsable de la desgracia pública. 3) En cuanto al casamiento de su propio hijo con la

hija de Hugo, rey de Italia, el sagaz Porfirogénito ideó otra defensa más honorable (943 d. C.). Constantino, grande y santo, apreciaba la fidelidad y el valor de los francos, [61] y su espíritu profético tuvo la visión de su futura grandeza, por lo que sólo ellos se exceptuaban de la prohibición general (945 d. C.). Hugo, rey de Francia, descendía en línea recta de Carlomagno, [62] y su hija Berta heredó las prerrogativas de su familia y su nación. De todos modos, finalmente se supo la verdad sobre ese fraude o error de la corte imperial, y el patrimonio de Hugo se redujo de la monarquía de Francia al simple condado de Arles, aunque constaba que, con los años, había usurpado la soberanía de Provenza e invadido el reino de Italia. Su padre era noble y, si bien Berta descendía de la familia carolingia por el lado materno, cada eslabón de esa rama estaba manchado por la ilegitimidad. La abuela de Hugo era la famosa Valdrada, concubina antes que esposa de Lotario II, cuyo adulterio, divorcio y segundo matrimonio le habían acarreado la ira del Vaticano. Su madre —la gran Berta, como estilaba llamarse— fue consorte del conde de Arles y del marqués de Toscana, escandalizó Francia e Italia con sus galanteos, y hasta los sesenta años, sus amantes, de toda clase, fueron siervos de su ambición. El rey de Italia siguió su ejemplo, pues Hugo condecoró a sus tres concubinas favoritas con los títulos clásicos de Venus, Juno y Semele. [63] Cuando la hija de Venus fue concedida a la corte bizantina, cambió el nombre de Berta por el de Eudocia y se desposó —o más bien se comprometió— con el joven Romano, futuro heredero del Imperio de Oriente. La consumación del matrimonio se suspendió por la tierna edad de los contrayentes, y a los cinco años se anuló por el fallecimiento de la novia. La segunda esposa del emperador Romano fue una muchacha de cuna plebeya, pero romana, y sus dos hijas,

Teófano y Ana, se casaron con príncipes. La primera se comprometió, en prenda de paz, con el primogénito de Otón el Grande, quien solicitó esta alianza con las armas y con embajadores. Podría dudarse sobre la legitimidad de que un sajón pueda acceder a los privilegios de los francos, pero se acallaron todos los escrúpulos por la fama y la piedad del héroe que había restaurado el Imperio occidental. Muertos el suegro y el marido, Teófano gobernó Roma, Italia y Germania durante la minoría de su hijo Otón III, y los latinos agradecieron la virtud de una emperatriz que sacrificó el recuerdo de su patria a un deber superior. [64] Para el casamiento de la hermana menor, Ana, se perdió todo prejuicio y noción de dignidad bajo el fuerte argumento de la necesidad y el miedo. Un pagano del norte —Vladimiro, gran príncipe de Rusia— aspiraba a la mano de la hija del purpurado romano y reforzó su pedido con amenazas de guerra, promesas de conversión y el ofrecimiento de socorro contra rebeliones internas. Víctima de su religión y su patria, la princesa griega fue arrebatada del palacio de sus padres (988 d. C.) y condenada a un reino salvaje y un exilio sin esperanzas sobre las orillas del Borístenes, en las cercanías del círculo polar; [65] pero el enlace de Ana fue afortunado y fructífero. Por su ascendencia imperial, recomendaron a la hija de su nieto Yaroslav, y el rey de Francia Enrique I encontró una esposa en los últimos confines de Europa y la cristiandad. [66]

En el palacio bizantino, el emperador era el primer esclavo del ceremonial que había impuesto; las formas rígidas que regulaban cada palabra y cada gesto lo sitiaban y arruinaban su placer, incluso, en la soledad del campo. Pero vida y hacienda de millones dependían de su arbitrio, y aun las mentes más firmes, más allá del lujo, podían ser seducidas por el placer de mandar sobre sus iguales. Los poderes legislativo y ejecutivo se centraban

en la persona del monarca, y León el filósofo [67] eliminó los últimos restos de autoridad del Senado. La mente de los griegos se había adormecido con la servidumbre, y ni en las revueltas más violentas pensaron en una constitución libre, y el carácter personal del príncipe era para ellos la única fuente y medida de la felicidad pública. La superstición remachaba sus cadenas, pues el patriarca de la iglesia de Santa Sofía coronaba solemnemente al emperador, y todos al pie del altar se comprometían a una obediencia incondicional ante su gobierno y su familia. El emperador, por su parte, se comprometía a no propasarse en penas de muerte o de mutilación, con su propia mano suscribía la creencia en la fe ortodoxa y prometía cumplir los decretos de los siete sínodos y los cánones de la santa Iglesia. [68] Pero aquellas declaraciones de clemencia se perdían en la nada, pues él no juraba ante el pueblo, sino ante un juez invisible, y los ministros del cielo —salvo en el delito de herejía— estaban dispuestos a predicar el derecho indefendible y a absolver las transgresiones veniales del soberano. Los propios eclesiásticos estaban subordinados al magistrado civil, y a una señal del tirano se nombraban, transferían o deponían obispos, o sufrían la pena de muerte. Cualquiera fuese su riqueza o influencia, nunca tendrían éxito, como el clero latino, en el establecimiento de una república independiente. El patriarca de Constantinopla condenaba —y en secreto envidiaba— el engrandecimiento temporal de su par romano.

Por suerte, las leyes de la naturaleza y la necesidad frenan el ejercicio del despotismo ilimitado. Proporcionalmente a su inteligencia y virtud, el señor de un imperio se restringe al desempeño de su deber sagrado, pero, según sus vicios y locura, deja caer el cetro —demasiado pesado para sus manos—, y sus movimientos son gobernados por los hilos imperceptibles de

algún ministro o favorito que oprime al pueblo por sus propios intereses privados. En ciertos momentos, el monarca más absoluto puede temer las razones o el capricho de una nación de esclavos, y la experiencia ha probado que lo que se gana en extensión se pierde en seguridad y solidez del poder real. Cualquiera sea el título que asuma un déspota, o los reclamos que sostenga, en última instancia, dependerá de la espada para protegerse de sus enemigos externos o internos.

Desde el tiempo de Carlomagno hasta el de las cruzadas, el mundo (sin contar la remota monarquía de China) era disputado por los tres grandes imperios de los griegos, los sarracenos y los francos. Sus fuerzas militares podían compararse según su valor, sus artes y riquezas y su obediencia a un mando supremo, que podía poner en acción todas las fuerzas del Estado. Los griegos, en extremo inferiores a los demás en el primer punto, sobrepasaban a los francos y, por lo menos, igualaban a los sarracenos en los dos últimos.

La riqueza de los griegos les permitía comprar el servicio de las naciones más pobres y mantener su poder naval para proteger sus costas y hostigar a los enemigos. [69] El oro de Constantinopla se cambiaba, con beneficio mutuo, por la sangre de esclavonios, turcos, búlgaros y rusos; su valor contribuyó a las victorias de Nicéforo y de Tzimisces, y si algún pueblo presionaba demasiado cerca de la frontera, pronto debía volver para defender su propio país del oportuno ataque de otro pueblo. [70] Los sucesores de Constantino pretendían y, a veces, poseían el dominio del Mediterráneo desde la desembocadura del Tanais hasta las columnas de Hércules. Su capital estaba llena de astilleros y de artesanos diestros: la situación de Grecia y Asia, sus largas costas, golfos profundos y un sinnúmero de islas acostumbraron a los súbditos al ejercicio de la navegación, y el

comercio con Venecia y Amalfi resultó ser un semillero de marinos para la armada imperial. [71]

Desde el tiempo de las guerras Púnicas y del Peloponeso, no se había ampliado la esfera de acción, y la ciencia de la arquitectura naval parecía haber declinado. [72] El arte de construir aquellas moles asombrosas que exhibían tres, seis y aun diez hileras de remos que se elevan o caen uno tras otro era tan ignorado en los astilleros de Constantinopla como en los tiempos modernos. Los dromones, [73] unas galeras livianas del Imperio Bizantino, tenían dos filas de remos, cada cual de veinticinco bancos con dos remeros en cada uno, que bogan por ambos costados del bajel. Hay que añadir al capitán o centurión, que en tiempos de acción se erguía con su escudero en la popa, dos timoneles en su sitio y dos contramaestres en la proa, uno para manejar el ancla y el otro para apuntar y disparar el tubo del fuego líquido contra el enemigo. Toda la tripulación, como en los primeros tiempos del oficio, cumplía la doble función de marinero y soldado; todos provistos de armas defensivas y ofensivas, con arcos y flechas que arrojaban desde la cubierta y picas largas que empujaban por los huecos de las filas más bajas. A veces los barcos de guerra eran más grandes y sólidos, y el trabajo del combate y de la navegación se dividía entre setenta soldados y doscientos treinta marineros, pero la mayor parte eran embarcaciones livianas y manejables. Como el cabo de Malea todavía despertaba temores antiguos, los barcos de la flota imperial eran cargados por tierra cinco millas [8 km] a través del istmo de Corinto. [74]

La táctica naval no había cambiado desde el tiempo de Tucídides: la escuadra de galeras avanzaba en forma de media luna, cargaba al frente y procuraba lanzar sus picas agudas contra los flancos débiles del enemigo. En medio de la cubierta,

asomaba una máquina que disparaba piedras y saetas; el abordaje se hacía subiendo con un aparejo grandes cestas llenas de hombres armados. El idioma de señales, tan claro y extendido en el sistema naval moderno, se limitaba apenas a unas cuantas posiciones y algunos colores de la bandera que comandaba. En la oscuridad de la noche, las órdenes de caza, ataque, asalto o retirada se transmitían con luces desde la nave capitana. Por tierra, las señales de fuego se repetían de una montaña a otra, y una cadena de ocho estaciones cubría un espacio de quinientas millas [800 km], de modo que en pocas horas se conocían en Constantinopla los movimientos amenazadores de los sarracenos en Tarso. [75] Se puede estimar el poder de los emperadores griegos por el curioso y detallado relato del armamento aprontado para la conquista de Creta. Una escuadra de ciento doce galeras y setenta y cinco veleros de estilo pánfilo se equiparon en la capital, las islas del mar Egeo y los puertos de Asia, Macedonia y Grecia; la tripulaban treinta y cuatro mil marineros, siete mil trescientos cuarenta soldados, setecientos rusos y cinco mil ochenta y siete marditas, cuyos padres habían sido trasladados de las cumbres del Líbano. Su paga, probablemente mensual, era de treinta y cuatro centenarios de oro [1270 g], cerca de ciento treinta y seis mil libras esterlinas. Nuestra fantasía se desconcierta ante la enumeración sin fin de armas y artefactos, de vestimenta y ropa blanca, de alimentos para la gente y forraje para la caballería, de provisiones y utensilios de todo género, inadecuados para la conquista de una isla pequeña, pero más que suficientes para el establecimiento de una colonia floreciente. [76]

El fuego griego no produjo una revolución total en el arte de la guerra, como lo hizo la pólvora, pero la ciudad y el Imperio de Constantino debieron su seguridad a aquellos combustibles

líquidos, que emplearon después en sitios y combates navales con gran efecto. Pero no hicieron mejoras: las máquinas de la Antigüedad —catapultas, ballestas y arietes— seguían en uso como poderosos inventos para el ataque y la defensa de las fortificaciones, y no decidía las batallas el fuego pesado de una línea de infantería que no se podía cuidar con armaduras contra igual fuego de los enemigos. El acero y el hierro todavía eran los instrumentos usuales para la destrucción o la seguridad, y los cascos, corazas y escudos del siglo X no se diferenciaban esencialmente, ni en la hechura ni en la resistencia, de los que resguardaban a los compañeros de Alejandro y Aquiles. [77] Pero en vez de acostumbrarse los griegos —como los antiguos legionarios— al uso constante de aquel peso benéfico, colocaban sus armaduras en carros ligeros que seguían la caravana hasta que, al aproximarse el enemigo, volvían rápidamente y sin ganas a su desusada cobertura. Sus armas ofensivas eran espadas, hachas y lanzas, y acortaron la pica macedónica en una cuarta parte para reducirla a una medida más manuable de doce codos o pies. Se había sufrido enormemente la agudeza de las flechas escitas y árabes, y los emperadores se lamentaban de la decadencia de los arqueros como causa del infortunio público y recomendaron, como consejo y orden, que la juventud militar se ejercitara continuamente hasta los cuarenta años en el manejo del arco. [78] Los tercios o regimientos solían ser de trescientas plazas. Como término medio de entre cuatro y dieciséis, las tropas de León y de Constantino formaban sobre ocho de fondo. La caballería cargaba sobre cuatro filas, bajo el razonable supuesto de que el peso de las de adelante no aumentaría por la presión de las filas de atrás. Si a veces se duplicaba la formación de la infantería y la caballería, era por una secreta falta de confianza en el valor de la tropa, cuyo número abultaba el

aspecto de la línea, aunque sólo unos pocos se atrevían a enfrentar las espadas y lanzas de los bárbaros. El orden de batalla debe de haber variado según el terreno, el intento y la clase de enemigos, pero la formación corriente de dos líneas y una reserva presentaba una serie de posibilidades y recursos más acordes al carácter de los griegos. [79] En caso de rechazo, la primera línea retrocedía sobre los claros de la segunda, y entonces la reserva, rompiendo en dos divisiones, se abalanzaba a los flancos enemigos para ayudar a la victoria o cubrir la retirada.

Cuanto disponía la autoridad debía cumplirse, por lo menos en teoría, en los campamentos y en las marchas, los ejercicios y evoluciones, los edictos y los libros del monarca bizantino. [80] Los artefactos de fragua, telar o taller eran abastecidos por las riquezas del príncipe y la industria de sus numerosos trabajadores. Pero ni autoridad ni oficio podían dar forma a la maquinaria más importante, el soldado mismo, y si el ceremonial de Constantino siempre suponía la seguridad y el regreso triunfal del emperador, [81] sus tácticas rara vez se elevaban más allá de evitar una derrota y dilatar la guerra. [82] A pesar de algunos éxitos transitorios, la estima de los griegos se hundía para ellos y para sus vecinos. Una mano fría y una lengua locuaz eran la descripción común de la nación: el autor de las tácticas fue sitiado en su capital, y el último de los bárbaros, que temblaba ante el nombre de los sarracenos o los francos, mostraba orgulloso las medallas de oro y plata que había obtenido del débil soberano de Constantinopla. Que su gobierno y su carácter carecieran de genio podía deberse a la influencia de la religión, pues la de los griegos sólo les enseñaba a sufrir y ceder. El emperador Nicéforo, quien restableció por un tiempo la disciplina y gloria de los romanos, quiso elevar a la

categoría de mártires a los cristianos que perdieron la vida en las guerras contra los infieles, pero el patriarca, los obispos y los senadores principales se opusieron a esa ley, siguiendo el canon de san Basilio, que negaba la comunión durante tres años a aquellos que se ensuciaran con el oficio sangriento de soldado. [83]

Los escrúpulos de los griegos se han comparado con las lágrimas que derramaban los musulmanes primitivos cuando debían retroceder en una batalla; y ese contraste entre una superstición básica y un entusiasmo tan vivo revela a un ojo filosófico la historia de ambas naciones. Los súbditos de los últimos califas [84] habían degradado sin duda el celo y la fe de los compañeros del profeta, pero su credo guerrero todavía consideraba a Dios como autor de la guerra. [85] La chispa latente del fanatismo flotaba en el corazón de su religión, y entre los sarracenos, que habitaban en las fronteras de la cristiandad, solía renovarse en una llama vivaz. Su ejército regular estaba formado por esclavos valientes, educados para cuidar la persona de su señor y acompañar su estandarte. Pero el clarín que proclamaba la Guerra Santa contra los infieles despertaba a los musulmanes de Siria, Cilicia, África y España. Los ricos ambicionaban la muerte o la victoria por la causa de Dios, los pobres se tentaban con la esperanza de algún saqueo, e incluso ancianos, enfermos y mujeres asumían su parte en ese servicio meritorio y enviaban sustitutos con armas y caballos al campo de batalla. Sus armas ofensivas y defensivas eran similares en fuerza y calidad a las de los romanos, a quienes aventajaban en el manejo del caballo y del arco; sus cinturones de plata maciza, sus bridas y espadas exhibían la magnificencia de la nación y, salvo algunos arqueros negros del sur, los árabes desdeñaban la valentía desnuda de sus antepasados. En vez de carros, ellos llevaban una larga fila de camellos, mulas y asnos, una multitud de animales adornados

con banderas y cintas que parecían aumentar la magnificencia de sus dueños. Los caballos del enemigo se desordenaban a menudo por la tosca figura y el hedor desagradable de los camellos de Oriente. Invencibles por su aguante a la sed y al calor, su carácter se congelaba con el frío del invierno, y su propensión al sueño exigía las precauciones más rigurosas contra las sorpresas de la noche.

La formación de batalla de los árabes consistía en un largo cuadrilátero de dos líneas profundas y sólidas, la primera de arqueros y la segunda de caballería. En sus combates de mar y tierra, contenían con firmeza la furia de los ataques y rara vez cargaban hasta asegurarse de la debilidad del oponente. Si eran rechazados y sus filas, quebradas, no sabían rehacerse y renovar el combate, su consternación aumentaba con la superstición de que Dios se había declarado del lado de sus enemigos. La declinación y caída de los califas corroboraba esta opinión, y ni musulmanes ni cristianos querían esas oscuras profecías [86] que pronosticaban sus derrotas.

La unidad del Imperio árabe se disolvió, pero cada fragmento era igual a un reino rico y populoso; y en armamentos navales y militares, un emir de Alepo o de Túnez comandaba una importante reserva de habilidad, industrias y tesoros. En sus tratos de paz y de guerra con los sarracenos, los príncipes de Constantinopla sintieron muy a menudo que esos bárbaros no tenían nada de bárbaros en cuanto a su disciplina, y que si carecían de originalidad, estaban dotados de un gran espíritu de curiosidad y de imitación. Los modelos que tomaban eran, sin duda, más perfectos que las copias; sus barcos, máquinas y fortificaciones eran más toscos, y los propios árabes confesaban sin vergüenza que el mismo Dios que les dio una lengua había fabricado mejor las manos de los chinos y la cabeza

de los griegos. [87]

Algunas tribus germanas entre el Rin y el Weser habían extendido su influencia por la mayor parte de Galia, Germania e Italia. Los griegos y los árabes llamaban francos [88] indistintamente a los cristianos de la Iglesia latina y a las naciones de Occidente que llegaban hasta las playas del océano Atlántico. El alma de Carlomagno había creado ese inmenso cuerpo, pero las divisiones y la degradación de su raza pronto aniquilaron el poder imperial, que podía haber rivalizado con los césares de Bizancio y vengado el nombre de los cristianos. Sus enemigos ya no temían más, ni sus súbditos confiaban en la aplicación de una renta pública, los trabajos del comercio y las manufacturas, el servicio militar, la ayuda mutua de provincias y ejércitos, y las escuadras navales que iban de la boca del Elba a la del Tíber. A principios del siglo X, la familia de Carlomagno casi había desaparecido, su monarquía se había fragmentado en naciones independientes y hostiles entre sí, los jefes más ambiciosos asumían títulos reales, sus revueltas desencadenaban anarquía y discordia, y los nobles de cada provincia desobedecían a sus soberanos, oprimían a sus vasallos y ejercitaban perpetuas hostilidades contra sus iguales y sus vecinos. Las guerras privadas, que revolucionaban los gobiernos, fomentaban el espíritu guerrero de la nación. En el sistema de la Europa moderna, por lo menos de hecho, cinco o seis potentados tenían el poder de la espada: sus operaciones en las fronteras lejanas eran conducidas por una clase de hombres que dedicaban su vida a estudiar y practicar las artes militares, y el resto de la comunidad disfrutaba de la paz en medio de la guerra y sólo se sentía el aumento o la disminución de los impuestos. En el desorden de los siglos XI y XII, todo campesino era soldado, y toda aldea, una fortaleza; cada bosque o valle era

escenario de crimen y rapiña, y los señores de cada castillo estaban obligados a asumir el papel de príncipes y guerreros. Ellos confiaban en su propio valor y su política para la seguridad de sus familias, el cuidado de sus tierras y la venganza por injurias recibidas. Como los grandes conquistadores, solían transgredir los límites de las guerras defensivas. Su cuerpo y su mente se endurecían con la presencia del peligro y la necesidad de resolución; un mismo temple les impedía abandonar al amigo tanto como perdonar al enemigo, y en vez de adormecerse bajo el cuidado celoso del magistrado, desdeñaban con orgullo la autoridad de las leyes. En esos tiempos de anarquía feudal, los instrumentos de labranza y de las artes se convertían en armas de guerra, y se abolieron o corrompieron las pacíficas ocupaciones de la sociedad civil o eclesiástica: el obispo que cambió su mitra por el escudo seguramente lo hizo impulsado por las costumbres de la época más que por obligación. [89]

Los francos eran conscientes y estaban orgullosos de su amor por la libertad y por las armas, como habían advertido los griegos con asombro y temor. «Los francos —dijo el emperador Constantino— son audaces y valientes hasta el límite de la temeridad, y su espíritu intrépido se sostiene por el desprecio al peligro y a la muerte. En el campo, cuerpo a cuerpo, presionan hacia el frente y acometen precipitadamente contra el enemigo sin preocuparse por cuántos son sus rivales ni ellos mismos. Sus jerarquías se forman por fuertes lazos de consanguinidad y amistad, y sus actos militares se inspiran en el deseo de rescatar o vengar a sus compañeros más queridos. A sus ojos, toda retirada es una fuga vergonzosa, y toda fuga, una infamia». [90] Una nación dotada con espíritu tan alto e intrépido habría tenido asegurada la victoria si esas ventajas no hubieran estado

contrabalanceadas por muchos y grandes defectos. La decadencia de su poder naval dejó a griegos y sarracenos en posesión del mar para cualquier propósito hostil o de aprovisionamiento. En los tiempos anteriores a la institución de los caballeros andantes, los francos no estaban dotados para la caballería, [91] y en las situaciones de emergencia, sus guerreros eran tan conscientes de su ignorancia, que desmontaban y peleaban a pie. Poco prácticos en el uso de las picas y las armas arrojadizas, los estorbaba la longitud de sus espadas, el peso de sus armaduras, la dimensión de sus escudos y —si puedo repetir la sátira de los griegos— sus inmanejables excesos con la bebida. Su espíritu independiente despreciaba el yugo de la subordinación, y abandonaban el estandarte de su líder si éste pretendía permanecer en el campo más allá de los términos estipulados para su servicio. En todos lados, caían en las trampas de enemigos menos valerosos, pero más astutos que ellos: podían ser sobornados —pues los bárbaros eran venales— o se los sorprendía de noche porque no tomaban las precauciones de cerrar un campamento o de colocar centinelas. Las fatigas de una campaña de verano colmaban sus fuerzas y su paciencia, y caían en la desesperación si les faltaban comida y vino para saciar su voracidad. Este carácter general de los francos tenía marcas nacionales y locales —que yo atribuiría a accidentes antes que al clima— que saltaban a la vista ante naturales y extranjeros. Un embajador de Otón el Grande declaró, en el palacio de Constantinopla, que los sajones peleaban mejor con espadas que con plomadas, y que preferían la muerte al deshonor de volver la espalda al enemigo. [92] Los nobles de Francia se jactaban de que en sus humildes moradas la guerra y la rapiña eran los únicos placeres y ocupaciones de sus vidas. Ellos simulaban burlarse de los palacios, los banquetes y los

modales corteses de los italianos, quienes, para los propios griegos, habían degenerado respecto de la libertad y la valentía de los antiguos lombardos. [93]

Según el conocido edicto de Caracalla, desde Bretaña hasta Egipto, sus súbditos eran considerados romanos, y su soberano podía fijar residencia temporaria o permanente en cualquier provincia del país común. Cuando se dividieron Oriente y Occidente, se mantuvo cierta unidad ideal, y en dictados, leyes y estatutos, los sucesores de Arcadio y Honorio se presentaban como colegas inseparables del mismo cargo de soberanos del mundo romano y de la ciudad, restringidos por los mismos límites. Después de la caída de la monarquía occidental, la majestad de la púrpura residió sólo en los príncipes de Constantinopla; y de éstos fue Justiniano el primero que, después de una separación de sesenta años, recuperó el dominio de la antigua Roma e impuso, por derecho de conquista, el augusto título de emperador de los romanos. [94]

Por vanidad o descontento, uno de sus sucesores, Constante II, quiso abandonar el Bósforo de Tracia, y restaurar los honores del Tíber. Un proyecto extravagante —exclama el malicioso bizantino— como si despojara a una joven doncella para engalanar o más bien exponer la deformidad de una matrona arrugada y decrépita. [95] Pero la espada de los lombardos se opuso a ese asentamiento en Italia, y el emperador entró en Roma no como vencedor, sino como fugitivo. Tras una visita de doce días, saqueó y abandonó para siempre la antigua capital del mundo. [96]

La rebelión final y la separación de Italia se llevó a cabo dos siglos después de las conquistas de Justiniano, y desde aquel reinado, se podría fechar el olvido de la lengua latina. El legislador compuso sus institutos, su código y sus pandectas en

un idioma que celebra como propio del gobierno romano, consagrado en el palacio y el Senado de Constantinopla, y en los campos y tribunales de Oriente. [97] Pero el pueblo y los soldados de las provincias asiáticas ignoraban aquel dialecto, y la mayor parte de los legisladores y ministros de Estado lo entendían escasamente. Después de algún pequeño conflicto, la naturaleza y la costumbre prevalecieron sobre las instituciones obsoletas del poder humano. En beneficio general de los súbditos, Justiniano promulgó sus textos en ambos idiomas, griego y latín. La mayor parte de su voluminosa jurisprudencia fue traducida, [98] el original fue olvidado y se estudió la versión. El griego, merecedor de la preferencia, logró su establecimiento popular y legal en la monarquía bizantina. El nacimiento y la residencia de los príncipes posteriores los alejó del idioma romano. Tiberio para los árabes [99] y Mauricio para los italianos [100] fueron considerados los primeros césares griegos y fundadores de una nueva dinastía y de otro imperio; la revolución silenciosa se cumplió antes del fallecimiento de Heraclio, y el habla latina se conservó oscuramente en algunas voces de jurisprudencia y en las aclamaciones de palacio.

Después de la restauración del Imperio occidental por Carlomagno y los Otones, los nombres de francos y de latinos adquirieron igual significado y extensión. Aquellos bárbaros altaneros alegaban, con cierta justicia, su predominio para el idioma y la posesión de Roma. Insultaban a los extranjeros de Oriente que habían abandonado el traje y la lengua romanos; esa práctica justificaba el apelativo de griegos. [101] Pero el príncipe y el pueblo rechazaban con indignación el nombre que les daban: el paso del tiempo nada había cambiado, pues ellos alegaban una sucesión lineal e intacta desde Augusto y Constantino, y en los períodos de mayor decadencia el nombre

de romanos mantenía unidos los últimos fragmentos del Imperio de Constantinopla. [102]

Cuando todavía el gobierno de Oriente se ejercía en latín, el griego era el idioma de la literatura y la filosofía, y los maestros de este idioma rico y perfecto no podían envidiar la enseñanza y el gusto falso de sus discípulos romanos. Después de la caída del paganismo, la pérdida de Siria y de Egipto y el cierre de las escuelas de Alejandría y Atenas, los estudios de los griegos se refugiaron en algunos monasterios y, sobre todo, en el colegio real de Constantinopla, que se incendió en el reinado de León el Isaurio. [103] Según el estilo pomposo de la época, el presidente de aquella fundación era llamado el Sol de la Ciencia, y sus doce colegas, profesores en varias artes y facultades, eran los doce signos del Zodíaco. Contaban para sus tareas con una biblioteca de treinta y seis mil quinientos volúmenes, y podían mostrar un manuscrito antiquísimo de Homero en un rollo de pergamino de ciento veinte pies de largo [36 m], hecho de intestinos de una serpiente prodigiosa, según cuenta la leyenda. [104] Pero los siglos VII y VIII fueron un período de discordia y de oscuridad: ardió la biblioteca, se cerró el colegio, y los iconoclastas fueron presentados como enemigos de la Antigüedad. Una ignorancia salvaje y un gran desprecio por las letras deshonró a los príncipes de las dinastías heraclia e isauria. [105]

En el siglo IX, comenzó a asomar la restauración de la ciencia. [106] Cuando cedió el fanatismo de los árabes, los califas trataron de conquistar las artes, más que las provincias del Imperio: su curiosidad liberal reavivó la imitación de los griegos y quitó el polvo de las bibliotecas antiguas. Les enseñaron a reconocer y recompensar a los filósofos, cuyos trabajos hasta entonces sólo habían sido compensados con el placer del estudio y la búsqueda de la verdad. El césar Bardas, tío de Miguel III,

apadrinó las letras, un hecho que preserva su memoria y justifica su ambición. Alguna parte de los tesoros del sobrino se desvió de los vicios, pues abrió una escuela en el palacio de Magnaura, y la presencia de Bardas fomentó la emulación de catedráticos y estudiantes. Los acaudillaba el filósofo León, arzobispo de Tesalónica, cuyos vastos conocimientos en astronomía y matemáticas despertaban la admiración de los extranjeros de Oriente, y su ciencia oculta era magnificada por la credulidad popular, que suponía que todo conocimiento superior al propio debía ser efecto de la inspiración o la magia.

A instancias del César, su amigo, el célebre Focio, [107] renunció a su independencia de seglar estudioso, ascendió al trono patriarcal y fue alternativamente excomulgado y absuelto por sínodos de Oriente y Occidente. Aun quienes lo odiaban reconocían que no había arte ni ciencia, excepto la poesía, que fuera ajena a este erudito, profundo en los pensamientos, infatigable en la lectura y elocuente en la expresión. Mientras ejercía el oficio de protospatario o capitán de guardia, lo enviaron como embajador al califa de Bagdad. [108] Amenizó las horas tediosas del exilio y, quizás, del confinamiento con la rápida construcción de su biblioteca, monumento vivo de la erudición y la crítica. Reseñó doscientos ochenta escritores, historiadores, filósofos, oradores y teólogos, aunque sin un método regular. Compendió sus doctrinas o narrativas, apreció sus estilos y caracteres, y juzgó aun a los padres de la Iglesia con una discreta libertad que rompía las supersticiones de aquel tiempo.

El emperador Basilio, quien lamentaba los defectos de su propia educación, puso a cargo de Focio la de su hijo y sucesor, León el Filósofo, cuyo reinado —así como el de su hijo Constantino Porfirogénito— constituyó uno de los períodos

preeminentes de la literatura bizantina. Gracias a su munificencia, la biblioteca imperial guardó los tesoros de la Antigüedad, y con sus plumas o las de sus compañeros los colocaron en extractos y compendios que pudieran despertar la curiosidad del público, sin forzarlo. Además de los Basílicos o código de leyes, las artes de la agricultura y de la guerra, de alimentar o destruir la especie humana se propagaron con igual esmero. La historia de Grecia y de Roma fue resumida en cincuenta y tres títulos o encabezamientos, de los cuales tan sólo dos («De embajadas» y «De virtudes y vicios») se salvaron del daño de los tiempos. En cualquier momento, el lector puede contemplar la imagen del mundo pasado, encontrar una lección o advertencia en cada página, y aprender a admirar —y quizás a imitar— los ejemplos de períodos más luminosos.

No me explayaré en los trabajos de los griegos bizantinos, quienes, por el estudio continuo de los antiguos, se hicieron merecedores del recuerdo y agradecimiento de los modernos. Los estudiantes del presente todavía disfrutan del manual filosófico de Estobeo, del diccionario histórico y gramático de Suidas, de los *Quilíadas* de Tretzés —que compendian seiscientas narraciones en doce mil versos— y los comentarios sobre Homero de Eustacio, arzobispo de Tesalónica, quien derrama de su cuerno de la abundancia el nombre y la autoridad de cuatrocientos escritores. De estos originales y de los numerosos escoliastas y críticos, [109] se puede estimar las riquezas literarias del siglo XII, pues Constantinopla se iluminaba con el genio de Homero y Demóstenes, de Aristóteles y Platón. En medio de los placeres y la dejadez de nuestras riquezas presentes, debemos envidiar a una generación que todavía podía estudiar la historia de Teopompo, las oraciones de Hipérides, las comedias de Menandro [110] y las odas de Alceo y de Safo. Aquel

frecuente trabajo de ilustración demuestra no sólo la existencia, sino la popularidad de los clásicos griegos. El nivel de conocimientos de ese siglo se comprueba con el ejemplo de dos mujeres instruidas, la emperatriz Eudocia y la princesa Ana Comneno, quienes cultivaron en la púrpura las artes de la retórica y la filosofía. [111] El dialecto vulgar de la ciudad era tosco y bárbaro, pero un estilo más correcto y elaborado distinguía el discurso, o por lo menos las composiciones, de la Iglesia y el palacio, donde se interesaban por copiar la pureza del modelo ateniense.

En el sistema moderno de educación, el penoso, pero necesario, aprendizaje de dos idiomas que ya murieron suele ocupar el tiempo y atenuar el ardor del estudiante joven. Los poetas y oradores de Occidente fueron aprisionados durante mucho tiempo en las lenguas bárbaras de nuestros antepasados, desprovistas de armonía y gracia, y sus espíritus, sin preceptos ni ejemplo, fueron abandonados a las reglas de sus propios juicios y fantasías.

Los griegos de Constantinopla, en cambio, después de purgar las impurezas de la lengua vulgar, adquirieron el uso del lenguaje antiguo —la más feliz composición de arte humano— y el conocimiento familiar de los sublimes maestros que habían satisfecho e instruido a la primera de las naciones. Pero estas ventajas sólo tienden a agravar el reproche y la vergüenza de un pueblo degenerado. Ellos tuvieron en sus manos sin vida aquellas riquezas de sus padres, sin haber heredado el espíritu que había creado y engrandecido ese sagrado patrimonio. Leían, rezaban y compilaban, pero sus almas lánguidas parecían incapaces de pensar y actuar. En diez siglos, no hubo un descubrimiento que exaltara la dignidad o promoviera la felicidad de los hombres. Ni una sola idea se añadió a los

sistemas especulativos de la Antigüedad, y una sucesión de discípulos pacientes devino a su turno en los profesores dogmáticos de la siguiente generación servil. Ni una sola obra de historia, filosofía o literatura se salvó del olvido por la belleza intrínseca de su estilo, su inventiva original o, incluso, por una imitación exitosa. En la prosa, los escritores bizantinos menos ofensivos fueron absueltos de la censura por su simplicidad desnuda y sin pretensiones, pero los oradores —más elocuentes según su propia vanidad— [112] fueron privados de los modelos a quienes intentaban emular. En cada página, el gusto y la razón son heridos por la elección de palabras altisonantes y obsoletas, una difícil e intrincada fraseología, imágenes discordantes, una ornamentación pueril y el intento penoso de asombrar al lector y dar significados triviales entre la oscuridad y la exageración. La prosa se dispara con la afectación viciada de la poesía, y la poesía se hunde bajo la chatura e insipidez de la prosa. Las musas trágicas, épicas y líricas enmudecieron sin gloria, pues rara vez los bardos de Constantinopla se remontaban sobre un acertijo, un enigma, un epigrama, un panegírico o una leyenda; olvidaron hasta las reglas de la prosodia y, pese a tener la melodía de Homero todavía en sus oídos, confundían la medida de pies y sílabas en esos esfuerzos impotentes a los que llamaron versos políticos o ciudadanos. [113]

La mente de los griegos quedó apresada en los grilletes de la superstición, que extendió su dominio alrededor de la ciencia profana. Sus entendimientos se perdían en contiendas metafísicas. Por creer en visiones y milagros, habían perdido los principios de la evidencia intelectual, y su gusto estaba enviciado con las homilías de los monjes, mezcla de declamación y Escrituras. Incluso esos despreciables estudios dejaron de ser dignificados a causa del abuso de los talentos superiores, pues los

líderes de la Iglesia griega se contentaban humildemente con admirar y copiar los oráculos de la Antigüedad, y las escuelas no produjeron rivales de la fama de Atanasio y Crisóstomo. [114]

En la persecución de la vida activa y especulativa, la imitación de Estados e individuos es el resorte más poderoso para los esfuerzos y mejoras de la humanidad. Las ciudades de la antigua Grecia estaban moldeadas en una feliz combinación de hermandad e independencia, que reina ahora en mayor escala, pero con menor pujanza, entre las naciones modernas de Europa: aquella unión de idioma, religión y costumbres que constituye a los espectadores en jueces de sus mutuos méritos, [115] aquella independencia de gobierno y de intereses que afianza la libertad y estimula a competir por la preeminencia en la carrera de la gloria.

La situación de los romanos era menos favorable, pero en los primeros tiempos de la república, en los que se forjó el carácter nacional, una competencia muy parecida prendió entre los Estados del Lacio y de Italia, que aspiraron a igualar y sobrepasar en artes y ciencias a sus maestros griegos. El Imperio de los césares sin duda restringió la actividad y los progresos de la mente humana. Su magnitud podía permitir cierto ámbito para la competencia interna, pero a medida que se redujo, primero al Oriente y luego a Grecia y Constantinopla, los bizantinos adquirieron un carácter resignado y apático, efecto natural de su situación aislada y solitaria. Por el Norte los acosaban tribus de bárbaros sin nombre, a quienes apenas se podía llamar personas. La lengua y la religión de los árabes, más cultos, resultaban una barrera insuperable para todo intercambio social. Los conquistadores de Europa eran hermanos en la fe cristiana, pero se ignoraban los idiomas de francos y latinos, sus costumbres eran salvajes, y rara vez se relacionaban, en paz o en

guerra, con los sucesores de Heraclio. Solos en el mundo, el orgullo autocomplaciente de los griegos no se molestaba en compararse con los extranjeros. Cabría preguntarse si no se debilitaron porque no tuvieron competidores que los acicatearan ni jueces que coronasen su victoria.

Las naciones de Europa y Asia se mezclaron en sus expediciones a la Tierra Santa, y bajo la dinastía de los Comneno la chispa de una débil imitación de conocimiento y de virtud militar pareció encenderse otra vez en el Imperio Bizantino.

LIV

ORIGEN Y DOCTRINA DE LOS PAULINOS - SU PERSECUCIÓN POR LOS EMPERADORES GRIEGOS - REBELIÓN EN ARMENIA, ETC. - TRASLACIÓN A TRACIA - PROPAGACIÓN POR OCCIDENTE - SEMILLA, ÍNDOLE Y RESULTAS DE LA REFORMA

Descuella muy a las claras la suma variedad en las índoles entre los que profesaban el cristianismo. Empapaban de por vida en su devoción apoltronada y contemplativa; Roma se aferraba más y más en su señorío del orbe, y la agudeza de los despejados y parleros griegos se engolfaba siempre en contiendas de teología metafísica. Los arcanos inapeables de la Trinidad y la Encarnación, en vez de doblegarlos con callado acatamiento, los estaba de continuo arrebatando en reñidas y sutilísimas controversias, que encumbraba su fe con menoscabo tal vez de su afecto mutuo, y aun de su racionalidad. Desde el concilio Niceno hasta fines del siglo VII, guerras espirituales e incesantes anduvieron desgarrando la paz y la unidad de la Iglesia trascendiendo tan hondamente al atraso y derrumbe del Imperio, que el historiador no puede menos de apersonarse en los sínodos, desentrañar las creencias e ir allá reseñando las sectas de aquella temporada afanosa en los anales eclesiásticos. Desde los asomos del siglo VIII hasta los postreros alientos del Imperio Bizantino, vinieron como a enmudecer las controversias, menguando ya la suntuosidad y amainando el ahínco hasta quedar irrevocablemente deslindados los artículos de la fe católica. Mas aquel afán batallador, por más aéreo, y aun

aciago, que parezca, siempre trae consigo cierto ejercicio y pujanza intelectuales y los griegos avasallados se hallaban bien ayunando, creyendo y rezando con ciega obediencia al patriarca y a su clero. Soñaban ilusos a cual más, y los monjes predicaban, y el pueblo se desvivía tras la Virgen y los santos, visiones, milagros, cilicios e imágenes comprendiendo desde el ínfimo vulgo hasta las primeras jerarquías del Estado. Los emperadores isaurios se empeñaron muy a deshora y atropelladamente en desengañar a los súbditos, y la racionalidad cobró algunas alas, a impulsos del temor y del interés; pero el mundo oriental encumbró o lamentó a sus deidades visibles y celebrose el restablecimiento de las imágenes como triunfo de la fe más acendrada. En aquella postración unánime, quedaron los caudillos eclesiásticos descargados del afán, o defraudados del placer, de las persecuciones. No asomaban paganos; enmudecían yertos y arrinconados los judíos; las contiendas con los latinos se reducían a tal cual hostilidad contra un enemigo nacional y lejano, y allá las sectas de Egipto y Siria estaban disfrutando desahogo a la sombra de los califas árabes. A mediados del siglo VII, cupo a una rama de maniqueos el ser víctimas de la tiranía espiritual, acosándolos hasta el extremo de parar desesperadamente en rebeldes, con cuyo destierro fueron salpicando Occidente con semillas de reforma. Acontecimientos tamaños abonan ciertas pesquisas acerca de las doctrinas e historia de los paulinos, [116] y puesto que no les cabe el abogar en persona, nuestro ahínco candoroso ensalzará los bienes y amenguará o sincerará los males que les achacan sus contrarios.

Aquellos gnósticos que estuvieron atropellando la niñez desvalida de la Iglesia fracasaron luego ante su incontrastable poderío. En vez de emparejarse, y mucho menos sobreponerse en haberes, ciencia y número a los católicos, sus restos ya

oscurecidos pararon en tristísimos desterrados de las capitales, por levante y poniente, a las aldeas y serranías cercanas al Éufrates. Rastréanse allá los marcionitas por el siglo V, [117] pero las crecidas sectas se nublaron todas finalmente bajo el nombre odiosísimo de maniqueos, y aquellos herejes presumidos, hermanadores de las doctrinas de Zoroastro y de Cristo, yacieron acosados por ambas religiones igualmente rencorosas e implacables. Bajo el nieto de Heraclio, en las cercanías de Samosata, más afamada por el nacimiento de Luciano que por el dictado de capital de un reino sirio, asomó un reformador, conceptuado por los paulinos como el nuncio esclarecido de la verdad. Constantino, en el humilde albergue de Mananalis conversó con un diácono que al regresar de su cautiverio en Siria le regaló el imponderado volumen del *Nuevo Testamento* reservado del vulgo por los miramientos del clero griego y aun quizás del gnóstico. [118] Abarcaba aquel volumen todo el ámbito de su estudio y el catecismo de su fe, y hasta los católicos opuestísimos a la interpretación reconocen la legitimidad castiza de su texto. Pero ahincó peculiarmente su afán en los escritos y el rumbo de san Pablo, y aunque sus contrarios los apellidaron paulinos por algún catedrático propio y desconocido, no cabe duda de que se ufanaban con aquel connotado relativo al apóstol de las gentes. Sus discípulos Tito, Timoteo, Silvano y Tichico quedaban representados por Constantino y sus cooperantes, aplicando los nombres de Iglesias apostólicas a las congregaciones reunidas en Armenia y Capadocia, reviviendo con esta alegoría el ejemplar y la memoria de los primeros siglos. En cuanto al Evangelio y las Epístolas de san Pablo, su fiel secuaz anduvo desentrañando la creencia del cristianismo primitivo y, cualquier haya sido su éxito, todo protestante aplaudirá la sustancia de aquella investigación. Mas si eran

castizas, las escrituras de los paulinos dejaban de ser cabales, desechaban allá los fundadores las dos epístolas de san Pedro, [119] el apóstol de la circuncisión, cuya contienda con su predilecto en cuanto a la observancia de la ley no era disimulable. [120] Conformábanse con sus hermanos los gnósticos en su menosprecio del *Antiguo Testamento*, con sus libros de Moisés y de los profetas, consagrados ya por decretos de la Iglesia católica. Con igual arrojo y quizás con el mismo fundamento, Constantino y el nuevo Silvano se desentendían de las visiones publicadas en volúmenes crecidos y ostentosos por las sectas orientales; [121] con los partos fabulosos de los patriarcas hebreos y sabios de Oriente; los evangelios bastardos, epístolas y actas que desde los primeros tiempos abrumaron el código acendrado, la teología de Manes y los autores de las cien herejías, y las treinta generaciones, o sea eones, fraguados por la fecundísima fantasía de Valentino. Condenaban los paulinos de corazón la memoria y opiniones de la secta maniquea; lamentándose de la sinrazón que les andaba estampando aquel nombre odiosísimo por ser unos meros veneradores de san Pablo y de Jesucristo.

Eslabones sin fin de la cadena eclesiástica iban quebrando los paulinos con su reforma, explayándose más y más al aminorar aquellos maestros a cuya voz la profana razón tenía que doblegarse ante los arcanos y los milagros. El desvío tempranísimo de los gnósticos antecedió ya al mismo culto católico, y recatábanse esmeradamente de innovaciones sucesivas, así por costumbre y aversión, como por el silencio de san Pablo y los evangelistas, registrando allá despejada e intensamente y en su desnudez primitiva el objeto tan sumamente transformado con el prestigio de la superstición. Toda imagen trabajada sin manos era un artefacto vulgar, que la

maestría suma del artífice atesoró en la madera o en el lienzo con esclarecido desempeño. Las reliquias milagrosas eran montones de huesos y cenizas, ajenísimos de toda virtud y mérito, y aun tal vez de corresponder a los sujetos que se suponía. La cruz verdadera y vivificante era un trozo de madera sana o consumida; el cuerpo y la sangre de Cristo, un mendrugo de pan y un trago de vino, dones de la naturaleza y símbolos de la gracia. Apeaban a la madurez de sus timbres celestes y virginidad sin mancilla, y descartaban a los santos y a los ángeles del afán de mediar en el empíreo y atarearse por la tierra. En cuanto a la práctica, o por lo menos en su teoría, sobre los sacramentos, propendían los paulinos a que se aboliese todo objeto visible de culto, y las palabras del Evangelio se reducían en su concepto al bautismo y la comunión de los fieles. Franqueaban decoroso ensancho para la interpretación de las Escrituras, y viéndose muy estrechos en el sentido literal, allá se salvaban por el inapeable laberinto de las figuraciones y alegorías. Echaron el resto en deslindar el *Nuevo Testamento* del *Antiguo*, adorando a éste como oráculo de todo un Dios, y detestando al otro por invento fabuloso y absurdo de los hombres y de Luzbel. No hay que extrañar el verlos descubrir en el Evangelio el sublime misterio de la Trinidad; mas en vez de confesar la naturaleza humana y padecimientos positivos de Jesucristo embelesaron allá su imaginación con un cuerpo celeste que fue atravesando la Virgen como por un canuto con una crucifixión fantástica o de tramoya, burladora de la maldad y ahínco desvalido de los judíos. No adecuaba creencia tan sencilla y espiritual a la índole de aquel tiempo, [122] y todo cristiano despejado que se hallaba gozoso con el yugo ligero y carga liviana de Jesús y sus Apóstoles, se destemplaba fundadamente de que el paulino atropellase la unidad de Dios,

artículo fundamental de toda religión natural o revelada. Su creencia y su confianza se cifraban en el Padre así de Cristo como del alma humana y del mundo invisible. Pero sostenían igualmente la eternidad de la materia, sustancia burda y rebelde, origen de un segundo principio, entidad activísima creadora del mundo visible, y encargada de su reinado temporal hasta la consumación final de la muerte y del pecado. [123] La manifestación de entrambos principios dañinos físico y moral era el cimiento de la antigua filosofía y religión universal en Oriente, de donde vino a enjambrarse por las varias ramas de los gnósticos. Suben y bajan hasta lo sumo los varios matices en la naturaleza e índole de Ahriman, desde un Dios competidor hasta un diablillo subalterno, desde ímpetus y deslices hasta una maldad rematada; pero a pesar de mil conatos, la dignación y el poderío de Ormuzd se encumbran al extremo contrapuesto de la línea, y cuantos pasos se dan para acercarse al uno son otros tantos desvíos de su contrario. [124]

El afán apostólico de Constantino Silvano redobló a millares sus secuaces, galardón recóndito de la ambición espiritual. Acudieron a su estandarte los restos de toda secta gnóstica, y con especialidad los maniqueos de Armenia; sus argumentos fueron convirtiendo o embaucando a infinitos católicos, y siguió predicando más y más con séquito por las regiones del Ponto y de Capadocia, [125] empapados todos en la religión de Zoroastro. Apellidábanse los predicadores paulinos únicamente hermanos peregrinantes con nombres de la Escritura, descollando siempre con la austeridad de sus vidas el afán de sabiduría y varios dones, a cual más eminente, del mismo Espíritu Santo. Mas no les cabía apetecer, o por lo menos alcanzar, la opulencia y los timbres de la prelacía católica censurando y tildando muy amargamente aquel engreimiento anticristiano, y aun

condenaron la jerarquía de presbíteros como instituto de la sinagoga judía. Fue la nueva secta cundiendo acá y acullá por las provincias de Asia menor hasta el poniente del Éufrates; seis de sus congregaciones principales venían a representar las siete iglesias a quienes san Pablo encaminó sus epístolas avecindándose el fundador por las cercanías de Colonia, [126] en el idéntico distrito del Ponto, encarecido con las aras de Belona, [127] y los milagros de Gregorio. [128] Siguió misionando hasta veintisiete años, y aquel Silvano que se retiró del gobierno tan tolerante de los árabes paró en el holocausto de la persecución romana. Las leyes blandas de los emperadores que prescindían de otros herejes menos odiosos vedaron sin reboso ni compasión dictámenes libres y personas de los montanistas y maniqueos; arrojáronse los libros al fuego, y cuantos ocultasen los escritos u osasen profesar tales opiniones quedaron sentenciados a muerte afrentosa. [129] Un ministro griego pertrechado con potestad legal y militar asomó en Colonia para descargar sobre el pastor y congregar si fuese dable la grey extraviada. Extremó su crueldad Simeón, hasta el punto de colocar al malaventurado Silvano ante una fila de sus propios alumnos, mandándoles, con el indulto por premio y como prueba de su arrepentimiento, el degüello de su padre espiritual. Volvieron la espalda a encargo tan desapiadado, desprendiéndoseles las armas de sus manos filiales, y tan sólo asomó un ejecutor, nuevo David, como lo apellidan los católicos, que dio osadamente al través con aquel Goliat de la herejía. El taimado apóstata, llamado Justo, engañó y vendió de nuevo a sus hermanos candorosos, y hay visos de semejanza entre los actos de san Pablo y la conversión de Simeón; pues al par del apóstol abrazó la doctrina que iba a perseguir, se desprendió de honores y haberes, y se granjeó entre los paulinos la nombradía de misionero y de mártir. No se

afanaban tras el martirio, [130] pero en una larguísima y penosísima temporada de siglo y medio estuvieron padeciendo cuantas tropelías caben allá en unos perseguidores desenfrenados; mas no alcanzó el sumo poderío a descartar los retoños del fanatismo ilustrado. Brotaban de la sangre y las cenizas maestros y congregantes a cientos y a miles, y aun en medio de las hostilidades advenedizas se peleaban entre sí a sus ensanches; predicaban, contendían y penaban, y hasta los historiadores más acendrados reconocen a su pesar las virtudes más o menos ciertas de Sergio, peregrinante por espacio de treinta y tres años. [131] Estimulaba su religiosidad la crueldad genial de Justiniano II, y esperanzó a ciegas el exterminio del nombre y memoria de los paulinos con un incendio general. Con su sencillez primitiva y su desvío de la superstición popular, pudieran los príncipes iconoclastas avenirse a doctrinas erróneas, pero yacían también expuestos a las calumnias monacales, y así antepusieron el tiranizar a trueque de que no se les tildase de cómplices con los maniqueos. Este baldón está aún tiznando la memoria de Nicéforo, que por mansedumbre mitigó algún tanto los estatutos penales, ni cabe en su índole el tributarle el concepto de ímpetus más gallardos. El apocado Miguel I, y el violentísimo León el Armenio, descollaron en la carrera de la persecución; pero el galardón corresponde indudablemente a la devoción sanguinaria de Teodora, que repuso las imágenes en la Iglesia oriental. Andaban sus inquisidores escudriñando ciudades y serranías por Asia Menor, y los aduladores de la emperatriz están afirmando que en reinado harto breve el acero, la horca y el fuego vinieron a exterminar hasta cien mil paulinos. Se propasan tal vez en aquella ponderación del mérito o la maldad; pero, siendo positiva la suma, se deja alcanzar que muchos meros iconoclastas fueron castigados bajo nombre más

odioso, y algunos de los lanzados de la Iglesia tuvieron involuntariamente por paradero la herejía.

Los rebeldes mas indómitos y rematados vienen a ser siempre los secuaces de una religión muy perseguida y por fin acosada. No tienen cabida el temor ni el remordimiento en causa tan sagrada; la justicia de su tesón los encallece contra todo asomo de inhumanidad, y vengan los agravios de sus padres en los hijos de sus tiranos. Tales fueron los husitas en Bohemia, y los calvinistas en Francia, y tales igualmente en el siglo IX los paulinos de Armenia y de sus provincias cercanas. [132] En su primer ímpetu se arrojaron a matar a un gobernador y obispo, ejecutor del encargo imperial en convertir o exterminar los herejes retrayéndose luego a las guaridas recónditas e independientes del monte Argeo. Hoguera más eficaz y consumidora encendió luego la Teodora recién nombrada con la rebeldía de Carbeas, paulino valeroso y capitán de la guardia del general de Oriente. Habían los inquisidores católicos empalado a su padre, y la religión o, por lo menos, la naturaleza venía a sincerar su deserción y desagravio. Moviéronse al propio impulso hasta cinco mil hermanos; se desentendieron allá de toda obediencia a Roma anticristiana; un emir sarraceno apersona a Carbeas con el califa, y aquel caudillo de los fieles abarca con su cetro al enemigo implacable de los griegos. En los quebrados entre Siwas y Trebisonda funda y fortifica la ciudad de Tefrice, [133] donde mora todavía un vecindario bravío y desenfrenado, y sus cerros cercanos se cuajan de paulinos fugitivos que saben hermanar el alfanje con la *Biblia*. Acosada yace Asia por treinta años con guerra extraña e intestina, incorporándose para sus correrías asoladoras los hijos de Mahoma con los de Jesucristo, alumnos de san Pablo; y el cristiano apacible, el padre anciano y la doncella ternezuela

aherrojados en amarga servidumbre, con mil motivos tildarían el bárbaro destemple de su soberano. Es ya el estrago tan trascendental, y tan extremada la afrenta, que hasta el relajadísimo Miguel, hijo de Teodora, tiene que salir personalmente contra los paulinos; derrótanlo bajo los muros de Samosata, y todo un emperador romano tiene además que huir de unos herejes condenados por su madre a las llamas. Pelearon los sarracenos bajo la propia bandera, mas la victoria fue parto de Carbeas, quien ya rescató por avaricia, ya estuvo atormentando por fanatismo, a los generales cautivos con más de cien tribunos. El denuedo ambicioso de Chrysocheir, [134] el sucesor suyo, fue dando mayor ámbito a sus rapiñas y venganza; pues, ya más y más enlazado con los musulmanes, se internó arrojadamente por el corazón de Asia, arrollando las tropas fronterizas y palaciegas y contestando a los edictos de persecución con los saqueos de Niza y Nicodemia, de Ancyra y Éfeso, sin que el apóstol san Juan lograse escudar su ciudad y sepulcro contra el ímpetu de sus tropelías. Quedó la catedral de Éfeso convertida en establo para acémilas y caballos compitiendo con paulinos y sarracenos en el menosprecio y la ojeriza a las imágenes y las reliquias. No desagrada el estar presenciando el triunfo de la rebeldía contra el propio despotismo tan desdeñador de plegarias con un pueblo agraviado. Tuvo el emperador Basilio, el macedonio, que implorar la paz y ofrecer el rescate por los cautivos, solicitando en términos comedidos y cariñosos que Chrysocheir se condoliese de sus hermanos, dándose por pagado con un regio presente de oro, plata y ropajes de seda. «Si el emperador —contesta el fanático desbocado—, anhela tanto la paz, que se desprenda de Oriente y se marche a reinar allá por el ocaso a sus anchuras; pues, si se desentiende, los siervos del Señor van a

derrocarlo de su solio». Basilio, a su pesar, suspende todo tratado, acepta el reto y acaudilla su ejército al país herético talándolo a hierro y fuego. La campiña despejada de los paulinos quedó patente a los idénticos quebrantos que ellos causaron; pero luego hecho cargo de la fortaleza de Tefrice, de la muchedumbre de los bárbaros y de sus muchos acopios en pertrechos y abastos se desvió suspirando de un sitio desahuciado. Al regreso a Constantinopla, echa el resto en fundaciones de conventos e iglesias para afianzar el arrimo de sus patronos celestiales, el arcángel san Miguel y el profeta Elías, orando diariamente para lograr el traspaso de la cabeza de su contrario impío con tres saetazos. Cumpliose su anhelo sin esperanzarlo; pues Chrysocheir, tras una correría venturosa, fue sorprendido y muerto en su retirada, presentando luego el matador triunfalmente la cabeza del rebelde ante las gradas del solio. Al recibo de trofeo tan halagüeño, pide Basilio ejecutivamente su arco, descarga tres flechazos certeros, y se empapa en los aplausos palaciegos que vitorean desaladamente al real flechero. Empañada, y aun marchita, quedó la gloria de los paulinos con Chrysocheir, [135] y en la segunda expedición del emperador desampararon los herejes la plaza inexpugnable de Tefrice, y luego imploraron misericordia o huyeron hacia los confines. Amainose la ciudad, pero se aferró más y más el afán de independencia por las serranías, defendiendo los paulinos por más de un siglo su religión y libertad, e infestando la raya romana, estrechando siempre su alianza con los enemigos del Imperio y del Evangelio.

A mediados del siglo VIII, Constantino, llamado Coprónimo por los adoradores de las imágenes, tuvo que hacer una expedición por Armenia, y halló en las ciudades de Mitirene y Teodosiópolis crecido número de paulinos, coherejes suyos. Por

fineza, o por castigo, trasladolos desde las márgenes del Éufrates a Constantinopla y Tracia, con cuya emigración asomó y cundió su doctrina por Europa. [136] Si los secuaces en la capital se mezclaron allá con el gentío, los del campo se fueron hondamente arraigando. Contrarrestaron los paulinos de Tracia todas las tormentas de la persecución, aunque advenedizos, y estuvieron sosteniendo correspondencia reservada con sus hermanos armenios, y auxiliando y fortaleciendo a sus predicadores, que entablaron certeramente su hermandad en la fe con los búlgaros. [137] Se multiplicaron restablecidos en el siglo X con una colonia más crecida, que trasladó Juan Zimisces [138] desde los cerros Chalibios a las cañadas del monte Haemus. El clero oriental, que antepusiera el exterminio, se mostró pesaroso con la ausencia de los maniqueos: el emperador belicoso había palpado con aprecio su denuedo; su apego a los sarracenos le era en extremo azaroso; mas por la parte del Danubio y contra los bárbaros de Escitia pudiera serle provechoso aquel servicio, y su malogro pudiera hacerse apetecible. Aliviose el destierro a tanta lejanía con la tolerancia; obtuvieron los paulinos la ciudad de Filipópolis y las llaves de Tracia; éranles súbditos los católicos; los emigrados jacobitas, sus asociados, estaban como acordonados por aldeas y castillos en Macedonia y el Epiro, y muchos búlgaros nativos se les fueron asociando en armas y herejía. Mientras respetaron el poderío que los trataba comedidamente, sus tercios voluntarios descollaron en las huestes del Imperio; y el ardimiento de aquellos canes, siempre desalados por la guerra y siempre sedientos de sangre humana, suena, o más bien disuena, con enfado entre los pusilánimes y asombrados griegos. Con aquel brío eran también arrogantes e indómitos, se destemplaban desaforadamente por antojo o por agravio, y la superstición alevosa del gobierno y del clero solía

atropellar sus fueros. En medio de la guerra normanda, dos mil quinientos maniqueos desertaron de las banderas de Alexis Comneno, [139] y se retiraron a sus albergues solariegos. Disimuló hasta que lo rodease el trance para su venganza; convidó a los caudillos a una conferencia amistosa, y fue castigando inocentes y culpados con cárcel, confiscación y bautizo. Medió paz, y el emperador tomó a su cargo la oficiosidad religiosa de reconciliarlos con la Iglesia y el Estado; invernó en Filipópolis, y el apóstol XIII, como lo apellida su devota hija, estuvo empleando días y noches por entero en controversias teológicas. Robustecía sus argumentos y quebrantaba a los pertinaces galardonando hasta lo sumo a sus convertidos más descollantes, y una ciudad nueva, cercada de pensiles, realzada con inmunidades, y condecorada con su propio nombre, fue fundada por Alexis para residencia de sus vulgares conversos. El apostadero importantísimo de Filipópolis no paró en sus manos; adalides contumaces se empozaron en una mazmorra, o se desterraron fuera del país, salvándoles las vidas, más por cordura que por clemencia de un emperador, por cuya disposición un hereje cuitado y solitario fue quemado vivo ante la iglesia de santa Sofía. [140] Mas aquella esperanza engreída de dar al través con las vulgaridades arraigadas de la nación entera fracasó luego contra el tesón incontrastable de los paulinos, quienes desembozadamente se desmandaron. Yace y fallece Alexis, y reinstalan sus leyes civiles y religiosas. A principios del siglo XIII su papa o primado (está patente el trastrueque) residía por el confín de Bulgaria, Croacia y Dalmacia, y estaba gobernando sus congregaciones ahijadas de Italia y Francia por sus vicarios. [141] Desde aquel punto se podría ir menudamente rastreando y eslabonando el pormenor de la tradición. A fines del otro siglo, la secta o colonia seguía

morando por los valles del monte Haemus, donde el clero griego solía, aún más que el gobierno turco, atormentar su ignorancia y desamparo. Finó entre los paulinos actuales todo recuerdo de su propio origen, mancillando ahora su religión con el culto de la cruz y la práctica de sacrificios sangrientos, traída por algunos de sus cautivos de los páramos de Tartaria. [142]

En Occidente rechazó el pueblo, o atajó la autoridad, a los primeros anunciadores del maniqueísmo; pues la aceptación y creces de los paulinos, en los siglos XI y XII, debe achacarse al desagrado sumo, aunque recóndito, que movía a los cristianos acendrados, contra la Iglesia de Roma, con su avaricia opresora y su odioso despotismo; no tal vez tan bastardamente rendida ante los santos y sus imágenes, pero más violenta y escandalosamente innovadora, se extremaba en deslindar e imponer la doctrina de la transustanciación; luego el clero latino se mostraba por donde quiera estragadísimo, aparecían los obispos orientales dignos sucesores de los apóstoles, en cotejo de unos prelados engreídos y empuñadores alternativamente del cayado, el cetro y la espada. Tres eran los rumbos encaminadores de los paulinos al corazón de Europa. Convertida la Hungría, podían los peregrinos a Jerusalén seguir a su salvo el cauce del Danubio; pasaban de ida y vuelta por Filipópolis, y aquellos sectarios, encubriendo su nombre y herejía, tenían en su mano el acompañar las caravanas respectivas hacia la misma Germania o Francia. Recorría el señorío de Venecia con su tráfico las costas del Adriático, y aquella república hospedadora franqueaba su regazo a todo advenedizo, prescindiendo de su país y religión. Acudían los paulinos con bandera bizantina a las provincias griegas de Italia y Sicilia, y conversando en paz y en guerra a sus anchuras con extranjeros y naturales, iban sus opiniones cundiendo

encubiertamente por Milán, Roma y los reinos trasalpinos. [143] Apareció luego que miles de católicos de todo sexo y jerarquía se habían hermanado en la herejía maniquea, y las llamas abrasadoras de doce canónigos en Orleans sirvieron de padrón a los perseguidores. Los búlgaros, [144] nombre inocente de suyo en su origen, y luego tan ofensivo, fueron extendiendo sus ramas por Europa entera. Aborreciendo al par con ahínco la idolatría y a Roma, enlazábanse con una planta de gobierno, episcopal y presbiteriano; deslindábanse sus varias sectas con escasillos matices teológicos; mas concordaban estrechos y generalmente en los dos principios, del menosprecio del *Antiguo Testamento* y el rechazo del cuerpo de Jesucristo, así en la cruz como en la Eucaristía. Sus mismos enemigos les confiesan de suyo un culto sencillísimo y costumbres irreprensibles, esmerándose tantísimo en su dechado de perfección, que sus congregaciones, siempre en auge, se dividían en dos clases de alumnos, a saber: de provistos y de aspirantes. En el país de los albigenses [145] o las provincias meridionales de Francia, se agolparon y hondamente arraigaron, repitiéndose aquella idéntica alternativa de martirios y venganzas que antes reinara por el Éufrates, por el siglo XIII en las orillas del Ródano. Federico II revivió las leyes de los emperadores orientales, representando los barones y vecindarios de Languedoc a los rebelados en Tefrice, y aun sobrepujando el papa Inocencio III a la nombradía sanguinaria de Teodora, cuya soldadesca tan sólo en crueldad era un remedo del heroísmo de los cruzados, para luego aventajar a todos en sañuda fiereza, los fundadores de la Inquisición, [146] cargo más adecuado para corroborar que para descreer del principio maléfico. Fuego y hierro aventaron las juntas de los paulinos o albigenses, y los restos ensangrentados se fueron salvando con la huida, retraimiento o catolicismo. Mas aquel denuedo incontrastable

seguía viviendo y descollando por el orbe occidental, pues ya en el Estado, ya en la Iglesia, y aun en el claustro, se estuvo conservando una sucesión encubierta de discípulos de san Pablo, protestando más y más contra la tiranía de Roma, estrechándose con la *Biblia* como regla de la fe, y despejando su creencia de todas las patrañas de la teología gnóstica: los conatos de Wickliff en Inglaterra y de Huss en Bohemia fueron anticipados e ineficaces, mas no falta quien pronuncie los nombres de Zuinglio, Lutero y Calvino con arranques de agradecimiento.

Un filósofo que vaya aquilatando sus méritos y la importancia de tanta reforma les preguntará cuerdamente de qué artículos de fe, superiores o contrapuestos a nuestros alcances han venido a desamarrar a los cristianos, pues tal rescate no puede menos de beneficiar, en aviniéndose con la verdad y la creencia; y el paradero de nuestro ahínco será extrañar la cobardía, en vez de escandalizarnos con el desahogo de nuestros primeros reformistas. [147] Prohijaban, al par de los judíos, las escrituras hebreas con sus portentos desde el jardín de Edén hasta las visiones del profeta Daniel, y tenían que allanarse con los católicos para sincerar contra los judíos la abolición de la ley divina. En cuanto a los sumos misterios de la Trinidad y Encarnación, eran esmeradamente ortodoxos los reformadores: se conformaban sin reparo con la teología de los cuatro o seis concilios primeros, y con el celo de Atanasio sentenciaban a condenación sempiterna a cuantos descreyeren de la fe católica. Es la transustanciación, esto es, el trueque del pan y del vino en el cuerpo y sangre de Cristo, un dogma retador de argumentistas y cumplidos; mas los primeros protestantes, en vez de acudir a la evidencia de los sentidos, gusto, vista y tacto, se enzarzaban escrupulizando y acatando allá las palabras de Jesucristo en la institución del sacramento. Sostenía Lutero la presencia

corpórea y Calvino la positiva del Señor en la eucaristía, y la opinión de Zuinglio, sobre que no pasa de comunión espiritual, un mero recuerdo, ha ido después pausadamente prevaleciendo en las iglesias reformadas. [148] Pero el descarrío de un misterio se compensaba colmadamente con la doctrina asombrosísima del pecado original, la fe, la gracia, redención y predestinación, exprimidas de las epístolas de san Pablo. Los padres y los eclesiásticos habían positivamente ido labrando aquellas cuestiones sutilísimas; pero el redondeo sumo y el uso ya popular de todo se deben atribuir a los primeros reformadores que las encarecieron como prendas esenciales e imprescindibles para la salvación. Hasta aquí el peso de la creencia sobrenatural propende contra los protestantes, y muchos cristianos cabales antes se avendrán a que una pequeña oblea es Dios que a conceptuar a Dios como un tirano cruel y antojadizo.

Sólidos son sin embargo y trascendentales los servicios de Lutero y sus competidores, y el filósofo tiene que confesarse muy deudor a tan denodados [149] entusiastas. Por su diligencia, el grandioso alcázar de la superstición, desde el desenfreno de las indulgencias hasta la intercesión de la Virgen, yace por fin en el suelo. Millaradas de la profesión monástica en ambos sexos quedan desencarcelados y solícitos en los afanes de la vida social. Una gradería de santos y de ángeles, deidades subalternas o a medias, despojadas de su potestad temporal, quedaron reducidas al goce de su bienaventuranza celeste; apeáronse de las iglesias sus imágenes y reliquias, y la credulidad popular fue careciendo del pábulo de tantísima repetición de visiones y milagros. Se sustituyó el remedo pomposo del paganismo con un culto castizo y acendrado, de plegarias dignas del hombre y dignísimas de la Divinidad. Mas nos queda ahora que indagar si cabe en la devoción popular sencillez tan sublime, y si el vulgo conculcado

de objetos visibles no se disparará con entusiasmo, o bien desmayará tibia y lánguidamente. Quebrose el freno de la autoridad para amainar los arrebatos desbocados de todo creyente en habla y obra, desde el señor basta el esclavo; quedó el papa, con los padres y los concilios, apeado del juzgado supremo e infalible en el orbe, habituando a cada cual para no reconocer más ley que la Escritura ni más intérprete que su propia conciencia. Este ensanche, sin embargo, fue el resultado mas no el intento de los reformadores, y en toda alteración los innovadores vuelan a heredar a sus destronados tiranos. Impusieron luego con todo ahínco sus creencias y confesiones, y autorizaron al magistrado para castigar de muerte a todo hereje. El encono religioso o personal de Calvino ajustició a Servet el delito [150] de su propia rebeldía, [151] y las llamas de Smithfield, donde vino luego a fenecer su mismo encendedor, se fraguaron por el afán de Cranmer contra los anabaptistas. [152] No cabe mansedumbre en el tigre, mas sí el irle cercenando uñas y dientes. El pontífice romano era poseedor de un reino espiritual y temporal, y los catedráticos protestantes no eran más que súbditos muy plebeyos, sin jurisdicción ni renta. La antigüedad de la Iglesia católica tenía consagrados los decretos pontificios, pero los diputados fueron pregonando sus argumentos por el pueblo, como árbitro, quien aceptó su apelación desaladamente con afanado entusiasmo. Desde Lutero y Calvino una reforma recóndita se ha ido fraguando en el regazo de las Iglesias reformadas, y los alumnos de Erasmo [153] entablaron desde luego un sistema anchuroso y comedido. Se ha vitoreado la libertad de conciencia como un logro común y un derecho inalienable, [154] y los gobiernos libres de Holanda [155] y de Inglaterra [156] fueron introduciendo prácticamente el tolerantismo, ensanchando más y más las estrecheces de la ley,

con la cordura y humanidad de los tiempos. El entendimiento ha ido con el ejercicio deslindando sus ámbitos, y las palabras y las sombras que tal cual entretenían las niñeces, no encarnan en las veras de la razón ya varonil. Los libros de tales controversias yacen ahora entre colgaduras de telarañas, y los individuos de la Iglesia protestante se desentienden allá de todo movimiento en sus doctrinas y creencias, y el clero moderno se aviene a firmar entre suspiros y sonrisas los artículos de fe y las formalidades de rúbrica. Entretanto, los amantes del cristianismo se estremecen con el disparo desbocado de tanta duda escudriñadora, cumpliéndose las predicciones de los católicos y desmenuzada ya la tela misteriosa en manos de armenios, arrianos y socinianos, cuyo número no se ciñe al de sus varias congregaciones. Conmuévense con efecto las columnas de la revelación, por aquellos sujetos que siguen conservando el nombre sin la realidad de su religión, que se empapan en los desahogos, sin atenerse a la templanza de la filosofía. [157]

LV

LOS BÚLGAROS - ORIGEN, VAIVENES Y ESTABLECIMIENTO DE LOS HÚNGAROS - SUS CORRERÍAS POR LEVANTE Y PONIENTE - MONARQUÍA RUSA - GEOGRAFÍA Y COMERCIO - GUERRAS DE LOS RUSOS CON EL IMPERIO GRIEGO - CONVERSIÓN DE LOS BÁRBAROS

Diluviaron nuevos bárbaros en el reinado de Constantino, nieto de Heraclio, arrollando para siempre la antigua valla del Danubio, tantas veces atropellada y establecida. Cooperaron a sus avances los califas, sus auxiliares desconocidos y occidentales, pues las legiones romanas permanecían más y más embargadas por Asia, y luego, tras la pérdida de Siria, Egipto y África, por dos veces quedaron los Césares reducidos al peligro y al desdoro de tener que resguardar su capital contra los sarracenos. Si al historiar aquel pueblo interesante he venido a torcer mi rumbo primitivo y recto, abulta el objeto tantísimo, que deja disculpado y encubierto mi desvío. Agólpanse los árabes al encuentro de nuestra curiosidad por levante y poniente, en guerra, en religión, en ciencia, en su prosperidad y en su menoscabo; sus armas fueron las primeras derrocadoras de la Iglesia y del Imperio griego, y los alumnos de Mahoma se hallan todavía empuñando el cetro civil y religioso del mundo oriental. Mas no se hacen acreedores a tantísimo afán los enjambres bravíos que desde el siglo VII hasta el XII se fueron descolgando de los páramos de Escitia, en correrías volanderas, o en emigraciones permanentes. [158] Disuenan sus nombres, desaparecen sus orígenes, sus gestiones se confunden, creen a

ciegas, batallan ferozmente, sin que la inocencia suavice ni la civilización afine la uniformidad de sus vidas públicas y privadas. El solio aún majestuoso de Bizancio rechaza y sobrevive a sus embates desconcertados, y la mayor parte de aquellos bárbaros van desapareciendo sin dejar siquiera un rastro de su existencia, y sus restos baladíes siguen todavía, y para largas edades, yaciendo llorosos bajo el señorío de algún tirano advenedizo. Voy a entresacar de las antigüedades de I. búlgaros, II. húngaros y III. rusos, tan sólo aquello que conceptuare digno de recordarse. Las conquistas de los normandos IV. y la monarquía de los turcos V. tendrán por obvio paradero las cruzadas memorables a la Tierra Santa y el vuelco al par de la ciudad y del imperio de Constantino.

Marcha Teodorico [159] para Italia, y huella las armas de los búlgaros, con cuyo descalabro se empozan el nombre y la nación por siglo y medio, y se rastrea que recibió el idéntico nombre, u otro parecido con las colonias advenedizas del Borístenes, del Tanais o del Volga. Un rey de la antigua Bulgaria [160] agració a sus cinco hijos con una lección de concordia y comedimiento. Recibiéronla como suele la mocedad hacerlo con los consejos de la edad y de la experiencia; sepultaron los cinco herederos al padre; se repartieron súbditos y rebaños; olvidaron su encargo; se deshermanaron, y fueron vagando en pos de la fortuna, hasta que asoma el más andariego en el corazón de Italia bajo el amparo del exarca de Ravena. [161] Mas el raudal de la emigración, por impulso propio o ajeno, se encaminó más y más a la capital. Tiéndese Bulgaria moderna por las márgenes meridionales del Danubio con el nombre y vivo remedo de lo que fue en lo antiguo: fueron los nuevos conquistadores granjeándose por puntos, ya con guerras o ya por medio de tratados, las provincias romanas de Dardania, Tesalia y ambos

Epiros; [162] la supremacía eclesiástica se trasladó de la ciudad nativa de Justiniano; y prosperando luego, el pueblecillo arrinconado de Lychnida o Acrida, se condecoró con entrambos solios regio y patriarcal. [163] Comprueba innegablemente el idioma la descendencia de los búlgaros desde el tronco original de la alcurnia esclavonia, o más bien eslavonia; [164] y el gentío emparentado de serbios, bosnios, rascios, croatas, kalachios, etc. [165] iba siguiendo el ejemplo o el mando de la tribu soberana. En clase de esclavos, de súbditos, de aliados o enemigos del Imperio griego, se fueron explayando por todo el territorio que media entre el Euxino y el Adriático; y la denominación nacional de eslavos [166] se ha ido envileciendo, por acaso o por malignidad, desde un connotado esclarecido hasta la ínfima servidumbre. [167] Entre aquellas colonias, los chrobatos [168] o croatas, que ahora van siguiendo los movimientos de una hueste austriaca, descienden allá de un pueblo gallardo, conquistador y soberano de Dalmacia. Las ciudades marítimas, y entre ellas la escasa república de Ragusa en mantillas, imploró el auxilio y las instrucciones de la corte bizantina; y el magnánimo Basilio les encargó que renovasen allá un asomo de reconocimiento de fidelidad al Imperio Romano, y amansasen la saña de bárbaros tan incontrastables con un tributo anual. Repartiéronse el reino de Croacia once zupanes, o señores feudales, ascendiendo sus fuerzas reunidas a sesenta mil caballos y cien mil infantes. Una tirada larga de costa, recortada con un sinnúmero de ensenadas más o menos capaces y luego acordonada con una porción de islas casi a la vista de las playas de Italia, inclinaba a naturales y advenedizos a la vida marítima. Construían los croatas sus bergantines, o barcas, al modo de las liburnas antiguas, y casi dos centenares de naves infunden el concepto de una marina grandiosa, pero cualquier marino actual se sonreirá con las

tripulaciones de diez, veinte o cuarenta hombres por buque. Fueron luego dedicándose por grados a la granjería más decorosa del comercio, mas siempre salían a piratear tremendamente los eslavones; y era ya a fines del siglo X cuando la república veneciana logró señorear y despejar absolutamente su golfo. [169] Enfrenaron por fin los venecianos a los antepasados de aquellos reyes dálmatas sin franquearles ni el menor uso de la navegación, y así se aposentaron en la Croacia Blanca, por el interior de Silesia y Polonia Menor, a treinta jornadas, según el cómputo griego, del mar tenebroso.

I. Escaso fue el ámbito de la nombradía búlgara [170] bajo todo concepto, pues reinando en los siglos IX y X, allá por el sur del Danubio, las naciones más poderosas que siguieron sus huellas los tenían acorralados por el norte y el poniente. En medio de sus hazañas oscurecidas descuella un timbre vinculado hasta allí en los godos, y es el de dar muerte en batalla a todo un sucesor de Augusto y Constantino, pues el emperador Nicéforo, ajado ya en la guerra arábiga, feneció en Eslavonia. Arrolló al pronto y hasta su mismo centro Bulgaria entera, abrazando la corte regia que sería probablemente algún edificio o aldea de madera tosquísima; pero mientras se distrae en busca de ocultos despojos, y se desentiende de todo convenio, los enemigos se rehacen, lo acorralan sin arbitrio, y trémulo entonces Nicéforo prorrumpe: «¡Ay de mí desdichado! a menos que no tengamos alas como las aves, aquí no hay salvamento». Yace por dos días desahuciado; pero a la madrugada del tercero, asaltan los búlgaros sus reales y lo destrozan con todos sus palaciegos. Estuvo en salvo de insultos el cadáver de Valente, pero enarbolaron la cabeza de Nicéforo en una pica y luego su cráneo, engastado en oro, se solía cuajar de vino en la algazara de alguna victoria. Lamentaron los griegos tamaño baldón, mas

reconocieron que era castigo tan digno de aquella cruel avaricia. La copa salvaje era un padrón de las costumbres bravías de unos escitas; mas se fueron luego desbastando en su roce con los griegos, en su mansión en países ya cultivados y en su admisión del culto cristiano, a fines de aquel mismo siglo. Educábase la nobleza búlgara en las escuelas y aun en el palacio de Constantinopla; cabiendo a Simeón, [171] mozo de sangre real, el imponerse en la oratoria de todo un Demóstenes y en la lógica de Aristóteles. Orilló su profesión de monje por la de monarca y guerrero, y durante su reinado de más de cuarenta años se encumbró Bulgaria a la jerarquía de potencia civilizada. Habíalas a menudo con los griegos, quienes acudían al desahogo muy obvio de apellidarlo sacrílego y alevoso. Costearon luego el auxilio de los turcos paganos, pero Simeón, vencido al pronto, los arrolló en segunda refriega, cuando sólo el contrarrestarlos se conceptuaba un triunfo, por su formidable prepotencia. Venció, cautivó, y dispersó en parte a los serbios, y quien anduvo por entonces el país tan sólo alcanzó a descubrir como unos cincuenta vagos sin mujeres ni niños, se mantenían estrechísimamente de la caza. En el territorio clásico, por las orillas del Aqueloo, vinieron a quedar derrotados los griegos, destrozándolo las astas el brío de un Hércules bárbaro. [172] Pasó luego a sitiar la gran Constantinopla, y en un coloquio con el mismo emperador dictó Simeón las condiciones de la paz. Cauteláronse mutua y esmeradamente, amarrando la galera imperial a un tablado fuertísimo, y remedando el boato del búlgaro la majestad de la púrpura bizantina. «Si sois cristiano —prorrumpe blandamente Romano—, tenéis que absteneros de la sangre de nuestros hermanos; si estáis sediento de oro, teniendo en poquísimo el embeleso de la paz, envainad ese alfanje, alargad esa diestra, y quedarán colmados vuestros sumos

anhelos». Corrobórase la reconciliación por medio de un enlace íntimo; quedó entablada o restablecida la franquicia en el comercio, condecorose hasta lo sumo a los afectos a Bulgaria, sobreponiéndolos a todo embajador enemigo o advenedizo, [173] realzando a su príncipe con el dictado altisonante y envidiadísimo de Basilio o emperador. Desbaratose aquella intimidad, pues, muerto Simeón, ambas naciones se estrellaron de nuevo, sus apocados sucesores se deshermanaron y fenecieron, y a principios del siglo XI el segundo Basilio nacido en la púrpura mereció apellidarse conquistador de Bulgaria. Empapose su codicia en un tesoro de cuatrocientas mil libras esterlinas (diez mil libras de peso en oro) [4600 kg] halladas en el palacio de Lychnida, cebando no obstante su crueldad en frías y extremadas venganzas en quince mil cautivos, sin más delito que el de haber defendido ahincadamente su patria. Cegolos a todos dejándoles un ojo por cada centenar para que sirviese de lazarillo de su respectiva cuadrilla para conducirlos hasta la presencia de su rey, quien se horrorizó de muerte con aquella vista, y la nación aterrada se dejó arrebatar de sus hogares ciñéndola toda en una sola provincia, cuyos caudillos siguieron encargando a sus nietecillos el sufrimiento y la venganza oportuna.

II. Al descolgarse sobre Europa el descomunal enjambre de los húngaros, a los novecientos años de la era cristiana, conceptuolos la superstición despavorida como el Gog y el Magog de las Escrituras, como señales y precursores del fin del mundo. [174] Planteada luego la literatura, sus propios anticuarios se han engolfado tenaz y laudablemente en el despejo patriótico de aquellos primitivos asomos; [175] la racionalidad crítica tiene que descartar el empeño linajudo de entronques con Atila y con los hunos; pero se lamentan de que sus recuerdos allá

fundamentales fenecieron a la guerra tártara; que así la ficción como la verdad de sus cantares antiguos y cerriles yacen muy olvidadas, y de que los fragmentos de una crónica insulsa [176] a duras penas pueden hermanarse con las noticias contemporáneas, pero advenedizas, del geógrafo imperial. [177] *Magiar* es el nombre oriental y nacional de los húngaros, pero los griegos suelen deslindarlos con el nombre propio y peculiar de turcos, entre las tribus de Escitia, como descendientes del pueblo poderoso que anduvo reinando y conquistando desde la China hasta el Volga. La colonia de Panonia siguió conservando correspondencia de comercio y de intimidad con los turcos orientales del confín de Persia; y a los tres siglos y medio los misioneros del rey de Hungría descubrieron y escudriñaron su propia patria junto a las orillas del Volga. Agasajolos entrañablemente un pueblo de paganos bravíos apellidado todavía húngaro; conservaron su idioma nativo; recordaron tradiciones de sus hermanos allá tan extraviados, escuchando absortos las relaciones peregrinas de su nuevo reino y religión. Corroboró la eficacia del parentesco los afanes de la conversión, y uno de sus mayores príncipes ideó luego el intento grandioso pero impracticable de cuajar las soledades de Panonia con una colonia casera desencajada del corazón de Tartaria. [178] La oleada de las guerras y la emigración los arrebató de su patria primitiva, a impulsos de tribus más lejanas, que solían ser fugitivas y conquistadoras. El tino o la suerte los encaminaban a la raya romana; tras los altos usuales por las orillas de los ríos mayores, y aun se rastrea su residencia temporal por los territorios de Moscú, Kiev y Moldavia. En tan varia y dilatada peregrinación, mal podían sortear el señorío de los prepotentes, mejorando o mancillando la pureza de su sangre con el cruzamiento de castas extrañas; por precisión o por albedrío,

varias tribus de chazares se fueron asociando a los estandartes de sus vasallos antiguos; se avezaron a nuevo idioma, y les cupo con la nombradía de sobresalientes el destino de vanguardia en las refriegas. La fuerza militar de los turcos iba marchando en siete divisiones iguales y artificiosamente escuadronadas; constaba cada una de treinta mil ochocientos cincuenta y siete guerreros, y la proporción de mujeres, niños y sirvientes supone de suyo un millón de emigrantes. Amaestraban el desempeño en los consejos públicos siete vaivodas, o caudillos hereditarios; mas luego con el desengaño de discordias y tropiezos agolparon todos los ramos del mando en un solo individuo. Desestimó el recatado Lebedias el cetro, y se colocó por nacimiento y mérito esclarecido en manos de Almus y de su hijo Arpad, robusteciendo la soberanía del sumo khan de los chazares el compromiso del príncipe y del pueblo; éste para obedecerle, y aquél para mirar por la gloria y felicidad de todos.

Pudiéramos quedar ya pagados con estos pormenores, mas el ahínco de los literatos modernos se internó hasta patentizar nuevas perspectivas en las antigüedades de las naciones. Descuella a solas, y como aislado, el idioma húngaro entre los dialectos eslavones; pero se hermana clara y estrechamente con las hablas de entronque fenicio, [179] casta recóndita y cerril, que estuvo primitivamente ocupando las regiones septentrionales de Asia y de Europa. Asoma la denominación legítima de ugros o igures por los confines occidentales de la China, [180] los tártaros atestiguan su traslación a las márgenes de Irtysh; [181] se ha descubierto nombre y habla semejante a la parte meridional de Siberia, [182] y los restos de la tribu fénica andan anchurosa pero despobladamente desparramados desde las fuentes del Obi hasta las playas de Laponia. [183] En el entronque de húngaros y lapones sobresale la pujanza poderosísima del clima con los hijos

de un idéntico padre; y se está palpando en la estampa contrapuesta de los aventureros denodados que logran embriagarse con los vinos del Danubio, y los cuitados fugitivos que yacen empozados bajo las nevadas del mismo círculo polar. Armas y libertad fueron siempre el sumo afán, mas no siempre certero, de los húngaros, dotados por la naturaleza de pujanza en cuerpo y alma. [184] El frío extremado ha ido reduciendo la estatura y helando las potencias de todo lapón, y las tribus polares son los únicos hombres que desconocen la guerra, desentendiéndose siempre de la sangre humana: ¡ignorancia venturosísima, si la racionalidad y el pundonor fuesen los celadores de su sosiego! [185]

Dejó ya observado el autor imperial de la táctica [186] que todas las rancherías escitas se asemejaban en cuanto a su vida pastoril y militar; que todas acudían a medios idénticos para su diaria subsistencia; y que todas se valían de idénticos instrumentos para la destrucción. Pero añade que entrambas naciones de búlgaros y húngaros se sobreponían a todos sus hermanos, e iguales entre sí, en las mejoras aunque tosquísimas, en disciplina y gobierno; cuya semejanza mueve a León para barajarlas bajo un mismo concepto, prescindiendo de su afecto o enemistad, y sabe redondear aquel cuadro con tal cual pincelada de sus mismos contemporáneos en el siglo X. Conceptuaban aquellos bárbaros, ufanísimos con su número y su braveza, por despreciable y baladí cuanto suele apetecer el género humano, excepto la prenda y la nombradía de sus proezas militares y su independencia. Eran de cuero las tiendas de los húngaros y sus vestidos de pieles; se cortaban el pelo y se cicatrizaban el rostro, era pausada su habla, ejecutiva su obra y alevosa su palabra; y adolecían del achaque general de los bárbaros en ignorar la trascendencia de la verdad, y negarse por engreimiento a

sobredorar el quebrantamiento de sus compromisos más terminantes. No faltaron ensalzadores de su sencillez, absteniéndose tan sólo de cuanto lujo no llegaron a conocer, pues ansiaban cuanto veían, sin más recato ni maestría que lo de abalanzarse a la presa. Al apellidarla nación pastoril hay que puntualizar su economía, su modo de guerrear y demás ramos de gobierno peculiares a su estado social, añadiendo que la pesca y la caza les suministraban alguna subsistencia; y como no solían dedicarse al cultivo, a lo menos en llegando a tal cual avecindarse practicaban allá cierto género de tosquísima labranza. En sus marchas, y acaso en sus expediciones, iban siempre acompañando a la hueste rebaños de ganado lanar y vacuno, que redoblaban sus grandísimas polvaredas, y les aprontaban a pasto el sustento de carne y de leche saludable. Esmerábase todo caudillo en el abasto colmado de forrajes, y en paciendo cumplidamente sus ganados, el surtido guerrero prescindía de toda aprensión en peligros y fatigas. Acampando revueltos hombres y reses por dilatados trechos, vivían expuestísimos a sorpresas nocturnas; mas giraban en derredor y a larguísima distancia guerrillas montadas para contrarrestar al golpe y al primer asomo a todo enemigo. Tras algunos lances, prohijaron el uso de la espada y lanza romanas, con el morrión para el soldado y pectoral de hierro para el caballo; pero su arma nativa y mortal era el arco tártaro; y así desde la ínfima niñez ejercitaban a sus hijuelos y a los sirvientes en flechar y cabalgar; con brazo recio y apunte certero, y aun en la carrera más veloz se amaestraban en tenderse a la espalda y disparar una granizada de saetazos por el aire. Formidables al par en refriega, en celada, en huida o alcance, medio se escuadronaban por el frente; pero luego la retaguardia fogosa y arrolladora lo disparaba todo al avance. Arrojábanse temerariamente como a ciegas y a rienda

suelta, con espantosos alaridos; y luego al huir, con pavor efectivo o aparente, contrastaban el ímpetu y escarmentaban el alcance del enemigo con las mismas arterías de fuga revuelta y evolución repentina. Asombraban con sus desafueros victoriosos a Europa, aun en el escozor de sus heridas sarracenas y danesas; ni solían pedir cuartel, ni mucho menos concederlo; pues se tachaba por igual a entrambos sexos, de su incontrastable obstinación, y su afán por la carne cruda sinceraba la conseja popular de que chupaban la sangre y se regalaban con los corazones de los muertos. Mas no carecían los húngaros de aquellos arranques humanos y justicieros que estampó naturaleza en todos los pechos. Leyes y castigos enfrenaban todo desafuero público o privado; y en los ensanches de un gran campamento el hurto es el exceso más halagüeño y pernicioso. Asomaban, entre los bárbaros mismos, prohombres de suyo pundonorosos, y que prescindiendo de leyes y mandatos desempeñaban el instituto y rebozaban de los afectos de la vida social.

Tras dilatada peregrinación, fugitiva o victoriosa, las rancherías turcas se abocaron por fin a la raya de los imperios francés y bizantino. Sus primeras conquistas y establecimientos perennes abarcaron entrambas orillas del Danubio por encima de Viena, hasta debajo de Belgrado, y hacia la provincia romana de Panonia y reino moderno de Hungría. [187] Moravos, nombre y tribu eslavona, estaban salpicadamente ocupando aquel territorio anchuroso y feraz, y quedaron encajonados por los advenedizos en el ámbito reducido de una provincia. Asomose Carlomagno con su imperio desacotado y nominal a la punta de Transilvania; pero a la cesación de su línea legítima se desentendieron los duques de Moravia de su obediencia y tributo a los monarcas de la Francia oriental. Provocado el

bastardo Arnolfo, acude a las armas turcas; arrollan luego la valla real o supuesta que se les franqueó indiscretamente, acarreando al rey de Germania el baldón justísimo de traidor a la sociedad civil y eclesiástica de los cristianos. En vida de Arnolfo, el agradecimiento o el temor enfrenan a los húngaros; mas durante la niñez de su hijo Luis descubren e invaden Baviera, y su arrebato escita es tan sumo, que en un solo día despojan y apuran un ámbito de cerca de cincuenta millas [80,46 km]. Los cristianos en la batalla de Augsburgo campean hasta ya por la tarde; pero los ardides velocísimos de la caballería turca los engañan y vencen. Intérnanse y abrasan las provincias de Baviera, Suabia y Franconia, y los húngaros desenfrenaron [188] más y más la anarquía precisando a los varones más altaneros a disciplinar a sus vasallos y fortificar sus castillos. Achácase a temporada tan calamitosa el origen de las ciudades amuralladas; pues no cabía resguardo con la distancia contra un enemigo que casi en el mismo punto está reduciendo a cenizas el monasterio helvético de San Gall y la ciudad de Bremen, por las playas del océano. Por más de treinta años yace el imperio o reino germánico bajo el desdoro de un tributo, pues todo ademán de resistencia tiene que amainar con la amenaza formalísima y ejecutiva de empozar mujeres y niños en las mazmorras del cautiverio, degollando a todo varón sobre la edad de diez años. No me cabe ni me halaga el ir siguiendo a los húngaros allende el Rin; mas no dejo de extrañar que el turbión viniese a estragar las provincias meridionales de Francia, y hasta España, escudada tras los Pirineos, se estremeció a los asomos de un advenedizo tan formidable. [189] Italia, ya tan cercana, cebó desde luego su correría; mas estuvieron mirando desde su campamento del Brenta con algún pavor el poderío aparente y populoso del país recién descubierto. Piden permiso para retirarse; niégaselo

altaneramente el rey de Italia, y las vidas de veinte mil cristianos vienen a pagar el yerro de tan temeraria terquedad. Descuella en nombradía y esplendor la real Pavía sobre las ciudades de Occidente, ciñendo Roma su preeminencia únicamente a las reliquias de los apóstoles. Asoma el húngaro, arde Pavía, yacen cuarenta y tres iglesias con todo el vecindario, y se salvan unos doscientos desdichados que habían recogido algunos *bushels* de oro y plata (una vaga exageración) que había dentro de la humareda de los escombros. Resuenan medrosas letanías en las iglesias permanentes, tras las correrías incendiarias y anuales de los Alpes hasta las cercanías de Roma y Capua, entonando más y más su: «Sálvanos, Señor, y líbranos de los flechazos del húngaro». Sordos o inexorables se muestran los santos, y se dispara el raudal desbocadamente hasta tropezar con el piélago en Calabria. [190] Se ofrece y se acepta un convento por cabeza con todos los súbditos de Italia, y hasta diez *bushels* de plata [363,6 kg] vienen a tenderse en el campamento turco. Pero la doblez sale de suyo al encuentro a la tropelía, y los salteadores quedan defraudados en el número del padrón y en los quilates del metal. Por levante tienen que pelear en refriega dudosa con las armas iguales de los búlgaros, cuya fe les vedaba toda alianza con aquellos paganos, y cuya situación zanjaba con su valladar el Imperio Bizantino; el antemural va al través y el emperador de Constantinopla está mirando las banderas turcas, llegando uno de sus valentones a descargar un tremendo mazazo sobre la puerta dorada. Las arterías y los tesoros griegos sortean el asalto; mas blasonan en su regreso los húngaros de haber impuesto tributo a la valentía de los búlgaros y a la majestad de los Césares. [191] La distancia y rapidez en la propia campaña abultan el poder y el gentío de los turcos, mas su denuedo se hace acreedor a toda alabanza, pues a veces meras guerrillas de

trescientos o cuatrocientos caballos se disparaban arrojadamente hasta las puertas de Tesalónica y Constantinopla. En aquella temporada desastradísima, se triplicó el azote asolador de Europa, por el Norte, el Oriente y el Mediodía; pues solían normandos, húngaros y sarracenos estar acosando el mismo terreno desventurado; y aquellos enemigos verdaderamente irracionales vendrían a compararse por Homero a dos fieras aulladoras cebándose reñidamente en los destrozos de un ciervo descuartizado. [192]

Libertadores de Germania y de la cristiandad fueron los príncipes sajones, Enrique el Pajarero y Otón el Grande, quien dio al través con el poderío húngaro en dos batallas memorables. [193] Doliente yacía el valeroso Enrique cuando la invasión de su patria; lo alzan de su lecho con aquella alma briosa y tino certero, prorrumpiendo en la madrugada de la refriega: «Ea, compañeros; mantenerse escuadronados todos, abroquelarse cerradamente contra los flechazos enemigos, y antes que puedan secundar sus disparos, arrojarse a ellos de carrera y a lanzazos». Obedecen y triunfan, y los cuadros históricos del castillo de Merseburg están retratando al vivo las facciones, o por lo menos la índole, de Enrique, quien en un siglo de lobreguez confió a las artes sublimes la eternidad esplendorosa de su nombradía. [194] A los veinte años la prole de los turcos guadañados por su alfanje invade el imperio de su hijo, ascendiendo sus fuerzas según el cómputo ínfimo a cien mil caballos. Bríndales pandilla casera, y les patentiza las puertas de Germania con traidor ahínco, y así cabalgan en algazara allende el Rin y el Mosa, hasta el corazón de Flandes. Pero el tesón y la cordura de Otón aventan la contingencia, haciendo cargo a los príncipes de que deshermanando sus intereses zozobraban a una y para siempre religión y patria, y logran pasar en reseña el poderío nacional

por las llanuras de Augsburgo. Marchan y batallan en ocho legiones, con arreglo a su división de provincias: bárbaros componen las tres primeras; franconios, la cuarta; la quinta, sajones, al mando inmediato del monarca; constan la sexta y séptima de suabios; y la octava, de mil bohemios, cierra la retaguardia de la hueste. Corroboran a manos supersticiosas la pujanza del táctico denuedo, y fueron aquéllos a la sazón grandiosos y benéficos. Purifícase la soldadesca con el ayuno; santifícanse los reales con relicarios de mártires y confesores; y el héroe cristiano ciñe la espada de Constantino, empuña el incontrastable lanzón de Carlomagno y tremola el pendón de san Mauricio, el caudillo de la legión tebana. Pero su confianza entrañable se cifra en la sagrada lanza, [195] cuyo bote, labrado con los clavos de la cruz, mereció su ahínco para desprender su conjunto de manos del rey de Borgoña, con amagos de guerra y el regalo de una provincia. Esperábase a los húngaros por el frente, pero pasan a hurtadillas el Lech, río de Baviera que desagua en el Danubio; revuelven sobre la retaguardia del ejército cristiano; saquean los bagajes, y desbaratan las legiones de Bohemia y Suabia. Restablecen los franconios la batalla, a cuyo duque atraviesa un flechazo, mientras está descansando, y es el valeroso Conrado, de sus fatigas; pelean los sajones a presencia de su rey, sobrepujando su victoria en esclarecida trascendencia, a todos los triunfos de los dos últimos siglos. Mucho mayor fue la pérdida de los húngaros en la huida que en la refriega; pues acorralados con los ríos de Baviera, sus crueldades anteriores los desahuciaban de toda misericordia. Ahorcaron a tres príncipes cautivos a Ratisbona; degollaron o lisiaron a la muchedumbre prisionera, y los fugitivos que fueron asomando por el país yacieron para siempre en afrentoso desamparo. [196] Amainó el engreimiento nacional, y los tránsitos

más accesibles aparecieron atajados con vallas y fosos. Con la adversidad pararon los húngaros en pacíficos y comedidos; los salteadores del Occidente tuvieron que avenirse a vida sedentaria, y un soberano atinado demostró a la generación siguiente cuánto más ventajoso era el multiplicar y trocar los productos de un terreno fertilísimo. Barajáronse con la ralea nativa, de sangre turca o fenicia, nuevas colonias escitas o eslavonas; [197] largos miles de cautivos robustos e industriosos se habían agolpado de todos los países de Europa, [198] y casado Geisa con una princesa bávara, fue concediendo honores y estados a los nobles de Germania. [199]

Condecoró al hijo de Geisa con el dictado regio, y siguió la alcurnia de Arpad imperando por tres siglos en el reino de Hungría. Pero los bárbaros de suyo voluntariosos no se deslumbraban con los destellos de la diadema, y la nación se aferró en su derecho incontrastable de elegir, deponer y castigar al sirviente hereditario del Estado.

III. Sonó por primera vez el nombre de rusos [200] en el siglo IX, con una embajada de Teófilo, emperador de Oriente, al de Occidente, Luis, hijo de Carlomagno. Acompañaron a los griegos unos enviados del gran duque, chagan o zar de los rusos. En su viaje a Constantinopla fueron atravesando por varias naciones enemigas, y esperanzaron luego afianzar su regreso solicitando del monarca francés que los restituyese por mar a su patria. Fuese después escudriñando su origen, y resultaron hermanos de los suecos y normandos, cuyo nombre se habría hecho odioso y formidable en Francia; y cabía la zozobra de que los advenedizos rusos no fuesen mensajeros pacíficos, sino emisarios de guerra. Detiénenlos al despedir a los griegos, y Luis da treguas para enterarse más cabalmente, para luego conformarse con las leyes del hospedaje y la cordura, con arreglo

al interés de entrambos imperios. [201] La historia nacional, y generalmente la del norte, está evidenciando el origen escandinavo de los naturales, o por lo menos de los príncipes de Rusia. [202] Los normandos, poco antes tan sumamente encubiertos, se desembozaron plena y repentinamente pisoteando y guerreando de consuno. Las regiones dilatadas, y según se cuenta populosísimas de Dinamarca, Suecia y Noruega, hervían de caudillos independientes y aventureros, a cual más arrojado, pesarosos con el ocio de la paz, y risueños en medio de mortales agonías. El piratear era el ejercicio, el tráfico, el pundonor y la gloria de la juventud escandinava. Angustiados en un clima estéril y de ámbitos estrechísimos, se disparan de un banquete, empuñan sus armas, toman el asta, trepan a sus naves y van costeando en pos de asiento y despojos. Aportan y descuellan desde luego por el Báltico; desembarcan en la playa oriental, residencia callada de tribus fenicias y eslavonas, y los rusos primitivos del lago Ladoga tienen que pagar tributo de pieles de ardilla blanca a los advenedizos, saludándolos con el dictado de varangios o corsarios. [203] Como superiores en armas, disciplina y nombradía, imponen temor y acatamiento a los naturales. En sus guerras con salvajes más interiores, los varangios los acompañan como amigos y auxiliares, y van luego, por elección o a viva fuerza, señoreando gentes que aparentaron tan sólo proteger. Los apean de su tiranía, pero su predominio se rehace, hasta que por fin su caudillo, Rurico (862 d. C.), en suma escandinavo, encabeza una dinastía que sigue reinando por más de siete siglos; sus hermanos van ensanchando su prepotencia, y por último sus compañeros remedan aquel ejemplar de oficiosidad usurpadora por las provincias meridionales de Rusia; y sus establecimientos, por el rumbo trillado de la guerra y los asesinatos, se encumbran por entero a

la jerarquía grandiosa de formidable monarquía.

Mientras los descendientes de Rurico se conceptúan como advenedizos y conquistadores, señorean con la espada de varangios, y van repartiendo estados y súbditos a sus capitanes, reponiendo más y más su gente con nuevos raudales de aventureros por la costa del Báltico. [204] Pero arraigados ya hondamente en el país los caudillos escandinavos, se fueron barajando con los rusos en sangre, religión e idioma, y el primer Waladimiro contrajo el esclarecido mérito de libertar el país de aquellos mercenarios advenedizos. Habían sido sus entronizadores, no alcanzaban sus haberes hasta el punto de agraciarlos cumplidamente, pero se avinieron a su dictamen para ir en busca de un dueño, no más agradecido, pero sí más acaudalado; y así se embarcaron para Grecia, donde, en vez de pieles de ardilla, iban a lograr por galardón seda y oro. Mas no dejó el príncipe ruso de encargar a su aliado bizantino que dispersase y afanase, premiando y enfrenando a tan indómitos hijos del norte. Mencionan los escritores contemporáneos la llegada, nombre y propensiones de los varangios; fueron medrando por puntos en privanza y aprecio; juntose el cuerpo entero en Constantinopla para el desempeño de la guardia, reforzándolo con crecidas reclutas de sus paisanos de la isla de Tule. Aplicose en aquella coyuntura la denominación indeterminada de Tule a Inglaterra, y los nuevos varangios fueron una colonia de ingleses y daneses, huyendo del yugo normando. Peregrinaciones y piraterías iban estrechando los ámbitos de la tierra; agasajó la corte bizantina a los desterrados, quienes siguieron conservando hasta los últimos tiempos del Imperio su lealtad sin mancilla y el uso de sus idiomas nativos. Iban acompañando, con sus mazas dobles y anchurosas al hombro, al emperador al templo, al Senado y al hipódromo;

dormía siempre y comía con su fiel resguardo, y eran los varangios los llaveros perpetuos e incontrastables del tesoro del palacio y de la misma capital. [205]

Explayábase en el siglo X la geografía de Escitia por muy fuera de sus límites antiguos (950 d. C.), y la monarquía rusa patentiza sus ámbitos anchurosos en el mapa de Constantino. [206] Señoreaban los hijos de Rurico la provincia grandiosa de Wolodomiro, o Moscú; y si por aquella parte los atajaban rancherías orientales, su confín occidental se tendía ya tan tempranamente por las playas del Báltico y el territorio prusiano. Traspasaba su reino septentrional los sesenta grados de latitud, abarcando la región hiperbórea, cuajada fantásticamente de monstruos, y nublada con lobreguez sempiterna. Por el mediodía iban siguiendo el cauce del Borístenes, y se asomaban por aquel río hasta el mismo Ponto Euxino. Las tribus sentadas o vagarosas de aquel anchísimo espacio obedecían al mismo vencedor, y se fueron insensiblemente entroncando y componiendo una idéntica nación. El idioma ruso es un dialecto del eslavón, pero en el siglo X se deslindaban estas dos hablas; y como prevaleció el eslavón por el mediodía, se deja conceptuar que los rusos originarios del norte, los súbditos primitivos del caudillo varangio, venían a ser parte de la ralea fénica. Con las emigraciones, enlaces y desvíos de las tribus errantes, ha ido variando sin cesar el aspecto mal deslindado de los páramos escitas; pero el mapa más antiguo de Rusia trae parajes que conservan todavía sus nombres y situaciones; y las dos capitales de Novgorod [207] y Kiev [208] fechan del arranque de la monarquía. No es todavía Novgorod acreedora al dictado de grande, ni al enlace con la Liga Hanseática, que fue derramando arroyos de opulencia y principios de libertad. No podía Kiev tampoco blasonar de sus trescientas iglesias, un vecindario

innumerable, y ámbito y esplendor, parangonada con la gran Constantinopla, por los que no habían presenciado la residencia de los Césares. Reducíanse a los principios ambas ciudades a campamentos o feriales, como paraderos adecuados para juntarse los bárbaros al intento de su comercio o de sus guerras. Pero aun estas mismas juntas están de suyo pregonando algunos asomos, y aun progresos, en las artes sociales; nuevas castas de ganado se agenciaban de las provincias meridionales, y el empuje de empresas comerciales tramontó tierras y mares desde el Báltico al Euxino, desde el desembocadero del Odra hasta el fondeadero de Constantinopla. En la lobreguez de la idolatría y la barbarie, los normandos frecuentaron y enriquecieron con su afán de cambios y compras la ciudad eslavona de Julin. [209] Desde aquella bahía, a la entrada del Odra, el corsario o el mercante surcaba en cuarenta y tres días las playas orientales del Báltico, dándose la mano aun las naciones más remotas, y hasta se cuenta que el oro griego y el español habían acudido a engalanar los bosques sagrados de Curlandia. [210] Despejose obvia comunicación entre la marina y Novgorod; en estío por un golfo, un lago y un río navegable, y en invierno, sobre la nevada rasa y endurecida. Luego, desde aquellas cercanías, se agolpaban los rusos por varias corrientes que desaguan en el Borístenes; cargaban sus canoas de un solo tronco, de esclavos de toda edad, pieles de mil especies, panales de sus colmenas y cueros de sus ganados; y cuantos productos apronta el norte se almacenaban en el recinto de Kiev. Solía dar la vela por el mes de junio aquella flota, y la madera se iba empleando, no ya en meras canoas sino en barcas con remos y bancos de mayor solidez y capacidad; seguían la corriente del Borístenes hasta el tropiezo de las siete o más escolleras que atraviesan el cauce y disparan el raudal incontrastablemente encajonado en los

peñascos. En otros pasos menos profundos y expuestos era suficiente el alijo; pero los saltos principales se hacían intransitables, y la marinería y los esclavos tenían que arrastrar los bajeles por seis millas [9,65 km], con peligro de que los salteadores de aquellos páramos los asaltaran en medio de aquel afán trabajosísimo. [211] En la primera isla tras el despeñadero, solemnizaban los rusos la festividad de su salvamento, y en la segunda, cercana al desembocadero del río, habilitaban sus naves quebrantadas, para el tránsito más largo y expuesto del Mar Negro. Costeando siempre llegaban al Danubio, y con viento bonancible, en treinta y seis o cuarenta horas, se asomaban a las playas contrapuestas de Natolia, abrigando luego Constantinopla a los advenedizos del norte. El retorno a la estación competente era un cargamento riquísimo de trigo, vino y aceite, con los artefactos de Grecia y la especiería de la India. Residían algunos compatricios en la capital o por las provincias, y tratados nacionales mediaban para escudar los individuos, haberes y privilegios del mercante ruso. [212]

Pero aquel roce provechosísimo para la humanidad sirvió también de mucho para su daño. En el plazo de unos dos siglos, los rusos hicieron hasta cuatro tentativas para saquear los tesoros de Constantinopla; vario fue el paradero, mas el móvil, medios e intento vinieron a ser idénticos. [213] Habían los traficantes rusos presenciado la magnificencia y paladeado los regalos de la ciudad Cesárea, y el pormenor a todas luces portentoso con tal cual muestra de tamañas preciosidades, inflamaron el anhelo de sus montaraces paisanos, ansiaron desaladamente aquellos dones ajenísimos de su clima, desviviéndose por artefactos que su pereza no alcanzaba a remedar, ni menos su desamparo a recabarlos. Tremolaron los príncipes varangios sus banderas, y piratearon desaforadamente con la soldadesca más denodada de

los isleños del norte. [214] Las escuadrillas de cosacos en el siglo anterior fueron un remedo del antiguo armamento, desembocando también el Borístenes para surcar los propios mares y con el mismo intento. [215] La denominación griega de *monoxyla*, o meras canoas, corresponde al fondo de sus bajeles, pues vaciando una grande haya, o un abeto corpulento, colocaban luego su tablazón; tenían hasta sesenta pies [18,28 m] de longitud y doce [3,65 m] de altura. Carecían de cubiertas, y con dos timones y un mástil navegaban a remo y vela con cuarenta o por lo más setenta hombres de tripulación, y salazón de pescado y aguada fresca por abasto. El primer embate de los rusos fue con doscientos barcos; mas luego, al armarse nacionalmente, se arrojaron contra Constantinopla hasta con mil, o mil doscientos barcos. No desdecía de la armada mucho su escuadra regia de Agamenón; pero la zozobra abultadora engrandeció idealmente sobremanera su número y poderío. Al ser próvidos y briosos los emperadores griegos, en su mano estaba el bloquear y atajar el desembocadero del Borístenes con fuerzas marítimas; pero su desidia abandonó las costas de Natolia, pirateando el enemigo a su salvo por espacio de seis siglos en todo el ámbito del Euxino; pero mientras la capital descollase intacta, se desoían los ayes de provincias lejanas, así para los príncipes como para los historiadores. Aquel huracán arrollador del dilatado trecho desde el Fasis hasta Trebisonda se disparó al fin por el Bósforo de Tracia, estrecho de quince millas [24,13 km] donde un contrario hábil podía a mansalva destrozar el tosquísimo armamento de los rusos. En su primera empresa [216] con los príncipes de Kiev (865 d. C.), atravesaron sin contraste y se aposentaron en el puerto de Constantinopla, en ausencia del emperador Miguel, hijo de Teófilo. Arrollando peligros aporta en la misma gradería del palacio, y acude al

vuelo a una iglesia de la Virgen. [217] Por dictamen del patriarca, el ropaje de la santa, como reliquia preciosa, se saca del sagrario y se empapa en el mar; sobreviene una tormenta, aleja a los rusos, y el vecindario todo vitorea el milagro de la Madre de Dios. [218] Callan los historiadores griegos, y así se duda de la realidad, o por lo menos de la trascendencia del segundo embate por Oleg, ayo de los hijos de Rurico (904 d. C.). [219] Por fin una valla poderosa ataja el Bósforo; pero queda burlada con el arbitrio obvio de ir arrastrando las barcas por el istmo, y los cronistas nacionales describen aquella operación tan sencilla cual si la escuadra rusa fuese navegando por áridos arenales con viento recio y favorable. El caudillo del tercer armamento (941 d. C.), Igor, hijo de Rurico, se valió de una temporada de apocamiento y desvío, cuando la fuerza naval del Imperio estaba empleada contra los sarracenos; pero en mediando el tesón, por maravilla se carece de arbitrios para la defensa. Dispáranse quince galeras, quebrantadas e inservibles, denodadamente contra el enemigo, pero en vez del tubo único de fuego griego colocado comúnmente en la proa, costados y popa están igualmente pertrechados con aquel combustible fluido. Diestrísimos los maquinistas y el temporal adecuado, y así millares de rusos, que anteponen el ahogarse a ser quemados vivos, se arrojan al mar, y cuantos asoman por las playas de Tracia fenecen a manos del paisanaje y de la soldadesca con inhumano ahínco. Pero se salvó un tercio de las canoas por las playas rusas, y al asomar la primavera acude Igor ansiosamente a su venganza y desagravio. [220] Sobreviene la paz, y luego Jaroslao, bisnieto de Igor, se arroja también al intento de la invasión naval (1043 d. C.); pero la escuadra mandada por sí queda detenida a la entrada del Bósforo por los mismos fuegos artificiales; mas la vanguardia griega, con el afán de su temerario

alcance, se ve acorralada por un sinnúmero de barcos y gente; tenían exhausta probablemente la prevención de fuegos, y así pierden hasta veinticuatro galeras, tomadas, sumergidas o destrozadas. [221]

Solían por fin sortearse los amagos o desastres de una guerra rusa, con tratados de paz y sin trances de guerra, pues aquellas hostilidades navales redundaban en sumo quebranto de los griegos. No cabía compasión en el montaraz enemigo, ni asomaba el menor despojo en su total desamparo; su retiro recóndito desahuciaba al vencedor de todo desagravio; y entre la altivez y flaqueza del Imperio arraigose el concepto de que no cabía tampoco timbre ni mengua en arreglos o trances con los bárbaros. Encumbradas e inadmisibles fueron por lo pronto sus peticiones de tres libras [1,38 kg] de oro para cada soldado o marinero de la escuadra; pues la juventud rusa propendía al intento de conquista y gloria; pero los canos consejeros se avenían a miras más comedidas. «Contentaos —decían—, con esos brindis grandiosos del César: ¿no es por ventura más acertado el logro sin pelea del oro, plata y seda, y cuanto estamos anhelando? ¿Quién nos afianza la victoria? ¿Ajustaremos tratados con el mar? No estamos hollando la tierra, pues acá nos estamos bamboleando sobre un abismo sin fin; al paso que amaga la muerte a todas nuestras cabezas». [222] El recuerdo de aquellas escuadras septentrionales, que parecían descolgadas del círculo polar, dejó muy hondamente encarnado el pavor en la ciudad imperial. Afirmaba y creía el vulgo de todas las esferas que en la estatua ecuestre de la gran plaza de Tauro, se había estampado reservadamente una profecía de que los rusos por último se habían de apoderar de Constantinopla. [223] En nuestros propios días, un armamento ruso, sin desembocar el Borístenes, ha ido bajando el continente de Europa, amagando

con poderosísimos navíos la capital turca, y uno solo con su ciencia naval y artillería fulminante sumergiera o disparara cientos de canoas como las de sus antepasados, tal vez la generación actual ha de presenciar el cumplimiento de la predicción cuyo lenguaje es confuso pero la fecha indisputable.

Menos formidables se hacían los rusos por tierra que por mar; y peleando generalmente a pie, las rancherías escitas sabían arrollar y aventar con su caballería legiones tan desarregladas. Sin embargo, sus poblaciones un tanto crecidas, aunque imperfectísimas, ofrecían resguardo al súbdito y valladar al enemigo. Encabezó Kiev la monarquía del Norte hasta cierta partición aciaga, y las naciones intermedias del Volga y el Danubio quedaron rendidas o rechazadas con las armas de Stratoslao, [224] hijo de Igor, quien lo fue de Oleg, y éste de Rurico. Vida montaraz y belicosa fortalece con sus afanes, fortalece más y más la pujanza tanto corporal como la discursiva. Ceñido con su piel de oso, duerme Strastolao por el suelo reclinando sobre un albardón la cabeza; escaso y tosquísimo, como allá en los héroes de Homero, [225] es su perpetuo sustento; su manjar peregrino, por lo más de carne de caballo hervida, o asada sobre ascuas. Como disciplinador y ejercitador de su hueste, es de suponer que ningún soldado se propasaría a dejar en zaga el lujo de su caudillo. Moviolo Nicéforo, mediante una embajada, a emprender la conquista de Bulgaria, y quinientas mil libras [230 000 kg] de oro yacieron a sus plantas, para costear el desembolso o galardonar los afanes de la expedición. Se agolpa y embarca un ejército de sesenta mil hombres; navega desde el Borístenes hasta el Danubio; desembarca en las playas de Mesia, y tras recio encuentro, la espada rusa acuchilla a la caballería flechera de los búlgaros. Fenece el rey vencido; quedan cautivos sus hijos; el ámbito de

sus dominios hasta la falda del Haemus, rendido o asolado, para en manos de los advenedizos. Pero el príncipe varange, en vez de soltar su presa y cumplir lo tratado retirándose al punto, se interna más y más, y a no cortar los vuelos a su carrera, el solio del Imperio se trasladara desde aquel tiempo lejano a clima mucho más templado y productivo. Paladea ya Stratoslao y aclama la excelencia de su venturoso logro, donde le cabe abarcar con su diestra por cambios o rapiñas los productos del orbe entero. Expedita ya la navegación traía de Rusia los renglones nativos de pieles, vino o hidromiel. Aprontábale Hungría remontas de gran caballería, con los despojos de Occidente, y rebosaba Grecia de oro, plata y preciosidades peregrinas, que su pobreza aparentaba menospreciar. Acuden a miles al pendón de la victoria pazinacitas, chazares y turcos, y el fementido embajador de Nicéforo se reviste la púrpura y se brinda al nuevo aliado, para terciar con él y apropiarse los tesoros del mundo oriental. Sigue el ruso su marcha desde la margen del Danubio, hasta la misma Andrinópolis; y a la intimación terminante de evacuar la provincia se sonríe con menosprecio, contestando erguidamente que Constantinopla podía contar con la presencia de un enemigo ya su dueño.

No cabía en Nicéforo el descargarse ya de aquel desmán a que se había doblegado, mas heredole trono y esposa Juan Zimisces, [226] enano de cuerpo, pero con alma y desempeño de un héroe. Vencen sus lugartenientes a los rusos, y les atajan todo auxilio advenedizo, matando hasta veinte mil hombres, fomentando rebeldías y deserciones. Queda Tracia despejada, pero amagan todavía sesenta mil bárbaros. Acuden por fin las legiones de Siria, y se aparejan para marchar a la primavera bajo el pendón de un príncipe guerrero, que blasona de amigo y vengador de la Bulgaria atropellada. Hállanse transitables las

cumbres del Haemus, se aposenta en ellas la vanguardia romana, compuesta de los Inmortales (denominación grandiosa, al remedo de los persas). Sigue el emperador con su cuerpo principal de diez mil quinientos infantes, acompañándolo luego las demás fuerzas, en formación cauta y pausada, con todo el bagaje y máquinas militares. Estrénase Zimisces con la rendición de Marcianópolis y Peristhlaba [227] en dos días; suena el clarín, escálanse las almenas, degüella el acero a ocho mil quinientos rusos, y rescatando a los hijos del rey búlgaro de su encierro afrentoso, se les ciñe con una diadema nominal. Tras desmanes tan redoblados, retírase Stratoslao al punto fortísimo de Drista, sobre el Danubio; pero lo estrecha más y más un enemigo que tan pronto lo acosa con su actividad, como lo acongoja con sus pausas. Remontan las galeras bizantinas el río; las legiones acorralan al enemigo, que asaltado en torno hambrea y desfallece en medio de sus reales y de la ciudad. Menudean las hazañas personales; se intentan salidas desesperadas; pero a los sesenta y cinco días de sitio tiene Stratoslao que doblar la cerviz a su contraria suerte; ostenta cordura en sus concesiones caballerosas el vencedor, acatando el valor y recelando los arranques desesperados de un alma incontrastable. Obligase el gran duque de Rusia con solemnísimas imprecaciones a orillar todo intento aleve y hostil; se le franquea regreso expedito y seguro; queda restablecido el comercio por mar y tierra con ensanches; se reparte una medida de trigo a cada soldado, y como ascendían tan sólo a veintidós mil resulta una mengua grandísima en aquel resto de bárbaros. Asoman por fin muy trabajosamente al desembocadero del Borístenes; pero llegan exhaustos de abastos, en estación adversa, tienen que invernar sobre el hielo, y antes de emprender su marcha varias tribus cercanas, con quienes los griegos están relacionados, sorprenden

y aquejan a Stratoslao. [228] Cuán diverso es entretanto el regreso de Zimisces, a quien agasaja su capital, como allá el pueblo a Camilo y a Mario, salvadores de la antigua Roma. Mas el emperador religiosísimo vincula todo el mérito de la victoria en la Madre de Dios; y colocando la imagen de la Virgen María con su Niño divino en los brazos en una carroza triunfal, engalanada con los despojos de la guerra y las insignias de la soberanía búlgara, Zimisces hace su entrada pública a caballo, con la diadema en las sienes y una corona de laurel en la mano, y Constantinopla atónita vitorea más y más el heroico desempeño de su nuevo emperador. [229]

Focio de Constantinopla, tan sumamente ambicioso como literato, se estuvo congratulando con la Iglesia griega por la conversión de los rusos [230] pues con sus argumentos eficaces y sus ímpetus devotos había ido recabando de aquellos bárbaros bravíos y sangrientos que reconociesen a Jesús por su Dios, a los misioneros cristianos por sus maestros y a los romanos por sus amigos y aun hermanos. Voló su triunfo anticipado, pues tal cual caudillo ruso, pirateando varia y desaforadamente pudo avenirse a las rociadas del agua bautismal, y algún obispo griego, con el dictado de metropolitano, administraría los sacramentos en la Iglesia de Kiev a congregaciones de esclavos o naturales; mas aquella semilla evangélica vino a caer en suelo estéril; escaseando los convertidos, sobreabundaron los apóstatas, y el cristianismo ruso tiene por fecha cabal el bautismo de Olga. [231] Una mujer, tal vez de ínfima esfera, vengadora de la muerte y empuñadora del cetro de su marido Igor, no pudo menos de atesorar aquellas prendas ejecutivas que embelesan y avasallan a la muchedumbre bravía. En el claro de guerras civiles y extranjeras, da la vela desde Kiev para Constantinopla, y el emperador Constantino Porfirogénito va desmesurando por

puntos el ceremonial de aquel recibimiento en su capital y palacio. Pasos, dictados, saludos, banquetes y regalos, todo se fue pautando esmeradísimamente para halagar el engreimiento de los huéspedes, sin menoscabo de la majestad tan preeminente de la púrpura. [232] Recibió en el momento del bautismo el nombre venerable de la emperatriz Helena; acompañándola en su conversión el tío, dos intérpretes, dieciséis señoritas de alta jerarquía, dieciocho de menor esfera, veintidós criados o ministros, y cuarenta y cuatro mercaderes rusos, componiendo así todos la comitiva de la gran princesa Olga. Aferrose más y más a su regreso a Kiev y Novgorod en su nueva religión; pero malogrose todo su afán por la propagación del Evangelio, y tanto su familia como su nación se atrevieron con ahínco, o con tibieza, a los dioses paternos. Temió su hijo Stratoslao el menosprecio y escarnio de sus compañeros, y el nieto Wolodomiro clavó su afán devotísimo en redoblar y condecorar los monumentos del culto antiguo. Propiciaban todavía sacrificios humanos a las deidades montaraces del Norte, y en busca de víctimas, anteponían el compatricio al extraño, el cristiano al idólatra, y el padre que escudaba a su hijo contra la cuchilla sacerdotal incurría en la misma sentencia por la saña de general y fanática asonada. Pero la enseñanza y el ejemplo de la devota Olga habían encarnado honda, aunque reservadamente, en los ánimos del príncipe y del pueblo; seguían los misioneros griegos predicando, contendiendo y bautizando, y los embajadores o traficantes de Rusia solían contraponer la idolatría silvestre a la superstición toda primorosa de Constantinopla. Se habían colgado de asombro tras el cimborio de santa Sofía; estaban aún contemplando con embeleso las pinturas vivísimas de santos y de mártires, las riquezas de sus altares, el número y vestiduras de los sacerdotes, el boato y la

solemnidad de las ceremonias; edificábales la alternativa metódica de silencio devotísimo y armónicos cantares, y era muy obvio el persuadirlos de que un coro de ángeles se apeaba diariamente del empíreo para incorporarse en la devoción de los cristianos. [233]

Pero el anhelo de una novia romana causó o abrevió la conversión de Wolodomiro. Hallábase a la sazón el cristiano pontífice en la ciudad de Cherson, celebrando los ritos del bautismo y del matrimonio; devolvió la ciudad al emperador Basilio, hermano de la esposa, pero trasportando siempre, según se asegura, las puertas de bronce a Novgorod, y colocándolas ante la primera iglesia, por trofeo de su fe y su victoria. [234] A su mando despótico, el dios tronador Perún, a quien siempre había estado adorando, anduvo arrastrando por las calles de Kiev, y doce bárbaros agigantados destrozaron a mazazos su imagen contrahecha, y por fin lo arrojaron descuartizado y con asco al Borístenes. Pregona luego Wolodomiro su edicto, mandando tratar como enemigos a cuantos se nieguen a recibir los ritos del bautismo así de parte de Dios como del príncipe; y entonces acuden rusos a millares por las orillas de sus ríos, obedeciendo ansiosos, y empapándose en la doctrina proclamada por el gran duque y sus boyardos. A la generación siguiente desaparecieron por entero los vestigios del paganismo; mas como entrambos hermanos de Wolodomiro habían fallecido sin bautismo, fueron desenterrados sus huesos y santificados luego con aquel sacramento póstumo y desusado.

En los siglos IX, X y XI de la era cristiana, fue cundiendo el Evangelio por Bulgaria, Hungría, Bohemia, Sajonia, Dinamarca, Noruega, Suecia, Polonia y Rusia. [235] Siguió más y más triunfante el afán apostólico en la edad de hierro del cristianismo, y las regiones de oriente y norte de Europa se

fueron doblegando a una religión mas diversa en teoría que en práctica del culto de sus ídolos nativos. Una competencia loable fue estimulando a los monjes por Germania y Grecia para acudir a las tiendas y chozas de los bárbaros; peligros, quebrantos y desamparo eran los acompañantes de los primitivos misioneros, mas era su afán activo y sufridísimo, y su móvil en extremo puro y meritorio; era su galardón inmediato el testimonio de su conciencia con el acatamiento de un pueblo agradecido; pero prelados altaneros y riquísimos fueron los herederos y gozadores, en tiempos acá más cercanos, de la pingüe cosecha de sus anhelos y trabajos. Libres y voluntariosas fueron al pronto las conversiones, vida santa y lengua afluente, eran las únicas armas de aquellos misioneros; pero las patrañas caseras de los paganos enmudecían siempre ante los milagros y visiones de los advenedizos, acudiendo a impulsos de interés y vanagloria a enardecer el temple ya propicio de los caudillos preeminentes. Los prohombres de las naciones, al empaparse en los dictados de reyes y santos, [236] conceptuaban empeño legal y religiosísimo el de imponer la fe católica a sus vasallos y vecinos: arrolló enarbolando el estandarte de la cruz las notas del Vaticano desde Holstein hasta el golfo de Finlandia, y finó el reinado de la idolatría con la conversión de Lituania, en el siglo XIV. La verdad candorosa está pregonando que la conversión del Norte fue un gran derrame de logros temporales para los cristianos, tanto nuevos como antiguos. Aneja reina la saña guerrera en el humano linaje, sin que los preceptos caritativos y pacíficos del Evangelio la unan o enfrenen, pues en todos tiempos los príncipes católicos han ido renovando los desmanes de reñidas contiendas; pero alistados los bárbaros en el gremio de la sociedad civil y eclesiástica, libertose Europa de salteamientos por mar y tierra de normandos, húngaros y rusos,

que se avezaron a acatar a sus hermanos y cultivar sus posesiones. [237] Influyó el clero en gran manera para la plantificación legal del buen orden, y fueron asomando los rudimentos científicos por los países mas bravíos del orbe. La religiosidad dadivosa de los príncipes rusos atrajo a su servicio a los griegos más aventajados para hermosear sus ciudades e instruir a sus moradores: remediáronse toscamente el cimborio y las pinturas de santa Sofía en las iglesias de Kiev y de Novgorod; trasladáronse los escritos de los Padres al idioma eslavón, y se brindó o precisó a trescientos moros nobles para estudiar la enseñanza del colegio de Jaroslao. Parece que debía Rusia lograr sumo y temprano aprovechamiento por su estrechez con la Iglesia y el estado de Constantinopla, que por entonces, con harto fundamento, estaba menospreciando la ignorancia de los latinos; pero la nación bizantina era de suyo servil, aislada y propendía arrebatadamente a su menoscabo: tras la caída de Kiev, quedó la navegación del Borístenes olvidada; zanjó el mar los grandes príncipes de Wolodomiro y Moscú de la cristiandad, y la servidumbre Tártara fue acosando y afrentando a ciegas la monarquía dividida. [238] Es cierto que los reinos eslavones y escandinavos, convertidos ya por misioneros latinos, yacían bajo el imperio espiritual, y las demandas de los papas; [239] pero se hermanaban en habla y culto al dar con Roma, y se iban empapando en el temple general y desenfadado de la república europea, y fueron participando de las ráfagas científicas que rayaban más y más por el mando occidental.

LVI

SARRACENOS, FRANCOS Y GRIEGOS POR ITALIA - PRIMERAS AVENTURAS Y ESTABLECIMIENTO DE LOS NORMANDOS - ÍNDOLE Y CONQUISTAS DE ROBERTO GUISCARD, DUQUE DE APULIA - RESCATE DE LA SICILIA POR SU HERMANO ROGER - VICTORIAS DE ROBERTO SOBRE LOS EMPERADORES DE ORIENTE Y DE OCCIDENTE - ROGER, REY DE SICILIA, INVADE EL ÁFRICA Y LA GRECIA - EL EMPERADOR MANUEL COMNENO - GUERRAS DE GRIEGOS Y NORMANDOS - EXTINCIÓN DE LOS NORMANDOS

Las tres grandes naciones del orbe, griegos, sarracenos y francos, vinieron a tropezarse en el teatro de Italia. [240] Las provincias meridionales, que están ahora componiendo el reino de Nápoles, se hallaban en grandísima parte mandadas por los duques lombardos y los príncipes de Benevento, [241] tan poderosos en la guerra, que por breve plazo contrarrestaron el numen de Carlomagno, y luego tan cultos en la paz que costeaban en la capital hasta treinta y dos filósofos o literatos. Dividiose aquel Estado tan floreciente, y resultaron tres principados en competencia, Benevento, Salerno y Capua, y la ambición insensata y vengativa de todos franqueó a los sarracenos el rumbo para su exterminio común. Llagas repetidísimas estuvo padeciendo la Italia, por el dilatado ámbito de doscientos años sin que tampoco los conquistadores acudiesen a sanarlas, hermanándose para el cabal avasallamiento y sosiego del país. Solían salir sus escuadras del puerto de Palermo, y agasajábanlas con esmero los cristianos de Nápoles;

pero se aparataban armadas enteras por la costa africana, y hasta los árabes de Andalucía asomaban a veces en amistad o en contrarresto de musulmanes de encontrada secta. En el vaivén de los acontecimientos humanos, se rodea nueva asechanza en las horcas caudinas, y por segunda vez sangre africana riega las campiñas de Canas, defendiendo y asaltando otra vez el soberano de Roma las almenas de Capua y de Tarento. Plantean los sarracenos una colonia en Tarento, que señorea el emboque del golfo Adriático, y sus correrías ambidiestras extreman las iras y hermanan el interés de entrambos emperadores. Ajústase alianza ofensiva entre Basilio el macedonio, primero de su alcurnia y país, bisnieto de Carlomagno, [242] acudiendo mutuamente a redondear los requisitos del compañero. No cabía en la cordura el enviar de levante las tropas aposentadas en Asia para guerrear en Italia, ni eran suficientes al intento las armas latinas o la escuadra griega si no ocupaban la boca del golfo. Infantería franca y caballería griega, con sus galeras, hostilizan la fortaleza de Bari, y tras una defensa de cuatro años, por fin el emir agareno se entrega a la clemencia de Luis, que está personalmente capitaneando las operaciones del sitio. La concordia de levante y poniente proporcionó tan grandiosa conquista, mas luego celos y orgullo empañaron aquella intimidad reciente. Apropiáronse los griegos el timbre del ansiado logro, y la gala del triunfo; encarecieron su poderío, y aparentaron escarnecer el destemple y la desidia de una cuadrilla de bárbaros embanderados con el príncipe carolingio. Su réplica elocuente rebosa de realidad y de ira. «Desde luego confesamos la grandiosidad de todo ese aparato, prorrumpe el bisnieto de Carlomagno. Abultaba y hervía vuestra gente como enjambres de langosta en estío, que nublando el ambiente golpean sus alas y, tras corto vuelo, caen exhaustas y exánimes por el suelo.

Como ellas desfallecisteis tras un conato endeble; vuestra propia cobardía os dejó vencidos, y os desentendisteis de toda pelea para atropellar y empobrecer a nuestros súbditos cristianos, por la costa eslavona, escaso fue nuestro número, ¿mas por qué razón? Por cuanto tras cansadísima expectativa de vuestra llegada, tuve que despedir mi hueste, y continuar el bloqueo la ciudad con algunos tercios selectos. Si se solazaban con placenteros festines presenciando el peligro y la muerte, ¿quebrantaban acaso aquellos regocijos su pujanza y denuedo? ¿Han sido vuestros ayunos los volcadores de las murallas de Bari? No vencieron estos esforzados francos, aun tras sus excesivos quebrantos, afanes y menguas, o los tres emires más poderosos de los sarracenos saliendo en su busca? ¿Y no aceleró aquel descalabro la rendición de la ciudad? Cayó Bari, Tarento tiembla, quedará rescatada la Calabria, y enseñoreando los mares la Sicilia saldrá pronto de manos de los infieles. Hermano mío, nombre injuriosísimo para la vanagloria griega, activad los auxilios navales, respetad a los aliados y desoíd a vuestros aduladores.» [243]

Fallece Luis y fracasan tan encumbradas esperanzas decayendo la alcurnia carolingia; pero en suma, correspondiera aquel blasón a quien quisiera, los emperadores griegos, Basilio y su hijo León, avaloraron el logro de la redacción de Bari. Tuvieron los italianos de la Pulla y Calabria, de grado y a viva fuerza, que reconocer aquella supremacía, quedando con una línea ideal, desde el monte Gárgano hasta la bahía de Salerno, la parte mucho mayor del reino de Nápoles bajo el dominio del imperio oriental. Allende la línea, los duques o repúblicas de Amalfi [244] y Nápoles, quienes jamás quebrantaran su homenaje, se holgaban con la cercanía de su legítimo soberano; y Amalfi se estaba enriqueciendo con surtir a la Europa con los productos y

artefactos de Asia. Pero los príncipes lombardos de Benevento, Salerno y Capua [245] estaban mal hallados con su desvío forzado de su comunión latina, y solían contravenir a su juramento de tributo y servidumbre. Medró la ciudad de Bari en riqueza y señorío, como capital del nuevo tema, o provincia, de Lombardía; condecorose a su gobernador supremo con el dictado de patricio, y luego con el nombre exótico de *Catapan*, [246] y se fue amoldando el régimen de la Iglesia y del Estado por la pauta del solio de Constantinopla. Mientras los príncipes de Italia fueron los competidores por el mando, desmayaron a ciegas sus conatos, y los griegos contrarrestaron o bien burlaron el ahínco y las fuerzas de Alemania, que se fueron descolgando de los Alpes bajo el estandarte imperial de los Otones. El primero y más descollante de aquellos príncipes sajones tuvo que desamparar el sitio de Bari; el segundo, tras el malogro de sus obispos y barones más engreídos, se salvó pundonorosamente de la refriega sangrientísima de Crotona, donde el sesgo de la guerra se torció contra los francos por el denuedo de los sarracenos. [247] Habían, es verdad, aventado las escuadras bizantinas de las fortalezas y costas de Italia la plaga de los corsarios, mas el interés, arrollando supersticiones y enconos, movió al califa de Egipto para trasladar cuarenta mil musulmanes en auxilio de su aliado cristiano. Empapáronse los sucesores de Basilio en la creencia halagüeña de que la conquista ya cabal de Lombardía prosperaba más y más al influjo pundonoroso y justiciero de sus empleados con aplauso del pueblo agradecido, por verse redimido de la opresión y la anarquía. Bien pudieron las repetidas asonadas flechar alguna ráfaga de patente desengaño hasta el solio de Constantinopla, y el avance rapidísimo de los normandos debiera aventar ejecutivamente el embeleso de la lisonja.

Las revueltas humanas acarrearon en la Pulla y Calabria una contraposición harto angustiosa entre la época de Pitágoras y el siglo X de la era cristiana. En la primera aquella costa de la grande Grecia (así la apellidaban) rebosaba de ciudades libres y opulentas; pobladísimas todas de guerreros, artistas y filósofos, y el poderío militar de Tarento, Sibaris y Crotona no iba en zaga al de grandiosos reinos. Nublose en el segundo plazo aquel florido embeleso con ignorancia, desamparo, tiranía y despoblación con salteamientos de bárbaros, y no cabe tachar amargamente de encarecimiento a un contemporáneo al afirmar que un territorio dilatado vino a padecer la antigua asolación causada por el diluvio. [248] Entre las hostilidades mutuas de árabes, francos y griegos por la Italia meridional, voy a entresacar dos o tres principales trances que retraten al vivo las costumbres nacionales (875 d. C.)

I. Era deporte para los sarracenos el andar profanando y saqueando iglesias y monasterios; en el sitio de Salerno un caudillo musulmán tendía su lecho sobre el altar de la comunión, donde todas las noches sacrificaba la virginidad de alguna monja cristiana: al forcejear con una niña, recaída una viga por acaso y de intento, fue a parar a la sien del forzador, y la muerte del emir lujurioso se achacó a la ira de Jesucristo acudiendo a la defensa de su fiel esposa. [249]

II. Sitian los sarracenos a Capua y Benevento, y tras de recurrir en balde a los sucesores de Carlomagno, imploran los desahuciados lombardos la clemencia y auxilio del emperador griego. [250] Un ciudadano arrojado se descuelga de las almenas, atraviesa los atrincheramientos, desempeña su encargo, y a su regreso cae en manos de los bárbaros. Le precisan a trabajar en beneficio del intento engañando a sus compatricios; bríndanle con galardón colmado de honores y riquezas por su alevosía, y le

amagan con muerte ejecutiva si guarda lealtad a los suyos. Aparenta avenirse con ellos, y puesto al inmediato alcance de los cristianos, vocea esforzadamente: «Hermanos míos, ánimo y aguante; mantened la ciudad; ya queda enterado el soberano de vuestro apuro, y acuden al punto vuestros libertadores. Me consta mi paradero, y recomiendo mi esposa y mis hijos a vuestro agradecimiento». La saña de los árabes corroboró su testimonio, pues cientos de alfanjes acuchillan al voluntario mártir. Merece vivir en la memoria de los pundonorosos; mas aparece tan repetido el sacrificio en tiempos antiguos y modernos, que la semejanza redunda en algún recelo contra hecho tan gallardo. [251] (750 d. C.). El pormenor del tercer lance mueve a cierta sonrisa, al paso que están horrorizando los trances guerreros.

III, Sostenía Teobaldo, marqués de Camerino y de Espoleto, [252] a los rebeldes de Benevento, y su crueldad antojadiza no desdecía en aquella época con las ínfulas de los héroes. Castraba sin arbitrio a sus cautivos griegos o de aquel partido, agravando su atrocidad con la chanza inhumana de que estaba ansioso de regalar al emperador un refuerzo de eunucos, puesto que era el realce más primoroso de la corte bizantina. Derrotaron a la guarnición de un castillo en la salida que hizo, y los prisioneros fueron al golpe sentenciados a la operación acostumbrada; mas en medio del sacrificio sobreviene una mujer frenética, y desgreñada y sangrienta de rostro, clama descompasadamente y precisa al marqués a escucharla: «¿Con que de ese modo, vosotros, héroes magnánimos, estáis guerreando contra las mujeres que nunca os agraviaron y cuyas únicas armas son la rueca y los tejidos?». Desmintiola Teobaldo, diciendo que, desde las Amazonas, jamás había oído mentar guerra alguna mujeril. «¿Y cómo cabe —prorrumpe entonces con mayor furia—, el

embestirnos y acuchillarnos más directamente que cercenando a nuestros maridos lo que más estamos ansiando, el manantial de nuestro regalo y la esperanza de nuestra posteridad? No chisté al robo de nuestros ganados; pero este baldón aciago, este quebranto irreparable sobrepuja a mi aguante y está clamando por justicia al cielo y a la tierra». Vitorean su persuasiva con general carcajada, y los francos, empedernidos contra toda compasión, se ablandan con aquella desesperación ridícula pero fundada, y sobre el rescate de los cautivos logra que le devuelvan sus haberes. Al regresar triunfante a su castillo, lo alcanza un mensajero, para informarse en nombre de Teobaldo de cuál era el castigo que correspondía imponerle en el caso de coger de nuevo a su marido con armas. «Entonces —contesta desenfadadamente—. En pago de su delito y desventura, ahí tiene ojos, nariz, pies y manos; todo eso es suyo y debe perderlo si lo merece, pero no se ofenda el señor, si me reservo, aunque su humilde servidora, lo que conceptúo propiedad peculiar y legítimamente mía». [253]

Anovelado acontecimiento es en su arranque, y de suma trascendencia, así para la Italia como para el imperio levantino, el establecimiento de los normandos en los reinos de Nápoles y Sicilia. [254] Yacían las provincias descuartizadas de griegos, lombardos y sarracenos expuestísimas a todo salteador advenedizo, y los escandinavos de esta ralea andaban pirateando por mar y por tierra a su albedrío. Explayáronse en rapiñas y matanzas a su salvo, y por fin (1010 d. C.) se les ofreció, y aceptaron; se dividieron y nombraron un territorio dilatado los normandos en Francia; renegaron de sus deidades por el Dios de los cristianos, [255] y los duques de Normandía se reconocieron por vasallos de los sucesores de Carlomagno y de Capeto. Fueron desbastando la cerrilidad bravía de las nevadas serranías

del Noruega, sin venir a estragarse con la blandura del clima, barajándose imperceptiblemente los compañeros de Rolo con los naturales; [256] se empaparon en modales, habla y galanteo de la nación francesa, y aun en temporadas marciales descolló Normandía con la palma del valor y de las hazañas esclarecidas, aficionándose con esmero entre las supersticiones más a la moda, y con sumo afán a las peregrinaciones de Roma, la Italia y la Tierra Santa. Robusteciéronse en cuerpo y alma con aquella devoción activa de peligros, arrojos, novedades y galardones; engrandeciendo más y más la perspectiva del mundo con portentos, credulidades y esperanzas ambiciosas y anoveladas. Se confederaron para su mutuo resguardo, y los salteadores de los Alpes, que solían disfrazarse con traje de peregrinos, tropezaban con su escarmiento en manos de los guerreros. En una de aquellas visitas devotísimas a la cueva del monte Gárgano, en la Pulla, santificada con la aparición del arcángel san Miguel, [257] se les ladeó un extranjero vestido a la griega, que luego se declaró por un rebelde y fugitivo y enemigo mortal del Imperio griego. Llamábase Melo, ciudadano y noble de Bari, quien tras una asonada infausta, tenía que andar en busca de nuevos aliados y vengadores de su patria. El asomo denodado de los normandos lo esperanzó de nuevo con ímpetus de confianza; acogen los lamentos, y ante todo las promesas del ansioso patricio, y presenciando su riqueza dieron por justísimo su intento, pues van hollando terreno feracísimo tiranizado por cobardes y digna herencia de valerosos. Vueltos a Normandía, logran encender una chispa de arrojo y asociar una cuadrilla denodada para el rescate de la Pulla. Tramontan los Alpes por varios rumbos y en traje de peregrinos; mas luego por la cercanía de Roma acude a saludarlos el caudillo de Bari, apronta caballos y armas a los más menesterosos, y en seguida los capitanea y

encamina al campo de la pelea. En el primer trance triunfó su denuedo; mas en el segundo el número y las máquinas de los griegos los abrumaron, y se fueron airados retirando, encarados siempre con el enemigo. Falleció el desventurado Melo de suplicante por la corte de Alemania; sus secuaces normandos anduvieron errantes por los cerros y cañadas de Italia, granjeándose el sustento diario a punta de espada; a la cual en extremo formidable iban apelando alternativamente los príncipes de Capua, Salerno, Benevento y Nápoles en sus contiendas intestinas, afianzando allá los auxiliares con su sobresalencia en denuedo y disciplina al bando que abrigaban; y se esmeraban cautamente en equilibrar el poderío, recelosos de que la preponderancia de algún contendiente desconceptuase o arrinconase al fin su ayuda y desempeño. Su primera guarida fue un campamento muy vallado en lo íntimo de los pantanos de Campania; mas franqueoles en breve el duque de Nápoles garbosamente colocación más estable y socorrida. Edificose (1029 d. C.) para avecindarlos, como antemural contra Capua por su fortificación, la ciudad de Aversa, a tres leguas de su residencia, y estuvieron gozando como propios el trigo, frutos, prados y bosques de aquel distrito fertilísimo. Sonó su nombradía y agolpó anualmente, por enjambres, peregrinos y soldadesca, a impulsos de su escasez los menesterosos y de sus esperanzas los pudientes, y los valentones de nombradía iban acudiendo en pos de más haberes y de gloria. El pendón independiente de Aversa brindaba con albergue y fomento a los vagos de la provincia, y a cuantos fugitivos ansiaban sortear las pesquisas de sus justicieros o tiránicos superiores; y estos socios advenedizos se equivocaban luego en costumbres y en habla con la colonia francesa. El primer caudillo de los normandos fue el conde Rainulfo, y en el arranque de toda sociedad cabe la

preeminencia en jerarquía al más descollante en desempeño. [258]

Desde la conquista de Sicilia por los árabes, los emperadores griegos echaron ansiosamente el resto en recobrar posesión tan inestimable; mas la distancia marítima había siempre contrastado sus intensos conatos. Sus armamentos costosísimos, tras ciertas rafaguillas de logro, tiznaron con más y más páginas de rechazo y desdoro la historia bizantina, perdiendo hasta veinte mil soldados selectos en una sola expedición, y mofándose el musulmán victorioso de que los eunucos guardas mujeriegos acaudillasen también a los hombres. [259] Reinaron allí por dos siglos los sarracenos; mas fracasaron luego con sus desavenencias. [260] Desentendiose el emir de la autoridad del rey de Túnez; alborotose el pueblo contra el emir; los caudillos andaban usurpando ciudades; cada rebeldillo ínfimo se desmandaba en su aldehuela o castillejo, y el más endeble de dos hermanos competidores imploró el arrimo de los cristianos. Siempre los normandos en el disparador sobre arrojos y trances, alístanse hasta quinientos *jinetes* con Arduino, intérprete y agente de los griegos, bajo el pendón de Maniaces, gobernador de Lombardía; pero al ir a desembarcar se reconcilian los hermanos; se restablece la armonía entre Sicilia y África, y resguárdanse en derredor las playas. Encabezan los normandos el avance, y su denuedo arrolla impensadamente a los árabes de Mesina. Al segundo trance el *brazo de hierro* de Guillermo Hauteville vuelca y traspasa al emir de Siracusa; al tercero sus denodados compañeros dan al través con una hueste de sesenta mil sarracenos, dejando únicamente a los griegos el afán del alcance: victoria esplendorosa en que la pluma del historiador puede emparejarse en brillantez con el lanzón de los normandos. Consta, en suma, que remontaron eficacísimamente el éxito de Maniaces, quien siguió avasallando hasta trece ciudades y la

mayor parte de Sicilia para el emperador. Pero mancilló con su ingratitud y tiranía la nombradía militar, pues en el reparto de los despojos desatendió a sus valerosos auxiliares, quienes por codicia y por engreimiento estaban muy ajenos de avenirse a tamaño desacato. [261] Quejáronse por boca del intérprete; pero en vez de acoger la demanda azotan al medianero que fue el paciente, pero el desagravio y escarmiento correspondía a los quejosos. Disimulan éstos, para afianzarse tránsito a su salvo al continente: sus hermanos de Aversa los acompañan en sus iras, y todos se apropien la provincia de Pulla en desquite de la deuda. [262] A los veinte años de su primera emigración, salieron los normandos a campaña con solos quinientos infantes y setecientos caballos, y al evacuar las legiones bizantinas la Silesia, suena su número hasta la suma de sesenta mil hombres. Propone el heraldo la disyuntiva de retirada o refriega; y «batalla» claman en alarido los normandos, y uno de sus guerreros agigantados vuelca al suelo de un puñetazo el caballo del mensajero; danle otro, y encubriendo el desacato a la tropa imperial, la llevan al trance, y queda repetidamente escarmentado con la sobresaliencia de sus contrarios. Huyen los asiáticos en la llanura de Canas de los aventureros franceses; cae prisionero el duque de Lombardía; se conforma la Pulla con el nuevo señorío, y en aquel naufragio de la prepotencia griega tan sólo se salvan las cuatro plazas de Bari, Otranto, Brindisi y Tarento. Raya desde aquella fecha el poderío normando, que arrinconó luego la colonia incipiente de Aversa. Nombráronse popularmente hasta doce condes [263] entresacados por mérito, nacimiento y ancianidad. Vinculáronlos sus distritos respectivos; y cada uno se encastilló en la fortaleza central de su Estado, encabezando a sus propios vasallos. Reservose en el corazón de la provincia la habitación común de Melfis para ciudadela y

metrópoli de la república, con su vivienda y barrio separado para cada uno, y aquel Senado militar pautaba el rumbo a los negocios nacionales. El primero de los prohombres, como presidente y general, se titulaba conde de Pulla, dignidad que cupo a Guillermo del brazo de hierro, a quien, al estilo del tiempo, apellidaron león en la refriega, cordero en la sociedad y ángel en el escaño. [264] Un historiador contemporáneo y nacional retrata lindamente las costumbres de sus compatricios. [265] «Son los normandos —dice Malaterra—, gente traviesa y vengativa; la persuasión y el disimulo vienen a ser sus prendas hereditarias; no se doblegan a la adulación; pero hay que amarrarlos a la coyunda de la ley para atajar su desenfreno natural y apasionadamente arrebatado. Sus príncipes blasonan de dadivosos; el pueblo es de suyo comedido en sus agasajos, o más bien hermana los extremos de mezquindad y profusión; sedientos de riqueza y de mando, menosprecian cuanto poseen, y esperanzan cuanto apetecen. Armas y caballos, trajes galanos, ejercicios de caza y cetrería, [266] son el regalo de los normandos; pero en los trances apurados son sufridísimos para la intemperie en todo clima, y para el trabajo y las escaseces de la vida militar». [267]

Deslindaban los normandos de la Pulla entrambos imperios, y según la política reinante recibían su investidura de Alemania o de Constantinopla. Pero el título fundamental de aquellos aventureros era el derecho de conquista; así como no amaban ni confiaban, tampoco merecían cariño ni confianza. Asomaba la zozobra en el menosprecio de los príncipes, y el temor de los naturales adolecía de encono vengativo. Al prendarse de un caballo, de una mujer o de un vergel, soltaban los advenedizos la rienda a su apetito, [268] cohonestando los caudillos su codicia con visos galanos de ambición y de gloria. Solían a veces

coligarse los doce condes para sus injusticias, y sus contiendas intestinas se encaminaban a despojar al pueblo: yació el pundonor de Guillermo en su sepulcro, y su hermano Drogo era más abonado para capitanear el denuedo que para enfrenar los ímpetus de sus compañeros. En el reinado de Constantino Monomaco, la política más bien que el afecto de la Corte bizantina se esmeró en descargar la Italia de aquel desmán perpetuo, mucho más tremendo que una alharaca de bárbaros, [269] y condecoró al intento con dictados altisonantes, [270] y con muy amplias facultades, a Arjiro, hijo de Melo. Realzábale para los normandos el recuerdo del padre, cuyo servicio voluntario había logrado recabar para extinguir la rebeldía de Maniaces, y para su propio y público desagravio. Ansiaba Constantino trasladar la colonia belicosa de las provincias italianas a la guerra pérsica, y el hijo de Melo fue repartiendo a los caudillos el oro y los artefactos griegos como la primera fineza de la dignación imperial. Pero el tino brioso de los conquistadores de Pulla burló aquellos ardides; se desecharon sus dones, o por lo menos sus propuestas, y unánimes se negaron a desviarse de sus haberes y esperanzas tras la perspectiva lejana de logros asiáticos. Malogrados los medios persuasivos, acudió Arjiro a la violencia y la asolación; estrechando a las potencias latinas contra el enemigo común, y ajustando una alianza ofensiva con el papa y entrambos emperadores de levante y poniente. Hallábase en el solio de san Pedro León IX, santo cabal, [271] pero propenso al engaño propio y ajeno, y cuya índole venerable consagraría con capa de religiosidad las providencias más encontradas con la práctica cristiana. Las quejas, acaso calumniosas, de un pueblo agraviado, encarnaron hondamente en su vidriosa humanidad; y como los normandos irreligiosos cesaron en su pago de diezmos cabía el desenvainar legalmente la espada contra salteadores

sacrílegos y sordos para las censuras de la Iglesia. León de suyo aseñorado, y aun con entronques regios en Alemania, trataba con llaneza de palaciego la Corte toda, y aun merecía la privanza del emperador Henrique III; y a impulsos de su celo ardientísimo voló desde la Pulla hasta Sajonia y desde el Elba al Tíber. Al aparatar sus grandiosas hostilidades, no se desentendía Arjiro de acudir a ciertas armas recónditas y criminales, y así yacían víctimas de venganzas públicas y privadas normandos a miles sacrificando al valeroso Drogo en una iglesia. Mas renació su denuedo en su hermano Humphrey, tercer conde de la Pulla. Quedaron castigados los asesinos, y el hijo de Melo, arrollado y malherido, tuvo que huir a guarecerse y ocultar su afrenta tras los muros de Bari, esperando el socorro tardío de sus aliados.

Pero una guerra turca estaba destroncando el poderío de Constantino, y el papa, en vez de tramontar los Alpes con su ejército, volvió con una guardia de setecientos suabios y algunos voluntarios de Lorena. Camina pausadamente desde Mantua hasta Benevento, y se le va luego alistando un populacho soez de italianos, tras el sagrado estandarte; [272] duermen sacerdote y salteador en una misma tienda; alternan a vanguardia venablos y cruces, y el santo batallador va repitiendo las lecciones de su mocedad para marchar, acampar y trabar pelea. No escuadronan los normandos de la Pulla al frente de su hueste más que tres mil caballos, y luego unas guerrillas de infantería: los naturales pasados al enemigo les atajan todo género de abastos, y luego los rumbos para su retirada, y su denuedo ajenísimo de toda zozobra se quebranta por un rato con su acatamiento supersticioso. Asoma León en ademán hostil, y no se desdoran arrodillándose ante su sacrosanto padre. Pero el papa sigue inexorable, los alemanes agigantados se están mofando de la estatura pigmea de los normandos, quienes se enteran de que

muerte o destierro ha de ser su estrella. No cabía en ellos la fuga; y como muchos llevaban ya tres días de ayuno, se conformaron con la certeza de una muerte más obvia y decorosa. Trepan el cerro de Civitella, se descuelgan a la llanura y embisten a una en tres divisiones la hueste del papa. En la izquierda y el centro, Ricardo, conde de Aversa, y Roberto, el famoso Guiscardo, arremeten, arrollan, desbaratan la muchedumbre italiana, que peleaba a ciegas y huyó sin desdoro. Arduo empeño cupo al tesón del conde Humphrey, que acaudillaba la caballería por el ala derecha. Torpísimos se muestran los alemanes en el manejo de caballo y lanza; [273] pero la infantería se cierra en columna fuertísima e impenetrable, y ni hombre, ni alazán, ni armadura contrarrestan el peso de sus montantes descomunales. Recia es la lid; pero acuden los escuadrones que seguían el alcance, los acorralan y estrechan hasta fenecer en sus propias filas, mereciendo el aprecio de los enemigos y satisfaciendo desde luego su venganza. Cierra Civitella sus puertas al papa fugitivo; alcánzanlo los devotos vencedores, le besan el pie implorando su bendición, y ante todo la absolución de su victoria pecadora. La soldadesca está mirando en su enemigo ya cautivo al vicario de Jesucristo, y, por más trascendencia que supongamos en los caudillos, no dejarían de contagiarse con la superstición popular. El atinado papa en los ensanches de su retiro se lamentó por aquel derramamiento de sangre cristiana, que venía a recaer sobre su persona: hízose cargo de que era el causador de tantísimos pecados y escándalos, y habiéndose malogrado el intento, le tildaron todos ahincadamente por indecoroso su desempeño militar. [274] Bajo este concepto se avino a la oferta de un tratado ventajoso, se retrajo de la alianza que había estado predicando como causa divina, y ratificó las conquistas pasadas y venideras de los normandos. Prescindiendo ahora de su

procedencia, eran las provincias de Pulla o Calabria parte de la donación de Constantino y patrimonio de san Pedro, y así el donador y los aceptantes contaban mutuamente con su legítimo derecho. Se comprometieron a su auxilio recíproco por medio de sus armas espirituales y temporales, pactando luego un rédito de unos doce reales por aranzada, y desde aquel contrato memorable el reino de Nápoles ha seguido por más de siete siglos como feudo de la Santa Sede. [275]

Se suele entroncar el linaje de Roberto Guiscardo [276] encontradamente con los campesinos y duques de Normandía; con los cerriles por el engreimiento e ignorancia de una princesa griega, [277] y de los duques por la ceguedad lisonjera de los súbditos italianos; [278] pero en realidad parece que correspondía a la clase media o segunda de la nobleza. [279] Descendía de una clase de *valvasores* o *pendonistas* de la diócesis de Cutances en la Normandía baja; moraban aseñoradamente en el castillo de Hauteville, descollando su padre Tancredo en la corte y tropas del duque, a quien tributaba por feudo militar diez infantes o jinetes. Tuvo en dos enlaces decorosos hasta doce hijos, educados en casa con cariño imparcial por su segunda consorte. Mas su escaso patrimonio mal podía alimentar tanta prole, que de suyo denodada, estuvo viendo por las cercanías el desmande, las escaseces y desavenencias, y se arrojó a ir en busca de tierras extrañas y en pos de herencia más esclarecida. Quedando tan sólo dos para perpetuar el linaje y halagar al anciano padre, los otros diez al ir asomando la lozanía varonil se expatriaron del castillo, tramontaron los Alpes y se incorporaron en el campamento normando de la Pulla. Rebosaban de ímpetu genial los mayores, y sus medros alentaron a los hermanos, ascendiendo aquéllos, Guillermo, Drogo y Humphrey, hasta capitanear la nación y ser fundadores de la nueva república. Era

Roberto el mayor de los siete hijos del segundo enlace, y hasta sus enemigos han tenido que aclamarlo como dotado de las prendas heroicas de soldado y estadista. Sobrepujaba su estatura agigantada a los más crecidos de su hueste; eran sus miembros al par agraciados y briosos, y aun en el menguante de sus años conservó su pujanza incontrastable y el señorío soberano de su presencia. Era espaldudo y sonrosado, con cabellera y barba cumplidas y cenicientas; tenía los ojos fogosísimos, y el torrente de su voz, al par de la de Aquiles, imponía obediencia y terror aun en el remolino estruendoso de la refriega. Allá en la tosquedad caballeresca tales realces no desdicen de los rasgos poéticos y aun históricos, particularizando que Roberto a una blandía el montante con la derecha y terciaba su lanza con la izquierda, que lo desmontaron hasta tres veces en la batalla de Civitella, y en lo más reñido de aquel memorable trance mereció la palma del valor entre todos los caballeros de ambas huestes. [280] Su ambición descompasada estribando en el engreimiento de su propia sobresaliencia, al ir en pos de su engrandecimiento, se desentendía de todo escrúpulo justiciero, y quizás aun del menor asomo de humanidad; y en medio de su afán por la nombradía no dejaba de acudir a pasos encubiertos y luego a los patentes en mediando el miramiento de su logro más certero. Mereció el apodo de Guiscardo [281] por su maestría en aquel género de ciencia política que se apoya en el disimulo y el engaño; y el poeta Pullés elogió a su Roberto por sobrepujar a Ulises en astucia y al mismo Cicerón en elocuencia. Pero sabía retraer estos primores tras cierto desenfado militar; y aun en la cumbre de su poderío se franqueaba siempre cortésmente con sus compañeros, y al avenirse a las vulgaridades generales de sus nuevos súbditos, aparentaba con su traje y modales conservar los antiguos estilos de su país. La misma diestra, en extremo rapaz,

era al par dadivosa; avezado con sus escaseces primitivas a la frugalidad, se allanaba también mercantilmente a sus ganancias; atormentando además con tesón y fría crueldad a sus prisioneros en demanda de algún tesoro. Según los griegos, salió de Normandía con la escasa cuadrilla de cinco jinetes y treinta infantes; y aun parece abultada esta cuenta, pues el sexto hijo de Tancredo de Hauteville tramontó los Alpes de peregrino, y su primera guerrilla se compuso de unos aventureros italianos. Sus hermanos y compatricios se habían repartido las fértiles campiñas de la Pulla, y las estaban reservando con las zozobras de la avaricia; pero el mozo travieso trepó las sierras de la Calabria, y en sus primeras proezas contra griegos y naturales apenas cabe deslindar la heroicidad con el salteamiento. Sorprendiendo, ya el castillo, ya el convento; asaltando al adinerado, y saqueando aldeas para el preciso sustento, robustecía más y más el desempeño de cuerpo y alma. Agolpábanse voluntarios a miles desde su patria, y el paisanaje calabrés vino a ser bajo sus banderas igualmente normando.

Medrando en Roberto el desempeño con sus logros, enceló a su hermano mayor, quien de resultas de una reyerta lo amenazó de muerte y cortó los vuelos a sus intentos. Al morir Humphrey, la niñez excluyó del mando a sus hijos, reduciéndolos a la clase de particulares la ambición de su tío y ayo, levantado luego sobre un broquel y saludado por conde de la Pulla y general de la república. Robustecido entonces y autorizado, se aferra en la conquista de Calabria y aspira luego a descollar para siempre con su jerarquía sobre todos sus iguales. Descomúlgalo el papa Nicolás II por sacrilegios y rapiñas; mas pronto se desengaña de que las desavenencias de amigos no pueden menos de redundar en daño de todos; de que son los normandos los bizarros campeones de la Santa Sede, y de que es más obvia y segura la

alianza con un príncipe que con los caprichos de una aristocracia. Juntose un sínodo de cien obispos en Melfi, y entonces el conde sobresee a una empresa grandiosa por acudir al resguardo y cumplir las disposiciones del romano pontífice. A impulsos de su interesado agradecimiento, confirió a Roberto y a su posteridad el dictado de duque, [282] con la investidura de Pulla y Calabria y cuantas tierras pudiera su espada conquistar de los griegos cismáticos y de los sarracenos infieles. [283] Con aquella sanción apostólica quedaban sinceradas sus gestiones, pero no hay que contar con la obediencia de una gente libre y victoriosa, no mediando su expreso consentimiento, y Guiscardo tuvo que encubrir su ensalzamiento hasta que en la campaña siguiente sobresalió con la conquista de Consenza y Regio. Al aparatar su triunfo, junta la tropa y le encarga que confirme con sus votos el dictado del vicario de Cristo: vitorea su soldadesca gozosísima al valeroso duque, y los condes antes sus iguales articulan su juramento de fidelidad con sonrisa aparente, pero con iras entrañables. Tras aquella inauguración, titúlase Roberto «por la gracia de Dios y de san Pedro, duque de Pulla y Calabria y luego de Sicilia», afanándose en seguida por veinte años, tras el merecimiento y consolidación de dictados tan grandiosos. Asoman adelantos tan pausados y en tan corto trecho, como ajenos del sumo desempeño del caudillo y de las ínfulas de la nación, mas escaseaban las fuerzas normandas y, todavía más, sus recursos y su servicio era absolutamente voluntario e insubsistente. La voz libre del Parlamento y sus barones solía contrarrestar los arrojados intentos del duque, pues los doce condes elegidos popularmente se aunaban contra su preponderancia; y los hijos de Humphrey estaban pidiendo justicia y venganza contra su alevoso tío. Guiscardo con su eficaz desvelo llegó a descubrir sus amaños, atajó su rebeldía y castigó a

los criminales con muerte o destierro; pero la pujanza nacional se destroncaba y los años del caudillo se consumieron lastimosamente en estos enconos intestinos. Quebrantados por fin los enemigos forasteros griegos, lombardos y sarracenos, tuvieron que irse amurallando por las ciudades más populosas y más o menos fortificadas de la costa, sobresaliendo al par en el arte de resguardarse y defenderse; los normandos estaban avezados a campear con su caballería, y si tal cual vez lograban señorearse de las plazas a mano armada, su torpeza nativa tenía que echar el resto en la perseverancia. Resistiose Salerno más de ocho meses, y el sitio y bloqueo de Bari se dilató hasta cerca de cuatro años. Descollaba siempre el duque normando arriesgadamente a vanguardia, y luego cerraba en los trances la retaguardia. Al estrechar la ciudadela de Salerno, una piedra enorme disparada desde las almenas destrozó una de sus máquinas militares, malhiriéndole un astillazo el pecho. Yacía ante las puertas de Bari en una chocilla o barraca tosquísima de ramaje seco y paja; paraje, además de expuestísimo, abierto en derredor a la intemperie del invierno, así como a los venablos del enemigo. [284]

Vienen a caer las conquistas de Roberto por Italia en los linderos del actual reino de Nápoles, y los países hermanados con sus armas siguen todavía unidos, tras los vaivenes de siete siglos. [285] Constaba la monarquía de las provincias griegas de Calabria y Pulla, del principado lombardo de Salerno, de la república de Amalfi y de las dependencias interiores del antiguo y anchuroso ducado de Benevento. Éstos eran los únicos distritos exentos de la sujeción general; el primero para siempre, y los dos últimos hasta mediados del siglo siguiente. La ciudad y las afueras de Benevento se habían trasladado por donación o permuta, de manos del emperador de Alemania a las del romano

pontífice, y por más que la espada normanda soliese invadir aquel territorio sagrado, por fin la contrarió definitivamente el nombre de san Pedro. Su primera colonia de Aversa avasalló de asiento el estado de Capua, cuyos príncipes se vieron reducidos a pordiosear un mendrugo ante el palacio de sus padres. Los duques de Nápoles, la metrópoli actual, conservaron la libertad popular, a la sombra del Imperio Bizantino. Entre las ganancias de Guiscardo, la sabiduría de Salerno [286] y el comercio de Amalfi, [287] podrá tal vez embargar por un rato la curiosidad de los lectores.

I. En cuanto a facultades mayores, presupone la jurisprudencia, planteadas ya las leyes y la propiedad, y acaso la teología puede orillarse con la antorcha de la religión y de la racionalidad. Pero así el montaraz como el sabio tienen que acudir al arrimo de la medicina, y si es el lujo gran causador de *nuestras* dolencias, el desmán de golpes y heridas no puede menos de menudear en gran manera, con el sumo atraso de la sociedad. Trascendieron ráfagas de la medicina griega a las colonias arábigas de África, España y Sicilia, y con los roces ya de paz, ya de guerra, chispeó la ciencia, y resplandeció luego en Salerno, ciudad esclarecida y descollante por el decoro de los varones y la hermosura de las mujeres. [288] Consagrose una escuela, y fue la primera que vislumbró en la lobreguez de Europa al arte de curar: no escrupulizaron obispos y monjes, con los auges de profesión tan saludable y gananciosa, y acudían atropelladamente los enfermos de jerarquías encumbradas y de climas lejanos a consultar con los médicos de Salerno. Los conquistadores normandos se esmeraban en ampararlos, y Guiscardo, aunque vinculado en sus armas, alcanzaba los quilates de la sabiduría. Tras una peregrinación de treinta y nueve años, Constantino, un cristiano de África, regresó de

Bagdad, amaestrado en el idioma y el saber arábigos, y aquel alumno de Avicena enriqueció con su práctica lecciones y escritos a Salerno. Adormeciose la medicina tras el nombre de la universidad; pero aquellos preceptos están compendiados con una carta de aforismos, agolpados allá en versos leoninos, o consonantes latinos del siglo XII. [289]

II. Como a dos leguas al poniente de Salerno, y a diez al sur de Nápoles, descolló el pueblecillo arrinconado de Amalfi con el poderío y los galardones de la industria. Era muy reducida su fértil campiña, pero gozaba de una marina expedita, pues el vecindario al punto se dedicó a surtir al orbe occidental de manufacturas y productos del Oriente; y aquel tráfico utilísimo fue el manantial de su libertad y opulencia. Era su régimen popular a las órdenes de un duque, bajo la supremacía del emperador griego. Eran cincuenta mil los ciudadanos empadronados en el recinto de Amalfi, rebosando todo de oro, plata y todo género de preciosidades. Hervía por sus muelles una marinería sobresaliente, en la teoría y la práctica de la navegación y la astronomía, y su agudeza o su dicha fueron las descubridoras de la brújula, que puso de manifiesto el orbe. Abarcó su comercio las costas, o cuando menos los géneros de África, Arabia e India, y sus establecimientos en Constantinopla, Antioquía, Jerusalén y Alejandría lograron el privilegio de colonias independientes. [290] Contaba tres siglos de prosperidad Amalfi, cuando las armas de los normandos la oprimieron y saquearon por los celos de Pisa, y ahora mismo los restos de su atarazana, catedral y palacios de sus regios tratantes están todavía realzando el desamparo de unos mil pescadores.

Roger, hijo duodécimo y postrero de Tancredo, permaneció en Normandía por su edad tierna y por la muy avanzada del padre; pero entonces aceptó con albricias el llamamiento; voló a

los reales de la Pulla, y logró al pronto el aprecio, que redundó luego en emulación, de su hermano mayor. Corrían parejas en ambición y denuedo, pero la mocedad lozana y los modales finísimos de Roger embelesaban desinteresadamente al vecindario y a la soldadesca. Escaseaba tantísimo de medios para sí mismo y para sus cuarenta secuaces que de conquistador paró en salteador y luego en raterillo casero; y merecían tantísimo ensanche los asaltos a la propiedad, que según su propio historiador llegó a disponer el robo de caballos en un establo de Melfi. [291] Su gallardía se fue sobreponiendo al desamparo y a la afrenta, encumbrándose de tan torpe ruindad a los merecimientos esclarecidos de una guerra sagrada, sosteniendo el afán insensato de Guiscardo la invasión de Sicilia. Retirados los griegos, habíanse los *idólatras* (así llamaban injuriosamente a los católicos), rehecho de sus quebrantos y malogros, y el rescate de la isla tan en vano emprendido allá grandiosamente con las fuerzas del imperio oriental se redondeó con una cuadrilla de particulares aventureros. [292] Roger por estreno arrastra en una barca abierta los peligros fabulosos o efectivos de Scila y Caribdis; aporta en playa enemiga con solos sesenta soldados; arrolla a los sarracenos hasta las puertas de Mesina, y regresa a salvo con los despojos de aquel contorno. Descuella con su denuedo y tesón en la fortaleza de Trani, pues luego, de anciano, solía referir que en las estrecheces de aquel sitio se vio con su mujer la condesa en tan sumo desamparo, que no teniendo más que un ropón o manta, en cuyo uso tenían que ir alternando; que en una salida matándole el caballo se lo llevaban los sarracenos, y debiendo el salvamento a su espada cortadora, se retiró con la silla al hombro, para que no quedase el menor rastro de trofeo en manos de los infieles. En aquel sitio de Trani trescientos normandos contrarrestaron y aventaron las fuerzas de

toda la isla. En la campiña de Ceramio, hasta cincuenta mil, entre infantería y caballería, quedaron arrollados por ciento treinta y seis soldados cristianos, añadiendo tan sólo san Jorge que peleó a caballo al frente de la vanguardia. Reserváronse las banderas cogidas con cuatro camellos para el sucesor de san Pedro, y a no mostrar aquellos despojos bárbaros en el Vaticano, y no en el Capitolio, pudieran renovar la memoria de los triunfos púnicos. Este número tan menguado de normandos se referirá probablemente a la soldadesca principal y cabalgante, acompañada de sus cinco y seis sirvientes respectivos; [293] pero aun al arrimo de esta explicación y con las rebajas discretas, ateniéndonos al sumo denuedo, armas y nombradía, el desbarate de tantas millaradas precisarán al cuerdo lector a acudir al predicamento de los milagros o de las fábulas. Solían los árabes de África socorrer a sus compatricios de Sicilia; las galeras de Pisa auxiliaron en el sitio de Palermo a la caballería normanda, y la emulación de los dos hermanos sublimaba en el trance incontrastablemente sus ímpetus denodados. A los treinta años de guerra, [294] Roger, con el dictado de conde, redondeó la soberanía de la isla mayor y más fértil de todo el Mediterráneo, y en su desempeño campea un ánimo culto e ilustrado, sobrepuesto a las estrecheces de su siglo y su educación. Franqueose a los musulmanes el ejercicio expedito de su religión y el goce de sus fincas: [295] un filósofo y médico de Mazara de la alcurnia de Mahoma arengó al conquistador, quien le brindó con su corte; tradújose en latín su geografía de los siete climas; y Roger, estudiándola de intento, la antepuso a los escritos del griego Ptolomeo. [296] Allá un resto de cristianos solariegos había favorecido la empresa de los normandos, y les sirvió de galardón el triunfo de la Cruz, y más devolviéndose la jurisdicción de la isla al pontífice romano; creáronse obispados nuevos en las

ciudades principales, complaciendo al clero con el realce de muchas iglesias y monasterios. Mas el héroe católico afianzó los fueros de un magistrado civil, apropiándose mañosamente con la investidura de beneficios las demandas del papa; se legalizó y ensanchó la supremacía de la corona con la bula particularísima, que declara a los príncipes de Sicilia hereditarios y legados perpetuos de la Santa Sede. [297]

La conquista de Sicilia fue más gloriosa que productiva para Roberto Guiscardo. «No saciaban su ambición la Pulla y la Calabria», y así acordó invadir a la primera coyuntura y tal vez sojuzgar el Imperio oriental. [298] Habíase divorciado de su primera consorte, la compañera en sus escaseces, socolor de parentesco, y a su hijo Bohemundo cupo más bien el remedar que suceder a su esclarecido padre; la segunda esposa de Guiscardo era hija del príncipe de Salerno; se avinieron los lombardos a la sucesión directa de su hijo Roger; cupieron a sus cinco hijas desposorios decorosos, [299] y una de ellas se apalabró de niña con el hermosísimo mancebo Constantino, hijo del emperador Miguel. [300] Mas una revolución conmovió el sitio de Constantinopla; quedó la familia imperial de Ducas encarcelada en palacio y enclaustrada, y Ricardo lamentó dolorosamente el quebranto de su hija y el apeamiento de su aliado. Asomó luego en Salerno un griego que se aparentaba padre de Constantino, refiriendo las aventuras de su vuelco o huida. Reconoció el duque a su amigo desventurado ensalzándolo con el boato y los dictados de la dignidad imperial: lágrimas gozosas iban aclamando a Miguel [301] al transitar triunfalmente por la Pulla y la Calabria, y el papa Gregorio VII, exhortaba a los obispos para que predicasen y a los católicos para que se aviniesen a pelear, en el empeño religiosísimo de su restablecimiento. Conversaba de continuo familiarmente con Roberto, y el valor de los

normandos y los tesoros del Oriente abonaban sus mutuas promesas. Pero este Miguel, según confiesan al par griegos y latinos, era un embaucador, un farsante, en suma, un monje fugitivo de su convento, o un sirviente palaciego. El astuto Guiscardo había sido el inventor de la patraña, y suponía que desempeñando el impostor su papel, se hundiría en su oscuridad primitiva al primer aviso del conquistador. Pero el argumento convincente y poderosísimo para los griegos se cifraba todo en la victoria, y luego el afán de los latinos había amainado en mayor extremo, pues los veteranos normandos ansiaban ya el gozarse con la mies de tantísimos sudores, y los italianos desaguerridos se estremecían de peligros cercanos o remotos de una expedición ultramarina. Roberto para el enganche de sus reclutas echaba el resto en agasajos y promesas, y aun en amagos, tanto civiles como eclesiásticos, y según los ejemplares de algunas tropelías, no sin razón sonaron quejas de que ni la niñez ni la ancianidad eximían del servicio con un príncipe tan adusto. A los dos años de preparativos, juntáronse las fuerzas terrestres y navales en Otranto, hacia el promontorio sumo de Italia; y Roberto iba acompañado de su consorte, batalladora a su mismo lado, su hijo Bohemundo y el representante del emperador Miguel. Cifrábase el nervio de la hueste en mil trescientos jinetes [302] de ralea o disciplina normanda, y hasta unos treinta mil secuaces [303] de todas clases, hombres, caballos, armas, con máquinas y troncos de madera cubiertos con pieles sin curtir, se embarcaron en ciento cincuenta bajeles, construyendo los transportes por los puertos, y aprontando la república aliada de Ragusa las galeras.

Al emboque del golfo Adriático, las playas de Italia y del Epiro propenden a juntarse mutuamente; y así el espacio intermedio, y garganta entre Brindisi y Durazzo, esto es: el tránsito romano, se reduce a poco más de treinta leguas, [304] y

en el punto extremo de Otranto se queda en la mitad, [305] como que tamaña estrechez suministró, así a Pirro como a Pompeyo, la ocurrencia sublime, o acaso disparatada, de construir un puente. Antes del embarque general, envió al duque normando Bohemundo con quince galeras para afianzar o amagar a la isla de Corfú, reconocer la costa opuesta y asegurar un fondeadero en las cercanías de Valona, para el desembarco de la tropa. Transitan, y se apean sin avistar enemigos, y aquella tentativa tan certera patentizó el descuido y menoscabo de la potestad naval de los griegos. Las islas y al par las ciudades marítimas del Epiro se avasallaron a las armas y a la nombradía de Roberto, quien capitaneó armada y ejército desde Corfú (me valgo de la denominación moderna) al sitio de Durazzo. Resguardaban aquel pueblo, llave occidental del imperio, su fama antigua y sus fortificaciones modernas, obra de Jorge Paleólogo, patricio victorioso en las guerras orientales, y crecida guarnición de albaneses y macedonios, que en todos los tiempos merecían el concepto de belicosos. En los lances de la empresa contrastaron al animoso Guiscardo redoblados peligros y desmanes. En la estación más favorable del año, al ir la escuadra costeando, la asaltó impensadamente una tormenta de viento y nieve, y el sur embravecido a manera de huracán encrespó horrorosamente el Adriático, corroborando aquel naufragio el antiguo baldón de los peñascos Acroceraunios. [306] Volaron en trozos velas, mástiles y remos, cuajando el mar y las playas de astillas, armas y cadáveres, y luego sumergiendo y averiando casi todo el abasto. Rescatose a duras penas la galera ducal o almiranta, y tuvo Roberto que hacer alto por siete días, para ir salvando reliquias de tan sumo fracaso, y envalentonar los ánimos acobardados de su tropa. No eran ya los normandos aquellos marinos denodados y expertos que habían ido surcando el océano desde

la Groenlandia hasta el monte Atlas, y se sonreían a los amaguillos del Mediterráneo. Llorando estuvieron y luego se mostraron más despavoridos a los asomos asustantes de los venecianos, venidos a instancias y promesas de la corte bizantina. Redundó el primer trance en alguna ventaja de Bohemundo, mozuelo barbilampiño [307] que mandaba las fuerzas navales de su padre. Anclaron toda la noche las galeras de la república formando una media luna, y vencieron al segundo día por los flecheros de proa, la pujanza de sus venablos, la maestría en sus evoluciones y el auxilio incontrastable del fuego griego. Huyen pulleses y ragusinos, encallan en la playa; pero acuden los vencedores, amarran sus bajeles, y entretanto una salida de la guarnición causa terror y matanza por las tiendas del duque normando. Socórrese Durazzo oportunamente; y privados los sitiadores del señorío del mar, los proveedores de las islas y de la costa se desentendieron de acudir con sus tributos y abastos al campamento. Contagiáronse además con dolencias pestilentes, feneciendo hasta quinientos jinetes de muerte sombría; y la suma de entierros (si es que cabía verificarlo con todos) ascendió a diez mil personas. Sobreponíase única e incontrastablemente el ánimo de Guiscardo a tantísima desdicha, y mientras iba agolpando refuerzos de la Pulla y Sicilia, seguía batiendo, escalando y socavando los muros de Durazzo; pero su inventiva y denuedo vinieron a tropezar con iguales prendas, y aun tal vez de mayores quilates, y el torreón movible, cargado con quinientos hombres y empujado hasta el pie de la muralla, al apearse por el puente levadizo, se encontró con un tremendo ariete, y luego el fuego artificial redujo instantáneamente a cenizas aquella mole de madera.

Mientras los turcos por el Oriente y los normandos por el

Ocaso estaban así acosando el Imperio Romano, el anciano sucesor de Miguel rindió el cetro en manos de Alexio, adalid esclarecido y fundador de la dinastía Comnena. La princesa Ana, su hija e historiadora, advierte en su estilo melindroso que aun el mismo Hércules no alcanzaba al extremo de acudir a dos lides a un tiempo; y bajo este concepto no puede menos de aprobar el ajuste arrebatado con los turcos, para volar en persona al socorro de Durazzo. Alexio, al entronizarse, encontró la milicia sin tropa y el erario sin dinero, mas echó el resto en providenciar ejecutivamente; y juntando en seis meses un ejército de setenta mil hombres, [308] verificó una marcha de doscientas leguas. Alistó su gente por Europa y Asia en el Peloponeso y el Mar Negro, realzaban principalmente la majestad las compañías montadas de la guardia con sus armas de plata y sus riquisímos jaeces, acompañando además al emperador gran comitiva de príncipes y nobles, y entre ellos algunos habían ostentado la púrpura por un rato, y en aquella temporada de blandura gozaban el ensanche de una vida aseñorada y opulenta. Lozaneaban juvenilmente y enardecían a la muchedumbre; pero empapados en el ocio y los deleites, se propasaban sobremanera en sus demasías e insubordinación; instaban descompasadamente por un trance ejecutivo, imposibilitando así la cordura de Alexio, quien pudiera rendir por cerco y hambre a la hueste sitiadora. En el padrón de las provincias contemporáneas, se está palpando el desairado parangón de los linderos antiguos y presentes de aquel mundo romano: agolpábanse atropelladamente los cerriles reclutas a viva fuerza; y se trajeron las guarniciones de la Anatolia y Asia Menor, evacuando las ciudades avasalladas sobre la marcha por los turcos. La pujanza del ejército griego venía a reducirse a los varanjes y la guardia escandinava, cuyo número acababan de

reforzar con una colonia de voluntarios y desterrados de la isla británica de Tule. Ingleses y daneses yacían oprimidos y hermanados bajo el yugo del vencedor normando, y una porción de mozos aventureros acordaron el desamparar un país de servidumbre; expedita se les ofrecía la marina, y en su dilatada peregrinación fueron visitando cuantas costas les brindaban con la proporción de libertad y venganza. Mantúvolos el emperador griego en su servicio, y su primer paradero fue en una ciudad nueva de la playa asiática, pero pronto tuvo Alexio que llamarlos en defensa de su palacio y persona, trasladando luego a los sucesores la herencia de su lealtad y valentía. [309] El nombre del invasor normando les renovó la memoria de sus agravios; marcharon denodadamente contra el enemigo nacional, ansiando recobrar en el Epiro el lauro menoscabado en Hastings. Algunas compañías de francos o latinos alternaban con los varanjes, y cuantos rebeldes habían huido a Constantinopla de la tiranía de Guiscardo se desalaban por sobresalir en afán y saciar su venganza. Acudió el emperador en aquel trance al auxilio torpe de Paulinos o maniqueos de Tracia y de Bulgaria; y aquellos herejes hermanaban el aguante del martirio con el brío y la disciplina del valor ejecutivo. [310] Proporcionó el ajuste con el sultán algunos miles de turcos y se contrapusieron los flechazos de la caballería escítica a las lanzas de la normanda. Al eco y perspectiva, aunque todavía lejana, de tan formidables fuerzas, junta Roberto un consejo de sus oficiales más eminentes. «Ya estáis viendo —prorrumpe— el peligro vuestro, a la verdad grande y urgentísimo. Armas y banderas cuajan montes y valles, y el emperador griego está ya avezado a refriegas y triunfos. En la unión y obediencia se cifra nuestro salvamento, y aquí está el mando si lo toma caudillo de mayor desempeño». Lo vitorean hasta sus enemigos secretos,

demostrándole en tan arriesgado trance su aprecio y confianza; y entonces, continúa el duque, «pongámonos desde ahora en manos de la victoria, y atajemos a la cobardía todo arbitrio para la fuga. Vamos a quemar bajeles y bagajes, y batallar aquí mismo como si fuese el paraje de nuestro nacimiento y entierro». Apreciábase unánimemente el arranque, y sin ceñirse absolutamente a sus líneas espera Guiscardo escuadronado al enemigo. Resguárdale un riachuelo la retaguardia, su derecha se extiende hasta el mar, y su izquierda por los cerros, y ajenísimo se hallaba tal vez de que en aquel mismo terreno César y Pompeyo habían batallado por el señorío del orbe. [311]

Alexio, contra el dictamen de sus adalides más consumados, se arrojó al trance de una refriega general, encargando a la guarnición de Durazzo que acudiera por su parte al anhelado rescate, haciendo oportunamente una salida ejecutiva. Marcha antes de amanecer en dos columnas para sobrecoger a los normandos por dos puntos diversos, dispersa sus guerrillas de caballería por la llanura, formando su segunda línea con los flecheros, encabezando a todos, y a su propia instancia los varanjes. En el primer avance los maceros advenedizos aportillan hondamente a la hueste de Guiscardo, reducida ahora como a quince mil hombres. Lombardos y calabreses vuelven afrentosamente la espalda, huyendo hacia el río y el mar; pero está cortado el puente para la salida de la guarnición, y la playa acordonada con las galeras venecianas que disparan sus máquinas contra la muchedumbre revuelta, pero asomada ya a su exterminio la rescatan por fin sus caudillos. Retratan los griegos a Gaiza, esposa de Roberto, como una amazona belicosísima, segunda Palas, menos primorosa en las artes, pero no menos pavorosa en las armas que la diosa de Atenas; [312] pues aunque malherida de un flechazo, permanece firme y se esmera

en rehacer a los fugitivos con sus reconvenciones y su ejemplo; [313] pero corrobora a su voz femenina el eco varonil y sonoro, y ante todo el brazo poderoso del duque normando, tan sereno en la pelea como magnánimo en el consejo. «¿Adónde? —les clama —, ¿Adónde huís?» Implacable es vuestro enemigo, y la muerte es menos aborrecible que la servidumbre. Es ya el punto más decisivo del trance, y al adelantarse los varanjes sobre la línea patentizan entrambos costados indefensos; el eje de la batalla del duque, de ochocientos jinetes, se mantiene cabal e inmoble con las lanzas en ristre, y los griegos aún lloran el ímpetu disparado e irresistible de la caballería francesa. [314] Acude Alexio al desempeño de ambos extremos como soldado y como general; pero al presenciar el estrago de los varanjes y la huida de los turcos, menosprecia a sus propios súbditos y se da por desahuciado. La princesa Ana, que menciona llorosa tan lastimero fracaso, tiene que avenirse a encarecer el brío y la velocidad del alazán salvador del padre, quien por su parte se rehace gallardarnente del tremendo lanzazo destrozador del yelmo imperial. Su denuedo desesperado aportilla un escuadrón de francos, que le ataja la carrera, y después de vagar dos días con sus noches por las serranías, halla algún sosiego de cuerpo, mas no de ánimo, en el recinto de Lichnido. Roberto, victorioso, reconviene a los perseguidores por su flojedad en el alcance, defraudándolo de logro tan peregrino; mas luego se va consolando de aquel pesar con el cúmulo de trofeos y estandartes que cuajan el campo, y con tanto primor opulento como resplandece por los reales bizantinos, y ante todo con el lauro de arrollar una hueste cinco veces más crecida que la suya. Un sinnúmero de italianos vinieron a resultar víctimas de su propio miedo; pero tan sólo perdió treinta jinetes en refriega tan memorable. Ascendió en el ejército a cinco o seis mil hombres la

pérdida de griegos, turcos e ingleses, [315] quedando la llanura de Durazzo regada con sangre noble y aun real, y el fin del impostor Miguel fue más decoroso que su vida.

Prescindiría por supuesto Guiscardo del malogro de un farsante costosísimo, que mereció tan sólo el menosprecio y escarnio de los griegos, quienes tras su derrota siguieron defendiendo a Durazzo, substituyendo un comandante veneciano a Jorge Paleólogo, despedido torpemente de aquel fondeadero. Los sitiadores truecan sus tiendas en barracones, para escudarse contra la intemperie, y contestando al reto de la guarnición apuntó Roberto que su aguante correría parejo con la pertinacia enemiga; [316] contando ya tal vez desde entonces con la correspondencia reservada de un señor veneciano, quien vendió la ciudad por un enlace acaudalado y honor. Descuelgan de los muros a deshora varias escalas de cuerda; trepan calladamente los ágiles calabreses, y el nombre y los clarines del vencedor despiertan a los griegos; pero van defendiendo las calles hasta tres días contra un enemigo ya dueño de las murallas, mediando siete meses entre la formación del sitio y la rendición postrera de la plaza. Internose el duque normando desde Durazzo hasta el corazón del Epiro y de la Albania, atravesó la primera serranía de Tesalia, sorprendió a trescientos ingleses en la ciudad de Castoria, se acercó a Tesalónica y aterró a Constantinopla. La prisión más ejecutiva cortó los vuelos a su afán ambicioso. Con el naufragio, la peste y el acero, su hueste quedaba reducida al tercio de su primera planta, y en vez de recibir algún refuerzo de Italia, le participaron con cartas lastimeras que su ausencia estaba acarreando peligros y desmanes, con rebeldías de ciudades y de barones en la Pulla, sumo conflicto del papa y asomos de invasión por Enrique, rey de Alemania. Suponiendo engreídamente que bastaba su

persona para la salvación pública, surcó el piélago con un solo bergantincillo, poniendo el mando de su ejército en manos de su hijo y de los duques normandos, y encareciendo a Bohemundo gran miramiento con los desahogos de sus magnates, y a los condes suma obediencia a las disposiciones de su caudillo. Siguió el hijo de Guiscardo las huellas de su padre, parangonando los griegos a entrambos asoladores con la oruga y la langosta, devorando la segunda cuanto se libertó de los dientes de la primera. [317] Tras de ganar dos batallas contra el emperador, se descolgó sobre las llanuras de Tesalia y sitió a Larisa, reino fabuloso de Aquiles, [318] donde paraban el tesoro y los almacenes del campamento bizantino. Cábele, sin embargo, digna alabanza, por su fortaleza y cordura, al príncipe Alexio, que estuvo batallando esforzadamente contra aquel turbión de contratiempos. Acudió a las escaseces del Estado con los ornamentos superfluos de las iglesias, reemplazó la deserción de los maniqueos con algunas tribus de Moldavia; un refuerzo de turcos repuso, en número de siete mil, el quebranto de sus hermanos con ejemplar escarmiento, y los griegos se fueron ejercitando en cabalgar, flechar, evolucionar y emboscarse oportunamente. Alexio se hizo cargo de que, apeada la gran caballería de los francos, quedaba, no ya descaecida, [319] sino innoble adiestrábanse los flecheros en apuntar al caballo y no al jinete; y se iban sembrando trampas y abrojos por el terreno amagado de algún encuentro. Por las cercanías de Larisa se fueron dilatando y contraponiendo los trances de la guerra; y aunque Bohemundo descolló siempre en denuedo y a veces en logros, un ardid de los griegos saqueó sus reales, y siendo la ciudad inexpugnable, los condes allá venales y desabridos, desertaban de sus banderas, quebrantaban sus empeños y se alistaban al servicio del emperador. Regresó Alexio a

Constantinopla, no con los timbres, mas sí con las ventajas de una victoria, pues el hijo de Guiscardo, evacuando las conquistas ya indefendibles, se embarcó para Italia, y abrazándolo luego el padre, le encareció sus merecimientos y se condolió de sus quebrantos.

Entre los príncipes latinos, aliados de Alexio y enemigos de Roberto, el más descollante en denuedo y poderío fue aquel Enrique III o IV, rey de Alemania y de Italia, y luego emperador de Occidente. La carta del monarca griego a su hermano [320] rebosa de expresivos afectos, y de sumo afán por estrechar su intimidad con los vínculos de algún enlace público y privado. Se congratula con Enrique por sus logros en aquellas guerras justas y religiosísimas, lamentándose de Roberto el normando, tan desaforado trastornador de las prosperidades de su propio imperio. El padrón de sus regalos está demostrando las costumbres de aquel tiempo, a saber, una corona radiada de oro, una cruz tachonada de perlas para colgarla al cuello, un estuche de reliquias con los nombres y dictados de los santos, un vaso de cristal, otro de sardónica, algunos bálsamos, probablemente de la Meca, y cien piezas de púrpura; añadiendo luego otro agasajo más sólido de cuarenta y cuatro bizantinos de oro, asegurándole además otros doscientos dieciséis mil, constándole la entrada de Enrique con armas en el territorio de la Pulla; juramentándose desde entonces en su liga contra su enemigo común. Hallábase ya el alemán [321] a la sazón en Lombardía capitaneando un ejército y un partido, y aceptando tan espléndidas ofertas se encaminó hacia el Mediodía; contúvose al eco de la batalla de Durazzo, pero el influjo de sus armas y de su nombre, para el regreso arrebatado de Roberto, vino a equivaler al soborno griego. Entrañablemente contrarrestaba Enrique a los normandos aliados y vasallos de Gregorio VII, su enemigo

implacable. El afán ambicioso de aquel endiosado sacerdote había reencendido la competencia larguísima [322] entre el solio y la tiara; pues el monarca y el papa se habían depuesto mutuamente, colocando cada cual un competidor en el trono temporal o espiritual de su contrario. Derrotado y muerto su rebelde Suabio, descolgose Enrique sobre la Italia, para ceñirse la corona imperial y aventar del Vaticano al tirano de la Iglesia. [323] Pero el vecindario de Roma estaba por Gregorio, robusteciendo sus ánimos con los refuerzos de gente y dinero de la Pulla. Al cuarto año corrompió, según se dice, con el oro bizantino la nobleza romana, cuyos estados y quintas yacían asolados por la guerra. Entregáronle puertas, puentes y cincuenta rehenes consagraron al antipapa Clemente III en el Laterano, y el agradecido pontífice coronó en el Vaticano a su favorecedor, planteando Enrique su residencia en el Capitolio como sucesor legítimo de Augusto y de Carlomagno. El sobrino de Gregorio estaba todavía defendiendo las robas del Septizonio; cercaron al mismo papa en el castillo de san Ángelo; pero seguía siempre esperanzado en el denuedo y lealtad de su vasallo normando. Mediaron agravios y quejas, y luego quiebras en su intimidad; pero estimulaba en aquel trance a Guiscardo el desempeño de su juramento y enardecíalo también su propio interés, más ejecutivo que todos los juramentos, con el ansia de nombradía y mortal encono a entrambos emperadores. Tremola su pendón sagrado y vuela al rescate del príncipe de los apóstoles; agolpa cual nunca su hueste de seis mil caballos o treinta mil infantes; vitorean su tránsito de Salerno a Roma de antemano el aplauso general y la confianza en el favor divino. Invicto Enrique en sesenta y seis refriegas, está ahora temblando a su asomo; recapacita ciertos negocios imprescindibles, que requieren su presencia en Lombardía; encarga a los romanos suma

perseverancia en su homenaje, y se retira arrebatadamente tres días antes de la llegada de los normandos. El hijo de Tancredo de Hauteville, en menos de tres años, paladea la gloria de libertar al papa y precisar a entrambos emperadores de levante y poniente a huir ante sus armas victoriosas. [324] Mas aquel triunfo vino a nublarse con los padecimientos de Roma, pues los parciales de Gregorio habían logrado horadar o escalar los muros; mas el bando imperial campeaba todavía eficazmente, y al tercer día se disparó el vecindario con tremenda asonada; y prorrumpiendo el vencedor por su defensa o venganza en una voz arrebatada, se acudió al incendio y al saqueo. [325] Los sarracenos de Sicilia, súbditos de Roger y auxiliares de su hermano se abalanzaron a coyuntura tan obvia para envilecer y profanar la ciudad santa de los cristianos; violación, cautiverio y muerte es el paradero de ciudadanos a millares a vista de su padre espiritual, y por sus propios auxiliares, hasta el punto de quedar abrasado y aun yermo un grandioso barrio desde el Luterano hasta el Coliseo. [326] Tiene Gregorio que desviarse de un vecindario que lo aborrece, ajeno ya de toda zozobra por su mando, y, acaba sus días en Salerno. Cabe en el certero pontífice el esperanzar halagüeñamente a Guiscardo con una corona romana o imperial; mas este paso, en extremo resbaladizo, inflamará más y más la ambición del normando y enemistará, desde luego, a los príncipes más íntimos de Alemania.

Cabía el explayarse ya con algún sosiego al libertador y abrasador de Roma; pero en el mismo año de la huida del emperador alemán, vuelve el incansable Roberto a extremar su ahínco en la conquista oriental. El afán agradecido de Gregorio sigue brindando a su denuedo con los reinos de Grecia y Asia, [327] y agólpanse ufanas sus tropas triunfadoras en demanda de más peleas. Ana, en sus arranques de Homero, parangona

aquella muchedumbre con un enjambre de abejas, [328] pero ya queda deslindado el poderío nada exorbitante de Guiscardo, embarcado ahora en ciento veinte bajeles, y por estar adelantada la estación, se antepuso el fondeadero de Brindisi a la carretera de Otranto. [329] Temeroso Alexio de segundo avance, se había esmerado en reponer las fuerzas navales del Imperio y recabó de la república veneciana el cuantioso refuerzo de treinta y seis transportes, catorce galeras y nueve galeotas, de peregrina grandiosidad y resistencia. Pagose colmadamente el auxilio con franquicias, o monopolios en el comercio, la concesión productiva de muchas tiendas, y aun casas en el mismo puerto de Constantinopla y un tributo a san Marcos en extremo halagüeño, por cuanto se imponía a la república de Amalfi su competidora. Cuaja la escuadra combinada de griegos y venecianos el Adriático; pero su flojedad, el desvelo de Roberto y el beneficio de una niebla franquean tránsito expedito y las tropas normandas desembarcan a su salvo en la costa del Epiro. El arrojado duque embiste ejecutivamente con veinte galeras al enemigo, y aunque avezado a pelear a caballo, aventura su propia vida y las de su hermano y dos hijos al vaivén de un trance naval. Tres peleas se traban a la vista de Corfú por el señorío del mar; en las dos primeras, la maestría y el número de los aliados predominan; pero en la tercera logran los normandos completísima victoria. [330] Huyen dispersos afrentosamente los bergantincillos griegos; y aunque allá los nueve castillos venecianos contrarrestan porfiadamente el avance, siete se van a pique y dos se rinden; en vano hasta dos mil quinientos prisioneros están implorando conmiseración, y la hija de Alexio decanta llorosamente el malogro de trece mil súbditos o aliados. El desempeño de Guiscardo suplió su bisoñez, pues por las tardes tras el toque de su retirada se engolfaba en recapacitar con

ahínco los móviles de su rechazo, ideando luego arbitrios para remediar su insuficiencia para inutilizar las ventajas del enemigo. Sobreviene el invierno y le ataja sus adelantos; pero asoma la primavera, y aspira luego a la toma de Constantinopla no atravesando las serranías del Epiro, sino encarándose con la Grecia y sus islas, donde los despojos compensarían los quebrantos, y las fuerzas terrestres y marítimas esforzarían sus conatos con pujanza y acierto. Mas ¡ay! que en la isla de Cefalonia una dolencia epidémica desahucia sus arrojos; y el mismo Roberto fallece a los setenta años de edad, en su tienda, sonando desde luego sospechas de envenenamiento por parte de su propia mujer o del emperador griego. [331] Campo dilatado ofrece aquella muerte anticipada a los ímpetus de la fantasía para idear hazañas venideras, y el acontecimiento demuestra muy a las claras que el encumbramiento normando se cifraba todo en los ámbitos de su vida. [332] Aquella hueste victoriosa, sin asomar enemigos, se retira y dispersa revuelta y consternadamente, y el trémulo Alexio se huelga con su salvamento. Naufraga por las costas de Italia la galera portadora de los restos de Guiscardo; pero se recogió el cadáver depositándolo luego en el sepulcro de Venusia. [333] lugar más esclarecido con el nacimiento de Horacio [334] que con entierros de héroes normandos. Su hijo segundo y sucesor, Roger, yació luego apeado en la humilde jerarquía de duque de la Pulla, y con este aprecio parcial el valeroso Bohemundo tuvo que reducirse a la herencia de su espada; y así anduvo hasta que la primera cruzada contra los infieles del Oriente le despejó campo más anchuroso de glorias y conquistas. [335]

Los intentos más grandiosos, al par de los más ínfimos de la vida humana, yacen luego empozados en la huesa. A la segunda generación quedó la línea masculina de Roberto Guiscardo

extinguida, tanto en la Pulla como en Antioquía, pero su hermano menor encabezó una alcurnia de reyes, y el hijo del gran conde resplandeció dotado con el nombre, las conquistas y el denuedo de aquel Roger más antiguo. [336] El heredero del aventurero normando nació en Sicilia y a los cuatro años le cupo ya la soberanía de la isla, herencia que la racionalidad pudiera envidiarle si le correspondiera empaparse en los anhelos soñados, aunque pundonorosos de señorío y mando. Si Roger se ciñera a su pingüe patrimonio, bendeciría un pueblo agradecido a su bienhechor; y si su desempeño atinado restableciera la prosperidad colmada de las antiguas colonias griegas, [337] el poderío opulento de Sicilia por sí solo igualaría los mayores ámbitos que pudieran proporcionar las furias asoladoras de la guerra. Carecía de arranques tan sublimes la ambición rastrera del gran conde, ateniéndose a los móviles vulgarísimos de la doblez y la tropelía. Se empeñó en vincular para sí la posesión de Palermo que estaba promediando con la rama primogénita; se aferró en dilatar sus linderos en Calabria, propasándose de los convenios anteriores, y estaba acechando ansiosamente la salud quebrantada de su primo Guillermo de la Pulla, nieto de Roberto. Al primer aviso de cercana muerte, da Roger la vela en Palermo con siete galeras, fondea en la bahía de Salerno, juramenta con diez días de negociación la capital normanda, impone capitulación a los barones y recaba la investidura forzada de los papas, quienes no aciertan a prescindir de la amistad ni de la oposición de vasallo tan poderoso. Se desentiende respetuosamente de Benevento como patrimonio de san Pedro, pero con el avasallamiento de Capua y Nápoles redondea los intentos de su tío Guiscardo, y el victorioso Roger se apropia la herencia cabal de las conquistas normandas. Engreído con la superioridad de su mérito y poderío,

menosprecia los dictados de conde o duque, y la isla de Sicilia con tal vez el tercio del continente de Italia formaban el conjunto de un reino [338] que tan sólo rendiría parias a la monarquía de Francia o de Inglaterra. Los caudillos de la nación que lo acataron al coronarlo en Palermo quizás expresaron en qué concepto los había de avasallar; mas los ejemplares de un tirano griego o de un emir sarraceno no alcanzaban a sincerar el predicamento regio y los nueve reyes del mundo latino [339] orillarían al nuevo consocio, mientras autorizadamente no lo consagrase el pontífice romano. Allanose gustosamente Anacleto a revalidar un dictado que el altanero normando se doblegaba a solicitarlo; [340] mas la elección contrapuesta de Inocencio II era un embate contra su legitimidad, y mientras Anacleto permanecía sentado en el Vaticano, las naciones de Europa iban reconociendo a su fugitivo más certero. El arrimo aciago de aquel prelado conmovió y casi dio al través con la monarquía de Roger, y la espada de Lotario II de Alemania, las excomuniones de Inocencio, las escuadras de Pisa y los afanes de san Bernardo se hermanaron para el vuelco del salteador siciliano. Se resiste gallardamente el príncipe normando pero lo arrojan del continente; el papa y el emperador revisten a un nuevo duque de la Pulla, llevando cada uno de ellos los extremos del *gonfanon* o sumo estandarte, en señal de corroborar el derecho y atajar la contienda. Mas intimidad tan celosa no podía menos de ser insubsistente, las huestes alemanas fenecieron por enfermedades o descerción, [341] el duque pullés con sus secuaces yacieron a manos de un vencedor inexorable con vivos y con difuntos; pues al par de su antecesor León IX, el apocado aunque altanero, vino a parar en prisionero y luego amigo de los normandos, solemnizando los arranques de aquella reconciliación la elocuencia de todo un san Bernardo, que estaba reverenciando el

dictado y las prendas del rey siciliano.

Pudiera éste, por vía de penitencia, tras su guerra malvada contra el sucesor de san Pedro, comprometerse a tremolar el pendón de la cruz; y desde luego acudió ufanísimo a desempeñar un voto tan adecuado a sus intereses y venganzas. Los agravios aún recientes de la Sicilia estaban clamando por represalias sobre las cervices sarracenas, y los normandos emparentados con tantísimas ramas de súbditos vinieron a desalarse por competir en trofeos navales con sus mayores, y en la cumbre ya de su pujanza se les hacía obvio el habérselas con una potestad africana en su menguante. Al partir para el Egipto, el fatimita califa galardonó el mérito efectivo, la fidelidad aparente de su criado José con el don de su manto real, cuarenta caballos árabes, su palacio costosamente alhajado y el gobierno de los reinos de Túnez y de Argel. Los zeírides, [342] aunque descendientes de José, trascordaron su homenaje y agradecimiento a un bienhechor tan remoto y así se empaparon desmedidamente en los frutos de su prosperidad, y tras la brevísima carrera de una dinastía oriental yacían desfallecidos en sumo desamparo. Oprimíanles los almohades por tierra como marroquíes fanáticos, mientras la costa marítima desmayaba patente a los intentos de griegos y francos, quienes a fines del siglo XI habían cobrado por vía de rescate hasta doscientas mil monedas de oro. Al primer embate de Roger la islilla o peñasco de Malta, ennoblecido después con las ínfulas de colonia militar o religiosa, quedó incorporada inseparablemente con la Sicilia monárquica. Trípoli, [343] ciudad fuerte y marítima, fue su segunda tentativa y, matando varones y cautivando hembras, podía sincerarse con la práctica de los mismos musulmanes. Llamábase África por el país, la capital de los zeírides, y Mahadia [344] por su fundador árabe; está fuertísimamente fortificada

sobre una garganta de tierra, mas la fertilidad de su campiña no resarce las nulidades de su fondeadero. El almirante siciliano Jorge asoma sobre Mohadia con una escuadra de ciento cincuenta galeras, colmadamente surtida de gente y de instrumentos asoladores, huye el soberano, el gobernador se desentiende de toda capitulación, sortea el asalto postrero e incontrastable, y salvándose encubiertamente con sus musulmanes, franquea la plaza con sus tesoros a los apresadores francos. Luego en sus respectivas expediciones el rey de Sicilia o sus tenientes van sojuzgando las ciudades de Túnez, Safao, Capsioa, Bona y larguísima tirada de costa; [345] guarnecen fortalezas, pechan el país y la jactancia de tener avasallada el África se le pudiera aplicar con visos de lisonja a la espada de Roger. [346] Quiébrase aquel acero con su muerte, y las posesiones ultramarinas quedan desatendidas, evacuadas o perdidas bajo el reinado revuelto del sucesor. [347] Demostrado dejaron ya los triunfos de Escipión y de Belisario que el continente africano es muy accesible y conquistable; pero príncipes muy poderosos de la cristiandad han malogrado repetidamente sus armamentos contra la morisma que puede todavía blasonar de su llana conquista y dilatada servidumbre de España.

Desde el fallecimiento de Roberto Guiscardo, habían los normandos orillado, por más de sesenta años, sus hostiles intentos contra el Imperio de Oriente. El estadista Roger ansió la hermandad pública y privada con los príncipes griegos, para realzar más y más su propia soberanía; pidió para su desposorio una hija de la dinastía Comnena, y aun los primeros pasos del tratado rayaron con visos de expresivo agasajo, pero luego el desairado recibimiento de sus mensajeros lastimó las ínfulas del nuevo monarca, y los desacatos de la corte bizantina vinieron a

recaer, según la práctica de las naciones, con mortal quebranto, sobre un pueblo inocente. [348] Ostentose el almirante Jorge con una escuadra de sesenta galeras delante de Corfú; y el vecindario, de suyo desafecto, se le entrega rendidamente, bajo el concepto de que un sitio es todavía más aciago que un tributo. En aquella invasión, de alguna entidad para la historia del comercio, los normandos se fueron explayando por mar hasta las provincias de Grecia, y la rapiña y la crueldad anduvieron hollando la ancianidad augusta de Atenas, Tebas y Corinto. No constan las tropelías cometidas en Atenas; pero los cristianos latinos escalaron el recinto indefenso de la opulenta Tebas, y tan sólo le cupo el acudir al Evangelio para corroborar el juramento de que su gobierno ninguna reliquia de su herencia o industria tenía encubiertas. Al primer asomo de los normandos, quedó evacuada la parte inferior de Corinto; retiráronse los griegos a su encumbrada ciudadela, copiosamente abastecida con el manantial clásico de Pirene; fortaleza inexpugnable, si las ventajas del arte o la naturaleza alcanzasen a contrapesar el sumo desaliento. No bien trepan los sitiadores sobre las faldas, su general, atónito con tan obvia victoria, señorea la eminencia y manifiesta su agradecimiento al cielo, apeando del altar la imagen preciosa de Teodoro, el santo tutelar del vecindario. [349] Los tejedores de seda de ambos sexos que trasladó Jorge a Sicilia, constituyeron su despojo más selecto, y al prendarse de primores tan industriosos y contrapuestos a la flojedad y cobardía de la soldadesca, prorrumpió a voces en que la rueca y el telar eran las únicas armas que acertasen a manejar los griegos. Dos acontecimientos descuellan en el auge de aquel armamento naval, a saber: el rescate del rey de Francia y el insulto a la capital bizantina. Apresaron los griegos a Luis VII en su regreso por mar de una cruzada fatalísima, atropellando

ruinmente las leyes del pundonor y de la religión. El encuentro venturoso de la escuadra normanda libertó al cautivo real, y tras un agasajo grandioso y honorífico con la corte de Sicilia, continuó Luis su viaje a Roma y París. [350] Con la ausencia del emperador, quedaron Constantinopla y el Helesponto indefensos y sin asomo de zozobra. El clero y el vecindario, pues la soldadesca estaba siguiendo los pendones de Manuel, se quedaron atónitos y despavoridos con la presentación hostil de una línea de galeras, que denodadamente fondeó al frente de la ciudad imperial. Desproporcionadas son las fuerzas del almirante siciliano para el intento de sitiar, y menos de asaltar, una capital tan inmensa y populosa; mas Gregorio paladeó la arrogancia de humillar las ínfulas griegas, y dejar señalado el rumbo para las conquistas a las armadas occidentales. Desembarcó unas guerrillas, para esquilmar los pensiles reales, y aguzó con puntas de plata, o más probablemente de fuego, los flechazos que disparó contra el palacio de los Césares. [351] Aparentó Manuel menospreciar aquel escarnio desaforado de los piratas sicilianos, mientras estimulaban a la venganza su propia bizarría y las fuerzas del imperio. Su armada y la veneciana cuajan el archipiélago y el mar Jónico; mas no alcanzo a fantasear, cuanto más a computar, tantísimos bajeles de todas clases, abultándolos hasta mil quinientos en la suma del historiador bizantino. Brío y maestría eran el alma de sus operaciones, y Jorge, en su retirada, vino a perder quince galeras descarriadas y caídas en manos de su enemigo; defiéndese Corfú porfiadamente, mas luego implora la clemencia de su soberano legítimo, sin que asome en el ámbito del imperio nave o soldado normando que no sea prisionero de aquel poderío naval. La prosperidad y la salud de Roger iban ya en decadencia, y mientras estaba en su palacio de Palermo escuchando con

ahínco nuevas de victorias o derrotas, el invicto Manuel encabezaba todo embate, sonando y resonando entre griegos y latinos como el Alejandro y el Hércules de su siglo.

Príncipe tan denodado no cabía que se desentendiese de aquel desacato de parte de un bárbaro. Incumbía a Manuel la obligación, cumplía a su interés y gloria, el rechazo cabal de tanta demasía, el restablecimiento de la majestad antigua del Imperio y recobrar las provincias de Italia y Sicilia, escarmentando al supuesto rey, nieto de un vasallo normando. [352] Afectísimos permanecían los calabreses al idioma y al culto griegos vedados inexorablemente por el clero latino. Acabados los duques, se reclamó la Pulla como apéndice servil de la corona de Sicilia: a los filos de su espada, estuvo mandando el fundador de la monarquía, con cuya muerte menguó la zozobra, mas no el desabrimiento en sus vasallos. El gobierno feudal abrigaba siempre en el disparador semillas de rebeldía, y un sobrino del mismo Roger se estuvo brindando a los enemigos de su nación y alcurnia. Las ínfulas imperiales y un cúmulo de guerras húngaras y turcas imposibilitaron a Manuel su embarque personal en la expedición italiana; pero encarga el mando de su ejército y armada al valeroso e hidalgo Paleólogo, su lugarteniente, quien extrema su bizarría en el sitio de Bari, y en todas sus operaciones el móvil del oro acompaña, allana, al par del acero, el rumbo de la victoria. Salerno y tal cual plaza por la costa occidental se aferraron en su lealtad al rey normando; pero en dos campañas vino a quedarse sin lo más de sus posesiones continentales, y el emperador, preciado de modesto, y ajenísimo de toda lisonja y falsedad, se mostró pagado con allanar como trescientas ciudades o aldeas, cuyos nombres y dictados se estaban ostentando por las paredes de su palacio. Agasajó a los latinos de Pulla y Calabria con un regalo

efectivo y soñado, bajo el sello de los Césares alemanes; [353] mas el sucesor de Constantino, orillando luego aquel pretexto indecoroso, abogó por su señorío incontrastable de toda Italia, y pregonó su intento de aventar los bárbaros tras la cumbre de los Alpes. Mediaron arengas halagüeñas y grandiosas, promesas del aliado oriental, para recabar de las ciudades libres que echasen gallardamente el resto contra el despotismo de Federico Barbarroja; acudió Manuel a costear los nuevos muros de Milán, y acanaló, dice el historiador, un río de oro al pueblo de Ancona, de suyo propenso a los griegos, por su encono celoso contra los venecianos. [354] Ancona, con su situación y comercio, era un antemural en el corazón de Italia; sitiola dos veces Federico; pero el denuedo de la independencia rechazó otras tantas las fuerzas imperiales, y más mediando el embajador de Constantinopla, premiador con riquezas y honores de cuantos descollaban con tesón, patriotismo y fidelidad. [355] Menospreció Manuel altaneramente toda hermandad con un bárbaro, esperanzando más y más ambiciosamente el desnudar de la púrpura al usurpador alemán, y arraigar en Occidente como en levante un dictado legítimo de único emperador de los romanos. Anheló al intento estrecha alianza con el vecindario y el obispo de Roma; se les asocian varios nobles, y se celebran desposorios esplendorosos con Odo Frangipani, que robusteciendo la trascendencia de alcurnia tan predominante [356] proporcionó el colocar el pendón imperial y su propia estampa con duradero acatamiento en la capital antigua; [357] y así en la contienda de Alejandro III con Federico recibió dos veces el papa en el Vaticano a los embajadores de Constantinopla. Halagaban su religiosidad con el enlace tan decantado de ambas iglesias, cebando la codicia de una corte venal, y estimulando al pontífice para que con aquel desacato afianzase la coyuntura de

doblegar el decoro bravío de los alemanes, y reconocer el verdadero representante de Augusto y de Constantino. [358]

Mas todo aquel boato de conquistas italianas y reinado universal se desprendía en breve de la diestra del emperador griego. Soslayó advertidamente Alejandro III las primeras demandas, enfrenando así el ímpetu de revolución tan memorable y trascendental, [359] pues una contienda personal no pudo recabar del papa el desprendimiento de la herencia perpetua del nombre latino. Hermanado luego con Federico, prorrumpe en expresiones más terminantes, corrobora las actas de sus antecesores, excomulga a los parciales de Manuel y pregona la separación absoluta de ambas Iglesias o, por lo menos, de Constantinopla y Roma. [360] Trascuerdan las ciudades libres de Lombardía a su bienhechor lejano, quien desquiciado ya con Ancona, se acarrea luego el encono de Venecia. [361] El emperador griego, a impulsos de su codicia, o por quejas de sus propios súbditos, detiene las personas y confisca los haberes de los traficantes venecianos; tropelía violenta y alevosa que enfurece a un pueblo libre y tratante; en cien días botan al agua y arman otras tantas galeras; van arrollando las costas de Dalmacia y Grecia, pero tras mutuos desmanes, se termina la guerra con un convenio indecoroso para el Imperio y escaso para la república, reservando para la generación siguiente el desagravio cabal de aquéllas y otras ofensas. Participa luego a Manuel su lugarteniente, que se halla con fuerzas competentes para afianzar el sosiego de Pulla y Calabria, que no alcanzaron a contrarrestar el embate que le están aparatando por parte del rey de Sicilia. Se realiza el anuncio, y falleciendo Paleólogo, para su mando en diversas manos de caudillos a cual más eminente en jerarquía y más menguado en su desempeño. Desfallecen los griegos por mar y

por tierra, y el resto, que se salva a duras penas de las espadas y alfanjes de normandos y sarracenos, yace arrinconado y muy ajeno de hostilizar los dominios del vencedor. [362] Absorto no obstante el rey de Sicilia con el tesón brioso de Manuel, recién desembarcado por segunda vez con su hueste por las playas de Italia, mira y acata al nuevo Justiniano, apetece una paz o tregua de treinta años, acepta a fuer de don el dictado regio y se reconoce vasallo militar del Imperio Romano. [363] Los Césares bizantinos se huelgan con aquella sombra de señorío, sin contar con otra, y quizás sin echar menos hueste alguna normanda, conservando intacta por ambas partes la tregua de treinta años. A fines de aquella larga temporada, usurpó el solio de Manuel un tirano sangriento, odiado merecidamente en su patria, y por todo el linaje humano. Un fugitivo de la alcurnia Comnena se valió de la espada de Guillermo II, nieto de Roger, y cupo a los súbditos de Andrónico el agasajar amistosamente a unos advenedizos, aborreciendo a su soberano como execrable enemigo. Expláyanse los historiadores latinos [364] decantando los rapidísimos avances de los cuatro condes que invadieron la romanía con ejército y armada, y fueron avasallando castillos y ciudades a la obediencia del rey de Sicilia. Tiznan y abultan los griegos [365] las crueldades antojadizas y sacrílegas cometidas en Tesalónica, la segunda ciudad del Imperio; conduélanse aquellos del paradero de guerreros invictos y candorosos, degollados por las arterías de un enemigo ya vencido; al paso que los latinos vitorean triunfalmente los redoblados logros de sus compatricios en los mares de Mármara y la Propóntida por las orillas del Estrimón y bajo los muros de Durazzo. Una revolución, castigando las maldades de Andrónico, había por fin agavillado contra los francos el afán y el denuedo de guerrilleros triunfadores; hasta diez mil fenecieron en refriega, y el nuevo

emperador Isaac Íngelo pudo halagar su vanidad o su venganza martirizando a cuatro mil cautivos. Tal fue el paradero de la postrera contienda entre griegos y normandos, y a los veinte años, entrambas naciones yacieron desconocidas o afrentadas con servidumbre advenediza, y no cupo a los sucesores de Constantino el sobrevivir y escarnecer a sus anchuras el vuelco de la monarquía siciliana.

El hijo y luego el nieto de Roger vinieron a empuñar sucesivamente su cetro, pudiendo equivocarse con el nombre común de Guillermo; pero deslíndanlos de extremo a extremo los adjetivos de *malvado* y de *bondadoso*; mas no lo fueron en tantísimo grado, ni el uno ni el otro, que les cuadre cabal y respectivamente tamaño connotado. El primer Guillermo, mediando armas y peligros, no desdecía de aquel denuedo genial de su alcurnia; mas vivía apoltronado y era de suyo relajadísimo, y sobre todo arrebatado, y luego sobre el monarca vienen a recaer no tan sólo sus desbarres personales, sino los de su almirante Mayo, que estuvo abusando de la privanza y llegó a conspirar contra la vida de su bienhechor. Con la conquista de los árabes, las costumbres orientales trascendieron en gran manera a la Sicilia, con su despotismo y boato, y hasta el harén de un sultán; y así un pueblo yacía como escarnecido y atropellado con el predominio de los eunucos, profesando a las claras, o apeteciendo reservadamente, la religión mahometana. Rasguea un historiador contemporáneo y elocuente [366] los quebrantos de su patria; [367] la ambición y el vuelco del ingrato Mayo; la rebeldía y castigo de sus asesinos; el encarcelamiento y rescate del mismo rey: los enconos particulares que abortó tantísima revuelta, y los varios géneros de infortunios y discordias, que estuvieron acosando a Palermo, a la isla y al continente en el reinado de Guillermo I, y la minoría de su hijo.

Embelesada está la nación con la mocedad, inocencia y galanura de Guillermo II; [368] renacen las leyes; hermánanse los bandos; y desde los asomos varoniles hasta la temprana muerte de príncipe tan precioso, está la Sicilia paladeando una temporada harto breve de paz, equidad y bienandanza, cuyo precio se realzaba con el recuerdo de lo pasado y la zozobra por lo venidero. Finó con el segundo Guillermo la posteridad legítima y varonil de Tancredo de Hauteville; mas la tía de aquél, hija de Roger, y casada con el príncipe más poderoso de aquel siglo, y Enrique VI, hijo de Federico Barbarroja, se descolgó de los Alpes en demanda de la corona imperial y de la herencia de su esposa. Contra un pueblo libre y unánime, no cabía más rumbo para posesionarse de aquélla que el de las armas, y voy gustosísimo a trasladar aquí el contenido muy conceptuoso del historiador Falcanda, que está escribiendo en el propio trance y sitio; con los arranques de un patriota y la mirada profética de un estadista. «Constancia, natural de Sicilia, empapada desde la cuna en deleites y opulencia, y educada con los primores y modales de esta isla venturosa, se marchó allá días hace, a enriquecer unos bárbaros con nuestros tesoros, y vuelve ahora con su parentela bravía para mancillar las galas de su hermosísimo regazo. Ya estoy viendo esos enjambres de bárbaros sañudos; conmueven mil zozobras a nuestras ciudades lujosas y a los parajes más florecientes con la paz dilatada; ¡ay! ¡qué matanzas las enlutan, rapiñas las asuelan y desenfreno atroz las estraga! Ya presencio el degüello y el cautiverio de nuestros ciudadanos, y los atropellamientos de nuestras doncellas y matronas. [369] En tan sumo trance (está preguntando a un amigo), ¿cómo se han de manejar los sicilianos? Con la elección unánime de un rey valeroso y práctico pudieran salvarse la Sicilia y la Calabria; [370] pero en la liviandad de los pulleses,

siempre ansiosos de más y más revueltas, nada descubro, confío ni esperanzo. [371] Aun perdida la Calabria, los torreones encumbrados, la muchedumbre lozana y las fuerzas navales de Mesina pudieran atajar el tránsito a todo advenedizo. Si los alemanes montaraces se hermanan con los piratas de Mesina, si van talando a hierro y fuego la región pingüe tantas veces abrasada con las llamas del Etna, [372] ¿cuál recurso vendrá a quedar para el interior de la isla, esclarecidas ciudades que jamás debieran hollarse por las plantas enemigas de ningún bárbaro? [373] Volcó de nuevo un terremoto a Catania; la gallardía antigua de Siracusa está feneciendo en el desamparo y la soledad; [374] mas corona todavía su diadema a Palermo, y sus muros triplicados están ciñendo muchedumbre de cristianos y sarracenos. Si cabe el hermanarse entrambas naciones bajo un solo rey, se dispararán sus armas invictas sobre los bárbaros; pero si los sarracenos, acosados con tantísima tropelía, se retiran y se rebelan; si se aposentan y encastillan por las cumbres y las costas, los desventurados cristianos, acosados por encontrados embates y metidos, por decirlo así, entre el martillo y el yunque, yacerán más y más en desahuciada servidumbre.» [375] Téngase muy presente que un sacerdote está aquí sobreponiendo su patria a su religión, y que los musulmanes, a cuya hermandad acude, eran todavía muchos y poderosos en el Estado de Sicilia.

Colmadas quedaron por el pronto las esperanzas o por lo menos las ansias de Falcando, con la elección libre y unánime de Tancredo, nieto de aquel rey primero cuyo nacimiento era ilegítimo, y cuyas prendas civiles y militares descollaron sin el menor defecto. En los cuatro años de su reinado, se mantuvo armado al confín de la Pulla contra el poderío alemán, y la devolución de una cautiva real, de la misma Constancia, sin agravio ni rescate aparece como superior a toda mira política y

aun decorosa. A su fallecimiento, su reino, en manos de una viuda y de un niño, se desplomó sin resguardo, y Enrique adelantó su marcha victoriosa desde Capua hasta Palermo (1194 d. C.). Con aquella preponderancia fue al través el equilibrio político de la Italia, y si el papa y las ciudades libres atendieran a sus intereses tan obvios y positivos hermanarían las potestades celestes y terrenas para precaver la unión azarosa del Imperio alemán con el reino de Sicilia; pero la sutileza estadística que ha merecido tantísimos loores y cargos al Vaticano se cegó en aquella coyuntura, y se adormeció lastimosamente; y si fuese cierto que Celestino III aventase con su planta la corona imperial de las sienes del postrado Enrique, [376] semejante disparo de unas ínfulas desvalidas tan sólo conduciría para desentenderse de una obligación y enconar a un enemigo. Los genoveses, con las alas de su establecimiento y comercio provechosísimo en Sicilia, se ufanaron con la promesa de un agradecimiento entrañable y prontísima partida; [377] señoreaban sus escuadras el estrecho de Mesina y franqueaban el fondeadero de Palermo, y la primera gestión del nuevo gobierno fue abolir los privilegios y apropiarse de los haberes de aliados tan indiscretos. Desesperanzaron luego a Falcando las desavenencias de cristianos y musulmanes; pelearon en la misma capital; murieron miles de los segundos; pero los restantes se encastillaron por las serranías y estuvieron alterando el sosiego de toda la isla por treinta años. Ideó Federico II el trasladar hasta sesenta mil sarracenos a Notera, en la Pulla, y tanto él como su hijo Manfredo en sus guerras contra la Iglesia romana robustecieron indecorosamente sus huestes con los enemigos de Cristo. Mientras aquella colonia nacional mantenía su religión y costumbres en el corazón de Italia hasta que a fines del siglo XIII la casa de Anjou por celos y venganzas vino a exterminarla. [378]

La crueldad y codicia de los conquistadores alemanes sobrepujó a cuantas desventuras tenía profetizadas el orador lloroso. Profanaban sepulcros regios y escudriñaban los tesoros de la ciudad y de todo el reino; no hubiera sido difícil poner a salvo piedras y joyas exquisitas; pero llegaron a cargar hasta ciento sesenta caballos con oro y plata de la Sicilia. [379] Fueron encarcelando al rey niño, a su madre y hermanas con los nobles de ambos sexos en fortalezas separadas por los Alpes, defraudando a los cautivos al menor eco de rebeldía, ya de la vida, ya de los ojos o bien de toda esperanza de sucesión. Condoliose la misma Constancia de los quebrantos de su patria, y la heredera de la línea normanda tenía que forcejear contra su despótico marido para rescatar el patrimonio de su hijo recién nacido de aquel emperador tan afamado en el siglo siguiente bajo el nombre de Federico II. A los diez años de aquella revolución, los monarcas franceses incorporaron con la corona el ducado de Normandía; pues el cetro de sus antiguos duques había pasado por la nieta de Guillermo el Conquistador en la casa de Plantagenet, y los normandos, siempre aventureros, vinieron tras mil trofeos en Francia, Inglaterra, Irlanda, Pulla, Sicilia y el Oriente, a sumirse por fin, con sus victorias y su servidumbre, en el conjunto de las naciones vencidas.

LVII

LOS TURCOS DE LA ALCURNIA DE SELJUK - SU REBELIÓN CONTRA MAHMUD, CONQUISTADOR DEL INDOSTÍN - TOGRUL SOJUZGA A LA PERSIA Y ESCUDA A LOS CALIFAS DERROTA Y CAUTIVERIO DEL EMPERADOR ROMANO DIÓGENES POR ALP ARSLAN - PODERÍO Y MAGNIFICENCIA DE MALEK SHAH - CONQUISTA DE ASIA MENOR Y SIRIA - ESTADO Y OPRESIÓN DE JERUSALÉN - PEREGRINACIONES AL SANTO SEPULCRO

Tiene el lector ahora que trasladarse de la isla de Sicilia hasta allende el mar Caspio, paraje solariego de los turcos o turcomanos, contra quienes principalmente se asestó la primera cruzada. Yacía desde mucho antes disuelto aquel su imperio escítico del siglo VI; pero sonaba todavía su nombre entre griegos y orientales, y los derrames de la nación, en varios pueblos poderosos e independientes, se tendían por los páramos desde la China al Oxo y al Danubio; ya la colonia de húngaros terciaba en la república europea y soldadesca de esclavos turcos se erguía entronizada por los solios de Asia. Mientras lanzas normandas estaban avasallando la Pulla y la Sicilia un enjambre de aquellos pastores septentrionales se fue explayando por los reinos de Persia; los príncipes de la alcurnia de Seljuk encumbraron un imperio pujante y esplendoroso, teniendo por ámbitos desde Samarcanda hasta el confín de Grecia y del Egipto, arraigando los turcos su señorío en Asia Menor, hasta que la media luna descolló sobre el cimborio de Santa Sofía.

Uno de los príncipes turcos más sobresalientes fue Mamod,

o Mahmud [380] el Gaznevida, que estuvo reinando en las provincias meridionales de Persia a los mil años del nacimiento de Cristo. Su padre, Sebectago, era esclavo allá como tercero en su misma clase del caudillo de los fieles. Mas en esta alcurnia de servidumbre, el encabezamiento venía a ser titular, pues lo desempeñaba el soberano de la Transoxiana y Jorasán, el cual tributaba su homenaje también nominal al califa de Bagdad. La segunda graduación era la de un ministro de Estado lugarteniente de los Sumánides [381] que rompió con su rebelión los lazos de la esclavitud política. Pero la grada tercera ya descendía al estado efectivo de servidumbre doméstica en la familia de aquel rebelde, desde donde Sebectago con su denuedo y habilidad se fue encumbrando a caudillo supremo de la ciudad y provincia de Ghazna, [382] como yerno y sucesor de un dueño agradecido. Ampararon al pronto y derrumbaron luego los sirvientes la dinastía menoscabada de los Sumánides, y en la revuelta general fue siempre medrando más y más la fortuna de Mahmud. Inventose para él por primera vez el dictado de *sultán*, [383] y su reino se fue siempre explayando desde la Transoxiana hasta las cercanías de Ispahán, desde las playas del Caspio hasta la desembocadura del Indo. Pero el manantial caudaloso de su riqueza y nombradía se cifró en la guerra que estuvo sosteniendo contra los gentiles del Indostán. Ceñiré a menos de una página aquella historia que abultaría un gran volumen con el pormenor de sitios y batallas en doce expediciones. Cruda intemperie, risco empinado, río caudaloso, yermo esterilísimo, muchedumbre enemiga, escuadronada línea de elefantes, [384] nada contrasta, azora o desalienta al héroe musulmán. Propasa los linderos de Alejandro en sus conquistas; tras una marcha de seis meses por las breñas de Casimira y del Tíbet asoma sobre la gran ciudad de Kinoga por el alto Ganges, [385] y en combate

naval sobre uno de los brazos del Indo arrolla a cuatro mil barcos del país. Delhi, Cabor y Multan tienen que franquearle sus puertas. Préndase para su asiento del reino fertílisimo de Guzarete y su codicia se empapa en el afán soñado de hallar las islas doradas y aromáticas del piélago Meridional. Los *rajás* le tributan impuestos, conservando sus señoríos con las vidas y haberes de sus pueblos; mas el ansioso musulmán se ensaña inexorablemente contra la religión de la India; centenares de templos o pagodas quedan arrasados y miles de ídolos destruidos, estimulando y enriqueciendo a los sirvientes del Profeta con los metales preciosos de que constaban. Erguíase allá la pagoda de Sumnate sobre el promontorio de Guzarete por las cercanías de Dire, una de las últimas posesiones restantes de los portugueses. [386] Pagábanle rentas dos mil aldeas y otros tantos bracmanes vivían consagrados al culto de la Divinidad, lavándolo por la mañana con agua del remoto Ganges, y los dependientes ascendían a trescientos músicos, trescientos barberos y quinientas lindísimas bailarinas. Ceñía el piélago tres costados del templo, y la estrecha garganta del cuarto se resguardaba con un derrumbadero, natural o artificial, y el vecindario de la ciudad y su campiña se reducían a una nación entera de fanáticos. Confesaban y penitenciaban los pecados de Kinoga y Delhi, pero si un advenedizo asomara por su recinto sagrado, quedaría instantáneamente yerto con una ráfaga de la venganza divina. Contra este reto se enardece la fe de Mahmud y ensaya personalmente la potestad de la deidad india. Los venablos musulmanes traspasan a cincuenta mil devotos, se escalan sus murallas, se profana su santuario y el vencedor asesta su maza de hierro a la cabeza del ídolo. Trémulos acuden los bracmanes con la oferta de cincuenta millones de duros, y sus consejeros más consumados le hacen cargo de aquel exterminio

de una imagen de piedra que en nada mudará el interior de aquellos gentiles, y que pudiera dedicar aquel caudal para el alivio de los creyentes menesterosos. «Poderosas y concluyentes serán esas razones, mas no ha de ser Mahmud para la posteridad un traficante de ídolos.» Redobla sus mazazos, y un tesoro de perlas y rubíes oculto en el vientre de la estatua explicó hasta cierto punto la galantería devota de los bracmanes. Repartiéronse aquellos fragmentos de ídolos por Ghazna, La Meca y Medina. Vitorea Bagdad la relación edificativa, y el califa lo ensalzó como celador de la fe y de los haberes de Mahoma.

Salgamos de esta carrera de sangre, pues tal viene a ser la historia de las naciones, y explayémonos un tanto por la florida senda de la ciencia y el pundonor. Veneran todavía por el Oriente el nombre de Mahmud el Gaznevida cuyos súbditos paladearon las excelencias de la paz y la prosperidad; la religión embozaba sus vicios, y dos ejemplares obvios lo conceptuarán de magnánimo y justiciero.

I. Sentado en su diván, reparó que un súbdito desvalido se le doblegaba querellándose de la insolencia de un soldado turco que le estaba usurpando su casa y su lecho. «Alto a tanto alarido —le dice Mahmud—, avísame en asomando otra vez por allá, que voy en persona a sentenciar y castigar al atropellador». Sigue el sultán al guía cerca de la casa con su guardia, y apagando los hachones del acompañamiento sentencia al reo cogido in fraganti en robo y adulterio, y lo castiga de muerte. En seguida de la ejecución, se reencienden las luces, Mahmud se postra y reza, y levantado luego pide alguna refacción, devorándola hambrientamente. El desagraciado se muestra atónito y curioso, y el monarca con suma dignación le desentraña todo el misterio: «Tenía acá mis motivos para recelar que tan sólo alguno de mis

hijos se propasase a tamaña tropelía, y apagué los hachones para que fuese mi justicia ciegamente inexorable. Mi plegaria ha sido de gracias por el descubrimiento del reo, y era tan congojosa mi zozobra que he pasado tres días en ayunas desde el punto de vuestra queja».

II. Había el sultán de Ghazna declarado guerra contra la dinastía de los Bowides, soberanos de la Persia occidental, pero lo desarmó una carta de la sultana madre y suspendió su invasión hasta la edad adulta de su hijo. [387] «Mientras vivió mi marido —decía la artera regenta—, estuve siempre muy recelosa de vuestra ambición, por ser príncipe y guerrero digno de vuestras armas. Ya no existe; su cetro paró en manos de una mujer y de un niño, y no os habéis de arrojar a embestir la niñez y la flaqueza. Desairada conquista por cierto o vergonzosa derrota sería la vuestra: y al cabo el paradero de la guerra está siempre en la diestra del Altísimo». La avaricia era la única tacha que empañaba la índole esclarecida de Mahmud, y aquel afán nunca se vio más colmadamente satisfecho. Los orientales se descompasan siempre en punto a millones de oro y plata, cuales nunca pudo abarcar el ansia del hombre, y lo mismo en cuanto al tamaño de perlas, rubíes y diamantes cuales nunca echando el resto de su poderío los crió naturaleza. [388] Pero hierve el suelo del Indostán en minerales preciosos atrayendo allá su comercio en todos los tiempos la plata y el oro del orbe, y aquel primer conquistador mahometano fue el desflorador de tantísimos despojos virginales. Sus extrañezas en el último plazo de su vida están demostrando la insubsistencia de tales logros, granjeados con sumo afán, conservados con ansioso desvelo, y por fin irremediablemente malogrados. Va un día revistando por anchurosos y redoblados aposentos sus tesoros en Ghazna; prorrumpe en lágrimas, cierra de nuevo las puertas y no dispone

de preciosidad alguna en vísperas de perderlas todas. A la madrugada hace grandioso alarde y reseña de sus fuerzas militares y resultan cien mil infantes, cincuenta y cinco mil caballos y mil trescientos elefantes de batalla. [389] Llora otra vez por la insubsistencia de todo lo humano, acibarando más y más su quebranto con el auge hostil de los turcomanos, a quienes él mismo había internado en el corazón de su reino de Persia.

Despoblada Asia modernamente, tan sólo por las cercanías de las ciudades asoman muestras de gobierno y labranza, quedando los yermos distantes o intermedios al absoluto y particular albedrío de árabes, curdos y *turcomanos*. [390] Dos ramas considerables de estos últimos están abarcando por ambas partes el mar Caspio: su colonia occidental puede alistar cuarenta mil soldados; la oriental más desviada para los viajantes, pero más populosa y pujante, se ha ido acrecentando hasta el número de cien mil familias. Encajonados entre naciones civilizadas están conservando las costumbres de su desierto escítico: van trashumantes con sus campamentos al par de las estaciones y pastorean sus rebaños entre escombros de alcázares y templos. La ganadería es su riqueza única: sus tiendas, blancas o negras según el color de sus banderas, están forradas de fieltro y son absolutamente redondas; su ropaje de invierno es una zalea de oveja, y para el estío un capote de lana o de algodón; los rostros de los hombres son cerriles y feroces y la traza de las mujeres, por el contrario, suave y halagüeña. Con su vida trashumante se fortalecen su denuedo y su afición a las armas; pelean a caballo y campea de continuo su valentía en reyertas mutuas o con sus vecinos. Rinden cierto tributillo al dueño del territorio por su permiso para el pasto, y el mando casero corresponde a los principales o mayores. La primera emigración de los turcomanos orientales, los más antiguos de la

estirpe, viene a caer al siglo X de la era cristiana. [391] Declinando los califas y flaqueando sus lugartenientes, la valla del Jaxartes quedó repetidamente allanada; y a cada embate tras la victoria o la huida de los compañeros vagaban tribus y, abrazando la fe musulmana, lograban campamento franco por las llanuras anchurosas y el clima suave de la Transoxiana y Carizmio. Los esclavos turcos aspirantes al trono fomentaban aquellas emigraciones, para reclutar sus huestes, y avasallar los súbditos y los campeadores, escudando la raya contra los naturales aún más bravíos de Turkestán y extremando Mahmud Gaznevida aquel sistema mucho más de lo acostumbrado anteriormente. Advirtiole su yerro un caudillo de la estirpe de Seljuk que vivía en el territorio de Bochara. Habíale preguntado el sultán cuánta soldadesca podría aprontarlo; «en remitiendo —contesta Ismael — una de estas flechas es nuestro campamento, hasta cincuenta mil sirvientes vuestros están en el disparador para montar a caballo». «¿Y si ese número no me basta? —insiste Mahmud—. Enviad esta segunda flecha a la ranchería de Belik y hallaréis otros cincuenta mil». «Pero —prorrumpe Gaznevida, encubriendo su congoja—, ¿si necesitase todas las fuerzas de vuestras tribus emparentadas?». «Venga mi arco —fue la postrera contestación de Ismael—, y en paseándolo al derredor acuden hasta doscientos mil jinetes a vuestro aviso». La zozobra de intimidad tan formidable movió a Mahmud para trasladar las tribus más azarosas al interior de Jorasán, donde el río Oxo los desviaba de sus hermanos, y las murallas de sus ciudades sumisas venían a tenerlos acorralados. Mas el aspecto de la comarca era más halagüeño que pavoroso y la tirantez del mando se aflojó con la ausencia y luego la muerte del sultán de Ghazna. Convirtiéronse los zagales en gavillas de salteadores, y éstas en una hueste conquistadora, sus guerrillas anduvieron acosando la

Persia hasta Ispahán y el Tigris sin que los turcomanos se avergonzasen o se estremeciesen de contrarrestar con su denuedo y poderío a los soberanos más encumbrados de Asia. Mazud, hijo y sucesor de Mahmud, desatendió en demasía las advertencias de sus Omrahes más consumados. «Vuestros enemigos —le solían repetir—, eran al principio un enjambre de hormigas; ahora son viboreznos, y si en seguida no se les machaca, pasarán luego en serpentones enormes y ponzoñosos». Tras varias alternativas de hostilidades y treguas, tras rechazos o logros de sus lugartenientes marchó el sultán personalmente contra los turcomanos, quienes lo embistieron en derredor con alaridos descompasados y escaramuzas guerrilleras. «Mazud —dice el historiador persa—, [392] allá se dispara sólo a contrarrestar aquel caudal de armas centelleantes menudeando tales arrojos de fuerza agigantada y denuedo, heroico cuales nunca rey alguno alcanzó a remedarlos. Algunos amigos arrebatados por el ímpetu de sus palabras y obras, y con aquel pundonor innato que hierve en los pechos valientes, acompañan a su señor en términos que por donde quiera que blandían sus alfanjes fulminantes quedan guadañados los enemigos o huyen despavoridos a carrera. Pero al tremolar allá la misma victoria sus estandartes, la está acosando la desventura por la espalda, y al otear en derredor su hueste menos el cuerpo de su mando, abalánzase a ciegas por el rumbo de la fuga». Por fin queda el Gaznevida a lo mejor desamparado por algunos caudillos de ralea turca, y aquel trance memorable de Zendecan [393] funda en Persia la dinastía de los reyes pastores. [394]

Pasan luego victoriosos los turcomanos a elegir su rey, y si la conseja muy probable que trae un historiador latino [395] merece crédito, sortearon a su nuevo dueño. Estampan en cierto número de flechas sucesivamente ya el nombre de cada tribu, ya

de cada alcurnia, y por fin de los respectivos candidatos forman un lío de donde las va sacando un niño, y el sumo juez recae en Togrul Beg, hijo de Miguel y nieto de Seljuk, cuyo apellido vino a inmortalizarse con el encumbramiento de la posteridad. El sultán Mahmud, aunque muy preciado de genealogista, extrañó sin rebozo la alcurnia de Seljuk; pero allá el padre y tronco de aquel linaje asoma como caudillo poderoso y afamado. [396] Propasose a profanar el harén del príncipe, y lo desterraron del Turkestán, pero Seljuk atraviesa con gran comitiva de amigos y vasallos el Jaxartes; acampa por las cercanías de Samarcanda, profesa la religión de Mahoma y alcanza la corona del martirio en guerra contra los infieles. Su edad de ciento veinte años sobrepasó a la vida de su hijo, y Seljuk se declaró ayo de sus dos nietos Togrul y Saafar; el primero se revistió a sus cuarenta y cinco años con el dictado de sultán en la ciudad real de Nishabur. Las prendas del venturoso candidato abonaron la ciega disposición de la suerte. Excusado es encarecer el denuedo de un turco, y la ambición de Togrul [397] corría pareja con su valentía. Sus armas fueron arrojando a los Gaznevidas de los reinos meridionales de Persia, arrinconándolos por grados hasta las orillas del Indo en busca de conquista más templada y opulenta. Anonadó por el occidente la dinastía de los Bowides, pasando el cetro de Irak de la nación persa a la turca. Cuantos príncipes vinieron a experimentar las flechas de Seljuk, doblegaron sus frentes hasta el polvo; asomose con la conquista de Aderhijan o la Media al confín romano, y el mayoral engreído envió un embajador o heraldo a Constantinopla en demanda del tributo y obediencia del emperador. [398] En el interior de sus estados era Togrul un padre para el pueblo y para su tropa; con su desempeño firme y justiciero convaleció la Persia de su achaque de anarquía, y las manos mismas

empapadas todas en sangre pararon en celadores de la equidad y del sosiego público. La porción más montaraz, y quizás la más ajuiciada, de los turcomanos [399] siguió morando en las tiendas de sus antepasados, y aquellas colonias militares lograron desde el Oxo hasta el Éufrates el amparo y fomento de sus príncipes nativos. Pero los turcos ciudadanos y palaciegos se fueron afinando con los negocios y afeminando con los deleites, remedaron traje, idioma y modales de los persas, y los alcázares de Nishabur y de Rú ostentaron el señorío y boato de una monarquía grandísima. Ascendían los árabes y persas más beneméritos a los sumos timbres del Estado, y al fin la nación turca en globo abrazó entrañable y fervorosamente la religión mahometana. Los enjambres de bárbaros septentrionales que iban cuajando a Europa y Asia han venido a deshermanarse por siempre de resultas de igual conducta. Allá musulmanes y acá cristianos han ido al par orillando sus tradiciones soñadas y solariegas ante la racionalidad y el predominio del sistema reinante, ante el eco de la antigüedad o el consentimiento de las naciones. Pero el triunfo del Alcorán es más acendrado y castizo, como ajeno de todo culto esplendoroso y capaz de enamorar a los paganos con sus visos de halagüeña idolatría. Descolló el primer sultán Seljuk con su fe acaloradísima, repitiendo diariamente las cinco plegarias impuestas a los verdaderos creyentes, consagrando en cada semana los dos días primeros a un ayuno extremado y planteando y encumbrando en todas las ciudades una mezquita, antes que se tratase de fundar un alcázar para Togrul. [400]

El hijo de Seljuk se empapó con la creencia del Alcorán en raptos de acatamiento al sucesor del Profeta; pero este peregrino atributo adolecía de litigio entre los califas de Bagdad y Egipto, y cada competidor estaba ansiando el evidenciar sus títulos para

el concepto de los bárbaros prepotentes aunque cerriles. Se había declarado Mahmud Gaznevida por la alcurnia de Abás, menospreciando afrentosamente el ropaje honorífico que le había presentado el embajador fatimita. Pero el hashemita desagradecido varió con la suerte, y engrandeciendo la victoria de Zendecan, apellidó al sultán Seljuk caudillo temporal del mundo musulmán. Al desempeñar Togrul aquel cargo sumo, lo llaman para libertar al califa Cayem, y obedeciendo a intimación tan sagrada se apropia un nuevo reino. [401] Adormecíase en su palacio de Bagdad el dueño de los fieles, a manera de un vestiglo endiosado. Su sirviente, o más bien árbitro, el príncipe de los Bowides: no alcanzaba ya a escudarlo contra el desenfreno de tiranillos menores, los emires árabes o turcos andaban acosando con sus rebeldías el Tigris y el Éufrates. Imploraban a fuer de bendición la presencia de un conquistador, y los desmanes pasajeros de hierro y fuego se disculpaban como específico saludable y único que redundaba en sanidad para la república. Sale de Hamadán el sultán de Persia acaudillando fuerzas arrolladoras; yace al punto el engreído y vive el postrado; desaparece el príncipe de los Bowides; la cabeza de todo rebelde pertinaz besa las plantas, descargando su azote sobre los vecindarios díscolos de Mozul y de Bagdad. Tras el escarmiento de todo reo y el recobro de la paz, el mayoral regio acepta el galardón de sus afanes; y una farsa solemnísima está representando el triunfo de la preocupación religiosa sobre el poderío bárbaro. [402] Embárcase el sultán turco sobre el Tigris, llega a la puerta de Raca y hace su entrada pública a caballo. Se apea con sumo acatamiento a la entrada del palacio, precediéndolo sus emires desarmados. Permanece el califa sentado tras su velo negro, cuélgale de la espalda el traje negro de los abasíes, y empuña en su diestra el bordón de apóstol del

Señor. El vencedor del Oriente besa el suelo, permanece un rato en ademán modesto, y luego se encamina al solio entre su visir y el intérprete. Pasa después Togrul a otro solio y hace leer en alto su encargo que lo constituye lugarteniente en lo temporal y vicario del Profeta. Revístenlo sucesivamente con siete ropajes honoríficos y le presentan hasta siete esclavos naturales de los siete climas correspondientes al imperio arábigo. Almizclaron el velo místico, le ciñeron las sienes con dos coronas y el costado con dos cimitarras, y además los símbolos de su doble reinado en el Oriente y el Ocaso. Tras este preámbulo se le atajó al sultán la segunda postración; pero besó por dos veces la mano al caudillo de los fieles, y sonaron más y más sus dictados con el pregón de los heraldos y el aplauso de los musulmanes. El príncipe Seljuk en su segunda ida a Bagdad rescató de nuevo al califa de las garras de sus enemigos, y fue guiando su mula del ronzal devotamente y a pie desde la cárcel hasta su palacio. Estrecharon su intimidad con el enlace de la hermana de Togrul y el sucesor del Profeta. Había internado en su harén sin reparo a una doncella turca; pero Cayen negó altaneramente al sultán teniendo a mengua el mezclar la sangre de los hashemitas con la de un pastor escita, y fue dilatando por meses aquel negocio, hasta que por la rebaja de sus rentas echó de ver que estaba siempre en manos de un dueño. Celebrados los desposorios, fallece el mismo Togrul, [403] y no dejando sucesión, le sucede el sobrino Alp Arslan en el dictado y prerrogativas de sultán, sonando su nombre tras el del califa en el rezo de los musulmanes. Se van ensanchando los abasíes en independencia y poderío; pues entronizados ya en Asia los monarcas turcos se afanan mucho menos por las interioridades de Bagdad, aliviando así a los caudillos de los fieles en punto a tropelías afrentosas, con que sin cesar los aquejaban la presencia y

escaseces de la dinastía persa.

Tras el vuelco de los califas, todo fue discordia y degeneración de los sarracenos por las provincias asiáticas de Roma, que con las victorias de Nicéforo, Zimisces y Basilio, se habían ido extendiendo hasta Antioquía y los confines orientales de la Armenia. A los veinticinco años del fallecimiento de Basilio, una ralea desconocida de bárbaros, que hermanaban el denuedo escítico y el fanatismo de recién convertidos con el arte y la opulencia de poderosas monarquías, se disparan sobre los sucesores al Imperio. [404] Millares y millares de caballería turca van abarcando una raya de doscientas leguas desde Tauris hasta Arzeroum, y la sangre de ciento treinta mil cristianos fue un holocausto halagüeño para el Profeta arábigo; pero las armas de Togrul no trascendieron honda y duraderamente por los ámbitos del Imperio griego. El raudal se desbocó soslayadamente por las campiñas, retirándose el sultán sin gloria ni provecho del sitio de una ciudad armenia, se continuaron o suspendieron las leves hostilidades con alternativas en sus resultados y la valentía de las legiones macedonias renovó la nombradía de los conquistadores de Asia. [405] El nombre de Alp Arslan, el valeroso león, está retratando el concepto popular de un varón cabal, y el sucesor de Togrul descolló con la ferocidad generosa de la regia alimaña. Atraviesa el Éufrates capitaneando la caballería turca, entra en Cesárea, capital de Capadocia, adonde se abalanza en alas de la nombradía y el prez del templo de San Basilio; pero su solidez rechaza al demoledor, quien carga sin embargo con las puertas del sagrario tachonadas con oro y pedrería, profanando las reliquias del santo tutelar, cuyas flaquezas mortales yacían ya enmohecidas con su antigüedad venerable. Redondea Alp Arslan la conquista de Armenia y Georgia. Anonádanse en Armenia el dictado de reino y el brío

de la nación; los mercenarios de Constantinopla rinden las fortalezas; advenedizos todos sin fe, veteranos sin paga ni armas, y luego reclutas sin enseñanza ni subordinación. Una misma nueva trae el malogro de la raya entera del valladar fuertísimo, sin que los católicos extrañaran ni sintieran que gente tan empapada con los desvaríos de Nestorio y de Eutiques parase por disposición de Jesucristo y de su Madre en manos de los infieles. [406] Defienden los georgianos [407] solariegos o íberos con más tesón los bosques y cañadas del Cáucaso; mas campean infatigables el sultán y su hijo Malek en aquella guerra sagrada; imponen obediencia temporal y espiritual a sus cautivos, y en vez de collares y brazaletes, se colgó una herradura, como señal afrentosa, a cuantos infieles permanecían adictos al culto de sus padres. Mas no era el cambio ni extrañable ni universal, y aun en medio de siglos de servidumbre los georgianos han estado conservando la serie de sus príncipes y obispos. Pero aquella estirpe en que naturaleza echó el resto de la suma perfección, yace allá encenagada en el desamparo, la idiotez y la torpeza; su profesión del cristianismo, y todavía más su ejercicio, se reduce a mero nombre; y si se han desentendido de toda herejía, es únicamente por cuanto su cerrilidad les imposibilita el retener una creencia metafísica. [408]

No remedaba Alp Arslan el pundonor fingido y entrañable de Mahmud, pues no escrupulizó en atropellar a la emperatriz Eudocia con sus niños. Tanto la estrecha, que la infeliz se entrega en brazos de un soldado con su cetro, revistiendo a Romano Diógenes con la púrpura imperial. A impulsos de su patriotismo, o quizás de su engreimiento, sale luego escandalosamente a campaña en los días de Pascua, siempre sagrados; pues no siendo en palacio más que el marido de Eudocia, era ya en sus reales todo un emperador del Oriente,

sosteniendo aquel predicamento con medios escasos y denuedo incontrastable. Con su brío y sus logros la soldadesca se envalentona, los súbditos se esperanzan y los enemigos temen. Habían los turcos osado internarse hasta el corazón de la Frigia; pero tenía el sultán encargado a sus emires el desempeño de la guerra, y ufanos con su conquista tenían sus varios cuerpos desparramados por los ámbitos de Asia. Cargados con sus despojos, y ajenos de toda disciplina, van cayendo separada y desvalidamente en manos de los griegos, y redoblando el emperador con su extremada actividad su presencia, y aun están oyendo hablar de su expedición por Antioquía, cuando se halla acuchillando al enemigo por los cerros de Trebisonda. Afánase en tres campañas, y aventa a los turcos allende el Éufrates, empeñándose a la cuarta en el rescate de la Armenia. Tiene que abastecerse para dos meses por la asolación general del territorio, y luego se adelanta a sitiar la plaza notable de Malazkerd [409] a media distancia entre Van y Eterea. Acaudilla a más de cien mil hombres, reforzando a Constantinopla con las muchedumbres revueltas de Frigia y Capadocia; pero la pujanza efectiva se cifra en los súbditos aliados de Europa, las legiones de Macedonia y los escuadrones de Moldavia, de uzos y de Bulgaria, muchos de aquéllos, principalmente, de ralea turca, [410] y ante todo las tropas mercenarias y aventureras de franceses y normandos. El valeroso Ursel de Baliol capitanea sus lanzas, pariente o padre del rey de Escocia, [411] que sobresalían para el concepto general en el ejercicio de las armas, o según el estilo griego en la danza pérsica.

Al rumor de aquel arrojado embate contra su señorío hereditario, acude al vuelo Alp Arslan con cuarenta mil caballos. [412] La maestría ejecutiva de sus evoluciones inhabilita y acobarda a los griegos más numerosos, sobresaliendo su

denuedo y clemencia en el primer encuentro y derrota total de Basilacio, general de alta graduación. El emperador, tras la rendición de Malazkerd, había separado torpemente sus fuerzas, y por más que se empeñó en reincorporar a los francos asalariados, ni acudieron éstos a su llamamiento, ni quiso esperarlos; y luego con la deserción de los uzos, acosado de sospechas y congojas, rechazando el dictamen más cuerdo y acertado, se disparó arrebatadamente a la refriega. Propónele el sultán pactos decorosos que le afianzaban la retirada con anuncios de paz; pero le suena el brindis a zozobra y flaqueza, y le contesta con un reto descompasado. «Si el bárbaro —prorrumpe— está anhelando la paz, que al punto evacue el terreno que abarca para los reales romanos, y entregue la ciudad y alcázar de rey, por prenda de su veracidad». Sonríese Alp Arslan con tamaño devaneo, llorando al mismo tiempo sobre el malogro de tantos fieles musulmanes, y tras una plegaria fervorosa pregona su permiso para cuantos apetezcan retirarse de la refriega; trenza con sus propias manos la cola de su caballo, arrima el arco y las flechas, empuña la maza y la cimitarra, viste un ropaje blando, se empapa en almizcle, y encarga que si lo vencen lo entierren al punto en aquel mismo sitio. [413] El sultán se desprendió afectadamente de sus armas arrojadizas; pero cifrando siempre sus esperanzas en los flechazos de la caballería turca formada con varios claros en media luna. En vez de las reservas y líneas redobladas de la táctica griega, escuadrona Romano su hueste en mole única y maciza, y arrolla briosa y desaladamente a los bárbaros que van cediendo con artera y blanda resistencia. Desperdicia casi todo un día calurosísimo en esta pelea guerrillera e infructuosa, hasta que la fatiga y la cordura lo precisan a recobrar sus reales. Pero muy azarosa suele ser una retirada ante un enemigo diligente, y no bien se encara

el estandarte hacia retaguardia, cuando la cobardía ruinó la emulación indecorosa de Andrónico, príncipe envidioso que mancilla su cuna y la púrpura cesárea [414] y desmorona la formación, y entonces los escuadrones turcos, en aquel trance de revuelta y cansancio, disparan una nube de saetas, cercando con los extremos de la media luna a la retaguardia griega. Tras el exterminio del ejército y saqueo de los reales, por demás se hace el puntualizar el número de muertos y cautivos. Los escritores bizantinos entonan lloroso duelo a la pérdida de una perla incomparable, olvidando que las provincias asiáticas de Roma quedaron irreparablemente sacrificadas en aquel día tan aciago.

Esperanzado Romano hasta el extremo, se afana más y más en rehacer y poner a salvo las reliquias de su ejército. Queda ya el centro, el punto imperial indefenso y acorralado por el enemigo victorioso, y sostiene todavía el trance desesperadamente hasta el anochecer, capitaneando siempre a los súbditos fieles y valerosos que cercan su pendón. Van cayendo a su lado, le matan el caballo, lo hieren, y el sumo emperador permanece solo y denodado hasta que se le agolpa tal muchedumbre, que lo abruma y lo maniata. Los competidores por presa tan esclarecida son un esclavo que lo había visto entronizado en Constantinopla y un soldado monstruoso, cuya fealdad se excusaba con su promesa de algún rasgo señalado. Romano, despojado ya de armas, joyas y púrpura, pasa peligrosísímamente la noche en el campo de batalla, en medio de una turba revuelta de bárbaros desmandados. Al amanecer llevan al cautivo regio ante Alp Arslan, quien no acaba de creer su logro, y llama a sus embajadores para comprobar la identidad de la persona, y luego se convence plenamente con el testimonio entrañable de Basilacio, que se arroja llorando a las plantas de su desventurado soberano. Visten plebeyamente al sucesor de

Constantino, lo llevan al diván turco y le mandan besar la tierra ante el señor de Asia. Obedece con suma repugnancia, y se cuenta que Alp Arslan, apeándose disparadamente de su solio hasta llegó a estampar su planta sobre la cerviz del emperador. [415] Se duda del hecho, y si en aquel trance de altanería el sultán se atuvo a la costumbre nacional, lo restante de su conducta no ha podido menos de merecer las alabanzas de sus enemigos ilusos y aun puede servir de enseñanza a los siglos posteriores. Alza instantáneamente del suelo al cautivo regio, y estrechándole por tres veces la mano con ahínco entrañable le asegura que vida y decoro le seguirían inviolablemente acatados en manos de quien sabía conservar la majestad de sus iguales, constándole los vaivenes de la suerte. Acompañan a Romano desde el diván turco a una tienda contigua, donde los palaciegos del sultán lo sirven con boato y miramiento, sentándolo dos veces al día a la misma mesa del soberano. En un coloquio llano y expedito de ocho días ni palabra ni mirada insultante asomó al rostro del vencedor; pero tildó adustamente a los súbditos indignos que habían desamparado en el trance a su príncipe esforzado apuntando amistosamente a su antagonista varios yerros en que había venido a incurrir en el desempeño de la guerra. Desde el preliminar de su convenio pregúntale Alp Arslan qué trato conceptuaba había de merecer, y el sosiego inalterable del emperador está desentrañando el desahogo de su interior. «Si sois cruel —le dice—, me quitaréis la vida; si adolecéis de altanería me arrastraréis a las ruedas de vuestra carroza; pero si atendéis a vuestros intereses aceptaréis un rescate y me restituiréis a mi patria». «¿Y cuál —continúa el sultán—, fuera vuestro porte si la suerte se mostrara risueña con vuestro intento?». La contestación del griego abarca un arranque más para callado, así por cordura como por agradecimiento, que para

dicho: «Si yo venciera —le dice con arrogancia—, si yo venciera descargaría sobre este cuerpo mil azotes». Se sonríe el turco ante las palabras de su cautivo y dice que la ley cristiana encarga el amor de los enemigos y el perdón de las injurias, y le manifiesta caballerosamente que no ha de seguir un ejemplo que reprueba con toda su alma. Delibera Alp Arslan maduramente sobre el asunto, dicta las condiciones del rescate y de la paz, y le impone por el pronto un millón, y luego un tributo anual de trescientas sesenta mil monedas de oro, [416] los enlaces de la prole regia y la franquicia de cuantos musulmanes se hallan en poder de los griegos. Suspira Romano y firma aquel tratado tan afrentoso para la majestad del imperio; enseguida lo revisten con un ropaje honorífico a la turca, devolviéndole sus nobles y patricios, y el sultán, tras un abrazo caballeroso, lo despide con presentes riquísimos y una guardia militar. Al asomar al confín de su imperio lo enteran de que el palacio y las provincias se han desentendido de todo homenaje a un cautivo; recógese a duras penas la cantidad de doscientas mil monedas, y el apeado monarca envía aquella porción de su rescate confesando desconsoladamente su desvalimiento y afrenta. La generosidad o acaso la ambición del sultán se está desde luego aparatando para sostener a todo trance la causa de su aliado, pero queda frustrado su intento con la noticia de que Romano Diógenes yace derrotado, preso y difunto. [417]

No asoma por los ámbitos de aquel convenio con Alp Arslan ciudad o provincia desencajada de los dominios del emperador cautivo, reforzándose únicamente con los trofeos de su victoria y los despojos de la Anatolia, desde la Antioquía hasta el Mar Negro. Lo más florido de Asia yacía en su poder; más de mil príncipes o hijos de tales acataban rendidamente su solio, capitaneando luego hasta trescientos mil soldados.

Desentendiose el sultán del alcance sobre los griegos; pero estaba allá ideando la conquista más esclarecida del Turkestán, cuna solariega de la alcurnia de Seljuk. Marcha de Bagdad hacia el Oxo, abárcalo con un puente, y sus tropas emplean veinte días en transitarlo. Atájale su carrera el gobernador de Benem, y el caramio José osa defender su fortaleza contra el sumo poderío del Oriente. Lo rinden, lo traen a la tienda real, y el sultán, en vez de encarecer su tesón, le afea su torpe tenacidad y desvarío, y luego la contestación descocada del rebelde le acarrea el decreto de que lo amarren a cuatro puntales, para que espire en situación tan dolorosa; y al oír aquel mandato, el reo tira de su daga y se abalanza a ciegas al solio, y al blandir la guardia sus mazas, la detiene Alp Arslan, el flechero más atinado de su tiempo; pero resbala un tanto, se le soslaya la saeta y recibe en el pecho la daga de José, que yace luego en trozos. Es la herida mortal, y el príncipe turco dedica al espirar a los reyes engreídos la siguiente advertencia: «Encargome allá un sabio en mi mocedad —prorrumpe Alp Arslan—, que me humillase ante el Señor; que desconfiase de mi fortaleza, sin menospreciar jamás ni al más menguado enemigo. Desatendí aquellas lecciones, y queda mi descuido merecidamente castigado. Ayer mismo, al otear desde una loma el número, el arreglo y la gallardía de mis huestes, estremecíase la tierra bajo mis plantas, y me estuve diciendo acá en lo íntimo de mi corazón eres positivamente el monarca del orbe y el guerrero más invicto e incontrastable de todos sus ámbitos. Ese aparato de tropas ya no es mío, y ufanísimo con mi propia pujanza caigo aquí a manos de un asesino». [418] Realzaban a Alp Arslan las prendas de un turco y un mahometano; su voz y su estatura imponían acatamiento a larga distancia; era bigotudo, y erguía el turbante encumbrado en forma de corona. Depositaron sus restos en el túmulo de la

dinastía Seljukia, y el viandante podía leer esta inscripción provechosa y recapacitar sobre ella: [419] «Cuantos habéis estado viendo la gloria de Alp Arslan, ensalzada hasta el empíreo, acudid a Marte y lo miraréis sepultado en el polvo». El exterminio del rótulo, y de la misma tumba, está pregonando todavía más recientemente la insubsistencia de las grandezas humanas.

Quedó reconocido, ya en vida de Alp Arslan, su primogénito por sultán venidero de los turcos; pero, muerto el padre, contendieron por la herencia un tío, un primo y un hermano. Tremolan sus cimitarras, agolpan sus secuaces, y tres victorias de Malek Shah [420] plantearon arraigadamente su nombradía y su derecho de primogenitura. En todos tiempos, y con especialidad en Asia, el afán sediento de poderío ha disparado los mismos ímpetus, y acarreado idénticos trastornos, pero en todo el vaivén de las guerras civiles no asoma arranque más castizo y magnánimo que el contenido en un dicho del príncipe turco. En la víspera de la batalla está rezando devotamente en Too, ante la tumba del Eman Riza. Al levantarse el sultán del suelo, pregunta a su visir Necart, que había también estado de rodillas a su lado, cuál había sido el tema de su plegaria reservada. «Que vuestras armas canten victoria», le contesta cuerda y aun sinceramente el ministro. «Pues por mi parte —le replica el generoso Malek—, estuve suplicando fervorosamente al Dios de los ejércitos; que se sirviese privarme de corona y vida, si fuese mi hermano más acreedor que yo a reinar sobre los musulmanes». Ratifica el califa el juicio favorable del cielo, y el dictado sacrosanto del caudillo de los fieles se comunicó por primera vez a un bárbaro; el mismo que por su merecimiento personal y por la extensión de su imperio fue el príncipe mayor de su siglo. Plantadas la

Persia y la Siria, acaudilla hueste innumerable para redondear la conquista del Turkestán, entablada por su padre. En el tránsito de Oxo, un barquerillo de los transportadores de su tropa se le queja de que le han dilatado su pago hasta la cobranza de rentas sobre Antioquía. Se formaliza el sultán con aquella sinrazón; pero se sonríe con la lisonja mañera de su visir. «No fue mi ánimo dilatar allí tantísimo el plazo, sino dejar a la posteridad un testimonio de que el Oxo y Antioquía, aunque puntos tan remotos entre sí, estaban acatando a un mismo soberano.» Pero impropia y menguada era aquella cuenta, pues fue avasallando allende el Oxo las ciudades de Bujara, Carizmio y Samarcanda, y anonadando a todo esclavo rebelde o bravío independiente que osaba contrarrestarlo. Atraviesa Malek el Sibon o Jaxartes, postrer lindero de la civilización persa; se le rinden las rancherías del Turkestán; su nombre se estampa en las monedas y suena en las plegarias del Cashgar, reino tártaro al confín de la China. Tiende luego desde aquella raya su carrera dominadora a todo trance, o supremacía feudataria al poniente y Mediodía, hasta las sierras de Georgia, las cercanías de Constantinopla, la ciudad santa de Jerusalén y las selvas aromáticas de la Arabia Feliz. En vez de desempoltronarse con el regalado lujo de su harén, el rey pastor, tanto en paz como en guerra, acampa y se afana día y noche. Con aquel movimiento incesante de su reales, su presencia iba siempre beneficiando a todas las provincias, y se cuenta que fueron hasta doce sus paseos militares por los ámbitos anchurosos de un señorío mayor que el de Ciro en Asia, y que el de los mismos califas. Su expedición más religiosa y regia fue la de su peregrinación a La Meca; escudaban sus armas las caravanas, enriquecía ciudadanos y advenedizos con la profusión de sus limosnas, plantando por el desierto paradores y posadas comodísimas para el alivio y regalo de sus hermanos.

Deleitábase aquel sultán apasionadamente con la caza, empleando en ella hasta cuarenta y siete mil caballos; pero tras una batida general repartía por cada presa una moneda de oro a los menesterosos, levísimo resarcimiento a costa del pueblo por el costo y daño de aquel recreo tan regio. Descollaron en aquel reinado de paz y de prosperidad por las ciudades de Asia alcázares y hospitales, mezquitas y colegios, siendo poquísimos los que se retiraban de su Diván sin algún agasajo, y nadie, absolutamente, sin justicia. Al arrimo de aquella alcurnia [421] revivieron el idioma y la literatura de la Persia, y si Malek competía con la liberalidad de un turco menos poderoso, [422] estaban resonando por su palacio los cantares de cientos de poetas. Formalizó el sultán su ahínco en la reforma del calendario juntando todos los astrónomos del Oriente. Por ley del Profeta, tienen los musulmanes que ir siguiendo las irregularidades de los meses lunares, pero en Persia, desde el tiempo de Zoroastro, la revolución del sol era muy sabida, y aun solemnizada con festividad anual; [423] pero desde el vuelco del imperio mago quedó desatendida la intercalación, y agolpándose los quebrados de horas y minutos en redoblados días, la fecha de la primavera, desde el signo de Aries fue a pasar al de Piscis. La era *Jelalea* ilustró al reino de Malek, y todos los yerros, así anteriores como venideros, quedaron enmendados con un cómputo que, aventajándose al de Juliano, se acerca en gran manera al sumo esmero de la disposición gregoriana. [424]

Yaciendo la Europa en lóbrega barbarie, los destellos científicos de Asia corresponden más bien a la avenencia que a las luces de los conquistadores turcos, debiéndose en gran parte aquella temporada sabia y pondonorosa a un visir persa, que manejó el Imperio en los reinados de Alp Arslan y su hijo. Acataba el califa al ministro esclarecido Nizam con ínfulas de

oráculo en materias de religión y de ciencia, y luego el sultán le encargó sus veces para el desempeño fiel del poderío y de la justicia. A los treinta años de ejercicio, la nombradía del visir, sus caudales y hasta sus servicios le redundaron en cargos criminales. Las asechanzas de una mujer y de un competidor dieron con él al través, y atropelló su vuelco una declaración de que su sombrero y su tinterillo iban, por decreto divino, embebidos en el solio y la diadema del sultán. El dueño despide al estadista venerable de noventa y tres años, acúsanlo sus enemigos, y un fanático lo degüella: las últimas palabras de Nizam acreditan su inocencia, y lo restante de la vida de Malek fue ya escaso y deslucido. Desde Ispahán, solar de trance tan afrentoso, trasladose el sultán a Bagdad, con ánimo de llevar también al califa y plantar su propia residencia en aquella capital musulmana. Alcanza el apocado sucesor de Mahoma una prórroga de diez días; pero antes de cumplirse aquel plazo el ángel de la muerte intima al bárbaro su exterminio. Habían pedido sus embajadores en Constantinopla el desposorio con una princesa romana; pero se soslayó decorosamente la propuesta, y la hija de Alexio, que pudiera muy bien haber sido la víctima, está expresando su aborrecimiento mortal a un enlace tan monstruoso. [425] Concedió el sultán su hija al califa Moctadí, con la imprescindible condición de que retrayéndose de sus mujeres y concubinas, se consagre únicamente al desempeño de tan honorífico desposorio.

Finó la grandiosidad y sistema del Imperio turco al fallecimiento de Malek Shah. Batallaron por su solio el hermano y los cuatro hijos, y tras un eslabonamiento de guerras civiles hermanó a los aspirantes ya reducidos un convenio, dividiendo duraderamente con la dinastía persa la rama primogénita principal de la alcurnia de Seljuk. Las tres dinastías de los

menores fueron las de *Kermyn*, *Siria* y *Rum*: quedó la primera mandando arrinconadamente [426] allá ciertas playas extensas sobre el piélago indio; [427] la segunda logró arrojar a los príncipes árabes de Alepo y Damasco; y la tercera, más conexa con nuestro rumbo, invadió las provincias romanas de Asia Menor. Contribuyó en gran manera para su ensalzamiento la política grandiosa de Malek, franqueando expedita carrera a los príncipes de su sangre, aun tras de haberlos vencido en refriega campal, para proporcionarse reinos dignos de su ambición encumbrada, desahogándose además, con su lejanía, de aquellas ínfulas perniciosas de sus ánimos turbulentos. El gran sultán de Persia, encabezando su alcurnia y nación, imponía obediencia y tributo a sus hermanos regios, y así los tronos de Kermyn y de Niza, de Alepo y Damasco, los atabekes y emires de Siria y Mesopotamia tremolaban sus pendones respectivos escudados con aquel cetro supremo, [428] tendiéndose las rancherías de los turcomanos por las llanuras de Asia occidental. Relajáronse al punto para luego disolverse por entero los vínculos de hermandad y subordinación con la muerte de Malek, y la condescendencia de la alcurnia de Seljuk fue revistiendo a sus esclavos con herencias de reinos, y, hablando a lo oriental, brotaron príncipes a miles del polvo de sus plantas. [429]

Uno de la regia estirpe, Cutulmish, hijo de Izrail y nieto de Seljuk, había fenecido en la batalla contra Alp Arslan, y el vencedor afectuoso había derramado lágrimas sobre su tumba. Sus cinco hijos, valentones todos y ansiosos de poderío, y todavía más de venganza, desenvainaron sus cimitarras contra el hijo de Alp Arslan. Escuadronadas ya sus huestes tan sólo esperaban la señal del avance, cuando el califa, orillando la majestad que lo sacramentaba para los ojos vulgares, interpuso su mediación sagrada. «En vez de ir ahí a derramar la sangre de

vuestros hermanos, y hermanos al par en la fe y en la descendencia, juntad vuestras fuerzas en una Guerra Santa contra los griegos, enemigos de Dios y de su apóstol.» Oyen su voz: el sultán abraza a su parentela rebelde, y el mayor, el esforzado Solimán, acepta el estandarte real que le proporciona la conquista expedita y el mando hereditario de las provincias del Imperio Romano, desde Ercerun hasta Constantinopla, con las regiones desconocidas del Occidente. [430] Acompáñanlo sus cuatro hermanos; atraviesan el Éufrates, acampan por las cercanías de Kutaieh, en la Frigia, y sus guerrillas de caballería van talando las campiñas hasta el Helesponto y el Mar Negro. Desde el menoscabo del Imperio, persas y sarracenos habían atropellado con sus correrías pasajeras, mas el paradero de una conquista permanente quedaba reservado para el sultán turco, y los introductores de sus armas fueron los mismos griegos aspirantes a reinar sobre los escombros de su patria. Tras el cautiverio de Romano, el hijo endeblillo de Eudocia estuvo por seis años temblando bajo el peso de la corona imperial, hasta que un mismo mes, con dos respectivas rebeliones vinieron a perderse por el Oriente y el Ocaso: llamábanse Nicéforos entrambos caudillos, pero diferenciábanse el europeo y el asiático, apellidándose el primero Brienio, y Botaniates el segundo. Hízose cargo el Diván de sus respectivas razones, o más bien promesas, y tras algún titubeo se declaró Solimán por Botaniates, rompió la marcha con sus tropas desde Antioquía hasta Niza, e incorporó la bandera de la media luna con el pendón de la cruz. Constituido por fin su aliado en el solio de Constantinopla, agasajó con grandioso hospedaje al sultán en el arrabal de Crisópolis o Scútari, trasladando a Europa un cuerpo de dos mil turcos, a cuya destreza y denuedo, debió el nuevo emperador la derrota y prisión de su competidor Brienio.

Carísima resultó la compra de Europa con el holocausto de Asia, quedando Constantinopla defraudada de la obediencia y rentas de las provincias allende el Bósforo y el Helesponto, y los adelantos sistemáticos de los turcos, que venían fortificando los tránsitos de sierras y de ríos, desahuciaban los ánimos del ansiado retiro y expulsión. Acude otro candidato a la dignación y auxilio del sultán; acompaña Meliseno con su ropaje de púrpura y borceguíes encarnados el campamento turco, y las ciudades más desconfiadas flaquean a la intimación de un príncipe romano, quien al punto las va traspasando a los bárbaros. El mismo emperador Alexio revalida aquellos traspasos en un tratado de paz, pues sus zozobras por parte de Roberto lo precisan a escudarse con el arrimo de Solimán, y sólo al fallecimiento del sultán puede ir extendiendo hasta Nicomedia, a veinte leguas de Constantinopla, los linderos orientales del orbe romano. Tan sólo Trebisonda, al resguardo del mar y de sus cerros, conservó al extremo del Euxino su jerarquía antigua de colonia griega, y su destino venidero de un imperio cristiano.

Desde las primeras conquistas de los califas, el quebranto más lastimoso que padecieron la Iglesia y el Imperio se cifra en el establecimiento de los turcos en Anatolia y Asia Menor. Alcanzó Solimán el dictado de Sari, campeón sagrado, añadiendo su nuevo reino de los romanos, o de Rum, a las tablas de la geografía oriental. Suele delinearse corriendo, desde el Éufrates hasta Constantinopla, desde el Mar Negro hasta el confín de la Siria, rebosando sus ámbitos de minas de plata, hierro, alumbre y cobre, feracísimos en mieses y viñedos, con crías de ganados y caballos sobresalientes. [431] Las riquezas de Lidia, las artes griegas y el esplendor del siglo de Augusto asomaban tan sólo en los libros y en los escombros, igualmente recónditos para conquistadores tártaros. Pero la Anatolia aun en

el menoscabo presente está todavía ofreciendo *tal cual* ciudad opulenta y populosa, de las que en el Imperio Bizantino descollaron mucho más florecientes en número, grandiosidad y señorío. Escogió el sultán a Niza, cabeza de la Bitinia, para su palacio y fortaleza: plantose a treinta y dos leguas de Constantinopla el solio de la dinastía Seljukia de Rum negando y escarneciendo la divinidad de Jesucristo en el mismo templo en que se proclamó por el primer concilio general de los católicos. Predicáronse en las mezquitas la unidad de Dios y la misión de Mahoma; enseñose la literatura arábiga en las escuelas; sentenciaban los cadís según la legislación del Alcorán; fueron prevaleciendo el idioma y las costumbres turcas por las ciudades, y los campamentos turcomanos cuajaban los cerros y llanuras de la Anatolia. Con las condiciones violentísimas del tributo y la servidumbre, cabía a los griegos cristianos el goce y ejercicio libre de su religión; pero las profanaban sus iglesias más sacrosantas, cometían continuos desacatos con sus sacerdotes y obispos, [432] tenían que sobrellevar el triunfo de los *paganos* y las apostasías de los suyos; miles de niños andaban señalados con la cuchilla de la circuncisión, y otros muchos miles ya cautivos tenían que servir torpemente para los deleites de sus amos. [433] Perdida ya Asia, conservaba aun Antioquía su homenaje anterior a Jesucristo y al César; mas aquella provincia solitaria yacía allá ajena de todo arrimo romano, y cercada en derredor del poderío mahometano. El gobernador Filareto se estaba desesperadamente aparatando para el sacrificio de su pundonor y religión, pero se le anticipa su hijo, quien volando al palacio de Niza brinda al sultán con presa tan aventajada. Monta Solimán desaladamente a caballo, y en doce noches (pues descansaba de día) completa una marcha de doscientas leguas. La diligencia y reserva allanan a Antioquía, y las ciudades

agregadas hasta Laodicea y el confín de Alepo [434] siguen el ejemplo de su capital. Desde Laodicea hasta el Bósforo tracio, y brazo de san Jorge, se extendían a lo largo por treinta jornadas las conquistas y el reino de Solimán, y de diez a quince de ancho, entre los peñascos de Licia y el Mar Negro. [435] La ignorancia turca en cuanto a navegación resguardó por algún tiempo la deslucida seguridad del emperador; mas no bien las manos de los griegos cautivos llegaron a construir una escuadra de doscientos bajeles, cuando trémulo Alexio se abroquela tras las murallas de su capital. Derrama sus cartas llorosas por Europa, para lastimar a los latinos, poniéndoles de bulto el peligro, la flaqueza y las preciosidades de la ciudad de Constantino. [436]

Pero la conquista más sonada de los turcos seljukios fue la de Jerusalén, [437] que paró luego en un teatro de naciones. Pactó el vecindario en su capitulación con Omar el resguardo de su religión y propiedades; mas no cabía contrarrestar la interpretación de un dueño enojadizo, y en los cuatro siglos del reinado de los califas, tormentas y bonanzas estuvieron sin cesar alternando en el horizonte de Jerusalén. [438] Yendo siempre a más sus convertidos y pobladores, los musulmanes usurpaban ya tres cuartos del recinto, mas quedaba no obstante un barrio peculiar para el patriarca con su clero y pueblo, pagando únicamente por el resguardo de cada uno dos monedas de oro, y dejando en manos de los fieles el Sepulcro de Jesucristo, con la iglesia de su Resurrección. Preponderaba entre tres devotos el número y la jerarquía de los forasteros, pues con la conquista de los árabes, en vez de cesar, se habían fomentado las peregrinaciones a la Tierra Santa, y como el pesar y la ira se están siempre dando la mano, se inflamaba más por puntos el entusiasmo incitador de aquellos expuestísimos viajes. A tropel

acudían peregrinos de levante y poniente a visitar el Santísimo Sepulcro y los santuarios convecinos, con especialidad por la temporada de Pascua, y griegos y latinos, nestorianos y jacobitas, coptos y abisinios, armenios y georgianos, estaban sosteniendo las capillas, el clero y los necesitados de sus comuniones respectivas. El rezo tan acorde en varios idiomas, el culto de tantísimas naciones en el sumo templo de su religión, no podía menos de ser un espectáculo sublime y edificante; mas aquel afán de las sectas cristianas solía ir empapado en vengativo encono, y en el reino de aquel sufrido Mesías, que perdonaba a sus enemigos, estaban aspirando a sojuzgar y perseguir a sus hermanos espirituales. Apropiáronse los francos, por su número y denuedo, la ansiada preeminencia, y el poderío de Carlomagno [439] escudaba al par a los peregrinos de la Iglesia latina, y a los católicos del Oriente. Aquel religiosísimo emperador socorría dadivosamente el desamparo de Cartago, Alejandría y Jerusalén, fundando o dotando varios monasterios por Palestina con toda magnificencia. Harun Al-Rashid, el más descollante de los abasíes, apreciaba en su competidor cristiano la igualdad en potestad y en numen, corroboraban su intimidad con repetidos agasajos de regalos y embajadas, y el califa, sin desprenderse de su señorío efectivo, presentó al emperador las llaves del Santo Sepulcro, y acaso de la ciudad de Jerusalén. Al ir ya decayendo la monarquía carolingia, fue luego la república de Amalfi la promotora de los intereses comerciales y religiosos en Oriente. Sus bajeles llevaban y traían los peregrinos occidentales por las costas de Egipto y Palestina, y con sus cargamentos provechosos merecían la privanza y la intimidad de los califas fatimitas; [440] instituyose feria anual sobre el monte Calvario, y los traficantes italianos llegaron a fundar el convento y hospital de San Juan de Jerusalén, una de la orden militar y monástica

que vino después a reinar en las islas de Rodas y de Malta. Si los peregrinos cristianos se contentaran con reverenciar el túmulo de un profeta, nunca los secuaces de Mahoma vituperarían, sino que antes bien remedarían su religiosidad; mas como *unitarios* rigidísimos se escandalizaban con una adoración que está representando el nacimiento, muerte y resurrección de todo un Dios, y tildaban las imágenes católicas con el apodo de ídolos, sonriéndose los musulmanes airados [441] al presenciar el encendimiento de la flama milagrosa en la víspera de Pascua sobre el Santo Sepulcro. [442] Aquel engaño devoto, inventado en el siglo IX, [443] cundió apasionadamente entre los cruzados latinos, repitiéndose anualmente para las sectas griega, armenia y copta, [444] que están embaucando al crédulo auditorio [445] en provecho propio y de sus tiranos. En todos tiempos acudió a robustecer la racionalidad del tolerantismo, y el desembolso y tributos de tantos miles de advenedizos aumentaban más y más por años las rentas del príncipe y de sus emires.

La revolución que trasladó el cetro de los abasíes a manos de los fatimitas redundó, en vez de en quebranto, en beneficio de la Tierra Santa. Residiendo en Egipto el soberano, estaba palpando la suma entidad del comercio con la cristiandad latina; y los emires de Palestina vivían más cercanos al solio poderoso y justiciero. Mas el tercero de aquellos fatimitas fue el famoso Hakem, [446] mozo desaforado y despreciador de Dios y de los hombres, y en cuyo reinado alternaron desenfrenadameme el vicio y el desvarío. Desentendiéndose de las costumbres inveteradas del Egipto, impuso a las mujeres encierro absoluto: a tamaña servidumbre clamaron entrambos sexos; enfureciose a su vocería, abrasó parte del antiguo Cairo, y batallaron por varios días sangrientamente el vecindario y la soldadesca. Manifestose al pronto el califa celosísimo mahometano, fundando y

enriqueciendo mezquitas y colegios, costeó hasta mil doscientas copias del *Alcorán* en letras de oro, y mandó desarraigar los viñedos del Alto Egipto. Mas esperanzó luego vanidosamente plantear una religión nueva; aspiró a tramontar la nombradía del Profeta, apellidándose imagen patente del Altísimo, quien tras nueve apariciones sobre la tierra se estaba por fin manifestando en su regia persona. Al nombre de Hakem, señor de vivos y difuntos, se doblaban todas las rodillas en adoración entrañable; celebrábanse sus misterios sobre loma cercana al Cairo; hasta dieciséis mil convertidos firmaron ya su profesión de fe, y al presente mismo un pueblo libre y belicoso, los drusos del monte Líbano, viven todavía empapados en la vida y en la divinidad de un frenético y un tirano. [447] Endiosado una vez Hakem, tenía que odiar a judíos y cristianos como siervos de sus competidores, quedándole tan sólo algún rastro, por preocupación o cordura, de apego a la ley mahometana. Su persecución inhumana y desatinada acarreó martirios y apostasías, así en Egipto como en Palestina, hollando por igual fueros y prerrogativas de sectas, y vedando expresamente toda devoción, nativa o advenediza. Arrasó hasta sus cimientos el templo del orbe cristiano, la iglesia de la Resurrección: interrumpiose el portento luminoso de la Pascua, y se echó el resto en profanar y anonadar la cueva labrada en el peñasco, que es propiamente el Santo Sepulcro. Atónitas e inconsolables las naciones de Europa con aquel sacrilegio, en vez de armarse para el recobro y defensa de la Tierra Santa, se contentaron con desterrar y quemar judíos, por consejeros reservados de bárbaro tan desalmado. [448] Pero el voluble Hakem se arrepiente y templa hasta cierto punto los quebrantos de Jerusalén; y sellado estaba ya el mandato regio para el restablecimiento regio, cuando los emisarios de su hermano asesinan al tirano; los

califas sucesores volvieron al régimen anterior político y religioso; concediose tolerancia expedita, y al arrimo piadoso del emperador de Constantinopla el Santo Sepulcro renació de sus escombros, y, tras breve abstinencia, se agolparon los peregrinos con mayor auge de apetito a la mesa espiritual. [449] Escaseaba y peligraba el tránsito a Palestina por mar, pero convertida ya la Hungría se franqueó aquella comunicación segura entre la Alemania y la Grecia; la caridad de san Esteban, apóstol de su reino, socorría y guiaba a sus hermanos viandantes, [450] y desde Belgrado hasta Antioquía iban atravesando hasta quinientas leguas de un imperio cristiano. El afán de la peregrinación sobresalió, cual nunca entre los francos, atropellándose por el camino muchedumbres incesantes de ambos sexos y de jerarquía, y menospreciando la vida, con tal que llegasen a besar la tumba de su Redentor. Desentendíanse príncipes y prelados de sus posesiones, y aquellas redobladas caravanas estaban ya como encabezando las huestes que en el siglo se escuadronaron bajo las banderas de la Cruz. Como treinta años antes de la primera cruzada, el arzobispo de Metz y los obispos de Utrecht, Bamberga y Ratisbona, emprendieron viaje tan trabajoso desde el Rin hasta el Jordán, ascendiendo la muchedumbre de sus comitivas a siete mil personas. Agasajolos esmeradamente el emperador en Constantinopla; pero la ostentación de su opulencia incitó la codicia de los árabes bravíos; escrupulizaban el blandir las espadas, y sostuvieron un sitio con la aldea de Cafarnaun, hasta que los socorrió con su protección comprada el emir fatimita. Tras su visita de los lugares santos, se embarcaron para Italia, y tan sólo dos mil llegaron a salvo a sus respectivas patrias. Ingulfo, secretario de Guillermo el Conquistador, se halló en esta romería, y expresa que salieron de Normandía hasta treinta gallardos y perfectamente equipados

jinetes, pero que despasaron los Alpes veinte cuitados romerillos, empuñando sus bordones, con sus zurroncillos al hombro. [451]

Derrotados los romanos, asomaron los turcos a desasosegar a los califas fatimitas; [452] y el Carizmio Atsiz, uno de los tenientes de Malek Shah, se encaminó a la Siria capitaneando numerosa hueste, y sojuzgó a Damasco a hierro y hambre. Hems y las demás ciudades de la provincia reconocieron al califa de Bagdad y al sultán de Persia, y el emir victorioso se adelantó sin resistencia hasta las orillas del Nilo: ya el fatimita estaba tratando de internarse por el corazón del África, cuando sus negros se arrojan desesperadamente, con el vecindario del Cairo, sobre el turco, y lo aventan allende el confín del Egipto. Se desenfrena el vencido, en su retirada, con robos y matanzas, convida al juez y a los escribanos a su campamento, y los degüella, con más de tres mil vecinos de Jerusalén. El sultán Tucush, hermano de Malek Shah, castiga la crueldad o derrota de Atsiz, afianzando con más fundamento y mayores fuerzas el señorío de Siria y Palestina. Reinó como veinte años la alcurnia de Seljuk en Jerusalén; [453] pero el mando hereditario de la ciudad santa y su territorio, pasó a manos del emir Ortok, caudillo de una tribu turcomana, y cuyos hijos, después de su expulsión de Palestina, vinieron a plantar dos dinastías sobre el confín de Armenia y Asiria. [454] Azorosa en extremo fue para los cristianos de levante y los peregrinos de poniente aquella trastornadora revolución de un gobierno sentado y hermandad antigua con los califas, y plantadora sobre sus cervices de un yugo de hierro por los advenedizos del Norte. [455] El gran sultán había como prohijado en su corte y en sus reales las artes y modales de Persia; pero la nación turca, y con especialidad las tribus pastoras, regían siempre montaraces como en el desierto. Hostilidades advenedizas y caseras estaban plagando la gran

tirantez del Asia, desde Niza hasta Jerusalén, y aquellos pastores de Palestina; señoreando a temporadas sus fronteras siempre variables, no tenían lugar ni temple para estar esperando los réditos del comercio y de la devoción. Los peregrinos, tras los innumerables peligros de su tránsito dilatado, al asomar por fin a los umbrales de Jerusalén, paraban en víctimas de rapiñas particulares y tropelías públicas, feneciendo a menudo de hambre o de dolencia antes de tributar su acatamiento al Santo Sepulcro. Los turcomanos, a impulsos de su barbarie nativa, o de su fervor desaforado, andaban insultando al sacerdocio de todas las sectas; arrastraron de los cabellos por el pavimento al patriarca, y luego lo empozaron en una mazmorra, para estafar el rescate a su grey condolida; asaltando además y escarneciendo con fiereza bravía el culto divino en la misma iglesia de la Resurrección. Su relación patética llegó a conmover a los millones de Occidente que bajo el estandarte de la cruz fueron marchando al rescate de la Tierra Santa, a pesar de ser muy baladí la suma de tantísima desventura en cotejo de aquel disparo sacrílego de Hakem, aguantado tan sufridamente por los cristianos latinos. Provocación más llevadera inflamó luego el temple más irritable de sus descendientes; asomaron allá nuevos ímpetus caballerescos, y sobre todo más predominio papal, hiriendo una fibra de sensibilidad intensísima, cuyo vaivén llegó a latir hasta en el mismo corazón de Europa.

LAS CRUZADAS

Nota bibliográfica

A través de las cruzadas, Gibbon entrelaza la historia del Imperio Romano de Oriente con la historia de los Estados de Occidente y la Iglesia católica. Las campañas militares, impulsadas por motivos religiosos, le permiten considerar la forma singular que ha adoptado el cristianismo en Occidente, y su definitiva separación del cristianismo oriental.

La historiografía moderna se ha ocupado mucho del papel que las cruzadas tuvieron en la expansión militar y económica de Occidente, la reactivación comercial en el Mediterráneo, la recuperación de buena parte del legado cultural de la Antigüedad y el intercambio cultural con el mundo islámico. Pero, a la vez, las cruzadas son consideradas como el momento culminante de la construcción del orden cristiano feudal, tanto en lo que hace a la estructuración de la clase nobiliaria como a la definición de los fundamentos ideológicos.

Visión general del período: *A. Cameron*, Literature and Society in the Early Byzantine World, *Londres, 1985. A. Cameron*, Barbarians and Politics at the Court of Arcadius, *Berkeley, 1993. A. Cameron*, Changing Cultures in Early Byzantium, *Aldershot, 1996. J. Álvarez Palenzuela (coord.)*, Historia universal de la Edad Media, *Barcelona, Ariel, 2002. J. A. García de Cortazar y J. A. Sesma Muñoz*, Historia de la Edad Media. Una Síntesis Interpretativa, *Madrid, Alianza, 1998. G.*

Hodgett, Historia económica y social de la Europa Medieval, *Madrid, Alianza, 1974. J. Le Goff*, La civilización del Occidente Medieval, *Buenos Aires, Paidós, 1999. R. McKitterick*, La Alta Edad Media: Europa 400-1000, *Barcelona, Crítica, 2002. E. Mitre*, Historia de la Edad Media en Occidente, *Madrid, Cátedra, 1995 (1 ª 1983). H. Pirenne*, Historia económica y social de la Edad Media, *México, Fondo de Cultura Económica, 1994. N. Pounds*, Historia económica de la Europa Medieval, *Barcelona, Crítica, 1981. J. Paul*, La Iglesia y la cultura en Occidente (Siglos IX al XII), *Barcelona, Labor, Nueva Clío, 1988. G. Bois*, La Revolución del Año Mil, *Barcelona, Crítica, 1991. G. Duby*, Guerreros y campesinos. Desarrollo inicial de la economía europea (500-1200), *Madrid, Siglo XXI editores, 1985*.

Estudios sobre las cruzadas: *J. de Vitry*, Historia de las cruzadas, *Buenos Aires, Eudeba, 1991. R. Grousset*, Las cruzadas, *Buenos Aires, Eudeba, 1964. R. Pernoud*, Las cruzadas, *Buenos Aires, 1964. Lehmann*, Las cruzadas, *Barcelona, Martínez Roca, 1989. S. Runciman*, Historia de las cruzadas, *Madrid, Revista de Occidente 1957. E. Delaruelle*, L'Idée de croisade au Moyen Age, *Turín, 1980. A. S. Atiya*, The Crusade of Nicopolis, *Londres, 1934. K. M. Setton*, A History of The Crusades, *Filadelfia, 1962. R. L. Wolff y H. W. Hazard (comps.)*, The Crusade, 1189-1311, *Madison, 1969. H. E. Mayer*, The Crusades, *Oxford, Oxford University Press, 1996. J. Richard*, Histoire des Croisades, *París, Fayard, 1996*.

Relaciones entre el Islam y el cristianismo: *F. Fernández Ubiña*, Cristianos y militares. La Iglesia antigua ante el ejército y la guerra, *Granada, Universidad de Granada, 2000. J. Flori*, La Première Croisade. L'Occident Chrétien contre l'Islam, *Bruselas, 2001. J. Flori*, La Guerra Santa. La formación de la

idea de cruzada en el Occidente cristiano, *Madrid, Trotta, 2003. J. Flori*, Guerra Santa, Yihad, cruzada, violencia y religión. El cristianismo y el Islam, *Universidad de Granada, Universitat de Valencia, 2004. P. Alphandery, A. Dupront*, La cristiandad y el concepto de cruzada, *México, Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana, 1959*.

Contactos culturales: *A. Dupront*, Du Sacre; Croisades et Pèlerinages: Images et Langages, *París, Gallimard, 1987. A. Dupront*, Le Mythe de Croisade, *París, Gallimard, 1997. J. Flori*, Croisade et Chevalier, XI e- XII e Siècles, *París, De Boeck-Wesmael, 1998. J. J. Riley Smithe*, The First Crusade and The Idea of Crusading, *Londres, Athole, 1993*.

Perspectiva bizantina de las cruzadas: *S. de Mundo*, Cruzados en Bizancio. La cuarta cruzada a la luz de las fuentes orientales, *Buenos Aires, 1957. F. Gabrielli*, Arab Historians of the Crusades, *Berkeley, University of California Press, 1984*.

Relación con el papado: *L. García Guijarro Ramos*, Papado, cruzadas y órdenes militares, siglos XI-XIII, *Madrid, Cátedra, 1995*.

LVIII

ORIGEN Y NÚMERO DE LA PRIMERA CRUZADA - ÍNDOLE DE LOS PRÍNCIPES LATINOS - SU MARCHA A CONSTANTINOPLA - POLÍTICA DEL EMPERADOR GRIEGO ALEXIO - CONQUISTA DE NIZA, ANTIOQUÍA Y JERUSALÉN POR LOS FRANCOS - RESCATE DEL SANTO SEPULCRO - GODOFREDO DE BULLÓN, PRIMER REY DE JERUSALÉN - INSTITUCIONES DEL REINO FRANCÉS O LATINO

A los veinte años de la conquista de Jerusalén por los turcos, visitó el Santo Sepulcro un ermitaño llamado Pedro, natural de Amiens, en la provincia de Picardía. [456] Sus propias tropelías y la opresión del nombre cristiano extremaron su encono y su compasión, y juntando sus lágrimas con las del patriarca le pregunta con ahínco si se halla ya desahuciado por parte del emperador griego. El patriarca le va relatando los achaques y la postración de los sucesores de Constantino. «Las naciones belicosas de Europa —exclama el ermitaño—, han de acudir a mi voz escuadronadas», y la Europa toda obedece al llamamiento del ermitaño. Atónito el patriarca, lo despide con cartas lamentables e incitativas, y no bien desembarca en Bari, marcha Pedro arrebatadamente a besar el pie al pontífice romano. Menguado de estatura y de traza, con sus ojos agudísimos y su afluencia vehemente, arrollaba desde luego a su auditorio. [457] Era de familia hidalga (pues tenemos ya que ir usando lenguaje moderno) y militó con los vecinos condes de Bolonia, los héroes de la primera cruzada; pero dejó temprano el mundo y la espada, y siendo cierto que su esposa, aunque noble,

era añeja y fea, no se le haría tan cuesta arriba el orillar su lecho por el de un convento, y luego por el de una ermita. En tan montaraz soledad inflamose sobre su cuerpo descarnado su fantasía, creyó cuanto anhelaba, y todo lo estuvo ya viendo en sueños y en revelaciones. Fanático rematado, se mostró el peregrino a su regreso de Jerusalén, y como estaba descollando en él desvarío reinante, el papa Urbano II lo recibió con ínfulas de profeta, encareció su intento esclarecido, prometió sostenerlo en un concilio general y lo estimuló para ir pregonando el rescate de la Tierra Santa. En alas de aprobación tan plausible, atraviesa el ansioso misionero las provincias de Italia y Francia con aceptación y diligencia. Parco en el alimento, fervoroso y largo en la plegaria, va repartiendo con una mano cuantas limosnas recibe con la otra; descalzo y con la cabeza descubierta, abriga su cuerpecillo con tosquísima ropa; enarbola un crucifijo corpulento, y hasta el jumentillo que cabalga queda, para el concepto general, santificado con ir sirviendo al varón sobrehumano. Está predicando al gentío arremolinado por iglesias, calles y carreteras, frecuentando con igual llaneza alcázares y chozas, y arrebatando con su llamamiento al pueblo, y todos venían a verlo a la penitencia y a las armas. Al retratar los padecimientos de los solariegos y peregrinos en Palestina, va traspasando los corazones compasivos, e inflamando los pechos guerreros para acudir al socorro de sus hermanos y al rescate de su Salvador; ignora la retórica estudiada, pero la suple de sobras con ayes, lágrimas y exclamaciones; orilla los raciocinios, y apela con su clamoreo al mismo Jesucristo, a su Madre, a los santos y a los ángeles y arcángeles, con quienes suele conversar por los ámbitos del paraíso. El orador encumbrado de Atenas envidiaría el embeleso de su elocuencia, pues aquel entusiasta cerril va traspasando los ímpetus que está sintiendo, y la cristiandad

entera se muestra colgada del dictamen y el decreto del sumo pontífice.

El numen grandioso de Gregorio VII tiene ya ideado el intento de armar la Europa contra el Asia; en sus cartas está todavía ardiendo aquel afán ambicioso, y hasta cincuenta mil católicos se alistan, por ambas vertientes de los Alpes, en las banderas de san Pedro, [458] y el sucesor suyo pone de manifiesto *aquel* ánimo de acaudillar la hueste contra los impíos secuaces de Mahoma. Pero el timbre o el baldón de encabezar, no personalmente, tan sagrada empresa, quedaba reservada para Urbano II, [459] su fidelísimo alumno. Emprende la conquista del Oriente, mientras la porción mayor de Roma para en manos de Gulberto de Ravena, que lidia con Urbano por el nombre y los honores del pontificado. Se empeña en hermanar las potencias del Occidente cabalmente cuando los príncipes se hallan desviados de la Iglesia y los pueblos de sus príncipes, por las excomuniones que tanto él como sus antecesores tienen, fulminadas contra el emperador y el rey de Francia. Está sobrellevando éste sufridamente las censuras que se había acarreado con su adúltero desposorio y vida escandalosa. Aferrábase Henrique IV de Alemania en su derecho de investiduras y en la prerrogativa de revalidar sus mitrados con la entrega del báculo y del anillo. Pero habían las armas de los normandos y de la condesa Matilde estrellado la prepotencia del emperador en Italia; y se acababa de emponzoñar tan dilatada contienda con la rebeldía de su hijo Conrado y la afrenta de su esposa, [460] que en los concilios de Constancia y de Plasencia había confesado paladinamente las varias prostituciones a que la había arrebatado un marido ajenísimo del pundonor de entrambos. [461] Era su popular el empeño de Urbano y tan poderoso su influjo, que el concilio convocado por él en

Plasencia [462] se componía de doscientos obispos de Italia, Francia, Borgoña, Suabia y Bavaria. Cuatro mil clérigos y hasta treinta mil seglares acudieron al importantísimo congreso, y como tantísima muchedumbre no cabía en la catedral grandiosa, celebráronse las sesiones por siete días en el ejido anchuroso de la ciudad. Recibiéronse los embajadores del emperador Alexio Comneno y fueron relatando el conflicto de su soberano, y la contingencia suma de Constantinopla, deslindada ya únicamente de los turcos, enemigos jurados del nombre cristiano. Encarándose rendidamente con los príncipes latinos, estuvieron engriendo su altanería, y al arrimo de su propio interés y de la religión, les instaron encarecidamente que rechazasen a los bárbaros allá por los confines de Asia, antes que vinieran a internarse por el corazón de Europa. Al tristísimo pormenor del peligro y desamparo de sus hermanos orientales, la asamblea toda prorrumpe en lágrimas, y los campeones más denodados se manifiestan prontísimos a emprender la marcha, despidiendo a los embajadores con la seguridad terminante de acudir ejecutiva y poderosamente en su auxilio. Alcanzaba a Constantinopla el plan grandioso y lejano de libertar a Jerusalén; pero la cordura de Urbano emplazó la postrera decisión para un segundo concilio, proponiendo alguna ciudad de Francia en otoño del mismo año. En aquel plazo se había de inflamar y cundir más y más el entusiasmo, estribando su mayor esperanza en aquella nación aguerrida [463] engreída aún con la preeminencia de su nombre, y ansiosa de igualarse con el mismo Carlomagno, [464] que según la novela popular de Turpin [465] había conquistado ya la Tierra Santa. Algún impulso encubierto estimularía vanidosamente a Urbano para aquella elección, siendo francés y monje de Cluny, y el primero de su país que se había entronizado en el solio de san Pedro. Esclareció como

papa su alcurnia y su comarca; y quizás no cabe complacencia entrañable que la de ir allá repasando, después de hallarse en colocación encumbrada, los pasajes y afanes de la mocedad.

No puede menos de extrañarse el arrojo del pontífice en alzar, dentro de Francia, su tribunal para asestar sus anatemas contra el mismo rey; pero cesa todo pasmo en haciéndose cargo de lo que era un rey de Francia en el siglo XI. [466] Felipe I era tataranieto de Hugo Capeto, fundador de aquel linaje, que en el menguante de la posteridad de Carlomagno añadió el dictado regio a sus estados patrimoniales de París y de Orleáns. En medio de aquella estrechez, disfrutaba autoridad y opulencia; mas para lo restante de Francia, Hugo y sus primeros descendientes no pasaban de señores feudales de los sesenta duques o condes con potestad hereditaria e independiente, [467] que se desentendían de toda cortapisa de leyes y juntas legales, y cuyos desacatos a su soberano quedaban desagraviados con la desobediencia de sus propios vasallos. En Clermont, territorio del conde de Auvergne, [468] podía el papa arrostrar sin peligro el encono de Felipe, y el concilio reunido en aquella ciudad corría parejo en número y señorío con el de Plasencia. [469] Además de su coste y el cuerpo de sus cardenales, sosteníanlo trece arzobispos y doscientos veinticinco obispos; regulábase el número de abades mitrados en cuatrocientos, y bendecían al padre de la Iglesia los santos, iluminándolo los sabios del siglo. Acompañaban al concilio escuadrones de guerreros y señores de otros reinos, prohombres todos de potestad y nombradía, [470] en expectativa intensa de los acuerdos, y fue tan sumo el afán de la concurrencia, que estando ya colmada la ciudad, hubo que albergarse en chozas y barracones por el campo raso. En las sesiones de ocho días se decretaron cánones provechosos para la reforma de costumbres; se providenció severísimamente contra

las guerras particulares; se revalidó la tregua de Dios, [471] esto es, suspensión de hostilidades por cuatro días en cada semana; tomó la Iglesia bajo su salvaguardia a las mujeres y los niños, y se extendió el resguardo a labradores y mercaderes, víctimas indefensas de la rapiña militar. Mas no alcanza la ley, por más sagradamente sancionada que aparezca, a escudar de improviso al desvalido, trasformando las propensiones del siglo, y luego el conato benévolo de Urbano desmerece en gran manera, puesto que trataba de apaciguar pendencias peculiares, con ánimo de encender las llamas de la guerra desde el Atlántico hasta el Éufrates. Sonó y resonó el grandioso intento por las naciones desde el concilio de Plasencia; pues el clero a su regreso fue predicando por sus respectivas diócesis el merecimiento y gloria del rescate de la Tierra Santa. Trepa luego el papa a un altísimo tablado en el mercado de Clermont, y su persuasiva no pudo menos de encarnar en los pechos ya propensos y enardecidos del auditorio. Obvias son sus premisas, vehementes sus ímpetus y su aplauso estrepitoso. El clamoreo de miles y miles interrumpe al orador, y en su habla cerril, pero en una sola voz prorrumpen: «Dios lo quiere, Dios lo dispone». [472] «Es, en verdad, disposición del Señor —replica el papa—, y esta palabra memorable, ciertamente inspirada por el Espíritu Santo, ha de ser siempre el alarido de la batalla, para enardecer la devoción y el denuedo de los campeones de Jesucristo. Su cruz es el símbolo de vuestra salvación; llevadla, cruz encarnada, cruz sangrienta, como señal exterior en vuestros hombros o pechos, como prenda de vuestro compromiso sagrado e irrevocable». Acéptase gozosamente la propuesta; infinitos clérigos y seglares estampan en su ropa la señal de la cruz, [473] y se empeñan en que el papa los acaudille. El sucesor, harto cuerdo, de Gregorio, se desentiende allá de tamaño realce, alegando el cisma de la Iglesia

y las incumbencias de su pastoral desempeño, y encargando a los fieles, que por su sexo, edad, profesión o dolencia se hallen imposibilitados, ayuden con sus plegarias y limosnas a la ejecución de sus robustos hermanos. Traspasa el nombre y facultades de legado suyo a Adomaro, obispo de Puig, el primero que recibió la cruz de sus manos. Encabeza a todos los caudillos temporales Raimundo, conde de Tolosa, cuyos embajadores disculparon su ausencia en el concilio, comprometiendo desde luego el honor de su dueño. Confesados y absueltos los campeones de la cruz, oyen el encargo excusado de que amonesten a sus paisanos y amigos, aplazándoles la partida para la Tierra Santa a la festividad de la Asunción, el 15 de agosto del año siguiente. [474]

Es de suyo el hombre tan violento, que al menor agravio o desliz se conceptúa con derecho para hostilizar principalmente al extraño o advenedizo; pero hay ahora que desentrañar el nombre y el jaez de una *guerra sagrada*; pues no debemos suponer arrebatadamente que los siervos de un Príncipe de Paz desenvainasen sus espadas asoladoras sin mediar motivos terminantes de contienda legítima y precisión imprescindible. La índole de nuestras gestiones se cifra en la enseñanza práctica, pero antes de obrar debe la conciencia justipreciar el acierto y la oportunidad de toda empresa. Allá los cruzados, tanto en levante como en poniente, iban empapados en su pundonoroso intento, alegando argumentos enmarañados con citas cavilosas de la Escritura y hojarasca de retórica; pero aferrábanse siempre en su derecho nativo e irrefragable a la posesión de la Tierra Santa, abominando de la impiedad de sus enemigos paganos o musulmanes. [475]

I. El derecho de la defensa justa abarca desde luego a nuestros aliados civiles y espirituales, cifrándose en la existencia

de algún peligro, el cual se ha de graduar por la malignidad y el poderío de nuestros enemigos. Achácase a los musulmanes el tema perniciosísimo del *exterminio* de todas las demás religiones a los filos de su espada; pero este cargo de tamaña idiotez y fanatismo queda rechazado con el texto del *Alcorán*, con la historia de las conquistas mahometanas y con su tolerancia pública y legal del culto cristiano. Es sin embargo innegable que están acosando a las iglesias orientales con su yugo de hierro; que en paz y en guerra están siempre decantando su derecho divino e incontrastable para el imperio universal, y que su creencia más acendrada sigue amagando de muerte a toda religión y libertad. El malogro de uno y otro estuvo en el disparador con las armas victoriosas de los turcos en el siglo XI, pues vinieron avasallando en treinta años los reinos de Asia, hasta Jerusalén y el Helesponto y conmoviendo con trémulo vaivén el exánime Imperio griego. Además de su afecto decoroso a unos hermanos, asistía a los latinos derecho e interés para sostener a Constantinopla, como valladar importantísimo, para el Occidente, y el fuero de la defensa natural no podía menos de alcanzar hasta precaver o rechazar el embate siempre inminente. Mas cabía acudir a tan saludable intento con un auxilio moderado, y la racionalidad despejada tiene que tildar aquel gentío innumerable y aquellas operaciones lejanas que asolaban el Asia despoblando la Europa.

II. Nada abultaba la Palestina para el resguardo de los latinos, y tan sólo el fanatismo podía empeñarse en abonar la conquista de provincia tan remota y reducida. Afirmaban los cristianos que su Salvador Divino había sellado con su propia sangre aquel derecho antiguo e incontrastable a la tierra de promisión; y así por fuero y por virtud acudían a rescatar su herencia de manos injustísimas, que estaban profanando el

Santo Sepulcro e infestando la peregrinación de los fieles. En vano se alegaría que la preeminencia de Jerusalén y la santidad de Palestina quedaron abolidas con la ley de Moisés; que ni el Dios de los cristianos es divinidad local, ni el recobro de Belén o el Calvario, su cuna o su túmulo, compensarían sus contravenciones a los preceptos morales del Evangelio. Tales argumentos resbalan por el broquel de plomo de la superstición, y el pecho devoto jamás viene a desprenderse de su asidero en el árbol sagrado del misterio y de los milagros.

III. Pero cuantas guerras sagradas se han sostenido por todos los climas del globo, desde el Egipto hasta la Livonia, desde el Perú al Indostán, requieren siempre el arrimo de algún dogma mucho más general y aplicable. Se ha supuesto anteriormente y se afirmó a veces que una diferencia en la religión es fundamento suficiente para hostilizarse, que todo incrédulo empedernido puede matarse o sojuzgarse por los campeones de la cruz, y que la gracia, o bien la misericordia, son los únicos manantiales del verdadero señorío. Más de cuatro siglos antes de la primera cruzada, las provincias así orientales como occidentales del Imperio Romano habían venido a incorporarse, del propio modo y casi al mismo tiempo, allá por los bárbaros de Alemania o de Arabia. El tiempo y los tratados habían ido legitimando las conquistas de los francos *cristianos*; mas para sus vecinos o súbditos los príncipes musulmanes eran siempre unos tiranos y usurpadores, a quienes, habiendo proporción de armas y rebeldía, se les podía legítimamente arrojar de sus posesiones indebidas. [476]

Al paso que las costumbres de los cristianos se iban relajando, se subía también de punto la tirantez de la disciplina, [477] penitenciándose redobladamente los pecados para ver de atajarlos. En la Iglesia primitiva una confesión voluntaria y sin

rebozo abría el rumbo para el logro de la absolución. En la Edad Media, obispos y clérigos iban como sonsacando al reo, y precisándolo a dar cuenta de pensamientos, palabras y obras, y le encajonaban el camino para reconciliarse con Dios. Pero tan suma potestad solía parar en extremos de condescendencia o tiranía, y así hubo que pautar un régimen para los jueces espirituales. Los griegos fueron los inventores de aquel sistema legislativo, y la Iglesia latina tradujo o remedó sus *penitenciales*, [478] de modo que ya en tiempo de Carlomagno el clero de todas las diócesis estaba pertrechado con su código, reservándolo cuerdamente del conocimiento del vulgo. En aquel deslinde tan vidrioso de culpas y castigos, quedaban supuestos ya todos los casos, y desmenuzadas por ápices sus diferencias con la práctica y perspicacia de los monjes; y se expresan allí pecados que la inocencia jamás hubiera llegado a soñar, con otros que la racionalidad no pudiera creer; y los deslices más frecuentes de trato carnal, adulterio, perjurio, sacrilegio, y aun delitos de robo y matanza, se penitenciaban, según las circunstancias, desde por cuarenta días hasta por siete años. En aquel plazo de penalidad venía como a sanar el doliente, quedando el reo absuelto con su tarea arreglada de ayunos y plegarias: su porte desaliñado por aquella temporada estaba rebosando desconsuelo y arrepentimiento, absteniéndose rendidamente de todo quehacer y recreo de la vida social. Mas como la suma tirantez de leyes tan rigurosas viniera a despoblar el palacio, el campamento y la ciudad, los bárbaros de Occidente creían y temblaban, mas solía rebelarse la naturaleza contra aquellas estrecheces, y acudía entonces en balde el magistrado a robustecer la jurisdicción del clérigo. No cabía en verdad el cumplimiento por ápices de tanta penitencia; el delito de adulterio menudeaba más y más por cada día; el de homicidio podía acarrear el exterminio de todo un

pueblo: todo desliz se iba sumando, y en aquella temporada de liviandad y anarquía, un mediano pecador podía cargar con la deuda de tres siglos. Se conmutaba o *dispensaba* aquella insolvencia: justipreciábase un año de penitencia en veintiséis *sueldos* [479] de plata, esto es: unos veinte duros, para los ricos, y tres sueldos, o unos cuarenta reales, para el menesteroso. Apropiábase al punto aquellas limosnas la Iglesia, y eran un manantial perenne de opulencia y predominio. Una deuda de tres siglos, o siete u ocho mil duros, era capaz de empobrecer al más pudiente; escaseando el metálico se acudía a las fincas, y las donaciones regias de Pepino y Carlomagno se dedican expresamente al *remedio* de su alma. Máxima es de la ley civil el pagar con el cuerpo las deudas de todo insolvente, por lo cual prohijaron los monjes la práctica de los azotes, bonito en verdad, aunque amargo, equivalente. Allá por una aritmética ideal, se compra un año de penitencia en tres mil azotazos, [480] y tan suma era la maestría y tan encallecido el aguante de un ermitaño famoso, santo Domingo el coracero, [481] que en seis días cumplía con un siglo entero, en una tarea de trescientos mil azotes. Siguieron su ejemplo varios penitentes de ambos sexos, y cundiendo el giro de tales sacrificios por sustituto, podía un azotado brioso pagar a costa de sus espaldas los pecados de su bienhechor; [482] y en el siglo XI fueron ya corrientes aquellas compensaciones del bolsillo y las carnes, hasta que asomó por fin otro descargo más decoroso. Los antecesores de Urbano II habían pregonado el merecimiento del servicio militar contra los sarracenos de África o de España; y así el referido papa proclamó *indulgencia plenaria* para cuantos se alistasen bajo la bandera de la cruz, con absolución de *todos* sus pecados y descargo colmado de cuantos se pudieran deber por penitencias canónicas. [483] En estos tiempos afilosofadamente yertos, no se alcanza lo infinito

que encarnó aquella propuesta y concesión en los ánimos pecadores y fanáticos. Al llamamiento del gran pastor, el salteador, incendiario u homicida, vuelan a millares a redimir sus almas, redoblando contra los infieles las idénticas gestiones que han estado practicando contra sus hermanos católicos, y los reos de todo nombre y jerarquía se avienen desaladamente a los términos de aquel desquite. Todos son pecadores, a todos abarca la culpa y la pena, y los menos reducibles a la justicia de Dios y de la Iglesia son cabalmente los más acreedores al galardón temporal y sempiterno de su denuedo religioso. Si fracasan, acude ansioso el clero latino a realzar su túmulo con la corona del martirio; [484] y si prosperan, pueden contar a sus anchuras con la remuneración grandiosa de su debida bienaventuranza. Ofrecen su sangre por el Hijo de Dios, que rindió tan preciosa vida por su salvación; ostentan su cruz y van ya caminando por el rumbo del Señor. Corren a cargo de su providencia, la cual tal vez con su poderío patente y milagroso allanará los tropiezos de tan sagrada empresa, pues la nube y columna de Jehovah había marchado ante los israelitas a la tierra de promisión. ¿No debían los cristianos más fundadamente esperanzar que los ríos se abriesen para su tránsito; que las murallas de las ciudades más fuertes se desplomasen al eco de sus clarines, y que el sol, en medio de su carrera, se parase proporcionando el debido tiempo para el exterminio de los infieles?

En cuanto a los adalides y la soldadesca que se encaminaban al Santo Sepulcro, afirmo desde luego que su móvil era el entusiasmo, creídos todos en su merecimiento, esperanzados con el galardón y seguros del auxilio sobrehumano; pero me hago cargo de que para muchos no era la causa única, y para algunos ni aun la principal, de su determinación. Ni el ejercicio ni el abuso de la religión alcanzan a contrastar el torrente de las

costumbres nacionales; siendo, por el contrario, muy capaces de dispararlo irresistiblemente. Papas y concilios se descerrajaban en balde contra las guerras particulares, torneos sangrientos, amoríos deshonestos y retos judiciales. Tarea más obvia es el engolfarse en contiendas metafísicas con los griegos, el emparedar en los claustros las víctimas de la anarquía o el despotismo, el santificar el aguante de esclavos y de cobardes, o arrebozarse con la humanidad y el cariño de los cristianos modernos. Desvivíanse francos y latinos por guerras y afanes, y ahora por vía de penitencia les encargaban que halagasen sus propensiones, visitasen tierras lejanas y blandiesen sus aceros contra las naciones del Oriente. Su victoria y aun su empresa iban desde luego a inmortalizar los nombres de los héroes denodados de la Cruz, y aun la religiosidad más acendrada no podía desentenderse de aquella perspectiva esplendorosa de nombradía militar. En las lides adocenadas de Europa estaban derramando la sangre de sus amigos o compatricios, por el logro tal vez de un castillejo o de una aldehuela; al paso que marcharían ufanísimos contra naciones remotas y enemigas, meros holocaustos de sus armas; ya su fantasía estaba empuñando los cetros de oro del Asia, y la conquista de la Pulla y la Sicilia por los normandos podía desde luego entronizar las esperanzas del más ínfimo aventurero. Allá la cristiandad, en su tosquísima cuna, ningún cotejo admitía con el clima y el cultivo de los países musulmanes, y los peregrinos con sus relaciones, y el comercio con sus medianos artefactos, habían abultado en gran manera los dones naturales o artificiales de aquellas regiones. El vulgo hidalgo o plebeyo estaba empapado en portentos de campos riquísimos, de raudales de miel y leche, de minas y tesoros, de miles de diamantes, de alcázares de mármol y jaspe, y de alamedas olorosas de incienso y cinamomo. En

aquel paraíso terrenal todo guerrero cifraba en su propia espada un establecimiento grandioso y honorífico, delineado únicamente por el ámbito de sus anhelos. [485] Los vasallos y la soldadesca fiaban sus logros de Dios y de sus dueños: podían los despojos de un emir turco enriquecer al ínfimo sirviente del campamento, y el aroma de los vinos y la hermosura de las griegas [486] eran tentaciones más eficaces y adecuadas a la naturaleza que a la profesión de los campeones de la Cruz. Incitaba poderosamente el afán de independencia a la muchedumbre acosada con la tiranía feudal y eclesiástica. Bajo aquella señal sacrosanta, campesinos y ciudadanos, sujetos a la servidumbre del terrón, se desentendían más o menos de un señor altanero, trasladándose con sus familias a un terreno de libertad. El monje se libertaba del instituto de su convento; el deudor se desahogaba de tanto redoble de usuras y del apremio de sus acreedores, y los forajidos y presidarios podían seguir retando las leyes y burlando el castigo de sus maldades. [487]

Muchos y poderosos eran tales móviles, y tras el cómputo individual de su empuje a solas en cada pecho, hay ahora que añadir el agolpamiento infinito y la potestad recargadora del ejemplo y de la moda. Los primeros alistados pararon luego en los misioneros más ardientes y ejecutivos de la Cruz; andaban predicando entre amigos y compatricios la obligación, el mérito y los galardones del voto sagrado, y aun los oyentes más reacios se iban tras la oleada o el remolino de la persuasiva o de la autoridad. Estimulaban a la mocedad con reconvenciones o indirectas de cobardía; ancianos y dolientes, mujeres y niños se afanaban tras la coyuntura de visitar el sepulcro de Jesucristo con una hueste, llevándose allá de su anhelo y prescindiendo de su flaqueza; y aun los que por la tarde escarnecían el desvarío de sus paisanos descollaban a la madrugada entre los incitadores de

la empresa; pues la ignorancia, abultadora de logros y esperanzas, era también la encubridora de los peligros. No quedaban ya huellas de peregrinación desde la conquista de los turcos, careciendo hasta los caudillos de noticias individuales acerca de las distancias de los parajes y del estado de los enemigos; y tan extremada era la necedad del populacho, que al descubrir allá algún castillo o población desconocida, luego iba a preguntar si aquélla era la ansiada Jerusalén, término y objeto de su viaje. Pero los cruzados más advertidos que no daban por cierta la lluvia de codornices o de maná desde el cielo, se esmeraron en pertrecharse con aquellos metales, que dondequiera vienen a representar todo género de haberes. Para acudir según su respectiva jerarquía a los desembolsos del viaje, enajenaba el príncipe sus provincias, el hidalgo sus haciendas o castillos, y el campesino sus ganados o aperos de labranza. Desmerecieron las fincas con el afán y el número de los vendedores al paso que se encarecían los caballos y las armas con extremada exorbitancia por los infinitos compradores que apetecían uno y otro a competencia. [488] Los quedados en casa, con dinero y cordura, se acaudalaban con aquel destemple epidémico, baratísimas granjeaban los soberanos las haciendas de sus vasallos, y los compradores eclesiásticos redondeaban el importe de las fincas con promesas de plegarias. Había santones que se estampaban en la piel con puntas de alfileres, hierro enalbado y líquidos permanentes la cruz que otros solían coserse de paño o seda en la ropa, y hubo taimado monje que enseñándola esculpida en su pecho, se acarreó suma veneración y gran prebenda luego en Palestina. [489]

El 15 de agosto era el plazo del concilio de Clermont para la partida; mas hubo que anticiparlo por el sinnúmero de plebeyos fatuos y hambrientos que, como voy a referir brevemente, para

luego explayarme en el pormenor de la empresa grandiosa y acertada de los caudillos, causaron y padecieron amarguísimos quebrantos. Agolpáronse desde el asomo de la primavera a rebaños por el confín de Francia y la Lorena más de sesenta mil del populacho de ambos sexos, en derredor del primer misionero de la cruzada, estrechándolo alborotada y vocingleramente a que los acaudillara para el Santo Sepulcro. El ermitaño, con ínfulas de general, ajeno de toda autoridad y desempeño, andaba ya enfrenando, ya enardeciendo el ímpetu de suyo disparado de sus allegados, por las márgenes del Rin y del Danubio. Su muchedumbre y escaseces los precisaron a dividirse; su lugarteniente, Gualtero el Descamisado, soldado tan valiente como menesteroso, era el adalid que encabezaba la vanguardia de peregrinos, entre los cuales había como unos ocho jinetes para quince mil infantes. Seguía muy de cerca el ejemplo y huellas de Pedro, allá otro fanático, el monje Godescaldo, cuyas pláticas le arrollaron consigo hasta quince o veinte mil campesinos de las aldeas de Alemania. Cerraba la retaguardia una grey de doscientos mil mentecatos cerriles de la ínfima hez del populacho, que iban empapando su devoción en desenfreno irracional de robos, deshonestidades y embriagueces. Algunos condes y caballeros, capitaneando tres mil caballos, seguían los movimientos de la muchedumbre para terciar en el despejo, pero en suma sus caudillos efectivos (¿cabe el dar crédito a tamaño desvarío?) eran un ganso y una cabra que marchaban al frente, a los cuales aquellos dignísimos cristianos suponían embebidos en el espíritu divino. [490] Guerreaban acá y acullá tantísimas gavillas de entusiastas muy a su salvo contra los judíos, matadores del Hijo de Dios. Crecidas y riquísimas eran a la sazón sus colonias por las ciudades traficantes del Rin y del Mosela, gozando bajo el resguardo del emperador y de los

obispos del ejercicio libre de su religión. [491] A millares fenecieron aquellos desventurados con saqueos y matanzas [492] en Verdún, Tréveris, Metz, Espira y Horms, no habiendo padecido fracaso tan sangriento desde la persecución de Adriano. La entereza de algunos obispos salvó algunos restos, que se avinieron a ir aparentando conversión; pero los judíos más pertinaces contrarrestaban el fanatismo ajeno con el suyo, atrancaban sus casas, y luego, derrumbándose con sus familias y riquezas a los ríos o a hogueras, frustraban la maldad, o por lo menos la codicia, de tan implacables enemigos.

Desde el confín del Austria hasta el solio de la monarquía bizantina, tenían los cruzados que atravesar un intermedio de doscientas leguas, a saber, los países incultos y montaraces de Hungría [493] y Bulgaria. Fértil de suyo es el suelo y zanjado con ríos; mas estaba por entonces pantanoso y emboscado a larguísimas leguas, y tan sólo despejado a trechos por el escaso cultivo. Asomaba allí algún rudimento de cristianismo, obedeciendo los húngaros a sus príncipes nativos, y los búlgaros a un lugarteniente del emperador griego, pero a la provocación más leve se ensañaban feroz y mortalmente, y harto provocadores se mostraban los desmandados peregrinos. No podía menos de ser tosco y atrasadísimo todo género de labranza entre gentes cuyas poblaciones eran de cañas y ramaje, y que al estío quedaban desiertas, albergándose sus vecindarios en tiendas de cazadores y ganaderos. Pídenles broncamente abastos, que entregados a viva fuerza quedan instantánea y vorazmente consumidos, y los cruzados a la primera reyerta se desenfrenan con airada venganza. Pero con ellos, por su ignorancia del terreno y de los pasos, toda asechanza salía certera. El prefecto griego de Bulgaria estaba mandando fuerzas arregladas; el rey húngaro con el octavo o el décimo de sus valientes súbditos

acudiendo a sus arcos, montan luego a caballo, se valen de ardides, y su desagravio con los devotos salteadores viene a ser implacable y sangrientísimo. [494] Como un tercio de aquellos fugitivos en carnes con el ermitaño Pedro se salvan por las serranías de Tracia, y el emperador, acatando la peregrinación y el auxilio de los latinos, los trae por jornadas seguras y cansadas a Constantinopla, y les encarga que esperen allí a sus hermanos. Al pronto se hacen cargo de sus yerros y sus quebrantos; mas no bien se rehacen con aquel agasajo, que se encona de nuevo su ponzoña y se desmandan con su bienhechor allanando jardines, palacios e iglesias en sus continuos salteamientos. Alexio, para su salvamento, logra trasponerlos a las playas asiáticas del Bósforo; pero a impulsos de su ceguedad desamparan los puntos donde los aposentaron, y allá se abalanzan disparadamente sobre los turcos atravesados sobre el camino de Jerusalén. Regresa el ermitaño avergonzado y a solas a Constantinopla, y su lugarteniente Gualtero el Descamisado, acreedor a otro mando más decoroso, se empeña sin fruto en plantear algún asomo de cordura y arreglo en aquella manada de irracionales. Se andan desviando en busca de rapiña, y el sultán con sus arterías los apresa facilísimamente. Cunde la voz de que sus compañeros de vanguardia se están regalando con los despojos de la capital, y así Solimán consigue atraer el cuerpo principal a las llanuras de Niza: allí una nube de flechazos turcos los anonada, y una pirámide de osamenta [495] está luego enterando a sus compañeros del sitio de su derrota. Habían ya fenecido hasta trescientos mil de los primeros cruzados, antes que ni una sola ciudad quedase rescatada de manos de los infieles, y antes que sus hermanos más circunspectos y esclarecidos estuviesen aparatados para tamaña empresa. [496]

Ninguno de los principales soberanos de Europa había

empeñado su propia persona en la primera cruzada. Ajenísimo se hallaba el emperador Enrique IV de avenirse a la intimación del papa; vivía Felipe I de Francia empapado en sus deleites; Guillermo Rufo de Inglaterra se afanaba todo en su nueva conquista; los reyes de España estaban más y más engolfados en sus propias guerras contra la morisma, y los monarcas septentrionales de Escocia, Dinamarca, [497] Suecia y Polonia se desentendían a la razón de los arranques e intereses de Mediodía. Más enardecidos en su religiosidad se mostraban los príncipes de segundo orden, que no dejaban de abultar y trascender en el sistema feudal. Pautaremos con su situación, bajo cuatro encabezamientos naturalísimos, la reseña de sus nombres e índoles, y desde ahora, para evitar cansadas repeticiones, advertiremos que la valentía y el ejercicio de las armas eran el atributo general de aquellos aventureros cristianos.

I. Descuella ante todos en paz y en guerra Godofredo de Bullón, y venturosos mil veces fueran los cruzados si en él cifraran su mando único y absoluto: héroe cabal y dignísimo representante de Carlomagno, de quien descendía por la línea materna. Era su padre de la alcurnia esclarecida de los condes de Bolonia: el Brabante, provincia inferior de la Lorena, [498] era la herencia de su madre, y por dignación del emperador lo revistieron con aquel dictado ducal, trasladado indebidamente a su señorío de Bullón en las Ardenas. [499] Era el alférez mayor del Imperio con Enrique IV, y atravesó de un lanzazo al rebelde reyezuelo Rodolfo: fue Godofredo el primero que trepó a las murallas de Roma, y su dolencia, su voto y tal vez el remordimiento de haber hecho armas contra el papa revalidaron su resolución muy temprana de visitar el Santo Sepulcro, no ya de mero peregrino, sino con ínfulas de libertador. Sazonado y comedido vino a ser su denuedo; su ciega religiosidad era por lo

menos entrañable, y en el tráfago de un campamento siguió practicando las virtudes efectivas o aéreas de un convento. Sobreponiéndose a los sencillos personales de los adalides, concentraba allá todo su encono contra los enemigos de Jesucristo; y aunque se granjeó todo un reino con su ahínco, sus competidores reconocían el afán castizo y desinteresado de su pecho. [500] Acompañaban al sumo héroe del Taso sus dos hermanos, Curtacio el mayor, que lo sucedió en el condado de Bolonia, y el menor Balduino, de índole y bizarría más dudosa. Ambas orillas del Rin tributaban loores al duque de Lorena, quien por su nacimiento y su educación estaba siempre alternando entre el idioma francés y el alemán: los barones de Francia, Lorena y Alemania juntaron sus vasallos, y la hueste confederada que iba marchando bajo las banderas de la cruz estaba compuesta por ochenta mil infantes y diez mil caballos.

II. En el parlamento celebrado en París y en presencia del rey a los dos meses del concilio de Clermont, sobresalía Hugo, duque de Vermandois, entre cuantos príncipes habían tomado la cruz. Apellidose *grande*, no tanto por sus prendas y posesiones (aunque harto apreciables unas y otras), como por su regio nacimiento al hermano del rey de Francia. [501] Fue Roberto, duque de Normandía, primogénito de Guillermo el Conquistador, mas al fallecimiento del padre, su hermano activísimo Rufo le arrebató por su flojedad, la corona de Inglaterra. Liviandad e insubsistencia desdoraban los timbres de Roberto; siempre festivo y siempre encenagado en deleites, empobreció el erario y al pueblo con sus profusiones, y luego fomentador de maldades por su ciega condescendencia, sus amenos realces como particular redundaban en realidades fundamentales como soberano. Empeñó la Normandía para la temporada de su ausencia por la suma escasilla de diez mil

marcos al usurpador inglés; [502] pero su compromiso y desempeño en la Guerra Santa le reformó hasta cierto punto las costumbres, y lo reencumbró a su debido predicamento. Otro Roberto, conde de Flandes, provincia regia que dio en aquel siglo hasta tres reinas a los tronos de Francia, Inglaterra y Dinamarca, se apellidó luego la espada y lanza de los cristianos; pero solía con su ímpetu soldadesco trascordar la jerarquía de caudillo. Era Esteban, conde de Chartres, Blois y Troyes, de suyo opulentísimo; hubo quien contó sus castillos por los días cabales de un año. Mostraba ínfulas de literato, y solía presidir el consejo de los caudillos por sus luces y su elocuencia. [503] Eran estos cuatro los sumos adalides ya de los franceses y normandos, ya de los peregrinos de las Islas Británicas; pero la reseña de barones, dueños de tres o cuatro pueblos, sobrepujaría, dice un escritor contemporáneo, al cómputo de la guerra troyana. [504]

III. En el sur de Francia, el mando fue asumido por Ademaro, obispo de Puig, legado del papa, y por Raimundo, conde de san Giles y de Tolosa, quien se realzó con los dictados más sonoros de duque de Narbona y marqués de Provenza. Era el primero gran prelado, de igual desempeño para negocios de este y del otro mundo. El segundo era allá un veterano guerreador contra los sarracenos en España, que consagró sus años, ya en decadencia, no sólo al rescate sino al servicio perpetuo del Santo Sepulcro. Lograba sumo predominio en el campamento cristiano por su experiencia, socorriendo, cuando lo tenía a bien, sus frecuentes escaseces. Loáronlo los infieles, mas no vinculó el cariño de asociados ni súbditos, pues empañaba sus esclarecidas prendas con su temple siempre altanero, envidioso y pertinaz, y por más que abocase su pingüe patrimonio a la causa del Señor, adolecía su religiosidad, para el concepto público, de ambición y de avaricia. [505] Ímpetu

mercantil y no guerrero era el dominante entre sus provinciales, [506] abarcando con este apellido los naturales de Auvergne y Languedoc, [507] vasallos del reino de Borgoña y de Arles. Sacó también de la raya contigua de España un tercio de aventureros curtidos, y al ir pasando por Lombardía se le agolpaban a rebaños los italianos, componiendo el todo una fuerza de cien mil infantes y caballos. Fue el primero en alistarse y el postrero en irse Raimundo, mas tuvo que aparatarse grandiosamente, mediando además la promesa de su permanencia perpetua.

IV. Sonaba ya Bohemundo, hijo de Roberto Guiscardo, por sus dos victorias contra el emperador griego; mas el testamento de su padre lo dejó ceñido al principado de Tarento y al recuerdo de sus trofeos orientales; baste que lo conmovió el estruendo y tránsito de los peregrinos franceses. Cífranse en la persona de aquel caudillo normando política serena y ambiciosa con ciertos asomos de fanatismo devoto, y luego su conducta puede abonar el concepto de que allá reservadamente encaminaba los intentos del papa, aparentando seguirlos con afán y asombro, pues ya en el sitio de Amalfi estuvo inflamando con su ejemplo y persuasiva los ímpetus de una hueste confederada, y ahora fue desgarrando vestidos propios para suministrar cruces a tantísimos candidatos como se agolpaban para visitar Constantinopla y Asia, capitaneando diez mil jinetes y veinte mil infantes. Acompañaban al general veterano varios príncipes normandos, siendo su primo Tancredo [508] partícipe y no sirviente en la guerra. En el conjunto cabal de Tancredo estamos presenciando el dechado sumo de todo un caballero, [509] el temple acendrado de perfección caballeresca, que infundía los arranques grandiosos de un gran varón, muy superiores a la filosofía rastrera y religión desvariada de aquellos tiempos.

	La multitud	Los caudillos	El camino a Constantinopla	Alexius
I. Gesta francorum	p. 1, 2	p. 2	p. 2, 3	p. 4, 5
II. Robertus Monachus	p. 33, 34	p. 35, 36	p. 36, 37	p. 37, 38
III. Baldricus	p. 89	–	p. 91-93	p. 91-94
IV. Raimundus de Agiles	–	–	p. 139, 140	p. 140, 141
V. Albertus Aquensis	l. i. c. 7-31	–	l. ii. c. 1-8	l. ii. c. 9-19
VI. Fulcherius Carnotensis	p. 384	–	p. 385, 386	p. 386
VII. Guibertus	p. 482, 485	–	p. 485, 489	p. 485-490
VIII. Willermus Tyrensis	l. i. c. 18-30	l. i. c. 17	l. ii. c. 1-4, 13, 17, 22	l. ii. c. 5-23
IX. Radulphus Cadomensis	–	c. 1-3, 15	c. 4-7, 17	c. 8-13, 18, 19
X. Bernardus Thesaurarius	c. 7-11.	–	c. 11-20	c. 11-20

	Niza y Asia Menor	Edesa	Antioquía
I. Gesta francorum	p. 5-7	–	p. 9-15
II. Robertus Monachus	p. 39-45	–	p. 45-55
III. Baldricus	p. 94-101	–	p. 101-111
IV. Raimundus de Agiles	p. 142	–	p. 142-149
V. Albertus Aquensis	l. ii. c. 20-43; l. iii. c. 1-4	l. iii. c. 5-32; l. iv. 9, 12; l. v. 15-22	l. iii. c. 33-66; iv. 1-26
VI. Fulcherius Carnotensis	p. 387-389	p. 389, 390	p. 390-392
VII. Guibertus	p. 491-493, 498	p. 496, 497	p. 498, 506, 512
VIII. Willermus Tyrensis	l. iii. c. 1-12; l. iv. c. 13-25	l. iv. c. 1-6	l. iv. 9-24 l. v. 1-23
IX. Radulphus Cadomensis	c. 14-16, 21-47	–	c. 48-71
X. Bernardus Thesaurarius	c. 21-25	c. c. 26	c. 27-38

	La batalla Lanza	La Sagrada	Conquista de Jerusalén
I. Gesta francorum	p. 15-22	p. 18-20	p. 26-29
II. Robertus Monachus	p. 56-66	p. 61, 62	p. 74-81
III. Baldricus	p. 111-122	p. 116-119	p. 130-138
IV. Raimundus de Agiles	p. 149-155	p. 150, 152, 156	p. 173-183
V. Albertus Aquensis	l. iv. c. 7-56	l. iv. c. 43	l. v.c. 45,46; l. vi.c. 1-50
VI. Fulcherius Carnotensis	p. 392-395	p. 392	p. 396-400
VII. Guibertus	p. 512-523	p. 520, 530, 533	p. 523-537
VIII. Willermus Tyrensis	l. vi. c. 1-23	l. vi. c. 14	l. vii. c. 1-25; l. viii. c. 1-24
IX. Radulphus Cadomensis	c. 72-91	c. 100-109	c. 111-138
X. Bernardus Thesaurarius	c. 39-52	c. 45	c. 54-77

Entre el siglo de Carlomagno y el de las cruzadas había sobrevenido una revolución entre españoles, normandos y franceses, que fue luego cundiendo por toda Europa. Se arrinconó el servicio de infantería en la clase plebeya, cifrándose en la caballería la pujanza de los ejércitos y el dictado honorífico de militar, vinculado en los hidalgos que servían a caballo [510] e iban investidos del carácter de caballeros. Duques y condes usurpadores de la soberanía fueron dividiendo las provincias entre sus leales barones: éstos repartían entre sus vasallos los feudos o beneficios de sus jurisdicciones; los pares o consocios y su principal componían el orden ecuestre, que desconocían por entes de la misma especie a los campesinos y ciudadanos. Emparentaban únicamente con sus acendrados iguales; y únicamente sus hijos con sus cuatro cuarteles o ramas de antepasados, sin asomo de tacha o lunar, podían aspirar legalmente al timbre de caballeros; sin quitar por esto que tal cual plebeyo se acaudalase y ennobleciese por los filos de su

espada; y encabezase luego una nueva alcurnia. Un solo caballero estaba ya facultado para conceder ante sí el realce que estaba gozando, y los soberanos belicosos de Europa cifraban blasón más encumbrado en esta condecoración personal que en el esplendor de sus diademas. Rastréase en Tácito y en los bosques de Germania aquel ceremonial, [511] sencillísimo y profano en su arranque, pues revestían al candidato, tras ciertas pruebas, con espuelas y espada, dándole un golpecillo en el rostro o en el hombro, simbolizando el postrer sonrojo que le competía aguantar legalmente. Mas en todo acto público y particular se solía entrometer la superstición; pues en las guerras santas consagraba la profesión de las armas, asemejando la orden de caballería a las eclesiásticas en punto a fueros y regalías. El baño y el vestido blanco del novicio era un remedo indecoroso de la regeneración por el bautismo; bendecían los ministros de la religión su espada ofrecida en el altar; precedían a su solemnísimo ingreso ayunos y velaciones, y se lo constituía caballero en nombre de Dios, de san Jorge y del arcángel san Miguel. Juraba desempeñar las incumbencias de su nueva profesión, y luego el ejemplo, la educación y el concepto público eran los celadores inviolables de su juramento. Como campeón de Dios y de las damas (me sonrojo de hermanar nombres tan discordes) se comprometía a decir siempre verdad; a volver por el derecho; a amparar al desvalido; a proceder *cortésmente*, prenda más escasa entre los antiguos; a guerrear contra infieles; a desentenderse de los halagos del regalo y la seguridad, y a desagraviarse a todo trance del menor lunar que amagase a su pundonor. Empapado con sus ínfulas caballerescas, el valentón idiota se desentendía de toda industria y afán en las artes pacíficas; vinculaba en sí mismo el juzgado de sus propios agravios; orillando engreídamente las leyes de la

sociedad civil y de la disciplina militar. Mas redundaba aquella institución en desbaste de barbarismo y en arranques de afecto, justicia y humanidad, como es ya muy notorio y dignamente celebrado. Se despuntaron las espinas de mil vulgaridades, y la semejanza de armas y de religión vino a hermanar y enardecer con impulsos de emulación caballerosa la cristiandad entera. Ora allá en peregrinaciones arriesgadas, ora en ejercicios caseros y marciales, solían asociarse los guerreros de varias naciones, y el tino acendrado no puede menos de anteponer un torneo godo a los juegos olímpicos de la antigüedad clásica. [512] En vez de aquellos objetos desnudos y estragadores de los griegos, y ahuyentadores de las damas; la condecoración grandiosa de los palenques coronada con la presencia de beldades recatadas y principales, de cuyas manos se desprendían los galardones y guirnaldas, estimulaba hasta lo sumo el valor y la maestría. La destreza y pujanza en la lucha o riña corporal son ajenísimos del mérito efectivo de un soldado; mas los torneos cuales se inventaron en Francia y cundieron por levante y poniente estaban retratando al vivo el afán de una refriega. Las peleas a solas, escaramuzas y guerrillas, y luego la defensa de un tránsito, de un castillo, se ejecutaban con las veras de la realidad, y la lid en guerra positiva o aparente se zanjaba con el manejo preponderante de caballo y lanza. Ésta era el arma genial y peculiarísima del caballero; su caballo era corpulento y castizo, pero traíalo por lo más un palafrén para el momento del trance, cabalgando por lo más el amo un jaquillo mediano y sosegado. Por demás fuera el pararse a describir celada, grebas y rodela; pero sí expresaré que no era por el tiempo de las cruzadas tan congojosa la armadura como en los siglos posteriores, pues en vez de la maciza coraza defendían el pecho con un peto o cotas de malla. En llegando a enristrar la lanza los guerreros, se

disparaban enfurecida y encontradamente, y la caballería ligera de turcos o árabes por maravilla alcanzaba a contrarrestar el ímpetu arrebatado de su embate. Seguía a cada caballero su escudero fiel, mancebo de igual nacimiento y de anhelos pintiparados, cercábanlo sus flecheros o mozos de armas, y solían conceptuarse hasta cinco o seis soldados para redondear una *lanza*. En expediciones a los demás reinos o a la Tierra Santa, caducaban los pactos de la obligación feudal; el servicio ya voluntario de caballeros y secuaces, o venía a depender de afecto denodado, o se compraba con caudal y promesas; y así la fuerza de cada escuadrón se cifraba en el poderío, haberes y nombradía del adalid respectivo. Se deslindaban con sus banderas su cola historiada y su voz de guerra, y las familias más antiguas de Europa tienen que acudir a tales hazañas para desentrañar el origen y las pruebas de sus blasones. En este compendio arrebatado de la caballería, he tenido que anticiparme al pormenor de las cruzadas, causas a un tiempo y efectos de aquella institución memorable. [513]

Tal era la tropa y tales los caudillos que se engrieron con la cruz para el rescate del Santo Sepulcro. Al quedar con cierto desahogo por la ausencia de la plebe desmandada, se fueron enardeciendo con mensajes y avistamientos para cumplir su voto y acelerar su partida. Estaban esposas y hermanas ansiando terciar en el peligro y el merecimiento de la peregrinación. Redujeron sus tesoros portátiles a barras de oro o plata, y los príncipes y barones llevaban consigo sus jaurías y sus halcones amaestrados para recrearse y surtir sus mesas. Escaso y arduo se hacía el abasto para tantísimo gentío, acémilas y caballos, y así fue preciso ir tomando varios rumbos, según el dictamen o situación de cada cuerpo, para luego incorporarse todos a los asomos de Constantinopla, y entablar enseguida sus operaciones

contra los turcos. Godofredo de Bullón, desde el Mosa y el Mosela, siguió el camino recto de Alemania, Hungría y Bulgaria, y mientras fue único en el mando, cada huella era un rasgo de cordura y acierto. Detiénele, por tres semanas, al asomar a Hungría, un pueblo cristiano, enemiguísimo del nombre, o por lo menos las demasías, de la cruz. Llagados se muestran todavía los húngaros con las tropelías de los primeros peregrinos, y se habían luego propasado en su desaforado desagravio, y con razón están ahora temiendo un escarmiento ejemplar de un héroe compatricio y engolfado en el mismo empeño. Mas el duque pundonoroso, hecho cargo de todo el pormenor, se conduele de tanto exceso y descalabro de sus hermanos, y por medio de doce diputados, mensajeros todos de paz, les niega en su nombre un tránsito expedito y mercado equitativo. Para aventar toda zozobra, aventura Godofredo su propia persona, y luego la de su hermano a la buena fe de Carlomán, rey de Hungría, quien lo agasaja sencilla pero amistosamente; contratan y se juramentan sobre los Evangelios de entrambos, y pregonando pena de muerte queda enfrenada y comedida la soldadesca latina. Desde Austria hasta Belgrado atraviesan las llanuras de Hungría, sin el menor desmán por una ni otra parte, cautelándose siempre adecuadamente Carlomagno con su grandiosa caballería por los costados de la hueste. Llegan a la orilla del Save, y apenas lo atraviesan devuelve el húngaro los rehenes y se despide, exhalando anhelos por el acierto colmado de la empresa. Pasa Godofredo con el mismo tino y arreglo por las selvas de Bulgaria y los confines de Tracia, congratulándose desde luego de asomar ya al primer término de su peregrinación sin desenvainar la espada contra un solo cristiano. Raimundo, tras un viaje obvio y placentero por la Lombardía, desde Turín hasta Aquileya, marchó con sus

provinciales cuarenta días por el territorio montaraz de Dalmacia [514] y Eslavonia. El tiempo siempre nubloso, la serranía más y más inculta, los naturales fugitivos o contrarios sin freno de religión ni de gobierno, ajenísimos de suministrar abastos ni guías, matando a los descamisados, y acosando día y noche con tantísimo apuro al conde, logra por fin éste algún desahogo con el escarmiento de algunos salteadores apresados, más bien que por el avistamiento y tratado que ajusta con el príncipe de Escodra. [515] Los campesinos y la soldadesca griega hostigan y no detienen la marcha desde Durazzo hasta Constantinopla, y las mismas guerrillas se aparatan contra los demás adalides que van atravesando el Adriático desde la costa de Italia. Armas y bajeles tiene el próvido disciplinista Bohemundo, cuyo nombre suena todavía por las provincias del Epiro y de Tesalia. Su maestría militar y el ímpetu de Tancredo arrollan todos los tropiezos, y si el caudillo normando aparenta contemplar a los griegos, regala a su tropa con el saqueo cumplido de un castillo hereje. [516] La nobleza francesa marchó siempre desaforada e indiscretamente con el arrebato y liviandad que se le achacó en todos los tiempos. La carrera de Hugo el Grande, ambos Robertos y Esteban de Chartres por comarcas amenas desde los Alpes hasta la Pulla, entre católicos ufanísimos, fue siempre triunfadora; y besado el pie al pontífice, entregan el estandarte de san Pedro al hermano del rey de Francia. [517] Mas en aquella visita de religiosidad y recreo, trascuerdan la creación favorable, y los medios y arbitrios para embarcarse; pasaron el invierno y se dispersaron holgada y excesivamente por los pueblos de Italia; separados hicieron su camino sin reparar en seguridad o dignidad, y a los nueve meses de la Ascensión, plazo señalado por Urbano, todos los príncipes latinos habían acudido a Constantinopla. Mas asoma allí cautivo el conde de

Vermandois, pues dispersando una tormenta sus bajeles de vanguardia, los generales de Alexio lo apresan contra toda ley y miramiento. Pero veinticuatro caballeros con armaduras de oro anuncian la llegada de Hugo, quien manda al emperador que acate al general de los cristianos latinos, el hermano del rey de los reyes. [518]

He leído en alguna conseja oriental que un pastor se perdió con el logro de sus anhelos; ansiaba mucha agua, rebosó el Ganges sobre su terreno y le arrebató choza y ganado. Tal fue la suerte, o por lo menos la zozobra del emperador griego Alexio Comneno, cuyo nombre asomó ya en nuestra historia, y cuya conducta discuerda mucho leída en su hija Ana [519] y los escritores latinos. [520] Habían sus embajadores pedido en el consejo de Plasencia un auxilio regular, tal vez como de diez mil soldados; mas quedó atónito con la llegada de tanto caudillo poderoso y tantas naciones fanáticas. En el vaivén de su temor y su esperanza, de su apocamiento y su valentía, acude a política taimada que conceptúa cordura, mas no cabe creer, ni alcanzo a deslindar que conspirase malvadamente contra la vida y honra de los héroes franceses. La muchedumbre revuelta del ermitaño Pedro era una piara ajenísima de toda virtud y de toda racionalidad; ni cabía en Alexio el precaver o lamentar su exterminio. Sin ser tan despreciables, no se hacían menos sospechosas las tropas de Godofredo para el emperador griego. Podían ser sus móviles íntegros y religiosísimos, mas sobresaltábanlo igualmente su conocimiento del ambicioso Bohemundo y su ignorancia de los caudillos trasalpinos; era el denuedo francés de suyo ciego y disparado; podíanlos arrebatar el lujo y las preciosidades griegas, engreídos más y más con la presencia y el concepto de su pujanza incontrastable, y cabía el trascordar a Jerusalén al estar mirando a Constantinopla. Tras

marcha dilatada y trabajosísima en escaseces, acampa la hueste de Godofredo en las llanuras de Tracia: oyen airados todos que su hermano el conde de Vermandois yace encarcelado por los griegos, y el duque se violenta en franquearles algún desagravio en demasías y rapiñas. Allánase Alexio y se apaciguan con su promesa de abastecer los reales; y negándose a transitar el Bósforo durante la invernada, los acuartelan por jardines y palacios en la misma playa. Encónanse entrañablemente ambas naciones, menospreciándose al par mutuamente, ya por esclavos ya por bárbaros. Brotadora de sospechas es la ignorancia, y reyertas diarias enardecen sin término los recelos; ciega es de suyo la preocupación y sorda el hambre, y culpan a Alexio de intento malvado de asaltar o desabastecer a los latinos, en paraje azaroso y acorralado por el agua. [521] Resuenan los clarines de Godofredo, destroza aquella red, se tiende por la llanura y se aboca sobre los arrabales; mas están las puertas de Constantinopla a buen recaudo; cuajan flecheros las almenas, y tras un avance infructuoso ambas partes se avinieron a las voces de paz y religión. Agolpa el emperador ya dones, ya promesas, y va por fin amansando la ceñuda arrogancia de los advenedizos, y como guerrero cristiano reenciende su afán por la sagrada empresa. Asoma la primavera y recaban de Godofredo que plante sus reales en un paraje amenísimo del Asia; y no bien atraviesa el Bósforo cuando las naves griegas regresan repentinamente a la playa opuesta. Igual doblez usan con los demás caudillos, siguiendo todos el ejemplo de su principal y destroncándose con la ausencia de los compañeros más descollantes. Alexio, con su maestría y eficacia, logra precaver el encuentro de dos huestes confederadas junto a Constantinopla, sin dejar ya por la Pascua de Pentecostés un solo peregrino a la parte de Europa.

Las idénticas armas arrolladoras de Europa pueden ya rechazar los turcos de las playas cercanas del Bósforo y el Helesponto. Las provincias pingües de Niza y de Antioquía son patrimonio nuevo del emperador romano, abarcando con sus pretensiones añejas e incesantes los reinos de Siria y Egipto. Enajenado Alexio se regala ya, o por lo menos aparenta esperanzar que sus nuevos aliados van a derribar los tronos del Oriente; pero vuelto en sí se desengaña, y retrae de exponer su regia persona a voluble albedrío de unos bárbaros desconocidos y voluntariosos. Su cordura o su engreimiento se pagan de requerir a los príncipes franceses un juramento de homenaje y fidelidad, y su promesa solemne de reponerle o conservar sus conquistas asiáticas; como vasallos rendidos y leales del Imperio Romano. Destemplose su denuedo independiente al asomo de aquella voluntaria y extranjera servidumbre; se fueron sin embargo doblegando al embate redoblado de regalos y lisonjas, y los primeros paniaguados se trocaron en abogados elocuentes y ejecutivos para reclutar compañeros de su afrenta. Amaina la altanería de Hugo Vermandois con los sumos honores de su cautiverio; y el ejemplo de todo un hermano del rey de Francia fue por extremo arrollador y contagioso. Para el concepto de Godofredo de Bullón, toda consideración humana se soterraba ante la gloria de Dios y el éxito de la cruzada. Contrarrestó inexorablemente a las instancias de Raimundo y Bohemundo, que lo estrechaban a embestir y conquistar Constantinopla. Apreciaba Alexio sus prendas, apellidándolo dignísimamente el campeón del Imperio, y realzando su homenaje con el ceremonial de hijo adoptivo. [522] Agasajan a su odiosísimo Bohemundo, a fuer de aliado antiguo y leal, y si le apuntó el emperador sus hostilidades anteriores, fue tan sólo ensalzando su denuedo y la nombradía que había logrado granjearse en los

campos de Durazzo y de Loriza. Boato imperial le cupo al hijo de Guiscardo en su agasajo, y un día al pasar por una galería del palacio ve por la puerta descuidadamente franca un cúmulo de oro, plata, sedas y joyas que cuajaba la estancia hasta el techo, y prorrumpe: «¡Cuantísima conquista no merece emprenderse en pos de tamaño tesoro!». «Todo es ya vuestro», contesta al ansioso avariento el griego acompañante que estaba acechando sus miradas y pensamientos, y entonces Bohemundo, tras alguna pausa, carga por fin con el espléndido regalo. Lo lisonjean además con el brindis de un principado independiente; pero Alexio se desentiende en bosquejo de la osada petición del empleo de gran doméstico o general del Oriente. Los dos Robertos, hijo el uno del conquistador, y pariente el otro de tres reinas, [523] tributaron al par su acatamiento al solio bizantino. Suenan en particular los loores del emperador, barón dadivoso y excelente hasta lo sumo, que lo acogió desde luego en su privanza, y se comprometió a educarlo y establecerlo colmadamente como su hijo menor. Por la parte del Mediodía, el conde de san Giles de Tolosa escasamente reconocía la supremacía del rey de Francia, príncipe para él de habla y nación ajenas. Capitaneando hasta cien mil hombres, pregonó que tan sólo era soldado y sirviente de Jesucristo, y que el griego podía darse por bien pagado con un convenio de amistad y alianza. Su porfiado desvío, el valor y alcance de su rendimiento, centelleaba entre los bárbaros, dice la princesa Ana, como el sol en medio de los luceros. El emperador muestra desembarazadamente a su fiel Raimundo sus recelos contra Bohemundo el codicioso; y el estadista veterano se hace cargo de que un fementido en la amistad suele ser sincerísimo en la ojeriza. [524] El caballeroso Tancredo es el postrero en doblegarse, y luego nadie podía empañar sus timbres remedando a tan sumo

prohombre. Menosprecia oro y lisonjas; las echa en su presencia con un patricio desmandado; huye al Asia en traje de soldado, y se aviene con amargos ayes al predominio de Bohemundo y a los intereses de la causa cristiana. El móvil más eficaz y patente es la imposibilidad de cruzar el piélago y cumplir su voto sin el beneplácito y las naves de Alexio; pero vivían entrañablemente esperanzados de que, en hollando el continente del Asia, sus aceros habían de borrar toda afrenta, desentendiéndose luego de un compromiso que tampoco él trataría de cumplir lealmente. El ceremonial de su homenaje halagó a un pueblo que estaba hacía mucho tiempo conceptuando el boato por equivalente del poderío. El emperador, encumbrado en su solio, enmudece inmoble; los príncipes latinos van adorando su augusta majestad, y se allanan a besar sus plantas o sus rodillas, vileza que sus propios escritores se sonrojan de confesar sin poder negarla. [525]

El interés público o privado acalla todo murmullo entre los duques y condes; pero un barón francés (suponen [526] que Roberto de París) se propasa a trepar al solio y sentarse junto al mismo Alexio. Reconviénelo cuerdamente Balduino, y entonces el osado prorrumpe en su cerril lenguaje: «¿Quién viene a ser este zafio que está ahí muy sentado, mientras una caterva de esforzados adalides lo rodean todos de pie?». No desenmudece el emperador, encubre su ira y se entera por el intérprete del contenido que ya se maliciaba en parte, por aquel idioma universal del ademán y el semblante. Antes de la despedida de los peregrinos indaga el nombre y la esfera del arrojado barón. «Soy francés —contesta Roberto—, de sangre hidalga y acendrada. Lo que puedo decir es que hay en mi vecindad una iglesia [527] adonde acuden los retadores de profesión. Mientras asoma algún enemigo están rezando a Dios y a los santos. He

frecuentado mucho el paraje, y hasta ahora nadie ha chistado contra mí.» Despídelo Alexio con alguna advertencia oportuna sobre la guerra contra los turcos, y la historia se explaya gustosa sobre aquel ejemplar terminante de las costumbres de su siglo y de su país.

Emprendió, redondeó Alejandro la conquista de Asia con treinta y cinco mil macedonios y griegos, [528] cifrando su confianza en el tesón y arreglo de su falange de infantería. La pujanza sobresaliente de los cruzados estribaba en su caballería, y en su reseña por las llanuras de Bitinia resultaron entre jinetes y sirvientes en grupa, completamente armados con celadas y cotas de malla, hasta cien mil combatientes. Los quilates de tamaña soldadesca son acreedores a tan esmerada individualidad, pues la caballería europea, echando el resto, logró en el primer conato aprontar aquel cuerpo tan formidable. Parte de la infantería se empleaba en guerrillas, gastadores y flecheros; mas luego el tropel se arremolinaba en su propio desorden, y confiamos no en nuestros ojos y conocimientos sino en un capellán del conde Balduino, [529] para estimar en seiscientos mil a los peregrinos de armas tomar, además de clérigos, monjes, mujeres y niños en el campamento latino. Pásmase el lector y antes que vuelva de su asombro añadiré, con el idéntico testimonio, que si cuantos estuvieron ostentando la cruz cumplieran su voto, emigraran de Europa hacia el Asia *más de seis millones*. En medio de tan trabajosos documentos, me cabe el descansar algún tanto con un escritor más perspicaz y reflexivo, [530] quien tras la misma reseña de caballería tilda la credulidad del capellán de Chartres, y aun duda que en las regiones *cisalpinas* en la geografía de un francés alcanzasen a producir y desembocar tamañas muchedumbres. Recapacitando con yerta calma, se echa de ver que muchísimos de aquellos

devotos jamás asomaron sobre Constantinopla y Niza. El influjo del entusiasmo es vario y pasajero; la reflexión o la cobardía detuvo a infinitos en casa y más a los menesterosos y endebles; habiendo rechazado también a muchos los tropiezos del camino, tanto más insuperables cuanto imprevistos para la ignorancia fanática. Blanqueaban con sus huesos las tiradas montaraces de Hungría y de Bulgaria; el sultán les acuchilló la vanguardia, computándose la pérdida del primer embate, por acero, clima o cansancio en trescientos mil individuos. Y aun los miles y miles que sobrevivían marchaban y se agolpaban más y más para adelante en la peregrinación sagrada, asombraban al par a los griegos y a ellos mismos. Desfallece el brío rebosante de su idioma para los conatos de la princesa Ana; [531] las pinceladas de langostas, hojas, flores, arenas del mar y estrellas del firmamento no retratan al vivo cuanto ha presenciado, y aquella hija de Alexio prorrumpe en que la Europa se desencajaba por los cimientos, disparándose toda sobre el Asia. Tampoco se abarcan y deslindan las huestes antiguas de Darío y Jerjes, más propenso a conceptuar que jamás líneas de uno solo ciñeran mayor gentío que el agolpado en el sitio de Niza, primera operación de los príncipes latinos. Quedan ya disipados sus móviles, sus índoles y sus armas. En cuanto a tropas, eran las más francesas; los Países Bajos, el Rin y la Pulla enviaron refuerzos poderosos: llegaron cuadrillas de aventureros de España, Lombardía e Inglaterra, [532] y acudieron algunos irracionales fanáticos y desnudos de los pantanos y serranías remotos de Irlanda y Escocia, ferocísimos en sus hogares, pero desaguerridos por fuera. A no escarnecer la superstición la cordura sacrílega de querer defraudar al más ínfimo cristiano del merecimiento de la peregrinación, aquel tropel inservible con bocas y sin manos pudiera haberse avecindado en el Imperio griego, hasta que los compañeros

franqueasen y afianzasen el camino del Señor. A cortísimo número de peregrinos que transitaron el Bósforo se permitió visitar el Santo Sepulcro, pues sus complexiones septentrionales se abrasaban con los rayos, y adolecían con los vapores del sol asiático. Solían apurar indiscretamente sus abastos de agua y comida: [533] su muchedumbre agotaba los manantiales interiores; el mar estaba lejano, los griegos les eran desafectos, y los cristianos de todas las sectas huían a carrera de la rapiña voraz e inhumana de sus hermanos, pues en los extremos de su necesidad solían asar y devorar la carne de sus cautivos, ora niños, ora tal vez adultos. Para turcos y sarracenos, los idólatras de Europa aparecían más odiosos con el nombre y concepto de caribes; se cogieron espías y se les hizo presenciar el asado de cuerpos humanos girando sobre las ascuas para el banquete de Bohemundo, cuya doblez ostentó aquel objeto para que cundiese más y más su fama aterradora entre los infieles. [534]

He tenido que explayarme, y muy a mi placer retratando al vivo con los pasos de la primera cruzada, las costumbres de Europa, mas iré luego compendiando el idéntico y cansadísimo pormenor de proezas más o menos peregrinas, pero historiadas por la ignorancia. Desde sus primeros reales por la cercanía de Nicomedia van luego adelantando por divisiones, traspasan el confín ya estrecho del Imperio griego; habilitan su tránsito por serranías y entablan su guerra devota contra el sultán, sitiándole su capital misma. Corría su reino de Rum desde el Helesponto hasta la raya de Siria, atajando la peregrinación a Jerusalén; era su nombre Kilidje-Arsian, o Solimán, [535] de la alcurnia de Seljuk, e hijo del primer conquistador; y en defensa de un territorio conceptuado como propio por los turcos se granjeó los loores de sus enemigos, por quienes únicamente suena en la posteridad. Amainando ante el primer ímpetu de aquel torrente,

deposita su tesoro y familia en Niza; se encastilla por las sierras con cincuenta mil caballos, de donde se descuelga por dos veces para asaltar los campamentos o cuarteles de los sitiadores cristianos, que venían a formar como un semicírculo de dos leguas. Los muros encumbrados y sólidos ceñidos con fosos profundos y torreados en trescientos sesenta puntos eran el valladar contra la cristiandad, y los musulmanes se criaban guerreros y religiosísimos. Los príncipes franceses, colocados ante la ciudad, entablan y adelantan sus embates, prescindiendo unos de otros; la emulación estimula hasta lo sumo su denuedo; mas éste se mancilla con la crueldad, y la emulación bastardea con envidias y discordias. Los latinos se valen para el sitio de Niza de los arbitrios y la maquinaria de los antiguos. Minas, arietes, tortugas, torres movibles, fuego artificial, *catapultas balistas*, hondas, arcos cruzados para arrojar piedras y flechas [536] y en siete semanas, con sumo afán y continua sangre, progresan los sitiadores con especialidad por la parte del conde Raimundo. Pero los turcos, dueños del lago Ascanio, [537] que se extiende por más de una legua al occidente de la ciudad, van dilatando la resistencia con la seguridad de su retirada en el último trance. Acude al intento la advertencia ingeniosa de Alexio transportando un sinnúmero de lanchas desde el mar hasta el lago, y cuajándolas de flecheros diestrísimos apresan a la sultana fugitiva. Queda cercada Niza por mar y tierra, y un emisario griego recaba del vecindario que se acoja al graciable amparo de su amo, y se salve con una rendición oportuna de la saña de los bravíos europeos. Los cruzados, al estar ya palpando la victoria, sedientos de sangre y despojos, miran absortos la bandera imperial tendida sobre la ciudadela, y Alexio se apropia con solícito desvelo de tan suma entidad. El pundonor y el interés acallan el susurro de los adalides; y tras el descanso de nueve días

se encaminan hacia la Frigia guiados por un caudillo griego, de quien maliciaban correspondencia reservada con el sultán, cuya consorte y sirvientes principales se habían devuelto decorosamente y sin rescate; y aquella generosidad del emperador con unos *incrédulos* [538] se conceptuó de alevosía para la causa cristiana. No desmaya, antes bien se enardece, con el malogro de su capital el esforzado monarca; manifiesta a sus aliados y súbditos la invasión impensada de los bárbaros occidentales; acuden los emires turcos al llamamiento de la lealtad y de la religión, y las rancherías turcomanas van acampando bajo su estandarte, abultando los cristianos su desmandada hueste hasta doscientos o trescientos mil caballos. Está el sultán sosegadamente esperando que el enemigo deje a la espalda el mar y la frontera griega le va hostigando los costados, advierte su marcha indiscreta y revuelta en dos columnas fuera de su vista recíproca, y a poco trecho de Dorileo, en Frigia, sorprende la izquierda más endeble y casi la anonada con su caballería. [539] Calor, flechazos a nubes y refriega desordenada abruman a los cruzados, se desbaratan y dan por desahuciados, sosteniendo la desmayada pelea tan sólo el tesón personal, y sin asomo ya de formación, de Bohemundo, Tancredo y Roberto de Normandía. Rehácenlos las banderas revividoras del duque Godofredo, que vuela con el conde de Vermandois en su auxilio capitaneando sesenta mil caballos, y siguiéndolos Raimundo de Tolosa, el obispo de Puig y el ejército entero. Se escuadronan todos al golpe y emprenden nueva batalla. Se los contrarresta con igual valentía, y menospreciando al par la cobardía griega y asiática, se confiesa por ambas partes que turcos y francos son los únicos que merecen apellidarse soldados. [540] Varía y se contrapone el recio encuentro al tenor de las armas y de la enseñanza; con ímpetu recto, con evoluciones revueltas, con la

enristrada lanza, con el disparado venablo, con el pesado montante y el corvo alfanje, con la armadura engorrosa y el ropaje delgado y volandero, y con el arco, tártaro y larguísimo, y la *ballesta* o arco cruzado, arma mortal desconocida todavía por los orientales. [541] Mientras tienen aguante los caballos, y flechas las aljabas, prepondera Solimán en el trance, y cuatro mil cristianos caen a los flechazos de los turcos; mas por la tarde amaina la agilidad a la pujanza, el número por ambas partes viene a igualarse, o es por lo menos tan crecido como cabe en el terreno, o como cualquier caudillo puede abarcarlo; pero al revolver, de un cerro asoma la postrera división de Raimundo y sus *provinciales*, quizás de suyo, sobre la retaguardia del enemigo exhausto, y queda por fin zanjada la dilatadísima contienda. Sobre la muchedumbre innumerable, yacen hasta tres mil jinetes *paganos*, se saquean los reales de Solimán, y entre tantísima preciosidad ceban especialmente la curiosidad ahincada de los latinos las armas y jaeces peregrinos, y luego los nunca vistos dromedarios y camellos. La retirada prontísima del sultán está pregonando la suma trascendencia de aquella victoria, pues con su reserva de diez mil guardias evacua el reino de Rum, yendo arrebatadamente en pos del auxilio, y estimulando el encono de sus hermanos orientales. Los cruzados, en su marcha de cerca de doscientas leguas, van atravesando el Asia Menor, por yermos y ciudades todas despobladas, sin tropezar con amigos ni enemigos. La geografía [542] logra allá rastrear la situación de Dorileo, Antioquía en Pisidia Iconio, Arquelais y Germanicia, y va cotejando sus nombres clásicos acá con los modernos de Eskisher, la ciudad antigua, Aksher, la blanca, Cogni, Crekli y Marash. Al atravesar los peregrinos el desierto, donde un sorbo de agua se trueca por plata, los acosa la sed insufrible, y al asomar algún arroyuelo se arrojan desaladamente de bruces con

mayor daño para aquel desmandado gentío que la misma carencia anterior. Trepan con afán y peligro los riscos empinados y resbaladizos del monte Tauro, y muchos soldados arrojan las armas para afianzar sus pasos; de modo que, a no encabezar su vanguardia el espanto general, una escasa cuadrilla de enemigos denodados derrumbarán a su salvo la línea larguísima de los trémulos advenedizos. Dos de sus caudillos más eminentes, el duque de Lorena y el conde de Tolosa, van en literas, curando éste por milagro, según cuentan, se salva de su desahuciada dolencia, como igualmente se salva Godofredo al perseguir por las serranías de Pisidia arriesgadamente a un oso enfurecido.

Avalorando la consternación extremada, el primo de Bohemundo y el hermano de Godofredo se destacan de la hueste con sus respectivas escuadras de quinientos o setecientos jinetes. Van allá barriendo a carrera los cerros y la costa de Cilicia, desde Cogui hasta las puertas sirias; plantan por primera vez el estandarte normando sobre las almenas de Tarso y de Malmistra; pero la sinrazón altanera de Balduino provoca al fin al sufrido y gallardo italiano, y así asestaron sus estoques consagrados contra uno y otro en lid profana y particular. El pundonor es el móvil, y la nombradía el galardón de Tancredo; pero agració la suerte la empresa más interesada de su competidor. [543] Llámanlo en asistencia de un tirano griego o armenio, a quien los turcos permitieron seguir reinando en Edesa, y Balduino acude bajo el concepto de hijo y campeón suyo; mas apenas se aposenta en la ciudad, enardece al pueblo para que mate a su padre, se apodera del solio y del tesoro, va ensanchando sus conquistas por las cumbres de Armenia y las llanuras de Mesopotamia, y funda el primer principado de los francos o latinos, que subsistió por cincuenta y cuatro años

allende el Éufrates. [544]

Habían fenecido estío y otoño, antes que los francos pudieran asomarse a la Siria. Se delibera en el consejo sobre la alternativa de sitiar Antioquía, o acantonar el ejército para el descanso de la invernada; el afán de peleas y del Santo Sepulcro los están aguijoneando para el avance, y tal vez era esto lo más acertado, pues la nombradía y el empuje de todo invasor van por horas amainando, al paso que retoñan sin cesar los arbitrios de la guerra defensiva. Resguardaba el cauce del Orontes la capital de Siria, y el *puente de hierro* con nueve arcos saca su nombre de las puertas macizas de los dos torreones construidos a cada extremo. Franqueolas al golpe el acero del duque de Normandía, pues con su victoria internó hasta trescientos mil cruzados, suma que admite las rebajas de pérdida y deserción, pero que manifiesta a las claras lo abultado de la reseña en Niza. En la descripción de Antioquía, [545] no se acierta con un medio cabal entre la magnificencia antigua bajo los sucesores de Alejandro y de Augusto, y la traza actual del turco desamparo. El Tetrapolis, o cuatro ciudades, conservando su nombre y situación, dejaría gran vacío en un recinto de cuatro leguas, y esta medida, como también el número de cuatrocientas torres, no cuadran cabalmente con las cinco puertas, tan repetidamente mencionadas en el pormenor del sitio. Mas todavía hubo de estar Antioquía floreciente con ínfulas de capital crecida y populosa. Encabezaba a los emires turcos Baghisiano, comandante de la plaza y veterano adalid. Componíase su guarnición de seis a siete mil caballos, y de quince a veinte mil infantes; dícese que fueron degollados hasta cien mil musulmanes, cuyo número era probablemente inferior al de griegos, armenios y sirios, quienes tan sólo catorce años estuvieron esclavizados por la alcurnia de Seljuk. Por los

escombros de un murallón sólido y empinado, se está ahora mismo infiriendo que se encumbraba sobre el valle hasta más de sesenta pies, y por donde habían acudido menos el afán y el arte se deja suponer que el río, el pantano y los cerros la defendían con suficiencia. Habíanla tomado, no obstante la decantada fortificación, persas, árabes, griegos y turcos, pues cerca tan dilatada no podía menos de adolecer acá y acullá de quiebras o endebleces que percibiesen el avance, y en un sitio entablado a mediados de octubre tan sólo un tesón vehemente pudo abonar el arrojo de su intento. Rebosaron los campeones de la Cruz de cuanta pujanza cabe ostentar en medio de una campiña, solían vencer en los repetidos trances de salidas, forrajes, en asaltos y defensas de convoyes, y tan sólo podemos lamentarnos de que sus hazañas se suelen abultar hasta un punto ajeno a toda certidumbre y probabilidad. Rajó la espada de Godofredo a un turco [546] desde el hombro hasta la cadera, y la mitad del infiel fue a parar al suelo, mientras el caballo se llevó la otra mitad hasta la misma puerta de la plaza. Al ir girando Roberto de Normandía contra su antagonista, prorrumpe religiosamente: «Encomiendo tu cabeza a los demonios del infierno», y al punto queda rajada aquella cabeza hasta el pecho por la guadaña ejecutiva. En suma, la realidad o la hablilla de proezas tan agigantadas no podía menos de encerrar [547] a los musulmanes en su recinto, y contra aquellas murallas de tierra y piedra, inservibles eran espadas y lanzas. Sigue a pausas el afán del sitio, y careciendo los cruzados de ingenio y dinero para idear y entablar maquinaria y arbitrios para el asalto, echan menos la asistencia poderosa del inteligente y acaudalado emperador en el cerco de Niza, supliéndolo escasa y trabajosamente algún genovés o pisano que aportaba por Siria, a impulsos de su religión o su interés; pero la empresa tan arriesgada y estéril los

retraía generalmente de aquellas playas, cuando por flojedad o por zozobra de los francos quedaban expeditas dos puertas al vecindario para sus abastos y refuerzos. A los siete meses, tras el malogro de la caballería y de un gentío indecible con el hambre, la deserción y el cansancio, poquísimo tienen adelantado los sitiadores, dándose ya por desahuciados, cuando el Ulises latino, el artero y ambicioso Bohemundo, acude a la astucia y el engaño. Son muchos y mal hallados los cristianos de Antioquía, y Firuz, un renegado sirio, granjeándose la privanza del emir y el mando de tres torres, cifró el mérito de su arrepentimiento en una alevosía, sin escrupulizar ni él ni los latinos en la bastardía del intento. Entáblase correspondencia reservada para su logro entre Firuz y el príncipe de Tarento, manifestando éste desde luego en el consejo de jefes que iba a poner la plaza en sus manos; pero pacta la soberanía de su conquista por galardón de tamaño servicio, y aunque al pronto se le rechaza por envidia la propuesta, luego el sumo apuro y el interés de todos la facilita. Los príncipes franceses y normandos verificaron la sorpresa nocturna, trepando personalmente por las escalas descolgadas de las almenas, y el nuevo compañero, matando a su hermano por escrupuloso, abraza y entromete a los siervos de Jesucristo. Abócase la hueste por las puertas, y los musulmanes se hacen cargo de que, si bien desahuciados de toda conmiseración, es ya inasequible la resistencia. Defiéndese la ciudadela, y los mismos vencedores se hallan luego acorralados con las fuerzas innumerables de Kerboga, príncipe de Niosul, quien con veintiocho emires turcos se adelanta al rescate de Antioquía. Están los cristianos por más de tres semanas asomados a su exterminio, dándoles el endiosado lugarteniente del califa y del sultán a escoger únicamente entre la muerte o la servidumbre. [548] En aquel trance echan el resto de su desfallecido denuedo, se

disparan de la ciudad, y en aquel solo día memorable destrozan o dispersan la hueste turco-arábiga que, según allá refieren a su salvo, ascendía a seiscientos mil hombres. [549] Hay ahora que historiar los aliados sobrehumanos, pues la causa naturalísima de la victoria de Antioquía fue la desesperación a todo trance de los francos, con la sorpresa, desavenencia y tal vez los desaciertos de sus torpes y engreídos contrarios. La descripción de la batalla aparece tan revuelta como ella misma, descollando la tienda de Kerboga como grandísimo alcázar realzado con lujo asiático, y con cabida para más de dos mil personas, y resplandeciendo sus tres mil guardias, encajonados todos, jinetes y caballos, en finísimo acero.

Agolpáronse alternados trances de victoria y descalabro, de abundancia rebosante y de hambrientísimas escaseces en el sitio de Antioquía, y un calculista teórico dará por sentado que la fe sería el móvil eficaz y perpetuo de su práctica, y que los soldados de la Cruz, los libertadores del Santo Sepulcro, vivían resueltamente aparejados para estar día y noche presenciando ya su martirio; pero la experiencia está desde luego aventando ilusión tan caritativa, pues apenas asoman en la historia profana extremos más rematados de prostitución y desenfreno, cuales reinaban allá ante los muros de Antioquía. Deshojadas yacían las enramadas de Dafne, pero el ambiente sirio seguía empapado en los mismos achaques; tentaciones vehementísimas estaban extraviando a los cristianos con cuanto embeleso [550] fomenta o rechaza la naturaleza; desatendíase la autoridad de los caudillos, no alcanzando pláticas ni edictos a enfrenar aquellos escándalos, tan perniciosos para la disciplina militar, como ajenos de la pureza evangélica. Apuraron los francos en la primera temporada del sitio y posesión de Antioquía, vinieron los francos a consumir con profusión disparatada la provisión

económica de largos meses; yermas las campiñas, ningún abasto rendían, y por fin las amas turcas los arrojaron de toda la comarca. En la invernada las lluvias enconaron las dolencias, compañeras inseparables de la escasez, y luego el calor del estío, el alimento nocivo y la estrechez de tantísima muchedumbre acarrearon aquellos extremos de hambre y peste que menudean y acongojan en la historia, bastando la fantasía para figurarse cada cual sus padecimientos y sus recursos. Agenciábanse con afán los ínfimos mantenimientos a suma costa de caudales o despejos, y no podía menos de ser horroroso el conflicto para los necesitados; puesto que tras de pagar tres marcos de plata por una cabra, y quince por un camello flaquísimo, [551] tuvo el conde de Flandes que mendigar una comida, y el duque Godofredo que tomar prestado un caballo. De los sesenta mil caballos de la reseña en el campamento, quedaban dos mil a fines del sitio, y apenas llegaban a doscientos los hábiles para entrar en refriega. Quebrantado el cuerpo y despavorido el ánimo, amainó aquel ardientísimo entusiasmo de los peregrinos, y el afán de la vida tenía postrados los incentivos más devotos y pundonorosos. [552] Entre los caudillos asoman tres héroes sin asomo de temor o de tacha; sostenían su religiosidad magnánima a Godofredo de Bullón, su ambición y su interés a Bohemundo, y Tancredo pregonaba por dondequiera que mientras le quedasen cuarenta jinetes no desistiría de la empresa de Palestina. Mas se malició dolencia voluntaria en el conde de Tolosa y Provenza; hubo que retraer de la costa al duque de Normandía con excusas de la Iglesia; Hugo el Grande, aunque primer adalid en la refriega, afianza con ansia la primera proporción para su regreso, y Esteban, conde de Chartres, desertó ruinmente de su propio estandarte y del consejo que estaba presidiendo. Desalentó a la soldadesca la huida de

Guillermo, vizconde de Melon, apellidado el *Carpintero*, por sus tremendos hachazos, y los más santos se escandalizaron con el desliz de Pedro el Ermitaño, quien después de armar la Europa contra el Asia, intentó desentenderse de la obligación del ayuno. En cuanto a la muchedumbre de los guerreros rebelados, sus nombres (dice un historiador) quedan ya borrados del libro de la vida, aplicando el apodo oprobioso de volatines a cuantos se descolgaban por la noche de las murallas de Antioquía. Acudía el emperador Alexio [553] al socorro de los latinos, pero desfalleció al constarle su situación desahuciada. Enmudecían desesperados ante su infausta suerte; inservibles se hacían juramentos y castigos, y para recabar de la soldadesca que acudiese a la defensa de sus muros era tal vez forzoso incendiarles su paradero.

Aquel fanatismo que los puso en el disparador de su exterminio fue ahora su salvador victorioso, abundando en causa tan peregrina y en hueste tan acalorada visiones, profecías y milagros. Menudearon más y más en aquel conflicto con suma pujanza y éxito. Había asegurado san Ambrosio a un eclesiástico timorato que debían encabezar dos años de quebranto a la temporada del rescate y bienandanza; la presencia y reconvenciones del mismo Jesucristo solían atajar a los desertores; prometían los difuntos resucitar y pelear con sus hermanos; había alcanzado la Virgen el perdón de sus pecados, y luego revivió su confianza con una señal patente, el descubrimiento esplendoroso y oportuno de la Sagrada Lanza. Se ha celebrado por este particular, o por lo menos merece disculpa, el ardid de los caudillos; mas una trampa devota por maravilla es parto reflejo de muchos individuos, y un impostor arrojado puede contar con el arrimo de los cuerdos y la credulidad del pueblo. Había un clérigo marsellés de mañas

ruines y costumbres relajadas, llamado Pedro Bartolomé. Preséntase a la puerta del consejo para relatar la aparición de san Andrés, que por tres veces se le ha repetido en sueños, con amenaza tremenda si osaba orillar los mandatos del cielo. «En Antioquía —dijo el apóstol—, en la iglesia de mi hermano san Pedro, junto al altar mayor está encubierto el bote acerado que traspasó a la punta de su lanza el costado de nuestro Redentor. Al tercer día, aquel instrumento de salvación sempiterna y ahora temporal se ha de manifestar a sus discípulos. Buscad y hallaréis; enarboladlo en la refriega, y aquella arma mística va a traspasar los pechos empedernidos de los incrédulos». Aparenta el obispo de Puig, legado del papa, oír con tibieza y desconfianza; pero el conde Balmundo se abalanza a la revelación, pues aquel súbdito leal lo había escogido, en nombre del apóstol, para guarda de la Santa Lanza. Se dispone el desengaño, y al tercer día, tras la preparación debida de plegaria y ayunos, el clérigo marsellés introduce doce testigos confidenciales, y entre ellos el conde con su capellán, atrancando las puertas de la iglesia contra el ímpetu de la muchedumbre. Ábrese la tierra en el paraje señalado, mas los cavadores que se van relevando ahondan hasta doce pies sin lograr su intento. Por la noche, cuando Raimundo ha tenido que acudir a su sitio, y los asistentes cansadísimos empiezan a susurrar, baja Bartolomé osadamente en camisa y sin zapatos al hoyo. Con la lobreguez de la noche y del paraje coloca reservadamente el bote de una lanza sarracena, y al primer eco y primer destello del acero, prorrumpe en un rapto devotísimo. Álzase la sagrada lanza de aquella hondura, envuelta en un velo de seda y oro, para exponerla a la veneración de los cruzados; aquella suspensión ansiosa se dispara entonces general y atronadamente en alaridos de gozo y esperanza, y la soldadesca desahuciada hierve ya toda en denodado entusiasmo.

Prescindiendo ahora de las arterías e ímpetus de los caudillos, avaloran desde luego aquella revolución tan venturosa con cuantos arbitrios suministran la devoción y la disciplina. Envían su gente a los cuarteles, encargándole con ahínco que se fortalezca de cuerpo y alma para la cercana refriega echando el resto de la ración respectiva para hombres y caballos, y espere al rayar el alba la señal del avance y la victoria. Ábrense de par en par, la madrugada de san Pedro y san Pablo, las puertas de Antioquía. Clérigos y monjes en gran procesión entonan el salmo guerrero: «Aparézcase el Señor y quedarán dispersos sus enemigos», se escuadronan en doce divisiones por obsequio a los doce apóstoles, y la Sagrada Lanza, por ausencia de Raimundo, se confía al cargo de un capellán. Palpitan los sirvientes, y acaso los enemigos de Jesucristo, al influjo de aquella reliquia o trofeo [554] realzando su pujanza poderosísima con la novedad, el ardid o el rumor de un templo verdaderamente milagroso. Tres caballeros, con ropajes blancos y armas centellantes se descuelgan al parecer de los cerros; esfuerza su voz Ademaro, legado del papa, y los apellida san Jorge, san Teodoro y san Mauricio; en el afán de la refriega no tienen cabida ni la duda ni la averiguación, y todo se vuelve albricias por la aparición que está deslumbrando la vista o la fantasía de una hueste fanática. Suena y resuena en el trance la revelación de Bartolomé de Marsella; pero fenecido aquel auxilio temporal, el señorío personal, y las limosnas cuantiosas que redundaban en beneficio del conde de Tolosa por su resguardo de la Sagrada Lanza movieron a envidia y ejercitaron la racionalidad de sus competidores. Un erudito normando se empeñó en despejar filosóficamente el pormenor de aquella conseja en su descubrimiento y en la índole del mismo descubridor, y entonces el devoto Bohemundo atribuyó el portento de aquel

rescate únicamente a los méritos e intercesión de Jesucristo; los provenzales por algún tiempo abonaron a voz en grito su paladio nacional retando a los incrédulos y sentenciándolos a muerte y a infierno, por el intento de alegar dudas y raciocinios contra un cúmulo de visiones nuevas, en confirmación de aquel descubrimiento. Iba creciendo no obstante el desengaño, y tuvo que sujetar el descubridor su vida y su veracidad al juicio de Dios. Hacínase la leña seca en medio de los reales, se enciende grandísima hoguera, sube la llama a la altura de treinta codos, dejando una sendita encallejonada de doce pulgadas solamente para el tránsito peligrosísimo. Atraviesa el desventurado clérigo marsellés el fuego con agilidad y tino, pero el ardor intensísimo le abrasa muslos y vientre y fenece al otro día, y los creyentes siguen ateniéndose a las protestas de inocencia y verdad que exhala más y más el moribundo; y luego los provenzales se empeñan en sustituir una cruz, un anillo y hasta un tabernáculo a la Sagrada Lanza, que cae luego en olvido y menosprecio. [555] Gravísimos historiadores afirman no obstante la revelación de Antioquía, y tan suma es la pujanza de toda credulidad, que los milagros más dudosos en el sitio y trance mismo del suceso se reciben luego a ciegas a larga distancia de tiempo y lugar.

El tino o la suerte de los francos vino a dilatar la invasión hasta la decadencia del Imperio turco. [556] Hermanados quedaron en paz y justicia los reinos de Asia con el gobierno varonil de los tres sultanes primeros, y las huestes innumerables que solían acaudillar personalmente igualaban en denuedo y se sobreponían en disciplina a todos los bárbaros del Occidente. Pero en el trance de la cruzada estaban allá batallando hasta cuatro hijos por la herencia de Malek Shah; sus ambiciones personales se desentendían del peligro general, y en el vaivén de sus encuentros los vasallos vivían ajenos del verdadero objeto de

sus homenajes. Competidores o enemigos de Kerboga eran los veintiocho emires que iban siguiendo sus estandartes; arrebataban sus reclutas de los pueblos o tiendas de Siria o de Mesopotamia, y los turcos veteranos se empleaban o fenecían en guerras civiles allende el Tigris. Afianzó el califa de Egipto aquella coyuntura de apocamiento y desavenencia para recobrar sus posesiones, y Afdal, sultán suyo, sitiando a Tiro y a Jerusalén, arrojó a los hijos de Ortok y restableció en Palestina la autoridad civil y eclesiástica de los fatimitas. [557] Oyen o presencian atónitos las grandísimas huestes de cristianos, que van pasando de Europa hacia el Asia, complaciéndose con los sitios y batallas que destroncan el poderío de los turcos, sus contrarios en secta y monarquía. Pero aquellos mismos cristianos son enemigos del Profeta, y, derrumbadas Niza y Antioquía, el móvil de su empresa, que se iba más y más declarando, los empujaría hasta las orillas del Jordán, o tal vez del Nilo. Mediaron cortas y embajadas más o menos frecuentes o escasas, según los trances de la guerra, entre el solio del Cairo y los reales latinos; y sus contrapuestas ínfulas eran parto de su ignorancia y su entusiasmo. Pregonaban los ministros de Egipto, ya comedida o ya altaneramente, que su cohermano, el verdadero y legítimo caudillo de los fieles, había rescatado a Jerusalén del yugo turco, y que los peregrinos, dividiéndose por cuadrillas y deponiendo sus armas, visitarían a su salvo y conveniencia el sepulcro de Jesús. Dándolos por abatidos e indefensos, el califa Mortali menospreció sus armas y encarceló a sus diputados, pero con la conquista y victoria de Antioquía acudió a ir agasajando a campeones tan formidables con regalos de caballos y ropajes de seda, alhajas y bolsas de oro y plata; graduando por sumo personaje a Bohemundo, y por segundo a Godofredo. La contestación de los cruzados en su varia fortuna

fue siempre con la misma igualdad y entereza; desentendíanse de escudriñar las pretensiones o goces particulares de los secuaces de Mahoma; prescindiendo de nombres o naciones, todo usurpador de Jerusalén venía a ser un enemigo, y en vez de ceñirles el sistema y los términos de su peregrinación, tan sólo rindiendo a tiempo la ciudad y provincia, su sagrado derecho pudiera merecer su alianza, o amansar sus triunfadoras y ejecutivas iras. [558]

Mas quedó suspendido aquel avance, aun presenciando ya su galardón esclarecido, hasta más de diez meses, después de la derrota de Kerboga Yerto apareció el afán denodado de la cruzada en el trance de la victoria, y en vez de seguir marchando en alas de su predominio, se dispersaron y empaparon regaladamente en las amenidades de la Siria. Dilación extrañísima causada por el quebranto de su pujanza y subordinación. Feneció la caballería con el servicio incesante y trabajosísimo de Antioquía, como también miles y miles de personas de toda clase por hambre, dolencias y deserción; abusaron de nuevo y sin tasa de su abundancia, y padecieron tercera escasez, y aquella alternativa de conflicto y desenfreno vino a engendrar una peste, que sepultó más de cincuenta mil peregrinos. Sin desempeño para el mando, ninguno quería obedecer; los enconos privados, contenidos un tanto para el riesgo general, retoñaron de nuevo con ímpetus, o por lo menos con anhelos de hostilidad; el encumbramiento de Balduino y de Bohemundo incitó la envidia de sus compañeros; los caballeros más valientes fueron acudiendo al resguardo de sus nuevos principados, y el conde Raimundo malogró desatinadamente tropas y tesoros en una expedición al interior de la Siria. La invernada fue toda de rencillas y trastornos; pero asomó algún destello de pundonor y religiosidad con la primavera, y entonces

la ínfima soldadesca, ajena de celos ambiciosos, orilló a fuerza de clamores y de amagos la flojedad que tenía embargados a los caudillos. Los residuos de hueste tan poderosa se mueren por fin en el mes de mayo desde Antioquía hasta Laodicea, siendo el todo unos cuarenta mil latinos, la mitad inservible, y los restantes, mil quinientos caballos con veinte mil de infantería. Siguen desahogadamente su marcha entre el monte Líbano y la playa del mar, acudiendo holgadamente a sus urgencias desde la costa los comerciantes genoveses y pisanos, e imponiendo cuantiosas contribuciones a los emires de Trípoli, Sidón, Acre y Cesárea, quienes franquean el tránsito y ofrecen seguir el ejemplo de Jerusalén. Desde Cesárea se internan por el país, y los doctos van reconociendo la geografía sagrada de Lidda, Ramla, Emasis y Belén; y luego, al descubrir los cruzados la Ciudad Santa, olvidan sus afanes y quebrantos ansiando su galardón patente. [559]

Redundó en alguna nombradía de Jerusalén la repetición y trascendencia de sus memorables sitios. Babilonia y Roma tuvieron que echar el resto de su tesón para por fin arrollar la pertinacia del vecindario, el solar empinado que venía a excusar el esmero de la fortificación, y luego las murallas y torres que resguardaban la parte llana y accesible. [560] Habían ido a menos aquellos obstáculos en tiempo de las cruzadas, pues sus baluartes yacían totalmente destruidos o escasamente repuestos; los judíos, y así la nación como su culto, estaban padeciendo destierro perpetuo; pero varía menos la naturaleza que el hombre, y así el solar de Jerusalén, aun que un tanto más llano y desviado, era de suyo todavía fuerte contra cualquier enemigo. Duchos ya los sarracenos con un sitio reciente y tres años de posesión, acudieron a suplir las nulidades fundamentales de una plaza que ni el pundonor ni la religión podían consentir su

desamparo. Ladino o Iftikhar, lugarteniente del califa, tenía a su cargo aquella defensa, y esmerose discretamente en contener al vecindario cristiano con la zozobra de su propio exterminio y el del Santo Sepulcro, y en alentar a los musulmanes afirmándoles sus galardones tanto temporales como sempiternos. Se cuenta que su guarnición ascendía a cuarenta mil turcos y árabes, y si le cupo la reseña de veinte mil habitantes, desde luego ascendía a más el ejército sitiado que el sitiador. [561] A no menguar en tanto grado las fuerzas latinas, y poder ceñir cumplidamente el recinto de cerca de una legua, [562] ¿á qué intento esencial bajarían al valle de Ben Himmon y al torrente Cedron [563] y a los derrumbaderos de levante y mediodía, de donde nada les cabía esperanzar ni temer? Asestaron principal y atinadamente las miras contra los costados del norte y poniente de la ciudad. Tremoló Godofredo de Bullón su estandarte sobre la primera loma del monte Calvario; por su izquierda y hasta la puerta de san Esteban continuaban la línea del cerco Tancredo y entrambos Robertos, y el conde Raimundo se acuarteló desde la ciudadela hasta la falda del monte Sion, que caía a la sazón fuera del recinto. Al quinto día se arrojan los cruzados a un asalto general, locamente esperanzados de allanar las murallas sin máquinas, o de trepar a su cumbre sin escalas. A su ímpetu desaforado allanan la primera valla, pero luego quedan rechazados con afrenta y matanza hasta su mismo campamento; pues con tanta repetición de visiones y profecías estaba ya embotada y exhausta la eficacia de este ardid monástico teniendo al fin que acudir al tiempo y el afán como el único medio del vencimiento. Redondeose con efecto el plazo en cuarenta días pero fue cuarentena angustiada y calamitosa. Hambrearon más y más por culpa hasta cierto grado de la glotonería de los francos, mas en aquel suelo peñascoso que

carece casi absolutamente de agua agotábanse manantiales y arroyuelos en el estío; y no alcanzaban a los sitiadores el arbitrio de apagar la sed por medio de los aljibes y cisternas artificiales que abundaban en la ciudad. Los ejidos yacen todos desarbolados y rasos; por consiguiente, sin ramaje sombrío ni maderas de construcción. Halláronse sin embargo crecidísimas vigas en un sótano; un bosque junto a Siquem, la selva encantada del Taso, [564] se apeó por entero, y luego la pujanza y maestría de Tancredo fue trayendo a los reales las maderas necesarias para las máquinas que dispusieron luego unos artistas genoveses recién aportados en la bahía de Jafa. Costearon el duque de Lorena y el conde de Tolosa dos torres movibles en sus apostaderos, y empujáronlas con devoto ahínco a la parte más desatendida aunque poco accesible de la fortificación. El fuego enemigo redujo a cenizas la torre del Tolosano; mas su competidor estuvo más desvelado y venturoso, pues sus flecheros despejaron el muro de todo defensor, se apeó el puente levadizo, y un viernes a las tres de la tarde en el día y hora de la Pasión, se encumbró Godofredo victorioso en las almenas de Jerusalén. La emulación denodada sigue por dondequiera aquel ejemplo, y a los cuatrocientos y sesenta años de la conquista de Omar quedó la Ciudad Santa rescatada del yugo mahometano. En cuanto al saqueo de haberes públicos y privados se convinieron todos en respetar exclusivamente la propiedad del primer ocupante, y los despojos de la mezquita mayor, setenta lámparas y vasos de plata y oro macizo, fueron el galardón y extremaron la generosidad de Tancredo. Ofrecieron sangrientísimo sacrificio al Dios de los cristianos desaforados: habíalos enfurecido la resistencia, y así ni edad ni sexo alcanzaron a mitigar su saña implacable; estuvieron tres días matando a diestra y siniestra sin contrarresto, [565] y resultó luego

con la podredumbre de los cadáveres una epidemia espantosa. Tras el degüello de setenta mil musulmanes, y la quema de los inocentes judíos en su misma sinagoga sobró todavía muchedumbre de cautivos que el interés o el cansancio dejó con vida. Descolló Tancredo con sus arranques compasivos sobre aquella manada de fieras heroicas; pero es más de alabar la blandura aunque interesada de Raimundo, en brindar con salvoconducto a la guarnición de la ciudadela. [566] Libre quedaba el Santo Sepulcro, y los vencedores sangrientos se esmeraron en cumplir y aparatar su voto; descalzos y descubiertos, con muestras de contrición, fueron trepando en ademán rendido al monte Calvario, entonando el clero sus antífonas; besaron la losa cubridora del Salvador del mundo, bañando con lágrimas de gozo y penitencia el monumento de su redención. Dos filósofos han conceptuado por diversísimo rumbo esta hermandad entre ímpetus bravíos y entrañables, dándola el uno por obvia y naturalísima [567] y el otro por disparatada e increíble. [568] Se ha supuesto tal vez infundadamente a la idéntica persona y a la misma hora, pues el ejemplo del virtuoso Godofredo movió la religiosidad de sus compañeros para asear sus cuerpos y purificar sus pechos, ni me cabe el presumir que los más furibundos en la matanza encabezasen luego muy ufanos la procesión al Santo Sepulcro.

A los ocho días de acontecimiento tan memorable, que el papa Urbano ya difunto no pudo saber, tuvieron los adalides latinos que nombrar un rey para gobernar a buen recaudo las conquistas de Palestina. Menoscabaron Hugo el Grande y Esteban de Chartres con intempestiva retirada su nombradía; pero luego se esmeraron en recobrarla, sacrificando gallardamente sus vidas en segunda cruzada. Arraigose Balduino en Edesa y Bohemundo en Antioquía; pero ambos Robertos, el

duque de Normandía [569] y el conde de Flandes antepusieron sus herencias en el Occidente a una competencia mal segura y a un cetro estéril. Sus mismos secuaces tildaron los celos de Raimundo y la voz libre, unánime y justiciera del ejército pregonó a Godofredo de Bullón por el primero y el más digno de los campeones de la cristiandad. Aceptó su magnanimidad un encargo tan azaroso como esclarecido; pero en la misma ciudad donde habían coronado de espinas a su Salvador, el devotísimo peregrino desechó el nombre y las insignias de la soberanía y el gran fundador del reino de Jerusalén vino a contentarse con el dictado modestísimo de barón y defensor del Santo Sepulcro. Interrumpiose su gobierno de un solo año, [570] plazo cortísimo para la felicidad pública, por el llamamiento a campaña con la venida del visir o sultán de Egipto, quien por lo desidioso que estuvo en precaver el malogro de Jerusalén, acudía luego arrebatadamente a desagraviarlo. Selló su total descalabro en la batalla de Ascalón el establecimiento de los latinos en Siria y encumbró el denuedo de los príncipes franceses, quienes en aquel trance se despidieron ya de la Guerra Santa. Gloria debe redundarles por la suma desigualdad en el número con aquella infinidad de caballería fatimita, pero excepto unos tres mil etíopes o negros armados con látigos de hierro, huyeron los bárbaros meridionales al primer embate, ofreciendo un parangón interesante con el ardimiento de los turcos aquella afeminación poltrona de los egipcios. Colgando al fin ante el Santo Sepulcro la espada y el estandarte del sultán, el nuevo rey (harto merece este dictado) abraza en despedida a sus compañeros, sin quedarle más que el bizarro Tancredo con trescientos jinetes y dos mil infantes para la defensa de la Palestina. Un nuevo enemigo, el único contra quien Godofredo podía acobardarse, asaltó su soberanía; pues Ademaro, obispo de

Puy, tan descollante en el consejo como en la refriega, había fallecido en la última epidemia en Antioquía, y los demás eclesiásticos tan sólo conservaban la altanería codiciosa de su estado, alborotando sediciosamente para que la elección de obispo antecediese a la de monarca. Usurpó el clero latino las rentas y jurisdicción del patriarca legítimo, el cargo de herejes o cismáticos abonaba la exclusión de griegos y sirios, [571] y bajo el yugo de hierro de sus rescatadores echaban menos el gobierno tolerante de los califas árabes. Daimberto, arzobispo de Pisa, que se había educado detenidamente allá entre la política recóndita de Roma, trajo una cuadrilla de compatricios al extremo de la Tierra Santa, y quedó instalado sin competencia como cabeza espiritual y temporal de la Iglesia. Empuña al punto el nuevo patriarca [572] el cetro granjeado con los afanes y la sangre de los victoriosos peregrinos, y tanto Godofredo como Bohemundo se avienen a recibir de sus manos la investidura de sus posesiones feudales. No basta aun todo esto, pues Daimberto pretende la propiedad directa de Jerusalén y de Jafa, y el héroe, en vez de un rechazo resuelto y caballeroso, entabla negociaciones con el clérigo; cediose un barrio de cada ciudad a la Iglesia, y el obispo se da por satisfecho comedidamente con la reversión eventual de lo restante, en caso de fallecer Godofredo sin sucesión, o de granjearse nuevo solio en El Cairo o Damasco.

Sin tamaño allanamiento iba el conquistador a quedar despojado de su reino reducido a Jerusalén y Jafa con una veintena de aldeas o poblaciones por la comarca. [573] En aquella misma estrechez seguían aún los musulmanes encastillados en puntos inexpugnables, y así el labrador, el traficante y el peregrino estaban más y más expuestos a hostilidades incesantes. Desahogábanse los latinos confiadamente escudados con las armas del mismo Godofredo de los dos Balduinos, y su

hermano y primo, quien le sucedió en el solio, y por fin vinieron a igualar en cuanto a la extensión de señorío, mas no en los millones de súbditos, a los antiguos príncipes de Judea y de Israel. [574] Reducidas ya las ciudades marítimas de Laodicea, Trípoli, Tiro y Assalon, [575] adonde acudieron poderosamente las escuadras de Venecia, Génova, Pisa y aun de Flandes y Noruega, [576] toda aquella tirada de costa desde Escanderem hasta la raya de Egipto quedaba expedita para los peregrinos cristianos. Desentendíase el príncipe de Antioquía de aquel predominio, pero los condes de Edesa y Trípoli se confesaban aún vasallos del rey de Jerusalén; reinaban los latinos allende el Éufrates y las cuatro ciudades de Hems, Hamah, Damasco y Alepo eran los únicos residuos de las conquistas mahometanas en Siria. [577] Cundieron idioma, leyes, costumbres y dictados de la nación francesa y de la Iglesia latina por aquellas colonias marítimas; y según la jurisprudencia los Estados principales y las baronías subordinadas iban descendiendo por la línea de sucesión masculina o femenina; [578] pero los hijos de aquellos primeros conquistadores, [579] ralea revuelta y bastarda, vivían relajados con la blandura del clima, y la llegada de nuevos cruzados de Europa solía ser casual y remota. Desempeñaban el conjunto de los feudos seiscientos y sesenta y seis caballeros, [580] que contaban con el auxilio de otros doscientos bajo la bandera del conde de Trípoli, acompañando a cada caballero por su campiña cuatro escuderos o flecheros también a caballo. [581] Luego las iglesias y los vecindarios aprontaban hasta cinco mil setenta y cinco *sargentos*, o probablemente soldados de infantería y el total de la milicia legal del reino no excedería de once mil hombres, resguardo mezquinísimo contra los millares de sarracenos y turcos que tenían en el disparador. [582] Pero el valladar incontrastable de Jerusalén se cifraba en los caballeros

del hospital de San Juan [583] y del templo de Salomón [584] con su asociación extrañísima de vida militar y monástica sugerida por el fanatismo, y luego comprobada por la política. Aspiraba la flor de toda la nobleza de Europa al distintivo de la cruz, profesando los votos de aquellas órdenes tan respetables; inmortales aparecían su denuedo y su disciplina, y la donación ejecutiva de ocho mil alquerías o cortijos [585] los habilitó para la manutención de un gran cuerpo de caballería en defensa de la Palestina. La austeridad conventual vino luego a desaparecer con los ejercicios militares; pero luego también llegó aquella soldadesca cristiana a escandalizar el orbe con su altivez, codicia y relajación; con su afán de inmunidades y jurisdicción desavinieron la Iglesia y el Estado, peligrando la paz general con su celosa competencia. Pero aun en medio de su rematada disolución, siempre los caballeros del Templo y del Hospital siguieron sosteniendo su concepto de fanáticos denodados. Con su vida desarreglada estaban siempre en el disparador ansiosos de morir en servicio de Jesucristo, y los arranques caballerosos, pasto de las cruzadas, por fin se trasladaron con su instituto a la isla de Malta. [586]

El desenfado voluntarioso que descuella en el sistema feudal sobresalía con suma pujanza en los guerreros de la Cruz, quienes encumbraban para su caudillo al más benemérito de sus iguales. En medio de aquella servidumbre asiática, tan ajena de toda enseñanza palpable, se planteó allá cierto asomo de libertad política; y las leyes del reino francés se fueron derivando del manantial más castizo de la igualdad y la justicia. La condición fundamental e imprescindible de aquellas leyes es la avenencia de los mismos que se sujetan a su cumplimiento. Encargado Godofredo de la suprema dignidad y magistratura, acudió al dictamen público y privado de los peregrinos latinos más

enterados de los estatutos y costumbres de Europa, y con estos antecedentes y el consejo y aprobación del patriarca y los barones, del clero y de los seglares, compuso Godofredo el Fuero de Jerusalén, [587] monumento precioso para la jurisprudencia feudal. El nuevo código, autorizado con los sellos del rey, el patriarca y el vizconde de Jerusalén, se depositó en el Santo Sepulcro, y realzado con las mejoras del tiempo sucesivo, se le consultaba con acatamiento, cuantas veces sobrevenía, algún caso dudoso en los tribunales de Palestina. Fracasó todo con el reino y la ciudad y los fragmentos [588] de la ley escrita se estuvieron conservando en la tradición solícita [589] y en la práctica inconstante hasta a mediados del siglo XIII; la pluma de Juan de Ibelin, conde de Jafa, uno de los feudatarios, [590] restableció el código, y la revisión terminante se redondeó el año de 1369 para el uso del reino latino de Chipre. [591] Dos tribunales de diversa jerarquía eran los estribos constitucionales de la justicia y la libertad; fundolos Godofredo, presidente nato del mayor compuesto de barones, descollando el príncipe de Galilea, el señor de Sidón y de Cesárea y los condes de Jafa y de Trípoli, quienes tal vez con el condestable y el mariscal [592] venían a ser con especialidad compañeros y jueces mutuos. Pero cuantos nobles obtenían sus haciendas de la misma corona tenían que acudir a la sala del rey; ejerciendo cada barón iguales incumbencias en las juntas inferiores de sus respectivos feudos. Señor y vasallo vivían honorífica y voluntariamente relacionados acatando el uno a su bienhechor y amparando el otro a su allegado, y así estaban recíprocamente comprometidos, correspondencia que podía cesar mediando desvío o agravio. El registro de matrimonios y testamentos iba embebido en los actos de religión y vinculado con el clero, pero las causas civiles y criminales de la nobleza y la herencia y goce de sus feudos eran

incumbencia de la Sala Suprema. Cada individuo era su juez y celador de los derechos públicos y particulares. Tenía que sostener con su voz y su espada los recursos legítimos del señor; pero si alguno de éstos se propasaba en atropellar el fuero y la propiedad del vasallo, acudían los vocales confederados a sostener de palabra y obra su demanda. Sentenciaban sin reboso su inocencia y su agravio, pedían la devolución de su libertad y sus haciendas; suspendían frustrándole la demanda su servicio, desencarcelaban al hermano y lo escudaban en todo, pero sin ofender la persona del dueño, que era para ellos siempre sagrada. [593] En los pleitos, alegatos y réplicas se explayaban sutilmente los letrados; pero solían orillarse argumentos y testimonios, acudiendo a las lides judiciales, y el fuero de Jerusalén admite en varios casos aquella institución bárbara, abolida ya pausadamente con las leyes y costumbres de Europa.

Corriente era a la sazón la prueba por pelea en los casos criminales que trascendían a la vida, miembro o pundonor de cualquier individuo, y en todo litigio civil que llegaba al importe de un marco de plata. Parece que en lo criminal era la pelea regalía del acusador, quien, excepto en casos de traición, desagraviaba su pundonor o la muerte de quien pudiera corresponderle; mas cabiendo testimonio tenía que presentar ejecutivamente los testigos del hecho. Entonces el recurso de la pelea se trasladaba al defensor, pues achacaba al testigo el intento de perjurarse para menoscabar su derecho; y así venía a quedar en el mismo caso del querellante en lo criminal. Entonces no se conceptuaba ya la lid como un género de prueba, ni como testimonio negativo (como lo supone Montesquieu); [594] pero siempre el derecho de ofrecerse a la pelea se fundaba en el de acudir al desagravio armado, y entonces venía a fundarse en el mismo principio que el reto

particular. Las mujeres, los lisiados y los ancianos de más de sesenta años podían únicamente valerse de campeones alquilados, y la consecuencia del vencimiento era la muerte del campeón o testigo, o ya del acusado o del acusador; mas en los casos civiles el demandante quedaba afrentado y perdía el pleito, y campeón y testigo padecían muerte ignominiosa. Optaba en muchos lances el juez para otorgar o negar la pelea, pero se especifican dos casos en que era imprescindible el desafío; a saber: si un vasallo leal desmentía a su compadre por pedir injustamente alguna parte de la hacienda de su señor, o si un litigante perdidoso se arrojaba a contrarrestar el juicio y la veracidad del juzgado. Podía retar a los jueces, pero en términos arduos y expuestísimos; pues en el mismo día no podía menos de estar peleando con todos los individuos del tribunal, aun los ausentes en el auto, y con un solo vencimiento resultaba afrentado y muerto; y el desesperanzado de su victoria es de suponer que no se aventuraría a la pelea. En el Fuero de Jerusalén, la sutileza legal del conde de Jafa se esmera loablemente más en retraer de la pelea judicial que en facilitarla, lo que se deriva más bien del pundonor que de la superstición. [595]

Entre los motivos que descargaban a los plebeyos del tiránico yugo feudal, sobresale aquella institución de vecindarios y gremios, y si los de Palestina son contemporáneos de la primera cruzada, serán también los más antiguos del orbe latino. Se desentendían muchos peregrinos de sus amos bajo la bandera de la cruz, y los príncipes franceses por razón de Estado cebaban su inclinación afianzándoles los derechos y regalías de ciudadanos. Se expresa terminantemente en el Fuero de Jerusalén que tras de haber instituido para sus caballeros y barones el tribunal de los pares, presidido por él mismo, planteaba Godofredo una cámara segunda, en que su vizconde

estaba representando su propia persona. Abarcaba esta jurisdicción a todos los ciudadanos del reino, componiéndose de individuos selectos y dignísimos, quienes juraban sentenciar según las leyes de los actos y haberes de sus iguales. [596] Procedían al remedo de Jerusalén en sus conquistas y establecimientos de ciudades nuevas los reyes y sus vasallos mayores, llegando a plantearse hasta más de treinta, antes de la pérdida de la Tierra Santa. Otra clase de súbditos, los sirios, o cristianos orientales, [597] se vieron atropellados por el afán del clero, mas acudió a escudarlos la tolerancia del Estado, condescendiendo Godofredo con su instancia fundadísima de ser juzgados por sus leyes nacionales. Planteose tercer juzgado para su propio uso ciñéndolo a la jurisprudencia casera; eran sus miembros jurados sirios de sangre, idioma y religión, pero el cargo de presidente (raíz en arábigo) solía ejercitarse a temporadas por el vizconde de la ciudad. A distancia descomunal de los *nobles, ciudadanos y extranjeros*, se allana el Fuero de Jerusalén a nombrar los *villanos* o siervos, los campesinos y cautivos de la guerra, que venían a conceptuarse propiamente como parte de la hacienda. El alivio y amparo de aquellos desventurados no se tuvo por acreedor a los esmeros de la legislación, pero acude eficazmente al recobro, no al castigo de los fugitivos. A manera de canes o halcones que se extraviaron al dueño legítimo, podían perderse y reclamarse, igualando al esclavo con el halcón en cuanto al valor; pero había que mancomunar tres esclavos, o doce bueyes para equivaler a un potro de guerra, señalando hasta trescientas piezas de oro, en aquel tiempo de caballería, por el precio del irracional más generoso. [598]

LIX

CONSERVACIÓN DEL IMPERIO GRIEGO - NÚMERO, TRÁNSITO Y PARADERO DE LA SEGUNDA Y TERCERA CRUZADAS - SAN BERNARDO - REINADO DE SALADINO EN EGIPTO Y EN SIRIA - SU CONQUISTA DE JERUSALÉN - CRUZADAS NAVALES - RICARDO I DE INGLATERRA - PAPA INOCENCIO III - LA CUARTA Y QUINTA CRUZADAS - EL EMPERADOR FEDERICO II - LUIS IX DE FRANCIA Y LAS DOS ÚLTIMAS CRUZADAS - EXPULSIÓN DE LOS LATINOS O FRANCOS POR LOS MAMELUCOS

En un temple menos formal que el de la historia quizás me cabría el comparar el emperador Alexio [599] con el Adive, del cual se cuenta que va siguiendo las huellas del león para apropiarse vorazmente sus desperdicios. Aquejáronlo zozobras y afanes en el tránsito de la primera cruzada, pero se desquita colmadamente con las hazañas de los francos, que le redundaron en sumo beneficio. Su desvelada maestría afianzó la primera conquista de Niza, y los turcos tuvieron que evacuar las cercanías de Constantinopla al amago de tan poderosa atalaya. Se internan los cruzados denodadamente y a ciegas por los ámbitos del Asia, afianza el taimado griego la ocasión por su melena, pues los emires de la costa tienen que acudir convocados al estandarte del sultán. Arrojan a los turcos de las islas de Rodas y Escio: devuélvense al imperio las ciudades de Efeso, Esmirna, Sardis, Filadelfia y Laodicea, explayándolo de nuevo Alexio desde el Helesponto hasta las orillas del Meandro y la costa brava de Pamfilia. Resplandecieron más y más las iglesias, se reedificaron y fortalecieron las ciudades, y hasta los

yermos se fueron poblando con varias colonias de cristianos, atrayéndolos halagüeñamente de confines más remotos y azarosos. Embargado en afanes tan sumamente paternales, indultemos a Alexio si desatendió algún tanto el rescate del Santo Sepulcro, mas tiznáronlo los latinos con la nota feísima de alevosía y deserción. Tenían jurada fidelidad y obediencia a su solio; pero *él* había comprometido su propia persona, o por lo menos sus tropas y tesoros; con su ruin desvío anuló aquellas obligaciones, y la espada triunfadora venía a ser la prenda y el resguardo de su justísima independencia. No asoman reclamaciones añejas del emperador sobre el reino de Jerusalén, [600] mas los linderos de Cilicia y Siria estaban no ha nada en sus manos, y eran más asequibles para sus armas. Se anonadó o dispersó la grandiosa hueste cruzada, quedaba el principado de Antioquía sin cabeza con la sorpresa y cautiverio de Bohemundo; su rescate lo tenía acosado con enorme deuda, y sus secuaces normandos no alcanzaban a rechazar hostilidades de griegos y turcos. En tamaño conflicto, Bohemundo se arroja con resolución magnánima a poner en manos de su pariente, el ínclito Tancredo, la defensa de Antioquía, y a armar el Occidente contra el Imperio Bizantino, y ejecutar el intento heredado y casi expedito con las advertencias y el ejemplo de su padre Guiscardo. Embarcose a hurtadillas, y si cabe dar crédito a una conseja de la princesa Ana, atravesó el mar enemigo encerrado en un cofre. [601] Festejósele en Francia esplendorosamente, realzándolo sobremanera su desposorio con la hija del rey; esclarecido fue también su regreso trayendo por comitiva a los valentones del siglo, y atravesando el Adriático al frente de cinco mil caballos y cuarenta mil infantes, reunidos de los climas allá más remotos de Europa. [602] La fortaleza de Durazzo, y luego el tino de Alexio con los estragos del hambre y

los asomos del invierno cortaron los vuelos a su ambición, y hubo quien lo defraudó de sus confederados venales. Medió paz, [603] cesaron las zozobras de los griegos, y por fin los libertó la muerte de un contrario atropellador de juramentos y de peligros, e insaciable de prosperidades. Lo sucedieran sus hijos en el principado de Antioquía, pero deslindándoles por puntos sus confines, pactándole indudablemente el homenaje, y reintegrando a los emperadores bizantinos las ciudades de Tarso y de Malmistra. En la costa de Anatolia poseían la tirada entera desde Trebisonda hasta las puertas sirias. Separaban en derredor el mar y sus hermanos musulmanes la dinastía Seljukia de Rum, [604] y se quebrantó el poderío de los sultanes con las victorias, y aun con las derrotas de los francos, por quienes tras la pérdida de Niza trasladaron su solio a Cogni o Iconio, población arrinconada al interior, a más de cien leguas de Constantinopla; [605] y entonces los príncipes Comnenos, en vez de encerrarse trémulos en su capital, guerrearon ofensivamente contra los turcos, y así la primera cruzada precavió el vuelco del Imperio en decadencia.

En el siglo XII hasta tres grandiosas emigraciones del Occidente se encaminaron por tierra al socorro de Palestina. El ejemplar venturoso de la primera cruzada estimuló a la soldadesca y a los peregrinos de Lombardía, Francia y Alemania. [606] Como a medio siglo del rescate del Santo Sepulcro, el emperador Conrado III y el rey de Francia Luis VII emprendieron la segunda cruzada para sostener la situación menguada de los latinos. [607] Luego el emperador Federico Barbarroja, [608] congeniando con sus hermanos de Francia e Inglaterra en condolerse del malogro común de Jerusalén, acaudilló la grandísima división de la tercera cruzada. Se parangonan de suyo estas tres expediciones por su crecido

número, su tránsito por el Imperio griego y el jaez y paradero de su guerra turca, y con un cotejo sucinto se orillará la repetición de sus relaciones cansadísimas. El formalizar una historia de las cruzadas, por esplendorosas que aparezcan, tiene que parar en la cantinela idéntica de sus causas y efectos, y los empeños redoblados por defender o recobrar la Tierra Santa han de resultar como traslados lánguidos y desabridos de un mismo original.

I. Los caudillos de tantísimo enjambre como fue siguiendo las huellas de los peregrinantes, solían ser iguales en la jerarquía, mas no en el concepto ni en el desempeño, a Godofredo de Bullón y sus acompañantes dignísimos. Tremolaron tras ellos sus banderas los duques de Borgoña, Baviera y Aquitania, descendiente el primero de Hugo Capeto, y cabeza el segundo de la alcurnia de Brunswick: trasladó el arzobispo de Milán, en beneficio de los turcos, los tesoros y ornamentos de su iglesia y palacio, y los cruzados veteranos Hugo el Grande y Esteban de Chartres se aferraron de nuevo en redondear su voto descabalado. Aquella mole descomunal y revuelta de secuaces se fue moviendo en dos columnas, y si la primera se componía de doscientas sesenta mil personas, vendría la segunda a constar de sesenta mil caballos y cien mil infantes. [609] Cabía por cierto a esta segunda hueste el aspirar al señorío del Asia, pues la presencia de sus respectivos soberanos estaba más y más enardeciendo a la nobleza tanto de Francia como de Alemania, y no menos por sus prendas que por su jerarquía realzaban Conrado y Luis su causa, y robustecían sus fuerzas con el esmero y disciplina que por maravilla asomaba entre adalides feudales. Componíase la caballería así del emperador como del rey de setenta mil jinetes con sus sirvientes anejos en campaña; [610] y aun excluyendo totalmente al paisanaje o tropa mal armada de

infantería, mujeres, niños, clérigos y monjes, no se acabalará la suma ni aun con cuatrocientas mil almas. Allá se estaba azorando el Occidente todo desde Roma hasta Inglaterra; se conformaron los reyes de Polonia y de Bohemia con las intimaciones de Conrado, y afirman tanto griegos como latinos que en el tránsito de un desfiladero o río, tras el cuento de novecientos mil, se retrajeron de aquel cómputo interminable y pavoroso. [611] No fue tan crecida la hueste en la tercera cruzada al mando de Federico Barbarroja, por cuanto ingleses y franceses se atuvieron a la navegación por el Mediterráneo. Ascendía la flor de la caballería alemana a quince mil jinetes y otros tantos escuderos, y luego en la reseña del emperador por las llanuras de Hungría campearon sesenta mil caballos y cien mil infantes, y con tamañas repeticiones ya me sobrecogen los seiscientos mil peregrinos que la credulidad cuenta en esta emigración postrera. [612] Tan desatinados cómputos están únicamente demostrando el asombro de los contemporáneos, sirviendo de testimonio para la existencia de una muchedumbre descomunal y mal averiguada. Engreíanse los griegos con su maestría en el arte y los ardides de la guerra, pero confesaban el denuedo y la pujanza de la caballería francesa y de la infantería alemana, [613] pues van allá delineando a los advenedizos como una ralea de hierro y de estatura agigantada, flechando fuego por los ojos y escupiendo sangre en vez de saliva. Anduvo también bajo las banderas de Conrado una tropa de mujeres en ademán y con armadura de hombres, y la adalid o jefa de aquellas amazonas, por razón de sus espuelas y borceguíes dorados, mereció el dictado de Dama de los Pies de Oro.

II. Aterrábanse los griegos afeminados con el sinnúmero y la traza de los advenedizos, y todo impulso medroso se da la mano con el odio entrañable. La zozobra del poderío turco

sobredoraba o contenía tamaña aversión, y por más que los estén sindicando los latinos, no dejaremos de hacernos cargo de que el emperador Alexio disimulaba sus desacatos, se desentendía de sus hostilidades, enardecía su temeridad y franqueaba a su denuedo el rumbo de la peregrinación y la conquista. Mas arrojados ya los turcos de Niza y de la costa, y ajena la corte bizantina del temor de los sultanes de Cogni, al resguardo de aquélla lejanía desahogaba sus iras contra aquel redoble incesante de bárbaros occidentales que estaban ajando la majestad, y exponiendo la existencia del Imperio. Cupo a la segunda y a la tercera cruzadas el reinado de Manuel Comneno, y luego de Isaac Ángelo. El primero solía ser disparado y aun maligno, y el segundo hermanaba, como viene a ser naturalísimo, su cobardía innata con una índole malvada, que sin mérito ni comniseración alcanzó a castigar a un tirano entronizándose en su solio. Se acordó reservada, o tal vez tácitamente, entre el príncipe y el pueblo el exterminar, o por lo menos retraer, a los peregrinos con todo género de insultos y tropelías; y más ofreciendo con sus desmandadas imprudencias pretextos o motivos incesantes para aquel intento. Habían pactado los monarcas occidentales tránsito seguro y mercado expedito, en el territorio de sus hermanos en cristiandad, mediando juramentos y rehenes, y suministrando al ínfimo soldado del ejército de Federico tres marcos de plata para costear su viaje. Pero la sinrazón alevosa estaba atropellando todos los compromisos, y un historiador griego, anteponiendo la verdad al paisanaje está ingenuamente acreditando las quejas fundadas de los latinos. [614] Los cruzados, en vez de agasajos, iban encontrando atrancadas las puertas de toda ciudad en Europa y en Asia, descolgándoles en canastos el escasísimo sustento desde las almenas. Podía el próvido desengaño disculpar tan medrosa

zozobra; pero la humanidad tiene muy vedada la mezcla de cal y de otros ingredientes venenosos en el pan, y aun cuando se descargase a Manuel de la tacha de complicidad o anuencia, era en él muy criminal su adulteración de la moneda para el intento de traficar con los peregrinos. Los iban deteniendo o descaminando a cada paso; tenían mandado a los gobernadores que atajasen los tránsitos y cercasen los puentes de su camino; mataban y saqueaban a los descarriados; disparaban flechazos a caballos y soldados a salvo desde la espesura de los bosques; abrasaban a los enfermos en sus lechos, colgando además sus cadáveres por las carreteras en árboles u horcas. Tantísima tropelía no podía menos de airar a los campeones de la cruz, quienes tampoco estaban dotados de sufrimiento evangélico, y los príncipes bizantinos, provocadores de tan desigual contienda, agenciaban el embarque y la ida de huéspedes realmente formidables. Al asomar sobre la raya turca, indultó Barbarroja a la criminal Filadelfia, [615] recompensó a la agasajadora Laodicea, lamentándose de la precisión amarga, que había mancillado su espada con algunas gotas de sangre cristiana. Padeció entrañable y congojosamente el engreimiento griego en su roce con los monarcas de Francia y de Alemania. En el primer avistamiento cupo estudiadamente un banquillo humildísimo a Luis junto al solio de Manuel; [616] pero el rey francés traspuesto ya con su hueste allende el Bósforo se desentendió de segunda conferencia, a menos de juntarse con absoluta igualdad entrambos hermanos, ya por mar, ya por tierra. Más arduo y vidrioso fue todavía el ceremonial con Federico y Conrado, pues como sucesores de Constantino se apellidaban emperadores de romanos, [617] y se aferraron en sostener su señorío y dictado terminante. Conrado tan sólo quiso conversar a caballo, y en campo raso con Manuel, y

Federico atravesando el Helesponto y no el Bósforo se desentendió de ver a Constantinopla, y su soberano emperador que se había coronado en Roma quedaba reducido en las cartas griegas al humilde adjetivo de *rey* o príncipe de los alemanes, y el vanidoso y apocadillo Ángelo aparentaba ignorar el nombre de uno de los primeros hombres y monarcas del siglo. Al presenciar con odio y recelo a los latinos peregrinantes, seguían estrecha y reservada correspondencia con los turcos y sarracenos; quejándose Isaac Ángelo de que por su intimidad con el gran Saladino, había incurrido en el encono de los francos, fundándose en Constantinopla una mezquita para el ejercicio público de la religión mahometana. [618]

III. Fenecieron aquellos enjambres que fueron siguiendo la primera cruzada por Anatolia con hambre, peste y flechazos turcos, y los príncipes vinieron a salvarse con algunos escuadrones de caballería, después de cumplida su peregrinación lastimosa. Se conceptuará desde luego el alcance de sus luces y el temple de su humanidad, por el intento de sojuzgar la Persia y el Jorasán al transitar para Jerusalén, y por la matanza de un vecindario cristiano y amigo, que les salió al encuentro enarbolando palmas y cruces a porfía. Menos crueles y disparatadas fueron las armas de Luis y de Conrado; mas el paradero de la segunda cruzada fue todavía más desastrado para la cristiandad, tildando generalmente al griego Manuel hasta sus mismos súbditos de comunicar avisos oportunos al sultán y aprontar guías alevosas a los latinos. En vez de soterrar al enemigo común con un avance duplicado por extremos opuestos, los alemanes por ciega emulación se abalanzaron, mientras los francos con peores celos se rezagaron en su ataque, y apenas había Luis atravesado el Bósforo, cuando se le incorporó el emperador tras el sumo descalabro de su ejército en

una refriega gloriosísima pero desventurada por las orillas del Meandro. La contraposición del boato de su competidor aceleró la retirada de Conrado; desertáronle los vasallos independientes y, reducido a sus tropas hereditarias, se valió de algunos bajeles griegos para cumplir su peregrinación a Palestina. Desentendiéndose de tanto desengaño, y ajeno de aquel linaje de guerra, se internó el rey de Francia por aquel país en pos de idéntico fracaso. La vanguardia portadora del estandarte real y de la oriflama de san Dionisio [619] duplicó con temeraria diligencia su marcha, y la retaguardia mandada por el rey en persona ya no halló a los compañeros en el acotado campamento. La hueste innumerable de los turcos, en medio de la lobreguez, cerca, asalta y abruma a los ya desarreglados, siendo a la sazón muy superiores los enemigos en el arte de la guerra. En aquel descalabro general, trepa Luis a un árbol, y se salva con su denuedo y la ignorancia de los vencedores, y al amanecer logra quedar vivo y acudir al campamento de la vanguardia casi solo. Entonces, lejos de insistir en su expedición terrestre, se huelga de resguardar las reliquias de su ejército en el puerto amigo de Satalia. Se embarca desde allí para Antioquía, pero escasean tantísimo los bajeles griegos que sólo tienen cabida los nobles y caballeros, y el tropel plebeyo de infantería queda desamparado, y en el degolladero a la falda de los cerros Pamfilios. Abrazáronse llorando el emperador y el rey en Jerusalén; los guerreros curtidos, resto de huestes poderosas, se incorporaron con las fuerzas cristianas de Siria y un sitio infructuoso de Damasco fue el postrer conato de la segunda cruzada. Conrado y Luis se embarcaron para Europa con la nombradía personal de religiosidad y denuedo, pero habían los orientales contrarrestado a monarcas tan poderosos de los francos, cuyo concepto y fuerzas militares les habían amagado

repetidas veces. [620] Tenían quizás que temer más a la maestría veterana de Federico I, quien de mozo había estado sirviendo en Asia con su tío Conrado. Amaestraron con efecto a Barbarroja, cuarenta campañas en Italia y Alemania, y desde la soldadesca hasta los mismos príncipes del Imperio tuvieron que aprender en su reinado a obedecer. Al perder por fin de vista a Filadelfia y Laodicea, se engolfó en un yermo salino, estéril y despoblado, terreno (dice el historiador) tan sólo de pavor y tribulación. [621] Rancherías innumerables de turcomanos [622] les fueron por veinte días acorralando su marcha desmayada y angustiosa, redoblándose más y más los sañudos perseguidores por instantes. Forcejeaba trabajosísimamente el emperador, y fueron tan sumos sus quebrantos, que al asomar sobre Iconio, tan sólo mil jinetes podían desempeñar el servicio y mantenerse a caballo. Con un embate repentino y denodado arrolla la guardia y asalta la capital del sultán, [623] quien rendidamente implora el perdón y la paz. Franquéasele el rumbo, y Federico va adelantando en su carrera triunfal, cuando se ahoga desventuradamente en un riachuelo de Cilicia. [624] Fenecieron los restos de sus alemanes con dolencias y deserciones, expirando el hijo del emperador con la mayor parte de sus vasallos suabios en el sitio de Acre. De todos los héroes latinos, tan sólo Godofredo de Bullón y luego Federico Barbarroja alcanzaron a internarse por el Asia Menor; pero aun sus logros fueron un desengaño para que en las cruzadas posteriores, con mejor acuerdo, se anticipase el tránsito por mar a los riesgos y quebrantos del viaje terrestre. [625]

Acaecimiento naturalísimo fue aquel ímpetu de la primera cruzada, volando en alas de la esperanza, ajenísimos todos de aprensión, para una empresa que congeniaba con el temple de aquel siglo; pero nos conduele y asombra la perseverancia tan

tenaz de la Europa, tras los repetidos desengaños de la dolorosa experiencia, pues en medio de tantísimos fracasos, hasta seis generaciones consecutivas se fueron disparadamente arrojando idéntico derrumbadero, y aventurando personas y haberes tanto los pudientes como los menesterosos, en pos de una losa hasta cerca de mil leguas de sus casas, y siempre con nuevo y desesperado ahínco. Aun a los dos siglos del concilio de Clermont, en asomando la primavera y más el estío, allá se movía la riada de peregrinos guerreros a defender la Tierra Santa; pero solía la realidad, o el amago de calamidad general, ocasionar el armamento de los grandes cruzados, como vino a suceder por siete veces; eran los pontífices principalmente los conmovedores de las naciones, y más con el ejemplo de los soberanos. Ardía el afán y enmudecía la racionalidad a la voz de los oradores sagrados, y entre ellos Bernardo, [626] el monje o santo es acreedor a colocarse en el encabezamiento. Como unos ocho años antes de la primera conquista de Jerusalén, nació de noble alcurnia en Borgoña; a sus veintitrés años se empozó en el monasterio Cisterciense en Champaña, y se contentó hasta la muerte con el humilde cargo de abad en su propio monasterio de Clairvaux en la misma provincia [627] a cuyo valle había ido encabezando la tercera colonia o hija, cuando el instituto de su orden blasonaba de conservar su primitiva tirantez. En este siglo filosófico han ido a través indiscreta y jactanciosamente los timbres de aquellos campeones de suyo espirituales, cuando el ínfimo de ellos sobresalía con la pujanza de su alma, y por lo menos descollaban en gran manera entre los suyos, pues alcanzaban en la carrera de la superstición el premio que tantísimos estaban sin cesar ansiando. Aventajose sumamente Bernardo en escritos, palabras y obras a todos sus competidores y contemporáneos; no carecen sus partos de ingenio y de

elocuencia, y parece que atesoró cuanta racionalidad y compasión caben allá en la índole de un santo. Heredara de seglar el séptimo de una alcurnia mediana, pero con su voto de pobreza, cerrando los ojos al mundo visible, [628] y desentendiéndose de toda dignidad eclesiástica, el abad de Carvajal se constituyó en oráculo de Europa y en fundador de ciento sesenta conventos. Temblaban príncipes y papas al desahogo de sus reconvenciones; en un cisma de la Iglesia, Francia, Inglaterra y Milán acudieron a consultar con él y obedecer su dictamen; galardonó Inocencio II aquel esmero, y Eugenio III, sucesor suyo, se amistó en clase de discípulo con san Bernardo. Al proclamarse la segunda cruzada descolló como misionero y profeta de Dios, invocando naciones en defensa de su sagrado sepulcro. [629] En la convocatoria de Vezelay habló delante del rey, y así Luis VII, como toda su nobleza, recibieron la cruz de sus manos. Marchó entonces el abad de Carvajal a la conquista más ardua del emperador Conrado: aquel pueblo yerto y ajeno de su habla se enajenó el ademán y el desentono de su patética vehemencia, y su tránsito desde Constancia a Colonia fue una carrera triunfal de fervorosa elocuencia. Blasona Bernardo de ser el despoblador de Europa, afirmando que ciudades y castillos quedaban allá vacíos de moradores, y que vino a quedar un solo varón a la espalda para consuelo de siete viudas. [630] La ceguedad fanática estaba ansiando el nombrarlo caudillo, pero estaba presenciando el ejemplar del ermitaño Pedro, y al asegurar a los cruzados el favor divino se desentendió cuerdamente del mando militar, en que el fracaso o el acierto eran igualmente impropios de su estado. [631] Sin embargo, sobrevenida la catástrofe, el clamor general lo estuvo tildando de profeta falso y enlutador de las personas públicas y privadas; engriéronse sus émulos, sonrojáronse sus amigos, siendo sus

descargos atrasados e insuficientes. Se sincera con su obediencia al mandato del papa, se explaya sobre los rumbos misteriosos de la Providencia; achaca los fracasos de los peregrinos a sus propios pecados, insinuando rebozadamente que sus misiones habían merecido la aprobación de mil señales y maravillas. [632] Siendo cierto el hecho, quedaba el argumento irrefragable, y sus fieles discípulos, que solían ir contando de veinte en veinte o de treinta en treinta los milagros de un día, atestiguan con las juntas de Francia y de Alemania que los estuvieron presenciando. [633] Ningún crédito merecerán ya en el día tales portentos fuera del recinto de Carvajal, mas en las curaciones sobrenaturales de ciegos, cojos y enfermos que se fueron presentando al varón de Dios, no cabe ya deslindar el pormenor de casualidades, aprensiones, imposturas y patrañas. Discuerdan los devotos, y hasta la misma Omnipotencia resuena desdoradamente en sus murmullos, pues la misma fineza que se vitoreaba como un rescate en Europa, se estaba llorando, y aun acaso zahiriendo, como una calamidad en Asia. Perdida Jerusalén, los fugitivos sirios clamaron despavoridos e inconsolables; lamentose Bagdad en el polvo; el cadi Zeinedin de Damasco se estuvo desgreñando la barba en presencia del califa, y el diván entero prorrumpió en lágrimas a su relación lastimera. [634] Pero los caudillos de los creyentes tan sólo podían llorar, pues yacían cautivos en manos de los turcos; recobró algún poderío el postrer siglo de los abasíes, pero su ambición comedida se ceñía únicamente a Bagdad y su territorio. Sus tiranos, los sultanes Seljukios, fueron siguiendo la ley general de las dinastías asiáticas, esto es, la rueda incesante de valentía, encumbramiento, desavenencia, bastardía y apocamiento; no alcanzaba su arrojo y poderío a defender la religión, y allá en su reino remoto de Persia ignoraban los cristianos el nombre y las

amas de Sangiar, el héroe postrero de su alcurnia. [635] Yacían los sultanes en los mullidos almohadones de sus harenes, cuando sus esclavos, los atabekes, [636] emprendieron aquel devoto empeño; turco era el nombre que al par de los patricios bizantinos puede traducirse por Padre del Príncipe. Ascansar, turco valeroso, había merecido la privanza de Malek Shah, y aun la regalía de colocarse a la derecha del solio, pero en las guerras civiles que siguieron al fallecimiento del monarca, vino a perder la cabeza con el gobierno de Alepo. Perseveraron sus emires palaciegos en el cariño que profesaban a su hijo Zenghi, quien probó sus primeras armas contra los francos en la derrota de Antioquía: su nombradía militar fue accediendo hasta lo sumo en treinta campañas al servicio del sultán y del califa, y lo revistieron con el mando de Mosul, como el único campeón capaz de conseguir el desagravio del Profeta. No fracasó la esperanza pública, pues a los veinticinco días de sitio asaltó la ciudad de Edesa y recobró de manos de los francos sus conquistas allende el Éufrates; [637] el soberano independiente de Mosul y de Alepo, sojuzgó las tribus guerreras del Curdistán, y recabó de su soldadesca que conceptuase por patria su propio campamento; cifraban el galardón y bienestar en sus agasajos, y el desvelado Zenghi estaba siempre escudando a las familias desamparadas. Acaudilla el hijo Nuredin a sus veteranos, incorpora todas las potestades mahometanas, junta el reino de Damasco al de Alepo, y guerrea larga y prósperamente contra los cristianos de Siria. Ya reinando más y más anchurosamente desde el Tigris hasta el Nilo, los abasíes galardonan a su fiel sirviente con todos los dictados y prerrogativas del solio. Hasta los mismos latinos tienen que acatar a un contrario implacable pero sabio, valeroso, justiciero y devoto. [638] Revivieron en su vida y gobierno el afán y la sencillez de los primeros califas,

desterrando el oro y la seda de su palacio, y el uso del vino de todos sus dominios, e invirtiendo con suma escrupulosidad las rentas públicas en el servicio nacional, pues mantenía su frugalísima familia con los estados que se fue granjeando por la renta de su porción en los despojos. Suspiraba su predilecta sultana por cierto ajuar mujeril: «¡Ay de mí! —le contestó el monarca—, no soy más que tesorero de los musulmanes; no me cabe el enajenar sus haberes, pero me quedan hasta tres tendezuelas en la ciudad de Hems: eso es lo que podéis tomar, por ser lo único que poseo». Su sala criminal aterraba al grande y acogía al desvalido. A pocos años de la muerte del sultán, un súbdito atropellado estaba clamando por las calles de Damasco: «O Nuredin, Nuredin, ¿en dónde paras? Álzate para condolerte y ampararnos». Hubo recelo de asonada, y el tirano actual se sonrojó y tembló con el nombre del monarca ya difunto.

Las armas de turcos y francos aventaron los fatimitas de Siria, y era todavía más trascendental en Egipto el menoscabo de su índole y de su influjo. Los reverenciaban sin embargo todavía por descendientes y sucesores del Profeta; sostenían más y más su boato en el alcázar de El Cairo, y por maravilla los ojos profanos de súbditos o advenedizos llegaban a mancillar su persona. Los embajadores latinos [639] van describiendo su presentación por una hilera interminable de tránsitos lóbregos y de patios esplendorosos, realzados con gorjeos de aves y murmullos de manantiales; ostentábanse alhajas riquísimas y vivientes peregrinos, poniendo de manifiesto gran parte, y reservando o suponiendo otra mucho mayor del tesoro imperial, y todo al cargo y custodia de guardias negros y eunucos caseros. Velaba allá un cortinaje el santuario de la audiencia, y el visir, que era el conductor, arrimando su cimitarra, se postró rendidamente hasta tres veces por el suelo, y orillando entonces

el velo misterioso, presenciaron la persona del caudillo de los fieles, quien manifestó su dignación al primer esclavo del solio. Pero aquel esclavo era el dueño, pues los visires o sultanes tenían usurpado el régimen supremo del Egipto; zanjaban las armas toda desavenencia entre los competidores, insertando el nombre del más acreedor o del más fuerte en la patente imperial de mando. Arrojábanse alternativamente de la capital y del país de los bandos de Dargham y de Shaver, y el vencido acudía al arrimo azaroso del sultán de Damasco, o del rey de Jerusalén, enemigos aferrados de la secta y monarquía de los fatimitas. El turco por armas y por religión venía a ser el más formidable, pero el franco en marcha obvia y directa se asomaba al Nilo y su situación intermedia precisaba a Nuredin a rodear por los ámbitos de la Arabia, giro dilatado y trabajosísimo que lo exponía a la sed, al cansancio y a los solanos abrasadores del desierto. El afán ambicioso del príncipe turco estaba aspirando a reinar en Egipto con el sobrescrito de los abasíes, pero la suposición del suplicante Shaver fue el móvil ostensible de la expedición primera encargada al emir Shiracuh, caudillo valeroso y veterano. Fracasa y fenece Dargham pero la ingratitud, celos y zozobras del competidor venturoso lo incitan luego a acudir al rey de Jerusalén a fin de libertar el Egipto de su bienhechor desmandado. No alcanzan las fuerzas de Shiracuh al contrarresto de aquel enlace, y así se desentiende de su intento atropellado y se le franquea retirada, evacuando a Belbeis y Pelusio. Al transitar los turcos por delante del enemigo, cerrando el caudillo ojo avizor la retaguardia con la maza en la mano, se arroja un franco a preguntarle si está o no temeroso de algún desmán. «En vuestras manos tenéis —le contesta el emir denodado—, el entablar la contienda; pero tened por cierto que ni un soldado mío ha de ir al paraíso mientras no envíe algún

infiel a los infiernos». Esperanzó más y más a Nuredin el pormenor de las riquezas del país, de la afeminación de los naturales y de su rematado desgobierno; el califa de Bagdad le dio alas para intento tan religioso, y entonces regresa Shiracuh a Egipto con doce mil turcos y once mil árabes. Queda todavía inferior en fuerzas a las combinadas de francos y sarracenos, y asoma notable pericia militar en su tránsito del Nilo, en su retirada a Tebas, y en la maestría de sus evoluciones durante la batalla de Babuin, en la sorpresa de Alejandría, y luego en marchas y contramarchas por los llanos y el valle de Egipto, desde el trópico hasta el mar. Acompañaba el denuedo de la tropa a su desempeño y tras una refriega exclamó un mameluco: [640] «Si no podemos desamarrar el Egipto de manos de esos perros cristianos, ¿por qué no orillamos los honores y galardones del sultán y nos retiramos a trabajar con los campesinos o a hilar con las hembras en el serrallo?». Mas con todos sus conatos en campaña [641] y su porfiadísima defensa de su sobrino Saladino en Alejandría, [642] una capitulación y retirada honorífica terminaron la segunda empresa de Shiracuh, reservando Nuredin echar el resto en el tercero y más venturoso avance. Rodeósele luego con la ambición y codicia de Amalric o Amaury, rey de Jerusalén y empapado en la máxima delirante de que no había que guardar fe con los enemigos de Dios. Todo un guerrero religioso, el gran maestre del Hospital lo estimula al intento; el emperador de Constantinopla aprontó, o por lo menos ofreció escuadra para mancomunarse con el ejército de Siria, y el alevoso cristiano, mal hallado con los despojos y el auxilio, aspiró a la conquista del Egipto. En tamaño conflicto acuden los musulmanes al sultán de Damasco, y el visir, acorralado por dondequiera de peligros, se aviene a tan unánimes anhelos, y tienta al parecer a Nuredin con el tercio de

las rentas del reino. Llegan ya los francos a las puertas de El Cairo, mas incendiados ya los arrabales y la ciudad antigua a su asomo, se les aparenta una negociación, y los bajeles no pueden arrollar los atajadizos del Nilo. Se recatan cuerdamente de toda contienda con los turcos en medio de un país enemigo, y se retira Amaury a su Palestina con el sonrojo y baldón que siempre acompañan a una injusticia malograda. Por aquel rescate revisten a Shiracuh con un ropaje honorífico, manchado pronto con la sangre del mal aventurado Shewer. Aviénense al pronto los emires turcos a desempeñar el cargo de visires, pero aquella conquista advenediza arrebató el vuelco de los mismos fatimitas, redondeando sin sangre aquel trueque por medio de un mensaje y de una sola palabra. Apearon a los califas su propia flaqueza y la tiranía de los visires, se sonrojaban aquellos súbditos al presentar todo un descendiente y sucesor del Profeta su diestra desnuda al roce asperísimo de un embajador latino; pero lloraron amargamente al verlo enviar las cabelleras de sus mujeres simbolizando su pavor y quebranto para mover la compasión del sultán de Damasco. Restableciéronse solemnísimamente por mandato de Nuredin y dictamen de los doctores los sagrados nombres de Abubeker Omar y Otomán; quedó el califa Mosthadi de Bagdad reconocido en el rezo público a fuer de verdadero caudillo de los fieles, trocando la librea verde de los hijos de Alí por el color negro de los abasíes. El último de su alcurnia, el califa Adhed, que tan sólo sobrevivió diez días, falleció ignorando venturosamente su estrella; afianzaron sus tesoros la lealtad de la soldadesca y acallaron el murmullo de sus secuaces, y luego en las revoluciones posteriores se aferró siempre el Egipto en la tradición ortodoxa de los musulmanes. [643]

Tribus de curdos pastorean por los cerros allende el Tigris,

[644] gente bravía, recia y salvaje que no tolera el yugo, luego salteadora y aferrada al gobierno de sus caudillos nacionales. La semejanza en nombre, situación y costumbres parece que los identifica con los carduchios de los griegos, [645] y siguen defendiendo contra la Puerta Otomana la libertad antigua que estuvieron sosteniendo contra los sucesores de Ciro. La pobreza codiciosa los inclinó a venderse o asalariarse para la profesión de las armas; el servicio con padre y tío fue aparatando el reinado del gran Saladino, [646] y el hijo de Job o Ayacub, mero curdo, se sonreía magnánimamente al eco de su alcurnia, pues lo estaba entroncando la lisonja con los califas árabes: [647] tan ajeno vivía Nuredin del exterminio abocado ya sobre su familia, que precisó al mozo repugnantísimo a seguir hasta Egipto a su tío Shiracuh, granjeose sumo concepto militar en la defensa de Alejandría y, si damos crédito a los latinos, solicitó y recabó del caudillo cristiano los timbres *profanos* de caballero. [648] Fallece Shiracuh, y lo reemplaza Saladino por el más mozo y desvalido de los emires; pero aconsejado por el padre, a quien llevó al Cairo, descolló con su numen sobre sus iguales y se granjeó el cariño del ejército. En vida de Nuredin, eran aquellos curdos ambiciosos los esclavos más rendidos, y el advertido Ayub acalló los murmullos destemplados del diván; protestando a voces que en mandándolo el sultán, él mismo llevaría a su hijo aherrojado al pie del solio. «Semejantes palabras —añadió a solas—, eran cuerdas y adecuadas en una junta de vuestros competidores, mas aquí estamos para sobreponernos a toda zozobra de mandato, y así todas las amenazas de Nuredin no me han de exprimir una caña dulce por tributo». Con su oportunísima muerte se desahogó de aquella congoja tan amarga; su hijo ternezuelo de once años quedó por el pronto en manos de los emires de Damasco; y el nuevo señor del Egipto se vio condecorado por el

califa con cuantos dictados podían [649] santificar la usurpación por el concepto del pueblo. Menospreció en breve Saladino la posesión única del Egipto, apeando a los cristianos de Jerusalén y a los abubekes de Damasco, Alepo y Diarbekir. Reconociéronle la Meca y Medina por su amparador temporal; sojuzgó su hermano las regiones remotas del Yemen y la Arabia Feliz, y al morir se extendía su imperio desde el Trípoli africano hasta el Tigris, y desde el océano Índico hasta las montañas de Armenia. Al rasguear su índole, las tachas de ingratitud y alevosía encarnan intensamente en el ánimo empapado siempre en arranques castizos de lealtad y correspondencia. Pero las revoluciones del Asia vienen casi a disculpar aquellos ímpetus ambiciosos [650] abonándole luego el ejemplar tan presente de los abubekes; su miramiento con el hijo de su bienhechor; su porte humano y generoso con la parentela, toda incapaz en cotejo suyo, la aprobación del califa, único manantial de toda potestad legítima, y sobre todo el anhelo y el interés del pueblo, cuya felicidad es el objeto fundamental de todo gobierno. Hermana al par de su ayo las prendas heroicas con las místicas, pues tanto Nuredin como Saladino están para los mahometanos en el predicamento de santos; y el estar a toda hora embargados en el afán constantísimo de la Guerra Santa parece que bañó sus vidas y hechos con un matiz de formalidad y miramiento. Adoleció el último de vinoso y mujeriego en la mocedad, [651] pero su gallardo desenfado se sobrepuso luego a todo aliciente sensual en pos de los desvaríos más circunspectos de la dominación y nombradía. Era la ropa de Saladino de lana burda, sin más bebida que el agua, al paso que igualaba la templanza y sobrepujaba la castidad del profeta árabe. Rigidísimo musulmán en la fe y en la práctica, se estuvo siempre lamentando de que la defensa de su religión no le permitiese verificar su ansiada

peregrinación a la Meca; pero todos los días a sus horas fijas cinco veces rezaba devotamente con sus hermanos; descuidándose del ayuno se penitenciaba y recargaba de nuevo con toda escrupulosidad, y el estar leyendo el *Alcorán* en el avance encontrado de su tropa comprueba su aliento y su religiosidad un tanto vanagloriosa. [652] Tan sólo se dignó fomentar el estudio de la secta de Shafei con toda su doctrina supersticiosa; gozaban los poetas el ensanche de su menosprecio, aborreciendo de muerte todo género de ciencia profana, y habiendo un filósofo divulgado ciertas novedades meramente especulativas el santo imperial lo mandó ahorcar ejecutivamente. Tenía el más ínfimo suplicante expedito el diván en demanda de justicia contra él mismo y sus ministros, y nunca Saladino se desviaba del rumbo de la equidad, no mediando por lo menos un reino entero. Mientras los descendientes de Seljuk y de Zenghi le aseaban la ropa y le tenían el estribo, mostrábase sufrido y afable con el menor súbdito. Era de suyo tan sumamente dadivoso que llegó a repartir hasta doce mil caballos en el sitio de Acre, y al tiempo de su muerte tan sólo se le hallaron en el tesoro cuarenta y siete dracmas de plata y una moneda de oro; y así en un reinado guerrero se rebajaron los impuestos y todo súbdito acaudalado disfrutó a sus anchuras y sin zozobra los productos de su industria. Anduvo adornando el Egipto, la Siria y la Arabia con fundaciones regias de hospitales, colegios y mezquitas, fortificó El Cairo con murallas y ciudadela concentrando sus empresas en la utilidad pública sin construirse palacios ni jardines para su propio uso y ostentación. [653] En un siglo fanático, y siéndolo él por extremo, las virtudes entrañables de Saladino embargaron el aprecio de los mismos cristianos, pues blasonaba el emperador de Alemania de su intimidad, [654] y el de Grecia anduvo solícito

por su alianza; [655] y luego la conquista de Jerusalén vino a dilatar, y tal vez a abultar, su nombradía en levante como en poniente.

Sosteníase el reino de Jerusalén allá en su breve existencia [656] con las discordias entre turcos y sarracenos, sacrificando al par los califas fatimitas y los sultanes de Damasco la causa de su religión por consideraciones baladíes de interés personal y ejecutivo. Pero habíanse agolpado a la sazón las potestades de Siria y de Arabia como de Egipto en manos de un héroe a quien la naturaleza y el acaso habían armado contra los cristianos. Por fuera el amago era en todo pavoroso, al paso que dentro de Jerusalén era todo endeble y vacío. Tras los dos primeros Balduinos, el hermano y el primo de Godofredo de Bullón paró el cetro por sucesión femenina en Melisenda, hija del segundo Balduino, y su marido Fulk, conde de Anjou, padre por un primer matrimonio de nuestros Plantagenet ingleses. Sus dos hijos, Balduino III y Amaury, guerrearon valerosa y aun prósperamente contra los infieles; pero el hijo de Amaury, Balduino IV quedó imposibilitado de cuerpo y alma con la lepra durante las cruzadas memorables. Era su hermana Sivila, madre de Balduino V, su heredera natural, quien tras la muerte sospechosa de su niño coronó a su segundo marido, Guy de Lusiñan, príncipe de aventajado parecer, pero de tan ruin concepto que su hermano Jefrey vino a prorrumpir: «Puesto que a él lo entronizan tienen que endiosarme a *mí*». Tacharon todos la elección, y el vasallo más poderoso, Raimundo, conde de Trípoli, excluido de la sucesión y la regencia, abrigaba encono implacable contra el rey exponiendo su pundonor y su conciencia a las tentaciones del sultán. Tales eran los amparadores de la Ciudad Santa: un leproso, un niño, una mujer, un cobarde y un traidor; acudieron socorros de Europa y

se dilató por doce años su fracaso, campearon más y más las órdenes militares, y el temible enemigo se distrajo con llamadas ya caseras ya remotas. Por fin acorrala una línea militar el recinto ruinoso, quebrantando además los francos la tregua que resguardaba su existencia. Un soldado de fortuna, Reginaldo de Châtillon, se había apoderado al confín del mismo desierto de una fortaleza, desde la cual está salteando las caravanas, desacatando a Mahoma y amenazando a las ciudades de Medina y la Meca. Se allana Saladino a quejarse, gózase con la negativa de su desagravio e invade la Tierra Santa capitaneando ochenta mil hombres de a pie y de a caballo. Encamínalo el conde de Trípoli a Isberias, pertenencia suya, y recaban del rey de Jerusalén que desguarnezca las plazas y arme el vecindario para acudir a la importantísima plaza. [657] El alevoso conde sitia ostentando su dictamen a los cristianos en un paraje sin agua; huye a los primeros lances maldiciéndolo entrambas naciones. [658] Arrollan a Lusiñan con pérdida de treinta mil hombres y el bosque de la verdadera cruz, desventura imponderable, queda en manos de los infieles. Llevan al cautivo real a la tienda de Saladino y al desmayarse de pavor y de sed le brindan un sorbete helado, dejando a su compañero Reginaldo de Châtillon sin aquel refrigerio, prenda de agasajo y de indulto. «Sagradas son —prorrumpe el sultán—, la persona y la dignidad de un rey: pero este salteador desapiadado tiene que reconocer ahora mismo al Profeta que ha estado blasfemando, o padecer la muerte que tiene tan sobradamente merecida». Desentiéndese el altivo o concienzudo guerrero, y descargándole Saladino su cimitarra lo destrozan luego los guardias. [659] Envían al trémulo Lusiñan a Damasco, donde tras honrosa prisión, logra su rescate; pero queda mancillada la victoria con el degüello de ciento treinta caballeros del Hospital, denodados campeones y

mártires de su fe. Yace el reino sin cabeza y de los dos grandes maestres de las órdenes militares, el uno estaba muerto y el otro prisionero. Malográronse con la aciaga campaña las guarniciones cuyas plazas se hallaban tanto la costa como en el interior, y solamente Tiro y Trípoli se salvaron de la veloz embestida de Saladino, quien a los tres meses de la batalla de Tiberias asomó a las puertas de Jerusalén. [660]

Debía suponer que el sitio de ciudad tan venerable para el cielo y la tierra, tan interesante en el concepto de Europa y del Asia, reinflamaría las últimas pavesas del entusiasmo, y que de los sesenta mil cristianos cada cual sería un soldado, y cada soldado un aspirante para el martirio. Pero trémula estaba la reina Sibila por sí misma y por su esposo prisionero, y los barones y caballeros, huidos de la espada y cadenas de los turcos, se aferraron más y más en sus banderías y desbarros interesados, para el exterminio público. Componíase lo más del vecindario de cristianos griegos y orientales, enseñados con la experiencia a preferir el yugo mahometano al de los latinos, [661] y el Santo Sepulcro agolpaba una muchedumbre muy menesterosa, sin armas ni aliento, que vivía únicamente de limosna. Se manifestó algún conato presuroso pero apocado por la defensa de Jerusalén; pero a los catorce días la hueste victoriosa enfrenó y escarmentó las salidas, plantó sus máquinas, abrió una brecha de quince codos, arrimó sus escalas y tremoló en el mismo boquete hasta doce pendones del Profeta y del sultán. En vano acudieron descalzos monjes, reina y mujeres en procesión a implorar al hijo de Dios para que salvase su tumba y su propia herencia de las huellas de la impiedad. Tuvo que cifrarse su esperanza en la conmiseración del vencedor, y a la primera y rendidísima embajada la desahució ceñudamente de toda compasión. «Tenía jurada venganza por los padecimientos intensos y dilatados de

los musulmanes: pasó ya la hora de todo indulto, y era ya llegado el trance de purgar la sangre inocentísima derramada por Godofredo en la cruzada primera.» Dispáranse entonces desesperadamente los francos, y el sultán se hace cargo de que no tiene todavía tan afianzado su triunfo, y da por fin oídos a una plegaria solemne en nombre del Padre común del género humano, y por fin un arranque de lástima despuntó los aceros del fanatismo y de la conquista; y así se avino a aceptar la ciudad preservando a los moradores. Permitiose a los cristianos griegos y orientales vivir bajo su dominación; pero se pactó que francos y latinos evacuarían la ciudad en cuarenta días, conduciéndolos a salvo a las puertas de Siria y de Egipto, pagando diez piezas de oro por hombre, cinco por cada mujer y una por los niños; y cuantos fuesen incapaces de feriarse así su libertad tendrían que permanecer en cautiverio perpetuo. Toman algunos escritores por su tema predilecto y satírico el cotejar la humanidad de Saladino con la matanza de la primera cruzada. Resultaría una diferencia personal; pero tengamos presente que los cristianos brindaron con capitulación, y que los musulmanes de Jerusalén arrostraron el extremo de un asalto a fuego y sangre. Hágase justicia a la escrupulosidad con que el vencedor turco cumplió las condiciones del tratado, y aun merece alabanza por aquellas miradas compasivas que tendió sobre el desamparo de los vencidos. En vez del apremio terminante por el pago de la deuda, se avino a la suma de treinta mil bizantinos por el rescate de siete mil menesterosos; despidió luego a tres o cuatro mil más por pura clemencia, reduciendo el número de esclavos a trece o catorce mil personas. Al avistarse con la reina, sus palabras y aun sus lágrimas le embalsamaron su desconsuelo; fue distribuyendo cuantiosas limosnas a viudas y huérfanas de resultas de la guerra; y mientras los demás caballeros del Hospital estaban guerreando

todavía contra él, franqueó a sus hermanos más compasivos el seguir todavía por un año asistiendo cuidadosamente a los enfermos. Acreedor es Saladino en estos rasgos a nuestro cariño y nuestro pasmo, pues nada lo precisaba al disimulo, y su ceñudo fanatismo lo inclinara más bien al empeño de encubrir que al de aparentar aquella lástima profana con los enemigos del *Alcorán*. Descargada ya Jerusalén de la presencia de los advenedizos, hizo el sultán su entrada triunfal, tremolando allá sus banderas al eco de la armonía de una música marcial. La gran mezquita de Omar, convertida en iglesia, queda de nuevo consagrada al Dios único y a su profeta Mahoma; se purifican paredes y pavimento con agua de rosa, y se encumbra un púlpito, obra de Nuredin, en el santuario. Mas al derrumbar del cimborio la cruz tan centellante de oro y arrastrarla por las calles, prorrumpen los cristianos en alarido lamentable, correspondido con la gritería risueña de los musulmanes. Había el patriarca recogido en cuatro barriles de marfil las cruces, imágenes y reliquias del lugar sagrado, y el vencedor se las apropia con el afán de presentar al califa sus trofeos de la idolatría cristiana. Se recabó no obstante que los confiase al patriarca y príncipe de Antioquía, y Ricardo rescató luego tan religiosas prendas por la cantidad de cincuenta y dos mil bizantinos de oro. [662]

Estaban las naciones temiendo o esperanzando la expulsión final y ejecutiva de los latinos de toda la Siria, dilatada sin embargo por más de un siglo después de la muerte de Saladino, [663] a quien la resistencia de Tiro atajó la carrera victoriosa, pues agolpando las tropas y guarniciones capituladas al mismo puesto, resultaron fuerzas adecuadas para la defensa de la plaza, y con la llegada de Conrado de Monferrato se fue coordinando aquella muchedumbre revuelta y desmandada. Yacía prisionero

el padre, peregrino venerable, desde la batalla de Tiberias; mas ignorábase todavía tamaño quebranto por la Italia y la Grecia, cuando el hijo, a impulsos de su ambición y su religiosidad, acudió a visitar la herencia de su sobrino real, el infante Balduino. Al presenciar las banderas turcas huye de la costa enemiga de Jafa, y luego saludan todos unánimemente a Conrado por príncipe y campeón de Tiro que a la sazón se halla ya sitiada por el conquistador de Jerusalén. Su entereza devota y quizás el concepto de la generosidad de su enemigo lo inclinan no sólo a arrostrar los amagos del sultán, sino a pregonar que, aun cuando pusieran al padre bajo los muros de la plaza, él mismo dispararía el primer flechazo para blasonar de la descendencia de un mártir cristiano. [664] Se franquea la entrada en la bahía de Tiro a la escuadra egipcia, pero tienden al golpe la cadena y apresan o echan a pique cinco galeras: matan a mil turcos en una salida, y Saladino, quemando sus máquinas, tras una campaña esclarecida se retira desairadamente a Damasco. Sobreviénele luego tormenta más pavorosa, pues las relaciones lastimeras y aun pinturas materiales, representando en subidos matices la servidumbre y profanación de Jerusalén, avivan la sensibilidad entorpecida de la Europa. El emperador Federico Barbarroja y los reyes de Francia y de Inglaterra se cruzan y los Estados marítimos del Mediterráneo y el océano se anticipan a la tardía grandiosidad de los armamentos regios. Los expeditos y próvidos italianos se embarban luego en los bajeles de Pisa, Génova y Venecia, siguiéndolos en diligencia los peregrinos más ansiosos de Francia, Normandía y las islas occidentales. El auxilio poderoso de Flandes, Frisia y Dinamarca cuajaba hasta cerca de cien buques, descollando los guerreros septentrionales en el campo con su agigantada estatura y tremenda maza. [665] Rebosa tantísima muchedumbre sobre el recinto de Tiro, y

desacata la voz de Conrado. Conduélese de la desventura y reverencia el señorío de Lusiñan, desencarcelado tal vez expresamente para deshermanar el ejército de los francos. Propone el recobro de Tolemais, o Acre, a diez leguas al sur de Tiro, cercando al golpe la plaza con dos mil caballos y treinta mil infantes bajo su mando nominal. No me explayaré en el pormenor de aquel sitio memorable, que duró hasta dos años y vino a consumir en tan corto trecho las fuerzas de Europa y Asia. Jamás ardió el entusiasmo con llamarada tan intensa y enfurecimiento tan ceñudo, ni cabía que los verdaderos creyentes, pues así se apellidaban unos y otros consagrando a sus respectivos mártires, dejasen de vitorear hasta cierto punto el afán y denuedo de sus contrarios. Suena el clarín sagrado y musulmanes de Egipto, Siria, Arabia y provincias orientales se agolpan capitaneados por el sirviente del Profeta. [666] Plantan sus reales y los adelantan hasta la inmediación de Acre, afanándose todos por el socorro de sus hermanos y el descalabro de los francos. Se traban no menos de nueve refriegas formales a la falda del monte Carmelo, con tan encontrada alternativa, que en un avance el sultán llega a internarse en la ciudad, y en una salida los cristianos allanan la tienda del sultán. Por medio de buzos y de palomas estaban en correspondencia seguida con los sitiados, y en habiendo proporción por el estado del mar se renovaba la guarnición acosada con otra más pujante. Hambre, acero y clima iban mermando el campamento latino; pero reemplazaban peregrinos nuevos a los difuntos en sus tiendas, abultando siempre la pujanza y el número de los que les iban en zaga, asombrando al vulgo con la novedad de que el papa mismo acudía capitaneando una cruzada innumerable, mientras la marcha del emperador causaba en el Oriente zozobras más formales; la maestría de Saladino le iba cruzando obstáculos en

Asia y tal vez en Grecia, mas le cupo el alegrón de su muerte proporcionado al concepto que le merecía; y los cristianos se desalentaron más bien que se enardecieron con la llegada del duque de Suabia y los residuos mal parados de sus cinco mil alemanes. Por fin, en la primavera del segundo año anclaron en la bahía de Acre las escuadras regias de Francia e Inglaterra, y estrecharon más y más el sitio con su emulación juvenil los dos reyes Felipe Augusto y Ricardo Plantagenet. Echan el resto de sus recursos y aun de sus esperanzas los sitiados en Acre, pero se conforman con su estrella, mediante una capitulación en que compran sus vidas y fueros con un rescate de doscientas mil piezas de oro, la entrega de cien nobles y mil quinientos cautivos inferiores y la devolución del leño de la Santa Cruz. Median dudas en el ajuste, se dilata la ejecución y, enfureciéndose hasta lo sumo los francos, degüellan casi a la vista del sultán, tres mil musulmanes por disposición del sanguinario Ricardo. [667] Se granjean en Acre los latinos una ciudad fuerte con adecuado fondeadero, mas compran a muy subido precio tamaña ventaja. Regula el ministro e historiador de Saladino, refiriéndose a los enemigos, que su número en diferentes fechas ascendió a quinientos o seiscientos mil, que les mataron más de cien mil; que perdieron todavía mayor número en dolencias y naufragios; y que era escasísima la porción de hueste tan poderosa que pudo regresar a su patria. [668]

Felipe Augusto y Ricardo I son los únicos monarcas de Francia e Inglaterra que han militado bajo las mismas banderas, mas aquella intimidad sagrada vino luego a desquiciarse con los celos nacionales, pues los dos bandos que prohijaron en Palestina estaban más enconados mutuamente que contra el enemigo común. Sobrepujaba para los orientales en jerarquía y poderío el de Francia, y faltando el emperador, lo acataban los

latinos por su caudillo temporal. [669] No correspondieron las hazañas a su nombradía, pues era valeroso, mas preponderaba su desempeño en clase de estadista a las ínfulas heroicas; fastidiose muy pronto de estar sacrificando su salud y sus intereses en una costa esterilísima, y rendido Acre, no trató más que de dar la vela; ni le cupo sincerar aquel despido tan mal visto con dejar al duque de Borgoña y quinientos caballeros y diez mil infantes para el servicio de la Tierra Santa. El rey de Inglaterra, aunque de menor suposición, lo aventaja en caudales y en pericia militar; [670] y si el heroísmo se cifra en el denuedo feroz e irracional, allá se encumbrará Ricardo Plantagenet entre los héroes de aquel siglo. Duradera y esclarecida fue la memoria de Ricardo *Corazón de León* entre los súbditos, y a los sesenta años aún lo vitoreaban proverbialmente los nietos de turcos y sarracenos, contra quienes había guerreado; y las madres sirias entonaban su nombre pavoroso para acallar a sus niños, y a todo caballo asombradizo solía decir el jinete: «¿Acaso estás viendo detrás de esa mata al rey Ricardo?» [671] Procedía su crueldad con los mahometanos de complexión y religiosidad, pero no me cabe creer que un soldado de suyo tan voluntarioso y denodado en el manejo de su lanza, bastardease hasta el punto de afilar una daga contra su valeroso hermano Conrado de Monferrate, a quien mató en Tiro algún asesino oculto. [672] Rendido Acre y faltando Felipe, encabezó el rey de Inglaterra a los cruzados para el recobro de la costa, añadiendo luego las ciudades de Jafa y de Cesárea a los trozos del reino de Lusiñan. Una marcha de más de veinte leguas desde Acre hasta Ascalón fue una grandiosa e interesante refriega de once días. Saladino, desbaratado su ejército, hace frente a diecisiete guardias, sin rendir el estandarte ni cesar de redoblar sus timbales de bronce; rehace a su gente, la escuadrona y embiste al eco de los predicadores y heraldos

clamando a los *unitarios* para que contrarresten varonilmente a los cristianos idólatras. Pero se dispara más y más el ímpetu de los idólatras, y Saladino, para precaver su ocupación de una plaza importante al confín de Egipto, tiene que volar los edificios y murallas de Ascalón. Se encrudece el invierno, yacen las huestes, pero al asomo de la primavera se adelantan los francos hasta una jornada de Jerusalén, bajo el estandarte arrollador del monarca inglés, salteando con su ardientísima actividad un convoy o caravana de siete mil camellos. Habíase aposentado Saladino [673] en la Ciudad Santa, pero el vecindario adolece de pavor y discordia; y por más que ayune, rece, predique y se brinde a permanecer y arrostrar los desmanes de un sitio, sus mamelucos, harto memoriosos del paradero de sus camaradas en Acre, apremian al sultán a voz en grito para que reserve su persona y el denuedo de todos ellos para la defensa venidera de la religión y del Imperio. [674] Desahogáronse los musulmanes con la retirada repentina o, según ellos conceptuaron, milagrosa [675] de los cristianos, quedando los laureles de Ricardo ajados con la trascendencia o envidia de sus compañeros. Trepa el héroe a un cerro, y tapándose el rostro prorrumpe con voz airada: «Cuantos no acudan a rescatar serán indignos de ver el sepulcro de Cristo». Llegado a Acre, sabe que el sultán ha sorprendido a Jafa, acude al vuelo con algunos barquillos mercantes, salta de los primeros en la playa; se rehace el castillo con su presencia, y le huyen hasta sesenta mil turcos y sarracenos. Venlo luego indefenso, y vuelven sobre él a la madrugada; lo hallan sin zozobra acampado ante las puertas con sólo diecisiete caballeros y trescientos flecheros. Sin reparar en número, contrarresta con tesón el embate, y aun atestiguan sus mismos enemigos que el rey de Inglaterra, empuñando su lanzón, cabalgó desaforadamente desde el ala derecha hasta la

izquierda sin tropezar con el menor contrincante que le atajase la carrera. [676] ¿Estamos aquí escribiendo la historia de Roldán o de Amadís?

En medio de estas hostilidades asoma desmayadamente una negociación [677] entre francos y musulmanes; se formaliza, se quiebra y luego se anuda y desanuda de nuevo. Median rasgos de cortesanía regia, regalos de nieve y frutas, trueques de halcones noruegos por caballos árabes, y con repetidos vaivenes van aprendiendo los monarcas que el cielo se desentiende de sus trances, y que no les cabe esperanzar victoria cabal hasta después de sus mutuos ensayos. [678] Asoman al par quebrantos de salud en Ricardo y en Saladino, y entrambos igualmente padecen los desmanes de guerra casera y lejana; pues Plantagenet se azora por el escarmiento de un competidor alevoso que le ha invadido la Normandía en su ausencia, y el sultán infatigable se lastima con los alaridos del pueblo que es víctima y de la soldadesca que es el instrumento de sus ímpetus guerreros. Encabeza el rey de Inglaterra la restitución de Jerusalén, de Palestina y de la verdadera cruz, pregonando con entereza que así él mismo, como toda su hermandad peregrina, han de terminar sus vidas con aquel afán religiosísimo, antes que volver a Europa con afrenta y remordimiento. Mas no se aviene la conciencia de Saladino, no mediando cuantiosísimas compensaciones, a restablecer los ídolos de los cristianos; se aferra con igual ahínco en su derecho civil y religioso a la soberanía de Palestina; se explaya sobre el señorío y santidad de Jerusalén y rechaza todo género de establecimiento o partición con los latinos. El enlace que propone Ricardo de su hermana con el hermano del sultán queda deshecho por la diferencia en la fe; la princesa se horroriza con los abrazos de un turco, y luego Adel o Saladino no se avienen a despedir un serrallo. Se desentiende Saladino de

avistarse personalmente, alegando la ignorancia mutua del idioma, y así se entorpecía con las pausas y mañas de los intérpretes, y aun ajustado finalmente el convenio, chasqueó igualmente a los extremados en ambos partidos, y especialmente al pontífice romano y al califa de Bagdad. Se pactó que Jerusalén y el Santo Sepulcro se franqueasen sin tributo ni molestia a la peregrinación de los cristianos latinos, que demolido Ascalón poseerían inclusive la costa desde Jafa hasta Tiro; que el conde de Trípoli y el príncipe de Antioquía quedarían comprendidos en la tregua, y que cesarían las hostilidades totalmente por tres años y tres meses. Juraron los caudillos principales de ambos ejércitos la observancia del tratado; pero los monarcas se dieron por satisfechos con su palabra mutua y el asimiento de sus diestras, y la majestad regia se descargó de un juramento que lleva siempre consigo ciertos asomos de recelo y desdoro. Embarcose Ricardo para Europa en busca de dilatado cautiverio y sepulcro anticipado, y en el espacio de cuatro meses cesaron la vida y los blasones de Saladino. Rasguean los orientales su muerte ejemplar sucedida en Damasco, mas desconocen su reparto por igual de limosnas en las tres religiones, [679] y el enarbolamiento de un mortuorio por estandarte, advirtiendo al Oriente la inestabilidad de las grandezas humanas. Se desploma la unión del Imperio con su fallecimiento, pues Saladino, prepotente, arrolla a los sobrinos; renacen los intereses encontrados de los sultanes de Egipto, Damasco y Alepo, [680] y los francos o latinos permanecen, respiran y esperanzan en las fortalezas por la costa siria.

El monumento más esclarecido de la nombradía aterradora de un conquistador es el diezmo Saladino, impuesto general que se cargó a los seglares y aun al clero de la Iglesia latina para el servicio de la guerra sagrada. En extremo productiva era aquella

planta para que cesase con su motivo, y aquel tributo vino a ser cimiento de todos los diezmos y réditos de cuantos beneficios eclesiásticos los pontífices romanos han ido concediendo a los soberanos católicos, o bien se han reservado para el uso directo de la sede apostólica. [681] Aquella recaudación pecuniaria no podía menos de interesar eficazmente a los papas en la reconquista de Palestina y, difunto ya Saladino, siguieron predicando la cruzada con cartas, legados y misioneros, debiéndose esperanzar tantísimo logro del afán y desempeño de Inocencio III. [682] Encumbráronse hasta la cima de la grandeza los sucesores de san Pedro bajo aquel sacerdote mozo y ambicioso, quien durante su reinado de dieciocho años estuvo ejerciendo un mando despótico sobre emperadores y reyes hasta el punto de entronizarlos o apearlos a su albedrío, y luego holló a las naciones con entredichos, defraudándolas, por meses o años, del culto cristiano, por la ofensa de los superiores. Obró en el concilio lateranense con ínfulas de soberano de levante y poniente, rindiendo Juan de Inglaterra la corona a las plantas de su legado, y pudiendo blasonar Inocencio de sus dos triunfos señaladísimos sobre el entendimiento y la humanidad, el establecimiento de la eucaristía y el origen de la Inquisición. Emprendiéronse dos cruzadas, la cuarta y la quinta, a su llamamiento; pero, fuera de un rey de Hungría, príncipes de segundo orden acaudillaron a los peregrinos; fueron escasas las fuerzas para el intento, ni correspondió el resultado a los anhelos y esperanzas del papa y de los pueblos. La cuarta cruzada se desvió de la Siria encaminándose a Constantinopla, y la conquista del Imperio griego o Romano por los latinos formará el asunto propio y grandioso del capítulo siguiente. En la quinta hasta doscientos mil francos vinieron a desembarcar [683] a la boca oriental del Nilo. Esperanzaban atinadamente que la

Palestina quedaría sojuzgada desde el Egipto; solio y arsenal de los sultanes y los mahometanos tuvieron que llorar la pérdida de Damieta con dieciséis meses de sitio. Pero el engreimiento y descoco del legado Pelagio desquició el ejército cristiano, quien a nombre del papa empuñó el bastón de general; encajonó a los enfermizos francos entre las aguas del Nilo y las fuerzas orientales, y luego tan sólo con la evacuación de Damieta recabaron su retirada a salvo, algunas concesiones para los peregrinos y la restitución tardía de la reliquia dudosa de la verdadera cruz. Debe achacarse, hasta cierto punto, aquel malogro a tanto redoble y agolpamiento de cruzadas, predicándolas también al mismo tiempo contra los paganos de Livonia, los moros de España, los albijenses de Francia y los reyes de Sicilia, de la familia imperial. [684] En servicio tan meritorio todo voluntario se hacía acreedor, desde casa, a la misma indulgencia espiritual con mayores galardones temporales, y hasta los papas, a impulsos de su ahínco ciego contra algún enemigo casero, solían trascordar las desventuras de sus hermanos sirios. Desde el siglo último de las cruzadas se posesionaron del mando eventual de un ejército, con sus rentas adecuadas, y aun algunos argumentistas cavilosos han llegado a maliciar que la política romana, desde el primer sínodo de Plasencia, fue la aparatadora y luego ejecutora de toda aquella mole. Carece de fundamento la sospecha, por su naturaleza y por la realidad del hecho. Siguieron, más bien que encabezaron, los sucesores de san Pedro el raudal de las costumbres y vulgaridades, y desentendiéndose del orden perpetuo de las estaciones y del cultivo del terreno, esquilmaron el fruto tan obvio como cuantioso de la superstición contemporánea. Cosecharon el producto sin afán ni contingencia, y en el concilio lateranense manifestó su disposición ambigua de

enardecer personalmente a los cruzados; mas no sabía que el piloto de la sagrada nave desempuñase el timón, y así nunca cupo a la Palestina la bienaventuranza de la presencia de un pontífice romano. [685]

Escudaban los papas personas, familias y haberes de todo peregrino, y así aquellos ayos espirituales se apropiaron luego el encargo de señorear las operaciones y robustecer con mandatos y censuras el desempeño de sus votos. Federico II, [686] nieto de Barbarroja, vino a ser sucesivamente alumno, enemigo y víctima de la Iglesia. Cruzose a los veintiún años obedeciendo a su ayo Inocencio III, repitiendo la misma promesa en sus dos coronaciones real e imperial, y su enlace con la heredera de Jerusalén lo comprometió para siempre en la defensa del reino de su hijo Conrado. Mas creciendo Federico en edad y en madurez, se arrepintió de aquel empeño temerario de su mocedad, pues su despejo caballeroso y desengañado le enseñó a menospreciar los duendes de la superstición y las coronas del Asia: fue orillando su rendido acatamiento a los sucesores de Inocencio, trayendo a su ambición embargada con el afán de restablecer su monarquía italiana desde Sicilia hasta los Alpes. Mas el logro de aquel intento iba a dejar a los papas reducidos a su sencillez primitiva, y tras las dilaciones y excusas de doce años estrecharon al emperador con encarecimientos y amagos para fijar el plazo y punto de su partida en demanda de la Palestina. Aparata en las bahías de Sicilia y Pulla una escuadra de cien galeras y otros tantos bajeles para el transporte y desembarco de dos mil quinientos jinetes, con sus caballos y dependientes; sus vasallos de Nápoles y Alemania componían una hueste poderosa, y se abultó el número de los cruzados ingleses hasta sesenta mil, según el rumor general. Pero la lentitud inevitable o estudiada de tan grandiosos preparativos destroncó la pujanza y

apuró los abastos de los peregrinos más menesterosos; dolencias y deserciones fueron desmoronando aquella mole, y el sitio abrasador de la Calabria anticipó los desmanes de una campaña siria. Por fin el emperador da la vela de Brindisi con escuadra y ejército de cuarenta mil hombres; pero regresando arrebatadamente a los tres días, sus amigos lo suponen indispuesto, y sus contrarios lo tildan de voluntariamente pertinaz en su desobediencia. Excomulga el papa Gregorio IX a Federico por dilatar su voto, y le repite el año siguiente el anatema para tratar de cumplirlo, [687] y mientras está guerreando bajo la bandera de la cruz, predican cruzada contra él por Italia, y de vuelta tiene que implorar indulto por los mismos agravios que ha padecido. Se encarga de antemano al clero, y a las órdenes militares de Palestina, que se le desentiendan de todo roce y contrarresten sus mandatos, y aun en su propio reino tiene el emperador que avenirse a que en sus reales se comuniquen las órdenes en nombre de Dios y de la república cristiana. Entra Federico triunfante en Jerusalén, y con su propia diestra (pues ningún clérigo quería desempeñar aquel ministerio) toma la corona del altar del Santo Sepulcro. Fulmina el patriarca entredicho sobre la iglesia, profanada con su presencia, y los caballeros del Hospital y del Temple avisan al sultán que en su mano está el sorprenderlo y matarlo en su incauta visita al Jordán. En tan rematado extremo de fanatismo y bandería, desahuciada se halla la victoria y dificilísima la defensa; y luego el ajuste de paz ventajosa debe achacarse a las discordias entre mahometanos y aprecio personal de la índole de Federico, a quien tachan de correspondencia y mutuo agasajo con los infieles, tan ajeno todo de un cristiano, y de zaherir la esterilidad del país, y prorrumpir en el arranque profanísimo, de que si Jehová viera el reino de Nápoles, nunca se acordaría de la

Palestina para herencia de su pueblo escogido. Alcanza Federico del sultán la devolución de Jerusalén, Belén, Nazaret, Tiro y Sidón, franqueando a los latinos vecindad y fortificación en la ciudad; ratifican al par los secuaces de Jesús y de Mahoma el mismo código de libertad civil y religiosa; y mientras aquellos están adorando el Santo Sepulcro, rezan y predican éstos en la mezquita del templo, [688] desde donde el Profeta emprendió su viaje a los cielos. Laméntase el clero de tolerancia tan escandalosa, y va sucesivamente arrojando a los desvalidos musulmanes; mas el objeto fundamental de las cruzadas queda cabalmente desempeñado sin derramamiento de sangre; se restablecen las iglesias, se cuajan los monasterios, y a los quince años ascienden a más de seis mil los latinos de Jerusalén. Vuelca tan suma paz y prosperidad, poco agradecida a su bienhechor, la irrupción de las rancherías extrañas y bravías de carizmios. [689] Aquella pastorada del Caspio se arroja disparadamente sobre la Siria, huyendo de las armas mogolas, sin que hermanados francos y sultanes de Alepo, Hems y Damasco alcancen a contrarrestar el ímpetu de aquel raudal turbulento. Arrolla su furia cuanto asoma con muerte o cautiverio; en una sola refriega quedan casi exterminadas las órdenes militares; y en cuanto al saqueo de la ciudad y la profanación del Santo Sepulcro, los latinos confiesan y echan menos el miramiento comedido de turcos y sarracenos.

De las siete cruzadas emprendió las dos últimas Luis IX, rey de Francia, quien perdió la libertad en Egipto y la vida en las costas de África. Canonizáronlo en Roma a los veintiocho años, aprontando hasta sesenta y cinco milagros, atestiguados solemnemente para sincerar la demanda del Rey Santo. [690] Testimonio más honorífico le tributa la historia ensalzando sus prendas de rey, héroe y hombre, pues sabía hermanar su bizarría

guerrera con el atributo de justiciero, siendo padre de su pueblo, amigo de sus vecinos y pavor de los infieles. Tan sólo la superstición, colmadamente venenosa, [691] estragó su entendimiento y su ánimo; su devoción bastardeó hasta el extremo de remedar y enloquecer a los frailes pordioseros Francisco y Domingo; persiguió con afán ciego e implacable a los enemigos de la fe, y aquel rey tan a todas luces cabal se apeó dos veces del solio en busca de aventuras espirituales de un caballero andante. Ufanísimo se mostrará un historiador monástico vitoreando la parte más desdorosa de su índole, pero el gallardo desenfadado Joinville, [692] que terció en amistad y cautiverio con Luis, rasgueó con su pincel naturalísimo el retrato de su excelsitud y de sus nulidades. Con aquel conocimiento tan ínfimo cabe el maliciar la mira política de doblegar a sus vasallos mayores, lo que se suele achacar a los cruzados regios. Recabó Luis IX, más que todos los príncipes de la Edad Media, el recobro de las prerrogativas de la corona, pero en casa fue, y no en levante, donde granjeó, para sí mismo y para su posteridad; prorrumpió en su voto a impulsos de su dolencia y su entusiasmo, y si fue el promotor, fue también víctima de aquel sagrado desvarío. Con la invasión de Egipto, quedó exánime la Francia de tropas y tesoros; cuajó el mar de Chipre con mil ochocientas naves, y por lo menos con cincuenta mil hombres, y si nos atenemos a su confesión propia y al relato de la vanagloria oriental, desembarcó hasta nueve mil quinientos caballos y ciento cincuenta mil infantes, que cumplieron su peregrinación a la sombra de su poderío. [693]

Salta el primero a la playa Luis tremolándole al frente la oriflama; tiemblan los musulmanes, y la ciudad fuertísima de Damieta, que había costado a sus antecesores un sitio de dieciséis meses, queda desamparada al primer asalto. Pero es

Damieta su primera y última conquista, y en las cruzadas quinta y sexta las mismas causas acarrearon idénticas desdichas. [694] Tras una demora azarosa que va introduciendo una enfermedad epidémica, se adelantan los francos desde la costa hasta la capital de Egipto, y se empeñan en contrarrestar la inundación intempestiva del Nilo, que les ataja los pasos. Con la presencia del monarca denodado, barones y caballeros de Francia ostentan a porfía su menosprecio arrollador de peligros y disciplina; su hermano, el conde de Artois, con denuedo desaforado asalta el pueblo de Macura y el corro de palomas participa al vecindario del Cairo que se perdió todo. Pero un soldado que luego usurpó el cetro rehace a los fugitivos; se rezaga mucho la vanguardia, el cuerpo principal de los cristianos, y arrollan y matan a Artois. Diluvia el fuego griego sobre los invasores, las galeras egipcias señorean el Nilo y los árabes la comarca; les atajan los abastos; recrecen por días la dolencia y el hambre, y la retirada se conceptúa al propio tiempo precisa e inasequible. Confiesan los escritores orientales que Luis tuvo en su mano el salvarse desamparando a los suyos; queda prisionero con los más de sus nobles; y cuantos no alcanzan a conservar sus vidas por medio de sus servicios o del rescate son bárbaramente degollados, coronando luego las almenas del Cairo con un cordón de cabezas cristianas. [695] Aherrojan al rey de Francia, pero el vencedor generoso, bisnieto del hermano de Saladino, envía un ropaje honorífico al cautivo regio, quien feria su rescate y el de sus soldados con la devolución de Damieta [696] y el pago de ochocientas mil piezas de oro. En aquel clima blando y halagüeño, los hijos ya bastardos de Nuredin y Saladino eran incapaces de contrarrestar a la flor de la caballería europea; triunfaron con las armas de sus esclavos los mamelucos, naturales fuertísimos de Tartaria, comprados de niños a los

traficantes de Siria, y se educaban en los reales o el palacio del sultán. Renueva luego el ejemplar azaroso de la guardia pretoriana, y la saña de aquellas fieras azuzadas contra los advenedizos se ensaña luego para devorar a su bienhechor. Engreído con su conquista, Turan Shaw, el primero de su alcurnia, fenece a manos de los mamelucos, y los asesinos más arrojados entran en el aposento del rey cautivo, enarbolan sus cimitarras y empapan sus manos en la sangre del sultán. La entereza de Luis enfrena sus desacatos, [697] y la codicia se sobrepone a su crueldad y a sus creencias; cúmplese el tratado y el rey de Francia es árbitro de embarcarse con los restos de su ejército para la Palestina. Malgasta cuatro años en el recinto de Acre, imposibilitado de visitar Jerusalén y haciéndosele muy cuesta arriba el regresar desdorado a su patria. El recuerdo de su descalabro movió por fin a Luis, después de dieciséis años de cordura y sosiego, a emprender la séptima y última cruzada. Prospera su hacienda, se engrandece su reino, crece una nueva generación de guerreros, y se embarca con lozana confianza capitaneando seis mil caballos y treinta mil infantes. Había la pérdida de Antioquía motivado aquella empresa; la esperanza disparatada de bautizar al rey de Túnez lo induce a surcar para la costa de África, y la hablilla de tesoros inmensos acalla a sus tropas sobre la dilación de su viaje a la Tierra Santa. En vez de un allegado, se encuentra con un sitio; el francés se desmaya y fenece por los arenales abrasadores; expira san Luis en su tienda, y no bien cierra los ojos, cuando su hijo y sucesor enarbola señal de retirada. [698] «Así pues —dice un agudo escritor—, un rey cristiano fallece junto a las ruinas de Cartago, guerreando contra los secuaces de Mahoma, en un terreno donde había Dido entronizado las deidades de Siria». [699]

No cabe disposición más injusta y delirante que la de

sentenciar los naturales del país a servidumbre perpetua, bajo el albedrío indómito de advenedizos y esclavos; pero tal fue el estado de Egipto por más de quinientos años. Los sultanes más esclarecidos de las dinastías Baharita y Borgita [700] descollaron de las cuadrillas tártaras y circasianas, y los veinticuatro beyes o adalides siempre tuvieron por sucesores no a sus hijos sino a sus sirvientes. Alegan su ejecutoría de fueros en el tratado de Selim I con la república [701] y el emperador otomano acepta todavía un leve reconocimiento de tributo y subordinación de parte del Egipto; con tal cual intermedio vividor de paz y arreglo, sobresalen ambas dinastías con sus larguísimas temporadas de rapiña y matanza, [702] pero su solio, en medio de mil vaivenes, siguió estribando sobre las dos columnas del valor y la disciplina; abarcaba su señorío el Egipto, la Nubia, la Arabia y la Siria; se fueron redoblando los mamelucos desde ochocientos hasta veinticinco mil jinetes, rechazándolos más y más con la milicia provincial, de ciento siete mil infantes, y el auxilio eventual de sesenta y seis mil árabes. [703] No cabía que príncipes tan poderosos y denodados tolerasen por sus costas nación alguna advenediza e independiente, y si el exterminio de los francos se fue prorrogando hasta unos cuarenta años, dependió la dilación de los afanes de un reinado inseguro, de la invasión de los mogoles y del auxilio casual de algunos peregrinos belicosos. Suena entre ellos a los oídos ingleses el nombre de nuestro primer Eduardo, que se cruzó en vida de su padre Enrique, capitanea el conquistador venidero de Gales y Escocia como mil soldados y liberta la ciudad de Acre de un sitio; marcha hasta Nazaret con una hueste de nueve mil hombres, compite en nombradía con su tío Ricardo, impone con su valor una tregua de diez años y salva la vida con una herida mortal de la daga de un *asesino* fanático. [704] Antioquía, [705] más expuesta

por su situación a los quebrantos de la guerra sagrada, quedó allanada y destruida por Bondocdar, o Bihars, sultán de Egipto y Siria; finó el principado latino, y el primer solar del cristianismo quedó despoblado con la matanza de diecisiete mil y el cautiverio de cien mil moradores. Las poblaciones marítimas de Laodicea, Gábala, Trípoli, Berito, Sidón, Tiro y Jafa, con los castillos más fuertes de los hospitalarios y templarios, fueron sucesivamente feneciendo, reduciéndose todo el ámbito de los francos a la mera ciudad y colonia de san Juan de Acre, nombrada a veces bajo la denominación más clásica de Tolemais.

Perdida Jerusalén, Acre, [706] distante cerca de veinticinco leguas, ascendida a la sazón a metrópoli de los cristianos latinos, se realzó con edificios esplendorosos y fuertísimos, acueductos, puerto artificial y muralla doble. Redoblose más y más su vecindario con el raudal incesante de peregrinos y fugitivos; y en los intermedios de hostilidades el comercio de levante vino a refundirse en su cómodo fondeadero, aprontando sus mercados los productos de todos los climas y los intérpretes de todos los idiomas. Pero en aquel agolpamiento de naciones cundieron y se practicaron infinitos vicios, pues los habitantes de ambos sexos en Acre se conceptuaban los más estragados de todos los discípulos, así de Jesús como de Mahoma, sin que el rigor de las leyes alcanzase a enfrenar los ímpetus religiosos, pues encerraba la ciudad varios soberanos y carecía de gobierno, ejerciendo su mando independiente los reyes de Jerusalén y de Chipre, de la casa de Lusiñan, los príncipes de Antioquía, los condes de Trípoli y de Sidón, los grandes maestros del Hospital, del Temple y del orden Teutónico, las repúblicas de Venecia, Génova y Pisa, el legado del papa, los reyes de Francia y de Inglaterra; hasta diecisiete tribunales ejercitaban su potestad de

vida y muerte; todo reo se guarecía en el barrio contiguo, y los celos mutuos nacionales se solían disparar con demasías sangrientas y violentísimas. Algunos aventureros, mancilladores de su insignia de la cruz, suplían sus escaseces salteando las aldeas mahometanas. Despojaron y ahorcaron los cristianos a diecisiete traficantes sirios que comerciaban al resguardo de la fe pública, y negándose al desagravio quedaron sinceradas las armas del sultán Khalil. Marcha sobre Acre acaudillando ciento cuarenta mil infantes y sesenta mil caballos; grandioso y prepotente era su tren de artillería (si cabe aquí esta expresión); una sola máquina desarmada emplea hasta cien carretas para su transporte, y el historiador regio Abulfeda, que servía en las tropas de Hamah, presenció aquella guerra sagrada. Viciosísimos son los francos, mas revive su denuedo con el entusiasmo y la desesperación; pero los desgarran las desavenencias de diecisiete caudillos, y los abruma por dondequiera la prepotencia del sultán. A los treinta y tres días de sitio, los mahometanos arrollan la muralla doble; las máquinas dan al través con el torreón principal; asaltan en torno los mamelucos, se toma la ciudad, y servidumbre o muerte es el paradero de sesenta mil cristianos. Contrarresta tres días más el enemigo el convenio, o sea fortaleza de los templarios, pero traspasa un flechazo al gran maestro, y de quinientos caballeros quedan vivos tan sólo diez, más desventurados que las víctimas del acero puesto que pararon en el cadalso levantado por la proscripción injusta e inhumana de toda la orden. Logran retirarse a la playa el rey de Jerusalén, el patriarca y el gran maestro del Hospital, pero está la mar embravecida y son los bajeles insuficientes y se ahogaron un sinnúmero de fugitivos sin poder aportar en la isla de Chipre, que podía consolar a Lusiñan de la pérdida de Jerusalén. Quedan arrasadas al par iglesias y fortalezas de las ciudades

latinas por disposición del sultán. Codicia o temor abren todavía el Santo Sepulcro a tal cual peregrino devoto e indefenso, y enmudece solitaria y sin consuelo aquella costa donde resonaron por tanto tiempo *las refriegas del orbe entero*.

LX

CISMA ENTRE GRIEGOS Y LATINOS - ESTADO DE CONSTANTINOPLA - REBELDÍA DE LOS BÚLGAROS - ISAAC ÁNGELO DESTRONADO POR SU HERMANO ALEXIO - ORIGEN DE LA CUARTA CRUZADA - ALIANZA DE FRANCESES Y VENECIANOS CON EL HIJO DE ISAAC - SU EXPEDICIÓN A CONSTANTINOPLA - LOS DOS SITIOS Y CONQUISTA FINAL DE LA CIUDAD POR LOS LATINOS

Al restablecer Carlomagno el imperio occidental, vinieron luego a quedar separadas las Iglesias griega y latina. [707] Un encono religioso y nacional está todavía deslindando las dos hermandades mayores del orbe cristiano, y el cisma de Constantinopla retrayendo a los aliados más productivos; y airando a sus más azarosos enemigos, atropelló el menoscabo y el exterminio del Imperio Romano en el Oriente.

Descuella desde luego la ojeriza de los griegos a los latinos por todos los ámbitos de la historia presente, procediendo del menosprecio de toda servidumbre y del afán desde el tiempo de Constantino por la igualdad en el señorío; y extremándose luego por la preferencia que dieron aquellos súbditos rebeldes a la intimidad de los francos. Engriéronse siempre los griegos con su gran superioridad en ciencia profana y religiosa; luego recibieron antes la antorcha del cristianismo; habían promulgado los decretos de los siete concilios generales: se vinculaba en ellos el habla de la escritura y de la filosofía, ni cabía en los bárbaros occidentales el menor contrarresto [708] en las cuestiones recónditas y misteriosas de la sublime teología. Aquellos

bárbaros menospreciaban al par la liviandad desmandada y sutil de los orientales cavilosos y engendradores de todo género de herejías, bendecían su genial sencillez, atenida siempre a la tradición de la Iglesia apostólica. Pero en el siglo VII los concilios de España, y luego los de Francia, acendraron o estragaron la creencia nicena sobre el asunto misteriosísimo de la tercera persona de la Trinidad. [709] En todas las dilatadas controversias del Oriente se había deslindado con suma escrupulosidad la naturaleza y generación de Jesucristo, y la relación tan notoria de padre a hijo venía a servir de remedo escaso para el concepto humano. Aquella alusión al nacimiento desdecía con el Espíritu Santo, el cual, en vez de un don divino o atributo, se conceptuaba por los católicos como persona, sustancia, dios; no había sido engendrado, sino que en lenguaje castizo *procedía*. ¿Procedía solamente del Padre, y tal vez *por* el Hijo? ¿O bien del Padre y del Hijo? Afirmaban los griegos lo primero y los latinos lo segundo; y la adición de la voz *filioque* al símbolo niceno encendió la llamarada de la discordia entre la Iglesia galicana y la oriental. Aparentaron en el arranque de la contienda los pontífices romanos cierto temple neutral y comedido: [710] desecharon la innovación, aviniéndose al dictamen de sus hermanos trasalpinos; esmeráronse en rebozar y acallar silenciosa y caritativamente aquella investigación excusada, y en la correspondencia con Carlomagno León III manifiesta el desenfado de un estadista, y su corresponsal se destempla y se vulgariza con los ímpetus de un sacerdote. [711] Pero la política temporal iba en Roma avasallando los extremos católicos, y aquel *filioque*, cuyo uso apetecía León orillar, se colocó en el símbolo y sonó en la liturgia del Vaticano. Los rudos Niceno y Atanasio se conceptúan de acendrada fe, y absolutamente imprescindibles para la salvación, y al par protestantes y papistas

están sosteniendo y contrarrestando los anatemas de los griegos, que se desentienden allá del procedimiento del Espíritu Santo así del Hijo como del Padre. Tales artículos de fe no tienen cabida en tratados, pero la disciplina va siempre variando en iglesias lejanas e independientes, y la racionalidad aun entre los mismos teólogos se hace cargo de que tales diferencias son tolerables y aun corrientes. La superstición mañera de Roma ha ido imponiendo a sus clérigos u ordenados la obligación estrechísima del celibato; entre los griegos se vincula en los obispos, compensando con la dignidad tamaño quebranto, que desaparece luego en la edad avanzada; pues los párrocos siguen disfrutando la compañía de sus mujeres habidas ya antes de ordenarse. Sobrevino en el siglo XI y se batalló desaforadamente la cuestión sobre los *ázimos*, cifrando en levante y en poniente la esencia de la eucaristía en el pan con levadura o sin ella. ¿Iré por ventura apuntando en historia tan circunspecta los tremendos cargos disparados contra los latinos, que por larguísimo plazo se mantuvieron en la defensiva? Tampoco escrupulizaron en desentenderse del gran decreto apostólico sobre abstinencia de animales ahogados y de toda sangre; ayunaban —¡rito judaico! — todos los sábados: comían leche y queso [712] en la primera semana de cuaresma; los monjes dolientes se alimentaban de carne; usaban grasas por falta de aceite vegetal; el crisma o ungüento bautismal se reservaba para los obispos, quienes, como novios de la Iglesia, traían anillos, pero los clérigos se afeitaban la cara y bautizaban con mera inmersión. Éstos fueron los delitos inflamadores de los patriarcas de Constantinopla, contrarrestándolos a todo trance la Iglesia latina. [713]

El fanatismo y la ojeriza nacional son de sumo abultadores de todo objeto contencioso, pero la causa eficacísima del cisma griego se rastrea en el afán de los prelados incitadores por la

supremacía de la antigua metrópoli sobre todos los demás; y de la capital reinante y encumbrada ya en el orbe cristiano. A mediados del siglo IX, Focio, [714] seglar ambicioso, capitán de la guardia y secretario principal, fue ascendido por sus méritos y su privanza al empleo más apetecible de patriarca de Constantinopla. Descollaba sobre todo su clero en ciencia aun eclesiástica; nadie mancilló la tersura de su concepto, pero se le atropellaban las órdenes y sus medros fueron extraños, y la compasión pública y aferrada en sus parciales seguía concediendo a Ignacio su antecesor depuesto. Apelan al tribunal del insaciable y orgullosísimo Nicolás I, quien abriga desaladamente la coyuntura halagüeña de sentenciar y condenar a su competidor de Oriente. Encónase más y más la contienda con un roce de jurisdicción sobre el rey y la nación de los búlgaros; sin que estos recién convertidos al cristianismo sean aún muy productivos a ninguno de entrambos, no contando por suyos propios todos aquellos individuos. Vence el patriarca griego al arrimo de su corte, pero se enfurecen los ánimos y depone éste al sucesor de san Pedro, abarcando toda la Iglesia griega en su baldón de cisma y herejía. Sacrifica Focio la paz general por un reinado breve y perdidizo, pues fracasa con su padrino el César Bardas, y Basilio el Macedonio cumple con la justicia, reponiendo a Ignacio y desagraviándolo del sumo desacato a su edad y condecoración. Encarcelado en su monasterio, Focio echa el resto tras la privanza del emperador, por medio de estudiadas lisonjas y lamentos afectuosos; y no bien cierra los ojos el contrario, cuando se lo repone en el suelo de Constantinopla. Fallece Basilio y luego le alcanzaron los vaivenes de las cortes y la ingratitud del alumno regio; queda de nuevo depuesto el patriarca, y en sus últimas horas solitarias echaría de ver el ensanche de una vida estudiosa y arreglada. Al

sobrevenir cualquier revolución, aquel rendidísimo clero idólatra hasta el aliento y el ceño de su nuevo soberano, y así se aparata un concilio de trescientos obispos para vitorear en su triunfo, o tiznar el vuelco del sacrosanto, o del abominable Focio. [715] Ofrécese a los papas promesas engañosas de sumisión, y se avienen sin reparo a tan encontrados ímpetus, y así sus cartas o sus legados reconocen y ratifican desde luego los sínodos de Constantinopla. Pero la corte y el vecindario, Ignacio y Focio, son de suyo e igualmente opuestísimos a sus intentos; se atropellaban y aun encarcelaban a sus enviados; quedaba olvidado el procedimiento del Espíritu Santo; se incorporó para siempre la Bulgaria al solio bizantino, y siguió más y más el cisma con la censura repetida de cuantas órdenes consagraba sin cesar un patriarca espurio. La lobreguez y desenfreno del siglo X atajó el trato, sin hermanar los ánimos de ambas naciones; pero al restablecer el acero normando las iglesias de la Pulla en la jurisdicción, el patriarca griego en carta desaforada encargó a su descarriada grey que evitase y aborreciese en el alma los desbarros del clero latino. La majestad romana, ya en auge, se destempló con el desacato de un rebelde, y los legados del papa osaron excomulgar a Miguel Cerulario en medio de Constantinopla. Sacudiéndose el polvo de los pies, depositaron en el altar de Santa Sofía un anatema pavoroso, que iba reseñando las siete herejías mortales de los griegos [716] y encomienda tan criminales maestros y sus desventurados secuaces a la intimidad sempiterna con Luzbel y sus ángeles. Se entablaba tal vez correspondencia amistosa; sonaba allá un lenguaje de cariñosa concordia, pero nunca los griegos han revocado sus yerros; nunca los papas se desdijeron de sus fallos; y desde aquel centellazo fecha la consumación del cisma. Luego cada paso ambicioso del pontífice romano la iba ensanchando;

los emperadores se sonrojaban trémulos de la suerte afrentosa de sus hermanos regios en Alemania, y el pueblo se escandalizaba con la potestad temporal y vida militar del clero latino. [717]

La ojeriza entre griegos y latinos se fomentó en las tres primeras expediciones a la Tierra Santa. Ideó Alexio por lo menos el desvío de los formidables peregrinos: luego sus dos sucesores, Manuel e Isaac Ángelo, se hermanaron con los musulmanes para el exterminio de los francos, y su política revuelta y malvada se abroquelaba con la obediencia voluntaria y eficacísima de toda clase de súbditos. Sumo era este mutuo desvío, debido en gran parte a la diferencia del idioma, traje y costumbres que deshermana y retrae las naciones del globo. Aquel agolpamiento de huestes advenedizas lastimaba las ínfulas y aun la cordura del soberano atravesando arbitrariamente las provincias y aun los arrabales de la capital. Los toscos occidentales insultaban y saqueaban a los moradores; y las empresas denodadas y devotas de los francos enconaban hasta lo sumo el odio de los apocados griegos. Enardecía el veneno religioso tantas causas profanas de enemistad nacional. En vez de abrazarse con ansia y de agasajarse como hermanos, se estaban tratando de continuo y a voces de cismáticos y de herejes, apodos más odiosos para un oído católico que los de infiel o pagano; en vez de encariñarse mutuamente por su igualdad fundamental en la fe y en la doctrina, se aborrecían por ciertas reglas de sistema y algunas cuestiones teológicas en que seglares y doctores se diferenciaban de la Iglesia oriental. Durante la cruzada de Luis VII, la clerecía griega lavaba y purificaba los altares mancillados con el sacrificio de algún sacerdote francés. Los compañeros de Federico Barbarroja se lamentan de los baldones que padecían de palabra y obra por el encono particular de obispos y monjes. Sus plegarias y pláticas

estaban insultando al pueblo contra los bárbaros impíos, sindicando al patriarca por predicar a los fieles que alcanzarían el perdón de todos sus pecados con el exterminio de los cismáticos. [718] Un entusiasta, llamado Doroteo, dejó al emperador despavorido, y luego despejó sus zozobras, asegurándole proféticamente que el hereje alemán, después de asaltar la puerta de Blachernae, pararía en objeto ejemplarísimo de la venganza divina. El tránsito de tan grandiosos ejércitos solía ser un acontecimiento extraño y azaroso; pero con las cruzadas se entabló un roce familiar entre aquellas naciones que daba ensanche a sus luces, sin desmoronar sus preocupaciones. El opulento lujo de Constantinopla estaba requiriendo los productos de todos los climas; se equilibraban aquellas entradas con el arte esmerado de su vecindario crecidísimo; su situación está brindando para el comercio del orbe, y en todos tiempos se vinculó su tráfico incesante en manos de extranjeros. Tras el menoscabo de Amalfi, los venecianos, pisanos y genoveses plantearon factorías y aun establecimientos en la misma capital del imperio; premiábanseles sus servicios con honores e inmunidades; fincaron en casas y haciendas; aumentaban sus familias con matrimonios entre los naturales del país, y tolerada ya una mezquita musulmana, no cabía el vedar las iglesias del rito romano. [719] Ambas consortes de Manuel Comneno [720] eran de linaje de francos; la primera, cuñada del emperador Conrado; la segunda, hija del príncipe de Antioquía: cupo a su hijo Alexio una hija de Felipe Augusto, rey de Francia, y concedió su propia hija a un marqués de Monferrato, educado y engrandecido en el palacio de Constantinopla. El griego contrarrestó las armas y aspiró al Imperio de Occidente; apreciaba el denuedo y se fiaba de la lealtad de los francos; [721] premiábanles impropiamente su desempeño militar con empleos

productivos de preces y tesoreros; solicitó Manuel por razón de Estado la alianza del papa, y la hablilla popular lo tachaba de cierta propensión entrañable a la nación y religión de los latinos. [722] En su reinado y en el de su sucesor Alexio padecieron en Constantinopla generalmente la nota de advenedizos, herejes y validos, y los tres delitos quedaron atrozmente purgados en el alboroto anunciador del regreso y elevación de Andrónico. [723] Llama el vecindario armado, y el tirano se desentiende allá de tropas y galeras para que luego asistan a la venganza nacional, y la resistencia desahuciada de los extranjeros tan sólo condujo a sincerar la saña y aguzar el puñal de los asesinos. Ni edad, ni sexo, ni vínculos de amistad o de parentesco escudaban a las víctimas del odio nacional, codicia o ceguedad religiosa: mataban a los latinos en sus hogares o en las calles, redujeron su banco a ceniza; abrasaban a los clérigos en sus iglesias y a los enfermos en sus hospitales, y cabe el conceptuar por mayor el número de los difuntos por la venta que se hizo a los turcos de más de cuatro mil cristianos en servidumbre perpetua. Los alborotadores y asesinos más ejecutivos contra los cismáticos eran los clérigos, entonando gracias solemnísimas al Señor al ver la cabeza de un cardenal, legado del papa, cercenada de su cuerpo y colgada a la cola de un mastín con escarnio irracional, arrastrándola por las calles. Los advenedizos más advertidos se habían refugiado al primer anuncio a sus bajeles, y atravesando el Helesponto huyeron de tamaña carnicería. Quemaron y talaron al paso más de sesenta leguas de costa, vengándose atrozmente contra los súbditos inocentes del Imperio, señalando a clérigos y monjes como a sus principales enemigos, y reintegrándose con sus muchísimos despojos del quebranto propio y ajeno padecido en la ciudad. Fueron luego a su vuelta pregonando por la Italia y la Europa la opulencia y flaqueza, la

maldad y alevosía de los griegos, retratando sus vicios como dechados vivos de cisma y de herejía. Los primeros cruzados con sus escrúpulos desatendieron la suma oportunidad de afianzar, con la posesión de Constantinopla, su rumbo para Jerusalén; mas luego sus revoluciones internas brindaron y casi redujeron a franceses y venecianos al extremo de redondear la conquista del Imperio Romano en el Oriente.

Quedan ya rasgueadas en la sucesión de los príncipes bizantinos la hipocresía y la ambición, la tiranía y ruina de Andrónico, postrer varón de la alcurnia Comnena reinante en Constantinopla. La revolución que lo derrocó del solio preservó y entronizó a Isaac Ángelo, [724] descendiente por la línea femenina de la dinastía imperial. Obvio nimbo se patentizaba al sucesor de un segundo Nerón para granjearse el aprecio y cariño de los súbditos, quienes a veces tuvieron luego motivo para echar de menos el desempeño de Andrónico. El despejo y tino de aquel tirano alcanzaban a deslindar la hermandad del interés público y el sayo, y al tenerlo cuantos podían causarle zozobra, el vecindario arrinconado y las provincias lejanas se prendaban de un soberano justiciero. Mas el sucesor era de suyo vanidoso y desalado tras la potestad suprema, que no acertaba a desempeñar; eran azarosos sus vicios e inservibles sus prendas (si las tenía) para las gentes, y los griegos, que achacaban todas las plagas a su abandono, le negaban hasta los escasos y volanderos logros que disfrutaban. Duerme en el solio Isaac, y tan sólo se despereza en pos de sus deleites; empápase en sus ratos ociosos allá con farsas y bufonadas, y hasta los mismos farsantes y bufones miran al emperador con menosprecio: sus edificios y funciones se dejan muy en zaga al lujo más regio y desenfrenado; asciende a veinte mil el número de sus eunucos y sirvientes y la suma diaria de veinte mil duros compondrá hasta

veinte millones de los mismos el gasto anual de su mesa y casa. Tiene que oprimir para poder acudir a sus escaseces, y las tropelías de la recaudación enfurecen a los pacientes en el mismo grado que los extremos de su menoscabo. Mientras los griegos están contando los días de su servidumbre, un profeta lisonjero, a quien premia con la dignidad de patriarca, le afianza un reinado larguísimo de treinta y dos años, y en alas de sus victorias lo tramonta sobre las cumbres del Líbano, y lo lleva a conquistar provincias allende el Éufrates. Pero el único paso para el cumplimiento de su anuncio es una embajada magnífica y escandalosa a Saladino, [725] pidiéndole la devolución del Santo Sepulcro y proponiendo una liga ofensiva y defensiva al enemigo del nombre cristiano. En aquellas manos tan indignas de Isaac y su hermano, los restos del Imperio griego se desploman en polvo. La isla de Chipre, cuyo nombre está moviendo recuerdos de primor y deleite, yace usurpada por otro príncipe de su nombre y de la alcurnia Comnena, y eslabonándose con extrañeza los acontecimientos, el acero de nuestro inglés Ricardo regala aquel reino a la casa de Lusiñan, por compensación ventajosísima del malogro de Jerusalén.

Rebélanse húngaros y valaquios y llagando entrañablemente el pundonor de la monarquía, viene a peligrar la capital. Desde la victoria de Basilio II, habían estado sobrellevando, por espacio de ciento setenta años el señorío desatentado de los príncipes bizantinos, mas nada se había providenciado eficazmente para reducir al yugo de las leyes y de las costumbres a sus tribus montaraces. Dispone Isaac que les arrebaten todos sus haberes, que son los rebaños mayores y menores, para realzar el boato del real desposorio, cercenando además la paga de sus gallardos guerreros con mengua respectiva al estipendio cabal de los demás. Pedro y Asan, dos adalides poderosos de la alcurnia de

sus antiguos reyes, [726] se aferraron en sus propios derechos y en la independencia nacional sus impostores energúmenos van pregonando a la muchedumbre que su patrón esclarecido, san Demetrio, ha desamparado para siempre la parcialidad de los griegos; y la llamarada se va tendiendo desde los márgenes del Danubio hasta las serranías de Tracia y Macedonia. Tras endebles conatos, se avienen Isaac y su hermano a la demanda de independencia, desmayando luego las tropas imperiales al presenciar la osamenta de sus camaradas que yace por los tránsitos del monte Hemo; y el segundo reino de Bulgaria queda incontrastablemente planteado con las armas o diligencias de Juan o Juanines. El bárbaro mañoso envía su embajada a Inocencio III reconociéndose por hijo muy legítimo de Roma en alcurnia y religión, [727] y recibe rendidamente de manos del papa el permiso para acuñar moneda, el dictado regio y un arzobispo o patriarca latino. Ufánase el Vaticano con la conquista espiritual de Bulgaria, el primer punto del cisma, y con tal que conservaran los griegos la regalías de la Iglesia, se desentendieran gustosos de su derecho temporal.

Taimados siempre los búlgaros, siguieron rezando por la dilatada vida de Isaac Ángelo, prenda segurísima de su prosperidad e independencia, aunque los caudillos seguían instando con igual menosprecio la familia y la nación del emperador; prorrumpiendo Asan de este modo ante sus tropas: «En todos los griegos el propio clima índole y educación tienen que producir los mismos frutos. No hay más que mirar a mi lanza —añadía—, y a los gallardetes que ondea dilatadamente el viento, pues tan sólo se diferencian en el color, siendo de una misma seda y labrados por el idéntico operario, y así la tira de púrpura en nada se aventaja a las demás». [728] Varios de aquellos aspirantes a la púrpura fueron asomando y cayendo en el

imperio de Isaac; acosado con su ingratitud un general, rechazador de las escuadras sicilianas, paró en revoltoso y ajusticiado, y luego conspiraciones ocultas y asonadas ruidosas le estuvieron alterando el sosiego. Un acaso y el esmero de los sirvientes lo salvaron, pero por un hermano ambicioso, esperanzado de ceñirse volanderamente la diadema, orillando todo vínculo natural, entrañable y pundonoroso, dio con él al través. [729] Mientras Isaac se recrea placenteramente cazando por los valles de Tracia a sus solas, el campamento unánime reviste la púrpura a su hermano Alexio Ángelo, confórmanse la capital y el clero con su elección, y las ínfulas del nuevo soberano desechan el nombre de sus padres, y se apropia el apellido regio y encumbrado de la alcurnia Comnena. Quedan ya apuradas las expresiones de menosprecio sobre la índole ruin de Isaac, y tan sólo debo añadir que los vicios varoniles de la emperatriz Eufrosine sostuvieron por ocho años todavía al más despreciable Alexio. [730] En cuanto a su antecesor, la propia guardia, con el ademán de enemiga, le dio el primer aviso de su vuelco; fue huyendo por veinte leguas, pero lo prendieron en Estagirita de Macedonia acosado o indefenso, y trayéndolo a Constantinopla lo cegaron para encerrarlo en una torre solitaria, y escasearle hasta el pan y el agua. Su hijo Alexio, de doce años, esperanzado de sucederlo en el solio, quedó vivo pero precisado a seguir por dondequiera al triunfador en paz y en guerra; pero acampando el ejército en una playa un bajel italiano le facilitó la huida disfrazado de marinero, y burlando toda pesquisa atravesó el Helesponto y aportó a su salvo en Sicilia. Saludó luego el umbral de los apóstoles, e implorando el amparo del papa Inocencio III, aceptó el cariñoso brindis de su hermana Irene, esposa de Felipe de Suabia, rey de los romanos. Al atravesar la Italia, estuvo oyendo que la flor de la caballería oriental se

aparataba en Venecia para el rescate de la Tierra Santa, y asomó allá en su interior un destello de esperanza de que sus invictas espadas pudieran emplearse en el establecimiento de su padre.

A los diez o doce años de la pérdida de Jerusalén un tercer profeta, quizás menos disparatado que el ermitaño Pedro, pero en extremo inferior a san Bernardo por lo elocuente y estadista, estuvo convocando a los nobles de Francia para la Guerra Santa. Un clérigo iletrado de las cercanías de París, Fulko de Neuilly, orilló su ejercicio de párroco tras la carrera más vistosa de misionero popular y viandante. [731] Cundió su nombradía milagrosa y santa por el país, anduvo declamando con vehemencia contra los vicios de su tiempo y sus pláticas repetidas por las mismas calles de París alcanzaron a convertir ladrones, usureros, rameras y aun catedráticos de la universidad. Sube Inocencio III a la cátedra de san Pedro y pregona por Italia, Alemania y Francia la obligación de nueva cruzada. [732] Rasguea el pontífice elocuente el exterminio de Jerusalén, el triunfo de los paganos y el baldón de la cristiandad: dadivoso hasta lo sumo en el perdón de los pecados, derrama indulgencias plenarias a cuantos sirviesen en Palestina un año personalmente o dos por sustituto, [733] y entre los legados y oradores que animan y redoblan el clarín sagrado, Fulko de Neuilly descuella en el estruendo y agolpamiento del gentío. No cuadraba la situación de los principales monarcas en aquellos ímpetus devotos. El emperador Federico II era todavía niño y ansiaban su reino de Alemania las familias contrapuestas de Brunswick, y de Suabia, las banderías memorables de Gualfós y Ghibelinos. Había Felipe Augusto cumplido su voto, y no había quien recabase su renovación a todo trance; mas con su anhelo de alabanzas al par que de su poderío planteó gustosísimo un fondo perpetuo para la defensa de la Tierra Santa. Estaba ya Ricardo

de Inglaterra satisfecho con su gloria trabajosísima de su primer empeño, y se adelantó a escarnecer el ahínco de Fulko de Neuilly, quien jamás se empachaba ni aun en presencia de los reyes. «Me estás aconsejando —le dice el Plantagenet—, que despida a mis tres hijas Codicia, Altanería y Lujuria; pues desde ahora voy a repartirlas. Corresponde la primera a los monjes cistercienses, la segunda a los templarios, y la Lujuria a los prelados». Mas los grandes vasallos escuchaban y obedecían al predicador descollando ante todos Teobaldo o Tibaldo en la carrera sagrada, como conde de Champaña con los príncipes de segundo orden. Incitaban al denodado mozo de veintidós años los ejemplos caseros del padre que asistió a la segunda cruzada, y del hermano mayor que terminó sus días en Jerusalén con el dictado de su rey, debíanle servicio y homenaje como por hasta dos mil doscientos jinetes; [734] sobresalía la nobleza de Champaña en todos los ejercicios militares [735] y podía Teobaldo por su enlace con la heredera de Navarra alistar un cuerpo de gascones valerosos de entrambas vertientes del Pirineo. Era su compañero de armas Luis, conde de Blois y de Chartres, igualmente de sangre real, siendo uno y otro príncipe al mismo tiempo sobrinos de los reyes de Francia y de Inglaterra. De tropel se afanaban tras ellos un sinnúmero de prelados y barones, distinguiéndose por su nacimiento y sus prendas Mateo de Montmorency; el famoso Simón de Monfort, azote de los albigenses y un esforzado caballero; Geoffrey de Villehardouin, [736] mariscal de Champaña [737] que se esmeró en el idioma tosquísimo de su tiempo y país [738] en escribir o dictar [739] una relación original de los consejos y acciones en que tuvo su parte memorable. Al mismo tiempo Balduino, conde de Flandes, casado con la hermana de Teobaldo, se cruzó en Brujas con su hermano Enrique, con los caballeros y ciudadanos

principales de aquella provincia rica e industriosa. [740] Pronunciaban los adalides sus votos en las iglesias y luego los ratificaban en los torneos; se ventilaban las operaciones de guerra en juntas plenas y frecuentes y se acordó ir en busca del rescate de Palestina por el rumbo de Egipto, país que desde la muerte de Saladino yacía casi arruinado por el hambre y la guerra civil. Mas el paradero de tantas huestes regias fue en cuanto a riesgos y afanes el de una expedición terrestre, pues si los flamencos frecuentaban el océano los barones franceses carecían de bajeles e ignoraban la navegación. Determinaron todos muy cuerdamente el nombrar seis vocales o representantes, siendo Villehardouin uno de ellos, con potestad suprema para disponer los movimientos y comprometer la fe de la confederación entera. Eran las potencias marítimas de Italia las únicas poseedoras de los medios para el transporte de los guerreros sagrados con sus armas y caballos, y los seis compromisarios pasaron a Venecia en demanda fundada sobre el interés y la religiosidad de los auxilios necesarios al intento.

En la invasión de Atila queda ya mencionada [741] la huida de los venecianos de las ciudades rendidas por Italia y su arrinconado abrigo en el cordón de islas que ciñen aquel recodo del golfo Adriático. Allá en medio del agua, libres, menesterosos, afanados e inaccesibles se fueron sucesivamente engrandeciendo hasta plantar su república. Fundáronse los cimientos primeros en la isla de Rialto, y tras la elección anual de doce tribunos vinieron a establecer el cargo permanente de dux o dogo. En el confín de entrambos imperios descolló Venecia con el concepto de su independencia primitiva y perpetua. [742] Afianzó la espada y sinceró la pluma su libertad antigua contra los latinos. El mismo Carlomagno se desentendió de toda soberanía en las islas del golfo Adriático, y su hijo Pepino quedó rechazado por las

lagunas o canales de excesivo fondo para la caballería y escasísimo para los bajeles, y en todos tiempos con los césares alemanes se deslindaron cabalísimamente las tierras de la república del reino de Italia. Pero conceptuábase el vecindario de Venecia por sí mismo, por los extraños y por sus soberanos, como parte inseparable del Imperio griego; [743] rebosan las pruebas de aquella subordinación en los siglos IX y X y los dictados insustanciales y rendidos timbres de la corte bizantina, tan desaladamente ansiados por sus duques, no podían menos de redundar en desdoro para los magistrados de un pueblo libre. Pero aquellos vínculos de antigua dependencia nunca estuvieron tirantes, y se fueron más y más aflojando con al afán de Venecia y la flaqueza de Constantinopla. La obediencia se ablandó en mero acatamiento, el privilegio se realzó a prerrogativa y el ensanche del gobierno casero se robusteció con la independencia de los dominios extraños. Doblegáronse los pueblos marítimos de Istria y Dalmacia ante los soberanos del Adriático, y al armarse contra los normandos en la causa de Alexio, el emperador acudió no a las obligaciones de unos súbditos, sino al agradecimiento y generosidad de unos aliados fieles. Su patrimonio era el mar; [744] traspusieron, es verdad, a sus competidores de Pisa y Génova la parte occidental del Mediterráneo desde Toscana a Gibraltar; pero los venecianos se granjearon parte grandísima y pingüe en el comercio de Grecia y Egipto. Medraban más y más sus riquezas con las redobladas demandas de la Europa entera antiquísimas son sus manufacturas de seda y cristales y quizás el establecimiento de su banco, regalándose con los productos de su industria en la magnificencia de su vida pública y privada. La república, por sus desagravios, por el decoro de su pabellón y por la libertad de los mares, podía armar una escuadra de cien galeras con las que

salieron al encuentro a griegos, sarracenos y normandos. Auxiliaron a los francos de Siria por el allanamiento de su costa; mas nunca se afanaban a ciegas y sin provecho, y en la conquista de Tiro terciaron en lo sobrante de aquella ciudad, primer solar del comercio del orbe. Despuntó siempre la política de Venecia con su codicia mercantil y el descoco de su poderío marítimo, mas era su ambición atinada, teniendo por lo más muy presente que si las galeras armadas eran el producto y el resguardo de su señorío, las naves mercantes constituían el cimiento y el abasto de todo. En punto a religión se soslayaron del cisma de los griegos, sin tributar obediencia rendida al pontífice romano; y luego con su roce desahogado entre infieles de todo clima parece que desde luego se fueron desgastando los desafueros de la superstición. Fue su gobierno primitivo allá un mixto revuelto de monarquía y democracia; los votos de la asamblea general nombraban el dogo; mientras se hacía bienquisto con su agrado y sus aciertos, reinaba con el boato y autoridad de un príncipe; pero la justicia o la sinrazón de la muchedumbre, en los repetidos vaivenes del Estado, lo solía deponer, desterrar o matar a su albedrío. Asomó ya en el siglo XII aquella celosa y atinada aristocracia, que redujo al dogo a un estafermo, y al pueblo a cero. [745]

Agasajó el dogo reinante en el palacio de San Marcos a los seis embajadores de los peregrinos franceses; llamábase Enrique Dándolo, [746] quien descolló en el postrer plazo de la vida humana como uno de los varones más esclarecidos de su tiempo. Ciego y acosado de años, [747] atesoró siempre sumo tino y tesón heroico; ansioso más y más de sobresalir con alguna hazaña memorable y con la sabiduría de un patricio, cifrando su nombradía en la gloria y prosperidad de su patria. Ensalzó al denodado, entusiasmo y la confianza bizarra de los barones y de

sus diputados, y en aquella causa y con tales compañeros se holgara, siendo un mero particular de acabar su vida; pero no siendo más que sirviente de la república se requería alguna demora para consultar negocio tan arduo y oír el dictamen de sus compatricios. Ventilose desde luego la propuesta de los franceses entre los seis *discretos*, recién nombrados para residenciar el desempeño del dogo, y luego se puso de manifiesto a los cuarenta individuos del Consejo de Estado; por fin se comunicó a la Junta Legislativa de cuatrocientos cincuenta representantes nombrados anualmente por los seis barrios de la ciudad. Seguía el dogo encabezando la república en paz y en guerra; el concepto personal de Dándolo realzaba su autoridad legal, se fueron sus razones políticas desentrañando y quedaron aprobados autorizándolo a enterar a los embajadores de las siguientes condiciones del tratado. [748] Se propuso que los cruzados acudiesen a Venecia para la festividad de san Juan en el año inmediato, que se dispondrían barcos chatos para el embarque de cuatro mil quinientos jinetes y veinte mil infantes; que por espacio de nueve meses se los abastecería de provisiones, entendiéndose lo mismo con nueve mil escuderos, transportándolos a la costa que el servicio de Dios y de la cristiandad requiriese, escoltando la república el armamento con una escuadra de cincuenta galeras. Se pactó que los peregrinos pagarían antes de dar a la vela ochenta y cinco mil marcos de plata, y que todas las conquistas de mar y tierra se repartirían con igualdad entre los confederados. Violentos eran los términos, mas también era urgente el trance, y los barones franceses eran de suyo tan derramadores de dinero como de sangre. Se convocó asamblea general para la ratificación del tratado: diez mil ciudadanos cuajaron la capilla suntuosísima y la plaza de San Marcos, y los diputados esclarecidos pudieron

aleccionarse humillándose ante la majestad del pueblo. «Venecianos ilustres, los barones más eminentes y valerosos de Francia nos envían a implorar el auxilio de los dueños del mar para el rescate de Jerusalén. Nos encargan que vengamos a postrarnos a vuestras plantas; ni nos levantaremos del suelo hasta que nos prometáis desagraviar con nosotros a mismo Jesucristo.» La persuasión de sus palabras y de sus lágrimas, [749] su aspecto guerrero y su ademán rendido, arrebataron un alarido universal, cual si fuese, dice el mismo Geoffrey, el estruendo de un terremoto. El dogo venerable sube a una tribuna y esfuerza la demanda con cuantos motivos de pundonor y de virtud pueden impresionar a una reunión popular; extendiose el tratado en pergamino, testimoniado con juramentos y sellos aceptando todos con lloros de regocijo por los representantes de Francia y Venecia, despachándolo luego a Roma para la aprobación del papa Inocencio III. Prestan los mercaderes dos mil marcos para los primeros desembolsos del armamento, y de los seis diputados dos tramontan los Alpes con el anuncio venturoso, mientras los otros cuatro entablan el intento de lograr igual afán y emulación en las repúblicas de Génova y Pisa que contestan al par con un amargo desengaño.

Se atraviesan todavía tropiezos y demoras para la ejecución del tratado. Teobaldo, conde de Champaña, abraza y vitorea al mariscal en su regreso a Troyes con ínfulas de caudillo supremo nombrado unánimemente por los confederados. Pero luego empezó a decaer la salud de aquel mancebo valeroso, que vino a quedar desahuciado y se estuvo lamentando de que su plazo anticipado lo sentenciase a fenecer no en un campo de batalla, sino el lecho de la dolencia. Fue luego distribuyendo al morir todos sus tesoros a sus muchos y denodados vasallos, quienes juraron cumplir colmadamente el voto suyo y el del príncipe;

aunque algunos, añade el mariscal, aceptaron sus dones y faltaron luego a su palabra. Los campeones más rozagantes de la cruz celebraron en Soirons un parlamento para la elección de nuevo caudillo; pero llegó a tal extremo la incapacidad o la competencia o el desamor de los príncipes de Francia que ninguno asomó de cabal desempeño y de fina voluntad para encargarse de capitanear la empresa. Se aunaron en la elección de un extranjero, Bonifacio, marqués de Monferrato, descendiente de una alcurnia de héroes, y luego descollante por sí mismo en las guerras y negociaciones de aquel tiempo; [750] sin que la religiosidad y la ambición del adalid italiano pudiera desentenderse de brindis tan sumamente honorífico. Preséntase en la corte de Francia, agasájanle con extremos de amigo y deudo, condecóranlo en la iglesia de Soisons con la cruz de peregrino y el bastón de general, y tramonta de nuevo los Alpes a fin de aparatarse para la expedición lejana de levante. Enarbola por la festividad de Pentecostés su bandera, y se encamina a Venecia acaudillando ya sus italianos; acuden allí los condes de Flandes y de Blois con cuantos barones sobresalientes encierra la Francia, acrecientan su número los peregrinos alemanes [751] con el idéntico objeto y móvil que los franceses. Cumplen los venecianos colmadamente su contrata, construyendo cuadras para la caballería y barracones para la tropa, almacenando un sinfín de abastos, y aprontando transportes, naves y galeras para dar la vela al tiempo de recibir el importe del flete y el armamento. Pero sobrepuja en gran manera aquel desembolso a los haberes de los cruzados reunidos en Venecia. Los flamencos, cuya obediencia al conde es tan sólo voluntaria e insubsistente, se habían embarcado en bajeles propios para la navegación dilatada del océano y el Mediterráneo, y luego muchos franceses y aun italianos habían antepuesto el tránsito más obvio y barato

desde Marsella o la Pulla a la Tierra Santa. Se quejan los peregrinos de que tras su propio suministro los constituyen responsables por la cuota de sus hermanos ausentes; generoso pero insuficiente es el sacrificio del oro y plata de los caudillos, que entregan desde luego al tesoro de san Marcos, y después de echar todos el resto queda un desfalco de treinta y cuatro mil marcos, para redondear la suma pactada. Salen al encuentro el patriotismo y el ingenio del dogo, quien propone a los barones que auxilien a la república en el recobro de algunas ciudades rebeladas de Dalmacia, y luego con las conquistas pingües que se vayan verificando, se reintegrarán los acreedores de aquel rezago. Escrupulizan y titubean, pero al fin anteponen aquel arbitrio al desahucio de su empresa, y así las primeras hostilidades se encaminan contra Zara, [752] ciudad fuerte de la costa esclavona, que desentendiéndose de su homenaje a Venecia había acudido al amparo del rey de Hungría. [753] Arrollan los cruzados la cadena o el atranque de la bahía, desembarcan su caballería y maquinaria y a los cinco días allanan la plaza, y perdonando las vidas del vecindario, lo saquean, y arrasan sus muros en castigo de su rebeldía. Se adelanta la estación, y franceses y venecianos determinan invernar en aquel fondeadero y territorio pingüe, pero sobrevienen reyertas nacionales y frecuentes entre la soldadesca y la marinería. Brotaron ya rencillas de discordia y escándalo en la toma de Zara, mancilláronse las armas aliadas con la sangre, no ya de infieles sino de cristianos; pues se habían alistado también el rey de Hungría y sus vasallos en las banderas de la cruz, y el temor y el cansancio de los peregrinos ya reacios abultaban y encrudecían la escrupulosidad de los devotos. Había el papa desde luego excomulgado a los aleves saqueadores y matadores de sus hermanos, [754] salvándose tan sólo el marqués Bonifacio y

Simón de Monforte del centellazo espiritual, ausente el uno del sitio, y el otro desusado luego del campamento. Podía Inocencio absolver a los penitentes sencillos y rendidos de Francia; pero se airó con los descargos aferrados de los venecianos, ajenísimos de confesar siempre su demasía, admitir su indulto y avenirse a la intervención de un sacerdote en sus negocios temporales.

Debido al poderío tan formidable de mar y tierra se muestra esperanzado el mozo Alexio, [755] y tanto en Venecia como en Zara insta más y más a los cruzados para su propio restablecimiento y el rescate de su padre. [756] Recomendaba al mancebo regio Felipe, rey de Alemania; sus ruegos y su presencia iban moviendo a compasión al campamento, y abogan por su causa el marqués de Monferrato y el dogo de Venecia. Dos enlaces de la dignidad de César habían emparentado con la familia imperial entrambos hermanos mayores de Bonifacio; [757] esperanzaba granjearse un reino con tan sumo servicio y la ambición más generosa de Dándolo estaba ansiando el auge imponderable de comercio y señorío que podía redundar a su patria. [758] Proporcionó su influjo audiencia propicia a los envidos de Alexio, y si la exorbitancia de sus ofrecimientos inclinaba a maliciar algún tanto, los motivos y galardones que iba ostentando sinceraban en parte la demora y retraimiento de aquellas fuerzas consagradas al rescate de Jerusalén. Se comprometió a que, estando repuesto en su solio de Constantinopla, zanjarían al punto el dilatado cisma de los griegos sujetándose desde luego a la supremacía de la Iglesia romana. Se obligó igualmente a premiar los afanes y merecimientos de los cruzados con el pago ejecutivo de doscientos mil marcos de plata, a irlos luego acompañando hasta Egipto, o si lo conceptuaban más provechoso, a mantener por un año diez mil hombres y por toda su vida quinientos

caballeros para el servicio de la Tierra Santa. Acepta la república de Venecia condiciones tan halagüeñas, y al fin la persuasiva del dogo y la del marqués recaban de los condes de Flandes Blois y san Pol con ocho barones de Francia que se incorporen al punto para empresa tan esclarecida. Corroboran un tratado de alianza ofensiva y defensiva con sellos y juramentos y cada cual según su esfera y situación vuela en alas de su esperanza tras el interés público o privado, tras el timbre de reponer a un monarca desterrado, o tras el concepto entrañable y atinado de que sus conatos en Palestina serían infructuosos y que por el rumbo de Constantinopla se labraba positivamente el recobro de Jerusalén. Mas aquel ímpetu se vincula en los caudillos y en cierto número de voluntarios independientes que hablan y obran por sí mismos denodadamente, pero la soldadesca y el clero están desavenidos, y aunque la mayoría se ajuste los argumentos de los muchos desafectos son eficaces y trascendentales. [759] Hasta los pechos más denodados se muestran despavoridos al enterarse del poderío naval y de la fortaleza inexpugnable de Constantinopla, cohonestando sus zozobras con los reparos más decorosos de religión y compromiso. Decantan la santidad de un voto que los ha desentrañado de sus hogares para el rescate de la Tierra Santa, y no deben los arcanos lóbregos y enmarañados de la política mundana retraerlos de un intento cuyo resultado se ocultaba en los ámbitos recónditos del Altísimo. Quedaba ya castigada severísimamente la primera demasía, el atropellamiento de Zara, con las congojas de su propia conciencia y las censuras del papa, y no trataban ya de reempapar sus manos en sangre cristiana. Había sentenciado el Apóstol de Roma, y no se entrometerían en el derecho de ir a desagraviar con la espada el cisma de los griegos y la usurpación dudosa del monarca bizantino. A impulso de estos arranques o

pretextos, varios peregrinos, descollando en valor y religiosidad, se retiran del campamento, y su desvío no es tan azaroso como la oposición patente o reservada del partido descontento, que se afana en toda coyuntura por desavenir el ejército y frustrar la empresa.

En medio de este malogro instan más y más los venecianos por la partida, encubriendo allá con aquel ahínco por el mancebo regio enconos nacionales o de parentela. Pesábales en el alma la nueva preferencia concedida a Pisa, la competidora de su comercio; tenían cuantiosos rezagos que liquidar y cobrar en la corte bizantina, y Dándolo no se empeñaría en desmentir la conseja popular de haberlo cegado el emperador Manuel, atropellando alevosamente la santidad de un embajador. Tan grandioso armamento no surcara en siglos el Adriático, pues se componía de ciento veinte bajeles chatos, o *palandras*, para la caballería; doscientos cuarenta transportes cargados de gente y armas, y cincuenta galerones aparejados para contrarrestar al enemigo. [760] Con el viento favorable, el cielo bonancible y la mar tersa, aquel boato militar y naval que cuajaba el Piélago estaba halagando la vista embelesada. Resplandecían a raudales de luz los escudos de caballeros y sirvientes colocados por ambos costados de las naves; tendíanse a las popas las banderas de varias naciones y familias; equivalían hasta cierto punto a nuestra artillería moderna las trescientas máquinas disparadoras de piedras y venablos; ora suena la armonía de mil músicas, ora la algazara de una hueste cristiana, que se considera suficiente para conquistar al orbe. [761] En el tránsito de Venecia a Zara [762] valioles la maestría veterana de los venecianos, consumados pilotos; en Durazzo desembarcaron los confederados ya en territorio del Imperio griego; brinda la isla de Corfú con fondeadero y descanso; doblan sin tropiezo el azaroso cabo de

Malea, extremo meridional de la Morca o Peloponeso; desembarcan en las islas de Andros y Negroponto y anclan en Abados, costa asiática del Helesponto. Encabezan así su conquista sin sangre ni dificultad, pues los griegos de las provincias, ajenos de patriotismo y de valentía, quedan arrollados con fuerzas tan incontrastables; la presencia del heredero legítimo viene a sincerar su obediencia, premiada con el comedimiento y la disciplina de los latinos. Al internarse por el Helesponto, tan grandiosa armada se encarcela por las estrecheces de un mero canal y la haz del agua aparece sombría con aquel sinnúmero de velas. Expláyanse luego los ensanches de la Propóntida y atraviesan aquel piélago placidísimo, hasta que se van acercando a la playa europea en la abadía de San Esteban, a tres leguas al poniente de Constantinopla. El dogo juicioso los disuade eficazmente de dispersarse por un paraje populoso y enemigo, y escaseando ya de abastos, se dispone, por hallarse en la temporada de la siega, el rehenchir los barcos del abasto en las islas abundantes de la Propóntida. Toman aquel rumbo, mas arrecia el viento, y al par de su impaciencia los arroja hacia levante, y se acercan tantísimos a la playa y a la ciudad, que se lanzan mutuamente descargas de piedras y venablos entre las naves y la muralla. Al ir transitando está colgada tras la capital del Oriente, y tal vez de la tierra toda, encumbrándose sobre siete cerros, como endiosada, entre los dos continentes de Asia y Europa. Dora el sol y reverbera por las aguas los cimborios agigantados y las cúpulas empinadas de quinientos palacios e iglesias; se arremolinan por las almenas soldados y mirones, cuyo número están mirando y cuya inclinación ignoran, y se hielan los pechos recapacitando que desde el principio del mundo no se entabló tamaña empresa por tan menguado tercio de guerreros. Pero la esperanza denodada

aventa luego aquella zozobra momentánea, y todos, dice el mariscal de Champaña, fueron echando sus miradas a las propias espadas o lanzas para emplearlas muy pronto en la refriega esclarecida. [763] Fondean los latinos ante Calcedonia; quedan a bordo las tripulaciones solas; desembarcan soldados, caballos y armas sin tropiezo, y los barones paladean el primer fruto de su logro en el boato de un palacio imperial. Al tercer día ejército y armada se mueven para Escútari, arrabal asiático de Constantinopla. Ochenta caballeros franceses sorprenden y derrotan un destacamento de quinientos caballos griegos, y se abastecen de forraje y comestibles en un alto de nueve días.

Al referir la invasión de un grande imperio, se extrañará tal vez el no sonar los tropiezos que debieran atajar su carrera a los advenedizos. Cobardísimos eran a la verdad los griegos; mas eran también ricos, industriosos y vasallos de un solo individuo, si éste hubiese temido al hallarse distantes los enemigos y alentádose al verlos cerca. Menospreció el usurpador Alexio los primeros rumores de la alianza de su sobrino con franceses y venecianos, y conceptuó con sus aduladores que era denodado y entrañable aquel menosprecio, y todas las noches en el ramillete de su cena echaba tres veces al través a los bárbaros de Occidente. Habíanse aterrado pausadamente aquellos bárbaros con el pormenor de su potestad naval, y las mil seiscientas barcas pescadoras de Constantinopla [764] pudieran tripular una escuadra para echarlos a pique ya en el Adriático, o atajarlos a la embocadura del Helesponto. Pero el abandono del príncipe y la maldad de los ministros anonadan toda pujanza. El gran duque o almirante había estado haciendo una almoneda escandalosa y casi pública de velas, mástiles y jarcias; reservábanse los bosques reales para el recreo importantísimo de la caza, y los eunucos, dice Nicetas, estaban guardando los árboles como plantas de

culto religioso. [765] El sitio de Zara y luego los pasos veloces de la cruzada aventan el sueño vanaglorioso de Alexio, quien al presenciar ya el peligro tan patente, lo da por ejecutivo y se postra con desahuciada desesperación. Aguanta que los despreciables bárbaros planten sus reales ante el mismo palacio, y disfraza a las claras su zozobra con el boato de una embajada entre rendida y amenazadora. Asombrado está el emperador de los romanos (dicen los embajadores) con el asomo insultante de los advenedizos. Si el voto de tales peregrinos es en realidad entrañable y por el rescate de Jerusalén, su lengua ensalza desde luego y sus tesoros se franquearán de lleno para intento tan religioso; pero si osasen acometer al santuario del Imperio, su muchedumbre, aun cuando fuese diez veces mayor, no los escudaría contra su justísimo enojo. La contestación del dogo y los barones no es menos caballerosa que sencilla. «En esta causa pundonorosa y equitativa, menospreciamos al usurpador de la Grecia, sus amagos y sus ofertas. *Nuestra* amistad y *su* homenaje corresponden al heredero legítimo, al príncipe mozo que mora entre nosotros, y al padre, al emperador Isaac, a quien se quitó cetro, libertad y vista, en el atentado de un hermano ingratísimo. Confiese este hermano desde luego su delito e implore su indulto, y nosotros mismos intercederemos para que se le proporcione el poder vivir desahogadamente a salvo. Entre tanto no venga repitiendo el desacato de sus mensajes, pues nuestra contestación será en su mismo palacio y con las armas en la mano.»

A los diez días de su campamento en Escútari, los cruzados, a fuer de soldados y católicos, se aparatan para el tránsito del Bósforo. Arriesgado es el intento; el raudal anchuroso y rapidísimo: en una calma, la misma corriente del Euxino los arrolla bajo al fuego líquido e inextinguible de los griegos, y la

playa contrapuesta de Europa asoma escudada con setenta mil caballos e infantes formidablemente escuadronados. En día tan memorable que amaneció y se mantuvo en extremo bonancible y despejado, se dividen en seis porciones o tercios; capitanea el primero, o sea la vanguardia, el conde de Flandes, uno de los príncipes cristianos más poderosos por la maestría y el número de sus ballesteros. Acaudillan los otros sus divisiones francesas, su hermano Enrique, los condes de san Pol y de Blois y Mateo de Montmorency, realzando a la postrera el servicio voluntario del mariscal y los nobles de champaña. La sexta división, retaguardia y reserva de la hueste, va al mando del marqués de Monferrato, encabezando a los alemanes y lombardos. Los bridones con sus gualdrapas tendidos hasta el suelo se embarcan en *palandros* [766] chatos, con los jinetes junto a los caballos, completísimamente animados, con sus lazos en la mano. Su crecido número de *sargentos* [767] y flecheros van en los transportes, remolcados todos por las grandiosas y veloces galeras. Atraviesan los seis cuerpos el Bósforo sin tropezar con el menor obstáculo o enemigo; el afán de todo soldado y de todo tercio es aportar el primero, y vencer o morir en la demanda. Con el ímpetu de sobresalir en el peligro, los caballeros con toda su armadura pesadísima se arrojan al mar llegándoles todavía a la cintura; les compiten sargentos y flecheros en valor, y los escuderos, bajando los puentes levadizos de los palandros, sacan los caballos a la playa. Antes que monten, se formen y enristren sus lanzas, desaparecieron ya los sesenta mil griegos, pues el medroso Alexio dio el ejemplo a sus tropas, y tan sólo por el saqueo de su pabellón riquísimo se enteraron los latinos de que habían peleado contra un emperador. En aquel primer pavor de los enemigos fugitivos se arrojan a franquear con un avance doble la entrada de la había. Los franceses embisten la torre de

Gálata [768] en el arrabal de Pera, mientras los venecianos toman a su cargo el intento más arduo de arrollar el arranque o cadenón que se tendía desde aquella torre hasta la playa bizantina. Tras varios embates infructuosos, prevalece por fin su denodada perseverancia; toman o echan a pique hasta veinte naves de guerra, restos de la armada griega: las galeras con sus tajantes y pesadísimas cuchillas cortan o quiebran los eslabones enormes y macizos de hierro; [769] y la escuadra veneciana, a salvo y triunfadora, surca y fondea en el puerto de Constantinopla. En pos de tamañas proezas los veinte mil latinos que vienen a quedar solicitan el permiso para sitiar una capital que contiene más de cuatrocientos mil habitantes [770] en disposición, pero sin ánimo de empuñar las armas en defensa de su patria. Esta razón supondría un vecindario de dos millones, pero por más rebajas que se hagan en el número de los griegos, la *creencia* en aquella suma engrandece igualmente el arrojo desaforado de los salteadores.

En cuanto al punto de avance, franceses y venecianos estuvieron tan encontrados como sus diversos géneros de vida y ejercicios (7-18 de julio de 1203 d. C.), afirmando los primeros con verdad que Constantinopla era más accesible por la parte del mar y de la bahía, y repitiendo a voces los segundos que harto tenían confiada su existencia y haberes al vaivén de un leño en un elemento voluble y que apetecían refriega caballerosa en tierra firme a pie o a caballo. Se avienen cuerdamente al mutuo auxilio por mar y tierra, cada cual por el rumbo que le es más genial, resguardando la escuadra a la tropa desde el embarque hasta el extremo de la bahía. Afianzan luego el puente de piedra, y las seis divisiones francesas arrostran el frente de la capital, y es la base del triángulo que se tiende por más de una legua desde el puerto hasta la Propóntida. [771] Asomados a un

foso anchísimo y al pie de una muralla empinada, van contemplando la suma dificultad de su empresa. Los puestos de sus estrechos reales desembocan más y más miles de guerrillas, que apresan descarriados, barren la campiña, acopian abastos y los amagan y embisten cuatro o seis veces al día, precisándolos a clavar una estacada y fraguar un atrincheramiento para su resguardo ejecutivo. Economizan hasta lo sumo los venecianos y malgastan sin término los franceses sus provisiones; suenan y se padecen hambre y escaseces; se van a quedar sin harina a las tres semanas, y repugnándoles la carne salada, acuden a la de caballo. Sostiene al trémulo usurpador Teodoro Lascaris, su yerno, mancebo valeroso, que aspira a salvar y señorear su patria; los griegos sin apego a su patria se enardecen por fin en defensa de su religión, cifrando ante todo su esperanza en la bizarría y tesón de la guardia Vanangiana, esto es: ingleses y daneses, como los nombran los escritores de aquel tiempo. [772] A los diez días de afán incesante, allanan el terreno, igualan el foso y se adelantan en regla disparando sus ciento cincuenta máquinas miles de armas arrojadizas para despejar las almenas, estremecer las murallas, socavando al mismo tiempo sus cimientos. Aparece ya una brecha, arrímanse las escalas; pero el gentío y el terreno rechazan y acosan a los arriesgados latinos; asombra no obstante el arrojo de quince caballeros y sargentos, que logran trepar a lo alto y defender un punto tan expuesto, hasta que la guardia imperial los derrumba o los apresa. Más venturosos los venecianos en su avance por la bahía, echan el resto de su industrioso ingenio con cuantos inventos se practicaron antes del hallazgo de la pólvora. Una línea doble, con el frente como de tres tiros de ballesta, consta de naves y galeras, el peso y aparato de aquellas sostiene los ágiles movimientos de las segundas, y presentan sobre sus puentes y popas sus torreones

con plataformas militares, desde donde las máquinas descargan sobre la primera línea sus tiros contra el enemigo. Descuélganse los soldados de las galeras a la playa, plantan las escalas, trepan por ellas, mientras las naves se adelantan por los claros pausadamente, bajan sus puentes levadizos, y se labran camino por el aire desde las arboladuras hasta la muralla. En lo más recio de la refriega descuella la estampa venerable del dogo, armado de pies a cabeza, en la proa de su galera. Tremola sobre su frente el gran estandarte de san Marcos. Sus amenazas, promesas y exhortaciones enardecen el ímpetu de los remeros; su bajel es el primero que vara, y Dándolo es el primer guerrero que hay en la playa. Pásmanse las naciones con la magnanimidad del anciano ciego, sin hacerse cargo de que su edad y sus achaques menguan el precio de la vida, y encarecen el valor de la gloria inmortal. De improviso una mano invisible (pues habría fenecido el alférez) planta sobre la muralla el pendón de la república; afánanse veinticinco incendiarios, y por el medio atroz del incendio desalojan a los griegos del barrio contiguo. Avisa el dogo sus logros, cuando lo detiene el peligro de sus confederados. Voceando caballerosamente que antes fenecería con los peregrinos que labrarse una victoria con un exterminio, se desentiende Dándolo de su gran ventaja, reúne a su tropa y acude a la urgencia. Halla los seis ya reducidos y acosados cuerpos franceses acorralados por sesenta escuadrones de caballería griega, el menor de los cuales viene a ser más crecido que la mayor parte de las seis divisiones. El sonrojo y la desesperación incitan al provocado Alexio a echar el resto en una salida general, mas se atasca con el orden cabal y el aspecto varonil de los latinos, y tras lejanas escaramuzas, recoge su tropa al anochecer. Ora el silencio y ora el alboroto de la noche extreman sus quebrantos, y el usurpador cobarde, cargado con

un tesoro de diez mil libras de oro, desampara ruinmente consorte, pueblo y fortuna; se arroja sobre un barquillo, se oculta por el Bósforo y aporta en salvamento vergonzoso en una ensenadilla desconocida de Tracia. Sabe la nobleza griega aquella fuga, acude a porfía en busca de indulto y paz a la mazmorra donde yace el ciego Isaac con la expectativa incesante de los sayones para su degüello. Reencúmbralo el vaivén de la suerte al solio con su manto imperial, en medio de una parva de esclavos, cuyas muestras de pavor entrañable, y regocijo aparente, no le cabe deslindar; suspéndense al amanecer las hostilidades, y los caudillos latinos se pasman con el mensaje del emperador legítimo y reinante que está ansioso de abrazar a su hijo y galardonar a sus generosos libertadores. [773]

Mas aquel temple de generosidad no llega al punto de querer desprenderse de sus rehenes hasta que el padre haya verificado el pago, o por lo menos prometido solemnemente su cumplimiento. Pasan cuatro embajadores, Mateo de Montmorency, nuestro historiador el mariscal de Champaña, y dos venecianos a congratular al emperador; hallan patentes las puertas; la guardia inglesa y danesa con sus mazas acordona por ambas aceras las calles; centellea el salón de recibo con oro y pedrería, sustitutos fementidos de la virtud y el poderío: siéntase junto al ciego Isaac su consorte, hermana del rey de Hungría, y con su presencia se agolpan en derredor las matronas ilustres de Grecia, y se revuelven bulliciosos en la algazara de senadores y soldadesca. Hablan por boca del mariscal de los latinos, como varones pagados de sus propios merecimientos y acatando la misma obra de sus manos, y el emperador, desde luego, se hace cargo de que ha de revalidar los compromisos de su hijo con Venecia y los peregrinos sin demora. Retírase con la emperatriz, el camarero, el intérprete y los cuatro embajadores a un

aposento, y se va enterando con afán del pormenor de los pactos contraídos por el mozo Alexio. El rendimiento del Imperio oriental bajo el albedrío del papa, el auxilio a la Tierra Santa y la entrega ejecutiva de doscientos mil marcos de plata. «Esas condiciones —prorrumpe cuerdamente—, son gravosas y se hace cuesta arriba el aceptarlas; pero no caben condiciones inadmisibles mediando tantísimos servicios y merecimientos». Con seguridades tan entrañables, montan a caballo los embajadores y traen al heredero de Constantinopla a la ciudad y al palacio: su mocedad y peregrinas aventuras le granjean todos los corazones, y coronan solemnemente a Alexio con su padre en el presbiterio de Santa Sofía. En aquel arranque de su reinado, el vecindario, ya golosísimo con el recobro de la paz y la abundancia, se embelesaba con el paradero venturoso de aquella tragedia y el descontento de la nobleza; sus pesares y zozobras yacían allá bajo el vistoso charol de la lealtad y el recreo. Revueltos en una misma capital naciones tan encontradas pudieran acarrear quebrantos y trastornos, y por lo tanto se acuartelaron en el arrabal de Gálata o Pera franceses y venecianos, pero franqueando todo género de roce y comunicación entre gentes amigas, y los peregrinos solían curiosear por las iglesias y palacios de Constantinopla. La tosquedad, de suyo ajenísima de primores artísticos, se mostraba atónita con tan teatral magnificencia, y luego cotejándola con el desamparo de otros países resaltaban más y más el gentío y la opulencia de la primera metrópoli de la cristiandad. [774] Se apeaba el joven Alexio de su encumbramiento dejándose llevar por su interés y su agradecimiento, y redoblando sus visitas familiares a los aliados latinos; y los ensanches de la causa, y la travesura jovial de los franceses olvidaban a ratos al emperador de Oriente. [775] Formalizaron desde luego sus conferencias, y

convinieron en que la hermandad de ambas Iglesias vendría a ser pasto del tiempo y la paciencia; pero la codicia estuvo menos avenible que la religiosidad; y hubo que hacer cuantiosísimos desembolsos para acudir a las urgencias y acallar las importunidades de los cruzados. [776] Sobresaltábase Alexio con el trance ya cercano de su desvío, aunque pudiera descargarlo de aquel empeño que no le cabía cumplir, mas los amigos iban a dejarlo en sumo desamparo y sin arrimo especial contra el antojo y preocupaciones de nación tan ciega y alevosa. Ansiaba cohechar su permanencia por un año, costeando sus gastos y pagando a nombre de los franceses el flete a los venecianos. Ventilose la propuesta en el consejo de los barones, y tras varios debates porfiados, la mayoría arrolló la escrupulosidad aferrada, aviniéndose al dictamen del dogo y a las instancias del emperador mozo. Recabó, con la paga de mil seiscientas libras de oro, que el marqués de Monferrato lo fuese acompañando con su hueste por las provincias de Europa, a fin de arraigar su autoridad y perseguir al tío, mientras los confederados de Francia y de Irlanda enfrenaban a Constantinopla bajo el mando de Balduino. La expedición prospera, el emperador ciego se goza con el acierto de sus armas, empapándose en los inciensos de sus aduladores sobre que la misma Providencia, su encumbradora desde la mazmorra hasta el solio, le va a curar la gota, devolver la vista y tomar a su cargo los dilatados logros de su reinado. Pero el hijo se va ensalzando y atormenta con mil zozobras el pecho del anciano ciego, y no acierta su orgullo envidioso a encubrir que mientras están aclamando yerta y desabridamente su nombre, es el mancebo regio el tema de alabanzas entrañables y perpetuas. [777]

Aquella invasión desaletarga a los griegos del dilatado sueño de nueve siglos en que deliran engreídamente, suponiendo

inexpugnable para toda fuerza advenediza la capital del Imperio Romano. Los extranjeros occidentales han desflorado la ciudad y hecho donación del cetro de Constantino; se malquistan luego sus aliados imperiales al par de ellos mismos; los vicios ya notorios de Isaac se hacen más rematados con sus achaques, y odian al mancebo Alexio, a fuer de apóstata que se ha desentendido de las costumbres y la religión de su patria. Se divulga y zahiere su convenio reservado con los latinos; el vecindario, y más el clero idolatra con toda el alma, su fe y sus extremos de superstición, y suenan acá y acullá por conventos, por calles y por tiendas el peligro de la Iglesia y la tiranía del papa. [778] Vacío ya el tesoro, mal puede acudir a las exorbitancias del boato regio y las extorsiones extranjeras: no se avienen los griegos a sortear con un impuesto general los quebrantos inminentes de la servidumbre y el saqueo; la opresión de los pudientes ocasiona una enemiga más personal y violenta; y si el emperador se propasa a fundir la plata y despojar las imágenes del santuario, entonces abona las quejas de herejía y sacrilegio. En la ausencia del marqués Bonifacio y su alumno imperial, sobrevino un fracaso que puede fundadamente achacarse al afán indiscreto de los peregrinos flamencos. [779] Al andar por la ciudad, se escandalizan viendo alguna mezquita o sinagoga donde se adora un solo Dios, sin partícipe o hijo. Cifraban por lo más las controversias en los vuelos de su espada, acuchillando a los infieles, incendiándoles las moradas; pero tanto infieles como cristianos, sus vecinos, acudían a defender sus vidas y haberes, y las llamas encendidas por el fanatismo solían abrasar los artefactos más inocentes y calificados. La llamarada, por espacio de ocho días, estuvo cogiendo un frente de una legua, desde la bahía hasta la Propóntida, en lo más apiñado y populoso de la ciudad. No cabe el ir computando los

templos y palacios suntuosos que yacieron bajo la humareda en inmensos escombros, ni menos las mercancías que fenecieron en las calles traficantes; y mucho menos el sinnúmero de familias a quienes cupo tan imponderable desastre. Malquistáronse más y más los latinos con aquel estrago, por más que el dogo y los barones se empeñasen con ahínco en descargarse de su odiosidad, y una colonia latina de más de quince mil personas trató de ponerse a salvo retirándose arrebatadamente al resguardo de su pabellón en el arrabal de Pera. Regresa triunfante el emperador, pero la maestría más cabal y denodada no acertaría a ir afianzando el rumbo bajo la tormenta que estalló embravecidamente sobre la persona y el gobierno de aquel mancebo desventurado. Propendía de suyo, y con dictamen del padre a sus bienhechores, pero vacilaba entre el agradecimiento y el patriotismo, entre el temor de los súbditos y el de los aliados. [780] Con sus zozobras y vaivenes malogra el aprecio y la confianza de unos y otros; pues mientras está brindando al marqués de Monferrato con el palacio para su morada, viene a consentir que los nobles conspiren, y que se arme el vecindario para el rescate de su patria. Los caudillos, latinos, desentendiéndose de situación tan ardua, se aferran en sus demandas, se enojan con la demora, se recelan de mil intentos, y piden una contestación terminante de paz o guerra. Se encargan de la intimación altanera tres caballeros franceses y tres diputados venecianos, quienes se ciñen las espadas, montan a caballo, atraviesan la muchedumbre airada y allanan con ademán denodado el palacio y el aposento del emperador griego. Van apuntando con desentono sus servicios y el mutuo compromiso, y manifiestan sin rebozo que, no acudiendo pronta y colmadamente a sus peticiones, dejaban de mirarlo como soberano y como amigo. Tras tamaño reto, el primero

que lastimó oídos imperiales, se marchan sin el menor asomo de zozobra, pero su salvamento de un palacio cerril y de un vecindario enfurecido asombra a los embajadores mismos, cuya llegada a los reales viene a ser la señal de sus mutuas hostilidades.

La muchedumbre griega, arrolladora de toda autoridad y comedimiento, conceptúa su saña por denuedo, el número por pujanza y el fanatismo por apoyo e inspiración del cielo. Fementido y despreciable viene a ser Alexio para entrambas naciones: bastardeó ruinmente la alcurnia de los Ángelos y así la arrollan o aventan con clamor desdeñoso, y el vecindario de Constantinopla se agolpa sobre el Senado pidiéndole un emperador más apreciable. Andan sucesivamente brindando con la púrpura a todos los senadores más descollantes antes por su nacimiento o su dignidad, y todos rechazan el manto mortal; dura hasta tres días aquella contienda y nos participa el historiador Nicetas, individuo de aquella reunión, que la zozobra y la flaqueza eran los móviles de su lealtad. Un vestigio que vino luego a yacer en el olvido asoma proclamado a viva fuerza por la turba, [781] pero el incitador del alboroto y de la guerra es un príncipe de la alcurnia de Ducas, y por tener el mismo nombre de Alexio, se deslinda con el adjetivo de Murzuflo, [782] que en el idioma vulgar expresa el cejudo o el cejijunto. Blasonando de patricio y palaciego el alevoso Murzuflo, sin carecer de maña y denuedo, contrarresta a los latinos de palabra y obra, enardece los ímpetus y preocupaciones de los griegos y se entromete en la íntima privanza de Alexio, que le encarga el empleo de gran camarero, por lo cual se tiñe los borceguíes con el matiz de palacio. Arrójase a deshora al dormitorio con el semblante despavorido, voceando que el vecindario asalta el palacio desamparado por la guardia. Salta el

incauto príncipe de su lecho y se pone en manos de su enemigo, quien le tiene ideada su salida por una escalerilla escusada, cuyo paradero es una cárcel donde afianzan, despojan y aherrojan a Alexio y después de martirizarlo algunos días con amarguras mortales, lo envenenan, ahorcan o macean por disposición y en presencia del tirano. Sigue luego el emperador Isaac Ángelo o su hijo al sepulcro, y parece que Murzuflo pudiera excusar el delito de atropellar el exterminio de un ciego desvalido.

Varía el rumbo de la contienda con la muerte del emperador y la usurpación del Murzuflo, pues ya no se ceñía al desabrimiento de unos aliados encarecedores de sus fuerzas u olvidadizos de sus obligaciones; franceses y venecianos orillan toda queja contra Alexio, lloran el temprano malogro de su compañero y juran ejemplar venganza contra nación tan alevosa que corona al asesino. Pero el dogo cuerdo propende siempre a negociar; pide en concepto de subsidio, deuda o multa cincuenta mil libras de oro, o sea diez millones de duros, y no se rompiera broncamente la conferencia, si la religiosidad o la artería de Murzuflo no se negara a sacrificar la Iglesia griega a la salvación del Estado. [783] En medio de los baldones de enemigos extraños y nacionales, asoma digno de la jerarquía en que se muestra campeón de su patria. Sobrepuja con mucho el afán del segundo sitio (abril de 1204 d. C.) al del primero; pues se acaudala el tesoro y se restablece la disciplina, desentrañando ahincadamente los abusos del reinado anterior, y Murzuflo, con su maza de hierro en la mano, visita los puntos, y ostentando la traza y ademán de un guerrero estremece por lo menos a su propia soldadesca y a su parentela. Antes y después de la muerte de Alexio entablaron dos veces el intento atinado de incendiar la escuadra en la bahía; pero la maestría denodada de los venecianos rechazó los brulotes y las llamas vagarosas se fueron

consumiendo sin éxito por las aguas. [784] Enrique, el hermano del conde de Flandes, derrotó en una salida de griegos al emperador, agravando el baldón de su descalabro con la ventaja del número y la sorpresa; hallose su broquel en el campo de batalla, y presentaron el estandarte imperial [785] con la imagen divina de la Virgen, como trofeo y reliquia, a los monjes cistercienses, discípulos de san Bernardo. Por tres meses, sin exceptuar la temporada de la Santa Cuaresma se estuvieron escaramuzando mientras se aparataban los latinos para el asalto general. Desengañados con la fortaleza inexpugnable por la parte de tierra, manifestaron los pilotos que la playa de la Propóntida era expuestísimo fondeadero, arrollando la corriente las naves a larguísima distancia hasta las angosturas del Helesponto, perspectiva halagüeña para los peregrinos reacios que ansiaban la ocasión de trasponerse a la hueste. Acuerdan pues los sitiadores y recelan los sitiados el asalto por la bahía, colocando el emperador su pabellón de escarlata sobre una loma cercana, para otear y enardecer el ahínco de sus tropas. Un auditorio despejado y ajeno a toda zozobra, empapado allí en arranques de boato y recreo, pudiera embelesarse con la formación dilatada de dos ejércitos en batalla por espacio de media legua, el uno sobre sus naves y galeras, y el otro sobre la muralla, encumbrado en varios pisos por torres de madera. Disparan las máquinas como enfurecidas a miles, venablos, piedras y tizones (9 de abril de 1204 d. C.), pero el agua es profunda; el francés denodado y el veneciano diestrísimo atrácanse a la muralla; estréllanse revueltas espadas, lanzas y mazas sobre los puentecillos vacilantes, aunque afianzados sobre las baterías firmes; por más de cien partes se estrecha y se contrarresta el asalto, hasta que la superioridad del terreno y del número predomina por fin y tocan los latinos retirada.

Renuévase en los días siguientes el avance con igual brío y paradero semejante, y por la noche el dogo y los barones celebran consejo, zozobrosos únicamente por el peligro general; a ningún labio asoman las palabras de huida o escape, y todo guerrero, según su pecho, está ya soñando victoria o muerte esclarecida. [786] Se han instruido los griegos con la experiencia del primer sitio, pero los latinos se enardecen más y más por instantes; el concepto de que *cabe* el tomar a Constantinopla supone y abulta más que cuantas precauciones inventó el esmero de la defensa. En el tercer asalto se amarran dos naves para duplicar su pujanza, un recio norte las aconcha a la playa, los obispos de Troyes y de Soisons capitanean la vanguardia y resuenan por toda la línea los nombres propicios del peregrino y el paraíso. [787] Tremolan los pendones episcopales hasta la misma muralla; cien marcos de plata se habían ofrecido al primer trepador, y si la muerte los defraudó de su galardón, la fama inmortalizó sus nombres. Se escalan cuatro torres y se allanan tres puertas, y los caballeros franceses, vacilantes tal vez en las aguas, blasonan ya de invencibles a caballo y en tierra firme. ¿He de referir cómo los miles que están escudando la persona del emperador huyen todos al avance ante la lanza de un solo guerrero? Atestigua fuga tan afrentosa su compatricio Nicetas, una hueste de vestiglos va escoltando al héroe francés que abultó con ínfulas de gigante para los griegos. [788] Desamparan los fugitivos sus puntos y arrojan las armas, y entran en su alcance los latinos bajo las banderas de sus caudillos; ábrense de par en par puertas y calles para su tránsito, y sea de intento o por acaso se enciende nueva llamarada, que en pocas horas abrasa un ámbito igual a las tres ciudades de Francia. [789] Anochecido ya, los barones enfrenan a la soldadesca y fortifican sus apostaderos, los asombran la extensión y el

vecindario de la capital, que está requiriendo el trabajo de un mes si las iglesias y palacios se robustecen para fortalezas, mas a la madrugada una procesión suplicante con cruces y peanas anuncia la rendición de los griegos y amaina la saña de los vencedores; huye el usurpador por la puerta dorada, el conde de Flandes y el marqués de Monferrato se hospedan en los palacios de Blachernae y de Bucoleon, y el imperio, que todavía lleva el nombre de Constantino y el dictado de Romano, yace al impulso de las armas de los latinos peregrinos. [790]

Tomada Constantinopla por asalto, tan sólo caben los miramientos de la religión y de la humanidad contra las leyes terminantes de la guerra. Sigue mandando a los vencedores Bonifacio, marqués de Monferrato, y el gentío griego, reverenciando ya su nombre como el de su soberano venidero, está clamando con acento lloroso: «Marqués y rey sagrado, apiádate de nosotros». Su cordura compasiva franquea las puertas de la ciudad a los fugitivos y encarga a los soldados de la cruz que conserven la vida a los demás cristianos. Corre la sangre a ríos por las páginas de Nicetas, pero la mortandad de sus compatricios indefensos viene a reducirse a dos mil, y aun éstos generalmente fenecieron, no por mano de los advenedizos, [791] sino de aquellos latinos recién arrojados de la ciudad, y se ensañaron como banderizos ya victoriosos. Mas había algún desterrado que tenía más presentes los beneficios que los agravios, y el mismo Nicetas debió su salvamento a la generosidad de un mercader veneciano. Tilda el papa Inocencio III a los peregrinos de su desaforado desacato, atropellando al par sexo, edad y profesión religiosa, laméntase por tanto amargamente de que maldades torpes y tenebrosas, como forzamientos, adulterios e incestos, se cometiesen a las claras, amancillados los sirvientes o mozos del campamento católico, o

nobles matronas a monjas sagradas, en medio del día. [792] Probable aparece que el desenfreno de la victoria acarrease y encubriese un sinfín de pecados, pero consta que la capital del Oriente contenía sumo surtido de beldades venales y propensas a saciar los anhelos de veinte mil peregrinos, y las prisioneras no quedaban ya avasalladas a todo trance. Abogaba el marqués de Monferrato por la disciplina y el decoro; era el conde de Flandes todo un espejo de castidad; tenían vedado bajo pena de muerte el atropellamiento de casadas, doncellas o monjas, y los vencidos solían apelar a la proclama, [793] teniendo los vencedores que acatarla. La autoridad de los caudillos y el pundonor de la tropa enfrenaron la crueldad y la lujuria, pues no estamos ya describiendo un asalto de bravíos septentrionales, y por más cerriles que aparezcan el tiempo, los reglamentos y la religión, tenían ya civilizados a los franceses y aún más a los italianos. Mas la codicia se estuvo cebando a sus anchuras colmadamente en la misma Semana Santa con el saqueo de Constantinopla. El derecho de la victoria sin cortapisas de tratado u ofrecimientos ponía desde luego a merced del entrante los haberes públicos y privados de los griegos, y alargando su diestra podía empuñar legalmente, según su pujanza, la presa, a medida de su propio albedrío. El oro y la plata suministran el marco portátil y universal con el cuño o sin él, para que el poseedor en su casa o fuera se granjee cuanto le cuadre por su inclinación o circunstancias. El comercio y el lujo habían atesorado sedas, terciopelos, pellizas, pedrería y alhajas riquísimas, cuales no asomaban por los demás países a la sazón atrasadísimos de Europa. Planteose un sistema de saqueo ajeno de todo acaso o arbitrariedad, pues bajo horrendas penas de perjurio, excomunión y muerte, se mandó a los latinos entregar sus presas en el acopio general, que se fue colocando en tres iglesias para el

correspondiente reparto; cupo a cada soldado de infantería su porción única; dos a cada sargento a caballo, cuatro para el caballero y luego partes mayores a los caudillos, barones o príncipes, según el merecimiento y la graduación de cada uno; y con efecto se ahorcó a un caballero correspondiente al conde de san Pablo con su escudo y cota de armas pendientes al cuello, por contraventor en compromiso tan sagrado con cuyo ejemplar se reservarían más ahincada y mañosamente los culpados; mas la codicia se sobrepuso al miedo, y se conceptuó generalmente que lo oculto sobrepujó a lo manifiesto y más que la suma se encumbró sobre todo género de experiencia o expectativa. [794] Dividido ya el conjunto entre franceses y venecianos, se rebajaron de la cuota de los primeros hasta cincuenta mil marcos para saldar la cuenta con los segundos. El residuo de los franceses ascendió todavía a cuatrocientos mil marcos de plata, [795] como cuatro millones de duros, y no me cabe justipreciar aquel importe por los contratos públicos y particulares de aquel siglo sino computándolo como siete veces la renta anual del reino de Inglaterra. [796]

En aquella gran revuelta logramos la complacencia sin par de ir parangonando las dos relaciones y los arranques encontrados de Villehardouin y de Nicetas. [797] Aparece al pronto que los haberes de Constantinopla mudaron únicamente de dueños, y que el malogro y desconsuelo de los griegos vienen a quedar equilibrados con la ventaja y algazara de los latinos. Mas en el aciago cómputo de la guerra nunca la ganancia equivale al quebranto ni el deleite a la amargura: volaron engañosamente las glorias de los latinos; lloraron sempiternamente los griegos su desdicha con el escarnio y el sacrilegio ¿Qué asomo de granjería cupo a los vencedores con los tres incendios asoladores de tan grandiosa porción de los

edificios y riquezas de la ciudad? ¡Cuánto caudal no se malograría con los renglones que ni se trasladan ni se emplean y cuánto no se destrozaría malvada o antojadizamente! ¡Qué dinero y qué tesoro se malograría en juegos, liviandades y embriagueces! ¡Y cuantísimos objetos inestimables se descarriarían por el afán y la torpeza de la soldadesca, para ir luego a parar en manos de los ínfimos y estragados griegos! Los que nada tenían que perder serían los únicos gananciosos en el trastorno: pero el sumo desamparo de las altas jerarquías está retratado al vivo en los trances personales de Nicetas. La segunda quema le arrasó el palacio y el senador con la familia y amigos tuvo que acudir al arrinconado albergue de otra casita suya, junto a la iglesia de Santa Sofía. Guardole la puerta de su escasa morada su íntimo mercader veneciano en traje de soldado, hasta que Nicetas arrebatadamente pudo preservar los residuos de toda su fortuna y la castidad de su hija. Fugitivos todos con un temporal helador tuvieron que desamparar el regazo de sus prosperidades, y andar a pie con la esposa embarazada y sin esclavos, que se le habían desertado; cargaron con el equipaje en sus hombros, salpicándose las mujeres el rostro de lodo para desfigurarse, en vez de darse realce con joyas y matices. Tropiezan a cada paso con desacatos y peligros, acongójanlos no tanto las amenazas de los advenedizos, como los baldones de los plebeyos, con quienes se miran ya nivelados, y no lograron desahogo y salvamento los desterrados hasta que terminan su peregrinación angustiosa en el Simbria, a más de cuarenta millas [64,37 km] de la capital. Alcanzan por el camino al patriarca, sin comitiva y sin boato, cabalgando un jumentillo y casi reducido al desamparo apostólico, que a ser voluntario no podía menos de ser harto meritorio. Entre tanto los latinos, desaforadamente devotos, van profanando las iglesias

asoladas con su feroz desenfreno. Las despojan de toda pedrería y convierten los cálices en copas de hediondez, y mesas de juego y banquete las tablas donde están pintados Jesucristo y los santos, hollando los objetos más venerables del culto cristiano. En la catedral de Santa Sofía, con el afán de la franja de oro, desgarran el velo grandioso del santuario, destrozando luego el altar muy realzado con primores artísticos para repartirlo entre los captores. Cargan mulas y caballos con la plata labrada y los relieves dorados arrancándolos de las puertas y del púlpito, y aun al tropezar las acémilas con la carga solían matarlas y mancillar el pavimento sagrado con sangre tan impura. Sentose una ramera en el solio del patriarca, y aquella hija de Belial, como la apellidan, cantó y danzó en el mismo templo, escarneciendo los himnos y procesiones de los orientales. No quedaron ajenos de violación los paraderos de cadáveres regios, pues en la iglesia de los Apóstoles desencajaron las tumbas de emperadores y aun se afirma que mediando ya seis siglos asomó intacto el cuerpo de Justiniano. Por las calles franceses y flamencos se arrojaban y tendían sobre sus caballos ropajes pintados y cofias pomposas de lino, y el zafio destemple de sus funciones [798] desdecía por extremo de la sobriedad esplendorosa del Oriente. Para ridiculizar la grey de escribientes y curiales; andaban ostentando plumas, tinteros y pliegos de papel sin hacerse cargo de que los instrumentos de la ciencia y del valor eran igualmente endebles e inservibles en manos de los griegos modernos.

Su nombradía y su idioma los estaban sin embargo estimulando para menospreciar la ignorancia y desentenderse de los adelantos latinos. [799] Resaltaba todavía más la diferencia nacional en la afición a las artes, pues los griegos seguían reverenciando con acatamiento los partos de sus mayores que no

acertaban a remedar, y en el destrozo de las estatuas en Constantinopla acompañan nuestros conatos las quejas e invectivas del historiador bizantino. [800] Ya se vio nacer y descollar aquella ciudad con la vanagloria y el despotismo del fundador imperial; la guadaña de la superstición dejó con vida al arrollar el paganismo algunos dioses y prohombres, y los residuos de mejores días estaban todavía realzando el foro y el hipódromo. Nicetas va refiriendo algunos [801] en estilo florido y afectado, y vamos ahora a entresacar de sus descripciones algunas particularidades interesantes.

I. Los conductores victoriosos estaban vaciados en bronce a sus propias expensas o a las del público, colocándolos en el hipódromo; iban en pie sobre sus carruajes girando en derredor del objetivo: podía el auditorio empaparse en su presencia, y conceptuar sus grados de propiedad y desemejanza, y las estatuas más aventajadas podían trasladarse del estadio olímpico.

II. La Esfinge, hipopótamo y cocodrilo, demuestran el clima propio de Egipto, y los despojos de aquella provincia antigua.

III. La loba amamantando a Rómulo y Remo, asunto *igualmente* halagüeño a los romanos *antiguos* y a los *nuevos*, pero manejado escasamente antes de la decadencia de la escultura griega.

IV. Un águila teniendo y destrozando una serpiente en sus garras, monumento solariego de los bizantinos, atribuido no a algún artista humano, sino a la maestría mágica del filósofo Apolonio, quien con este ensalmo libertó la ciudad de reptiles venenosos.

V. Un jumento y su conductor levantados por Augusto en su colonia de Nicopolis, para conmemoración del agüero verbal de la victoria de Accio.

VI. Una estatua ecuestre, que vulgarmente se conceptuaba

por Josué; el vencedor judío alargando allá el brazo para atajar la carrera al sol en su ocaso. Tradición más literata se echaba de ver en las figuras de Belerofonte y Pegaso, y el ímpetu desembarazado del bridón estaba demostrando que corría por el aire, y no sobre la tierra.

VII. Un espacio con su obelisco encumbrado, de cobre, cuyos costados sobresalían esculpidos con vistas campesinas y pintorescas, aves cantando, gañanes arando o flauteando; ganados balando; corderillos retozando; el mar con una perspectiva de peces y almadrabas; cupidillos riendo, jugando y tirándose manzanas; y en su cima una figura mujeril girando al más leve soplillo y por tanto llamada la Giralda.

VIII. El rabadán frigio presentando a Venus la manzana, el premio de la hermosura y el móvil de la discordia.

IX. La estatua incomparable de Helena delineada por Nicetas con arranques de asombro y de cariño, su pie lindamente torneado, sus brazos de nieve, labios sonrosados, sonrisa encantadora, ojos enamorados, cejas arqueadas, hechura armónica, ropaje ligerillo y cabellera tendida al viento; beldad que debería mover a compasión y remordimiento aun a sus bárbaros destrozadores.

X. La forma varonil ósea divina de Hércules, [802] revivido con la maestría de Lisipo, y tan colosal que su pulgar igualaba al cinto y su pierna a la estatura de un hombre regular, [803] de cabeza grandiosa, espaldudo y membrudo, de cabellera crespa y de traza imperiosa. Sin arco, aljava o maza con la piel de león, terciado en desaliño, estaba sentado sobre un cesto de mimbres, con la pierna y el brazo derecho extendidos hasta lo sumo con el codo sobre la rodilla doblada, la cabeza torcida sobre su izquierda y el semblante airado y pensativo.

XI. Una estatua agigantada de Juno, adorno de su templo en

Samos, afanándose cuatro yuntas de bueyes para llevar al palacio su enorme cabeza.

XII. Otro coloso de Palas o Minerva de treinta pies de altura, expresando con brío asombroso la índole y atributos de la doncella guerrera. Hay que apuntar antes de sindicar a los latinos que ya los griegos habían destrozado aquella Palas, por su zozobras supersticiosas. [804] La codicia empedernida de los cruzados fue despedazando o fundiendo las demás estatuas de bronce: su afán y costo quedaron destruidos en un rato; el alma del numen artístico voló en humareda, y lo restante del ruin metal se acuñó para el pago de la tropa. No es de suyo duradero el bronce, podían los latinos con sandio menosprecio desentenderse de las sublimidades de Fidias y Praxíteles, [805] y así, a menos de padecer algún quebranto casual, siguieron descollando como piedras inservibles, sobre sus pedestales. [806] Los advenedizos más despejados y ajenos de la sensualidad irracional de sus paisanos ejercitaron su derecho de conquista en pos de reliquias de santos. [807] Acopio inmenso de cabezas, huesos, cruces e imágenes que se fueron luego desparramando por Europa, y medrando más y más la peregrinación y las ofrendas; ningún asomo de granjería fue quizás tan ganancioso de tantísimos despojos traídos de levante. [808] Perecieron muchísimos escritos de la antigüedad que subsistían a la sazón; pero muy ajenos estaban los peregrinos de afanarse por conservar y traerse los rollos de un idioma ignorado, y como la sustancia deleznable del papel o pergamino tan sólo cabe mantenerse con el redoble de infinitas copias, la literatura griega había venido a vincularse en la capital, y sin pararnos ahora a graduar la inmensidad de aquel malogro, podemos llorar amargamente el tesoro de librerías que fenecieron en los tres incendios de Constantinopla. [809]

LXI

PARTICIÓN DEL IMPERIO ENTRE FRANCESES Y VENECIANOS - CINCO EMPERADORES LATINOS DE LA ALCURNIA DE FLANDES Y DE CURTENAY - SUS GUERRAS CONTRA BÚLGAROS Y GRIEGOS - MENGUA Y DESAMPARO DEL IMPERIO LATINO - RECOBRO DE CONSTANTINOPLA POR LOS GRIEGOS - RESULTAS GENERALES DE LAS CRUZADAS

Muertos ya los príncipes legítimos, ufanísimos franceses y venecianos con su justicia y su victoria, se convinieron en dividir y arreglar sus posesiones venideras. [810] Se pactó por un tratado el nombramiento de doce electores, seis de cada nación, para que su mayoría eligiese el emperador del Oriente, y en el caso de igualdad se sortease el desempate; adjudicándole todos los dictados y prerrogativas del solio bizantino, con los palacios de Bucoleon y de Blaquerna y la cuarta parte de la monarquía griega. Se acordó que las tres porciones restantes se repartiesen por igual entre la república de Venecia y los barones de Francia; que todos los feudatarios con la excepción honorífica del dogo reconociesen y desempeñasen la obligación del homenaje y servicio militar a la cabeza suprema del Imperio, que la nación del nuevo emperador cediese a la otra el nombramiento del patriarca, y que los peregrinos, por más ansiosos que estuviesen de visitar la Tierra Santa, debían dedicar otro más al allanamiento y defensa de las provincias griegas. Tras la toma de Constantinopla se revalidó y ejecutó el tratado, y el paso primero y de suma entidad fue la creación de un emperador.

Eclesiásticos fueron todos los seis electores franceses; a saber, el abad de Loces, el arzobispo electo de Acre en Palestina y los obispos de Troyes, Soisons, Halberstadt y Belén, ejerciendo el último en los reales el cargo de legado del papa, respetables al par por su saber y su profesión, y por cuanto no les cabía el ser agraciados, les correspondía mejor la incumbencia de electores. Los seis venecianos eran empleados muy principales, y las engreídas familias de Quirini y Contarini se ufanan todavía de contarlos entre sus antepasados. Júntanse en la capilla del palacio, y tras la invocación solemnísima del Espíritu Santo proceden a su votación deliberada. Un arranque entrañable de gratitud y acatamiento los movía a coronar las virtudes del dogo, inspirador de la alta empresa, y hasta los caballeros más mozos vitorean con asomos de envidia las hazañas de la ancianidad ciega. Pero el gran patricio Dándolo no adolecía del achaque de ambicioso, dándose por satisfecho con que se le conceptuase acreedor al cetro. Los mismos venecianos se sobreponen a su nombramiento, [811] alegando con elocuencia y certidumbre los desmanes que amagan a la libertad nacional y a la causa común, aunando los dos cargos incompatibles de primer magistrado de la república y de emperador de Oriente. Excluido el dogo aun por dictamen de sus mismos amigos, se franquea cabida a los merecimientos más equilibrados de Bonifacio y de Balduino retirándose atentamente los candidatos inferiores ante aquellos nombres. Recomiendan al marqués de Monferrato su edad madura y su nombradía acendrada, con la propensión de los aventureros y el anhelo de los griegos, sin que cupiesen celos de parte de los venecianos, dueños del mar, contra un soberanillo de la falda de los Alpes. [812] Pero encabeza el conde de Flandes un pueblo rico y belicoso; es valeroso, devoto y casto, está en su lozanía, teniendo tan sólo treinta y dos años, descendiente de

Carlomagno y primo del rey Francia, amistado ya con los barones y prelados que se apesadumbraron al pronto con el mando de un extranjero. Barones, dogo y el marqués al frente están fuera de la capilla esperando el resultado de la elección. Anúnciala el obispo de Saisons a nombre de sus compañeros. «Jurasteis obedecer al príncipe que nombrásemos, y por nuestros unánimes votos Balduino, conde de Flandes y de Bainaut, es ya vuestro soberano y emperador del Oriente.» Lo saludan y vitorean a grandes voces, resuena la proclamación por la ciudad con la algazara de los latinos, y la trémula adulación de los griegos, y Bonifacio es el primero en besar la mano a su competidor y levantarlo sobre el broquel; y luego, trasladado a la catedral, lo revisten solemnemente con los borceguíes de púrpura. A las tres semanas le corona el legado por falta de patriarca; pero el clero veneciano en breve completó el cabildo de Santa Sofía, sentando en el solio eclesiástico a Tomás Morocini, y echando después el resto por perpetuar en su misma nación los timbres y obvenciones de la Iglesia griega. [813] El sucesor de Constantino va sin demora enterando a la Palestina, Francia y Roma de revolución tan memorable. Envía a Palestina por trofeo las puertas de Constantinopla y la cadena de la bahía, [814] y prohíja del fuero de Jerusalén las leyes y costumbres más adecuadas para una colonia francesa plantada en levante. Alienta en sus cartas a los naturales de Francia para que le refuercen la colonia y afiancen la conquista, repoblando una ciudad suntuosísima y un territorio pingüe, que ha de premiar los afanes del sacerdote y del campesino. Se congratula con el pontífice romano por el restablecimiento de su autoridad en el Oriente; le brinda para que se esmere en exterminar el cisma griego con su presencia en un concilio general, e implora su indulto y sus bendiciones a favor de los peregrinos díscolos.

Rebosa de cordura y señorío la contestación de Inocencio. [815] En cuanto al vuelco del Imperio Bizantino zahiere los vicios humanos y adora la providencia del Altísimo; la conducta venidera es la que ha de absolver o apenar a los conquistadores; cifra la validez de su tratado en el juicio de san Pedro, pero recalca con el mayor ahínco la obligación sagrada de plantear una subordinación cabal de obediencia y tributo, desde el griego al latino, desde el magistrado al clero, y de éste al papa.

Cupo a los venecianos porción aventajada en la partición de las provincias griegas, [816] reduciéndose a la cuarta parte la posesión del Imperio latino, adjudicando a Venecia la mitad de lo restante y reservando la otra mitad a los aventureros de Francia y Lombardía. Proclamose al venerable Dándolo, déspota de Romanía, revistiéndolo a la manera griega con los borceguíes encarnados. Terminó por fin en Constantinopla su dilatada y esplendorosa vida, y si fue personal aquella regalía, siguieron los sucesores usando el mismo dictado hasta mediados del siglo XIV con el aditamento extraño pero cierto de señor de una cuarta parte y media del Imperio Romano. [817] Al dogo, siervo del Estado, por maravilla se le consentía soltar el timón de la república; pero el *bailío* o regente desempeñaba sus veces, ejerciendo jurisdicción suprema sobre la colonia veneciana, poseían tres barrios de los ocho de la ciudad, componiéndose su tribunal independiente de seis jueces, cuatro consejeros, dos camareros, dos abogados fiscales y un condestable. Como tan prácticos en el comercio de levante, atinaron apropiarse lo más selecto y proporcionado, pues antes se habían encargado torpemente del señorío y defensa de Andrinópolis, despejaron luego el rumbo de sus intentos acordonando la costa con factorías por ciudades o islas, desde las cercanías de Ragusa hasta el Helesponto y el Bósforo. El afán y el desembolso para tirada

tan larga desquiciaron su tesoro, orillaron sus máximas gubernativas, prohijaron el sistema feudal, contentándose con el homenaje de su nobleza [818] por las posesiones que, a fuer de vasallos particulares, se empeñaban en domeñar y mantener. Así adquirió la familia de Santit el ducado de Naxos, que abarcaba casi todo el archipiélago. Se ferió la república del marqués de Monferrato por diez mil marcos la fertilísima isla de Creta o Candía con los escombros de cien ciudades; [819] pero el destemple tacaño de la aristocracia atajó sus medros, [820] y los senadores más cuerdos no podían menos de confesar que en el piélago y no en la tierra se cifraba el tesoro de san Marcos. Correspondía al marqués Bonifacio la más grande de la mitad perteneciente a los aventureros, y además de la isla de Creta, le compensaron la exclusión del solio con el dictado regio y las provincias allende el Helesponto; mas estuvo muy cuerdo en trocar aquella conquista lejana y ardua por el reino de Tesalónica y Macedonia, a doce jornadas de la capital, y en proporción para lograr el arrimo poderoso de su vecino y cuñado el rey de Hungría. Las aclamaciones entrañables o violentas de los naturales vitorearon sus adelantos, y la Grecia, aquella Grecia antigua y esclarecida volvió a recibir a un conquistador latino [821] que holló con yerta indiferencia aquel suelo clásico. Estuvo mirando con despejo los primores del valle de Tempe, fue atravesando cautamente las gargantas de las Termópilas, ocupó las ya desconocidas ciudades de Tebas, Atenas y Argos, y asaltó las fortificaciones de Corinto y Nápoli, [822] que se opusieron a sus armas. Los cabimientos de los peregrinos latinos se fueron arreglando, por la suerte, elección o permutas posteriores, y se propasaron con desatinado alborozo, a fuer de triunfadores, contra las vidas y haberes de un grandísimo pueblo. Escudriñan ahincadamente las provincias,

van pesando esmeradamente en la balanza sutílisima de la codicia el producto de cada distrito, las ventajas de su situación y los réditos colmados o escasillos para el mantenimiento de caballos y soldadesca. Su engreimiento estaba reclamando y repartiéndose allá las dependencias ya tan descarriadas del cetro romano. Los raudales del Nilo y del Éufrates seguían bañando sus soñados reinos, y venturoso se estaba conceptuando el guerrero a quien iba a caber en suerte el alcázar del sultán turco en Iconia. [823] No me pararé a deslindar linajes y productos de sus estados; pero no puedo menos de expresar que los condes de Blois y de san Pol se revistieron con el ducado de Niza y el señorío de Demótica [824] los feudos principales correspondían a los cargos de condestable, camarero, escanciano botillero y cocinero mayor, y cupo a nuestro historiador Jefrey de Villeharduino hermosísima hacienda sobre las orillas del Hebro, y juntó los dos empleos de mariscal de Champagna y de Romanía. Capitaneaba cada barón mentado sus caballeros y flecheros para afianzar sus posesiones, que al principio generalmente prosperaron. Mas con la suma dispersión se quebrantó la pujanza pública, y fueron brotando inevitablemente reyertas a miles con unas leyes y entre gente cuya única soberanía se cifraba en sus propios aceros. A los tres meses de la toma de Constantinopla el emperador y el rey de Tesalónica sacaron sus secuaces a campaña; pacificáronse sin embargo con la autoridad del dogo, el dictamen del mariscal y la entereza desahogada de sus compañeros. [825]

Seguían los dos fugitivos de Constantinopla tremolando al par el dictado de emperadores, y los súbditos de aquel solio ya derribado se condolían del fracaso del primer Alexio, o bien se enardecían para la venganza con el denuedo de Mursuflo. Entronque casero, interés común, demasía por igual y el mérito

de acabar con sus enemigos, hermano y sobrino, inclinaron el ánimo del último usurpador para juntar los restos de su potestad con los del primero. El padre Alexio agasaja risueña y honoríficamente a Mursuflo en su campamento, mas nunca un malvado se prenda ni se da de otro criminal; sorpréndelo en el baño, lo ciega, lo despoja de tropas y tesoros, y anda luego vagaroso, horrorizando y retrayendo a cuantos con más fundamento debieran castigar ejemplarmente al asesino del emperador Isaac y de su hijo. Acosado el tirano por sus zozobras y remordimientos, se encamina al Asia, lo apresan los latinos de Constantinopla, lo procesan públicamente y lo condenan a muerte afrentosa. Discuerdan los jueces en el género de ejecución entre el hacha, rueda o empalamiento; acuerdan por fin encaramar a Mursuflo [826] sobre la columna Teodosiana, que era de mármol y de ciento cincuenta pies de altura, [827] y empujándolo desde su cima, se estrella en el pavimento, ante una concurrencia innumerable, que está cuajando el foro de Tauro, y se asombra con el cumplimiento de una predicción antigua, que se manifiesta en aquel trance. [828] Menos trágico es el paradero de Alexio, pues el marqués lo envía cautivo a Italia, por vía de don al rey de los romanos; mas no le cupo gran ventura en trocarle el encierro en una fortaleza de los Alpes al que sufre luego en un monasterio de Asia. Pero su hijo, antes del fracaso nacional se había enlazado con un héroe mozo, quien continuó la sucesión y restableció el solio de los príncipes griegos. [829] Descolló Teodoro Lascaris con su denuedo en ambos sitios de Constantinopla, y huido Mursuflo y entrados los latinos en la ciudad, se brindó al vecindario y a la soldadesca por su emperador; ambición acaso pundonorosa y por de contado valiente. Si lograra infundir su alma a la muchedumbre, estrellara a los advenedizos bajo sus plantas; su desesperación

exánime se desentiende absolutamente, y Teodoro se retrae a la Anatolia para respirar ambiente libre, fuera de la vista y del alcance de los vencedores. Con el dictado al pronto de déspota y luego de emperador, va más y más enabanderando valentones, que empedernidos contra la servidumbre, menosprecian por fin la vida; y entonces dando por legítimo todo rumbo para el salvamento público no escrupuliza en acudir a la alianza con el sultán turco. Niza, donde plantea su residencia, con Prosa, Filadelfia, Esmirun y Efeso abren de par en par las puertas a su libertador; se robustece y afana con sus victorias, y aun con sus descalabros, y aquel sucesor de Constantino logra conservar un trozo del Imperio desde las orillas del Meandro hasta los arrabales de Nicomedia, y por fin de Constantinopla. El heredero directo de los Comnenos, hijo del virtuoso Manuel y nieto del tirano Andrónico, posee allá otra porción lejana y arrinconada. Es su nombre Alexio, apellidado grande quizás más bien por su estatura que por sus hazañas. Se halla, por ausencia de los Ángelos, de gobernador o duque de Trebisonda: [830] infúndele ambición su cuna, y sin variar de dictado, reina en paz desde Sínope hasta el Tasis, por la costa del Mar Negro. Su hijo y sucesor anónimo suena como vasallo del sultán a quien está sirviendo con doscientas lanzas; no es más que el duque de Trebisonda, y el primero que enarbola aquel día, parto de la envidia y el engreimiento, es el nieto de Alexio. Salva por el Occidente un tercer trozo Miguel, bastardo de la casa de Ángelo, quien antes de la revolución y el Danfragio, ya es rehén, ya soldado, ya rebelde. Huye de los reales de Bonifacio y campea a sus anchuras; manda, por su desposorio con la hija del gobernador, la plaza de su posición Durazzo, y con el dictado de déspota funda un principado descollante en Epiro, Etolia y Tesalia, países poblados siempre por castas belicosas. Bríndanse

los griegos para unir a los soberanos nuevos; pero los latinos altaneros [831] los excluyen de todo empleo civil y militar, como nación propia únicamente para temblar y obedecer, y su amargura los inclina a demostrarles que podían ser amigos provechosos, puesto que les van a ser desde luego enemigos dañinos: la adversidad les robustece el ánimo, y así todo asomo de nobleza y denuedo, cuanto tiene visos de instrucción y de santidad, allá se agolpa sobre los estados de Trebisonda, Epiro y Niza, y aparece un patricio acreedor, tan sólo uno, a la dudosa alabanza de afecto y lealtad con los francos. La grey de ciudades y campiñas se aviniera gustosísima a una servidumbre apacible y racional, y los trastornos pasajeros de la guerra quedaron borrados algunos años de paz y de eficacia. Pero el sistema feudal era de suyo trastornador y azaroso. Los emperadores *romanos* de algún desempeño eran amparadores de toda clase de súbditos, con leyes acertadas y gobierno sencillo. Ocupaba el solio latino un príncipe tutelar, caudillo y a menudo siervo de los confederados indómitos; los feudos del Imperio, desde un reino hasta un castillejo, yacían bajo el acero de los barones, y sus desavenencias, escaseces y tosquedad abarcaban con su tiranía hasta las aldeas más arrinconadas. Dábanse la mano para estar acosando a una a los griegos, el sacerdote revestido de potestad temporal, y el soldado enfurecido con su encono fanático; y la zanja intransitable de religión y de idioma deslindaba para siempre el advenedizo del solariego. Mientras los cruzados se mantuvieron reunidos en Constantinopla, la memoria de su prepotencia y el pavor de sus armas sellaron los labios al país esclavo; al desparramarse manifestaron la cortedad de sus fuerzas y las nulidades de su régimen, y algunos desmanes y tropiezos sacaron a luz el secreto de que no eran invencibles. Mengua el temor y crece por puntos el odio en los griegos;

matan, conspiran, y en menos de un año de servidumbre imploran o aceptan el auxilio de un bárbaro, cuyo poderío habían palpado y en cuya gratitud confían. [832]

Juan, o Juanice, o Calo-Juan, caudillo rebelde allá de búlgaros y valachios, había saludado por medio de embajada solemne a los conquistadores latinos. Blasonaba de hermano, como rendido al romano pontífice, de quien había recibido su dictado regio y una bandera consagrada; y así en el vuelco de la monarquía griega le cabía el nombre de amigo y cómplice. Asómbrase Calo-Juan de presenciar en el conde de Flandes el boato y las ínfulas de los sucesores de Constantino, despidiendo luego a sus embajadores con el mensaje altanero de que podrá el rebelde alcanzar indulto tocando con su frente la tarima del solio imperial. Está ya su amargura [833] en el disparador para prorrumpir en ímpetus recios y sangrientos, pero serénase luego y se pone en acecho de los amagos descontentadizos de los griegos; aparenta condolerse entrañablemente de sus quebrantos, y se compromete desde luego a acudir con su persona y reino, asomando el primer desperezo por el recobro de la libertad. El encono nacional es el propagador de la conspiración, móvil segurísimo de hermandad y reserva; ansían los griegos empapar sus aceros en todo pecho advenedizo, pero se dilata cuerdamente la ejecución hasta que Enrique, hermano del emperador, haya traspuesto el Helesponto con la flor de sus tropas. Ciudades y aldeas de Tracia se enardecen a la primera señal; y así los latinos, descuidados e indefensos, yacen a manos de sus esclavos ruines y vengativos. Los vasallos indemnes del conde de san Pol, al primer disparo de la matanza en Demótica, huyen a Andrinópolis; pero el vecindario enfurecido degüella o arroja de allí a los franceses y venecianos; las guarniciones que logran salvarse tienen que irse agolpando hacia el arrimo de la capital, y

las fortalezas, que por su parte contrarrestan a los rebeldes, ignoran el paradero de las demás y del mismo soberano. Suena acá y acullá la asonada griega, y el miedo pregona ya la llegada ejecutiva del aliado búlgaro, quien desconfiando del total de las fuerzas de su reino, trae de los páramos escíticos un cuerpo de catorce mil comanos, chupadores, según se decía, de la sangre de sus cautivos, y sacrificadores de los cristianos en las aras de sus dioses. [834]

Con sobresalto tan repentino y redoblado, envía el emperador ejecutivamente un mensajero, llamando al conde Enrique con su tropa, y si espera el regreso del denodado hermano, con el auxilio de veinte mil armenios, puede contrarrestar al enemigo con número igual y superioridad terminante en armas y disciplina. Pero el ímpetu caballeresco solía equivocar la cautela con la cobardía. Sale el emperador a campaña con ciento cuarenta caballeros con la comitiva de sus respectivos flecheros y sargentos. Opónese el mariscal, pero obedece, capitaneando la vanguardia por el rumbo de Andrinópolis; manda el conde de Blois el centro, siguiéndolo el anciano dogo de Venecia con la retaguardia; y reforzándose algún tanto la pequeñez total con los latinos fugitivos que van acudiendo a incorporarse. Emprenden el sitio de Andrinópolis, y es de tal jaez la religiosidad de los cruzados, que emplean la Semana Santa en talar el país para su mantenimiento y fabricar máquinas para acabar con sus propios hermanos en cristiandad. Pero sobreviene atropelladamente la caballería ligera de los comanos, escaramuzando denodadamente sobre sus líneas indefensas, y el marqués de Romanía manda pregonar que a la primera señal de clarín monte y se escuadrone la caballería; pero que nadie, bajo pena de muerte, se comprometa en un alcance desordenado y expuestísimo. El conde de Blois es el primero en

desobedecer disposición tan atinada, y arrebata al emperador en su temeridad y exterminio. Los comanos, como de la escuela parta o tártara, huyen al cargarlos; pero a las dos leguas de carrera, desalentados ya jinetes y caballos, se revuelven, se escuadronan y acorralan el cuerpo cerrado de los francos; matan al conde, aprisionan al emperador, y si el uno se horroriza de huir y el otro de rendirse, su valentía personal está muy ajena de compensar aquella suma ignorancia y desvío del verdadero cargo de caudillos. [835]

Ufanísimos los búlgaros con su victoria y su presa real, se adelantan al rescate de Andrinópolis, y total exterminio de los latinos. Así sucediera a no echar el mariscal de Romanía su tesón sereno y consumado desempeño, escasísimas prendas en todos tiempos, pero más en aquel siglo cuando era la guerra un mero desaforamiento y no una verdadera ciencia. Se franquea con todas sus zozobras y amarguras en el regazo del dogo, mas va ostentando por los reales tal confianza de salvamento, cual sólo cabe en el ahínco de gerencia general. Permanece todo el día en el arriesgado trance de encararse con la plaza y los bárbaros, márchase Villeharduino calladamente a deshora, y la maestría suma de su retirada merecería las alabanzas de Jenofonte y de sus diez mil. Escuda él mismo la retaguardia contra los ímpetus del alcance, y acude al propio tiempo a enfrenar el anhelo de los fugitivos por el frente, y así por dondequiera que asoman los comanos tropiezan con una línea de lanzas. Al tercer día las tropas ya rendidas descubren el mar, el pueblo solitario de Rodosto [836] y sus amigos recién desembarcados de la costa asiática. Se abrazan llorosos, juntan sus armas y sus dictámenes, y por ausencia del hermano se encarga el conde Enrique del Imperio, que yace a un tiempo en la niñez y la decrepitud. [837] Retíranse los comanos por el sumo calor, pero hasta siete mil

latinos se desentienden de Constantinopla, de sus hermanos y de sus votos a los asomos del trance. Median luego lances favorables, pero quedan arrollados con el malogro de ciento veinte caballeros en las campiñas de Rusia, quedando ya de todo el señorío imperial la capital sola con dos o tres fortalezas cercanas por las costas de Europa y Asia. El rey de Bulgaria, tan prepotente como inexorable, se desentiende con reverente acatamiento de las instancias del papa; quien lo estrechaba para que devolviese la paz y el emperador a los acosados latinos. No cabe ya en el hombre, dice, la entrega de Balduino, pues falleció en la cárcel; y su género de muerte se refiere diversamente por la ignorancia y la credulidad. Los amantes de lances trágicos se complacerán en oír que la reina búlgara, a fuer de enamorada, requirió de correspondencia al cautivo regio, que, otro José, padeció con su esquivez y las alevosías mujeriles los desafueros de un esposo irracional, cortándole pies y manos; que su cuerpo sangriento arrojado al osario de perros y caballos, siguió tres días respirando hasta que lo devoraron las aves de rapiña. [838] A los treinta años, en un bosque de los Países Bajos, un ermitaño salió a luz con ínfulas del verdadero Balduino, emperador de Constantinopla y soberano legítimo de Flandes. Refería mil portentos en su redención a un pueblo de suyo propenso a creencias y rebeldías, y en su primer desvarío reconoció en Flandes a su ya casi olvidado señor. Al primer paso de averiguación ante el tribunal competente quedó descubierto el impostor, y pereció con muerte afrentosa, pero los flamencos siguieron más y más prendados de su equivocación halagüeña, y gravísimos historiadores culpan a la condesa Juana de haber sacrificado a su propia ambición la vida de su padre desventurado. [839]

En las hostilidades civilizadas, media siempre un convenio

para el canje o rescate de los prisioneros, y dilatándose el cautiverio consta la esfera del paciente y se lo trata bajo este concepto con humanidad y distinción. Pero el búlgaro bravío estaba ajenísimo de leyes de guerra: mazmorras lóbregas y silenciosas eran sus prisiones, y había mediado un año cuando los latinos llegaron a saber la muerte de Balduino; y entonces su hermano el regente Enrique se conviene por fin a usar el dictado de emperador (11 de junio de 1216 d. C.). Encarecieron los griegos aquel comedimiento como ejemplar peregrino de acendrado pundonor, puesto que su liviandad insaciable y alevosa se abalanzaba de improviso al trance del intermedio, al paso que la ley de sucesión, resguardo perenne del príncipe y del pueblo, se estaba sucesivamente deslindando en las monarquías hereditarias de Europa. Desvalido, vino a quedar sin socio ni arrimo Enrique en el imperio oriental, puesto que los héroes cruzados iban faltando del mundo o de la guerra. Falleció aquel dogo de Venecia el venerable Dándolo, en la plenitud de sus años y de su gloria. El desagravio de Balduino y la defensa de Tesalónica fueron pausadamente retrayendo al marqués de Monferrato de la guerra del Peloponeso. Se avistan el emperador y el rey para zanjar varias etiquetas de ninguna monta sobre el homenaje y servicio feudal, hermánalos su aprecio mutuo y la igualdad en el peligro, y queda sellada su intimidad con el enlace de Enrique y la hija de su compañero, pero el novio tiene luego que llorar el malogro de su padre y amigo. Ciertos griegos leales recaban de Bonifacio que trepe en correría venturosa por las serranías de Rodope. Huyen los búlgaros a su asomo, pero se agolpan luego para acosarlo en la retirada. Sabe que le atacan la retaguardia, y sin esperar sus armas defensivas brinca a su alazán, enristra su lanza y arrolla la manada de los enemigos despavoridos; pero en el ímpetu de su alcance lo traspasan con

herida mortal, presentando luego la cabeza del rey de Tesalónica a Calo Juan, quien disfruta sin merecimiento el timbre de la victoria. [840] En este amarguísimo trance enmudece la voz y cesa la pluma ya exánime de Villeharduino, y si continuó desempeñando el cargo militar de mariscal de Romanía yacen sus hazañas posteriores en el olvido. [841] No desdicen las prendas de Enrique de su extremada situación, pues ya en el sitio de Constantinopla, y luego allende el Helesponto, se granjeó la nombradía de valiente en la lid y atinado en el mando, conteniendo su denuedo con una cordura comedida ajena de los arrebatos desaforados de su hermano. En la guerra duplicada contra los griegos en Asia y los búlgaros en Europa era siempre el adalid a bordo o a caballo; y aunque providenciando de continuo lo más conducente para el logro de toda empresa, su ejemplo estaba incitando más y más a los latinos para hombrearse con su intrépido emperador. Pero aquellos conatos y los escasos auxilios de gente y dinero venidos de Francia le fueron menos provechosos que los desaciertos, crueldades y muerte de su contrario más formidable. Al acudir los griegos desesperados a Calo Juan como a su libertador, suponían que había de ser el amparo de su independencia y de sus leyes; mas vieron luego con amargo desengaño aquella ferocidad sin igual que trataba brutalmente y a las claras de yermar la Tracia y arrasar sus ciudades para trasladar los moradores allende el Danubio. Entablado ya el intento con varias poblaciones y aldeas, quedaba en escombros Filipópolis, e igual catástrofe amagaba a Isernótica y Andrinópolis por los primeros causantes de la rebelión, cuando exhalan todos un alarido agudísimo de pesar y arrepentimiento ante el solio de Enrique, y sólo el emperador magnánimo los indulta y confía en ellos. No pasan de cuatrocientos caballeros con sus flecheros y sirvientes los que

puede juntar consigo, y capitaneando tan menguada fuerza, combate y rechaza al búlgaro, quien además de su infantería trae cuarenta mil caballos. Palpa Enrique en esta expedición la suma diferencia que media entre un país enemigo o favorable, sus armas escudan las demás ciudades, y el bárbaro, tras grandísima pérdida y afrenta, tiene que desagarrar su presa. El sitio de Tesalónica es el postrer quebranto que Calo Juan causa o padece; lo asesinan de noche en su tienda, y el caudillo, tal vez el matador, que halló revolcándose en su sangre atribuye con aceptación general aquel golpe a la lanza de san Demetrio. [842] Alcanza el cuerdo Enrique victorias, y ajusta paz honorífica con el sucesor del tirano y con los príncipes griegos de Niza y Epiro. Muy ajeno de la política encogida de Balduino y de Bonifacio, cede algunos linderos dudosos, le queda un reino anchuroso para sí mismo y para sus feudatarios, y en los diez años que le caben logra paz y prosperidad: franqueando a los griegos los principales cargos del Estado y del ejército, y aquellos arranques caballerosos son en tanto grado más certeros, cuanto ya los príncipes de Niza y Epiro se van amañando para atraerse y emplear el valor mercenario de los latinos. Es el sumo ahínco de nación y de idioma sin empeñarse en la unión inasequible de ambas iglesias; Pelagio, legado del papa con ínfulas de soberano en Constantinopla, veda el culto griego y manda desaforadamente el pago de diezmos, el doble séquito del Espíritu Santo y ciega obediencia al pontífice romano. Abogan desvalidamente por los fueros de su conciencia implorando la tolerancia; «nuestros cuerpos —dicen— son del César; pero nuestras almas pertenecen únicamente a Dios». La entereza del emperador ataja la persecución [843] y si llegamos a creer que los mismos griegos pudieron envenenar a tal príncipe, ruin concepto vendremos a formar del tino y del agradecimiento en

el pecho humano. Es su denuedo atributo muy obvio, en que alterna con diez mil caballeros; pero Enrique atesora el supremo tesón de contrarrestar en siglo tan supersticioso la codicia altanera del clero. Se arrojó a colocar su solio en la iglesia de Santa Sofía, a la derecha del patriarca, y el papa Inocencio III censuró amarguísimamente aquel arrojo. Con un edicto muy provechoso y ejemplar en las leyes de amortización prohibió el enajenamiento de feudos; mas muchos de los latinos, con el afán de volverse a Europa, traspasaban a la Iglesia sus estados; con una retribución temporal o espiritual quedaban luego aquellas haciendas como benditas descargadas de todo servicio militar y el paradero de una colonia guerrera iba a ser en breve el de un seminario eclesiástico. [844]

Fallece el pundonoroso Enrique en Tesalónica defendiendo aquel reino, y el hijo tierno de su amigo Bonifacio, feneciendo en los dos primeros emperadores la línea masculina de los condes de Flandes. Pero su hermana Violante, casada con un príncipe francés, cría dilatada prole, y una de sus niñas se enlaza con Andrés, rey de Hungría, esforzado y religiosísimo campeón de la cruz. Entronizándolo en el solio de Bizancio, se granjean los barones de Romanía la pujanza de un reino vecino; pero la cordura de Andrés reverencia las leyes de sucesión, y los latinos brindan con el cetro del Oriente a la princesa Violante y a su marido Pedro de Curtenay, conde de Auxerre (abril de 1217 d. C.). Recomiendan a los barones de Francia el nacimiento regio del padre y la hidalguía de la madre al primo mayor de su rey. Merece concepto decoroso, posee grandiosas haciendas, y en la cruzada sangrientísima contra los albijenses, soldadesca y clerecía quedaron con la debida recompensa por su valor y sus afanes. Encarezca allá la vanagloria el encumbramiento de un emperador francés en Constantinopla, pero el desengaño tiene

que compadecer y no envidiar aquella grandeza soñada y alevosa. Para afianzar y esclarecer su dictado, acude a vender o empeñar lo más florido de su patrimonio. Con estos arbitrios, el rasgo de su pariente real Felipe Augusto y los arranques nacionales y caballerescos, por fin tramonta los Alpes, capitaneando ciento cuarenta caballeros y cinco mil quinientos sargentos y flecheros. Recaban con mil instancias que el reacio papa Honorio III corone al sucesor de Constantino; pero verificó la ceremonia en una iglesia extramuros temeroso de que redunde en menoscabo de la capital antigua del imperio, otorgando a la nueva algún derecho de soberanía. Los venecianos son los transportadores de Pedro y de sus fuerzas allende el Adriático y de la emperatriz, con sus cuatro niños hasta el mismo palacio bizantino, requiriendo que les devolviese Durazzo de manos del déspota de Epiro. Miguel Ángelo o Comneno, el fundador de la dinastía, había otorgado la sucesión de su poderío y ambición a Teodoro, su hermano legítimo, que estaba ya amagando y aun invadiendo los establecimientos de los latinos. El emperador, cumpliendo su palabra con un asalto infructuoso, levanta el sitio y prosigue su viaje trabajoso y expuesto por tierra desde Durazzo a Tesalónica. Viene luego a extraviarse por las serranías del Epiro; encuentra los tránsitos atajados, carece de abastos, lo detienen y engañan con una negociación alevosa; y por fin arrestado Pedro de Curtenay con el legado romano, la tropa francesa, sin caudillos ni esperanza, trueca afanada sus armas con la promesa ilusoria de pan y comiseración. El Vaticano truena y centellea amenazando al malvado Teodoro con la venganza del cielo y de la tierra, pero en breve el emperador y los suyos quedan olvidados, y las reconvenciones del papa se ciñen al encarcelamiento de su legado, apenas logra el rescate del sacerdote y la promesa de

obediencia espiritual, indulta y ampara al déspota de Epiro. Su mando terminante ataja el ahínco de los venecianos y del rey de Hungría, [845] y desahuciado al fin Curtenay yace y muere natural y tempranamente en su cautiverio. [846] Ignórase su paradero, y está presente la soberana legítima Violante, su consorte y viuda, con la cual se dilata la proclamación de nuevo emperador. En medio de su quebranto da todavía a luz un niño, llamado Balduino el postrero, el más desventurado de todos los príncipes latinos de Constantinopla. Prenda su nacimiento a los barones de Romanía, mas su niñez no podía menos de ir dilatando los desmanes de la minoría, y su pertenencia queda orillada con las anteriores de sus hermanos. El mayor, Felipe de Curtenay, que heredó de su madre el señorío de Namur, tiene la cordura de anteponer la realidad de un marquesado a la sombra volátil del Imperio, y entonces Roberto, el hijo segundo de Pedro y de Violante, asciende al solio de Constantinopla. Advertido con el fracaso del padre va siguiendo pausada y seguramente el rumbo de Alemania y del Danubio: franquéale tránsito el enlace de su hermana con el rey de Hungría, y el patriarca corona luego al emperador Roberto en la catedral de Santa Sofía; pero su reinado es todo una temporada de conflictos y amarguras, y la colonia que se apellidaba *Nueva Francia* va por todas partes cejando ante los griegos de Niza y Epiro. Tras una victoria labrada con su alevosía, y sin denuedo, allana Teodoro Ángelo el reino de Tesalónica, y arroja al endeble. Demetrio, hijo del marqués Bonifacio, tremola su estandarte sobre los muros de Andrinópolis y añade por su vanagloria un tercero o cuarto nombre a la lista de los emperadores contrarios. Juan Valace arrolla los restos asiáticos, a título de yerno y sucesor de Teodoro Lascaris, el cual en un reinado triunfador de treinta y tres años, campeó en paz y en

guerra con altas virtudes. Bajo su enseñanza los aceros franceses asalariados sirvieron de instrumento eficacísimo de sus conquistas; y aquella deserción fue al mismo tiempo muestra y causa del auge grandioso de los griegos. Construye escuadra, señorea el Helesponto, avasalla las islas de Lesbos y de Rodas, embiste a los venecianos en Candía, y va interceptando los escasos y endebles auxilios del Occidente. Allá el emperador latino por una sola vez envía su hueste contra Vatazes, y en aquel descalabro fenecen los caballeros veteranos, los últimos de los conquistadores primitivos. Mas la preponderancia de un advenedizo encarna menos en el ánimo apocadísimo de Roberto que el desacato de sus mismos súbditos latinos, quienes atropellan indistintamente al emperador y a su imperio, comprobándose el extremo de aquella anarquía con los quebrantos personales del paciente y el desenfreno de su tiempo. Mozo y enamoradizo, se retrae de su esposa griega, hija de Vataces, y hospeda en el palacio una linda noble de la familia de Artois, cuya madre, embelesada con los visos de la púrpura, había quebrantado su palabra anterior con un hidalgo de Borgoña, quien corre enfurecido, y con algunos amigos allana la morada imperial, arroja la madre al mar y corta bárbaramente la nariz y los labios a la consorte o manceba del emperador. Los barones, en vez de castigar al delincuente, abonan y aun celebran tamaño atentado, absolutamente irremisible por parte de Roberto, [847] tanto a fuer de príncipe como de particular. Huye de ciudad tan criminal, y acude a implorar la justicia y lástima del papa, quien tibiamente le encarga que se vuelva a su albergue; pero antes que pueda cumplir aquel mandato, se postra y fenece de sonrojo, quebranto y despecho. [848]

En aquella temporada caballeresca, el rumbo más expedito para encumbrarse un particular al solio de Jerusalén o de

Constantinopla era el de la valentía, y había a la sazón recaído el reino titular de Jerusalén por falta de varones en María, hija de Isabel y de Conrado de Monferrato y nieta de Almerico o Amaury. Se había enlazado con Juan de Briena, de alcurnia esclarecida en Champaña, a impulsos de la voz pública y el concepto de Felipe Augusto, quien lo calificó de primer prohombre en la Tierra Santa. [849] Acaudilló en la quinta cruzada hasta cien mil latinos para la conquista de Egipto, fue el triunfador en el sitio de Damieta, y el malogro posterior se achacó fundadamente a las ínfulas y codicia del legado. Tras el desposorio de su hija con Federico II, [850] cuya ingratitud le arrebató hasta el punto de encargarse del mando en el ejército de la Iglesia, y aunque entrado ya en edad y apeado del solio, la espada y el denuedo de Juan de Briena estaban siempre en el disparador, cuando se trataba de servir a la cristiandad. Balduino de Cortenay en los siete años del reinado de su hermano no había descollado sobre las estrecheces de su niñez, y los barones de Romanía acordaron poner el cetro en manos heroicas y de cabal desempeño. No se avendría el rey veterano de Jerusalén al nombre y cargo de regente, y así dispusieron el condecorarlo con el dictado y prerrogativas de emperador para toda su vida, con la condición única de que Balduino se enlazase con su hija segunda, y les diera acceso después en edad madura al solio de Constantinopla. Enardeciose la expectativa de los griegos y latinos con la nombradía, la elección y la presencia de Juan de Briena, se empaparon en su traza marcial y su briosa lozanía a los ochenta años con aquella estatura agigantada en que sobresalía a los demás hombres. [851] Mas parece que la codicia y el anhelo de comodidades resfrió sus ímpetus guerreros, sus tropas se fueron dispersando, y mediaron dos años de abandono y afrenta, hasta que se desperezó con la alianza muy azarosa de

Vataces, emperador de Niza, y Azan, rey de Bulgaria. Sitian entrambos a Constantinopla por mar y por tierra con una hueste de cien mil hombres y una armada de trescientas naves de guerra, contra la escasilla fuerza del emperador latino, reducida a ciento sesenta caballeros, y el corto aditamento de sus sargentos y flecheros. Me estremezco al referir cómo, en vez de resguardar la ciudad, hace el héroe una salida capitaneando su caballería, y que de los cuarenta y ocho escuadrones enemigos tan sólo se salvan tres del filo de su espada. Inflama el ejemplar a la infantería y el vecindario, asaltan los bajeles anclados junto a la muralla y se traen hasta veinticinco en triunfo a la bahía de Constantinopla. Convoca el emperador vasallos y aliados y acuden a la defensa, despejando su llegada contra todo género de tropiezos, y al año siguiente alcanza otra victoria contra los mismos enemigos. Los tosquísimos poetas de aquel siglo andan parangonando a Juan de Briena con Héctor, Rolando y Judas Macabeo, [852] mas callan los griegos y aguan algún tanto con su silencio tan peregrinos esplendores. Carece luego el Imperio de su campeón postrero, y el monarca moribundo se muestra ansioso de volar al paraíso con el hábito franciscano. [853]

En el estruendo de tales victorias no asoma ni hazaña ni aun el nombre del alumno Balduino, ya en edad de ir guerreando, aunque sucede luego en la dignidad imperial a su padre adoptivo. [854] Dedícase el príncipe mozo a otro desempeño más genial visitando las cortes occidentales, con especialidad las del papa y del rey de Francia, para irlos moviendo a compasión con su inocencia y desamparo, y lograr así auxilio de gente y dinero para remediar al imperio agonizante. Acude hasta tercera vez pordioseando socorros y dilatando siempre sus visitas sin el menor afán de regreso, consumiendo fuera de casa la mayor parte de sus ciento cuatro años de reinado, conceptuándose el

emperador más en salvo por dondequiera que en su misma patria y capital, su vanagloria se engreía en ciertas publicidades con el dictado de Augusto y los relumbros de la púrpura, y en el concilio general de León, cuando Federico II quedó excomulgado y depuesto, apareció su pareja oriental entronizada a la derecha del papa. ¡Pero cuántas y cuántas veces el desterrado, el errante, el mendigo imperial estuvo abatido con menosprecios, insultado a fuerza de lástimas y ajado para su propia vista y la de naciones enteras! Al asomar en Inglaterra, lo atajan en Duvre con mil vituperios, por propasarse a entrar en un reino independiente sin el debido permiso. Sin embargo, tras alguna demora, se le franquea el camino, lo agasajan con tibia cortesía, y por fin se marcha Balduino con un regalo de setecientos marcos. [855] Roma, siempre avarienta, le otorga únicamente una proclama de nueva cruzada y un gran tesoro de indulgencias, género de moneda que con tan redoblado y excesivo abuso había desmerecido infinitamente. Recomendábanlo su nacimiento y desventuras a la generosidad de su primo Luis IX; pero el afán belicoso de aquel santo lo retrajo de Constantinopla por el Egipto y la Palestina, y socorrió sus escaseces públicas y privadas Balduino enajenando el marquesado de Namur y el señorío de Curtenay, restos de su herencia para una temporada. [856] Con arbitrios tan vergonzosos y arruinadores regresa a Romanía con una hueste de treinta mil soldados, que para los griegos ascendían a número duplicado. Participa desde luego a Francia e Inglaterra grandes victorias y mayores esperanzas; va ciñendo el país en torno de la capital a la distancia de tres jornadas; y si allana una ciudad populosa y anónima (probablemente Chiorli), queda expedita la raya y el tránsito seguro. Pero la grandiosa expectativa voló como un sueño: las tropas y tesoros de Francia se desvanecieron en sus

manos torpísimas, y el solio del emperador latino viene a escudarse con la alianza afrentosa de turcos y comanos. Para afianzar los primeros, entrega su sobrina al incrédulo sultán de Cogni, y para agradar a los otros tiene que avenirse a los ritos paganos, sacrificando un perro entre los dos ejércitos, y las partes contratantes paladearon mutuamente su sangre por prenda de lealtad. [857] En el palacio o cárcel de Constantinopla el sucesor de Augusto va demoliendo el caserío vacante para leña en el invierno, y desemplomando las iglesias para el mantenimiento diario de su familia. Estafa algunos derechos, escasos pero usurarios, a los mercaderes italianos, y su hijo Felipe queda por prenda en Venecia, como heredero, por fianza de la deuda. [858] La sed, el hambre y la desnudez son padecimientos positivos; pero la riqueza es relativa, y un príncipe que sería acaudalado en clase privada vivirá martirizado por sus escaseces a fuer de pordiosero.

Pero aun en medio de tan rastrero desamparo, estaban todavía el emperador y el imperio atesorando una preciosidad que cifraba su soñado valor en la superstición del mundo cristiano. Iba desmereciendo algún tanto la verdadera cruz con sus incesantes cercenamientos, y su larguísimo cautiverio entre infieles hacía maliciar contra las partecillas que corrían por levante y poniente. Mas conservábase en la capilla imperial de Constantinopla otra reliquia de la pasión y no menos preciosa y auténtica, a saber la corona de espinas colocada en la cabeza de Jesucristo. Practicaron en lo antiguo los egipcios el depositar los deudores, por prenda, las momias de sus antepasados; y así el pundonor y la religión quedaban comprometidos para el rescate de la fianza. De la misma suerte, y en ausencia del emperador, se empeñaron en el empréstito de trece mil ciento treinta y cuatro piezas de oro [859] sobre la corona sacrosanta, faltaron al

cumplimiento del contrato, y un veneciano admirado, Nicolás Querini, tomó a su cargo el reintegro a los ansiosos acreedores, con el pacto de vincular aquella reliquia en Venecia, y construirla con nuevo realce propiedad absoluta, si no se acudía a redimirla en cierto plazo breve y terminante. Participan los barones a su soberano el convenio violento y el malogro inminente, y como el Imperio se halla imposibilitado de aprontar el rescate de treinta y cinco mil duros, Balduino, anhelando arrebatar a los venecianos tamaña preciosidad, trata de colocarla en predicamento más productivo a disposición del rey cristianísimo. [860] Pero se atraviesan tropiezos, pues el santo timorato no quisiera con aquello incurrir en el delito de simonía; pero si volviera la expresión, debería pagar bajo otro concepto la deuda, admitir aquel don y reconocer su compromiso. Sus embajadores, dos dominicos, pasan a Venecia y redimen y entregan la santa corona, libre ya de los peligros del mar y de las galeras de Vataces. Abren la caja de madera, reconocen los sellos del dogo y de los barones sobre el sagrario de plata, cuyo interior atesora el monumento de la Pasión en una vasija de oro. Los venecianos se allanan a su pesar a la equidad y a la prepotencia; franquea el emperador Federico tránsito expedito y honorífico; adelántase la corte de Francia hasta Troyes en Champaña, para tributar devotamente su obsequio a reliquia tan imponderable; el mismo rey, descalzo y en camisa, la lleva triunfalmente por todo París, y con un agasajo de mil marcos de plata desacongoja a Balduino de su malogro. Con las alas de aquel contrato ventajoso y a impulsos de la misma generosidad, brinda el emperador latino con todo el ajuar de su capilla, [861] una astilla grandiosa y auténtica de la verdadera cruz, el babador del Hijo de Dios, la lanza, la esponja y la cadena de su Pasión; la varilla de Moisés y parte del cráneo

de san Juan Bautista. Costó a san Luis aquel tesoro espiritual veinte mil marcos, con suntuosísima fundación en la santa capilla de París, a la cual logró la musa de Boileau proporcionar una inmortalidad burlesca. La certeza de reliquias allá tan lejanas no cabe comprobarse con testimonios humanos; pero se hace muy obvia para los creyentes de cuantos milagros siguen obrando. A mediados del siglo anterior, una úlcera maligna se curó con el toque de una gotilla de aceite de la santa corona, [862] como lo atestiguan los cristianos más religiosos e ilustrados de Francia, y no cabe descreer desde luego del hecho, a menos de vivir pertrechado con el antídoto general de la incredulidad. [863]

Los latinos de Constantinopla se hallan por dondequiera acorralados y comprimidos, [864] cifrando su esperanza única, la demora de su postrer exterminio, en la desavenencia de los griegos y búlgaros, al par sus enemigos, y aun fracasó aquella esperanza con el poderío y maestría preponderante de Vataces, emperador de Niza. Prospera pacíficamente en su reinado el Asia desde la Propóntida hasta la costa peñascosa de Pamfilia, y el paradero de todas las campañas es el medrar siempre su influjo en Europa. Rescata de los búlgaros las ciudades fuertes de las serranías de Tracia y Macedonia, reduciendo su reino a los linderos actuales y debidos, por las orillas meridionales del Danubio. El emperador de los romanos únicamente se destempla porque un señor del Epiro, un príncipe Comnenio del Occidente, intente alternar con él en los timbres de la púrpura, y el humildillo Demetrio trueca el matiz de sus borceguíes y admite agradecidamente el dictado de déspota. Sus mismos súbditos se exasperan con tanta postración y torpeza, e imploran el amparo de su soberano supremo. Tras alguna resistencia, se incorpora el reino de Tesalónica con el imperio de Niza, y reina Vataces sin competidor desde el confín turco hasta

el golfo Adriático. Reverencian los príncipes de Europa su poderío y desempeño, y con tal que se allanara al credo legítimo, el papa desamparaba desde luego el solio latino de Constantinopla: pero el fallecimiento de Vataces, el breve y afanoso reinado de Teodoro, su hijo, y la niñez desvalida de su nieto Juan siguen dilatando el restablecimiento de los griegos. Me cabrá el ir historiando sus revueltas caseras en el capítulo siguiente, apuntando desde ahora que su ayo y compañero Miguel Paleólogo descolló con los desbarros y los aciertos propios de un fundador de nueva dinastía (diciembre de 1259 d. C.). Lisonjeose el emperador Balduino con el recobro de ciudades y provincias enteras por medio de una negociación tan ineficaz, que despidieron de Niza a sus embajadores con escarnio y menosprecio, pues a cada paraje que iban nombrando acudía Paleólogo con alguna razón para imposibilitar su reintegro; en el uno por haber nacido allí; en el otro por haber tenido el primer ascenso en la milicia, y luego por esperanzar allí el recreo peregrino de la casa. «¿Y qué es lo que tratáis de darnos por nuestra parte?», dice a los embajadores atónitos. «Nada —replican los griegos—, ni un palmo de terreno». «Pues si vuestro amo —insiste Paleólogo—, apetece la paz, tiene que pagarme, por vía de tributo anual cuanto le rinde el comercio con sus derechos en Constantinopla. Bajo este concepto, que reine muy enhorabuena. Si se desentiende, la guerra al punto, pues no me tengo en ella por bisoño, y confío para el éxito en Dios y en mi espada». [865] Sale una expedición contra el déspota del Epiro, median una victoria y un descalabro, y si el linaje de Comnenos y Ángelos sigue contrarrestando por aquellas serranías a sus conatos hasta después de su reinado, el cautiverio de Villeharduino, príncipe de Acaya, defrauda a los latinos del vasallo más activo y poderoso de la monarquía agonizante.

Batallan las repúblicas de Venecia y Génova, en su primera guerra naval por el señorío del mar y del comercio de levante. El engreimiento y el interés comprometen a los venecianos en la defensa de Constantinopla; sus competidores acuden a promover los intentos de todo enemigo, y la alianza de los genoveses con el vencedor cismático encendió las iras de la Iglesia latina. [866]

Clavado Miguel como emperador en su objeto capital, va visitando personalmente, robusteciendo sus tropas y fortificaciones de Tracia, y luego arrollando de sus últimas posesiones a los latinos. Hasta se empeña en asaltar aunque sin éxito el arrabal de Gálata y trae comunicaciones alevosas con un barón, que en el trance no se arroja, o no puede, a la entrega de la metrópoli (1261 d. C.). Al asomo de la primavera, su caudillo predilecto, Alexio Guategópulo, a quien condecora con el dictado de César, atraviesa el Helesponto con ochocientos caballos y alguna infantería, [867] para una expedición reservada. Le encargan sus instrucciones que se acerque, escuche y registre, y no aventure intentos arriesgados contra la ciudad. El territorio que media entre la Propóntida y el Mar Negro está poblado por una ralea de campesinos esforzados, y luego de vagos, prácticos en las armas, insubsistentes en su homenaje; pero propensos, por el idioma, religión y ventajas actuales, a los griegos. Titulábanse *voluntarios*; [868] y con su servicio libre el ejército de Alexio, las milicias de Tracia y los auxiliares comanos [869] se aumentaron hasta el número de veinticinco mil hombres. Con el denuedo de los voluntarios y su propia ambición se arroja él a desobedecer las órdenes terminantes de su amo, confiado en que sus logros abogarán por su indulto, y aun su galardón. Harto enterados están los voluntarios de lo indefenso de Constantinopla y del pavor y conflicto de los latinos, y aclaman

el trance como oportunísimo para el intento. Un mozo temerario, gobernador nuevo de la colonia veneciana, había dado la vela con treinta galeras, y la flor de los caballeros franceses, para una expedición disparatada sobre Dafnusia, pueblo del Mar Negro a cuarenta leguas, y los demás yacían desvalidos y sin zozobra. Saben que Alexio atravesó el Helesponto, pero se desvanece aquel primer susto recapacitando la cortedad del número primitivo; sin estar alerta sobre el aumento sucesivo de su hueste. Con dejar las fuerzas principales de retén para acudir luego a la urgencia logra adelantarse a hurtadillas y a deshora con la guerrilla selecta. Arriman unos sus escalas a la parte más accesible de la muralla, cuentan sobre seguro con un griego anciano que ha de introducir a los demás por un subterráneo que desemboca en su casa, pueden desde luego franquear tránsito por el interior en la puerta de oro, cerrada hace tiempo, y entonces señorear ya el corazón de la ciudad, antes que los latinos echen de ver su peligro. Median razones, y por fin él se pone en manos de los voluntarios; éstos se muestran leales, osados y certeros, y al ir particularizando su plan, quedan ya referidos la ejecución y su logro. [870] Mas no bien Alexio atraviesa el umbral de la puerta dorada, cuando se para trémulo y está deliberando hasta que los voluntarios con su ímpetu lo arrollan para dentro, hechos cargo de que el trance más expuesto se cifra en la retirada. Mantiene él su tropa escuadronada; pero los comanos se dispersan a diestra y siniestra; suena luego el rebato, y con las amenazas del fuego y el saqueo precisan el vecindario a formalizar su contrarresto. Los griegos de Constantinopla recuerdan a sus soberanos solariegos; los genoveses, su alianza reciente y la enemistad de los venecianos; ármanse los barrios, y retumba por los aires la aclamación general de: «Vivan y reinen por siempre Miguel y

Juan, emperadores augustos de los romanos». Despierta su contrario Balduino con el estruendo; pero ni en trance tan ejecutivo desenvaina la espada para defender la ciudad, que viene a desamparar, quizás con más complacencia que pesadumbre; huye del palacio a la playa, desde donde divisa las velas halagüeñas de la escuadra que vuelve de su necia e infructuosa tentativa contra Dafnusia. Queda irreparablemente perdida Constantinopla; pero el emperador latino y las familias principales se embarcan en las galeras venecianas que surcan la vuelta de la Eubea; y luego para Italia, donde el papa y el rey de Sicilia agasajan al fugitivo regio con muestras de lástima y de menosprecio. Vive todavía trece años después de la pérdida de Constantinopla, en pos siempre de las potencias católicas, para empeñarlas en su restablecimiento; está aleccionado desde su mocedad, sin que su destino último fuese más desamparado y vergonzoso que las tres peregrinaciones anteriores por las cortes de Europa. Hereda su hijo Felipe un imperio ideal, y las pretensiones de su hija Catalina, casada con Carlos de Valois, hermano de Felipe el Hermoso, van de resultas a parar a la casa de Francia. La línea femenina de la casa de Curtenay contrajo varios enlaces, sonando siempre el dictado de emperador, hasta que comedidamente yació en descanso y olvido. [871]

Historiadas quedan las expediciones de los latinos a Palestina y Constantinopla, y ahora no puedo menos de hacer algún alto de las resultas que cupieron así al país de las operaciones como al de sus varios agentes. [872] Retiradas por fin las armas de los francos, no dejaron la menor mella, aunque sí algún recuerdo, por aquellos reinos mahometanos de Egipto y de Siria. Ni aun soñaron los discípulos fieles del Profeta en estudiar profanamente las leyes o idiomas de unos idólatras, sin que su sencillez de costumbres padeciese alteración alguna con

el roce, en paz o en guerra, con los desconocidos advenedizos del Occidente. Los griegos, aun vanidosamente engreídos, se mostraron más avenibles. En sus conatos por el recobro del Imperio, fueron compitiendo en valor, disciplina y táctica con sus acometedores. Con menosprecio debían mirar la literatura moderna de los occidentales, pero aquel afán de independencia no pudo menos de imbuirlos en los derechos naturales del hombre; y así fueron prohijando algunas instituciones públicas y privadas de los franceses. Cundía la lengua latina con la correspondencia de Constantinopla con Italia, y llegaron a traducir varios autores clásicos o devotos en su idioma; [873] pero la persecución enardeció más y más las preocupaciones nacionales y religiosas de los orientales, y el reinado de los latinos enganchó todavía el mutuo desvío de entrambas iglesias.

Al parangonar, en tiempo de las cruzadas, los latinos de Europa con los griegos y más los árabes, sus grados respectivos de ciencias y artes y aun industria dejan muy en zaga a nuestros tosquísimos antepasados, quienes tienen que contentarse con el tercer grado en la escala de las naciones. Sus adelantos posteriores e innegable superioridad se cifran en la pujanza de su índole y temple, y en el afán eficaz e incesante, hasta ahora desconocido a sus competidores, que a la sazón se hallaban estancados y aun iban cejando en su carrera. Con tales arranques, no podían menos los latinos de beneficiar esencialmente un cúmulo de acontecimientos que les aparataban en perspectiva el orbe entero, y entablaron aquella comunicación dilatada, aquel roce perpetuo con las regiones ya cultas del Oriente. El adelanto más obvio descolló luego en comercio y manufacturas, en las artes que traen de la mano ya la sed de los haberes, las urgencias imprescindibles, la sensualidad y la vanagloria. En aquel remolino de fanáticos sandios, tal cual

cautivo o peregrino haría alto en la cultura del Cairo y de Constantinopla, el primer introductor de un molino de viento [874] fue un bienhechor de la humanidad, y tales bienes se disfrutan sin gratos recuerdos, acude la historia a mencionar los renglones más lujosos de seda y azúcar, venidos del Egipto y la Grecia a los puertos de Italia. Pero el atraso latino en la instrucción se fue pausadamente desperezando, pues el afán envidioso de Europa brotó de causas muy diversas y de sucesos más recientes, pues allí en el siglo de las cruzadas se miraron con yerta indiferencia las literaturas griega y arábiga. Caben algunos rudimentos, matemáticos o médicos meramente prácticos o figurados; puede también la necesidad proporcionar algún intérprete para los quehaceres materiales del traficante o de la soldadesca; mas con el comercio de levante no cundió por las escuelas de Europa el conocimiento de los idiomas. [875] Si el idéntico móvil de la religión rechazó el habla del *Alcorán*, parece que debía inclinarlos a curiosear el texto original de los Evangelios, y la misma gramática les desentrañara las sublimidades de Platón y los primores de Homero. Pero en una temporada de sesenta años, siguieron los latinos de Constantinopla menospreciando la lengua y literatura de los súbditos, quedándoles tan sólo a sus anchuras y a salvo el tesoro de sus manuscritos. Era en verdad Aristóteles el oráculo de las universidades occidentales, pero un Aristóteles barbarísimo, y en vez de trepar al acendrado manantial, sus enamorados latinos prohijaron rendidamente una versión estragada y lejana de los judíos y moriscos de Andalucía. El móvil de las cruzadas era un fanatismo bravío, y su resultado de más entidad se hermanaba con su arranque. El afán de todo peregrino se cifraba en cargar para su casa con despojos sagrados, con reliquias de Grecia y de Palestina, [876] y cada una de ellas andaba brotando visiones y

milagros. Estragose la creencia católica con leyendas extrañas, con supersticiones nuevas; y el establecimiento de la Inquisición, los monjes y órdenes mendicantes, el rematado abuso de las indulgencias y el extremado progreso de la idolatría, todo fue dimanando de la fuente envenenada de la Guerra Santa. La índole eficaz de los latinos se ceba en lo íntimo de su racionalidad y sus creencias; y si los siglos IX y X sobresalieron en lobreguez, el XIII y el XIV fueron los de la fábula y el desvarío.

Con el cristianismo y el cultivo de un territorio pingüe, los conquistadores septentrionales del Imperio Romano se fueron embebiendo imperceptiblemente con los naturales, y revivieron e inflamaron en su rescoldo las artes de la antigüedad. Plantearon y aun vinieron a perfeccionar sus establecimientos en tiempo de Carlomagno, cuando yacieron como soterrados bajo el enjambre de nuevos invasores, a saber: los normandos, sarracenos [877] y húngaros, que reempozaron los países occidentales de Europa en el estado anterior de anarquía y de barbarie. Por el siglo XI había abonanzado la segunda tormenta con el arrojo o la conversión de los enemigos del cristianismo; la oleada de civilización que había cejado allí con su reflujo volvió a seguir con redoblada carrera su rumbo; rayando ya vistosa perspectiva ante las esperanzas y conatos de la generación nueva. Creció en verdad y descolló en los dos siglos de cruzadas, y no faltan filósofos aclamadores del influjo propicio de la Guerra Santa, que conceptúo atrasadora, más bien que fomentadora, de la civilización europea, [878] sepultando en los ámbitos del Oriente las vidas y afanes de millones de millones que probablemente mejoraran sus respectivas patrias; con el caudal de industria y haberes florecieran la navegación y el comercio, y los latinos se enriquecieran e ilustraran en una correspondencia inocente y amistosa con los naturales de levante. Por una parte

estoy viendo el resultado obvio de los cruzados aherrojados a su propio suelo, sin libertad, ni haberes, ni conocimientos, y los dos brazos, eclesiástico y noble, cuyo número era desproporcionado a la población, eran los únicos acreedores al dictado de ciudadanos y de hombres. Las arterías del clero y las espadas de los barones afianzaban tan opresivo sistema. En siglos más lóbregos, sirvió la autoridad del sacerdote como antídoto saludable; precavieron el exterminio total de las letras, amansó la fiereza de los tiempos, escudó al desvalido e indefenso, y conservó y revivió la paz y el orden en la sociedad civil. Pero la independencia, la rapiña y la discordia de los magnates feudales no se acompañaban con el menor asomo de bienestar, y aquella mole toda de hierro de la aristocracia anonadaba hasta la esperanza de todo género de mejora. Entre los volcadores del edificio gótico sobresalen los cruzados, desplomándose las baronías y feneciendo sus alcurnias en aquellas expediciones azarosas y costosísimas. Sus ínfulas menesterosas tenían que amainar franqueando cartas pueblas y estrellando los grillos de la servidumbre; y afianzando así la granja al campesino y el taller al artesano, y devolviendo más y más alma y sustancia a la mayor porción del vecindario. Incendiáronse allá selvas y cayeron en cenizas árboles agigantados; despejose el suelo y brotaron plantas menores pero utilísimas en el suelo fertilizado.

DIGRESIÓN SOBRE LA ALCURNIA DE CURTENAY

La púrpura de los tres emperadores que reinaron en Constantinopla me escuda o me disculpa por mi digresión sobre el origen y trances peregrinos de la familia de Curtenay, [879] en sus tres ramas principales: I. de Edesa; II. de Francia; III. de Inglaterra; sobreviviendo tan sólo la última el espacio de ochocientos años.

I. Antes de asomar el comercio, derramador de riquezas y de

conocimientos despejadores de vulgaridades, la prerrogativa de la cuna es la más entrañable y más esclarecida. En todos tiempos las costumbres de los alemanes deslindaron por ápices las jerarquías en la sociedad: los duques y condes que terciaron en el imperio de Carlomagno arraigaron sus cargos en herencia, dejando todos señor feudal a sus hijos, sus timbres y su espada. Las alcurnias más altaneras quedan pegadas con empozar el tronco de sus linajes en la lobreguez de la Edad Media, pues por más corpulento y empinado que fuese, tiene al cabo que brotar de un arranque plebeyo; y sus lingüistas han de zanjar sus intentos a los diez siglos de la era cristiana para hacer hincapié en la sucesión seguida y testimoniada de apellidos, armas y memorias auténticas. A los primeros vislumbres asoma [880] la nobleza y opulencia de Aton, caballero francés; la hidalguía en la elevación y dictado de un padre anónimo; sus haberes en la fundación del castillo de Curtenay en el distrito de Gatinois, cerca de veinte leguas al mediodía de París. Desde el reinado de Roberto, hijo de Hugo Capeto, los barones de Curtenay descuellan entre los vasallos más cercanos a la corona; y Joselino, nieto de Aton y una señora noble, asoma alistado entre los héroes de la primera cruzada. Un entronque casero (hermanas eran las madres) lo comprometieron en la bandera de Balduino de Brujas, conde segundo de Edesa: un feudo de príncipe, al que se hizo acreedor y conservador certero, manifiesta sus muchos y belicosos secuaces, y tras la partida del primo, quedó el mismo Joselino revestido con el condado de Edesa, por ambas orillas del Éufrates. Con su economía en la paz, súbditos latinos y sirios se le avecindaron a miles en sus territorios; sus almacenes rebosaban de trigo, vino y aceite, y sus castillos, de oro, plata, armas y caballos. En una Guerra Santa de treinta años, fue alternativamente vencedor y cautivo, pero murió al fin como

guerrero en una litera de caballo capitaneando sus tropas, y en su postrera mirada logró ver la huida de los turcos invasores, envalentonados con su edad y sus dolencias. Su hijo y sucesor del mismo nombre, más denodado que advertido, solía olvidar que todo señorío se granjea y se conserva con las mismas artes. Reta a los turcos sin el arrimo del príncipe de Antioquía, y en medio de la paz lujosa de Turbesel en Siria [881] desatendió Joselino el resguardo de la frontera cristiana allende el Éufrates. Durante su ausencia, Zenghi, el primero de los Atabeques, sitió y asaltó a la capital Edesa, mal defendida por un tropel cobarde y desleal de orientales; intentaron los francos recobrarla, mas quedaron arrollados en su denuedo, y Curtenay feneció en las cárceles de Alepo. Dejó todavía patrimonio grandioso y pingüe; pero los turcos más y más victoriosos dieron al través con la viuda y el huerfanillo, y por una pensión a título de equivalente traspasaron al emperador griego el encargo de resguardar y el baldón de perder las reliquias postreras de la conquista latina. La condesa viuda de Edesa se retiró a Jerusalén con sus dos niñas; la hija, Inés, vino a ser esposa y madre de rey; el hijo, Joselino III, admitió el cargo de general, el primero del reino, y obtuvo en Palestina nuevos estados, mediante el servicio de cincuenta caballeros. Asoma honoríficamente su nombre en todos los contratos de paz o guerra, y desaparece con el vuelco de Jerusalén, perdiéndose el apellido de Curtenay en los enlaces de dos hijas con barones, uno alemán y otro francés. [882]

II. Reinando Joselino allende el Éufrates, el primogénito Milon, el nieto de Aton, siguió poseyendo junto al Sena el castillo de sus padres heredado al fin por Reinaldo, el menor de los tres hijos. Ni el numen ni el arrojo suelen descollar en las familias antiguas; y allí en lo muy antiguo se tropieza con rapiñas y tropelías, para las cuales, sin embargo, se requiere

sumo denuedo y, ante todo, poderío. Se sonrojará un descendiente de Reinaldo de Curtenay con los salteamientos y arrestos de traficantes, hasta que pagasen los portazgos en Sens y en Orleans. Blasonara de la demasía, puesto que el osado y descomedido nunca se avino a la restitución, hasta que el regente, conde de Champaña, dispuso el capitanear contra él todo un ejército. [883] Otorgó Reinaldo sus estados en la hija, y ésta en el hijo séptimo del rey Luis el Grueso, resultando de aquel enlace crecida descendencia. Correspondía que un particular se encumbrase con el nombre real, y que la prole de Pedro Curtenay terciase en los timbres con los mismos príncipes de la sangre; pero aquel derecho tan legítimo quedó desatendido, y luego formalmente denegado; embebiendo las causas de aquella mengua la historia de la segunda rama. 1. De todas las alcurnias existentes, la más antigua y esclarecida es indudablemente la de Francia, que estuvo ocupando el mismo solio por ocho siglos, y va descendiendo por línea varonil y despejada desde el siglo IX, [884] acatándose en gran manera por levante y poniente desde el tiempo de las cruzadas; desde el reinado de Hugo Capeto hasta el enlace de Pedro de Curtenay tan sólo habían mediado cinco reinados o generaciones, y era tan deleznable su título, que se conceptuó cautela imprescindible el coronar desde luego el primogénito en vida del padre. Los pares de Francia han estado allá sosteniendo su precedencia sobre las ramas menores de la alcurnia real, ni los príncipes de la sangre en el siglo XII se habían granjeado el esplendor hereditario que trasciende ahora hasta los candidatos más lejanos de la sucesión regia. 2. Engreíanse sobremanera los barones de Curtenay y estarían en gran realce, cuando afianzaron la precisión al hijo de un rey, de prohijar para sí y para sus descendientes el apellido y las armas de su hija y su

esposa. Solíase requerir aquel trueque y en cambio otorgarlo en el enlace de una heredera inferior o igual; pero siguiendo en desviarse de la cepa real, los hijos de Luis el Grueso vinieron imperceptiblemente a equivocarse con los antepasados maternos, y los nuevos Curtenays merecerían caducar en los blasones de su cuna, que desatendían allá por móviles interesados. Era mucho más permanente la afrenta que el realce, y tras la llamarada de un relámpago sobrevenía una lobreguez duradera. El primogénito de aquel desposorio, Pedro de Curtenay, se había enlazado, como llevo dicho, con una hermana de los condes de Flandes, los dos primeros emperadores de Constantinopla: aceptó temerariamente el brindis de los barones de Romanía; sus dos hijos Roberto y Balduino, fueron sucesivamente sustentando y perdiendo los restos del Imperio latino en Oriente, y la nieta de Balduino II volvió a mezclar su sangre con la de Francia y la de Valois. Para acudir a los gastos de un reinado revuelto y transeúnte, empeñaron o vendieron sus estados solariegos, y los postreros emperadores de Constantinopla tuvieron que depender casi únicamente de las limosnas de Roma y Nápoles.

Mientras los hermanos mayores andaban consumiendo sus haberes en aventuras anoveladas, y el castillo de Curtenay yacía profanado por un dueño plebeyo, las ramas menores de aquel nombre adoptivo fueron cundiendo sobremanera. Escaseces y años nublaron su brillantez, pues al fallecimiento de Roberto, gran botillero de Francia, menguaron de príncipes a barones; luego se adocenaron con la mera hidalguía, pues no asomaban como descendientes de Hugo Capeto los señores campesinos de Tanlay y de Champiñoles. El valentón se alistó en la soldadesca sin mengua, y el más apocado vino a parar, como sus primos de la rama de Dreux, en mero labrador. Sus entronques regios,

mediando cuatro siglos, quedaron anochecidos y aun ignorados, y su linaje, en vez de abultar en los anales del reino, tiene que irse desenmarañando con el esmerado ahínco y escrupulosidad de los heraldos y genealogistas. Por fin en el siglo XVI descollaron con una familia tan lejana como la suya las ínfulas aprincesadas de Curtenay, y un pleito de hidalguía les proporcionó el sacar a luz su alcurnia regia. Acudieron a la conmiseración justiciera de Enrique IV; lograron un dictamen favorable de veinte letrados de Italia y Alemania, parangonándose llanamente con los descendientes del rey David, cuyas regalías no desmerecieron con los siglos ni con el ejercicio de carpinteros. [885] Ensordecieron todos, y se cruzaron mil tropiezos contra su solicitud legal, pues los reyes Borbones se sinceraban con el desvío de los Valois; los príncipes de la sangre, más modernos y encumbrados, orillaron todo enlace con parentela tan arrinconada; el Parlamento, sin desentenderse de sus pruebas, ladeó un ejemplar tan azaroso con distinciones arbitrarias, y proclamaron a san Luis por padre de la línea regia. [886] No tuvieron cabida quejas ni protestas repetidas, y el pleito ya desahuciado cesó en este siglo último con el fallecimiento del postrero varón de la alcurnia. [887] Engreída con sus prendas se estuvo consolando de su situación apurada; jamás se allanó a tentaciones de caudal y engrandecimiento, y un Curtenay moribundo sacrificara a su propio hijo, si por ventura intereses temporales pudieran moverlo a ceder el dictado de príncipe legítimo de la sangre de Francia. [888]

III. Según los registros de la Abadía de Ford, los Curtenay de la provincia de Devon descendían del príncipe *Flaro*, hijo segundo de Pedro y nieto de Luis el Grueso. [889] Nuestros anticuarios Campdeu [890] y Dugdale [891] acataron demasiado esta fábula de los monjes agradecidos o venales; pero es

clarísimamente incompatible con la verdad y las fechas, tanto que las ínfulas fundadísimas de la familia se desentienden de tal fundador. Los historiadores más fidedignos opinan que Reinaldo de Cortenay, después de dar su hija al hijo del rey, desamparó sus posesiones de Francia, y mereció al monarca inglés segunda consorte y nueva herencia. Consta, por lo menos, que Enrique II siempre distinguió en sus reales y en sus consejos *un* Reinaldo, del nombre, armas y, como se deja conceptuar, de la alcurnia castiza de los Curtenay de Francia. El derecho de tutoría habilitaba a un magnate feudal a galardonar a su vasallo con el desposorio y señorío de una heredera esclarecida, y Reinaldo de Curtenay se granjeó un establecimiento grandioso en Devonshire, donde su posteridad ha estado residiendo por más de seis siglos. [892] Balduino de Brionis, barón normando, revestido de tal por el conquistador, proporcionó a Hawisa, esposa de Reinaldo, el timbre de Okehampton, obtenido con la servidumbre de noventa y tres caballeros, y hasta las hembras estaban habilitadas para los cargos varoniles de vizcondes hereditarios o cherifes y de capitanes del castillo real de Exeter. Su hijo Roberto se desposó con la hermana del conde de Devon; y al cabo de un siglo, feneciendo la alcurnia de Rivers, [893] su bisnieto Hugo II lo sucedió en el título, conceptuado siempre de dignidad territorial, y hasta doce condes de Devonshire, con el apellido de Curtenay, han seguido floreciendo por espacio de doscientos veinte años. Descollaban entre los primeros barones del reino, y aun compitieron en una contienda con el feudo del conde de Arundel, que es el asiento preeminente en el Parlamento de Inglaterra. Enlazáronse con las alcurnias más encumbradas, como los de Veres, Despenser, san Juan, Talbot, Bohun y aun los mismos Plantajenet; y en una competencia con Juan de Lancaster, un Curtenay, obispo de Londres y luego

arzobispo de Canterbury, adoleció de ensanches harto profanos en cuanto al número y pujanza de su parentela. En tiempo de paz los condes de Devon solían vivir encastillados o por sus quinterías de occidente; aplicaban sus cuantiosas rentas a la devoción y la hospitalidad; y el epitafio de Eduardo, apellidado por su desventura el *ciego*, y por sus virtudes el *bondadoso* conde, embebe con agudeza una sentencia moral, que pudiera no obstante inducir a generosidad descompasada. Tras el recuerdo grato de los cincuenta años de dichoso enlace con su esposa Mabel, habla así el honrado conde desde su túmulo:

Lo dado aún dura,

Lo gastado se tuvo,

Lo dejado se malogró. [894]

Pero sus malogros, bajo este concepto, sobrepujaron con mucho a sus dones o desembolsos, y atendieron tan esmeradamente a sus herederos como a los menesterosos. Las sumas que expendieron en agasajos y tomas de posesión acreditan sus ínfimas fincas, y largos estados han seguido arraigados en su familia desde los siglos XIII y XIV. En la guerra los Curtenay ingleses desempeñaron los cargos y merecieron los timbres de la caballería. Se les solía confiar el alistamiento y mando de la milicia de Devonshire y Cornualles, como solían también acompañar al caudillo supremo hasta el confín de Escocia, y en cuanto al servicio extranjero, mantenían a veces con el estipendio convenido ochenta hombres de armas y otros tantos flecheros. Pelearon en mar y tierra bajo las banderas de Eduardos y Enriques; abultan sus nombres en batallas, torneos, y en las listas originales de la Orden de la Charretera; y hasta tres hermanos terciaron en la historia española del Príncipe Negro; y al fin en seis generaciones los Curtenay ingleses han venido a menospreciar la nación de su país solariego. En la

competencia de las dos rosas, los condes de Devon adictos a la casa de Lancaster perdieron tres hermanos ya en la refriega ya en el cadalso. Devolvioles honores y estados Enrique VII: una hija de Eduardo IV no desmereció por enlazarse con un Curtenay; su hijo, nombrado luego marqués de Exeter, estuvo en privanza con su primo Enrique VIII y en el palenque del Paño de Oro quebró una lanza contra el rey de Francia. Pero todo favor de Enrique era un floreo para la desventura y luego para la muerte, y descuella entre las víctimas esclarecidas e inocentes de aquel tirano celoso el marqués de Exeter. Su hijo Eduardo vivió preso en la Torre, y murió desterrado en Padua, y el cariño encubierto de la niña María, a quien desamaba, derramó cierto viso anovelado en la historia de aquel hermoso mancebo. Los residuos de su patrimonio fueron parando en familias extrañas con los enlaces de sus cuatro tías; y los timbres personales, si tal vez fracasaron, revivieron con las patentes de otros príncipes. Había aún allá un descendiente en línea recta de Hugo, conde de Devon, rama menor de Curtenay, avecindados en el castillo de Poudernham por más de cuatro siglos, desde el reinado de Eduardo III hasta ahora. Medraron sus estados con las fincas de Irlanda, y quedan ya restablecidos en el timbre. Siguen los Curtenay con el mote lloroso sobre la inocencia de su antigua casa. [895] Entre aquellos lamentos gozan mil bienes en el día, y en sus anales la temporada más descollante es también la más desventurada, ni un par de Inglaterra tiene por qué envidiar a los emperadores de Constantinopla peregrinando por Europa en busca de limosnas para sostener su boato y resguardar su capital.

LXII

LOS EMPERADORES GRIEGOS DE NIZA Y CONSTANTINOPLA - ENSALZAMIENTO Y REINADO DE MIGUEL PALEÓLOGO - SU UNIÓN FEMENTIDA CON EL PAPA Y LA IGLESIA LATINA - INTENTOS ENEMIGOS DE CARLOS DE ANJOU - ASONADA DE SICILIA - GUERRA DE CATALANES EN ASIA Y GRECIA - REVOLUCIONES Y ESTADO PRESENTE DE ATENAS

Se envalentonan algún tanto los griegos con la pérdida de Constantinopla; y príncipes y nobles se descuelgan de sus alcázares para guerrear, parando los escombros de la monarquía ruinosa en manos del aspirante más ducho y esforzado. En las páginas dilatadas, y aridísimas de los anales bizantinos [896] descuellan por fin los prohombres Teodoro Lascaris y Juan Ducas Vataces, [897] quien repuso y enarboló el estandarte romano en Niza de Bitinia (1204-1222 d. C.). Variaron sus índoles con arreglo a la diferencia de sus situaciones. Reducíase el mando del fugitivo Lascaris en sus primeros conatos a dos mil soldados; fue su reinado el trance de una desesperación gallarda y eficacísima; corona y vida eran las puertas en todos sus lances, arrollando enemigos por el Helesponto y el Meandro con asombrosa velocidad e incontrastable denuedo. Un reinado victorioso de dieciocho años fue dando al principado de Niza los ámbitos de un imperio. Fundose el solio de su yerno y sucesor Vataces sobre más sólido cimiento (1222-1255 d. C.), campo más anchuroso y recursos más colmados; siendo genial y ventajoso a Vataces el computar los riesgos, trances y

afianzamientos de sus intentos grandiosísimos. Al menguar los latinos, he ido compendiando los medros del griego; los pasos cuerdos y comedidos de un vencedor que en un reinado de treinta y tres años, fue rescatando las provincias de usurpadores nacionales y advenedizos, para venir a estrechar por donde quiera la capital, tronco desenrramado y exhausto, y por tanto caedizo al primer hachazo. Pero su régimen interior y pacífico es todavía más acreedor a nuestra mención y nuestras alabanzas. [898] Despoblaron y desustanciaron la Grecia miles de calamidades; yacieron yertos los móviles y los medios de la agricultura, y las vegas más pingües carecieron de cultivo y de moradores. Ocupó el emperador parte de aquellos baldíos para esquilmarlos en beneficio propio y ajeno; su mano poderosa y su vista perspicaz suplieron o sobrepujaron el esmero individual del labrador más consumado; el patrimonio real vino a ser el vergel y el granero del Asia, y sin empobrecer el pueblo, se granjeó el soberano un caudal inocente y en extremo productivo. Mieses o viñedos preponderaban según la naturaleza del terruño; retozaban potros y terneros, corderillos y cerdos por las praderas, y al presentar Vataces a la emperatriz una corona de perlas y diamantes, le manifestó que preciosidad tan galana y acreedora a su sonrisa procedía de la venta de huevos de su inmenso gallinero. Acudía con sus cosechas al mantenimiento de su palacio y de los hospitales, a los requisitos de su señorío y de su beneficencia, siendo todavía más provechosa la enseñanza que la renta: recobró el arado su antiguo timbre y resguardo, y aprendieron los nobles a plantear unos rendimientos seguros e independientes en sus estados, en vez de engalanar sus ostentosas escaseces desangrando al pueblo, o (lo que equivale a lo mismo) con las finezas de la corte. Los turcos con quienes Vataces conservó estrechez entrañable, le feriaban con afán el

sobrante de trigo y de ganados, dificultando la introducción de manufacturas advenedizas, como las sedas costosísimas de Oriente y los esmerados tejidos italianos. «Las urgencias naturales —solía decir— son imprescindibles, pero las modas se remontan o yacen, según el aliento del monarca», y con su mandato y su ejemplo estaba recomendando la sencillez de costumbres y el uso de la industria casera. Clavó su ahínco en la educación de la juventud y el renacimiento de la literatura; sin pararse a deslindar la preeminencia, andaba repitiendo con toda verdad, que el príncipe y el filósofo eran los sujetos descollantes [899] en la sociedad humana. Fue su primera esposa Irene, hija de Teodoro Lascaris, dama todavía más esclarecida por sus atributos personales, y las prendas comedidas de su sexo, que por la sangre de Ángelos y Comnenos que corría por sus venas traspasándole la herencia del Imperio. A su muerte desposó luego a Ana, o Constancia, hija natural del emperador Federico II y hermana de Manfredo, después rey de Nápoles; mas como la novia no estaba todavía en sazón, colocó en su lecho solitario a una señorita italiana de su comitiva, y su flaqueza enamoradiza franqueó a la manceba los honores, mas no el dictado, de legítima emperatriz. Tacharon los monjes aquel desliz de pecado enorme y afrentoso, y sus duras reconvenciones patentizaron el aguante varonil del regio amante. Un siglo filosófico no podrá menos de disculpar aquel desbarro único y rescatado con un sinnúmero de realces, y en la reseña de sus imperfecciones y de los impulsos más comedidos de Lascaris, el concepto de los contemporáneos se atemperaba con el agradecimiento a los segundos fundadores del Imperio. [900] Los esclavos de la soberanía latina, viviendo sin paz y sin ley, estaban aclamando la dicha de sus hermanos, quienes habían recobrado su independencia nacional, y Vataces echó el resto con la mira

loable de convencer a todos los griegos cuán interesados estaban en alistarse igualmente en el número de sus venturosos súbditos.

Bastardea un tanto su hijo Teodoro, deslindándose el fundador y sostenedor de la gran mole, y el heredero y disfrutador de la brillantísima corona imperial. [901] La índole de éste, sin embargo, no carecía de algún brío; pues educado en la escuela del padre, se ejercitó en la guerra y en la caza; se abstuvo de Constantinopla, pero en el trienio de un reinado breve, por tres veces capitaneó sus tropas por el interior de la Bulgaria. Mancilló sus altas prendas con arranques coléricos y con su genio suspicaz; los primeros por el desenfreno de su jerarquía, y el segundo pudo provenir de sus escasos alcances para desenmarañar los móviles recónditos de las operaciones humanas. Consultó marchando a Bulgaria un punto de política con sus ministros, y el letrado griego Jorge Acropolita se arrojó a lastimarle, exponiéndole sin rebozo su concepto pundonoroso. Va el emperador a desenvainar su cimitarra; pero luego reserva su saña violenta para imponerle otro castigo más ruin y alevoso. Manda a uno de sus palaciegos que se apee, lo desnude y lo tienda en el suelo a presencia del príncipe y del ejército. Dos guardias o sayones, le descargan allí tan repetida y reciamente sus mazas, que cuando llegó el caso de señalarles que cesen, el gran letrado apenas pudo incorporarse y volverse a gatas a su tienda. Retraído por algunos días, acudió luego al consejo con mandato terminante, y tan ajenos vivían los griegos de todo asomo de pundonor y empacho racional, que por la relación del mismo paciente quedamos tan enterados de su fracaso. [902] Se enconó más y más la crueldad del emperador con las angustias de su dolencia, la cercanía de un fin anticipado y su sospecha de magia y de veneno. Vidas y haberes, ojos y miembros de nobles y deudos estaban pendientes de sus ímpetus, y aun en vida

mereció el hijo de Vataces apellidarse tirano por su mismo pueblo, o a lo menos por su corte. Moviole a enojo una matrona de la alcurnia de los Paleólogos por el desaire de negar su linda niña a un novio plebeyo que tuvo el antojo de recomendarle. Desentendiéndose de su edad y nacimiento, la mandó encerrar en un saco atado al cuello y atestado de gatos, aguijoneándoles para encolerizarlos contra la desventurada prisionera. Pero en sus días postreros por fin el emperador prorrumpió en anhelos de indultar y ser indultado, temeroso del paradero de su hijo y sucesor Juan, que siendo de ocho años, iba a correr los peligros de una minoría dilatada. En su disposición última encargó la tutoría a la santidad del patriarca Arsenio, y al tesón del gran doméstico Musalon, que sobresalía igualmente por su privanza real y por el odio público (agosto de 1259 d. C.). Desde la llegada de los latinos, nombres y privilegios de jerarquía hereditaria habían ido trascendiendo a la monarquía griega, y familias nobles, [903] estaban malhalladas con el ensalzamiento de un privado indigno, a cuyo influjo echaban los desbarros y calamidades del reinado último. En el primer consejo luego del fallecimiento del emperador, Musalon, encumbrado en un solio, estuvo pronunciando una apología esmerada de su conducta y de sus intentos; prorrumpen todos en un disparo de arranques y esperanzas de sus merecimientos y cabal desempeño, y entre la aclamación unánime sobresalen los émulos más enconados, saludándolo por ayo y salvador de los romanos. Ocho días bastan para la ejecución de su trama, y al noveno, se celebran las exequias solemnísimas por el difunto monarca en la catedral de Magnesia, [904] ciudad asiática donde expiró a la orilla y a la falda del monte Sipilo. Una asonada de la guardia interrumpe el rito sagrado, matan a Musalon, a sus hermanos y allegados al pie del altar, y asocian al patriarca ausente por nuevo compañero a

Miguel Paleólogo, el más esclarecido por mérito y nacimiento de toda la nobleza griega. [905]

Entre los engreídos con su nacimiento, los más tienen que avenirse a una nombradía meramente solariega; asoman pocos que ansíen dar a luz en los anales de su patria los vaivenes de su propia alcurnia; pero desde mediados ya del siglo XI descuella esplendorosamente la estirpe de los Paleólogos [906] en la historia bizantina; pero el esforzado Jorge Paleólogo fue el ensalzador del padre de los Comnenos al solio, y su parentela sigue en todas las generaciones encabezando las huestes y los consejos en el estado. No desmerece la púrpura con su entronque, y si la ley de sucesión femenina se observara religiosamente, nunca la esposa de Teodoro Lascaris se antepusiera a su hermana mayor, madre de Miguel Paleólogo, que luego encumbró su alcurnia al mismo solio. Los timbres de guerrero y de estadista daban sumo realce a su cuna: a los asomos de su mocedad ejerció ya el cargo de *condestable*, o adalid de los franceses asalariados; su gasto diario no pasaba de tres piezas de oro, pero su ambición era pródiga y codiciosa, y duplicaba sus agasajos con el risueño gracejo de su trato y sus modales. Enceló a la corte con la pasión que le profesaban el vecindario y la soldadesca, y Miguel se salvó hasta tres veces de los trances en que le comprometían su propia indiscreción y la de sus amigos.

I. En el reinado de la Justicia con Vataces sobrevino una reyerta [907] entre dos oficiales, reconviniendo el uno a su contrario por parcial a los Paleólogos. Decidiose el caso, según la nueva jurisprudencia latina, por un reto; fracasó el defensor, pero se aferró en su tema de ser sólo el culpado, prorrumpiendo en aquellas expresiones sin tener parte su principal. Nubló allá cierta sospecha la inocencia del condestable, zahiriéndole más y más las hablillas, y un palaciego taimado, el arzobispo de

Filadelfia, apuntó la prueba del fuego, o sea juicio ordeal. [908] Tres días antes del ensayo, atan al brazo del paciente una bolsa con el sello real, y tiene que llevar la barra enalbada de hierro desde el altar hasta el enverjado del santuario, sin fraude ni lesión. Se desentiende Paleólogo de experimento tan azaroso con agudeza y chiste. «Soy militar —prorrumpe—, y aquí estoy para lidiar contra mis acusadores, pero un seglar como yo no goza el don de los milagros. *Vuestra* religiosidad, prelado santísimo, merecerá desde luego la asistencia celestial, y así recibiré de vuestras manos esa mole en ascuas, como prenda de mi inocencia». Se sobresalta el arzobispo, el emperador se sonríe, y el indulto de Miguel se comprueba con nuevos servicios y crecidos galardones.

II. En el reinado siguiente, hallándose de gobernador de Niza, sabe reservadamente que el príncipe ausente adolece de rabiosos celos, y que su paradero ha de ser ceguedad o muerte. Entonces el condestable, en vez de esperar el regreso y decreto de Teodoro, huye con algunos secuaces de la ciudad y del Imperio, y aunque robado por los turcomanos en el desierto, lo agasaja el sultán en su corte; aunque mero desterrado, acierta Miguel a dar muestras tanto de lealtad como de agradecimiento, peleando contra los tártaros, avisando a las guarniciones del confín romano, y luego con su influjo acarrea la paz, en la que su indulto y llamamiento abultan honoríficamente.

III. Al resguardar el poniente contra el déspota del Epiro, retoñan y le sentencian de nuevo las sospechas palaciegas, y es tan entrañable su lealtad o su apocamiento, que Miguel se aviene a que lo lleven aherrojado por espacio de doscientas leguas desde Durazzo hasta Niza. Las atenciones del encargado alivian su quebranto, la dolencia del emperador aventa sus zozobras, y el postrer aliento de Teodoro, recomendándole su

hijo tierno, reconoce al mismo tiempo la inocencia y el poderío de Paleólogo. Pero lastimada yace su inocencia, y su predominio queda evidenciado, para doblegarse con todas sus ínfulas en el grandioso campo que se patentiza a su ambición altanera. [909] En el consejo celebrado tras el fallecimiento de Teodoro, fue el primero en juramentarse y en perjurarse con Musalon, y su conducta fue de tal maestría, que luego en la matanza, sin comprometerse en el atentado, o por lo menos en la tacha, vino todo a redundarle en provecho. Anduvo pensando, para el nombramiento de regente, méritos y deméritos de aspirantes; los encizañó mutuamente, y precisó a los competidores a ir confesando cada cual, que tras sus propios derechos, preponderaban sin disputa los de Paleólogo. Titúlase gran duque, y acepta o usurpa, durante una larga minoría, toda la potestad del gobierno; trata con veneración al patriarca, y embelesa o enfrena a la nobleza con el predominio de su numen. Custodian los leales Varanjios el castillo fuertísimo de las orillas del Hermo, donde Vataces había ido atesorando los cuantiosos productos de su economía; conserva el condestable su mando o su influjo en las tropas extranjeras, y así se vale de la guardia para disponer del caudal y cohecha con éste a la guardia; y por más que malgastase los haberes públicos, jamás le tildaron personalmente de avariento. Su persuasiva o la de sus emisarios, fue arraigando el concepto de que en su autoridad y desempeño se cifraba únicamente la prosperidad de todas las clases. Suspendiose la tropelía de los impuestos; tema perpetuo de lamentos populares, vedando desde luego las pruebas o lides ordeales y de retos. También se abolieron o socavaron instituciones tan bárbaras en Francia [910] e Inglaterra [911] y la apelación a las armas lastimaba a los sensatos [912] y horrorizaba a un pueblo pacífico. Agradecieron entrañablemente los veteranos

el establecimiento de viudedades; el clero y los filósofos le vitorearon su afán por el fomento de la religión y las letras, y la promesa general de premiar el mérito se la fue aplicando cada cual a sus propias esperanzas. Hecho cargo del sumo influjo del clero, se esmeró con ahínco certero en afianzar aquella clase poderosísima. El desembolso de su viaje de Niza a Magnesia le proporcionó un pretexto plausible y decoroso; fue visitando a deshora a los prelados principales, y el íntegro patriarca se pagó del rendimiento de su nuevo compañero, que le fue guiando la mula del ronzal por la ciudad y alejando el agolpamiento de la muchedumbre. Sin desentenderse de su derecho con el entronque regio, brindó a los disputantes para que deslindasen el punto de la preferencia de toda monarquía electiva, y sus apasionados preguntaban con desenfado triunfador: ¿qué paciente entregaría su salud, y qué traficante su nave, a la sabiduría *hereditaria* del médico o del piloto? La niñez del emperador y las zozobras de la minoría estaban requiriendo el arrimo de un ayo cursadísimo en los negocios, y socio además, para despejar la maleza de los envidiosos, encumbrándolo a la jerarquía soberana. Atenido al interés del príncipe y del pueblo, y ajeno de toda mira personal o de parentela, se aviene el gran duque a manejar e instruir al hijo de Teodoro, suspirando entrañablemente por el venturoso plazo en que logre ya robustecido atender a sus propios haberes, y paladear los ensanches de una vida particular. Revistiose al pronto con el dictado y las prerrogativas de *déspota*, que concedía la púrpura y el segundo lugar en la monarquía romana. Acordose luego que Juan y Miguel se proclamasen al par emperadores, alzados sobre el broquel, pero que la preeminencia quedase siempre reservada a la cuna del primero. Vinculose mutua e íntima estrechez entre los correinantes, y en caso de rompimiento se obligó a los

súbditos, bajo su juramento de homenaje, para que se declarasen contra el agresor; voz ambigua y semilla de discordia y guerra civil. Satisfecho quedaba Paleólogo; pero el día de la coronación en la catedral de Niza, sus parciales desaforados se empeñaron en anteponer la precedencia en edad y merecimientos. Orillose aquella contienda intempestiva trasladando a coyuntura más oportuna la coronación de Juan Lascaris (enero de 1260 d. C.), y anduvo con una diademilla en la comitiva de su ayo, quien recibió solo la corona imperial de manos del patriarca. Muy cuesta arriba se hizo al anciano Arsenio el retraerse de su alumno, pero los Varanjias iban ya blandiendo sus mazas; se le impuso al niño trémulo una señal de anuencia, y aun sonaron voces de que la vida de un niño no debía contrarrestar las dichas de la nación. Cosecha colmada de timbres y empleos fue derramando la diestra de Paleólogo sobre amigos y agradecidos. Creó en su propia familia un déspota y dos sebastocratores, condecorando a Alexio Estrategopulo con el dictado de César, y correspondiendo como adalid veterano con devolver Constantinopla al emperador griego.

Al segundo año de su reinado, residiendo en el palacio y jardines de Nimfeo [913] junto a Esmiarna, llega a deshora un mensajero; y el aviso peregrino se comunica a Miguel despertándole cariñosamente su hermana Elogia. Es el recién llegado desconocido o extraño; no trae credenciales del vencedor César, ni cabe el darle crédito, tras la derrota de Vataces y el desmán reciente de Paleólogo en persona, de que un destacamento de ochocientos soldados haya podido sorprender la capital. Detienen al mensajero en rehenes con la seguridad de galardón grandioso o muerte ejecutiva; y la corte se acongoja con el vaivén de la zozobra o la esperanza, hasta que van llegando mensajeros de Alexio con el aviso auténtico,

ostentando los trofeos de su logro, la espada y cetro, [914] los borceguíes y el birrete [915] del usurpador Balduino, habiendo perdido aquellas prendas en su fuga arrebatada. Se celebra junta general de obispos, senadores y nobles, y quizás nunca sobrevino acontecimiento más generalmente placentero y halagüeño. El nuevo soberano de Constantinopla prorrumpe en una oración estudiada congratulándose con la dicha propia y ajena. «Tiempo hubo —dice—, harto lejano por cierto, en que los ámbitos del Imperio abarcaban allá el Adriático, el Tigris y el confín de la Etiopía. Perdidas las provincias, nuestra capital misma en estos últimos y calamitosos días, quedó avasallada por los bárbaros occidentales. La oleada de la prosperidad va subiendo desde su ínfimo menguante a favor nuestro, y en preguntándonos cuál fue el país de los romanos, a fuer de fugitivos y desterrados, apuntamos ruborosamente el clima del globo y una porción del cielo. La divina Providencia nos devuelve hoy la ciudad de Constantino, el solar sagrado de la religión y del Imperio, y en nuestro denuedo se cifra el hacer de este recobro la prenda y anuncio de nuestras victorias venideras». Era tan sumo el afán del príncipe y del vecindario, que a los veinte días de su expulsión hizo Miguel su entrada triunfal en Constantinopla. Ábrese de par en par la puerta dorada, el devoto emperador se apea, le antecede una imagen milagrosa de María la Conductora, para que la misma Virgen divina acudiese en persona a guiarle al templo de su Hijo, la catedral de Santa Sofía. Pero tras el primer alborozo de orgullo y devoción, prorrumpe en ayes al presenciar aquella soledad y desamparo. Tiznado está el palacio con el humo y el lodo de la hedionda gula francesa; calles enteras yacen asoladas por el fuego o ruinosas con el transcurso del tiempo; desadornados aparecen los edificios sagrados y profanos, y los latinos bajo el concepto

de su cercano destierro se afanaron únicamente en el saqueo y la destrucción. La anarquía y las escaseces dieron a través con todo genero de comercio, menguando el vecindario al nivel de la opulencia. Esmerase el nuevo emperador en reponer los nobles por los palacios de sus padres, devolviendo las casas o los solares a las familias que aprontan los documentos de sus pertenencias. Pero los más yacen difuntos, o vagan extraviados, y sus propiedades vacantes vienen a recaer en el señor, quien va repoblando Constantinopla con los advenedizos tras su garboso llamamiento, situando en la ciudad a los *voluntarios* valerosos que la reconquistaron. Retiráronse los barones franceses y las familias principales con su emperador, pero la muchedumbre humilde y sufrida de los latinos encariñada con el país, prescindía de la mudanza de sus dueños. El cuerdo vencedor, en vez de arrojar las factorías de pisanos, genoveses y venecianos, aceptó sus juramentos de homenaje, alentó su industria, revalidó sus privilegios y les permitió vivir bajo la jurisdicción de sus propios magistrados. Pisanos y venecianos conservaron sus respectivos barrios en la ciudad, por los servicios y el poderío de los genoveses al mismo tiempo se hacían acreedores al agradecimiento y a los celos del vecindario. Su colonia independiente se planteó al pronto en el puerto y ciudad marítima de Heraclea en Tracia; llamóseles al punto para avecindarse exclusivamente en el arrabal de Gálata, punto ventajosísimo, donde resucitando el comercio, desacataron la majestad del Imperio Bizantino. [916]

Solemnizose el recobro de Constantinopla como la era de un imperio nuevo, el vencedor solo y por el derecho de su espada, renovó su coronación en la iglesia de Santa Sofía, y el nombre y los honores de su alumno Juan Lascaris, soberano legítimo fueron quedando abolidos (diciembre de 1261 d. C.).

Pero vivía más y más su derecho en los ánimos del pueblo, y el mancebo regio está ya en los asomos de su edad varonil y ambiciosa. Enfrena a Paleólogo la conciencia para que empape sus manos en la sangre real e inocente, pero las zozobras de un usurpador y deudo le estrechan para afianzar su solio con uno de aquellos delitos a medias tan corrientes entre los griegos modernos. Ciegan e imposibilitan al príncipe para el desempeño de los negocios; y en vez de la irracionalidad de violentarle los ojos, le inutilizaron el nervio visual con el reflejo intensísimo de una palangana [917] y encastillaron al infeliz Juan Lascaris en una fortaleza remota, donde siguió viviendo largos años solitario y olvidado. Parece que no caben remordimientos en maldad tan serena y premeditada; mas si lo deja el cielo allá en paz, acuden los hombres a desagraviarse de aquel extremo de crueldad y alevosía. Su violencia impone a los rendidos palaciegos mudez y aun aplauso; mas el clero usa de su derecho para hablar en nombre de su dueño invisible, acaudillando a sus legiones un prelado, cuya índole sabe prescindir de zozobras y esperanzas. Arsenio, tras una breve renuncia [918] de su prelacía, se había dignado ascender al solio patriarcal de Constantinopla para presidir al restablecimiento de la Iglesia. Las arterías de Paleólogo van trayendo engañada su religiosidad sencilla, y su cordura y aguante debían amansar al usurpador, en amparo y salvamento del príncipe mancebo. Sabe aquel desenfreno tan inhumano, y desenvaina, como patriarca, sus armas espirituales, acudiendo en el trance la misma superstición al resguardo de la humanidad y la justicia. Junta en concilio sus obispos y todos a impulsos de su ejemplo, pronunciaron sentencia de excomunión, aunque por miramiento siguen repitiendo el nombre de Miguel en el rezo público (1217-1268 d. C.). No habían prohijado los orientales las máximas azarosas de la

antigua Roma, ni se propasaron a extremar sus censuras, deponiendo príncipes, y descargando a las naciones de sus juramentos de homenaje. Mas horrorizaba ya todo cristiano deshermanado de Dios y de la Iglesia, y en una capital de suyo alborotadora y fanática, aquella ojeriza pudiera armar el brazo de algún asesino, o mover una asonada en el vecindario. Se hace cargo Paleólogo de aquel sumo peligro, confiesa su culpa e implora indulto; el exceso es ya irremediable, su logro conseguido, y la penitencia rigurosísima que el pecador está pidiendo lo encumbrará a la jerarquía de todo un santo. El patriarca empedernido se desentiende allá de toda compensación y de todo asomo de misericordia, y sólo prorrumpe en que para tan horrendo atentado, tiene que ser grandísimo el desagravio. «¿Será forzoso desceñirme la diadema?» dice Miguel, en ademán de arrimar el alfanje del estado, o por lo menos, de aparentarlo. Arsenio se abalanza ya a la prenda de soberanía; pero echando de ver que el emperador no se allana a tanto, huye airadamente a su celda, y deja al pecador imperial arrodillado y lloroso a su puerta. [919]

Dura por más de tres años el peligro y el escándalo de la excomunión, hasta que con el tiempo y el arrepentimiento va amainando el clamor popular y hasta que sus propios hermanos, vituperaron a Arsenio tan inflexible tirantez, ajenísima de la conmiseración esencialmente evangélica. Tenía taimadamente insinuado el emperador, que si seguían rechazándolo más y más en su propio solar, acudiría al romano pontífice como a juez más indulgente, pero se hacía más obvio y efectivo aquel juez encumbrándolo a lo sumo en la iglesia bizantina. Cunde allá una hablilla de conspiración y desafecto contra Arsenio; mediaban irregularidades en su colocación y desempeño; un sínodo lo depone de su silla episcopal, y un piquete de tropa lo

traslada a una islilla de la Propóntida. Al salir para su destierro se empeña ceñudamente que se inventaríen los tesoros de la iglesia; blasona de que todos sus haberes se reducen a tres piezas de oro ganadas copiando los salmos; se maneja con el mayor despejo y serenidad, y niega hasta su postrer aliento el indulto implorado por el pecador imperial. [920] Tras alguna demora Gregorio, obispo de Andrinópolis, pasa a la silla bizantina; pero se le conceptúa desautorizado para absolver a todo un emperador y le sustituyen Josef, monje venerando, para desempeño de tantísima entidad. Se aparata aquella solemnidad a presencia del Senado y del pueblo, y a los seis años el humildísimo penitente queda reincorporado en la comunión de los fieles, y la humanidad se consuela un tanto con que mejorase la suerte del encastillado Lascaris en demostración de entrañable remordimiento. Pero el denuedo de Arsenio se robustece sin término al arrimo poderoso de monjes y clérigos, quienes perseveran aferradamente en su cisma por más de cuarenta y ocho años. Se desentienden Miguel y su hijo con sumo miramiento de aquella extremada escrupulosidad, medió un afán ahincado y formalísimo de la Iglesia y el estado para la reconciliación de los Arsenitas. A impulsos del mutuo fanatismo se acordó sentenciar la causa por medio de un milagro, y al echar sobre las ascuas ambos escritos en defensa de sus respectivas parcialidades se contó desde luego con que la verdad católica saldría intacta de aquel trance… pero ¡ay Dios! ardieron entrambos papeles, y aquel fracaso imprevisto acarreó la hermandad de un día, renovando luego la contienda de un siglo. [921] Victoria vino a ser para los Arsenitas el convenio final, pues el clero por cuarenta días se abstuvo de toda función eclesiástica, se impuso una penitencia leve a los seglares; depositaron el cuerpo de Arsenio en el santuario; y príncipe y vecindario

quedaron redimidos de los pecados de sus padres en nombre del santo difunto. [922]

El afán de plantear su familia fue allá el móvil, o cuando menos el pretexto de Paleólogo para su atentado y ansiaba en el alma el arraigar la sucesión compartiendo con su primogénito el timbre de la púrpura. Quedó Andrónico, apellidado luego el Mayor a los quince años de edad, proclamado y coronado emperador de los romanos (1259-1282 d. C.), y desde aquella fecha primera de un reinado larguísimo y oscuro, obtuvo por nueve años el dictado de compañero; y hasta cincuenta como sucesor de su padre. Si el mismo Miguel viviera como particular se le conceptuara de dignísimo para imperar pues que el embate incesante de enemigos espirituales y temporales le franqueó escasísimos ratos para afanarse por su propia nombradía y la felicidad del estado. Desapropió a los francos de las islas preeminentes del archipiélago, Lesbos, Escio y Rodas; envió a su hermano Constantino para mandar en Malvasía y Esparta y los griegos se rehicieron con la parte oriental de la Morea desde Argos y Nápoli hasta el cabo Tenaro. Abominaba ruidosamente el patriarca de tanto derramamiento de sangre cristiana, y el descocado sacerdote se propasaba a interponer sus zozobras y escrúpulos en las armas de los príncipes. Pero al aferrarse en aquellos adelantos por el Occidente, quedaban indefensos todos los países allende el Helesponto, y las correrías turcas fueron comprobando el anuncio de un senador moribundo, a saber que el recobro de Constantinopla redundaría en el exterminio del Asia. Los lugartenientes de Miguel le estuvieron redondeando sus conquistas, mientras yacía enmoheciéndose su espada en el palacio; y mancilló con crueldades y marañas políticas las negociaciones que trajo con los papas y el rey de Nápoles. [923]

I. Era el Vaticano el albergue más obvio para un emperador

latino destronado, y así el papa Urbano IV se mostró condolido de las desventuras y vengador de los agravios del fugitivo Balduino. Manda pregonar cruzada con indulgencia plenaria contra los griegos cismáticos, excomulgando a sus aliados y adictos, e implorando a Luis IX a favor de su deudo y pidiendo el décimo de las rentas eclesiásticas de Francia e Inglaterra para el servicio de la Guerra Santa. [924] El despejado griego, alerta siempre sobre las tormentas asomantes por el ocaso se esmera en alejar o arrancar las iras del papa, con embajadas rendidas y cartas respetuosas, insinuando, que tras la paz consolidada vendría de suyo la reconciliación y obediencia de la Iglesia griega. Ardid tan vulgar no podía desvanecer a la Corte romana, y se contestó a Miguel que el arrepentimiento del hijo debía encabezar la indulgencia del padre y que la fe (voz muy ambigua) había de ser cimiento de la intimidad y alianza. Tras larga y estudiada demora los asomos del peligro y las instancias de Gregorio X le precisan a formalizar una negociación: cita el ejemplar del gran Vataces, y el clero griego calando el intento de su príncipe no se sobresalta por los primeros pasos de la reconciliación y el acatamiento. Pero al ir estrechando la conclusión del ajuste manifiestan por fin los orientales, que los latinos sino en el nombre son herejes en la realidad, y que menosprecian a los tales advenedizos como a lo ínfimo del linaje humano. [925] Empéñase el emperador en persuadir cohechar y estremecer a los eclesiásticos más populares, en ir ganando los votos individualmente y en ir reconviniendo en los impulsos de la caridad cristiana y el bienestar nacional. Se van justipreciando en el crisol de la teología y de la política de los santos Padres y las armas de los francos y sin aprobar expresamente la adición al credo Niceno, por fin los más comedidos se allanan a confesar que las dos proposiciones tan encontradas de proceder del Padre

por el hijo y de proceder del Padre y del Hijo pudieran hermanarse en sentido cabalmente católico. [926] Más comprensible se hacía la supremacía del papa, y mucho más cuesta arriba de admitir; pero Miguel les hizo cargo de que podían avenirse a nombrar al obispo romano como primer patriarca y que su distancia y su agudeza resguardaría los ensaches de la Iglesia oriental contra las resultas aciagas del derecho de apelación. Protesto que sacrificaría su imperio y su vida antes que allanarse al ínfimo menoscabo en punto a fe acendrada e independencia nacional; declaración que vino a sellarse y revalidarse en una bula de oro. Retírase el patriarca Josef a un monasterio para ver de recobrar su solio, según el paradero del convenio. Firmaron las cartas de unión y obediencia el emperador, su hijo Andrónico y hasta treinta y cinco arzobispos y metropolitanos con sus respectivos sínodos, agolpando en la lista episcopal varias diócesis, ya exterminadas bajo el yugo de los infieles. Compónese una embajada de ministros y prelados al parecer preferentes; se embarcan para Italia con galanos adornos y perfumes peregrinos para el altar de san Pedro, y llevan órdenes reservadas de avenencia y sumisión ilimitada. Recíbelos el papa Gregorio X al frente de quinientos obispos, [927] que estaban celebrando el concilio general de Lion. Abraza lloroso a sus hijos descarriados y arrepentidos, juramenta a los embajadores, quienes abjuran el cisma a nombre de entrambos emperadores, reviste la mitra y el anillo a los prelados; entonan en griego y en latín el credo Niceno con la adición de *filioque*, y se gozan todos en el hermanamiento del Oriente y del ocaso reservado para pontificado tan venturoso. Para consumar la empresa religiosísima, tras los diputados bizantinos marchan en diligencia los nuncios del papa, y su instrucción está patentizando la política del Vaticano, que no se

satisface con el dictado aéreo de supremacía. Se les encarga que enterándose del ánimo del príncipe y del pueblo, absuelvan al clero cismático que ha de firmar y jurar su total abjuración y obediencia, que planteen por todas las iglesias el credo cabal, que aparaten la entrada de un cardenal legado, con plenos poderes y la dignidad de su empleo, y que dejen al emperador muy enterado de las sumas ventajas que le ha de proporcionar el arrimo temporal del romano pontífice. [928]

Mas hallan un país sin el menor amigo, donde toda la nación se horroriza al nombre de Roma y de hermandad. Está con efecto desviado el patriarca Josef; lo reemplaza Veco, eclesiástico de instrucción y comedimiento, y los idénticos motivos estrechan al emperador para seguir perseverando en sus protestas. Pero allá en sus hablas particulares aparenta Paleólogo condolerse del orgullo, y vituperar las innovaciones de los latinos, y al paso que desdora su jerarquía con tan hipócritas dobleces, tiene que sincerar o castigar la oposición de sus propios súbditos. Por voto unánime de la nueva y la antigua Roma se fulmina sentencia de excomunión contra los cismáticos pertinaces, la espada de Miguel va ejecutando las censuras de la Iglesia, y a donde no alcanza la persuasiva acuden los argumentos de cárcel, destierro, azotes y lisiamiento, las piedras de toque, dice un historiador de los cobardes y los valientes. Reinan todavía dos griegos en Etolia, Epiro y Tesalia con el dictado de déspotas: se habían allanado ante el soberano de Constantinopla, pero rechazan las cadenas del pontífice romano, y sostienen aquella repulsa con armas venturosas. Agólpanse a su arrimo los monjes y obispos fugitivos en sínodos enemigos y retuercen el adjetivo de herejes con el aditamento traspasante de apóstatas: el príncipe de Trebisonda se propasa a ostentar el dictado supuesto de emperador y hasta los latinos de

Nearoponto, Tebas, Atenas y Morea, se desentienden allá de todo merecimiento de convertidos incorporándose pública o encubiertamente con los enemigos de Paleólogo. Sus caudillos predilectos y aun los de su sangre y alcurnia, van desertando o haciendo traición a su sacrílega intimidad. Su hermana Elogia, una sobrina y dos primas conspiran contra él; otra sobrina, María reina de Bulgaria negocia para su exterminio con el sultán de Egipto, y para el concepto público su traición se santifica como lo sumo del pundonor. [929] Paleólogo va refiriendo sin rebozo a los nuncios del papa más y más ejecutivos para la consumación de su intento, cuanto ha hecho y padecido por aquella causa, manifestándoles los varios escarmientos contra los secuaces criminales de ambos sexos y de todas clases con privación de honores, haberes y aun libertad; como lo acredita la lista larguísima de confiscaciones y castigos impuestos a individuos íntimos del emperador y de su más estrecha privanza. Los acompañan a la cárcel para presenciar las cadenas de cuatro príncipes de la sangre real, aherrojados en sus respectivos ángulos y estremeciéndose ruidosamente con agonías de pesar y de saña. En breve libertaron a dos de aquellos presos, al uno ya sumiso, y al otro para el cadalso; cegaron a los otros dos por su pertinacia y hasta los griegos menos opuestos a la unión se condolieron de tragedia tan sangrienta y aciaga. [930] Corresponde a todo perseguidor el odio de sus parientes; pero suelen abrigar algún consuelo con el testimonio de su conciencia el aplauso de sus parciales y allá tal vez el logro de sus anhelos. Pero la hipocresía de Miguel, obrando tan sólo por motivos políticos no podía menos de precisarle a odiarse a sí mismo a menospreciar a sus secuaces, y a mirar con aprecio y envidia a los campeones rebeldes quienes lo detestan y menosprecian. Aborrécele por sus tropelías Constantinopla, y Roma los está

tildando de tibieza y aun de doblez, hasta que al fin el papa Martín IV excluye al emperador griego del regazo de la Iglesia, el cual esta empeñado en seducir a un pueblo cismático. Expira luego el tirano, y queda la unión disuelta y abjurada por consentimiento unánime, se purifican las iglesias se reconcilian los penitentes, y el hijo Andrónico, llorando los desbarros y pecados de su mocedad, niega, a impulsos de su religiosidad, a su padre el entierro de príncipe y de cristiano [931] (1283 d. C.).

II. Con los apuros de los latinos yacían desmoronadas las murallas y torres de Constantinopla; esmerose Miguel en restablecerlas aventajadamente, agolpando grandiosos acopios de trigo y abastos salados para sostener un sitio que se estaba siempre recelando del encono de las potencias occidentales. Entre ellas el vecino más formidable era el soberano de las dos Sicilias, pero mientras los estuvo poseyendo Manfredo, bastardo de Federico II; fue su monarquía más bien el antemural que el azote del Imperio oriental. Aquel usurpador, aunque valeroso y activo tenía que acudir esmeradamente a la defensa de su solio, y luego como proscrito por varios papas, quedaba separado de la causa común de los latinos, empleándose las fuerzas que pudieran sitiar a Constantinopla en una cruzada contra el enemigo doméstico de Roma. Cargó con el galardón del vengador con la corona de las dos Sicilias el hermano de san Luis, Carlos, conde de Anjou y de Provenza, que capitaneó la caballería en la expedición santa. [932] La ojeriza de los súbditos cristianos precisa a Manfredo para echar mano de una colonia de Sarracenos planteada por su padre en la Pulla, y aquel auxilio tan odioso descifra el reto del héroe católico, que la movió a desentenderse de todo género de convenio. «Llevad este mensaje —dijo Carlos—, al sultán de Nocera, que Dios y la espada vienen a ser nuestros árbitros, y que me ha de encumbrar al

paraíso, o yo le he de empozar en el infierno». Se apersonan las huestes y aunque ignoro el paradero de Nanfeld en el otro mundo, lo cierto es que en éste perdió sus amigos, y el reino y la vida en la sangrienta refriega de Benevento. Acude al golpe ralea belicosa de nobles franceses a Nápoles y Sicilia, y el caudillo desaforado ya está conquistando el África, la Grecia y la Palestina. Razones poderosísimas lo arrebatan contra el Imperio Bizantino, y Paleólogo zozobroso con sus propias fuerzas, apela repetidamente de la ambición de Carlos a la humanidad de san Luis quien conserva debido predominio sobre el denuedo disparado de su hermano. Entre tanto embargan a éste los pasos de Conradino, último heredero de la casa imperial de Suabia; pero el mancebo desventurado fracasó en la lid desproporcionada y ajusticiado en un cadalso estuvo enseñando a los competidores de Carlos a temblar no menos por la conservación de sus cabezas que de sus dominios. Media segundo respiro con la postrer cruzada de san Luis a la costa africana y por entrambos motivos de interés y de obligación tiene el rey de Nápoles que acudir y echar el resto en la sagrada empresa. Muere san Luis y se descarga de la fatiga de un censor virtuoso: el rey de Túnez se reconoce vasallo y tributario de la corona de Sicilia, y los caballeros franceses más denodados quedan árbitros de alistarse en sus banderas contra el Imperio griego, se enlaza estrechamente con la alcurnia de Curtenay apalabrando su hija Beatriz con Felipe, hijo y heredero del emperador Balduino con una pensión de seiscientas onzas de oro para su mantenimiento, y el padre generoso va repartiendo entre sus aliados los reinos y provincias del Oriente, reservando tan sólo Constantinopla y el ejido de una jornada en torno para el patrimonio imperial. [933] En aquel arduo trance se halla Paleólogo más enardecido en su firma del credo implorando el

amparo del pontífice romano quien apropiada y decorosamente se muestra revestido de las ínfulas de un arcángel de paz y padre común de los cristianos. A su voz queda la espada de Carlos clavada en la vaina, y los embajadores griegos le están mirando morder enfurecido su cetro de marfil, apesadumbrado en el alma de no ver al punto expeditas y consagradas sus almas. Parece que siguió acatando la intercesión desinteresada de Gregorio X, pero luego Carlos por cada día más desabrido con el engreimiento y la parcialidad de Nicolás III, se retrajo al fin por aquella ceguedad por la parentela y toda la familia Ursina, y defraudose la Iglesia del campeón más denodado en su servicio. Cuaja y sazona por fin la liga tremenda de Felipe, el emperador latino, el rey de ambas Sicilias y la república de Venecia contra los griegos y con la elección de Martín IV papa francés queda sancionado el intento. En cuanto a los aliados franquea Felipe su nombre, Martín dispara una bula de excomunión y Venecia apronta cuarenta galeras, y el poderío formidable de Carlos consiste en cuarenta condes, diez mil hombres de armas, un cuerpo crecido de infantería y una armada de más trescientas naves y transportes. Queda señalado un plazo lejano para la incorporación de tantísimas fuerzas en la bahía de Brindisi aventurando allá por floreo una algarada con trescientos caballos, para invadir la Albania y sitiar a Belgrado. Su descalabro embelesa con visos triunfales la vanagloria de Constantinopla; pero Miguel de suyo sagacísimo desconfiando de sus armas, acude a una conspiración y a la máquina contra un ratón que roe los muelles de la trampa, y es el tirano de Sicilia. [934]

Entre los secuaces proscritos de la alcurnia de Suabia perdió Juan de Procida una islilla del mismo nombre en la bahía de Nápoles. Noble de nacimiento e instruido por su educación en

el desamparo de su destierro se dedica al ejercicio de la medicina que había estudiado en la escuela de Salerno. De todo lo defraudó la suerte menos de la vida, y en despreciándola con denuedo, queda ya habilitado un rebelde. Sabe Procida negociar con maestría exponiendo despejadamente sus censales y encubriendo sus íntimos arranques; y en su roce con individuos y naciones va persuadiendo a todos los partidos que procede únicamente por sus respectivos intereses. Está Carlos acosando a sus nuevos reinos con todo género de opresión militar y administrativa, [935] sacrificando más y más vidas y haberes de los súbditos italianos a las ínfulas del dueño y al desenfreno de sus secuaces. Su presencia reprime el odio de los napolitanos; pero todo siciliano aborrece y menosprecia a sus desaforados virreyes; alborota Procida la isla con su persuasiva, demostrando con especialidad a los barones sus ventajas peculiares en la causa general. Con el afán de auxilio advenedizo, va visitando alternativamente las cortes del emperador griego y de Pedro rey de Aragón [936] dueño de los países marítimos de Valencia y Cataluña. Ambicioso es de suyo Pedro, y como habiente derecho por su enlace con la hija de Manfredo, admite el brindis de una corona que le cedió Conradino desde el cadalso, arrojando un anillo a su heredero y vengador, obvio se hace el recabar de Paleólogo el retraimiento de su enemigo con guerra extraña y rebeldía interior; y así franquea aventajadamente un subsidio de treinta y cinco mil onzas de oro para armar una escuadra catalana, que da la vela con bandera sagrada bajo el concepto vistoso de un embate a los sarracenos de África. Disfrazado de monje o pordiosero el incansable misionero de la rebeldía, vuela desde Constantinopla a Roma y desde Sicilia a Zaragoza; el mismo papa Nicolás sella el tratado, y como enemigo de Carlos traspasa el don de los feudos de san Pedro de

la casa de Anjou a la de Aragón; guárdase por más de dos años el sigilo, con reserva impenetrable, a pesar de su giro expedito y de su larguísima extensión; pues todos los conspiradores abrigan la máxima del mismo Pedro, quien manifiesta que se ha de cortar la mano izquierda si se propasa a escudriñar los intentos de la derecha. Cárgase la mina allá con maña honda y azarosa, mas queda en duda si la grande explosión de Palermo fue casual o premeditada.

En la víspera de Pascua (30 de marzo de 1382 d. C.) una porción de ciudadanos desarmados sale de una iglesia de extramuros, y un oficial francés se desmanda desaforadamente con una señorita. [937] Cae muerto al punto el agresor, y aunque al pronto la fuerza militar dispersa la muchedumbre, pero por fin su número y su saña preponderan: se abalanzan los conspiradores a la coyuntura, corre la llama por toda la isla, degollando revueltamente a ocho mil franceses, matanza que sonó en todos tiempos bajo el nombre de Víspera Sicilianas. [938] Tremolan por todos los pueblos los estandartes de la libertad y de la Iglesia; la presencia y el alma de Procida enardece la asonada; acude Pedro de Aragón desde la costa de África a Palermo, y lo aclaman rey y salvador de la isla. Atónito y exánime se muestra Carlos con la rebeldía de un pueblo que ha estado tanto tiempo hollando a sus anchuras, y prorrumpe tras el primer ahogo de su quebranto y amargura. «¡Ay Dios si tienes decretado el humillarme, otórgame por lo menos un descenso comedido y suave desde la cumbre de tal grandeza!». Retira su ejército y armada, que están ya cuajando los puertos de Italia, atropelladamente de la expedición a Grecia, y la situación de Mesina expone al vecindario a los primeros disparos de su venganza. Endebles de suyo y desahuciados de auxilio advenedizo, se arrepintieran los ciudadanos, contentándose con

un indulto general y seguro y la conservación de sus fueros. Pero le revivieron sus ínfulas al monarca, y los ruegos más encarecidos del legado no le pueden recabar más que la promesa de indultar a los demás, en aprontándole hasta ochocientos rebeldes entresacados, para ejecutarlos a su albedrío. La desesperación devuelve su aliento a los mesineses; asoma Pedro de Aragón para su resguardo, [939] y arroja al competidor, quien tiene que cejar por falta de abastos y la zozobra del equinoccio a la costa de Calabria. Al mismo tiempo el almirante catalán, el ínclito Roger de Lauria, barre el canal con su escuadra incontrastable, abrasando o destrozando la armada francesa, más crecida por el número de sus transportes que el de las galeras; descalabro irreparable y que afianza la independencia de Sicilia y el salvamento del Imperio griego. Holgose el emperador Miguel, pocos días antes de su muerte, con el vuelco de un enemigo que odiaba y temía, y quizás le cupo complacerse en el concepto de que a no estar él para contrarrestarle, Constantinopla y la Italia obedecieran pronto a un mismo dueño. [940] Desde aquel desastrado trance, se siguieron más y más eslabonando las desventuras de Carlos: desacataron a su capital, le aprisionaron el hijo, y se empozó en el sepulcro sin recobrar la Sicilia, que tras una guerra de veinte años quedó desmembrada del solio de Nápoles, e incorporada, como reino independiente, a la rama menor de la casa de Aragón. [941]

Nadie supongo que me ha de tachar de supersticioso, mas no puedo menos de anotar, que ya en este mundo, se van eslabonando de suyo los acontecimientos con visos patentes de contraposición. Salva el primer Paleólogo su reino trastornando los del Occidente con asonadas sangrientas, y de aquella maleza de discordia asoma una generación de hierro que asalta y acosa el Imperio de su hijo. Modernamente las deudas y los impuestos

gangrenan el regazo mismo de la paz; pero en los gobiernos frágiles y desquiciados de la Edad Media, las huestes indisciplinadas lo conmovían y asolaban todo. Haraganes de suyo y altaneros los asalariados ni trabajaban ni pedían, viviendo siempre de salteamientos y rapiñas; acaudillados tras la bandera de un adalid robaban más decorosa y desahogadamente, y el soberano para quien eran inservibles y angustiosos, se esmeraba en desviar aquel raudal sobre algún país cercano. Tras la paz de Sicilia, miles de genoveses, *catalanes*, [942] etc., combatientes por mar y tierra bajo los pendones de Anjou o de Aragón, vinieron a cuajar una sola nación por la semejanza de costumbres e intereses. Oyen que los turcos han invadido las provincias griegas del Asia: acuerdan empaparse en el esquilmo de pagas y de presas, y Federico rey de Sicilia les apronta garbosamente medios para su marcha. Tras veinte años de guerra incesante, naves o campamentos constituyen su patria; sin más haber ni ejercicio que el de las armas, el denuedo es el único atributo que los prenda; sus mujeres se hermanan en la índole con sus amantes y maridos. Se contaba que los catalanes de una cuchillada con su montante rajaban el jinete y el caballo, y aquella misma hablilla era de suyo un arma poderosísima. Era Roger de Flor su adalid más popular, y su mérito personal descollaba sobre el de los competidores más eminentes de Aragón. Hijo de un caballero alemán palaciego de Federico II y de una señorita de Brindisi, fue Roger sucesivamente ya templario, luego apóstata, después pirata, y por fin el almirante más opulento y poderoso del Mediterráneo. Surca de Mesina para Constantinopla con dieciocho galeras, cuatro naves mayores y ocho mil aventureros, y Andrónico el mayor cumple puntualmente el tratado, aceptando gozoso y despavorido auxilio tan formidable. Le hospedan en un palacio suntuoso y lo

enlazan con una sobrina del emperador, creándolo desde luego megaduque o almirante de Romanía. Tras un descanso decoroso, atraviesa la Propóntida con sus tropas y las capitanea denodadamente contra los turcos; fenecen hasta treinta mil musulmanes en dos batallas sangrientísimas, descerca ejecutivamente a Filadelfia, y se le condecora con el dictado de libertador del Asia. Prospera por breve plazo aquel país, pues tras el ansiado despejo, se nubla de nuevo con mayor lobreguez de servidumbre y exterminio. Huyen, dice un historiador griego, los moradores de la inmensa llamarada, y las hostilidades turcas son más llevaderas que la intimidad de los catalanes. Se apropian éstos las vidas y haberes que rescataron; toda joven redimida de la ralea circuncidada para en brazos de la soldadesca cristiana; la exacción de multas e impuestos degenera luego en desenfreno y rapiña, y resistiéndose Magnesia, se empeña el megaduque en sitiar una ciudad del Imperio Romano. [943] Intenta disculpar tamañas demasías con los ímpetus y desbarros de una hueste victoriosa, no estando en salvo ni su autoridad ni su persona si trata de escarmentar a sus leales secuaces, quienes quedaran defraudados del galardón convenido y cabal de sus servicios. En lamentos y amagos se cifra toda la pujanza imperial de Andrónico; su bula de oro tan sólo brindaba para quinientos jinetes y mil infantes, y su dignación, absolutamente voluntaria, tuvo a bien alistar y mantener toda la hueste agolpada en el Oriente; mientras sus aliados preferentes sirven gustosos con tres bizantinos, o piezas de oro, por su paga mensual, se habían señalado, ya una onza y luego hasta dos, también de oro, a los catalanes, cuyo importe anual venía a ser de medio millón de duros: uno de sus adalides había tasado comedidamente su desempeño *venidero* en dos o tres millones de reales, saliendo un caudal crecidísimo del tesoro para el mantenimiento de tan

caros sirvientes. Se cargó un impuesto enorme a los labradores sobre el trigo; se rebajó un tercio del sueldo a los empleados, y se adulteró tan vergonzosamente la moneda, que de las veinticuatro partes tan sólo cinco eran de oro. [944] Por intimación del emperador, tiene Roger que evacuar una provincia ya exhausta, mas no se aviene a repartir sus tropas, y usando siempre lenguaje comedido, sigue obrando a su albedrío absoluto. Protesta que en marchando el emperador contra él se adelantará cuarenta pasos para besar la tierra a sus plantas; pero en rehaciéndose de aquella postración, le queda vida y espada en servicio de sus amigos. El megaduque de Romanía se aviene a usar el dictado y las insignias de César; pero se desentiende allá de la nueva propuesta del gobierno de Asia con un subsidio en trigo y en dinero bajo la condición de reducir su tropa al número comedido de tres mil hombres. Acude el cobarde por último arbitrio al asesinato. Cede el César a la añagaza de visitar la residencia imperial de Andrinópolis, y la guardia alana lo acuchilla en el aposento y a la vista de la emperatriz, y aunque se achacó la atrocidad a venganza peculiar de los ejecutores cupo a sus paisanos que andaban por Constantinopla a las anchuras de la paz igual disposición de exterminio por el príncipe y el vecindario. El fracaso del caudillo acobardó al conjunto de los aventureros, quienes dando la vela se dispersan por las costas del Mediterráneo, pero un tercio veterano de mil quinientos catalanes o francos, se plantea en la fortaleza grandiosa de Gallípoli sobre el Helesponto, enarbolan el estandarte de Aragón, y claman por el desagravio de su caudillo en lid igual de diez o de cien guerreros. En vez de aceptar el denodado reto, el emperador Miguel, hijo y socio, de Andrónico, dispone el exterminarlos con la mole de su muchedumbre; echa el resto para agolpar una hueste de trece mil caballos y treinta mil

infantes, cuajando al propio tiempo la Propóntida con las naves griegas y genovesas. La desesperación y la disciplina de los catalanes contrarresta y arrolla tan exorbitantes fuerzas en dos batallas de mar y tierra; el emperador mozo se guarece en su palacio, dejando tan sólo unas guerrillas escasas de caballería para el resguardo de la campiña. La victoria acarrea gente y engrandece las esperanzas; acuden advenedizos y se hermanan en el nombre y los pendones de la gran Compañía, pues hasta tres mil turcos desiertan del servicio imperial para incorporarse en la valerosa milicia. Los catalanes dueños de Gallípoli atajan el comercio de Constantinopla y del Mar Negro, al paso que sus correrías están abarcando ambas orillas del Helesponto por Asia y Europa. Los mismos van asolando aquellas cercanías para resguardarse de su embate; campesinos y rebaños se guarecen dentro de la ciudad, y así tienen que degollar a millares el ganado lanar y vacuno en balde por carecer de pasto de pienso. Implora el emperador Andrónico la paz hasta cuatro veces, y otras tantas queda rechazado, hasta que la falta de abastos y la discordia de los caudillos precisa los catalanes a evacuar las márgenes del Helesponto y las cercanías de la capital. Sepáranse los turcos, y por fin los residuos de la gran compañía se interna por la Macedonia y la Tesalia en busca de nuevos establecimientos por el corazón de la Grecia. [945]

Olvidada por largo plazo la Grecia, le caben por despertador de su letargo nuevos quebrantos. En el ámbito de dos siglos y medio entre la primera y última conquista de Constantinopla, batallaron por aquel solar venerable un sinnúmero de tiranillos; careciendo del consuelo de la independencia y de las artes liberales, guerras intestinas y extranjeras siguieron acosando sus ciudades antiguas, y siendo la servidumbre preferible a la anarquía, tienen que gozarse con el sosiego del yugo turco. No

he de ir escudriñando las varias y arrinconadas dinastías que ya asomaron, ya desaparecieron, tanto en el continente como en las islas, pero si callásemos la suerte de Atenas, [946] ingratísimos viniéramos a mostrarnos con aquella primera y acendrada escuela de toda sublime ciencia y culto turco. En la partición del Imperio cupo el principado de Atenas y de Tebas a Otón de la Roche, guerrero hidalgo de Borgoña, [947] con el dictado de Gran Duque, [948] entendido a su modo por los latinos, y derivado más desvariadamente por los griegos del tiempo de Constantino. [949] Seguía Otón el estandarte del marqués de Monferrato; heredaron pacíficamente aquellos estados, adquiridos milagrosamente en desempeño y suerte [950] su hijo y nietos, hasta que variaron de familia, mas no de ilación, enlazándose una heredera con la rama primogénita de la alcurnia de Briena. Gualtero, parto de aquel patrimonio, poseyó el ducado de Atenas, y con el auxilio de algunos asalariados catalanes, a quienes fue otorgando feudos, redujo más de treinta castillos de los señores cercanos o vasallos. Al asomar luego la ambiciosa gran compañía, va juntando la fuerza de setecientos caballeros, seis mil cuatrocientos jinetes y ocho mil infantes, y la arrostra denodadamente a las orillas del río Cefiso en Beocia. No tienen los catalanes más que tres mil quinientos caballos y cuatro mil infantes; pero suplen la desproporción del número con el método y el ardid. Empantanan su campamento; adelántase el duque con sus caballeros sin zozobra ni cautela sobre el verdor de una pradera, se encenagan y los destrozan, con la mayor parte de la caballería francesa. Arrojan de allí aquella familia con toda su nación, y el último Gualtero de Briena, duque tutelar de Atenas, tirano de Florencia y condestable de Francia, vino a perder la vida en los campos de Poitiers. Victoriosos los catalanes, se apropian el Ática y la Beocia; se enlazan con las

viudas e hijas de los vencidos, y por catorce años la gran compañía está más y más aterrando los estados griegos. Sus desavenencias les precisan a reconocer por soberana casa de Aragón todo lo restante del siglo XIV los reyes de Sicilia siguen concediendo como pertenencia suya, el gobierno de Atenas. Tras los franceses y catalanes asoma la tercera dinastía de los Acaiolis, plebeyos en Florencia, prepotentes en Nápoles y soberanos en Grecia. Van hermoseando la ínclita Atenas con nuevos edificios, y la encumbran en capital de un estado que abarca a Tebas, Argos, Corinto, Delfos y parte de Tesalia, hasta que Mahometo II zanja terminantemente su reinado, ahorcando al último duque y criando a sus hijos en la disciplina y religión del serrallo.

Aquella Atenas, [951] ya ni sombra de su antiguo esplendor, sin asomo de sí misma, contiene todavía de ocho a diez mil habitantes: tres cuartas partes griegos en idioma y religión, y los turcos, que son los restantes, por el roce con los ciudadanos han ido amainando en el orgullo y la seriedad de su índole nacional. El olivo, don de Minerva, sigue floreciendo en el Ática, y la miel del monte Himeto nada ha desmerecido de su sabor exquisito [952] pero su apocadísimo comercio, para en manos advenedizas, y los walaquios trashumantes: son los labradores de aquel árido terreno. Sobresale todavía el ingenio de los atenienses por su agudeza y travesura; pero estos atributos careciendo de la sobrehumana independencia, y de la antorcha del estudio, tienen que bastardear más y más y parar en astucia interesada y ruin, y suena en el país el proverbio de que «Dios nos libre de los judíos de Tesalónica, de los turcos de Negroponto y de los griegos de Atenas». Aquel pueblo artero ha logrado desentenderse de la tiranía de los bajales turcos, con un arbitrio que alivia su servidumbre y remata su afrenta. Escogieron los

atenienses por su amparador al Kisluv Aga, o caudillo de los eunucos negros del serrallo en el siglo anterior. Aquel esclavo etíope, colgado de los oídos del sultán, se aviene a recibir el tributo de treinta mil monedas; su lugarteniente o vaivoda, a quien anualmente revalida, se apropia además, de cinco a seis mil; y tal es la maestría del vecindario, que por lo más logra remover a quien lo acosa o atropella. Sentencia sus pleitos el arzobispo, uno de los prelados más ricos de la Iglesia griega, pues goza una renta de cinco mil duros, y luego hay un tribunal de ocho *gerentes* o mayores nombrados por otros tantos barrios de la ciudad: las familias nobles no aciertan a deslindar su linaje hasta más de tres siglos; pero sus individuos principales descuellan con su continente circunspecto, y el dictado altisonante de *arconte*. Hay algunos amantes de contraposiciones que gradúan el habla actual de Atenas por la más estragada y bárbara de los setenta dialectos del griego vulgar; [953] pero este concepto es descompasado, y es un tiznón torpísimo; pero no es obvio el hallar en la patria del divino Platón, y de todo un Demóstenes, un solo lector, o un ejemplar de su obras. Andan los atenienses con despego yerto por los escombros esclarecidos de su antigüedad, y tan avillanada yace su índole, que no alcanzan a deslindar las excelencias de sus antepasados. [954]

LXIII

GUERRAS CIVILES Y DESQUICIAMIENTO DEL IMPERIO GRIEGO - REINADOS DE LOS ANDRÓNICOS MAYOR Y MENOR Y DE JUAN PALEÓLOGO - REGENCIA, REBELDÍA, REINADO Y RENUNCIA DE JUAN CANTACUZENO - ESTABLECIMIENTO DE UNA COLONIA GENOVESA EN PERA O GALATA - SUS GUERRAS CON EL IMPERIO Y CIUDAD DE CONSTANTINOPLA

El reinado larguísimo de Andrónico [955] el mayor, sobresale principalmente por las contiendas de la Iglesia griega, la invasión de los catalanes y el encumbramiento del poderío otomano. Descuella como literato y virtuoso sin par en su siglo (1282-1320 d. C.); pero ni su virtud, ni su instrucción condujeron al realce del individuo o al bienestar de la sociedad. Como esclavo rendidísimo de superstición rastrera, le están acosando a miles enemigos soñados o visibles, asustándole al par las llamaradas del infierno, que las antorchas de un catalán o de un turco. Era en el reinado de los Paleólogos, la elección de patriarcas, negocio de suma entidad en el estado; encabezaban la Iglesia griega monjes ambiciosos y fanáticos, tan rematadamente despreciables y aciagos por sus vicios como por sus virtudes, por su saber, como por su ignorancia. El patriarca Atanasio con su tirantez desaforada [956] se acarreó el odio del clero y del vecindario, pues andaba voceando que el pecador había de engullir hasta las últimas heces en la copa de la penitencia, cundiendo luego la hablilla disparatada de haber venido a castigar a un pollinejo sacrílego mordedor de la lechuga de un

convento. Alborótanse todos, lo apean del solio; pero antes de moverse, compone el desterrado contrapuestamente dos escritos. El testamento público es todo comedido y empapado en resignación; pero el codicilo reservado es una descarga de anatemas contra los fraguadores de un desastre, a quienes para siempre excluye de la comunión de la sagrada Trinidad, de los ángeles y de los santos. Mete este último en una olla de barro, y la manda colocar sobre la cima de un pilar del cimborio de Santa Sofía, esperanzado de su descubrimiento y venganza. A los cuatro años, unos muchachos trepando por una escala, en busca de nidos de palomos, descubren el fatalísimo secreto, y como Andrónico se halla también comprendido y ensogado en la excomunión, se horroriza trémulo y obcecado sobre la sima excavada alevosamente a sus plantas. Júntase al punto un sínodo episcopal a ventilar cuestión tan enmarañada; todos tildan la temeridad de aquel anatema encubierto; pero como la mano atadora de aquel nudo es la única a quien cabe desatarlo, y aquella diestra carece de su báculo, se deja inferir que el decreto póstumo, es de todo punto irrevocable para todo poder humano. Apronta a viva fuerza el autor de aquel fracaso algunas muestras de indulto y arrepentimiento; pero quedó más y más llagada la conciencia del emperador, quien está ansiando con no menos afán que el mismo Atanasio, el restablecimiento de un patriarca, cuya mano única puede curarle.

Golpea un monje reciamente y a deshora la puerta del aposento imperial, anunciando revelaciones de peste y hambre, de inundaciones y terremotos. Brinca Andrónico de su lecho, pasa la noche en plegarias, hasta que percibe, o conceptúa, un movimiento en la tierra. El emperador a pie acaudilla los obispos y monjes a la celdilla de Atanasio, y tras cierto ademán de resistencia, el santo encaminador del mensajero, se allana por

fin a absolver al príncipe y gobernar la Iglesia de Constantinopla. Más y más empedernido y desaforado tras su arrinconamiento, el pastor se malquista cual nunca con su grey, ideando luego sus enemigos un género peregrino, pero acertado de venganza. Por la noche arrebatan la tarima o la alfombra de su solio, y la exponen reservadamente con el realce de un dibujo satírico. Retratan al emperador embridado, y guiándole Atanasio como un jaquillo a los pies de Jesucristo. Se descubren y castigan los satíricos, mas al ver que los dejan con vida, el sacerdote cristiano con ceñuda saña, se retira a su celda, y los ojos de Andrónico, abiertos por un rato, vienen luego a cerrarse por mano del sucesor.

Curioso y trascendental sobremanera se aparece aquel acontecimiento en un reinado esterilísimo de medio siglo, y no me cabe el adolecer de escaseces en la materia, pues voy compendiando en breves páginas macizos volúmenes en folio de Paquímero, [957] Cantacuzeno [958] y Nicéforo Grégoras [959] que fueron historiando desmayada y larguísimamente los sumos de aquel tiempo. Infunden sumo interés el nombre y la situación del emperador Juan Cantacuzeno, pues sus memorias de cuarenta años abarcan desde la rebeldía de Andrónico el Menor, hasta su propia renuncia del Imperio, habiéndose notado que al remedo de Moisés y del César, es el protagonista en los vaivenes teatrales que va describiendo. Mas no asoma en todo su parto elocuente el desahogo de un héroe o de un penitente, pues arrinconado en su claustro y como ajeno de los achaques y desbarros humanos, está rasgueando no una confusión, sino una apología, de la vida de un estadista ambicioso. En vez de patentizar el dictamen y la índole de los individuos sin rebozo, anda enarbolando en visos fementidos el tenor de los acontecimientos con el realce de sus propias alabanzas y las de

sus amigos. Siempre sus móviles son santísimos, sus miras irreprensibles; conspiran y se rebelan siempre sin el menor asomo de interés, y cuantas violencias medían en sus actos se vitorean como partos más obvios de la razón y del pundonor.

Andrónico el Mayor, a ejemplo del primer Paleólogo, se asocia su hijo Miguel a los timbres de la púrpura, y desde la edad de dieciocho años hasta su temprana muerte, continúa reconocido por espacio de veinticinco años, como segundo emperador de los griegos. [960] Capitanea el ejército sin causar zozobra al enemigo, ni celos a la corte; su comedimiento decoroso jamás se pasó a ir computando los años del padre, ni cupo a éste el arrepentirse de su garbosidad, ni por los vicios, ni por las virtudes del hijo. Llamábase el hijo de Miguel, Andrónico, en cuya privanza se hizo lugar por aquella semejanza de nombre. Florido ingenio y galana estampa, prendaron más y más al mayor Andrónico, y según el devaneo general de la ancianidad, esperanzó realizar en el segundo los anhelos frustrados de la generación primera. Edúcase el mancebo en palacio a fuer de heredero y de predilecto, y entre los juramentos y vítores del pueblo suena y resuena la tríada augusta de padre, hijo y nieto. Pero aquella grandeza temprana estraga desde luego al menor Andrónico, al estar viendo con aniñado enojo ambos estorbos que le están atajando, y le han de contrarrestar por largo plazo los ímpetus de su ambición. No se cifra su afán en granjearse nombradía, y labrar la felicidad humana, pues los atributos más embelesantes de la monarquía son para él la riqueza y el desenfreno y su primera y desatinada petición es la soberanía de alguna isla fértil y riquísima, donde pueda soltar la rienda a su independencia y sus deleites. Alborota la capital y desazona al emperador con sus extremos incesantes de antojadiza destemplanza, y los usureros genoveses le franquean

el caudal, que le escasea la economía del superior, y el paradero de tan exorbitante deuda, no podía menos de ser una revolución fraguada en el arrabal de Pera. Una beldad, matrona por su jerarquía y ramera por sus costumbres, había echado el resto de su maestría para imponer al menor Andrónico en la cartilla de los amoríos; pero malicia luego visitas nocturnas de un competidor, y sus guardias puestos en acecho a la puerta, traspasan a flechazos un advenedizo que es su hermano, el príncipe Manuel, quien va luego penando y fallece por fin de la herida; y entonces Miguel, padre de entrambos, ya quebrantado de salud, muere también a los ocho días llorando el malogro de sus dos hijos. [961] Aun cuando no resultase a su cargo aquel fracaso, debía Andrónico achacar la muerte, así del hermano como del padre, a sus propios vicios; y hondo entrañable fue el quebranto de la reflexiva racionalidad, al presenciar, en vez de pesadumbre y arrepentimiento, regocijo mal rebozado en el descarte de dos competidores incómodos. Con estos aciagos acontecimientos y el recargo de sus achaques, las potencias del primer emperador se fueron siempre menoscabando, y tras mil reconvenciones infructuosas, traspasó a otro nieto su cariño y esperanzas. [962] Anunciose aquella variación con el nuevo juramento al soberano reinante, y a la persona que nombrase para sucederle, y el heredero reconocido, tras repetidos desacatos y querellas, quedó sujeto a la afrenta de ser públicamente encausado. Antes de la sentencia, que no podía menos de condenar al nieto a una mazmorra o una celda, informan al emperador que los patios de palacio están rebosando de secuaces armados de su nieto, y así se mitiga el proceso con un ajuste de reconciliación, y el éxito triunfal del príncipe enardece el denuedo del bando juvenil.

Pero vecindario, clero y Senado siguen la persona, o por lo

menos el gobierno, del emperador anciano, y tan sólo allá por las provincias hallan los descontentos el arbitrio de huida, rebeldía o arrimo advenedizo para esforzar su empeño y voltear el solio (1321-1328 d. C.). El gran doméstico Juan Cantacuzeno es el alma de aquella empresa, pues su salida de Constantinopla es la primera fecha de sus gestiones y de sus memorias: y aunque su propia pluma es la que rasguea expresivamente, un historiador desafecto está encareciendo su afán y desempeño en servicio del emperador mozo; el cual huye de la capital pretextando una cacería; enarbola su estandarte en Andrinópolis, y junta en pocos días cincuenta mil hombres de infantería y caballería, quienes, ni por obligación, ni por pundonor, se armarán contra los bárbaros. Con tan crecida fuerza se mandara y salvara el Imperio, mas eran encontrados los pareceres, sus movimientos pausados e inciertos, y amaños y negociaciones entorpecen todos sus pasos. Sigue la contienda de los Andrónicos dilatada, suspendida y renovada por el plazo arruinador de siete años. Por el primer ajuste se dividen los residuos del Imperio griego: el mayor queda con su Constantinopla, Tesalónica y las islas, cediendo al menor la soberanía de la mayor parte de Tracia desde Filipos hasta el confín bizantino. En el segundo tratado pacta el pago de sus tropas, su coronación ejecutiva, y una porción decorosa del poderío y rentas del estado. La tercera guerra civil para en la sorpresa de Constantinopla, el retiro terminante del emperador anciano y el reinado único de su victorioso nieto (febrero de 1325 d. C.). Las causales de tanta dilación se hallan en la índole de los individuos y de su siglo. Abogando el héroe de la monarquía por su desagravio y sus anhelos, oyósele con lástima y aplauso, y sus parciales andan pregonando la promesa contrapuesta de aumentar su paga a la soldadesca y descargar al

vecindario de gravámenes. Suenan y resuenan en su rebeldía las quejas de cuarenta años, y atruenan a la nueva generación con la grandiosa perspectiva de un reinado cuyos privados son de otros tiempos. Sin brío floreció la mocedad de Andrónico, y carece su madurez de todo decoro; asciende el producto de sus impuestos de cinco a seis millones de duros, y aquel soberano riquísimo, cual ninguno de la cristiandad, no alcanza a mantener tres mil caballos y veinte galeras para contrarrestar el ímpetu de los asoladores turcos. [963] «¡Cuán diversa —prorrumpe el joven Andrónico—, es mi situación de la mi hijo de Filipo! Podía lamentarse Alejandro de que nada le dejaba su padre para conquistar, ¡ay de mí! nada me dejara mi abuelo que perder». Pero luego quedaron enterados los griegos de que las llagas públicas no se sanan con guerra civil, y de que el predilecto mancebo no había de ser el salvador de un imperio caedizo. En el primer rechazo su propia liviandad, las desavenencias violentas y la mañas de la antigua corte, siempre tentadora de individuos, quebrantaron su partido; ya lo asaltan remordimientos, ya le acosan los negocios, ya lo engañan con propuestas; su afán es el deleite y no el poderío, y la proporción de mantener mil galgos, mil halcones y mil cazadores, basta para mancillar su concepto y desarmar toda su ambición.

Vamos ahora a presenciar la catástrofe de tan enmarañada farsa, y la situación contrapuesta de los principales comediantes. [964] Discordias civiles acosan la vida de Andrónico, y en los vaivenes de guerras y tratados su potestad y su concepto van siempre menguando, hasta la noche fatalísima en que las puertas de la ciudad y del palacio se franquean de par en par y sin contrarresto a su nieto. Escarnece el caudillo principal los avisos repetidos de sumo peligro, y retirándose a su lecho sin asomo de zozobra, desampara al endeble monarca, con algunos clérigos y

pajecillos, en incesante y pavoroso desvelo. Se realizan luego sus sobresaltos con el clamor hostil que está vitoreando los dictados y el triunfo de Andrónico el Menor; y el emperador anciano, postrándose ante una imagen de la Virgen, envía un mensaje rendido brindando con el cetro, e implorando la vida de manos del vencedor. La contestación del nieto es decorosa y compasiva, y a instancias de sus amigos el mozo Andrónico se reviste del cargo de administrador único, dejando al mayor el dictado y la preeminencia de emperador primero, el uso del gran palacio y una pensión de veinticuatro mil monedas de oro, la mitad sobre el tesoro general y la otra de la almadraba de Constantinopla. Pero una vez arrinconada, todo es ya para el menosprecio y olvido, sonando tan sólo por los patios y corredores del silencioso y grandísimo palacio las aves y ganados de la vecindad que se espacian a sus anchuras, y viniendo luego a quedar su situado en diez mil monedas trabajosamente habidas, [965] desahuciado al fin de toda esperanza. La escasez, y luego carencia total de vista, acibaró más y más sus quebrantos, estrechándole también su encierro, y en las ausencias o indisposiciones del nieto, sus alcaides inhumanos, amenazándole de muerte, le precisaron por fin a trocar la púrpura por el hábito y la profesión monástica. Vive el padre *Antonio* retraído del boato mundano, pero en el invierno necesita abrigarse con un tosco pellizo, y como su confesor le tiene vedado el vino, y su médico el agua, usa a pasto el sorbete de Egipto. Ardua empresa es para el ex emperador el proporcionarse tres o cuatro monedillas para acudir a tan menguadas urgencias, y si se desprende aun de su poquísimo oro para remediar el apuro todavía más doloroso de un amigo, tamaño sacrificio abulta en gran manera entre los sumos rasgos de humanidad y de religión. A los cuatro años de su renuncia, fallece Andrónico o Antonio

en su celdilla, de setenta y cuatro años, y la postrera incensado de adulación tan sólo pudo prometerle corona de gloria más esplendorosa en el cielo que la ceñida por largo tiempo en la tierra. [966]

No es tampoco el reinado del menor más esclarecido y venturoso que el mayor de los Andrónicos. [967] Esquilmó el fruto de su ambición, pero lo paladeó pasajera y amarguísimamente, pues se malquistó desde su encumbramiento (mayo de 1328 d. C.), y se patentizaron más a las claras los achaques de su índole. Estrechábale la reconvención pública a marchar personalmente contra los turcos, y acompañábale el denuedo en los trances, pero un descalabro y una herida fueron los únicos trofeos que trajo de su expedición del Asia, que corroboró el restablecimiento de la monarquía otomana. Los desbarros de su desempeño fueron rayando a lo sumo, y su rematada informalidad en el caso revuelto de trajes nacionales suenan llorosamente entre los griegos, como síntomas fatalísimos de la decadencia del Imperio. Envejece Andrónico muy temprano, pues su desenfreno juvenil anticipa los achaques de la ancianidad, y restablecido de una dolencia, mortal por su naturaleza, los remedios, o la Virgen, fallece luego a los cuarenta y cuatro años. Se enlazó dos veces, y como el roce con los latinos preponderantes había desmoronado las vulgaridades griegas en la corte, entrambas consortes eran de las casas reales de Italia y Alemania. La primera, Inés en la cuna, e Irene en Grecia, era hija del duque de Brunswick. Era el padre un señor de poquísima monta [968] en las regiones míseras y bravías [969] del norte de Alemania, [970] gozaba no obstante de escasas rentas con sus minas de plata, [971] y los griegos ensalzan su alcurnia como la más antigua y esclarecida del apellido Teutónico. [972] Tras la muerte de esta princesa ternezuela, vino

Andrónico a desposarse con Juana hermana del conde de Saboya, [973] y su comitiva sobrepujaba a la del rey de Francia. [974] Acataba el conde en su hermana la majestad augusta de una emperatriz romana; compónese su séquito de caballeros y de damas, se regenera y corona en Santa Sofía, apellidándose más católicamente Ana, y en la festividad del desposorio compiten griegos e italianos en los ejercicios marciales de justas y torneos.

Sobrevive la emperatriz Ana de Saboya a su marido, y su hijo, Juan Paleólogo, huerfanillo de nueve años, va luego floreciendo al amparo del griego más descollante y benemérito de aquel tiempo. La intimidad entrañable y dilatada del padre con Juan Cantacuzeno redunda al par en blasón de entrambos, pues entablada con los recreos de su mocedad, y siendo las alcurnias igualmente esclarecidas, [975] el brillo reciente de la púrpura quedaba contrapuesto con la sobrepujanza de una educación casera. Ya se ha visto cómo fue Cantacuzeno el rescatador del príncipe muy mozo contra la potestad del abuelo, y tras seis años de guerra el mismo predilecto lo reinstaló triunfalmente en su palacio de Constantinopla. En el reinado del menor Andrónico, el gran doméstico avasalla al emperador y al Imperio, y su denuedo y desempeño devuelven la isla de Lesbos y el principado de Etolia a su obediencia antigua. Confiesan sus enemigos que entre los salteadores públicos es Cantacuzeno el más mirado y comedido, y la reseña de sus haberes, que pone de manifiesto [976] deja presumir que todos le cupieron de herencia sin el tiznón personal de la rapiña. No especifica a la verdad su caudal en moneda, plata labrada y joyas; y luego tras el don voluntario de doscientas alhajas de plata, y muchas reservas de amigos y robos de sus contrarios, la confiscación de sus tesoros bastó para la habilitación de una escuadra de setenta galeras. No deslindo la extensión y número

de sus posesiones, pero rebosan sus tropas de acopios de centeno y cebada y la faena de mil pares de bueyes pudiera muy bien arar, según la práctica de los antiguos, más de sesenta mil yugadas de terreno. [977] Se solazaban por sus dehesas dos mil quinientas yeguas de cría, doscientos camellos, trescientas mulas, quinientos asnos, cinco mil reses vacunas, cincuenta mil cerdos y setenta mil ovejas; [978] registro apreciabilísimo de opulencia campesina, hacia los remates del Imperio, muy probablemente en la Tracia, tan repetidamente talada con hostilidades caseras y advenedizas. Sobrepujaba la privanza de Cantacuzeno a sus haberes; pues en la estrechez de la familiaridad y en los ratos de indisposición, se mostraba el emperador ansioso de zanjar la distancia que mediaba instando a su íntimo para alternar en la diadema y la púrpura. El pundonor del gran doméstico, testimoniado por su propia pluma, contrarrestó tan azarosa propuesta, pero el último testamento de Andrónico lo dejó nombrado ayo de su hijo, y regente del Imperio (1341 d. C.).

Si hallara el sumo regente decorosa correspondencia en subordinación y agradecimiento, procediera quizás con lealtad acendrada y afanosa en servicio de su alumno. [979] Quinientos soldados están siempre de guardia en palacio y junto a la persona del emperador; se tributan exequias debidas al difunto; calla y obedece la capital; y Cantacuzeno participa, con quinientas cartas en el término de un mes a todas las provincias su malogro y su obligación. El gran duque o almirante Apocauco agosta la perspectiva de una minoría bonancible, y para más abultar su alevosía el historiador imperial encarece su misma imprudencia en remontarlo hasta aquella esfera contra el dictamen de su atinado soberano. Osado y astuto, robador y pródigo, la ambición y la avaricia se están dando la mano mutuamente en todos sus pasos, echando el resto de sus alcances

en el exterminio de la patria. Se engríe más y más su arrogancia con el mando de las fuerzas navales, de una fortaleza, y redoblando juramentos y lisonjas está reservadísimamente conspirando contra su bienhechor. Cohecha y maneja la comitiva mujeril y palaciega de la emperatriz; estimula su natural anhelo por la tutoría de su propio hijo; el cariño maternal sirve de disfraz a su ansia de poderío, y el fundador de los Paleólogos dejó a la posteridad enterada en el ejemplar de un ayo alevoso. Es el patriarca Juan de Apri un anciano altanero y apocado, cercado de infinita y hambrientísima parentela. Saca a luz allá una carta enmohecida de Andrónico en que le encarga la custodia religiosa del príncipe y del pueblo; el paradero de su antecesor Arsenio le esta advirtiendo que precava, antes de tener que castigar los atentados de un usurpador, y Apocauco se sonríe con el cebo tan certero de su adulación, al ver que el sacerdote bizantino se va encumbrando al señorío y arranques temporales del pontífice romano. [980] Se asocian reservadamente tres sujetos de tan diversa índole y situación; restablecen ciertos asomos de autoridad en el Senado, y suena halagüeñamente en el vecindario el eco de libertad. Aquella confederación poderosísima asalta al gran doméstico, al pronto con armas encubiertas y luego sin rebozo. Se contrarrestan sus prerrogativas, se soslayan sus dictámenes, se persiguen sus amigos, y se le amaga en la ciudad y en el campamento. Al ausentarse por el servicio público, se le tizna de traidor, se le pregona por enemigo de la Iglesia y del estado, entregándolo con todos sus parciales, a la cuchilla justiciera, a la venganza del pueblo y a la potestad del diablo: se le confiscan los haberes, se encarcela a su anciana madre; yacen sus servicios anteriores en el olvido, y le precisan a cometer el delito que le están achacando. [981] Escudriñando la conducta anterior de Cantacuzeno aparece

inculpable de todo asomo alevoso y lo único que empaña su inocencia es aquel ahínco extremado en sincerarse, y la sublimidad castiza que cifra en su propio y acendrado pundonor. Aparentando siempre así la emperatriz como el patriarca finísima armonía insta redobladamente por el permiso para retirarse a una vida privada y aun monástica. Aun declarado ya enemigo público, está más y más ansiando el arrojarse a las plantas del tierno emperador, y recibir sin prorrumpir en el menor murmullo el hachazo del sayón; se le hace muy cuesta arriba el dar oídos a los dictámenes de la razón que le está demostrando el instituto natural y sagrado de mirar por su familia y amigos, y ante todo que le cabe ya más salvamento que el de la espada con el dictado imperial.

El emperador Juan Cantacuzeno queda revestido (1341 d. C.) con los borceguíes purpúreos, en la ciudad fuertísima de Demótica, peculiar de su señorío; su parentela noble le calza el derecho, y los caudillos latinos, todos caballeros, el izquierdo. Pero aun en el mismo trance de pregonar su rebeldía, ostenta visos de lealtad, y los dictados de Juan Paleólogo y de Ana de Saboya suenan siempre antes que su propio nombre y el de su esposa Irene. Transparente disfraz de rebeldía viene a ser este ceremonial tan fútil, ni caben al parecer agravios personales que escuden a un súbdito para guerrear contra su soberano, pero aquel mismo repente, desde luego tan certero, está asombrando los pretextos del usurpador sobre ser aquel paso terminante más bien pasto de la precisión que de su albedrío. Sigue Constantinopla al emperador mancebo, acuden al rey de Bulgaria para el socorro de Andrinópolis; titubean las ciudades principales de Tracia y Macedonia, y por fin se retraen del gran doméstico, y los caudillos de la tropa y las provincias, a impulsos de su interés privado, anteponen el predominio blando de una

mujer y un sacerdote. Aporta Cantacuzeno su ejército en dieciséis divisiones, sobre las orillas del Metas para ir atrayendo, o tener aterrada la capital; zozobras y traiciones las dispersan, y la oficialidad, especialmente la asalariada de los latinos, admite los regalos y entra en el servicio de la corte bizantina. Con este menoscabo el emperador rebelde (pues fluctúa entre ambos predicamentos), se encaminan, con un residuo selecto a Tesalónica, pero fracasa en su intento contra aquella plaza de suma entidad, estrechándole siempre el alcance el gran duque, su enemigo Apocauco, acaudillando fuerzas superiores por mar y por tierra. Internado a viva fuerza, en su marcha, o más bien huida por las serranías de la Serbia, junta Cantacuzeno su gente para deslindar la que mereciese o desease continuar en su servicio ya tan mal parado. Una mayoría ruin se despide con su acatamiento, y su cuerpo leal se reduce a dos mil y luego a quinientos voluntarios. El *kral* [982] o déspota de los serbios lo recibe con espléndido agasajo, pero el huésped va luego menguando a suplicante, a rehén y a cautivo, y en tan lastimosa servidumbre yace al umbral de un Bárbaro, árbitro de la vida y libertad de un emperador romano. No alcanzan ofertas halagüeñas a desmoronar su entereza, mas luego se va inclinando a la parte prepotente, y despide al amigo sin tropelía en busca de nuevas esperanzas y peligros. Arde por seis años la guerra civil, con alternativas de ventajas y descalabros, ciega y enfurecidamente; el encono de nobles y plebeyos desquicia los pueblos; batallan Cantacuzenos y Paleólogos, y por ambos partidos contrapuestos se acude a búlgaros, serbios y turcos para instrumento de ambiciones peculiares y exterminio general. Llora el regente aquel cúmulo de fracasos que causó y está padeciendo, y palpó con dilatada experiencia aquel desengaño patente sobre la diferencia entre guerra civil y extranjera. «Este

—exclamó—, es el ardor externo del estío; siempre, siempre tolerable y a veces benéfico, la otra es la llama mortal de la fiebre, que está consumiendo sin arbitrio las entrañas del paciente». [983]

Afrenta perniciosísima es la de acudir a bárbaros irracionales para las desavenencias entre naciones civilizadas, pues si en el trance imprescindible socorren la razón y la humanidad rechazan tamaño desbarro. Sabido es que los bandos contrapuestos achacan al par a sus contrarios la culpa del primer paso, y cuantos malogran sus intentos son siempre los más vocingleros en tiznar los mismos ejemplares que están envidiando y remedaran gustosísimos. Eran quizás los turcos de Asia menos bravíos que los cabrerizos de Bulgaria y Serbia, pero les constituía su religión enemigos implacables de Roma y del cristianismo. Echaron el resto en ruindad y desembolso entrambos partidos para granjearse la amistad de los emires; sobresalió la maestría de Cantacuzeno, pero a precio subidísimo le costaron el auxilio y la victoria, mediando el desposorio de su hija con un infiel, el cautiverio de miles de cristianos y el tránsito de los otomanos a Europa, que fue el hachazo póstumo y fatalísimo para el derribo del Imperio Romano. Inclinada ya la balanza se vuelca a su favor con la muerte de Apocauco, remuneración debida, aunque harto extraña de sus maldades. Tiene encarcelados un sinnúmero de nobles y plebeyos en la capital y por las provincias, hacinándolos todos en el palacio antiguo de Constantinopla. Los van emparedando más y más con la división y estrechez de miles de celdillas, con el intento de atajarles todo asomo de huida y atormentarlos hasta lo sumo en aquel desamparo. Está diaria y personalmente activando la obra; se queda su escolta a la puerta y al hallarse en un patio interior para celar a los albañiles, ajenísimo de toda zozobra y recelo, lo

asaltan y dejan exánime en el suelo dos presos de la alcurnia Paleóloga, [984] armados a impulsos de su denuedo y desesperación, tan sólo con garrotes. Vitorean la venganza y su libertad y la muchedumbre destroza sus grillos, fortifica la cárcel, cuelgan de una pared la cabeza del tirano, e imploran confiadamente la clemencia de la emperatriz y el amparo del pueblo. Cabía desde luego a Ana de Saboya el complacerse con el escarmiento de un ministro ambicioso, pero mientras está deliberando, la plebe, y con especialidad la marinería, estimulada por la viuda del gran duque, se propasa a la asonada, al asalto y a la matanza. Los presos (por lo más ajenos de toda culpa y gloria en aquel hecho) huyen a una iglesia cercana; quedan degollados al pie del altar, y es el monstruo tan sangriento y venenoso en muerte como en vida. Pero se cifró en su inteligencia la causa del emperador mozo, y sus socios ahora, desavenidos y recelosos todos, se desentienden de la guerra, y de todo género de convenio. Al despuntar la contienda la emperatriz desengañada se lamenta de que los enemigos de Cantacuzeno la han vendido; se esmera el patriarca en predicar contra el perdón de los agravios, sellando su promesa de encono sempiterno con juramento y pena de excomunión. [985] Pero prescinde luego Ana de toda enseñanza para odiar en el alma y mira con cierta indiferencia como advenediza, las desventuras del Imperio. Se encela de muerte con una emperatriz competidora, y en sus primeros arranques de aquel ímpetu, amaga al patriarca con la convocación de un concilio para apearlo de su asiento. Su torpeza y sus desavenencias proporcionan suma ventaja, pero la guerra civil se va dilatando con la flaqueza de entrambos partidos, incurriendo el comedimiento de Cantacuzeno en la tacha de flojedad y cobardía. Va recobrando ciudades y provincias, y el reino de su

alumno se ciñe al recinto de las murallas; pero Constantinopla por sí sola contrapesa a lo restante del Imperio, ni le cabía el avance decisivo hasta tener afianzado el concepto público y la correspondencia reservada. Había sucedido al gran duque en su cargo un italiano llamado Facciolati [986] (enero de 1347 d. C.) corriendo por su cuenta la armada, los guardias y la puerta dorada, pero su ambición se deja cohechar para servir de instrumento a una alevosía, y así la revolución queda cumplida sin sangre ni peligro. Sin asomo de arbitrio para la resistencia ni de esperanza de auxilio, Ana inflexible se empeña en defender el palacio, y se sonriera a la llamarada de toda la capital a trueque de no verla en manos de su competidora; pero se quebranta a las instancias de amigos y enemigos, y el vencedor, quien profesa entrañable y ansioso cariño al hijo de su bienhechor, dicta el tratado. Queda por fin consumado el enlace de Paleólogo con su hija, y reconocido el derecho hereditario del alumno, pero por diez años sigue el ayo revestido por sí solo de todo el derecho de la gobernación. Siéntanse hasta dos emperadores y tres emperatrices en el solio de Constantinopla, y un indulto general despeja las zozobras y corrobora las propiedades de los individuos más culpados. Solemnízase la coronación y el desposorio con muestras, fementidas por ambas partes, de concordia y magnificencia. En las turbulencias pasadas, tras el erario, se habían malbaratado las alhajas del palacio; sírvese el banquete imperial con vajilla de peltre o vidriado, y es tan fantástica la altanería de aquel siglo que la carencia de oro y joyas, se suple con la hechura baladí de cristales y pieles doradas. [987]

Me afano en redondear la historia personal de Cantacuzeno. [988] Triunfa y reina, pero luego se nublan entrambos logros malquistándose con uno y otro bando. Califican sus secuaces el acta de indulto de perdón para sus enemigos y olvido para sus

íntimos, [989] pues por su causa se menoscabaron o fenecieron las posesiones, y al vagar desnudos y hambrientos por las calles van maliciando la generosidad interesada de un caudillo que desde el solio del Imperio está desamparando su herencia solariega. Los parciales de la emperatriz se sonrojan de estar colgados para sus haberes y su existencia del agrado voluble de un usurpador, y aunque sedientos de venganza, se escudan con las muestras de cariño que vocean, por la sucesión, y aun el salvamento de su niño. Instan encarecida y desaforadamente los amigos de Cantacuzeno para que se les descargase de su juramento a los Paleólogos, encargándose de la defensa de algunas plazas por vía de afianzamiento, y esforzando el empeño con eficaz elocuencia, pero contrarrestando siempre (dice el historiador imperial) «con mi peregrino y casi increíble pundonor». Suena ya el eco de tramoyas y asonadas, y está temblando de que se arrojen hasta el extremo de arrebatarle, por enemigos caseros o advenedizos el príncipe legítimo tremolando allá su nombre y sus agravios en las banderas de la rebeldía. Florece ya varonilmente el hijo de Andrónico, y se despeja y obra, remedando y enardeciendo su ambición tras los vicios del padre. Cantacuzeno, según blasona él mismo, se afana en ir enfrenando la torpe sensualidad del mancebo, sublimando su ahínco al par de su encumbrada esfera. En la expedición de Serbia entrambos emperadores van ostentando su mutua y entrañable armonía a la tropa y al paisanaje, y el mayor se esmera en amaestrar a su alumno en los afanes de la guerra y del gobierno. Ajustada la paz, se acuartela Paleólogo en Tesalónica, sitio real y punto fronterizo, para afianzar con su ausencia el sosiego de Constantinopla, y resguardar su mocedad de los halagos expuestísimos de la capital. Pero la distancia quebranta el alcance del predominio, y el hijo de Andrónico capitanea una cuadrilla de compañeros

desaforados que lo descarrían de su ayo, se lamentan de su destierro y pregonan sus desagravios. Tras un ajuste reservado con el cual el déspota de Serbia estalla una rebelión, y Cantacuzeno entronizado en el solio del mayor Andrónico defiende la causa de su ancianidad y su prerrogativa que tan denodadamente combatió en su mocedad. A su instancia, la emperatriz madre emprende el viaje de Tesalónica y entabla oficios de mediadora, y regresa sin éxito, y a menos que esté aleccionada ya por la adversidad, se hace muy dudoso que procediese muy de veras, o por lo menos con sumo ahínco, en su desempeño. Empañando más y más el cetro con entereza y tesón, encarga a la emperatriz manifieste como está ya asomando el plazo legal de los diez años, y tras el amargo desengaño de las vanidades mundanas, está el emperador Cantacuzeno suspirando por el sosiego de un claustro, y aspirando tan sólo a una corona celeste. A ser entrañables aquellos arranques, quedaba restablecida la paz en el Imperio, y su conciencia descargada con un acto justiciero. Paleólogo es únicamente responsable por su gobierno venidero, y prescindiendo de su vicios, no podían ser tan aciagos como una guerra civil, para la cual están brindando a bárbaros e infieles que han de acudir al mutuo exterminio de los griegos. Prepondera Cantacuzeno con las armas de los turcos, que desde entonces se arraigan hondamente en Europa, por tercera vez, y el emperador mozo, aventado por mar y tierra, tiene que guarecerse con los latinos en la isla de Tenedos. Su desacato pertinaz precisa al vencedor a un paso que hacía irreconciliable la contienda, revistiendo con la púrpura y asociándose a su hijo Mateo, y vinculando así la sucesión en la alcurnia Cantacuzena. Pero se aferra Constantinopla más y más por la sangre de sus príncipes antiguos, y este postrer baldón apresura el

restablecimiento del legítimo heredero. Un noble Genovés prohíja la causa de Paleólogo, y mediante la promesa de su hermana verifica la revolución en dos galeras y dos mil quinientos auxiliares. Pretextan averías y se les franquea entrada en el puerto menor; les abren una puerta y claman los latinos: «Viva por siempre el victorioso emperador Juan Paleólogo», correspondiendo con asonada general el vecindario. Quédale crecido bando, siempre leal a Cantacuzeno, pero afirma en su historia (¿acaso cuenta con que le crean?) que su conciencia timorata se desentendió de una victoria positiva, y que atenido voluntariamente a los dictámenes de la religión y la filosofía, se apea del solio y abraza gustosísimo el hábito y la profesión monástica [990] (enero de 1355 d. C.). Apenas deja de ser príncipe, el sucesor no se opone a que venga a ser santo; dedica lo restante de su vida a la devoción y el estudio; respetando todos en su celdilla de Constantinopla o del Monte Athos al monje Jouraf, como temporal y espiritual del emperador; y si llega a salir de su retiro, es tan sólo como ministro de paz; y para avasallar la pertinacia e implorar el indulto de su hijo rebelde. [991]

Pero aun en el mismo claustro batallan las potencias de Cantacuzeno en guerra teológica. Afila su pluma controversista zahiriendo a judíos y mahometanos, [992] en todos estados defiende con igual afán la luz divina del Monte Thabor, cuestión muy sonada que echa el sello a los devaneos religiosos de los griegos. Los faquires de la India [993] y los monjes de la iglesia oriental vivían igualmente empapados en el concepto de que, indicado de las potencias del alma, el ánimo acendradísimo puede encumbrarse hasta presenciar plenamente la Suma Divinidad. La opinión y práctica de los monasterios del monte Athos [994] se conceptuarán más cabalmente con las palabras idénticas de un abad que floreció en el siglo XI. «Al estar a solas

en la celdilla —dice el doctor espiritualísimo—, cierra tu puerta, clava la vista y el pensamiento hacia el vientre, la región del ombligo, e inclinando así tus barbas sobre el pecho, encumbra el ánimo allá lejos de todo lo vano y perecedero, escudriñando más el sitio del corazón y solio del alma. Al pronto será todo lóbrego y pavoroso mas en perseverando día y noche vas a gozar luego una complacencia imponderable, pues al descubrir por fin el paraje del corazón, te empaparás en ráfagas místicas de resplandor celeste». Este resplandor parto de una fantasía desencajada e hijo de un estomago vacío y de un cerebro todavía más aéreo, era lo mismo que adoraban los quietistas, como creencia cabal y acendradísima del mismo Dios, y mientras aquel desvarío permaneció vinculado en el monte Athos, los solitarios, de suyo tan sencillos, no se engolfaron en apurar si la creencia divina era o no *material*, ni como siendo sustancia *inmaterial* cabía en el alcance de la vista humana. Pero en el reinado de Andrónico el Menor, fue visitando aquellos monasterios Barlaam, [995] monje calabrés, igualmente aventajado en filosofía que en teología, y poseyendo los idiomas griego y latino, sabía sustentar las creencias encontradas, según el interés del trance en que se hallaba. Uno de aquellos místicos reveló indiscretamente al viajero los arcanos de la plegaria mental, y Barlaam afianzó la coyuntura de ridiculizar a los quietistas, aposentadores del alma en el ombligo, tildando a los monjes del monte Athos de herejes y blasfemos. Aquel embate arrolló al quietismo, que vino a quedar exterminado o encubierto, y Gregorio Palamas ideó una distinción sutilísima entre la creencia y las operaciones de Dios. Su existencia inaccesible mora en medio de una luz eterna e intrincada, manifestándose aquella visión beatífica de los santos a los discípulos sobre el monte Thabor en la transfiguración de

Jesucristo. Pero la distinción vino a incurrir en la tacha de politeísmo; se negó aferradamente la eternidad de la luz en el Monte Thabor, tildando además Barlaam a los palamistas de sostener dos sustancias sempiternas, un Dios visible y otro invisible. Amagado de muerte por la saña de los monjes del monte Athos, se retira el Calabrés a Constantinopla, donde sus modales finos y aseñorados le granjean privanza con el gran doméstico del emperador. Engólfanse corte y vecindario en esta contienda teológica, que sigue ardiendo en medio de la guerra civil; pero Barlaam deja su doctrina huyendo y apostatando; quedan triunfantes los palamitas y las facciones contrapuestas del estado se avienen a deponer al gran antagonista el patriarca Juan de Apri. Cantacuzeno con ínfulas de emperador y de teólogo, preside el sínodo de la Iglesia griega que plantea como artículo de fe, la luz increada del monte Thabor, y tras tantísimos desacatos a la racionalidad, poquísimo cabía ya el lastimarla con un desvarío más. Se emborrizan resmas de papel o rollos de pergamino a millares, y los sectarios impenitentes que se niegan a firmar el credo acendrado, quedan al morir insepultos; pero en el siglo siguiente yace por fin olvidado por entero, ni me ha sido dable apurar si se llegó a echar mano de la cuchilla o de la leña para el exterminio de la herejía barlaamita. [996]

Dejé reservada para la conclusión de este capítulo la guerra genovesa, que llegó a conmover el solio de Cantacuzeno, y patentizó la postración del Imperio griego (1261-1347 d. C.). Los genoveses avecindados ya tras el recobro de Constantinopla, en el arrabal de Pera o Gálata, merecieron aquel feudo honorífico a la dignación del emperador. Quedaron árbitros en el uso de sus leyes y magistrados; pero sujetándose a las obligaciones de súbditos y vasallos; acudieron a la jurisprudencia latina para valerse de la voz violenta de *hombres lijios*, [997] y su

podestá o caudillo, antes de entrar en ejercicio, saludaba al emperador con aclamaciones entrañables y votos de lealtad. Selló Génova su alianza incontrastable con los griegos, y en el caso de una guerra defensiva, prometió la república al Imperio un apronto de galeras vacías y un auxilio de otras armadas, hasta cincuenta de cada clase. Miguel Paleólogo, al restablecer las fuerzas navales, entabló el intento de desentenderse por fin de todo arrimo advenedizo, y logró con brioso gobierno enfrenar a los genoveses de Gálata en los límites que las ínfulas insolentes de libertad y riqueza, les inclinaba a menospreciar. Un marinero amenazó con que luego habían de ser dueños de Constantinopla, y mató al griego que se mostró lastimado con aquel desacato nacional, y luego un bajel de guerra se negó a saludar el palacio, marchándose a piratear por el Mar Negro. Allá sus compatricios amagaban abrigar su causa; pero las tropas imperiales cercaron ejecutivamente la aldea larguísima e indefensa de Gálata, hasta que en el ademán ya del asalto, postrados los genoveses vinieron a implorar la clemencia de su soberano. El desamparo de su situación que tenía afianzada su obediencia, los exponía al embate de sus competidores venecianos, quienes en el reinado del mayor Andrónico, se propasaron a desacatar la majestad del solio. Los genoveses al divisar su escuadra se guarecieron en la ciudad con familias y haberes; sus albergues despoblados quedaron reducidos a cenizas, y el apocado príncipe que había estado presenciando el exterminio de su arrabal, acudió a su desagravio, no con armas sino por medio de embajadores. Mas aquel fracaso redundó en grandísimo logro para los genoveses, quienes consiguen permiso para luego propasarse de amurallar poderosamente a Gálata, cercarla con un brazo de mar, torrearla en derredor, colocándola un cordón de máquinas de guerra por las almenas. Prospera y

reboza la colonia sobre el recinto limitado y primitivo; de día van fincando en tierras y cuajando las lomas y oteros comarcarnos, de quintas y castillos, enlazándolos además en una línea de fortificación. [998] Árbitros eran los emperadores griegos del comercio y la navegación del Euxino, señoreando las entradas angostas, o sean puertas del mar interior. En el reinado de Miguel Paleólogo, el sultán de Egipto reconoció su prerrogativa, solicitando y consiguiendo la franquicia de enviar anualmente un bajel para feriar esclavos en Circasia y en la Tartaria Menor, concesión muy azarosa para la causa cristiana, puesto que aquel refuerzo de mozos era para transformarles con la educación y la disciplina en los formidables mamelucos. [999] Planteados ya los genoveses en la colonia de Pera, fueron entablando y engrandeciendo su comercio por el Mar Negro, pues abastecían colmadamente a los griegos de pescado y trigo, renglones importantísimos para un pueblo supersticioso. La dignación rebosante de la naturaleza cuajó de mieses la Ucrania, con un asomo de labranza torpe y bravía; y la exportación interminable de bacalao y caviar se está renovando de continuo con los esturiones enormes que se pescan a la desembocadura del Don o Tanais, en su paradero último del légamo craso y aguas escasas de la Meótida. [1000] Los raudales del Oxo, el Volga y el Don y luego el mar Caspio, franquearon un tránsito extraño pero trabajoso para la pedrería y especería de la India, y las caravanas con tres meses de marcha, se encontraban con los bajeles italianos en las bahías de la Crimea. [1001] El poderío y eficacia de los genoveses se apropiaron estos ramos diversos de comercio, arrollando a los pisanos y venecianos, y avasallando a los naturales con las poblaciones y fortalezas que descollaban luego sobre los cimientos de sus humildes factorías, pues las tribus tártaras sitiaron infructuosamente su principal

establecimiento de Cala. [1002] Los griegos sin el arrimo ya de su armada, yacieron ante aquellos traficantes altaneros que estaban abasteciendo o escaseando a Constantinopla con arreglo a sus intereses. Llegaron a usurpar los impuestos, las almadrabas y aun los portazgos del Bósforo, y al agolpar con tamañas entradas hasta la suma de cien mil piezas de oro, se les hacía violentísimo el abonar al emperador el residuo de treinta mil. [1003] Se manejaba la colonia de Pera o Gálata, tanto en paz como en guerra, con absoluta independencia, siendo achaque de todo establecimiento lejano el desentenderse, como lo solía practicar el podestá genovés, de la prepotencia de sus propios dueños.

Estas usurpaciones fueron alentadas por la debilidad de Andrónico el Mayor y por las guerras civiles que plagaron su reinado y afligieron la minoría de su nieto. El sumo desempeño de Cantacuzeno vino a redundar en quebranto y no en restablecimiento del Imperio, y tras su victoria interior tuvo que arrostrar la lid sobre el reinado de griegos o genoveses en Constantinopla. Aquellos mercaderes de Pera se agraviaron de haberles denegado un terreno inmediato, y varios cerros dominantes que estaban ya en ademán de fortificar; y en ausencia del emperador, allá doliente en Demótica, se arrojaron a contrarrestar un reinado mujeril, echando a pique a un barco bizantino que estaba pescando en la entrada de la bahía, y matando a los pescadores. Los agresores, en vez de implorar indulto requieren desagravio, y luego mandan altaneramente a los griegos, que se abstengan de toda navegación, contrarrestando a mano armada los primeros ímpetus de la ira popular. Se posesionan del territorio en litigio, echa el resto de su afán el vecindario entero, de todo sexo y edad, alzando el muro y excavando el foso con suma diligencia. Embisten al mismo tiempo y abrasan dos galeras bizantinas, mientras las

otras tres, residuo de la armada imperial, logran ponerse en salvo; saquean y destrozan cuantas viviendas hay fuera de las puertas y por las playas, y la emperatriz regente Irene, se ciñe a resguardar la capital. Regresa Cantacuzeno y campea al punto el sosiego; propende el emperador a dictámenes de paz, pero se allana al empedernimiento de los enemigos, que más y más se desentienden allá de todo convenio racional, y al desenfreno de los súbditos, que citando la escritura amagan estrellarlos como una alcarraza. Mas repugnan el pagar los impuestos para la construcción de naves y los gastos de la guerra, y señoreando las naciones encontradas, una el mar, y otra la tierra, Constantinopla y Pera adolecen al par de los quebrantos de un sitio. Los mercaderes de la colonia, creídos de que la guerra vendría a ser de pocos días, están ya murmurando de sus menoscabos; se rezagan los auxilios de la madre patria con las banderías de los genoveses, y los más cautelosos avaloran la proporción de un bajel Rodio para trasladar sus familias y haberes a buen recaudo. Al rayar la primavera sale una escuadra bizantina por la boca de la bahía, y se acordona sobre la playa de Pera, presentando torpísimamente sus costados a los espolones enemigos (1343 d. C.). Las tripulaciones de las siete galeras y varios barcos menores, son de campesinos y artesanos, sin que algún denuedo feroz compensase su atraso; arrecia el viento, se agolpan las olas, y al descubrir los griegos al enemigo, aún distante e inmóvil, se arrojan disparadamente al mar huyendo de un peligro dudoso a un exterminio positivo. Sobrecoge igual terror pánico a las tropas asaltadoras de la línea por tierra, y los genoveses se asombran y casi se sonrojan de entrambas victorias. Sus naves triunfadoras, y coronadas de guirnaldas, van pasando y repasando con sus presas a remolque por delante del palacio; tiene el emperador que resignarse, consolándose con la

esperanza de su desagravio. Pero el conflicto por ambas partes acarrea un convenio temporal, y el baldón del Imperio queda mal rebozado con una gasa de señorío y potestad. Intimando cargos a los caudillos de la colonia, aparenta Cantacuzeno menospreciar el motivo baladí de la contienda, y tras alguna reconvención otorga allá garbosamente lo que antes había encargado a la aparente custodia de sus dependientes. [1004]

Mas luego recaban del emperador el quebrantamiento del tratado y su alianza con los venecianos, enemigos perpetuos de Génova y de sus colonias (1352 d. C.). Mientras está recapacitando los motivos de la paz y de la guerra, el vecindario de Pera impensadamente deja tanto comedimiento con el desacato antojadizo de disparar desde su muralla una piedra descomunal sobre el centro de Constantinopla. Al formalizar tan justa queja, vituperan tibiamente la demasía de su maquinista, pero se repite el insulto a la madrugada, y se glorian de aquella segunda prueba del alcance de su artillería hasta el interior de la ciudad imperial. Firma Cantacuzeno ejecutivamente su tratado con los venecianos, pero la mole de todo un Imperio Romano, apenas asoma en el poderío de aquellas grandiosas y opulentas repúblicas. [1005] Desde el estrecho de Gibraltar hasta la desembocadura del Tanais, se tropiezan las escuadras con éxito vario, y por fin se traba refriega memorable en lo angosto del mar, bajo los muros de Constantinopla. Arduo empeño fuera el de hermanar las relaciones de griegos, venecianos y genoveses; [1006] mas ateniéndome en lo principal a los pormenores de un historiador imparcial [1007] voy a enumerar de cada nación los hechos que les incumben para su respectivo timbre o desdoro. Sobresalen los venecianos con sus aliados los catalanes en el número, pues su escuadra con el escaso aumento de ocho galeras bizantinas

componen setenta y cinco velas, no pasando las genovesas de sesenta y cuatro; pero sus naves de guerra descollaban por su bulto y fortaleza. Resplandecen los nombres y alcurnias de sus caudillos Pisanis y Dorias en los anales de su patria; pero se aventaja el de éstos últimos en nombradía y desempeño. Se acometen estando el mar alborotado, y sostienen revueltos el combate, desde el amanecer hasta ya muy anochecido. Celebran la gallardía de los genoveses sus mismos enemigos, sobresalen los compañeros de los venecianos, pero todos acordes sobreponen la habilidad y el arrojo de los catalanes quienes con miles de heridas contrarrestan lo recio del trance. Al separarse las escuadras, asoma dudoso el resultado; pero las trece galeras genovesas tomadas o echadas a pique vienen a quedar compensadas con el doble quebranto de los aliados, con catorce venecianas, diez catalanas y dos bizantinas de pérdida, pues el pesar de los mismos vencedores, denota la arrogancia habitual de victorias más decisivas. Confiesa Pisani su descalabro, retirándose a una ensenadilla fortificada, y luego pretextando órdenes del Senado surca con su división fugitiva y malparada para la isla de Candía, y entrega allá a sus contrarios la soberanía del mar. El Petrarca [1008] en una carta ya pública dedicada al dogo y al senado, echa el resto de su elocuencia para hermanar las dos potencias marítimas, las lumbreras de Italia. Encarece el orador el tesón y victoria de los genoveses, los prohombres en el desempeño de la guerra naval: prorrumpe en llanto por sus hermanos de la república veneciana; pero los estimula para acosar a todo trance a los ruines y alevosos griegos, desemponzoñando la metrópoli del Oriente de aquella herejía que la tiene inficionada. Solos quedan, y ajenos de toda resistencia los griegos, y el emperador Cantacuzeno a los tres meses de la batalla, agencia y firma un tratado que arroja para

siempre a venecianos y catalanes, concediendo a los genoveses el monopolio del comercio, y casi un absoluto señorío. El Imperio Romano (me estoy sonriendo al escribir este nombre) está para yacer arrinconado en provincia genovesa, cuando se desploma su libertad y poderío, y queda tajada toda la ambición de la república. Batallan por espacio de ciento treinta años, y triunfa por fin Venecia, y entonces la bandería extremada precisa a los genoveses, en busca de su paz interior, a guarecerse con un señor extraño, con el duque de Milán, rey de Francia. Pero el afán de comercio descuella más y más tras el empeño de las conquistas, y la colonia de Pera sigue asombrando la capital y navegando por el Euxino, hasta que los turcos vienen a empezarlo en la servidumbre de la misma Constantinopla.

LXIV

CONQUISTAS DE GENGIS KHAN Y DE LOS MOGOLES DESDE LA CHINA HASTA POLONIA - SALVAMENTO DE CONSTANTINOPLA Y LOS GRIEGOS - ORIGEN DE LOS TURCOS OTOMANOS EN BITINIA - REINADOS Y VICTORIAS DE OTOMÁN, ORCHAN, AMURATES Y RAYACELO, PRIMEROS - FUNDACIÓN Y PROGRESOS DE LA MONARQUÍA TURCA EN ASIA Y EUROPA - PELIGRO DE CONSTANTINOPLA Y DEL IMPERIO GRIEGO

De las menguadas contiendas de una ciudad y sus arrabales, de la cobardía y desavenencia de los griegos derrocados, tengo que remontarme ahora hasta los turcos victoriosos; cuya servidumbre interior viene a realzarse con su garbo marcial, entusiasmo religioso y pujanza de índole nacional. Descuellan y progresan los otomanos, soberanean de asiento a Constantinopla, y se enlazan en los trances más grandiosos de la historia moderna; pero los encabeza aquel grandísimo disparo de mogoles y tártaros, cuyas conquistas veloces pueden allá parangonarse con las convulsiones primitivas de la naturaleza, que conmovieron y desencajaron el haz de la tierra. Entablé desde luego mi sistema de sacar a luz cuantas naciones más cercana o remotamente acudieron a derrumbar el Imperio Romano, ni me cabe desentenderme de acontecimientos, cuya inmensa trascendencia no puede menos de interesar a un entendimiento filosófico en la historia sangrientísima del género humano. [1009]

Desde los páramos anchurosos, dentro la China, Siberia y

mar Caspio, repetidamente vino a descolgarse la oleada de una emigración guerrera. Vagaban allá varias tribus pastoriles, en el siglo XII, por aquellas moradas antiguas de los hunos y turcos, de la misma ralea y asemejadas costumbres, se hermanaron acaudilladas (1106-1227 d. C.) por el formidable Gengis. Aquel bárbaro, cuyo apellido particular era Temüjin, fue trepando sobre las cervices de sus iguales hasta lo sumo del encumbramiento. Hidalga fue su cuna, pero con las ínfulas altaneras de la victoria fue cuando el príncipe o el pueblo, vinieron a entroncarlo con un séptimo abuelo nacido de una virgen. Reinó su padre sobre trece rancherías, que compondrían como treinta o cuarenta mil familias, que se desentendían generalmente de pagar al niño, ni diezmos, ni muestras de obediencia, y Temüjin a los trece años trabó refriega con sus rebeldes súbditos, teniendo el conquistador venidero del Asia que huir y obedecer; pero luego se rehízo, y a los cuarenta años tenía ya arraigado su concepto y el señorío sobre las tribus cercanas. En toda sociedad atrasada, cuando el régimen es violento y el denuedo general, el predominio de un individuo se cifra en su prepotencia, y disposición para escarmentar a los contrarios y galardonar a los amigos. Su primera liga militar se revalidó con el rito sencillo de sacrificar un caballo y catar el agua de un arroyuelo: Temüjin se compromete a terciar con sus secuaces en los halagos y las amarguras de la vida, y al partir con ellos sus caballos y todos sus regalos, ya se contempla riquísimo con las esperanzas propias y el agradecimiento ajeno. Tras su primera victoria, pone setenta calderos sobre la lumbre, y chapuza otros tantos rebeldes principales en el agua hirviendo. Ensancha más y más sus ámbitos con el exterminio de los soberbios y el rendimiento de los más mirados, y los caudillos más denodados, están viendo trémulos la calavera del khan de

los Koraitas encajonada en plata, [1010] el mismo que bajo el nombre de Preste Juan, se correspondía con el pontífice romano y los príncipes de Europa. La ambición de Temüjin apela también a las artes supersticiosas, aceptando de un profeta en carnes, montado sobre un caballo blanco el dictado de Gengis [1011] *máximo*, y el derecho divino de conquista y señorío sobre la tierra. En el *curaltai*, o cortes generales, sentose sobre un fieltro, que mucho después se estuvo reverenciando como reliquia, y quedó proclamado gran khan o emperador de los mogoles [1012] y de los tártaros [1013] De aquellos nombres hermanados, aunque competidores, el primero fue el engendrador del linaje imperial, y el otro ha ido cundiendo, por casualidad o equivocación, sobre los anchurosos páramos del Norte.

Las leyes que dicta Gengis son adecuadas para la conservación de la paz interna y el desempeño de toda hostilidad exterior. Castigan de muerte al adúltero, al matador, al perjuro y al robador desaforado de un buey o un caballo, y su gente bravía vive justa y apaciblemente hermanada. La elección venidera de gran Khan quedó a cargo de los príncipes de su familia y los prohombres de las tribus, y el arreglo de la cacería era esencialísimo para el recreo y el abasto de un campamento tártaro. Exenta de toda faena servil, se encumbra y consagra la nación victoriosa sobre el esclavo y advenedizo, dando únicamente por hidalga la profesión de las armas. A fuer de adalid veterano, instituye el servicio y la disciplina de las tropas armadas con arcos, cimitarras y mazas de hierro y divididos por cientos, miles y diez miles. Todo oficial y soldado es responsable, bajo pena de la vida, de la conservación y pundonor de sus compañeros, y con un código empapado en el afán de conquistas, no cabía paz sino con un enemigo postrado y suplicante. Pero la religión de Gengis se hace particularmente

acreedora a nuestro asombro y alabanza. Los inquisidores europeos que escudaban la insensatez con sus crueldades, tendrían que abochornarse en el espejo de un bárbaro que se anticipó a las lecciones de la filosofía, [1014] planteando con sus leyes un sistema de teísmo acendrado y de tolerancia absoluta. Su primero y único artículo de fe es la existencia de un Dios; autor de todo lo bueno, que cuaja con su presencia el cielo y la tierra, partos de su poderío. Afectísimos son los tártaros y mogoles a los ídolos de sus tribus particulares, y misioneros advenedizos habían ido convirtiendo a muchos a sus religiones respectivas de Moisés, Mahoma y Jesucristo. Enseñábanse con desahogo y concordia estos varios sistemas, practicándose en el recinto de un mismo campamento; y bonzo, imán, rabino y sacerdote nestoriano o latino, gozaban de la idéntica y honorífica exención del servicio y del tributo: y si en la mezquita de Bochara llegó la insolencia del vencedor a hollar el *Alcorán* con los cascos de sus caballos, acató como legislador apacible a los profetas y pontífices de las sectas más encontradas. No mediaron libros para despejar a Gengis, pues ni sabía leer ni escribir, y excepto la tribu de igures, los mogoles y tártaros solían ser tan legos como su soberano. La tradición fue conservando la memoria de sus hazañas y a los sesenta y ocho años de la muerte de Gengis se fueron recogiendo y copiando [1015] pero aquel compendio de anales caseros se acabala con los chinos, [1016] persas, [1017] armenios, [1018] sirios, [1019] arábigos, [1020] griegos, [1021] rusos, [1022] polacos, [1023] húngaros, [1024] y latinos [1025] y todas las naciones merecen fe en el pormenor de sus descalabros y fracasos. [1026]

Las armas de Gengis y sus lugartenientes (1210-1214 d. C.) fueron avasallando las rancherías del desierto, repartidas con sus tiendas entre la muralla de la China y el Volga, imperando el

mogol al orbe pastoril como señor de miles y millones de pastores y soldados, que rebosando de pujanza ansiaban dispararse sobre los climas apacibles y lujosos de Mediodía. Fueron sus antepasados tributarios del Imperio chino y el mismo Temüjin padeció el baldón de un dictado honorífico y servil. Atónita recibe la corte de Bejing una embajada de su anterior vasallo, que con ínfulas de soberano de las naciones, le impone el tributo y la obediencia que ha estado pagando, y se esmera ya en tratar *al hijo del cielo* como al ínfimo del linaje humano. La contestación altanera está disfrazando una zozobra recóndita que luego queda realizada con la marcha de escuadrones que aportillan por mil pasos el valladar endeble de la gran muralla. Asaltan los mogoles o desabastecen a noventa poblaciones, y tan sólo diez logran salvarse; Gengis, conocedor del cariño filial de los chinos, lleva a vanguardia los padres cautivos; abuso malvado y luego infructuoso de la virtud del enemigo. Cien mil khitanes de guarnición fronteriza corroboran su invasión, y por fin se aviene a un tratado y negocia su retirada por una princesa, tres mil caballos, quinientos mancebos y otras tantas vírgenes con un tributo de oro y seda. En su segunda expedición precisa luego al emperador chino a retirarse allende el río Amarillo, a otra residencia más meridional. Dilatado y trabajosísimo se le hace el sitio de Bejing. [1027] Tiene el vecindario que diezmarse y comerse mutuamente; apuradas ya sus municiones, dispara barras de plata y de oro con sus máquinas; pero los mogoles se internan por una mina hasta el centro de la plaza, abrasan el palacio, cuyo incendio dura por más de un mes. Guerra tártara y desavenencias caseras están acosando la China, y las cinco provincias del Norte quedan incorporadas al Imperio de Gengis.

Se asomaba por el ocaso a los dominios de Mohamed, sultán

de Carizmio que estaba reinando desde el golfo Pérsico hasta el confín de la India y del Turkestán, y que remedando altaneramente a Alejandro tenía olvidada la servidumbre y la ingratitud de sus padres a la alcurnia de Seljuk. Anhelaba Gengis plantear un trato amistoso y comercial con el príncipe mahometano más descollante por su poderío, desentendiéndose de las instancias encubiertas del califa de Bagdad, ansioso de sacrificar el salvamento de su Iglesia y Estado tras su desagravio personal. Un desaforamiento inhumano acarreó y sinceró las armas tártaras para la invasión del Asia meridional. Fenece a manos de Mohamed una caravana de tres embajadores y ciento cincuenta mercaderes en Otrar, y tras la petición y el malogro de justicia y la plegaria y el ayuno por tres noches sobre una cumbre, el emperador mogol acude al juicio de Dios y de su espada. Meras escaramucillas, dice un escritor filósofo [1028] vienen a ser nuestras refriegas europeas en cotejo del número peleante y muriente por las campiñas del Asia. Cuéntase que marchaban setecientos mil mogoles y tártaros a las ordenes de Gengis y de sus hijos. Lidian por las llanuras que se tienden al norte del Sihon y del Jaxartes, con cuatrocientos mil soldados del sultán, y en la primera batalla, suspendida por la noche, yacen ciento sesenta mil carizmios. Pásmase Mohamed con la muchedumbre y denuedo de los enemigos; se guarece de tantísimo peligro al arrimo de las ciudades fronterizas, esperanzado que el raudal incontrastable por el campo quedara atajado con las dilaciones y dificultades de tantos y tan arduos sitios. Mas el tino de Gengis planteó un cuerpo de ingenieros chinos amaestrados en la maquinaria; impuestos quizás en el arcano de la pólvora, y capaces, bajo su disciplina, de atacar un país extraño con más pujanza y éxito que de resguardar sus propios hogares. Los historiadores persas van relatando los sitios

y rendiciones de Otrar, Cojenda, Bujara, Samarcanda, Carizmio, Herat, Merou, Nizabur, Balch y Candabar, y la conquista de los países pingües y populosos de Transoxiana, Carizmio y Jorasán. Se conceptúan las hostilidades de Atila y los hunos con el ejemplar de Gengis Khan y los mogoles y este paso oportuno me contento por mi parte con advertir que desde el Caspio hasta el Indo asolaron una tirada de largos cientos de leguas, realzada con viviendas y artefactos humanos y que cinco o seis siglos no han alcanzado a reparar los estragos de cuatro años. Desenfrena y enfurece el emperador mogol a su tropa, desentendiéndose de la posesión venidera con el afán del robo y la matanza, y aquel arrebato guerrero encona más y más su fiereza genial con el pretexto de justicia y venganza. El vuelco y muerte del sultán Mohamed, que expira en la soledad y desamparo de una isla desierta en el mar Caspio, es un menguado desquite por tantísima desventura como ha venido a cansar. Si cupiese el salvamento del imperio carizmio en los ámbitos de un héroe único, así lo consiguiera su hijo Jelaledilin, cuyo denuedo eficacísimo enfrena repetidamente la carrera a los mogoles victoriosos. Al retirarse peleando sobre el Indo, acosado por la hueste innumerable, en el postrer trance de la desesperación, espolea Jelaledilin su caballo sobre el raudal, atraviesa a nado uno de los ríos más anchurosos y rapidísimos del Asia, y merece el asombro y el aplauso del mismo Gengis Khan. En aquellos mismos reales el conquistador mogol se allana pesaroso al susurro de sus cansadas y enriquecidas tropas, que están ya suspirando por el goce de su país nativo. Empachado con los despojos del Asia va pausadamente secundando sus huellas, prorrumpe en asomos de compasión con sus vencidos y aun en anhelos de reedificar las ciudades arrasadas con el huracán de su exterminio. Al despasar el Oxo y

el Jaxartes se le incorporan dos generales destacados para sojuzgar la Persia por el Occidente con treinta mil caballos. Arrollando cuantas naciones se les oponen, se internan por las puertas del Derbent, atraviesan el Volga y el desierto y redondean el giro del mar Caspio, expedición nunca antes intentada ni después repetida. Vuelca Gengis en su regreso los reinos rebeldes o independientes de Tartaria, y fallece por fin colmado de años y de gloria, encargando a los hijos en su postrer aliento que completen la conquista del Imperio chino.

Componían el harén de Gengis hasta quinientas entre mujeres y concubinas, cuatro de sus muchísimos hijos, esclarecidos por su nacimiento y mérito, desempeñaron con su padre los cargos principales de paz y guerra. Tushi era su montero mayor, Zagatei su juez, [1029] Octai su ministro y Juli su general, sonando sus nombres y hechos redobladamente en la historia de tantas conquistas. Los tres, entrañablemente hermanados por su interés propio y por el de todos, se gozaban con sus familias en sus solios subordinados, proclamando a Octai por voz general gran khan, o emperador de tártaros y mogoles. Sucediole su hijo Gayuk, y a su muerte recayó el Imperio en sus primos Mango y Cublai, hijos de Tufi y nietos de Gengis. En los sesenta y ocho años de sus cuatro primeros sucesores el mogol fue sojuzgando casi toda el Asia y grandísima parte de Europa.

Prescindiendo del orden cronológico y del pormenor de los acontecimientos, voy a rasguear por mayor el rumbo de sus armas; I. en el Oriente; II. en el Mediodía; III. en el Occidente y IV. en el Norte.

I. Antes de la invasión de Gengis, dividíase la China en dos imperios o dinastías, del Norte y del Sur, [1030] y la diferencia de origen y de intereses venía a suavizarse con la hermandad en

leyes, idioma, y costumbres. El Imperio septentrional, desmembrado ya por Gengis quedó por fin avasallado, a los siete años de su muerte. Tras la pérdida de Bejing, fijó el emperador su residencia en Baisong, ciudad del ámbito de varias lenguas, que contenía, según los anales chinos, un millón cuatrocientas mil familias de moradores y fugitivos. Tuvo que huir de allí con siete jinetes, e hizo alto en una tercera capital, hasta que por último el monarca desahuciado, protestando su inocencia y maldiciendo a su estrella, trepó a su hacinamiento funeral disponiendo que en viéndolo traspasado encendiesen sus acompañantes el fuego. La dinastía de los *Senjes*, soberanos antiguos y naturales de todo el Imperio, sobrevivió como cuarenta y cinco años al vuelco de los usurpadores septentrionales, y quedó reservado el redondear la conquista para las armas de Cublai. En aquel intermedio tuvieron los mogoles que distraerse con guerras extrañas, y si por maravilla osaban los chinos arrestar a los vencedores en campaña, ofrecía su aferrado tesón una serie interminable de ciudades que asaltar, y millones que dar al degüello. Empleábanse alternativamente, en el ataque y defensa de las plazas, las máquinas antiguas y el fuego griego; el uso de la pólvora y las bombas asoma como práctica común, [1031] corriendo el desempeño de los sitios a cargo de mahometanos y francos grandiosamente atraídos al servicio de Cublai. Atraviesan todos el río grande, tropa y artillería va caminando por un sinnúmero de canales, hasta que cercan la residencia real de Hamcheu, o Quinsay en el territorio de la seda, el país más peregrino de toda la China. El emperador, mancebo indefenso, rinde persona y cetro, y antes de enviarlo desterrado a Tartaria, tiene que golpear hasta nueve veces la tierra con su frente, adorando con mil plegarias de gracias la conmiseración del gran khan. Pero la guerra se

sostiene más y más (apellidándola ya rebeldía) por las provincias meridionales desde Hamcheu hasta Cantón (1279 d. C.), y el residuo aferrado de independencia y hostilidad se traslada al fin de la tierra a la marina y cuando la escuadra de *Song* queda cercada y, avasallada por un armamento preponderante, el postrer campeón con el niño emperador en sus brazos, salta al agua prorrumpiendo: «Es más glorioso morir príncipe que vivir esclavo». Imitan cien mil chinos aquel ejemplo, y todo el Imperio desde Tonkin hasta la gran muralla se doblega al señorío de Cublai. Su ambición sin límites aspira a la conquista del Japón; naufraga dos veces su escuadra, y las vidas de cien mil mogoles y chinos se sacrifican en aquella expedición infructuosa. Pero los reinos circunvecinos de Corea, Tonkin, Conchinchina, Pegu, Bengala y Tíbet, se allanan con diversos grados de tributo y obediencia al ímpetu o al terror de sus armas. Va escudriñando el Océano Índico con una escuadra de mil velas, que surcan en sesenta y ocho días muy probablemente hasta la isla de Borneo, bajo la línea equinoccial, y aunque regresan con gloria y despojos, queda el rey desabrido por no lograr haber a las manos a su rey bravío.

II. La conquista del Indostán por los mogoles queda reservada para la alcurnia de Tamerlán en otro plazo; pero la de Irán o Persia, se redondeó a manos de Holagu Khan nieto de Gengis y hermano y lugarteniente de los dos emperadores sucesivos, Mangu y Cublai. No he de ir apuntando el sinnúmero de sultanes, emires y estabekes que holló en el polvo; pero el exterminio de los *Asesinos* o Ismaeles de Persia, merece conceptuarse por un servicio a la humanidad. [1032] En la serranía meridional del Caspio, aquellos sectarios odiosísimos habían estado reinando desenfrenadamente por más de ciento sesenta años, y su príncipe o imán, planteó su lugarteniente para

conducir y acaudillar la colonia del Monte Líbano, tan sonada y formidable en la historia de las cruzadas. [1033] Habían los Ismaeles entretejido con el fanatismo del *Alcorán* la transmigración india y las visiones de sus profetas caseros, siendo su primer instituto el rendir sus cuerpos y almas en ciega obediencia al vicario de Dios. Traspasaban las dagas de sus misioneros en levante y poniente; y cristianos y musulmanes enumeran y quizás abultan las víctimas esclarecidas que yacieron al afán, codicia o encono del *anciano* (pues así equivocadamente se titulaba) *de la cumbre*. Pero la espada de Holagu destrozó aquellas dagas, armas únicas, y no queda más rastro de los enemigos del linaje humano que la voz *asesino*, prohijada en los idiomas de Europa en su siempre odiosísimo sentido. La extinción de los Abacíes no parecerá indiferente a cuantos presenciaron su encumbramiento y decadencia. Desde el vuelco de sus tiranos Seljukios, habían ido los califas recobrando sus dominios legítimos de Bagdad y del Irak arábigo; pero banderías teológicas tenían enconado el vecindario, y el caudillo de los fieles yacía empozado en un harén de setecientas concubinas. Arrostran la invasión de los mogoles con armas endebles y embajadas altaneras. «En decretos divinos está sentado el solio de los hijos de Abai —dice el califa Mostasen—, y sus enemigos hallarán su exterminio en este mundo y el otro. ¿Quién será este Holagu que se levanta así contra ellos? Si apetece la paz, aléjese desde ahora del territorio sagrado, y entonces quizás podrá alcanzar de nuestra clemencia el perdón de su culpa». Engrandece las alas de tanto devaneo el alevoso visir quien está más y más asegurando a su dueño, que aun cuando los bárbaros lleguen a entrar en la ciudad, las mujeres y niños desde los terrados bastaran para soterrarlos a pedradas. Mas no bien palpa Holagu aquel vestigio, cuando repentinamente se desvanece en

humo. A los meses de sitio, los mogoles asaltan y saquean Bagdad, y su caudillo bravío sentencia a muerte al califa Mostasen, el último de los sucesores de Mahoma, cuya parentela esclarecida de la alcurnia de Abas, había estado reinando en Asia por más de quinientos años. Prescindiendo de los intentos del vencedor, las ciudades santas de la Meca y Medina, [1034] quedan guarecidas con el desierto; pero los mogoles allá se explayan allende el Tigris y el Éufrates, saquean a Alepo y Damasco, y amenazan hermanarse, con los francos para el recobro de Jerusalén. Perdiérase de Egipto si careciera de otros defensores que su prole desfallecida, pero respiraran los mamelucos en sus niñeces el ambiente agudísimo de Escitia: iguales en denuedo y superiores en disciplina, saben arrostrar en muy reflidas refriegas a los mogoles, y revuelven aquel raudal disparado y asolador al oriente del Éufrates. Mas entonces va con ímpetu incontrastable anegando los reinos de Armenia y Natalia, aquel todo cristiano y este ya turco. Contrarrestan un tanto los sultanes de Iconio a las armas mogolas, hasta que Acadino se guarece entre los griegos de Constantinopla, y sus apocados sucesores, los últimos de la dinastía Seljukia, yacen exterminados por los khanes de Persia (1242-1272 d. C.).

III. Derriba Octai el Imperio septentrional de la China, y emprende su rumbo hacia los países más remotos del Occidente. A medio millón de tártaros y mogoles asciende la reseña que pasa; va entresacando luego un tercio y lo sujeta al mando de su sobrino Batú, hijo de Tuli, quien estaba reinando en las conquistas de su padre al norte del mar Caspio. Tras una fiesta de cuarenta días, entabla por fin Batú su expedición grandiosa, y es tan suma la diligencia y afán de sus escuadrones, que en menos de seis años recorre una línea de noventa grados de longitud, esto es la cuarta parte del globo. Para el tránsito de los

grandes ríos de Asia y Europa, el Volga, el Kama, Don, Borístenes, Vístula y Danubio, o nadan con sus caballos, o los pasan sobre el hielo, o bien los atraviesan con barcas de enero que van siguiendo sus reales, para transportar sus trenes y su artillería. Desde las primeras victorias de Batú volaron todos los rastros de libertad nacional por los páramos inmensos del Turkestán y de Kipzak. [1035] Va rapidísimamente arrollando los reinos llamados ahora de Astracán y Kazan, y las tropas que destaca por el Cáucaso escudriñan y desentrañan los ámbitos más recónditos de Georgia y Circasia. Desavenencias civiles entre los duques o príncipes de Rusia franquean su país a los tártaros, quienes se tienden desde Livonia hasta el Mar Negro, abrasando entrambas capitales antigua y moderna de Kiev y Moscú; exterminio temporal, pero menos aciago que la estampa hondísima y acaso indeleble impresa en el templo de los rusos con la servidumbre de los siglos. Arrasan los tártaros más y más enfurecidos hasta los territorios que esperanzan poseer, al par de los que avasallan meramente de paso. Con la conquista permanente de Rusia, disparan un embate mortal, aunque pasajero, al mismo corazón de Polonia, y hasta el confín de Alemania. Desaparecen las ciudades de Lublin y Cracovia; se asoman a las playas del Báltico; derrotan en la batalla de Lignitz a los duques de Silesia, a los palatinos polacos y al gran maestre del orden teutónico, rellenando hasta nueve sacos de orejas derechas de los muertos. Desde Lignitz, su avance extremo por el Occidente, se ladean sobre Hungría, y la presencia y denuedo de Batú enardece la hueste de su medio millón de combatientes; sus varias columnas tramontan las cumbres carpatias, y su asomo descreído y luego aterrador destroza y anonada todo contrarresto. Junta el rey Bela IV sus condes y obispos, pero tiene a la nación enconada por su empeño en avecindar una

ranchería inmensa y vagarosa de cuarenta mil familias comanas, y luego matando al príncipe por zozobras de traición, enfurecen de todo punto a huéspedes bravíos. En una sola refriega queda perdido y despoblado en un solo estío todo el país al norte del Danubio, y los escombros de iglesias y ciudades enteras blanquean con la osamenta de los naturales que vienen a purgar los pecados de sus antepasados turcos. Describe un eclesiástico huido del saqueo de Waradin los quebrantos que ha presenciado y padecido; y la saña sanguinaria de sitios y batallas horroriza menos que las tropelías con los fugitivos desembozados con promesas de paz e indulto, y a quienes van degollando a mansalva luego que cesan los afanes campesinos de mies y de vendimia. Al invierno atraviesan los tártaros el Danubio sobre el hielo y se adelantan hasta Grau a Estrigonia, colonia alemana y metrópoli del reino. Plantan hasta treinta artimañas contra los muros; terraplenan los fosos con sacos de harina y cadáveres, y luego tras matanza general, degüellan a presencia del khan trescientas matronas nobles. De todas las ciudades y fortalezas de Hungría tan sólo tres sobreviven a la invasión tártara, y el desventurado Bela huye a ocultar su rostro, por las islas del Adriático.

Núblase el orbe latino con aquella cerrazón de hostilidad bravía; llega un ruso fugitivo y sobresalta la Suecia, y están ya temblando las naciones lejanas del Báltico y del océano al estruendo de los tártaros [1036] a quienes la zozobra y la ignorancia conceptúan ajenísimos de la ralea humana. Desde la invasión de los árabes en el siglo VIII, nunca la Europa estuvo asomada a tamaño fracaso, y si la grey de Mahoma hollara su religión y libertad, está ahora temiendo que la pastorada de Escitia anonade ciudades, artes y hasta el postrer átomo de la sociedad civil. Se empeña el pontífice romano en aplacar o

convertir aquellos paganos incontrastables, por medio de una misión de frailes franciscanos y dominicos; mas recibe atónito la contestación del Khan, a saber, que los hijos de Dios y de Gengis, están revestidos de potestad divina para sojuzgar o exterminar las naciones, y que al papa le ha de alcanzar la oleada asoladora, no acudiendo personalmente y en ademán rendido a la ranchería regia. Muy otro y más caballeroso es el sistema que entabla el emperador Federico II en su defensa, y sus cartas a los reyes de Francia y de Inglaterra y a los príncipes de Alemania retratan al vivo el peligro general, y los estrecha a que armen todos sus vasallos para cruzada tan justa y racional. [1037] Asombra la nombradía y denuedo de los francos a los mismos tártaros; defiéndese gallardamente la ciudad de Newstad en Austria contra ellos con cincuenta caballeros y veinte ballesteros, levantando el sitio al asomar una hueste alemana. Tala Batú los reinos confinantes de Serbia, Bosnia y Bulgaria, y luego se va retirando pausadamente desde el Danubio al Volga, para disfrutar los galardones de su victoria en la ciudad y palacio de Serai, que se encumbra repentinamente a su voz en medio de un desierto.

IV. También acuden con sus armas los mogoles a las regiones heladas y pobrísimas del norte, pues Sheibani khan, hermano del gran Batú, conduce rancherías de hasta quince mil familias en su conjunto, por los yermos de la Siberia, reinando sus descendientes en Tobolokoi por más de tres siglos, hasta su conquista por los rusos. Aquel ímpetu emprendedor que iba siguiendo el cauce del Oby y del Yenisei no pudo menos de encararlos con el mar Glacial. Despejando el campo de esas fábulas monstruosas de hombres con cabeza de perro y patihundidos, hallaremos que a los quince años de la muerte de Gengis, vivían los mogoles enterados del nombre y las

costumbres de los samojedos, a las cercanías del círculo polar, habitando en subterráneos, alimentados y vestidos únicamente con la caza. [1038]

Yacen invadidas a un mismo tiempo la China, Siria y Polonia bajo las plantas de los mogoles y tártaros, quienes se afanan al saber que los están apellidando la espada de la muerte. Al remedo de los primeros califas, los sucesores de Gengis por maravilla capitanean personalmente su hueste victoriosa. A las orillas del Onon y del Selinga, la ranchería *regia* o *dorada* está allá ostentando contrapuestamente su grandiosidad suma y sencillez asombrosa, ciñéndose sus banquetes a leche y reses asadas, y repartiéndose en un día hasta quinientas carretadas de oro y plata. Tienen los embajadores de Europa y Asia que emprender por encargo de sus príncipes tan dilatada y afanosa peregrinación, y la vida y el reinado de los grandes de Rusia, de los reyes de Georgia y Armenia, sultanes de Iconio y emires de Persia, estaban todos pendientes del ceño o sonrisa del gran khan. Hijos y nietos de Gengis estaban acostumbrados a la vida pastoril pero la aldea de Caracoro [1039] se fue sucesivamente condecorando con su elección y residencia. Mudanza de costumbres arguye la traslación de Octai y Mangú de una tienda a un palacio, siguiendo luego su ejemplo los príncipes de su alcurnia y sus primeros palaciegos. En vez de selvas ilimitadas un coto les proporcionaba más cómoda y regaladamente el recreo de la caza; cuadros y estatuas realzaban sus viviendas; derramaban sus tesoros sobrantes en fuentes, surtidores y figuras de plata maciza compitiendo los artistas de la China y de París en servir al gran khan. [1040] Contenía Caracoro dos calles, la una de artesanos chinos y la otra de tratantes mahometanos, y los puntos de culto religioso, una iglesia nestoriana, dos mezquitas y doce templos de varios ídolos, estaban en cierto modo

demostrando el número y la división de su vecindario. Mas un misionero francés atestigua que el pueblo de san Dionisio, junto a París, era mayor que la capital tártara, y que todo el palacio de Mangú apenas igualaba a la décima parte de aquella abadía benedictina. Las conquistas de Rusia y Siria podían embelesar la vanagloria del gran khan; pero su asiento se hallaba en el confín de la China, y la adquisición de aquel imperio era objeto mucho más cercano e interesante, constándole ya por su régimen económico y pastoril, cuantísimo importa a todo pastor el guarecer y propagar sus rebaños. Queda ya elogiado el tino virtuoso de un mandarín que acertó a precaver la asociación de cinco populosas y amenísimas provincias, pues con su cabal desempeño por treinta años, aquel grande y humanísimo patricio se estuvo afanando por suavizar o suspender la plaga mortal de la guerra, salvar los monumentos, y avivar la antorcha de las ciencias; enfrenar los mandos militares, reponiendo magistrados civiles, e infundir apego a la paz y la justicia en los pueblos mogoles. Forcejeó con la barbarie de los primeros conquistadores, y sus lecciones saludables acarrearon mies colmada en la generación segunda. El Imperio septentrional y luego por grados el meridional, se fueron aviniendo al gobierno de Cublai, lugarteniente y después sucesor de Mangú, y se mantuvo leal ya la nación con un príncipe educado por las costumbres de la China. Restableció las formalidades de aquella constitución tan venerable; y así los vencedores se allanaron a las leyes, modas y aun vulgaridades de su grey vencida. Aquel triunfo pacífico, repetido no una vez sola, debe atribuirse en gran parte al gentío y servidumbre de la China. La hueste mogola se fue como deshaciendo en un país anchuroso y pobladísimo, y sus emperadores se avinieron gustosos a un sistema político, que franquea al príncipe la sustancia

fundamental del despotismo, dejando al súbdito los nombres hueros de filosofía, libertad y obediencia filial. Restableciéronse, bajo el mando de Cublai, las letras y el comercio, la paz y la justicia; abriose el canal mayor de cerca de doscientas leguas desde Nankin hasta la capital; planteó su residencia en Bejing, y ostentó en su corte la magnificencia del mayor monarca del Asia. Pero aquel príncipe instruidísimo se fue retrayendo de la religión sencilla y acendrada de su gran antepasado, sacrificó al ídolo Fo, y su ceguedad suma con los lamas del Tibet y los bonzos de la China [1041] le acarrearon el vituperio de los discípulos de Confucio. Mancillaron sus varios sucesores el palacio con un tropel de eunucos, curanderos y astrólogos, al paso que fenecían de hambre hasta trece millones de súbditos por las provincias. A los ciento cuarenta años de la muerte de Gengis, los naturales arrojaron a su bastarda ralea, la dinastía de Iven, y luego los emperadores mogoles yacieron olvidados por el desierto. Aun antes de aquella revuelta habían ya perdido su antigua supremacía sobre las hijuelas de su alcurnia, los khanes de Kipzak y Rusia, los de Zagatai o Transoxiana, y los de Irán o Persia. Aquellos regios lugartenientes, con su distancia y poderío se habían ido desentendiendo de los vínculos de su obediencia, y muerto Cublai se desdeñaron de aceptar un cetro o dictado de manos tan ínfimas como los de aquellos sucesores. Según sus respectivas situaciones conservaron la sencillez de su vida pastoral, o se empaparon en el lujo de las ciudades asiáticas; pero así príncipes como rancherías propendieron siempre a prohijar cultos advenedizos. Titubearon un tanto entre el evangelio y el *Alcorán*, y por fin se avinieron a la religión de Mahoma, y luego hermanándose con árabes y persas, zanjaron todo roce con los antiguos mogoles, los idólatras de la China.

En aquel naufragio de tantísimas naciones asombra el

salvamento del Imperio Romano, cuyas reliquias, al tiempo de la invasión mogola, yacían desmembradas y exánimes en manos de griegos y latinos (1240-1304 d. C.). Menos poderosos que Alejandro, los pastores de Escitia los estaban acosando, como al macedonio, por Asia y por Europa, y si los tártaros emprendieran el sitio, Constantinopla no podía menos de allanarse a la suerte de Bejing, Bagdad y Samarcanda. Retírase esclarecida y voluntariamente Batú de las márgenes del Danubio, y francos y griegos le insultaban con un triunfo supuesto; [1042] revuelve sobre ellos y la muerte le sorprende en su marcha denodada contra la capital de los Césares. Su hermano Borga acaudilla las armas tártaras sobre Bulgaria y Tracia; pero se desvía de la guerra bizantina en demanda de Novogorod, a los cincuenta y siete grados de latitud, donde empadrona los moradores y arregla los tributos de la Rusia. El khan mogol ajusta alianza con los mamelucos, para ir contra sus hermanos de Persia: hasta trescientos mil caballos se internan por las puertas del llamado Derhen, y se complacen los griegos con aquel primer ejemplar de guerra intestina. Veinte mil tártaros sorprenden a Miguel Paleólogo [1043] y lo cercan en un castillo de Tracia, lejos de su corte y ejército, después del recobro de Constantinopla; pero es una interpresa donde media el interés particular de libertar al sultán turco Aradino, y logrando su intento cargan ufanos con el tesoro del emperador. El caudillo Noga, cuyo nombre está todavía resonando por las rancherías de Astracán, mueve una asonada formidable contra Mengo Timur el tercer khan de Kipzak; logra desposarse con María, hija natural de Paleólogo, y resguarda los dominios de su amigo y padre. Las invasiones posteriores de la ralea escítica son todas de gente fugitiva y desaforada, y algunos millares de alanos y comanos, arrojados de sus solares, orillan su vida vagabunda

para alistarse en el servicio del Imperio; y éste es el paradero de la invasión de los mogoles en Europa, afianzando con aquel pavor, más bien que alterando la paz en la Asia romana. Solicita el sultán de Iconio el avistarse con Juan Vataces, cuya política manera estimula a los turcos para escudar la raya contra el enemigo común; [1044] mas luego queda arrollada aquella valla, y con la servidumbre y exterminio de los Seljukios se patentiza la desnudez absoluta de los griegos. Está ya el formidable Holagú en el disparador con sus cuatrocientos mil combatientes contra Constantinopla, y el susto infundado del vecindario de Niza está retratando al vivo el pavor que tiene infundido por do quiera. El acaso de una procesión y el eco de una letanía llorosa: «De la furia de los tártaros, líbranos, Señor», había ocasionado la hablilla atropellada de asalto y matanza. Aquella aprensión agolpa y arremolina por las calles de Niza miles de ambos sexos que huyen sin saber de quién ni adónde, y median horas antes que la entereza de la oficialidad desengaña a todos de aquel fracaso imaginario. Mas por dicha la conquista de Bagdad y los vaivenes de la guerra siria refrenan la ambición de Bolago, y su encono a los mahometanos les inclina a hermanarse con griegos y francos, [1045] y su generosidad o menosprecio brinda con el reino de Anatolia como galardón de un vasallo armenio. Los emires enriscados por cumbres o encastillados por ciudades, se pelean tras los fragmentos de la monarquía Seljukia; pero rindiendo todos parias a los khanes de Persia, quien suele interponer su autoridad y a veces sus armas, para enfrenar sus salteamientos, y conservar la paz y el equilibrio de sus confines turcos. El fallecimiento de Casan, [1046] uno de los príncipes más consumados y esclarecidos de la alcurnia de Gengis, orilla un resguardo tan saludable, y el menoscabo de los mogoles redunda en los medros descollantes del *Imperio otomano*. [1047]

Al retirarse Gengis, el sultán Gelaledin de Carizmio, regresa de la India para posesionarse a todo trance de sus reinos de Persia; y aquel héroe en el espacio de once años pelea en catorce refriegas, y es tan suma su actividad, que en diecisiete días acaudilla su caballería desde Tellis a Terman, distantes más de trescientas leguas; pero se enredan los príncipes musulmanes y lo arrollan al arrimo de los innumerables mogoles, feneciendo arrinconadamente, tras su postrer descalabro, por las serranías del Curdistán. Entonces su hueste veterana y como aventurera viene a disolverse, habiendo en ella, bajo el nombre de carizmios o corasmines, varias rancherías turcas, embebidas en la suerte del sultán. Los caudillos más denodados y poderosos invaden la Siria y atropellan el Santo Sepulcro de Jerusalén, la gente ínfima se alista en el servicio de Aladin, sultán de Iconia, y entre ellos se hallan también los padres desconocidos de la alcurnia otomana. Habían antes plantado sus tiendas, junto a las orillas meridionales del Oxo, por las llanuras del Mahan y de Nesa, y se hace algún tanto reparable, que el mismo paraje haya venido a producir a los fundadores de los imperios pártico y turco. Al frente, o a la retaguardia de la hueste Carizmia se ahoga Solimán Shah, en el tránsito del Éufrates; su hijo Ortogrul para en ser soldado y súbdito de Aladin y planta en Surgut sobre el Sangar, un campamento de cuatrocientas familias o tiendas, que está gobernando por cincuenta y dos años en paz y en guerra. Es padre de Thaman o Atliman, cuyo nombre turco ha venido a combinarse en el apellido del califa Otomán; y si retratamos a este caudillo pastoril como rabadan o salteador, tenemos que retraerle todo concepto de mengua o de ruindad. Atesora Otomán, o quizá sobrepuja las prendas vulgares de un soldado, favoreciéndole el sitio y el tiempo para su independencia y descollamiento. Caducó la dinastía Seljukia, y la distancia y

decadencia de los khanes mogoles le libertan del contrarresto de algún superior. Se halla asomado al Imperio griego; el *Alcorán* santifica su *gazi* o guerra sagrada, contra los infieles, cuyos desaciertos políticos franquean los desfiladeros del monte Olimpo, y le brindan a descolgarse sobre las llanuras de Bitinia. La milicia local había tenido siempre atajados aquellos tránsitos hasta el reinado de Paleólogo, descargándola de impuestos y quedando pagada con su propia seguridad. Anuló el emperador aquella regalía encargándose de su resguardo; pero el tributo se recaudó puntualmente, pero se desatendió la guardia de los pasos, y los robustos serranos bastardearon con la trémula zozobra de campesinos sin brío ni disciplina. El día 27 de julio del año 1299 de la era cristiana, invade Otomán el territorio de Nicomedia, [1048] y aquel esmero en puntualizar la fecha, parece que está desentrañando alguna previsión del auge prontísimo y asolador de tamaño aborto. Los anales de los veintisiete años de reinado, irían repitiendo las idénticas correrías, y sus tropas hereditarias se fueron más y más reforzando por campañas con el agolpamiento de cautivos y voluntarios. En vez de recogerse a las cumbres, va conservando los puntos más importantes y defendibles: fortifica de nuevo las poblaciones y castillos que saqueó al pronto, y se desentiende allá de la vida pastoril tras los baños y palacios de sus capítulos crecientes. Adolece ya Otomán de ancianidad y achaques cuando recibe el aviso halagüeño de la toma de Prusia rendida por hambre y traición a las armas de su hijo Conchan. La gloria de Otomán se cifra principalmente en la de su padre; pero los turcos allá copiaron o compusieron un testamento regio de sus consejos, justicieros y comedidos. [1049]

De la toma de Prusia fechamos la verdadera época del Imperio otomano. La vida y hechos de los súbditos cristianos se rescataron con un tributo de treinta mil coronas de oro, y la

ciudad fue descollando por los afanes de Orechan con ínfulas de capital musulmana, realzándola con mezquita, colegio y hospital de fundación regia. Variose el cuño Seljukio con el nombre y la estampa de la dinastía nueva, acudiendo ante los consumados catedráticos de ciencias divinas y humanas, miles de estudiantes árabes y persas que orillaban las escuelas antiguas de la literatura oriental. Instituyose para Aladino, hermano de Orchan el cargo de visir, al paso que se deslinda por el traje el ciudadano del campesino y los musulmanes de los infieles. Consistían las tropas de Otomán en guerrillas de caballería turcomana, que servían sin paga, y peleaban sin arreglo; pero su hijo más cuerdo planteó un cuerpo disciplinado de infantería. Alistose un crecido número de voluntarios con escaso estipendio, pues dueños de permanecer en sus casas, mientras no se les llamase a las banderas. Su destemplada cerrilidad movió a Orchan para educar así los mozos cautivos como la soldadesca a la manera de las tropas del Profeta, mas el paisanaje turco quedó árbitro de cabalgar y seguir sus pendones con el apellido y las esperanzas de salteadores. Bajo este sistema planteó una hueste de veinticinco mil musulmanes; se habilitó un tren de artimañas militares para el uso de los sitios, entablando su experimento y muy fructuoso con las ciudades de Niza y Nicomedia (1326-1339 d. C.). Concedió Orchan salvoconducto a cuantos apetecieron marcharse con sus familias y haberes, pero las viudas de los muertos se enlazaron con los vencedores, y la sacrílega presa de libros, vasos e imágenes se vendió o rescató en Constantinopla. El hijo de Otomán venció y malhirió a Andrónico el Menor: [1050] fue sojuzgando toda la provincia o reino de Bitinia, hasta las playas del Bósforo y Helesponto, y los cristianos aclamaron de justiciero y clemente un reinado, que vino a granjearse el albedrío de los turcos asiáticos. Contentose Orchan

comedidamente con el dictado de emir, y en la jerarquía de sus camaradas, los príncipes de Rum y de Anatolia [1051] sobrepujábanle en fuerzas militares los emires de Ghermian y de Caramania, cada uno de los cuales podía acaudillar hasta cuarenta mil guerreros. Yacían sus dominios en el corazón del reino Seljukio, pero la soldadesca sagrada, aunque de menor bulto, fue planteando nuevos principados sobre el Imperio griego, descuellan más en el ámbito de la historia. El país marítimo desde la Propóntida hasta el Meandro y la isla de Rodas, tantas veces amagada y luego saqueada, vino finalmente a perderse, al hallarse Andrónico Mayor con treinta años. [1052]

Dos caudillos turcos, Saruliban y Aidin dejaron sus nombres a sus conquistas y luego éstas a su posteridad. Consumose el cautiverio de las siete iglesias del Asia, y aquellos señores siempre bárbaros de Jonia y Lidia siguen hollando los monumentos de la Antigüedad, tanto clásica como cristiana. Pierden y lloran los cristianos con la pérdida de Efeso la caída del primer ángel, la extinción del primer candelero y las Revelaciones; [1053] la asociación es pavorosa, sin que halle ya el viajero escudriñador ni leve rastro del gran templo de Diana, ni de la iglesia de María. Raposas y lobos son ahora los pobladores del circo y los tres grandiosísimos teatros de Laodicea; Sardos quedó reducida a una desdichada aldea; suena y resuena el Dios de Mahoma sin hijo ni competidor en las mezquitas de Pérgamo y Jiatina, y el comercio extranjero de francos y armenios es el manantial del gentío de Esmirna, salvándose tan sólo Filadelfia con profecías y denuedo. Su valeroso vecindario, distante de la marina, desamparado por el emperador, cercado estrechamente por los turcos, defendió por más de ochenta años su religión y libertad, hasta que por fin capituló con el más engreído de todos los otomanos. Descuella todavía Filadelfia entre las colonias griegas

y las iglesias del Asia; columna excelsa entre zarzales y escombros, demostrando ejemplarmente que los rumbos del pundonor y del salvamento suelen ser idénticos. Mediaron más de dos siglos hasta la servidumbre de Rodas, con el establecimiento de los caballeros de san Juan de Jerusalén, [1054] pues bajo el régimen de aquella orden (1310-1523 d. C.), descolló la isla esplendorosa y celebradamente, con sus monjes guerreros y esclarecidos por mar y tierra, y aquel antemural de la Cristiandad estuvo retando y resistiendo a turcos y sarracenos.

Los mismos griegos con sus desavenencias reñidísimas fueron sus propios arruinadores. Durante la guerra civil entre los Andrónicos, el hijo de Otomán fue redondeando sin contrarresto formal la conquista de Bitinia, y los mismos disturbios estimularon a los emires turcos de Lidia y Jonia para construir una escuadra y piratear por todas las islas de la costa europea. Cantacuzeno, al defender su vida y pundonor, se anticipó a sus contrarios, o los fue remedando con llamarlos en su auxilio contra su propia patria y religión. Encubría Amir, hijo de Aidin, bajo su traje turco, la humanidad y cultura de los griegos; enlazose con el gran doméstico por su mutuo aprecio y agasajo, parangonándose aquella intimidad en la retórica hueca del siglo con la estrechez tan cabal de Pilades y Orestes. [1055] El príncipe de Jonia, al oír el peligro de su íntimo, acosado por una corte ingrata, junta en Esmirna una escuadra de trescientas velas con un ejército de veintinueve mil hombres, surca el mar en medio del invierno y fondea en la desembocadura del Ebro. Desde allí con un cuerpo selecto de dos mil turcos, va siguiendo la orilla del río y rescata a la emperatriz sitiada en Demótica por los montaraces búlgaros. En aquel lance desventurado se ignora el paradero de Cantacuzeno, huido a Serbia; pero la agradecida Irene, con el ansia de ver a su libertador, lo invita a entrar en el

pueblo, acompañando el mensaje con ricas alhajas y cien caballos. Extremando el bárbaro cortesano su miramiento, en ausencia del infeliz amigo, se desentiende de visitar a su esposa y disfrutar los agasajos palaciegos; aguanta en la tienda la crudeza del invierno, y se empeña en alternar con sus compañeros dignísimos en tan amargas penalidades. La necesidad absoluta viene a sincerar sus correrías y salteamientos por mar y tierra; deja nueve mil quinientos hombres para el resguardo de su escuadra, y se afana más y más en busca de Cantacuzeno, hasta que una carta supuesta, el rigor de la estación, el clamor de la tropa independiente y los muchísimos despojos y cautivos le precisan a reembarcarse. En los vaivenes de la guerra civil, vuelve el príncipe de Jonia a Europa, incorpora su tropa con la del emperador, sitia a Tesalónica y amenaza a Constantinopla. Táchale la calumnia… su auxilio a medias, su partida arrebatada y el cohecho de diez mil coronas por la corte bizantina; pero su amigo se muestra satisfecho, y la obligación más sagrada de guardar sus estados hereditarios contra el embate de los latinos, están abonando la conducta de Amir. El poderío marítimo de los turcos había enlazado al papa, al Rey de Chipre, a la república de Venecia y a la orden de san Juan para una cruzada laudable; invaden sus galeras la costa de Jonia, y muere Amir de un flechazo, en su empeño de arrebatar a los caballeros Rodios la ciudadela de Esmirna. [1056] Al expirar se acuerda de recomendar generosamente otro aliado de su propia nación, no más entrañable y solícito que él mismo; pero sí en disposición de aprontar un auxilio más ejecutivo y poderoso, por su situación sobre la Propóntida, y al frente de Constantinopla. Propónese tratado más ventajoso al príncipe turco de Bitinia, quien viene a desentenderse de sus compromisos con Ana de Saboya, y el orgullo de Orchan prorrumpe en solemnísimas

protestas, de que si lograra la hija de Cantacuzeno, cumpliría colmadamente las obligaciones de hijo y de súbdito. La ambición acalla por entonces al cariño paternal, y el clero griego se aviene al desposorio de una princesa cristiana con un secuaz de Mahoma, refiriendo luego el padre de Teodora [1057] con alborozo torpísimo el baldón de la púrpura (1346 d. C.). Acompaña un cuerpo de caballería turca a los embajadores, que desembarcan de treinta bajeles ante sus reales de Selimbria. Álzase pabellón ostentoso, en el cual pasa Irene la noche con sus hijas, y a la madrugada Teodora trepa a un solio realzado con sus cortinajes de seda y oro; está la tropa sobre las armas, y sobresale el emperador solo a caballo. Se da la señal, se descorren las cortinas y asoma la novia, o la víctima, cercada de eunucos arrodillados y de antorchas nupciales: clarines y trompas están pregonando el gozosísimo acontecimiento; se entonan epitalamios a la felicidad supuesta, echando los poetas de aquel siglo el resto en sus rasgos sonoros y pomposos. Entregan a Teodora, prescindiendo de ritos de iglesia, a su bárbaro dueño; pero queda pactado que conservara su religión en el harén de Buna, encareciendo su padre tanto cariño y devoción en aquel trance arduo y peregrino. El emperador griego, sentado ya pacíficamente en el solio de Constantinopla, pasa a visitar su aliado turco, quien con cuatro hijos y varias mujeres, lo está esperando en Seotari sobre la playa asiática. Aparentan ambos príncipes entrañable intimidad en sus recreos de caza y mesa, y se franquean a Teodora algunos días para disfrutar, en el Bósforo, la compañía de su madre. Pero aquellas demostraciones de Orchan son parto de su interés y religión, y no se sonroja de incorporarse, en la guerra genovesa, con los enemigos de Cantacuzeno.

Insertó el príncipe otomano en el tratado con la emperatriz

Ana el pacto peregrino de que le fuese lícito el vender sus prisioneros en Constantinopla o trasladarlos al Asia. Posose en feria públicamente una muchedumbre desnuda de cristianos de ambos sexos y de todas edades, clérigos, monjes, matronas y vírgenes; menudeaban los azotes para estimular más y más la humanidad de los compradores, y los griegos menesterosos se condolían llorosos de la suerte de sus hermanos arrebatados a lo sumo de la desventura en esclavitud temporal y espiritual. [1058] Tiene Cantacuzeno que firmar iguales condiciones, y su ejecución redundará todavía en mayor quebranto del Imperio, pues se había destacado un cuerpo de diez mil turcos en auxilio de la emperatriz Ana; pero el total de las fuerzas del Orchan se empleó en servicio del padre. Mas eran transeúntes aquellos desmanes, pues en abonanzando la tormenta eran árbitros los fugitivos de acudir a sus hogares, y a la terminación de las guerras ora civiles, ora advenedizas, quedaba la Europa absolutamente evacuada por los musulmanes del Asia. En su postrer contienda con el alumno fue cuando Cantacuzeno extremó su llaga profunda y mortal, sin que cupiese a los sucesores el cerrarla, y que malísimamente se compensa con sus diálogos teológicos contra el profeta Mahoma. Los turcos modernos, ajenísimos de su propia historia equivocan sus dos tránsitos primero y último sobre el Helesponto [1059] y retratan al hijo de Orchan como un salteador nocturno, que con ochenta compañeros se destaca para escudriñar la playa contraria y desconocida. Embárcase Solimán capitaneando diez mil caballos, se apea de sus naves y se le agasaja como amigo del emperador griego. Apronta en las guerras civiles de Romanía algún servicio, pero causa mayores daños; luego se va cuajando el Quersoneso con la colonia turca, y en balde solicita la Corte bizantina la devolución de las fortalezas de Tracia. Tras varias

demoras muy estudiadas entre el príncipe otomano y su hijo, se ajusta su importe en sesenta mil coronas, y recién satisfecho el primer plazo, un terremoto conmueve ciudades y provincias; acuden los turcos a ocupar las plazas desmanteladas, reedificando y repoblando a Gallípoli, la llave del Helesponto, por la política de Solimán. Con la renuncia de Cantacuzeno se quiebran los vínculos endebles de amistad casera, y en su postrer dictamen amonesta a sus compatricios que rehúyan una contienda temeraria, y confronten su propia flaqueza con el número, denuedo, disciplina y entusiasmo de los musulmanes. La mocedad vanagloriosa y disparada desatiende y menosprecia la cordura de sus consejos, y las victorias de los otomanos lo dejan luego muy airoso. Pero muere Solimán de una caída de su caballo en el ejercicio del *jerid*, y el anciano Orchan llora, y luego yace en el sepulcro de su valeroso hijo.

Brevísimo fue para los griegos el plazo de su regocijo por la muerte de aquel enemigo, pues con el mismo denuedo blandió pronto su cimitarra turca Amurates I, hijo de Orchan y hermano de Solimán (1306-1389 d. C.). Por los menguados anales bizantinos [1060] se vislumbra que fue sojuzgando sin contrarresto la provincia de Romanía o Tracia por entero, desde el Helesponto hasta el monte Hemo, asomándose a la misma capital, y escogiendo Andrinópolis para el solio de su gobierno y religión en Europa. Constantinopla, cuyo menoscabo viene en su arranque a equivocarse con su fundación, en el ámbito de mil años había padecido varios embates por los bárbaros de levante y poniente; pero hasta aquel aciago trance nunca se vieron los griegos cercados por Asia y Europa con las armas de una sola monarquía enemiga; pero la cordura o generosidad de Amurates orilló por entonces tan obvia conquista, y quedaron sus ínfulas muy airosas con el frecuente y rendido acatamiento del

emperador Paleólogo y sus cuatro hijos, quienes a la más leve intimación volaban a la corte y reales del príncipe otomano. Marcha allá contra las naciones eslavonas, entre el Danubio y el Adriático, búlgaros, serbios, bosnios y albaneses, y aquellas tribus guerreras que solían desacatar la majestad del Imperio, quedan repetidamente arrolladas con sus correrías. Carecen de plata y oro y sus aldeas o poblaciones yacen ajenas de todo tráfico productivo y del realce lujoso de las artes. Pero descollaron siempre sus naturales con su robustez y tesón, y con una institución atinada se constituyeron columnas fieles e incontrastables del encumbramiento otomano. [1061] Recuerda el visir a su soberano Amurates, que al tenor de la ley mahometana le cabe el quinto de los despojos y cautivos, y que le era obvio el recaudar su parte, en colocando empleados en Gallípoli, y atalayando el tránsito, entresacar lo más selecto de la mocedad en gallardía y hermosura. Se sigue aquel dictamen, se pregona el edicto, se educan millares de europeos en sus armas y religión, y un dervís afamado nombra y consagra la nueva milicia. Se adelanta sobre la formación, tiende la manga de su ropaje sobre el primer soldado y prorrumpe en la bendición siguiente: «Llámense ya jenízaros (*Zenjicheri*, o soldados nuevos) ¡así campee siempre su gallardía! ¡así sea siempre victoriosa su mano y aguda su espada! ¡así cuelgue siempre su venablo sobre la cerviz enemiga! ¡y así por donde quiera que vayan vuelvan luego con el rostro blanco!». [1062] Tal es el origen de aquella tropa altanera, pavor de las naciones y a veces de los mismos sultanes. Menguó su denuedo, se relajó su disciplina, y su formación revuelta no alcanza a contrarrestar el sistema y las armas de la táctica moderna; pero les cupo a la sazón una superioridad incontrastable, pues no había príncipe cristiano que estuviese manteniendo con paga y maniobras perpetuas cuerpos

arreglados de infantería. Peleaban desaforadamente los jenízaros, a fuer de novicios, contra sus compatricios *idólatras*; y la liga e independencia de las tribus eslavonas quedó por entero destrozada en la batalla de Cosroes. Andando el vencedor por aquel campo advirtió que los más de los muertos eran mancebos barbilampiños, y le halagó el visir con la expresión de que la madurez cuerda no se opusiera a contrarrestar sus armas irresistibles. Mas la espada jenízara no lo escudó contra la daga de un desesperado, pues un soldado serbio se incorpora sobre el montón de cadáveres, y traspasa mortalmente a Amurates en la barriga. Era aquel nieto de Otomán de temple muy apacible, comedido en su porte y amante del pundonor y de la literatura; pero tenía escandalizados a los musulmanes con su antigua asistencia al culto: la vituperó el muftí, quien, tuvo el arrojo de recatar su testimonio en una causa civil, hermandad de servidumbre y libertad que suele asomar por la historia oriental. [1063]

Ilderim, o el rayo se apellidó Bayaceto, hijo de Amurates, retratando así al vivo su índole, engriéndose con un adjetivo propio de la fogosa pujanza de su pecho y de la rapidez asoladora de sus marchas (1389-1403 d. C.). En los catorce años de su reinado [1064] anduvo sin cesar acaudillando su hueste, desde Bursa hasta Andrinópolis, y desde el Danubio al Éufrates, y por más que se afanase denodadamente por la propagación de su ley, su ambición iba salteando a diestro y siniestro cristianos y musulmanes por Asia y Europa. Avasalló desde Angora hasta Amasia y Erzerun las regiones septentrionales de Anatolia; defraudó de sus posesiones hereditarias a sus hermanos emires de Ghermian y de Caramania, de Aidin y Sarukban, y conquistado Iconio, renació el antiguo reino de los Seljukios en la dinastía otomana. No menos prontas y grandiosas fueron sus expediciones por Europa, pues apenas allana con servidumbre

sistemática los serbios y búlgaros, atraviesa el Danubio en busca de nuevos enemigos y nuevos súbditos en el corazón de la Moldavia. [1065] Cuanto acataba todavía al Imperio griego en Tracia, Macedonia y Tesalia, reconoció el señorío turco; un obispo obsequioso le internó por Termópilas en la Grecia, y debemos notar que la viuda de un caudillo español, poseedor del solar antiguo del oráculo de Delfos, se congració con él sacrificándole su hermosa hija. Incierta y arriesgada había sido la comunicación turca entre Europa y Asia hasta que planteó un apostadero de galeras para señorear el Helesponto y atajar a Constantinopla todo auxilio latino. Mientras el monarca se estaba desenfrenando a su albedrío con extremos de crueldad y tropelía, tenía impuesto a su soldadesca un sistema rigurosísimo de comedimiento y subordinación, y aun en el recinto de sus reales se esquilmaban y vendían desahogadamente las mieses. Airado con la administración estragada y arbitraria de justicia, agolpó en un albergue los jueces y letrados de sus dominios, quienes aguardaban trémulos que en breve rato iban a quedar en cenizas; los ministros enmudecen y tiemblan igualmente; pero un juglar etíope se atreve a insinuarles el móvil de su quebranto, y asalariando adecuadamente a los cadís, quedó atajada y sin disculpa la venalidad para lo sucesivo. [1066] No correspondía ya el dictado llano de emir al engrandecimiento otomano, y Bayaceto se avino a recibir una patente de sultán de los califas que estaba sirviendo en Egipto bajo el yugo de los mamelucos; [1067] homenaje postrero y baladí tributado por la fuerza a la opinión y por los conquistadores turcos a la alcurnia de Abas y a los sucesores del Profeta árabe. Ardió más y más la ambición en el pecho del sultán con la precisión de merecer dictado tan augusto, y encaró sus armas contra el reino de Hungría, teatro sempiterno de victorias y descalabros turcos. Era el rey húngaro

Sigismundo hijo y hermano de emperadores de Occidente, su causa venía a ser la de Europa y de la Iglesia, y al eco de tanto peligro, ansían los caballeros de Francia y de Alemania el marchar bajo el estandarte de la cruz. Derrota Bayaceto en la batalla de Nicópolis (28 de septiembre de 1396 d. C.) un ejército confederado de cien mil cristianos, quienes blasonaban de que si el cielo se desquiciaba, lo sostendrían con sus lanzas. Fenecen los más o se ahogan en el Danubio, y Sigismundo, huyendo a Constantinopla y el Mar Negro, regresa tras un grandioso rodeo a su exánime reino. [1068] Ufanísimo Bayaceto con su victoria trata de sitiar a Ruda, de sojuzgar los países contiguos de Alemania e Italia y de dar pienso a su caballo con un celemín de avena sobre el altar mayor de san Pedro en Roma. Atájale el rumbo, no el encuentro milagroso del Apóstol, ni cruzada de potencias cristianas, sino un recargo intensísimo de gota. Suelen los achaques físicos atajar desbarros morales, y una gotilla corrosiva sobre ciertas fibras de un hombre, puede precaver o dilatar la desdicha de naciones enteras.

Este conjunto es el que ofrece aquella guerra húngara; pero el desastrado paradero de los franceses viene a suministrarnos ciertos apuntes que delinean la victoria y la índole de Bayaceto. [1069] El duque de Borgoña, señor de Flandes y tío de Carlos VI, a impulsos de su hijo Juan conde de Nevers, proporciona al denodado mozo el acompañamiento de cuatro príncipes, primos suyos y del rey de Francia (1396-1398 d. C.). Amaestra su bisoñé el señor de Cucy, uno de los mejores veteranos de la cristiandad; [1070] pero el condestable, almirante y mariscal de Francia [1071] acaudilla una hueste que no pasa de mil caballeros y escuderos. Nombres tan esclarecidos infunden sumo engreimiento y poquísima disciplina, pues aspirando tantísimos a mandar, nadie se aviene a obedecer; su quijotismo nacional

menosprecia enemigos y aliados, y empapados en que Bayaceto ha de *huir* o *fracasar*, andan allí deslindando el plazo de su llegada a Constantinopla y rescate del Santo Sepulcro. Avisan los descubridores el asomo de los turcos y aquella mocedad desvariada sigue en la mesa y empina más y más sus licores; arrebatan luego todos sus armas, cabalgan a porfía y corren a vanguardia desentendiéndose del dictamen de Sigismundo, como bochornoso, porque se opone a su afán de encabezar al golpe la refriega. No se perdiera la batalla de Nicópolis, si los franceses se conformaran con la cordura del húngaro; pero se ganara esclarecidamente si los húngaros remedaran la gallardía francesa, que logra dispersar la primera línea compuesta de asiáticos, arrolla la estacada contrapuesta a la caballería; aportilla, tras lid sangrienta, a los mismos jenízaros… mas ¡ay! que sobrevienen moles de escuadrones salidos de los bosques, y su oleada inmensa consigue acorralar desaforadamente al pelotón de intrépidos guerreros. Campea Bayaceto con su desempeño militar de marchas, contramarchas y evoluciones, celebradas por sus mismos enemigos, tachándole luego de crueldad en el uso de su victoria. Reservando al conde de Nevers y a veinticuatro señores, cuyo nacimiento y riquezas acreditaron sus intérpretes latinos, llevan a los franceses restantes tras la matanza campal ante el solio de Bayaceto, y negándose a abjurar su fe, los van degollando a su presencia. Airadísimo se muestra por la pérdida de sus jenízaros más esforzados; y si es cierto que por la noche los franceses habían muerto a sus prisioneros turcos, [1072] entonces tienen que achacarse a sí mismos las resultas de un justísimo desquite. Un caballero, a quien se conservó la vida al intento, vuelve a París, refiere el lastimoso trance y solicita el rescate de los cautivos esclarecidos. Arrastran entre tanto por sus marchas y campamentos los turcos a los

príncipes y barones de Francia, y los musulmanes de Europa y Asia se van empapando en el trofeo halagüeño, y luego viven estrechísimamente encerrados en Burza, mientras Bayaceto reside en su capital. Instan más y más al sultán para que purgue con su sangre la de tantos mahometanos; mas tiene fallado que vivan, y su palabra, sea de salvamento o de exterminio, es irrevocable. Regresa el mensajero, y queda enterado el monarca de la suma entidad de sus prisioneros por la intercesión interesada y eficacísima de los reyes de Francia y de Chipre. Preséntale Lusiñan un salero de labor peregrina, valuado en diez mil ducados, y Carlos VI envía por Hungría una remesa de halcones noruegos, con seis cargas de grana, lienzos finísimos de Reims y un juego de alfombras de Arras representando las batallas de Alejandro el Grande. Tras largas demoras, por causa de la distancia, más bien que por artificio, se aviene por fin Bayaceto a aceptar el rescate de doscientos mil ducados por el conde de Nevers y los condes y barones vivos, el mariscal de Bucicault, afamado guerrero es también de los venturosos; pero el almirante de Francia había fenecido en la refriega, y el condestable, con el señor de Cucy, en la cárcel de Bursa. Esta petición cuantiosísima, duplicada todavía con mil costos advenedizos, recae principalmente sobre el duque de Borgoña, o más bien sobre sus vasallos flamencos, obligados por las leyes feudales, tienen que contribuir para el caballerato y el cautiverio del primogénito de su señor. Para el reintegro cabal de la deuda, unos comerciantes genoveses afianzan hasta el quíntuplo de la suma, aleccionando aquellos tiempos belicosos con el desengaño de que el comercio y el crédito son los eslabones que asocian y hermanan el orbe entero. Páctase en el tratado que se juramenten los cautivos franceses para nunca hacer armas contra la persona de su vencedor; pero el mismo Bayaceto anula aquella

ruin cortapisa, prorrumpiendo con el heredero de Borgoña: «Desprecio tus juramentos y tus armas. Eres muy mozo y estarás ansiando borrar el baldón o la malaventura de tu estreno en la guerra. Agolpa tus fuerzas, pregona tu intento, y ten por muy positivo que Bayaceto se alegrará en el alma de tropezar nuevamente contigo en un campo de batalla». Antes de partir se les franquea la corte y se les agasaja con esmero, pasmándose los franceses con la magnificencia del otomano, cuyos monteros ascienden a siete mil y otros tantos los halconeros. [1073] Presencian su orden y la ejecución de abrir el vientre a uno de sus camareros, por la queja que le dio una mujer desvalida de habérsele chupado la leche de una cabra. Se asombran los extranjeros de tan tremendo escarmiento, propio de un sultán, que ni se para en averiguar los casos, ni justipreciar los grados de una demasía.

Al quedar Juan Paleólogo expedito de un celador angustioso, vive hasta treinta y seis años presenciando, y al parecer con tibieza, el exterminio público. [1074] Amor, o más bien lujuria, viene a ser su único móvil, y al encenagarse con las viudas o doncellas de la ciudad, olvida el esclavo turco el baldón de todo un emperador de romanos. Había su primogénito Andrónico entablado en Andrinópolis una intimidad criminal con Sauces hijo de Amurates, y entrambos mozos conspiran contra la autoridad y la vida de sus respectivos padres. Acude Amurates a Europa, y descubre y aventa intentos tan temerarios; ciega en seguida a su hijo y amenaza tratar a su vasallo de cómplice y enemigo, si no impone igual escarmiento a su hijo. Tiembla Paleólogo y obedece, y una precaución horrorosa abarca en el mismo fallo la niñez e inocencia de Juan, hijo del rey; pero se ejecuta la operación tan leve o torpemente que el uno ve todavía de un ojo, y el otro viene a quedar tan sólo

bizco. Excluidos ambos príncipes de la sucesión, se les encierra en la torre de Anema, galardonando la religiosidad de Manuel, hijo segundo del monarca reinante, con el don de la corona imperial. Pero a los dos años el desenfreno de los latinos y la liviandad de los griegos acarrean una revuelta y empozan a entrambos emperadores en la misma torre, de donde sacan a los dos presos para encumbrarlos al solio. Median otros dos años, y logran Paleólogo y Manuel ponerse en salvo, a beneficio de la magia o sutileza de un monje, apellidado alternativamente ángel o diablo; huyen a Escotari, acuden sus parciales, y ambas banderías echan el resto de su ambición su encono, al par que César y Pompeyo por el imperio del Orbe. El mundo romano queda a la sazón arrinconado en un ángulo de la Tracia, como de dieciocho leguas de largo y diez de ancho, entre la Propóntida y el Mar Negro; ámbito tan reducido como el de los principados menores de Italia o Alemania; si bien los restos de Constantinopla estaban todavía representando la opulencia y populosidad de un reino.

Se conceptúa imprescindible para la paz del Imperio el subdividir todavía aquel trocillo, y quedando Paleólogo y Manuel dueños de la capital, se cede todo lo restante desde el mismo ejido a los príncipes ciegos, quienes plantean su residencia en Rodosto y Selimbria. Adormécese Paleólogo en su solio, y sus ímpetus se sobreponen más y más a sus desengaños y a sus fuerzas, pues defrauda a su mismo predilecto y heredero de una princesa hermosísima de Trebisonda; mientras el quebrantado emperador se está afanando por consumar su desposorio, Manuel con cien magnates griegos tiene que acudir al llamamiento ejecutivo de la Puerta Otomana. Sirven gallardamente en las guerras de Bayaceto, quien sin embargo se encela con el intento de fortificar a Constantinopla, los amenaza

de muerte, y al punto yacen demolidas las obras nuevas, favoreciendo tal vez en demasía al pundonor de Paleólogo, quien atribuye su fallecimiento a esta nueva ignominia.

Notician al vuelo esta novedad a Manuel, quien huye pronta y reservadamente de los reales de Burza al solio bizantino. Aparenta Bayaceto altanera indiferencia por el malogro de tan interesada prenda, y al seguir con sus conquistas por Asia y Europa, deja al emperador forcejeando (1391-1425 d. C.) con su primo ciego Juan de Selimbria, que, durante ocho años de guerra civil, se aferra a sus derechos de primogenitura. Por fin el sultán victorioso asesta toda su ambición sobre Constantinopla, pero luego da oídos al dictamen de su visir, quien le manifiesta que tamaña empresa puede hermanar las potencias cristianas en cruzada más formidable. Éstos son los términos de su carta al emperador: «Merced a la clemencia divina, mi cimitarra invencible ha ido sojuzgando casi toda el Asia, con muchos y dilatados países de Europa, menos la ciudad de Constantinopla, fuera de cuyas murallas nada absolutamente viene a quedarte. Entrega su recinto y pacta tu recompensa, o bien tiembla por ti mismo, por tu pueblo desventurado y por las consecuencias de tu pertinacia». Pero encarga a sus embajadores que mitiguen aquel desentono y propongan un tratado que se firma luego con rendido agradecimiento; y así se negocia una tregua por diez años con el tributo anual de treinta mil coronas de oro; tienen que llorar los griegos la tolerancia pública de la ley de Mahoma, y Bayaceto se engríe con la gloria de plantear un cadí turco y fundar una mezquita regia (1391-1402 d. C.) en la metrópoli de la iglesia oriental. [1075] Pero el sultán desaforado quebranta luego aquella tregua, siguiendo la causa del príncipe de Selimbria, emperador legítimo, y amenazando a Constantinopla con una hueste otomana, por cuyo avance implora Manuel

encarecidamente el amparo de la Francia. Conduélese el rey entrañablemente y franquea algún auxilio, acaudillado por el mariscal de Bucicault, [1076] cuya religiosidad caballeresca se inflama con el afán de vengar su cautiverio entre infieles. Da la vela con cuatro naves de guerra de Aiguesmortes para el Helesponto, arrollando en su tránsito hasta diecisiete galeras turcas, que están guardando el estrecho; desembarca en Constantinopla un refuerzo de seiscientos hombres de armas y mil seiscientos flecheros, y los revista en el ejido, desentendiéndose del número y la formación de los griegos. Levanta el sitio por mar y tierra, alejando la escuadra turca a larga distancia, asaltando el mariscal y el emperador de pareja varios castillos en Asia y en Europa. Mas luego se rehacen aferradamente los otomanos, y el denodado Bucicault, tras un año de sitio trabajosísimo, se determina por fin a evacuar un país que no apronta ni paga abastos para su tropa. Se brinda también a poner el emperador en la corte misma de Francia donde podrá solicitar personalmente auxilios de gente y dinero, aconsejándole al mismo tiempo que para zanjar toda desavenencia deje a su competidor ciego en el solio. Se admite la propuesta, colócase el príncipe de Selimbria en la capital, y es tan grande desdicha pública, que la suerte de aquel desterrado se conceptúa preferible a la de soberano. El sultán turco en vez de complacerse con el logro de su vasallo, pide la ciudad para sí mismo, y negándose el emperador Juan, estrecha más y más el sitio, y agrava los quebrantos del hambre y de la guerra. Infructuosas son plegarias y resistencia contra tamaño enemigo, y devorara luego su presa aquella fiera, si en el trance crítico, otra alimaña más tremenda no la volcara para siempre. Se dilata por medio siglo el derribo de Constantinopla con la victoria de Timor o Tamerlán, y con aquel servicio inesperado e

importantísimo salen a luz la vida e índole del conquistador mogol.

LXV

ENSALZAMIENTO DE TIMUR O TAMERLÁN AL SOLIO DE SAMARCANDA - SUS CONQUISTAS EN PERSIA, GEORGIA, TARTARIA, RUSIA, INDIA, SIRIA Y ANATOLIA - SU GUERRA TURCA - DERROTA Y CAUTIVERIO DE BAYACETO - MUERTE DE TAMERLÁN - GUERRA CIVIL ENTRE LOS HIJOS DE BAYACETO - RESTABLECIMIENTO DE LA MONARQUÍA TURCA POR MOHAMED I - SITIO DE CONSTANTINOPLA POR AMURATES II

Avasallar el orbe todo es desde luego el ansioso intento de Tamerlán, para granjearse después la memoria y el aprecio honorífico de las edades venideras. Se van apuntando esmeradamente en las secretarías el diario de todos los pormenores civiles y militares; [1077] revistándolos auténticamente los sujetos más enterados de cada particularidad, creyéndose en el Imperio y en la familia de Tamerlán, que el monarca mismo fue quien compuso los *Comentarios* [1078] de su vida, y las *Instituciones* [1079] de su gobierno. [1080] Infructuoso vino a ser tan sumo ahínco para la conservación de su nombradía, y aquella preciosidad en los idiomas mogol o persa yacieron ocultas para el mundo, o por lo menos, para el conocimiento de Europa; las naciones vencidas usaron ruin y desaforada venganza, y la ignorancia ha estado repitiendo las hablillas de la calumnia, [1081] empeñada en desfigurar el nacimiento, índole, persona y nombre de Tamerlán. [1082] Realce se granjearía más bien que menoscabo el ensalzamiento de un campesino hasta el solio del Asia, ni cabe tildarle la cojera, a no ser que padeciese la flaqueza

de sonrojarse por una lisiadura natural, o acaso muy honorífica.

Para el concepto de los mogoles vinculados en la alcurnia de Gengis, era por supuesto un rebelde; mas correspondía a la tribu hidalga de Berlas, pues su quinto abuelo Carashar Nervian había sido visir de Zagatai, en su nuevo reino de Transoxiana, y en el entronque de algunas generaciones, se enlaza la rama de Timur, a lo menos por hembras [1083] con la cepa imperial. [1084] Nació cuarenta millas [64,37 km] al sur de Samarcanda en la aldea de Sebzar, por el territorio ameno de Cash, cuyos caudillos hereditarios eran sus padres, como también de un cuerpo de diez mil caballos. [1085] Nace [1086] en una de aquellas temporadas de anarquía en que están al caer las dinastías asiáticas y franquean campo anchuroso a la osadía ambiciosa. Extinguidos los khanes de Zagatai, aspiran los emires a la independencia, y sus enconos caseros tan sólo se embotan con la conquista y tiranía de los khanes de Kashgar, quienes con una hueste de getas o calmucos [1087] invaden el reino transoxiano. A los doce años entra en campaña (1361-1370 d. C.), y a los veinticinco campea como libertador de su patria, y el pueblo todo clava la vista en un héroe que se desvive por su causa. Cifraron los prohombres, letrados y militares su salvamento en sostenerlo a todo trance; mas llega ya el peligro y enmudecen despavoridos, y después de estarlos esperando siete días por los cerros de Samarcanda, tiene que engolfarse por el desierto con tan sólo sesenta jinetes. Se estrechan mil getas al alcance; pero se revuelve y los rechaza con tan ejemplar escarmiento que prorrumpen: «Asombroso varón es Tamerlán; la fortuna y el favor divino le acompañan». Pero en aquella refriega sangrientísima vienen a quedar en diez sus secuaces, de los cuales desertan todavía tres carizmios. Vaga por los yermos con su mujer, siete compañeros y cuatro caballos; pasa luego dos meses empozado en una

mazmorra, hedionda, y se liberta con su denuedo y el remordimiento de su opresor. Atraviesa a nado el río anchuroso y rapidísimo de Jihoon u Oxo, trae por meses una vida errante y acosada, por los confines de los estados contiguos; pero descuella más y más su nombradía con tantísima adversidad, se va desengañando en el conocimiento de amigos y parciales entrañables, para luego emplearlos con ventaja propia y ajena. Regresa a su patria y se le agolpan ya partidas de confederados, que anduvieron ansiosamente tras él por el desierto, y no puedo menos de retratar con su sencillez afectuosa uno de sus encuentros venturosos. Se presenta por guía a tres caudillos que capitanean setenta jinetes. «Al clavarme los ojos —dice Timur—, estaban rebosando de gozo; se apean, se acercan, y se me arrodillan, y hasta me besan el estribo; entonces me apeo también y les voy abrazando a todos. Encasqueto luego mi turbante al primer caudillo; ciño al segundo con mi ceñidor cuajado de oro y perlas, y cubro al tercero con mi manto, lloran y lloro; llega la hora de la plegaria y rezamos. Montamos y venimos a mi albergue; convoco mi gente y les doy un banquete». Entonces los prohombres de todas las tribus refuerzan su tropa leal, los acaudilla contra un enemigo superior y después de algunos vaivenes militares, despeja el reino de Transoxiana de sus getas. Esclarecidos son sus afanes, mas faltan otros todavía, y tiene que valerse de artificios y derramar alguna sangre para afianzar la obediencia de sus iguales. El nacimiento y poderío del visir Hasein le precisan a alternar con un compañero vicioso y desproporcionado, cuya hermana era la electa de sus mujeres. Breve y celosa es su alianza; pero la maña de Tamerlán en sus repetidas reyertas hace recaer el baldón de injusticia y alevosía en su competidor, y tras derrota rematada, queda muerto Hasein por amigos sagaces que se arrojan por última vez

a desobedecer las ordenes de su señor. A los treinta y cuatro años [1088] y en la asamblea de los curultais, lo revisten con la corona imperial, mas aparenta reverenciar la alcurnia de Gengis, y mientras el emir Timur está reinando en Zagatai y en Oriente (abril de 1370 d. C.) un khan nominal está guerreando de oficial subalterno en los ejércitos de su sirviente. Un reino fertilísimo de cerca de quinientas millas [804,65 km] de largo y de ancho podía saciar la ambición de un súbdito; pero Tamerlán aspira al gobierno del orbe y antes de su fallecimiento la corona de Zagatai es una de las veintisiete que había colocado en sus sienes. Sin explayarme por las victorias de treinta y cinco campañas; sin seguir el rumbo de sus marchas y contramarchas con que fue repetidamente atravesando el continente de Asia, voy a delinear compendiosamente sus conquistas por I. Persia, II. Tartaria, y III. India, [1089] para luego pasar al pormenor más interesante de la guerra.

I. La jurisprudencia de un conquistador tiene siempre a la mano motivos de salvamento, venganza, pundonor, derecho o conveniencia para sus guerras. Al incorporar Tamerlán con su patrimonio de Zagatai las dependencias de Carizme y Candabar, clava ya la vista en los reinos de Irán o Persia. Desde el fallecimiento de Abusaid, postrer heredero del grande Halam, yacía sin soberano legítimo el dilatado ámbito que mediaba entre el Oxo y el Tigris. Ni paz ni justicia asomaron un punto en más de cuarenta años por aquellas comarcas; y así el monarca pudo escuchar el alarido de un pueblo acosado. Pudieran contrarrestarle los tiranillos confederadamente; mas obraron por separado y fracasaron todos, con más o menos prontitud o tenacidad. Besa Ibrahim, príncipe de Shirwan o Albania, la tarima del solio imperial; sus ofrendas de sedas, caballos y joyas, se componían al estilo tártaro, de nueve piezas cada renglón;

pero un testigo perspicaz advierte que tan sólo son ocho los esclavos. «Soy yo mismo el noveno» replica Ibrahim, que estaba prevenido contra aquel reparo, quedando su lisonja premiada con la sonrisa de Tamerlán. [1090] Shah Mansur o Almanzor, príncipe de Fars, o la Persia propia, es uno de sus enemigos más temibles, aunque de suyo desvalido. En una refriega trabada bajo los muros de Shiraz, con tres o cuatro mil soldados arrolla el *cul*, o cuerpo principal de treinta mil caballos, donde pelea en persona el emperador. No le quedan ya más que catorce o quince guardias junto a su pendón; mantiénese inmóvil como un peñasco, y recibe en su yelmo dos tremendos golpes de cimitarra; [1091] se rehacen los mogoles, cae a sus pies la cabeza de Almanzor, y patentiza el sumo aprecio que está haciendo de tanto denuedo, exterminando a todos los varones de su estirpe valerosa. Adelántanse sus tropas desde Shiraz al Golfo Pérsico, y sobresalen la opulencia y la flaqueza de Ormuz [1092] con el tributo anual de seiscientas mil monedas de oro. Ya no es Bagdad la ciudad pacífica y el solar de los califas; pero el sucesor ambicioso de Holagu no puede menos de acudir a su conquista más descollante. Ambos cauces del Tigris y el Éufrates desde sus desembocaduras hasta los manantiales le tributan obediencia; entra en Edesa y castiga luego a los turcomanos del ganado negro, por el salteamiento sacrílego de una caravana de la Meca. Por las serranías de Georgia, los cristianos solariegos siguen contrarrestando la ley y el alfanje de Mahoma; logra con tres expediciones el mérito del *gazis* o Guerra Santa, y el príncipe de Teflis se constituye su amigo y alumno.

II. Desagravio justísimo pudiera apellidarse la invasión del Turkestán, o Tartaria oriental; y aun fuera desdoro para Tamerlán el desafuero de los getas; atraviesa el Jihoon y avasalla el reino de Kashgar, marchando hasta siete veces por el corazón

de sus ámbitos. Sus recelos más remotos están a sesenta jornadas, o cuatrocientas ochenta leguas [2674,56 km] al nordeste de Samarcanda; y sus emires atravesando, el río Irtysh, dejaron estampado en Siberia un tosquísimo rastro de su tránsito por las selvas. La conquista de Kipzag, o Tartaria occidental [1093] tuvo por móvil el escarmiento de ingratos y el amparo de desvalidos. Agasaja en su corte al príncipe fugitivo Toctamish; desaira amargamente a los embajadores de Auruss-Khan, y los van siguiendo las huestes de Zagatai, para luego plantear victoriosamente a Toctamish en el imperio septentrional del Mogol. Pero tras diez años de reinado olvida el nuevo khan la pujanza de su bienhechor, como ruin usurpador de los derechos de la alcurnia de Gengis. Entra en Persia por las puertas de Derbend capitaneando noventa mil caballos; luego con las fuerzas innumerables de Kipzag, Bulgaria, Circasia y Rusia, pasa el Jihoon, abrasa los palacios de Tamerlán, y le precisa en el rigor del invierno a pelear por Samarcanda y por su vida (1390-1396 d. C.). Tras blanda reconvención y victoria esclarecida, acude el emperador a la venganza; por el oriente y el ocaso del Caspio y del Volga, invade por dos veces el Kipzag con fuerzas tan exorbitantes que cogen de frente trece millas [20,92 km]. En una marcha de cinco meses por maravilla asoma rastro humano, y suelen cifrar en la caza su escasísima subsistencia. Se arrostran por fin las huestes; pero la traición del alférez mayor, que en lo recio del trance vuelca el estandarte imperial de Kipzag, afianza la victoria a los zagatais, y Toctamish (hablo en términos de las *Instituciones*) entrega la tribu de tushi al soplo de la asolación. [1094] Huye al duque cristiano de Lituania, revuelve luego sobre las orillas del Volga, y tras quince refriegas con un competidor casero fenece por fin por los yermos de Siberia. El alcance de un enemigo fugitivo trae a Tamerlán sobre las

provincias tributarias de Rusia; coge entre los escombros de su capital a un duque de la familia reinante; y los orientales, engreídos e ignorantes, equivocan quizá Yeletz con la verdadera metrópoli de la nación. Tiembla Moscú al asomo del tártaro, y endeble fuera su resistencia, puesto que cifran sus esperanzas en la imagen milagrosa de su Virgen, a cuyo amparo atribuyen la retirada casual y voluntaria del conquistador. Encaminando la ambición y la cordura al mediodía, el país yace asolado y exhausto, y la soldadesca mogola se enriquece con un despojo de exquisitas pieles, lienzos de Antioquía [1095] y barras de oro y plata. [1096] Recibe en las márgenes del Dan o Tanais una diputación rendida de los cónsules y traficantes de Egipto, [1097] Venecia, Génova, Cataluña y Vizcaya, que están poseyendo el comercio y la ciudad de Tana, o Azov, a la boca del río. Le tributan dones, acatan su magnificencia y se confían en su palabra real; pero la visita pacífica de un emir escudriñador de sus almacenes y su bahía, tiene por resultas la presencia asoladora de tártaros, quienes reducen la ciudad a cenizas, saquean y arrojan a los musulmanes, y cuantos cristianos tardan en acogerse a sus naves padecen muerte o servidumbre. [1098] Quema también, a impulsos de su venganza, las ciudades de Serai y de Astracán, monumentos de una civilización en auge, y su vanagloria pregona que se engolfó por la región del día perpetuo, fenómeno extrañísimo, que autoriza a los doctores mahometanos para eximirse del rezo de la tarde. [1099]

III. Al proponer Tamerlán a los príncipes y emires la invasión de la India [1100] o Indostán (1398-1399 d. C.) oye un susurro desapacible: «¡Ríos, cumbres, yermos; soldados vestidos de hierro y elefantes matadores de gente!». Pero es más tremendo el desagrado del emperador que todos aquellos abortos, y sus alcances sobresalientes se hacen cargo de que

empresa al parecer tan pavorosa es obvia y expedita en su ejecución. Sus espías le tienen enterado de la flaqueza y anarquía del Indostán; los subahes de las provincias están tremolando sus estandartes rebeldes, y hasta en el harem del mismo Delhi miran con menosprecio la niñez perpetua del sultán Mahmud. Muévese la hueste mogola en tres divisiones grandiosas, y Tamerlán advierte ufanísimo, que los noventa y dos escuadrones de a mil caballos cuadran por dicha con los otros tantos nombres o adjetivos del profeta Mahoma. Entre el Jihoon y el Indo atraviesan una cordillera que los geógrafos árabes apellidan el Ceñidor Pedregoso de la Tierra. Subyuga y extermina a los salteadores montañeses; mas fenecen muchísimos hombres y caballos en la nieve; descuelgan al emperador en un andamio portátil, cuyas cuerdas tienen ciento cincuenta codos [63 m] de largo, y hay que repetir hasta cinco veces artimaña tan expuesta antes de llegar al suelo. Atraviesa el Indo por el tránsito sabido de Attok, y va siguiendo más y más las huellas de Alejandro, cruza el *Penjab*, o cinco ríos [1101] que desaguan en el cauce principal. Desde Attok a Delhi la carretera mide como seiscientas millas [965,58 km], pero ambos conquistadores se igualan en torcer sobre el sudeste, por cuanto Tamerlán acude a incorporarse con su nieto, que redondeó ya de su orden la conquista del Multan. A la orilla oriental del Hifasis, asomado al desierto el héroe macedonio se para y llora; el mogol se engolfa en el desierto, allana la fortaleza de Batmir, y se presenta con sus armas ante las puertas de Delhi, ciudad grandísima que floreció por tres siglos bajo el señorío de los reyes mahometanos. Dilatárase el sitio en gran manera, especialmente sobre el castillo, mas logra al fin, aparentando flaqueza, atraer al sultán Mahmud a la llanura con diez mil coraceros, cuarenta mil guardias de infantería y ciento veinte elefantes cuyos colmillos,

cuentan, iban armados con dagas agudísimas y envenenadas. Contra tamaños monstruos, o sea contra la aprensión de sus tropas, acude a precauciones desusadas de fuego y de un foso, de chuzos clavados y un valladar de escudos pero llegado el trance se sonríen los mogoles de sus propias zozobras, y derrotadas aquellas alimañas descomunales, la especie inferior (los hombres de la India) desaparece por toda la campiña. Entra en seguida Tamerlán triunfalmente en la capital del Indostán; y se enamora, con afán de remedarla luego, de la grandiosidad de la mezquita, pero la orden, el permiso del saqueo general y sangriento mancilla la función de su victoria. Se empeña en purificar la soldadesca con la sangre de los idólatras o gentiles, quienes sobrepujan todavía en la proporción de diez a uno el número de los mahometanos. Con anhelo tan bravío se adelanta cien millas [160,93 km] al nordeste de Delhi, atraviesa el Ganges, traba repetidas refriegas por agua y tierra, se interna hasta el peñasco afamado de Cupela, una estatua de vaca, que está como desembocando el anchuroso río, cuyo manantial dista muchísimo por las serranías del Tíbet. [1102] Regresa luego faldeando las cumbres del norte, ni cabe en su rapidísima campaña de un año sincerar le previsión de sus emires, de que sus hijos en clima tan cálido vendrían a bastardear al par de los indios.

En las mismas orillas del Ganges se entera Tamerlán, por mensajeros diligentes, de los disturbios sobrevenidos al confín de Georgia y Anatolia, de la rebeldía de los cristianos y de los intentos ambiciosos del sultán Bayaceto. No se menoscaba un ápice su pujanza de cuerpo y alma, a los sesenta y tres años, con tantísimos afanes, y en disfrutando algunos meses de ensanche y desahogo en el palacio de Samarcanda, pregona nueva expedición de siete años a los países occidentales del Asia. [1103]

Deja a su soldadesca libre de permanecer en sus hogares o seguir a su príncipe; pero manda a la tropa de todas las provincias y reinos de Persia que vayan acudiendo a Ispahán y esperen la llegada del estandarte imperial. Encamínase al punto contra los cristianos de Georgia, que cifran su fortaleza en peñascos, castillos y la estación del invierno; pero el afán y tesón de Tamerlán arrollan todos los obstáculos; los rebeldes se allanan al pago del tributo o el rezo del *Alcorán*, y si blasonan entrambas religiones de sus mártires corresponde este dictado con mayor justicia a los cristianos a quienes dan a escoger entre la abjuración o la muerte. Al bajar de las cumbres, da el emperador audiencia a los primeros embajadores de Bayaceto, y entabla ya la correspondencia contrapuesta de quejas y amenazas que sigue fermentando por dos años hasta su explosión terminante. No suelen escasear motivos de contienda entre vecinos celosos y altaneros. Por las cercanías de Esteran y el Éufrates las conquistas mogolas y otomanas están en contacto, sin que ni tiempo ni tratados llegaran a deslindar sus dudosos confines. Cabe de sobras entre aquellos monarcas ambiciosos en reconvenirse mutuamente de atropellar su territorio, amagar a sus vasallos y amparar a sus rebeldes, bajo cuyo último nombre ambos al par entienden los príncipes fugitivos, cuyos reinos han usurpado, y cuya vida y libertad están implacablemente acosando. Más azarosa es todavía su semejanza en índole que la contraposición en intereses, y Tamerlán en su rumbo victorioso se impacienta de competidores, y Bayaceto desconoce ínfulas de superioridad. La primera carta [1104] del emperador mogol fomenta la desavenencia en vez de zanjarla, provocando con menosprecio a la familia de Bayaceto y a la nación entera. [1105] «¿Ignoras por ventura que el Asia casi toda yace ante nuestras armas y leyes? ¿Que nuestras fuerzas invictas se explayan de mar

a mar? ¿Que los potentados de la tierra se asoman en línea a nuestros umbrales? ¿Y que tenemos aherrojada a la misma fortuna para que cele y atalaye la prosperidad de nuestro imperio? ¿En qué puedes fundar tu delirante desacato? Has trabado tal cual refriega por los bosques de Anatolia; ¡trofeíllos baladíes! Alcanzaste alguna victoria contra los cristianos de Europa; el apóstol de Dios bendijo tu alfanje, y tu obediencia al mandato del *Alcorán* en guerrear contra infieles viene a ser el único miramiento que nos retrae de asolar tu país, frontera y antemural del mundo mahometano. Ve de ser cuerdo a tiempo, de recapacitar y arrepentirte, y sortea así el rayo de nuestra venganza que está todavía pendiente sobre tu cabeza. Hormiga eres ¿a qué pues andas provocando a elefantes? ¡Ay de ti que te van a estrellar bajo sus plantas!». Dispara Bayaceto en su contestación el raudal de la ira en que hierve su pecho malherido con tan sumo menosprecio. Tras devolverle sus torpes baldones de rebelde y salteador de los desiertos, va el otomano encareciendo pomposamente sus victorias en Irán, Turán y las Indias, y luego se empeña en probar que Tamerlán jamás venció sino por sus alevosías y los achaques de sus enemigos. «Innumerables son tus huestes; séanlo desde luego, pero ¿qué suponen los flechazos de tus tártaros asombradizos contra las cimitarras y mazas de mis jenízaros invictos? Apadrino a los príncipes que me buscaron, y se pasean por mis reales. Mías son las ciudades de Arzingan y Erzerum, y en no aprontándome puntualmente el tributo, voy a pedir mis atrasos bajo los muros de Tauris y de Sultania». El desfogue de su saña desenfrenada lo hace prorrumpir en otro desacato de jaez más íntimo. «Si llego a huir de tus armas —dice—, así mis mujeres se divorcien hasta tres veces de mi lecho; pero *si* no tienes aliento para arrostrarme en el campo, así tengas que recibir tus

mujeres, después de gozarlas algún extraño hasta tres veces». [1106] El profanar de palabra u obra los azares del serrallo, es agravio irremisible entre las naciones turcas [1107] y la contienda política de aquellos monarcas se enconó hasta lo sumo con la ojeriza privada y personal que se profesaban. En su primera expedición se ciñe Tamerlán al sitio y exterminio de Siwas o Sebaste, ciudad fortísima al confín de Anatolia, desagraviándose de los improperios del otomano contra la guarnición de cuatro mil armenios, enterrados vivos por el cabal desempeño de su obligación. Aparenta como musulmán acatar el afán religiosísimo de Bayaceto que esta bloqueando Constantinopla, y tras lección tan benéfica, el conquistador mogol enfrena sus ímpetus, y se ladea para invadir Siria y Egipto (1400 d. C.) y en el ámbito de aquellos acontecimientos, los orientales, y aun Tamerlán, apellidaban al príncipe otomano el *Kaisar de rum*, el César de los romanos dictado que con breve anticipación podía tributarse a un monarca poseedor de las provincias y amenazador de la ciudad de los sucesores de Constantino. [1108]

Sigue reinando en Siria y Egipto la república militar de los mamelucos; pero los circasianos derriban la dinastía turca [1109] y su predilecto Barkok, de esclavo y prisionero se ve ensalzado al solio; pues en medio de rebeldías y discordias, arrostra las amenazas, se corresponde con los enemigos y detiene los embajadores de todo un emperador mogol, quien está ansiando su fallecimiento para vengar las demasías del padre en el reinado exánime de su hijo Faradge. Júntanse los emires sirios [1110] en Alepo para rechazar la invasión, muy confiados en la nombradía y disciplina de los mamelucos, en el temple de sus alfanjes y lanzas de acero finísimo de Damasco, en la fortaleza de sus ciudades amuralladas y en la popularidad de sesenta mil aldeas, y en vez de sostener sitios abren de par en par sus puertas y se

escuadronan en la llanura. Mas carecen sus fuerzas de pundonor y enlace, y hay emires poderosos que se dejan cohechar y desamparan a sus leales compañeros. Escuda Tamerlán su frente con una línea de elefantes indios, cuyas torrecillas están cuajadas de flecheros y de fuegos griegos; las evoluciones rapidísimas de la caballería completan el desaliento y el trastorno; la muchedumbre siria ceja y se arremolina toda; miles y miles se agolpan, se estrechan y fenecen a la entrada de la calle mayor, adonde se abocan los mogoles revueltos con los fugitivos, y tras corta resistencia aquella inexpugnable ciudadela de Alepo se rinde por traición o cobardía. Entresaca Tamerlán de los cautivos suplicantes a los letrados, a quienes convida el agasajo azaroso de una conferencia personal. [1111] El príncipe mogol es un musulmán celosísimo, pero las escuelas persas le tenían impuesto en reverenciar la memoria de Alí y de Hosein, y se halla preocupadísimo contra los sirios, como enemigos del hijo y la hija del Apóstol de Dios. Propone a los doctores, por vía de tranquilla, una cuestión peliaguda e insoluble para los casuistas de Bujara, Samarcanda y Herat. «¿Quiénes son los verdaderos mártires: los difuntos por mi parte o por la del enemigo?». Pero lo acalla o satisface la maestría de un cadí de Alepo, quien replica con las palabras de Mahoma, que el motivo y no la insignia constituye los atributos de mártir, y cuantos musulmanes de ambos partidos pelean únicamente por la gloria de Dios se hacen acreedores a tan sagrado timbre. La verdadera sucesión de los califas es controversia de jaez todavía más vidrioso, y el desahogo de un doctor pundonoroso para tamaña situación hace prorrumpir al emperador: «Eres tan fementido como los de Damasco; fue Mowiyah un usurpador, Yezid un tirano, y tan sólo Alí es el sucesor legítimo del Profeta». Mediaron explicaciones atinadas y amainó su ira, torciendo

luego con familiaridad el rumbo de la conversación, para decir al cadí: «¿Qué edad tienes?». «Cincuenta años». «Ésa sería la edad de mi primogénito, siendo yo aquí un mortal cuitado, cojo y caduco; y sin embargo ha tenido a bien el Altísimo sojuzgar por mi brazo los reinos de Irán, de Turán y las Indias. No soy sangriento, y pongo a Dios por testigo de que nunca en mis guerras fui agresor, de que siempre mis enemigos han sido los causadores de sus propios fracasos». En medio de conversación tan apacible, corre la sangre a ríos por las calles de Alepo, resonando más y más el alarido de madres, niñas, y doncellas atropelladas. El despojo riquísimo puesto a merced de la soldadesca pudo halagar su codicia. Pero se extremó su crueldad en cumplimiento de la orden terminante para aprontarle el número proporcionado de cabezas que han de formar las columnas y pirámides en que esmeradamente las va colocando; y luego los mogoles pasan la noche en algazara triunfal, mientras los musulmanes restantes de la matanza yacen aherrojados sollozando. No iré siguiendo la marcha del asolador desde Alepo hasta Damasco, donde le embiste y casi le arrolla reciamente la hueste de Egipto. Ceja desesperado en aquel conflicto; se pasa uno de sus sobrinos al enemigo, y se está ya vitoreando su descalabro por toda Siria, cuando se rebelan los mamelucos contra el sultán, quien tiene que huir arrebatada y bochornosamente a su palacio del Cairo. En aquel desamparo, defiende el vecindario de Damasco sus muros. Se aviene Tamerlán a levantar el sitio, cohonestándole la retirada con un presente o rescate, siendo cada renglón de nueve piezas. Mas apenas entra en la ciudad, socolor de tregua, quebranta alevosamente el convenio, impone una contribución de diez millones de oro (23 de enero de 1401 d. C.), y enardece a sus soldados para que castiguen a aquellos sirios, ejecutores o

aprobantes de la muerte del nieto de Mahoma. Tan sólo se reservan la familia que había enterrado honoríficamente la cabeza de Hosein, y una colonia de artistas enviada a trabajar en Samarcanda, y el degüello es general para los demás; y así tras el ámbito de siete siglos, yace Damasco en cenizas, porque un tártaro, a impulsos de su religiosidad, quiere vengar la sangre de un árabe. Los afanes y quebrantos de la campiña le precisan a desentenderse de Palestina y Egipto; pero al regresar hacia el Éufrates, entrega Alepo a las llamas, y trata de sincerar su afán religioso con el indulto y galardón de dos mil secuaces de Alí, ansiosos de visitar el túmulo de su hijo. He venido a explayarme en los lances personales que retratan al vivo la índole del campeón mogol, pero mencionaré de paso [1112] que levantó sobre los escombros de Bagdad una columna de noventa mil cabezas, visitó de nuevo la Georgia, plantó sus reales a las orillas del Araxes, y pregonó su intento de marchar contra el emperador otomano. Hecho cargo de la suma entidad de aquella guerra, va con todo ahínco agolpando fuerzas de donde quiera, y hasta ochocientos mil hombres vienen a resultar en el padrón de su hueste; [1113] pero los mandos altisonantes de cinco a diez mil caballos, son en suma la jerarquía y sueldo de los caudillos, y no el número efectivo de sus soldados. [1114] Riquezas inmensas habían los mogoles adquirido en el saqueo de Siria, pero la entrega de su paga y atrasos de siete años los afianza aferradamente en el estandarte imperial.

Embargadas las armas mogolas allá por dos años, recolecta Bayaceto competente desahogo para ir agolpando sus fuerzas al memorable contrarresto. Ascienden a cuatrocientos mil hombres entre infantería y caballería, [1115] cuyo mérito y lealtad varían infinito. Descuellan los jenízaros, que con repetidos aumentos llegan a la planta crecida de cuarenta mil hombres; una

caballería nacional como los sipahis modernos; veinte mil coraceros europeos, encajonados en sus armadoras negras e impenetrables; las tropas de Anatolia, cuyos príncipes se habían guarecido en los reales de Tamerlán, y una colonia de tártaros, sacada de Kipzag y planteada por Bayaceto en las llanuras de Andrinópolis. Campea el sultán sin zozobra y sale al encuentro a su enemigo, escogiendo como para palco, que de su venganza, el solar contiguo a los escombros de la desventurada Suvas, y desplegando a miles sus banderas. Acude Tamerlán desde el Araxes por los países de Armenia y Anatolia; cauteloso es siempre su denuedo y entonada y sabia su diligencia; adelántanse a diestro y siniestro las guerrillas, y despejando bosques, malezas, serranías y tránsitos de ríos, le habilitan el camino y encabezan su estandarte. Aferrado en su intento de pelear en el corazón del reino otomano, le sortea su campamento, se inclina acertadamente a su izquierda; ocupa Cesárea, atraviesa el desierto salado y el río Halis, y se asoma sobre Angora; mientras el sultán inmoble y sin hacerse cargo de su sitio, está parangonando la velocidad del tártaro con el rastro de un caracol. [1116] Regresa, en alas de su ira, al auxilio de Angora; y como uno y otro caudillo están al par ansiando la refriega, el ejido de aquella ciudad es el teatro de una batalla memorable, que inmortalizó la gloria de Tamerlán y el baldón de Bayaceto. El emperador mogol debió la victoria a sí mismo, a su desempeño en el trance, y a la disciplina de treinta años, pues había estado sin cesar perfeccionando la táctica sin quebrantar las costumbres de su nación, [1117] cuya preponderancia se cifraba en las arrojadizas, y en las evoluciones rapidísimas de su crecida caballería. Idéntico era el sistema de arranques y giros desde el ínfimo trocillo hasta el ejército entero. Disparábase al avance una línea de guerrillas, sostenida por los escuadrones de la

vanguardia grande. Oteaba el general todos los puntos, y así movía desde luego frente, retaguardia, derecha o izquierda, en varias divisiones y en rumbo directo u oblicuo, estrechando siempre al enemigo con dieciocho o veinte ataques, y alguno había de acarrear la victoria. Si se malograban todos, entonces el trance correspondía al emperador en persona, [1118] capitaneando el cuerpo principal con su estandarte. Pero en la batalla de Angora acude a sostener este mismo cuerpo con los escuadrones selectos de la reserva, mandados por sus hijos y nietos. Ostenta además una línea de elefantes, trofeos más bien que instrumentos de victoria: usan unos y otros el fuego griego, pero si tomaran ya de Europa la pólvora y la artillería recién inventada, el rayo artificial en manos de su poseedor afianzara el éxito de la lid. [1119] Desempeña Bayaceto en aquel día los atributos de caudillo y de soldado; pero descuella más el competidor y lo arrolla, y luego con varios tropiezos le desayudan sus mejores tropas en lo recio del trance. Sus rigores y su codicia habían ocasionado un alboroto entre los turcos, y hasta su hijo Solimán se desvía anticipadamente de la lucha. Las tropas de Anatolia, leales en su rebeldía acuden a sus príncipes legítimos. Cartas y emisarios de Tamerlán tienen ya conmovidos a los aliados tártaros, [1120] afeándoles su torpe servidumbre bajo los esclavos de sus padres, y brindándoles con el señorío de la nueva patria o con la libertad de la antigua. Embisten por el ala derecha de Bayaceto los coraceros con pechos denodados y armas incontrastables; pero se quiebra su mole de hierro con una huida artificiosa y su alcance disparado, y los cazadores mogoles acorralan a los jenízaros desamparados sin caballería y sin arrojadizas. Calor, sed y preponderancia en el número los acosan de remate, y un caballo velocísimo está arrebatando a Bayaceto, doliente de la gota en pies y manos. Lo estrecha y

alcanza el titulado khan de Zagatai, quien tras aquella presa y el descalabro del poderío otomano, avasalla la Anatolia, enarbola su estandarte en Kiotahia, derramando a diestro y siniestro ejecutores de robo y exterminio. Mirza Mehemet Sultán, el primogénito y predilecto de sus nietos, corre a Bursa con treinta mil caballos, y es tan extremado su ímpetu juvenil, que llega con sólo cuatro mil a las puertas de la capital, ejecutando en cinco días una marcha de doscientas treinta millas [370,13 km]. Pero es todavía más veloz el miedo en su escape, y Solimán, hijo de Bayaceto, ha transitado ya a Europa con su tesoro. Inmenso es no obstante el despojo del palacio y de la capital: el vecindario se salva, pero el caserío, en su mayor parte de madera, queda en cenizas. Desde Bursa, el nieto de Tamerlán se adelanta a Niza, ciudad también floreciente, y las aguas de Propóntide son el único antemural contra los escuadrones mogoles. Los demás mirzas y emires son igualmente venturosos en sus correrías, y Esmirna, defendida con el ahínco denodado de los caballeros de Rodas, se hace únicamente acreedora a la presencia del emperador. Se resiste porfiadamente la plaza; más al fin la toman por asalto, degüellan hasta el ínfimo viviente, y disparan con sus artimañas las cabezas de los héroes cristianos hasta dos carracas, o grandes naves europeas ancladas en la bahía. Regocíjanse los musulmanes asiáticos por su rescate de manos de un enemigo azaroso y casero, entablando entre Tamerlán que allana en catorce días una misma fortaleza y Bayaceto que emplea siete años de sitio o de bloqueo para el mismo intento. [1121]

Aquella jaula de hierro donde Tamerlán iba llevando como de feria en feria a Bayaceto, la misma tan citada y repetida por vía de moralidad, se conceptúa ya de patraña entre los modernos, quienes se sonríen de vulgaridad tan despreciable. [1122] Acuden confiadamente a la historia persa de Cherefeddin

Alí, que ha favorecido a nuestra curiosidad en su versión francesa, de la cual voy a entresacar compendiosamente un pormenor más vistoso de aquel memorable acaecimiento. Sabedor Tamerlán de que Bayaceto cautivo se halla al umbral de su tienda, se adelanta graciablemente a recibirlo, le sienta a su lado, y alterna con tal cual reconvención fundada una conmiseración halagüeña por su jerarquía y su desventura. «¡Ay mil veces! —prorrumpe el emperador— el decreto fatal vino a cumplirse por vuestro yerro; ésa es la misma tela que habéis tejido y ésas son las espinas de la maleza que habéis sembrado. Quise mil veces conservar y aun asistir al campeón del mahometismo, menospreciasteis nuestros amagos, os desentendisteis de nuestra intimidad, y nos precisasteis a hollar vuestro reino con nuestras huestes invencibles. Éste es el resultado. Si vencierais me consta el paradero que me cupiera, al par que a mis tropas: mas no trato de represalias; vida y pundonor tenéis en salvo, y voy a manifestar mi gratitud con Dios por mi clemencia con los hombres». Prorrumpe el cautivo regio en muestras de arrepentimiento, admite el desdoro de un ropaje honorífico y abraza lloroso a su hijo Muza, a quien por su instancia buscan y hallan entre los demás cautivos. Hospedan esplendorosamente a los príncipes otomanos, y la guardia observa sumo acatamiento y mayor vigilancia. Al llegar el harem de Bursa devuelve Tamerlán al marido y padre la reina Despina con su hija, pero a impulsos de su religión requiere que la princesa serbia, quien había conservado la franquicia de su cristianismo, profese sin demora la creencia del Profeta. En la función triunfal donde tenía Bayaceto el emperador mogol pone en sus sienes una corona y un cetro en sus manos, protestándole solemnemente que lo va a restablecer con aumentos de gloria al solio de sus antepasados. Pero el sultán fallece y queda

imposibilitada su promesa, pues a pesar del esmero de facultativos consumados expira de apoplejía en Akshehr, la Antioquía de Pisidia, como a los nueve meses de su derrota. Baña el vencedor con alguna lágrima su sepulcro, llevan su cadáver con boato regio a su propio mausoleo de Bursa, y su hijo Muza logra la investidura del reino de Anatolia, con una patente en tinta encarnada y un regalo riquísimo de oro, joyas, caballos y armas.

Tal es el retrato de un vencedor caballeroso, cual resulta de sus propias memorias dedicado a su hijo y a su nieto a los diecinueve años del fallecimiento del héroe [1123] y cuando viviendo aún tantos miles de testigos la falsedad redundaba en una sátira mortal de su verdadera conducta. Terminante aparece tamaño testimonio, prohijado ya en las historias persas, [1124] pero rastrera de suyo y osadísima es la lisonja, y más en el Oriente, y el trato bronco y afrentoso padecido por Bayaceto estriba en un eslabonamiento de testigos, que vamos en parte a coordinar cronológica y nacionalmente.

I. Se tendrá presente la guarnición francesa que tras el mariscal Bocicauti vino a quedar para la defensa de Constantinopla. Cabríales la primera y cabal noticia del vuelco de su grandísimo contrario, y aun se hace probable que algún individuo acompañase la embajada griega para Tamerlán. Según su informe las tropelías en la prisión y muerte de Bayaceto constan por el sirviente e historiador del mariscal con siete años de intermedio. [1125]

II. Suena entre los resucitadores de la literatura en el siglo XV, el italiano Poggio, [1126] quien compuso su diálogo elegante sobre los vaivenes de la suerte, [1127] de cincuenta años, veintiocho después de la victoria de Tamerlán contra los turcos, [1128] a quien elogia al par de los bárbaros más esclarecidos de la

Antigüedad, de cuyas hazañas y disciplina le enteraron varios testigos presenciales, y no trascuerda un ejemplar tan adecuado a su intento como era el del monarca otomano, a quien encerró el escita como fuera en una jaula de hierro, y lo fue enseñando teatralmente por los pueblos del Asia. Me cabe añadir la autoridad de dos crónicas italianas, quizás de fecha anterior, que comprueban por lo menos que la idéntica relación, cierta o falsa, corrió por Europa con los primeros anuncios de aquella revolución. [1129]

III. Mientras florecía Poggio en Roma compuso Ahmed Ebn Arabshah en Damasco su historia florida y satírica de Tamerlán para la cual anduvo acopiando materiales en su viaje por Turquía y Tartaria. [1130] No cabiendo el aunarse el escritor latino con el arábigo, concuerdan en el hecho de la jaula, y esta hermandad comprueba terminantemente la veracidad de entrambos. Refiere el árabe Ahmed otro desacato más íntimo y entrañable cometido con Bayaceto, quien prorrumpió inadvertidamente en palabras acerca de mujeres y divorcios lastimando así el pecho del tártaro celoso; pues en la función triunfal escanciaron hembras, y el sultán estuvo viendo sus propias concubinas y mujeres allá revueltas con las esclavas, todas sin velo y con los rostros patentes a los ojos de la embriaguez; y aun se dice que para sortear tamaño baldón, los sucesores, menos en un solo ejemplar han prescindido de todo desposorio legítimo, y la práctica y creencia otomana por lo menos en el siglo XVI viene atestiguada por el escudriñador Busbequio, embajador de la corte de Viena para el gran Solimán. [1131]

IV. Son los idiomas tan diversos que el testimonio de un griego queda tan independiente como el de un árabe o un latino. Prescindo de Chalcondyle y Ducas, que son posteriores y

hablan menos positivamente; pero merece atención Jorge Franza [1132] protovestiario de los últimos emperadores y nacido un año antes de la batalla de Angora. Fue de embajador para Amurates II, y pudo el historiador conversar veintidós años después del acontecimiento, con algunos jenízaros veteranos y prisioneros con el sultán, que lo habían visto en la jaula.

V. El testimonio colmado a todas luces descuella en los anales turcos reconocidos o copiados por Leunclavio, Pocok y Cantemiro [1133] pues unánimes todos están deplorando el cautiverio en la jaula de hierro; y harta confianza merecen historiadores nacionales que no pueden tiznar al tártaro sin poner de manifiesto la afrenta de su rey y de su patria.

De promesas tan encontradas se desprende una conclusión atinada y admisible. Doy por sentado que Cherefeddin Alí ha referido fielmente el boato del primer encuentro, donde el vencedor con ánimo sosegado, tras tanto logro, aparentó ínfulas de generosidad; mas luego se fue más y más destemplando con la arrogancia intempestiva de Bayaceto. Vehementes y fundadas eran las quejas de sus enemigos los príncipes de Anatolia y luego no encubrió Tamerlán el intento de ostentar triunfalmente su cautivo regio en Samarcanda. La tentativa de fuga minando por debajo de la tienda incitó al emperador mogol para encrudecerle su estrechez y en sus marchas incesantes supo inventar un carruaje con jaula de hierro, no por vía de escarnio antojadizo, sino de extremada cautela. Había leído Tamerlán allá en fábulas antiguas semejante barbarie con uno de sus antecesores, rey de Persia, y Bayaceto quedó sentenciado a representar la persona y purgar los desafueros de un César romano. [1134] Pero postrose de cuerpo y alma con aquel martirio, y su muerte anticipada puede con harto fundamento achacarse a las violencias de Tamerlán. Mas no guerreaba con los difuntos, y prorrumpió en lágrimas

sobre su sepulcro, que era cuanto le cabía con un cautivo ajeno ya de su poderío, y aunque se dejó a Muza reinar sobre Anatolia, devolvió el conquistador su mayor porción a sus legítimos soberanos, desposeídos únicamente de Bursa (1403 d. C.).

Desde el Irtysh y el Volga hasta el golfo Pérsico, y desde el Ganges hasta Damasco y el archipiélago, yace Asia bajo las plantas de Tarmelán; inmensa es su ambición y aquel afán está aspirando a conquistar y convertir los reinos cristianos de Occidente que están ya temblando a su nombre. Ya está asomado sobre el postrer confín de la tierra, pero un piélago intransitable, aunque estrechísimo, se encrespa entre los continentes de Europa y Asia; [1135] y el árbitro de larguísimos *tomanes*, de centenares de miles de caballos, no es dueño de una sola galera. Los dos tránsitos del Bósforo y el Helesponto, de Constantinopla y Gallípoli, paran en poder, el uno de los cristianos, y el otro de los turcos. En tan sumo trance se desentienden allá de su diferencia de religión para acudir y echar el resto con armonía y entereza en la causa común. Naves y fortificaciones resguardan ambos estrechos, y cada cual por su parte sostiene los transportes que Tamerlán está haciendo alternativamente socolor de hostilizar a su respectivo enemigo. Engalanan al propio tiempo sus ínfulas con dones, agasajos y rendimientos, así lo van atinadamente comprometiendo para verificar su retirada con timbres de grandiosa victoria. Implora Solimán, hijo de Bayaceto, su clemencia para el padre y para sí mismo; acepta, con patente encariñada, la investidura del reino de Romanía, que está poseyendo por los filos de su espada, y le repite su anhelo entrañable de tenderse a las plantas del árbitro del orbe. El emperador griego [1136] (Juan o Manuel) se allana a pagarle el mismo tributo que tenía pactado con el sultán turco, rectificando el tratado con un juramento de homenaje, del cual

descargaría su conciencia, en trasponiendo las armas mogolas la Anatolia. Pero las zozobras de las naciones fantasearon para el ambicioso Tamerlán intentos nuevos de ámbitos inmensos y acorralados, el plan de sojuzgar Egipto y el África toda, y marchando desde el Nilo hasta el océano Atlántico, entrar en Europa por el estrecho de Gibraltar, y después de imponer su yugo a los reinos de la cristiandad, regresar a su casa por los páramos de Rusia y de Tartaria. Aquella contingencia remotísima, y acaso ideal, queda desvanecida con el rendimiento del sultán de Egipto: el obsequio de la plegaria y del cuño están pregonando en el Cairo la supremacía de Tamerlán, y el regalo extrañísimo de una *jirafa* o camelopardo, con nueve avestruces, están manifestando en Samarcanda los tributos del mundo africano. Nos asombra el arranque tenaz que sitiando por acá a Esmirna, está allá ideando, y aun casi llega luego a redondear su invasión del Imperio chino. [1137] Se estimulan al intento el pundonor nacional y su afán devoto, pues tan sólo le cabe purgar tantísimos torrentes de sangre mahometana como ha ido derramando, sino con exterminio igual de los infieles; y al hallarse ya como asomado a las puertas del paraíso, trata de franquearse su entrada triunfadora, arrasando los ídolos chinescos, fundando mezquitas por donde quiera y planteando la profesión de fe en un solo Dios y su profeta Mahoma. Desacato era para el nombre mogol el lanzamiento reciente de la alcurnia de Gengis, y las revueltas del Imperio le están brindando con oportunísima coyuntura para su desagravio. Fallece el esclarecido Hongou, fundador de la dinastía de Ming, cuatro años antes de la batalla de Angora, y tras un millón de chinos fenecidos en la guerra civil, queman en su palacio al nieto, mancebo endeble y desventurado. [1138] Tamerlán, al evacuar Anatolia, envía por delante allende el Jihoon, crecida

hueste, o más bien colonia, de sus antiguos y nuevos súbditos, para allanarle al rumbo, sojuzgar los calmucos y mogoles paganos y plantear ciudades y almacenes por el desierto; y es tan eficaz su lugarteniente, que le envía luego un mapa cabal y descripción despejada de aquellas regiones desconocidas desde el manantial del Irtysh hasta la muralla de la China. Mientras se prepara grandiosamente para su empresa, redondea el emperador de todo punto la conquista de Georgia, descansa en invierno por las orillas del Araxes, aplaca las turbulencias de Persia, y va regresando a pausas hacia su capital, después de una campaña de cuatro años y nueve meses.

Descansa por breve plazo en su solio de Samarcanda [1139] (1404 d. C.) ostentando su magnificencia y poderío; escucha las quejas del pueblo; reparte justicieramente premios y caricias; emplea sus riquezas en la construcción de templos y palacios, y va dando audiencia a los embajadores de Egipto, Arabia, Indias, Tartaria, Rusia y España, con la particularidad el último de presentarle unas alfombras que dejan muy en zaga el primor de los artistas orientales. Los desposorios de los nietos del emperador se conceptuaron al par actos de religión y de cariño eternal, renovando así el boato de los califas en sus bodas. Se solemnizan en los jardines de Canighul, engalanados con innumerables tiendas y pabellones ostentando el lujo de ciudad grandiosa y los trofeos de un campamento victorioso. Se derriban selvas enteras para leña: cuajan la llanura pirámides altas de viandas, y vasijas de infinitos licores brindando caballerosamente a millares de huéspedes alineadas asoman las jerarquías del Estado y las naciones de la tierra en el regio banquete, ni quedan los embajadores de Europa (dice el persa altanero) excluidos de la función, puesto que hasta la menuda sardinilla tiene también su cabida en el piélago. [1140]

Resplandece el júbilo general en las iluminaciones y comparsas; van pasando en reseña los gremios mercantiles de Samarcanda; compiten todos en demostraciones según sus respectivas divisas, en galas peregrinas y en muestras de sus artefactos peculiares. Extendidos por los cadís sus capítulos matrimoniales, novios y novias se recogen a sus tálamos; se visten y desnudan hasta siete veces, según el estilo asiático, y a cada trueque de traje, se tiran las perlas y rubíes que están cuajando sus cabezas por agasajo a sus sirvientes y acompañantes. Se pregona indulto general: amaina la tirantez de las leyes y se suelta la rienda al recreo. Libre está el pueblo, ocioso el monarca; y cabe al historiador de Tamerlán expresar que tras el plazo de cincuenta años vinculados en la guerra y el encumbramiento del sumo Imperio, la temporadilla deleitosa de su vida, fue la de dos meses en que orilló absolutamente el poderío. Mas luego tiene que acudir al afán del gobierno y de la guerra. Tremola su estandarte en demanda de la China. Los emires le enseñan la huestes de doscientos mil veteranos selectos de Irán y de Turán, quinientos carruajes grandiosos transportan bagaje y provisiones sin la inmensidad de caballos y camellos cargados todos colmadamente; y las tropas tienen que contar con larguísima ausencia, puesto que se emplea medio año en su tránsito de Samarcanda a Pekín. Ni la edad, ni la crudeza del invierno enfrenan los ímpetus del caudillo; cabalga, pasa el Jihoon sobre el hielo y anda setenta y seis *parasangas*, trescientas millas [482,79 km] desde su capital, y acampa últimamente en las cercanías de Otrar, donde le está esperando el ángel de la muerte. Cansancio y uso excesivo de helados le mueven la calentura, y el conquistador del Asia expira a los setenta años de edad, y a los treinta y cinco de su coronación en Zagatai. Fenecen sus intentos; se dispersa su hueste, se salva la China, y a

los catorce años de su muerte, el hijo más poderoso, envía una embajada amistosa sobre comercio a la corte de Pekín. [1141]

Cundió la nombradía de Tamerlán por levante y poniente; reviste todavía su posteridad el *dictado* imperial, y el pasmo de los súbditos, que lo reverenciaron a fuer de divinidad, cabe sincerarse hasta cierto punto con las alabanzas o el enmudecimiento de sus enemigos más desaforados. [1142] Aunque cojo y manco, su estatura y estampa no desdecían de su encumbramiento; y su robustísima salud, tan esencial por sí misma y para sus empresas, se fortalecieron con la templanza y el ejercicio. Era circunspecto y comedido en su habla familiar, y si bien ignoraba el árabe, se mostraba afluente en el turco y en el persa. Deleitábase en conversar con los doctos sobre puntos históricos y científicos; y el recreo de sus horas vacantes fue el juego del ajedrez, que probó y extremó con lances nuevos. [1143] En cuanto a su religión, era mahometano celosísimo, aunque no acendrado; [1144] pero su tino natural debe inclinarnos a conceptuar que su miramiento supersticioso con agüeros y profecías, con santones y astrólogos, era únicamente parto afectado de su política. En el desempeño de imperio tan dilatado descolló a solas, sin asomo de oposición o contrarresto por algún rebelde o privado, que cautivase o sedujese su poderío o su cordura. Aférrase más y más en el tema de llevar adelante su albedrío prescindiendo siempre de las resultas; pero sus émulos advirtieron malvadamente que sus mandatos asoladores lograron en todo tiempo más cabal cumplimiento que los propicios o benéficos. Sus hijos y nietos, de los cuales dejó Tamerlán hasta treinta y seis, eran sus más rendidos y desalados súbditos, y al primer desliz se les impone, según la legislación de Gengis Khan, el apaleo, y luego se les devolvían honores y mando sin menoscabo. Cabían quizá prendas sociales en su pecho; le

acompañaban tal vez arranques amistosos y benévolos hasta con sus enemigos; pero la moralidad acendrada estriba en el interés general, y bastará vitorear la cordura de un monarca por las galanterías que no le empobrecen, y por la entereza que los afianza y enriquece, sostener en equilibrio la autoridad y la obediencia, castigar al desmandado, amparar al desvalido, premiar al benemérito, desterrar la liviandad de sus confines, resguardar al viajero y al mercader, atajar al desenfreno de la soldadesca, fomentar los afanes del colono, estimular todo género de industria y estudio decoroso, y por medio de un recargo equitativo y atinado, aumentar las rentas sin subir los impuestos; todo este cúmulo de requisitos es verdaderamente regio, en cuyo desempeño paladea el soberano un galardón ejecutivo y grandioso. Cabía a Tamerlán el blasonar de que a su ascenso al trono, Asia toda era un cenagal de anarquía y salteamiento, al paso que bajo su venturoso mando podía un niño a su salvo, y sin la menor zozobra, caminar de levante a poniente con una bolsa rellena de oro en la mano. Tan pagado vivía de su propio mérito, que se ufanaba con sus victorias, y se conceptuaba acreedor al señorío universal. Con los cuatro apuntes siguientes vamos a quedar enterados de su derecho más o menos patente a lo sumo de la gratitud que estuvo siempre anhelando, y tal vez el paradero de nuestras consideraciones será que el emperador del mogol vino a ser más bien el azote que el bienhechor del género humano.

I. Si la espada de Tamerlán zanjó tal cual disturbio, vino a ser el remedio de peor condición que la dolencia misma. Podían los tiranillos de Persia atropellar a los súbditos con robos, crueldades y trastornos pero las plantas del reformador anduvieron hollando naciones enteras y solían sus infames trofeos estar tremolando a solas sobre el solar de ciudades antes

florecientes, hacinando además columnas o pirámides horrendas de cabezas humanas. Astracán, Carizmio, Delhi, Ispahán, Bagdad, Alepo, Damasco, Bursa, Esmirna y otras mil, padecieron saqueos, incendios y aun total asolación a su misma presencia y por sus propias tropas, y quizás allá en su interior se estremeciera si algún sacerdote o filósofo osara enumerarle los millones de víctimas que tenía confiscadas a su sistema de paz y sosiego general. [1145]

II. Sus guerras más asoladoras venían a ser correrías más que conquistas. Invade Turquía, Kipzag, Rusia, Indostán, Siria, Anatolia, Armenia y Georgia, sin esperanza ni deseo de conservar tan remotas provincias. Se marcha cargadísimo de presas, sin dejar a su espalda, ni tropa enfrenadora, ni magistrados para resguardar a los obedientes. En dejando estrellado su gobierno, allá los dejaba forcejando con los quebrantos que les acarrea o agrava, sin proporcionarles compensación alguna por tan extremada desventura con beneficio alguno ni actual ni venidero.

III. Fueron los reinos de la Transoxiana y Persia el único solar de su esmerado cultivo y sumo realce, como herencia perpetua de su alcurnia. Mas aquellos pacíficos afanes solían interrumpirse o agotarse con la ausencia del conquistador. Mientras andaba triunfando por el Volga a el Ganges, allá sus descendientes, o sus propios hijos, echaban en olvido al padre o al soberano. Tropelías públicas o privadas lograban escasillo desagravio con rigores o castigos muy posteriores, y tenemos que reducirnos a elogiar las *Instituciones* de Tamerlán, como una norma primorosa de perfección monárquica.

IV. Campeen cuanto quieran los resultados de su desempeño, todo vino a desaparecer con su fallecimiento. Sus hijos y nietos ansiaron vinculadamente reinar, prescindiendo de

su acierto o desgobierno [1146] como enemigos entre sí, al par que del indefenso pueblo. Sharok, el menor de sus hijos, sostiene con algún esplendor, algún jirón del grande imperio; pero fallece y nada más aparece al teatro de sangre y lobreguez, y a menos de un siglo, Transoxiana y Persia quedan holladas por los uzbecos descolgados del Norte, y los turcos de la grey blanca o negra, y desaparecía la alcurnia de Tamerlán, a no asomar un prohombre, descendiente suyo en quinto grado, volando contra las armas de los uzbecos, a la conquista del Indostán. Los sucesores (los grandes mogoles) [1147] fueron extendiendo su poderío, desde las cumbres de Cachemira hasta el cabo Comorin, y desde el Candahar hasta el golfo de Bengala. Desde el reinado de Auruncebe, su imperio ha venido a disolverse; un salteador persa arrebató los tesoros de Delhi, y sus reinos más opulentos yacen ahora en manos de unos mercaderes en cierta isla remota y cristiana del océano septentrional.

Muy diversa descuella la suerte de la monarquía otomana. El macizo tronco tuvo que doblegarse hasta el suelo; pero voló el huracán, y se enderezó con mayor pujanza y lozanía. Evacúa Tamerlán, bajo todos conceptos Anatolia, dejando las ciudades sin alcázar, tesoro ni rey. Hierven por las campiñas rancherías de pastores y forajidos tártaros o turcos, recobran los emires las conquistas recientes de Bayaceto, y uno de ellos, ruinmente vengativo, arrasa su sepulcro; discordes sus cinco hijos se afanan en dar al través con sus respectivos patrimonios; y voy a ir enumerando sus nombres por el orden respectivo de su edad y sus gestiones [1148]

I. No consta, si referimos la historia del verdadero Mustafá, o la de algún impostor, que se arrestó a representarlo. Peleando estuvo junto a su padre en la batalla de Angora: pero cuando cupo al sultán cautivo informar del paradero de sus hijos, tan

sólo asomó Muza y los historiadores turcos esclavos del partido triunfador, se manifiestan persuadidos a que yacieron con los demás difuntos. Si logró Mustafá salvarse de aquel campo aciago, permaneció por espacio de doce años oculto a parciales y enemigos, hasta que salió a luz en Tesalia, y un bando crecido lo aclamó como hijo y sucesor de Bayaceto. Fuera su derrota desde luego la postrera, a no salvar al verdadero o falso Mustafá los griegos, reponiéndolo, tras la muerte de su hermano Mohamed, en la libertad. Su ánimo bastardea y denota un nacimiento deshonroso y si, en el solio de Andrinópolis, mereció acatamiento de sultán, con su fuga, sus grillos y su muerte ignominiosa de horca, paró el impostor en objeto del menosprecio popular. A igual categoría y encumbramiento aspiraron otros competidores, contándose hasta treinta ajusticiados bajo el nombre de Mustafá y tanta repetición viene a manifestar que la corte turca jamás acabó de cerciorarse del exterminio del príncipe legítimo.

II. Después del cautiverio del padre reinó Iza [1149] por algún tiempo hacia las cercanías de Angora, Sínope y Mar Negro, y sus embajadores lograron retirarse de la presencia de Tamerlán con promesas halagüeñas y dones honoríficos. Mas pronto su soberano quedó sin provincia y vida por los celos de un hermano reinante, en Amasia, y el acontecimiento postrero proporcionó una alusión devota, que la ley de Moisés y de Jesús, de *Iza* y *Muza* quedaban abolidas con el gran *Mahoma*.

III. No se nombra a Solimán en el catálogo de los emperadores turcos; pero atajó los adelantos victoriosos de los mogoles y con su desvío hermanó por algún tiempo los solios de Andrinópolis y de Bursa. Era en la guerra valiente, ejecutivo y certero, templaba su denuedo con la clemencia; pero le acaloraba su presunción y lo estragaban la ociosidad y la

embriaguez. Relajó la tirantez de la disciplina en medio de un gobierno, donde el soberano y el súbdito deben estar siempre temblando; sus vicios lo desconceptuaron con los caudillos del ejército y de la legislación y su embriaguez diaria tan soez en un príncipe y aun en cualquier hombre, se hacía más y más odiosa en un discípulo del Profeta. Sorpréndele su hermano Muza en el trastorno de su beodez y al huir de Andrinópolis hacia la capital griega, lo alcanzan y lo matan en el baño tras un reinado de siete años y diez meses.

IV. La investidura de Muza lo desdoró como esclavo de los mogoles: ciñéronsele los confines a su reino tributario de Anatolia, y su milicia quebrantada y su erario vacío no pudieron arrostrar las haces veteranas del soberano de Romanía. Huye Muza disfrazado del alcázar de Bursa, atraviesa Propóntide en una barquilla sin cubierta; vaga más y más de cumbre en cumbre por Valaquia y Serbia, y tras algunas tentativas infructuosas, trepa por fin al solio de Andrinópolis recién manchado con la sangre de Solimán. En un reinado de tres años y medio, victoriosas quedaron sus tropas contra los cristianos de Hungría y de Morea; pero fracasó Muza por su temple apocado y su clemencia intempestiva. Tras la cesión total de Anatolia, feneció víctima de sus ministros alevosos y del predominio de su hermano Mohamed.

V. La victoria decisiva de Mohamed fue un galardón debido a su cordura y su comedimiento. Antes del cautiverio del padre, el mancebo regio se había encargado del gobierno de Amasia, a treinta jornadas de Constantinopla, y del resguardo de la raya contra los cristianos de Trebisonda y Georgia. Conceptuábase inexpugnable el castillo para una guerra asiática y la ciudad de Amasia, [1150] dividida en dos mitades iguales por el río Iris, se encumbra por ambos costados como un anfiteatro y es un

remedo, aunque inferior, del famoso Bagdad. Tamerlán, al parecer, en su rapidísima carrera se desentendió de aquel arrinconado punto de la Anatolia; y Mohamed sin hostigar al conquistador, estuvo conservando su callada independencia y aventó de la provincia los últimos dispersos de la hueste tártara. Se libertó de la vecindad expuestísima de Iza: pero en las competencias con sus hermanos preponderantes prevaleció su neutralidad inalterable, hasta que triunfante por fin Muza se presentó como heredero y vengador del malaventurado Solimán. Cupo a Mohamed Anatolia por un tratado y Romanía con las armas, y galardonó al soldado que le trajo la cabeza de Muza, a fuer de bienhechor del rey y de la patria. Empleó utilísimamente los ocho años de su reinado único y sosegado en desterrar los achaques abortados en la guerra civil, y afianzó sobre sólidos cimientos la mole de la monarquía otomana. Su disposición postrera fue el nombramiento de dos visires, Bayaceto e Ibrahim, [1151] para guiar la mocedad de su hijo Amurates; y procedieron con tal armonía y cordura, que estuvieron encubriendo hasta cuarenta días el fallecimiento del emperador por esperar la llegada del sucesor al palacio de Bursa. Encendió nueva guerra en Europa el príncipe, o el impostor Mustafá, el primer visir perdió su ejército y su cabeza, pero el más venturoso Ibrahim, cuyo nombre y alcurnia merecen todavía aceptación, acabó con el postrer aspirante al solio de Bayaceto, y remataron el trance de las hostilidades caseras.

Señorea tantos vaivenes la cordura turca aferrándose en sostener la unidad general del Imperio y tanto Anatolia como Romanía, desgarradas una y mil veces por ambiciones particulares, se atienen más y más a su sistema de hermandad entrañable y triunfadora. Aquel conato debiera servir de norma y enseñanza a las potencias cristianas, y atajando con sus

armadas juntas los estrechos de Gallípoli, los otomanos, por lo menos en Europa, fenecían al golpe sin recurso. Pero el cisma de Occidente y las banderías y guerras de Francia e Inglaterra, retrajeron a los latinos de empresa tan obvia y tan aventajada y se estuvieron empapando en su ansiado desahogo, sin acordarse de lo venidero, y solían, por mezquinos y volanderos intereses, favorecer al enemigo común del cristianismo. Una colonia de genoveses [1152] planteada ya en Focea [1153] sobre la costa jónica se estaba enriqueciendo con el precioso monopolio del alumbre, [1154] y resguardaba su sosiego bajo el Imperio turco, por medio de un tributo anual e indefectible. En la última guerra civil de los otomanos el gobernador genovés, Adorno, mozo travieso y lleno de ambición, se ladeó con Amurates y se encargó de trasladarlo con siete galeras poderosas de Asia a Europa. Embarcose el sultán con quinientos guardias en la nave almiranta, tripulada con ochocientos francos selectos. En sus manos paraban libertad y vida de Amurates y por cierto que no cabe celebrar la lealtad de Adorno, que en medio de la travesía se le arrodilla y logra gozosamente el descargo de los atrasos en el consabido tributo. Aportan a la vista de Mustafá y de Gallípoli, dos mil italianos armados con lanzas y mazas están esperando a Amurates para la conquista de Andrinópolis y aquel servicio tan venal vino a quedar correspondido muy pronto con el exterminio del comercio y colonia de Focea.

Si acudiera Tamerlán al socorro del emperador griego a sus instancias, su generosidad le constituía acreedor a las alabanzas y al agradecimiento de los cristianos. [1155] Pero un musulmán que trae a Georgia el alfanje de la persecución y respeta a su modo la guerra sagrada de Bayaceto, mal podía condolerse hasta el punto de socorrer a los idólatras de Europa. Sigue el tártaro el rumbo de su ambición, y el rescate de Constantinopla fue tan sólo

resulta accidental de las circunstancias. Al desprenderse Manuel de su autoridad, ansiaba más bien que podía esperanzar, que el vuelco de su Iglesia y Estado se dilatasen a largo trecho de su desventurada vida, y al regresar de una peregrinación a poniente, estaba por momentos esperando la noticia del horrendo fracaso. Pasmo y regocijo le asaltan con el aviso repentino de la retirada, del vuelco y del cautiverio del turco. Manuel, de Modon, en Morea, da la vela para Constantinopla, y allá confina a su ciego competidor en el apacible destierro de Lesbos. [1156] Le llegan embajadores de los hijos de Bayaceto, con su orgullo ajado y con tono comedido, manifestando la zozobra fundada de que los griegos franqueasen al mogol las puertas de Europa. Saluda Solimán al emperador con el dictado de padre; solicita de su mano el gobierno, o sea la donación, de Romanía y se compromete a merecer su dignación, con una amistad entrañable y con la devolución de Tesalónica y las plazas más importantes del Estrimon, Propóntide y el Mar Negro. Exponía aquel convenio al emperador a la enemistad y venganza de Muza, y con efecto amagan luego los turcos a Constantinopla; pero se les rechaza por mar y por tierra, y a no mediar algunos mercenarios advenedizos pasmáranse los griegos de su propio triunfo. Pero en vez de fomentar la desavenencia entre los potentados otomanos, la política o la ceguedad de Manuel le inclinan a corroborar al hijo más formidable de Bayaceto. Ajusta un convenio con Mohamed, cuyo avance quedó atajado con la valla insuperable de Gallípoli; tramonta el sultán con sus tropas el Bósforo; se le agasaja en la capital, y su primer ímpetu es el primer paso para la conquista de Romanía. La cordura y moderación del vencedor sorprenden aquel exterminio; desempeña lealmente sus compromisos y los de Solimán, acata los fueros de la paz y del agradecimiento, y deja al emperador en

clase de ayo de sus dos hijos menores, esperando en vano de escudarlos contra la crueldad celosa de su hermano Amurates. Pero la ejecución de su postrer testamento lastimara el pundonor y la religión nacional, y el diván sentencia unánimemente que los mancebos regios nunca se han de ajar con la custodia y educación de un perro cristiano. Con este desengaño los dictámenes bizantinos se desavienen; pero la edad y la cautela de Manuel enmudecieron ante las ínfulas de su hijo Juan, blandiendo además un alfanje acarreador de venganzas, libertando al verdadero o falso Mustafá, detenido en largo cautiverio o en rehenes, para cuyo mantenimiento se recibía anualmente una pensión de trescientas mil asperes. [1157] En la puerta de su encierro se allana Mustafá a toda propuesta, y se pactaron las llaves de Gallípoli, o mas bien de Europa en pago de su rescate. No bien se mira aposentado en el solio de Romanía, cuando despide a los embajadores griegos con una sonrisa de menosprecio, voceando en acento devoto, que en el día del juicio anteponía el arrostrar el cargo de perjuro al de entregar una ciudad musulmana al dominio de los infieles. Resalta a la sazón el emperador enemigo de entrambos competidores por quienes tiene que abrigar un agravio y llevar adelante sus resultas; embiste Amurates, vence, y al asomar la primavera aparece sitiando a Constantinopla. [1158]

El afán meritorio de sojuzgar la ciudad de los Césares agolpa de toda el Asia una muchedumbre de voluntarios y aspirantes a la corona del martirio: arde más y más su entusiasmo con la promesa de riquísimos trofeos y beldades griegas, y la ambición del sultán queda como sacramentada con la presencia y predicción de Seid Bechar, descendiente del Profeta, [1159] quien llegó a los reales sobre una mula con una comitiva devota de quinientos discípulos. Mas luego pudiera correrse, si el rubor

tiene cabida en fanáticos, con el malogro de sus anuncios. La fortaleza de tantas murallas contrarresta la hueste de doscientos mil turcos. Griegos y mercenarios advenedizos rechazan los asaltos y hacen salidas arrolladoras; menudean recursos antiguos y nuevos, y arden cuantas máquinas adelanta el enemigo, y al desvarío del musulmán, colgado allá en el cielo conversando con Mahoma, corresponde la creencia de los cristianos, que están *viendo* a la Virgen María, con manto morado, paseándose por los muros y enardeciendo a sus defensores. [1160] Tras un cerco de dos meses tiene Amurates que acudir a Bursa, contra una rebelión casera fomentada por la alevosía griega, y luego extinguida con la muerte de un hermano inocente. Mientras sigue acaudillando sus jenízaros en conquistas nuevas por Asia y Europa, logra el Imperio griego un desahogo de treinta años. Yace por fin Manuel en el sepulcro, y Juan Paleólogo disfruta el solio mediante el tributo de cien mil asperes anuales y el desapropio de cuanto posee casi desde el ejido de Constantinopla.

En el establecimiento y reposición del Imperio turco, la causal debe sin duda cifrarse en el desempeño de los sultanes, puesto que en la vida humana los acontecimientos de mayor cuantía dimanan de los atributos de su agente supremo. Tal cual rasgo o prenda puede a veces diferenciarlos; pero con el cercén de un solo ejemplar, un larguísimo plazo de nueve reinados, a doscientos sesenta y cinco años, descuella con una serie peregrina de príncipes activos y guerreros, desde el encumbramiento otomano hasta la muerte de Solimán, quienes infundieron rendida obediencia a los súbditos y trémulo pavor a sus enemigos. En vez de la inacción lujosa y soñolienta del serrallo, los herederos del Imperio se educaban en el consejo y en la campaña; desde el asomo de su mocedad confiábanles sus

padres el mando de provincias y de huestes; y este extremo varonil, aunque abortador a veces de guerras civiles; no pudo menos de cooperar esencialmente para la disciplina y pujanza de la monarquía. No cabe a los otomanos apellidarse, como los árabes, califas, descendientes o sucesores de Apóstol de Dios, y el entronque a que aspiran con los khanes tártaros de la alcurnia de Gengis estriba al parecer más en la adulación que en la realidad. [1161] Enmarañado es su origen, pero el derecho sagrado e incontrastable, que ni el tiempo ha de borrar, ni violencia alguna puede dar al través, quedó desde luego clavado en los pechos de todos los súbditos. Cabe el deponer y ahorcar a un sultán endeble o vicioso; mas luego su herencia para en un rapaz o un idiota; y ni el rebelde más desaforado osó jamás trepar al solio de su legítimo soberano. [1162] Al paso que las dinastías volanderas del Asia, quedaron a menudo derrocadas por algún visir taimado en el alcázar, o por algún caudillo victorioso en campaña, la cuestión otomana se ha ido corroborando con la práctica de más de cinco siglos, y se halla ya empapada en el arranque vital de la nación turca.

Ha sobrevenido además un influjo extraño para sublimar su temple constitutivo. Los súbditos primitivos de Otomano fueron las cuatrocientas familias de turcomanos vagarosos, que habían ido siguiendo a sus antepasados desde el Oxo hasta el Sangar; y todavía las tiendas negras y blancas de sus hermanos montaraces, siguen cubriendo los llanos de Anatolia. Pero aquel escaso y fundamental arroyuelo vino a desaparecer en la mole de súbditos voluntarios o vencidos, quienes bajo el nombre de «turcos» están hermanados, en idioma, religión y costumbres. En las ciudades, desde Erzerum a Belgrado, aquel nombre abarca a todos los musulmanes, los primeros y más condecorados moradores; pero allá traspasaron, por lo menos en

Romanía las aldeas y el cultivo de las campiñas a los labradores cristianos. En la temporada de pujanza del gobierno otomano, todo turco quedaba excluido de honores civiles y militares; y una ralea servil, una clase artificial, se encumbraba con su apropiada disciplina y peculiar educación de rendida obediencia, al mando y a la preeminencia. [1163] Desde el tiempo de Orchan y del primer Amurates, conceptuaron los otomanos que en un gobierno de alfanje debía irse renovando a cada generación con nueva soldadesca; y que ésta no debía entresacarse de la región afeminada del Asia, sino de los naturales curtidos y belicosos de Europa. Las provincias de Tracia, Macedonia, Albania, Bulgaria y Serbia fueron los semilleros perennes del ejército turco; y cuando el quinto regio de cautivos fue menguando con las peleas, un impuesto inhumano del quinto niño en cada cinco años se alistaba ejecutivamente de las familias cristianas. A los doce o catorce años, los mancebos más briosos se quitaban a viva fuerza del hogar paterno; se alistaban sus nombres en un padrón, y desde aquel punto quedaban vestidos, enseñados y mantenidos para el servicio público. Luego, según su traza más o menos marcial, se les colocaba en las escuelas reales de Bursa, Pera y Andrinópolis, al cargo de los bajaes, o bien se les repartía por las viviendas del paisanaje anatolio. Enseñábaseles ante todo el idioma turco; se les robustecía con cuantos ejercicios podían entonarlos; aprendían a luchar, brincar, correr, saetear y luego arcabucear, hasta colocarse al fin en las compañías o ranchos de los jenízaros, donde se les educaba con la severísima y casi monástica disciplina de su carrera. Los descollantes en nacimiento, despejo y gallardía, se empadronaban en la clase inferior de *agiomoglanes*, o en la jerarquía más hidalga de *icoglanes*, perteneciendo los primeros a la servidumbre palaciega, y los segundos al personal del mismo soberano. En cuatro

escuelas recreativas y bajo la varilla de los eunucos blancos, la equitación y el arrojo del venablo o chuzo era su ejercicio incesante; mientras los más estudiosos se empapaban en el *Alcorán*, y en la posesión del persa o del arábigo. En granjeando antigüedad y suficiencia, se les iba destinando a empleos civiles o militares, y aun eclesiásticos, y cuanto más permanecían, mayores eran sus ascensos hasta que en el debido plazo se les promovía a la categoría de los cuarenta agas, que permanecían ante el sultán, quien los iba promoviendo al gobierno de las provincias, y a los primeros blasones del Imperio. [1164] Aquel género de institución era en extremo adecuado al temple y sistema de una monarquía despótica. Ministros y caudillos eran en todo sentido esclavos del emperador, a cuya dignación eran deudores de su instrucción y subsistencia. Al desviarse del serrallo, dejándose crecer las barbas, como emblemas de su encumbramiento, se hallaban con un cargo de suma entidad, sin bandería ni apadrinamiento, sin padres ni herederos, colgados de la diestra que los alzó del polvo, y quien al menor desagrado estrella en mil trozos como dice el refrán turco, a sus estatuas de vidrio. [1165] En los pasos tan pausados y trabajosos de su educación, ojos perspicaces calaban hondamente sus índoles y su desempeño, y así el *hombre* aislado en su mérito personal carecía de arrimo ajeno, y teniendo el soberano tino cabal, le cabía el ser árbitro y sin límites en su acendrada elección. Todo candidato otomano era un alumno, creado en la inacción, para luego echar el resto en obteniendo el competente cargo, enterado ya en los extremos contrapuestos de la sumisión y el mando. Con el mismo, descollaba la tropa, y su silencio y parsimonia, su aguante y comedimiento, han arrebatado elogios involuntarios a sus enemigos cristianos; [1166] y no se hace dudosa la victoria, en el cotejo de la disciplina y ejercicio de los jenízaros con las

ínfulas de nacimiento, el descoco caballeresco, la ignorancia de los reclutas, el desenfreno de los veteranos, y los desmanes de la beodez y el desconcierto, que estuvo tanto tiempo desquiciando los ejércitos europeos.

Cifrábase el salvamento del Imperio griego y reinos adyacentes en alguna arma prepotente, o algún descubrimiento en el arte de la guerra, que los sobrepusiese incontrastablemente a sus enemigos turcos. Tenían en su mano aquella arma, y asomó aquel descubrimiento en el trance de su exterminio. Químicos chinos o europeos, habían hallado, con experimentos esmerados o casuales, una mezcla de salitre, azufre y carbón, que por medio de una chispilla revienta con explosión pavorosa. Se hicieron luego cargo de que si aquella pujanza arrolladora se concentraba en un tubo poderoso, pudiera un globo de piedra, o de hierro, dispararse con ímpetu irresistible y absolutamente asolador. El punto cabal del invento y aplicación de la pólvora yace encapotado entre tradiciones dudosas y expresiones equívocas, [1167] pero consta que era ya corriente como a mediados del siglo XIV, y antes de terminarse el mismo, el uso de la artillería en batallas y sitios, se había generalizado en Germania, Italia, España, Francia e Inglaterra. [1168] La precedencia de las naciones no es conducente, pues a ninguna cabe la menor ventaja por su conocimiento antecedente o superior en la materia, y en el adelantamiento general, vienen a nivelarse en el poderío y trascendencia de la ciencia militar. No cupo ceñir aquel arcano en el regazo de la Iglesia; patentizase a los turcos por la traición de apóstatas y el encono interesado de competidores; y el sultán tuvo tino para prohijar y caudales para engrandecer al maquinista cristiano. Los genoveses transportadores de Amurates a Europa son los malvados que lo amaestraron; y sus manos probablemente fundieron la artillería

y la asestaron en el sitio de Constantinopla. [1169] Malogrose el intento al primer ensayo, pero en el vaivén de aquella guerra prevaleció al fin su desempeño, siendo por lo más los asaltadores. Equilibrose al pronto el contrarresto por ambas partes, y los rayos de aquella artillería se fulminaran contra valladares construidos únicamente para resistir a máquinas menos poderosas. Los venecianos nada escrupulizaron en amaestrar a los sultanes de Egipto y Persia, sus aliados, contra los otomanos: cundió luego el arcano hasta los extremos de Asia, y la preponderancia del europeo vino a concretarse contra los bravíos del nuevo mundo. Si contraponemos el progreso rápido del descubrimiento a los adelantos de la racionalidad, la ciencia y las artes pacíficas, un filósofo, según su inclinación predominante, prorrumpirá en risa o en llanto al presenciar los desvaríos humanos.

LXVI

ACUDEN LOS EMPERADORES ORIENTALES A LOS PAPAS - ASOMADAS A OCCIDENTE DE JUAN I, MANUEL Y JUAN II, PALEÓLOGO - UNIÓN DE LAS IGLESIAS GRIEGA Y LATINA, ESFORZADA EN EL CONCILIO DE BASILEA Y CONCLUIDA EN FERRARA Y FLORENCIA - ESTADO DE LA LITERATURA EN CONSTANTINOPLA - REVIVE EN ITALIA CON LOS GRIEGOS FUGITIVOS - AFÁN Y EMULACIÓN DE LOS LATINOS

En los cuatro últimos siglos de los emperadores griegos, su cargo amistoso o contrapuesto con los papas y los latinos, viene a mostrarse como el termómetro de su prosperidad o su quebranto, como el mapa del encumbramiento o postración de las dinastías bárbaras. Cuando los turcos de la alcurnia de Seljuk vagaban por Asia y amagaban a Constantinopla, hemos presenciado, en el concilio de Plasencia, a los embajadores pedigüeños de Alexio, implorando el amparo del Padre común de la cristiandad; mas al arrollar los peregrinos franceses al sultán desde Niza hasta Iconio, recobran o patentizan los príncipes griegos su encono entrañable y menosprecio sumo de los cismáticos occidentales, que atropellaron el primer derrumbo de su imperio. Asoma en la fecha de la invasión mogola, el habla mansa y halagüeña de Juan Vataces. Recobrada Constantinopla, acosan el solio del primer Paleólogo enemigos extraños y caseros; cuelga la espada de Carlos sobre su sien, acude ruinmente a implorar la dignación del pontífice romano, sacrificando al peligro presente su fe, su pundonor y el cariño de

sus vasallos. Muere Miguel, y príncipe y pueblo tremolan la independencia de su Iglesia y la pureza de su creencia. El primer Andrónico, ni teme ni ama a los latinos, y en su trance postrero, las ínfulas son la salvaguardia de la superstición; ni le cabía decorosamente retractarse en la ansiedad de las declaraciones terminantes y acendradas de su juventud. Su nieto, Andrónico el Menor, era menos esclavo por índole y por estimación, y la conquista de la Bitinia por los turcos le recomendó la unión de ánimo espiritual y corporal, con los príncipes occidentales; y por lo visto las instrucciones muy esmeradas salieron de la mano maestra del Gran Doméstico. [1170]

> Santísimo Padre —tenía que decir el encargado—, no está menos ansioso el emperador de realizar la unión entre las citadas iglesias que vos mismo; pero tiene que mirar por su propio decoro, y contemporizar con las preocupaciones de los súbditos, para redondear un ajuste de suyo tan vidrioso. Dos son los rumbos para su logro: el de la guerra y el de la persuasión. En cuanto a la fuerza, se palpó ya su ineficacia; puesto que los latinos llegaron a sojuzgar el Imperio sin doblegar los ánimos, y la persuasiva, aunque pausada, es más certera y permanente. Una diputación de treinta o cuarenta doctores nuestros, podría tal vez avenirse con otros tantos del Vaticano, a impulsos del mutuo afán y de la unidad en la creencia fundamental; pero a su regreso ¿cuál podría ser el resultado y el galardón del convenio? el menosprecio de sus hermanos y el vituperio de una nación ciega y pertinaz. Sin embargo, la misma nación se mostró reverente con los concilios generales, deslindadores de nuestros artículos de fe, y si desaprueban las actas de Lyon, es porque las iglesias

orientales carecieron allí de audiencia y de representación, y obraron en todo arbitrariamente. Para el logro de fin tan saludable sería conveniente y aun necesario, que se enviase un legado selecto a Grecia, para juntar los patriarcas de Constantinopla, Alejandría, Antioquía y Jerusalén; y con su auxilio disponer un sínodo libre y universal. Pero en este mismo trance el Imperio se halla asaltado y mal seguro por los turcos, quienes se han apropiado ya hasta cuatro de las mayores ciudades de la Anatolia. El vecindario cristiano se muestra muy ansioso de volver al regazo de su religión; mas no alcanzan ni los fueros ni las rentas del emperador al intento de su rescate, y al legado romano tiene que acompañar o anteceder un ejército francés, para arrojar a los infieles, y franquear el paso para el Santo Sepulcro.

Si los recelosos latinos tenían que requerir alguna prenda, alguna muestra preliminar de la sinceridad de los griegos, las contestaciones de Barlaam fueron terminantes y atinadas.

1. Un sínodo general puede únicamente celebrarse cuando tres de los patriarcas y varios obispos quedan libres del yugo mahometano. 2. Los griegos se hallan enconados por largas opresiones y agravios, y tan sólo pueden hermanarse con gestiones de cariño entrañable, con algún auxilio efectivo que robustezca la autoridad y los argumentos del emperador, y a los amantes del convenio. 3. Si asomase alguna desavenencia irremediable en la fe y en las ceremonias, discípulos son los griegos del mismo Cristo, y los tesoros son enemigos comunes del nombre cristiano. Armenios, cirios y turcos están igualmente acosados; y los príncipes franceses a impulsos de su religiosidad vibraran sus aceros en

defensa de la religión en general. 4. Si se atropellase a los súbditos de Andrónico, a fuer de la hez de los cismáticos, herejes, o paganos, un régimen atinado induciría a las potencias occidentales a escudar el poderoso aliado para sostener su imperio vacilante, resguardar el confín de Europa, y juntarse mas bien con los griegos contra los turcos, que dar lugar a que los turcos utilicen las armas y los tesoros de la Grecia avasallada.

Con esto, razones, ofertas y peticiones de Andrónico vinieron a quedar desatendidas con yerta y ostentosa indiferencia. Los reyes de Francia y de Nápoles se desentendieron de los peligros y la gloria de una cruzada; el papa se negó a convocar un concilio nuevo para deslindar los antiguos capítulos de la fe; y miramientos con las demandas añejas del emperador latino y su clero, le comprometieron para poner la contestación bajo un sobre ofensivo. «Al *moderador* [1171] de los griegos y a las personas que se apellidan patriarcas de las iglesias orientales». No cabía tiempo e índole menos favorables para tamaña embajada, pues Benedicto XII [1172] era un campesino torpe acosado de escrúpulos, y empapado en vino y en desidia; pudieron sus ínfulas ostentar tercera corona en la tiara papal, pero de suyo era tan incapaz para el desempeño regio como para el pontifical.

Muere Andrónico, se sajan mutuamente los griegos con sus guerras intestinas, y no les cabe el acudir en combinaciones de hermandad con los demás cristianos. Pero apenas logra Cantacuzeno arrollar e indultar a sus enemigos, se desvive en sincerar, o por lo menos sobredorar la entrada de los turcos en Europa, y el desposorio de su hija con un príncipe mahometano. Envía dos magnates con un intérprete latino a la

corte romana, trasladada por entonces a Aviñón, sobre el Ródano, por espacio de setenta años: manifiestan la necesidad amarga que le estrechó a enlazarse con los infieles, y articulan por su encargo las voces halagüeñas de unión y cruzada. El papa Clemente VI, [1173] sucesor de Benedicto, los recibe con agasajo y señorío, se hace cargo de la inocencia de su soberano, disculpa sus quebrantos, encarece su magnanimidad, y les patentiza su cabal conocimiento de la situación y vaivenes del Imperio griego, habiéndole enterado muy atinadamente una dama saboyana, palaciega de la emperatriz Ana. [1174] Si escaseaba Clemente en atributos sacerdotales, se preciaba de señorío y magnificencia, con ínfulas de soberano, cuya mano dadivosa andaba repartiendo beneficios y reinos sin tasa. Descolló Aviñón en su reinado con boato y deleites; sobrepujaba en su mocedad el desenfreno de los barones, y el palacio y aun su dormitorio, se realzaron o mancillaron con las visitas de sus mancebas predilectas. Oponíanse las guerras de Francia con Inglaterra a la sagrada empresa; pero allá su vanagloria se excusaba con el ideal aparato, y luego acompañaron en su regreso dos obispos latinos a los embajadores griegos, con el carácter de enviados pontificios. Llegan a Constantinopla, y emperador y nuncios se pasman mutuamente de su respectiva religiosidad y elocuencia, pues sus respectivas conferencias florecían con redoblados rasgos de alabanzas y promesas recíprocas, y así se recreaban unos y otros sin darse crédito en sus arengas. «Me deleito —prorrumpía Cantacuzeno— con el plan de nuestra guerra sagrada, que no puede menos de redundar en timbre mío, y en beneficio grandioso de la cristiandad. Franquearán mis dominios el paso a las huestes de Francia, tropas, galeras y tesoros se consagrarán a la causa común, y venturosa sería mi suerte, si mereciera y lograra la corona del martirio. No alcanzan las palabras a

expresar el afán con que estoy suspirando por la reunión de los miembros dispersos de Jesucristo. Si mi muerte condujera al intento, gozosísimo presentara mi espada y mi cerviz; si mis cenizas brotasen el fénix espiritual, yo mismo hacinara la leña, y encendiera la llama con mis propias manos». Sin embargo, el emperador griego se aferró con que la altanería y el atropellamiento de los latinos habían abortado los artículos de fe que estaban dividiendo ambas iglesias. Se desentendió de los pasos rendidos y arbitrarios del primer Paleólogo, y declaró con entereza, que nunca avasallaría su conciencia sino a los decretos de un sínodo libre y universal. «La situación de los tiempos —continuó—, no consiente que el papa y yo nos avistemos en Roma o en Constantinopla; pero se puede nombrar alguna ciudad marítima, al confín de ambos imperios, para juntar los obispos, y enterar a los fieles de levante y de Occidente». Muéstranse satisfechos los nuncios con la propuesta, y Cantacuzeno aparenta sumo quebranto por la frustración de sus esperanzas, que fueron luego a través con el fallecimiento del papa, y el destemple de su nuevo sucesor. Dilatose su vida; pero fue en el encierro de un claustro, y si no era con sus plegarias, el humillado monje mal podía entonar los asuntos de su ahijado y del Imperio. [1175]

Pero entre todos los príncipes bizantinos, el ahijado Juan Paleólogo, era el más a propósito para prohijar, creer y obedecer al pastor supremo de Occidente. Bautizose su madre, Ana de Saboya, en el regazo de la Iglesia latina, su enlace con Andrónico requirió un cambio total de nombre, de etiqueta palaciega, y sobre todo de culto; pero su corazón se mantuvo siempre leal a su patria y religión; labró la niñez de su hijo, y gobernó al emperador, según su ánimo, y así su pequeñez tuvo que ir creciendo hasta las dimensiones de una estatura varonil. En el

primer año de su rescate y restauración, eran todavía los turcos dueños del Helesponto, con armas amagaba el hijo de Cantacuzeno desde Andrinópolis, y no le cabía a Cantacuzeno el contar consigo mismo ni con su pueblo. Opina la madre, esperanzada de auxilio advenedizo, y logra que abjure sus derechos eclesiásticos y civiles, y el acta de esclavitud, [1176] firmada con tinta de púrpura, y sellada con la *bula de oro*, se entregó reservadamente a un agente italiano. Encabeza los artículos el más memorable, que contiene un juramento de fidelidad y obediencia a Inocencio VI y sucesores, como supremos pontífices de la Iglesia Católica Romana. Se compromete el emperador a mantener con todo acatamiento a sus legados o nuncios; señalarles palacio para su residencia, y templo para su culto, entregando a su hijo segundo, Manuel, por vía de rehenes para el debido cumplimiento de su promesa. En pago de aquel allanamiento, pide un auxilio ejecutivo de quince galeras con quinientos guerreros, y mil ballesteros, para servirle contra sus enemigos tanto musulmanes como cristianos. Se compromete también Paleólogo a imponer igual yugo a su clero y vecindario; mas previendo fundadamente el contrarresto de los griegos, acude a los dos medios más eficaces del cohecho y la educación. Se autoriza al legado para el nombramiento de beneficios en los sujetos que desde luego firmen la creencia del Vaticano; se plantean además sus escuelas para imbuir a la mocedad de Constantinopla en el idioma y las doctrinas de los latinos, y se empadronó él nombre de Andrónico, heredero del Imperio, en el encabezamiento, como primer cursante. Si se malogran sus intentos por el rumbo de la violencia o de la persuasión, se allana Paleólogo a darse por inhábil para reinar; traslada al papa toda autoridad regia y paternal, y resiste a hacerlo con plenos poderes para el arreglo de la familia, el

gobierno y el desposorio de su hijo y sucesor. Pero ni se ejecuta ni se publica el tratado; las galeras romanas resultan luego tan aéreas e ideales como el allanamiento de los griegos, y gracias a la reserva, el soberano se libertó del terror de aquel rendimiento infructuoso.

Revienta luego en su sien el tormentón de las armas turcas, y perdidas Andrinópolis y Romanía, queda acorralado en su capital, avasallado por el altanero Amurates, con la esperanza mezquina de ser el postrero en devorar a la fiera. En tamaña postración, Paleólogo toma la resolución de embarcarse para Venecia, y luego arrojarse a las plantas del pontífice; siendo el primer príncipe bizantino que visitase las regiones desconocidas de Occidente, mas tan sólo con ellas se cifraba algún consuelo y arrimo; pues menos ajado quedaba su señoría ante el sagrado colegio que en la Puerta Otomana. Regresan los papas, tras largo plazo, de Aviñón a las orillas del Tíber: Urbano V, [1177] de índole apacible y pundonorosa, alienta o franquea la peregrinación del príncipe griego, y le cabe la gloria en un mismo año de recibir en el Vaticano las dos sombras imperiales que venían a representar las majestades allá de un Constantino y un Carlomagno. En tan rendida visita, el emperador de Constantinopla, cuyas ínfulas desaparecen bajo el sumo quebranto, dio más de lo que cabía en cuanto a voces huecas y rendimientos positivos. Se le impone una especie de expediente judicial, y reconoce, en presencia de cuatro cardenales, como acendrado católico, la supremacía del papa y el procedimiento doble del Espíritu Santo. Tras esta justificación, se le introduce para su audiencia pública en la iglesia de san Pedro: siéntase Urbano en su solio acompañado de los cardenales; el monarca griego, en pos de tres genuflexiones, besó devotamente los pies, las manos y luego la boca del santo Padre, quien celebra misa

solemne en su presencia, le consiente el asir las riendas de su mula, y le agasaja con banquete suntuosísimo en el Vaticano. Honorífico y amistoso es el coloquio con Paleólogo, pero asoma cierta indiferencia entre los emperadores de levante y de Occidente; [1178] pues el primero no se hizo acreedor al privilegio de entonar el Evangelio en la categoría de diácono. [1179] Urbano se esmera, por fineza con el ahijado, en revivir en el pecho del monarca francés, y de los demás potentados de Occidente el entusiasmo guerrero; pero los halla en extremo tibios para la causa general, y tan sólo ardientísimos en sus intereses peculiares. Asoma una vislumbre de esperanza para el emperador en un mercenario inglés, John Hawkwood, [1180] quien con una cuadrilla de aventureros, la hermandad blanca, había ido asolando Italia desde los Alpes hasta Calabria, vendido su servicio a estados contrapuestos, y había incurrido en excomunión, disparando sus saetazos contra la residencia pontificia. Concediose permiso expreso para negociar con el desterrado; pero las fuerzas o el denuedo flaquearon en el inglés, y tal vez vino a ser ventajoso para Paleólogo el malogro de un auxilio, muy costoso, inservible y expuestísimo. [1181] El griego sin consuelo prepara su regreso; [1182] pero aun éste queda atajado con un tropiezo deshonesto. Agenció en Venecia sumas cuantiosas con un éxito exorbitante, pero su arca está vacía, su acreedores se muestran incansables, y quedó arrestado enseguida del cobro. Apremia más y más a su primogénito, regente de Constantinopla, para que eche el resto para el apronto de la cantidad, aun despojando las iglesias para rescatar al padre de su cautiverio y afrenta. Pero el hijo descastado se desentiende allá despiadadamente de tan sumo borrón, y aun en su interior se recrea con el arresto del padre; pobrísimo se halla el Estado; el clero se niega, y acude a escrupulillos para cohonestar aquella

resistencia. La religiosidad de su hermano Manuel afea amargamente aquel desvío, quien vende o empeña ejecutivamente cuanto tiene, se embarca para Venecia, rescata al padre, y se queda en prenda para la responsabilidad del residuo de la deuda. El padre y rey por fin regresa a Constantinopla, y se esmera en diferenciar ambos hijos con adecuada correspondencia, pero en ningún quilate habían acendrado ni la fe, ni las costumbres del perezoso Paleólogo con su peregrinación a Roma, y su apostasía o conversión, ajena de toda resulta espiritual o civil, queda luego olvidada por griegos y latinos. [1183]

A los treinta años de aquel viaje, su hijo y sucesor Manuel, con el propio motivo y con rumbo más grandioso, visita igualmente las regiones occidentales. Referí ya en otro capítulo su convenio con Bayaceto, su quebrantamiento, el sitio o bloqueo de Constantinopla, y el auxilio francés, a las órdenes del gallardo Boucicault. [1184] Solicita Manuel, por medio de sus embajadores auxilios latinos, pero se conceptuó que la presencia de un monarca angustiado exprimiría lloros y fuerzas de los bárbaros más empedernidos [1185] y el mariscal que opinó por la expedición, preparó el recibimiento del príncipe bizantino. Ocupan los turcos el tránsito por tierra, pero sigue expedita la navegación a Venecia. Lo agasajó Italia a fuer de primero, o por lo menos el segundo de los potentados cristianos; y todos se van lastimando de aquel confesor y campeón de la fe, y el señorío de sus modales evitó que la compasión entrañable degenerase en menosprecio. Pasa de Venecia a Padua y Pavía; y hasta el duque de Milán, allá amigo encubierto de Bayaceto, le franquea honoríficamente el tránsito hasta el confín de sus estados. [1186] Al asomar en Francia [1187], oficiales regios se encargaban de obsequiarle, costeándole carruaje y mantenimiento, y dos mil

jinetes armados y brillantes le salen al encuentro hasta Charenton, por las cercanías de la capital. Salúdanle el canciller y el parlamento a las puertas de París, y Carlos VI, acompañado de sus príncipes y de todo el señorío, le abraza entrañablemente. Cubren al sucesor de Constantino con un ropaje de seda blanca, lo montan en un bridón blanquísimo, realce peregrino en el ceremonial de Francia, en ostentación de magnificencia, donde se conceptúa el color blanco allá como símbolo de soberanía; con la particularidad de que el emperador de Germania, en una visita reciente, a pesar de su altanera demanda, quedó desairado, teniendo que contentarse con un caballo pequeño. Se hospeda a Manuel en el Louvre; menudean funciones, saraos, banquetes y cacerías, con esmero culto y francés, para distraer al desconsolado, se le franquea su capilla peculiar, y los doctores de la Sorbona se pasman, y tal vez se escandalizan, con el idioma, ritos y vestimenta del clero griego. Pero a la primera mirada del estado del reino, podía desengañarse acerca del ansiado logro de asistencia considerable. El desventurado Carlos, en medio de tal cual intervalo lúcido, adolecía de ímpetus violentos y postraciones insensatas, y su tío y su hermano solían alternar en el manejo del timón del gobierno, siendo aquéllos los duques de Orleans y de Borgoña, cuya competencia descerrajada, estaba ya labrando las desdichas de una guerra civil. Era el primero un joven lozano y empapado todo en lujo y amoríos; padre el segundo de Juan conde de Nevers, recién rescatado de cautiverio turco, y si el hijo intrépido arde en afán por desagraviar al padre, el borgoñón más cuerdo se daba por satisfecho con el peligro y costo del primer trance. Sacia Manuel su curiosidad y cansa tal vez el sufrimiento de los franceses, cuando emprende su visita a la isla cercana. Desembarca, se interna y disfruta en Canterbury el agasajo del prior y monjes de san Agustín, y en Blackheath, el

rey Enrique IV, con toda su corte, saluda al héroe griego (estoy copiando a nuestro historiador añejo) quien por una temporada, se hospeda y regala en Londres con ínfulas de un emperador oriental. [1188] Pero la situación de Inglaterra estaba todavía más contrapuesta a la empresa de aquella guerra sagrada. En el mismo año habían apeado y muerto al soberano hereditario; el reinante era un usurpador venturoso, cuya emulación y remordimientos estaban atenaceando su ambición insaciable; ni podía caber a Enrique de Lancaster el menor desvío de su persona o fuerzas para la defensa de un solio, conmovido por instantes con rebeldías y conspiraciones. Compadece, elogia y festeja al emperador de Constantinopla; pero si el monarca inglés ostenta su cruz, es tan sólo para acallar al pueblo, y aun quizás a su propia conciencia, con el merecimiento o las apariencias de aquel intento devoto. [1189] Manuel, sin embargo, pagado con regalos y obsequios, regresa a París, y tras una residencia de dos años en Occidente, se encamina por Italia y Germania, se embarca en Venecia, y permanece en Morea sosegadamente, aguardando el trance de su exterminio o su rescate. Sálvase no obstante de la precisión afrentosa de poner en venta pública o privada su propia religión. Desgarrábase la Iglesia latina con sus cismas. Reyes, naciones y universidades, todo en Europa se embandera en punto a obediencia, con los papas de Roma o de Aviñón; y el emperador, ansiando hermanar entrambos partidos, se retrae de todo género de comunicación con aquellos competidores desvalidos y malquistos. Coincide su viaje con el año del jubileo; pero atraviesa Italia sin apetecer, ni tal vez merecer la indulgencia plenaria que descargaba de todo pecado y de su penitencia a los fieles. Se ofende el pontífice romano de aquel desvío; le tilda de irreverente con toda una imagen del mismo Cristo; y exhorta

más y más a los príncipes de Italia para que desechen y desamparen a un cismático tan contumaz. [1190]

Mientras duran las cruzadas, están los griegos mirando con asombro y pavor el raudal incesante de gentío que se agolpa redobladamente de los climas desconocidos de poniente; pero las visitas de los emperadores patentizan el interior de aquella separación, desarrollando la perspectiva de tantas naciones poderosas de Europa, que ya no se arrojan a tildar con el apellido de bárbaros. Los reparos de Manuel y de su perspicaz comitiva se conservan todavía en un historiador bizantino y contemporáneo; [1191] voy a enlazar y compendiar sus apuntes, y podrá entretener algún tanto, y aun servir de alguna instrucción, el ir mirando los bosquejillos más o menos esmerados de Germania, Francia e Inglaterra, cuyo estado antiguo está harto patente en nuestra fantasía.

I. Germania (dice el griego Chalcondyle) es un espacio dilatado desde Viena hasta el océano, y se tiende allá (geografía marítima) desde Praga, en Bohemia, hasta el río Tarteso y los montes Pirineos. [1192] Es fértil el suelo, excepto en higos y aceitunas; el ambiente saludable; los naturales son gallardos y robustos, y aquella región helada por maravilla padece los azotes de pestilencias ni terremotos. Germania es la nación mas populosa después de los escotos y los tártaros; es valerosa y sufrida, y unida bajo un solo mando, su pujanza sería incontrastable. Por concesión del papa, está disfrutando el privilegio de nombrarse su propio caudillo, que es el emperador romano, [1193] ni hay pueblo más entrañablemente adicto a la fe y obediencia del patriarca latino. Divídese el país por lo más entre príncipes y prelados; pero Estrasburgo, Colonia, Hamburgo y más de doscientas ciudades se gobiernan con leyes cuerdas y equitativas, según su albedrío y para ventaja de sus respectivos

vecindarios. Usan los retos o peleas particulares a pie en paz o en guerra; descuella su industria en todas las artes mecánicas, pudiendo los germanos blasonar del invento de la pólvora y de la artillería, que ha cundido ya por el mundo entero.

II. Se explaya el reino de Francia por quince o veinte jornadas desde Germania hasta España, y desde los Alpes hasta el océano británico; y contiene muchas ciudades florecientes, y entre ellas París, solio del monarca, que sobresale entre todas por su lujo y riquezas. Asisten de palaciegos alternativamente varios príncipes y señores, y reconocen al rey por su soberano; son los más poderosos los duques de Bretaña y de Borgoña, de los cuales el segundo está poseyendo la opulenta provincia de Flandes, cuyos puertos suelen frecuentar nuestros mismos bajeles, y otros de regiones remotas. Forman los franceses un pueblo antiguo y riquísimo, su habla y costumbres, aunque en la realidad diversas, se dan allá la mano con las de Italia. Engreídos con el señorío imperial de Carlomagno y con sus victorias contra los sarracenos, y más con las hazañas de sus campeones Oliveros y Roldán, [1194] se conceptúan la primera nación de Occidente; pero su arrogancia frenética se ha visto ajada últimamente con sus desastres en las guerras contra los ingleses, los moradores de la isla británica.

III. Britania, en el océano, contrapuesta a las costas de Flandes, puede reputarse como una, o bien como tres islas; pero su conjunto está hermanado por el propio interés, costumbres y gobierno. La circunferencia medirá cinco mil estadios [1005,5 km]; cuajan su territorio ciudades y aldeas, aunque carecen de viñedo y aun de frutales, pero abunda en centeno y cebada, en lana y miel, y los naturales tejen gran cantidad de paños. Cabe a Londres la preeminencia entre todas las poblaciones de Occidente en vecindario, lujo y riquezas [1195] siendo la capital de

la isla. Se halla situada sobre el Támesis, río caudaloso y violento, que a treinta millas [48,27 km], desagua en el mar de la Galia; y el vaivén diario de flujo y reflujo proporciona entrada y salida cómoda, para los bajales mercantes. Encabeza el rey una aristocracia poderosa y desmandada, sus vasallos principales disfrutan sus estados libre y perpetuamente, y las leyes deslindan los alcances de su respectiva autoridad y obediencia. Ha padecido el país los azotes de conquistas y sediciones; pero los naturales son valerosos y constantes, afamados en armas y victoriosos en la guerra. La hechura de sus broqueles y rodelas remeda a las armas italianas, la de sus espadas a los griegos, pero descuellan los ingleses en el manejo de sus ballestas. Discrepa su idioma de todos los del continente; en cuanto al régimen casero se diferencian poco de sus vecinos de Francia, pero la circunstancia más reparable de sus costumbres viene a ser su despego en punto al honor conyugal y al recato de sus mujeres. En sus mutuas visitas, el primer agasajo es el estrechar en sus brazos y gozar las finezas de la esposa y las hijas, juntándoselas las amigas sin rubor ni reparo, pues no se agravian con aquella confianza, ni con sus vueltas inevitables. [1196] Enterados como estamos en los usos de la antigua Inglaterra, y satisfechos de la pureza de nuestras madres, nos sonreímos con las creederas; y no nos ofendemos con la sinrazón de un griego, quien por cierto equivocó una salutación recatada, con una estrechez criminal. [1197] Pero aquella injusticia y credulidad nos da una lección importante, a saber, que desconfiemos de toda relación de naciones lejanas, y refrenemos nuestra creencia en punto a consejas que se desvían del rumbo de la naturaleza y de la índole humana. [1198]

Reina Manuel tras su regreso, con la victoria de Tamerlán, por largos años en paz y prosperidad, y mientras los hijos de

Bayaceto solicitan su amistad y acatan sus dominios, se empapa todo en los arcanos de su religión nacional, y se desahoga componiendo hasta veinte diálogos en su defensa. Asoman embajadores bizantinos en el concilio de Constancia [1199] y evidencian el restablecimiento de los turcos y de la Iglesia latina. La victoria de Mohamed y Amurates hermana al emperador con el Vaticano, y el sitio de Constantinopla le va inclinando al reconocimiento de la procedencia doble del Espíritu Santo. Asciende Martín V sin competencia al solio de san Pedro, revive el vaivén de cartas y embajadas entre el levante y el Occidente. Ambición por una parte y conflictos por la otra vienen a dictar una correspondencia decorosa de paz y caridad; y el griego maduro se muestra anhelante de enlazar sus seis hijos con otras tantas princesas italianas; y no menos taimado el romano, envía a la hija del marqués de Monferrato con una comitiva de lindas señoritas, para ablandar con su atractivo los empedernidos cismáticos. Pero tras aquel disfraz de religiosidad se trasparenta que todo es hojarasca y embeleco en la corte y en la Iglesia de Constantinopla, pues el emperador avanza o ceja, según las alternativas de peligro o desahogo; alterna en las instrucciones de sus dependientes, y al estrecharle acude aparentando afán de enterarse precisión de consultar con los patriarcas y obispos, e imposibilidad de congregarlos con la presencia aterradora de los turcos en las mismas puertas de la capital. Escudriñando aquellas negociaciones, resulta que el griego se aferra en tres puntos sucesivos, auxilio, concilio y por fin reunión, al paso que los latinos sortean el segundo, aunque comprometiéndose para el primero, como consecuencia y galardón del tercero. Pero no cabe el desentrañar las íntimas interioridades de Manuel, por cuanto las patentiza en una conversación reservada sin rodeos ni disfraces. En el menguante de su edad, había asociado a Juan

Paleólogo, segundo de este nombre, y su primogénito, sobre el cual vino a descargarse del mayor tráfago de su gobierno. Un día, presenciándolo únicamente el historiador Franza [1200] su camarero predilecto descubre a su compañero y sucesor el verdadero móvil de sus negociaciones con el papa. [1201] «Nuestro único recurso —prorrumpe Manuel— se cifra en la zozobra de los turcos por nuestra unión con los latinos, con las naciones guerreras de Occidente que pueden armarse en auxilio nuestro y exterminio suyo. Al primer amago de los infieles acude con el cuadro lastimero de tus demandas; propón un concilio, trata de los medios; pero sigue siempre dando largas y sortea la convocación de un congreso que jamás ha de redundar en ventaja nuestra, ni temporal ni espiritual. Altaneros son los latinos, pertinaces los griegos; ni unos ni otros han de cejar ni desdecirse; y el empeño de una hermandad cabal siempre ha de fomentar el cisma, enemistar las Iglesias y dejarnos a merced de los bárbaros». Mal avenido con encargo tan saludable, se levanta de su asiento, enmudece y se marcha, y el cuerdo monarca, sigue Franza, clavándome los ojos, continua de este modo: «Ese hijo mío se conceptúa un príncipe grande y heroico; pero ¡ay de mí! nuestra época desventurada no ofrece campo para grandezas ni heroicidades. Semejantes arranques correspondían a los tiempos felices de nuestros antepasados; pero la actualidad está requiriendo, no un emperador, sino un tirano precavido que vaya conservando los últimos restos de nuestros haberes. Tengo muy presente la encumbrada perspectiva que fantaseaba ya por nuestra alianza con Mustafá, y estoy temiendo que sus temeridades han de atropellar el exterminio de su alcurnia, y hasta la religión ha de venir a consumarlo». Sin embargo, la experiencia y el prestigio de Manuel fue conservando la paz, sin congregar el concilio, hasta que a los setenta años de su edad y

en hábito de monje, terminó su carrera, repartiendo sus preciosas alhajas entre sus hijos y los pobres, los médicos y sus sirvientes predilectos. De sus seis hijos [1202] reviste a Andrónico II con el principado de Tesalónica, quien muere de lepra luego de la venta de aquella ciudad a los venecianos y su toma terminante por los turcos. Lances favorables reincorporan en el Peloponeso o Morea en el Imperio; y en días de prosperidad había Manuel fortificado el istmo de seis millas [9,65 km] con un murallón de piedra [1203] y ciento cincuenta y tres torres. Vuelcan los otomanos al primer empuje la muralla; la fértil península alcanzara a contentar los cuatro hermanos, Teodoro, Constantino, Demetrio y Tomás; pero malgastan en rencillas y contiendas caseras los restos de sus haberes y sus fuerzas, y el más opuesto de los competidores tiene que mendigar su precisa subsistencia, en clase de un dependiente de palacio en la corte bizantina.

El primogénito de Manuel, Juan Paleólogo II, queda reconocido a la muerte del padre por único emperador de los griegos. Repudia en seguida a su mujer, y contrae segundo matrimonio con la princesa de Trebisonda; pues para sus ojos la hermosura era la prenda de las prendas en una emperatriz, y el clero tiene que avenirse a su protesta terminante de que no franqueándole el divorcio tiene que retirarse a su solio para su hermano Constantino. La primera y en verdad la única victoria de Paleólogo fue contra un judío, [1204] a quien tras reñida y erudita contienda convirtió a la fe cristiana, y la historia de aquel tiempo menciona esmeradamente tan peregrina conquista. Mas luego se reengolfa en el empeño de hermanar el Oriente con el ocaso y desentendiéndose de las advertencias del padre, da oídos, al parecer de corazón, a la propuesta de hallarse con el papa en un concilio general, allende el Adriático. Martín V

fomenta el arriesgado intento; pero sostenido tibiamente por el sucesor Eugenio tras negociación dilatada, recibe el emperador una intimación del congreso latino de muy nuevo temple, los prelados independientes de Basilio que se apellidaban representantes y jueces de la Iglesia Católica.

El pontífice romano había peleado y vencido en la causa de la libertad eclesiástica; mas el clero triunfante quedó luego avasallado por la tiranía de su libertador; pero su carácter sagrado quedó luego invulnerable para las armas de suyo tan afiladas y ejecutivas contra todo magistrado civil. Su resguardo sumo, el derecho de elección, quedó yerto con apelaciones, burlado con encargos y encomiendas, mudo con otorgamientos reversibles, sobreseído con reservas y juicios arbitrarios. [1205] Pública es ya almoneda en la corte romana, cardenales y validos cargan con el haber de las naciones, y todos los países tienen motivo para mostrarse quejosos de que los beneficios más pingües y honoríficos se agolpan en manos de advenedizos o ausentes. Mientras residieron en Aviñón la ambición papal amainó ante los pendones más ruines del lujo [1206] y la avaricia; imponen rigurosamente al clero el tributo de diezmos y primicias, tolerándole impunemente sus vicios de relajación y cohecho. Tantísimo género de escándalos se agravaba con el gran cisma de Occidente, que siguió por más de medio siglo. En las desaforadas contiendas de Roma y Aviñón, se ponían de manifiesto mutuamente los desbarros de sus competidores, y su situación resbaladiza redundaba en menoscabo de su autoridad, relajando su disciplina y redoblando sus privaciones y sus estafas. Para curar aquellas profundas llagas y restablecer el predominio de la Iglesia, los concilios de Pisa y de Constancia [1207] se juntaron sucesivamente; pero aquellos congresos tan concurridos, engreídas con su poderío, acordaron volver por los

fueros de la aristocracia cristiana. Tras una sentencia personal contra dos pontífices que desecharon, y un tercero que reconocieron por soberano y luego lo depusieron, los padres de Constancia pasaron a desentrañar la naturaleza y los límites de la supremacía romana, sin querer separarse hasta después de plantear la autoridad de un concilio general sobre los papas. Se decretó que para el gobierno y la reforma de la Iglesia, aquellos congresos fuesen periódicos, y que todo sínodo, antes de disolverse, fijase sitio y época para la reunión siguiente. Con el influjo de la corte de Roma, quedó fácilmente formada la convocatoria inmediata para Siena, pero las actas briosas del concilio de Basilea [1208] estuvieron muy a pique de redundar en exterminio de Eugenio IV. Sospechando fundadamente su intento, los padres atropellan la promulgación de su primer decreto, a saber, que los representantes de la Iglesia militante sobre la tierra estaban revestidos con una jurisdicción espiritual y divina sobre todos los cristianos, sin excepción del papa; y que no cabía el disolverse, prorrogarse o trasladarse sin su propia deliberación y acuerdo. Sabedores de que Eugenio había fulminado una bula al intento, se arrojan a intimar, amonestar, amenazar y censurar al sucesor contumaz de san Pedro. Tras varios plazos para darle cabida al arrepentimiento, por fin declaran que no allanándose en el término de sesenta días queda suspendido de toda autoridad espiritual y temporal; para estampar su jurisdicción sobre el príncipe igualmente que sobre el sacerdote, se encargan del gobierno de Aviñón anulando toda enajenación del patrimonio sagrado, y resguardan a Roma contra el recargo de nuevos impuestos. Se sincera el arrojo, no sólo con la oposición general del clero, sino con el arrimo y poderío de los primeros monarcas de la cristiandad; el emperador Segismundo se declara sirviente y amparador del

sínodo; Germania y Francia se asocian a su causa; el duque de Milán es ya enemigo de Eugenio, y un alboroto de la plebe romana lo arroja del Vaticano. Desechado al propio tiempo tanto por súbditos espirituales como temporales, no le queda más arbitrio que el allanamiento; en el contenido de una bula, revoca sus propios pasos y ratifica todos los del concilio, incorporando sus legados y cardenales con aquel cuerpo venerable, y aparenta avenirse a los decretos de la legislatura suprema. Su nombre trasciende a Oriente, y en su presencia recibe Segismundo a los embajadores del sultán turco, [1209] quienes rinden a sus plantas doce grandiosos canastos cuajados de ropajes de seda y piezas de oro. Los padres de Basilea entonces aspiran a la gloria de avasallar a los griegos como igualmente a los bohemios y reducirlos al regazo de la Iglesia, y envían diputados al emperador y al patriarca de Constantinopla, para juntarse en un congreso que mereciese la confianza de las naciones occidentales. No se desentiende Paleólogo de la propuesta, y el senado católico admite con el debido decoro a sus enviados. Pero el sitio trae consigo un obstáculo insuperable, por cuanto se niega absolutamente a tramontar los Alpes o atravesar el mar de Sicilia y exige terminantemente que la reunión se verifique en algún pueblo adecuado de Italia o por lo menos sobre el Danubio. Los demás artículos del convenio quedan luego corrientes: se acuerda el costear aquel viaje al emperador con una comitiva de setecientas personas, [1210] librar una suma ejecutiva de ocho mil ducados [1211] para el hospedaje del clero griego, y en su ausencia aprontarle un auxilio de diez mil ducados, con trescientos ballesteros y algunas galeras para el resguardo de Constantinopla. Anticipa la ciudad de Aviñón el caudal para los primeros desembolsos y el embarque se va preparando en Marsella, no sin dificultades y tropiezos.

En medio de su apuro, las potencias eclesiásticas de Occidente se disputan la amistad de Paleólogo; pero la actividad mañosa del monarca prepondera a las contiendas pausadas y el tesón inflexible de una república. Siguen los decretos de Basilea coartando más y más el despotismo del papa, y en plantear un tribunal supremo y perpetuo en la Iglesia. Eugenio se desespera con aquel yugo, y la unión con los griegos puede proporcionarle un pretexto decoroso para trasladar aquel sínodo desmandado del Rin al Po. Recobraba la independencia de los padres con el tránsito de los Alpes: Saboya o Aviñón, a los cuales se avienen con desagrado, se conceptúan en Constantinopla allende las columnas de Hércules, [1212] y tanto el emperador como el clero miran con zozobra los peligros de navegación tan dilatada; y luego se lastiman con el desengaño altanero de que tras la nueva herejía de los bohemios, echaría el concilio el resto por dar igualmente al través con la ya rancia herejía de los griegos. [1213] Por parte de Eugenio todo asoma blando, avenible y respetuoso y sigue instando al monarca bizantino para que cese con su presencia el cisma latino, como también el de la Iglesia oriental. Propónese Ferrara junto a la costa del Adriático para su avistamiento amistoso, y con alguna condescendencia sobre la falsificación o cebo de avenencia del mismo concilio, para su traslación a una ciudad italiana. Apronta Venecia nueve galeras al intento, contando con las de Candía, preparativo más diligente que los bajeles más tardíos de Basilea. Lleva el almirante romano el encargo de quemar, sumergir y anonadar [1214] a aquella escuadra sacerdotal y pudieron batallar en los propios mares donde Atenas y Esparta habían peleado por su preeminencia en la gloria. Acosado con el desenfreno de las partidas que están ya en el disparador de trabar contienda por apoderarse de su persona, Paleólogo titubea al dejar su palacio y

su país en demanda de un empeño arriesgadísimo; volviendo en la memoria la advertencia de su padre, y haciéndose cargo de que estando los latinos desavenidos entre sí, mal podían hermanarse en una casta ajena. Disuádele Segismundo de aquel intento harto intempestivo, siendo su dictamen desapasionado, puesto que se embanderaba con el concilio y le corroboraba aquel arranque la extraña creencia de que el César germano podía nombrar a un griego por heredero y sucesor en el Imperio de Occidente. [1215] Hasta el sultán turco es un consejero a quien se hace arriesgado complacer; pero mucho más expuesto el desagradar. No se entendía Amurates de disputas, pero le pesaba la unión ideada entre los cristianos, ofrece acudir con sus tesoros a las urgencias de la corte bizantina, declarando con magnanimidad fementida, que vivirá segura e inviolable Constantinopla en ausencia del soberano. [1216] Campea la resolución de Paleólogo a impulsos de cuantiosos regalos y promesas brillantísimas; anhela desahogarse por una temporada de tantísimo afán y peligro; y despidiendo con una contestación ambigua a los mensajeros del concilio, patentiza su ánimo de embarcarse en las galeras romanas. Cabe más zozobra que esperanza en la ancianidad del patriarca Josef, y trémulo con los peligros del mar prorrumpe en la extrañeza de que su voz apocada y las de quizás unos treinta de sus hermanos acendrados van a quedar sofocadas allá en países remotos con la prepotencia y el número del sínodo latino. Se allana sin embargo al mandato regio y a las seguridades lisonjeras de que le van a oír como al oráculo de las naciones, y al anhelo reservado de aprender allá de su hermano occidental el medio de libertar por fin a la Iglesia del yugo de los monarcas. [1217] Los cinco *portacruces* o dignatarios de santa Sofía, y uno de ellos el gran eclesiarca o predicador, pues todos debían acompañarlo, Silvestre, [1218]

compuso una historia harto libre y curiosa [1219] sobre la unión *falsa*. [1220] El clero, que acude muy cuesta arriba a la intimación del emperador y del patriarca, tiene que allanarse ante todo, y el aguante es su virtud más esclarecida. En una lista selecta de veinte obispos, se aparecen los dictados metropolitanos de Heraclea y Cízico, Niza y Nicomedia, Éfeso y Trebisonda y el mérito esclarecido de Morea y Besarion, quienes engreídos con su erudición y elocuencia ascendieron a la jerarquía episcopal. Se nombraron algunos monjes y filósofos, para blasonar con la ciencia y santidad de Grecia y luego van cantores y músicos para desempeñar las obligaciones del coro con toda brillantez. Acuden los patriarcas de Alejandría, Antioquía y Jerusalén por diputados legítimos o supuestos, el primado de Rusia representa su Iglesia nacional, pudiendo los griegos competir con los latinos, en cuanto a la extensión de su imperio espiritual. Los vasos preciosísimos de Santa Sofía van expuestos a los vientos y las olas para que el patriarca pueda oficiar con la brillantez competente, y gástase cuanto caudal puede acopiar el emperador, se emplea en la gala y realce de su lecho y carruaje [1221] y al paso que están aparentando grandezas y prosperidades propias de su antiguo boato se pelean por el reparto de quince mil ducados que es el primer agasajo o limosna del pontífice romano. Redondeados por fin los preparativos, Juan Paleólogo, con grandiosa comitiva y acompañado de su hermano Demetrio y de los personajes más eminentes de la Iglesia y el Estado, se embarca un ocho bajeles de vela y reino, y surcan por los estrechos turcos de Gallípoli, el Archipiélago, Morea y el golfo Asiático. [1222]

Tras navegación angustiosa y afanada de sesenta y siete días, la escuadra religiosa fondea por fin delante de Venecia, y el agasajo corresponde al júbilo y magnificencia de aquella

república poderosa. Augusto allá imperando el orbe fue tan comedido, que nunca llegó a requerir de los suyos tantísimo obsequio como se tributó a su endeblillo sucesor por un estado independiente. Entronizado en la popa sobre un solio encumbrado recibe la visita, o según el uso griego la *adoración* del dogo y senadores. [1223] Surcan en el *Bucentauro*, escoltado por doce galeras ostentosas; innumerables góndolas de pompa y regalo cuajan el mar, el aire está resonando con músicas y algazara; marineros y bajeles aparecen revestidos de seda y oro, y con todos los emblemas y adornos alternan las águilas romanas con los leones de san Marcos. El acompañamiento triunfal emboca el canal grandioso, pasa bajo el puente de Rialto, y los orientales advenedizos se pasman y absortan ante palacios, iglesias y gentío de aquella ciudad, que aparece flotante en el seno de las aguas. [1224] Suspiran al mirar los despojos y trofeos que la condecoran, traídos de Constantinopla. Tras un agasajo muy espléndido de quince días, continua Paleólogo su viaje por tierra y agua, desde Venecia a Ferrara, y en aquel trance el orgullo del Vaticano amainó con el afán de obsequiar a la dignidad excelsa de todo un emperador de Oriente. Hizo su entrada en un caballo pequeño, enjaezado con águilas de oro iba otro blanquísimo por delante, y llevaban el palio sobre su cabeza los príncipes de Este; hijos o parientes de Nicolás, marqués de la ciudad, y soberano más poderoso que él mismo. [1225] No se apea Paleólogo hasta el centro de la gradería: adelantose el papa hasta la puerta y se desentiende de la genuflexión empezada, y tras un abrazo paternal, conduce al emperador a un sitial a su izquierda; mientras el patriarca no se mueve de su galera, hasta que se ajustó el ceremonial competente entre los obispos de Roma y de Constantinopla. Recibe éste el saludo del hermano con un beso de unión y caridad, y ningún eclesiástico griego quiere allanarse

a besar el pie del primado occidental. Al abrirse el concilio los caudillos temporales y eclesiásticos se abalanzan a porfía al sitio honorífico del centro, y sólo con la advertencia de que sus anteriores no habían asistido personalmente en Niza y en Calcedonia, puede Eugenio desentenderse de los ejemplares de Constantino y de Marciano. Tras reñidísimo debate, quedó convencido que los lados derecho e izquierdo de la iglesia se ocupasen por ambas naciones; que la cátedra aislada de san Pedro encabezase la línea latina; y que el solio del emperador griego, al frente de su clero, se igualara y contrapusiese al segundo predicamento, al asiento vacante del emperador de Occidente. [1226]

Pero tras las funciones y formalidades se entablan, por fin, los puntos capitales, y desde luego los griegos, se muestran desabridos con el viaje, con ellos mismos y con el papa. Sus emisarios mañosos lo habían encumbrado hasta lo sumo, como rozagante con su prosperidad y encabezando los príncipes y prelados de Europa, prontísimos a creerle, obedecerle y armarse. Ya el aspecto mezquino del sínodo de Ferrara le había dado un viso desairado, y los latinos abren su primera sesión tan sólo con cinco arzobispos, dieciséis obispos y diez abates, siendo los más o súbditos o paisanos del pontífice italiano. Excepto el duque de Borgoña, ningún potentado occidental se digna asomar ni personalmente, ni aun por medio de sus enviados; ni cabía desentenderse de cuanto tenía providenciado judicialmente el concilio contra el predominio y la persona de Eugenio, terminado todo con elección nueva. Bajo este concepto, se pide y se concede una tregua, o demora; mientras Paleólogo pueda contar, por anuencia de los latinos, alguna compensación temporal por aquella hermandad antinacional y arriesgada, y después de la primera sesión quedan las actas aplazadas para

después de seis meses. El emperador, con una comitiva selecta de palaciegos y jenízaros, se aposenta para veranear en un monasterio ameno y anchuroso a dos leguas de Ferrara; trascuerda con el recreo de sus cacerías los quebrantos de la Iglesia y del Estado, y se aferra en exterminar la caza, desoyendo las quejas del marqués y del mayordomo. [1227] Entretanto los desventurados griegos están padeciendo todas las desdichas de la pobreza y el destierro; para el consumo de cada huésped se libran mensualmente ya tres, ya cuatro florines de oro; y aunque la suma cabal no asciende a setecientos florines, se van siempre recargando los atrasos con las privaciones y las mañas de la corte romana. [1228] Suspiran más y más por su rescate ejecutivo, pero queda atajado su intento con tres obstáculos; se requiere pasaporte de los superiores a las puertas de Ferrara; el gobierno de Venecia tiene acordado el prender y rechazar para adentro a todo fugitivo; castigo ejemplar les está esperando al asomar por Constantinopla; excomunión, multa, y en fin sentencia que prescinde absolutamente de la dignidad sacerdotal, de azotarlo desnudo públicamente. [1229] Azorados del hambre los griegos, tienen que engolfarse en sus contiendas, y se avienen a duras penas al viaje de Florencia para alcanzar la retaguardia del sínodo desbaratado. Forzosa es ya la nueva traslación, pues Ferrara está contagiada; se desconfía del marqués; guarda las puertas la soldadesca asalariada del duque de Milán, y como está ocupando Romanía, se hace muy arduo y peligroso al papa, al emperador y a los obispos el escudriñar un tránsito por las malezas solitarias de los Apeninos. [1230]

Con el tiempo y la maña se arrollan por fin todos los tropiezos, el ímpetu de los padres de Basilea, favorece más bien que daña a la causa de Eugenio; las naciones de Europa abominan del cisma, y rechazan el nombramiento de Félix

Quinto, que fue siendo duque de Saboya, ermitaño y papa: y los príncipes mayores van cediendo a las instancias de su competidor para afianzar su neutralidad y su afecto. Los legados, con algunos individuos de corporación desertan a la hueste romana, que va creciendo en gentío y concepto; y así el concilio de Basilea quedó reducido a treinta y nueve obispos y trescientos del clero inferior, [1231] al paso que en el de Florencia asoman las firmas del mismo papa, ocho cardenales, dos patriarcas, cincuenta y dos obispos, y cuarenta y cinco abates, o superiores de órdenes religiosas. Tras el afán de nueve meses, y los debates de veinticinco sesiones, se logra la gloriosa ventaja de la reunión de los griegos. Ventílanse cuatro cuestiones principales entre las dos Iglesias.

I. El uso del pan ácimo o agrio en la comunión del cuerpo de Jesucristo.

II. La naturaleza del Purgatorio.

III. La supremacía del papa.

IV. El procedimiento simple o doble del Espíritu Santo. Campean en la causa de entrambas naciones diez prohombres teológicos; sostiene a los latinos la inexhausta elocuencia del cardenal Juliano; y Marco de Éfeso y Besarion de Niza, son los caudillos valientes y diestrísimos de las fuerzas griegas. Viva la racionalidad, pues la primera cuestión se trata ahora como muy material y de rito, que puede ir variando sin trascendencia, según los tiempos y las opiniones de los países. En cuanto a la segunda se convienen unos y otros que ha de mediar algún desagravio por las culpas veniales o de menor cuantía, entre los fieles y en cuanto a quedar purificadas las almas con el fuego elemental, el punto era muy dudoso, pero que podía zanjarse en pocos años en el mismo lugar por los propios contendientes. La pretensión de la supremacía es ya otro punto más arduo y

trascendental; pero siempre los orientales habían acatado al papa como el primero de los cinco patriarcas, ni tienen ahora reparo en que su jurisdicción rija con arreglo a los sagrados cánones; concesión indeterminada que se podía deslindar, o trasponer según la oportunidad de las circunstancias. En cuanto al procedimiento del Espíritu Santo del Padre solo o del Padre y del Hijo, es ya un punto o artículo de fe que había encarnado en gran manera en los ánimos, y con las sesiones de Ferrara y de Florencia, la adición latina *filioque* se subdividió en dos cuestiones, a saber, si era legal, o era acendrada. No será del caso el blasonar de mi desapasionada indiferencia en el asunto, mas opino que envalentonaba a los griegos hasta lo sumo la prohibición del concilio de Calcedonia contra el aumento de todo artículo al credo Niceno, o sea de Constantinopla. [1232] En los negocios terrenales a duras penas se alcanza, cómo una junta de legisladores puede maniatar a sus legítimos sucesores, revestidos con iguales facultades que las propias; pero los dictámenes inspirados tienen que ser ciertísimos e inmutables; ni cabe que un solo obispo, o un sínodo provincial se arrojen a invocar contra el parecer de la Iglesia católica. En cuanto a la sustancia de aquella doctrina, igual e interminable venía a ser la controversia; la racionalidad se anonada en punto a esos procedimientos de toda una deidad; calla el Evangelio que se patentiza en el altar; los varios textos de los santos Padres pudieron estragarse malvadamente, o embrollarse con sofisterías, y los griegos ignoraban el mérito y los escritos de los doctores latinos. [1233] Sobre este particular nos cabe el decir que ninguno de los presentes pudo quedar convencido con los argumentos de sus contrarios. La racionalidad puede asentar un mundo de vulgaridades, y una mirada volandera se completa con hacerse cargo de cualquier objeto asequible a nuestras potencias. Pero

obispos y monjes sugerían repitiendo desde su niñez una especie de fórmula o estribillo de voces misteriosas, cifraban su timbre nacional y personal en el redoble de los idénticos sonidos, y sus escasos alcances yacían empedernidos o se inflamaban a ciegas con los ímpetus de la contienda.

Sumidos allá en una polvareda y lobreguez, ansían el papa y el emperador un convenio que por fin aparentase el cumplimiento de su afanoso plan, y el tesón indómito de los disputantes tiene que ir amainando con los amaños y arterías de la negociación personal y reservada. Fallece el patriarca Josef con los años y los achaques; su voz expirando exhala consejos caritativos y amistosos, y su vacante halaga las esperanzas de un clero ambicioso. La obediencia instantánea y oficiosa de los arzobispos de Rusia y Niza, Isidoro y Besarion, medra estimulada con su promoción ejecutiva a la jerarquía de cardenales. Desarrolló al punto Besarion como uno de los campeones más gallardos y denodados de la Iglesia griega; y si a fuer de apóstata y bastardo desmerece como réprobo de la patria [1234] descuella en las páginas de la historia como un dechado sin par de patriotismo ensalzado entre los palaciegos como opositor estruendoso, y complaciente oportuno. El emperador, al arrimo de tan poderosos auxiliares, va dedicando sus conatos a la situación general y a la índole personal de cada obispo, y con la autoridad y el ejemplo se van todos aviniendo sucesivamente. Yacen sus rentas en manos de los turcos, y sus personas en las de los latinos; un erario episcopal, las vestiduras y cuarenta ducados desaparecen al vuelo; [1235] las esperanzas de su regreso siguen siempre colgadas de los bajeles venecianos y de las limosnas romanas; y sus escaseces son tan extremadas que los atrasos, el pago en suma de una deuda, se reciben al par de extremada fineza, y tiene accidentes de cohecho. [1236] La contingencia y el

auxilio de Constantinopla disculpan tal vez algún disimulo cuerdo y religioso; y se fue insinuando que los herejes empedernidos, que constituían la hermandad del Oriente y del ocaso yacían en el desamparo de un juez enemigo expuesto a incesantes tropelías o más bien escarmientos por la justicia del pontífice romano. [1237] En la primera junta particular de los griegos, se aprueba el formulario de la unión por veinticuatro, y se reprueba tan sólo por doce obispos. Portacruces de santa Sofía, que aspiraban a las ínfulas de patriarca, quedan desautorizados con arreglo a la disciplina antigua, y su derecho de votación se traslada a una porción de monjes cortesanos, o gramáticos y seglares. El albedrío del monarca va por fin denotando una fementida y servil unanimidad, y tan sólo los patriotas tienen el denuedo de manifestar sus arranques entrañables y los de su patria. Demetrio, hermano del emperador, se retira a Venecia, para no presenciar el convenio; y Marco de Éfeso equivocando tal vez su altanería con su conciencia, se desentiende allá de toda comunión con los latinos, siempre herejes, y prorrumpe en arranques de campeón y confesor de la doctrina acendrada. [1238] Con el tratado entre las dos naciones, se proponen varias fórmulas de convenio, complaciendo a los latinos, sin deshonor de los griegos y van escrupulizando por ápices palabras y sílabas, hasta que el fiel de la balanza teológica asoma un tantillo a favor del Vaticano. Se acuerda (tengo que suplicar al ahínco de mis lectores) que el Espíritu Santo está procediendo del Padre y del Hijo, como de un solo principio y una idéntica sustancia verificándose el misterio con una sola expiración o producción. Es más obvio el enterarse de los artículos preliminares que el papa ha de costear todos los gastos de los griegos en su regreso, que ha de mantener anualmente dos galeras y trescientos soldados para la defensa de

Constantinopla; que cuantos bajeles transporten peregrinos a Jerusalén han de tocar en aquel puerto; que cuantas veces se lo exijan, el papa tiene que aprontar diez galeras por un año, o veinte por seis meses; y que ha de echar el resto por mover a los príncipes de Europa en necesitando el emperador fuerzas terrestres.

Abultan en el mismo año y casi en el propio día la deposición de Eugenio en Basilea, y en Florencia la reunión de griegos y latinos. En aquel sínodo (que solían llamar «congreso diabólico») tiznan al papa con los crímenes de simonía, perjurio, tiranía, herejía, y cisma, [1239] y lo declaran incorregible en sus vicios, indigno de todo dictado, e incapaz de obtener cargo alguno eclesiástico. En el otro concilio se le ensalza como vicario verdadero y sagrado de Jesucristo, quien, tras un desvío de seis siglos, había hermanado los católicos de levante y poniente, en un mismo redil, y bajo el idéntico pastor. Firman el acta de unión el papa, el emperador y los individuos principales de entrambas Iglesias, y aun aquellos que, como Sirópulo, quedaron [1240] sin derecho de votar. Bastaban dos copias para levante y Occidente, mas no se satisface Eugenio sin cuatro ejemplares auténticos y semejantes, firmados y testimoniados como monumentos de su victoria. [1241] En un día memorable, los sucesores de san Pedro y de Constantino se encumbran en sus solios; y juntan ambas naciones en la catedral de Florencia, sus representantes, el cardenal Juliano y su compañero al intento Besarion, arzobispo de Niza, trepan al púlpito, y después de leer en sus idiomas respectivos el acta de unión, se abrazan estrechamente, en nombre y en presencia de sus hermanos enajenados en aplausos. Ofician al papa y sus acompañantes según la liturgia romana, se entona el credo con la adición de *filioque*; disculpa desaladamente la conformidad de los griegos

con su ignorancia de aquellos ecos armónicos, aunque mal articulados; [1242] pero los latinos más escrupulosos se oponen a toda celebración solemne en el rito bizantino. Pundonorosos el emperador y su clero vuelven por sus fueros nacionales; se ratifica el tratado con su anuencia, y se acuerda reservadamente que ninguna innovación ha de mediar en punto a creencia y ceremonias, acatan en público y en secreto la entereza valerosa de Marco de Éfeso, y al fallecimiento del patriarca se desentienden allá de todo paso en punto a sucesión hasta verificar el nombramiento en la catedral de santa Sofía. En cuanto al reparto de agasajos públicos y particulares, el pontífice dadivoso se empeñó en sobrepujar esperanzas y promesas; los griegos, con menos boato y altanería, regresan por el mismo rumbo de Ferrara y Venecia, y su recibimiento en Constantinopla es puntualmente cual se manifestará en el capítulo siguiente. [1243] El éxito del primer intento envalentona a Eugenio para repetir aquellas demostraciones edificativas, y los diputados de Armenia, maronitas y jacobitas de Siria y Egipto, los nestorianos y etiopios fueron sucesivamente llegando para besar el pie al pontífice romano, y anunciarles la obediencia y conformidad del Oriente. Aquellas embajadas desconocidas en los países que osaban representar, [1244] fueron pregonando por el Occidente la nombradía de Eugenio; y clama la cristiandad incitada contra los restos de un cisma en Suiza y Saboya, que está sólo atajando la hermandad del mundo cristiano. Aquella pujanza se robustece con el cansancio y la desesperación; el concilio de Basilea se va disolviendo calladamente, y Félix, deponiendo la tiara, se encierra de nuevo en el santuario devoto y ameno de Ripaille, [1245] se afirma la paz general con actos recíprocos de olvido y descargo; ceja todo intento de reforma; siguen los papas ejerciendo y extremando su despotismo

espiritual, ni ha padecido ya Roma el quebranto de una elección controvertida. [1246]

Infructuosos fueron los viajes de tres emperadores para su salvamento temporal y aun tal vez el espiritual; mas vinieron a causar sumo beneficio, reviviendo con ellos la literatura griega en Italia, que luego se fue propagando a las naciones más remotas de Occidente y del Norte. Los súbditos del solio bizantino, en medio de aquella ínfima servidumbre y postración, atesoraban todavía la llave de oro que podía patentizar las preseas de la Antigüedad, en un habla de suyo halagüeña y fecundísima, que verifica los objetos, y abulta los recónditas sutilezas del entendimiento. Hollada la valla de la monarquía, y asolada la misma capital, miles de bárbaros habían estragado hasta lo sumo el dialecto nacional, y luego han sido precisas un sinnúmero de plegarias para interpretar voces infinitas arábigas, turcas, esclavonas, anticuadas y francesas. [1247] Pero se hablaba idioma mucho más puro en la corte, y se enseñaba en las escuelas, y un sabio italiano expresa y realza tal vez el estado floreciente del siglo [1248] por haber tenido que residir en Constantinopla, como casado aventajadamente [1249] y avecindado por unos treinta años antes de la conquista turca. «El habla vulgar —dice Filelfo— [1250] se ha embastecido por la plebe, contagiado por la muchedumbre de advenedizos y tratantes, que se agolpan de día en día sobre la capital, y se confunden con el vecindario. A los alumnos de aquella escuela se deben las versiones de Aristóteles y Platón. Pero *seguimos* a los griegos castizos, pues son los únicos que, ajenos de lobregueces y de apocamiento, son signos de nuevo remedo. Hablan todavía familiarmente el idioma de Aristófanes y Eurípides, y su estilo es todavía más esmerado y cabal. Cuantos por su nacimiento y sus cargos vienen a ser palaciegos, hechos unos atenienses, siguen

manteniendo, sin el menor asomo de lunar, el dechado primitivo de pura elegancia, y aquel primor exquisito en el habla resplandece con mayor brillantez en las damas exentas de todo roce con la ralea advenediza. ¿Qué digo con advenedizos? Viven allá retiradas lejos del trato y vista de los demás ciudadanos. Por maravilla asoman en las calles, y si llegan a salir de sus moradas, es tan sólo en anocheciendo, para visitar iglesias, o la parentela más cercana. Entonces van a caballo cubiertas con un velo, y cercadas del marido, los deudos y los sirvientes». [1251]

Clero numeroso y opulento se vinculaba entre los griegos al desempeño del culto; descollaron siempre sus monjes y obispo con el señorío y austeridad de sus costumbres, sin distraerse, como los sacerdotes latinos, en carreras mundanas y aun militares, con liviandades perpetuas. Tras el mucho tiempo y esmero empleado en devociones, y luego en el ocio y la desidia o contiendas de la iglesia y el claustro, los más aplicados y ambiciosos solían engolfarse en la condición sagrada o profana de su idioma nativo. Inspeccionaban los eclesiásticos la educación pública; subsistieron las escuelas de filosofía y elocuencia por espacio de siglos hasta el vuelco del Imperio, y cabe afirmar que se encontraban más libros y más instrucción en el recinto de Constantinopla, que podía hallarse desparramada en todos los países juntos de Occidente. [1252] Mas ya se apuntó una diferencia cuantiosa, a saber, que los griegos siguieron siempre atascados o más bien fueron cejando; al paso que los latinos iban más y más adelantando con paso veloz e incesante. El ímpetu de la emulación e independencia iba estimulando a las naciones, y aun en el mundo escaso de los estados italianos, abarcaba más gentío e industria que el circo siempre menguante del Imperio Bizantino. Las clases ínfimas de la sociedad en Europa vivían ya exentas del yugo feudal, y la libertad es el

primer arranque para la transición y la racionalidad; la superstición había ido conservando el uso de un latín impuro o bastardo; las universidades allá desde Bolonia hasta Oxford [1253] hervían con millares de alumnos, y aquel afán desatentado merecía encaminarse a estudios más varoniles y caballerosos. Al revivir la ciencia, fue Italia la primera que acertó a despertarse; y el elocuente Petrarca, con sus lecciones y su ejemplo merece fundadamente la aclamación de lucero del orbe literario. Se entona el rumbo de la composición, los conceptos se eslabonan y engalanan con el estudio y el remedo de los antiguos; y así los discípulos de Cicerón y de Virgilio, con cariño y acatamiento se fueron acercando al santuario de los maestros griegos; franceses y venecianos en el saqueo de Constantinopla habían menospreciado las obras de un Lisipo y aún Homero; los monumentos del arte se anonadan de un solo golpe; pero el ingenio inmortal se va renovando y multiplicando con los traslados de la pluma, y ansían de muerte así Petrarca como sus amigos aquellas copias para atesorarlas y desentrañarlas. Sin duda las armas turcas atropellaron la huida de las musas; pero estremece el recapacitar que pudo Grecia quedar sepultada con sus escuelas y librerías, antes que Europa asomase entre las lobregueces del barbarismo, y que pudiesen los vientos arrebatar las semillas de la ciencia antes de estar barbechado el territorio italiano para su cultivo.

Confiesan los italianos más eminentes del siglo XV, y vitorean la restauración de la literatura griega después del dilatado olvido de centenares de años. [1254] Asoman sin embargo algunos nombres en aquel país, y aun allende los Alpes; literatos profundos, que descollaron en temporadas aun harto nebulosas, con el conocimiento de la lengua griega, y las vanaglorias nacionales han ido pregonando altaneramente ejemplares tan

peregrinos de erudición. Si pasamos a desentrañar los merecimientos respectivos, la verdad está diciendo que toda su sabiduría careció de causa y de efecto; que les era muy obvio el darse por satisfechos y embelesar a sus contemporáneos atrasadísimos, y que el habla acendrada como por un portento se trasladaba en tal cual manuscrito, sin conocer enseñanza pública en las universidades de Occidente. Asomaba apenas en un ángulo de Italia, como dialecto popular, o por lo menos eclesiástico, [1255] y las huellas de las primeras colonias dóricas y jónicas siguieron siempre patentes. Las iglesias calabresas vivían de mucho tiempo adictas al solio de Constantinopla, y los monjes de san Basilio cursaban en el monte Athos y en las escuelas de levante. Calabria fue la cuna de Barlaam, que ha sonado ya como sectario y como embajador, y él mismo fue el primero que, tras los Alpes, resucitó la memoria, o por lo menos los escritos de Homero, [1256] Petrarca y Boccaccio lo retratan casi enanillo, [1257] agigantado en erudición y talento, perspicaz en extremo; pero torpe y trabajoso en el habla. Grecia, según afirman, no produjo en siglos igual fenómeno en historia, gramática y filosofía, y su mérito campea en boca de príncipes y sabios de Constantinopla. Subsiste uno de aquellos testimonios, y el emperador Cantacuzeno, al apadrinar a sus contrarios, tiene que reconocer cuán familiares eran al gran lógico Euclides, Aristóteles y Platón. [1258] Estrechose en suma intimidad con Petrarca en la corte de Aviñón [1259] el primer literato de los latinos, y su correspondencia literaria tuvo por móvil el afán de su instrucción recíproca. Dedicose el toscano con sumo ahínco al estudio de la lengua griega, y tras el ejercicio trabajoso de la aridez y dificultad de los primeros rudimentos, fue entresacando el concepto y percibiendo el alma de poetas y filósofos que congeniaban con sus inclinaciones. Mas quedó luego

defraudado de la sociedad y lecciones de tan provechoso conversante; pues Barlaam se desentiende al fin de su embajada infructuosa, y en su regreso a Grecia, provocó temerariamente aquellos enjambres de monjes fanáticos, con el intento de sustituir el resplandor de la racionalidad al carbón apagadizo del incensario. Tras un desvío de tres años se hallan los íntimos literatos en la corte de Nápoles; pero se desprende garbosamente el alumno de coyuntura tan preciosa para sus adelantos, y logra con su recomendación colocar a Barlaam en una mitra mezquina de Calabria, su patria. [1260] Los varios rumbos de Petrarca, sus amores y amistades, correspondencias, viajes, laureles romanos, y sus esmeradas obras en prosa y verso, en latín y en italiano, le retrajeron de idiomas extraños, y en su madurez anheló siempre, mas no llegó a poseer el griego. A la edad de cincuenta años, un embajador bizantino, su amigo, le brindó un ejemplar de Homero y la contestación de Petrarca está retratando al vivo su elocuencia, su agradecimiento y su pesadumbre. Ensalza el desprendimiento del obsequiante, y el valor de una dádiva, en su concepto, superior a todo regalo de oro y de rubíes, continúa en la lectura siguiente:

> Ese agasajo de los partos originales de tan divino poeta, manantial de todo invento, es dignísimo de vuestra generosidad y de mi aprecio, cumpliendo así la gran promesa y colmando mis anhelos. Mas no es cabal ese rasgo, pues con Homero debía venir el portador mismo; esto es una antorcha que me encaminase a la región de las luces, y patentizase a mi atónita vista los primores portentosos de la *Ilíada* y la *Odisea*. Mas ¡ay de mí! mudo está Homero y yo sordo, ni me cabe el disfrutar la beldad que estoy atesorando. Yo lo he colocado junto a Platón, esto es, el Príncipe de los

> poetas con el Caudillo de los filósofos, y me enorgullezco con la presencia de huéspedes tan esclarecidos. He ido recogiendo cuanto se ha traducido en latín de esos escritos inmortales; y si no tiene cabida el aprovechamiento, siempre asoma satisfacción al estar contemplando a esos griegos venerables en su traje propio y nacional. Me deleito con la presencia de Homero, y al ver el sagrado y silencioso volumen, prorrumpo suspirando: ah cantor esclarecido, ¿cuál sería mi gloria al escuchar tus propios acentos, si mis oídos no yaciesen imposibilitados y perdidos, con la muerte de un amigo, y con la ausencia dolorosa de otro?. Mas no me doy por desahuciado, pues el ejemplo de Catón me apronta algún consuelo y esperanza, pues en el postrer plazo de su vida vino a granjearse el conocimiento de la literatura griega. [1261]

Aquel galardón que burló el empeño de Petrarca, se allanó a lo dicho y el tesón de Boccaccio [1262] su amigo y el padre y fundador de la prosa toscana. Aquel autor popular, cuya nombradía se cifró en el *Decamerón*, un centenar de novelas chistosas y lascivas, puede aspirar al elogio más formal de haber logrado fomentar en Italia el estudio de la lengua griega. En 1360, un alumno de Barlaam, que se llamaba León, o Leoncio Pilato, se detiene en su viaje para Aviñón, a instancias y hospedaje de Boccaccio, quien le alcanza de la República florentina una pensión, y plantea la primera escuela de griego en la parte occidental de Europa. La traza de Leoncio era para conocer al discípulo más denodado, pues iba encapotado a lo filósofo o a lo mendigo; su catadura es horrorosa, y emboscado con su barba negra, larguísima y revuelta, sus modales montaraces, su genio avinagrado y variable, ni le cabe suavizar el

habla con expresiones latinas propias y elegantes. Pero su entendimiento atesora la sabiduría griega: historia, fábula, filosofía, gramática, todo está a su disposición, y va explicando los poemas de Homero en su escuela de Florencia. Con aquellas explicaciones publicó después Boccaccio, aunque en realidad era de Leoncio, una versión prosaica literal de la *Ilíada y* la *Odisea*, que satisfizo el ansia de Petrarca su amigo, y que quizás un siglo después sirvió a Lorenzo Valla calladamente para su traducción latina. Con las especies que le fue suministrando Leoncio, arregló Boccaccio los materiales para un tratado de la genealogía de los dioses paganos, obra para su tiempo asombrosa por su erudición y su contexto, salpicado todo ostentosamente de pasos y caracteres griegos, para merecer el pasmo y los aplausos de los lectores por lo general ignorantes. [1263] Todo arranque, y más en literatura, es pausado y trabajoso, pues en toda Italia se vinieron a contar solamente diez alumnos de griego, y ni Roma, ni Venecia, ni Nápoles apuntaron un solo renglón a este esmerado y menguadillo catálogo. Pero creciera aquel número, y surtiera el intento, si el insubsistente León, a los tres años, no desechara aquella colocación decorosa y benéfica, y aunque en su tránsito lo agasajó por algún tiempo Petrarca, aunque siguió disfrutando las luces, no pudo menos de extrañar lastimosamente la índole destemplada e insaciable del novelista. Mal hallado con el mundo y consigo mismo, desestima León sus logros actuales, al paso que su fantasía lo enamora de todo lo ausente. Es un tesalio en Italia y un calabrés en Grecia; entre los latinos menosprecia su idioma, religión y costumbres; desembarca en Constantinopla y al punto prorrumpe en suspiros tras la riqueza de Venecia y los primores de Florencia. Se desentienden los amigos italianos de sus ruegos encarecidos, pero cuenta con sus anhelos y su condescendencia, y se embarca de nuevo, entra en

el Adriático y le asalta una tormenta, que le descarga un rayo en la frente y lo mata amarrado, como Ulises, a un mástil. El humanísimo Petrarca derrama lágrimas por el desventurado maestro, pero anhela ante todo averiguar, si tal vez se habría salvado algún ejemplar de Sófocles o Eurípides de mano de uno u otro marinero venturoso. [1264]

Pero aquel asomo de sabiduría griega abrigado por Petrarca y planteado por Boccaccio se aleja luego y fallece, contentándose la generación siguiente con tal cual ventaja en la elocuencia, y hasta al fin del siglo XIV no chispea otra llama nueva; pero entonces resplandece con brillantez incesante por toda Italia. [1265] El emperador Manuel, por preliminar de su viaje, envía oradores para implorar la compasión de los príncipes occidentales, y de aquellos mensajeros como el más descollante, aparece Manuel Crisoloras [1266] de ilustre cuna, y cuyos antepasados romanos, se supone que habían emigrado con el gran Constantino. Visita las cortes de Francia e Inglaterra, donde logra algún auxilio y más promesas, le brindan con una cátedra, timbre, por segunda vez, peculiar de Florencia. Versadísimo en el griego y en el latín, se hace acceder a su dotación y sobrepuja las esperanzas de la República. Acude una oleada grandiosa de alumnos a su enseñanza, y uno de ellos en su historia general desentraña los motivos y los adelantos de su aplicación. «Por entonces —dice Leonardo Aretino—, [1267] era yo legista; pero ardía mi pecho con el afán de los estudios amenos, y me dediqué con esmero a la lógica y a la retórica. Llega Manuel y titubeo sobre orillar mi carrera de legista, o desentenderme para siempre de mi más halagüeña esperanza; y así en el ímpetu de mi mocedad entablé conmigo mismo este coloquio: ¿Querrás faltarte a ti mismo y a tus proporciones más brillantes? ¿Te negarás a conversar familiarmente con Homero,

Platón y Demóstenes? ¿con aquellos poetas, filósofos y oradores de quienes se refieren tamaños portentos, y quienes merecen pregonarse en todos tiempos, como los sumos maestros del género humano? En cuanto a juristas y abogados, siempre han de sobrar por nuestras universidades, pero un catedrático, un profesor versado en la lengua griega, no asomará ya nunca. Convencido con estas reflexiones, fui todo de Crisoloras, con pasión tan entrañable que mis lecciones diarias se me aparecían de nuevo en sueños por las noches». [1268] Por el mismo tiempo, y en el propio sitio, explicaba Juan de Ravena los clásicos latinos, alumno casero de Petrarca, [1269] y los italianos que fueron ilustrando su siglo y su patria, se labraron en ambas escuelas, y Florencia vino a ser el plantel fecundísimo de la erudición griega y romana. [1270] Luego el emperador incorpora en su corte a Crisoloras; pero después profesó igualmente en Pavía con sumo ahínco y grandiosa nombradía, dividió luego los quince años de su edad restante entre Italia y Constantinopla, y entre embajadas y lecciones. En el esclarecido afán de estar instruyendo a una extraña nación, no trascordaba el catedrático la sagrada obligación contraída con su príncipe y patria, y Manuel Crisoloras falleció en Constancia con un encargo solemne del emperador para el concilio.

Florecen y prosperan más y más, a su ejemplo, las letras griegas, con una continuación de emigrados, escasísimos en haberes y abundantes en instrucción, o por lo menos en el conocimiento cabal de su idioma. Huyen a carrera los vecindarios enteros de Tesalónica y de Constantinopla, con el pavor a las tropelías de las armas turcas, salvándose en un país libre y al mismo tiempo travieso y rico. Acarreó el concilio de Florencia las luces de la Iglesia griega y los oráculos de la filosofía platónica, y cuantos fugitivos se iban prohijando en la

unión hermanaban el mérito de alejarse de su patria por la causa cristiana, con el de robustecer la católica. El patriotismo que se aviene a sacrificar su partido y su conciencia a los alicientes del agasajo, puede sin embargo abrigar arranques sociales y pundonorosos; ya no le destemplan los apodos de esclavo o de apóstata, y la privanza que le cabe con los nuevos hermanos entona para su interior el concepto que les merece. Galardona a Besarion la púrpura romana por su cuerda avenencia; se avecinda en Italia, y como cardenal griego y patriarca de Constantinopla, se constituye el amparo de su nación; [1271] sobresale su desempeño con las legaciones de Bolonia, Venecia, Germania y Francia, y su elección para la cátedra de san Pedro, llegó al trance de titubear en el soplo variable del cónclave. [1272] Realzan más y más sus timbres eclesiásticos, sus servicios prácticos y su mérito literario; escuela viene a ser su palacio, y al trepar la gradería del Vaticano, lleva siempre consigo un acompañamiento brillante de entrambas naciones; [1273] de individuos caracterizados, y cuyos escritos, en el día ya polvorosos, corrían con provecho en sus tiempos. No es mi ánimo empadronar aquí las lumbreras de la literatura griega en el siglo XV, bastando el mencionar a Teodoro Gaza, Jorge de Trebisonda, Juan Argirópulo y Demetrio Chalcondyle, que estuvieron enseñando su idioma nativo en las cátedras de Roma y Florencia. No desdecían sus tareas de las del mismo Besarion, cuya púrpura reverenciaban, y cuyo engrandecimiento estaban en sus adentros envidiando. Vivían arrinconados, ajenos de prebendas pingües; su traje y sus modales los retraían del trato selecto, y concentrados en su propio mérito, tenían que contentarse con el premio de sus estudios. Hay que exceptuar a Juan Lascaris [1274] por su elocuencia, su cortesanía y sus entronques imperiales, que lo recomendaban a los monarcas de

Francia, empleándose alternativamente, sin variar de morada, en la enseñanza y en la negociación. Su interés decoroso les precisaba a esmerarse en el estudio de la latinidad, y los más aventajados llegaron a escribir y hablar con soltura y elegancia un idioma para ellos peregrino. Afectábanse, sin embargo más y más en su pasión al país nativo; sus alabanzas, o por lo menos su aprecio se vinculaban en los escritores nacionales, a quienes eran deudores de su nombradía y subsistencia, y aun solían allá prorrumpir inadvertidamente en críticas o sátiras contra la poesía de Virgilio y la oratoria de Cicerón. [1275] Fundaban la maestría de aquellos ingenios en el uso familiar de la lengua viva, y sus primeros discípulos eran incapaces de venir a deslindar lo infinito que bastardeaban respecto a la instrucción y la práctica de sus antepasados. Una pronunciación defectuosa [1276] que fueron introduciendo, desapareció de estas escuelas con la racionalidad de siglos posteriores. Desconocían la trascendencia de los acentos griegos, y aquellas cadencias armónicas, de unos labios atenienses, y para un oído del país, era cabalmente el alma recóndita de la melodía, sea para sus ojos, como para los nuestros, unas señalillas tenues y sobrantes, superfluas para la prosa, e incomodísimas para el verso. Eran positivamente gramáticos; en sus lecciones iban embebidos los fragmentos de Apolonio y de Herodiano, y sus tratados de sintaxis y etimologías aunque ajenos de todo temple filosófico, son todavía provechosos para todo alumno en el griego. En el naufragio de las bibliotecas bizantinas, cada fugitivo iba asiendo algún trocillo de aquel tesoro, alguna copia de autores que sin aquel afán habían tal vez de fenecer: redoblábanse los traslados por plumas esmeradas y a veces elegantes; y los textos solían retocarse y acompañarse con sus propios comentarios, o los de algún escoliasta anterior. Sucedía por tanto que asomaba el

sentido mismo, el alma de los clásicos griegos para el mundo latino; los primores del contexto se exhalan o se nublan en toda versión; pero el tino de Teodoro Gaza entresaca las obras más consistentes de Aristóteles y de Teofrasto, y con sus historias naturales de plantas y vivientes, patentizó un campo grandioso de ciencia experimental y acendrada.

Pero las sombras volanderas de la metafísica merecían más conato y ardor. Yacía Platón en dilatado olvido y lo saca a luz un griego venerable [1277] que enseñaba en el palacio mismo de Cosme de Médicis. Empapado el sínodo de Florencia en contiendas teológicas, asoman derrames benéficos en el estudio de aquella filosofía galana; pues su estilo es el dechado más puro del dialecto ático, y a veces sus disparos más encumbrados alternan con la familiaridad de la conversación, y a veces con los matices o pinceladas más sublimes de la poesía y de la elocuencia. Son los diálogos de Platón rasgos dramáticos de la vida y muerte de un sabio; y siempre que se apea de aquella celajería, su sistema moral está brotando amor a la verdad, a la patria y al género humano. La enseñanza y el ejemplo de Sócrates recomiendan una duda comedida y un ahínco desenfadado, y ciegos con su devoción los platónicos, idolatraban los devaneos y desbarros de su divino maestro, su entusiasmo amenizaba la aridez dogmática de la escuela peripatética. Los merecimientos de Platón y de Aristóteles se igualan y se contraponen hasta el punto de poderse controvertir sin término el asunto inapeable: pero suele brotar algún chispazo de la libertad en el vaivén de la certidumbre contrapuesta. Dividíanse los griegos modernos en dos sectas, batallando bajo las banderas de sus caudillos con más ímpetu que habilidad, y el campo de la refriega se trasladó con la huida de Constantinopla a Roma. Pero aquella contienda filosófica

vino a degenerar en riña personal y sañuda entre gramáticos, y Besarion, aunque abogando siempre por su Platón, volvía por el pundonor nacional, afanándose tras la paz, con ínfulas de autorizado medianero. Los cultos y eruditos se iban empapando en la doctrina académica por los jardines de Médicis; pero luego se desmembró y anonadó aquella sociedad filosófica, y si en el gabinete siguió cada cual huyendo y separando los escritos del sabio ateniense, descolló reinando el prepotente Estagirita, como oráculo de la Iglesia y de la enseñanza. [1278]

He ido exponiendo desapasionadamente el mérito literario de los griegos; pero confesemos que vinieron a quedar en zaga respecto al afán de sus consocios los latinos. Dividíase ya Italia en varios estados independientes, y ansiaban a la sazón príncipes y repúblicas a competencia como fomentar y galardonar la amena literatura. No correspondió la nombradía de Nicolás V a sus merecimientos; [1279] pues, aunque de cuna plebeya, logró remontarse con su pundonor y su instrucción, y sus prendas arrollaron los intereses del papa, pues afiló las armas asestadas contra la Iglesia romana. [1280] Estrechó su amistad con todos los prohombres literarios de su tiempo, y los apadrinó, allanándose tanto con sus modales, que no asomó variación en su trato y en su semblante. Si hacía un agasajo no lo graduaba de adecuado a la persona agraciada, sino como un arranque afectuoso, y cuando el mérito se desentendía por modestia, «aceptadlo —prorrumpía gallardamente— pues no siempre mediará por acá algún Nicolás». El influjo de la Santa Sede fue trascendiendo por toda la cristiandad, y él se esmeró en extremar aquel impulso no en busca de prebendas, sino de libros. De los escombros de las librerías bizantinas, de la lobreguez de los más arrinconados monasterios de Germania, fue copiando manuscritos polvorosos de escritores antiguos, y cuando el

original yacía vinculado en su paradero, se sacaba copia fiel que pasaba luego a sus manos. El Vaticano, depositario de bulas y leyendas, de supersticiones y falsedades, se iba más y más colmando de escritos peregrinos; y era tan sumo el afán de Nicolás, que con un reinado de ocho años completó una biblioteca de cinco mil volúmenes. El mundo Latino debió a su munificencia versiones de Jenofonte, Diodoro, Polibio, Tucídides, Herodoto y Apiano, de la geografía de Estrabón, y de las obras más aventajadas de Platón y Aristóteles, Ptolomeo y Teofrasto, como también de los Padres de la Iglesia griega. Un mercader Florentino sigue aquel ejemplo, y sin armas y sin dictado alguno, Cosme de Médicis [1281] encabeza una alcurnia de príncipes, cuyo nombre y siglo viene a ser sinónimo del restablecimiento de las letras; su concepto creció en excelsa nombradía; sus riquezas se abocaron al beneficio del género humano, se corresponde al mismo tiempo en el Cairo y en Londres, y el cargamento del idéntico bajel suele ser de especiería india y de libros griegos. La índole y educación de su nieto Lorenzo lo constituye no sólo padrino, sino juez y campeón en la carrera literaria.

En su palacio el menesteroso cuenta con socorro y el benemérito con galardón. Se deleita en amenizar sus horas vacantes con ejercicios académicos, fomenta la emulación de Demetrio Chalcondyles y de Ángelo Policiano, y su misionero eficacísimo Juan de Lascaris, regresa de Oriente con un tesoro de doscientos manuscritos, de los cuales ochenta son absolutamente desconocidos en las bibliotecas de Europa. [1282] El mismo temple enardece lo restante de Italia, y los adelantos de la nación compiten con la liberalidad de sus príncipes. Vinculan los latinos exclusivamente su propia literatura, y aquellos alumnos de Grecia se habilitan luego para trasmitir e

improvisar las lecciones que han recibido. Tras larga sucesión de catedráticos advenedizos, mengua la oleada de la emigración, pues el idioma de Constantinopla tramonta los Alpes, y los naturales de Francia, Germania e Inglaterra [1283] fueron vertiendo sobre su patria el fuego sagrado, encendido en las escuelas de Florencia y de Roma. [1284] En los partos del entendimiento y al par en los de la tierra, el afán y la maña sobrepujan a los dones de la naturaleza misma; y los ingenios griegos, olvidados en las salas de Atenas, se han venido a comentar por las orillas del Elba y del Támesis, tanto que Besarion y Gaza pudieron envidiar el saber preeminente de los bárbaros; el esmero de Budeo, la finura de Erasmo, la copia de los Estébanes, la erudición de Escalígero, y el tino de Reiske o de Bentleyo. Casual fue la ventaja de los latinos con el descubrimiento de la imprenta; pero los Aldos y sus innumerables sucesores fueron aplicando este arte utilísimo a las obras de la Antigüedad, logrando perpetuarlas y multiplicarlas inmensamente. [1285] Un solo manuscrito traído de Grecia, revive en miles de copias, apareciendo cada una superior al mismo original. Bajo esta planta, Homero y Platón repasarían con mayor satisfacción sus propios escritos, y los escoliastas tendrían que ceder la palma a los afanes de un editor occidental.

Antes de revivir la literatura clásica, los bárbaros de Europa yacían en la lobreguez de la ignorancia, y sus hablas vulgares eran parte de la terquedad y encogimiento de sus costumbres. Todo cursante en los más cabales idiomas de Roma y Grecia se asomaba a un teatro esplendoroso de incomparable ciencia; esto es, a la sociedad culta de las naciones libres y descollantes de la Antigüedad, y a la tertulia de aquellos prohombres que prorrumpieron en los rasgos más sublimes de la elocuencia y de la racionalidad. Aquel trato no podía menos de acrisolar el gusto

y encumbrar el numen de los modernos; y sin embargo se atraviesa el desengaño de que al pronto aquel ahínco tras los antiguos maniató al parecer, o cortó las alas al entendimiento humano. El sistema imitador, tal vez recomendable hasta cierto punto, suele parar en rastrero o de humilde temple, y los primeros alumnos de Roma y Grecia vinieron a ser una colonia de advenedizos, descolgada en su país y en su siglo. Aquel afán desalado y reñido que estaba desentrañando antigüedades remotas, pudo mejorar o enlucir el estado moderno de la sociedad pero todo crítico o metafísico es esclavizado por Aristóteles; poetas, historiadores y oradores se afanaban repitiendo palabras y pensamientos del siglo de Augusto, y para escudriñar la naturaleza, tomaban los ojos de Plinio o de Teofrasto, y había paganos tan devotos que tributaban actos de adoración a Platón y a Homero. [1286] La pujanza y el número de los auxiliares antiguos acosaban a los italianos, y el siglo posterior a Petrarca y Boccaccio, rebosó de una muchedumbre de imitadores latinos, que yacen sosegados por nuestros estantes, sin que asome en ellos con toda su erudición, algún descubrimiento científico, ni parto de invención o de elocuencia, en sus respectivos idiomas vulgares. [1287] Pero empapado por fin en el siglo aquel ocio celeste, brota luego aquel suelo una reputación pujante; se perfeccionan las lenguas modernas; los clásicos de Atenas y de Roma infunden un gusto acendrado y una emulación denodada; y en Italia, como después en Francia y en Inglaterra, el reinado placentero de la poesía y de la ficción acarreó la lumbre de la filosofía tanto especulativa como experimental. Puede el numen descollar antes que cuaje de todo punto la madurez; pero en la educación de todo un pueblo al par que en la de un individuo, hay que ejercitar la memoria, antes que la racionalidad y la fantasía tomen su

debido vuelo, ni le cabe al artista el igualar o sobreponerse hasta después que aprendió el remedo en los partos de sus antecesores.

LXVII

CISMA DE GRIEGOS Y LATINOS - REINADO E ÍNDOLE DE AMURATES II - CRUZADA DE LADISLAO, REY DE HUNGRÍA - SU DERROTA Y MUERTE - JUAN HUNIADES - SCANDERBEG CONSTANTINO PALEÓLOGO, ÚLTIMO EMPERADOR DE ORIENTE

Un griego elocuente, el padre de las escuelas italianas, va cotejando los méritos respectivos de Roma y de Constantinopla, con sus competentes elogios. [1288] La perspectiva de aquella antigua capital, el solar de sus antepasados, sobrepujó los más intensos arranques de Manuel Crisoloras, y dejó de zaherir el ímpetu de un sofista añejo exclamando que Roma no era vivienda de hombres, sino de dioses. Dioses y hombres habían al par, y hacía tiempo, desaparecido; pero allá el entusiasmo caballeroso estaba viendo en la majestad de los escombros la estampa de su prosperidad pasada. Los monumentos de cónsules y Césares, de mártires y apóstoles embargó más y más la fantasía de filósofos y de cortesanos, y confesó él absorto que en todo tiempo las armas y la religión de Roma debían ejercer el sumo mando sobre la tierra. Mientras Crisoloras estático se empapa en los primores de la madre, no echa en olvido su patria, su hija lindísima, y su colonia imperial, y el patricio bizantino se va explayando con afán y certidumbre con las ventajas naturales y perpetuas, y en los timbres menos duraderos del arte y del señorío que realzan más y más la ciudad de Constantino. Pero la sublimidad del traslado redunda siempre (como lo expresa comedidamente) en realce mayor del original, y todo padre se

complace en verse igualado y aun rendido con las prendas de sus mismos hijos. «Señorea Constantinopla —dice el orador— desde su solar eminente entre Europa y Asia, entre el Archipiélago y el Euxino. Enlaza con su situación ambos mares y ambos continentes, para ventaja y colmo de infinitas naciones; pues a su mando se cierran sin arbitrio o se abren de par en par las puertas de todo género de comercio. La bahía, cercada en derredor por el piélago y el continente es la más segura del orbe. Puertas y murallas se parangonan con las de Babilonia; sus muchas, altas y solidísimas torres y la segunda muralla o fortificación exterior bastaría para defensa y realce de cualquier capital. Acuden arroyos caudalosos a llenar fosos y cisternas, y pudiéndose aislar por toda la circunferencia, queda como Atenas resguardada por mar y por tierra». [1289] Se citan dos causas poderosas para el cabal dechado de la nueva Roma. El regio fundador señoreaba las naciones más esclarecidas del orbe, y para el sumo desempeño del intento se hermanaban la prepotencia romana y las ciencias y artes de Grecia. Otras ciudades han ido progresando y descollando con el tiempo y las coyunturas, y así sus excelencias suelen alternar con atrasos indecorosos y fealdades impropias, y el vecindario atenido a sus añejos hogares, no alcanza a enmendar los desaciertos de sus antepasados, y mucho menos los inconvenientes fundamentales del clima y de la situación. Pero un solo arranque ideó al pronto y puso luego en planta la fundación de Constantinopla; y aquella norma primitiva se fue siempre perfeccionando con el afán de los moradores, y el redoblado ahínco de los sucesores del primer monarca. Inexhaustas canteras de mármol asomaban por las islas cercanas, y el acopio de materiales se fue completando hasta de los puntos más remotos de Asia y Europa; y los edificios públicos y particulares, el palacio, iglesias, acueductos,

pórticos, columnas, baños e hipódromos, todo corresponde a la grandiosidad de la capital de Oriente. Allá la opulencia suma fue más y más engalanando las playas circunvecinas, y así el territorio bizantino sobre el Euxino y el Helesponto y la muralla larga, pueden conceptuarse como un arrabal inmenso y populoso y un vergel perpetuo. En este cuadro lisonjero, lo pasado y lo presente, las temporadas de prosperidad y decadencia, todo queda estudiadamente agolpado; mas el mismo orador prorrumpe en ayes y confiesa que su desventurada patria no es ya más que la sombra y el panteón de sí misma. El fervor cristiano y la violencia de los bárbaros se habían dado la mano, habían ido asolando los primores de la escultura, y sobre todo los edificios más suntuosos, cociendo para cal basta los mármoles de Paros y de Numidia, o empleándolos en ínfimos destinos. El sitio de muchas estatuas quedaba reducido a su pedestal; en muchas columnas se conocía su corpulencia por algún capitel, quebrados por el suelo yacían dispersos los túmulos de varios emperadores; tormentas y terremotos anticipaban los desmanes del tiempo, y los solares vacantes se suplían con tradiciones vulgares, con monumentos fabulosos de oro y plata. Entre aquellos portentos reducidos a consejas y creencias vanas se particulariza sin embargo la columna de pórfido o coloso de Justiniano, [1290] y la iglesia, con especialidad el cimborio de santa Sofía, conclusión brillantísima, pues no cabía describirla con arreglo a su mérito, y tras la cual ningún otro objeto se hacía acreedor a mención alguna. Mas en verdad se le olvida que un siglo antes la mole ya trémula del coloso y de la iglesia se habían salvado y sostenido con el esmero oportuno de Andrónico el Mayor. A los treinta años de haber acudido a fortalecer a santa Sofía con dos apoyos, o estribos más, se desplomó el hemisferio oriental, y entonces, imágenes,

altares y el mismo santuario yacieron en ruinas. Restableciose pronto tamaño quebranto, y se despejó todo del escombro con el afán indistinto de edades y sexos, y los restos escasos de riqueza y de habilidades se consagraron denodadamente por la devoción de los griegos, al templo más grandioso y venerable de todo el Oriente. [1291]

La postrera esperanza de la ciudad vacilante se cifraba toda en la hermandad de la madre con la hija, en el cariño maternal de Roma y la obediencia filial de Constantinopla. Griegos y latinos en el concilio de Florencia se abrazaron, firmaron y prometieron; pero aquellas muestras afectuosas fueron aleves e improductivas, [1292] y la fábrica sin cimientos desapareció como un sueño. [1293] Regresan emperador y prelados en las galeras de Venecia; pero al apostar por la Morea y las islas de Corfú y de Lesbos los súbditos latinos alegaron que la unión supuesta sería un instrumento de opresión violentísima. Desembarcan en las playas bizantinas, y oyen allá un murmullo de fervor y desagrado. Careció la capital en su ausencia de doce años, de toda autoridad civil y eclesiástica; el fanatismo fue más y más fomentando en el vaivén de la anarquía; reinan los monjes desaforados en las conciencias de mujeres y devotos; y el odio al nombre latino no es el primer móvil de sus pechos y de su religión. Había el emperador, al embarcarse para Italia, lisonjeado al vecindario con alivio ejecutivo y auxilio poderoso, y el clero aferrado en su creencia y henchido de sabiduría se había engreído y embaucado con una victoria colmada contra los cerriles pastores de Occidente. Doble y mortal es el desengaño que acibara la persecución de los griegos; remuerde a los prelados firmantes su propia conciencia; voló ya el trance crítico, y temían más el encono público, que cuanto podían esperar del papa y del emperador. En vez de sincerar su

conducta, se lamentan ahora de su propia flaqueza, vocean su arrepentimiento y se postran implorando la compasión del Señor y de sus hermanos. A la pregunta amarguísima de cual ha sido el paradero o la realidad del sínodo italiano, contestan sollozando: «¡Ay Dios! hemos fraguado una fe nueva, hemos trocado la pureza por la impiedad, hemos vendido el sacrificio inmaculado y en fin parado en *azimitas* (eran azimitas cuantos administraban la santa comunión con pan sin levadura, y tengo que retractar o especificar las alabanzas que tengo atribuidas a la filosofía de aquel tiempo) ¡Ay, que el desamparo nos ha sido al arrimo de engaños, esperanzas y temores de una vida pasajera!. La diestra que formó aquella unión merece cortarse y la lengua que articuló el credo arrancarse de raíz». La comprobación de su arrepentimiento fue un fervor intensísimo por los ritos más frívolos y por las doctrinas más inapeables y un desvío terminante del príncipe mismo, quien conservaba algún miramiento por su pundonor y su debida consecuencia. Muerto el patriarca Josef, los arzobispos de Heraclea y Trebisonda tuvieron entereza para desentenderse del cargo vacante, y el cardenal bizantino antepuso la colocación abrigada del Vaticano. La elección del emperador y su clero se concentra en Metrófanes de Cízico: se le administra en santa Sofía la consagración; pero es a solas pues nadie acude a presenciarla. Los portacruces renuncian sus prebendas, hasta las aldeas se contagian y Metrófanes fulmina sin resultado algunos anatemas contra una nación de cismáticos. Clavan los griegos sus ojos en Marco de Éfeso, el campeón de su país, y los padecimientos de aquel confesor sagrado quedan galardonados con un raudal de aplausos y agasajos. Con su ejemplo y sus escritos arde más y más la llama de la discordia religiosa, y aunque la edad y los achaques pronto lo arrebatan del mundo, el evangelio de Marco

no trata de perdones y cariños, y deja dispuesto en su postrer aliento que ningún parcial de Roma haya de asistir a sus exequias.

No se ciñe el cisma a la estrechez de Constantinopla y su imperio, pues al arrimo del cetro mameluco, los tres patriarcas de Alejandría, Antioquía y Jerusalén juntan un sínodo crecido; desautorizan a sus representantes en Ferrara y Florencia, y condenan el credo y el concilio de los latinos: amenazando al emperador bizantino con las censuras de la Iglesia oriental. Descuellan los rusos entre los secuaces de la comunión griega, en poderío, ignorancia y superstición. Su primado, el cardenal Isidoro, vuela de Florencia a Moscú; [1294] para uncir aquella nación independiente al yugo romano. Los obispos rusos se precian de alumnos allá en el monte Athos, y príncipe y pueblo se hermanan con sus teólogos. Se escandalizan con el dictado, el boato y la cruz latina del Legado, íntimo de aquella gente impía que se afeita la barba, que desempeña el oficio divino con guantes y anillos en los dedos; todo un sínodo condena a Isidoro, lo encarcelan en un monasterio, y a durísimas penas logra el cardenal salvarse de manos de un pueblo fanático y montaraz. [1295] Niegan los rusos toda entrada y tránsito a los misioneros de Roma que intentan ir a convertir los paganos de allende el Tanais, [1296] abonando aquella resistencia con el desengaño mortal de que el desbarro de la idolatría es más disculpable que el de un cisma. Cohonestan el descarrío de los bohemios con su aborrecimiento del papa, y sale una diputación del clero griego en demanda de estrecha amistad con aquellos entusiastas sanguinarios. [1297] Mientras Eugenio se engríe ufanísimo con la unión y pureza de los griegos, su partido queda encajonado en el recinto, o más bien tan sólo en el palacio de Constantinopla. Paléologo se enfervoriza con el interés, mas

luego se entibia y se hiela con aquel contrarresto; peligran su vida y su corona con el empeño de lastimar la creencia nacional, sin que los rebeldes caseros carezcan de auxilio interior y advenedizo. La espada de su hermano Demetrio, que había estado guardando en Italia un silencio cuerdo y popular, estaba a medio desenvainar a favor de la religión, y el sultán Amurates se muestra mal hallado con la intimidad aparente de griegos y latinos.

«Vivió el sultán Murad, o Amurates, cuarenta y nueve años y reinó treinta, con seis meses y ocho días. Justiciero de suyo y valeroso, magnánimo y sufrido en los quebrantos, invencible, compasivo, con suma religiosidad y caridad entrañable; amante y fomentador de todo género de enseñanza, y amparador de cuantos descollaban en ciencias o artes; excelente emperador y consumado general; nadie alcanzó ni tantos ni tan grandiosos triunfos, habiendo padecido únicamente el rechazo de Belgrado. Con él, fue siempre el soldado victorioso, y el ciudadano rico y sin zozobra. En sojuzgando un país ahincaba su primer esmero en edificar mezquitas, caravansares, hospitales y colegios. Todos los años agraciaba con mil piezas de oro a los hijos del Profeta, y enviaba dos mil quinientos a los devotos de la Meca, Medina y Jerusalén». [1298] Copiamos este retrato del historiador del Imperio otomano; mas los aplausos de gente móvil y supersticiosa suelen dedicarse a tiranos rematados; y las virtudes de un sultán suelen ser vicios utilísimos para él mismo, o para los súbditos más allegados a su persona. Nación que desconoce los beneficios equitativos de la ley y de la libertad, se paga de los destellos que derrama el poderío absoluto, y aun la suma crueldad de un déspota se reviste del aparato de la justicia; su profusión es liberalidad, y su terquedad entereza. En desechando toda disculpa natural, pocos actos de obediencia se graduarán de

imposibles, y temblará el delincuente, sin que por eso quede en salvo la inocencia. El sosiego del pueblo y la disciplina de la tropa se sostiene eficazmente con el vaivén incesante de las operaciones militares; la profesión de los jenízaros es la guerra, y cuantos sobreviven a los peligros y gozan de ricos despojos, aclaman la ambición generosa del soberano. A todo acendrado musulmán incumbía el propagar la religión verdadera, eran sus enemigos los incrédulos, y lo eran por sentencia del Profeta, y el sonoro instrumento de conversión era en manos de turcos la cimitarra. En medio de este concepto, consta que hasta los cristianos ensalzaban la justicia y el comedimiento tan patentes de Amurates, conceptuando un reinado próspero y una muerte sosegada como galardón de su mérito esclarecido. En la lozanía de su edad y con el predominio de su milicia, por maravilla se arrojó a la contienda sin preceder una provocación terminante, y en allanándose al vencido olvidaba el sultán la victoria, y luego su palabra regía inviolablemente para todos sus pasos. [1299] Solían ser los húngaros agresores; se le rebela Scanderbeg, y el monarca otomano vence y luego indulta hasta dos veces al caramanio alevoso. El déspota sorprende a Tebas, antes de que Amurates invada Morea, en la toma de Tesalónica, el nieto de Bayaceto pudiera competir con la compra reciente de los venecianos y tras el primer sitio de Constantinopla, jamás incurrió el sultán en la tentación, en medio de los conflictos y los agravios de Paleólogo, de consumar el exterminio ya inminente de Constantinopla con todo su imperio.

Pero el rasgo preeminente en la vida e índole de Amurates se cifra en las dos renuncias del solio turco; y a no bastardear aquel impulso esos accidentes de superstición, elogiaríamos al filósofo regio, [1300] quien a la edad de cuarenta años acertó a deslindar la vanidad de toda grandeza humana. Cediendo el cetro a su hijo,

se retiró a la residencia amenísima de Magnesia; pero se concentró allí en la sociedad de santones y ermitaños. En el cuarto siglo de la Hégira fue cuando se adulteró la religión de Mahoma con una institución tan contrapuesta a su temple nativo; pero en el siglo de las cruzadas, se multiplicaron sin término las raleas u órdenes de derviches, al ejemplo de los monjes cristianos o latinos. [1301] Sujetose el Señor de tantas naciones al ayuno, a la plegaria y a los giros sin fin con los fanáticos que equivocaban el marco con las iluminaciones de la fantasía. [1302] Mas luego volvió en sí de aquellos desvaríos, con motivo de una invasión húngara, y su docilísimo hijo fue el más extremado en reconvenirle con la urgencia del trance y el afán del pueblo entero. Tremola el caudillo veterano su bandera, a cuya sombra pelean y vencen los jenízaros; mas desde los mismos reales de Varna vuelve a sus ayunos y plegarias, y al redoble de giros con sus hermanos de Magnesia. Suspende nuevamente aquellas tareas devotas con la repetición del peligro; pero entonces la hueste victoriosa desdeña la bisoñez del mancebo: entrégase la ciudad de Andrinópolis al saqueo y la matanza, y el diván unánime implora su presencia para apaciguar el alboroto y precaver el desenfreno de la soldadesca. Tiemblan y se portan los jenízaros a la vez tan a medida de su adalid, que el sultán a su despecho tiene que arrostrar aquella servidumbre esplendorosa, hasta que a los cuatro años, el ángel de la muerte le descarga de aquel compromiso. La edad o los achaques, los fracasos o el capricho, han inclinado a varios príncipes a apearse del solio; y luego han tenido que arrepentirse del paso irreparable. Pero sólo Amurates, usando plenamente de su albedrío, con la redoblada experiencia del imperio y la soledad, *repitió* su preferencia de la vida privada.

Se van los hermanos griegos; recuerda más y más Eugenio

sus intereses temporales, y aquel esmero entrañable por el Imperio Bizantino se corrobora con la zozobra por la sospecha fundadísima por el poderío turco que va siempre en aumento, y se está como retornando al confín de Italia. Mas feneció el entusiasmo de las cruzadas, y la tibieza de los francos aparecía más racional que los ímpetus desaforados de sus abuelos. En el siglo XI un monje fanático disparaba, a fuer de un conductor enarbolando su látigo, Europa como uncida sobre Asia, para el rescate del Santo Sepulcro; pero ya en el siglo XV ni los móviles más poderosos de la religión y la política alcanzaban a hermanar a los latinos en defensa de la cristiandad. Era Germania un almacén inmenso de gentío y armas [1303] pero aquel conjunto intrincado y exánime requería el empuje de una mano fogosa y prepotente, y Federico III venía a ser igualmente desvalido por su índole personal y por su escaso predominio. Una guerra dilatada había quebrantado las fuerzas de Francia e Inglaterra; [1304] sin llegar jamás a satisfacer su mutuo encono; pero Felipe de Borgoña era un príncipe magnífico y vanidoso; y paladeó muy a su salvo la religiosidad aventurera de varios súbditos, quienes desde la costa de Flandes surcaron su gallarda escuadra hasta el mismo Helesponto. Más cercanas florecían las repúblicas marítimas de Venecia y Génova, y sus armadas pujantes guerreaban bajo el pabellón de san Pedro. Los reinos de Hungría y Polonia, que escudaban por aquella parte el confín cristiano, eran los más entrañablemente interesados en atajar todo progreso a los turcos. Cosacos y sármatas cifran todo su caudal en las armas, y ambas naciones igualaran en poderío al conjunto de sus fuerzas si acertaran a porfía a asestar sus armas contra su enemigo común lanzando de una vez disturbios y vinculándose a una sola contienda. Pero aquel destemple sangriento imposibilitaba toda concordia, no alcanza un país

estéril, con un monarca limitado, a mantener una fuerza perpetua, y los cuerpos indisciplinados de caballería polaca o húngara no batallaban con los arranques y los sables que en varios trances han dado un poderío irresistible a las huestes francesas. Mas por aquella parte, los intentos del pontífice romano, y la elocuencia de su legado, el cardenal Juliano, descollaron con las circunstancias del siglo; [1305] y luego son los únicos de ambas coronas en los bienes de Ladislao, [1306] soldado muy común y ambiciosísimo; con el denuedo de un prohombre ya esclarecido en la cristiandad, Juan Huniades, todo redundaba en pavor para los turcos. Derramó el legado a manos llenas tesoros inmensos de perdones e indulgencias, alistaron guerreros aventajados y particulares en Francia y Germania bajo la bandera sagrada, y redunda a la cruzada en alguna pujanza, o por lo menos algún concepto, de los nuevos aliados, tanto de Europa como de Asia. Un déspota fugitivo de Serbia abulta las desventuras y la saña de los cristianos allende el Danubio, que están en ánimo de sublevarse todos para volver por su religión y su libertad. El emperador griego, con un denuedo desconocido en sus mayores, [1307] se compromete a resguardar el Bósforo, y saliendo de Constantinopla, acaudilla sus tropas nacionales y advenedizas. Participa el sultán de Caramania la retirada de Amurates, [1308] y una llamada poderosa por el mismo interior de Anatolia; y si pidiendo las escuadras de Occidente al mismo pudieran resguardar los estrechos del Helesponto, quedaba la monarquía otomana descuartizada y exánime. Cielo y tierra debían regocijarse con el exterminio de los infieles, y el Legado, con estudiados anuncios, fue derramando la voz de la asistencia invisible, y tal vez patente, del auxiliar sobrehumano, del Hijo de Dios y de su divina Madre.

Alarido unánime proclama con las sectas húngaras y polacas

la guerra religiosa, y Ladislao atraviesa el Danubio acaudillando la hueste confederada y se interna hasta Sofía, capital de Bulgaria; y alcanza luego dos victorias señaladas atribuidas debidamente al valor y desempeño de Huniades. En la primera con su vanguardia de diez mil hombres sorprende los reales turcos; en la segunda vence y hace prisionero a su general más afamado, a pesar de su ventaja doble en número y situación. Entra el invierno y el obstáculo de suyo poderoso y ahora robustecido en el tránsito del Haemus, ataja la carrera del prohombre, mediando ya tan sólo el corto trecho de seis jornadas para descubrir las torres de Andrinópolis, entonces ya enemigas, y sin embargo compañeras del Imperio griego. Retírase intacto el ejército, y entra en Buda triunfalmente bajo ambos conceptos, el religioso y el militar. Encabezan la función los eclesiásticos y siguen el rey y los guerreros a pie quienes ostentan en seguida los galardones equitativos que merecen al par ambas naciones, alternando por igual el engreimiento de la victoria con la humildad cristiana. Trofeos patentes son trece bajaes, nueve pendones y cuatro mil cautivos y como todos se muestran propensos a creer y nadie se arroja a contradecir, abultan los cruzados sin saber los millares de turcos fenecidos en la campaña. [1309] La prueba más terminante y el resultado más ventajoso de la victoria es una diputación del diván, en demanda de paz con la evacuación de la Serbia y rescate de prisioneros, evacuando también los confines de Hungría. Afianza el tratado los objetos fundamentales de la guerra; el rey, el déspota y el mismo Huniades en la dieta de Segeddin se dan por satisfechos con sus logros públicos o particulares. Se ajusta una tregua de diez años; y los secuaces del Evangelio y del *Alcorán* juran por Jesús y por Mahoma, invocando el nombre de Dios, como resguardo de la verdad y vengador de toda alevosía. Propone el

enviado turco que en vez del Evangelio se traiga la Eucaristía, esto es, la presencia efectiva de la Deidad católica; mas los cristianos se retraen de profanar el misterio sacrosanto y toda contienda supersticiosa se compromete menos con vínculos espirituales que con los símbolos extensos y palpables de un juramento. [1310]

Durante la negociación enmudece allá ceñudamente el Legado, sin querer aprobar ni poder contrarrestar la avenencia del rey con el pueblo; pero sigue aun la dieta cuando Salicio se robustece con la noticia halagüeña de que el caramanio ha invadido Anatolia, y el emperador griego, Tracia, de que las escuadras de Venecia, Génova y Borgoña están señoreando el Helesponto y de que los aliados, sabedores de la victoria y ajenísimos del ajuste de Ladislao, estaban todos ansiando el regreso de la hueste triunfadora. [1311] «Con que —prorrumpe el cardenal—, ¿así os desviáis de sus esperanzas y de vuestra propia ventura? Empeñada tenéis vuestra fe con ellos, con Dios y con toda la hermandad cristiana, y aquel compromiso anterior anonada un juramento temerario y sacrílego con los enemigos de Cristo. El romano pontífice es su vicario en la tierra, y sin cuya sanción jamás os cabe prometer ni cumplir. Yo os absuelvo, en su nombre, de todo perjurio, y santifico vuestras almas; seguid mis huellas por el rumbo de la Iglesia y la salvación, y si escrupulizáis por ventura, descargad sobre mi cabeza el castigo de vuestro pecado». Aquella funestísima sutileza campea al arrimo de la majestad aparente y la liviandad efectiva de toda reunión popular: se decreta la guerra, en el mismo solar de la paz recién jurada, y los cristianos al ir a ejecutar el convenio se abalanzan a los turcos mereciendo el apodo de infieles. Huella Ladislao su palabra y juramento, cohonestando su maldad con la religión de aquel tiempo; su

disculpa más cabal, o por lo menos más graciable para el pueblo se pudiera cifrar en la prepotencia de sus armas y el rescate de la Iglesia oriental. Pero aquel mismo tratado, vinculador de su conciencia, redundó en quebranto sumo de sus grandiosas fuerzas. Al eco de la paz ajustada, todo voluntario francés y germano desaparece susurrando sañudamente, yacen los polacos exánimes, exhaustos con tanta guerra lejana, y luego tal vez mal hallados con el mando extranjero; y entre tanto los palatinos al resguardo del competente permiso se retiran a sus provincias y castillos. Hierve Hungría en partidos, y escrupuliza honradamente sobre aquel trance, y el paradero de la cruzada entera viene a reducirse a la escasilla fuerza de algunos veinte mil hombres. Un caudillo de Valaquia incorporado en la hueste regia con sus vasallos, prorrumpe desenfadadamente en que todo el número de los permanentes apenas iguala en gente a las monterías y recuas del sultán, y el regalo de dos caballos velocísimos podía hacer caer en la cuenta a Ladislao de su precisión reservada acerca del acontecimiento. El déspota de Serbia sin embargo recobrada su patria y familia, se aviene al nuevo compromiso con el brindis de reinos enteros, y la bisoñez del rey, el entusiasmo del legado y la arrogancia marcial de Huniades conceptuaron que todo obstáculo se iba a postrar ante la prepotencia irresistible de la espada y de la cruz. Atravesado ya el Danubio, se ofrecen dos rumbos en demanda de Constantinopla y del Helesponto; el uno sitio áspero, quebradísimo y arriesgado, por serranías, con el nombre del monte Haemus; el otro más dilatado, pero seguro, por llanuras y playas del Euxino, en el cual pudieran los costados al estilo de los escitas fortalecerse con un vallado de carruajes siempre en movimiento. Éste es atinadamente el preferido; atraviesan los católicos las llanuras de Bulgaria quemando con inhumanidad

antojadiza las aldeas y las iglesias de los cristianos indefensos, y los últimos reales se plantea en Varna, cerca de las playas del mar, nombre para siempre memorable por el descalabro y muerte de Ladislao. [1312]

Infaustísimo solar, donde en vez de hallar una cruzada confederada que cooperase a sus intentos, se sobresaltan con la llegada ejecutiva del mismo Amurates, que se dispara de su soledad de Magnesia, y traslada las huestes asiáticas al resguardo de Europa. Escritores hay que tildan al emperador griego con el hecho de franquear por zozobra o por cohecho, el tránsito del Bósforo; y a los genoveses les está todavía afeando la manchada avenencia, como también al sobrino del papa, almirante católico, vendiendo la franquicia del general enemigo. Adelántase el sultán desde Andrinópolis, a marchas forzadas, capitaneando sesenta mil hombres, y cuando el cardenal y Huniades, hechos cargo de las fuerzas y táctica de los turcos, tratan, ya menos fogosos, de entablar la disposición tardía e inasequible de su retirada, tan sólo el rey está resuelto a morir o vencer, y aquel denuedo está muy próximo a lograr una lid gloriosa y salvadora. Contrapuestos se hallan los soberanos en el centro, y los beglerbegs, o generales de Anatolia, mandan la derecha y la izquierda contra los diversos ecos del déspota y de Huniades. Arrollan éstos a sus contrarios; pero esta gran ventaja redunda en sumo daño, pues tras el primer arranque de la contienda, acalorados los vencedores en el alcance, se disparan temerariamente hasta lejos del enemigo, y sin servir de arrimo a sus compañeros. Está mirando Amurates la huida de sus tropas, y desahuciado ya de su propia fortuna y del Imperio, un jenízaro veterano afianza la rienda de su caballo, y el soberano tiene la magnanimidad de perdonar y aun permitir al soldado que osa advertir su pavor y atajarle la huida. Un traslado del convenio,

como padrón de la alevosía cristiana, está patente en el centro de la formación, y cuéntase que el sultán, en el afán de su quebranto, levantó sus ojos y sus manos al cielo, implorando el amparo del Dios de la verdad, e invocó al mismo Profeta como por vengador del escarnio impío de su nombre y religión. [1313] El rey de Hungría con fuerzas inferiores y mal ordenadas se abalanza confiadísimo en la victoria; mas la falange incontrastable de los jenízaros le ataja la carrera, y si hemos de creer a los anales otomanos, el venablo de Amurates vino a traspasarle el caballo; [1314] cae lanceado por la infantería, y un soldado turco vocea: «Húngaros, aquí está la cabeza de vuestro rey». Muere Ladislao y se declara la derrota. Al regresar Huniades de un alcance insensato, prorrumpe en lamentos por su yerro y por el quebranto público; se empeña en rescatar el regio cadáver, hasta que el remolino violento de vencedores y vencidos lo arrebata y entonces echa el resto de su aliento y de su maestría en poner siquiera en salvo el resto de su caballería valaquia. Hasta diez mil cristianos yacen por el campo de la desahuciada batalla de Varna; la pérdida de los turcos, mayor en el número, guardó menos proporción en el conjunto de fuerzas; pero el sultán afilosofado no se empacha de confesar que con otra victoria semejante queda consumado su exterminio. Manda levantar una columna en el sitio donde cayó Ladislao, pero la inscripción comedida, en eso de tildar la temeridad, encumbra el denuedo, y lamenta la desventura del joven húngaro. [1315]

Antes de trasponer el campo de Varna, tengo que hacer alto en la índole y gestiones de entrambos personajes principales, el cardenal Juliano y Juan Huniades. Juliano Cesarinio, [1316] de alcurnia esclarecida en Roma, abarcó en sus estudios al par la literatura griega y latina, y las facultades de la jurisprudencia y la teología y su temple grandioso, descolló igualmente en la

escuela, en la milicia y en la corte. Revestido con la púrpura romana, parte al instante para Germania con el fin de armar el Imperio contra los rebeldes y herejes de Bohemia. Ajena es toda persecución de un legítimo cristiano; la profesión militar es impropia de un sacerdote; pero el tiempo disculpa lo primero, y lo segundo queda airoso con la bizarría de Juliano, que permanece animoso y aislado en aquella huida afrentosa de la hueste germana. Como legado del papa, abrió el concilio de Basilea; mas luego aquel presidente campeó como el adalid más denodado de la libertad eclesiástica, y su desempeño fervoroso encabezó una oposición de nueve años. Propone procedencias ejecutivas contra el predominio y la persona de Eugenio, y allá tiene móviles reservados de interés y de conciencia que le invitan a posponer de intento el partido popular. Retírase el cardenal de Basilea, pasa a Ferrara, y con los debates de griegos y latinos, ambas naciones se pasman con su maestría en los argumentos y la trascendencia de su sabiduría teológica. [1317] En su embajada de Hungría, ya hemos presenciado las aciagas resultas de su sofística elocuencia, de la cual el mismo latino vino a ser la primera víctima. El cardenal, sacerdote y guerrero fenece en la derrota de Varna, y las circunstancias de su muerte se refieren con harta variedad; pero se cree generalmente que abrumado con una porción enorme de oro y poco expedito para ponerse en salvo, cebó la codicia de algunos cristianos fugitivos.

De humilde, o por lo menos mal averiguada cuna, el mérito elevó a Juan Huniades al mando de los ejércitos húngaros. Era su padre de Valaquia y su madre griega, cuya alcurnia desconocida podría entroncarse con los emperadores de Constantinopla, y las pretensiones de los valaquios, atenidos al apellido de Corvino, y al lugar de su nacimiento, suponía algún mérito privado, para mezclar su sangre con los patricios de la

antigua Roma. [1318] Sirvió de nuevo en las guerras de Italia, donde le detuvo con doce jinetes el obispo de Zagrab; la pujanza del *caballero blanco* [1319] sobresalió desde luego; aumenta sus haberes con un enlace ventajosísimo en dote y nobleza, y en el resguardo de los confines húngaros, ganó en un mismo año hasta tres refriegas contra los turcos. Su influjo principalmente coronó a Ladislao en Polonia, quien recompensó aquella oficiosidad importantísima con el título y empleo de vaivoda de Transilvania. La primera cruzada de Juliano enramó su sien con los laureles turcos, y en la desventura general, el desacierto tan infausto de Varna vino a quedar olvidado. Con la ausencia y minoría de Ladislao de Austria, rey titular, quedó Huniades como capitán general y gobernador de Hungría; y aunque al pronto el pavor acalló la envidia, un reinado de doce años desde luego supone cargos de política no menos que de milicia. Sin embargo, en el pormenor de sus campañas no aparece el concepto de un caudillo consumado, pues el *caballero blanco* solía pelear mejor con la mano que con la cabeza, como gran guerrillero, que combate sin aprensión y huye sin empacho y su vida militar consta toda de una alternativa novelada de victorias y correrías, un vaivén incesante de avances y retiradas. Los turcos que apelaban a su nombre para asustar a sus niños traviesos, le llamaban estragadamente *Jancus Lain*, el Malvado; su odio comprueba su gran concepto; guardado el reino por él, no dio cabida a desmán alguno, y lo experimentaron más malo y formidable, cuando estaban creyendo de plano, que el capitán y sus armas andaban perdidos de remate. En vez de ceñirse a la guerra defensiva, a los cuatro años del gran descalabro de Varna, se interna de nuevo por el corazón de la Bulgaria, y en los llanos de Cosova está contrarrestando por tres días, el empuje del ejército turco, cuatro veces mayor que el suyo. Huyendo a solas

por las selvas de Valaquia, tropieza el héroe con dos salteadores; pero mientras se pelean por la cadena de oro que lleva al cuello, recobra su alfanje, mata al uno, mata al otro, y tras mil trances de cautiverio y muerte, consuela con su presencia un reino abatido. Pero el rasgo portentoso y más esclarecido de su vida, es la defensa de Belgrado, contra el poderío de Mohamed II en persona. Tras un sitio de cuarenta días, y dueños ya de parte de la ciudad, tienen los turcos que cejar y levantar el sitio y desviarse; y las naciones gozosísimas, celebran a Huniades y a Belgrado, como baluartes de la cristiandad. [1320] Como al mes de aquel rescate portentoso, fallece el prohombre, y su epitafio más grandioso es el pesar del príncipe otomano, quien prorrumpe suspirando en que ya no le ayuda esperanza del ansiado desagravio contra el único antagonista que había logrado anteponerse a sus armas. Vacío el trono, los húngaros agradecidos eligen y coronan a Matías Corvino, mozo de dieciocho años. Dilatado y venturoso es su reinado, aspirando Matías a la gloria del heroísmo y de la santidad, y su mérito positivo y acendrado se cifra en el fomento de la literatura; y los historiadores elocuentes, llamados de Italia, como lumbreras de la culta latinidad por el hijo, decantan a porfía las prendas del padre. [1321]

En punto a heroísmo se suelen emparejar Juan Huniades y Scanderbeg, [1322] y ambos se hacen acreedores a nuestra recomendación, empleando colmadamente las armas otomanas, fueron dilatando el vuelco del Imperio griego.

Juan Castriota, padre de Scanderbeg, era un príncipe hereditario [1323] de un distrito reducido del Epiro o Albania, en las serranías cercanas al mar Adriático. Ajeno de contrarrestar el poderío del sultán, Castriota tiene que avenirse a las condiciones violentísimas de paz tributaria, entregando sus cuatro hijos por

prendas de su lealtad; y aquellos jóvenes cristianos, tras padecer los rigores de la circuncisión, tienen que imbuirse en la religión mahometana, y luego militar entre los turcos, según su sistema y disciplina. [1324] Los tres hermanos mayores andan revueltos en el tropel de la servidumbre, y no cabe comprobar la certeza o falsedad del veneno a que se atribuyen sus muertes. Mas queda desvanecido aquel recelo con el trato paternal que logra de Jorge Castriota, el cuarto hermano, quien a los asomos de su mocedad, descuella con el brío y la superioridad de todo un soldado. El vuelco seguido de un tártaro y dos persas que osan retar a la misma corte turca, le granjea la privanza de Amurates, y el apellido turco de Scanderbeg *(Iskender Beg)* o el señor Alejandro, es un recuerdo perpetuo de su nombradía y su servidumbre. Queda el principado de su padre constituido en provincia, compensándole aquel quebranto con la jerarquía y dictado de Sangiak, que es el mando de cinco mil caballos, y el arranque fundamental para ascender a los empleos supremos del Imperio. Sobresale en las guerras de Europa, y de Asia; y no podemos menos de sonreírnos del artificio o credulidad del historiador, quien da por supuesto, que en toda refriega se desentendía de los cristianos, abalanzándose con brazo fulminante sobre los enemigos musulmanes. La gloria de Huniades centellea sin asomo de vituperios batallando más y más por la religión y la patria; pero los émulos de su competidor, encareciendo su patriotismo, lo apodan apóstata y traidor. Para el concepto de los cristianos, suena Scanderbeg en rebeldía con los agravios de su padre, la muerte confusa de sus tres hermanos, su propio desdoro y la servidumbre de su país, al paso que idolatran el afán caballeroso, aunque tardío, con que acudió aclamando y engrandeciendo la fe y la independencia de sus antepasados. Mas desde la edad de nueve años, vive

empapado en las doctrinas del *Alcorán*, desconoce el Evangelio; la autoridad y la costumbre labran la religión de toda soldadesca, ni cabe el alcanzar cómo y con qué iluminación repentina pudo a los cuarenta aparecérsele el Espíritu. [1325] Más acendrados e inexpugnables a todo embate de interés o venganza fueran sus motivos, si estallara su cadena desde el primer trance de imponerle su esclavitud; pero media largo olvido y desdora su derecho fundamental, y por cada año la obediencia y ascensos se va estrechando de nuevo el vínculo mutuo entre el sultán y el súbdito. Si Scanderbeg abrigó de antemano la creencia del cristianismo y el ánimo de su rebeldía, todo pecho pundonoroso abominará del rastrero disimulo, que sigue viviendo ruinmente para luego desmandarse, prometiendo únicamente para perjurarse, y hermanándose eficacísimamente con el empeño de perder temporal y espiritualmente tantos miles de sus desventurados compañeros. ¿Elogiaremos por ventura la correspondencia reservada, mientras está mandando la vanguardia del ejército turco? ¿Disculparemos aquella deserción alevosa que brinda con la victoria a los enemigos de su bienhechor? En la revuelta de un descalabro, clava la vista en el *reis effendi*, o secretario principal, y con la daga al pecho le arrebata el firmán, o la patente del gobierno de Albania, y matando al notario y los suyos, precave el resultado de quedar el golpe descubierto. Se escudó con denodados compañeros, a quienes comunica su intento, huye de noche, y arrebatadamente marcha y se resguarda en las serranías paternas. Presenta el mandato regio en Croya y se le franquean las puertas, y apenas se posesiona de la fortaleza, Jorge Castriota arroja la máscara de tanto disimulo, abjura del Profeta y el sultán y se pregona a sí mismo, como vengador de su alcurnia y de su patria. Al eco de religión y libertad, estalla una rebelión general, los albanos, casta

guerrera, se aferran unánimes en vivir y morir con su príncipe hereditario, y las guarniciones otomanas tienen que avenirse a la alternativa del martirio o el bautismo. Se juntan los estados del Epiro y nombran a Scanderbeg caudillo de la guerra turca, comprometiéndose los aliados a acudir con su cuota respectiva de gente y caudales. Contribuciones, posesiones patrimoniales y las salinas de Selina rinden anualmente hasta doscientos mil ducados, [1326] y el todo, con un leve cercén para el lujo indispensable, se aboca a las urgencias públicas. Es popular en sus modales, pero severísimo en la disciplina; en sus reales no tiene cabida el menor vicio; su ejemplo robustece la autoridad militar; y bajo su mando son los albanos invencibles en su propio concepto, y sobre todo en el de sus enemigos. Acuden al eco de su nombradía los prohombres más esclarecidos para sus aventuras, en Francia y en Germania, y solicitan entrar a su servicio; su ejército permanente se reducía a ocho mil caballos y siete mil infantes; menguados eran los cuadrúpedos para los jinetes diestrísimos; y desde luego se hizo cargo de los inconvenientes y ventajas de sus muchas serranías, y al resplandor de señales muy combinadas, la nación entera tenía que acudir a sus respectivos puntos. Contrarresta Scanderbeg, con armas tan desiguales, por espacio de veintitrés años todo el poderío otomano, y el rebelde burla, perseguido con menosprecio y con saña implacable, el embate de dos emperadores, Amurates II y su hijo mayor. Entra Amurates en Albania acaudillando sesenta mil caballos y cuarenta mil jenízaros; logra ir asolando el país abierto, ocupar luego las poblaciones indefensas, trocar las iglesias en mezquitas, circuncidar a los niños cristianos, y matar a los adultos pertinaces que cautiva; pero todas sus conquistas se limitan a la escasa fortaleza de Sfetigrado, y aun la guarnición siempre

invicta se rindió con un ardid vulgarísimo, y por un escrúpulo supersticioso. [1327] Retírase Amurates con vergonzoso quebranto de los muros de Croya, y de su castillo, residencia del soberano; éste sigue al enemigo, quien ya en el mismo sitio, ya en su retirada, le hostiliza día y noche, y desaparece y embiste casi invenciblemente, [1328] y aquel desengaño acibara, y tal vez acorta, los postreros días del sultán desesperado. [1329] Remuerde también el mismo gusano el pecho de Mohamed II, quien rebosando de triunfos, tiene que avenirse a negociar por medio de sus lugartenientes una tregua, y entretanto el príncipe albano logra la suma nombradía de campeón certero e incontrastable de la independencia nacional. El entusiasmo de la religión y de sus proezas caballerescas lo ha endiosado con los dictados de Alejandro y Pirro, ni se ruborizaron éstos de reconocer por compañero a su gran paisano; pero su menguado señorío, y apocadas fuerzas lo rezagan a larguísima distancia de aquellos prohombres antiguos triunfadores, ya de Oriente, ya de las legiones romanas. Sus brillantísimas hazañas, los bajaes que dio al través, los ejércitos que arrolló, y los tres mil turcos que degolló con su propia mano, todo tiene que pesarse en la balanza de una crítica desconfiada.

Contra enemigos idiotas, y allá en las lóbregas soledades del Epiro, sus biógrafos parcialísimos, pueden a su salvo y a sus anchuras novelar hasta lo sumo; pero aquellas patrañas quedan expuestas a la luz de la historia italiana, y su relación fabulosa de expedición a Nápoles, tramontando el Adriático al frente de ochocientos caballos para sostener a su monarca, tan sólo redunda en desconcepto de todo el contenido de sus hazañas. [1330] Pudieran confesar, sin desmán para su nombradía, que por fin el poderío otomano vino a postrarlo, y en su trance apuradísimo acudió al papa Pío II para refugiarse en el Estado

eclesiástico, y exhaustos quedaban sus recursos, puesto que Scanderbeg feneció como fugitivo en Liso, perteneciente al territorio veneciano. [1331] Vencedores los turcos atropellaron su sepulcro; pero los jenízaros engastando los huesos en sus brazaletes, manifestaron con aquel desvarío supersticioso, su acatamiento involuntario al desventurado heroísmo. El exterminio ejecutivo de su patria podrá arrancar su realce a la gloria del prohombre; mas si se dedicara a contrapesar las resultas de la sumisión o de la resistencia, un verdadero patricio quizás se desentendiera de contrarresto tan inasequible, y cifrado todo en la vida y el desempeño de un solo individuo. Esperanzó tal vez Scanderbeg equivocadamente, que el papa, el rey de Nápoles y la República veneciana, acudiría al socorro de un pueblo cristiano, antemural de la costa británica y del estrecho tránsito de Grecia a Italia; pero en fin su hijo tierno se salva del naufragio nacional; logran los Castriotas la investidura [1332] de un ducado napolitano, y su sangre campea todavía en las primeras alcurnias del reino. Una colonia de albanos fugitivos plantea su morada en Calabria, conservando todavía ahora mismo el habla y las costumbres de sus antepasados. [1333]

Dilatadísima es mi carrera de la decadencia y ruina del Imperio Romano; pero llego por fin al reinado último de los príncipes de Constantinopla, que tan desmayadamente siguieron sosteniendo el nombre y la majestad de los antiguos Césares. Muere Juan Paleólogo, a los cuatro años de la cruzada húngara, [1334] y la familia regia, con el fallecimiento de Andrónico y la profesión monástica de Isidoro, queda reducida a tres príncipes, Constantino, Demetrio, y Tomás, hijos del emperador Manuel. Distantes viven los dos últimos en Morea, pero Demetrio, poseedor del estado de Selibria, se halla en los arrabales, encabezando un partido. El conflicto público no

refrena su ambición, y su conspiración, al arrimo de turcos y cismáticos, está ya alterando al sosiego de su patria. Se atropellan las exequias del último emperador sospechosamente; aspira Demetrio al solio vacante, escudado con la frívola sofistería, con la vulgaridad de haber nacido en la púrpura, como primogénito en el reinado de su padre. Pero así como la emperatriz madre, Senado, milicia, clero y pueblo, se manifiestan unánimes por la causa del legítimo sucesor, y el déspota Tomás, quien, ajeno de la novedad, asoma accidentalmente por la capital, y esfuerza eficaz y decorosamente los intereses de su hermano ausente. Pasa un embajador, el historiador Franza, a la corte de Constantinopla, y lo recibe Amurates con distinción, haciéndole varios regalos; pero aquella anuencia graciable del sultán está brotando soberanía, con ínfulas de dar luego al través, y para siempre, con el Imperio oriental. Las manos de los diputados esclarecidos ciñen, sobre la antigua Esparta, la corona imperial en las sienes de Constantino. Al asomar la primavera, huyendo desde Morea, sortea la escuadra turca, y al año de mil aclamaciones, se goza con las funciones aparatosas del nuevo reinado, y postra con sus donativos los postreros alientos del erario. Resigna en sus hermanos la posesión de Morea, y el frágil resguardo de juramentos y abrazos notifica en presencia de la madre la amistad vidriosa de entrambos príncipes. El afán inmediato es el apronto de consorte; se le propone una hija del dogo de Venecia; pero la nobleza bizantina le contrapone la suma distancia de un monarca hereditario y un magistrado electivo, y en el conflicto consecutivo, el caudillo de la República trae luego a la memoria aquel desaire. Titubea después Constantino entre las alcurnias regias de Georgia y Trebisonda, y la embajada de Franza está representando en su vida pública y privada los

últimos días del Imperio Bizantino. [1335]

El *protovestiario*, o Gran Camarero, Franza, da la vela en Constantinopla, con ínfulas y aparato de padrino de un desposorio, ostentando las sellas de la opulencia y el lujo de antaño. Nobles y guardias, médicos y monjes, componen su crecidísima comitiva, le acompaña grandiosa orquesta, y dura el plazo de la embajada hasta dos años. Agólpase el gentío de ciudades y aldeas en torno de aquellos advenedizos, y es su sencillez tan extremada, que se deleitan con la armonía sin cerciorarse de su motivo. Asoma entre el remolino un anciano de más de un siglo, cautivo de los bárbaros [1336] y que está entreteniendo a sus oyentes con una conseja sobre los portentos de la India, [1337] de donde había regresado a Portugal por mares desconocidos. [1338] Sigue desde aquel país agasajador a la corte de Trebisonda, cuyo príncipe le noticia el fallecimiento de Amurates. En vez de regocijarse con aquel fallecimiento, el estadista consumado prorrumpe en la zozobra de que el mozo sucesor, en extremo ambicioso, se desentendería del sistema cuerdo y pacífico del padre. Al fallecimiento del sultán, su esposa cristiana María, [1339] hija del déspota serbio, vuelve honoríficamente al hogar paterno, y por la nombradía de su hermosura y sus prendas, la recomienda el embajador como el objeto más digno del consorcio imperial; y Franza se hace cargo de las objeciones especiosas que pudieran hacerse, y las desvanece sin contraste. La majestad de la púrpura ennobleciera todo enlace desigual; el impedimento del parentesco se zanja con un raudal de limosnas, y le dispensa la Iglesia de la tacha del entronque turco, se había disimulado en sus varios trances; y aunque la hermosa María está ya asomada a los cincuenta años se podía aun esperanzar de ella un heredero para el Imperio. No deja Constantino de dar oídos a este dictamen que le trae el

primer bajel que sale de Trebisonda; pero intereses palaciegos se oponen al desposorio, y queda por último zanjado con la religiosidad de la sultana, que termina sus días en un convento. Atónito a la alternativa sobredicha, elige Franza por fin la princesa georgiana, y cuyo padre se engríe con tan esclarecido entronque. En vez de pedir, según allá la usanza primitiva de la nación un pago de la hija, [1340] ofrece una dote de cincuenta y seis mil ducados, con una pensión anual de cinco mil, y la oficiosidad del embajador queda galardonada con el compromiso de que, si el emperador le había favorecido al hijo en su bautismo, la hija alcanzaría la atención esmerada de la emperatriz. Regresa Franza, el monarca griego ratifica el convenio, quien con su propia firma, estampa tres cruces encarnadas en la bula de oro, y asegura al enviado de Georgia que al rayar la primavera, irán sus galeras en busca de la princesa para conducirla al palacio imperial. Pero Constantino recibe a tan leal sirviente, no con la aprobación tibia de un soberano, sino con la llaneza expresiva de un amigo. «Desde la muerte de mi madre y de Cantacuzeno, la única que me aconsejaba sin el menor interés o inclinación personal, [1341] me veo cercado —prorrumpe el emperador—, siempre por gentes, con quienes no me cabe terciar en amor, aprecio y confianza. Ahí está Lucas Notaras, almirante supremo, quien aferrado siempre a su dictamen, vocea, pública y privadamente, que sus arranques son idénticos por esencia con mis pensamientos y acciones. Los demás palaciegos se atienen a sus miras personales o banderizas, ¿y cómo he de ir a consultar con monjes, en punto de política o de enlace? Tengo todavía que emplearos altamente en materias de actividad y de confianza. A la primavera tendrás que recabar de uno de mis hermanos, que vaya en demanda de auxilios de las potencias occidentes; desde Morea has de pasar a Chipre con

una comisión peculiar, y desde allí a Georgia para recibir y conducirme la emperatriz venidera». «Vuestras ordenes —contestó Franza—, son incontrastables. Pero tened a bien, Señor —añade con una sonrisa formal—, haceros cargo, de que si yo vivo de continuo ausente de mi familia, puede quizás mi esposa ir en busca de otro marido, o parar en algún monasterio». Prorrumpe en risa el emperador con aquel arranque, y luego le consuela con la palabra halagüeña de que ya ha de ser su *postrer* novicio fuera, y que tenía reservada para su hijo una heredera principal y acaudalada, y para él allá el cargo de gran logoteta, o primer ministro de Estado. Queda luego aparatada la boda; pero el empleo, aunque incompatible con el que está ejerciendo, estaba ya ocupado por la ambición del almirante. Tuvo que mediar algún plazo, combinar la anuencia y algún equivalente, y el nombramiento de Franza viene a quedar declarado y suprimido a medias, por no lastimar las ínfulas de un privado poderoso. Se emplea el invierno en los preparativos de la embajada; y como Franza tenía dispuesto logran la proporción para su hijo de presenciar en su mocedad extraños países, y si asomaba algún peligro dejarlo a buen recaudo en Morea con la parentela materna; todos aquellos intentos públicos y privados, se interrumpen con la guerra turca, y vienen a quedar soterrados con el exterminio del Imperio.

LOS OTOMANOS Y EL FIN DEL IMPERIO BIZANTINO

Nota bibliográfica

La expansión otomana se encadena en el relato de Gibbon con los movimientos previos de los pueblos en Asia oriental. Uno de ellos fue la expansión de los mongoles en el siglo XIII*, pues uno de sus objetivos fundamentales fue la península de Anatolia, e incluyó la conquista de la ciudad bizantina de Nicea. La caída de Constantinopla en 1453, en manos de Mahomet II, sólo fue un episodio más en la historia de la conquista de la península por los turcos. La historiografía actual considera el acontecimiento desde esta perspectiva y se interesa en la movilización más general de los turcos y el crecimiento de la influencia otomana en el Mediterráneo.*

La caída de Constantinopla y el descubrimiento de América en 1492 trasformaron el mapa político europeo. El Mediterráneo dejó de ser el centro del transporte, comercio y relaciones internacionales. Esta transformación del paisaje político se considera un hito en la historia occidental, que marca el fin de algunas tradiciones del Imperio Romano, y particularmente el papel central ocupado por el Mediterráneo. La caída de Constantinopla se considera, tanto como el descubrimiento de América, la fecha que marca el fin del Medioevo y el comienzo de la Modernidad.

El Imperio otomano: *C. Imber*, El Imperio otomano, *Buenos Aires, Vergara, 2004. P. Wittek*, The Rise of Ottoman Empire, *Londres, 1938. C. Cahen*, Pre Ottoman Turkey,

Londres, 1968. H. Inalak, The Ottoman Empire, Clerical Age, *Londres, 1973. M. Fuad Köprülü*, The Origins of the Ottoman Empire, *Albany, 1992. R. Mantran (ed.)*, Histoire de l'Empire Ottoman, *París, Fayard, 1989*.

La caída de Constantinopla: *A. Multar Bajò*, The Conquest of Constantinople and the Establishment of Ottomans in Europe, *Londres, 1902. Sami Ali Ülgen*, Constantinople during the Era of Mohamed the Conqueror 1453-1481, *Ankara, 1939. S. Runciman*, The Fall of Constantinople, *Cambridge, 1953. A. Pertusi*, Fine di Bisanzio e Fine del Mondo, *Roma, 1988. B. Lewis*, Islam from the Prophet Muhammad to the Capture of Constantinople, *Nueva York, Oxford University Press, 1987. J. R. Melville-Jones*, The Siege of Constantinople 1453, *Amsterdam 1972*.

LXVIII

REINADO O ÍNDOLE DE MOHAMED II - SITIO, ASALTO Y CONQUISTA FINAL DE CONSTANTINOPLA POR LOS TURCOS - MUERTE DE CONSTANTINO PALEÓLOGO - SERVIDUMBRE DE LOS GRIEGOS - EXTINCIÓN DEL IMPERIO ROMANO EN EL ORIENTE - CONSTERNACIÓN DE EUROPA - CONQUISTAS Y MUERTE DE MOHAMED II

El sitio de Constantinopla por los turcos clavó nuestra atención en la persona o índole de su asolador memorable. Era Mohamed II hijo [1342] de Amurates, también segundo, y aunque su madre ha merecido la condecoración de cristiana, y aun primera, queda más probablemente revuelta con el sinnúmero de mancebos que de todas partes iban poblando el harem, o serrallo del sultán. La educación y sus arranques le caracterizan finísimo musulmán, y en concertando con algún infiel, acudía presuroso a purificarse manos y rostro con los ritos de la ablución legal. Parece que con la edad y el imperio fue dando ensanches a tan menguada ridiculez, y allá su engreimiento desaforado desconocía superioridad alguna en cualquier jerarquía; y aun se dice que allá en sus desahogos se solía propasar hasta poner al Profeta de la Meca los apodos de salteador y de embustero. Mas procuró como sultán acatar la doctrina y el sistema del *Alcorán*; [1343] pues sus indiscreciones caseras permanecían secretas para el vulgo, y no podemos menos de maliciar la credulidad de extraños y émulos tan propensos a exceptuar, que todo interior encallecido en sus desbarros tiene que sobreponerse al desatino y la patraña. Con la enseñanza de ayos consumados, descolló Mohamed muy

temprano en la carrera de la sabiduría, y además de su habla nativa, se asegura que estaba impuesto en otros cinco idiomas: [1344] árabe, persa, caldeo o hebreo, latín y griego. Podía el persa servirle de recreo, y el árabe de religiosidad, y la mocedad oriental suele familiarizarse con aquellos estudios. Por las comunicaciones de griegos y turcos, a fuer de conquistador, pudo también ejercitarse en el habla de un pueblo que estaba ansiando sojuzgar. En cuanto a la poesía [1345] o prosa latina, [1346] sus propias alabanzas hallarían acogida en sus oídos, mas ¿qué uso, o qué mérito podía hallar un estadista o un erudito en el tosquísimo dialecto de sus esclavos hebreos? Su memoria abarcaba la historia y la geografía del globo; las vidas de héroes orientales y tal vez occidentales [1347] fogueaban su emulación; el desvarío contemporáneo le disculpa de su aplicación a la astrología, y siempre supone algún rudimento en las ciencias matemáticas, y una afición profana a las artes asoma en el brindis y galardón culto a los pintores italianos. [1348] Pero desvalido quedaba el influjo de la religión y del estudio con su temple desaforado y montaraz. No copiaré, ni acabaré tampoco de creer las consejas de los catorce pajes, en cuyos estómagos mandó escudriñar en busca de un melón robado, ni de la hermosa esclava, o quien cortó él mismo la cabeza para evidenciar a los jenízaros que su soberano sabía sobreponerse al amor. Los anales turcos callando ensalzan su sobriedad, tildando tan sólo a dos o tres individuos de la alcurnia otomana con el desbarro de la beodez. [1349] Mas no cabe desconocer, que sus ímpetus eran tan desaforados e incontrastables que al menor desagrado, así en palacio como en campaña, derramaba años la sangre, y que se arrojaba con desenfreno a gozar bestialmente a los jóvenes cautivos de la primera nobleza. Estuvo estudiando en la guerra de Albania las lecciones, y luego sobrepujó el ejemplo

de su padre, pues alzando su alfanje avasalla dos imperios, doce reinos con doscientas ciudades. Era por cierto guerrero, y tal vez gran caudillo. Constantinopla selló su nombradía: pero en cotejando medios, tropiezos y hazañas, Mohamed II viene a menos valer el lado de Alejandro y de Tamerlán. Siempre bajo su mando fueron las fuerzas muy superiores a las del enemigo, y sin embargo el Éufrates y el Adriático le atajaron la carrera, contrarrestando sus armas Huniades, Scanderbeg, los caballeros de Rodas y el rey de Persia.

En el reinado de Amurates holló y dejó el solio por dos veces, pues su temprana edad no alcanzaba a poder arrollar la oposición del padre; mas nunca se avino a indultar a los visires que opinaron por el acuerdo de aquella disposición provechosa. Se solemniza su desposorio con la hija de un emir turcomano, y tras unos festejos de dos meses, sale de Andrinópolis con su novia, para aposentarse en su gobierno de Magnesia. A las seis semanas recibe un mensaje del diván, que le participa el fallecimiento de Amurates, y las demasías de los jenízaros. Con su diligencia y brío quedan enfrenados; atraviesa el Helesponto con una guardia selecta, y a una milla [1,6 km] de Andrinópolis, visires, emires, imanes y cadíes, soldadesca y pueblo se postran a las plantas del nuevo sultán. Afectaron gran duelo y aparentan sumo regocijo; sube al solio a los veintiún años, y despejó todo móvil sedicioso matando a sus hermanos, con especialidad a Ahmed, hijo de una princesa griega, que era quien le traía más celoso. [1350] Acuden los embajadores de Asia y Europa, cargados de parabienes y de solicitudes por su intimidad, y con todos prorrumpe en demostraciones pacíficas y comedidas. Se corrobora la confianza del emperador griego con juramentos solemnes y extremos expresivos, sellando así la ratificación del tratado, y se le asigna una posesión pingüe, para el pago anual

de trescientos mil asperes, como pensión de un príncipe otomano, detenido a su instancia en la corte bizantina. Pero los inmediatos a Mohamed no podían menos de temblar al presenciar la violencia con que un monarca tan mozo está reformando el boato palaciego de su padre, aplicando los desembolsos de mero lujo a los intentos ambiciosos, y una comitiva inservible de cien mil halconeros, o quedó toda apeada, o se alistó en las banderas. Desde el primer verano de su reinado, acaudilla un ejército, y va visitando las provincias asiáticas; pero apenas doblega la altanería del caramanio se aviene a sus rendimientos para que ni el más leve obstáculo le retraiga de la ejecución de su plan agigantado. [1351]

Los moralistas mahometanos, y con especialidad los turcos, sentencian que ninguna promesa tiene fuerza de ley para atar a los infieles contra los intereses y las obligaciones de su religión, y que todo sultán tiene en su mano, como árbitro, el cumplir u hollar contratos, ya propios, ya de sus antecesores. La magnanimidad justiciera de Amurates menospreció altamente aquella inicua prerrogativa; pero su hijo, por esencia orgullosísima, se avenía por miras ambiciosas, a los amaños más ruines del engaño y del disimulo. Suena paz en sus labios, mientras su corazón abriga la guerra; suspira, día y noche tras la posesión de Constantinopla, y los griegos, de suyo indiscretos, le brindan con pretextos para el fatal rompimiento. [1352] En vez de esmerarse en quedar olvidados, sus embajadores andan más y más por los reales en demanda del pago, y aun del aumento sobre lo ya convenido. Molestan al diván con sus instancias, y el visir propenso reservadamente a los cristianos, tiene por fin que manifestarles por entero el concepto de sus hermanos: «¡Necios y malaventurados romanos! —prorrumpe Calil— ¡nos hacemos cargo de vuestras mañas, y os descuidáis de nuestro peligro!

Aquel pundonoroso Amurates desapareció para siempre, y trepó a su solio un vencedor mozo que arrolla leyes y tropiezos, y si os salváis de sus manos aclamad a la Providencia divina que va dilatando el castigo de vuestras maldades. ¿A qué viene el intento de arredrarnos con amenazas locas o indiscretas? Despedid al fugitivo Orchan, coronadle sultán de Romanía, llamad los húngaros de allende el Danubio, mandad contra nosotros las naciones occidentales; tened por cierto que así no haréis más que acarrearos y anticipar vuestro exterminio». Pero si el visir asustaba con su severo lenguaje, halagüeño por el contrario se les muestra en semblante y expresión el príncipe otomano; y les asegura que en regresando a Andrinópolis van a quedar desagraviados colmadamente mirando siempre por los verdaderos intereses de los griegos. Atraviesan el Helesponto, manda cesar la pensión y arrojar de las orillas del Strimon a todos los empleados, providenciando así ya una hostilidad, y su disposición inmediata amaga a las claras; y aun entabla el sitio de Constantinopla. Había su abuelo planteado una fortaleza asiática sobre la playa del Bósforo, y dispone alzar al fuerte Europeo un castillo mucho más formidable, mandando acudir hasta mil albañiles por la primavera a un paraje llamado Asomaton, a cinco millas [8,04 km] de la capital griega. [1353] Se acoge el desvalido a la persuasiva, que suele ser infructuosa, y así en balde se empeñan los embajadores en retraer a Mohamed de su intento. Manifiéstanle que su abuelo solicitó del emperador Manuel su anuencia para igual empresa, y que entrambas fortificaciones habían de señorear el estrecho, y quebrantar la armonía de las naciones; atajar a los latinos que traficaban por el Mar Negro, y tal vez privar de abastos la ciudad. «No entablo contra ella —replica el sultán alevoso—, intento alguno, pero el imperio de Constantinopla se ha de ceñir a su propio recinto.

¿Habéis olvidado el conflicto en que pusisteis a mi padre, con ir a coligarse allá con los húngaros, cuando invadieron el paso por tierra, y las galeras francesas atajaron el Helesponto? Tuvo Amurates que arrollar el Bósforo, y nuestra resistencia no correspondió a vuestra intención dañada. Niño era yo en Andrinópolis y temblaron los mahometanos, y por algún tiempo los *Gabures* [1354] desacataron nuestro desvalimiento; pero triunfó mi padre en los campos de Varna, votó una fortaleza en la corte occidental, y me cumple el verificar aquel voto. ¿Tenéis acaso derecho, tenéis fuerzas para atajar mis pasos en mi propio territorio? Mío es con efecto el solar, hasta las playas del Bósforo. Los turcos moran en Asia y Europa ya está desierta de romanos. Volveos, y enterad a vuestro monarca que el actual otomano nada tiene que ver con sus antecesores y *cuyas* resoluciones arrollan *sus* deseos, y que obra mucho *más* de cuanto *aquel* puede idear. Volveos en salvo, pero ay de quien asome con igual mensaje, pues será desollado vivo». Con tal desengaño, Constantino, el primero de los griegos en tesón y en jerarquía, [1355] resuelve en fin desenvainar el acero, y contrarrestar la aproximación y el establecimiento de los turcos sobre el Bósforo. Desármale el dictamen de sus ministros tanto civiles como eclesiásticos, quienes abogan por un sistema menos caballeroso y aun menos cuerdo que el suyo, que se conforme con sus largos aguantes, que tizne al otomano con la maldad y el oprobio de agresor, y allá confiar en los acasos y en el tiempo para su resguardo y la demolición de un fuerte que no podía sostenerse por mucho tiempo en la cercanía de ciudad tan crecida y populosa. En aquel vaivén de zozobras y de esperanzas, de cordura y de credulidad, se desatienden los afanes imprescindibles del hombre y de la coyuntura, cerrando los griegos sus ojos, aunque asomados ya al derrumbadero, hasta

que venido el sultán con la primavera, estalló el trance de su exterminio.

Ejecútanse sin falencia cuantas órdenes le place expedir, a un soberano que nunca indulta. Asoma el veintiséis de marzo, y zumba el enjambre de operarios turcos en el paraje de Asomaton y transportan materiales sin cuento de Asia y de Europa. [1356] Se cuece la cal en Catafrigia, se corta la madera en los bosques de Heraclea y Nicomedia, y las canteras de Anatolia van suministrando grandiosa sillería. Cada uno de los mil albañiles tenía dos segundos, y la tarea diaria era de dos codos. Triangular es la planta de la fortaleza [1357] y torreada gallardamente en sus ángulos, ya en la falda del monte y principalmente sobre la playa; veintidós pies [6,7 m] forman el macizo de los muros y treinta [9,14 m] el de las torres, y la mole del edificio está cubierta con un terrado solidísimo de plomo. Está Mohamed activando y dirigiendo personalmente la obra, con ahínco infatigable; toman los tres visires a competencia el empeño ansioso de acabar cada uno su respectiva torre; los cadíes lidian con los jenízaros en el afán, y la ínfima tarea se condecora y realza con el servicio de Dios y del sultán, y el esmero de la muchedumbre hierve más y más, con la presencia de un déspota, cuya sonrisa esperanza al ambicioso, y cuyo ceño es una sentencia de muerte. Se aterra el emperador griego al estar mirando los adelantos de la obra, y se espera en vano con lisonjas y regalos amansar a un enemigo implacable, que anda en pos, y reservado se desvive por la más leve coyuntura de reyerta, con que faltasen a menudo motivos o pretextos para fomentarla. Destrozos de iglesias suntuosísimas, y hasta las columnas de mármol consagradas a san Miguel Arcángel, todo para en manos de los profanos y rapaces musulmanes, sin el menor asomo de escrúpulo ni reparo; y cuantos cristianos se

arrojan a oponerse logran luego la corona del martirio. Solicita Constantino resguardo turco para la campiñas y bienes de sus desventurados súbditos; se franquea la guardia, pero dando ensanche para que pazcan las caballerías de los reales, y abriguen a sus dependientes contra los naturales. La comitiva de un caudillo otomano había pastado los caballos por medio de la sementera ya en sazón; el daño es de consideración, y la tropelía causa una contienda, en la cual fenecen individuos de ambas naciones. Se complace Mohamed en oír la queja, y destaca una partida para exterminar la aldea culpable, los comprometidos huyen, pero cuarenta segadores inocentes y sosegados fenecen a manos de la soldadesca. Hasta entonces sigue Constantinopla con el trajín del comercio siempre expedito; a la primera alarma se cierran sus puertas; pero el emperador, ansiando más y más la paz, al tercer día franquea el paso a los prisioneros turcos [1358] y se manifiesta en expreso mensaje siempre resignado, como cristiano y como militar. «Puesto que ni juramentos, ni tratados —dice a Mohamed—, ni tampoco rendimientos afianzan la ansiada paz, continúo en la guerra limpia. Sólo confío en Dios, si se digna ablandar tu pecho, me complaceré con tan venturosa mudanza; y si rinde la ciudad a tus manos, me conformo sin chistar con su voluntad sagrada. Pero antes que el Juez de la Tierra nos llegue a sentenciar, me es forzoso vivir y morir en defensa de mi pueblo». La respuesta del sultán es hostil y terminante: redondea sus fortificaciones, y antes de regresar a Andrinópolis coloca de Atalaya un Aga con cuatrocientos jenízaros para cobrar tributo de cuantos bajeles transiten por el alcance del cantón sin distinción de pabellones. Una embarcación veneciana intenta desentenderse de aquel nuevo señorío en el Bósforo, y va a pique de un solo cañonazo de una pieza húngara. Se salva en la lancha con treinta marineros; pero

los arrebatan aherrojados a *Porte*; empalan al capitán y degüellan su gente, y el historiador Ducas [1359] estuvo viendo en Demótica sus cadáveres entregados a las fieras. Se emplaza el sitio de Constantinopla para la primavera próxima, pero un ejército otomano marcha desde luego sobre Morea para retraer las fuerzas de los hermanos de Constantino. En aquel calamitoso trance, uno de aquellos príncipes, el déspota Tomás, logra la dicha, o le cabe el desconsuelo, de nacerle un hijo: «postrer heredero —dice Franza—, con sus lamentos, de la última chispa del Imperio Romano.» [1360]

Griegos y turcos pasan un invierno desvelado y angustioso; los primeros con sus zozobras, y los segundos con sus anhelos, y unos y otros con los preparativos de rechazo o de avance, y ambos emperadores, los más interesados en la ganancia o en el quebranto, son también los más eficaces en el vaivén de sus afectos. Inflaman a Mohamed mocedad y afán; se desahoga con la construcción de un alcázar en Andrinópolis, llamado de Jehan Numa [1361] (la atalaya del orbe), pero el raudal de sus pensamientos le vincula todo el conato en la conquista de la ciudad imperial. Muy a deshora, como en el segundo sueño, se arroja de su lecho, y envía en busca de su primer visir. Mensaje, hora, príncipe y su propia situación, sobresaltan la conciencia de Calil Bajá, que mereció la privanza y aconsejó el restablecimiento de Amurates. Asciende el hijo al solio, sigue el visir con su cargo y con visos de intimidad, pero el estadista consumado se hace cargo de que está pisando una senda de hielo cenceño y resbaladizo, que se va a quebrar bajo sus plantas, para sepultarle en el abismo. Su amistad con los cristianos, que podía ser inocente en el reinado anterior, lo tenía tiznado con el apodo de Gabur Ortachi, o padrino de los infieles, [1362] y su codicia estaba sosteniendo una correspondencia venal y traidora, que se

patentizó y castigó después de la guerra. Al recibir el mandato regio abraza tal vez por despedida a su esposa y niños; llena una copa con monedas de oro, acude arrebatadamente a palacio, y brinda, según la costumbre oriental, el tributo corriente de su obligación y agradecimiento. [1363] «No es mi ánimo —prorrumpe Mohamed—, recobrar las dádivas, sino redoblarlas y encarecerlas más y más sobre tus sienes; y en cambio requiero otro galardón de mucha mayor entidad: Constantinopla». Vuelto en sí el visir de su extrañeza, dijo «el mismo Dios que te ha proporcionado tan gran parte del Imperio Romano, no te ha de recatar lo restante con su capital. La Providencia y tu poderío te están ya afianzando al éxito, y tanto yo como los demás esclavos fieles, vamos a sacrificar nuestros haberes y vidas». «Lala [1364] (o ayo) —continúa el sultán—, ya estás viendo este almohadón, pues toda la noche lo traigo a vueltas; ya me levanto de mi lecho, ya me acuesto de nuevo, mas nunca el sueño acude a mis párpados. Cuidado con el oro y la plata de los romanos; los sobrepujamos en armas, y con el auxilio de Dios y las plegarias del Profeta, creo vamos a apoderarnos de Constantinopla». Para ir más y más rastreando el temple de su obediencia suele rondar las calles a solas y disfrazado, y hay quien lo descubre cuando se retrae de la vista del vulgo. Está ahora delineando el plano de la ciudad enemiga, y sobre todo conferenciando con sus generales e ingenieros sobre la colocación de baterías, la parte más accesible de las murallas, por donde han de reventar las minas, los parajes más adecuados para el arrimo de las escalas y el asalto, y los ejercicios diarios ponían en planta las tareas nocturnas.

Entre los medios de asolación, cundía con sumo ahínco el descubrimiento reciente de los latinos, y su artillería sobrepuja ya en su asomo por el orbe. Un fundidor danés o húngaro, que

había estado hambreando en el servicio de los griegos, deserta a los mahometanos, y merece cuantiosos agasajos al sultán. Le paga Mohamed con la contestación a su primera pregunta, mientras está estrechando al advenedizo. «¿Podremos arrojar balas que den al través con las murallas de Constantinopla? Me consta su fortaleza, mas aun cuando fuesen más incontrastables que las de Babilonia, soy capaz de disponer una máquina que sobrepuje a su resistencia; la colocación y manejo de dicha máquina debe correr a cargo de tus ingenieros». Bajo esta confianza se plantea una fundición en Adrinópolis; se dispone el metal, y a los tres meses presenta Urbano un cañón de bronce de calibre asombroso; su boca era de doce palmos y la bala de piedra pesaba más de seiscientas libras [276 kg]. [1365] Se franquea campo para la primera prueba delante del palacio, mas para precaver sustos, se pregona la víspera tamaña novedad. Se oye a muchísimas millas la explosión, y hasta el tercio de una torre entra la bala con el empuje de la pólvora, sepultándose hasta dos varas en el paraje donde llega a caer. Para su acarreo, se engarza y eslabona un conjunto de treinta carruajes, tirados por sesenta bueyes, se colocan por los costados hasta doscientos hombres para ir sosteniendo y apalancando aquel trabajoso equilibrio; doscientos cincuenta operarios van delante para allanar y fortalecer el camino y habilitar las puertas, y se emplean cerca de dos meses en la afanosa marcha de ciento cincuenta millas [241,39 km]. Un filósofo travieso escarnece con este motivo la ceguedad de los griegos, y advierte [1366] con mucha razón que siempre conviene desconfiar de las cooperaciones de todo pueblo vencido. Computa que una bala, aun de doscientas libras [92 kg], requiere la carga de ciento cincuenta libras [69 kg] de pólvora, y que su empuje sería apocado y desvalido, por cuanto tan sólo la quincena parte de

aquella cantidad pudiera inflamar al golpe. Ajenísimo, como me hallo, de todo artificio asolador, me hago cargo de que en el sistema actual de artillería, se antepone el número de las piezas al peso enorme del metal, el redoble del fuego al estruendo y aun al resultado de la explosión. No me atrevo sin embargo a impugnar el testimonio positivo y unánime de escritores contemporáneos; así es inverosímil que los primeros polvoristas, en sus conatos tan torpes y desatentados, traspasasen los límites de la regularidad. En el día mismo un cañón turco, todavía más enorme que el de Mohamed, está guardando la entrada de los Dardanelos; y aunque su manejo es trabajosísimo, en un experimento reciente ha surtido un efecto de consideración. Una bala de peso de más de mil libras [460 kg] con trescientas treinta [151,8 kg] de pólvora y a una distancia inmensa, se dividió en tres trozos, atravesó el estrecho, y cuajando las aguas de espuma, asomó y rebotó por la loma contrapuesta. [1367]

Mientras Mohamed está amenazando la capital de Oriente, el emperador de los griegos se enfervoriza más y más implorando asistencia al cielo y a la tierra. Ensordecen las potestades invisibles a sus plegarias, y la cristiandad se desentiende allá con desvío de la catástrofe de Constantinopla, mientras suenan promesas de socorro por parte del sultán de Egipto, quien se muestra celoso y advertido por su situación política. Endebles son algunos estados, y otros se hallan a larguísima distancia; hay quien mira la contingencia como imaginaria, y hay quien, por el contrario, conceptúa el fracaso absolutamente inevitable; siguen los príncipes occidentales engolfados en sus contiendas caseras e interminables, estando el pontífice romano airado en extremo con la falsedad u obstinación de los griegos. En vez de echar el resto en influjo, armas y caudales, Nicolás V tenía predicho su exterminio; y se

contemplaba como comprometido en el cumplimiento de su profecía. Amainó quizás al fin a los asomos del trance, mas ya su conmiseración es tardía, sus conatos resultan endebles y absolutamente infructuosos, Constantinopla yace en la tumba, antes que las escuadras de Venecia y de Génova traten de dar la vela. [1368] Hasta los príncipes de Morea y de las islas aparentan tibia neutralidad; la colonia genovesa de Gálata, está negociando un tratado peculiar, y el sultán las sigue más y más esperando con las muestras engañosas de que han de sobrevivir por su clemencia al exterminio del Imperio. Gentío plebeyo y hasta nobles bizantinos, se desentienden ruinmente del peligro de su patria y la avaricia de los principales, rechazan al emperador y reservan para los turcos los tesoros recónditos, para cuya defensa pudieran sortear ejércitos enteros de Europa asalariada. [1369] Se aparata sin embargo el príncipe menesteroso y aislado, para contrarrestar a su formidable antagonista; pero por más que su tesón corresponda al trance, no alcanzan las fuerzas para lid tan arriesgada. Raya la primavera, y el raudal de la vanguardia turca va arrollando pueblos y aldeas hasta las mismas puertas de Constantinopla, y halla todo rendido, salvación y resguardo; pero quien intenta resistir, fenece a fuego y sangre. Entréganse a la primera intimación las plazas griegas de Mesembria y Aqueloo sobre el Mar Negro, tan sólo Selibria se condecora gallardamente con sitio o bloqueo, y sus denodados moradores los acometen por tierra, se arrojan por mar en sus lanchas, saquean la costa opuesta de Cízico, brindan sus cautivos en mercado público; pero asoma luego Mohamed, y todo enmudece y se postra; acampa al pronto a cinco millas [8,04 km] y desde allí marchando escuadronado, enarbola el estandarte imperial ante la puerta de san Román, hasta que por fin el seis de abril, plantea el sitio memorable de

Constantinopla.

Las tropas de Asia y Europa se tienden a derecha e izquierda, desde Propóntide, hasta la bahía misma, los jenízaros al frente se colocan delante de la tienda del monarca; se atrinchera toda la línea otomana, y otro cuerpo grandioso abarca el arrabal de Gálata, y acecha la fe dudosa de los genoveses. El escudriñador Filelfo, que residía en Grecia treinta años antes del sitio, afirma terminantemente, que todas las fuerzas turcas, prescindiendo de su nombre y su entidad, no pasaban de sesenta mil caballos y veinte mil infantes, y estos vituperando el apocamiento de las naciones, que se postraran rendidamente a una guerrilla de bárbaros. Tal es con efecto la planta corriente de los *Capiculi*, [1370] tropas de Porte, que marchan con el príncipe, que las costeaba de su tesoro. Pero los bajaes, allá en sus gobiernos, aliviaban y mantenían sus milicias provinciales, repartían tierras a rédito militar, se agolpaban voluntarios esperanzados del sumo despojo, y el pregón de la trompeta sagrada estaba brindando a enjambres de fanáticos hambrientos y denodados, quienes por lo menos estaban agravando el pavor, y en el primer avance embotan los aceros del cristianismo. Abultan Ducas, Chalcondyles y Leonardo de Quíos la mole turca hasta el número de trescientos o cuatrocientos mil hombres; pero Franza es un juez más cercano y esmerado; y luego su terminante suma de doscientos cuarenta y ocho mil no se propasa de los términos de la experiencia y la probabilidad. [1371] Menos formidable es la armada italiana, pues aunque aparecen por Propóntide hasta trescientas veinte velas, se reducían todas a unas dieciocho galeras de guerra, siendo los más de los restantes mares, de abastos o transportes, que están a toda hora desembarcando gente, víveres y municiones. El vecindario de Constantinopla asciende a más de cien mil moradores; pero aquel número

asoma en las listas del cautiverio y no de la milicia, consistiendo los más en artesanos, clérigos y mujeres, y luego gente ajenísima de aquel tesón que hasta las mismas mujeres han demostrado en ciertos trances, por la defensa de la patria. Doy por supuesta y casi disculpo la repugnancia de individuos para ir a guerrear en una frontera remota, bajo el albedrío de un déspota; pero el hombre que se retrae de exponer su vida en defensa de sus propios hijos y de sus haberes, carece ya de los primeros y más briosos móviles de la sociedad, y de la misma naturaleza. Dispone el emperador una pesquisa general y empadronamiento, por barrios, calles y casas, de cuantos ciudadanos, y aun monjes, se hallan de armas tomar con ánimo de acudir a defender sus hogares. Se confía a Franza, [1372] y sumado escrupulosamente el conjunto, afirma al soberano con extrañeza y amargura, que la defensa nacional queda reducida a cerca de cinco mil romanos. Renovose aquel encono mortal entre Constantino y su leal ministro, y se van distribuyendo a proporción en el arenal broqueles, ballestas y mosquetes a las compañías de ciudadanos. Consuela algún tanto el refuerzo de un cuerpo de dos mil advenedizos, a las órdenes de Juan Justiniano, caballero genovés; se les anticipa una cantidad crecida, y se les promete un galardón grandioso, el principado de la isla de Lemnos, para el caudillo valiente y victorioso. Se ataja la boca de la bahía con una cadena poderosa, sostenida por bajeles de guerra y de comercio griegos e italianos, deteniendo además para el servicio público cuantos buques van llegando de Candía y del Mar Negro. Hay que guarnecer un recinto de trece o tal vez dieciséis millas [20,92 o 25,74 km] con siete u ocho mil hombres, contra todo el poderío del Imperio otomano. Señorean los sitiadores Europa y Asia a sus anchuras; al paso que las fuerzas y abastos de los sitiados tienen que ir menguando

diariamente, sin contar con la llegada de otros auxilios o socorros.

Allá los romanos primitivos desenvainaron sus aceros con la resolución de vencer o morir; y luego los cristianos resignados se abrazaron mutuamente, esperando sufrida y amorosamente la cuchillada del martirio; pero los griegos de Constantinopla se acaloraban por la religión en sus contiendas y partidos, en sus enconos y discordias. El emperador Juan Paleólogo antes de morir había protestado contra la unión que le tenía malquisto con los latinos; ni se renovó aquel intento hasta que el sumo conflicto de su hermano Constantino le dictó un nuevo ensayo de adulación y de disimulo. [1373] Con la solicitud de auxilio temporal, llevan sus embajadores el encargo de alegar toda seguridad en punto a obediencia espiritual; cohonesta sus distracciones de los negocios de la Iglesia con los afanes urgentísimos del Estado, y sus anhelos católicos echan a menos la presencia de un legado. Repetidas veces quedara burlado el Vaticano, mas el decoro requería que no se desatendiesen sus muestras de arrepentimiento; más obvio se hace el envío de un legado que el de una hueste, y como seis meses antes del total derrumbo, asoma el cardenal Isidoro de Rusia con aquellas ínfulas, acompañado de un sinnúmero de clérigos y soldados. Salúdale el emperador con los dictados de amigo y de padre; acude a sus sermones públicos y privados con decoroso acatamiento, y firma el tratado de unión, al par que los eclesiásticos y los seglares más condescendientes. El doce de diciembre, ambas naciones en el templo de Santa Sofía, se hermanaron y confundieron en el sacrificio y la plegaria, entonando solemnemente los nombres de entrambos pontífices; esto es, el de Nicolás V, vicario de Cristo, y el del patriarca Gregorio, el cual había salido desterrado para un pueblo rebelde.

Se escandalizan todos con el traje y el idioma del clérigo latino que está oficiando, y se horrorizan de que está consagrando una tortita, hostia u oblea de pan ázimo o sin levadura, y vertiendo agua fría en el copón sacramental. Reconoce sonrojado un historiador nacional que ninguno de sus paisanos, ni el mismo emperador procedían de buena fe en aquel concurso occidental. [1374] Se cohonesta aquel arrebato y atropellamiento con la escasez de una muestra tan esmerada a su debido tiempo, pero todas sus disculpas más o menos fundadas están confesando terminantemente su perjurio. Al querer sus hermanos pundonorosos estrechar a los avenidos: «Aguardad —contestan—, a que Dios haya salvado la ciudad del dragón infernal que está ahí desencajando sus quijadas para devorarme y en tanto palparéis si nos hemos reconciliado de corazón con los azimitas». Mas no caben aguantes en los fervorosos, ni las artes palaciegas alcanzan jamás a enfrenar los ímpetus del entusiasmo popular. Desde el mismo cimborio de Santa Sofía los moradores de ambos sexos y de todas clases allá se disparan en oleada a la celda del monje Genadio [1375] para consultar con el oráculo de la iglesia. Invisible se hace el varón sagrado, allá en arrobo al parecer, o engolfado en meditación profundísima, como en éxtasis sobrehumano; mas ya tiene colgada a la puerta de su estancia una tablilla parlante, y todos se van retirando, al paso que leen las palabras pavorosas: «¡Oh malhadados romanos; con que abandonáis la verdad, y en vez de confiar en Dios, cifráis vuestra salvación en los italianos! Apiadaos de mí, Señor, protesto aquí en vuestra presencia que vivo inocente de tamaño delito. Desventurados romanos, recapacitad, deteneos y arrepentíos. En el trance mismo de apartaros de la religión paterna, y abrazaros con la impiedad misma, quedáis sepultados en servidumbre advenediza». Según dictamen del mismo

Genadio, las vírgenes religiosas, tan puras como arcángeles, pero altaneras como espíritus malignos, desechan el acta de unión, y abjuran todo roce y convenio con los asociados actuales y venideros de los latinos, y la mayor parte del clero y del pueblo aclama y sigue su ejemplo. Los griegos enardecidos se disparan del monasterio, y repartiéndose por los bodegones brindan por el exterminio de todo esclavo del papa; empinan sus vasos en honra y gloria de la imagen de la sagrada Virgen, claman y le ruegan que defienda contra Mohamed la misma ciudad que allá en otro tiempo salvó de la saña de Cosroes y del chagan. Se embriagan de fervor y de vino, y prorrumpen desaforadamente: «¿Qué necesidad podemos tener de auxilio, de unión y de latinos? Vaya allá muy lejos de nosotros ese malvado culto de los azimitas». Por todo el invierno anterior al gran fracaso, la nación entera se contagió con aquel arrebato frenético, y la temporada de Cuaresma, y los asomos de la Pascua, en vez de encariñarse mutuamente, tan sólo condujo para extremar sin término el enfurecimiento fanático. Los confesores van escudriñando y enardeciendo hasta lo sumo las conciencias, y se impone penitencia rigurosísima a cuantos han recibido la comunión de mano de algún sacerdote adicto aun allá tácitamente a la unión. El servicio del altar por sí solo ha venido a inficionar hasta a los meros y callados mirones que lo han presenciado, y quedaron todos apeados del timbre sacerdotal; ni es lícito aun en la extrema agonía, el acudir a su asistencia para las plegarias y la absolución. Mancillada ya la iglesia de Santa Sofía, con el sacrificio latino, queda desierta, a fuer de sinagoga judía, o de templo pagano, por el clero y por los seglares, y silencio lúgubre y profundísimo reina desde la cumbre del gran cimborio, perfumado antes de continuo por inmensas nubes de incienso, iluminado con innumerables blandones, y retumbando allá en el

eco redoblado de plegarias y parabienes. Odiosísimos herejes y aun infieles aparecen los latinos, y el primer ministro del Imperio, el gran duque, entona desaforadamente que antepone presentar en Constantinopla el turbante de Mohamed a la tiara del papa, o al capelo de cardenal. [1376] Arranque tan impropio de un cristiano y de un patricio, se generaliza fatalísimamente entre los griegos; defrauda al emperador del cariño y del apoyo de los súbditos, y su cobardía nativa viene a santificarse con la resignación a los decretos divinos, o a una esperanza soñada de algún suceso milagroso.

Triangular es la planta de Constantinopla, y los dos costados marítimos son absolutamente inaccesibles a los avances del enemigo, Propóntide por naturaleza y bahía por arte. Entre ambas marinas, la base del triángulo, esto es, el costado terreno, está resguardado con un murallón doble y un gran foso de cien pies [30,47 m] de profundidad. Contra esta línea de fortificación, que Franza extiende (testigo de vista) hasta seis millas [9,65 km], [1377] dirigen los turcos su avance principal, y el emperador, señalando a cada cual su servicio o mando de los puntos más arriesgados, emprende la defensa de su muralla. Al principio del sitio, la tropa griega baja al foso y sale al campo, mas luego se hacen cargo de que según la desproporción de las fuerzas, un solo cristiano es de más entidad que veinte turcos, y así tras aquellos ímpetus denodados, se ciñen cuerdamente a resguardar la muralla con las arrojadizas. No cabe tachar aquel miramiento de cobardía. Apocada y ruin es, con efecto, la nación entera, pero el último Constantino se hace acreedor al dictado de todo un héroe; el tercio gallardo de voluntarios rebosa de pujanza romana, y así los auxilios advenedizos corresponden al pundonor caballeresco de los occidentales. Descargas de venablos y flechas, menudean al eco, humo y

fuego de mosquetería y artillería. Las armas menores disparan cinco, seis y hasta diez balas de tamaño de avellanas, y según la espesura de las filas y el empuje de la pólvora, un solo tiro traspasa y vuelca compañías enteras de enemigos. Pero luego los avances turcos se resguardan en trincheras, o tras montones de escombros. Los cristianos se van más y más amaestrando en la milicia; pero les va escaseando la pólvora. Sus cañones son de menor calibre y en corto número, y aunque hay tal cual pieza mayor, no se aventuran a colocarla sobre la vieja muralla, con el recelo de que la construcción añeja venga a desplomarse con la explosión. [1378] Aquel medio asolador había trascendido a los musulmanes, empleándolo con la energía que dan riquezas y despotismo. Ya se historió la disposición del cañón grandísimo de Mohamed, objeto patente y de sumo bulto para los anales de aquel tiempo, y acompañan a la enorme pieza otras dos, poco menores. [1379] El frente dilatado de la artillería turca se asesta contra la muralla, tronando más y más catorce baterías a un tiempo contra los puntos más accesibles, y entre ellas, no se aciertan a deslindar si era de ciento treinta piezas, o su descarga de ciento treinta balas. Pero en medio del poderío y la eficacia del sultán, asoma desde luego el atraso de la nueva ciencia. Aun con un mandarín que está contando los minutos, el cañón mayor tan sólo puede hacer siete descargas al día, [1380] y aun así se caldea tanto el metal que al fin para en reventarse, y mata a varios de los sirvientes, a pesar del esmero del fundador en verter aceite por la boca a cada tiro.

Las primeras descargas, poquísimas certeras, están causando sumo estruendo con poquísimo resultado, hasta que un cristiano les aconseja que viertan la artillería contra los costados opuestos del ángulo saliente de un bastión. En medio de mil torpezas, la repetición y la violencia de tanto fuego causan

alguna mella en las murallas, y los turcos, esforzando sus avances hasta la orilla del foso, intentan terraplenar la grandísima abertura, y proporciónanse rumbo para el asalto. [1381] Van hacinando sacos, fajinas y troncos, y es tal el ímpetu de aquella muchedumbre, que toda la cabeza, o vanguardia, se hunde en aquel abismo y queda soterrada debajo de la mole. El ahínco de los sitiados se cifra ya todo con terraplenar el foso, y los sitiadores conceptúan su salvamento en el conato de conservarlo absolutamente despejado, y tras largo y penoso afán de todo el día, llega la noche y queda otra vez expedita la cerca. Acude Mohamed a las ruinas, pero es el suelo herroqueño, y el rumbo de los mineros queda luego atajado y contraminado por los defensores, y el arte no había llegado todavía a macizar de pólvora los fosos y volar así ciudades enteras. [1382] La circunstancia que particulariza al sitio de Constantinopla es el enlace de la artillería antigua con la moderna. Alternan en él los cañones con la mosquetería antigua para despedir piedras y flechas o venablos; bala y ariete compiten allí contra la idéntica muralla, y el descubrimiento de la pólvora no tiene todavía arrinconado el uso del fuego liquido e inextinguible. Adelantan una torre de madera sobre rollos, y aquel alcázar portátil lleva consigo pertrechos y fajinas y va resguardada con la triple cubierta de pieles frescas de buey; está toda arpillerada y los tiradores hacen desde allí fuego a su salvo. Tiene tres puertas por el frente para aprontar a recoger los soldados, y los operarios, trepando a su cima por una escalera interior, donde alzan una especie de escala para despedirla, formar un puente y engancharla en el muro opuesto. Por medio de mil arbitrios a cual más pernicioso, logra por fin dar al través con la torre de san Román, forcejean los turcos hasta lo sumo; pero al cabo quedan rechazados de la lucha, e imposibilitados con la

lobreguez; pero esperanzan que en rayando el alba han de recobrar el terreno perdido, con mayor ventaja. La actividad del emperador y de Justiniano aprovechan cuanto es dable aquel rato de sosiego y desahogo, y permaneciendo entrambos inmobles para echar el resto de aquel trance en que se cifran el salvamento de la ciudad y de la iglesia. Amanece, y el sultán azorado está viendo la gran torre de madera reducida a cenizas, el foso despejado y la torre de san Román otra vez cabal y poderosa. Se lamenta de su malogro y prorrumpe en la exclamación profana, de que a la palabra de los treinta y siete mil profetas no le precisaron a creer, que semejante obra y en tan breve tiempo quedase restablecida por los infieles.

Tibio y tardío es el socorro de los príncipes cristianos, pero desde los primeros recelos del sitio había Constantino negociado por las islas del Archipiélago, Morea y Sicilia los auxilios más imprescindibles. Desde principios de abril cinco naves crecidas [1383] armadas en corso y mercancía, debían salir de la bahía de Quíos, a no contrarrestarles el viento tenacísimo del norte. [1384] Uno de aquellos bajeles arbolaba el estandarte imperial, y los demás eran genoveses; y todos venían cargados de trigo, centeno, vino, aceite y hortalizas y sobre todo con soldados y marineros para el servicio de la capital. Tras aquella detención angustiosa, una ventolina suave y luego un soplo recio del sur los arrolla por el Helesponto y Propóntide; mas ya la ciudad está cercada por mar y por tierra, y la escuadra turca a la embocadura del Bósforo se tiende allá en media luna de extremo a extremo todo el frente para interceptar, o por lo menos rechazar, a los denodados auxiliares. Todo lector que tenga presente la perspectiva de Constantinopla se hará cargo y se pasmará de la grandiosidad de aquel espectáculo. Las cuatro naves cristianas seguían surcando con joviales alaridos, y al impulso combinado

de vela y remo contra la escuadra enemiga de trescientos bajeles, y murallas, campamento y playas de Europa y Asia, están cuajadas de gentío innumerable, que están esperando con ansia el desenlace del grandísimo empeño. Al pronto no ponía dudas el paradero de la lid, pues la superioridad de los musulmanes era desmedida y ajena de toda competencia, y en medio de una bonanza el mayor número, acompañado de valor, no podía menos de quedar triunfante. Pero aquella armada repentina y tosquísima fue labrada no por la inteligencia de un pueblo, sino por el albedrío del sultán, y los turcos en la cumbre de su prosperidad confesaban que Dios les había otorgado el imperio de la tierra y reservado el dominio del mar para los infieles; [1385] repetidas derrotas y una decadencia rapidísima ha ido confirmando la verdad de aquella manifestación. Fuera de catorce galeras de alguna consideración, todo lo restante de aquella armada eran barcos abiertos, construidos torpemente y manejados sin conocimiento, recargados de tropa y faltos de artillería; y por cuanto el denuedo se cifra personalmente en la confianza de su propia fuerza, hasta el jenízaro más valiente está temblando en aquel nuevo elemento. Diestrísimos pilotos guían las grandísimas naves cristianas, tripuladas con veteranos de Italia y griegos, curtidos todos en la práctica y en los peligros del mar; avanzan sus moles a sumergir o arrollar cuantos tropiezos se atraviesan a su tránsito: barre su artillería las aguas; vierten torrentes de fuego líquido sobre sus contrarios, quienes abalanzándose al abordaje, se vienen acercando, y viento y marea favorecen siempre al mejor navegante. En aquel trance los genoveses se arrojan al rescate de la almiranta, ya casi avasallada por el enemigo; y al fin los turcos, de lejos y de cerca quedan completamente rechazados con pérdida de consideración, hasta dos veces. Descuella Mohamed a caballo hacia el extremo de un

promontorio para enardecer el denuedo con su voz y su presencia, con mil promesas de galardones, y con el temor, mucho más poderoso que el miedo del enemigo. Ímpetus del alma y ademanes del cuerpo, [1386] todo está remedando las gestiones de los combatientes, y sobándose allá soberano de la naturaleza, aguijonea el caballo y se engolfa por el agua con arrojo furibundo pero infructuoso. Los vituperios redoblados, la gritería del campamento, comprometen los otomanos a tercera refriega más empeñada y sangrienta que las dos anteriores teniendo yo que repetir, aunque indeciso, el testimonio de Franza, quien afirma, por boca de los mismos vencidos, que vinieron a perder en aquel día hasta doce mil hombres. Huyen desbaratados a las playas de Asia y Europa, mientras la escuadrilla cristiana surca intacta y triunfadora las aguas del Bósforo y fondea a su salvo en la bahía, al interior de la bahía, blasonando en alas de su victoria de que todo el poderío turco ha de yacer a sus plantas; al paso que el almirante o capitán bajá viene a consolarse con la herida dolorosa en un ojo culpando a este fracaso como causa principal de su descalabro. Era Balthi Ogli un renegado de la alcurnia de los príncipes búlgaros; ajaba sus timbres de valiente una codicia extremada, y bajo el despotismo, ya monárquico ya popular, toda desventura está arguyendo sumo delito. El desagrado de Mohamed anonada su jerarquía y su carrera. Tiéndenle cuatro esclavos a presencia del soberano en el suelo, y le descargan hasta cien golpes con una barra de oro. [1387] Queda sentenciado a muerte y tiene que implorar la clemencia del sultán, quien se contenta con el castigo más suave de confiscación y destierro. La llegada de aquel socorro resucita las esperanzas de los griegos y está tiznando la vil poltronería de sus aliados occidentales. Millones de cruzados habían ido a sepultarse por los desiertos de Anatolia

y los peñascos de Palestina voluntaria y desesperadamente; al paso que la ciudad imperial es de suyo fuertísima y se muestra patente a todo amigo, y un armamento regular o competente de las potencias marítimas ponía en salvo los restos del poderío romano, y sostenía una fortaleza cristiana en el corazón del Imperio otomano. Mas aquella fue la única y endeble tentativa para el rescate de Constantinopla: las potencias remotas se desentendieron de todo peligro, y el embajador de Hungría, por lo menos de Huniades, se halló en el mismo campamento del sultán para descargarle de zozobras y estar dirigiendo las operaciones del sitio. [1388]

Mal pueden los griegos internarse por los arcanos del diván, mas vienen a conceptuar que su resistencia tenaz y a todas luces asombrosa, ha de acosar o quebrantar la perseverancia de Mohamed. Está con efecto ideando su retirada y va a levantarse el sitio, cuando los celos ambiciosos del segundo visir contrarrestan el dictamen de Calil Bajá, quien sigue manteniendo su correspondencia reservadísima con la corte bizantina. Se da por desahuciada la rendición de la capital, mientras no se entable un sistema doble de avance por la bahía, al par que por el de tierra; mas permanece inaccesible la bahía, pues sostienen la cadena incontrastable de Constantinopla ocho buques grandiosos y más de veinte menores, con varias galeras y lanchones, y en vez de arrollar aquel tropiezo, los turcos podían recelar una salida naval y otro encuentro en alta mar. En medio de aquel vaivén, el numen de Mohamed viene a idear y ejecutar un plan portentoso; a saber, el de ir transportando por tierra sus bajeles y sus almacenes desde el Bósforo hasta la parte superior de la bahía. La distancia será como de diez millas [16,09 km]; el terreno es quebrado y cubierto de maleza, y por cuanto hay que despejar el rumbo tras el arrabal de Gálata, para en manos de los

genoveses la alternativa de tránsito expedito o total exterminio. Aquellos mercaderes egoístas están desde luego ansiando la fineza de ser los postreros en el degüello general; y el atraso en el arte se suple con los brazos a miles de miles a cual más solícito y brioso. Se allana la travesía y se cuaja de fuertísimos tablones y para suavizar el paso se embarniza y se engrasa con enjundia de infinitas cosas. Se harán ochenta galerillas o bergantines de más o menos remos en la playa del Bósforo; se van colocando sobre rollos y se van trayendo al empuje de brazos y garruchas. Van de guías o pilotos dos conductores al timón y a la proa de cada bajel; se da la vela si favorece el viento, y todo se vuelve aclamación y gritería. En una sola noche, aquella escuadrilla turca trepa a la loma y resbala por la llanura, y entra por los bajíos de la bahía a larga distancia de las naves más asoladoras de los griegos. La entidad de aquella empresa se abulta más con el pavor por una parte y la confianza por otra que acarrea desde luego; pero el hecho patente se ostenta a presencia de todos, y suena por los escritos de ambas naciones. [1389] Ya los antiguos habían echado mano de igual ardid. [1390] Las galeras otomanas, tengo que repetirlo, venían a ser lanchones; y si cotejamos los buques y la distancia, los tropiezos y los medios, el decantado portento [1391] se ha visto quizás igualado por el ingenio moderno. [1392] Señorea Mohamed lo alto de la bahía con escuadra y ejército, construye en las angosturas un puente, o sea muelle de cincuenta codos [21 m] de anchura y cien [42 m] de longitud; se forma de barriles o toneles; se enmadera por encima, se afianza con cadenas y se entablona con solidez. Sitúa una pieza de gran calibre sobre aquella batería flotante, mientras las galeras con tropa y escalas se acercan al punto más accesible, ya antes asaltado allá por los conquistadores latinos. Tal vez fue la reprensible flojedad de los sitiados en no arrasar aquellas obras

a medio construir; pero el fuego superior arrolló y acalló al inferior; y aunque acuden luego vigilantes a quemar de noche los barcos y el puente del sultán, su desvelo les ataja el intento, sus galeones de vanguardia fenecen o se rinden y se les asesinan atrozmente en el acto hasta cuarenta mozos sobresalientes entre griegos e italianos, sin que se alivie la pesadumbre del emperador con el desagravio justo, aunque cruelísimo, de clavar por la muralla las cabezas de doscientos sesenta musulmanes. Tras aquel sitio de cuarenta días no cabe ya sortear el paradero de Constantinopla. Desfallece la escasa guarnición para acudir a las dos llamadas contrapuestas. La artillería otomana va desmantelando aquellos antemurales que descollaron por largos siglos contra todo embate; son ya varias las brechas patentes, y junto a la puerta de san Román, yacen arrasadas cuatro poderosas torres, y Constantino tiene que acudir a despojar las iglesias con el compromiso del cuádruple para ir pagando la tropa desmandada y endeble, con cuyo sacrilegio da nuevo campo a los insultos de todo enemigo de la unión. La tea de la discordia menoscaba los restos de las fuerzas cristianas; los auxiliares genoveses y venecianos se pelean por la preeminencia en sus servicios respectivos, y luego Justiniano y el duque, cuya ambición sigue desaforada en medio de tan sumo peligro, se están tildando mutuamente de traición y cobardía.

Habían ya sonado, durante el sitio, tal cual vez las voces de paz y capitulación, y aun se cruzaron entre el campamento y la ciudad algunos mensajes. [1393] El emperador griego tiene que amainar con la adversidad, y se aviniera desde luego a términos compatibles con su decoro y el de la religión. Ansioso está el turco de derramar la sangre, y anhela todavía más el afianzar para sí propio los tesoros bizantinos, y cumplía con una obligación sagrada en brindar a los Gabures con la elección de

tributo, circuncisión o muerte. Colmada podía quedar la codicia de Mohamed con la suma anual de cien mil ducados; pero su ambición se aferra en la capital de Oriente; ofrece un equivalente grandioso al príncipe, y tolerancia, o despido sin quebranto; pero tras largos vaivenes se clava en la resolución de hallar trono o sepultura ante los muros de Constantinopla. Acendrado pundonor, y la zozobra de vituperio universal, atajan a Paleólogo el oprobio de entregar la ciudad a las garras del otomano, y se empeña en arrostrar los extremos postreros de la guerra. Emplea el sultán varios días en los preparativos del asalto, y se alarga el plazo para cumplir con los anuncios de su predilecta astrología, que fija en el veintinueve de mayo el día infausto o venturoso del empeño. Por la noche del veintisiete expide sus órdenes terminantes; junta a los jefes militares y reparte sus soldados por el campamento para pregonar la obligación y los motivos de tan arriesgada empresa. El temor es el gran móvil de todo gobierno despótico, y sus amagos se expresan en el estilo oriental, y son que todo fugitivo o desertor, aun cuando tenga las alas de un ave, [1394] no ha de sortear su justicia inexorable. De padres cristianos nacieron los más de sus bajaes jenízaros, pero tienen ya encarnados los timbres del nombre turco, y en medio de la renovación perpetua de individuos, la adopción los va empapando en los arranques de la legión, regimiento y compañía, que reinan más y más con el remedo y la disciplina. Se exhorta en aquel empeño sagrado a todo mahometano, para que purifique su alma con la plegaria y sus cuerpos con siete lavatorios, y que se abstenga del más mínimo alimento hasta el fin del día siguiente. Se reparten a tropel los derechos o cánones por las tiendas, para infundir a todos el afán del martirio y la confianza de mocedad irracional por las vegas y vergeles del paraíso, en los brazos de vírgenes

ojinegras. Mohamed se ciñe a galardones temporales y patentes; paga doble a las tropas victoriosas: «Míos son —dice—, ciudad y edificios, pero allá va para vosotros, valientes, cautivos y despojos, los tesoros de metales y hermosuras; sed ricos y sed felices, varias son las provincias de mi Imperio, el guerrero denodado que allá trepe ante todos al muro de Constantinopla, gobernará la más rica y populosa, y mi agradecimiento le agolpará blasones y caudales, muy superiores a los sueños de su esperanza». Arde la tropa turca en general entusiasmo, menospreciando la vida y ansiando la refriega. Todo es alarido y gritería: «Dios es Dios; no hay más que un Dios, y Mahoma es el apóstol de Dios»; [1395] y mar y tierra, desde Gálata hasta las siete torres centellean con el resplandor de los fuegos nocturnos.

Diversísima es la situación de los cristianos, quienes a voces y con quejidos amargos están llorando las culpas y el castigo de sus pecados. Sale en solemne procesión la imagen celestial de la Virgen, mas aquella divina Patrona ensordece a sus plegarias; claman contra el emperador por su tenacidad en rehusar una rendición oportuna, anticipando su horrorosa suerte, y suspiran ya todos por el sosiego de la servidumbre turca. Convoca a palacio la primera nobleza y a los aliados más valientes, para disponerles en la noche del veintiocho para su desempeño en el peligro sumo del asalto general. La última arenga de Paleólogo es el sermón de exequias del Imperio Romano. [1396] Promete, insta, y en vano se esmera en infundir la esperanza que murió en su propio pecho. Todo asoma lóbrego y sin consuelo, y ni el Evangelio ni la Iglesia proponen galardón alguno esclarecido a los prohombres que expiran por su patria; pero el ejemplo de su príncipe y el encierro de un sitio ha escudado aquellos guerreros con el valor de la desesperación, y la escena trágica descuella con los afectuosos arranques de Franza, que estuvo presenciando

aquella reunión tristísima. Lloran, se abrazan, comprometen sus vidas prescindiendo de haberes y familias, y cada caudillo, acudiendo a su puesto, conserva toda la noche una vela ansiosa sobre la muralla. Entra el emperador con algunos leales en la gran basílica de Santa Sofía, que en breves horas ha de parar en mezquita, y recibe compungidamente con ayes, lágrimas y plegarias el sacramento de la sagrada comunión. Descansa un rato en palacio, que está resonando con alaridos y lamentos; anda pidiendo perdón a cuantos puede haber agraviado, [1397] y monta a caballo para ir visitando los puntos y observar los movimientos del enemigo. El conflicto y vuelco del postrer Constantino campea con mayor timbre que la prosperidad dilatada de los Césares bizantinos.

En la ceguedad de lobreguez profunda puede un asalto lograr el intento; pero en aquel grandísimo y general avance, el tino militar y la cavilación astronómica de Mohamed le aconsejan que espere hasta el amanecer de aquel memorable veintinueve de mayo del año 1453 de la era Cristiana. La noche había sido vigorosamente empleada; tropas, artillería y fajinas se abocan sobre la orilla del foso, que por varios puntos está ya ofreciendo tránsito obvio y suave para la brecha; y las ochenta galeras están ya como tocando con sus proas y sus escalas las murallas tal vez indefensas de la bahía. Reina el silencio bajo pena de la vida, pero el eco inevitable del movimiento no se sujeta a la disciplina y ni al miedo, ata cada cual su lengua y contiene sus pisadas, pero la marcha y faena de tantos miles no puede menos de causar allá una confusión de vocería descompasada, que suena en el oído de los escuchas de las torres. Amanece, y sin disparar el cañonazo de la madrugada, asaltan los turcos por mar y por tierra el recinto entero, y la semejanza de una cuerda redoblada y retorcida se aplicó a la extensión y

continuidad de su línea de avance. [1398] Encabezan la hueste los cuerpos ruines; tropel que pelea voluntariamente sin mando ni arreglo, de ancianos y niños de campesinos y vagos, y de cuantos acudieron a ciegas al campamento con la esperanza confusa de presa y martirio. Allá el empuje de la turba los arrebata hasta la muralla misma; los trepadores más arrojados yacen luego en el foso; y toda flecha, toda bala de los cristianos, se emplea aventajadamente en la maciza muchedumbre. Pero ya en aquel primer afán desfallecen las fuerzas y escasean los pertrechos; los mismos cadáveres van cuajando el foso, y sostienen las huellas de sus compañeros, y en suma la muerte de toda aquella vanguardia aventurada se les hace más provechosa que la vida. Asoman las tropas de Anatolia, y Romanía a las órdenes de sus bajaes y caudillos respectivos; su avance varía y titubea; pero tras refriega de dos horas se sostienen los griegos sin quebranto, y entonces suena más pura la voz del emperador alentando a su soldadesca para coronar con su tesón redoblado el rescate de su patria. En aquel trance decisivo descuellan los jenízaros, fuertes, pujantes e incontrastables, el mismo sultán a caballo con una maza de hierro en la mano, es el observador y juez de su denuedo; le escoltan hasta diez mil de sus tropas palaciegas y reservadas siempre para los momentos más críticos de toda refriega, y su vista y su voz van disparando la oleada del combate. Se colocan detrás de la línea los ejecutores de la justicia para impeler, conducir o castigar, y si el peligro arredra por el frente, oprobio y muerte inevitable atajan por la retaguardia a los fugitivos. Todo alarido de susto y dolor queda ahogado con la música marcial de tambores, clarines y timbales, y la experiencia tiene comprobado que la operación mecánica del sonido, avivando más y más el giro de la sangre y de los espíritus, obra más ejecutivamente sobre la máquina humana,

que la racionalidad del pundonor y de la elocuencia. Atruena la artillería otomana de la línea, de las galeras y del puente, y campamento y ciudad, griegos y turcos quedan envueltos con un nublado de humo que tan sólo puede venir a despejarse con el rescate total, o el vuelco del Imperio Romano. Las lides particulares de tantos héroes históricos o fabulosos embelesan la fantasía, y cautivan tal vez nuestros afectos, la maestría de evoluciones grandiosas enteran al entendimiento, y van siempre perfeccionando una ciencia perniciosa, pero imprescindible, y en el cuadro siempre igual, odiosísimo de un asalto general, todo se vuelve sangre y horror y confusión, y no me he de empeñar, mediando ya más de tres siglos y la distancia de centenares de millas, en ir especificando lances a oscuras, y en los cuales los individuos mismos son incapaces de conceptuarlos adecuadamente.

Puede atribuirse la pérdida ejecutiva de Constantinopla a la flecha o bala que atraviesa el puño de Juan Justiniano. La vista de su sangre y el dolor agudísimo, quebrantan el tesón del caudillo, cuyas armas y disposiciones constituyen el resguardo más poderoso de la ciudad. Retírase de un punto en busca de facultativo, pero el emperador le sale al encuentro, y prorrumpe enconado: «Leve es la herida, el peligro extremado y vuestra presencia imprescindible; ¿y adónde tratáis de retiraros?». Pero él mismo escribe: «Contesta ya trémulo el genovés, que Dios acaba de abrir a los turcos» y entonces pasa ejecutivamente por una de las brechas de la muralla interior. Con esta acción cobarde tizna los timbres de su vida militar, y su propio vituperio y el de las gentes acibaran de muerte los pocos días que sobrevivió en Gálata o en la isla de Quíos. [1399] La generalidad de los auxiliares latinos sigue aquel ejemplo, y cabalmente amaina la defensa cuando se enardece más el avance. Son los otomanos cincuenta,

y tal vez ciento tantos como los cristianos; entrambas murallas yacen reducidas a escombros por la artillería; en un recinto de millas, puntos ha de haber más accesibles y poco defendidos, y en arrollando el sitiador un solo tránsito, queda ya perdida la ciudad entera. El primero que se granjea el galardón del sultán es el jenízaro Hasán, agigantado y forzado en extremo. Con la cimitarra en una mano y el escudo en la otra, trepa por la fortificación exterior, y de los treinta jenízaros sus competidores, fenecen hasta dieciocho en el arriesgado intento. Descuellan ya en la cima Hasán y sus doce camaradas; derrumban al gigante; se rehace sobre una rodilla, mas le acosan de todo punto las saetas y las piedras en incesante redoble. Mas aquel encumbramiento demuestra que es asequible la empresa; un enjambre de turcos cuaja al punto las murallas y torres, y los griegos volcados de su situación aventajada, yacen hollados por la redoblada muchedumbre. En medio de la inundación [1400] el emperador desempeñando heroicamente el cargo excelso de general y la lid encarnizada de un soldado, estuvo largo rato patente y al fin desaparece. La nobleza que le rodea sostiene hasta su postrer aliento los esclarecidos nombres de Paleólogo y Cantacuzeno; se está oyendo aquella exclamación trágica: «¿No acudirá algún cristiano a cortarme la cabeza?» [1401] y su postrer zozobra fue la de caer vivo en manos de los infieles. [1402] La desesperación cuerda de Constantino arroja la púrpura; en el remolino, viene a caer por una mano desconocida y su cuerpo queda sepultado bajo un monte de muertos. Con su desaparición, ya no hay asomo de orden ni de resistencia; huyen los griegos al interior de la ciudad, y muchos fenecen ahogados junto a la puerta de san Román por las estrecheces de sus callejuelas. Rompen desaforadamente los turcos victoriosos, y desembocan por las brechas de la muralla interior, y al

internarse por las calles, tropiezan luego con sus hermanos, que arrollan también al enemigo por la puerta de Fenar, hasta la parte de la bahía. [1403] Degüellan en el primer ímpetu más de dos mil griegos; mas luego la codicia sobrepuja a la crueldad, y los vencedores confiesan que se avinieran luego a dar cuartel, si el tesón del emperador y de sus tercios selectos no les precisase a la refriega incontrastable de extremo a extremo de la capital. Así pues, tras un sitio de cincuenta y tres días, Constantinopla, fundadora del poderío de Cosroes y del chagan y de los califas, quedó irreparablemente sojuzgada por las armas de Mohamed II. Tan sólo volcaron su imperio los latinos, pero sus conquistadores musulmanes hollaron en el polvo su religión. [1404]

La oleada de la desventura corre o vuela desaforadamente, por los ámbitos inmensos de Constantinopla, y va disipando todavía, por los barrios más remotos la ignorancia de boca de su exterminio. [1405] Pero con el pavor general; con el afán de los arranques amistosos y sociales, en medio del estruendo y los vaivenes del asalto, el desvelo sería general por todos sus extremos, y no me cabe creer que los jenízaros viniesen a despertar de su profundo y apacible sueño. Cerciorados todos del fracaso general, quedan al pronto vacíos albergues y conventos, y el vecindario trémulo se arremolina por las calles, como grey de vivientes apocados, como el desvalimiento con su mutuo arrimo alcanza a construir algún resguardo, o con la esperanza aérea de que en medio del gentío, cada individuo pudiera quedar allá invisible y en salvo. Agólpanse todos disparados en el templo de Santa Sofía; rebosan en menos de una hora, santuario, coro, presbiterio, y galerías altas y bajas, de infinitos padres, maridos, madres, niños, clérigos, monjes y monjas; se atrancan las puertas por el interior, y acuden al amparo del cimborio sagrado, aborrecido poco antes como

edificio profano y envilecido. Estriba su confianza en la profecía de un entusiasta o impostor; a saber, que llegaría el caso de entrar los turcos en Constantinopla y azotar a los romanos hasta la columna de Constantino en la plaza de Santa Sofía; pero que sería aquel cabalmente el término de sus quebrantos; que se apearía un ángel del cielo, con espada en mano, y con aquella arma celeste entregaría el Imperio a un pobrecillo sentado al pie de la columna. «Toma esa espada —le dirá—, y trata de vengar al pueblo del Señor». Al eco de aquellas palabras incitadoras, huirán precipitadamente los turcos, y los romanos victoriosos los ahuyentarán desde el Occidente y de toda Anatolia, hasta el confín de Persia. Con este motivo, Ducas con algún despejo y con suma verdad, vitupera la tenacidad y las discordias de los griegos. «Aun cuando apareciera el ángel —prorrumpió el historiador—, ofreciendo exterminar nuestros enemigos, si quisierais aveniros a la unión de la Iglesia, desecharéis en aquel trance decisivo, vuestro salvamento y engañaréis a vuestro Dios». [1406]

Al estar esperando la bajada de aquel ángel tardío, redoblados hachazos destrozan y franquean las puertas, y no mediando resistencia, sus manos desembarazadas se emplean en ir entresacando y afianzando los prisioneros. Mocedad, hermosura y visos de riqueza cautivan sus inclinaciones, y el derecho de propiedad se divide entre ellos con la anterioridad de preso, fuerza personal o autoridad de mando. En una hora amarran a los varones con cuerdas, y a las hembras con sus velos o ceñidores. Encadenan a los senadores con sus propios esclavos; prelados con porteros de la misma iglesia, y meros plebeyos con damas principales, cuyos rostros habían sido invisibles para el sol y para su propia parentela. Quedan las jerarquías arrasadas por el cautiverio; y quedan también cortados todos los vínculos

de la naturaleza, sin que el soldado empedernido haga el menor aprecio del gemido del padre, el llanto de la madre, ni los lamentos del niño. Las más extremadas en sus alaridos son las monjas, arrebatadas del altar con sus pechos descubiertos, las manos desencajadas y desgreñada su cabellera, cumpliéndonos suponer que poquísimas antepondrían los desvelos del harem a las canturrias del monasterio. Desventurado vecindario, grey postrada, que va pasando de a cientos y miles por las calles en redobladas sartas, y amagos y golpes les avivan el paso, pues el afán de los vencedores se cifra principalmente en el cebo de más y más presas. Igual desenfreno está reinando en todas las iglesias y monasterios, en todos los palacios y viviendas de la capital, y ni lugar sagrado ni recóndito alcanza a escudar las personas o los haberes de los moradores. Más de sesenta mil de aquel trémulo gentío van a parar al campamento y a la escuadra, trocados o vendidos, según el antojo de sus dueños, y desparramados en lejana servidumbre, por las provincias del Imperio otomano; y entre aquel inmenso rebaño, vamos a entresacar algunos individuos descollantes. Cabe al historiador Franza, primer camarero y secretario íntimo, la misma suerte, con toda su familia. Yace esclavo por cuatro meses, padeciendo tropelías sin cuento, recobra su libertad; luego al invierno asoma por Andrinópolis, y logra rescatar a su mujer de manos del *mir bashi*, o caballería mayor; pero sus dos hijos, en la flor de su mocedad y su hermosura, se entresacan para el uso del mismo Mohamed. Fallece la niña de Franza en el serrallo, tal vez todavía doncella; su hijo de quince años, antepone la muerte a su afrenta, y el regio amante lo traspasa por su propia mano a puñaladas. [1407] Hecho tan atroz repugna a la humanidad, sin admitir en desagravio el rasgo verdaderamente garboso de rescatar a una matrona griega con sus dos hijos, por una oda

latina de Filelfo, casado en aquella familia esclarecida. [1408] El engreimiento inhumano de Mohamed se regalara en extremo con la posesión de un legado romano; pero la maña del cardenal Isidoro burla toda pesquisa, y se salva de Gálata en traje plebeyo. [1409] Los bajeles italianos de guerra y mercancía están todavía ocupando la cadena y entrada de la bahía exterior. Descuellan con su valor durante el sitio, y aprovechan el trance de su salvamento, mientras la marinería turca anda dispersa tras el saqueo de toda la ciudad. Al dar la vela cubre el gentío suplicante y lloroso, con mil alaridos la playa entera, mas no es dable tan inmenso transporte, y venecianos y genoveses tienen que ceñirse a sus propios paisanos; pues en medio de las promesas grandiosas del sultán, el vecindario de Gálata desampara sus albergues, embarcando sus alhajas y sus ropas.

En la toma y saqueo de las ciudades populosas, el historiador está sentenciado a la repetición del pormenor idéntico de un fracaso invariable, pues el mismo desenfreno ha de acarrear los propios estragos, y en reinando aquel enfurecimiento, pequeñísima es por cierto la diferencia entre naciones cultas o montaraces. En medio de los clamores confusos del odio y el fanatismo, no se tilda a los turcos de excesivo derramamiento de sangre cristiana; pero según sus máximas las mismas de toda la Antigüedad, todo vencido se desprendió de la vida, y el galardón legal del vencedor estriba en la posesión, la venta, o el rescate, de sus cautivos de ambos sexos. [1410] Otorga el sultán las riquezas de Constantinopla a su tropa victoriosa, y el apresamiento de una hora prepondera al afán de largos años. No hay reparto arreglado, y la cuota de los despojos no se proporciona con los respectivos merecimientos, y los sirvientes del campamento son los apresadores del premio de los valientes, sin alternar en la fatiga y el peligro de la refriega. El

pormenor de sus hurtos carece de amenidad y de instrucción, y el total del conjunto en el postrer desamparo del Imperio ha venido a regularse en cuatro millones de ducados; [1411] y aun de esta suma, cierta porción correspondía a venecianos, genoveses, florentinos y comerciantes de Ancona. Aquellos advenedizos iban redoblando sus fondos con el vaivén del giro; pero los haberes del vecindario griego se presentaban ostentosamente en sus palacios, en sus alhajas y en sus tesoros recónditos, ya de ricos metales en barra, o bien guardados en moneda antigua y corriente, temerosos todos de tener que aprontarlos para la defensa de su patria. El mismo cimborio de Santa Sofía (tras tanta queja de profanación de iglesias y monasterios) aquel cielo terrenal, segundo firmamento, alcázar de querubines, y solio de la gloria del mismo Dios, [1412] queda despojado de las ofrendas de siglos, y oro, plata, perlas y joyas, con los vasos y ornamentos sacerdotales, se destroza todo malvadamente para el servicio del público. Se desnuda a las imágenes divinas de cuanto se hace apreciable para los ojos profanos, arden tela o madera, se pisan o se trasladan a las caballerizas o a las cocinas, para los servicios más ínfimos. Pero aquel ejemplar sacrílego es un remedo de cuanto hicieron allá los conquistadores latinos de Jerusalén y de Constantinopla; y aquellas tropelías cometidas con Cristo, con la Virgen y con los santos por los criminales filósofos, se repiten ahora por los musulmanes con los monumentos de la idolatría. Tal vez algún filósofo, desentendiéndose del clamoreo general, advertirá, que en la ya suma decadencia de las artes, no servían los artefactos, más apreciables que su mismo trabajo, y que la maña sacerdotal y la creencia popular aprontarían un nuevo surtido de visiones y de milagros. Con más veras llorará el malogro de las bibliotecas bizantinas, asoladas o dispersas en el trastorno general; ciento veinte mil manuscritos vinieron a

desaparecer, [1413] vendiéndose a diez volúmenes por ducado, y el mismo precio afrentoso, quizás muy alto para un estante de teología, comprendía las obras de Aristóteles y de Homero, esto es, los partos más esclarecidos de la ciencia y de la literatura griegas. Pero el ánimo se desahoga un tanto recordando que gran parte de nuestro tesoro ilustre e imponderable vino a salvarse en Italia, y luego los artistas de un pueblo de Germania inventaron una máquina que burla los embates del tiempo y de la barbarie.

Desde la madrugada del memorable veintinueve de mayo, todo es robo y desenfreno en Constantinopla, hasta por la tarde en que el mismo sultán [1414] fue pasando triunfalmente desde la puerta de san Román. Acompañantes, visires, bajaes, guardias, cada cual (dice el historiador bizantino) brioso como Hércules, certero como Apolo, e igual en la refriega a diez de la ralea vulgar de los mortales. Va mirando el vencedor [1415] con asombro y satisfacción la perspectiva extraña y esplendorosa de templos y palacios, tan sumamente ajenos del estilo oriental en arquitectura. En el hipódromo o *atmeidan* le embarga la vista aquella columna con las tres serpientes enroscadas, y en prueba de su pujanza destroza con su maza de hierro la quijada inferior de uno de los tres monstruos, [1416] que para el concepto de los turcos, eran los ídolos o ensalmos de la ciudad. Se apea a la puerta principal de Santa Sofía, y se adelanta por la nave principal, y tan sumo es el esmero con que mira por aquel grandioso monumento de su gloria que advierte cómo un musulmán desaforado está destrozando el pavimento de mármol, y le amaga con su cimitarra que habiendo otorgado a la soldadesca los despojos y los cautivos, los edificios públicos y particulares quedaban reservados para el príncipe. Manda al punto, que la metrópoli de la Iglesia oriental quede trocada en

mezquita; se despoja de los instrumentos riquísimos y portátiles de la superstición; se estrellan las torres y paredes cuajadas todas de imágenes y mosaicos, quedan tersas y purificadas, reduciéndolas a su mera y primitiva sencillez. Ya en el mismo día, o en el viernes siguiente, el *muezín* o pregonero trepa a la torre más empinada, y vocea el *esan* o brindis público, en nombre de Dios y del Profeta; el imán se pone a predicar, y Mohamed II desempeña el *namas* de la plegaria y del nacimiento de gracias en el retablo mayor, donde lo acababan de celebrar los mismos cristianos, ante el postrero de los Césares. [1417] De Santa Sofía se encamina a la mansión augusta, pero ya desolada, de un centenar de sucesores del gran Constantino, y que en poquísimas horas quedó despojada de todo su boato imperial. Le asalta una reflexión tristísima sobre los vaivenes de la grandeza humana, y repetía un dístico elegante de la poesía persa: «Tejiendo ha estado la araña su tela en el alcázar suntuoso, y la lechuza aulló su ronquido sobre las torres de Afrasiab». [1418]

Mas no se da su afán por satisfecho, ni conceptúa colmada su victoria, mientras ignore el paradero de Constantino; si huyó, feneció o cayó prisionero. Claman los jenízaros por el galardón de su muerte; descubren por fin su cadáver, hacinado con otros; por el distintivo de las águilas bordadas de su calzado, reconocen los griegos con pesadumbre mortal la cabeza, pero Mohamed, después de tenerla vilmente colgada, otorga al difunto, ostentando su sangriento triunfo, unas exequias decorosas. [1419] Entonces, Lucas Notaras, gran duque [1420] y primer ministro del Imperio, es ya el prisionero de mayor posición. Al rendir su persona y tesoros a las plantas del vencedor, le pregunta airado con ceño el sultán: «¿Cómo no se han empleado esos tesoros en defensa del príncipe y de la patria?». «Eran vuestros —contesta

el esclavo—, y Dios los reservó para esas manos». «Si los teníais reservados, para mí —le replica—, ¿cómo habéis osado retenerlos tanto tiempo, con resistencia infausta e infructuosa?». Alega el gran duque la tenacidad de los advenedizos y algún estímulo reservado del visir primero; y tras aquella conferencia pavorosa, Mohamed lo despide afianzándole indulto y amparo. Se allana también Mohamed a visitar su esposa, princesa venerable, traspasada de quebranto y enfermiza, esmerándose en consolarla con temple halagüeño y expresivo, con todo el ademán de la sencilla humanidad y de sumo y filial acatamiento. Abarca el mismo rasgo de clemencia a todos los magnates, rescatando a varios con su propio caudal, y por algunos días se están manifestando como padre y amigo del pueblo vencido. Mas luego se trueca el teatro, y está regando el hipódromo con la sangre de los principales cautivos. Abominan los cristianos de su crueldad alevosa, y engalanan con matices brillantísimos el martirio del gran duque y sus dos hijos, atribuyendo su muerte a la negativa caballerosa de entregar sus niños a la lujuria del soez tirano. Mas allá un historiador bizantino apunta descuidadamente la especie de conspiración, rescate y auxilios italianos; la traición era de suyo esclarecida; pero todo rebelde que se aventura gallardamente, por el mismo hecho vende su vida, y no cabe vituperar a un vencedor en punto a exterminar al enemigo que desmereció su confianza. El sultán victorioso regresa el dieciocho de junio a Andrinópolis, y se sonríe al recibir embajadas, a cual más pomposa y rendida, de los príncipes cristianos, que están ya viendo su propio exterminio tras el derrumbe del Imperio oriental.

Yace Constantinopla muda y asolada, sin príncipe y sin vecindario; mas no cabe apearla de aquella situación incomparable que la ensalza para ser la metrópoli de un imperio

poderoso; y el numen de su propio solar ha de triunfar en todo tiempo de los embates de los siglos y de la suerte. Bursa y Andrinópolis, antiguos solios de los otomanos, se desdoran con su postración en clase de meras capitales de provincia; y Mohamed II y sucesores plantean y realzan el suelo preferente y de suyo imperioso escogido allá por Constantino. [1421] Quedan arrasadas cuerdamente las fortificaciones de Gálata, que pudieran servir de resguardo a los latinos; pero el estrago de la artillería turca se repara muy pronto; y antes del mes de agosto, ya se había acopiado la cal necesaria para el restablecimiento de las murallas. Dispone ya el vencedor de edificios y solares, usando de su albedrío; repara ante todo un espacio de ocho *furlongs* [1608 m], desde el extremo del triángulo para el restablecimiento de su alcázar o serrallo. Allí es donde el *Gran Señor* (como lo apellidaron enfática y vilmente los italianos) empapado en sensualidad irracional, está como señoreando Europa y Asia; pero ni su persona, ni sus playas están siempre a salvo de los embates de armada enemiga. La excelsa catedral de Santa Sofía, constituida ya mezquita, se granjea pingües rentas, se corona de empinados minaretes, y se ameniza con alamedas y fuentes en derredor, para la devoción y recreo de los musulmanes. Siguen aquel decorado en todos los *jami* o mezquitas regias, construyendo la primera el mismo Mohamed, sobre los escombros de la iglesia de los santos Apóstoles, y el panteón de los emperadores griegos. Al tercer día de la conquista, el sepulcro de Aba Ayub, o Job, sólo se aparece en una visión, después de haber fenecido en el primer sitio por los árabes, y ante la tumba de aquel mártir se ciñe siempre el sultán la espada del Imperio. [1422] Ya Constantinopla no corresponde a un historiador romano, ni me pararé a ir delineando los edificios civiles y religiosos que se profanaron, o erigieron por el dominio

turco; se renueva luego el vecindario, y a fines de diciembre ya cinco mil familias de Anatolia y Romanía habían obedecido al mandato imperial, y bajo pena de muerte, tuvieron que avecindarse en la capital. Súbditos mahometanos están ya resguardando con su muchedumbre y su lealtad al solio de Mohamed; pero su política atinada va recogiendo los restos de las familias griegas, que acuden en tropel bajo el salvoconducto de vidas, libertad y ejercicio cabal de su religión. El ceremonial de la corte bizantina previene las mismas formalidades antiguas para la elección e investidura del patriarca. Se horrorizan y se complacen alternativamente; están viendo al sultán entronizado, que devuelve a manos de Genadio el báculo pastoral, símbolo de aquel excelso cargo eclesiástico; conducen al patriarca a la puerta del serrallo, le entregan un caballo arrogante, riquísimamente enjaezado, y encarga a los visires y bajaes que lo acompañen al palacio de su nueva residencia. [1423] Se dividen los templos de Constantinopla entre las dos religiones; se deslindan sus distritos; y hasta que la quebrantó Selim, nieto de Mohamed, los griegos [1424] estuvieron por más de sesenta años disfrutando aquella partición equitativa. Al arrimo de los individuos del diván, que deseaban sortear el fanatismo del sultán, cuantos abogan por los cristianos intentan alegar que la división fue un acto, no de generosidad, sino de justicia; no un otorgamiento sino un contrato, y si la mitad de la población se había tomado por asalto, la otra mitad se había rendido al resguardo de una capitulación sagrada. En realidad el acta de la concesión había desaparecido en el fuego, pero los jenízaros ancianos testimonian el convenio, y su juramento venal es de más peso para el concepto de Cantemir que el recuerdo positivo y unánime de la historia de aquel tiempo. [1425]

Quedarían allá para el despotismo turco los escasos trozos

del reino griego en Asia y en Europa, pero el remate o final de las dos primeras dinastías [1426] que reinaron en Constantinopla terminaron la decadencia y ruina del Imperio Romano en Oriente. Los déspotas de Morea, Demetrio y Tomás, [1427] hermanos ya únicos del último Paleólogo, quedaron atónitos con la muerte del emperador Constantino y el exterminio de la monarquía. Desahuciados de todo resguardo, tratan al par de la nobleza, que se aúna con ellos, de albergarse por Italia, fuera del alcance de los turcos; pero el sultán victorioso desvanece sus zozobras, contentándose con un tributo de doce mil ducados; y mientras su ambición va más y más escudriñando islas y continente, para abalanzarse a su presa, se desentiende allá de Morea, por todo un desahogo de siete años. Pero en aquella misma temporada de tregua, menudean tropelías, desavenencias y desamparo. El *hexamilion*, el valladar del istmo, tantas veces erigido y volcado, no era defendible por largo tiempo con trescientos flecheros italianos; empuñan los turcos las llaves de Corinto; regresan siempre de sus correrías cargados de presas y acompañados de cautivos, y todo lamento de los griegos atropellados se oye allá con indiferencia o menosprecio. Los albanos, ranchería vagarosa de salteadores y pastores, plagan aquella península con sus robos y matanzas; imploran ambos déspotas el auxilio bochornoso y expuestísimo del bajá confinante, y tan pronto como apacigua la rebelión, los alecciona para su conducta venidera. Ni vínculos de sangre, ni juramentos repetidos a millares con la comunión y ante los altares, ni la potestad más apremiante de la necesidad, alcanzan a zanjar, ni aun a suspender sus discordias caseras. Entrega más y más a fuego y sangre sus respectivos patrimonios; limosnas y socorros del Occidente allá se desperdicia todo en mutuas hostilidades, ejercitando únicamente sus potestades en

ejecuciones bárbaras y arbitrarias. El conflicto y la venganza del competidor desvalido lo hacen acudir al árbitro supremo, quien hecho cargo de la madurez de sus intentos, se declara Mohamed amigo y amparador de Demetrio, y marcha a Morea con fuerzas irresistibles; toma posesión de Esparta, y prorrumpe: «Suma es tu flaqueza para enfrenar provincia tan díscola; esposa mía será vuestra hija, y pasaréis el resto de vuestra vida con decoroso desahogo». Suspira Demetrio y se conforma; entrega hija y castillos, sigue hasta Andrinópolis a su soberano y su yerno, donde recibe para su mantenimiento y el de sus secuaces, una ciudad en Tracia y las islas adyacentes de Lemnos, Imbros y Samotracia. Se le incorpora al año siguiente un compañero de desventura, el postrero de la alcurnia Comnena, quien tras la toma de Constantinopla por los latinos, había fundado un imperio nuevo, sobre la costa del Mar Negro. [1428] Mohamed, al ir sojuzgando Anatolia, se empeña en cercar con ejército y armada la capital de David, quien se titula con arrogancia emperador de Trebisonda; [1429] y la negociación se cifra en una pregunta breve y terminante: «¿Os acomoda afianzar vida y tesoros, cediendo el reino; o más bien os empeñáis en malograr vida, tesoros y reino?» Ríndese el apocado Comneno a su pavor, y al ejemplo de un vecino musulmán, el príncipe de Sínope, [1430] quien a una intimación idéntica le había entregado una ciudad fortificada, con cuatrocientos cañones y diez o doce mil soldados. Cúmplese cabalmente la capitulación de Trebisonda, y trasládase el emperador con su familia a un castillo en Romanía; mas por una leve sospecha de corresponderse con el rey de Persia, David, con toda la alcurnia Comnena, fenece sacrificado al encono o la codicia del vencedor. Ni tampoco alcanza el entronque de suegro a escudar al desventurado Demetrio contra el destierro y la confiscación; pero el sultán se conduele con

menosprecio de su rendida sumisión, traslada sus secuaces a Constantinopla, y acude a su desamparo con una pensión de cincuenta mil asperes, hasta que el hábito monacal y una muerte tardía descargan a Paleólogo de aquel dueño terrestre. No cabe deslindar si la servidumbre de aquel desventurado, o el destierro de su hermano Tomás aparecen más desairados. [1431] Huye el déspota de la desdicha de Morea, se salva en Corfú, y luego en Italia, con algunos acompañantes desnudos y hambrientos; su nombre, sus padecimientos y la cabeza de san Andrés apóstol le proporcionan el amparo del Vaticano, y su desventura se va dilatando con una pensión de seis mil ducados por el papa y los cardenales. Sus dos hijos, Andrés y Manuel, se educan en Italia, mas el primero despreciable para sus contrarios y gravoso para sus amigos, vino a desdorarse con la ruindad de su conducta y de su desposorio, teniendo un título por única herencia y lo vendió a los reyes de Francia y Aragón. [1432] Carlos VIII, en su prosperidad volandera, anheló juntar el Imperio de Oriente con el reino de Nápoles, y en una función ostentosa, tremoló el dictado y la púrpura de Augusto; se regocijan los griegos y tiembla el otomano a la llegada de la caballería francesa. [1433] Manuel Paleólogo, hijo segundo, tiene el antojo de asomar por su patria; su regreso podía complacer sin asustar a Puerta; se le mantiene en Constantinopla con desahogo y señorío, y al morir le acompaña una comitiva grandiosa de cristianos y mahometanos a la sepultura. Si hay vivientes de suyo generosos que se niegan a propagar en estado de servidumbre, el postrer hijuelo de la alcurnia imperial, fue de inferior temple, pues aceptó de la liberalidad del sultán dos lindas mancebas, y su hijo al sobrevivirle se confunde allá en la muchedumbre, con el traje y la religión de un esclavo turco.

Suena más y más y se abulta sin término la trascendencia de

la gran Constantinopla en su derrumbe, y el pontificado de Nicolás V, por lo demás próspero y pacífico, queda tiznado para siempre con aquel quebranto. Se desploma el Imperio oriental, y el pesar y el pavor de los latinos, se renuevan y van al parecer a renovar también el antiguo entusiasmo de las cruzadas. Celebra Felipe, duque de Borgoña, en uno de los países más remotos de Occidente, en Lisla, de Flandes, una reunión de la nobleza, y el boato pomposo de las funciones corresponde colmadamente a sus fantásticos arranques. [1434] Entra en medio del banquete un sarraceno agigantado en el salón, conduciendo un elefante artificial con un gran castillo en el lomo, una matrona enlutada, simbolizando la religión, sale del alcázar, llora su servidumbre y tilda la poltronería de los campeones; el heraldo mayor del vellón de oro se adelanta llevando en el puño un faisán vivo, que representa, según rito caballeresco, al duque. A intimación tan peregrina, el duque, príncipe cuerdo y anciano, contesta, comprometiendo su persona y poderío, en guerra sagrada contra los turcos; barones y caballeros de la concurrencia remedan todos el mismo arranque; se juramentan con Dios, la Virgen, las damas y el faisán, y sus votos particulares son tan disparatados como la sanción general del juramento. Pero la ejecución se cifra en un trance venidero y advenedizo, y por espacio de doce años, hasta su postrer aliento, el duque de Borgoña, está más y más escrupulosa, y tal vez entrañablemente, en el disparador de su enardecida marcha. Si afán igual abrasara los demás pechos; si la armonía entre cristianos correspondiera a su valentía; si de todos los países, desde Nápoles hasta Suecia [1435] acudiera con proporcionada cuota de caballería e infantería, con gente y caudales, se hiciera muy probable el rescate de Constantinopla y el arrojo allá de los turcos, lejos del Helesponto y del Éufrates. Pero Eneas Silvio [1436] secretario del emperador, quien está

enviando cartas, se halla en todas las juntas; estadista y orador, retrata en fuerza de su experiencia, la repugnancia y el destemple de la cristiandad. «Es —dice—, cuerpo sin cabeza, república sin leyes ni magistrados. Allá centellean el papa y el emperador con dictados campanudos, como unas imágenes brillantísimas; mas no alcanzan a mandar, y luego nadie trata de obedecer. Cada Estado tiene allá su príncipe separado, y cada príncipe su interés propio. Cuál será la oratoria que desempeñe el sumo intento de hermanar tan diversas y encontradas potestades para alistarlas bajo un pendón idéntico. Ya que se juntan armados, ¿quién los acaudilla? ¿quién los coordina? ¿qué disciplina militar los uniforma? ¿Quién es el proveedor de tan inmensa muchedumbre? ¿Quién es el que posee tantísima variedad de idiomas? y ¿quién templa y entona tal desigualdad de costumbres? ¿Quién será el reconciliador de Francia con Inglaterra, de Génova con Aragón, y de los germanos con los húngaros y bohemios? Si el número es corto, los arrollan los infieles; si muy crecido, se anonadan con su propia mole y desconcierto». Pero trepa el mismo Eneas al solio pontificio, con el nombre de Pío II, y se aferra de por vida en el empeño de la guerra turca. Enciende allá, en el concilio de Mantua, ciertas chispas de entusiasmo; pero al asomar el nuevo papa en Ancona, en ademán de embarcarse personalmente con la tropa, el compromiso vuela con las excusas, se emplaza terminantemente el día para un plazo indefinido, y toda la hueste viene a reducirse a unos cuantos peregrinos germanos, a los cuales tiene que ir despidiendo colmados de indulgencias con tal cual limosna. Sus varios sucesores se desentienden allá de lo venidero, y todas las potestades de Italia engolfadas en sus planes presentes y ambiciosos, la distancia o cercanía de los objetos les distrae o compromete según su mayor o menor bulto aparente.

Si se hicieron cargo con el debido tino y despejo de sus verdaderos intereses, acudieron todos a sostener una guerra principalmente marítima contra el enemigo común, y al arrimo de Scanderbeg y sus valerosos albanos; se precaviera la invasión ejecutiva del reino de Nápoles. Con el sitio y saqueo de Otranto por los turcos, todo es pavor y trastorno, y el papa Sixto está ya tratando de tramontar los Alpes, cuando repentinamente se desvanece la tormenta con el fallecimiento de Mohamed II, a los cincuenta y cuatro años de su edad. [1437] Sus arranques altaneros estaban abarcando toda Italia, pues dueño ya de la fortaleza poderosa y bahía ancha y segura, el mismo reinado iba tal vez a encumbrarse con los trofeos de la *Nueva* y de la *Antigua* Roma. [1438]

LXIX

ESTADO DE ROMA DESDE EL SIGLO XII - DOMINIO TEMPORAL DE PAPAS - SEDICIONES EN LA CIUDAD - HEREJÍA POLÍTICA DE ARNALDO DE BRESCIA - RESTABLECIMIENTO DE LA REPÚBLICA - LOS SENADORES - ORGULLO DE LOS ROMANOS - SUS GUERRAS - QUEDAN DEFRAUDADOS DE LA ELECCIÓN Y PRESENCIA DE LOS PAPAS, QUIENES SE RETIRAN A AVIÑÓN - EL JUBILEO - FAMILIAS NOBLES DE ROMA - ENCONO ENTRE COLONNAS Y URSINOS

Clávase la vista en la ciudad imperial, durante los primeros siglos de la decadencia y caída del Imperio Romano, cuyo centro estuvo dando leyes a la parte más aventajada del globo. Absortos miramos al pronto tan suma grandeza, para condolernos luego, sin dejar un punto de merecer nuestro ahínco, y al desviarnos de la capital para atender a sus provincias, las conceptuamos a fuer de ramas desgajadas de su primitivo tronco. La fundación de la segunda Roma por las playas del Bósforo, ha precisado al historiador a ir siguiendo los pasos a todo sucesor de Constantino; y nuestra curiosidad ha tenido que ir presenciando comarcas de Europa y de Asia para desentrañar las causas y autores del dilatado menoscabo de la monarquía bizantina. Con la conquista de Justiniano, hemos tenido luego que acudir, por las orillas del Tíber, al rescate del antiguo capitolio; mas aquella redención, redunda tal vez en mayor destemplanza y recargo de servidumbre. No asoman ya en Roma trofeos, dioses ni Césares, y el señorío godo fue más afrentoso y violento que la tiranía griega. En el siglo VIII de la

era cristiana, una contienda religiosa, el culto de las imágenes, incitó a los romanos para volver por su independencia; su obispo se constituye padre de un pueblo libre en lo temporal y espiritual; y en el Imperio occidental, restablecido por Carlomagno, el dictado y las imágenes están todavía condecorando la constitución peregrina de la Alemania moderna. Acatamos todavía mal que nos pese el nombre de Roma; no es ya idéntico el clima [1439] prescindiendo del móvil que lo influye; bastardea aquella sangre con miles de impurezas; mas la perspectiva siempre ostentosa de sus escombros, y la memoria de su poderío, avivó tal cual pavesa del brío nacional. Allá entre las tinieblas de la Edad Media asoman escenas dignísimas de nuestro recuerdo; ni me cabe orillar la presente obra, sin rasguear el estado y revoluciones de la *ciudad romana*, que se avino al señorío absoluto de los papas, por el mismo tiempo en que yació Constantinopla bajo la servidumbre de las armas turcas.

A los asomos del siglo XII, [1440] era de los primeros cruzados, reverenciaban los latinos a Roma, como la primada del orbe, como el solio del papa y del emperador, quienes cifraban su dictado en la ciudad sempiterna, con sus timbres y el derecho o ejercicio del dominio temporal. Tras interrupción tan dilatada, no será superfluo el repetir que los sucesores de Carlomagno y de los Otones, se elegían allende el Rin en dicta nacional; pero que se contentaban aquellos príncipes con los nombres más llanos de reyes de Germania e Italia, hasta que frecuentaban los Alpes y el Apenino, en pos de la corona imperial sobre las orillas del Tíber. [1441] A distancia competente de la ciudad, les salía al encuentro una procesión dilatada del clero y del vecindario con palmas y cruces; y los emblemas aterradores de lobos y leones, de dragones y águilas; tremolando en las banderas militares,

representaban al vivo las legiones y cohortes ya desaparecidas de la República. Se proclamaba hasta tres veces el juramento real de cercenar los fueros de Roma, en el puente, en la puerta, y en la gradería del Vaticano, y el reparto del donativo acostumbrado era un escaso remedo de la magnificencia de los primeros Césares. Se verificaba la coronación en la iglesia de san Pedro por mano de su consagrado sucesor; la voz de Dios resonaba al par con la del pueblo, y la anuencia pública se manifestaba con las aclamaciones de «viva y triunfe nuestro soberano el papa, y viva y triunfe nuestro soberano el emperador; viva y triunfe la armonía romana y teutónica». [1442] Los nombres de César y de Augusto, las leyes de Constantino y Justiniano, el ejemplo de Carlomagno y de Otón, planteaban el señorío supremo de los emperadores; su dictado y busto se estampaban en las monedas pontificias [1443] y su jurisdicción descollaba con la espada de la justicia, que entregaban al prefecto de la ciudad. Pero nombres, idioma, costumbres de un dominador bárbaro lastimaban las ínfulas del vecindario romano. Acaudillaban los Césares de Sajonia y Franconia a su aristocracia feudal, no les cabría ejercitar disciplina civil o militar para afianzar la obediencia de un pueblo remoto, ajeno de toda servidumbre; aunque tal vez incapaz de verdadera independencia. Por una vez única en su vida, cada emperador con su hueste allá teutónica, o de vasallos propios, se descolgaba de los Alpes. Ya queda descrita la formación pacífica de su entrada, pero por lo más se alteraba el orden con la vocería y desenfreno de los romanos, que se disparaban contra su soberano amo, a fuer de un invasor advenedizo; su despedida solía ser arrebatada y a veces vergonzosa, y en la ausencia de un reinado de largos años, su autoridad padecía desacatos y su nombre queda traspuesto. Progresa la independencia en Germania e Italia, fue socavando

la soberanía imperial, y el triunfo de los papas fue el rescate de Roma.

De entrambos soberanos, reinaba el emperador arrebatadamente por derecho de conquista; pero la autoridad de los papas se fundaba en el cimiento halagüeño y más sólido de la opinión y la costumbre. El desvío de aquel influjo devolvió y recomendó el pastor a su grey. En vez del nombramiento arbitrario o venal de una corte germana, elegía el colegio de cardenales libremente al vicario de Jesucristo; esto es, en parte, el mismo vecindario de la ciudad. Pueblo y magistrados aplaudían y corroboraban la elección; y la piedad eclesiástica que se estuvo obediente en Suecia y en Bretaña, proceden en suma del voto de los romanos. Aquel voto idéntico tiende a dar un príncipe al par que un pontífice a los romanos. Creíase universalmente, que Constantino había revestido a los papas con el dominio temporal de Roma; y los juristas más osados y los impugnadores más certeros, se ceñían a disputar el derecho del emperador y la validez de la donación. La verdad de aquel acto, y la autenticidad de la donación se arraigaba más y más en la ignorancia y tradición de cuatro siglos, y su origen fabuloso allá se ocultaba tras sus efectos positivos y permanentes. Se estampaba el nombre de *Dominus* o Señor, en el cuño de los obispos se reconocía su dictado con aclamaciones y juramentos de fidelidad, y con el beneplácito, libre o violento, de los Césares germanos, seguían ejerciendo su jurisdicción suprema o secundaria sobre la ciudad y patrimonio de san Pedro. El reinado pontificio, halagando dos preocupaciones, no era incompatible con los fueros de Roma; y en escudriñando críticamente su potestad, vendría a descubrirse un origen más esclarecido; y es el agradecimiento de la nación por su rescate de la herejía y la opresión del tirano griego. Allá en la lobreguez de

la inquisición, tal vez el enlace de las potestades regia y sacerdotal no podían menos de robustecerse mutuamente, y las llaves del Paraíso afianzaban de todo punto la obediencia. Tal vez la santidad de aquel cargo desmerecía con los achaques personales del individuo, pero se borraron los escándalos del siglo X con las prendas pundonorosas y más trascendentales de Gregorio VII y sus varios sucesores, y en las competencias ambiciosas que estuvieron sosteniendo por los fueros de la Iglesia, sus padecimientos y sus logros, fueron al par fomentando la veneración popular. Vagaron a veces con su desamparo y su destierro, acosados de tropelías, y el afán apostólico y tenaz con que se brindaban oficiosamente al martirio se granjeaba la privanza y el cariño de todo pecho católico; pero a veces también desembrazando el rayo desde la cima del Vaticano, entronizaban, sentenciaban y deponían los reyes de la tierra; y entonces ni el romano más engreído se desdoraba con doblegarse ante un sacerdote cuyas plantas se adoraban, y cuyo estribo solía sostenerse por los sucesores de Carlomagno. [1444] Hasta los intereses temporales eran conducentes para escudar la ciudad residencia de los papas, por quienes un vecindario vanidoso y pobrísimo venía a disfrutar decorosamente su pingüe o escasa subsistencia. Las rentas fundamentales iban tal vez a menos, con la tala perpetua por manos sacrílegas de patrimonios en Italia y por las provincias; ni cupo reponer aquel quebranto con la pretensión, o la posesión efectiva, de las pingües donaciones de Pipino y sus descendientes. Pero descollaban más y más el Vaticano y el Capitolio con aquellos enjambres redoblados de peregrinos y demandantes que acudían y ensanchaban el regazo de la cristiandad, y el cúmulo de causas eclesiásticas y seculares abrumaba sin cesar al papa y a sus cardenales. Una

jurisprudencia nueva había planteado en la Iglesia latina el derecho y práctica de las apelaciones, [1445] y de todo el Norte y el poniente se agolpaban obispos y abades, de grado o con violencia, tras la solicitud, la queja, la acusación o el descargo, ante el umbral de los Apóstoles. Se refiere además un portento peregrino, y es que dos caballos pertenecientes al arzobispo de Mentz y de Colonia, pasaron y repasaron los Alpes siempre cargados con oro y plata, [1446] y luego se dejó comprender, que así para peregrinos como para clientes, se cifraba menos el éxito de los negocios en su justicia y fundamento que en el importe de su recomendación. Se ostentaban allá galanamente la opulencia y la religiosidad de los advenedizos, y sus desembolsos, sagrados o profanos, giraban por varios conductos para beneficio de los romanos.

Motivos tan poderosos no podían menos de encariñar hasta lo sumo el vecindario romano con su padre espiritual y temporal; pero ímpetus desaforados suelen por lo más atropellar las preocupaciones y los intereses. Al derrumbar el indio un árbol para asir cómodamente la fruta, [1447] y el árabe al saltear las caravanas, ceden igualmente al empuje de su índole montaraz, que huella, tras lo presente, todo lo venidero, y aventando allá las delicias de una posesión segura y dilatada por un gozo momentáneo. Así pues el romano insensato profanaba el santuario de san Pedro robando las ofrendas y malhiriendo a los indefensos peregrinos, sin hacerse cargo del sinnúmero y la importancia de aquellas romerías, que solían atajar con su sacrílego desenfreno. Hasta el influjo de la superstición tiene allá sus vaivenes y extravíos; y el esclavo embrutecido, debe tal vez su rescate a la codicia y el orgullo. Adolece todo bárbaro de ciego rendimiento a las patrañas y ridiculeces de la superstición; mas nunca se prenda de las ilusiones de la fantasía posponiendo la

sensualidad, y corriendo tras un motivo remoto, o sea ideal, y sacrificándole la ventaja o interés que tiene a la mano. Con los ímpetus de su mocedad y robustez, su práctica prepondera siempre a su creencia; hasta que la edad, la dolencia o el fracaso le aterran, y la creencia y el remordimiento le arrebatan a regiones soñadas del otro mundo. Tengo muy observado, que los tiempos modernos, con su indiferencia religiosa, son los más adecuados para el sosiego y la seguridad del clero. Allá en el reinado de la superstición, zozobras de tropelías plagaban por lo más las esperanzas fundadas en la ignorancia de la muchedumbre. La opulencia, cuyas creces incesantes iban a empozar en pocas manos todos los haberes del orbe, si el padre la otorgaba a la iglesia, solía el hijo recobrarla a viva fuerza, y si se adoraban las personas, solían también despojarlas, y colocándolas en las aras, iban muchas veces a parar al inmundo polvo. En el sistema feudal de Europa, las armas constituían el distintivo y la prepotencia de los individuos; y en el vaivén de los acontecimientos, enmudecían las leyes y aun la mera racionalidad. Los romanos díscolos menospreciaban el yugo y escarnecían el desvalimiento de su obispo, [1448] cuya índole y educación le vedaban el ejercicio decoroso y arrollador de la espada. Harto cargo se hizo de tamaña diferencia nuestro historiador filósofo: «Si bien el nombre y la autoridad de la corte de Roma eran tan pavorosas en los países remotos de Europa, sumidos todos en profundísima ignorancia, y se hallaban, sobre todo, muy ajenos de calar aquellas interioridades palaciegas, el papa estaba a toda hora presenciando, o más bien padeciendo, desacatos, pues sus enemigos perpetuos se internaban hasta las mismas puertas de la ciudad; y los embajadores que desde los extremos de la tierra le estaban tributando postradamente indignas sumisiones de los mayores potentados del siglo, tenían

que forcejear con miles de tropiezos para llegar a presencia del papa y arrojarse a sus pies». [1449]

Envidia suma estuvo causando, desde los tiempos primitivos, el boato pontificio, así como su poderío grandes contrarrestos, con tropelías personales; pero la hostilidad dilatada de mitra y corona agolpó sus enemigos enardeciendo sus iras desaforadas. Los bandos violentísimos de güelfos y gibelinos, tan infaustos para toda Italia, no empeñaban con tesón y vivacidad a los romanos, súbditos a un tiempo y contrarios al obispo y al emperador; pero entrambos partidos acudían en pos de su arrimo, y solían tremolar alternativamente en sus banderas las llaves de san Pedro, y las águilas germanas. Gregorio VII, objeto tal vez de adoración o de odio como fundador de la monarquía pontificia, huye de Roma, y muere desterrado en Salerno. Treinta y seis sucesores suyos [1450] hasta su retirada a Aviñón, sostienen igual contienda con los romanos, quienes se propasan a hollar su edad y el señorío de los vencidos; mancillando con asonada y matanza los ritos solemnes de la Iglesia. Larga y desabrida en extremo fuera la repetición [1451] de tantísima irracionalidad inconexa o premeditada; me ceñiré por tanto a ciertos trances del siglo XII, que representan al vivo la situación de los papas y el estado de la ciudad. En Jueves Santo, mientras está Pascual oficiando ante el retablo mayor, le atruena la vocería popular, pues la muchedumbre le está pidiendo injustamente la confirmación de un magistrado predilecto. Calla, y exaspera más y más su saña, y al desentenderse de barajar los negocios terrestres con los celestiales, le estrechan más y más con amenazas y juramentos de que va lastimosamente a causar y promover el exterminio público. En la pascua de Navidad, mientras el obispo y clero descalzos, y en procesión van visitando los túmulos de los mártires, se ven dos veces

asaltados en el puente de san Ángelo, y luego desde el Capitolio, con piedras y saetas. Van en seguida arrasando las casas de sus parciales, y Pascual a duras penas y con sumo peligro logra ponerse en salvo; tiene que levantar una hueste en el patrimonio de san Pedro, y son amarguísimos sus últimos días padeciendo o causando las desventuras de una guerra civil. Más escandalosos todavía son los lances ocasionados por la elección del sucesor suyo Gelasio II para la Iglesia y la ciudad. Cencio Frangipani, [1452] barón prepotente y de suyo desmandado, se aparece en medio de una junta armada y enfurecida; quedan los cardenales desnudos, apaleados y hollados, y así al vicario de Jesucristo, y sin miramiento ostentando al contrario su desacato, lo arrastra por el suelo de los cabellos, lo golpea y abofetea, lo hiere con su espada y lo aherroja y encierra tiránica y brutalmente en su propia casa. Se alborota el pueblo y liberta a su obispo; las familias opuestas contrarrestan a la de Frangipani, y el malvado solicitando indulto se muestra más arrepentido de su malogro que de su atentado. A pocos días asaltan al papa en el mismo altar; y mientras sus amigos y sus contrarios están batallando sangrientamente, huye con todo su ropaje sacerdotal. Al ponerse indecorosamente en salvo, se le conduelen las matronas romanas, y sus secuaces tienen que apearse y esconderse; y por fin en los campos detrás de la iglesia de san Pedro, aquel sucesor suyo, se aparece solitario y medio muerto de afán y de zozobra. Sacude entonces el polvo de sus pies, y el nuevo apóstol huye de una ciudad atropelladora de su excelsa jerarquía y amenazadora de su persona, manifestando la vanidad de su ambición sacerdotal, al confesar que era más llevadero un solo emperador que veinte. [1453] Bastarían estos ejemplos, mas no me cabe trasponer los padecimientos de dos pontífices en un mismo siglo, los Lucios II y III. El primero al trepar en formación de

batalla al Capitolio, recibió una pedrada en la sien y expiró a pocos días. Al segundo le malhirieron sus dependientes, y en una asonada le prendieron varios capellanes suyos; y los infames romanos, reservando uno para guía de los demás, le sacaron los ojos, los coronaron a todos con mitras grotescas, los cabalgaron sobre asnos, mirando a la cola, y los juramentaron para ir en aquella lastimosa catadura, a presentarse por vía de lección a la cabeza de la Iglesia. Por esperanza o temor, el temple de los individuos y las circunstancias del tiempo asomaban con algunos intermedios de sosiego y obediencia, y restablecieron al papa con aclamaciones gravísimas en el Laterán o el Vaticano, de donde le habían arrojado con amenazas y tropelías; mas encarnaba honda y perennemente la raíz de tanta maldad y a una temporadilla bonancible antecedió y siguió tal cúmulo de tormentos que la barquilla de san Pedro estuvo muy a pique de zozobrar para siempre. Discordia y guerra estaban más y más desgarrando el regazo de Roma; fortificábanse iglesias y palacios, y se estaban de continuo asaltando por la bandería y las parentelas, y tan sólo Calixto II, después de pacificar Europa, tuvo el denuedo necesario para vedar el uso de armas en la capital. Violentas iras causaron los desafueros de Roma entre las naciones que estaban reverenciando el solio apostólico; y san Bernardo, en una carta a su discípulo Eugenio III, tizna con agudeza y fervor los desbarros de aquel pueblo rebelde. «¿Quién ignora —prorrumpe el monje de Claraval—, la liviandad y arrogancia de los romanos? nación alimentada en alborotos, cruel e insaciable, y contrarrestando a todo mandato, mientras se siente con fuerzas para desobedecer. Al prometer servicios están aspirando a reinar; mientras están jurando homenaje, ya cavilan sobre el trance de la rebelión; echan a volar su descontento con clamores y alaridos, si ven las puertas y los

consejos cerrados contra ellos. Mañosos en sus maldades, jamás estudiaron el arte de hacer algún bien. Odiosos al Cielo y a la Tierra, impíos con Dios, sediciosos entre sí mismos, envidiosísimos de todos sus vecinos, a nadie aman y nadie les aprecia, y al querer causar pavor, están siempre temblando ruinmente de zozobra. Ni se avienen a obedecer, ni aciertan a mandar; desleales con los superiores, insufribles con sus iguales, ingratos con sus bienhechores, e igualmente descocados en sus demandas y en sus negativas. Arrogantes al prometer, mezquinos al ejecutar, lisonjas y asechanzas, dobleces y alevosías son las mañas perpetuas de su conducta». A la verdad que retrato tan denegrido no muestra los matices de la caridad cristiana, [1454] pero aquellas pinceladas fieras y disformes, están retratando al vivo a los romanos del siglo XII. [1455]

Al asomar Jesucristo en traza plebeya entre los judíos, todos ellos le volvían la espalda, y los romanos pudieron alegar su ignorancia en cuanto al vicario suyo al verle tremolar el boato y orgullo de un soberano temporal. En el siglo alborotado de las cruzadas, destella tal cual pavesa de ahínco y racionalidad por el Occidente; la herejía de Bulgaria, la secta pauliciana, trasciende aventajadamente a las regiones de Italia y Francia; se barajan las visiones gnósticas con la sencillez del Evangelio, y los enemigos del clero van hermanando sus arranques y robusteciendo sus conciencias; esto es, los impulsos de su independencia con las muestras de religiosidad. [1456] Arnaldo de Brescia [1457] es el primer clarinero de la libertad romana: se halla en la clase ínfima de la clerecía, y aunque vestido de monje pobrísimo, sabe desentenderse de las estrecheces de la rendida obediencia. Celebran sus mismos contrarios la agudeza y persuasiva que les traspasan; confiesan de mal grado la pureza de su moralidad; y reboza o sobredora sus yerros salpicándolos con verdades en

extremo trascendentales. Discípulo en teología del célebre y desventurado Abelardo, [1458] a quien le cupo también algún chispazo de travesura y herejía; pero el amante de Eloísa era de temple suave y condescendiente, y sus jueces eclesiásticos se muestran edificados y propicios con la humildad de su arrepentimiento. Empapose al parecer Arnaldo en las doctrinas de aquel catedrático, engolfándose en hondas metafísicas y definiciones de la Trinidad, ajenísimas de las opiniones de aquel siglo, sus aprensiones allá sobre el bautismo y la eucaristía se censuran de hecho, pero una herejía *política*, es el móvil de su nombradía y de sus desventuras. Se propasa a citar la manifestación de Jesucristo, sobre que su reinado no es de este mundo. Sostiene denodadamente que la espada y el cetro corresponden al magistrado civil; que los haberes y timbres temporales son propios y legítimos de los seglares; que abates, obispos y el mismo papa, tienen que desprenderse de sus estados o de su salvación, y cuando sus rentas, los diezmos y oblaciones de los fieles son muy suficientes, no seguramente para el lujo y la codicia, sino para una vida frugal en el desempeño de sus tareas espirituales. Por una temporada, todos reverencian al predicador, como verdadero patricio, y la desavenencia o rebeldía de Brescia con su obispo fue el primer fruto de sus expuestísimas lecciones. Pero la privanza con el vulgo es de menos arraigo que el enojo del sacerdote, y una vez condenada la herejía de Arnaldo por Inocencio II [1459] en el concilio Lateranense, tienen los magistrados que poner en ejecución por temor o por preocupación, la sentencia eclesiástica. No le cabe resguardo en Italia, y el alumno de Abelardo tramonta los Alpes, hasta que al fin halla hospedaje halagüeño en Zurich, el primero a la sazón, de los cantones suizos. De un cuartel romano, [1460] quinta regia y monasterio de vírgenes principales, fue creciendo

más y más Zurich hasta ser una ciudad floreciente, donde a veces se sustanciaban las apelaciones de los milaneses por un comisario imperial. [1461] Aplauden hasta lo sumo al precursor de Zuinglio en aquel siglo todavía crudo para reformas fundamentales; un gentío sencillo y valeroso se empapa y para largo tiempo en el matiz de sus opiniones, y su oratoria y su mérito atraen al obispo de Constancia y aun al legado del papa, que trascuerda con aquel extravío los intereses de su soberano y de su profesión.

Las invectivas violentas de san Bernardo enardecen su fervor tardío, [1462] y el enemigo de la Iglesia, acosado con la persecución, se arroja al desenfreno casi desesperado de tremolar su estandarte en el centro de Roma, arrostrando las iras del sucesor de san Pedro. Mas no está obrando a ciegas el denodado Arnaldo, pues nobleza y plebe le escudan, si no lo llaman, y su elocuencia fulminante retumba por las siete cumbres, en obsequio de la libertad. Entretejiendo en sus razonamientos textos de Tito Livio y de san Pablo, hermanando impulsos evangélicos y rasgos profanos, está advirtiendo a los romanos, el extremo con que bastardean su aguante y los desbarros del clero respecto a los tiempos primitivos de la Iglesia y de la ciudad. Exhorta a todos para que vuelvan por los fueros imprescindibles de hombres y de cristianos, restablezcan las leyes y magistrados de la República, acaten el *nombre* del emperador y reduzcan al pastor al gobierno espiritual de su grey. [1463] Hasta el desempeño espiritual entra en la censura y residencia del reformador, enseñando al ínfimo clero el rumbo para contrarrestar a los cardenales, usurpadores de un mando despótico sobre las veintiocho regiones o parroquias de Roma. [1464] Hay alboroto con robos y tropelías, derramamiento de sangre y demolición de casas enteras; cargando los asoladores con las riquezas del clero y

de la nobleza opuesta a la plebe. Está Arnaldo viendo, y tal vez llorando, las resultas de sus misiones, y sigue así reinando por espacio de diez años, mientras dos pontífices, Inocencio II y Anastasio IV, o están temblando en el Vaticano, o andan vagando, como desterrados de pueblo en pueblo por las cercanías. Les sucede un papa más esforzado o venturoso, Adriano IV, [1465] el único inglés que ha llegado a ocupar el solio de san Pedro, y cuyo mérito logró descollar sobre el estado de monje y casi de mendigo, en el monasterio de san Albano. Al primer atentado de un cardenal muerto o malherido por las calles, pregonó un entredicho contra el pueblo criminal, y desde Navidad hasta Pascua de Resurrección, queda Roma defraudada de los consuelos efectivos o ideales del culto religioso. Despreciaban los romanos a su príncipe temporal, y se allanan ahora al quebranto y pavor a las censuras de un padre espiritual, se penitencian voluntariamente, y con el destierro del predicador quedan absueltos. Mas no se muestra aún desagraviado Adriano, y la próxima coronación de Federico Barbarroja redunda en perjuicio de su más osado reformador. Lastimados, aunque no en igual extremo, las cabezas de la Iglesia y del Estado, se avistan en Viterbo, y el papa pone de manifiesto al emperador el destemple indómito y disparado de los romanos; los desacatos, agravios y zozobras que le están de continuo aquejando juntamente con el clero, y sobre todo el rumbo perniciosísimo de la herejía de Arnaldo, trastornador de toda subordinación civil y eclesiástica. Federico se convence con aquellos desengaños, o se echa con el anhelo de la corona imperial. De cortísima monta suele ser, en la carrera de la ambición, la inocencia o la vida de un individuo, y en el trance de una concordia política queda sacrificado su enemigo común. Apadrinan los vizcondes de Campania al fugitivo Arnaldo; pero

la potestad del César lo arrebata de sus manos; un pueblo indiferente y por supuesto ingratísimo, está presenciando la ejecución, que por sentencia del prefecto de la ciudad, se impone al mártir de la libertad, de ser quemado vivo, y arrojan sus cenizas al Tíber, por temor de que los herejes recojan y adoren las reliquias de su maestro. [1466] Triunfa el clero con su muerte, con sus cenizas desaparece la secta, pero su memoria vive más y más en los pechos romanos. Sacaron probablemente de aquella escuela un nuevo artículo de fe; a saber, que la metrópoli del catolicismo estaba exenta de excomuniones y entredichos. Seguían arguyendo sus obispos, que la jurisdicción suprema que estaban ejerciendo sobre reyes y naciones, abarca con especialidad la ciudad y diócesis del príncipe de los Apóstoles. Mas estaban predicando en desierto, y el mismo principio que aminoraba los efectos, debía enfrenar las demasías con los disparos del Vaticano.

El ansia por la libertad antigua dio alas a la creencia de que ya en el siglo X, en los primeros conatos contra los Otones de Sajonia, se rehizo la República con el Senado y pueblo de Roma; que se nombraban anualmente dos cónsules entre la nobleza con diez o doce magistrados plebeyos que revivieron con el nombre y el servicio de tribunos de la plebe. [1467] Pero en asomando la crítica se desvanece aquel aparato venerable. En la lobreguez de la Edad Media suenan allá tal vez esos ecos de senadores, cónsules hijos de tales. [1468] Solían otorgarse por los emperadores, o bien ostentarse por los ciudadanos más pudientes para demostrar su jerarquía, sus timbres o tal vez sus pretensiones a entronques [1469] castizos o patricios; pero tan sólo vagan por la superficie, sin arraigo ni fundamento como dictados de individuos y no como estamentos del gobierno, [1470] y el establecimiento del Senado fecha tan sólo desde el año de

Jesucristo 1144, época esclarecida en las actas de la ciudad. Se arregla arrebatadamente una constitución nueva, aborto de ambición particular o de entusiasmo plebeyo; ni pudo Roma en el siglo XII aprontar un anticuario para explicar, o un jurista para restablecer una armonía y combinación adecuadas sobre la antigua planta. La reunión de un pueblo libre y armado ha de prorrumpir siempre en aclamaciones descompasadas y violentas. Pero la distribución arreglada de treinta y cinco tribus, el equilibrio esmerado de los haberes y el número de las centurias, los debates entre oradores contrapuestos, la operación pausada de votos y elecciones, no cabía que se prohijase fácilmente por una muchedumbre ciega, ajena de artes e incapaz de apreciar las ventajas de un gobierno legal. Propuso Arnaldo la renovación y el deslinde cabal del orden ecuestre; mas, ¿en qué podría fundarse aquel establecimiento distintivo? [1471] La calificación pecuniaria de los caballeros tenía que reducirse a la suma pobreza de aquel tiempo, en el cual tampoco se requería el desempeño civil de jueces y asentistas del Estado, y su obligación primitiva, el servicio militar a caballo, suplía más hidalgamente con las posesiones feudales y el sistema caballeresco. Era la jurisprudencia republicana desconocida e inservible. Formaban ya masa común las naciones y familias de Italia viviendo bajo las leyes romanas o bárbaras, y alguna tradición escasa, algunos fragmentos fútiles, conservaban la memoria del *Código* y las *Pandectas* de Justiniano. Con la libertad eran con efecto los romanos muy árbitros de restablecer el nombre y el ejercicio de cónsules, si no menospreciasen un dictado corriente aun en varios pueblos de Italia, que después ha venido a desdorarse con el destino humildísimo de agentes comerciales en territorio extraño. Pero aquellos fueros de los tribunos que atajaban los acuerdos públicos con su formidable

contraposición, da por supuesto o puede acarrear una democracia legal. Súbditos eran los patricios antiguos, y tiranos, al contrario, los barones modernos, en el Estado; ni los enemigos de la paz y de todo arreglo, atropelladores del vicario de Jesucristo, seguirían acatando la santidad indefensa de un magistrado plebeyo. [1472]

Por la revolución del siglo XII que dio nueva existencia y época especial a Roma advertimos los acontecimientos efectivos y grandiosos que empadronan y robustecen su independencia política.

I. El monte Capitolino, uno de los siete cerros, [1473] tiene como cuatrocientas yardas [365,6 m] de largo y doscientas [182,8 m] de ancho. Una gradería ostentosa de más de cien gradas se encumbra sobre la Roca Tarpeya, y era todavía más empinada la subida antes de suavizar la pendiente y terraplenar las honduras con los escombros de edificios caídos. Sirvió desde los primeros tiempos el Capitolio de templo en la paz y de fortaleza en la guerra; pues ya perdida la ciudad mantuvo un sitio contra los galos victoriosos, y aquel santuario del Imperio se guarneció, se asaltó y ardió en las guerras civiles entre Vitelio y Vespasiano. [1474] Yacieron en el polvo los templos de Júpiter y de su parentela divina, reemplazáronles casas y monasterios, y las murallas grandiosas, los pórticos abovedados y grandísimos, padecieron menoscabos y derrumbes con la sucesión del tiempo. El primer arranque de los romanos, parto natural de la libertad, fue el reponer el resguardo, mas no el esplendor del Capitolio; robustecer el solio de sus armas y sus acuerdos y al trepar a su cumbre hasta los pechos más helados se enardecen hasta lo sumo con la memoria de sus antepasados.

II. Apropiáronse los primeros Césares absoluta y exclusivamente la fabricación de la moneda de oro y plata,

quedando a cargo del Senado el ínfimo metal de bronce o cobre, [1475] esculpíanles emblemas y rótulos, donde se explayaba anchamente la lisonja, y así el príncipe vivía descargado del afán de encumbrar sus propias excelencias. Los sucesores de Diocleciano menospreciaron hasta las adulaciones del Senado y sus dependientes se vincularon al desempeño cabal del ramo esencial de la moneda, así en Roma como en las provincias, heredando aquella prerrogativa los reyes godos de Italia y los dilatados catálogos de las dinastías griegas, francesas y germanas. Tras ocho siglos de privación el nuevo Senado romano reasió aquel privilegio honorífico y ganancioso; renunciado tácitamente por los papas desde Pascual II hasta su residencia allende los Alpes. Los gabinetes de varios sucesores atesoran también algunos de aquellos cuños republicanos de los siglos XII y XIII, y en uno de ellos, que es de oro, asoma Jesucristo con un libro en la mano, y un letrero que dice así: VOTO DEL SENADO Y PUEBLO ROMANO: ROMA CAPITAL DEL MUNDO, y en el reverso, san Pedro entregando una bandera a un senador arrodillado con su sombrero y su manto y luego el nombre y armas de su alcurnia estampados en un escudo. [1476]

III. Con el Imperio el prefecto de la ciudad había parado en un mero concejal, pero estaba todavía ejerciendo la apelación postrera en causas civiles y criminales, y una espada desnuda que recibió de los sucesores de Otón, era el método de su investidura y el emblema de sus funciones. [1477] Vinculose aquel encargo en las alcurnias, ratificaba el papa la elección del pueblo; pero los tres juramentos casi encontrados no podían menos de entorpecer al prefecto en el desempeño de sus obligaciones contrapuestas. [1478] Un sirviente en el cual tan sólo terciaban los romanos independientes, quedó pronto despedido, y nombraron en su lugar un patricio, pero aquel dictado que

Carlomagno recibió con aprecio, era muy campanudo para un ciudadano y un súbdito, y tras el primer ímpetu de la rebeldía se avinieron gustosos al restablecimiento de la prefectura. Como medio siglo después, Inocencio III, tal vez el pontífice más ambicioso o por lo menos el más afortunado de todos, se descargó y libertó a los demás de aquella prenda de dominación extranjera; revistió al prefecto con una bandera en vez de espada, y lo absolvió de la obediencia y del juramento al emperador de Germania. [1479] Nombró el papa en su lugar a un eclesiástico ya cardenal efectivo, o por lo menos advenedizo, para el gobierno civil de Roma; pero su jurisdicción ha venido a coartarse en extremo, y en los usurpadores de libertad, el derecho dependía únicamente del Senado y del pueblo.

IV. Restablecido el Senado los Padres Conscritos, [1480] si cabe usar esta expresión, quedaron revestidos con la potestad ejecutiva o resolutiva; mas por maravilla traspasaban sus miras el ámbito del día presente, y aun en aquella estrechez solían padecer trastornos y tropelías. Ascendió el número de los senadores en su colmo hasta cincuenta y seis [1481] y los más preponderantes formaban jerarquía peculiar apellidándose consejeros; nombrábalos tal vez anualmente el pueblo, y una camarilla selecta, de diez individuos por cada región o parroquia estaba ya formando una planta de constitución libre y permanente. Los papas, quienes durante aquella tormenta se avinieron a doblegarse para no zozobrar de remate, corroboraron por medio de un tratado formal el establecimiento y las regalías del Senado, y contaron con la paz, el tiempo y la religión para el restablecimiento de su gobierno. Motivos de interés público o particular podían a veces travesarse y arrebatar a los romanos el sacrificio temporal y volandero de sus pretensiones, y seguían renovando su juramento de homenaje a

los sucesores de san Pedro y de Constantino, cabeza legítima de la Iglesia y de la República. [1482]

La pujanza concentrada de un consejo público, tuvo luego que disolverse en una población desmandada, y los romanos tuvieron luego que acudir a otro sistema mucho más sencillo y brioso para su régimen. Agolparon título y autoridad en un magistrado solo, con dos asociados o compañeros y reeligiéndolos, por años o por semestres, quedaba contrarrestado su poderío con la brevedad del plazo. Mas en aquel reinado casi momentáneo los senadores romanos soltaban la rienda a su ambición y su codicia. El interés de alcurnia o de bandería atropellaba la justicia, y al castigar únicamente a sus enemigos, no podían contar con la obediencia ni aun de sus parciales. Cesó el esmero pastoral de los papas, y aquel desvío abortó la anarquía, con cuyo desengaño, vinieron a palpar los romanos que eran absolutamente incapaces de gobernarse y entonces peregrinaron en busca de aquella dicha que estaban desahuciados de hallar en casa. En el mismo siglo y por idénticos motivos, las más de las repúblicas italianas providenciaron un arbitrio, extrañísimo al parecer, pero adecuado a su situación y acarreador de resultados imponderables. [1483] Fueron escogiendo en algún pueblo ajeno y amigo un magistrado imparcial, hidalgo y pundonoroso, guerrero y estadista, aclamado por la nombradía en su país y en el ajeno en cuyas manos ponían por cierto plazo la administración suprema en paz y en guerra. Juramentos y firmas sellaban el contrato entre el gobernante o mandatario y los súbditos o gobernados; deslindando por ápices la duración de su potestad, su competente sueldo, el temple y calidad de sus obligaciones. Juraban obedecerle como a su legítimo superior, y él se comprometía a fe de caballero a desempeñar su cargo con la

imparcialidad de un advenedizo y el afán de un patricio. Acompañaban cuatro o seis caballeros o juristas en armas y en justicia al *Podestá*, [1484] a sus expensas mantenía una comitiva decorosa de sirvientes y caballos: esposa, hijos y hermanos, quienes pudieran descaminarle de la entereza judicial, quedaban separados durante su desempeño; no le era lícito comprar tierras, contraer parentesco, ni aun aceptar hospedaje en casa de algún ciudadano, ni podía tampoco marcharse airosamente sin quedar satisfecho en residencia cabal por todos su pasos y operaciones.

Así sucedió que a mediados del siglo XIII llamaron los romanos de Bolonia al senador Brancaleone, [1485] cuya nombradía y merecimientos acaba de rescatar del olvido la pluma de un historiador inglés. Un miramiento pundonoroso por su propia reputación y un concepto cabal de la dificultad suma de la empresa le retraen del eminente cargo; se suspenden los estatutos de Roma y se dilata aquel nuevo ejercicio hasta el plazo de tres años. El desenfreno de los malvados le tizna de inhumano; el clero le malicia de parcial; pero los amantes de la paz y del orden vitorean la entereza de aquel magistrado inflexible de cuya diestra están recibiendo y paladeando aquellos logros peregrinos. Ningún desalmado arrastra a las claras, y ningún fementido burla recónditamente al senador justiciero. Sentencia y ahorca a dos nobles de la alcurnia Annibaldi, y arrasa inexorablemente en la ciudad y sus cercanías hasta ciento cuarenta torres, guaridas todas de salteadores y forajidos. El obispo, como meramente tal, tiene que residir en su diócesis, y Brancaleone va tremolando su estandarte por las campiñas con pavor y escarmiento. A tanto afán corresponde inicuamente la ingratitud de un populacho indigno de la felicidad que está disfrutando. Los salteadores enfrenados para el beneficio

público, incitan al vecindario romano, quien depone y encarcela a su bienhechor y peligrara en extremo su vida a no atesorar Bolonia un rehén para su resguardo. El cuerdo senador antes de ponerse en camino requiere y consigue la prenda incontrastable de treinta individuos de las primeras familias de Roma. Con la novedad de aquel peligro consigue la esposa del agraviado que se afiancen y guarden más estrechamente los rehenes, y Bolonia pundonorosamente comprometida, contrarresta el disparo de un entredicho pontificio. Aquella resistencia caballerosa franquea a los romanos tregua oportuna para relegar lo pasado con lo presente, y todos acompañan a Brancaleone de la cárcel al Capitolio, entre la algazara y las aclamaciones de un pueblo arrepentido. Lo restante de su gobierno fue siempre cabal y venturoso, y luego que la muerte acalló la emulación, enterraron su cabeza en un vaso preciosísimo para colocarla en la cima de una columna de mármol. [1486]

Ni la racionalidad, ni la virtud escudaban en Italia la elección más acertada. En vez de un mero particular a quien tributaban obediencia voluntaria y pasajera, elegían los romanos algún príncipe con potestad independiente para escudarlos contra todo enemigo, y aun contra ellos mismos. Carlos de Anjou y Provenza, el monarca más esforzado y ambicioso de aquel siglo, acepta en el propio acto el reino de Nápoles y el cargo de senador por el pueblo romano. [1487] Al atravesar la ciudad en su rumbo para la victoria recibe su juramento de vasallaje y hospeda en el palacio lateranense, y en aquella breve visita amainó un tanto la bronquedad de su índole. Pero el mismo Carlos experimenta la inconstancia popular, saludando con la misma algazara a su competidor, el desventurado Conradino, y un vengador poderoso aposentado en el Capitolio extremó las zozobras y los celos en el ánimo de los papas.

Dilatose el término de su vida con la renovación del plazo al tercer año, y el encono de Nicolás III precisó al rey siciliano a orillar el gobierno de Roma. Aquel pontífice imperioso en su bula, o sea ley perenne, se aferra en la validez, en la legitimidad, y ejercicio de la donación de Constantino, no menos esencial para la paz de la capital que para la independencia de la Iglesia; plantea la nueva elección de senador anual, y luego inhabilita para su desempeño expresa y terminantemente al emperador, a los reyes y príncipes y a todo individuo de esclarecida jerarquía. [1488] Deroga Martín IV aquella cláusula prohibitiva a favor suyo, quien anda solicitando rendidamente los votos del pueblo, en cuya presencia, y por su autoridad, dos electores confirieron no al papa sino al noble y leal Martín la dignidad de senador y la administración suprema de la República, [1489] para desempeñarla durante su vida natural, ejercitándola a su albedrío por sí mismo o por medio de apoderados. El mismo dictado cupo a los cincuenta años al emperador Luis de Baviera, y entrambos soberanos reconocen la independencia de Roma, constituyéndose concejales en su propia metrópoli.

Los romanos, en el arranque de su rebeldía, al inflamar Arnaldo de Brescia su ánimo contra la Iglesia, se esmeraron mañosamente en hermanar la privanza con el Imperio, y en recomendarse con sus méritos y servicios por la causa del César. El contexto en el habla de los embajadores a Conrado III y Federico I, es un rasgo entreverado de lisonja y orgullo, la tradición de una total ignorancia de su propia historia. [1490] Tras alguna queja por su silencio y desvío, están exhortando al primero para que tramonte los Alpes, y pase a recibir la corona imperial de sus manos. «Suplicamos a vuestra Majestad, que en vez de menospreciarnos, por nuestra humildad, como hijos y vasallos, se sirva no dar oídos a los embates de nuestros comunes

enemigos, que están calumniando al Senado, como opuestísimo a vuestro solio y siguen sembrando la semilla de la discordia, para recoger la mies de nuestro exterminio. El papa y el siciliano se han unido en un enlace, para contrarrestar nuestros fueros y vuestra coronación. Con el auxilio del Señor, nuestro afán y nuestro tesón rechazaron sus tentativas. Por asalto hemos venido a tomar casas y torres de sus parciales, enemigos y banderizos, y con especialidad los de Frangipani, y ahora unas están en poder de nuestra tropa, y otras yacen absolutamente demolidas. Rompieron el puente Milvio; queda ya restablecido y fortificado para vuestro regreso, y puede vuestro ejército presentarse en la ciudad, sin que le ofendan desde el castillo de san Ángelo. Cuanto hemos ya practicado y cuanto intentamos se encamina a vuestro honor y servicio, abrigando la esperanza leal, que acometeréis en breve, para volver por aquellos derechos que el clero se prepara a invadiros, reencumbrar el señorío del Imperio, y tramontar la nombradía y la gloria de vuestros antecesores. Así plantearéis vuestra residencia en Roma, la capital del orbe, dando leyes a Italia y al reino teutónico, remedando el ejemplo de Constantino y de Justiniano, [1491] quienes con la pujanza del Senado y del pueblo, llegaron a empuñar el cetro de la tierra.» [1492] Pero aquellos anhelos esplendorosos y aleves no hallaron abrigo en el franconio Conrado, cuya vista, clavada siempre en la Tierra Santa, falleció, sin visitar Roma, a su regreso de la expedición devota.

Su sobrino y sucesor, Federico Barbarroja, ansiaba más la corona imperial, y ninguno de los herederos de Otón había señoreado tan absolutamente Italia. Cercado de sus príncipes seculares y eclesiásticos, recibe en sus reales de Sutri a los embajadores de Roma, quienes prorrumpen allá en una arenga desenfadada y galana: «Inclinad vuestros oídos hacia la reina de

las ciudades; acercaos con rumbo pacífico y amistoso al recinto de Roma, que por fin sacudió el yugo del clero, y se desvive toda por coronar la sien de su legítimo emperador. Van a florecer de nuevo los tiempos primitivos. Acoged, bajo vuestros auspicios poderosos a la ciudad eterna, afianzad sus prerrogativas, y abarcad con vuestra monarquía el mundo enfrenando sus demasías. No podéis ignorar, que allá en otros siglos, con la sabiduría del Senado, con el valor y disciplina del orden ecuestre, fue dilatando el poderío de sus armas de levante o poniente, allende los Alpes y por las islas del océano. Mal hayan nuestros desbarros, y mal haya también la ausencia de nuestros príncipes, pues uno y otro nos han acarreado el olvido de la preciosa institución del Senado; yaciendo igualmente la cordura y la pujanza nuestra en el suelo. Hemos resucitado aquel cuerpo y el orden ecuestre; los acuerdos del uno y las armas del otro están prontos para el servicio de vuestra persona y de vuestro imperio. Dignaos oír la voz de la matrona romana: Gran huésped; ya sois mi ciudadano, de advenedizo trasalpino, os elijo por mi soberano, [1493] y me entrego a vos, con cuanto es mío. Vuestra obligación primera y más sagrada se cifra en jurar y firmar que estáis pronto a derramar vuestra sangre por la República, que conservaréis en paz y justicia las leyes de la ciudad y los fueros de vuestros antecesores, y tendréis a bien galardonar con cinco mil libras [2300 kg] de plata a los senadores que van a proclamar vuestros dictados en el Capitolio, y así con el nombre, mostráis el desempeño de Augusto.» Seguía más y más el caudal pomposo de la retórica latina, cuando Federico, mal hallado con tantísimo boato, atajó a los oradores con el desentono de la soberanía y el mando, y dijo: «Famosísimos, en verdad, fueron con su fortaleza y sabiduría los antiguos romanos, y celebrara en el alma de que tamañas

prendas descollaran ahora en vuestros pasos; pero la gran Roma, como todos los entes sublunares, adolece de los vaivenes del tiempo y de la suerte. Vuestras familias más eminentes se trasladaron allá por levante a la ciudad regia de Constantino, y entre griegos y francos desaparecieron los restos de vuestra libertad y fortaleza. ¿Ansiáis presenciar todavía la antigua gloria de Roma, el señorío, el ímpetu de los caballeros, la disciplina de los campamentos y el valor de las legiones? Aquí lo hallaréis todo en la República germana. No es un imperio desnudo y solitario, pues los realces y prendas del Imperio se avecindaron igualmente allende los Alpes en un pueblo más benemérito, [1494] y se emplearán en defensa vuestra, contando al mismo tiempo con vuestra obediencia os empeñáis en que yo, o mis antecesores, acudieron aquí por brindis de los romanos; equivocáis la expresión, pues no fue brindis, sino súplica. Carlomagno y Otón rescataron la ciudad de las garras de enemigos advenedizos y solariegos; las cenizas de vuestros libertadores allá descansan en nuestro país, después de obtener por galardón el competente señorío, bajo el cual vivieron y murieron vuestros antepasados. Apelo a mi derecho de herencia y posesión, y ¿quién osará arrebatármelo de las manos? ¿No me están aquí tremolando las banderas de una hueste poderosa e invencible? ¿Acaso las manos de francos y germanos se debilitaron [1495] con la edad? ¿soy vencido? ¿soy cautivo? Condiciones venís a imponer a vuestro amo; pedís juramentos; en siendo justas las condiciones, por demás están los juramentos, y además son éstos criminales, en siendo aquéllas violentas. ¿Os cabe, por ventura, desconfiar de mi equidad? Está siempre abarcando hasta el ínfimo de todos mis súbditos. ¿No se desenvainará siempre mi espada en defensa del Capitolio? El mismo acero ha reincorporado el reino de Dinamarca al

Imperio. Me venís a deslindar los ámbitos y los objetos de mi dignación, que está siempre derramando arroyos de inexhausta beneficencia. Todo se franqueará a los merecimientos comedidos, al paso que se negará todo a la desmandada importunidad.» [1496] Ni emperador ni Senado podían contener tan encumbradas pretensiones de señorío, o de libertad. En acuerdo con el papa, y receloso de los romanos, continúa Federico su marcha al Vaticano; hacen una salida del Capitolio, y perturban la coronación; se traba refriega sangrienta, y prevalecen con su número y su pujanza los germanos, sin poderse acampar a su salvo, en presencia de una ciudad de la cual se nombra soberano. Doce años después, sitia Roma para sentar un antipapa en la cátedra de san Pedro, introduciendo por el Tíber doce galeras pisanas; pero se salvan el Senado y el pueblo con las mañas de una negociación y los progresos de una epidemia, sin que ni Federico ni algún sucesor suyo repitiese ya el violento embate. Harto afanosos fueron sus reinados, con papas, cruzadas, Lombardía y la misma Germania; galanteando al contrario a los romanos por su alianza, y Federico II ofrece en el Capitolio el estandarte mayor el Caroccio de Milán. [1497] Extinguida la alcurnia de Suabia, quedan desterrados allende los Alpes, y sus coronaciones postreras adolecen de la escasez y desvalimiento de los Césares teutónicos. [1498]

En el reinado de Adriano, cuando el Imperio abarcaba el Éufrates y las playas del océano, y por otra parte el monte Atlas y las cumbres Grampias, un historiador de número [1499] embelesaba a los romanos retratándoles sus guerras primitivas. «Hubo un tiempo —dice Floro—, cuando Tibur y Preneste, nuestros recreos de verano, eran el blanco de votos amenazadores en el Capitolio, cuando mirábamos despavoridos las sombrías selvas aricias, cuando triunfábamos ufanísimos

sobre aldehuelas *anónimas* de los sabinos y de los latinos, y hasta Corioli podía suministrar un dictado decoroso o un caudillo vencedor». Empapábase el engreimiento de sus contemporáneos en contraponérsenos de lo pasado con la actualidad; humilláronse hasta lo sumo, con la perspectiva de lo venidero, con la profecía de que a los mil años, Roma, apeada de su imperio y estrechada en sus linderos originales, tendría que renovar hostilidades idénticas, en los mismos sitios, condecorados con sus circos, con sus quintas y pensiles. El territorio antiguo por ambas orillas del Tíber, ya se incorporaba, ya se prescindía únicamente, con el patrimonio de san Pedro; mas los barones se fueron agraviando de una independencia desaforada, y los pueblos todos anduvieron remedando con sobrado empeño los alborotos y desavenencias de la capital. En los siglos XII y XIII los romanos estuvieron más y más forcejeando por avasallar o exterminar a los súbditos contumaces de la Iglesia o del Senado, y cuando el papa enfrenaba sus desafueros ambiciosos, solía a veces enardecer sus ímpetus asociándoles las armas espirituales. Sus campañas venían a ser las de los primeros cónsules y dictadores, quienes desempuñaban la esteva para blandir el bastón de mando. Juntábanse armados al pie del Capitolio; se disparaban por las puertas; encendían o arrebataban las mieses de los vecinos, trababan refriegas, revueltas, y regresaban tras una expedición de quince o veinte días. Dilatados y torpísimos eran sus sitios, y en saliendo victoriosos todo era ruindad y desenfreno, celos bastardos y venganzas atroces, y en vez de aclamar el denuedo, se ensañaban contra sus enemigos desventurados. Los cautivos en camisa, con una soga al cuello, pedían perdón rendidamente; fortaleza y edificios de todo pueblo competidor quedaban arrasados, dispersando a sus moradores por las aldeas cercanas; y así

sucedió, que las quintas de los cardenales obispos Porto, Ostia, Albano, Túsculo, Preneste, Tibur o Tívoli fueron quedando asoladas con las hostilidades desenfrenadas de los romanos. [1500] De éstas, Porto [1501] y Ostia, las llaves del Tíber yacen todavía yermas; rebaños de búfalos cuajan sus pantanos, y el río fenece inservible para el comercio y la navegación. Las lomas que están brindando con umbrío albergue contra los destemples de la otoñada, ríen de nuevo con los halagos de la doncella Frascati, entre los escombros de Túsculo. Tibur o Tívoli recobró los triunfos de ciudad, [1502] y los pueblos menores de Albano y Palestrina campean condecorados con los palacios de cardenales y príncipes de Roma. Solían los pueblos comarcanos atajar aquel afán asolador de los romanos; en el primer sitio de Tibur los arrojaron de su campamento, y las batallas de Túsculo [1503] y Viterbo [1504] pudieron parangonarse respectivamente a los campos memorables de Trasimeno y de Canas. En la primera de estas guerras menores, mil caballos germanos arrollaron y estrecharon a treinta mil romanos, y con aquel destacamento enviado por Federico Barbarroja en auxilio de Túsculo, podemos computar atinadamente hasta tres mil muertos y dos mil prisioneros. Marchan sesenta y ocho años después con todo el vecindario, contra Viterbo en el Estado eclesiástico; por una combinación extraña las águilas teutónicas se mezclan en ambas partes con las llaves de san Pedro y los auxiliares del papa pelean a las órdenes de un conde de Tolosa y un obispo de Winchester. Quedan los romanos mal parados y con grandísimo descalabro; pero sin duda aquel prelado inglés, con vanidad de peregrino, abultó la pérdida enemiga hasta treinta mil hombres, siendo cien mil en la batalla. Si con el recobro del Capitolio revivieran la política del Senado y la disciplina de las legiones, la situación desavenida de Italia pudo proporcionar segunda conquista. Pero

los romanos, sin *sobresalir* en armas entre los demás estados, desmerecían mucho en las demás artes, respecto de los estados comarcanos. Ni sus arranques diversos tuvieron consistencia; tras algunas salidas desconcertadas, se sumieron en su deuda nacional, hasta el punto de orillar toda institución militar, valiéndose desairada y peligrosamente de advenedizos asalariados.

Cizaña de prontas y agigantadas creces viene a ser la ambición en el viñedo de Jesucristo. Batallaron por la cátedra de san Pedro, bajo los primeros príncipes cristianos, votos, cohechos y violencias, abortos muy propios de toda elección popular; mancilló la sangre los santuarios de Roma, y desde el siglo III hasta el XII, el desenfreno de cismas frecuentes solía desgarrar el regazo de la Iglesia. Mientras la apelación definitiva del magistrado civil zanjaba, pasajeros y locales eran aquellos trastornos, pues equidad o privanza deslindaban el merecimiento, y el competidor destronado no alcanzaba a causar disturbios duraderos contra el triunfo del agraciado. Pero desentendiéndose los emperadores de aquella prerrogativa, luego que se arraigó aquella máxima de que el vicario de Jesucristo vive inmune de todo tribunal terrestre, a cada vacante de la sagrada silla peligraba la cristiandad entera con vaivenes y contiendas. Las pretensiones de cardenales o del clero inferior, de nobles y plebeyos, eran confusas y controvertibles; las asonadas de un gentío que no conocía entonces superior arrollaban toda libertad en la elección. Fallecía el papa, y allá se dividían los bandos, para proceder cada cual en su iglesia, a su nombramiento respectivo. El número y peso de los votos, la anterioridad del tiempo y el merecimiento de los candidatos se iban mutuamente contrapesando; el clero de más suposición solía dividirse, y los príncipes remotos, doblegándose ante el

solio espiritual, no alcanzaban a diferenciar el ídolo bastardo del puro y legítimo. Acontecía que los mismos emperadores eran los causantes del cisma, por el móvil personal de contrarrestar con un pontífice amigo al opuesto, y todos los competidores tenían que aguantar los embates de sus contrarios, quienes ajenos de todo remordimiento, echaban el resto en cohechar a los codiciosos del caudal o de medros. Afianza Alejandro III [1505] una sucesión pacífica y certera, aboliendo para siempre los votos atumultuados del clero y la plebe, y vincula únicamente en los cardenales reunidos el derecho de elección. [1506] Con aquel fuero importantísimo se deslindan las tres órdenes, de obispos, sacerdotes y diáconos; encabeza la clase el clero parroquial de Roma; se entresaca indistintamente de todas las naciones de la cristiandad, y se prescinde allí del título y el ejercicio para obtener las prebendas más pingües y las mitras preferentes. Los senadores de la Iglesia católica, los coadjutores y legados del supremo pontífice vestían púrpura, como símbolo de martirio y de mando; aspiraban a igualarse altaneramente con los mismos reyes, y su señorío se estaba realizando con la cortedad del número, que hasta el reinado de León X, por maravilla excedía de veinte a veinticinco individuos. Con este arreglo quedó atajada toda duda y remediado todo escándalo, desarraigándose ya completamente el germen de cualquier cisma, que en un plazo de seis siglos, tan sólo una vez se ha duplicado la elección, y dividido la unidad del sagrado colegio. Pero teniendo que necesitar dos tercios del total de votos, ha solido dilatarse el nombramiento con el interés personal y las inclinaciones de los cardenales; y al ir así extendiendo su reinado independiente, carecía el mundo cristiano de cabeza. Medió un claro de cerca de tres años hasta la elección de Gregorio X, quien acordó precaver para siempre igual trastorno, y su bula, tras algún

contrarresto, queda ya embebida en el código de las leyes canónicas. [1507] Las exequias del papa difunto duran un novenario, en cuyo plazo tienen que acudir los cardenales ausentes, al décimo día, quedan todos encarcelados, cada uno con su sirviente, en una misma vivienda o *cónclave*, sin separación alguna de pared o cortinaje; queda abierta una ventanilla para introducir lo necesario, pero la puerta permanece siempre cerrada por dentro y por fuera, y custodiada por los magistrados de la ciudad, para tenerlos absolutamente incomunicados. Si la elección no se realiza al tercer día, el boato de su mesa viene a reducirse meramente a un solo plato tanto al mediodía como por la noche, y a los ocho días, se les apresura con la estrechez de pan y agua, y algún sorbo de vino. Durante la vacante de la Santa Sede, no perciben renta los cardenales, ni les compete el régimen de la Iglesia, no mediando urgencia estrechísima; se anula terminantemente todo convenio y promesa entre los electores, robusteciendo su pundonor con un juramento solemne y las plegarias de los católicos. Se han ido luego ensanchando algunos puntos de esa estrechísima rigidez, pero la disposición fundamental del encierro, sigue en su cabal pujanza; y como les urgen los móviles de la sanidad y desahogo, procuran salir ejecutivamente del trance, y con la mejora de elecciones y reserva se encubren los votos tras un velo vistoso de humanidad y constancia [1508] durante el cónclave. [1509] Por medio de estas nuevas instituciones, vinieron a quedar los romanos excluidos de toda participación en el nombramiento de su príncipe y obispo, y en medio de aquel afán calenturiento de su libertad volandera y desenfrenada, vinieron como a desentenderse de aquel malogro tan sumamente trascendental. Resucita el emperador Luis de Baviera el ejemplar de Otón el Grande. Tras alguna negociación con los magistrados, se junta

el pueblo romano [1510] en la plaza de san Pedro; el papa de Aviñón, Juan XXII, queda depuesto, y la elección del sucesor queda consentida y ratificada con aplauso. Votan libremente una ley nueva, disponiendo que su obispo nunca ha de estar ausente de Roma, sino a lo sumo tres meses al año, y aun aquéllos a tres jornadas de la capital, y en no regresando a la tercera intimación, quedaba el sirviente público degradado y despedido. [1511] Mas olvidó Luis su propia flaqueza y las vulgaridades de aquel tiempo, pues fuera del ámbito del campamento germano, queda desechado aquel vestigio inservible, menosprecian los romanos su propia obra; implora el antipapa la conmiseración del soberano legítimo, [1512] y el derecho exclusivo de los cardenales se robustece incontrastablemente con este embate intempestivo.

Si se celebrara siempre la elección en el Vaticano, nadie atropellara a su salvo los derechos del Senado y del pueblo. Mas los romanos olvidadizos quedaron también olvidados en ausencia de los sucesores de Gregorio VII, quienes no acataron como mandato divino su residencia ordinaria en la ciudad y su diócesis. El afán por su obispado era de menos entidad que el gobierno de la Iglesia universal; no podían los papas complacerse en una ciudad, donde solían padecer contrarrestos en su autoridad y desacatos en sus personas. Acosados por los emperadores, y comprometidos en guerras por Italia, tramontaron los Alpes, en busca del regazo paternal de Francia; se salvaron cuerdamente de los alborotos de Roma, para desahogarse a su placer por las campiñas placenteras de Anagni, Perugia, Viterbo y demás pueblos comarcanos. Agraviada y empobrecida la grey con la ausencia del mayoral, tenía éste que acudir al llamamiento tal vez algún tanto ceñudo, que le advertía cómo san Pedro había sentado su cátedra en Roma, y

no en aldeas arrinconadas, para gobernar desde la capital del mundo; amagando además ferozmente con una marcha asoladora del vecindario contra el sitio o pueblo que le franquease retirada. Regresaban con trémula obediencia, y recibían por saludo el anuncio de una deuda crecida, de todo el menoscabo acarreado por su ausencia, los alquileres de vivientes, la venta de abastos, y los varios desembolsos de sirvientes y advenedizos que acarreaba la corte. [1513] Tras un breve plazo de sosiego y tal vez de autoridad, nuevas asonadas los volvían a desterrar, y tenían que regresar otra vez con intimaciones repetidas e imperiosas, o por lo menos por las instancias encarecidas del Senado. En aquellas retiradas eventuales de los desertores o fugitivos del Vaticano, solían no desviarse en demasía, ni por largo plazo de la capital; pero a principios del siglo XIV, el solio apostólico se trasladó, al parecer para siempre, del Tíber al Ródano, y la causa de aquella emigración se deja inferir de la contienda sañuda de Bonifacio VIII con el rey de Francia. [1514] Los tres estados de mancomún rechazaron las armas espirituales de la excomunión y el entredicho, escudándose con las inmunidades de la Iglesia galicana; mas no se hallaba el pontífice aparatado contra las armas efectivas de que Felipe el Hermoso se atrevió a echar mano. Hallábase el papa, sin zozobra, en Anagni, y le asaltan trescientos caballos, alentados reservadamente por Guillermo de Nogaret, ministro de Francia y Sciarra Colonna, de alcurnia esclarecida, pero enemigo de Roma. Huyen los cardenales, el vecindario de Agnani se aquilata con protestas de agradecimiento; pero el intrépido Bonifacio, desarmado y solo, se sienta en su sillón, y está esperando, como allá los Padres Conscritos, las espadas de los galos. Nogaret, como contrario advenedizo, se contenta con ejecutar las órdenes de su soberano; pero la enemistad nacional

de Colonna lo desacata con baldones y golpes, y por los tres días de encierro, las tropelías cometidas contra el punto indefenso, está su vida amenazada. Aquella demora impensada va dando tregua y aliento a los parciales de la Iglesia, quienes lo rescatan de tan sacrílego desenfreno; pero aquella alma endiosada, quedó malherida en sus íntimas entrañas, y Bonifacio espera en Roma con ímpetus frenéticos de saña y de venganza. Los vicios las pasiones de orgullo y avaricia están todavía tiznando su memoria, y luego le faltó el denuedo de mártir para encumbrarse, como campeón eclesiástico, al timbre de santo; pecador magnánimo (dicen las crónicas de aquel tiempo) que se introdujo como zorra, reinó como león, y vino a morir como un perro. Sucediole Benedicto XI, apacible sin segundo. Excomulgó sin embargo a los desalmados emisarios de Felipe, y con una maldición pavorosa aterró el pueblo de Anagni, cuyo escarmiento está viendo todavía la muchedumbre supersticiosa. [1515]

Tras su muerte, se amaña la bandería francesa, y arrolla la suspensión del dilatado cónclave. Se hace y se acepta un ofrecimiento halagüeño; a saber, que en el término de cuarenta días eligiesen uno de los tres candidatos nombrados por sus contrarios. El arzobispo de Burdeos, enemigo furibundo de su rey y de su patria, encabeza la lista; mas todos odian su ambición; pero allá corría más y más, en pos de la fortuna y de las órdenes de un bienhechor, quien sabe por un mensajero velocísimo que la elección del pontífice para en sus manos. Se avienen reservadamente, y todo el negocio se redondea con tal actividad y sigilo, que el cónclave unánime proclama a Clemente V. [1516] Pásmanse los cardenales de ambos partidos, con la intimación de que lo acompañen allende los Alpes, de donde, como luego lo averiguan, no les cabe esperanza de regreso. Estaba comprometido, expresa y gustosamente, a

plantear su residencia en Francia; y después de ir culebreando con su corte por Poitú y Gasconia, y aniquilando con sus gastos las ciudades y conventos de su tránsito, hace por fin alto en Aviñón, [1517] que floreció luego por más de setenta años [1518] como solio del pontífice romano y metrópoli de la cristiandad. Accesible es el solar de Aviñón, por mar, por tierra y por el Ródano y por donde quiera; pues no desmerecen las provincias meridionales de Francia respecto de la misma Italia; descuellan palacios nuevos para viviendas del papa y de los cardenales y los tesoros de la Iglesia van luego atrayendo las promesas del boato. Estaban ya poseyendo el territorio contiguo, el condado venesino, [1519] paraje fértil y populoso, cuya soberanía compró después Juana, reina primera de Nápoles y condesa de Provenza, en su mocedad y sus conflictos, por el precio bajísimo de ochenta mil florines. [1520] A la sombra de la monarquía francesa, en medio de un pueblo sumiso, disfrutaron los papas un señorío decoroso y sosegado, de que habían estado siempre muy ajenos; pero estaba Italia llorando su ausencia, y Roma, en solitario desamparo, debía arrepentirse de aquel indómito desafuero que arrojó del Vaticano al sucesor de san Pedro. Tardío e infructuoso fue su arrepentimiento, pues al fallecimiento de los vocales ancianos, el sagrado colegio vino a cuajarse de cardenales franceses, [1521] que miraban a Roma e Italia con odio y menosprecio, y fueron perpetuando la serie de papas nacionales y aun provinciales, adictos con vínculos indisolubles a su patria.

Va progresando la industria y enriquece más y más las repúblicas italianas, la temporada de su libertad es el período más floreciente de su población y agricultura, de sus fábricas y su comercio, y sus faenas mecánicas se fueron remontando hasta los aires más primorosos del numen y de la elegancia. Menos favorable fue siempre la situación de Roma, y menos productivo

su terreno; yace su vecindario en la suma desidia, y se engríe con una presunción desatinada; empapándose en la aprensión de que el tributo de los súbditos tenía que alimentar a la capital de la Iglesia y del Imperio. Aquella procesión incesante, aquel gentío revuelto de peregrinos que estaba a toda hora acudiendo al sagrario de los Apóstoles, fomentaba hasta lo sumo aquella preocupación, y el postrer legado de los papas, el invento del *Año Sagrado*, [1522] redundaba en menos beneficio del vecindario que del clero. Con el malogro de la Palestina, venía a carecer de objeto el don de la indulgencia plenaria, determinadamente a las cruzadas, y el tesoro más precioso de la Iglesia, quedó desviado, por más de ocho años de la circulación general. El tesón de Bonifacio VIII abre un nuevo cauce, y cohonesta un tanto los achaques de la ambición y de la avaricia, y su intención es adecuada para resucitar los juegos seculares que se solemnizaban en Roma al fin de cada siglo. Para internarse sin contingencia en la creencia popular, se pronuncia oportunamente un sermón, se propaga estudiadamente un caso, se aprontan testigos ancianos, y el 1 de enero del año 1300, se atropella el gentío de fieles en la iglesia de san Pedro, pidiendo la indulgencia *acostumbrada* del tiempo santo. El pontífice, que estaba acechando y fogueando su impaciencia fervorosa, queda al punto persuadido, con testimonios irrefragables, de la justicia de aquella demanda; y entonces pregona su absolución plenaria a todo católico, que en el discurso de aquel año, y en cualquier otra ocasión semejante, visitase devotamente las iglesias apostólicas de san Pedro y san Pablo. Suena y resuena el eco halagüeño por toda la cristiandad; y al pronto de las provincias cercanas de Italia, y luego de los reinos lejanos de Hungría y Bretaña, se cuajan los caminos de enjambres de advenedizos que marchan en romería a purgar sus pecados con aquel viaje costoso e incomodísimo, pero que desde

luego descarga de todo servicio militar. Toda excepción de jerarquía o sexo, de edad o achaque, viene a quedar olvidada en aquel embaucamiento general; yaciendo por las calles y las iglesias varios individuos, hollados de muerte con el arrebato de su devoción. No cabe computar acertadamente su número, abultándolo tal vez mañosamente el clero, muy enterado de la trascendencia contagiosa del ejemplo. Mas un historiador esmerado nos asegura, habiendo presenciado el caso, que por aquella temporada, jamás estuvo Roma sin doscientos mil advenedizos, y otro testigo fija en dos millones el concurso total del año. Una ofrenda baladí por cada individuo, agolpaba un tesoro regio; y dos clérigos estaban noche y día con sus copas en las manos, para recibir sin contar los puñados de oro y plata, que se iban aprontando tanto al mismo altar de san Pablo. [1523] Era dichosamente una temporada de paz y abundancia, y si escaseaba el pienso, y si hosterías y posadas eran carísimas, Bonifacio echó el resto de su política en abastecer de pan, vinos, carnes y pescados el pueblo, estimulando así la codicia del vecindario. Toda opulencia casual desaparece en una ciudad sin comercio, ni género alguno de industria; pero la avaricia y la envidia de la generación siguiente solicitó de Clemente VI, [1524] la anticipación del plazo todavía remoto del siglo. Graciable el pontífice, condesciende con sus anhelos; y proporciona a Roma este consuelo baladí por sus quebrantos, procurando abonar aquella mudanza con el nombre y la práctica del Jubileo Mosaico. [1525] Acude el orbe a su llamamiento, y número, fervor y desembolso de peregrinos competen con la función primitiva. Mas luego padecen las tres plagas de guerra, peste y hambre: casadas y doncellas viven llorando tropelías, muchos advenedizos quedan despojados y aun muertos por el desenfreno de los romanos, tanto en caminos como en aldeas y pueblos de

consideración, ajenos de todo miramiento con la ausencia de su obispo. [1526] Impacientes los papas van reduciendo aquel plazo a cincuenta, treinta y tres y veinticinco años, aunque el segundo de aquellos términos cuadra con la edad de Jesucristo. Hierven indulgencias, se desmandan acá y allá protestantes, mengua la superstición y todo redunda en menoscabo del jubileo; pero hasta la decimonona y última festividad, el año es también una temporada de recreo y ganancia para los romanos, y una sonrisa afilosofada no ha de intentar un disparo contra el triunfo del sacerdocio y la holganza del pueblo. [1527]

A principios del siglo XI está Italia padeciendo la tiranía feudal, igualmente opresiva para los mismos señores que para el pueblo. Asoman repúblicas que vuelven por los fueros de la humanidad, y así se explaya la libertad desde el centro de la ciudad hasta los países comarcanos. Quiébrase la espada del noble; se desahoga la servidumbre; se arrasan castillos; se entablan sistemas sociales y justicieros; la ambición atropelladora tiene que avenirse a honores meramente concejiles, y aun en las aristocracias altaneras de Génova y Venecia, tiene todo patricio que avenirse a los ámbitos de la ley. [1528] Pero el gobierno endeblillo y desquiciado de Roma no alcanza a doblegar la rebeldía de sus hijos, despreciadores de sus magistrados, dentro y fuera de sus muros. No es ya contienda de nobles y plebeyos por el mando; los barones armados pelean por su independencia personal; fortifican sus palacios o castillos contra cualquier sitio, y su comitiva y sus vasallos están sosteniendo sus belicosas demasías. Son de suyo advenedizos, y se desentienden allá de todo miramiento cariñoso por la patria. [1529] Un romano castizo, si tal fenómeno era dable, debiera rechazar a todo extraño altanero, que menospreciaban el dictado de ciudadanos, y se apellidaban engreídamente príncipes de

Roma. [1530] Con tanto vaivén, a cual más odioso, río que da memoria de alcurnias particulares; ni hay asomo de sobrenombres; la sangre de mil naciones gira revuelta por todas las venas; godos y lombardos, griegos y francos, germanos y normandos, todos se habían ido apoderando de lo más ameno y productivo por concesión regia o prerrogativa de su valentía. Estos ejemplares no admiten extrañeza, pero el encumbramiento de la ralea judaica a la jerarquía de senadores, no tiene cotejo en el dilatado cautiverio de aquel desventurado y errante pueblo. [1531] En el reinado de León IX, un rico y erudito judío quiso cristianizarse, condecorándose con el nombre de su padre espiritual, el mismo papa. El afán y el aliento de Pedro, ahijado de León, descollaron en la causa de Gregorio VII, quien le confió, como a leal prosélito, el gobierno de la mole Adriana, la torre de Crescencio, o como se llama en el día, de san Ángelo. Crecida es la prole, tanto del padre como del hijo; sus riquezas producto de la usura, trascendían a las familias principales de la ciudad, y su parentela era tan inmensa, que el nieto del prosélito vino a encumbrarse hasta el solio de san Pedro. La mayoría del clero y del pueblo sostienen su causa; reina por algunos años en el Vaticano, y tan sólo por la elocuencia de san Bernardo y el triunfo final de Inocencio II, ha venido a quedar Anacleto tiznado con el baldón de antipapa. Con su descalabro y muerte, no asoma ya la posteridad de León, y ninguna familia moderna apetece entroncarse con la cepa hebrea de León. No es de mi instituto el ir empadronando las alcurnias romanas que vinieron a fenecer en épocas diversas, ni tampoco las que ahora mismo siguen brillando en la sociedad. [1532] El linaje antiguo y consular de los *Frangipani*, está demostrando su apellido con el acto caballeroso de repartir pan en temporada de hambre, y es seguramente más esclarecido aquel rasgo, que el de haber

encerrado con su parentela de los *Corsi*, un barrio dilatado de la ciudad con las cadenas de su fortificación; los *Savelli*, al parecer de alcurnia Sabina, conservan su señorío primitivo; el apellido ya trascordado de los *Capizucchi* se lee estampado en las primeras monedas de los senadores; los *Conti* gozan de su timbre, aunque sin estados, de condes de Signia, y los *Annibaldi*, serían harto ignorantes, o muy comedidos, si no acertaran a entroncarse con el prohombre cartaginés. [1533]

Pero en la grandeza, o sobre ella, se remontan las alcurnias competidoras de *Colonna* y *Ursini*, cuya historia peculiar, es parte esencial en los anales de la Roma moderna.

I. El nombre y las armas de los Colonnas [1534] deben su fama a su etimología muy dudosa, y oradores y anticuarios se ceban en el pilar Trajano, en las columnas de Hércules, y en la columnilla de los azotes de Jesucristo; y aun allá en el columnón centellante que fue guiando a los israelitas por el desierto. Desde su primer albor histórico, en el año 1104, descuellan el poderío y la antigüedad, significando sencillamente el objeto de aquel nombre. Los Colonnas, usurpando Cava se acarrearon las armas de Pascual II, pero poseían legítimamente en las campañas de Roma los feudos hereditarios de Zagarola y *Colonna*, y esta última asomaría realzada con algún pilar elevado, resto tal vez de alguna quinta o templo. [1535] Estaban también poseyendo la mitad de la ciudad vecina de Túsculo, muestra patente de su ascendencia hasta los condes de Túsculo, que en el siglo tiranizaron la silla apostólica. Según la opinión general, y aun la propia, la cepa remota y primitiva salía de las márgenes del Rin, [1536] sin que los soberanos de Germania se empachasen de aquel entronque positivo o soñado, que en el giro dilatado de siete siglos sabía sobresalir con el mérito, y siempre con sus haberes. [1537] A fines del siglo XIII, la rama principal se componía de un

tío y seis hermanos, todos esclarecidos en armas o en prebendas eclesiásticas. Entre ellos, Pedro, ascendió a senador en Roma, subió al Capitolio en carro triunfal, y fue saludado en alguna fútil aclamación con el dictado de César; al paso que Juan y Esteban fueron declarados marqués de Ancona y conde de Romagna por Nicolás IV, apadrinador tan extremado de la alcurnia, que se le ha delineado en retratos satíricos así como emparedado en un pilar grueso. [1538] A su muerte los modales altaneros acarrearon a todos el enojo de encargos sangrientos e implacables. Ambos cardenales, tío y sobrino, tildan la elección de Bonifacio VIII, y los Colonnas se vieron acosados, por algún tiempo, con armas temporales y espirituales. [1539] Proclama una cruzada contra sus enemigos personales, confisca sus estados; sitia por ambas orillas del Tíber sus fortalezas; con las tropas de san Pedro y de la nobleza competidora, y tras la asolación de Palestrina o Preneste, su posesión principal, y aran sus escombros, en demostración de su ruina perpetua. Desdorados, proscritos, desterrados, los seis hermanos, siempre con disfraces y siempre expuestísimos, vagan por Europa, más o menos esperanzados de su recobro y su venganza. En tan desastrada situación la corte de Francia es su arrimo más poderoso; demuestran y encabezan la empresa de Felipe, y no podríamos menos de elogiar su magnanimidad, si acatara la desventura y el esfuerzo de un tirano rendido. Anula el pueblo romano todas sus actas civiles, restableciendo sus haberes y timbres a los Colonnas, y se deja conceptuar su importe por los cien mil florines de oro que se les asignan por sus quebrantos, contra la herencia del difunto. Quedan abolidas todas las censuras y tachas [1540] por sus cuerdos sucesores, y la prosperidad de la alcurnia florece más y más con aquel huracán pasajero. Sobresale el denuedo de Sciarra Colonna en el apresamiento de Bonifacio,

y después en la coronación de Luis de Baviera, y el emperador agradecido decreta una corona, por vía de realce, sobre el pilar de sus armas. Pero campea sobre toda la familia Esteban, a quien Petrarca ensalza y sobrepone como prohombre muy superior a sus propios tiempos, y dignísimo de la antigua Roma. Con la persecución y el destierro resplandeció más y más ante todas las naciones por su desempeño en paz y en guerra, y aun en su mismo conflicto era objeto, no de lástima, sino de acatamiento, pues en medio del sumo peligro, expresaba su nombre y su patria, y al preguntarle ¿en dónde para ahora vuestra fortaleza? se ponía la mano en el pecho y respondía: «Aquí». Arrostró con la misma pujanza el regreso de la prosperidad y hasta el extremo de su edad menoscabado, sus antepasados, él mismo, y la descendencia de Esteban realzaban su grandeza en la República romana y en la corte de Aviñón.

II. Emigraron los Ursinos de Spoleto, [1541] los hijos de Ursa, como se les apellida en el siglo XII, descendientes de algún personaje, que se conoce únicamente por cabeza de la alcurnia. Pero descollaron luego en la nobleza de Roma, por el número y la valentía de la parentela, la grandiosidad de sus torres, el blasón de sus senadores y cardenales, y el ascenso de dos papas, Celestino y Nicolás III, de su mismo nombre y linaje. [1542] Hay que tildar sus riquezas, como abuso muy positivo del nepotismo. El espléndido Celestino [1543] se arrojó a enajenar estados de san Pedro a favor de los suyos, y Nicolás estuvo ansiando entroncar con monarcas, fundar reinos nuevos en Lombardía y Toscana, y revestir a sus parientes con la senaduría perpetua de Roma. Cuanto queda expresado acerca de las grandezas de los Colonnas, recae en realce de los Ursinos sus antagonistas denodados y en suma iguales, en su encono dilatado y hereditario, que estuvo por más de dos siglos

desgarrando el Estado eclesiástico. El fundamento positivo de su contienda era el contrarresto por la preeminencia; aparentando una prenda centellante y distintiva, prohijaron los Colonnas el nombre de gibelinos y el bando del Imperio; y los Ursinos empadronaron el de güelfos con la causa de la Iglesia. Tremolaban en los pendones encontrados el águila y las llaves, y ambas facciones se desenfrenaban más y más por Italia, cuando ya el origen y el jaez de la contienda yacían por mucho tiempo olvidados. [1544] Retirados allá en su Aviñón, los papas peleaban todavía más y más por la república vacante, y los estragos de la discordia seguían y se perpetuaban con el empeño mezquino de nombrar los senadores al año. Asolábanse pueblos y comarcas con las hostilidades particulares, y la balanza siempre movible fluctuaba alternativamente con mutuas ventajas o menoscabos. Pero ningún individuo de entrambas familias había venido a fenecer de mano airada, hasta que el campeón más descollante de los Ursinos, fue sorprendido y muerto por el menor de los Colonnas, Esteban. [1545] La fealdad de quebrantar la tregua tiznó aquel triunfo, y se acudió ruinmente a vengar el descalabro con los asesinatos, a la misma puerta de la iglesia, de dos niños inocentes y dos criados. Pero Colona victorioso, con su compañero anual, quedó declarado senador de Roma por espacio de cinco años; y la muerte de Petrarca entonó el anhelo, la esperanza y la profecía de que el gallardo mancebo, hijo de un héroe incomparable, iba a restablecer en Roma y en Italia la gloria antigua, que su justicia había de exterminar los lobos y los leones, las serpientes y los osos, que se empeñaban en derrumbar hasta los cimientos la *columna* eterna de mármol. [1546]

EL CISMA DE OCCIDENTE Y LA HISTORIA DE LOS PAPAS

Nota bibliográfica

Al llegar el año 1000 el sistema feudal europeo estaba consolidado y en distintos reinos los monarcas trataban de fortalecer su autoridad. La Iglesia, que hasta entonces había funcionado como elemento de cohesión, entra en competencia con el poder real. Desde esta perspectiva, la historiografía moderna ha tratado el problema del Cisma de Occidente. Particularmente, interesa la discusión sobre el origen del poder, y su doble vertiente, secular o religiosa, y en esos problemas concurren una gran variedad de trabajos sobre filosofía y teoría política medieval. Por otra parte, la cuestión del papado articula los problemas teóricos con la práctica política de los Estados.

Visión general del período: *J. Álvarez Palenzuela (coord.)*, Historia universal de la Edad Media, *Barcelona, Ariel, 2002. J. A. García de Cortazar y J. A. Sesma Muñoz*, Historia de la Edad Media. Una Síntesis Interpretativa, *Madrid, Alianza, 1998. G. Hodgett*, Historia económica y social de la Europa Medieval, *Madrid, Alianza, 1974. J. Le Goff*, La civilización del Occidente Medieval, *Buenos Aires, Paidós, 1999. R. McKitterick*, La Alta Edad Media: Europa 400-1000, *Barcelona, Crítica, 2002. E. Mitre*, Historia de la Edad Media en Occidente, *Madrid, Cátedra, 1995. (1 ª 1983). N. Pounds*, Historia económica de la Europa Medieval, *Barcelona, Crítica, 1981. J. Paul*, La Iglesia y

la cultura en Occidente (Siglos IX al XIII), *Barcelona, Labor, Nueva Clío, 1988. G. Bois*, La Revolución del Año Mil, *Barcelona, Crítica, 1991. G. Duby*, Guerreros y campesinos. Desarrollo inicial de la economía europea (500-1200), *Madrid, Siglo XXI editores, 1985*.

La religión: *P. Brown*, El primer milenio de la cristiandad occidental, *Barcelona, Crítica, 1997. A. Fliche y V. Martin (eds.)*, Histoire de l'Eglise Depuis les Origines jusqu'à nos Jours, *París, Bloud & Gay, 1951*.

El papado: *L. von Ranke*, Historia de los papas, *México, Fondo de Cultura Económica, 1993. Y. Renoyard*, Los papas de Aviñon, *Buenos Aires, Compañía General Fabril Editora, 1961. G. Barraclough*, The Medieval Papacy, *Londres, 1968. R. Davies*, The Lives of the Eighth-Century Popes, *Liverpool, University of Pennsylvania Press, 1992. F. Dvornik*, Byzantium and the Roman Primacy, *Nueva York, 1966. J. Richards*, The Popes and the Papacy in the Early Middle Ages 476-752, *Londres, 1979. J. Richards*, Consul of God: the Life and Times of Gregory the Great, *Londres, 1980. A. Becker*, Papst Urban II (1088-1099), *Strettgart, 1988. G. Bucardo*, Alla Corte di Cinque Papi. Diario 1483-1506, *Milán, 1988. M. Colin*, The Papal Monarchy, the Western Church from 1050-1200, *Oxford, Clarendon, 1991. L. García Guijarro Ramos*, Papado, Cruzadas y órdenes militares, siglos XI-XIII, *Madrid, Cátedra, 1995. R. Morghen*, Gregorio VII e la Riforma della Chiesa nel Secolo XI, *Palermo 1975. K. F. Morrison*, Tradition and Authority in the Western Church 300-1140, *Princeton, 1969. A. Paravicini Bagliani*, Le Corps du Pape, *París, Seuil, 1997. K. Pennington*, Pope and Bishops. Study of the Papal Monarchy in the Twelfth a Thirteenth Centuries, *Londres, University of Pennsylvania Press, 1986. W. Reinhard*, Papauté, Confessions, Modernité, *París, EHESS,*

1998. R. Somerville, The Councils of Urban II, *vol. 1. Decreta claromontensia, Amsterdam, 1972. B. Tierney*, The Crisis of Church and State (1050-1300), *New Jersey, 1964. H. Tillman*, Pope Innocent III, *New York, North-Holland Publications, 1980. W. Ullmann*, A Short History of the Papacy in the Middle Ages, *Londres, Methuen, 1972. D. P. Waley*, The Papal State in the Thirteenth Century, *Londres, Macmillan, 1961. D. Williman*, Bibliothèques Ecclésiastiques au Temps de la Papauté d'Avignon I, *París, CNRS, 1980. M.-H. Jullien de Pomerol y J. Monfrin*, Bibliothèques Ecclésiastiques au Temps de la Papauté d'Avignon II, *París, CNRS, 2001. P. Zerbi*, Papato, Impero e «Respublica Christiana» dal 1187 al 1198, *Milán, Pubblicazioni dell'Università Cattolica del Sacro Cuore, 1955*.

LXX

ÍNDOLE Y CORONACIÓN DE PETRARCA - RESTABLECIMIENTO DE LA LIBERTAD Y GOBIERNO DEL TRIBUNO RIENZI EN ROMA - SUS PRENDAS, SUS ACHAQUES, SU EXPULSIÓN Y MUERTE REGRESO DE LOS PAPAS DE AVIÑÓN - GRAN CISMA EN OCCIDENTE - REUNIÓN DE LA IGLESIA LATINA - ÚLTIMOS CONATOS DE LA LIBERTAD ROMANA - ESTATUTOS DE ROMA ESTABLECIMIENTO FINAL DEL ESTADO ECLESIÁSTICO

Para el concepto de los modernos, es Petrarca [1547] el poeta de Laura y del amor. Con la armonía de su metro toscano, Italia vitorea, o más bien está adorando, al padre de su género lírico; repitiendo sus versos o por lo menos su nombre, merced a su entusiasmo o apariencia de sensibilidad amorosa. Prescindiendo del temple de todo extranjero, su conocimiento fútil y superficial tiene que avenirse al dictamen de una nación erudita; mas cabe también conceptuar desahogadamente, que los italianos jamás pueden parangonar aquella uniformidad empalagosa de sonetos y elegías con los arranques sublimes de su musa épica, la maleza original del Dante, los primores peregrinos del Tasso, y la variedad ilimitada del incomparable Ariosto. Todavía me considero menos deslindador de merecimientos amorosos, ni me encarna en gran manera aquella pasión metafísica con una ninfa tan enmarañada, que hasta su misma existencia ha venido a disputarse, [1548] ni me interesa matrona tan fecunda [1549] que dio a luz hasta once niños legítimos [1550] mientras su zagal enamorado estaba suspirando y

cantando en la fuente de Vaucluse. [1551] Mas para los ojos de Petrarca y sus circunspectos contemporáneos, pecaba en sus amores, y sus versos italianos se reducían a un entretenimiento volandero. Su nombradía formal se cifra en sus obras latinas de filosofía, poesía y elocuencia, con las cuales sonó desde Aviñón por Francia y por Italia; hervían diferentes pueblos de amigos y alumnos, y si el tomo harto macizo [1552] de sus escritos yace ahora en profundísimo sosiego, no podemos menos de elogiar al individuo, cuyos preceptos y ejemplos resucitaron los estudios y el alma del siglo de Augusto. Aspiró Petrarca desde su tierna mocedad a la corona poética. Los blasones académicos de las tres facultades habían planteado un grado regio de maestro o doctor en el arte poética; [1553] y el título de poeta laureado, perpetuado en la corte inglesa, más bien por costumbre que por vanagloria, [1554] se inventó primitivamente por los Césares germanos. En los juegos de música de la Antigüedad, se daba cierto galardón a los vencedores; [1555] la creencia de que Virgilio y Horacio se habían coronado en el Capitolio inflamó la emulación de un poeta latino, [1556] realzando el atractivo del ansiado laurel [1557] para el amante la semejanza del nombre con el de su querida. Lo arduo de tan sumo logro encarecía más y más el aprecio de entrambos objetos, y si la cautela pundonorosa de Laura se mantuvo inexorable, [1558] disfrutó, y pudo blasonar de aquella dicha, la ninfa de la poesía. No se preciaba de melindres en punto a presunción, pues decanta el premio de sus *afanes*; su nombre se hizo en extremo popular; los amigos echaron el resto de sus conatos, y el mérito sufrido se amañó para al fin arrollar el contrarresto de la envidia y la preocupación. A los treinta y seis años de su edad, se le galantea para que se digne aceptar el objeto de sus anhelos; y en el mismo día, allá en la soledad de su Vaucluse, recibe un brindis idéntico y solemnísimo del senado

de Roma y de la Universidad de París. La institución de una escuela teológica, y la ignorancia de una ciudad desgobernada, carecían igualmente de datos y de suficiencia para otorgar la guirnalda soñada, pero inmortal, que cabe al numen recibir del aplauso libre del público y de la posteridad; pero el candidato se desentendió de reflexión tan congojosa, y tras breve rato de complacencia y suspensión, antepone la intimación de la capital del orbe.

Se plantea al fin la ceremonia de la coronación [1559] en el Capitolio por el primer magistrado de la República. Doce mancebos patricios, con ropajes de escarlata; seis representantes de las familias más esclarecidas, con galas verdes y guirnaldas de flores, encabezan el acompañamiento; en medio de los príncipes y magnates, el vencedor, conde de Anguillara, pariente de los Colonnas, se sienta en un solio, y al pregón de un heraldo se levanta Petrarca. Después de un razonamiento breve sobre un texto de Virgilio, y repitiendo hasta tres veces sus votos por la prosperidad de Roma, se arrodilla ante el solio, y recibe de mano del senador la corona de laurel, con una manifestación todavía más apreciable: «Este es el galardón del mérito». Aclama repetidamente el gentío: «Vivan el Capitolio y el poeta». Recíbese un soneto en alabanza de Roma como derramamiento del numen y de la gratitud entrañable, y después de andar toda la comitiva por el Vaticano, queda la corona profana colgada ante el sagrario de san Pedro. En el acta o diploma [1560] que se presenta a Petrarca, se renuevan en el Capitolio, tras el plazo de trece siglos, el dictado y prerrogativas de poeta laureado, y se engríe con el fuero perpetuo de llevar a su albedrío una corona de laurel, de hiedra o de mirto, de usar el traje poético, de enseñar, argüir, interpretar y componer, por donde quiera y sobre cualquier punto de literatura. Senado y pueblo ratifican la

concesión, recompensando con la calidad de ciudadano su afecto al nombre romano; y en cuanto lo decoraban le hacían justicia. En su estrechez incesante con Cicerón y Tito Livio, se empapó en el patriotismo antiguo, y cada concepto le brotaba sublimes arranques de primor y de cariño. Presenciando los siete montes se encarnaron más y más sus impresiones vehementes con la majestad de sus escombros, y se enamoró de un país cuyos ímpetus caballerosos le habían coronado y prohijado. El desamparo y abatimiento de Roma movieron las iras y la compasión de aquel hijo agradecido: disimulaba los desbarros de sus conciudadanos, vitoreaba entrañablemente a sus postreros héroes y matronas, y con el recuerdo de lo pasado, con la esperanza de lo venidero, se complacía en trascordar los quebrantos actuales. Seguía Roma siendo la dueña legítima del mundo; el papa y el emperador, el obispo y el caudillo, habían orillado su colocación retirándose desairadamente al Ródano y al Danubio; mas si acertaba a recobrar su pujanza podía la República reencumbrarse a la libertad y al predominio. En los ímpetus de su entusiasmo y elocuencia [1561] pasmáronse Petrarca, Italia y Europa con una revolución que realizaba momentáneamente sus visiones más esplendorosas. Se dedicarán las páginas siguientes al ensalzamiento y vuelco del tribuno Rienzi, [1562] interesante es el asunto, abundan los materiales, y las miradas de un poeta patricio [1563] acudirán a veces para vivificar las narraciones grandiosas aunque sencillas del historiador florentino [1564] y con especialidad del romano. [1565]

En un barrio de la ciudad, morada peculiar de judíos y artesanos, el desposorio de un mesonero y una lavandera dio a luz al libertador venidero de Roma. [1566] Ni señorío, ni haberes, cupieron por herencia a Nicolás Rienzi Gabrini, y la prenda de una educación culta que le proporcionaron a duras penas, fue la

causa de su nombradía y de su muerte anticipada. El estudio de la historia y la elocuencia, los escritos de Cicerón, Tito Livio, Séneca, César y Valerio Máximo, encumbraron sobre sus iguales y contemporáneos el numen del mozo plebeyo: iba leyendo con afán incesante los manuscritos y los mármoles de la Antigüedad, gustaba de comunicar sus conocimientos familiarmente, y solía prorrumpir disparadamente: «¿Somos ahora por ventura tales romanos? ¿Tenemos su pujanza, su entereza, su poderío? ¿Por qué no vine a nacer en tan venturosos tiempos?». [1567] Al enviar la República al solio de Aviñón una embajada de las tres órdenes, descollando Rienzi en brío y elocuencia, es uno de los trece diputados del vecindario. Logra el orador la preeminencia de arengar al papa Clemente VI, y la complacencia de conversar con Petrarca congeniando entrambos hasta lo sumo; mas desfallecen sus anhelos con la escasez y el desaire, vistiendo el gran patricio la ropa única que le ha franqueado el hospital con su corto mantenimiento. Aliviábale de tantas desdichas el concepto de su propio mérito con los halagos del agasajo, y por fin el empleo de notario apostólico le aprontó el sueldo diario de cinco florines de oro, relaciones más honoríficas y numerosas, y el derecho de contraponer en voces y hechos su integridad suma a los achaques del Estado. Repentina y vehemente era la persuasiva de Rienzi; propensa es de suyo la muchedumbre a la envidia y la censura; le estimulan más y más la pérdida de un hermano y la impunidad del asesino, ni sabía él disculpar ni abultar las calamidades públicas. Desterradas huyeron de Roma ya las prendas de la paz y la justicia, para las cuales se instituyó y labró la sociedad civil; los ciudadanos celosos capaces de sobrellevar todo agravio personal o pecuniario eran los menos avenibles con el deshonor de sus consortes o de sus hijas, [1568] oprimiéndolos igualmente la arrogancia del señorío, y el

cohecho de los magistrados, y el abuso de armas y leyes era lo único que distinguía a los leones de los perros y serpientes en el Capitolio. Los emblemas alegóricos que iba colgando por calles e iglesias con diversos lemas el travieso Rienzi; y mientras el gentío estaba suspenso y como atónito, con tanta variedad de cuadros, el despejado e intrépido orador iba desentrañando su contenido, aplicando la sátira, encendiendo los ímpetus, y esperanzando para luego el consuelo del venidero rescate. Los fueros de Roma, su soberanía sempiterna sobre príncipes y provincias, era el tema inexhausto de sus arengas públicas y particulares, y un momento de servidumbre sirvió en sus manos para móvil e incentivo de independencia. Aquel decreto del Senado otorgando las prerrogativas más amplias al emperador Vespasiano, se había esculpido en una lámina de cobre, existiendo todavía en el coro de la Iglesia de san Juan de Laterán. [1569] Se convida a junta general para solemnizar aquella lectura política, levantando un teatro adecuado para el intento. Asoma el notario con un ropaje magnífico y misterioso, va explicando la inscripción, acompañada de su traducción y comentario, [1570] y se explaya con fervor y elocuencia sobre las glorias antiguas del Senado y del pueblo, de quienes dimanaba únicamente toda autoridad legítima. La ciega torpeza de todo el señorío no cataba el rumbo formal de tan grandioso aparato; solía sí escarmentar al farsante de palabra y obra; mas no dejaba por eso de perorar desde el palacio de Colonna embelesando siempre la concurrencia con amenazas y profecías, encubriéndose el Bruto moderno [1571] con el disfraz de jocosa demencia. Despréciala altamente la nobleza, el establecimiento del *debido Estado*, expresión predilecta, suena de boca en boca como acontecimiento probable, apetecible, y al fin, cercano; y al estar ya todos en el disparador de los aplausos, no falta quien se

arroja a sostener al comprometido libertador.

Una profecía, o más bien una intimación, clavada a la puerta de la iglesia de san Jorge es el primer anuncio patente de la empresa, y una reunión nocturna de quinientos ciudadanos en el monte Aventino, el primer paso para su ejecución. Tras el juramento de sigilo y auxilio, manifiesta a los conspiradores la suma entidad y obvia ejecución del intento; que la nobleza, de suyo discorde y desvalida, no tenía más fundamento que el temor general de su soñada pujanza; que toda potestad y todo derecho correspondían al pueblo; que las rentas de la cámara apostólica podían socorrer el apuro de todos, y que hasta el mismo papa aprobaría su victoria contra los enemigos perpetuos del gobierno y de la libertad; y después de afianzar un tercio leal para resguardar el primer anuncio, va pregonando por la ciudad a los ecos del clarín, que todos al día siguiente por la tarde acudiesen sin armas a la plaza de san Ángelo para providenciar el restablecimiento del Estado debido. Se empleó la noche en celebrar treinta misas al Espíritu Santo, y por la madrugada, con la cabeza descubierta y armado de punta en blanco, Rienzi sale de la iglesia escoltado por cien conspiradores. El vicario del papa, mero obispo, a quien se indujo para hacer su papel en aquella ceremonia nunca vista, iba a la derecha, tremolando al mismo tiempo los estandartes principales como simbolizando el intento. En el primero, el pendón de la *Libertad*, iba Roma sentada sobre dos leones, con una palma en la derecha y un globo en la izquierda; descollaba san Pablo con su espada desnuda, representando en otra bandera la *Justicia*; y empuñaba san Pedro, en la tercera, las llaves de la *Paz* y la *Concordia*. Acude el gentío y palmotea y reenvalentona a Rienzi sin alcanzar el objeto, pero muy esperanzado de felicidades; y luego la inmensa procesión va marchando desde san Ángelo al Capitolio;

atraviesa alguna bulla en contrario, pero se esmera en aplacarlo y enfrenarlo todo, y por fin logra trepar sin oposición y con cierta confianza a la ciudadela de la República; arenga al pueblo desde un balcón, y merece la ratificación más lisonjera de sus actas y leyes. La nobleza, atónita y desarmada, está muda y aterrada presenciando revolución tan repentina, habiéndose valido para el trance de la venida de Esteban Colonna, que podía formar el contrarresto más formidable. Al primer aviso, acude ejecutivamente a su palacio; aparenta menospreciar aquella asonada, y manifiesta al mensajero de Rienzi, que sin alterarse está pronto a prender y arrojar desde una ventana del Capitolio al orate desaconsejado. Suena en seguida a somatén la gran campana, y es tan rápida la oleada y tan urgente el peligro, que Colonna huye precipitadamente al arrabal de san Lorenzo, y desde allí, después de respirar un rato, marcha en diligencia a ponerse en salvo dentro del castillo de Palestrina, lamentándose de su propio yerro en no hollar desde su primera chispa tan poderoso incendio. Se pregona desde el Capitolio una orden terminante para toda la nobleza mandándole retirarse sosegadamente a sus estados; obedecen al punto, y con su partida queda afianzada la quietud de los ciudadanos libres y obedientes de Roma.

Mas obediencia tan voluntaria suele luego evaporarse con los primeros arrebatos de la bulla, y Rienzi se hace cargo de lo mucho que le importa el sincerar aquella ocupación por medio del arreglo y la legalidad. Tiene en su mano el que el pueblo todo prorrumpe en ímpetus de cariño, condecorándole con los dictados de senador y cónsul, y aun de rey o emperador; pero antepone el nombre antiguo y comedido de tribuno, cuyo instituto sacrosanto y esencial es el amparo de los indefensos; mas nadie sabía que jamás cupo a los tribunos el desempeño de

potestad alguna ejecutiva o legislativa en la República antigua. Bajo esta capa, y con la anuencia de los romanos plantea el nuevo magistrado las leyes más atinadas para el restablecimiento y la conservación del Estado debido. Con la primera satisface a los anhelos de la honradez y la inexperiencia, mandando que ningún pleito pueda durar más de quince días. El peligro de los perjurios redoblados pudiera sincerar el decreto contra todo acusador falso de padecer el idéntico castigo que pudiera acarrear su testimonio, el desgobierno de aquel tiempo pudo precisar al legislador el escarmiento de los homicidas con pena de muerte, y el desagravio con su igualdad a la ofensa. Mas desahuciada vino a quedar la justicia mientras no enfrenase de antemano la tiranía de la nobleza. Se decretó terminantemente, que nadie, excepto el magistrado supremo, poseyese o mandase en puertas, puentes, o torres del Estado; que no se introdujese guarnición particular en los pueblos o castillos del territorio romano; que nadie llevase armas o se propasase a fortificar su casa en la ciudad o en el campo; que los barones fuesen responsables de la seguridad de las carreteras y el tránsito expedito de los abastos, y que todo encubridor de malhechores pagaría una multa de mil marcos de plata. Mas todas estas providencias vendrían a frustrarse si la espada de la potestad civil no atajase el desenfreno de la nobleza. Al primer somatén de la campana del Capitolio acudirían a las banderas más de veinte mil voluntarios; pero el apoyo del tribuno y de las leyes requería otro resguardo más arreglado y permanente. Se fue colocando un bajel en cada bahía de la costa para salvaguardia del comercio; alistose una milicia perpetua de trescientos setenta caballos, con mil trescientos infantes, vestidos y pagados por los trece barrios de la ciudad, y descuella el arranque republicano con el señalamiento de gratitud con cien florines o libras para

los herederos de todo soldado que perdiera su vida en el servicio de su patria. Por costear la defensa pública de viudas, huérfanos y conventos necesitados, no escrupulizó Rienzi, por temor de sacrilegio, en apropiarse las rentas de la cámara apostólica; los tres productos de la moneda, las salinas y los derechos, componían anualmente cien mil florines; [1572] y los descarríos serían escandalosos, precio que en tres meses acertó a triplicar el rédito de los alfolíes. Restablecida ya la pujanza y la hacienda de la República, llama el tribuno a la nobleza de sus retiros solitarios, les impone su presentación personal en el Capitolio para imponerles el juramento de homenaje al nuevo gobierno y sumisión a las leyes del Estado debido. Zozobrosos por su resguardo, y todavía más por el peligro de su negativa, regresan príncipes y barones a sus viviendas de Roma en traje sencillo y pacífico de meros ciudadanos, resueltos tienen que acudir Colonnas y Ursinos, Savellis y Frangipanis ante un tribunal plebeyo del bufón, de quien se habían mofado tantísimo; y su desaire se afeaba con las iras que asomaban por el mismo empeño que ponían en estarlas encubriendo. Siguieron tributando el mismo juramento por su orden las varias clases de la sociedad, clero, hidalgos, jueces y escribanos, mercaderes y menestrales, y cuanto más descendía la clase mejoraba siempre en ahínco y sinceridad. Juran vivir o morir con la República y la Iglesia, cuyo interés se procura comprometer con asociar nominalmente al obispo de Orvieto, vicario del papa, al cargo de tribuno. Blasona Rienzi de haber rescatado el solio y el patrimonio de san Pedro de las garras de una aristocracia rebelde; y Clemente VI, que luego se complació tanto con su vuelco, aparentó dar crédito a sus protestas, vitorear los merecimientos y corroborar el título de su leal sirviente. Esmérase en el habla, y tal vez de corazón, en mirar por la

pureza de la fe; va insinuando su pretensión a un encargo sobrenatural del Espíritu Santo; reencarga con multa cuantiosa el cumplimiento de confesión y comunión, y custodia más y más la prosperidad espiritual y temporal de pueblo tan fiel. [1573]

Nunca tal vez descolló la pujanza y trascendencia de un solo entendimiento como en la reforma repentina, aunque volandera, de Roma por el tribuno Rienzi. Una guarida de salteadores se convierte en un campamento disciplinado, en un monasterio austerísimo: sufrido para escuchar, veloz para desagraviar, inexorable en el escarmiento, franquea su tribunal a todo desvalido o advenedizo, sin que nacimiento, jerarquía o inmunidad eclesiástica escuden al culpado ni a sus cómplices. Las casas privilegiadas y los santuarios particulares de Roma, en fin los asilos, quedan abolidos, y apropia la madera y el hierro con que se resguardaban las fortificaciones del Capitolio. El padre venerable de los Colonnas está padeciendo en su propio palacio el vaivén vergonzoso de anhelar y verse imposibilitado de amparar a un reo. Se roba una mula con un cántaro de aceite junto a Capadocia, y el caudillo de la alcurnia de Ursino tiene que pagar, además del reintegro, una multa de cuatrocientos florines por su desamparo de las carreteras; así las mismas personas de los barones vinieron a quedar más inviolables que sus casas o haciendas, y sea por acaso o de intento, padecieron el propio rigor los caudillos de las facciones encontradas. Pedro Agapito Colonna, senador que había sido de Roma, fue arrestado en la calle por agravio o deuda, y alcanzó, aunque tardíamente, la justicia a Martín Ursino, quien tras varias tropelías violentísimas había salteado un bajel náufrago a las orillas del Tíber. [1574] El inflexible tribuno se desentiende allá de su nombre, de la púrpura de dos cardenales, de un enlace reciente, de una enfermedad gravísima para asegurar su víctima.

Lo arrebatan los alguaciles de su palacio, de su tálamo nupcial, se le sumaria breve y completamente, el somatén del Capitolio convoca al gentío; despojado de su manto, de rodillas y maniatado a la espalda, se le sentencia a muerte y se le ajusticia. Con aquel escarmiento queda desahuciado todo criminal; huyen los malvados, los viciosos y los haraganes y purifícase la ciudad y el territorio de Roma. Regocíjanse, dice el historiador, los bosques desde entonces, pues ya no los infestan gavillas de salteadores; los bueyes surcan la tierra, el peregrino frecuenta los santuarios, los viajantes a miles cuajan los caminos; reinan por los mercados el tráfico, la abundancia y la buena fe, y en medio de las carreteras, bolsillos llenos de oro estarían en salvo. En estando afianzadas la vida y hacienda de los individuos, brotan y descuellan de suyo los afanes y galardones de la industria; vuelve Roma a ser la capital del orbe cristiano, y la nombradía y prosperidad del tribuno resuenan más y más por donde quiera, con las alabanzas de tanto extranjero como ha presenciado y sido partícipe de tan inefable dicha.

Vuela el espíritu de Rienzi en alas de su prosperidad hasta el punto de idear una república federativa, tan grandiosa, que abarcase Italia entera encabezándola, como allá en la antigua, aquella Roma excelsa de siempre, y asociando al par los príncipes y los estados independientes. No cede su pluma en elocuencia a su lengua, y mensajeros fieles y veloces van repartiendo por donde quiera sus infinitas cartas. Marchan a pie con una varilla blanca en la mano y trepan por los riscos y atraviesan las selvas; los tratan por los pueblos con acatamiento de embajadores, y refieren con verdad o por lisonja que las carreteras en su tránsito asoman cuajadas de muchedumbre, que de rodillas está invocando al cielo para el éxito de su empresa. Si la razón enfrenase los ímpetus, si el interés privado se orillase

ante el bienestar general, el tribunal supremo de la unión confederada pudiera atajar toda discordia intestina y vallar los Alpes contra la oleada bárbara del norte. Pero volara ya el trance favorable; pues si Venecia, Florencia, Siena y Perugia, con otras poblaciones inferiores, brindan con sus vidas y haberes al Estado debido, los tiranos de Lombardía y Toscana están despreciando y aborreciendo al autor plebeyo de una constitución libre. Contestan todos, sin embargo, amistosa y acatadamente al tribuno, siguen sus agasajos embajadas sin número de príncipes y repúblicas, y en aquella concurrencia advenediza, en todas las funciones placenteras o formales, el notario de humilde cuna, se entona familiar o cortesanamente con ínfulas de soberano. [1575] El trance más esclarecido de su reinado es una apelación de Luis, rey de Hungría, quejándose de que su hermano y su esposa habían sido ahorcados alevosamente por Juana, reina de Nápoles. [1576] Se abogó por su maldad o su inocencia solemnemente en el tribunal de Roma [1577] pero oídas las causas, aplazó el tribuno su sentencia, que luego puso en cobro el alfanje húngaro. Allende los Alpes, y particularmente en Aviñón, la gran revolución era el pasmo y el aplauso de todas las clases. Petrarca había sido íntimo amigo, y tal vez consejero reservado, de Rienzi: sus escritos están rebosando de pujante patriotismo y ostentoso regocijo, y todo acatamiento con el papa y toda correspondencia al afecto de los Colonnas se arrinconaban mediando las obligaciones predominantes de un ciudadano de Roma; y el poeta laureado del Capitolio sostiene el acto, vitorea al héroe, y entreteje con algunas zozobras y advertencias, las esperanzas más encumbradas de los medros rapidísimos de la República. [1578]

Mientras Petrarca se está empapando en sus visiones proféticas, el prohombre romano se apea rápidamente de la

cumbre de su aplauso y poderío, y el gentío, que estuvo mirando atónito el meteoro centelleante en sus medros y en lo sumo de su esclarecimiento, empieza a notar el desvío de su gran carrera, y los vaivenes de la claridad y la lobreguez. Campea más en elocuencia que en tino, en travesura que en tesón, y las prendas eminentes carecen del equilibrio de una racionalidad despejada y reflexiva, pues abultan siempre la fantasía de Rienzi los objetos para la esperanza y la zozobra. Todo lo anhela y lo teme todo, y la cordura que no fue su ensalzadora al solio, tampoco acudió a sostenerlo. Sus arranques rayaron siempre en los achaques cercanos, bastardeó su justicia con tropelías, su liberalidad paró en profusión, y su afán de nombradía lo enloqueció con vanagloria ostentosa y pueril. Pudiera estar enterado de que los tribunos antiguos, tan poderosos y sagrados en la opinión pública, nada los diferenciaba en habla, traje y exterioridad de los demás plebeyos; [1579] y al andar por la ciudad a pie, un mero *encaminador* o bedel les acompañaba en el desempeño de su instituto. Se encresparan o se sonrieran los Gracos al leer los adjetivos y dictados altisonantes de aquel sucesor: NICOLÁS, JUSTICIERO Y MISERICORDIOSO, LIBERTADOR DE ROMA, DEFENSOR DE ITALIA, [1580] AMIGO DE LA HUMANIDAD, DE LA INDEPENDENCIA, DE LA PAZ, DE LA JUSTICIA, TRIBUNO AUGUSTO. Su boato teatral abortó por fin la revolución; pues Rienzi con su lujosa altanería desquició la máxima política de hablar con la muchedumbre a la vista, al mismo tiempo que al entendimiento. Era de suyo galán y aun primoroso; pero vino a desfigurarse con su destemplanza, parando en el extremo de una corpulencia monstruosa; y enfrenó su propensión violenta a la risa con una gravedad afectada, empalagosa y aun ceñuda, conceptuándola requisito esencial de la magistratura. [1581] Para las funciones públicas se engalanaba con un manto de varios

matices de terciopelo y de raso, forrado de pieles y bordado de oro. La varilla de la justicia venía a ser de acero bruñido, coronado con una cruz de oro, engastando una astilla de la verdadera y sagrada cruz. En sus carreras o procesiones civiles y religiosas por la ciudad, montaba en un caballo blanco, símbolo de la soberanía; tremolaba sobre su cabeza el gran pendón de la República, ostentando un sol con un cerco de estrellas, una paloma con una rama de oliva; llovía el oro y la plata sobre el gentío, escoltaban cincuenta alabarderos su persona, un escuadrón de caballería abría la marcha y eran sus timbales y clarines de plata maciza.

El afán de armarse caballero [1582] sacó a luz la ruindad de su nacimiento, y desdoró el señorío de su cargo, acarreándose el tribuno acaballerado la odiosidad, no menos de la nobleza que lo prohijaba, que de la plebe, de quien había desertado. Apura el tesoro, y echa el resto del lujo y del primor para la solemnidad de aquel día. Encabeza Rienzi el gentío o la procesión desde el Capitolio al Laterán; galas y juegos amenizan la dilatada carrera; las órdenes eclesiásticas, militares y civiles van caminando bajo sus banderas respectivas, las damas romanas acompañan a la esposa del prohombre; y los embajadores de Italia toda pudieron aplaudir estruendosamente, o escarnecer en su interior, la novedad del aparato. Por la tarde, llegados a la iglesia y palacio de Constantino, despide agradecido a la inmensa comitiva, convidándola para la función del día siguiente. Recibe de manos de un caballero veterano la orden del Espíritu Santo; ya se había purificado con el baño; mas ningún paso de la vida de Rienzi escandalizó tanto como el de profanar el vaso de pórfido con que el papa Silvestre [1583] (conseja mentecata) curó a Constantino de la lepra. Con iguales ínfulas veló las armas y descansó el tribuno entre el ámbito consagrado del baptisterio, y

el vuelco de su lecho imperial se conceptuó por agüero de su propia caída. A la hora de la celebración se ostentó a la muchedumbre recién vuelta en ademán majestuoso, con un ropaje de púrpura, espada y espuelas de oro, interrumpiendo luego los ritos sagrados con su liviandad y descoco. Se alza en su solio, y adelantándose hacia el gentío, vocea descompasadamente: «Citamos a nuestro tribunal a la persona del papa Clemente, y le mandamos que se venga a residir en su diócesis de Roma, intimando igualmente al sagrado colegio de cardenales. [1584] Citamos también a entrambos aspirantes, Carlos de Bohemia y Luis de Baviera, que se están apellidando emperadores; como igualmente intimamos a todos los electores de Germania, para que nos enteren del pretexto con que enajenaron y usurparon el derecho incontrastable del pueblo romano, único y antiguo soberano del Imperio». [1585] Desenvainando su espada virgen, la está blandiendo por tres veces, a todas las partes del mundo, repitiendo otras veces aqueste pregón disparatado: «También ésta es mía». El vicario del papa, el obispo de Orvieto, intenta atajarle aquel ímpetu frenético, pero una música marcial acalla su apocada protesta, y en vez de retirarse de la concurrencia, se aviene a comer con su hermano el tribuno, en una mesa reservada hasta entonces para el pontífice supremo. Se dispone un banquete imperial para el pueblo todo. Se cubren mesas sinnúmero por las viviendas, pórticos y patios del Laterán para entrambos sexos, de toda condición; las narices del caballo de bronce de Constantino manan un arroyo de vino, sin sonar otra queja que la escasez de agua, y el arreglo y el temor atajan el desenfreno de la muchedumbre. Queda señalado el día próximo para la coronación de Rienzi, [1586] siete coronas de diferente hojarasca o metal se van colocando sobre su cabeza por los primeros

prebendados del clero romano; representando los siete dones del Espíritu Santo; y entre tanto sigue blasonando de remedar a los tribunos antiguos. Festejos tan extraordinarios embebecían y lisonjeaban la plebe, y su propia vanagloria se empapaba en la del mismo caudillo. Pero allá en su vida privada se desentienden luego de las estrecheces de la frugalidad y la abstinencia; y hasta los mismos plebeyos, asombrados con el esplendor de la nobleza, se destemplan con el boato de un igual. Esposa, hijo y tío, barbero en nombre y en la realidad, están hermanando los modales más vulgares con su ostentación regia; pues ajeno de toda majestad, bastardea Rienzi con los desbarros de un rey.

Un mero ciudadano va describiendo con lástima, y quizá con recreo, la humillación de los varones de Roma. «Con la cabeza descubierta, con sus manos cruzadas sobre el pecho, se mantienen cabizbajos en presencia del tribuno: tiemblan y ¡ay, Dios mío, hasta qué punto están temblando!» [1587] Mientras el yugo de Rienzi fue el de la justicia y el de su patria, su conciencia les dicta el aprecio del individuo, a quien su orgullo y su instinto les precisa a odiar; pero su conducta descabellada les hace acompañar el odio con menosprecio, y entonces se vienen esperanzados de dar al través con una prepotencia, que carece ya de amigo en la confianza pública. Colonnas y Ursinos enfrenan por una temporada su mutuo y añejo encono: asocian sus anhelos y acaso sus intentos; pero se prende y se da tormento a un asesino; Rienzi acusa a los nobles, y desde el punto en que va mereciendo su destino, se labra las zozobras y los arranques de un tirano. En el mismo día convida, bajo varios pretextos, al Capitolio a sus principales enemigos, entre los cuales hay cinco individuos de los Ursinos y tres con el nombre de Colonnas; y en vez de conferencia o banquete, se hallan todos presos, bajo los filos del despotismo o de la justicia, y sea con la satisfacción

de su inocencia, o con el remordimiento de su maldad, corren el idéntico peligro. Suena el somatén de su gran campana, acude el gentío; se les tilda de conspiradores contra la vida del tribuno, y por más que algunos se conduelan de su conflicto, no hay voz, no hay mano que acuda a escudar a individuos de la primera nobleza del estrago que les amaga. La desesperación al parecer los envalentona, pasan respectivamente incomunicados una noche de azorado desvelo; y aquel héroe venerable, Esteban Colonna, golpea a la puerta de su encierro, clamando a los guardas repetidamente que le liberten por medio de una muerte ejecutiva de esa indecorosa servidumbre. A la madrugada quedan enterados de su sentencia con la visita de un confesor, y con el eco de la sonora campana. Se engalana el grandioso salón del Capitolio para el trance sangriento con vistosas colgaduras blancas y encarnadas; ceñudo y lóbrego aparece el semblante del tribuno, rodeado ya de los sayones con espadas desnudas, y el clarín aterrador suena y acalla las desmayadas arengas de los barones. Pero en el momento decisivo no se acongoja menos Rienzi que sus indefensos reos; se estremece con el timbre de sus alcurnias, su parentela apesadumbrada, la inconstancia del gentío, y las reconvenciones de todos, y tras la temeridad de tamaño desacato, está soñando que si él indulta, quedará también indultado. Se esmera en parecer como cristiano y suplicante, y como ministro humilde y oficioso del vecindario, está abogando por el perdón de reos tan esclarecidos, por cuyo arrepentimiento y servicios venideros compromete desde luego su solemne palabra y su autoridad. «¿Mediando el indulto —pregunta el tribuno—, por la clemencia de los romanos, me prometéis sostener el Estado debido con vuestras vidas y haberes?». Atónitos con aquella blandura portentosa, bajan los barones la cabeza, y al repetir compungidamente el juramento

de homenaje, pueden insinuarse mutuamente un apunte más entrañable de ejecutiva venganza. Pronuncia un sacerdote, en nombre del pueblo, la absolución; comulgan con el tribuno, asisten al banquete, y acompañan la procesión; y tras las muestras espirituales y profanas de íntima reconciliación, se retiran salvos a sus albergues, con los nuevos blasones y dictados de generales, cónsules y patricios. [1588]

Enfrénales por breve tiempo el pavor de su peligro, más que el recuerdo de su indulto, hasta que los Colonnas más poderosos huyen de la ciudad con los Ursinos, y tremolan en Marino el pendón de su rebeldía. Restablecen arrebatadamente las fortificaciones del castillo; acompañan los vasallos a sus caudillos; los huidos se arman contra el magistrado, y el pueblo todo acrimina a Rienzi como causador de cuantas desventuras está padeciendo, al ver que desde Marino hasta las puertas de Roma, se arrebatan ganados y se talan mieses y viñedos. Mengua la gallardía de Rienzi, en vez de sobresalir por el campo, y se desentiende allá del progreso de los barones, hasta que se agolpa su gente y hacen sus fortalezas inexpugnables. Leyó a Tito Livio, mas no se empapó en planes de guerra, ni menos abrigó el denuedo de los generales antiguos. Junta veinte mil hombres, embiste Marino y queda rechazado, y su venganza se ridiculiza retratando a sus enemigos con la cabeza abajo y los pies en alto, y ahogando a dos perros (que debieran en rigor ser osos) representando a los Ursinos. Con el desengaño de su ningún desempeño militar, los parciales instan a los rebeldes, y se empeñan los barones en apoderarse de cuatro mil infantes y mil seiscientos caballos, a viva fuerza o por alguna sorpresa. Se aparata la ciudad para su rechazo, suena toda la noche a somatén la gran campana; se resguardan poderosamente las puertas, o bien se patentizan descocadamente, y titubeando

algún tiempo, se retira por fin el enemigo. Ya las dos divisiones de vanguardia y centro habían desfilado a la vista de las murallas, pero los nobles de vanguardia embisten ciega y desesperadamente, con la aprensión de lograr una entrada expedita, y tras una escaramuza ventajosa se les agolpa el gentío de la ciudad, los arrolla y los mata sin conmiseración. Esteban Colonna Menor, en cuyo heroísmo cifraba Petrarca la redención de Italia, fenece con su hijo Juan, bizarro mancebo, con su hermano Pedro, prebendado de cuenta, un sobrino legítimo y dos bastardos de la alcurnia de Colonna, y el número de siete, como las coronas de Rienzi, se redondea con la agonía del lastimado pariente del caudillo antiguo, único vástago que conservaba las esperanzas y logros del esclarecido linaje. El tribuno echa mano hasta de las visiones y profecías de san Martín y del papa Bonifacio, para envalentonar a los suyos, [1589] y a lo menos en el alcance ostenta el arrojo de un héroe; pero trascuerda la gran máxima de los antiguos romanos quienes abominaban todo trofeo en guerra civil. Trepa el vencedor al Capitolio; coloca su corona y cetro sobre el altar, y blasona con asomos de verdad, que había cortado una espiga que ni papa ni emperador habían acertado a afianzar. [1590] Su venganza ruin e implacable niega los honores del entierro a los cadáveres de los Colonnas, que intentaba colgar junto a los muchos que había de malhechores, y quedan reservadamente sepultados por la diligencia de las vírgenes santas del mismo nombre y alcurnia. [1591] El pueblo se conduele de su quebranto, se arrepiente de su propia saña, y maldice el regocijo indecoroso de Rienzi, que anda paseando por el sitio donde fracasaron aquellas víctimas esclarecidas; y en aquel sitio infausto quiere honrar a su propio hijo armándolo caballero, redondeando las ceremonias con un golpecillo de cada jinete de su guardia, y con lavatorio ridículo e

inhumano, en un estanque manchado todavía con sangre. [1592]

Con una leve demora se salvaban los Colonnas, con el rezago de un mes que medió entre el triunfo y el destierro de Rienzi. Ufanísimo con su victoria, se desprende allá de los poquísimos realces que le iban quedando, sin granjearse el concepto de guerrero. Se fragua en la misma ciudad una oposición arrojada y poderosa, y al proponer al tribuno en su consejo un nuevo impuesto [1593] y arreglar el gobierno de Perugia, votan hasta treinta y nueve vocales contra aquella propuesta, rechazan el cargo feísimo de traición y cohecho, y lo estrechan para que se propase a excluirlos a viva fuerza, y entonces palpará que si la hez le conserva todavía algún apego, el vecindario honrado lo mira con menosprecio. Nunca sus profusiones ostentosas habían deslumbrado al papa ni al colegio de cardenales; antes bien se mostraban desabridos con la insolencia de sus fantasías. Envían un cardenal legado por Italia, quien tras un tratado infructuoso y dos avistamientos personales, su paradero es fulminar una bula de excomunión, en la que se apea al tribuno de su cargo, tiznándole con el atentado de rebeldía, sacrilegio y herejía. [1594] Yacen los pocos barones restantes en Roma humillados con su rendido homenaje; y a impulsos de su interés y su venganza, acuden al servicio de la Iglesia, pero teniendo todavía a la vista el paradero de los Colonnas, abandonan en manos de un vengador aventurero el afán y el peligro de una revolución. Juan Pipino, conde de Minorbino, [1595] en el reino de Nápoles, yace sentenciado, por sus delitos, o por sus riquezas, en encierro perpetuo, y Petrarca, intercediendo por su libertad, contribuye indirectamente al vuelco de su amigo. Se interna Pipino reservadamente en Roma, capitaneando hasta ciento cincuenta soldados; ataja y valla el barrio de los Colonnas, y halla la empresa tan llana y obvia,

cuanto había parecido imposible. Desde el primer asomo, suena y resuena la campana del Capitolio, pero en vez de acudir al eco tan sabido, permanece el vecindario silencioso y sosegado; y el cobarde Rienzi, prorrumpiendo en lágrimas y suspiros, al presenciar aquella ingratitud, desampara el mando y el poderío de la República.

Restablece el conde Pipino, sin desenvainar su espada, la aristocracia y la Iglesia; se escogen tres senadores, y encabezando el legado la junta, admite a sus dos compañeros de las familias encontradas de Colonnas y Ursinos. Quedan abolidas las actas del tribuno, pregonada su cabeza; mas infunde su nombre tal pavor todavía, que los barones siguen hasta tres días titubeando, antes que se avengan a permanecer en la ciudad; y Rienzi está morando por más de un mes en el castillo de san Ángelo, de donde se retira sosegadamente, afanándose en vano por reencender el afecto y el denuedo de los romanos. Voló la soñada decoración del Imperio y la libertad, se avinieron en aquella postración a todo género de servidumbre, con tal que la sobredorase el buen orden, y apenas se hace alto en que los nuevos senadores deriven o no su autoridad de la Silla Apostólica, y en que cuatro cardenales se hallan encargados con ínfulas de una dictadura para constituir de planta la República. Los enconos sangrientos de los barones siguen atropellando a Roma, odiándose mutuamente y menospreciando la generalidad sus fortalezas contrapuestas en la ciudad y por las campiñas, se encumbran otra vez, para yacer de nuevo demolidas, y los ciudadanos, como grey pacífica e indefensa, quedan, dice el historiador Florentino, devorados por lobos insaciables. Mas apurado por fin el sufrimiento de los romanos, una hermandad de la Virgen María escuda y venga a la República; retumba de nuevo la campana del Capitolio; la nobleza armada está

temblando ante la muchedumbre indefensa, y de los dos senadores, huye Colonna por una ventana del palacio, y el Ursino queda apedreado al mismo pie del altar. Dos plebeyos, Cerroni y Baroncelli ejercen sucesivamente el cargo de tribuno. La mansedumbre de Cerroni es ajena de los vaivenes de aquel tiempo, y tras una resistencia apocada, se retira con una reputación tersa y haberes decorosos a la vida campestre. Sin persuasiva ni desempeño, Baroncelli descuella con su denuedo, habla con el temple y el pundonor de un patricio y sigue las huellas de la tiranía; una mera sospecha es ya sentencia de muerte, y al fin su paradero es una muerte afrentosa, correspondiente a su cúmulo de crueldades. En el vaivén de tanta desventura, los desbarres de Rienzi quedan olvidados, y los romanos están suspirando por el sosiego y la prosperidad del Estado debido. [1596]

El primer libertador, tras un destierro de siete años, queda restablecido en su patria. Disfrazado de monje o de peregrino, huye del castillo de san Ángelo, implora en Nápoles la amistad del rey de Hungría, va estimulando la ambición de todo aventurero, se baraja en Roma con los peregrinos del jubileo, se oculta entre los ermitaños del Apenino, y vaga luego por las ciudades de Italia, Germania y Bohemia. Invisible se hace su persona, pero su nombre suena siempre como formidable, y las zozobras de la corte de Aviñón, dan por supuestos, y tal vez abultan, sus merecimientos personales. El emperador Carlos IV franquea su audiencia a un advenedizo, que se le manifiesta sin rebozo como el tribuno de la República, y deja atónitos a los embajadores y príncipes, con la elocuencia de un patricio y las visiones de un profeta, sobre el vuelco de la tiranía y el reino del Espíritu Santo. [1597] Rienzi, en medio de sus esperanzas, se halla cautivo, pero sosteniendo siempre las ínfulas de su

independencia y señorío; y obedece voluntariamente a la intimación del Sumo Pontífice. El afán de Petrarca, enfriado con la conducta desatinada, revive con la desventura de su amigo, y el influjo de su presencia, lamentándose esforzadamente del tiempo en que el salvador de Roma, por mano del emperador, va a parar a las de su obispo. Trasladan pausadamente, pero siempre a buen recaudo, a Rienzi, desde Praga hasta Aviñón. Su entrada en aquella corte viene a ser la de un forajido; le aherrojan una pierna en la cárcel, y se nombran cuatro cardenales para pesquisar sus delitos de rebelión o herejía. Pero las probanzas y sumaria tenían que sacar a luz interioridades que la cordura debía encubrir; pues habían de mediar cuestiones sobre la supremacía temporal de los papas; la obligación de su residencia, las regalías civiles eclesiásticas del clero y vecindario de Roma, etc. Era el pontífice a la sazón acreedor a su apellido de *Clemente*; se conduele y se inclina, por sus extrañas vicisitudes y entereza magnánima, al prisionero, y opina Petrarca aun que acató en el héroe el nombre y el carácter sagrado de un poeta. [1598] Franquean a Rienzi un destierro desahogado y el uso de libros, y con el estudio incesante de la *Biblia* y Tito Livio, se dedicó a indagar la causa y el alivio de sus desventuras.

Campea allá para él una nueva perspectiva con el pontificado del sucesor Inocencio VI; raya la aurora de su rescate y reposición; pues la corte de Aviñón vive persuadida de que tan sólo el descollante rebelde alcanzará a refrenar la anarquía indómita de la capital. Promete y jura solemnemente fidelidad el tribuno romano, y camina ufano para Italia con el dictado de senador; pero entre tanto fallece Baroncelli, con lo cual se conceptúa excusada su empresa, y el cardenal y legado Albornoz, [1599] sumo estadista, le franquea ensanche para su

intento, sin demostración alguna de auxilio, antes bien con extremada repugnancia. Halagüeña, y a medida de sus anhelos, es la entrada, con brillantes regocijos, y con su elocuencia y su prestigio reflorecen las leyes del Estado debido. Pero tanto sus propios desbarres, como los vicios del pueblo, nublan muy pronto aquel instantáneo mediodía de su esplendor. Encumbrado en el Capitolio, tal vez echa menos el esmero de Aviñón, y tras su segundo mando de cuatro meses, fenece Rienzi en una asonada dispuesta por los barones romanos. Parece que con su roce de germanos y bohemios contrajo o extremó su desbarro de glotonería y destemplanza, y sobre todo de crueldad; amainara su entusiasmo con la adversidad, sin corroborar su entendimiento y sus prendas; y aquella esperanza juvenil, aquella arrogancia desahogada, que suele afianzar el éxito, desapareció ahora ante la desconfianza y la desesperación. Reinó allá el tribuno a sus anchuras por la elección y al arrimo de los corazones romanos; pasa luego en senador procesado ante una corte extranjera, y malquisto con la plebe, yace desamparado por el príncipe. El legado Albornoz, al parecer deseoso de su exterminio, le niega inexorablemente todo auxilio de gente y dinero; no cabe ya en un súbdito leal el abalanzarse a los fondos de la cámara apostólica, y al más remoto anuncio de un impuesto suena el clamor y se dispara la rebeldía. Con achaque de justiciero, se propasó basta los ámbitos de la crueldad; sacrifican sus celos al prohombre de la virtud moderna, y al ajusticiar a un salteador, cuyo bolsillo le había socorrido, vino el magistrado a olvidar, o tal vez a tener muy presente, el compromiso del ingrato deudor. [1600] Una guerra civil desangró sus tesoros, y los Colonnas siguieron hostilmente atrincherados en Palestrina, y sus asalariados vinieron luego a menospreciar un caudillo cuya ignorancia y zozobra estaban

siempre envidiando todo merecimiento ajeno; pues en vida y en muerte el heroísmo de Rienzi asomaba siempre barajado con visos de cobardía. Al embestir una muchedumbre sañuda el Capitolio, al verse ruinmente desamparado por sus sirvientes civiles y militares, el senador denodado va tremolando el pendón de la libertad, asoma al balcón, apropia su elocuencia a los varios impulsos del auditorio, aferrándose en demostrarles que corren idéntico peligro, pues a todos les cabe el extremo del triunfo o del exterminio a un tiempo. Le atajan el raudal de su persuasiva con una descarga general de imprecaciones y de piedras, y al atravesarle una mano de un saetazo, se postra desesperado, huyendo luego al interior, con lágrimas y lamentos, y al fin se descuelga por una sábana ante las ventanas de la cárcel. Desahuciado en su desamparo, lo sitian hasta la tarde, en que el fuego y el hierro quebrantan y allanan las puertas del Capitolio; y al quererse salvar disfrazado de plebeyo, lo descubren y arrastran hasta el terrado del palacio, paraje infausto de sentencias y ejecuciones. Yace por una hora entera, sin voz y sin movimiento, medio desnudo y medio muerto, en medio de la muchedumbre, cuya saña por un rato se trueca en curiosidad y pasmo. Asoma algún acatamiento y compasión en el gentío, y tal vez le salvaran, cuando un asesino desalmado se adelanta y le atraviesa el pecho con su daga. Cae al primer golpe sin sentido; la venganza desenfrenada de sus enemigos lo desgarra con miles de heridas, arrojando el cadáver de un senador a judíos, perros y llamas. Parangonará la posteridad los extremos de heroísmo y de flaqueza en aquel varón extraordinario; pero en aquel dilatado plazo de anarquía y servidumbre, sonó y resonó el nombre de Rienzi como libertador de su patria, y el postrero de los patriotas romanos. [1601]

Anhela desaladamente Petrarca el restablecimiento de la

República absoluta; pero desterrado ya y luego muerto su héroe plebeyo, vuélvese la vista del tribuno al rey mismo de los romanos. Mancillado está todavía el Capitolio con la sangre de Rienzi, cuando Carlos IX se descuelga de los Alpes para ceñirse ambas coronas, imperial e italiana. Recibe en Milán la visita y galardona las lisonjas del poeta laureado; acepta una medalla de Augusto, y se compromete ceñudamente a remedar al fundador de la monarquía romana. La aplicación equivocada de nombres y máximas de la Antigüedad es el manantial de las esperanzas y desengaños de Petrarca; no podía sin embargo desentenderse de la suma diferencia entre los tiempos y los individuos, ni menos la distancia descompasada de los primeros Césares a un príncipe bohemio, que por la privanza con el clero había logrado aquella elección de cabeza titular de la aristocracia germana. En vez de reintegrar a Roma su gloria y sus provincias, se había obligado por un convenio reservado con el papa, a evacuar la ciudad en el mismo día de su coronación, y a su retirada el poeta patricio le reconviene personalmente. [1602]

Yace la libertad, yace el Imperio, y su sincero y apocado anhelo se cifra en hermanar al pastor con su rebaño, y reponer el obispo romano en su propia y antigua diócesis. Lozana en medio de su mucha edad, exhorta más y más Petrarca a cinco papas sucesivos, empapando siempre su elocuencia en acalorado entusiasmo y en el desahogo de su lenguaje. [1603] El hijo de un ciudadano florentino, antepone invariablemente su patria nativa al solar de su educación, y para su concepto es la reina, y es el jardín del universo. En medio de sus desavenencias intestinas, la sobrepone indudablemente a la Francia en ciencias y artes, en riqueza y cultura; mas no es tan suma la diferencia que en realidad quepa el apellido de bárbaros que va indistintamente aplicando a cuantos habitan allende los Alpes. Aviñón, la

Babilonia mística, sentina de vicios y bastardías, es el objeto de su odio y menosprecio; pero trascuerda que sus desbarros escandalosos no son en realidad cosecha de su propio suelo, y que en cualquier residencia están siguiendo el poderío y el desenfreno de la corte pontificia. Confiesa que el sucesor de san Pedro es el obispo de la Iglesia universal; pero que en las márgenes del Tíber, y no en las del Ródano, era donde el Apóstol había plantado su solio sempiterno, y mientras todas las iglesias del mundo cristiano vivían favorecidas con su respectivo prelado, únicamente la metrópoli yacía en aquella postración y desamparo. Desde la traslación de la Santa Sede, los edificios sagrados del Laterán y el Vaticano, sus altares y santos, yacían en suma desnudez y decadencia, retratando los más a Roma bajo el símbolo de una matrona inconsolable, como si el consorte vagaroso pudiera acudir al llamamiento rendido y exánime de la esposa anciana, enferma y bañada en llanto. [1604] Pero el soberano legítimo no podía menos de aventar aquel densísimo nublado que estaba encapotando los siete cerros, y nombradía perpetua, la prosperidad de Roma y el sosiego de Italia, serían el galardón del papa que se dignase prorrumpir en aquel denodado arranque. De los cinco a quienes Petrarca estuvo exhortando, los tres primeros, Juan XXII, Benedicto XII y Clemente VI se desazonaban o se divertían con los arrojes del orador; pero la mudanza memorable entablada por Urbano V vino a realizarse por Urbano XI obstáculos poderosísimos se atraviesan a la ejecución del aquel intento. Un rey de Francia, acreedor a su dictado de sabio, se opone a descargar a los papas de aquella dependencia local; los cardenales, por lo más súbditos suyos, están bien hallados con el idioma, costumbres y clima de Aviñón, con sus palacios grandiosos, y ante todo con los vinos de Borgoña. Aparécese Italia como extraña y aun enemiga para

ellos, y por fin se embarcan en Marsella, con tanta repugnancia como si les vendieran para morar entre sarracenos. Reside Urbano V por tres años a su salvo y satisfacción en el Vaticano; una guardia de dos mil caballos escuda a su santidad, y el rey de Chipre, la reina de Nápoles y los emperadores de levante y poniente saludan devotamente al Padre común en la cátedra de san Pedro. Mas el gozo y ufanía de Petrarca y demás italianos se trueca luego en pesadumbre y en ira. Razones de interés público o particular, su propia impaciencia, o las instancias de los cardenales arrebatan a Urbano de nuevo a su Francia. Se declaran a su favor las potestades celestes; Brígida de Suecia, santa y peregrina, desaprueba el regreso y profetiza la muerte de Urbano V; santa Catalina de Siena, esposa de Jesucristo y embajadora de Florencia, fomenta la traslación de Gregorio XI; y los mismos papas, árbitros de la creencia humana aparentaban dar oídos a los demás soñadores. [1605] Pero median argumentos de política temporal que sostienen y corroboran las advertencias celestiales. Tropelías hostiles infestan la residencia de Aviñón; un héroe, con treinta mil salteadores, asalta, esquilma y arrebata su absolución al vicario de Jesucristo y al sagrado colegio y el sistema de la hueste francesa en contemplar al pueblo y saquear la iglesia, es una herejía nueva y de suma trascendencia. [1606] Arrojan al papa de Aviñón, Roma le brinda eficacísimamente con su regazo. Reconócenle Senado y pueblo por su soberano legítimo, y rinden a sus pies las llaves de puertas, puentes y fortalezas; por lo menos en el barrio de allende el Tíber. [1607] Mas aquella demostración expresiva, al mismo tiempo va acompañada con la declaración terminante de que en lo sucesivo no han de tolerar el escándalo y el quebranto de su ausencia; sin cuyo cumplimiento acudirán al arbitrio de volver al sistema antiguo de elección. Ya estaba consultando al intento el abad de

Monte Casino sobre aceptar o no la triple corona [1608] de manos del clero o del pueblo. «Ciudadano rey de Roma —contesta el eclesiástico venerable—, [1609] mi primera ley es la voz de mi patria». [1610]

Si la superstición se empeña en interpretar toda muerte muy temprana, [1611] si el mérito de un consejo se ha de justipreciar por los acontecimientos, parece que el cielo se aira contra una disposición al parecer acertada y oportuna. Como quiera, poco más de un año subsiste Gregorio XI en el Vaticano; fallece y estalla luego un cisma violentísimo en Occidente, desgarrando la Iglesia latina por más de cuarenta años. Componen a la sazón veintidós cardenales el sagrado colegio; permanecían seis en Aviñón; once franceses, un español y cuatro italianos, celebraron según costumbre el cónclave. No se ceñía por entonces la elección en los purpurados, y sus votos unánimes recaen desde luego en el arzobispo de Bari, súbdito de Nápoles, descollante por su entusiasmo y sabiduría; y sube al solio de san Pedro bajo el nombre de Urbano VI. La carta del sagrado colegio sienta y afianza su libre elección, inspirada como siempre por el Espíritu Santo; se le adora, reviste y corona, según el rito inalterable; se obedece su autoridad temporal en Roma y en Aviñón, y el orbe latino reconoce su eclesiástica supremacía. Por algunas semanas los cardenales le acompañan con muestras patentes de afecto y lealtad, hasta que llega la temporada de marcharse decorosamente a veranear; pero reunidos luego en Anagni y Fundi, puestos allí a su salvo, arrojan la máscara, se tachan su propia falsedad e hipocresía, excomulgan al apóstata y anticristo de Roma y pasan a la nueva elección de Roberto de Ginebra, Clemente VII, a quien anuncian, a las naciones, como el verdadero y legítimo vicario de Jesucristo. Anulan su primera elección, como acto involuntario e ilegal, por aborto del temor y

de las amenazas de los romanos, sincerando aquella declaración, por medio de la probabilidad suma y presunción vehemente del hecho. Los doce cardenales franceses, más de dos tercios de los votos, son árbitros de la elección, y orillando celillos provinciales, no es de suponer que sacrificasen su derecho y su interés por un candidato extranjero, que no los había de restituir a su patria. En el vaivén de varias relaciones, asoman [1612] confusamente algunos ímpetus de violencia popular; pero inflamaron el desenfreno sedicioso de los romanos miras interesadas de fueros y privilegios, y la zozobra de nueva emigración. La asonada con amagos de armas acobardó al cónclave, temeroso de más de treinta mil desaforados que redoblan el somatén del Capitolio al eco de su gran campana, acompañada con las de san Pedro. «Muerte o papa italiano» vocean; y al eco de aquel alarido, tremolan los doce pendoncillos con sus caudillos de barrio, que prorrumpen a porfía en aquel aviso saludable. Asoman preparativos de leña para la quema de cardenales, y si nombraran a un individuo trasalpino, es muy probable que no salieran vivos del Vaticano. Aquella misma ejecución les obligó a estar aparentando sinceridad para Roma y el mundo entero, y luego el orgullo y crueldad de Urbano manifestaban todavía mayor peligro, y además presenciaron todos una muestra de suma tiranía, con estar el déspota leyendo su breviario, y oyendo en el aposento cercano los ayes de cuatro cardenales a quienes a la sazón estaban dando tormentos. Su austeridad inexorable que estaba a veces tildando su lujo y sus liviandades, trataba de sujetarlos a la mansión y asistencia de las parroquias de Roma, y a no dilatar torpemente una gran promoción, quedaban vendidos y malparados los cardenales franceses. Con tan poderosos motivos, y esperanzados de tramontar los Alpes, atropellan temerariamente la paz y unidad

de la Iglesia, y el tema de sus dos elecciones se está todavía ventilando en las iglesias católicas. [1613] La vanagloria, más bien que el interés por la nación, arrebató a la corte y al clero de Francia. [1614] Los estados de Saboya, Sicilia, Chipre, Aragón, Castilla, Navarra y Escocia, se inclinaron con su ejemplo y la autoridad a la obediencia de Clemente VII, y a su fallecimiento, de Benedicto XIII; Roma y los estados principales de Italia, Germania, Portugal, Inglaterra, [1615] los Países Bajos y los reinos del Norte, siguieron la elección primera de Urbano V, a quien sucedieron Bonifacio IX, Inocencio V y Gregorio XII.

Desde las márgenes del Tíber y del Ródano, los papas contrapuestos se están hostilizando mutuamente con la pluma y con el acero; alteran el sistema eclesiástico y civil de la sociedad, y alcanza aquel menoscabo en grandísima parte a los romanos causantes primitivos de todo el trastorno. [1616] Esperanzaban lisonjera e infundadamente restablecer el solio de la monarquía eclesiástica, y acudir a sus escaseces con los tributos y ofrendas de las naciones; pero el desvío de España y Francia revolvió el cauce del río devoto y productivo, ni alcanzó a remediar aquel malogro el redoble en diez años del concurridísimo jubileo. Entre los desvaríos del cisma, las armas extranjeras, y las asonadas, Urbano VI y sus tres sucesores tienen a menudo que trocar la residencia del Vaticano. Siguen Colonnas y Ursinos ejercitando sus enconos mortales, los baroncillos de Roma recobran abusan y extreman sus fueros republicanos; los vicarios de Jesucristo, levantando fuerzas militares, solían castigar sus rebeldías con horca, cuchillo o daga, y en una conferencia amistosa, hasta once diputados del pueblo fueron alevosamente asesinados y en seguida arrojados a la calle. Desde la invasión de Roberto el Normando, los romanos se acosaban mutuamente con sus enemistades y matanzas, sin la menor intervención

advenediza; pero con los vaivenes del cisma, un vecino travieso, Ladislao, rey de Nápoles, suele alternativamente sostener y acuchillar a la milicia papal o al pueblo: por el primero fue declarado alférez mayor o *gonfaloniero*, o adalid de la iglesia, y el segundo los avasalló con el nombramiento de los magistrados. Hasta tres veces sitia a Roma y entra a viva fuerza por sus puertas en ademán de un salteador desaforado; profana altares, atropella vírgenes, saquea a los moradores, reza sus devociones a san Pedro, y deja guarnición en san Ángelo. Fracasan a veces sus armas, y debe a una demora de tres días vida y corona; mas triunfó Ladislao de nuevo, y merced a su muerte anticipada, se salvó la capital y el Estado eclesiástico de las garras del ambicioso, que usurpó el dictado, o por lo menos el poderío de rey de Roma. [1617]

No entabla la historia eclesiástica aquel cisma; pero la gran Roma, objeto de estos últimos capítulos, tercia en gran manera sobre la sucesión tan reñida de sus soberanos. El primer arranque para la paz y hermandad de la cristiandad entera, brotó de la universidad de París, de la facultad de la Sorbona, cuyos doctores se conceptuaban, por lo menos en la Iglesia galicana, por los más consumados de Europa en la ciencia teológica. [1618] Desentendiéndose cuerdamente de todo escrutinio sobre el origen y entidad de la contienda, proponen, como arbitrio radical, que entrambos pretendientes, de Roma y Aviñón, renuncien a un mismo tiempo facultando a sus respectivos cardenales para que acudan todos a una elección nueva, y que las naciones *desechen* toda obediencia [1619] a cualquiera de los aspirantes que anteponga su propio interés al bien general. A cada vacante, aquellos médicos de achaques eclesiásticos hacían presentes los estragos de cualquier elección atropellada; pero el sistema del cónclave, y la ambición de sus vocales, ensordecían a

la razón y a sus encarecimientos, y por más promesas que se atravesasen, jamás el papa se daba por comprometido con los juramentos del cardenal. Por espacio de quince años, los pacíficos designios de la Universidad quedaron burlados con los amaños de entrambos pontífices competidores, los escrúpulos o los ímpetus de sus parciales, y los vaivenes de los bandos en Francia que predominaban en el achaque de Carlos VI entablan por fin una determinación esforzada, y una grandiosa embajada, del patriarca titular de Alejandría, dos arzobispos, cinco obispos, cinco abades, tres caballeros y veinte doctores, pasan a las cortes de Aviñón y de Roma, y requieren denodadamente, en nombre de la Iglesia y del rey, la renuncia de entrambos pretendientes, Pedro de Luna, que se apellidaba Benedicto XIII, y, Ángelo Corrario, titulado Gregorio XII. Por el decoro debido a Roma, y el éxito de la comisión, solicitan los embajadores una conferencia con los magistrados de la ciudad, a quienes agasajan con el compromiso terminante de que el rey cristianísimo por ningún título ha de intentar ya traer la Santa Sede fuera del Vaticano considerándolo como el solar legítimo y adecuado para todo sucesor de san Pedro. Un romano elocuente explaya, en nombre del Senado y del pueblo el afán unánime de cooperar a la unión entrañable de la Iglesia, se lamenta de tantísimo quebranto como acarrea el cisma, e invoca el auxilio de Francia contra las armas del rey de Nápoles. Las contestaciones de Benedicto y de Gregorio son por igual edificativas y engañosas, y en cuanto a soslayarse del requerimiento de renuncia, entrambos competidores seguían el mismo rumbo. Se muestran acordes en punto a la necesidad de un avistamiento precedente a los demás pasos; pero en el plazo, sitio y método no cupo jamás convenio. «Si el uno adelanta —dice un sirviente de Gregorio— el otro ceja, aparece el uno como viviente en extremo temeroso

de la tierra, y el otro como que se horroriza con el mar, y así por el corto resto de sus vidas y poderío, estos dos sacerdotes ancianos están comprometiendo la paz y salvación del mundo cristiano». [1620]

El mundo cristiano por fin se destempla con su terquedad y alevosía; todos los cardenales los van desamparando, hasta que se abrazan todos a fuer de amigos y compañeros, y crecido número de embajadores y prelados acuden a robustecer su rebeldía. El concilio de Pisa depone justicieramente entrambos papas, el de Roma y el de Aviñón; y el cónclave se aúna en la elección de Alejandro V, y vacante su asiento, eligen luego con igual armonía a Juan XXIII, malvado sin segundo; y en vez de exterminar el cisma, franceses e italianos logran tan sólo aprontar tercer pretendiente a la cátedra de san Pedro. Se controvierten las nuevas pretensiones del sínodo y del cónclave; tres reyes, los de Germania, Hungría y Nápoles, sostienen la causa de Gregorio XII, y Benedicto XIII, español, goza el arrimo de toda aquella nación devota y poderosa. El concilio de Constancia ataja los ímpetus temerarios del ya celebrado en Pisa; descuella el emperador Segismundo abogando a todo trance por la Iglesia católica, y el número y trascendencia de vocales civiles y eclesiásticos vienen a constituir como unas cortes generales de Europa. Juan XXIII para luego en víctima de la prepotencia; huye, lo alcanzan y traen preso; los cargos más escandalosos se callan y tan sólo tildan al vicario de Jesucristo de salteamiento, homicidio, rapto, sodomía e incesto, y teniendo que firmar su propia condena, pagó en su encierro perpetuo la inconsideración de confiar su persona a una ciudad libre allende los Alpes. Gregorio XII, cuya jurisdicción queda reducida al recinto de Rímini, se apea más honoríficamente del solio, y su embajador acude a la sesión en que renuncia por fin al dictado y

autoridad de pontífice. Para recabar de la aferrada pertinacia de Benedicto XIII su renuncia, el emperador en persona emprende un viaje desde Constancia a Perpiñán. Los reyes de Aragón, Castilla, Navarra y Escocia alcanzan un tratado amistoso y honorífico y al arrimo de los españoles mismos, el concilio depone a Benedicto, y aquel anciano desvalido se encierra en un castillo aislado, para estar dos veces al día excomulgando a los reinos rebeldes que se desentendiesen de su causa. Desarraigadas por fin las sectas del cisma, pasa el sínodo de Constancia a elegir pausada y reflexivamente el soberano de Roma y cabeza de la Iglesia. Con aquel trance grandioso, hasta treinta diputados robustecen el sagrado colegio de treinta y tres cardenales, siendo aquéllos en número de seis por cada una de las cinco naciones predominantes en la cristiandad. Italianos, germanos, franceses, españoles e ingleses, [1621] y aquella intervención extranjera se cohonesta con su avenencia caballerosa a un italiano y a un romano; pues el mérito hereditario y personal de Otón Colonna lo está recomendando a todo el cónclave. Aclama Roma gozosamente y obedece su esclarecido hijo; su familia poderosa escuda al Estado eclesiástico, y aquella alcurnia poderosa, con la elevación de Martín V, encabeza la época grandiosa del restablecimiento de los papas en el Vaticano. [1622]

La prerrogativa regia de acuñar moneda, disfrutada casi tres siglos enteros por el Senado, paró por la vez primera en manos de Martín V, [1623] busto y rótulo encabezan la serie de las medallas pontificias. Eugenio IV uno de los sucesores inmediatos, es el último papa arrojado por las asonadas del pueblo romano, [1624] o bien acosado con la presencia del emperador romano, como le cupo a Nicolás V. [1625]

I. La contienda de Eugenio con los padres del concilio de Basilea, y el recargo o la zozobra de un imperio nuevo, enardece

y envalentona a los romanos para ocupar el gobierno temporal de la ciudad. Se arman, eligen siete gobernadores de la República, y un condestable del Capitolio; encarcelan al sobrino del papa; sitian su misma persona en el palacio, y le disparan una nube de saetazos a la misma barca donde se marcha arrebatadamente río abajo vestido de monje. Conserva sin embargo, en el castillo de san Ángelo, guarnición y artillería, cuyas baterías están de continuo cañoneando la ciudad, y una descarga entera vuelve la valla que ataja al puente, y aventa de improviso los prohombres de la República. Cede al fin su tesón, tras una rebeldía de cinco meses; y bajo la tiranía de la nobleza gibelina, los patricios más sensatos, echan de menos el predominio de la Iglesia, mostrando un arrepentimiento entrañable y ejecutivo. Recobran las tropas de san Pedro el Capitolio, los magistrados regresan a sus hogares; los más criminales quedan ajusticiados o padecen destierro, y el legado acaudillando cuatro mil caballos y doscientos infantes, logra aclamaciones de padre de la ciudad. Los concilios de Ferrara y de Florencia, y la zozobra del encono de Eugenio va dilatando su ausencia. Por fin el pueblo sale rendidamente a recibirle; pero el pontífice con la algazara triunfal de su entrada, se hace cargo de que para afianzar su sosiego y la lealtad del pueblo, tiene que providenciar el descargo de sus impuestos.

II. El reinado pacífico de Nicolás V restablece, hermosea y aun ilustra a Roma; y en medio de aquellos afanes tan plausibles, le sobreviene la visita acelerada, amenazando Federico III de Austria, aunque no daba motivo, ni por su índole ni por su poderío a tan extremado sobresalto. Escuadrona sus tercios en la capital, mediando [1626] solemnísimos juramentos, y entonces Nicolás lo recibe risueñamente, como escudo y vasallo de la Iglesia. Temporada apacible, y débil el

austríaco, se vitorea la coronación sagrada y amistosamente; pero aquellos honores pomposos son odiados para toda nación independiente y los sucesores se han desentendido de una peregrinación cansadísima al Vaticano, y cifran su dictado imperial en los electores de Germania.

Advierte un ciudadano con engreimiento y complacencia, que el rey de romanos, después de escasear su saludo a los cardenales y prelados, que se esperan a la puerta, hace alto en la vestimenta y traza del senador de Roma, y en aquella despedida, los personajes del Imperio se estrecharon con un brazo amistoso. [1627] Con arreglo a la legislación romana, el primer magistrado tenía que ser doctor en derecho, forastero y de una patria distante cuarenta millas [64,37 km] de la capital, con cuyo vecindario no había de estar emparentado cercanamente. Era la elección anual y se residenciaba estrechamente al senador saliente, teniendo luego que mediar lo menos dos años antes de ejercer nuevamente aquel cargo. Su dotación harto pingüe era de tres mil florines por sí y desembolsos, y al asomar en público estaba representando la majestad de un monarca. Era su ropaje de brocado de oro o de terciopelo encarnado, y por el estío de tela también de seda pero más ligera; empuñaba un cetro de marfil; anunciaban los clarines su llegada sonora y estruendosamente; y al andar pausado y señorilmente le antecedían por lo menos cuatro lictores o acompañantes, cuyas varillas encarnadas tremolaban unos gallardetes de color de oro, y la librea de la ciudad. Se juramentaban en el Capitolio invocando el derecho y el acierto, la observancia de las leyes, el enfrenamiento de los poderosos, el amparo de los desvalidos, y el acatamiento de la justicia y de la clemencia en el desempeño de sus funciones; para lo cual le asistían dos *colaterales*, tres sabios forasteros, y el juez de apelaciones criminales. Las leyes

acreditan la frecuencia de salteamientos, raptos y homicidios, pero aquella legislación apocada tolera los enconos mutuos y asociaciones armadas para su respectivo resguardo. El senador tenía que ceñirse a la administración de justicia; el Capitolio, el erario, el gobierno de la ciudad y su ejido, corrían a cargo de tres *conservadores*, que se mudaban a cada trimestre; la milicia de sus trece legiones se juntaba siempre bajo los pendones de sus respectivos caudillos o *caporioni*, descollando el primero con el nombre y señorío de *prior*. Se cifraba la legislatura popular en los consejos reservados o públicos de los romanos. El primero se componía de los magistrados con sus antecesores inmediatos, con algún fiscal o promotor y tres clases de trece, veintiséis y cuarenta consejeros, componiendo al todo como ciento veinte personas. En el consejo general, todo varón tenía derecho para votar, realzándose la importancia de aquel fuero, con el sumo ahínco que se ponía en atajar la intervención de todo advenedizo el intento de ocupar el derecho y el ejercicio de ciudadano romano. Precauciones atinadas acudían a zanjar las asonadas, achaque general de la democracia; pues nadie, excepto los magistrados, debía proponer disposición alguna; a nadie era lícito hablar, sino desde un tabladillo o tribunal; se vedaba toda aclamación descompasada; la decisión de la mayoría se manifestaba en escrutinio secreto, promulgando los decretos bajo el nombre tan venerable del Senado y pueblo romano. [1628] No cabe deslindar la época fija de todo aquel establecimiento, con aquel esmero y tesón en su desempeño, puesto que el buen orden se fue planteando al mismo paso que decaía el ejercicio de la libertad. Pero en el año 1580, se recopilaron y arreglaron los estatutos antiguos en tres libros, ajustándolos, y aplicándolos al uso corriente y merecieron la aprobación de Gregorio XIII: [1629] el código civil y criminal es la ley moderna de la ciudad, han

cesado los consejos o juntas populares, y un senador forastero, con tres conservadores están todavía decidiendo en el palacio del Capitolio. [1630] Los papas vienen a seguir ahora el sistema de los Césares; y aparentaba el obispo de Roma conservar la planta republicana, al paso que estaba reinando despóticamente, cual monarca espiritual y temporal.

Es verdad trillada que todo prohombre tiene que asomar en una época adecuada, y en el día, todo un Cromwell o un cardenal de Retz, vendrían a desaparecer desconocidos, o yacerían en tinieblas. El entusiasmo político de Rienzi llega por fin a entronizarle, y en el siglo siguiente, igual entusiasmo aherroja al remedador suyo en galeras. Hidalgo es de nacimiento Esteban Porcaro, y acendrado su concepto, brota su lengua persuasiva, su entendimiento atesora despejo e instrucción, y tramonta los pensamientos del vulgo con el intento de libertar su patria e inmortalizar su nombre. Todo arranque caballeroso se estrella contra el predominio sacerdotal, y el descubrimiento reciente de la fábula o patraña de la donación de Constantino; sigue Petrarca siendo el oráculo de Italia, y cuantas veces repasa Porcaro la oda en que retrata al vivo al heroico patricio de Roma, se está apropiando las visiones del profético poeta. Muere Eugenio IV, y en sus exequias ensaya el rumbo de los arranques populares, y en una arenga esmerada entona el pregón de llamamiento a la libertad y a las armas con todos los romanos, quienes lo están escuchando al parecer con deleite, hasta que lo interrumpe y le contesta un abogado antiguo que pleitea por la Iglesia y el Estado. Criminal reconocían todas las leyes en tal caso al orador sedicioso; pero la mansedumbre del nuevo pontífice, que conceptúa al atrevido con lástima, digno de aprecio y recomendación y le honra con un destino decoroso para convertir y acallar sus travesuras. El romano inflexible

regresa de Anagni con redobles de nombradía y acaloramiento, y con motivo de juegos en la plaza navona, sobreviniendo una riña entre muchachos y menestrales, se esmera en utilizar aquella coyuntura para formalizar una asonada. Pero Nicolás, siempre humano, se desentiende todavía de aceptar aquel sacrificio de una vida, por lo demás inocente, contentándose con trasladar al reo a Bolonia, fuera del recinto de sus tentaciones, haciéndole un señalamiento decoroso para su holgada manutención, con el mero requisito de presentarse diariamente al gobernador de la ciudad. Mas Porcaro tiene presente la máxima de Bruto el Menor, a saber: que no hay miramiento ni fe que guardar con los tiranos; y así el desterrado sigue más y más declamando contra su sentencia arbitraria, abanderiza secuaces, conspira con ellos; su sobrino, gallardo mancebo, junta una partida de voluntarios, y en cierto día se dispone una función en su casa para los amantes de la República. El caudillo, huyendo de Bolonia se presenta con un manto de púrpura y oro; su voz, su traza, sus ademanes, todo está pregonando el prohombre que tiene comprometida su existencia en tan preciosa causa. Trae su oración estudiada, y se va explayando sobre los motivos de la empresa y los medios adecuados para recobrar el nombre y las libertades de Roma; la pereza y orgullo de sus tiranos eclesiásticos; la anuencia ejecutiva de sus parciales y conciudadanos; trescientos soldados y cuatrocientos desterrados, harto ejercitados en armas y en agravios; el desahogo de su venganza con aceros afilados, y un millón de ducados por galardón de su victoria. «Facilísimo es —les dice—, mañana mismo, festividad de la Epifanía, afianzar al papa y a los cardenales, a la puerta, o en el mismo altar de san Pedro; llevarlos aherrojados ante las murallas de san Ángelo; precisarle con amagos de muerte a la entrega del castillo; trepar

al Capitolio desalojado; y retumbando la gran campana, restablecer en consejo general la antigua República romana», pero en medio de su triunfo, está ya frustrando su intento. El senador con escolta poderosa, cerca la casa; el sobrino de Porcaro se abre calle a viva fuerza por la muchedumbre; pero sacan al desventurado Esteban de un arcón, lamentándose de que sus enemigos han, por tres horas, anticipado la ejecución de la empresa. Enmudece por fin la clemencia de Nicolás, en vista de tan repetidos desengaños, y así Porcaro con nueve compañeros van a la horca sin el auxilio de los sacramentos, y entre las zozobras y recargos de la corte pontificia, los romanos compadecen y casi vitorean a aquellos mártires de su patria. [1631] Mudo es no obstante el arranque e inservible su compasión, con su libertad ya muerta para siempre; y si tal vez ha venido a asomar en las vacantes del solio o en las carestías de pan, asonadillas, tan escasas y accidentales, se aparecen también aun en medio de la más postrada servidumbre.

Pero la independencia general de la nobleza, atizada con el fuego de las discordias, sobrevive a la libertad de la plebe, que estriba en la mutua hermandad. Los barones se aferran más y más en su regalía de estafar y oprimir, fortalezas y santuarios son sus albergues, y bandoleros y reos se agolpan a gavillas, para escudarse allí contra la ley, pagando su hospedaje con espadas y dagas. Los intereses particulares de papas y sobrinos solían hermanarse con aquellos enconos solariegos. En el reinado de Sixto IV, refriegas y asaltos estuvieron desgarrando a Roma. El protonotario Colonna ve arder su palacio, le prenden, le dan tormento y lo degüellan, y luego asesinan en la calle a Savelli su amigo por no querer acompañar en sus aclamaciones a los parciales de los Ursinos. [1632] Mas luego no tiemblan ya los papas en el Vaticano, por cuanto disponen de fuerzas, y se

arrojan a imponer obediencia a sus desmandados súbditos, y los extranjeros que presenciaron el anterior desenfreno se pasman al ver ahora el desahogo en los impuestos y en todos los ramos de la administración. [1633]

En alas de la opinión vuelan y estallan los rayos espirituales del Vaticano, y entonces, al arrimo de la racionalidad se hacen irresistibles; pero en interviniendo pasioncillas que desconceptúan aquel usurpado rumbo, el eco vuela en balde y cesa sin estrago, y el sacerdote desvalido queda expuesto a la ferocidad desenfrenada de los prepotentes. Pero al regreso de Aviñón, la espada de san Pablo centellea enarbolada para custodiar las llaves de san Pedro. Una fortaleza inexpugnable está señoreando Roma; máquina irresistible es la artillería contra toda asonada; infantería y caballería en regla están prontas para acudir con sus banderas pontificias a donde convenga, pues median rentas pingües que sostengan aquellos desembolsos, teniendo a mayor abundamiento vecinos poderosos que le auxilien ejecutivamente en las urgencias; [1634] incorporados ya los ducados de Ferrara y de Urbino, el Estado eclesiástico se explaya desde el Mediterráneo al Adriático, y desde el confín de Nápoles hasta las márgenes del Po; pues ya desde el siglo XVI, la mayor parte de aquellas fértiles comarcas estaban reconociendo la autoridad temporal y las pretensiones legítimas de los papas. Dimanaban aquellas pretensiones de las donaciones efectivas o soñadas de tiempos lóbregos, y los pasos sucesivos de sus ensanches, y la plantificación final de su reinado nos arrebataría por dilatados espacios de los vaivenes de Italia y de Europa; las maldades continuas de Alejandro VI, las operaciones militares de Julio II y el régimen culto de León X son asunto engalanado por las plumas descollantes de los primeros historiadores del siglo. [1635] En la primera temporada de sus conquistas, hasta la

expedición de Carlos VIII, podían los papas lidiar con los estados convecinos, cuyas fuerzas por lo más apenas equilibraban a las suyas. Mas una vez empeñadas las potencias de España, Francia y Germania, en avasallar con huestes agigantadas Italia toda, acudieron a los amaños para suplir la escasez de sus fuerzas, encapotando en un laberinto de miras revueltas y guerras y negociaciones sus verdaderos intentos, y la esperanza incesante de arrojar a los bárbaros allende los Alpes. Solía, no obstante, la soldadesca denodada del norte y el occidente echar al través la balanza peliaguda de las marañas eclesiásticas. La política endeble y vagarosa de Clemente VII brindó a Carlos V con la coyuntura de disputar sus ímpetus y avasallar la persona y los dominios del pontífice, y por siete meses el desenfreno de una hueste permanente fue asolando y empobreciendo a Roma, con mayor desacato que los mismos vándalos y godos. [1636] Tras lección tan amarga, recogieron velas los papas y fueron ciñendo los ámbitos de su política, y tuvieron que obrar por su rumbo propio, recobrando su instituto de padres, absteniéndose de toda hostilidad ofensiva, excepto en un trance pasajero, cuando el vicario de Jesucristo y el sultán turco se armaron juntos contra el rey de Nápoles. [1637] Retiráronse por fin franceses y germanos; los españoles señorean de asiento a Milán, Nápoles, Sicilia, Cerdeña, y las playas de Toscana, y tenían que echar el resto en conservar la paz y la subordinación de Italia, que siguieron allá sin alteración considerable por espacio de más de dos siglos. La pobreza religiosa del rey católico escudaba al Vaticano, cuyas preocupaciones e intereses le inclinaban a ladearse al príncipe contra el pueblo, que en vez de abrigo, remedio, o refugio que solían lograr en los estados convecinos, los amantes de la libertad, o enemigos de las leyes, se hallaban cercados en derredor por el ámbito de hierro del

crudo despotismo. Se postra más y más la nobleza con el raudal de la obediencia y de la educación, y enmudece la turbulencia popular de Roma. Olvidan los barones las armas y la bandería de sus antepasados, y van siendo rendidos sirvientes del lujo y del gobierno. En vez del gentío que estuvieron manteniendo para su pomposa servidumbre, todo el producto de sus estados se empleaba ya en sus propios gastos, aumentadores de goces, pero quebrantadores del poderío señoril. [1638] Colonnas y Ursinos compiten ya únicamente en los palacios y quintas, apocándose más y más su antiguo boato en la competencia de las alcurnias respectivas y papales. Enmudecieron en Roma las discordias y el desenfreno, y en vez de espumosos torrentes, tan sólo asoman estanques bruñidos y plateados, que están reflejando destellos de ocio y servidumbre.

Cristianos, filósofos y patricios se escandalizan al par con el reinado del clero, y aquella majestad romana, [1639] el recuerdo de cónsules triunfadores parece que deben acibarar la sensación, o extremar el oprobio de tan rendida esclavitud. Si nos hacemos imparcialmente cargo de las ventajas o nulidades que aparecen por el conjunto del gobierno eclesiástico, merecen recomendación en la actualidad por su mansedumbre, decoro y sosiego, y luego se muestra exento de contingencias en menorías, en disparos juveniles, en extremos de lujo y estragos de la guerra. Contrarrestan estos logros elecciones de soberano, en el plazo de siete años, quien por maravilla es natural del recinto; el reinado de un estadista *novel* de sesenta o más años, desahuciado de acabalar planes grandiosos, ajeno de toda traslación hereditaria, que pueda coronar el rumbo de sus afanes. Suele una jerarquía o bien un claustro brotar el candidato coronado o tosco por su educación, de escasa racionalidad y de arranques vulgares y tal vez inhumanos.

Sacado en la *nidada* de una creencia servil, aprendió a creer hasta lo más absurdo, a reverenciar lo menos apreciable, y a hollar cuanto realza la humanidad: enseñado a castigar todo desacierto como delito insufrible, y a recompensar el celibato y las mortificaciones como prendas descollantes, a sobreponer los prohombres de su calendario a los [1640] héroes de Roma y a los sabios de Atenas, y conceptuar las cruces de la sacristía como instrumentos preferibles al arado y al telar. Con el cargo de Nuncio y en la jerarquía de cardenal, puede ir adquiriendo algún conocimiento del mundo, pero la estampa primitiva está clavada en su ánimo y en sus modales; con el estudio y la experiencia ahuyentará tal vez los misterios de su profesión; pero el artífice sacerdotal se amañará siempre a utilizar las apariencias en que vivió empapado; y así el numen de Sixto V [1641] salió a luz de las lobregueces de un claustro franciscano. En su reinado de cinco años exterminó bandoleros y vagos, abolió los santuarios *profanos* de Roma; [1642] planteó fuerzas militares y navales, restableció y emuló monumentos grandiosos de la Antigüedad; y tras el uso garboso y aumento considerable de las rentas pingües del Estado, dejó cinco millones de coronas en el castillo de san Ángelo. Mas si fue justiciero, bastardeó con sus crueldades, y tiznó su actividad con intentos de conquistador; muere, y reviven los abusos, se desperdician sus tesoros; recarga la posteridad con treinta y cinco impuestos nuevos, y por fin aquel pueblo ingrato, o tal vez ofendido entra y destroza para siempre su estatua. [1643] Descuella como único el personaje bravío de Sixto V en toda la serie pontificia cuyo gobierno temporal se muestra al cabo en las máximas y resultados que dan de sí la perspectiva y parangón de artes y filosofía, de labranza, comercio, riqueza y población del Estado eclesiástico respecto de otros muchos. Por mi parte estoy anhelando despedirme en paz

y cariño del orbe entero, y estoy muy ajeno, en estas postrimerías de querer agraviar al papa ni al clero de Roma. [1644]

LXXI

PERSPECTIVA DE LAS RUINAS DE ROMA EN EL SIGLO XV - CUATRO CAUSAS DE MENOSCABO Y EXTERMINIO - EJEMPLO DEL COLISEO - RENOVACIÓN DE LA CIUDAD - CONCLUSIÓN DE TODA LA OBRA

En tiempo de Eugenio IV, dos de sus sirvientes, el erudito Poggio [1645] y un amigo suyo trepan al cerro Capitolino, se sientan sobre sus escombros, entre columnas y templos, y están viendo desde aquel encumbrado sitio la perspectiva tan varia de maleza y asolación. [1646] Campo grandioso está dando aquel paisaje, con los vaivenes de la fortuna, para moralizar en sus trastornos sobre el género humano, sus obras más portentosas, volcando ciudades y engolfándolas un mismo panteón, y desde luego se hacen cargo de que presenciando allá todavía su grandeza anterior, el derrumbe de Roma es el más horroroso y deplorable. «Su estado primitivo, cual pudiera asomar en siglos remotos, mientras Evandro agasaja al advenedizo troyano, [1647] está descrito todo en la fantasía de Virgilio. Montaraz y solitaria yacía esta Roca Tarpeya; pero ya en tiempo del poeta resplandeció coronada con los dorados artesones de un alcázar que ahora está en el suelo, el oro fue salteado, redondeó la rueda de la fortuna su vuelta, y todo el sitio sagrado para ya en una soledad de abrojos y zarzales. El cerro del Capitolio, la ciudadela del orbe y el pavor de los monarcas, esclarecido con las huellas de tantísimos triunfos: ¡aquí estaba la cabeza del Imperio, enriquecida con los despojos y tributos de infinitas naciones!

Este centro del mundo ¿cómo cayó? ¿cómo se trocó? y ¡cómo yace borrado! Viñedos cuajan el sendero de la victoria, y cieno vil sepulta los bancos de los senadores. Tendamos la vista al cerro Palatino, y vayamos escudriñando entre fragmentos desmoronados, el teatro de mármol, los obeliscos, las estatuas colosales, los pórticos del palacio de Nerón; registremos los demás cerros de la ciudad, todo el solar vacío, se interrumpe tan sólo con escombros y jardines. El foro del pueblo romano, donde se juntaba para legislar y elegir sus magistrados, está ahora zanjado con huertas para el cultivo de sus plantas, abriéndose de continuo para recibir piaras y vacadas. Los edificios públicos y particulares fundados para una eternidad, ahí están en el suelo, derruidos y a trozos como los miembros de un poderoso gigante; y todo ese vuelco se hace más respetable por los restos asombrosos que sobreviven ahora mismo a los destrozos del tiempo y de la ruina». [1648]

Va Poggio describiendo aquellas reliquias, uno de los primeros que levantaron los ojos de las leyendas milagrosas a la supersticiosa creencia. [1649]

I. Además de un puente, un arco y un sepulcro, y la pirámide de Cestio, alcanza a divisar del tiempo de la República dos líneas de bóveda, en el centro del Capitolio con el nombre y la munificencia de Cátulo estampados.

II. Aparecen once templos, hasta cierto punto visibles desde la planta cabal del Panteón, hasta sus arcos, y una columna de mármol del templo de la Paz, que Vespasiano erigió tras las guerras civiles y el triunfo judaico.

III. En cuanto al número que no bien deslinda, las siete *termas* o baños públicos, ninguno estaba regularmente conservado para manifestar el uso y reparto de sus diversas porciones; mas los de Diocleciano y de Antonino Caracalla

seguían con el título de sus fundadores y pasmaban a todo escudriñador que al cerciorarse de su solidez y extensión, variedad de mármoles, tamaño y número de las columnas, parangonaba el afán y desembolso con su objeto y entidad. Asoma todavía tal cual rastro de los baños de Constantino, de Alejandro y de Domiciano, o más bien de Tito.

IV. Los arcos triunfales de Constantino, de Tito y Severo, están cabales en sus moles y en sus rótulos; un fragmento interesante está todavía condecorado con el nombre de Trajano, y dos arcos permanentes todavía en la vía Flaminia, monumento a la memoria de Faustina y Galieno.

V. Tras la maravilla del Coliseo pudo Poggio mirar por allá un anfiteatro de ladrillo correspondiente a un establecimiento pretorio; luego edificios públicos y particulares cuajan en gran parte los teatros de Marcelo y de Pompeyo, y apenas cabe desdeñar la extinción y la planta en los circos Agonal y Máximo.

VI. Las columnas de Trajano y de Antonino descuellan todavía; pero los obeliscos egipcios yacen soterrados o rotos. Todo un pueblo de dioses y héroes, obra del arte, queda reducido a una figura ecuestre de bronce dorado, y a cinco estatuas de mármol, sobresaliendo los dos caballos de Fidias y de Praxíteles.

VII. Los dos mausoleos, o sepulcros de Augusto y de Adriano, asoman todavía en parte; mas el primero se equivoca con un montón de tierra, y el segundo trasformado en el castillo de san Ángelo, es ya una fortaleza moderna. Además de algunas columnas dispersas y sin nombre, tales eran los restos de la ciudad antigua; mas las señales de una estructura más reciente podían detectarse en las murallas, formando allá un cerco de diez millas [16,09 km], comprendiendo las trescientas setenta y nueve torres y comunicando con la campiña por trece puertas.

Se dibujó aquel cuadro a los nueve siglos del vuelco del Imperio occidental, y aun del último godo de Italia. Dilatadísimo plazo de apuros y anarquía durante el cual imperio, solaz, riqueza, todo vino a trasladarse de las márgenes del Tíber, a donde no era ya dable que volviesen a engalanar la ciudad y por cuanto lo humano tiene siempre que cejar en no progresando; los siglos venideros no pudieron menos de ir acarreando la decadencia y exterminio de los partos de la Antigüedad. El ir deslindando los pasos de mengua o creces, y el ir por cada época puntualizando el estado de cada edificio, sería un afán interminable e inservible, y voy a ceñirme únicamente a las observaciones que entablarán una especie de investigación sobre las causas poderosas y más o menos generales.

I. Dos siglos antes de la elocuente lamentación de Poggio, compuso un anónimo su descripción de Roma. [1650] Su ignorancia va repitiendo los idénticos objetos, bajo otros nombres extraños todos y fabulosos. Sin embargo, aquel torpísimo topógrafo tenía ojos y oídos; podía ir observando los restos patentes, podía estar oyendo las tradiciones del pueblo y va deslindando despejadamente hasta siete teatros, once baños, doce arcos y dieciocho palacios, de los cuales muchos habían desaparecido antes del tiempo de Poggio. Resulta que varios monumentos suntuosos de la Antigüedad vinieron a sobrevivir hasta época ya muy avanzada, [1651] y que el impulso asolador estuvo más pujante en los siglos XIII y XIV con violentísimos redobles.

II. Cabe la misma cuenta a los tres siglos últimos y en vano iremos en busca del Septizonio de Severo, [1652] celebrado por Petrarca y demás anticuarios de su siglo. Mientras los edificios romanos permanecían cabales contrarrestaban con su mole y armonía los primeros embates, aunque tremendos y repetidos,

mas al primer empuje iban al través columnas y arcos en fragmentos que estaban ya abocados al derrumbadero.

Con sumo ahínco he procurado escudriñar el objeto, y he venido a deslindar cuatro móviles principales, que siguieron obrando por espacio de más de mil años. I. El quebranto del tiempo y la naturaleza. II. Los embates enemigos de bárbaros y cristianos. III. El uso y abuso de los materiales. IV. Las contiendas domésticas de los romanos.

I. Alcanza la industria del hombre a construir monumentos mucho más duraderos que el escasillo ámbito de su existencia, mas estas obras son al mismo paso de su persona, frágiles y perecederas, y para la inmensidad del tiempo, su vida y sus obras se han de conceptuar como un soplo volador e instantáneo. No cabe sin embargo ceñir y puntualizar la duración de un edificio sólido y sencillo. Como maravillas de tiempos antiguos descollaron las pirámides, que se granjearon [1653] el embeleso de las generaciones antiguas, y pasaron sin cuento cual hojas de otoño; [1654] cayeron faraones y Ptolomeos, Césares y califas, y las idénticas pirámides descuellan erguidas e intactas sobre las oleadas del Nilo. Figuras historiadas con partecillas tenues son más accesibles al menoscabo y la decadencia, y el trastorno mudo del tiempo suele acelerarse hasta cierto punto con huracanes y tormentas, incendios e inundaciones. Conmoviéronse innegablemente los elementos, y allá se bambolearon los torreones de Roma, desde sus excelsas cimas hasta sus profundos cimientos; mas no parecen los siete cerros sentados sobre inmensos y hondos socavones del globo; y en siglo alguno adoleció la ciudad de aquellas convulsiones que en los climas de Antioquía, Lisboa y Lima han reducido instantáneamente a polvo las obras de largos tiempos. Campea el fuego con ínfulas de prepotencia sobre la vida y la muerte:

aquel rapidísimo asolador puede extenderse y propasarse por el afán de los hombres, y tamañas plagas asoman y estremecen cada página de los anales romanos. Ardiendo estuvo toda por el atentado o la desventura en tiempo de Nerón en el espacio de nueve días. [1655]

Agolpados a miles los edificios en estrecha y revuelta planta, fueron suministrando pábulo a las llamas, y al cesar, tan sólo cuatro de las catorce regiones vinieron a quedar cabales, tres asoladas, y siete desfiguradas y denegridas con los restos de edificios derrocados. [1656] Resplandece el Imperio con las galas y primores de su poderío; pero la memoria de los antiguos estuvo deplorando aquellos malogros irresarcibles: artes de Grecia, trofeos de victorias, y monumentos de la Antigüedad primitiva y fabulosa, todo se empezó en la nada. En los vaivenes del quebranto y de la anarquía, todo malogro yace irreparable, sin que alcancen a reponerlo ni el esmero del gobierno, ni el empeño de los particulares, más o menos interesados en sus intentos. Pero median dos causas para que sea más estragador el fuego que las demás plagas, en toda población floreciente que en las menoscabadas. 1. Los materiales más combustibles de ladrillo, madera y metales quedan desde luego destruidos; pero las llamas pueden estar abrasando los paredones de edificios suntuosos sin daño de consideración en su consistencia, sean arcos u otras obras despojadas ya de sus adornos y remates. 2. Sucede que a las viviendas plebeyas y humildes una pavesa las incendia al golpe por entero, mientras los edificios grandiosos y existentes campean solitarios en medio de la asolación, como islas más o menos considerables en medio del piélago. Expuestísima yace siempre Roma por su situación a frecuentes inundaciones. Comprendiendo el mismo Tíber, cuantos ríos que se desprenden por ambas vertientes del Apenino son de

corta y revuelta carrera; un arroyuelo durante la canícula, al henchirse por el invierno o primavera, se dispara en raudal impetuosísimo, con las lluvias repentinas o el derretimiento de nieves; soplan vientos contra su corriente y el cauce primitivo es pequeñísimo para aquel hacinamiento; rebosan las aguas por ambas márgenes, y allá corren desenfrenadamente, por calles, campos y poblaciones cercanas. A poco del gran triunfo de la primera Guerra Púnica, sobrevinieron llamas descompasadas; y la inundación sobrepujó tantísimo en tiempo y lugar a todos los anteriores, que arrolló cuantos edificios había por debajo de los siete montes. Varios fueron los móviles del idéntico estrago, pues ya el torrente arrebataba de un vuelco el caserío, o ya la iba socavando imperceptiblemente desde el cimiento y se aplanaba luego todo en la permanencia dilatada de la avenida. [1657] Renovose igual quebranto en el reinado de Augusto, pues el desenfreno de la corriente fue arrebatando palacios y templos por todas las orillas [1658] y tras el afán de ir despejando el cauce cuajado de escombros, [1659] la semejanza del peligro y de las providencias, hizo vivir alerta a los sucesores sobre tan importante objeto. Se proyectó además abrir un nuevo rumbo por varios cauces al Tíber, o por lo menos a los demás confluyentes; pero la superstición e intereses locales atajaron, [1660] y por fin tampoco el resultado correspondió al costo y al afán de una ejecución imperfecta. La servidumbre de los ríos constituye la victoria más esclarecida y provechosa que pudo alcanzar el ingenio humano contra las demasías de la naturaleza; [1661] y si tan extremados solían ser los estragos del Tíber bajo el tesón de un gobierno poderoso, ¿quién había de contrarrestar? ¿quién alcanzar tan sólo a referir los desastres de la ciudad, tras el vuelco del Imperio occidental? La plaga misma vino por fin a proporcionar una defensa adecuada; pues agolpándose sobre el

terreno tantísimo escombro, y realzando más y más aquel malecón inmenso y natural se levantó el suelo tal vez de catorce o quince pies [4,26 ó 4,57 m] sobre el nivel antiguo [1662] y la ciudad moderna vino a quedar menos expuesta a los embates del río. [1663]

II. Claman los escritores de todas naciones contra el desenfreno de godos y cristianos, como asoladores implacables de los monumentos antiguos disparados a porfía y frenéticos en su ahínco, sin hacerse cargo de cuáles eran los medios y el espacio para dar tanto pábulo a sus conatos. Queda ya descrito en los volúmenes anteriores de esta misma historia el triunfo de la barbarie y de la religión, y voy a contentarme con apuntar someramente su enlace positivo o soñado con el exterminio de la antigua Roma. Podemos allá fantasear y prohijar una novela peregrina, trayendo godos y vándalos de las lobregueces de la Escandinavia, ansiosos de contraponer la huida de Odín [1664] para desaherrojar el mundo, con total escarmiento de sus avasalladores, que ansiaban a todo trance aherrojar hasta la memoria de la literatura clásica, y fundar su arquitectura nacional sobre los miembros destrozados del orden toscano o corintio. Pero la verdad sencilla, con patente desengaño está diciendo, que ni eran tan irracionales ni tan cultos para conceptuar intentos tan grandiosos, ni de asolación ni de venganza. Los pastores de Escitia y de Germania usados en huestes del Imperio, imponiéndose en su disciplina, volcaron su flaqueza con el ejercicio corriente de la lengua latina; reverenciaban el nombre y los dictados de Roma, y aunque inhábiles para competir, propendían a venerar más que a destruir las artes y estudios de temporada más grandiosa. Con la posesión volandera de ciudad opulenta, la soldadesca de Alarico y Genserico cedían a los ímpetus de toda tropa victoriosa, y en

medio del ciego desenfreno de torpeza y crueldad, riqueza portátil era el objeto de sus ansias; ni les cabría deleite ni engreimiento con la posesión inservible de que habían por fin exterminado las obras de cónsules o Césares; preciosísimos les hacen los instantes, pues los godos evacuan Roma a los seis días, [1665] y los vándalos a los quince; [1666] y aunque es mucho más arduo el construir que el anonadar, aquel arrebato podía dejar poca mella en las moles solidísimas de la Antigüedad. Recordamos que al par entrambos caudillos aparentaron acatar los edificios de la ciudad que el gobierno benéfico de Teodorico [1667] estuvo escudando su pujanza y hermosura y que el enfado momentáneo de Totila [1668] quedó al punto desarmado con su propia índole con el dictamen de amigos y enemigos. Hay ahora que trasponer y agravar aquel cargo a los mismos católicos de Roma. Estatuas, altares o albergues de los diablos eran abominables para sus ojos y con el mando absoluto de la ciudad les cabría todo afán para ir derrocando con furor y perseverancia la idolatría de sus antepasados. El derribo de templos en oriente [1669] les suministraba un ejemplar y ofrece para nosotros un argumento de su creencia, y se hace muy probable que gran parte de culpa o mérito, se puede achacar fundadamente a los prosélitos romanos. Ceníase sin embargo aquella aversión a los monumentos de superstición pagana, y los edificios civiles dedicados a la comodidad o recreo del vecindario, se podían conservar sin perjuicio ni escándalo de la sociedad. Redújose al trueque de religión no por medio de asonada, sino por los deudos del emperador, del Senado y del tiempo. Solían ser los obispos de Roma los más mirados y menos fanáticos, sin que les quepa reconvención alguna por las gestiones, habiéndose opuesto decididamente a todo menoscabo en el edificio suntuosísimo del Panteón. [1670]

III. El importe total de un objeto dedicado a las urgencias o al recurso de un vecindario, consta de su propia sustancia y de su forma, y la maestría de su hechura. Su precio se cifra en el número de los individuos que lo han de emplear o utilizar en la extensión de su consumo, y por consiguiente en el desahogo o la dificultad de transporte lejano, su situación local y las circunstancias variables del mundo. Los bárbaros conquistadores de Roma vinieron a usurpar de un solo trance los afanes y tesoros de largos siglos, mas fuera de las presas de logro ejecutivo, miraron con harta indiferencia lo que no se podía trasladar a los carruajes godos o a la escuadrilla Vándala. [1671] Su codicia se clavaba al pronto en el oro y la plata, como en todo país; y aunque en escala menor no dejan de estar siempre representando el imperio incontrastable sobre los productos de la industria; los haberes del genero humano. Vaso, jarro o estatua de los metales preciosos que halagan la vanagloria de algún caudillo bárbaro, sobresalían para sus ojos; pero la chusma, sin hacer alto en las formas, se abalanzaba a la sustancia y a las barras, que luego habían de trocarse en moneda corriente por todo el Imperio. El apresador torpe o desgraciado se atenía a los metales ínfimos de cobre, plomo o hierro y cuanto se salvó de manos de la barbarie, paró en poder de la tiranía griega y el emperador constante en su visita despojadora se llevó hasta las tejas de bronce del Panteón. [1672] Eran los edificios de Roma como una mina inmensa y variada; el primer afán fue tras los metales más preciosos; se acendraban después con el fuego, se cortaban y pulían los mármoles y saciada ya la rapiña casera y advenediza, los restos de la ciudad quedaban todavía para vender si comprador asomase. Desnudos yacían los monumentos antiguos de tantos preciosos realces, pero los romanos estaban en el disparador para derrumbar con sus propias manos los arcos

y paredes, con tal que el producto sobrepujase al trabajo material de la fuerza y el transporte. Si plantara Carlomagno su solio en Italia, su numen le inclinara más bien a la renovación que al exterminio de los alcázares cesáreos pero su sistema acorraló por las selvas de Germania, un depravado gusto lo enamoraba de la destrucción, y el nuevo palacio de Aquisgrán aparecía condecorado con los mármoles de Ravena [1673] y de Roma. [1674] Medio siglo después de Carlomagno, Roberto, rey de Sicilia, el soberano más liberal y más instruido de aquella época, se surtía de aquellos propios materiales en la navegación tan obvia del Tíber y del mar; y Petrarca está exhalando airados ayes por cuanto la primera capital del orbe está alimentando con sus propias entrañas el lujo y la desidia de Nápoles. [1675] Mas no eran frecuentes aquellos casos en tales tiempos de atraso y los romanos allá a sus solas y sin émulos pudieron ir empleando pública o privadamente aquellos materiales de tanta construcción antigua, a no hacerles los inservibles una nueva situación. Abarcaban siempre las murallas el antiguo recinto, pero la ciudad había venido a descolgarse desde las siete cumbres al campo de Marte; monumentos de los más descollantes habían quedado a solas y como en descampado ajenos del gran gentío. Ya los palacios de los senadores desdecían de las costumbres y albergues de sus desamparados sucesores, quedando olvidado el uso [1676] de baños y pórticos, cesado habían ya en el siglo VI los juegos del teatro, anfiteatro y circo, varios templos estaban ya dedicados al culto reinante; pero las iglesias cristianas anteponían la figura sagrada de la cruz; y la práctica o la razón habían ido arreglando el empleo de celdas y aposentos en los claustros. En el sistema eclesiástico redobla descompasadamente el número de aquellas fundaciones devotas, agolpándose en la ciudad cuarenta monasterios de hombres, veinte de mujeres y

sesenta capillas o colegios de canónigos y clérigos [1677] que menguaban en vez de aumentar el vecindario en el siglo X. Pero si un pueblo ajeno de apreciar la elegancia en las formas de la arquitectura, el acopio de materiales se ofrecía a la mano para acudir con ellos a la urgencia o la superstición, y las columnas más brillantes de orden jónico o corintio, los mármoles riquísimos de Paros o de Numidia, iban a parar al rincón de un convento o de un establo. El estrago incesante que están ahora mismo causando los turcos en Grecia y Asia, es un ejemplar melancólico de aquel destrozo y en la destrucción sucesiva de Roma; tan sólo Sixto V es disculpable en dedicar las casas del Septizonio al edificio esclarecido de san Pedro. [1678] Trozo o fragmento escaso o desfigurado puede mirarse con recreo y desconsuelo; pero la mayor parte del mármol quedó cocido, como también separado de sitio y proporción destinándolo para argamasa. [1679] Después de la llegada de Poggio el templo de la Concordia con otras moles principales desapareció de sus ojos, y un epigrama de aquel tiempo rebosa de zozobra, fundada y afectuosa, de que a semejante paso iba luego a llegar el trance de fracasar todos los monumentos de la Antigüedad. [1680] Fueron escaseando y así fue también a menos el consumo y el pedido. Fantaseaba Petrarca la presencia de un pueblo poderosísimo, [1681] y titubeo yo en creer que aun en el siglo XIII menguase el vecindario de Roma hasta el punto de quedar su padrón cortísimo en treinta y tres mil moradores, y si desde entonces hasta el reinado de León X se fue abultando hasta el número de cincuenta y cinco mil [1682] aquel aumento de vecindario vino a redundar en menoscabo de la ciudad antigua.

IV. Reservé para el fin la causa más poderosa y violenta de aquel exterminio: a saber, la hostilidad casera y perjura del vecindario. Asonadas solían sobrevenir bajo la autoridad de los

emperadores griegos y franceses, y en la decadencia de los últimos a principios del siglo X, podemos fechar el desenfreno de las guerras intestinas y asoladoras a su salvo de las leyes y del Evangelio, con desacato de la majestad ausente y en presencia, y con la persona del vicario de Cristo. En aquel plazo tenebroso de quinientos años las guerras perpetuas y sanguinarias de la nobleza, estuvieron siempre acosando y afligiendo a la ciudad de Roma, renovando con redoblada saña los bandos de güelfos y gibelinos, de Ursinos y de Colonnas, y si gran parte se ocultó a la historia, y si por lo más no merece salir a luz, he ido desentrañando en los dos capítulos anteriores las causas y los resultados de aquellos trastornos. En medio de tal desgobierno, cuando toda contienda venía a parar desde luego a los filos de la espada, y se valía del arrimo de la ley para el resguardo de personas y haberes, el ciudadano poderoso tenía que armarse para su seguridad, o para el embate contra los enemigos cercanos, a quienes odiaba y temía. Menos en Venecia, reinaba en Italia por donde quiera el idéntico peligro; usurpaba siempre la nobleza la prerrogativa de fortificar sus casas y encumbrar allá sus torreones [1683] capaces de contrarrestar un avance repentino. Descollaban por las ciudades aquellos edificios amenazadores y el ejemplo de Luca que abarcaba hasta trescientas torres, es ley que fijaba en la altura a ochenta pies [24,38 m] puede conceptuarse como extensiva a las ciudades más crecidas y populares. El primer paso del senador Brancaleone al plantear la paz y la justicia fue la demolición (como se vio arriba) de ciento cuarenta torres en Roma y en la última temporada de anarquía y desconcierto hasta el reinado de Martín V, permanecían aún cincuenta y cuatro en uno de los trece o catorce barrios de la ciudad. Apropiaban desde luego los restos de la Antigüedad a destino tan inicuo, pues templos y arcos estaban brindando para

plantear los cimientos sólidamente a construcciones de ladrillo y mampostería; y aun podemos ir nombrando las torres pertenecientes a los monumentos triunfales de Julio César, Tito y los Antoninos. [1684] Un teatro, un anfiteatro o mausoleo venía con escaso desvío a trasformarse en recia y grandiosa ciudadela. Excusado es repetir que la mole de Adriano es ya el castillo de san Ángelo, [1685] que el Septizonio de Severo contrarrestó a toda una hueste, [1686] yació el sepulcro de Metelo bajo sus obras exteriores; [1687] las alcurnias de Savellis y Ursinos ocuparon los teatros de Pompeyo y de Marcelo, [1688] y la fortaleza berroqueña se ha ido atemperando al primor y brillantez de un palacio italiano. Hasta las iglesias brotaban armas y paraban en baluarte, y las máquinas militares en la techumbre de san Pedro estaban aterrando al Vaticano y escandalizaban hasta lo sumo al orbe cristiano. A toda fortificación le cabe su ataque, y cuando padece embate viene a quedar aislada. Si los romanos alcanzaran a apear a los papas del castillo de san Ángelo tenían acordado anonadar aquel monumento de servidumbre. En habiendo defensa tenía por achaque su competente sitio y en todos tiempos el arte y la maquinaria exterminadora se empleaba a cualquier costa. Muere Nicolás IV, y Roma sin monarca y sin Senado queda allá en medio de su desamparo, avasallada por los desafueros de una guerra civil por espacio de seis meses. «Las casas —dice un cardenal y poeta contemporáneo— [1689] se desplomaban con la mole y el ímpetu de las piedras enormes, [1690] el ariete con el redoble de sus golpazos horadaba las paredes, fuego y humo cubrían las torres; saqueo y venganza eran los estímulos de los asaltadores». La tiranía de las leyes consumó el trabajo; y las facciones de Italia se esmeraban mutuamente en arrasar a todo trance albergues y castillos de sus contrarios. [1691] En el parangón de hostilidades caseras o

advenedizas no podemos menos de sentenciar que las primeras fueron mucho más exterminadoras para la ciudad que las segundas, y el testimonio de todo un Petrarca es el corroborador de nuestro fallo. «Ahí están —prorrumpe el poeta laureado— los restos de Roma, la sombra de su grandeza peregrina; no cabe ni al tiempo ni a la barbarie el blasonar de tan asombroso exterminio; los asoladores fueron sus propios ciudadanos, sus hijos más esclarecidos; y vuestros antepasados (está escribiendo a un noble Annibaldi) ejecutaron con el ariete lo que nunca logró redondear con su espada el prohombre cartaginés». [1692] El influjo de aquellos dos móviles de menoscabo debe hasta cierto punto irse multiplicando mutuamente, por cuanto se había de acudir al reparo del caserío y torres con nuevos e incesantes acarreos de materiales de los monumentos antiguos.

Cabe apropiar esta generalidad de observaciones individualmente al anfiteatro de Tito, que merece por lo más el título de Coliseo, [1693] ya por su grandiosidad, o ya por la estatua colosal de Nerón: edificio que en manos del tiempo y de la naturaleza, gozara ínfulas de sempiterno. Los anticuarios esmerados, computadores de números y asientos, conceptúan que sobre la línea superior de las andanas del anfiteatro, había varias galerías o corredores de madera, que repetidamente quedaron asolados por incendio y repuestos por los emperadores. Las preciosidades portátiles, profanas, o apropiadas a los dioses, sus estatuas, las de héroes, los realces costosísimos de escultura, ya en bronce o ya salpicados de hojas de oro o plata, fueron la presa más obvia de la conquista o fanatismo, de la avaricia de los bárbaros o de los cristianos. Asoman agujeros por la cantería maciza del Coliseo, y hay dos conjeturas muy probables acerca de tamaño menoscabo. Abrazaderas de hierro o de cobre afianzaban la sillería, y el ansia

apuradora se abalanzó a esta segunda presa de metales inferiores [1694] se trueca el espacio interior en mercado o feria; en registros antiguos asoman menestrales por el Coliseo, y se taladraron o ensancharon las juntas para entrometer las perchas donde se tendían los toldos para sus chozas los habitantes, o cubrían sus tendezuelas de todo genero de tráfico. [1695]

Reducido a su majestuosa desnudez el anfiteatro Flaviano se agolpaban a miles los peregrinos para verlo y contemplarlo con asombro y veneración, y los cerriles septentrionales disparaban su desaforado entusiasmo en expresiones proverbiales del siglo VIII, según el fragmento del venerable Beda: «Mientras permanece el Coliseo, descuella todavía Roma; en desplomándose el Coliseo, allá va Roma a la huesa, y el mundo tras ella». [1696] No se echara mano, en el sistema moderno de guerra, de un paraje; con el padrastro de tres cerros dominantes, para plantear una fortaleza, pero la resistencia de paredones y arcos lograría contrarrestar el embate de la maquinaria militar; crecida guarnición pudiera albergarse en su recinto, y mientras la asonada se aposenta en el Vaticano y en el Capitolio sus contrarios se atrincheran a su salvo, en el Laterán o en el Coliseo. [1697]

Entiéndese la abolición de los juegos antiguos en Roma con cierto desahogo: y los recreos del carnaval por el Monte Testaccio y el circo Agonal, [1698] estaban reglamentados por la ley expresa, [1699] o por la práctica concejil. Presidía con señorío y boato el senador para adjudicar y repartir los premios; un anillo de oro, el *pallium*, [1700] como se la llamaba, de paño o de seda. Un impuesto sobre los judíos cubría el desembolso anual, [1701] y las carreras, a pie, a caballo y en carruaje, se condecoraban con una contienda o torneo de setenta y dos mancebos romanos. En el año 1332, una función de toros al remedo de moriscos y

españoles se celebró en el mismo Coliseo, y en un diario de aquel tiempo se hallan retratadas al vivo las costumbres del país.[1702] Restableciose un tendido competente de asientos; un pregón general hasta Rímini y Ravena, brindó a la nobleza para que acudiese a ostentar su denuedo y maestría en tan arriesgado trance. Escuadronadas venían a estar las damas romanas, y sentadas en tres balcones, alfombrados para el intento en aquel día, tres de septiembre, con paño de escarlata. Capitaneaba a las matronas de más allá del Tíber, la beldad esclarecida Jacoba di Rovere, alcurnia castiza y solariega, que estaba todavía ofreciendo los primores de la Antigüedad esplendorosa. Dividíase lo restante del gentío, según la costumbre, entre Colonnas y Ursinos, blasonando entrambas facciones del número y hermosura de sus cuadrillas femeninas; resuena en redobladas alabanzas el embeleso de Savellis y Ursinos, y los Colonnas están lamentando la ausencia de la menor de su alcurnia, por dislocación de un tobillo en los jardines de la torre de Nerón. Conduce las suertes un anciano y respetable morador, y bajan a la plaza o lidiadero contra los toros bravíos a pie y con sólo un lanzón en la mano. Entre toda la concurrencia, campean para nuestro analista hasta veinte campeones de los más descollantes con sus nombres, matices y divisas como los primeros señorones de Roma. Suenan algunos como los más esclarecidos de Roma y del Estado eclesiástico, Malatesta, Polenta, Della Valle, Cafarello, Savelli, Capoccio, Conti, Annibaldi, Altieri, Corsi, apropiábanse los matices a su gusto y situación, y las divisas, todas conceptuosas, iban ostentando la esperanza o el desconsuelo, exhalando toda la bizarría del galanteo y el arrojo. «Solo estoy, como allá el menor de los Horacios», con la confianza de un advenedizo denodado; «vivo sin consuelo», como un viudo lloroso; «estoy ardiendo

debajo de las cenizas», como amante alerta; «adoro a Lavinia o a Lucrecia», manifestación ambigua de pasión naciente; «acendrada es mi fe», mote de una librea blanca; «¿quién ha de ser más valiente que yo?», tremolando una piel de león; «si me anego en sangre, yo pregono mi muerte», anhelo propio de feroz arrojo. La altanería o cordura de los Ursinos los retrae de la lid, desempeñada por tres de sus competidores hereditarios, cuyos rótulos están pregonando la encumbrada elevación del timbre de Colonna: «Aunque melancólico, fuerte, fuertísimo cuanto grande». «Si caigo —encarándose con la concurrencia—, caes tú conmigo», derrotando, dice el escritor contemporáneo, que mientras las demás alcurnias se avasallaban al Vaticano, ellos solos eran las columnas del Capitolio. Arriesgadas y sangrientas eran las lides. Iba cada campeón lidiando su respectivo toro, por quienes vino a quedar la victoria, pues fenecieron tan sólo once, con el quebranto de nueve heridos y dieciocho muertos por parte de los lidiadores. Lloran familias enteras esclarecidas, pero las exequias pomposísimas en las iglesias del Laterán y santa María la Mayor proporcionan segunda festividad al vecindario. Malhayan tales contiendas, pues en otras se empleara mejor la sangre romana, pero al zaherir aquella temeridad, forzoso es ensalzar su gallardía; y todo caballero que voluntariamente descuella arriesgando su vida con magnificencia bajo el balcón de las hermosas, nos duele mucho más que una chusma de cautivos y salteadores, arrastrados a viva fuerza al teatro de la matanza. [1703]

Función peregrina era de suyo la llamada del anfiteatro. Se piden y ceden los materiales diariamente por toda la ciudad, sin escrúpulo ni reparo. En el siglo XIV se extiende un acta escandalosísima de concordia, en que se franquean ambas facciones el ensanche de tomar a su albedrío cuantos sillares

apetezcan de la cantera general y expedita del Coliseo, [1704] lamentándose Poggio de que el desvarío del vecindario haya ido cociendo tan hermosa cantería para sal. [1705] Para atajar aquel desenfreno, y precaver los atentados nocturnos temibles por aquellas lobregueces inmensas, providenció Eugenio IV una cerca total, y por una escritura formal otorgó el solar y el edificio a un convento inmediato. [1706] Después de su fallecimiento, una asonada del pueblo volcó la cerca; y si acatasen aquel monumento incomparable de sus padres, sinceraran entonces el acuerdo de que nunca se arrollase por el interés particular. Desmoronose el interior; pero a mediados del siglo XVI, época de acendrado gusto y culta literatura, descolló la circunferencia exterior de mil seiscientos doce pies [491,32 m] cabal e intacta; constando de tres altos de ochenta arcos, hasta la elevación de ciento ocho pies [32,91 m]. En cuanto al menoscabo actual, los reos son allá los sobrinos de Paulo Ferrara, y cuantos se detienen a mirar el palacio Farnesio prorrumpen desde luego en imprecaciones contra el sacrilegio y el lujo de unos principillos recién abortados. [1707] Cabe igual cargo contra los Barberinis, y aun es de temer la repetición de tamaño desafuero por cada reinado, hasta que el Coliseo vino a quedar escudado bajo la salvaguardia de la religión por el más caballeroso de todos los pontífices, Benedicto XIV, quien consagró solemnemente un solar mancillado por la persecución y la fábula con la sangre de tantos mártires cristianos. [1708]

Al paladear Petrarca por la vez primera la presencia de aquellos monumentos, cuyos trozos dispersos burlan hasta las descripciones más elocuentes, se pasmó al mirar la tibieza soñolienta de los [1709] romanos mismos, [1710] y vino más bien a sonrojarse que a engreírse de que fuera de su amigo Rienzi y uno de los Colonnas, allá un advenedizo del Ródano, se mostrase

más íntimo con aquellas antigüedades, que la plebe y aun el señorío de la capital. [1711] Abultan hasta lo sumo y con afán, la ignorancia y credulidad de los romanos, en esta reseña antigua, compuesta a principios del siglo XIII, y desentendiéndose de yerros en nombres y sitios, a la leyenda del Capitolio, hay que prorrumpir en una sonrisa de ira y menosprecio. [1712] «Llámase el Capitolio —dice el anónimo—, por ser la cabeza del orbe; donde los cónsules y senadores residían en lo antiguo, para el gobierno de la ciudad y del globo. Cristal y oro cubrían los encumbrados murallones, coronándolos con riquísima techumbre de finísima escultura. Al pie de la ciudadela, asomaba un palacio, por lo más de oro, realzado con pedrería, y cuyo importe pudiera regularse a un tercio del mundo entero. Las estatuas de todas las provincias estaban colocadas por su orden, cada una con una campanita colgada al cuello, y tal era el primor de su construcción mágica [1713] que si tal provincia se rebelaba contra Roma, giraba la estatua hacia aquella parte del cielo, sonaba la campanilla el profeta del Capitolio, anunciaba el portento, y el Senado se ponía alerta con riesgo tan inminente». Otro ejemplar de menos entidad pero de igual desvarío se puede sacar de los dos caballos de mármol, conducidos por dos mancebos desnudos, que luego se trasladaron de los baños de Constantino al monte Quirinal. Se disculparán desde luego las aplicaciones infundadas de Fidias y Praxíteles, mas aquellos escultores griegos no debieran traerse por más de cuatro siglos desde el siglo de Pericles al tiempo de Tiberio, no debieran trasformarse en filósofos y aun mágicos, cuya desnudez simbolizaba la verdad y la sabiduría, que iba revelando al emperador sus gestiones más recónditas, y tras de negarse a todo galardón pecuniario, ansiaban el timbre de venir a dejar aquel monumento sempiterno de sí mismos. [1714]

Absortos tras el poderío de la magia, los romanos se desentendieron de todo primor artístico, quedando tan sólo cinco estatuas a la vista de Poggio; y en cuanto al sinnúmero que el acaso o el intento tenían soterradas, su resurrección se fue dichosamente dilatando hasta otro siglo de más seguridad e ilustración. [1715] El Nilo, que está en el día adornando el Vaticano, había salido a luz entre los cavadores de un viñedo junto al templo, o convento, de Minerva; mas el hacendado mal sufrido con las repetidas visitas de curiosos, repuso aquel mármol improductivo en su primera huesa. [1716] El descubrimiento de una estatua de Pompeyo, de diez pies [3,04 m], motivó un pleito; hallose en una pared medianil, y el juez presumido de justiciero sentenció que se cortase la cabeza al hallazgo para satisfacer el derecho del vecino, y estando ya la ejecución en el disparador y enarbolada el hacha, intervino un cardenal, acudió la liberalidad del papa, y se rescató el héroe de manos de sus bárbaros compatricios. [1717]

Despéjase más y más la cerrazón de la barbarie, y la autoridad bonancible de Martín V y sucesores, reengalanó la ciudad, con el arreglo de todo el Estado eclesiástico. Las mejoras de Roma, desde el siglo XV, no brotaron de suyo con el desahogo y la industria. El arranque naturalísimo de toda ciudad para su pujanza se cifra en el vecindario y laboriosidad de sus cercanías, que aprontan subsistencias, y acuden con manufacturas al comercio externo. Maleza y aridez constituyen por lo más la campaña de Roma; las haciendas descompasadas de príncipes y clero, se están cultivando desmayadamente por las manos flojísimas de vasallos exhaustos y desamparados, y sus escasillos esquilmos van siempre a empozarse o trajinarse a beneficio del monopolio. El móvil segundo y más artificioso del engrandecimiento de una capital es la residencia del monarca,

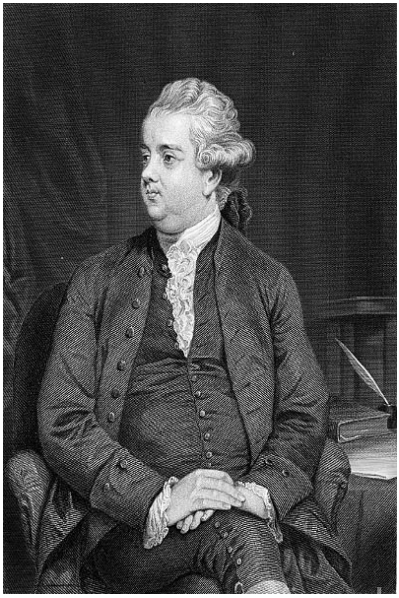
los desembolsos de boato en la corte, con los tributos de las provincias dependientes. Sumiéronse, con el derrumbe del Imperio, provincias y productos, y si tal cual arroyuelo de la plata de Potosí, con el oro de Brasil acude apocadamente al Vaticano, las rentas de los cardenales, las multas de curia, las ofrendas de peregrinos y clientes, y el restante de impuestos eclesiásticos, van supliendo a pausas, para el mantenimiento de la holgazanería de la corte y del vecindario. El padrón de Roma inferior al de todas las capitales de Europa, no pasa de ciento setenta mil moradores [1718] y en el recinto anchísimo de las murallas, la mayor parte de los siete cerros están cuajados de escombros y viñedos. El boato y brillantez de la ciudad moderna se está debiendo a las demasías del gobierno, y al influjo de la superstición. Cada reinado (rarísimas son las excepciones) se aparece en el encumbramiento veloz de una alcurnia nueva, encaramada por el santo pontífice, a costa de la Iglesia y del país. Los sobrinillos venturosos echan el resto del primor y la elegancia en sus alcázares descollantes: las artes peregrinas de arquitectura, pintura y escultura se prostituyen indignamente en su agasajo, ostentando además galerías y pensiles condecorados con los partos más eminentes de la Antigüedad, acopiándolos con gusto o por vanagloria en número asombroso. Más propio y decoroso era el consumo de las rentas eclesiásticas por los mismos papas en el culto grandioso del rito católico; pero fuera por demás el ir enumerando las funciones devotas de retablos, capillas, e iglesias, puesto que todos estos luceros menores quedan eclipsados con el centellante del Vaticano, con el cimborrio de san Pedro, la mole más esclarecida, que se dedicó en tiempo alguno al uso de la religión. La nombradía de Julio II, de León X y Sixto V va acompañada con los méritos preeminentes de Bramante y Fontana, de Rafael y Miguel

Ángel. Campea la suma munificencia en templos y en palacios y abarca el ímpetu vividor todas las artes antiguas. Yacen los obeliscos medio soterrados, y de repente se empinan y coronan los puntos más dominantes de los once acueductos de cónsules y Césares, se restablecen tres. Arcos y más arcos traen ríos enteros de la lejanía, y van descargando sobre depósitos de mármol raudales beneficiosos y vistosos; y el viandante, en ademán de trepar a la cima de San Pedro, se detiene, como clavado en una columna egipcia berroqueña, que se encumbra entre dos surtidores elevadísimos, hasta la altura de ciento veinte pies [36,57 m]. El estudiosísimo anticuario ha ido formando el mapa, la descripción y el conjunto de los monumentos de Roma, [1719] y las huellas de los héroes, y los restos, no de la superstición, sino del Imperio, se están visitando afectuosísimamente por un sinnúmero de peregrinos desalados y venidos hasta de las regiones, antes más montaraces del Norte.

Tan ínclitos peregrinos y lectores ansiosos acudirán tal vez a la *Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano* hasta su postrer fracaso; decoración grandiosa y preeminente cual ninguna de los anales humanos. Se eslabonan causas y efectos con acontecimientos peregrinos; la política recóndita de los Césares mantenedores del nombre y remedo de una república desahogada y cabal; el desenfreno de un despotismo militar; el asomo de progresos y sectas del cristianismo; la fundación de Constantinopla; la división de la monarquía; la invasión y establecimiento de bárbaros de Germania y Escitia; las instituciones de la ley civil; la índole y religión de Mahoma; la soberanía temporal de los papas; el restablecimiento y menoscabo del tiempo occidental de Carlomagno; las cruzadas de los latinos al Oriente; las conquistas de turcos y sarracenos; el exterminio del Imperio griego; el estado y revoluciones de Roma

en la Edad Media. Celebrará el historiador la entidad y trascendencia de su tema; pero, aun consciente de sus propias imperfecciones, debe achacar otras a la pequeñez de sus materiales. Entre los mismos escombros del Capitolio me sobrevino el peregrino arranque de una empresa, que por cerca de veinte años ha ocupado y entretenido mi existencia, algo que no estaba en mi ánimo. Ahora logro por fin ponerla en manos de un público solícito y candoroso.

LAUSANA, 27 de junio de 1787



EDWARD GIBBON. (Putney, Gran Bretaña, 1737-Londres, 1794) Historiador británico. Hijo de una familia de holgada posición económica, cursó estudios en la Westminster School y en el Magdalen College, tras los cuales fue enviado a Lausana, en parte debido a su inclinación hacia el catolicismo, religión de la que posteriormente renegó.

En 1763 emprendió un viaje que lo llevó a París, donde estudió a Diderot y a D'Alembert, y a Roma, donde pudo conocer in situ las ruinas del Imperio Romano, que posteriormente estudiaría. En 1770 regresó a Londres, ciudad en la que publicó varios escritos que le dieron cierta fama. Esa popularidad se incrementó notablemente tras la publicación, en 1776, de los primeros volúmenes de *Historia del ocaso y caída del Imperio Romano*, su obra magna, en la que estuvo ocupado hasta 1788 y en la cual trazó un pormenorizado estudio del Imperio Romano desde el siglo II d. C. hasta la caída de Constantinopla en 1453. Esta obra, así como los demás libros que escribió, lo convirtieron en el más importante historiador británico de la

época.

Notas

[1] El epíteto de Πορφυρογένητος, *Porfirogénito*, «nacido en la púrpura», lo define elegantemente Claudiano:

Ardua privatos nescit fortuna Penates;

Et regnum cum luce dedit. Cognata potestas

Excepit Tyrio venerabile pignus in ostro.

Ducange en sus glosarios griego y latino expresa en varios pasajes el mismo concepto. <<

[2] Un espléndido manuscrito de Constantino, de *Caeremoniis Aulae et Ecclesiae Byzantinae*, que recorrió de Constantinopla a Buda, Francfort y Leipzig, donde se publicó en una edición lujosa por Reich y Reiske (1751, en folio), con aquellas alabanzas que los editores nunca dejan de tributar a los objetos de sus tareas. <<

[3] Véase en el primer volumen de Banduri, *Imperium Orientale*; Constantino, de *Thematibus*, pp. 1-24, de *Administrando Imperio*, pp. 45-127, ed. Venet. El texto de la edición antigua de Meursio está corregido por un manuscrito de la Biblioteca Real de París, que Isaac Casaubon había visto antes (*Epist. ad Polybium*, p. 10), ilustrado con dos mapas de Guillermo Delisle, príncipe de los geógrafos hasta que apareció el gran D'Anville. <<

[4] Las tácticas de León y Constantino están publicadas con el auxilio de algunos manuscritos nuevos en la gran edición de las obras de Meursio, por el docto Juan Lami (t. VI, pp. 531-920,

1211-1417, Florencia, 1745). Sin embargo, el texto está bastante deteriorado y mutilado, la versión muy oscura y defectuosa. La Biblioteca Imperial de Viena proporcionaría algunos materiales preciosos a un nuevo editor (Fabricio, *Bibliot. Graec.*, t. VI, pp. 369, 370). <<

[5] Sobre el argumento de los *Basílicos* puede consultarse Fabricio (*Bibliot. Graec.*, t. XII, pp. 425-514), Heineccio (*Hist. Juris Romani*, pp. 396-399) y Giannone (*Istoria Civile di Napoli*, t. I, pp. 450-458), como jurisconsultos históricos: cuarenta y un libros de este código griego han sido publicados con una versión latina por Carlos Aníbal Fabrotto (París, 1647), en siete tomos en folio. Después se han descubierto otros cuatro, insertos en el *Novus Thesaurus Juris Civ. et Canon.*, t. V., de Gerardo Meerman. De toda la obra, sesenta libros, Juan Leunclavio ha impreso (Basilea, 1575) una égloga o sinopsis. Las ciento trece novelas o leyes nuevas de León pueden hallarse en el *Corpus Juris Civilis*. <<

[6] Me he valido de la última y mejor edición de la *Agricultura* (por Nicolás Niclas, Leipzig, 1781, 2 v., en octavo). Leí en el prefacio que el mismo emperador restauró los sistemas de retórica y filosofía, por largo tiempo olvidados. Sus dos libros de *Hippiatrica*, o medicina del caballo, se publicaron en París, 1530, en folio (Fabricio, *Bibliot. Graec.*, t. VI, pp. 493-500). <<

[7] De estos cincuenta y tres libros o títulos, sólo se han preservado e impreso dos, de *Legationibus* (por Fulvio Ursino, Amberes, 1582, y Daniel Hoeschel, August. Vindel., 1603), y de *Virtutibus et Vitiis* (por Enrique Valesio, o de Valois, París, 1634). <<

[8] La vida y escritos de Simón Metafrastes los describe Hankio (de *Scriptoribus Byzant.*, pp. 419-460). Este biógrafo de santos se halagó a sí mismo con una vaga paráfrasis sobre el sentido, o

sinsentido, de hechos más antiguos. Su retórica griega es de nuevo parafraseada en la versión latina de Surio, y apenas puede verse un hilo de la textura original. <<

[9] Según el primer libro de la *Ciropedia*, ya se habían instituido en Persia profesores de tácticas, una pequeña parte de la ciencia de la guerra por la cual debía ser entendida Grecia. Una buena edición de todos los *Scriptores Tactici* sería una tarea no indigna de un estudiante. Su trabajo podría descubrir algunos manuscritos nuevos, y su erudición podría ilustrar la historia militar de los antiguos. Pero este discípulo debería ser igualmente soldado, y ¡ay! Quinto Icilio ya no existe. <<

[10] Después de observar que el demérito de los capadocios subía en proporción a su rango y riquezas, inserta un epigrama más directo que se atribuye a Demódoco:

Καππαδόκην ποτ' ἔχιδνα κακὴ δάκεν, ἀλλὰ καὶ αὐτὴ
Κάτθανε, γευσαμένη αἵματος ἰοβόλου.

La punzada es cabalmente la misma que el epigrama francés contra Freron: «Un serpent mordit Jean Freron —Eh bien? Le serpent en mourut». Pero como los ingenios de París rara vez leen la *Antología*, tendría curiosidad de saber por qué canal fue conducido para su imitación (Constantino Porfirogénito, de *Thematibus*, c. II; Brunck, *Analect. Græc.*, t. II, p. 56; Brodaei, *Anthologia*, l. II, p. 244). <<

[11] La *Legatio Liutprandi Episcopi Cremonensis ad Nicephorum Phocam* está inserta en Muratori, *Scriptores Rerum Italicarum*, t. II, part. I. <<

[12] Véase Constantino, de *Thematibus*, en Banduri, t. I, pp. 1-30. La palabra οὐκ Παλαιά Θέμα es usada por Mauricio (*Stratagem.*, l. II, c. 2) para una legión de la cual el nombre fue

fácilmente transferido a su puesto o provincia (Ducange, *Gloss. Græc.*, t. I, pp. 487, 488). Algunas etimologías se han puesto en práctica a favor de los temas Opisciano, Optimacio y Traseciano. <<

[13] ‘ ΄Αγιος πελαγὸς, según lo llaman los griegos modernos, de donde los geógrafos y marinos transformaron los nombres corrompidos de archipiélago, *l'Archipel*, y los *Arches* (D'Anville, *Géographie Ancienne*, t. I, p. 281; *Analyse de la Carte de la Grèce*, p. 60). El número de monjes o vecinos en todas las islas y la montaña adyacente de Athos (*Observations*, de Belon, f. 32, verso), monte santo, podía sincerar el epíteto de santo αἴγαιος, ligera alteración del original impuesto por los dorios, que en su dialecto daban el nombre figurativo de αἴγες, o cabras, a las olas saltadoras (Vosio, *apud* Cellarin, *Geopraph. Antiq.*, t. I, p. 1129). <<

[14] Según el viajero judío que había visitado Europa y Asia, Constantinopla sólo quedaba igualada por Bagdad, la gran ciudad de los ismaelitas (Baratier, *Voyage de Benjamin de Tudele*, t. I, c. V, p. 46). <<

[15] ’Εσθλαβώθη δὲ πᾶσα ἡ χώρα καὶ γέγονε βάρβαρος dice Constantino (*Thematibus*, l. II, c. 6, p. 25), en un estilo tan bárbaro como la especie que confirma, según costumbre, con un necio epigrama. El compendiador de Estrabón observa igualmente καὶ νῦν δὲ πᾶσαν ˝ Ηπειρον, καὶ Ελλάδα σχδὸν, καὶ Πελοπόννησον, καὶ Μακεδονίαν, Σκύθαι Σκάβοι νέμονται (l. VII, p. 98, ed. Hudson, ed. Casaub., 1125): pasaje que da a Dodwell una danza pesada (*Geograph. Minor.*, t. II, dis. VI, pp. 170-191), para enumerar las correrías de los esclavonios y fijar la fecha (980 d. C.) de este pequeño geógrafo. <<

[16] Estrabón, *Geograph.*, l. VIII, p. 562; Pausanias, *Graec. Descriptio*, I; III, c. 21, pp. 264, 265; Plinio, *Hist. Natur.*, l. IV, c. 8. <<

[17] Constantino, de *Administrando Imperio*, l. II, c. 50, 51,52. <<

[18] El peñón de Léucate era el promontorio meridional de su isla y diócesis. Si hubiese sido el guardián exclusivo del salto del Amante, tan conocido de los lectores de Ovidio (*Epist. Sappho*) y el espectador, podría haber sido el prelado más rico de la Iglesia griega. <<

[19] «Leucatensis mihi juravit episcopus, quotannis ecclesiam suam debere Nicephoro aureos centum persolvere, similiter et ceteras plus minusve secundum vires suos» (Luitprando, en *Legatio*, p. 489). <<

[20] Véase Constantino (*Vit. Basil.*, c. 74, 75, 76, pp. 195-197 en *Script. post Theophanem*), que usa palabras técnicas o bárbaras: bárbaros, dice, τῇ τῶυ πολλῶν ἀμαθίᾳ καλὸν γὰρ ἐπὶ τούτοις κοινολεκετῖν. Ducange trabajó en algunas, pero no era tejedor. <<

[21] Las manufacturas de Palermo, según las describe Hugo Falcando (*Hist. Sicula in proem*, en Muratori, *Scriptores Rerum Italicarum*, t. V, p. 256), son una copia de las de Grecia. Sin trasladar sus sentencias declamatorias, que he alivianado en el texto, observaré que en este pasaje, la extraña voz *exarentasmata* es cambiada con propiedad en *exanthemata* por Carisio, primer editor. Falcando vivió sobre el año 1190. <<

[22] «Inde ad interiora Graeciae progressi, Corinthum, Thebas, Athenas, antiqua nobilitate celebres, expugnant; et, maxima ibidem praeda direpta, opifices etiam, qui sericos pannos texere solent, ob ignominiam Imperatoris illius, suique principis gloriam, captivos deducunt. Quos Rogerius, in Palermo Siciliae,

metropoli collocans, artem texendi suos edocere praecepit; et exhinc praedicta ars illa, prius a Graecis tantum inter Christianos habita, Romanis patere coepit ingeniis» (Otho Frisingen., de *Gestis Frederici I*, l. I, c. 33 en Muratori, *Scriptores Rerum Italicarum*, t. VI, p. 668). Esta excepción permite al obispo celebrar en Lisboa y Almería *in sericorum pannorum opificio praenobilissimae* (en *Chron. apud* Muratori, *Annali d'Italia*, t. IX, p. 415). <<

[23] Nicetas en Manuel, l. II, c. 8 p. 65. Describe estos griegos como prácticos εὐητριόυς ὀθόνας ὑφαίνειν, como ἱστῷ προσανέχοντας τῶν ἑξαμίτων καὶ χρισοπάστων στολῶν. <<

[24] Hugo Falcando las llama *nobiles oficinas*. Los árabes no habían introducido la seda, aunque habían plantado cañas y hecho azúcar en la llanura de Palermo. <<

[25] Véase la vida de Castruccio Castacani, no por Maquiavelo, sino por su más auténtico biógrafo, Nicolás Tegrimi. Muratori, que la insertó en el volumen XI de sus *Scriptores Rerum Italicarum*, cita este curioso pasaje en sus *Antigüedades italianas* (t. 1, dis. XXV, p. 378). <<

[26] De los estatutos manuscritos según los cita Muratori en sus *Antigüedades italianas* (t. II, dis. XXX, pp. 46-48). <<

[27] La manufactura de seda cruda fue establecida en Inglaterra en el año 1620 (*Deducción cronológica*, de Anderson, V. II, p. 4), pero es a la revocación del edicto de Nantes que debemos la colonia de Spitalfields. <<

[28] *Voyage de Benjamin de Tudele*, t. I, c. V, pp. 44-52. El texto hebreo ha sido traducido al francés por aquel maravilloso muchacho Baratier, quien ha añadido un volumen de erudición cruda. Los desatinos y ficciones del rabí judío no son

fundamento suficiente para negar la realidad de sus viajes. <<

[29] Véase el continuador de Teófanes (l. IV, p. 107), Cedreno (p. 544) y Zonaras (t. II, l. XVI, p. 157). <<

[30] Zonaras (t. II, l. XVII, p. 225), en vez de libras, usa la denominación más clásica de talentos, que en sentido literal y con cálculo estricto multiplicarían sesenta veces el tesoro de Basilio. <<

[31] Para una copiosa y circunstanciada descripción del palacio imperial, véase la *Constantinop. Christiana* (l. II, c. 4, pp. 113-123) de Ducange, el Tillemont de las edades medias. Jamás ha producido la laboriosa Germania dos anticuarios más esforzados y certeros que estos dos nativos de Francia. <<

[32] El palacio bizantino supera al Capitolio, al palacio de Pérgamo, el bosque Rufiniano (φαιδρὸνἄγαλμα), el templo de Adriano en Cilico, las pirámides, el faro, etcétera, según un epigrama (*Antholog. Graec.*, l. IV, pp. 488, 489, Brodaei *apud* Wechel) atribuido a Juliad, ex prefecto de Egipto. Setenta y un epigramas, algunos agudos, están recopilados en Brunck (*Analect. Graec.*, t. II, pp. 493-510), pero éste falta. <<

[33] «Constantinopolitanum Palatium non pulchritudine solum, verum stiam fortitudine, omnibus quas unquam videram munitionibus praestat» (Luitprando, *Hist.*, l. V., c. 9, p. 465). <<

[34] Véase el continuador anónimo de Teófanes (pp. 59, 61, 86), a quien he seguido en el puro y conciso extracto de Le Beau (*Hist. du Bas Empire*, t. XIV, pp. 436, 438). <<

[35] «In aureo triclinio quae praestantior est pars potentissimus (*el usurpador Romanus*) degens caeteras partes (*filiis*) distribuerat» (Luitprando, *Hist.*, l. V, c. IX, p. 469). Para esta vaga significación de *Triclinium (aedificium tria vel plura* κλίνη

scilicet στέγη *complectens*), véanse Ducange (*Gloss. Graec. et Observations sur Joinville*, p. 240) y Reiske (*ad. Constantinum de Ceremoniis*, p. 7). <<

[36] «In equis vecti —dice Benjamín de Tudela— regum filiis; videntur persimiles.» Prefiero la versión latina de Constantino, el emperador (p. 46), a la francesa de Baratier (t. I, p. 49). <<

[37] Véase la relación de su viaje, munificencia y testamento en la vida de Basilio por su nieto Constantino (c. LXXIV, LXXV, LXXVI, pp. 195-197). <<

[38] «Carsamatium (καρξιμαδες, Ducange, *Gloss. Graec. et Observations sur Joinville*) Graeci vocant, amputatis virilibus et virgâ, puerum eunuchum quos Verdunenses mercatores obinmensum lucrum facere solent et in Hispaniam ducere» (Luitprando, l. VI, c. III, p. 470). ¡Última abominación del abominable tráfico de esclavos! Sin embargo, extraño mucho hallar en el siglo X esas activas especulaciones de comercio en Lorena. <<

[39] Véase la *Alexiada* (l. III, pp. 78, 79) de Ana Comneno, que, excepto en piedad filial, puede ser comparada con la señorita de Montpensier. En su respetuoso acatamiento para los títulos y formas, llama a su padre Ἐπιστημονάρχης inventor de este arte real, el τέχνη τεχνῶν y ἐπιστήμη ἐπιστημῶν. <<

[40] Στέμμα, στέφανος, διάδημα; véase Reiske, *ad. Constantinum de Ceremoniis*, pp. 14, 15. Ducange ha dado una disertación erudita sobre las coronas de Constantinopla, Roma, Francia, etcétera (sur Joinville, XXV, pp. 279-305; pero de sus treinta y cuatro modelos, ninguno cuadra con la descripción de Ana. <<

[41] «Par extans curis, solo diademate dispar, Ordine pro rerum vocitatus Cura-Palati», dice el africano Coripo (de *Laudibus*

Justini, l. I, p. 436); y en el mismo siglo (VI), Casiodoro representa «que virga aurea decoratus, inter numerosa obsequia primus ante pedes regis incederet» (*Variar.*, VII, p. 5), pero este gran oficial (desconocido), ἀνεπίγνωστος, no ejerciendo función alguna, νῦν δὲ οὐδεμίαν quedó reducido por los griegos modernos a la decimoquinta clase (Codin, c. V, p 65). <<

[42] Nicetas (en Manuel, l. VII, c. I). Se define ὡς ἡ Λατίνων [βούλεται] φωνὴ καγκελάριον, ὡς δ ʻΕλληνες εἴποιευ Λογοθέτην. Sin embargo, el epíteto de μέγας fue añadido por Andrónico el Mayor (Ducange, t. I, pp. 822, 823). <<

[43] Desde León I (470 d. C.), la tinta imperial, que aún es visible en algunos actos originales, era una mezcla de minio y cinabrio, o purpúrea. Los guardas del emperador, que participaban de su prerrogativa, siempre señalaban con tinta verde la indicción y el mes. Véase el *Dictionnaire Diplomatique* (t. I, pp. 511-513 compendio precioso). <<

[44] El sultán envió Σιαούς a Alejo (Ana Comneno, l. VI, p. 170 Ducange *ad loc.*), y Pachiner habla a menudo del μέγας τζαούς (l. VII, c. I; l. XII, c. XXX; l. XIII, c. XXII). El bajá Chiaoush está ahora a la cabeza de setecientos oficiales (*Imperio otomano*, por Ricaut, p. 349 ed. en octavo). <<

[45] *Tagerman* es el nombre árabe de un intérprete (D'Herbelot, pp. 854-855); πρῶτος τῶν ἑρμηνέων, οὕς κοινῶς ὀνομάζονσι, δραγομάνονς, dice Codino (c. V, n.° 70, p. 67). Véase Villehardouin (n.° 96), Bus (*Epist.* IV, p. 338) y Ducange (*Observations sur Villehardouin* y *Gloss. Graec. et Latin*). <<

[46] Κονόσταυλος, ο κοντόσταυλος, corrupción del latín

Comes stabuli o del francés *Connétable*. En sentido militar, fue usado por los griegos en el siglo XI, por lo menos, tan pronto como en Francia. <<

[47] Se tomó directamente de los normandos. En el siglo XII, Giannone pone al almirante de Sicilia entre los grandes oficiales. <<

[48] Este esbozo de honores y oficios se ha sacado de Jorge Codino Curopalata, que sobrevivió a la toma de Constantinopla por los turcos: esta obra (de *Officiis Ecclesiae et Aulae C. P.*), aunque frívola, ha sido ilustrada por las notas de Goar y los tres libros de Gretser, docto jesuita. <<

[49] La respetuosa salutación de llevar la mano a la boca, *ad os*, es el origen de la voz latina *adoro, adorare*. Véase nuestro docto Selden (v. II, pp. 143-145, 942), en sus *Títulos de honor*. Parece, según el primer libro de Herodoto, ser de origen persa. <<

[50] Las dos embajadas de Luitprando a Constantinopla y todo lo que vio o sufrió en la capital griega está agradablemente descrito por él mismo (*Hist.*, l. VI, c. I- IV, pp. 469-471; *Legatio ad Nicephorum Phocam*, pp. 479-489). <<

[51] Entre las diversiones de la fiesta, un niño balanceaba en su frente una pica o pértiga de veinticuatro pies (7,3 m) de largo con una barra de dos codos atravesada un poco más abajo de la cima. Dos muchachos, desnudos, aunque ceñidos (*campestrati*), juntos y por separado, trepaban, se paraban, jugaban, etcétera. «Ita me stupidum reddidit: utrum mirabilium nescio» (p. 470). En otro refrigerio, se leyó una homilía de Crisóstomo sobre los actos de los Apóstoles *elata voce non latine* (p. 483). <<

[52] Gala no ha derivado inverosímilmente de Cala, o *calvat*, en árabe, «vestido de honor» (Reiske, *Not.*, en *Constantinum de Ceremoniis*, p. 84). <<

[53] Πολυχρονίζειν se explica por εὐφημίζειν (Codin., c. VII; Ducange, *Gloss. Graec. et Observations sur Joinville*, t. I, p. 1199) <<

[54] Κονσέρβετ Δέους ἠμπέριουμ βέστρουμ - βίκτωρ σῆς σέμπερ - βήβητε Δόμηνι Ἠμπεράτορες, ἦν μούλτος ἄννος (*Constantinum de Ceremoniis*, c. LXXV, p. 215). La falta de la letra latina ν, obligó a los griegos a usar su beta β, sin cuidar la cantidad. Hasta que recordaron el verdadero idioma, esas extrañas sentencias podían desconcertar a un profesor. <<

[55] Πολυχρονίζουσι Βάραγγοι, κατὰ τὴν πάτριον καὶ οὗτοι γλῶσσαν αὐτῶν, ἤγουν Ἰγκλινιστι (Codin., p. 90). Ojalá él hubiera conservado las palabras, aunque corruptas, de su aclamación en inglés. <<

[56] Para todas estas ceremonias, véase la obra expresa de Constantino Porfirogénito, con las notas, o más bien disertaciones, de sus editores alemanes Leik y Reiske. En cuanto a la jerarquía de los cortesanos prevalecientes, p. 80, n. 23, 62; por la adoración, excepto los domingos, p. 95, 240, n. 131, las procesiones p. 2, etcétera; n. p. 3, etcétera. Las aclamaciones *passim*., n. 25, etc.; las facciones e hipódromo, pp. 177-214, n. 93, etc.; los góticos, pp. 221, n. 11; la vendimia, p. 217, n. 109, y mucha más información se halla dispersa por toda la obra. <<

[57] «Et privato Othoni, et nuper eadem decenti, nota adulatio» (Tacit., *Hist*., I. 85). <<

[58] El capítulo XIII, de *Administrando Imperio*, puede explicarse y rectificarse por las *Familiae Byzantinae* de Ducange. <<

[59] «Sequiturque nefas! Aegyptia conjux» (Virgilio, *Eneida*, VIII, 688). Sin embargo, esta esposa egipcia era hija de una dilatada alcurnia de reyes. «Quid te mutavit —dice Antonio en una carta

privada a Augusto— an quod reginam ineo? Uxor mea est» (Suetonio, en *August.*, c. 69). Sin embargo, dudo mucho (no puedo menos que preguntarlo) de si el triunviro se atrevió a celebrar su casamiento con los ritos romanos o egipcios. <<

[60] «Berenicem invitus invitam dimisit» (Suetonio, en *Tito*, c. VII). He observado en otra parte que esta hermosura judía tenía a la sazón cincuenta años. El juicioso Racine ha callado con discreción su edad y país. <<

[61] Constantino alababa la εὐγενεία y περιφανεία de los francos, con los cuales hizo alianza pública y privada. Los escritores franceses (Isaac Casaubon, en *Dedicac. Polybii*) están sumamente complacidos con estos cumplimientos. <<

[62] Constantino Porfirogénito (de *Administrando Imperio*, c. XXXVI) hace una genealogía y vida del ilustre rey Hugo (περιβλέπτου ρήγὸς Οὔγωνος). Puede formarse una idea más correcta por la *Crítica* de Pagi, los *Anales* de Muratori y el *Compendio* de san Marcos (925-946 d. C.). <<

[63] Despues de la mención de las tres diosas, Luitprando añade muy candorosamente «et quoniam non rex solus iis abutebatur, earum nati ex incertis patribus originera ducunt» (*Hist.*, l. IV, c. VI); en cuanto al casamiento de la más joven, Berta, véase l. V, c. V; por la incontinencia de la mayor, *dulcis exercipio Hymenaei*, l. II, c. XV; en cuanto a las virtudes y vicios de Hugo, l. III, c. V. Con todo, no debe olvidarse que el obispo de Cremona era amante del escándalo. <<

[64] «Licet illa Imperatrix Graeca sibi et aliis fuisset satis utilis, et optima», etcétera, es el preámbulo de un escritor enemigo, *apud* Pagi, t. IV (989 d. C.), núm. 3. Su casamiento y acciones principales pueden hallarse en Muratori, Pagi y san Marcos, bajo los propios años. <<

[65] Cedreno, t. II, p. 699; Zonaras, t. II, p. 221; Elmacín, *Hist. Saracen.*, l. III, c. VI; Néstor *apud* Bevesque, t. II, p. 112; Pagi, *Crítica* (987 d. C.), núm. 6: ¡Un concurso singular! Vladimiro y Ana están colocados entre los santos de la Iglesia romana. Sin embargo, sabemos los vicios de aquél y desconocemos las virtudes de ésta. <<

[66] «Henricus primus duxit uxorem Seythicam, Russam, filiam regis Jeroslai.» Se envió a Rusia una embajada de obispos, y el padre «gratanter filiam cum multis donis misit». Este suceso acaeció en 1051. Véanse los pasajes de las crónicas originales, en los *Historiadores de Francia*, por Bouquet (t. XI, pp. 29, 159, 161, 319, 384, 481). Voltaire podría maravillarse de esta alianza, pero no habría confesado su ignorancia del país, religión, etcétera, de Yaroslav, nombre tan ilustre en los anales rusos. <<

[67] Una constitución de León el Filósofo (LXXVIII) *ne senatus consultus amplius fiat*, habla el lenguaje del despotismo neto, ἐξ οὗ τὸ μόναρχον κρᾶτος τὴν τουῶτν ἀνηπται, διοίκησιν, καὶ ἄκαιρον καὶ μάταιον τὸ ἄχρηστον μετὰ τῶν χρείαν παρεχομένων συνάπτεσθαι. <<

[68] Codino (de *Officiis Ecclesiae et Aulae C. P.*, c. XVIII, pp. 120, 121) da una idea de este juramento tan fuerte a la Iglesia πιστός καὶ ενήσιος δοῦλος καὶ υ'ιός τής ἀείας ἐκκλησιας, tan débil para el pueblo, καὶ ἀπέχεσθαι φόνων καὶ ἀρωτηριασμῶν καὶ τῶν ὁμοίων τούτοις κατὰ τὸ δυνατόν. <<

[69] Si escuchamos las amenazas de Nicéforo al embajador de Otón: «Nec est in mari domino tuo classium numerus. Navigantium fortitudo mihi soli inest, qui eum classibus aggrediar, bello maritimas ejus civitates demoliar; et quae fluminibus sunt vicina redigam in favillam» (Luitprando, en

Legatio ad Nicephorum Phocam, en Muratori, *Scriptores Rerum Italicarum*, t. II, part. I, p. 484). Observa en otro lugar «qui caeteris prestant Venetici sunt et Amalfitani». <<

[70] «Nec ipsa capiet eum (el emperador Otón) in qua ortus est pauper et pellicea Saxonia, pecunia qua pollemus omnes nationes super eum invitabimus: et quasi keramicum confringemus (Luitprando, en *Legatio*, p. 487). Los dos libros de *Administrando Imperio* inculcan perpetuamente la misma política. <<

[71] El capítulo XIX de las *Tácticas* de León (Meurs., *Opera*, t. VI, pp. 825-848,), que aparece más correcto en un manuscrito de Gudio, por el laborioso Fabricio (*Bibliot. Graec.*, t. VI, pp. 372-379), se refiere a la *Naumachia*, o guerra naval. <<

[72] Hasta de quince y dieciséis hileras de remos, en la armada de Demetrio Poliorcetes. Éstas eran para el uso real: las cuarenta hileras de Ptolomeo Filadelfo se aplicaron a un palacio flotante, cuyas toneladas, según el doctor Arbuthnot (*Tablas de las monedas antiguas*, etcétera, pp. 231-236), se comparan como cuatro y medio a una con un navío inglés de cien cañones. <<

[73] Los dromones de León, etcétera, se describen tan claramente con dos hileras de remos, que debo censurar la versión de Meursio y Fabricio, que pervierten el sentido por un ciego apego a la denominación clásica de trirremes. Los historiadores bizantinos incurren a veces en la misma impropiedad. <<

[74] Constantino Porfirogénito, en *Vit. Basil.*, c. LXI, p. 185. Alaba con serenidad la estratagema como βουλὴν συνετὴν καὶ σοφὴν; pero doblar el cabo del Peloponeso es descrito por su aterrada fantasía como una circunnavegación de mil millas [1600 km]. <<

[75] El continuador de Teófanes (l. IV, pp. 122, 423) nombra las

estaciones sucesivas, el castillo de Lulo cerca de Tarso, el monte Argeo, Isamo, Egilo, la colina de Mamas, Ciriso, Mocilo, la colina de Auxencio, el reloj de sol del faro del gran palacio. Afirma que las noticias fueron transmitidas ἐν ἀκάρει, en un momento indivisible de tiempo, amplificación mezquina, que, con decir demasiado, nada dice. ¡Cuánto más intensa e instructiva habría sido la definición de tres, seis o doce horas! <<

[76] Véase el *Caeremoniis Aulae et Ecclesiae Byzantinae* de Constantino Porfirogénito, l. II, c. XLIV, pp. 176-192. Un lector crítico verá algunas contradicciones en diferentes partes de este relato, pero no son más oscuras o más necias que el establecimiento y los efectivos, los actuales e idóneos para el servicio, las clases y filas, y los soldados rasos modernos, que retienen en sus propias manos el conocimiento de estos misterios tan provechosos. <<

[77] Véanse los capítulos V, VI y VII, πεοὶ ὃπλων, περὶ ὁπλίσεως y περὶ γυμνασίας en las *Tácticas* de León, con los pasajes correspondientes en las de Constantino. <<

[78] Observan τῆς γὰρ τοξείας παντελῶς ἀμεληθείσης … ἐν τοῖς Ρωμαίοις τ ᾽α πολλὰ νῦν εἴωθεσφτάλματα γένεσθαι (León, *Tácticas*, p. 581; Constantino, p. 1216). Con todo, no eran éstas las máximas de los griegos y romanos, que despreciaban la práctica vaga y distante del arte de tirar con arco y flecha. <<

[79] Compárense los pasajes de las *Tácticas*, p. 669, y los capítulos XII y XVIII. <<

[80] En el prefacio a sus *Tácticas*, León deplora muy libremente la pérdida de la disciplina y las calamidades de los tiempos, y repite sin escrúpulo (*Proem.*, p. 537) las reconvenciones de ἀμέλεια, ἀταξία, ἀγυμνασία, δειλία. No parece que las mismas censuras fueron menos merecidas en la generación inmediata

por los discípulos de Constantino. <<

[81] Véase en el *Caeremoniis Aulae et Ecclesiae Byzantinae* (l. II, c. XIX, p. 353) la forma de pisotear el emperador sobre los cuellos de los sarracenos cautivos, mientras los cantores entonaban: «¡Has hecho de mis enemigos mi tarima!», y el pueblo gritaba cuarenta veces el «kyrieleisón». <<

[82] León observa (*Tácticas*, p. 668) que una batalla declarada, sea la que fuere, contra cualquier nación, es ἐπισφαλές y ἐπικινδυνόν; las palabras son fuertes y la observación es verdadera; sin embargo, si tal hubiese sido la opinión de los antiguos romanos, León jamás habría reinado en las playas del Bósforo tracio. <<

[83] Zonaras (t. II, l. XVI, pp. 202, 203) y Cedreno (*Compendio*, p. 668), que refieren el designio de Nicéforo, aplican desafortunadamente el epíteto de γενναίως a la oposición del patriarca. <<

[84] El capítulo XVII, de las tácticas de las diferentes naciones, es el más histórico y útil de toda la colección de León. Las costumbres y armas de los sarracenos (*Tácticas*, pp. 809-817, y un fragmento de los *Manuscritos mediceos* en el prefacio del volumen VI de Meursio) el emperador romano fue citado con demasiada frecuencia para su estudio. <<

[85] παντὸς δὲ καὶ κακοῦ ἔργου τὸν Θεὸν εἶναι αἴτιον ὑποτίθενται, καὶ πολέμοις χαίρειν λέγουσι τὸν Θεὸν, τὸν διασκορπίζοντα ἔθνη τὰ τοὺς πολέμους θέλοντα. León, *Tácticas*, p. 809. <<

[86] Luitprando (pp. 484, 485) refiere e interpreta los oráculos de los griegos y sarracenos, en los cuales, a manera de profecía, lo pasado es claro e histórico, lo venidero es oscuro, enigmático y erróneo. Por este límite de luz y sombra, un crítico imparcial

puede determinar comúnmente la fecha de la composición. <<

[87] El sentido de esta distinción queda expresado por Abulfaragio (*Dinastías*, pp. 52, 62, 101), pero no puedo recordar el pasaje en que se rodea este agudo apotegma. <<

[88] «Ex Francis, quo nomine tam Latinos quam Teutones comprehendit, ludum habuit» (Luitprando, en *Legatio ad Nicephorum Phocam*, pp. 483, 484). Esta extensión del nombre puede ser confirmada en Constantino (de *Administrando Imperio*, l. II, c. 27, 28) y Eutiquio (*Annal.*, t. I, pp. 55, 56), quienes vivieron antes de las Cruzadas. Los testimonios de Abulfaragio (*Dinastías*, p. 69) y Abulfeda (*Praefat. ad Geograph*) son más recientes. <<

[89] Sobre este asunto de la disciplina eclesiástica puede consultarse con utilidad el padre Thomassin (t. III, l. I, c. 40, 45, 46, 47). Una ley general de Carlomagno eximía a los obispos del servicio personal, pero la práctica opuesta, que prevaleció desde el siglo IX hasta el XV, está apoyada por el ejemplo o el silencio de los santos y doctores… «Sinceráis vuestra cobardía con los sagrados cánones —dice Raterio de Verona—; los cánones también os prohíben haraganear, y sin embargo…» <<

[90] En el capítulo XVIII de sus *Tácticas*, el emperador León ha representado con gracia los vicios y las virtudes militares de los francos (que Meursio traduce de un modo ridículo por *galli*) y lombardos, o longobardos. Véase asimismo la XXVI disertación de Muratori, de *Antiquitatibus Italiae medii Ævi*. <<

[91] «Domini tui milites —dice el arrogante Nicéforo— equitandi ignari pedestris pugnae sunt inscii: scutorum magnitudo, loricarum gravitudo, ensium longitudo galearumque pondus neutra parte pugnare eos sinit; ac subridens, impedit, inquit, et eos gastrimargia, hoc est ventris

ingluvies», etcétera. Luitprando, en *Legatio*, pp. 480, 481. <<

[92] «In Saxonia certe scio […] decentius ensibus pugnare quam calamis, et prius mortem obire quani hostibus terga dare» (Luitprando, p. 482). <<

[93] Φραγγοί τοίνυν καὶ Λογίβαρδοι λόγον ἐλευθερίας περὶ πολλοῦ ποιοῦνται, ἀλλ' οἱ μὲν Λογίβαρδοι τὸ πλέον τῆς τοιαύτης ἀρετῆς νῦν ἀπώλεσαν. León, *Tácticas*, c. 18, p. 805. El emperador León murió en 911 d. C. Un poema histórico, que concluye en 916 y parece haber sido compuesto en 940 por un natural de Venecia, distingue en estos versos las costumbres de Italia y Francia:

Quid inertia bello

Pectora (Ubertus ait) duris praetenditis armis,

O Itali? Potius vobis sacra pocula cordi;

Saepius et stomachum nitidis laxare saginis

Elatasque domos rutilo fulcire metallo.

Non eadem Gallos similis vel cura remordet;

Vicinas quibus est studium devincere terras,

Depressumque larem spoliis hinc inde coactis

Sustentare.

(Anónimo, *Carmen Panegyricum de Laudibus Berengarii Augusti*, l. II, en Muratori, *Scriptores Rerum Italicarum*, t. II, part. I, p. 393). <<

[94] Justiniano, dice el historiador de Agathias (l. V, p. 157), πρῶτος Ῥωμαίων αὐτοκράτωρ ὀτόματί τε καὶ πράγματι. Sin embargo, el título específico de emperador de los romanos no se usó en Constantinopla hasta que lo demandaron los emperadores franceses y germanos de la antigua Roma. <<

[95] Constantino Manasses reprueba este designio en su verso bárbaro:

Τὴν πόλιν τὴν βασίλειαν ἀποκοσμῆσαι θέλων,
Καὶ τὴν ἀρχὴν χαρίσασθαι τῇ τριπεμπέλῳ Ῥέμῃ,
Ὡς εἴτις ἀβροστόλιστον αποκοσμήσει νύμφην,
Καὶ γραῦν τινὰ τρικόρωνον ὡς κόρην ὡραίσει.

Y lo confirman Teófanes, Zonaras, Cedreno y la *Historia Miscella, voluit in urbem Romam imperium transferre* (l. XIX, p. 437, t. I, part. I, de los *Scriptores Rerum Italicarum*, de Muratori). <<

[96] Paulo Diácono, l. V, c. II, p. 480; Anastasio en *Vitis Pontificum*, en la *Colección* de Muratori, t. III, part. I, p. 141. <<

[97] Consúltese el prefacio de Ducange (*ad Gloss. Graec. medii Ævi*) y las *Novelas* de Justiniano (VII, LXVI). El lenguaje griego era κοίνος; el latino πάτριος, al mismo, κυριώτατος al πολιτείας σχῆμα, el sistema de gobierno. <<

[98] Οὐ μὴν ἀλλὰ καὶ Λατινικὴ λέξις καὶ φράσις εἰσέτι τοὺς νόμους κρύπτουσα τοὺς συνεῖναι ταύτην μὴ δυναμένους ’ισχυρῶς ἀπετείχιξε (Matth. Blastares, *Hist. Juris*, *apud* Fabric., *Bibliot. Graec.*, t. XII, p. 369). El *Código* y las *Pandectas* (éstas, por Taleleo) fueron traducidos en tiempo de Justiniano (pp. 358-366). Teófilo, uno de los triunviros originales, ha dejado una elegante aunque difusa paráfrasis de la *Instituta*. Por otra parte, Juliano, antecesor de Constantinopla (570 d. C.), *CXX Novellas Graecas elegante Latinitate donavit* (Heineccio, *Hist. J. R.*, p. 396) para el uso de Italia y África. <<

[99] Abulfaragio señala la VII dinastía a los francos o romanos, la VIII a los griegos, la IX a los árabes. «A tempore Augusti Caesaris donec imperaret Tiberius Caesar spatio circiter annorum 600

fuerunt Imperatores C. P. Patricii, et praecipua pars exercitus Romani: extra quod, conciliarii, scribae et populus, omnes Graeci fuerunt: deinde regnum etiam Graecanicum factum est» (p. 96, vers. Pocock). Los estudios cristianos y eclesiásticos de Abulfaragio le dieron alguna ventaja sobre los más ignorantes musulmanes. <<

[100] «Primus et Graecorum genere in imperio confirmatus est»; o según otro manuscrito de Paulo Diácono (l. III, c. 15, p. 443), en *Graecorum Imperio*. <<

[101] «Quia linguam, mores, vestesque mutastis, putavit Sanctissimus Papa (una audaz ironía) ita vos (vobis) displicere Romanorum nomen. His nuncios, rogabant Nicephorum Imperatorem Graecorum, ut cum Othone Imperatore Romanorum amicitiam faceret» (Luitprando, en *Legatio*, p. 486). <<

[102] Por Laónico Chalcocondyles, que sobrevivió al último sitio de Constantinopla, el relato se hace de este modo (l. I, p. 3). Constantino trasplantó sus latinos de Italia a una ciudad griega de Tracia: adoptaron el lenguaje y las costumbres de los naturales, que fueron confundidos con ellos bajo el nombre de romanos. Los reyes de Constantinopla, dice el historiador,ἐπὶ τῷ σφᾶς αὐτοὺς Ρωμαίων βασιλεῖς τε καὶ αὐτοκράτορας σεμνύνεσθαι ἀποκαλεῖν, Ἑλλήνων δὲ βασιλεῖς οὐκέτι οὐδαμῇ ἀξιοῦν. <<

[103] Véase Ducange (*C. P. Christiana*, l. II, pp. 150, 151), que reúne los testimonios no de Teófanes, pero al menos de Zonaras (t. II, l. XV, p. 104), Cedreno (p. 454), Michael Glycas (281), Constantino Manasses (p. 87). Después de refutar el cargo absurdo contra el emperador, Spanheim (*Hist. Imaginum*, pp. 99-111), como verdadero abogado, procede a dudar de la realidad del fuego y casi de la biblioteca, o a negarla. <<

[104] Segun Malcho (*apud* Zonar., l. XIV, p. 53), este Homero fue quemado en tiempo de Basílico. El manuscrito pudo ser renovado, pero ¿sobre la piel de una serpiente? ¡Lo más extraño e increíble! <<

[105] La ἀλογία de Zonaras, la ἀγρία καὶ ἀμαθία de Cedreno, son palabras fuertes, quizás no mal acomodadas a aquellos reinados. <<

[106] Véase Zonaras (l. XVI, pp. 160, 161) y Cedreno (pp. 549, 550). Como Bacon, el filósofo León se ha transformado por ignorancia en conjurador, no sin mérito, si él es el autor de los oráculos que se atribuyen al emperador del mismo nombre. La física de León en manuscrito está en la biblioteca de Viena (Fabricio, *Bibliot. Graec*, t. VI, p. 366, t. XII, p. 791). *Quiescant!* <<

[107] El carácter eclesiástico y literario de Focio es muy discutido por Hankio (de *Scriptoribus Byzant.*, pp. 269-396) y Fabricio. <<

[108] E'ις 'Ασσυρίους únicamente puede significar «Bagdad», sede de los califas, y el relato de su embajada podía haber sido curioso e instructivo. Pero ¿cómo consiguió los libros? Una biblioteca tan numerosa no podía hallarse en Bagdad ni transportarse en su equipaje ni preservarse en su memoria. Con todo, lo último, aunque increíble, parece quedar afirmado por Focio mismo, ὃσας αὐτῶν ἡ μνήμη διέσωξε. Camusat (*Hist. Critique des Journaux*, pp. 87-94) da buena cuenta del *Myriobiblon*. <<

[109] Sobre estos griegos modernos, véanse los artículos respectivos en la *Bibliotheca Graeca* de Fabricio, obra laboriosa, aunque susceptible de mejor método y de muchas mejoras; de Eustacio (t. I, pp. 289-292. 306-329), de los Pselli (una diatriba

de León Alacio, *ad calcem*, t. V), de Constantino Porfirogénito (t. VI, pp. 486-509), de Juan Stobeo (t. VIII, 665-728), de Suidas (t. IX, pp. 620-827), de Juan Tzetzes (t. XII, pp. 245-273). El señor Harris, en sus composiciones filológicas, *opus senile*, ha dado un esbozo de esta literatura bizantina (pp. 287-300). <<

[110] De un testigo oscuro y vago, Gerardo Vosio (de *Poetis Graecis*, c. 6) y Le Clerc (*Bibliothéque Choisie*, t. XIX, p. 283) mencionan un comentario de Miguel Psello sobre veinticuatro comedias de Menandro, todavía existentes en manuscritos en Constantinopla. Sin embargo, estos estudios clásicos parecen incompatibles con la gravedad o pesadez de un escolástico, que estaba sumido en las categorías (de Psellis, p. 42), y Miguel probablemente ha sido confundido con Homero Selio, que escribió argumentos a las comedias de Menandro. En el siglo X, Suidas cita cincuenta comedias, pero a menudo transcribe el antiguo escoliasta de Aristófanes. <<

[111] Ana Comneno puede jactarse de su estilo griego (τό Ἑλληνίζειν ἐς ἄκρον ἐσπουδακυῖα), y Zonaras —su contemporáneo, pero no su adulador— puede añadir con verdad: γλῶτταν εἶχεν ἀκριβῶς Ἀττικίζουσαν. La princesa estaba versada en los artificiosos diálogos de Platón y había estudiado τετρακτὺς, o el cuadrivio de astrología, geometría, aritmética y música (véase su prefacio a la *Alexiada* con las notas de Ducange). <<

[112] Para censurar el gusto bizantino, Ducange (*Praefat. Gloss. Graec.*, p. 17) se apoya en las autoridades de Aulo Gelio, Gerónimo, Petronio, Jorge Hamartolo, Longino, que dan a un tiempo el precepto y el ejemplo. <<

[113] Los *versus politici*, aquellos «comunes prostitutos», según los llama León Alacio por su facilidad, regularmente constan de quince sílabas. Los usan Constantino Manasses, Juan Tzetzes,

etcétera (Ducange, *Gloss. Latin.*, t. III, p. 1, pp. 345, 346, ed. Basil., 1762). <<

[114] Así como san Bernardo es reverenciado como el último padre de la Iglesia latina, san Juan Damasceno lo es de la Iglesia griega. <<

[115] *Ensayos* de Hume, v. I, p. 125. <<

[116] Los yerros y prendas de los paulinos los pesa, con su acostumbrado tino y sencillez, el docto Mosheim (*Hist. Eccles., saeculum* IX, pp. 311 y ss.). Saca su concepto original de Focio (*contra Manichæos*, l. I) y Pedro de Sicilia (*Hist. Manichæorum*). La primera de estas relaciones no ha parado en mis manos; la segunda, que Mosheim prefiere, la he leído en una versión latina inserta en la *Maxima Bibliotheca Patrum* (t. XVI, pp. 754-764) de la edición del jesuita Radero (*Ingolstadii*, 1604, en 4°). <<

[117] En tiempo de Teodoreto, la diócesis de Cirro, en Siria, contenía ochocientas poblaciones. De éstas, dos se habitaban por arrianos y eunomios y ocho por marcionitas, a quienes el laborioso obispo reconcilió con la Iglesia católica (Dupin, *Bibliot. Ecclés.*, t. IV, pp. 81, 82). <<

[118] «Nobis profanis ista (*sacra Evangelia*) legere non licet sed sacerdotibus duntaxat», fue el primer escrúpulo de un católico, cuando se le aconsejó que leyera la *Biblia* (Petr. Sicul. p. 761). <<

[119] En desechar la segunda epístola de san Pedro, los paulinos quedan sincerados por algunos de los más respetables antiguos y modernos (véase Wetstein *ad loc.*, Simon, *Hist. Critique du Nouveau Testament*, c. 17). También pasaron por alto el *Apocalipsis* (Petr. Sicul. p. 756); pero como semejante descuido no se atribuye a crimen, los griegos del siglo IX, deben haberse adormecido en punto al concepto y honor de las Revelaciones.

<<

[120] Esta reyerta, que caló por entero el malicioso Porfirio, supone algún yerro y pasión en uno de los apóstoles o en ambos. En Crisóstomo, Gerónimo y Erasmo se representa como una contienda fingida, un dolo pío, para beneficio de los gentiles y enmienda de los judíos (Middleton, *Works*, vol. II, pp. 1-20). <<

[121] Los curiosos de esta biblioteca heterodoxa pueden consultar las averiguaciones de Beausobre (*Hist. Critique du Manichéisme*, t. I, pp. 305-437). Aun en África, san Agustín pudo describir los libros maniqueos, «tam multi, tam grandes, tam pretiosi codices» (*contra Faust.*, XIII, 44); pero añade sin piedad: «Incendite omnes illas membranas»; y su consejo se ha seguido rigurosamente. <<

[122] Los seis errores capitales de los paulinos están definidos por Pedro de Sicilia (p. 756) con mucha preocupación y encono. <<

[123] «Primum illorum axioma est, duo rerum esse principia; Deum malum et Deum bonum, aliumque hujus mundi conditorem et princi pem, et alium futuri aevi» (Pedro de Sicilia, p. 756). <<

[124] Dos críticos instruidos, Beausobre (*Hist. Critique du Manichéisme*, l. I, IV, V, VI) y Mosheim (*Institut. Hist. Eccles.* y de *Rebus Christianis ante Constantinum, sec.* I, II, III), se han afanado en entresacar y explorar los varios sistemas de la fe gnóstica sobre el asunto de los dos principios. <<

[125] Los países entre el Éufrates y el Halis fueron poseídos más de trescientos cincuenta años por los medos (Herodot. l. I, c. 103) y persas; y los reyes del Ponto eran de la sangre real de los *achaemenides* (Sallust. Fragment. l. III, con el suplemento francés y notas del presidente de Brosses). <<

[126] Con la mayor probabilidad, fundado por Pompeyo después

de la conquista del Ponto. Esta Colonia, sobre el Lycus, más allá de Neocesárea, es llamada por los turcos Coulei-hisar, o Chonac, ciudad populosa en un país fuerte (D'Anville, *Géographie Ancienne*, t. II, p. 34; Tournefort, *Voyage du Levant*, t. III, lettre XXI, p. 293). <<

[127] El templo de Belona, en Comana, en el Ponto, era una fundación poderosa y rica, y el sumo sacerdote se respetaba como la segunda persona del reino. Como el oficio sacerdotal había sido ocupado por la familia de su madre, Estrabón (l. XII, pp. 809-835, 836, 837) se detiene con peculiar complacencia en el templo, culto y festividad, que se celebraba dos veces al año. Pero la Belona del Ponto tenía las ficciones y carácter de la diosa, no de la guerra, sino del amor. <<

[128] Gregorio, obispo de Neocesárea (240-265 d. C.), apellidado Taumaturgo, o el Hacedor de Milagros. Cien años después la historia o novela de su vida fue compuesta por Gregorio de Nisa, su tocayo y paisano, hermano de san Basilio el Grande. <<

[129] «Hoc caeterum ad sua egregia facinora, divini atque orthodoxi Imperatores addiderunt, ut Manichaeos Montanosque capitali puniri sententia juberent, eorumque libros, quocunque in loco inventi essent, flammis tradi; quod siquis uspiam eosdem occultasse deprehenderetur, hunc eundem mortis poenae addici, ejusque bona in fiscum inferri» (Pedro de Sicilia, p. 759). ¿Qué más podían desear la preocupación y el desenfreno? <<

[130] Parecería que los paulinos se permitían algún ensanche de equivocación y reserva mental: hasta que los católicos descubrieron las cuestiones intrincadas que los redujeron a la alternativa de la apostasía o del martirio (Pedro de Sicilia, p. 760). <<

[131] Pedro de Sicilia refiere la persecución (pp. 579-763) con

satisfacción y gracia. «Justus *justa* persolvit». Simeón no era τιτος sino κῆτος (la pronunciación de las dos vocales debe haber sido casi la misma), una ballena grande que ahogó a los marineros que la cogieron por una isla. Véase también Cedreno (pp. 432-435). <<

[132] Pedro de Sicilia (pp. 763, 764), el continuador de Teófanes (l. IV, c. 4, pp. 103, 104), Cedreno (pp. 541, 542. 545) y Zonaras (t. II, l. XVI, p. 156) describen la revuelta y hazañas de Carbeas y sus paulinos. <<

[133] Otter (*Voyage en Turquie et en Perse*, t. II) es probablemente el único franco que ha visitado a los bárbaros independientes de Tefrice, ahora Divrigno, de quienes se escapó afortunadamente en el traje de oficial turco. <<

[134] En la historia de Chrysocheir, Genesio (*Chron.*, pp. 67-70. ed. Bonet) ha expuesto la desnudez del Imperio. Constantino Porfirogénito (en *Vit. Basil.*, c. 37-43, pp. 166-171) ha explayado la gloria de su abuelo. Cedreno (pp. 570-573) no tiene sus pasiones o su conocimiento. <<

[135] Συναπεμαράνθη πᾶσα ἡ ἀνθοῦσα τῆς Τεφρικῆς εὐανδρὶα. ¡Cuán elegante es la lengua griega, aun en boca de Cedreno! <<

[136] Coprónimo transportó sus συγγενεῖς, herejes; y así ἐπλατύνθη ἡ αἵρεσις τῶν Παυλικιανῶν, dice Cedreno (p. 463), que ha copiado los anales de Teófanes. <<

[137] Pedro de Sicilia, que residió nueve meses en Tefrice (870 d. C.) para el rescate de cautivos (p. 764), fue informado de su proyectada misión, y dirigió su salvaguarda, la *Hist. Manichæorum*, al nuevo arzobispo de los búlgaros (p. 754). <<

[138] La colonia de los paulinos y jacobitas, trasplantada por Juan Zimisces (970 d. C.) de Armenia a Tracia, se menciona en

Zonaras (t. II, l. XVII, p. 209) y Ana Comnena (*Alexiada*, l. XIV, p. 450 y ss.). <<

[139] La *Alexiada* de Ana Comnena (l. V, p. 131; l. VI, pp. 154, 155; l. XIV, pp. 450-457, con las anotaciones de Ducange) recuerda las transacciones de su padre apostólico con los maniqueos, cuya abominable herejía deseaba ella refutar. <<

[140] Basilio, monje y autor de las *Bagomiles*, secta de gnósticos, que pronto desapareció (Ana Comnena, *Alexiada*, l. XV, pp. 486-494. Mosheim, *Hist. Eccles.*, 420). <<

[141] Matt. Paris, *Hist. Major*, p. 267. Este pasaje de nuestro historiador inglés es alegado por Ducange en una nota excelente sobre Villehardouin (núm. 208) que halló a los paulinos en Filipópolis amigos de los búlgaros. <<

[142] Vease Marsiglio, *Stato militare dell'Impero Ottomano*, p. 24. <<

[143] La introducción de los paulinos en Italia y Francia queda ampliamente ventilada por Muratori (*Antiquitatibus Italiae medii Ævi*, t. V, dis. LX, pp. 81-152) y Mosheim (pp. 379-382, 419-422). Con todo, ambos han pasado por alto un curioso pasaje de Guillermo el Apulio que los describe claramente en una batalla entre griegos y normandos, 1040 d. C. (en Muratori, *Scriptores Rerum Italicarum*, t. V, p. 256):

Cum Graecis aderant quidam, quos pessimus error,

Fecerat amentes, et ab ipso nomen habebant.

Pero ignora tanto su doctrina que los hace una especie de sabelianos o patripasianos. <<

[144] *Bulgari, Boulgres, Bougres*, nombre nacional, han aplicado los franceses como término de reconvención a los usureros y pecadores antinaturales. El *Paterini o Patelini*, se ha hecho para significar un hipócrita suave y lisonjero, como *l'Avocat Patelin*

de aquella farsa original y chistosa (Ducange, *Gloss. Latinitat. medii en infimi Ævi*). Los maniqueos se llamaron también *Cathari*, o los puros, por corrupción, *Gazari*, etc. <<

[145] Sobre las leyes, cruzada y persecución contra los albigenses; Mosheim expresa una especie atinada, aunque general (pp. 477-481). El pormenor puede hallarse en los historiadores eclesiásticos, antiguos y modernos, católicos y protestantes; y entre estos Fleury es el más imparcial y moderado. <<

[146] Los Actos (*Liber sententiarum*) de la Inquisición de Tolosa (1307-1323 d. C.) se han publicado por Limborch (Amstelodami, 1692), con una historia previa de la Inquisición en general. Merecieron un editor más crítico y erudito. Como no debemos calumniar ni siquiera a Satán, ni al Santo Oficio, señalaré que, de una lista de criminales que llena diecinueve páginas en folio, sólo quince hombres y cuatro mujeres fueron liberados de las armas seculares. <<

[147] Las opiniones y procedimientos de los reformadores se exponen en la segunda parte de la historia general de Mosheim; pero la balanza, que ha tenido con ojo tan perspicaz, y mano tan firme, empieza a inclinarse en favor de sus hermanos luteranos. <<

[148] Bajo Eduardo VI, nuestra reforma era más audaz y perfecta, pero en los artículos fundamentales de la Iglesia de Inglaterra se borró en la copia original una declaración enérgica y terminante contra la presencia real, para complacer al pueblo, o a los luteranos, o a la reina Elizabeth (Burnet, *History of the Reformation*, vol. II, pp. 82, 128, 302). <<

[149] «A no haber sido por unos hombres como Lutero y yo mismo —dice el fanático Whiston a Halley el filósofo—, os habríais arrodillado ya delante de una imagen de san Winifredo». <<

[150] El artículo de Servet en el *Dictionnaire Critique of Chauffepié* es la mejor relación que he visto de este vergonzoso fracaso. Véase tambien el Abbé d'Artigny, *Nouveaux Mémoires d'Histoire*…, t. II, pp. 55-154. <<

[151] Me ha escandalizado más profundamente la ejecución de Servet que las hecatombes que he publicado en los *Autos de fe* de España y Portugal. 1. EI celo de Calvino parece haber sido emponzoñado por la malicia personal, y quizás por la envidia. Acusó a su contrario ante sus enemigos comunes, los jueces de Viena, e hizo traición, para destruirlo, a la sagrada confianza de una correspondencia privada. 2. El hecho de crueldad no fue encubierto por el pretexto de peligro a la Iglesia o al Estado. En su tránsito por Ginebra, Servet era un extranjero sencillo, que ni rogó, ni imprimió, ni hizo prosélitos. 3. Un inquisidor católico rinde la propia obediencia que requiere, pero Calvino atropelló la regla inefable de hacer lo que quisiera que le hiciesen; regla que leí en un tratado moral de Isócrates (en *Nicocle*, t. I, p. 93, ed. Basilea), cuatrocientos años antes de la publicación del Evangelio. Ἃ πάσχοντες ὑφ ἑτέρων ὀργίζεσθε, ταῦτα τοῖς ἄλλοις μὴ ποιεῖτε. <<

[152] Véase Burnet, vol. II, pp. 84-86. El entendimiento y humanidad del joven rey fueron oprimidos por la autoridad del primado. <<

[153] Erasmo puede conceptuarse como el padre de la teología racional. Después de un descanso de cien años, fue despertada por los armenios de Holanda, Grocio, Limborch y Le Clerc; en Inglaterra por Chillingworth, los latitudinarios de Cambridge (Burnet, *Hist. of his own Times*, vol. I, pp. 261-268, edición en octavo), Tillotson, Clarke, Hoadley, etc. <<

[154] Siento advertir que los tres escritores del siglo último que han defendido tan noblemente los derechos de la tolerancia,

Bayle, Leibniz y Locke, son todos seglares y filósofos. <<

[155] Véase el excelente capítulo de sir William Temple sobre la Religión de las Provincias Unidas. No me satisface Grocio (de *Rebus Belgicis, Annal.* l. I, pp. 13, 14, ed. en 12°), que aprueba las leyes de persecución y únicamente condena el tribunal sanguinario de la Inquisición. <<

[156] Sir William Blackstone (*Commentaries*, vol. IV, pp. 53, 54) explica la ley de Inglaterra como se fijó en la Revolución. Las excepciones de papistas y de los que niegan la Trinidad aún dejarían un blanco para la persecución, si el espíritu nacional no fuese más eficiente que cien estatutos. <<

[157] Recomendaré a la pública censura dos pasos en Priestley que revelan la propensión final de sus opiniones. En el primero de ellos (*Hist. of the Corruptions of Christianity*, vol. I, pp. 275, 276) el sacerdote, en el segundo (vol. II, p. 484) el magistrado, ¡deben temblar! <<

[158] Todos los pasos de la historia bizantina que se refieren a los bárbaros están recopilados, recogidos, arreglados y puestos en una versión latina por el laborioso John Gotthelf Stritter, en sus *Memoriae Populorum, ad Danubium, Pontum Euxinum, Paludem Maeotidem, Caucasum, Mare Caspium, et inde Magis ad Septemtriones incolentium*, Petropoli, 1771-1779, en cuatro tomos, o seis volúmenes, en 4°. Pero el modo no ha aumentado el precio de estos materiales nuevos. <<

[159] *Hist.* vol. V, p. 7. <<

[160] Teófanes, pp. 296-299; Anastasio, pp. 113; Nicéforo, C. P. pp. 21, 23. Teófanes pone la antigua Bulgaria a las orillas del Atell o Volga; pero se desconceptúa como geógrafo, con suponer que aquel río desagua en el Ponto Euxino. <<

[161] Paulo Diácono, de *Gentis Longobard.* l. V, c. 29, pp. 881,

882. La diferencia aparente entre la historia romana y los griegos arriba mencionados, queda pronto acorde por Camilo Pellegrino (de *Ducatu. Beneventano*, dissert. VII, en los *Scriptores Rerum Ital.* t. V, pp. 186, 187) y Beretti (*Chorograph. Italiae medii Ævi*, pp. 273 y ss.). Esta colonia búlgara se planteó en un distrito vacante de Samnio, y aprendió el latín, sin olvidar su idioma nativo. <<

[162] Estas provincias del idioma e Imperio griegos, se apropian del reino búlgaro, en la contienda sobre jurisdicción eclesiástica, entre los patriarcas de Roma y de Constantinopla (Baronio, *Annal. Eccles.*, 869 d. C., núm. 75). <<

[163] La situación y regalía de Lychnida, o Acrida, se expresa claramente en Cedreno (p. 715) La remoción de un arzobispo o patriarca de Justinianea prima a Lychnida, y finalmente a Ternovo, ha venido a causar algún trastorno en los pensamientos o lenguaje de los griegos (Nicéforo Grégoras, l. II, c. 2, pp. 14, 15; Thomassin, *Discipline de l'Église*, t. I, l. I, c. 19, 23), y un francés (D'Anville) está más esmeradamente versado en la geografía de su país (*Hist. de l'Academie des Inscriptions*, t. XXXI). <<

[164] Chalcocondyles, juez competente, afirma la identidad del lenguaje de los dalmacios, bosnios, serbios, búlgaros, polacos (de *Rebus Turcicis*, l. X, p. 283), y en otra parte de los bohemios (l. II, p. 38). El mismo autor ha notado el idioma separado de los húngaros. <<

[165] Véase la obra de Juan Cristóbal de Jordán, de *Originibus Sclavicis*, Vindobonae, 1745, en cuatro partes, o dos volúmenes en folio. Sus colecciones y averiguaciones son útiles para despejar las antigüedades de Bohemia y los países adyacentes; pero su plan es mezquino; su estilo bárbaro; su crítica, superficial; y el consejero áulico no está libre de las

preocupaciones de un bohemio. <<

[166] Jordán se conforma con la derivación muy sabida y probable de *Slava, laus, gloria*, palabra de uso familiar en los diferentes dialectos y partes del habla, y que forma la terminación de los nombres más ilustres (de *Originibus Slavicis*, part. I, p. 40; part. IV, pp. 101, 102). <<

[167] Esta conversión de un nombre nacional en apelativo parece haber tomado origen en el siglo VIII, en la Francia oriental, donde los príncipes y obispos eran ricos en cautivos eslavones, no de la ralea bohemia (exclama Jordán) sino de la sorabia. De ahí se extendió la palabra al uso general, a las lenguas modernas, y aun al estilo de los últimos bizantinos (véanse los glosarios griegos y latinos de Ducange). La Σερβλοι o confusión de Serbloi o serbios, con el latín *servi*, fue mucho más afortunada y familiar (Constantino Porfirogénito, de *Administrando Imperio*, c. 32, pp. 99). <<

[168] El emperador Porfirogénito, muy esmerado en cuanto a sus tiempos, muy fabuloso por lo tocante a los años precedentes, describe a los eslavones de Dalmacia (c. 29-36). <<

[169] Véase la crónica anónima del siglo XI, atribuida a Juan Sargonino (pp. 94-102), y la que compuso en el siglo XIV el dogo Andrés Dándolo (*Scriptores Rerum Italicarum*, t. XII, pp. 227-230); los dos monumentos más antiguos de la historia de Venecia. <<

[170] El primer reino de los búlgaros puede hallarse, bajo las mismas fechas, en los anales de Cedreno y Zonaras. Los materiales bizantinos van recopilados por Stritter (*Memoriae Populorum*, t. II, part. II, pp. 441-647); y la serie de sus reyes está dispuesta y planteada por Ducange (*Familiae Byzantinae*, pp. 305-318). <<

[171] «Simeonem semi-Graecum esse aiebant, eo quod a pueritia Byzantii Demosthenis rhetoricam et Aristotelis syllogismos didicerat» (Liutprando, l. III, c. 8). Dice en otra parte «Simeon, fortis bella tor, Bulgariae praeerat; Christianus, sed vicinis Graecis valde inimicus» (l. I, c. 2). <<

[172]

—*Rigidum fera dextera cornu*

Dum tenet, infregit, truncaque a fronte revellit.

Ovidio (*Metamorph.*, IX, 1-100) ha retratado al vivo la lucha del Dios tutelar del río y el héroe; el natural y el extranjero. <<

[173] El embajador de Otón fue provocado por las excusas griegas, «cum Christophori filiam Petrus Bulgarorum Vasileus conjugem duceret, Symphona, id est consonantia scripto juramento firmata sunt, ut omnium gentium Apostolis, id est nunciis, penes nos Bulgarorum Apostoli praeponantur, honorentur, diligantur» (Liutprando, en *Legatio*, p. 482). Véase el *Ceremonial* de Constantino Porfirogénito, t. I, p. 82; t. II, pp. 429, 430, 434, 435, 445, 444, 446, 477, con las anotaciones de Reiske. <<

[174] Un obispo de Wurtzburg allanó esta opinión a un reverendo abad; pero él decidió más gravemente que Gog y Magog eran los perseguidores espirituales de la Iglesia; pues que Gog significa el origen, el orgullo de los heresiarcas, y Magog, lo que proviene de la raíz, la propagación de sus sectas. Sin embargo, estos hombres merecieron el respeto del género humano (Fleury, *Hist. Eccles.* t. XI, pp. 594 y ss.). <<

[175] Los dos autores nacionales, de quienes he sacado la mayor parte de auxilio, son George Pray (*Dissertationes and Annales veterum Hun garorum*…, Vindobonae, 1773, en folio) y Stephen Katona (*Hist. Critica Ducum et Regum Hungariae Stirpis Arpadianae, Paestini*, 1778-1781, 5 vols., en 8°). El

primero abarca un espacio grandioso y a menudo conjetural; el segundo, por su erudición, juicio y despejo, merece el nombre de historiador crítico. <<

[176] El autor de esta crónica se nombra como el notario del rey Bela. Katona le ha apropiado al siglo XII, y defiende su carácter contra el hipercriticismo de Pray. Este torpe analista debe haber trasladado algunos recuerdos históricos, ya que pudo afirmar con señorío «rejectis falsis rabulis rusticorum, et garrulo cantu jaculatorum». En el siglo XV, estas fábulas fueron recopiladas por Thurotzio, y aliñadas por el italiano Bonfinio. Véase el «Discurso preliminar» en la *Hist. Critica Ducum…*, pp. 7-33. <<

[177] Véase Constantino de *Administrat. Imperii*, c. 3, 4, 13, 38-42. Katona ha fijado puntualísimamente la composición de esta obra en los años 949, 950, 951 (pp. 4-7). El historiador crítico (pp. 34-107) se afana en comprobar la existencia y referir las acciones de un primer duque *Almus*, padre de Arpad, que es rechazado tácitamente por Constantino. <<

[178] Pray (*Dissert.*, pp. 37-39 y ss.) produce e ilustra los pasos originales de los misioneros húngaros Bonfinio y Eneas Silvio. <<

[179] Fisher, en las *Quaestiones Petropolitanae, de Origine Ungrorum*, y Pray (*Dissertat.*, I, II, III y ss.) han extendido algunas tablas comparativas de los dialectos húngaros con los fénicos. A la verdad, la hermandad es asombrosa, pero las listas son cortas, las voces se han ido entresacando de intento; y leí en el docto Bayer (*Comment. Academ. Petropol.*, t. X, p. 374) que, si bien los húngaros han adoptado muchas voces fénicas (innumerables voces), discrepa esencialmente *toto genio et natura*. <<

[180] En la región de Turfan, descrita clara y menudamente por

los geógrafos chinos (Gaubil, *Hist. du Gran Gengiscan*, p. 15; Guignes, *Hist. des Huns*, t. II, pp. 31 y ss.). <<

[181] *Hist. Genealogique des Tartars, par Abulghazi Babadur Khan, partie II*, pp. 90-98. <<

[182] En su viaje a Pekín, Isbrand Ives (Harris, *Collection of Voyages and Travels*, vol. II, pp. 920, 921) y Bell (*Travels*, vol. I, p. 174) encontraron el Vogulitz en las cercanías de Tobolsky. Por las contorsiones del arte etimológico, *Ugur* y *Vogul* son reducidos al mismo nombre; las montañas comarcanas llevan el nombre de *ugrianas*; y de todos los dialectos fénicos, el vogulio es el que más se acerca al húngaro (Fisher, *Dissert*. I, pp. 20-30; Pray, *Dissert*. II, pp. 31-34). <<

[183] Las ocho tribus de la costa fénica están descritas en la curiosa obra de Levêque (*Hist. des Peuples soumis a la dominatión de la Russie*, t. I, pp. 361-561). <<

[184] Esta pintura de los húngaros y búlgaros se ha sacado principalmente de las *Tácticas* de León, pp. 796-801, y los anales latinos que alegan Baronio, Pagi y Muratori, 889 d. C., etc. <<

[185] Buffon, *Hist. Naturalle*, t. V, p. 6, en 12°, Gustavo Adolfo probó, sin éxito, formar un regimiento de lapones. Grocio dice de estas tribus árticas «arma arcus et pharetra, sed adversus feras» (*Annal*. l. IV, p. 236), y trata, a la manera de Tácito, de encubrir con la filosofía su ignorancia brutal. <<

[186] León ha observado que el gobierno de los turcos era monárquico, y que sus castigos eran rigurosos (*Tácticas*, pp. 896 ἀπεινεῖς καὶ βαρείας). Rhegino (en *Chron*. 889 d. C.) menciona el robo como un crimen capital, y su jurisprudencia se confirma por el código original de san Esteban (1016 d. C.). Si un esclavo era reo, lo castigaban, por la primera vez, con la

pérdida de la nariz, o una multa de cinco novillos; a la segunda, con la pérdida de las orejas, o una multa semejante; a la tercera con la muerte; en la que el hombre libre no incurría hasta la cuarta ofensa, pues su primera pena consistía en perder la libertad (Katona, *Hist. Regum Hung.*, t. I, p. 231, 232). <<

[187] Véase Katona, *Hist. Regum Hung.*, pp. 321-352. <<

[188] «Hungarorum gens, cujus omnes fere nationes expertae saevitium», etc. es el prefacio de Liutprando (l. I, c. 2), que se extiende frecuentemente acerca de las calamidades de sus tiempos. Véase l. I, c. 5; l. II, c. 1, 2, 4, 5, 6, 7; l. III, c. 1 y ss.; l. V, c. 8, 15 en *Legatio*, p. 485. Sus colores son brillantes; pero su cronología debe ser rectificada por Pagi y Muratori. <<

[189] Los tres reinados sangrientos de Arpad, Zoltan y Toxo quedan ilustrados exactamente por Katona (*Hist. Regum Hung.*, pp. 107-199). Su diligencia ha ido examinando a los naturales y extranjeros; con todo a los hechos de daño, o gloria, he podido añadir la destrucción de Bremen (Adán Bremensis, I, 43). <<

[190] Muratori ha considerado con esmero patriótico el peligro y los recursos de Módena. Los ciudadanos rogaron a san Geminiano, su patrono, que alejase, por su intercesión, las *rabies, flagellum*, etc.

Nunc te rogamus, licet servi pessimi,

Ab Ungerorum nos defendas jaculis.

El obispo levantó murallas para la defensa pública, no «contra dominos serenos» (*Antiquitatibus Italiae medii Ævi*, t. I, *dis.* I, pp. 21, 22), y el canto del vigilante nocturno no es sin elegancia o uso (t. III, dis. XL, p. 709). El analista italiano ha delineado esmeradamente la serie de sus incursiones (*Annali d'Italia*, t. VII, pp. 365, 367, 393, 401, 437, 440; t. VIII, pp. 19, 41, 52 y ss.). <<

[191] Los anales húngaros y rusos suponen que sitiaron, o atacaron, o insultaron a Constantinopla (Pray, *dis.* X, p. 239; Katona, *Hist. Critica Ducum…*, pp. 354-360); y el hecho queda casi confesado por los historiadores bizantinos (León Gramático, p. 506; Cedreno, t. II, p. 629); sin embargo, por más glorioso que sea a la nación, se halla negado o puesto en duda por los historiadores críticos, y aun por el notario de Bela. Su escepticismo es meritorio: no pudieron copiar o creer con seguridad las *rusticorum fabulas*; pero Katona debía haber dedicado debida atención al testimonio de Liutprando: «Bulgarorum genteni atque Graecorum tributariam fecerant» (*Hist.*, l. II, c. 4, p. 435). <<

[192]

—Λέονθ᾽ ὥς, δηρινθήτην,
᾽Θτ᾽ ὄρεος κορυφῇσι περὶ κταμένης ἐλάφοιο,
᾽Αμφω πεινάοντε, μέγα φρονέοντε μάχεσθον.

Ilíada, XVI, 756. <<

[193] Se ventilan amplia y exactamente por Katona (*Hist. Critica Ducum…*, pp. 360-368, 427-470). Liutprando (l. II, c. 8, 9) es el mejor testimonio para el primero, y Witichindo (*Annal. Saxon.*, l. III), del segundo; pero el historiador crítico no pasará siquiera por alto el cuerno de un guerrero, que se dice haberse conservado en Jaz-berin. <<

[194] «Hunc vero triumphum, tam laude quam memoria dignum, ad Meresburgum rex in superiori coenaculo domus per ζωγραφίαν, id est, picturam notari praecepit, adeo ut rem veram potius quam verisimilem videas»: alto encomio (Liutprando, l. II, c. 9). Otro palacio en Germania se había pintado con objetos santos por orden de Carlomagno; y Muratori puede afirmar cabalmente «nulla sæcula fuere in

quibus pictores desiderati fuerint» (*Antiquitatibus Italiae medii Ævi*, t. II, dissert. XXIV, pp. 360, 361). Nuestras pretensiones domésticas a la antigüedad de la ignorancia e imperfección original (palabras agudas de Walpole) son de una fecha mucho más reciente (*Anecdotes of Painting*, vol. I, p. 2 y ss.). <<

[195] Véase Baronio, *Annal Eccles.*, 929 d. C., núms. 2-5. La lanza de Cristo se ha sacado del mejor testimonio, Liutprando (l. IV, c. 12), Sigeberto y los *Actos de san Gerardo*; pero las otras reliquias militares descansan en la fe de los *Gesto Anglorum post Bedam*, l. II, c. 8. <<

[196] Katona, *Hist. Critica Ducum…*, p. 500 y ss. <<

[197] Entre estas colonias podemos notar: 1. Los chazares, o cabari, que alcanzaron a los húngaros en su marcha (Constant., de *Administrando Imperio*, c. 39, 40, pp. 108, 109). 2. Los jazyges, moravos y sículos, a quienes encontraron en el continente; los últimos eran quizás resto de los hunos de Atila, y se les confió la guardia de las orillas. 3. Los rusos, que como los suizos en Francia, dieron un nombre general a los porteros reales. 4. Los búlgaros, cuyos caudillos (956 d. C.) fueron convidados «cum magna multitudine Hismahelitarum». Había abrazado la religión mahometana alguno de estos eslavones. 5. Los bisenios y cumanos, una multitud mixta de pazinacitas, uzos, chazares, etc. que se habían extendido hasta el bajo Danubio. La última colonia de cuarenta mil cumanos, 1239 d. C., fue recibida y convertida por los reyes de Hungría, que sacaron de aquella tribu una denominación nueva y real (Pray, *Dissert*. VI, VII, pp. 109-173; Katona, *Hist. Critica Ducum…*, pp. 95-99, 259-264, 476, 479-483 y ss.). <<

[198] «Christiani autem, quorum pars major populi est, qui ex omni parte mundi illuc tracti sunt captivi», etc. Tal era el lenguaje de Pilgrino, primer misionero que entró en Hungría,

973 d. C. *Pars major* es fuerte. *Hist. Critica Ducum…*, p. 517. <<

[199] Los fieles teutónicos de Geisa aparecen auténticos en escrituras antiguas; y Katona, con su acostumbrada eficacia, ha formado un concepto cabal de estas colonias, que habían sido exageradas tan sueltamente por el italiano Ranzano (*Hist. Critica Ducum…*, p. 667-681). <<

[200] Entre los griegos, esta denominación nacional tiene una forma extraña ‘Pῶς, como voz indeclinable, la cual ha sugerido muchas etimologías antojadizas. He leído, con gusto y provecho, una disertación de *Origine Russorum* (*Comment. Academ. Petropolitanae*, t. VIII, pp. 388-436) por Teófilo Sigefredo Bayer, docto alemán que pasó su vida y afanes en el servicio de Rusia. También ha sido útil un tratado geográfico de D'Anville, de *l'Empire de Russie, son Origine et ses Accroissemens* (París, 1772, en 12º). <<

[201] Véase el pasaje entero (*dignum*, dice Bayer, *ut aureis in tabulis rigatur*) en los *Annales Bertiniani Francorum* (en *Scriptores Rerum Italicarum*, t. II, part. I, p. 525), 839 d. C., veintidós años antes de la era de Rurico. En el siglo X, Liutprando (*Hist.*, l. V, c. 6) habla de los rusos y normandos como los mismos *Aquilonares homines*, de una complexión colorada. <<

[202] Mi conocimiento de estos anales lo he sacado de Levêque, *Histoire de Russie*. Néstor, el primero y mejor de estos analistas antiguos, era un monje de Kiev, que murió al principio del siglo XII; pero su *Crónica* era oscura, hasta que se publicó en Petersburgo, 1767, en 4º; Levêque, *Histoire de Russie*, t. I, p. XVI. *Coxe's Travels*, vol. II, p. 184. <<

[203] Theophil. Sig, Bayer de Varagis (pues el nombre se escribe

de diferente modo), en *Comment. Academ. Petropolitanæ*, t. IV, pp. 275-311. <<

[204] Sin embargo, aun hasta el año 1018, Kiev y Rusia eran aún guardadas «ex fugitivorum servorum robore, confluentium et maxime Danorum». Bayer, que cita (p. 292) la *Crónica* de Ditmar de Merseburgo, observa que los germanos no acostumbraban alistarse en servicio extranjero. <<

[205] Ducange ha recopilado de los autores originales el estado e historia de los varangios en Βάραγγοι. *Med. et Infimæ Latinitatis, sub voce* Vagri. Not. *ad Alexiada*, Ana Comnena, pp. 256, 257, 258. Notes sur Villehardouin, pp. 296-299). Véanse igualmente las anotaciones de Reiske al *Caeremoniis Aulae et Ecclesiae Byzantinae* de Constantino, t. II, pp. 149, 150. Saxo Grammaticus afirma que hablaban el danés; pero Codino los sostiene hasta el siglo XV en el uso de su inglés nativo: Πολυχρονίξουσι οʻι Βάραγγοι κατὰ τὴν πάτριον γλῶσσαν αὐτῶν, ἤγουν ʼΙγκλινιστί. <<

[206] El protocolo original de la geografía y comercio de Rusia se halla en el emperador Constantino Porfirogénito (de *Administrando Imperio*, c. 2, pp. 55, 56; c. 9, pp. 59-61; c. 13, pp. 63-67; c. 37, p. 106; c. 42, pp. 112, 113), ilustrado por la diligencia de Bayer (de *Geographia Russiae vicinarumque Regionum circiter*, 948 d. C. en *Comment. Academ. Petropolitanæ*, t. IX, pp. 367-422; t. X, pp. 371-421), con el auxilio de las crónicas y tradiciones de Rusia, Escandinavia, etc. <<

[207] El altivo proverbio «Who can resist God and the Great Novgorod?» se aplica por Levêque (*Histoire de Russie*, t. I, p. 60) aun a los tiempos que precedieron al reinado de Rurico. En el discurso de su historia celebra frecuentemente esta república, que fue suprimida en 1475 d. C. (t. II, pp. 252-266). Aquel

laborioso viajero, Adán Oleario, describe (en 1635) los restos de Novgorod, y el rumbo por mar y tierra de los embajadores de Holstein, t. I, pp. 123-129. <<

[208] «In hac magna civitate, quae est caput regni, plus trecentae ecclesiae habentur et nundinae octo, populi etiam ignota manus» (Eggehardus ad 1018 d. C., *apud* Bayer, t. IX, p. 412). También cita (t. X, p. 397) las palabras del analista sajón «Cujus (*Russiæ*) metropolis est Chive, aemula sceptri Constantinopolitanis, quae est clarissimum ducus Graecie». La fama de Kiev, especialmente en el siglo XI, había llegado hasta los geógrafos germanos y árabes. <<

[209] «In Odorae ostio quâ Scythicas alluit paludes, nobilissima civitas Julinum, celeberrimam, Barbaris et Graecis qui sunt in circuitu, praestans stationem, est sane maxima omnium quas Europa claudit civitatum» (Adani Bremensis, *Hist. Eccles.*, p. 19). Extraña exageración aun en el siglo XI. El comercio del Báltico y la Liga Hanseática se tratan esmeradamente en la *Deducción histórica del comercio*, por Anderson; al menos, en nuestra lengua, no conozco libro alguno tan concluyente. <<

[210] Según Adán de Bremen (de *Situ Daniae*, p. 58), la antigua Curlandia se extendía hasta ocho días de viaje a lo largo de la costa; y Pedro Teutobúrgico (p. 68, 1326 d. C.) define Memel como la frontera común de Rusia, Curlandia y Prusia. «Aurum ibi plurimum —dice Adán—, divinis auguribus atque necromanticis omnes domus sunt plenae … a toto orbe ibi responsa petuntur, maxime ab Hispanis (forsan Zupanis, id est regulis Lettoviae) et Graecis.» El nombre de griegos se aplicó a los rusos aun antes de su conversión; conversión imperfecta, si aún consultaban a los hechiceros de Curlandia (Bayer, t. X, pp. 378, 402 y ss; Grocio, Prolegomen. *ad Hist. Goth.* p. 99). <<

[211] Constantino sólo cuenta siete cascadas de las que da los

nombres rusos y eslavones; pero trece quedan enumeradas por el Sieur de Beauplan, ingeniero francés, que había registrado el cauce y la navegación del Dniéper o Borístenes (*Descriptión de l'Ukraine*, Rouen, 1660, en 4º menor); pero por desgracia falta el mapa en mi copia. <<

[212] Néstor, *apud* Levêque, *Histoire de Russie*, t. I, pp. 78-80. Desde el Dniéper o Borístenes, los rusos fueron a la Bulgaria negra, Chazaria y *Siria*. A Siria, ¿cómo? ¿dónde? ¿cuándo? ¿No podemos acaso, en vez de Συρία, leer Συανία (de *Administrando Imperio*, c. 42, p. 113)? La alteración es leve; la posición de Suania entre Chazaria y Lazica está perfectamente conforme; y el nombre era aún usado en el siglo XI (Cedren., t. II, p. 770). <<

[213] Las guerras de los rusos y griegos en los siglos IX, X y XI se refieren en los anales bizantinos, especialmente en los de Zonaras y de Cedreno; y todos sus testimonios están recopilados en la *Russica* de Stritter, t. II, part. II, pp. 939-1044. <<

[214] Προσεταιρισάμενος δὲ καὶ συμμαχικὸν οὐκ ὀλίγον ἀπὸ τῶν κατοικούντων ἐν ταῖς προσακτίος τοῦ Ὠκεανοῦ νήσοις ἐθνῶν. Cedreno, en *Compendio*, p. 758. <<

[215] Véase Beauplan (*Descriptión de l'Ukraine*, pp. 54-61): sus descripciones son vivísimas; sus planes, muy esmerados; y excepto la circunstancia de las armas de fuego, podemos leer los antiguos rusos por los cosacos modernos. <<

[216] Es de lamentar que Bayer haya dado solamente una Disertación de *Russorum prima Expeditione Constantinopolitana* (*Comment. Academ. Petropolitanæ*, t. VI, pp. 355-391). Después de desenredar algunos embrollos cronológicos, la fija en los años 864 o 865, cuya fecha hubiera podido allanar algunas

dificultades y dudas en el principio de la historia de Levêque. <<

[217] Cuando Focio escribió su epístola encíclica sobre la conversión de los rusos, el milagro no estaba aún en sazón: reconviene la nación como εἰς ὠμότητα καὶ μιαιφονίαν πάντας δευτέρους ταττόμενον. <<

[218] León Gramático, pp. 465, 464; Constantini Continuator, en *Script. post Theophanem*, pp. 121, 122; Simeón Logothet. pp. 445, 446; Georg. Monach, pp. 535, 536; Cedreno, t. II, p. 551; Zonaras, t. II, p. 162. <<

[219] Véase Néstor y Nicon, en la *Histoire de Russie*, por Levêque, t. I, pp. 74-80. Katona (*Hist. Critica Ducum…*, pp. 75-79) se vale de su ventaja para impugnar esta victoria rusa, que nublaría el sitio de Kiev por los húngaros. <<

[220] León Gramático, pp. 506, 507; Incert. Contin. pp. 263, 264; Simeón Logothet. pp. 490, 491; Georg. Monach. pp. 585, 589; Cedreno, t. II, p. 629; Zonaras, t. II, pp. 190, 191; y Liutprando, l. V, c. 6, que escribe de las narraciones de su suegro, a la sazón embajador en Constantinopla, y corrige las varias exageraciones de los griegos. <<

[221] Sólo puedo apelar a Cedreno (t. II, pp. 758, 759) y Zonaras (t. II, pp. 253, 254); pero se hicieron más dignos de peso y crédito al paso que se fueron acercando a sus propios tiempos. <<

[222] Néstor, *apud* Levêque, *Histoire de Russie*, t. I, p. 87. <<

[223] Esta estatua de bronce, que se había traído de Antioquía, y fue fundida por los latinos, se suponía que representaba a Josué o a Belerofonte, dilema extraño. Véanse Nicetas Chionates (pp. 413, 414), Codino (de *Originibus C. P.*, p. 24) y el escritor anónimo de *Antiquitat. C. P.* (Banduri, *Imp. Orient.*, t. I, pp. 17, 18), que vivió cerca del año 1100. Atestiguan el crédito de la

profecía; lo demás es inmaterial. <<

[224] La vida de Stratoslao, o Sviatoslaf, o Sphendosthlabus, se ha extractado de las crónicas rusas por Levêque (*Histoire de Russie*, t. I, pp. 94-107). <<

[225] Esta semejanza puede verse claramente en el libro noveno de la *Ilíada* (205-221) en el esmerado pormenor del arte de cocina de Aquiles. Con tal pintura, un poeta épico moderno estropearía su obra, y fastidiaría a su lector; pero los versos griegos son armoniosos, una lengua muerta raras veces puede parecer baja o familiar; y a la distancia de dos mil setecientos años, nos divertimos con las costumbres primitivas de la antigüedad. <<

[226] Este epíteto singular se ha sacado del lenguaje armenio, y Τζιμισκῆς se interpreta en griego por μουζακίτζης ο μοιρακίτζης. Como me reconozco igualmente ignorante de estas palabras, se me puede permitir la pregunta en el juego: «Tengan la bondad de decirme cuál de ustedes es el intérprete». Por el contexto parece que significan *Adolescentulus* (León Diácono, l. IV, MS., *apud* Ducange, *Gloss. Graec. medii Ævi*, p. 1570). <<

[227] En la lengua eslavona, el nombre Peristhlaba implicaba una ciudad grande o ilustre, μεγάλη καὶ οὔασ καὶ λεγομένη, dice Ana Comnena (*Alexiada*, l. VII, p. 194). Por su posición entre el monte Haemus y el bajo Danubio, parece que llena el terreno, o al menos la estación de Marcianópolis. La situación de Durostolo, o Drista, es bien conocida y clara (*Comment. Academ. Petropolitanæ*, t. IX, pp. 415, 416; D'Anville, *Géographie Ancienne*, t. I, pp. 307, 311). <<

[228] El manejo político de los griegos, más especialmente con los pazinacitas, se explica en los siete capítulos primeros, de

Administrando Imperio. <<

[229] En la narración de esta guerra, León Diácono (*apud* Pagi, *Crítica*, t. IV, 968-973 d. C.) es más auténtico y circunstanciado que Cedreno (t. II, pp. 660-683) y Zonaras (t. II, pp. 205-214). Estos declamadores han hecho ascender a trescientos ocho mil y trescientos treinta mil hombres aquellas fuerzas rusas, de las cuales había dado el contemporáneo una relación moderada y consistente. <<

[230] Phot., *Epist*. II, núm. 35, p. 58, ed. Monteaut. Era indigno de la erudición del editor el equivocar la nación rusa, τὸ ‘Ρῶς, con un grito de guerra de los búlgaros; ni sentó bien al esclarecido patriarca el acusar a los idólatras eslavones τῆς Ελληνικῆς καὶ ἀθέου δόξης. No eran griegos ni ateos. <<

[231] Levêque ha extractado, de las crónicas antiguas y averiguaciones modernas, la relación más satisfactoria de la religión de los *slavi*, y conversión de Rusia (*Histoire de Russie*, t. I, pp. 35-54, 59, 92, 93, 113-121, 124, 129, 148, 149 y ss.). <<

[232] Véase el *Caeremoniis Aulae et Ecclesiae Byzantinae*, t. II, c. 15, pp. 343-345: el título de Olga, o Elga, es ’Αρχόντισσα ‘Ρωσίας. En cuanto al jefe de los bárbaros, los griegos tomaron caprichosamente el título de un magistrado ateniense con una terminación femenina, que hubiera asombrado el oído de Demóstenes. <<

[233] Véase un fragmento anónimo publicado por Banduri (*Imperium Orientale*, t. II, pp. 112, 113), de *Conversione Russorum*. <<

[234] Cherson, o Corsun, se menciona por Herberstein (*apud* Pagi, t. IV, p. 56) como el punto del bautismo y matrimonio de Wolodomiro; y así la tradición, como las puertas, se han conservado aun en Novgorod. Sin embargo, un viajero

observador transporta las puertas de bronce de Magdeburgo a Germania (*Coxe's Travels into Russia…*, vol. I, p. 452), y cita una inscripción, que al parecer comprueba su concepto. El lector moderno no debe confundir este antiguo Cherson de la península táurica o Crimæa con una ciudad nueva del mismo nombre, que ha tenido origen cerca de la boca del Borístenes, y fue recientemente honrada por el avistamiento memorable de la emperatriz de Rusia con el emperador de Occidente. <<

[235] Consúltese el texto latino, o la versión inglesa, de la excelente *Historia de la Iglesia* por Mosheim, bajo los primeros encabezamientos o secciones de cada uno de estos siglos. <<

[236] En el año 1000, los embajadores de san Esteban recibieron del papa Silvestre, el título de rey de Hungría, con una diadema de artificio griego. Se había apropiado al duque de Polonia, pero los polacos, por confesión propia, eran demasiado bárbaros para merecer una corona angelical y apostólica (Katona, *Hist. Critic. Regum Stirpis Arpadianae*, t. I, pp. 1-20). <<

[237] Escúchense los triunfos de Adán de Bremen (1080 d. C.), cuya sustancia es conforme a la verdad: «Ecce illa ferocissima Danorum, […] natio […] jamdudum novit in Dei laudibus Alleluia resonare […] Ecce populus ille piraticus […] suis nunc finibus contentus est. Ecce patria horribilis semper inaccessa propter cultum idolorum […] praedicatores veritatis ubique certatim admittit», etc. (de *Situ Daniae*, pp. 40, 41, ed. Elzevir; prospecto curioso y original del norte de Europa e introducción del cristianismo). <<

[238] Los grandes príncipes se mudaron de Kiev en el año 1156, que fue destruida por los tártaros en 1240. Moscú llegó a ser el sitio del Imperio en el siglo XIV. Véanse los volúmenes I y II de la *Histoire de Russie*, de Levêque, y los viajes de Coxe en el Norte, t. I, pp. 241 y ss. <<

[239] Los embajadores de san Esteban habían usado las expresiones reverenciales de *regnun, oblatum, debitam obedientiam*, etc., que se interpretaron con el mayor ahínco por Gregorio VII; y católicos húngaros se ven acosados entre la santidad del papa y la independencia de la corona (Katona, *Hist. Critic. Regum Stirpis Arpadia - nae*, t. I, pp. 20-25; t. II; pp. 304, 346, 360 y ss.). <<

[240] Para la historia general de la Italia en los siglos IX y X, me puedo referir con propiedad a los libros V, VI y VII de *Sigonio de Regno Italiae* (en el volumen segundo de sus obras, Milán, 1732); los *Anales* de Baronio, con la *Crítica* de Pagi; los libros VII y VIII de la *Historia Civile del Regno di Napoli* de Giannone; los volúmenes VII y VIII (edición en octavo) de los *Annali d'Italia* de Muratori, y el 2º volumen del *Abrégé Chronologique* de *De san Marc*, obra que, bajo un título superficial, contiene mucha instrucción y esmero eficaz. Pero un lector ya muy acostumbrado me dará crédito para decir que yo mismo he acudido a la fuente, cuantas veces tal empeño podía ser provechoso o accesible; y que he hojeado cuidadosamente los originales en los primeros volúmenes de la gran *Colección* de los *Scriptores Rerum Italicarum* por Muratori. <<

[241] Camilo Pellegrino, docto capuano del último siglo, ha ilustrado la historia del ducado de Benevento, en sus dos libros, *Historia Principum Longobardorum*, en los *Scriptores Rerum Italicarum* de Muratori, t. II, part. I, pp. 221-245 y t. V, pp. 159-245. <<

[242] Véase Constantino, *Porphyrogen. de Thematibus*, l. II, c. XI, en *Vit. Basil.* c. 55, p. 181. <<

[243] La epístola original del emperador Luis II al emperador Basilio, curiosa memoria del siglo, se publicó primero por Baronio (*Annal. Eccles.* 871 d. C., núms. 51-7l), del manuscrito

vaticano de Erchemperto, o más bien del historiador anónimo de Salerno. <<

[244] Véase una excelente *Disertación de República Amalphitana*, en el *Apéndice* (pp. 1-42) de la *Historia Pandectarum* de Enrique Brencman (*Trayecti ad Rhenum*, 1722, en 4º). <<

[245] Vuestro amo, dice Nicéforo, ha dado auxilio y protección *prinminibus Capuano et Beneventano, servis meis, quos oppugnare dispono… Nova (potius nota) res est quod eorum patres et avi nostro Imperio tributa dederunt* (Luitprando, en *Legat*. p. 484). No se hace mención de Salerno; sin embargo, el príncipe cambió su partido por el mismo tiempo, y Camilo Pellegrino (*Script. Rer. Ital*. t. II, part. I, 285) ha deslindado con tino este trueque en el estilo de la crónica anónima. Sobre el fundamento racional de la historia y lenguaje; Luitprando (p. 480) había afianzado la pretensión latina a Apulia y Calabria. <<

[246] Véanse *Glossar. Latin* de Ducange (Κατεπᾶνω, *catapanus*) y sus notas sobre la *Alexiada* (p. 275). Contra la noción contemporánea, que lo deriva de κατά πᾶν, *juxta omne*, lo trata como corrupción del latín *capitaneus*. Sin embargo, De san Marc ha deslindado esmeradamente (*Abrégé Chronologique*, t. II, p. 924) que en este siglo los capitanes no eran *capitanes*, sino solamente nobles de alta categoría, los grandes mandarines de Italia. <<

[247] Οὐ μόνον διὰ πολέμων ἀκριθῶς τεταγμένεν τὸ τοιοῦτον ὑπήγαγε τὸ ἔθνος (los lombardos) ἀλλὰ καὶ ἀγχινοίᾳ χρησάμενος, καὶ δικαιοαύνῃ καὶ χρηστότητι ἐπιεκῶς τε τοῖς προσεροχμὲνοις προσφερόμενος (Leon, *Tactic*, c. XV, p. 741). La breve *Crónica* de Benevento (t. II, part. I, p. 280) da un bosquejo muy diferente de los griegos durante los cinco años (891 d. C.-896 d. C.) que León fue dueño de la ciudad. <<

[248] *Calabriam adeunt, eamque inter se divisam reperientes funditus depopulati sunt, (o depopularunt,) ita ut deserta sit velut in diluvio*. Tal es el texto de Heremperto, o Erchemperto, según las dos ediciones de Caraccioli (*Script. Rer. Ital.* t. V, p. 23) y de Camilo Pellegrino (t. II, part. I, p. 246). Ambas quedaron en extremo escasas cuando fueron reimpresas por Muratori. <<

[249] Baronio (*Annal. Eccles*. 874 d. C., núm. 2) ha sacado esta historia de un manuscrito de Erchemperto, que murió en Capua sólo quince años después del suceso. Pero el cardenal se equivocó por un falso título, y sólo podemos citar la *Crónica anónima* de Salerno (*Paralipomena* c. 110), compuesta a fines del siglo X, y publicada en el segundo volumen de la *Colección* de Muratori. Véanse las *Disertaciones* de Camilo Pellegrino, t. II, part. I, 231-281, etc. <<

[250] Constantino Porfirogénito (en *Vit. Basil.* c. 58, p. 183) es el autor original de esta historia. La pone bajo los reinados de Basilio y Luis II; sin embargo, la reducción de Benevento por los griegos es de 891 d. C., después de la muerte de ambos príncipes. <<

[251] En el año 663, la misma tragedia se describe por Paulo el Diácono (de *Gestis Longobard*. l. V, c. 7, 8, pp. 870, 871, edit. Grot), bajo las murallas de la misma ciudad de Benevento. Pero los actores son diferentes, y la culpa se achaca a los griegos mismos, la cual en la edición bizantina se imputa a los sarracenos. En la última guerra en Germania, D'Assas, oficial francés del regimiento de Auvernia, se dice que se consagró de un modo semejante. Su comportamiento es tanto más heroico cuanto únicamente se le exigía el silencio por parte del enemigo que lo había hecho prisionero (Voltaire, *Siécle de Louis XV*, c. 33, t. IX, p. 172). <<

[252] Teobaldo, a quien Luitprando llama *Heros*, era propiamente

duque de Spoleto y marqués de Camerino, desde el año 926 al 955. El título y empleo de marqués (caudillo de la raya o frontera) fue introducido en Italia por los emperadores franceses (*Abrégé Chronologique*, t. II, pp. 645-732, etc.). <<

[253] Luitprando, *Hist*. l. IV, c. IV, en los *Script. Rer. Ital*. t. I, part. I, pp. 453, 454. Si se pone en duda la marcialidad del cuento, puedo exclamar, con el pobre Sterne, que es arduo el no poder copiar con cautela lo que un obispo pudo escribir sin escrúpulo. ¿Qué tal si hubiese traducido, *ut viris certetis testiculos amputare, in quibus nostri corporis refocillatio*, etc.? <<

[254] Los monumentos originales de los normandos en Italia están recopilados en el volumen V de Muratori, y entre éstos podemos entresacar el poema de Guillermo Apulo (pp. 245-278) y la historia de Gofredo *(Jeffrey)* Malaterra (pp. 537-607). Ambos eran naturales de Francia, pero escribieron sobre el terreno, en el siglo de los primeros conquistadores (antes del 1100 d. C.), y con el desenfado de sujetos independientes. Es inútil recapitular los recopiladores y críticos de la historia italiana, Sigonio, Baronio, Pagi, Giannone, Muratori, san Marco, etc., a los cuales he consultado siempre, y nunca copiado. <<

[255] Algunos de los primeros convertidos fueron bautizados diez o doce veces, a causa del vestido blanco que se acostumbraba dar en esta ceremonia. En el funeral de Rollo, los dones a los monasterios para descanso de su alma iban acompañados de un sacrificio de cien cautivos. Pero en una o dos generaciones, el cambio nacional fue puro y común. <<

[256] La lengua danesa se hablaba todavía entre los normandos de Bayeux en la costa marítima, en tiempo (940 d. C.) que estaba olvidada en Ruan, en la corte y capital. *Quem* (Ricardo I) *confestim pater Baiocas mittens Botoni militiae suae principi nutriendum tradidit, ut, ibi* lingua *eruditus* Danica, *suis*

exterisque hominibus sciret aperte dare responsa (Wilhelm, *Gemeticensis de Ducibus Normannis*, l. III, c. 8, p. 623. edit. Camden). Del idioma nativo y predilecto de Guillermo el Conquistador (1035 d. C.), Salden (*Opera*, t. II, pp. 1640-1656) ha dado una muestra anticuada y oscura aun para los anticuarios y abogados. <<

[257] Véase Leandro Alberti (*Descrizione d'Italia*, p. 250) y Baronio (493 d. C., núm. 43). Si el arcángel heredó el templo y oráculo, quizás la caverna del anciano Calehas el adivino (*Strab. Geograph*. l. VI, pp. 435, 436), los católicos (en esta ocasión) han superado a los griegos en la finura de su superstición. <<

[258] Véase el primer libro de Guillermo Apulo. Sus palabras son aplicables a todo enjambre de bárbaros y saqueadores:

Si vicinorum quis pernitiosus ad illos

Confugiebat eum gratanter suscipiebant:

Moribus et lingua quoscumque venire videbant

Informant propria; gens efficiatur ut una.

Y en otra parte, de los aventureros nativos de Normandía:

Pars parat, exiguae vel opes aderant quia nullae:

Pars, quia de magnis majora subire volebant. <<

[259] Luitprando en *Legatione*, p. 425. Pagi ha ilustrado este suceso de la historia manuscrita del diácono León (t. IV, 965 d. C., núms. 17-19). <<

[260] Véase la *Crónica árabe de Sicilia, apud* Muratori *Script. Rer. Ital*. t. I p. 253. <<

[261] Gofredo Malaterra, que refiere la guerra de Sicilia y la conquista de Apulia (l. I, c. 7, 8, 9, 19). Los mismos sucesos describen Cedreno (t. II, pp. 741-743, 756) y Zonaras (t. II, pp. 237, 238); y los griegos están empedernidos en la afrenta de tal

modo, que sus narraciones son bastante imparciales. <<

[262] Cedreno especifica τάγμα del *Obsequium* (Pyrygia), y μέρος de los tracesianos (Lidia; consúltese Constantino de Thematibus, I, 3, 4 con el mapa de Delisle); y después nombra los psidios, y licaonios con los *foederati*. <<

[263]

Omnes conveniunt; et bis sex nobiliores,

Quos genus et gravitas morum decorabat et aetas,

Elegere duces. Provectis ad comitatum

His alii parent. Comitatus nomen honoris

Quo donantur erat. Hi totas undique terras

Divisere sibi, ni sors inimica repugnet;

Singula proponunt loca quae contingere sorte

Cuique duci debent, et quaeque tributa locorum.

Y después de hablar de Melphi, Guillermo Apulo añade:

Pro numero comitum bis sex statuere plateas,

Atque domus comitum totidem fabricantur in urbe.

León Ostiensis (l. II, c. 67) enumera las divisiones de las ciudades apulias, que es inútil repetir. <<

[264] Gulielm. *Appulus*, l. II, c., 12. según la relación de Giannone (*Historia Civile del Regno di Napoli*, t. II, p. 31), que no me cabe comprobar con el original. El Apulio alaba en verdad sus *validas vires, probitas animi* y *vivida virtus*; y declara que si hubiese vivido, ningún poeta hubiera podido igualar su mérito (l. 1, p. 458; l. 2, p 259). Fue llorado por los normandos, *quippe qui tanti consilii virum* (dice Malaterra, l. I, c. 12, p. 552), *tam armis strenuum, tam sibi munificum, affabilem, morigeratum, ulterius se habere diffidebant*. <<

[265] La *gens astutísima, injuriarum ultrix.... adulari sciens....*

eloquentiis inserviens, de Malaterra (l. I, c. 3, p. 550), son expresivos de la índole popular y proverbial de los normandos. <<

[266] El cazar con perros y halcones pertenece más propiamente a los *descendientes* de los marineros noruegos; aunque podían traer de Noruega e Islandia las mejores castas de halcones. <<

[267] Podemos comparar este retrato con el de Guillermo de Malmesbury (de *Gestis Anglorum*, l. III, p. 101, 102), que aprecia como un historiador filosófico, los vicios y virtudes de los sajones y normandos. Inglaterra aventajó positivamente con la conquista. <<

[268] El biógrafo de León IX derrama un santo veneno sobre los normandos. *Videns indisciplinatam et alienam gentem. Normannorum, crudeli et inaudita rabie, et plusquam pagana impietate, adversus ecclesias Dei insurgere, passim Christianos trucidare*, etc. (Wibert, c. 6). El honesto Apulio (l. II, p. 259) dice serenamente de su acusador: *Veris commiscens fallacia*. <<

[269] La política de los griegos, revuelta de los maniaces, etc., debe colegirse de Cedreno (t. II, pp. 757, 758), Guillermo Apulo (l. I pp. 257, 338; l. II, p. 259) y las dos *Crónicas* de Bari, por Lupo Protospata (Muratori, *Script. Rer. Ital.* t. V, pp. 42, 43, 44), y un escritor anónimo (*Antiquitat. Italiae medii AEvi*, t. I. p. 31-55. Este último es un fragmento de algún valor. <<

[270] Affiro recibió, dice la *Crónica anónima* de Bari, cartas imperiales, *Foederatus et Patriciatus, et Catapani et Vestatus*. En sus *Anales*, Muratori (t. VIII, p. 426) con mucha probabilidad lee, o interpreta, *Sevestatus*, el título de Sebastos o Augusto. Pero en sus *Antigüedades*, Ducange le enseñó a hacerlo un oficio palatino, encargado de guardarropas. <<

[271] Una vida de san León IX, muy atestada de las pasiones y

preocupaciones del siglo, se compuso por Wibert, impresa en París, 1615, en octavo, y después inserta en las colecciones de los bolandistas, de Mabillon y de Muratori. La historia pública y privada de aquel papa está tratada esmeradamente en *De san Marc* (*Abrégé Chronologique*, t. II, p. 140-210, y p. 25-95, segunda columna). <<

[272] Véase la expedición de León IX contra los normandos. Véase Guillermo Apulo (l. II, pp. 259-261) y Gofredo Malaterra (l. I, c. 13, 14, 15, p. 253). Son imparciales, como que la preocupación nacional queda contrapesada con la clerical. <<

[273]

Teutonici, quia caesaris et forma decoros

Fecerat egregie proceri corporis illos,

Corpora derident Normannica quae breviora

Esse videbantur.

Los versos del Apulio están por lo común en ese estilo, aunque se acalora un poco en la batalla. Dos de sus símiles en halconear y en la brujería describen las costumbres. <<

[274] Algunas censuras o quejas respetables salen a luz por *De san Marc* (t. II, p. 200-204). Como Pedro Damiano, el oráculo de los tiempos, había negado a los papas el derecho de hacer la guerra, el ermitaño (*lugens eremi incola*) queda acusado por el cardenal, y Baronio (*Annal. Eccles*. 1053 d. C., núms. 10-17) asegura con la mayor pujanza las dos espadas de san Pedro. <<

[275] El origen y la naturaleza de las investiduras papales están naturalmente desentrañados por Giannone (*Historia Civile del Regno di Napoli*, t. II, pp. 37-49, 57-66) como abogado y anticuario. Con todo se esfuerza en vano en hermanar los deberes de patriota con los de católico, acude a una infructuosa distinción de «Ecclesia Romana non dedit sed accepit» y se

retrae de una honrosa pero peligrosa confesión de la verdad. <<

[276] El nacimiento, el carácter y las primeras acciones de Roberto Guiscardo pueden hallarse en Gofredo Malaterra (l. I, c. 3, 4; II, 16, 17, 18, 38, 39, 40), Guillermo Apulo (l. II, pp. 260-262), Guillermo Gemeticensis o de Junieges (l. XI c. 30. p. 663, 664, edit. Camden) y Ana Comnena (*Alexiada*, l. I. p. 25.-27. l. VI. p. 165, 166), con las Anotaciones de Ducange (Not. en *Alexiada* p. 230-232. 320) que ha apurado todas las crónicas francesas y latinas en busca de noticia suplementaria. <<

[277] ‘Ο δὲ ‘Ρομπέρτος (corrupción griega) οὗτος Νορμάννος γένος, τὴν τύχην ἄσημος (t. I, p. 50). Otra vez ἐξ ἀφανοῦς πανὺ τύχης περιφάνης, y en otra parte (l. IV, p. 84) ἀπὸ ἐσχάτης πενίας καὶ τύχης ἀφανοῦς. Ana Comnena nació en la púrpura; sin embargo, su padre no era más que un súbdito privado, aunque ilustre, que se encumbró al imperio. <<

[278] Giannone (t. II, p. 2) olvida todos sus autores originales, y apoya esta descendencia real en el concepto de Inveges, fraile agustino de Palermo en el siglo último. Continúan la sucesión de duques desde Rollo hasta Guillermo II, el Bastardo o Conquistador, a quien tienen (commúnmente se tiene) por padre de Tancredo de Hauteville, ¡anacronismo el más extraño y estupendo! Los hijos de Tancredo pelearon en Apulia, antes que Guillermo II tuviese tres años de edad (1037 d. C.). <<

[279] El juicio de Ducange es cabal y moderado: *Certe humilis fuit ac tenuis Roberti familia, si ducatem et regium espectemus apicem, ad quem postea parvenit; quae honesta tamen et praeter nobilium vulgarium statum et conditíonem illustris habito est, «quae nec humi reperet nee altum quid tumeret»* (Wilhelm. Malmesbur de *Gestis Anglorum*, l. III, p. 107. Not. ad *Alexiada* p. 230). <<

[280] Citaré con placer algunos de los mejores renglones del Apulio (l. II, p. 270):

Pugnat utraque manu, nec lancea cassa, nec ensis
Cassus erat, quocumque manu deducere vellet.
Ter dejectus equo, ter viribus ipse resumptis.
Major in arma redit, stímulos furor ipse ministrat,
Ut Leo cum frendens, etc.

. . . . . .

Nullus in hoc bello sicuti post bella probatum est
Victor vel victus, tan magnus edidit ictus. <<

[281] Los escritores normandos y editores más versados en su propio idioma interpretan *Guiscard o Wiscad* por *Callidus*, hombre astuto. La raíz *wise* es familiar a nuestro oído; y en la voz antigua *wiseacre* puede discernir algo de un sentido y terminación semejantes. Τὴν ψύχην πανουργότατος no es mala traducción del apellido y carácter de Roberto. <<

[282] La adquisición del título ducal por Roberto Guiscardo es un asunto peliagudo y confuso. Con la sensatez de Giannone, Muratori y san Marc, he procurado formar una relación corriente y probable. <<

[283] Baronio (*Annal. Eccles*. 1059 d. C., núm. 69) ha publicado el acto original. Expresa haberlo copiado del *Liber Censuum*, manuscrito vaticano. Sin embargo, *Liber Censuum* del siglo XII ha sido impreso por Muratori (*Antiquit. medii Ævi*, t. V, p. 815-908); y los nombres de Vaticano y cardenal avivan las sospechas de un protestante y aun de un filósofo. <<

[284] Léase la vida de Guiscardo en los libros segundo y tercero del Apulio, el libro primero y segundo de Malaterra. <<

[285] Las conquistas de Roberto Guiscardo y Roger I, la exención

de Benevento y las XII provincias del reino, las expone lindamente Giannone en el volumen segundo de su *Istoria Civile*, l. IX, X, XI, y l. XVII, pp. 460-470. Esta división moderna no fue establecida antes del tiempo de Federido II. <<

[286] Giannone (t. II, pp. 119-127), Muratori (*Antiquit. medii Ævi*, t. III, dissert. XVII, pp. 935, 936) y Tiraboschi (*Istoria della Letteratura italiana*) han dado una relación histórica de estos médicos; su conocimiento y práctica facultativa deben dejarse a cargo de nuestros doctores. <<

[287] Al fin de la historia *Pandectarum* de Enrique Brenckman (*Trajecti ad Rhenum*, 1722, en 4º) el infatigable autor ha insertado dos disertaciones de Republica Amalphitana, y de Amalphi a Pisanis direpta, que se han labrado sobre los testimonios de ciento cuarenta escritores. No obstante, ha olvidado dos pasajes de los más importantes de la embajada de Luitprando (969 d. C.), que comparan el comercio y navegación de Amalphi con el de Venecia. <<

[288]

Urbs Latii non est hac delitiosior urbe,

Frugibus, arboribus, vinoque redundat; et unde

Non tibi poma, nuces, non pulchra palatia desunt

Non species muliebris abest probitasque virorum.

(Gulielmus Appulus, l. III, p. 267) <<

[289] Muratori atrasa su antigüedad sobre el año (1066) de la muerte de Eduardo el Confesor, el *rex Anglorum* al cual van dedicadas. Ni adolece esta fecha de la opinión, o más bien la equivocación, de Pasquier (*Recherches de la France*, l. VII, c. 2) y Ducange (*Glossar. Latin*). La práctica de consonantear, ya desde el siglo VII, se tomó de las lenguas del Norte y Oriente (Muratori, *Antiquit. medii Ævi* t. III, *dissert*. XI. p. 686-708). <<

[290] La descripción de Amalfi por Guillermo el Apulio (l. III, p. 267) contiene mucha verdad y alguna poesía; y el tercer verso puede aplicarse a la brújula:

Nulla magis locuples argento, vestibus, auro

Portibus innumeris: hac plurímus urbe moratur

Nauta maris coelique via aperire peritus.

Huc et Alexandri diversa feruntur ab urbe

Regis, et Antiochi. Gens haec freta plurima transit

His árabes, Indi, Siculi nascuntur et Afri.

Haec gens est totum prope nobilitita per orbem,

Et mercando ferens, et amans mercata referre. <<

[291] *Latrocinio armigerorum suorum in multis sustentabatur, quod quidem ad ejus ignominiam non dicimus; sed ipso ita praecipiente adhue viliora et reprehensibiliora dicturi sumus ut plaribus patescat, quam laboriosé et cum quanta angustia a profunda paupertate ad summum culmen divitiarum vel honoris attigerit.* Tal es el prefacio de Malaterra (l. I, c. 25) al hurto de caballos. Desde el momento (l. I, c. 19) en que ha mencionado a su padrino Roger, el hermano mayor para en el segundo carácter. Algo de semejante en Velleio Patérculo puede observarse de Augusto y Tiberio. <<

[292] *Duo sibi proficua deputans animae scilicet et corporis si terram Idolis deditam ad cultum divinum revocaret* (Gofredo Malaterra, l. II, c. 1). La conquista de Sicilia se refiere en los tres últimos libros, y el mismo ha dado un exacto sumario de los capítulos (pp. 544-546). <<

[293] Véase la voz *milites*, en el *Glossar. Latin* de Ducange. <<

[294] De particulares varios, aprendí de Malaterra que los árabes habían introducido en Sicilia el uso de los camellos (l. I, c. 33) y

de palomos portadores (c. 42); y que la mordedura de la tarántula provoca una disposición ventosa, *quae per anum inhoneste crepitando emergit*: síntoma que experimentó del modo más ridículo todo el ejército normando en su campo cerca de Palermo (c. 36). Añadiré una etimología nada indigna del siglo XI: *Meseana* se ha derivado de *Messis*, de cuyo punto las mieses de la isla se enviaban en tributo a Roma (l. II, c. 1). <<

[295] Véase la capitulación de Palermo en Malaterra, l. II, c. 45, y Giannone, que advierte la tolerancia general de los sarracenos (t. II, p. 72). <<

[296] Juan León Afer, de *Medicis et Philosophis Arabibus*, c. 14. *apud* Fabric. *Bibliot. Graec*. t. XIII, pp. 278, 279. Este filósofo se llama Esscriph Essachalli, y murió en África, A. H. 516, 1122 d. C. Sin embargo esta historia tiene extraña semejanza con el Scrife al Edrissi, que presentó su libro (*Geographia Nubiensis*, véase el prefacio, pp. 88, 90, 170) a Rogerio, rey de Sicilia, A. H. 548, 1153 d. C. (D'Herbelot, *Biblioteque Orientale*, p. 786. *Vida de Mahomet* por Prideaux, p. 488. Petit de la Croix, *Hist. de Gengiscan*, pp. 535, 556. Casiri, *Bibliot. Arab. Hisp*. t. II, pp. 9-13); y tengo miedo de alguna equivocación. <<

[297] Malaterra nota la fundación de los obispados (l. IV, c. 7), y sacó a luz el original de la bula (l. IV, c. 29). Giannone da una idea raciocinada de este privilegio, y del tribunal de la monarquía de Sicilia (t. II, p. 95-102); y san Marc (*Abrégé Chronologique*, t. III, p. 217-301. Ia. columna) trata el asunto con todo el esmero de un abogado siciliano. <<

[298] En la primera expedición de Roberto contra los griegos, sigo a Ana Comnena (libros 1º, 2º, 3º y 4º de la *Alexiada*), Guillermo Apulio (l. 4º y 5º pp. 270-275) y Gofredo Malaterra (l. III, c. 13, 14, 24-29, 59). Su información es contemporánea y

auténtica, pero ninguno de ellos fue testigo ocular de la guerra. <<

[299] Una de ellas se casó con Hugo, hijo de Azzo, o Axo, marqués de Lombardía, rico, poderoso y noble (Gulielm. Appul. l. III, p. 267) en el siglo XI, y cuyos antepasados en X y XI quedan deslindados por el ahínco crítico de Leibnitz y Muratori. De los dos hijos mayores del marqués Azzo, derivan las ilustres líneas de Brunswick y Este. Véase Muratori, *Antichità Estense*. <<

[300] Ana Comnena, con una marcialidad algo excesiva, alaba y llora a aquel hermoso muchacho, que, después del rompimiento de sus bárbaros desposorios (l. I, p. 23), quedó apalabrado como su marido; fue ἄγαλμα φύσεως... Θεοῦ χειρῶν φιλοτίμημα... χρυσοῦ γένους ἄπορρον. En otra parte, describe lo sonrosado y blanco de su tez, sus ojos de halcón, etc., l. III, p. 71. <<

[301] Ana Comnena, l. I, pp. 28, 29. Gullermo Apulio, l. IV, p. 271. Gofredo Malaterra, l. III, c. 13, pp. 579. 580. Malaterra es más cauto en su estilo; pero el Apulio es audaz y positivo.

Mentibus se Michaelem

Tenerat a Danais quidam seductor ad illum.

Según Gregorio VII había creído, Baronio, casi solo, reconoce al emperador Miguel (1080 d. C., núm. 44). <<

[302] *Ipse armatae militiae non plusquam MCCC milites secun habuisse, ab eis qui eidem negotio interfuerunt attestatur* (Malaterra, l. III, c. 24, p. 583). Éstos son los mismos a quienes el Apulio (l. IV, p. 273) llama los *equestris gens ducis, equites de gente ducis*. <<

[303] Eἷς τριάκουτα χιλιάδας, dice Ana Comnena (*Alexiada*, l. I. p. 57), y su relación concuerda con el número y

cargamento de los buques. *Ivit in Dyorrichium cum* XV *millibus hominum*, dice el *Chronicon Breve Normannicum* (Muratori, *Script. Rer. Ital.*, t. V, p. 278). He procurado despejar estas cuentas. <<

[304] El itinerario de Jerusalén (p. 609, edit Wesseling) da un verdadero y razonable espacio de mil estadios, o cien millas, que con extrañeza duplican Estrabón (l. VI, p. 433) y Plinio (*Hist. Natur*. III, 16). <<

[305] Plinio (*Hist. Natur*. III, 6, 16) concede *quinquaginta* millia para este brevísimo curso, y concuerda con la distancia efectiva desde Otranto hasta la Vallona o Aulon (D'Anville, *Analyse de sa Carte des côtes de la Gréce*, etc. pp. 5-6). Hermolao Barbaro, que sustituye *centum* (Harduin. Not. LXVI en Plin. l. III), podría haber sido enmendado por cualquier piloto veneciano que hubiera salido del golfo. <<

[306] *Infames scopulos Acroceraunia, Horat. carm*. I, 3. El *precipitem Africum decertantem Aquilonibus, et rabiem Noti*, y los *monstra natantia* del Adriático van algo recargados: pero cuando Horacio tiembla por la vida de Virgilio es un monumento interesante en la historia de la poesía y de la amistad. <<

[307] Τῶν δε ε'ις τὸν πώγωνα αὐτοῦ ἐφνβρισὰντωυ (*Alexiada*, l. IV, p. 106).

Sin embargo los normandos se afeitaban la barba, y los venecianos la llevaban: deben haber hecho mofa del barbilampiño Bohemundo: ¡interpretación áspera! (Ducange. Not. ad *Alexiada* p. 283). <<

[308] Muratori (*Annali d'Italia*, t. IX, pp. 136, 137) advierte que algunos autores (Petrus Diacon. *Chron. Casinen*. l. III, c. 49) componen el ejército griego de ciento setenta mil hombres; pero que los *ciento* pueden rebajarse, y que Malaterra cuenta sólo

setenta mil: leve traspuesta. El paso al cual alude está en la *Crónica* de Lupus Protospata (*Script. Rer. Ital.* t. V, p. 45). Malaterra (l. IV, c. 27) habla en términos altos, pero indefinidos, del emperador, *cum copiis innumerabilibus*: como el poeta Apulio (l. IV, p. 272):

More locustarum montes et plana teguntur. <<

[309] Véase Guillermo de Malmesbury de *Gestis Anglorum*, l. II, p. 92. *Alexius fidem Anglorum suspiciens praecipuis familiaritatibus suis eos applicabat, amorem eorum filio transcribens*. Orderico Vitalis (*Hist. Eccles.* l. IV, p. 508; l. VII, p. 641) refiere su emigración de Inglaterra y su servicio en Grecia. <<

[310] Véase el Apulio (l. I, p. 256). El carácter y la historia de estos maniqueos han sido el objeto del capítulo LIV. <<

[311] Véase la sencilla y maestra relación de César mismo (*Cemmentde Bell. Civil.* III, 41-75). Lástima que Quinto Icilio (M. Guichard) no viviese para analizar estas operaciones, como lo ha hecho con las campañas de África y España. <<

[312] παλλὰς, ἄλλη κἀν μὴ ’Αθήνη, que con mucha propiedad ha traducido el presidente Cousin (*Hist. de Constantinople*, t. IV, p. 451 en 12°), *qui combattait comme une Pallas, quoiqu’elle ne fût pas aussi savante que celle d’Athénes*. La diosa griega estaba compuesta de dos caracteres discordes, de Neith, costurera de Sais en Egipto, y de una virgen amazona del lago Tritonio en Libia (Banier, *Mitología* t. IV, pp. 4-31, en 12°). <<

[313] Ana Comnena (l. IV, p. 116) admira, con algún grado de terror, sus prendas varoniles. Eran más familiares a los latinos; y aunque el Apulio (l. IV, p. 275) menciona su presencia y su herida, la representa como mucho menos intrépida.

Uxor in hoc bello Roberti forte sagitta

Quadam laesa fuit: quo vulnere territa nallam
Dum sperabat opem, se paene subegerat hosti.

La última es una palabra fatalísima para una prisionera. <<

[314] Ἀπὸ τῆς τοῦ Ῥομπερτοῦ προηγησαμένης μάχης γινώσκων τὴν πρώτην κατὰ τῶν ἐναντίων ἱππασίαν τῶν Κελτῶν ἀνύποιστον (Ana Comnena, l. V, p. 133); y en otra parte καὶ γὰρ Κελτὸς ἀνήρ πᾶς ἐποχούμενος μέν ἀνύποιστος τὴν ὁρμήν καὶ τὴν δέαν ἐστίν (p. 140). La pedantería de la princesa en la elección de denominaciones clásicas animó a Ducange para atribuir a sus paisanos la índole de los antiguos. *Glossar. Latin*. <<

[315] Supo Protospata (t. III, p. 45) dice seis mil; Guillermo el Apulio, más de cinco mil (l. IV, p. 273). Su comedimiento es singular y loable: ¡con tan poco trabajo habrían podido matar dos o tres millaradas de cismáticos e infieles! <<

[316] Los romanos habían cambiado el malaventurado nombre de *Epidamnus* a Dirrachio (Plin. III, 26); y la corrupción vulgar de Duracio (véase Malaterra) traía algún entronque con *dureza*. Uno de los nombres de Roberto era Durando, un *durando*: ¡pobre ingenio! (Alberic. Monach. en *Chron. apud* Muratori, *Annali d'Italia*, t. IX, p. 137). <<

[317] Βπούχους καὶ ἀκρίδας εἴπεν ἂν τις αὐτούς, [τὸν] πατέρα καὶ [τὸν] υἵον (Ana, l. I, p. 35). Con estos símiles tan diferentes de los de Homero, quiere infundir menosprecio a la par que horror para con el poco dañoso animal, un conquistador. Muy desgraciadamente, la sensatez, o la sandez común del género humano resiste a su loable intento. <<

[318] *Prodift hac auctor Trojanae cladis Achilles*.

La suposición del Apulio (l. V, p. 275) puede disculparse con la poesía más clásica de Virgilio (*Æneid* II, 197), Larisco Achilles, pero no sostenerse con la geografía de Homero. <<

[319] Los τῶν πεδίλων προάλματα, que estorbaban a los caballeros a pie, se han traducido ignorantemente como espuelas (Ana Comnena, *Alexiada*, l. V, p. 140). Ducange ha explicado el verdadero sentido por un modo ridículo e inadecuado, que duró desde el siglo XI hasta el XV. Estos remates, en forma de escorpión, eran a veces dos pies, y se aseguraban a la rodilla con una cadena de plata. <<

[320] La epístola misma (*Alexiada*, l. III, p. 95, 94, 95) merece mucho ser leída. Hay una expresión, ἀστροπέλεκυν δεδεμένον μετὰ χρυσαφίου, que Ducange no entiende. He procurado sacar una significación tolerable: χρυσάφίον es una corona de oro; ἀστροπέλεκυς, lo explica Simón Porcio (en *Lexico Graeco- Barbar*), por κεραυνὸς, πρηστὴρ un relámpago. <<

[321] Para estos acontecimientos generales debo referirme a los historiadores generales Sigonio, Baronio, Muratori, Mosheim, san Marc, etc. <<

[322] Las vidas de Gregorio VII son milagros o invectivas (san Marc, *Abrégé Chronologique*, t. III, p. 235, etc.), y sus obras portentosas o mágicas son igualmente increíbles para un lector moderno. Hallará, según costumbre, alguna instrucción en Le Clerc (*Vie de Hildebrand, Bibliot. ancienne et moderne*, t. VIII), y mucho recreo en Bayle (*Dictionnaire Critique*, Grégoire VII). Aquel papa era sin duda grande hombre, un segundo Atanasio, en una edad más afortunada de la Iglesia. ¿Puedo arrojarme a añadir que el retrato de Atanasio es uno de los pasos de mi historia (vol. III, p. 30, etc.) del que estoy menos descontento? <<

[323] Ana, con el rencor de un cismático griego, la llama κατάπτυστος οὔτος Πάπας (l. I, p. 32), papa, o sacerdote digno de que te escupiesen; y lo acusa de azotar, afeitar, quizás de castrar, a los embajadores de Enrique (pp. 31, 33). Pero este ultraje es inverosímil y dudoso (véase el sensible prefacio de Cousin). <<

[324]

Sic uno tempore victi

Sunt terrae domini duo: rex Alemannicus iste,

Imperii rector Romani maximus ille.

Alter ad arma ruena armis superatur; et alter

Nominis auditi sola formidine cessit:

Es bastante singular que el Apulio, latino, distinguiese el griego como el caudillo del Imperio Romano (l. IV, p. 274). <<

[325] La narración de Malaterra (l. III, c. 37, pp. 587, 588) es auténtica, circunstanciada y hermosa, *Dux ignem exclamans urbe incensa*, etc. El Apulio suaviza el daño (*inde* quibusdam *aedibus exuatis*), que es nuevamente exagerado en algunas crónicas parciales (Muratori, *Annali d'Italia*, t. IX, p. 147). <<

[326] Después de mencionar esta asolación, el jesuita Donato (de *Roma veteri et nova*, l. IV, c. 8. p. 489) añade lindamente: *Duraret hodieque in Coelio monte, interque ipsum et Capitolium, miserabilis facies prostratae urbis, nisi in hortorum vinctorumque amaenitatem Roma resurrexisset, ut perpetua viriditate contegeret vultieri et ruinas suas*. <<

[327] La soberanía de Roberto, prometida o conferida por el papa (Ana, l. I, p. 52), queda harto confirmada por el Apulio (l. IV, p, 270).

Romani regni sibi promisisse coronam

Papa ferebatur.

No puedo entender por qué Gretser y los otros abogados papales deben estar disgustados con este nuevo ejemplo de jurisdicción apostólica. <<

[328] Véase Homero, *Ilíada* B (aborrezco este pedantesco modo de citar por medio de las letras del alfabeto griego) 87, etc. Sus abejas son la imagen de una multitud desordenada: su disciplina y obras públicas parecen ser los conceptos de un siglo más reciente (Virgil., *Æneid*, l. I). <<

[329] Gulielm. Appulus, l. V, p. 276. El admirable puerto de Brindisi era doble; el puerto exterior era un golfo cubierto por una isla, y estrechándose por grados, hasta comunicar por una gola angosta con el puerto interior, que abrazaba la ciudad por ambos lados. César y la naturaleza han trabajado en su ruina; y contra tales agentes, ¿qué son los débiles esfuerzos del gobierno napolitano? (*Viajes de Swinburne a las dos Sicilias*, vol. II, pp. 384-390). <<

[330] Guillermo de Apulia (l. V, p. 276) describe la victoria de los normandos y olvida las dos derrotas previas, que diligentemente recuerda Ana Comnena (l. VI, p. 159, 160, 161). Por su parte, ella inventa o exagera una cuarta acción, para dar a los venecianos venganza y recompensa. Sus mismos arranques eran muy diferentes, pues depusieron a su dux, *propter excidiam stoli* (Dándolo en *Chron*. en Muratori, *Script. Rer. Ital.*, t. XII, p. 249). <<

[331] Los escritores más auténticos, Guillermo de Apulia (l. V, 277), Gofredo Malaterra (l. III, c. 41, p. 589) y Romualdo de Salerno (*Chron*. en Muratori, *Script. Rer. Ital.* t. VII) ignoran este crimen, tan aparente a nuestros paisanos Guillermo de Malmesbury (l. III, p. 107) y Roger de Hoveden (p. 710 en *Script. Post Bedam*); y el último puede decir cómo el justo Alejo

se casó con su cómplice, la coronó y la quemó viva. El historiador inglés es a la verdad tan ciego, que pone a Roberto Guiscardo, o Wiscard, entre los caballeros de Enrique I, el cual subió al trono quince años después de la muerte del duque de Apulia. <<

[332] La alegre Ana Comnena derramó flores sobre el sepulcro de un enemigo (*Alexiada*, l. V, p. 162-166), y su mejor alabanza es la estimación y envidia de Guillermo el Conquistador, soberano de su familia. *Græcia* (dice Malaterra) *hostibus redentibus libera laeta quievit: Appulia, tota sive Calabria turbatur*. <<

[333] *Urbs Venusina nitet tantis decorata sepulchris* es uno de los últimos versos del poema del Apulio (l. IV, p. 728). Guillermo de Malmesbury (l. III, p. 107) inserta un epitafio sobre Guiscardo que no es digno de copiarse. <<

[334] Sin embargo, Horacio debía pocas obligaciones a Venusia: fue llevado a Roma en su niñez (*Serm*. I, 6), y sus repetidas alusiones al dudoso límite de Apulia y Lucania (*Carm*. III, 4; *Serm*. II, 1) son indignas de su edad y numen. <<

[335] Véanse Giannone (t. II, pp. 88-93) y los historiadores de la primera cruzada. <<

[336] El reinado de Roger y los reyes normandos de Sicilia llena cuatro libros de la *Istoria Civile* de Giannone (t. II, l. XI - XIX, p. 136-340) y está desparramado por los volúmenes IX y X de los *Annali d'Italia* de Muratori. En la *Bibliotéque Italique* (t. I, pp. 175-222) hallo un extracto útil de Capacelatro, napolitano moderno, que ha compuesto, en dos volúmenes, la historia de su país desde Roger I hasta Federico II, inclusive. <<

[337] Según el testimonio de Filisto y Diodoro, el tirano Dionisio de Siracusa podía mantener una fuerza permanente de diez mil caballos, cien mil infantes y cuatrocientas galeras. Compárese

Hume (*Ensayos*, vol. 1, pp. 268, 435) con su antípoda Wallace (*Numbers of Mankind*, pp. 306, 307). Las ruinas de Agrigento son el tema de todo viajero: D'Orville, Reidesel, Swinburne, etc. <<

[338] Un historiador contemporáneo de los actos de Roger desde 1127 hasta 1135, encuentra su merecimiento en el mérito y el poder, el consentimiento de los barones y la antigua soberanía de Sicilia y Palermo, sin introducir al papa Anacleto (Alexand. *Coenobii Telesini Abbatis de Rebus gestis Regis Rogerii*, lib. IV, en Muratori, *Script. Rer. Ital.* t. V, pp. 607-645). <<

[339] Los reyes de Francia, Inglaterra, Escocia, Castilla, Aragón, Navarra, Suecia, Dinamarca y Hungría. Los tres primeros eran más antiguos que Carlomagno; los tres siguientes fueron creados por sus espadas; los tres últimos, por su bautismo; y de éstos el rey de Hungría sólo fue honrado o humillado por una corona papal. <<

[340] Facello y una multitud de sicilianos habían imaginado una coronación más temprana e independiente (1° de mayo de 1130 d. C.), que Giannone desecha de mala gana (t. II, pp. 137-144). Esta ficción queda impugnada con el silencio de los contemporáneos, sin que pueda ser restablecida por una escritura espuria de Mesina (Muratori, *Annali d'Italia*, t. IX, p. 540. Pagi, *Crítica*, t. IV, pp. 467, 468). <<

[341] Roger sobornó la segunda persona del ejército de Lotario, que tocó, o más bien gritó, una retirada, pues los germanos (dice Cinamo, l. III, c. I, p. 51) ignoran el uso de las trompetas. ¡Ignorantísimo él mismo! <<

[342] Véase de Guignes, *Hist. Générale des Huns*, t. I, pp. 369-373 y Cardonner *Hist. de l'Afrique*, etc. *sous la Dominatión des árabes*, t. II, p. 70-144. Su original común parece ser Novairi. <<

[343] *Tripoli* (dice el geógrafo de la Nubia, o más propiamente el Sherif al Edrisi) *urbs fortis, saxeo muro vallata, sita prope littus maris. Hanc expugnavit Rogerius, qui mulieribus captivis ductis, viros peremit*. <<

[344] Véase la *Geografía* de León Africano (en Ramusio, t. I, fol. 74 verso, fol. 75 recto), y los *Viajes de Shaw* (p. 110), el VII libro de Tuano, y el XI del Abate de Vertot. La posesión y defensa de la plaza fue ofrecida por Carlos V, y sabiamente evitada por los caballeros de Malta. <<

[345] Pagi ha deslindado cabalmente las conquistas africanas de Rogerio; y su crítica fue suplida por su amigo el Abate de Longuerue con algunas memorias arábigas (1147 d. C., núms. 26, 27; 1148 d. C. núm. 46; 1153 d. C., núm. 16). <<

[346] *Appulus et Calaber, Siculus mihi servit et Afer*.

Orgullosa inscripción que denota que los conquistadores normandos fueron bastante distinguidos de sus súbditos cristianos y moslemos. <<

[347] Hugo Falcando (*Hist. Sicula*, en Muratori *Script. Rer. Ital*. t. VII, pp. 270, 271) atribuye estas pérdidas a la negligencia o traición del almirante Majo. <<

[348] El silencio de los historiadores sicilianos, que acaban demasiado pronto o empiezan demasiado tarde, debe suplirse por Otón de Frisingen, germano (de *Gestis Frederici I*, l. I, c. 33, en Muratori *Script. Rer. Ital*. t. VI, p. 668), el veneciano Andrés Dándolo (*Id.* t. XII, p. 282-285) y los escritores griegos Cinamo (l. III, c. 2-5) y Nicetas (en Manuel. l. III, c. 1-6). <<

[349] A este semiapresamiento y acelerado rescate, aplico παρ' ὀλίγον ἦλθε τοῦ ἁλῶναι, de Cinamo, l. II, c. 19, p. 49. Muratori, sobre testimonio tolerable (*Annali d'Italia*, t. IX, pp. 420, 421), se ríe de la delicadeza de los franceses, que mantienen

marisque nullo impediente periculo ad regnum proprium reversum esse; sin embargo advierto que su abogado, Ducange, es menos positivo como comentador de Cinamo que como editor de Joinville. <<

[350]*In palatium regitun sagittas igneas injecit*, dice Dándolo; pero Nicetas, l. II, c. 8, p. 66, las transforma en βέγη ἀργψρέονς ἓχοντα ἀτράκτονς, y añade que Manuel llamó este insulto παίγνιον, y γέλωτα... λῃστεύοντα. Estas saetas, por el compilador, Vicente de Beauvais, son de nuevo transformadas en oro. <<

[351] Para la invasión de Italia, que Nicetas casi pasa por alto, véase la historia más esmerada de Cinamo (l. IV, c. 1-15, pp. 78-101), que introduce una difusa relación por una profesión elevada, περί τε Σικελίας, καὶ τῆς Ἰταλῶν ἐσκέπτετο γῆς, ὡς καὶ ταύτας Ῥωμαίοις ἀνασώσαιτο. <<

[352] El latino Otón (de *Gestis Frederici* I, l. II, c. 50, p. 734) atestigua la falsificación; el griego Cinamo (l. IV, c. 1, p. 78) pide una promesa de restitución de Conrado y Federico. Un acto de fraude siempre es creíble cuando se dice de los griegos. <<

[353]*Quod Anconitani Graecum imperium nimis diligerent… Veneti speciali odio Anconam oderunt*. La causa del amor, acaso de la envidia, fueron los beneficios, *flumen aureum* del emperador; y la relación latina se confirma con Cinamo (l. IV, c. 14, p. 98). <<

[354] Muratori menciona los dos sitios de Ancona; el primero, en 1167, contra Federico I en persona (*Annali d'Italia*, t. X, p. 39, etc.); el segundo, en 1175, contra su lugarteniente cristiano, arzobispo de Mentz, hombre indigno de su nombre y profesión

(p. 76, etc.). Del segundo poseemos una relación original, que ha publicado en su gran colección (t. VI, pp. 921-946). <<

[355] Sacamos esta anécdota de una crónica anónima de Fossa Nova, publicada por Muratori (*Script. Rer. Ital.* t. VII, p. 874). <<

[356] El Βασίλειον σημεῖον de Cinamo (l. IV, c. 44, p. 99) es susceptible de este doble sentido. Un estandarte es más latino, una imagen más griega. <<

[357] *Nihilominus quoque petebat, ut quia occasio justa et tempus opportunum et acceptabile se obtulerant, Romani corona imperii a sancto apostolo sibi redderetur; quoniam non ad Frederici Alemanni, sed ad suum jus asseruit pertinere* (*Vit. Alexandri* III, Cardena. *Arragoniae*, en *Script. Rer. Ital.*, t. III, par. 1, p. 458). Su segunda embajada fue acompañada *cum immensa multitudine pecuniarum*. <<

[358] *Nimis alta et perplexa sunt* (*Vit. Alexandri* III, pp. 460, 46l), dice el cauto papa. <<

[359] Μηδὲν μετὸν εἶναι λέγων Ῥώημ τῃ νεωτέρᾳ πρὸς τὴν πρεσβυτέραν, πάλαι ἀποῤῥαγεισῶν (Cinamo, l. IV, c. 14, p. 99). <<

[360] En su libro VII Cinamo describe la guerra de Venecia, que Nicetas no ha juzgado digna de su atención. Las relaciones italianas, que no satisfacen nuestra curiosidad, son referidas por el analista Muratori, bajo los años 1174, etc. <<

[361] Esta victoria se menciona en Romualdo de Salerno (en Muratori, *Script. Rer. Ital.* t. VII, p. 194). Es harto extraño que en la alabanza del rey de Sicilia Cinamo (l. IV, c. 13, pp. 97, 98) es mucho más vehemente y copioso que Falcando (pp. 268, 270). Pero el historiador griego está apasionado por la descripción, y el historiador latino no lo está por Guillermo el

Malo. <<

[362] Por la epístola de Guillermo I véanse Cinamo (l. IV, c. 15, pp. 101, 102) y Nicetas (l. II, c. 8). Es difícil afirmar si estos griegos se engañaron a sí mismos o al público en estos lisonjeros retratos de la grandeza del Imperio. <<

[363] Solamente puedo citar de testimonio original las pobres crónicas de Ricardo de Cremona (p. 603) y de Fossa Nova (p. 875) como están publicadas en el tomo VII de los historiadores de Muratori. El rey de Sicilia envió sus tropas contra *nequitiam Andronici… ad acquirendum imperium C. P. erant capti aut confusi… decepti captique*, por Isaac. <<

[364] Por la falta de Cinamo, estamos ahora reducidos a Nicetas (en Andrónico, l. I. c. 7, 8, 9; l. II, c. 1, en Isaac Ángelo, l. I, c. 1-4), que ya llega a ser contemporáneo respetable. Como sobrevivió al emperador y al Imperio se sobrepone a la lisonja, pero la caída de Constantinopla exasperó sus preocupaciones contra los latinos. En honor de la erudición observaré que el gran comentador de Homero, Eustatis, arzobispo de Tesalónica, jamás quiso desamparar a su rebaño. <<

[365] La Historia Sicula de Hugo Falcando, que propiamente se extiende desde 1154 hasta 1169, está inserta en el VII volumen de la colección de Muratori (t. VII, pp. 259-344), y precedida de un elocuente prefacio o epístola (pp. 251-258) de *Calamitatibus Siciliae*. Falcando mereció apellidarse el Tácito de Sicilia; y después de una humillación justa, pero inmensa, desde el siglo I hasta el XII, de senador a monje, no quisiera desapropiarle su título: su narración es vehemente y despejada; su estilo, audaz y elegante; su observación, aguda; había estudiado el género humano, y siente como hombre. Sólo puedo desaprobar el estrecho y estéril campo en que se han echado sus tareas. <<

[366] Los laboriosos benedictinos (*l'Art de vérifier les dates*, p. 896) son de opinión de que el verdadero nombre de Falcando es Fulcando, o Foucault. Según ellos, Hugo Foucault, francés de nacimiento, y al fin abate de san Dionisio, había seguido a Sicilia a su patrono Esteban de la Perche, tío de la madre de Guillermo II, arzobispo de Palermo y gran canciller del reino. Sin embargo, Falcando tiene todos los arranques de un siciliano: y el título de *alumno* (que se da a sí mismo) parece indicar que nació, o a lo menos fue educado, en la isla. <<

[367] Falcand, p. 305. Ricardo de san Germán empieza su historia desde la muerte y alabanzas de Guillermo II; después de algunos epítetos hueros, continúa así: *Legis et justitiae cultus tempore sno vigebat in regno; sua erat quilibet sorte contentus*; (¿eran mortales?) *ubique pax, ubique securitas, nec latronum metuebat viator insidias, nec maris nauta offendícula piratarum* (*Script. Rer. Ital.* t. VII, p. 969). <<

[368] *Constantia, prinlis a cunabulis in deliciarum tuarum affluentia diutius educata, tuisque institutis, doctrinis et moribus informata, tandem opibus tuis Barbaros delatura discessit: et nunc cum ingentibus copiis revertitur, ut pulcherrima nutricis ornamenta barbarica faeditate contaminet… Intueri mihi jam videor turbulentas barbarorum acies… civitates opulentas et losa diuturna pace florentia, inetu concutere, caede vastare, rapinis atterere, et foedare luxuria: hinc cives aut gladiis intercepti, aut servitute depressi, Oirgines constupratae matronae*, etc. <<

[369] *Certe si regem non dubiae virtutis elegerint, nec a Sarracenis Christiani dissentiant, poterit rex creatus rebus licet quasi desperatis et perditis subvenire, et incursus hostium, si prudenter egerit, propulsare*. <<

[370] *In Apulis, qui, semper novitate gaudentes, novarum rerum studiis aguntur, nihil arbitror spei aut fiduciae reponendum*. <<

[371] *Si civium tuorum virtutem et audaciam attendas murorum etiam ambitum densis turribus circumseptum.* <<

[372] *Cum crudelitate piratica Theutorium confligat atrocitas, et inter combustos lapides, Æthnae flagrantis incendia*, etc. <<

[373] *Eam partem, quam nobilissimarum civitatum fulgor illustrat, quae et toti regno singulari meruit privilegio praeminere, nefarium esset… vel barbarorum ingressu pollui*. Deseo transcribir su florida, pero curiosa, descripción del palacio, la ciudad, y la lozanísima llanura de Palermo. <<

[374] *Vires non suppetunt, et conatus tuos tam inopia civium, quam paucitas bellatorum elidunt.* <<

[375] *At vero, quia difficile est Christianos in tanto rerum turbine sublato regis timore sarracenos non opprimere, si Sarraceni injuriis fati gati ab eis coeperint dissidere, et castella forta maritima vel voltanas munitiones occupaverint; ut hinc cum Theutonicis summa virtute pugnandum illinc Saracenis crebris insultibus ocurrendum, quid putas acturi sutit Siculi inter has depressi angustia; et velut inter malleum et incudem multo cum discrimine constituti? hoc utique agent quod poterunt, ut se Barbaris miserabili conditione dedentes, in eorum se conferant potestatem. O utinam plebis et procerum, Christianorum et sarracenorum vota conveniant; ut regem sibi concorditer eligentes, barbaros totis viribus, toto conanine, totisque desiderfis proturbare contendant*. Los normandos y los sicilianos parece que están confundidos. <<

[376] El testimonio de un inglés acerca de Rogerio de Hoveden (p. 689) será de poco peso contra el silencio de la historia alemana e italiana (Muratori, *Annali d'Italia*, t. X, p. 156). Los sacerdotes y peregrinos que volvieron de Roma ensalzaron, por cada cuento, la omnipotencia del santo padre. <<

[377] *Ego enim in eo cum Teutonicis manere non debeo* (Caffari,

Annal. Genuenses, en Muratori, *Script. Rer. Ital.*, t. VI. p. 367,368). <<

[378] En cuanto a los sarracenos de Sicilia y Nocera, véanse los *Annali d'Italia* de Muratori (t. X, pp. 449 y 1223 d. C., 1247 d. C., Giannone t. II, p. 385), y de los originales, en la colección de Muratori, Ricardo de san Germán (t. VII, p. 996), Matteo Spinelli de Giovenazzo (t. VII, p. 1064), Nicolás de Jamsilla (t. X, p. 494) y Matteo Villani (t. XIV, l. VII, p. 103). El último de estos insinúa que en reducir a los sarracenos de Nocera Carlos II de Anjou empleó más bien el artificio que la fuerza. <<

[379] Muratori cita un paso de Arnoldo de Lubec (l. IV, c. 20). *Repeterit thesauros absconditos, et omnem lapidam pretiosorum et gemmarum gloriam, ita ut oneratis 160 somariis, gloriose ad terrain suam redierit*. Rogerio de Hoveden, que menciona la violación de las tumbas y los cadáveres reales, calcula el despojo de Salerno en doscientas mil onzas de oro (p. 746). En estas ocasiones, estoy casi tentado de exclamar, con la oyente en *La Fontaine*: «Je voudrais bien avoir ce qui manque». <<

[380] Debo su índole e historia a D'Herbelot (*Bibliothèque Orientale, Mahmud*, pp. 533-537), De Guignes (*Histoire des Huns*, t. III, pp. 155-173) y nuestro paisano el coronel Alexander Dow (vol. I, pp. 23-83). En los dos primeros volúmenes de su *Historia del Indostán*, se denomina traductor de la Ferishta persa; pero en su texto florido, no es fácil distinguir la versión del original. <<

[381] La dinastía de los Sumánides continuó ciento veinticinco años, 874-999 d. C., bajo diez príncipes. Véase su sucesión y exterminio en las tablas de De Guignes (*Hist. des Huns*, t. I, pp. 404-406). Siguiéronles los Gaznevidas, 999-1183 d. C. (véase el t. I, pp. 239, 240). Su división de naciones suele trastornar la

serie del tiempo y lugar. <<

[382] *Ghaznah hortos non habet: est emporiumet domicilium mercaturae Indicae*. Abulfedae Geograph. Reiske, tab. XXIII, p. 349; D'Herbelot, p. 364. No aportó por allá viajero alguno moderno. <<

[383] Por el embajador del califa de Bagdad, quien se valió de una voz árabe o caldea, que significa *señor y dueño* (D'Herbelot, p. 825). Se interpreta Αὐτοκράτωρ, Βασιλεύς Βασιλέων por los escritores bizantinos del siglo XI; y el nombre (Σουλτανὸς, Soldano) se usa familiarmente en las lenguas griega y latina, después de haber pasado de los Gaznevidas a los Seljukios y otros emires de Asia y Egipto. Ducange (*Dissertation* XVI; sur Joinville, pp. 238-240, *Gloss. Graec. et Latin*.) se afana por hallar el dictado de sultán en el antiguo reino de Persia, pero sus pruebas son meras sombras; un nombre propio en los *Temas* de Constantino (II, 11), anticipación de Zonaras, etc., y una medalla de Kai Khosrou, no (como él cree) el Sasánida del siglo VI, sino el Seljukio de Iconio del XIII (De Guignes, *Hist. des Huns*, t. I, p. 246). <<

[384] Ferishta (*apud* Dow, *Hist. of Hindostan*, vol. I, p. 49) menciona la respuesta de un *cañón* en el ejército indiano, pero como soy tardío en creer este uso prematuro (1008 d. C.) de la artillería, tengo que escudriñar primero el texto, y luego la autoridad de Ferishta, que vivió en la corte del mogol en el último siglo. <<

[385] Kinnouge, o Canouge (la antigua Palimbothra) está señalada en la latitud de 27° 3', y longitud de 80° 13'. Véase D'Anville (*Antiquité de l'Inde*, pp. 60-62), corregido por el conocimiento local del mayor Rennell (en su excelente Mémoir sobre su *Map of Hindostan*, pp. 37-43): trescientos joyeros, treinta mil tiendas para la nuez de areca, sesenta mil bandas de músicos, etc.

(Abulfed. Geograph. tab. XV, p. 274; Dow, vol. I, p. 169), facilitará una amplia deducción. <<

[386] Los idólatras de Europa, dice Ferishta (Dow, vol. I, p. 66). Consúltense Abulfeda (p. 272) y el *Mapa del Indostán* de Rennell. <<

[387] D'Herbelot, *Bibliothèque Orientale*, p. 527. Sin embargo estas cartas, apotegmas, etc., raras veces son el lenguaje del corazón o los motivos de acción pública. <<

[388] Por ejemplo, un rubí de cuatrocientos cincuenta miskals (Dow, vol. I, p. 53), o seis libras y tres onzas [2,84 kg]: el mayor en la tesorería de Delhi pesaba diecisiete miskals (Voyages de Tavernier, partie II, p. 280). Es verdad que en el Oriente todas las piedras coloradas se llaman rubíes (p. 355), y que Tavernier vio tres más grandes y preciosas entre las joyas de *notre grand roi, le plus puissant et plus magnifique de tous les rois de la terre* (p. 376). <<

[389] Dow, vol. I, p. 65. Se dice que el soberano de Kinoge había poseído dos mil quinientos elefantes (Abulfeda, *Geograph*. tab. XV, p. 274); por estas historias indianas, el lector puede corregir cierta nota en mi primer volumen o por aquella nota enmendar estas historias. <<

[390] Véase una pintura adecuada y natural de estas costumbres pastoriles, en la historia de Guillermo, arzobispo de Tiro (l. I, c. VII, en las *Gesta Dei per francos*, pp. 633, 634), y una preciosa nota por el editor de la *Histoire Généalogique des Tatars*, pp. 535-538. <<

[391] Las primeras emigraciones de los turcomanos y dudoso origen de los Seljukios, pueden rastrearse en la laboriosa *Historia de los hunos*, por De Guignes (t. I, *Tables Chronologiques*, l. V, t. III; l. VII, IX, X), y la *Bibliothèque Orientale* de D'Herbelot (pp.

799-802, 897-901), Elmacín (*Hist. Saracen.*, pp. 331-333), y Abulfaragio (Dynast, pp. 221, 222). <<

[392] Dow, *Hist. of Hindostan*, vol. I, pp. 89, 95-98. He copiado este paso como una muestra de las costumbres persas; pero malicio que por alguna rara fatalidad el estilo de Ferishta se ha mejorado con el de Osian. <<

[393] El Zendekan de D'Herbelot (p. 1028), el Dindaka de Dow (vol. I, p. 97), es probablemente el Dandanekan de Abulfeda (Geograph., p. 345, Reiske), corta ciudad de Jorasán, a dos jornadas de Marú, y célebre en el Oriente por la producción y manufactura de algodón. <<

[394] Los historiadores bizantinos (Cedreno, t. II, pp. 766, 767; Zonaras, t. II, p. 255; Nicéforo Briennio, p. 21) han confundido, en esta revolución, la verdad del tiempo y lugar, de los nombres y personas, de las causas y sucesos. La ignorancia y desbarros de estos griegos (que no me detendré en desenredar) pueden inspirar alguna desconfianza de la historia de Ciaxares y Ciro, y se dice por sus más elocuentes predecesores. <<

[395] Guillermo de Tiro, l. I, c. 7, p. 633. La adivinación por las flechas es antigua y famosa en el Oriente. <<

[396] D'Herbelot, p. 801. Con todo, después del engrandecimiento de su posteridad, Seljuk llegó a ser el trigésimo cuarto en descendencia por línea del gran Afrasiab, emperador de Touran (p. 800). La genealogía tártara de la casa de Gengis dio diferente viso a la lisonja y fábula; y el historiador Mirkhod entronca los Seljukios de Alankavah con la madre virgen (p. 801, col. 2). Si son los mismos que los *Zalzuts* de Abulgijaz Bahadur Khan (*Hist. Généalogique*, p. 148), citamos en su favor el testimonio de más peso de un príncipe tártaro mismo, el descendiente de Gengis, Alankavah, o Alanku, y

Oguz Khan. <<

[397] Por una leve alteración, Togrul Beg es el Tangroli-pix de los griegos. Su reinado e índole asoman al vivo en D'Herbelot (*Bibliothèque Orientale*, pp. 1027, 1028) y De Guignes (*Hist. des Huns*, t. III, pp. 189-201). <<

[398] Cedreno, t. II, pp. 774, 775. Zonaras, t. II, p. 257. Con su usual conocimiento de los negocios orientales, describen al embajador como un *sherif*, quien como el *syncello* del patriarca, era el vicario y sucesor del califa. <<

[399] De Guillermo de Tiro he tomado esta distinción de turcos y turcomanos, que al menos es popular y adecuada. Los nombres son los mismos, y la adición de *mano* es de la misma entidad en los idiomas persa y teutónico; pocos críticos adoptarán la etimología de Jaime de Vitry (*Hist. Hierosol*. l. I, c. 11, p. 1061) de turcomanos, casi *turcos* y comanos, pueblo mezclado. <<

[400] *Hist. Générale des Huns*, t. III, pp. 165, 166, 167. De Guignes cita a Abulmahasen, historiador de Egipto. <<

[401] Consúltese la *Bibliothèque Orientale*, en los artículos de los *Abatidas, Caher* y *Caiem*, y los *Anales* de Elmacín y Abulfaragio. <<

[402] Esta curiosa ceremonia la debo a De Guignes (t. III, pp. 197, 198), y aquel docto autor la debe a Bondari, que compuso en lengua arábiga la historia de los Seljukios (t. V, p. 365). Ignoro su edad, país y carácter. <<

[403] *Eodem anno* (A. H. 455) *obiit princeps Togrulbecus […] rex fuit clemens, prudens, et peritus regnandi, cujus terror corda mortalium invaserat, ita ut obedirent ei reges atque ad ipsum scriberent*. Elmacín, *Hist. Saracen*, p. 342, vers. *Erpenii*. <<

[404] Por lo tocante a estas guerras de los turcos y romanos, véanse en general las historias bizantinas de Zonaras y Cedreno;

Scylitzes, el continuador de Cedreno; y Nicéforo Briennio César. Los dos primeros eran monjes; los dos últimos, estadistas; sin embargo, tales eran los griegos, que la diferencia de estilo y carácter apenas es discernible. En cuanto a los orientales, son inmensos como siempre en la riqueza de D'Herbelot (véanse los títulos de los primeros Seljukios) y la exactitud de De Guignes (*Hist. des Huns*, t. III, l. X). <<

[405] Ἐφέρετο γάρ ἐν Τούρκοις, λόγος ὡς εἴη πεπρωμένον καταστραφῆναι τὸ Τούρκων γένος ὑπό τῆς τοιύτης δυνάμεως, ὁποίαν ὁ Μακεδών Αλέξανδρος ἔχων κατεστρέψατο Πέρσας Cedreno, t. II, p. 791. La credulidad del vulgo es siempre probable; y los turcos habían aprendido de los árabes la historia o leyenda de Escander Dulcarnein (D'Herbelot, p. 317, etc.). <<

[406] Οἴτὴν Ἰβηρίαν καὶ Μεσοποταμίαν, καὶ τὴν παρακειμένην οἰκοῦσιν Ἀρμενίαν καὶ οἴ τήν Ἰουδαϊ κήν τοῦ Νεστοριοῦ καὶ τὼν Ἀκεφάλων θρησκεύουσιν αἴρεσιν (*Scylitzes, ad calcem Cedreni*, t. II, p. 834, cuya construcción ambigua no me inducirá a maliciar que confundiese las herejías nestoriana y monofisita). Habla familiarmente μηνις, χόλος, ὀργή, Θεοῦ, calidades, como debe temer, muy extrañas del Ente perfecto; pero su preocupación se ve precisada a confesar que poco después se descargaron sobre los ortodoxos romanos. <<

[407] Si el nombre de los *jeodios* hubiese sido conocido por los griegos (Stritter, *Memoriæ Byzant*. t. IV, Ibérica), lo derivaría de su agricultura como Σκυθαί γεωργοί de Herodoto (l. IV, c. 18, p. 289, edit. Wesseling) Pero aparece únicamente desde las Cruzadas, entre los latinos (Jac a Vitriaco, *Hist. Hierosol*, c. 79, p. 1095) y orientales (D'Herbelot, p. 407), y se tomó devotamente de san Jorge de Capadocia. <<

[408] Mosheim, Institut. Hist. Eccles, p. 632. Véanse en los *Viajes* de Chardin (t. I, pp. 171-174) las costumbres y religión de esta hermosa pero indigna nación. Véase la genealogía de sus príncipes desde Adán hasta el siglo presente, en las *Tablas* de De Guignes (t. I, pp. 433-438). <<

[409] Esta ciudad se menciona en Constantino Porfirogénito (de *Administrat. Imperii*, l. II, c. 44, p. 119) y los bizantinos del siglo XI, bajo el nombre de Mautzikierte, y por algunos se confunde con Teodosiópolis; pero Delisle, en sus notas y mapas, ha fijado muy acertadamente la situación. Abulfeda (Geograph. tab. XVIII, p. 310) describe Malazkerd como ciudad corta construida con piedra negra y surtida de agua, sin árboles, etc. <<

[410] Los uzos de los griegos (Stritter, *Memor. Byzant.* t. III, pp. 923-948) son los gozz de los orientales (*Hist. des Huns*, t. II, p. 522; t. III, p. 123, etc.), Aparecen en el Danubio y el Volga; en Armenia, Siria y Jorasán, y el nombre parece haberse extendido a toda la ralea turcomana. <<

[411] Urselio (el Ruselio de Zonaras) descuella en Gofredo Malaterra (l. II, c. 33) entre los conquistadores normandos de Sicilia, y con el sobrenombre de *Baliol*; y nuestros historiadores dirán cómo los *baliols* vinieron de Normandía a Durham, construyeron el castillo de Bernardo sobre el Tees, se casaron con una heredera escocesa, etc. Ducange (Not. ad Nicephor. Bryennium, l. II, núm. 4) ha ahincado en el asunto en honor del presidente de Bailleul, cuyo padre había trocado la espada por la toga. <<

[412] Elmacín (p. 343, 344) deslinda este número probable, que Abulfaragio reduce a quince mil (p. 227) y D'Herbelot (p. 102) a doce mil caballos, pero el mismo Elmacín da trescientos mil hombres al emperador, de quien Abulfaragio dice: *Cum centum hominum millibus, multisque equis et magna pompa instructus*. Los griegos se desentienden por lo más de todo esmero numérico. <<

[413] Los escritores bizantinos no hablan tan a las claras de la presencia del sultán: encargó sus fuerzas a un eunuco, se había retirado a una distancia, etc. ¿Es ignorancia, celos o verdad? <<

[414] Era hijo de César Juan Ducas, hermano del emperador Constantino (Ducange, *Fam. Byzant.*, p. 165). Nicéforo Briennio ensalza sus virtudes y achica sus yerros (l. I, pp. 30, 38; l. II, p. 53). Sin embargo, confiesa su encono hacia Romano, οὐ πανὺ δὲ φιλίως ἔχων πρὸς Βασιλέα. Scylitzes habla más terminantemente de su traición. <<

[415] Esta circunstancia que leemos, y de la cual dudamos, en Scylitzes y Constantino Manasses, queda omitida más cuerdamente por Nicéforo y Zonaras. <<

[416] El rescate y tributo se apoyan en la razón y los orientales. Los demás griegos callan ruborosamente; pero Nicéforo Briennio se atreve a afirmar que los términos eran οὐκ ἀνάξιας Ῥωμαίων, y que el emperador hubiera preferido la muerte a un tratado vergonzoso. <<

[417] La derrota y el cautiverio de Romano Diógenes pueden hallarse en Juan Scylitzes ad calcem Cedreni, t. II, pp. 835-843; Zonaras, t. II, pp. 281-284; Nicéforo Briennio, l. I, pp. 25-32; Glycas, pp. 325-327; Constantino Manasses, p. 134; Elmacín, *Hist. Saracen*, pp. 343, 344; Abulfarag. Dynast, p. 227; D'Herbelot, pp. 102, 103; De Guignes, t. III, pp. 207-211. A más de mi antiguo conocido Elmacín y Abulfaragio, el historiador de los hunos ha consultado Abulfeda, y su compendiador Benschounah, *Crónica de los califas*, por Soyouthi, Abulmahasen de Egipto y Novairi de África. <<

[418] Esta muerte interesante está referida por D'Herbelot (pp. 103, 104) y De Guignes (t. III, pp. 212, 213), de sus escritores orientales; pero ninguno de ellos ha sostenido el brío de Elmacín (*Hist. Saracen*, pp. 344, 345). <<

[419] Un crítico de alta nombradía (el reciente Dr. Johnson), que ha escudriñado ahincadamente los epitafios de Pope, podía cavilar en esta sublime inscripción a las palabras «ida a Marú», pues el lector debía estar ya en Marú, antes de poder leer el letrero. <<

[420] La *Bibliothèque Orientale* ha dado el texto del reinado de Malek (pp. 542, 543, 544, 654, 655); y la *Histoire Générale des Huns* (t. III, pp. 214-224) ha añadido la medida usual de la

repetición, enmienda y suplemento. Sin estos dos instruidos franceses, hubiera quedado por cierto a ciegas en el mundo oriental. <<

[421] Véase un excelente discurso, al fin de la *Historia de Nadir Shah* por sir William Jones, y los artículos de los poetas Amak, Anvari Raschidi, etc. en la *Bibliothèque Orientale*. <<

[422] Su nombre era Kheder Khan. Cuatro talegas fueron puestas alrededor de su sofá, y como escuchó el canto, arrojó puñados de oro y plata a los poetas (D'Herbelot, p. 107). Todo esto puede ser cierto; mas no alcanzo cómo reinó en Transoxiana en el tiempo de Malek Shah, y mucho menos cómo Kheder pudo superarlo en poderío y pompa. Malicio que el principio, no el fin, del siglo XI es la verdadera era de su reinado. <<

[423] Véase Chardin, *Voyages en Perse*, t. II, p. 235. <<

[424] La era jelalea (Gelaledin, Gloria de la Fe, era uno de los nombres o títulos da Malek Shah) se fija al 15 de marzo, A. H. 471 (1079 d. C.). El Dr. Hyde ha producido los testimonios originales de los persas y árabes (*de Religione veterum persarum*, c. 16, pp. 200-211). <<

[425] Habla de ésta soberanía persa comoa ἀπάσης κακοδαιμονέστερον πενίας. Ana Comnena sólo tenía nueve años al fin del reinado de Malek Shah (1092 d. C.), y cuando habla de su asesinato confunde al sultán con el visir (*Alexiada*, l. VI, pp. 177, 178). <<

[426] Tan oscura que el desempeño de De Guignes pudo únicamente copiar (t. I, p. 244; t. III, part. I, p. 269, etc.) la historia, o más bien la lista, de los Seljukios de Berman en la *Bibliothèque Orientale*. Fueron extinguidos antes del fin del siglo XII. <<

[427] Tavernier, quizás el único viajero que ha visitado Kerman,

describe la capital como una gran población arruinada, a veinticinco jornadas de Ispahán y veintisiete de Ormuz, en medio de un país fértil (*Voyages en Turquie et en Perse*, pp. 107, 110). <<

[428] Aparece por Ana Comnena que los turcos del Asia Menor obedecieron el sello privado y *chiauss* del gran sultán (*Alexiada*, l. VI, p. 170), y que los dos hijos de Solimán quedaron detenidos en su corte (p. 180). <<

[429] Esta expresión viene citada en *Petit de la Croix* (*Vie de Gengiscan*, p. 161) de algún poeta, con la mayor probabilidad persa. <<

[430] Sobre la conquista del Asia Menor, De Guignes no ha sacado auxilio de los escritores turcos o árabes, que producen una lista descarnada de los Seljukios de Roum. Los griegos no quieren patentizar su vergüenza, y debemos sacar algunas apuntaciones de Scylitzes (p. 860, 863), Nicéforo Briennio (pp. 88, 91, 92, etc.; 103, 104) y Ana Comnena (*Alexiada*, pp. 91, 92, etc.; 168, etc.). <<

[431] Tal es la descripción de Roum por Haiton el armenio, cuya historia tártara puede hallarse en las colecciones de Ramusio y Bergeron (véase Abulfeda, *Geograph. climat*. XVII, pp. 301-305). <<

[432] *Dicit cos quemdam abusione sodomitica intervertisse episcopum* (Guibert. Abbat., *Hist. Hierosol*. l. I, p. 468). Es bastante singular que hallásemos un paso parecido del mismo pueblo en el siglo presente. *Il n'est point d'horreur que ces Turcs n'aient commis, et semblables aux soldats effrénés, qui dans le sac d'une ville, non contents de disposer de tout à leur gré, prétendent encore aux succés les moins désirables. Quelques Sipahis ont porté leurs attentats sur la personne du vieux rabbi de la synagogue, et celle de l'Archevéque Grec* (Mémoires du Baron de Tott, t. II, p. 193). <<

[433] El emperador, o el abate, describen las escenas de un campo turco cual si las hubiesen presenciado. *Matres correptae in conspectu filiaruin multipliciter repetitis diversoruin coitibus vexabantur* (¿es ésa la verdadera lectura?); *eum filiae assistentes carmina praeecinere saltando cogerentur. Moi eadem passio ad filias*, etc. <<

[434] Véase Antioquía, y la muerte de Solimán, en Ana Comnena (*Alexiada*, l. VI, pp. 168, 169), con las notas de Ducange. <<

[435] Guillermo de Tiro (l. I, c. 9, 10, p. 635) da la relación más auténtica y deplorable de estas conquistas turcas. <<

[436] En su epístola al conde de Flandes, Alexio se apea demasiado de su señorío y dignidad; sin embargo, viene aprobado por Ducange (Not. ad *Alexiada*, p. 335, etc.), y parafraseado por el abate Guibert, historiador contemporáneo. El texto griego ya no existe; y cada traductor y escritor puede decir con Guibert (p. 475), «verbis vestita meis», privilegio de la más indefinida latitud. <<

[437] Nuestro mejor fondo para la historia de Jerusalén desde Heraclio hasta las cruzadas se halla en dos pasos extensos y originales de Guillermo, arzobispo de Tiro (l. I, c. 1-10; l. XVIII, c. 5, 6), el principal autor de los *Gesta Dei per francos*. De Guignes ha compuesto una eruditísima *Mémoire sur le commerce des François dans le Levant avant les Croisades*, etc. (*Mém. de l'Académie des Inscriptions*, t. XXXVII, pp. 467-500). <<

[438] *Secundum dominorum dispositionem, plerumque lucida plerumque nubila recepit intervalla, et aegrotantiurn more temporum praesentium gravabatur aut respirabat qualitate* (l. I, c. 3, p. 630). La latinidad de Guillermo de Tiro de ningún modo es despreciable; pero en su cómputo de cuatrocientos noventa años, desde la pérdida hasta el recobro de Jerusalén, se propasa

de la verdadera cuenta en treinta años. <<

[439] En cuanto a las relaciones de Carlomagno con la Tierra Santa, véase Eginhard (de Vitâ Caroli Magni, c. 16, pp. 79-82), Constantino Porfirogénito (de Administratione Imperii, l. II, c. 26, p. 80) y Pagi (*Crítica*, t. III, 800 d. C., núms. 13, 14, 15). <<

[440] El califa concedió sus privilegios: *Amalphitanis viris amicis, et utiflum introductoribus* (Gesta Dei, p. 934). El comercio de Venecia a Egipto y Palestina no puede producir un título tan antiguo, a menos que adoptemos la risible traducción de un francés que equivocó las dos facciones del circo (Veneti et Prasini) con los venecianos y parisienses. <<

[441] Una crónica arábiga de Jerusalén (*apud* Asseman, *Biblioth. Orient*. t. I, p. 628. t. IV, p. 368) atestigua la incredulidad del califa y del historiador; sin embargo, Cantacuzeno acude arrojadamente a los mahometanos mismos, tras la verdad de este milagro perpetuo. <<

[442] En sus *Disertaciones* sobre la historia eclesiástica, el docto Mosheim ha ventilado separadamente este supuesto milagro (t. II, pp. 214-306), *de lumine sancti sepulchri*. <<

[443] Guillermo de Malmesbury (l. IV, II, p. 209) cita el itinerario del monje Bernardo, testigo ocular que visitó Jerusalén en 870 d. C. El milagro queda corroborado por otro peregrino algunos años más antiguo; y Mosheim atribuye la invención a los francos, poco después de la muerte de Carlomagno. <<

[444] Nuestros viajeros Sandys (p. 134), Thevenot (pp. 621-627), Maundrell (pp. 94, 95), etc., describen esta farsa extravagante. Los católicos se ven apurados para decidir *cuándo* acabó el milagro y empezó la patraña. <<

[445] Los orientales mismos confiesan el fraude, y abogan por la necesidad y edificación (Mémoires du Chevalier D'Arvieux, t. II,

p. 140; Joseph Abudacni, *Hist. Copt.*, c. 20); pero no intentaré, con Mosheim, desentrañar el modo. Nuestros viajeros se han llevado un chasco con respecto a la sangre de san Genaro en Nápoles. <<

[446] Véanse D'Herbelot (*Biblioth. Orientale*, p. 411), Renaudot (*Hist. patriarch. Alex.*, pp. 390, 397, 400, 401), Elmacín (*Hist. Saracen*, pp. 321-323), y Marei (pp. 384-386), historiador de Egipto, traducido por Reiske del árabe al alemán, y que me interpretó verbalmente un amigo. <<

[447] La religión de los drusos yace encubierta por su ignorancia e hipocresía. Sus doctrinas secretas se ciñen al predestinado que profesa una vida contemplativa; y los drusos vulgares, de suyo indiferentes, por casualidad se conforman con el culto de los mahometanos y cristianos de su vecindad. Lo poco que es, o merece ser sabido, puede verse en el activísimo Niebuhr (*Voyages*, t. II, pp. 354-357) y el segundo volumen de los *Viajes recientes e instructivos* de De Volney. <<

[448] Véase Glaber, l. III, c. 7. y los *Anales* de Baronio y Pagi, 1009 d. C. <<

[449] *Per idem tempus ex universo orbe tam innumerabilis multitudo cæpit confluere ad sepulchrum Salvatoris Hierosolymis, quantum nullus hominum prius sperare poterat. Ordo inferioris plebis […] mediocres […] reges et comites […] praesules […] mulieres inultae nobiles cum pauperioribus […] Pluribus enim erat mentis desiderium mori priusquam ad propria reverterentur* (Glaber, l. IV, c. 6; Bouquet, *Historians of France*, t. X, pp. 50). <<

[450] Glaber, l. III, c. 1. Kartona (Hist. Critic. Regum Hungariae, t. I, pp. 304-311) examina si san Esteban fundó un monasterio en Jerusalén. <<

[451] Baronio (1064 d. C., núms. 43-56) ha transcrito la mayor

parte de las narraciones originales de Ingulfa, Mariano y Lamberto. <<

[452] Véanse Elmacín (*Hist. Saracen.*, pp. 349, 350) y Abulfaragio (*Dynast.*, p. 237. vers. Pocock). De Guignes (*Hist. des Huns*, t. III, part. I, pp. 215, 216) añade los testimonios, o más bien los nombres, de Abulfeda y Novairi. <<

[453] Desde la expedición de Isar Atsiz (A. H. 469-1076 d. C.) hasta la expulsión de los ortokidas (1096 d. C.). Sin embargo, Guillermo de Tiro (l. I, c. 6, p. 633) asegura que Jerusalén estuvo treinta y ocho años en manos de los turcos; y una crónica arábiga, citada por Pagi (t. IV, p. 202), supone que la ciudad fue reducida por un general carizmio a la obediencia del califa de Bagdad, A. H. 465, 1070 d. C. Estas fechas tempranas no son muy compatibles con la historia general de Asia; y estoy seguro de que desde 1064 d. C., el *regnum Babylonicum* (del Cairo) aún prevaleció en Palestina (Baronio, 1064 d. C., núm. 56). <<

[454] De Guignes, *Hist. des Huns*, t. I, pp. 249-252. <<

[455] Guillermo de Tiro, l. I, c. 8, p. 634, que se afana mucho por ensalzar las penas de los cristianos. ¡Los turcos exigieron un *áureo* de cada peregrino! El *caphar* de los francos es ahora de catorce duros; y Europa no se queja de esta tasa voluntaria. <<

[456] Bastante extravagante es el origen del nombre de *picardos*, y de aquí el de *Picardía*, que no data antes del 1200 d. C. Era una chanza académica, un epíteto que se aplicó primero al humor pendenciero de aquellos estudiantes, en la Universidad de París, que vinieron de la frontera de Francia y Flandes (Valesii Notitia Galiarum, p. 447; Longuerue, *Description de la France*, p. 54). <<

[457] Guillermo de Tiro (Willermus Tyrensis) (l. I, c. II, pp. 637, 638) describe al ermitaño de este modo: *Pusillus, persona*

contemptibilis, vivacis ingenii et oculum habens perspicacem gratumque, et sponte fluens ei non deerat eloquium. Véanse Albertus Aquensis, p. 185; Guibertus, p. 482; Ana Comnena en la *Alexiada*, l. X, p. 284, etc., con notas de Ducange, p. 349. <<

[458] *Ultra quinquaginta millia, si me possunt in expeditione pro duce et pontifice habere, armata manu volunt in inimicos Dei insurgere et ad sepulclirum Dornini ipso dijeente pervenire* (Gregor. VII; epist. II, 31 en t. XII, p. 322, *concil.*). <<

[459] Véanse las vidas originales de Urbano II por Pandulfo Pisano y Bernardo Guido, en Muratori, *Rer. Ital. Script*. t. III, part. I, pp. 352, 353. <<

[460] Es conocida por los diferentes nombres de Praxeles, Euprecia, Eufrasia y Adelais; y era hija de un príncipe ruso, y viuda de un margrave de Brandemburgo. Struv. Corpus Hist. Germanicæ, p. 340. <<

[461] *Henricus odio eam ceepit habere: ideo incarceravit eam, et concessit ut pierique vim, ei inferrent: inamo filiuna hortans ut cam subagitaret* (Dodechin, Continuait. Marian Scot. *apud* Baron. 1093, núm. 4). En el sínodo de Constancia, la describe Bertoldo como *rerum inspector: quæ se tantas et taín inauditas fornicationum spurcitias et a tantis passam fuisse conquesta est*, etc. Y en Plasencia: *satis miscricorditer suscæpit eo quod ipsana tanta spurcitias nota, tam commississe quam invitam pertulisse pro certo cognoverit papa cuna saneta synodo*. Apud Baron. 1093 d. C., núm. 4; 1094 d. C., núm. 3. Raro motivo para la inefable decisión de un papa y concilio. Estas abominaciones repugnan a todo principio de naturaleza humana que no esté alterado por una disputa acerca del uso de los anillos y báculos. Parecería sin embargo que la miserable fue tentada por los sacerdotes a referir o suscribir algunas historias infames de sí y de su marido. <<

[462] Véase la narración y actos del sínodo de Plasencia, Concil. t.

XII, p. 821, etc. <<

[463] Guibertus, francés igualmente, alaba la piedad y valor de la nación francesa, autora y ejemplo de las cruzadas: *Gens nobilis, prudens, belficosa, dapsilis et nitida… Quos enim Britones*, Anglos, *Ligures, si bonis eos moribus videamus, non illico* francos homines *appellemus*? (p. 478). Confiesa no obstante que la vivacidad de los franceses degenera en petulancia entre los extranjeros (p. 483) y vana locuacidad (p. 502). <<

[464] *Per viam quam jamduduan Carolus Magnus mirificus rex francorum aptari fecit usque C. P.* (*Gesta francorum*, p. 1; Rober. Monach. *Hist. Hieros*. l. I, p. 33, etc.). <<

[465] Juan Tilpino, o Turpino, era arzobispo de Reims, 773 d. C. Después del año 1000, se compuso este romance en su nombre, por un monje de los confines de Francia y España; y tal era la idea del mérito eclesiástico que se describe a sí mismo como un sacerdote peleando y ¡bebiendo! Sin embargo el libro de mentiras fue declarado auténtico por el papa Calixto II (1122 d. C.), y es citado respetuosamente por el abate Sugerio en las grandes *Crónicas* de san Dionisio (Fabric. *Bibliot. Latín. medii Ævi*, edit. Mansi, t. IV, p. 461). <<

[466] Véase *État de la France*, por el gonde de Boulainvilliers, t. I, pp. 180-182, y el segundo volumen de las *Observations sur l'Histoire de France*, por el abate de Mably. <<

[467] En las provincias al mediodía del Loire, a los primeros *capecíos* apenas se les concedía una supremacía feudal. De todas partes, Normandía, Bretaña, Aquitania, Borgoña, Lorena y Flandes, contrajeron el nombre y los límites de la *propia* Francia. Véase Adriano Vales. Notilia Galliarum. <<

[468] Estos condes, última rama de los duques de Aquitania, fueron al fin despojados de la mayor parte de su país por Felipe

Augusto. Los obispos de Clermont llegaron a ser por grados príncipes de la ciudad, *Melanges tirés d'une grande Bibliothéque*, t. XXXVI, p. 288, etc. <<

[469] Véanse los actos del concilio de Clermont, *Concil.* t. XII p. 829, etc. <<

[470] *Confluxerunt ad concilium e multis regionibus, viri potentes et honorati, innumeri quamvis cingulo laicalis militiæ superbi* (Baldricus, testigo ocular, pp. 86-88; Robertus Monachus, pp. 31, 32; Wíllermus Tyr. l. 14, 15, pp. 659-641; Guibertus, pp. 478-480; Fulcherius Carnotensis, p. 382). <<

[471] La tregua de Dios (Treva, o Treuga Dei) se inventó primero en Aquitania, 1032 d. C.; fue vituperada por algunos obispos como una ocasión de perjurio, y desechada por los normandos como contraria a sus privilegios (Ducange, *Gloss. Latin.*, t. VI, pp. 682-685). <<

[472] *¡Deus vult, Deus vult!* era la pura aclamación del clero que entendía el latín (Robertus Monachus l. I, p. 52), Por los legos indoctos, que hablaban el idioma *provincial* o *limosin*, fue corrompida en *Deus lo volt, o Diex el volt*. Véase Chron. Casinense, l. IV, c. II, p. 497; en Muratori, *Script. Rerum Ital.*, t. IV; y Ducange (*Dissertat*. XI, p. 207; *sur* Joinville, y *Gloss*. t. II, p. 690), que, en su prefacio, saca a luz una muestra muy ardua del dialecto de Rovergue, 1100 d. C., muy cercano, en tiempo y lugar, al concilio de Clermont (pp. 15, 16). <<

[473] Lo más común sobre los hombros, en oro, seda o paño, cosido sobre sus vestidos. En la primera cruzada todas eran encarnadas; en la tercera, los franceses solos conservaron aquel color, mientras que las cruces verdes fueron adoptadas por los flamencos, y las blancas por los ingleses (Ducange, t. II, p. 651). Sin embargo en Inglaterra, el encarnado asoma siempre como el

predilecto, y, por decirlo así, es el color nacional de nuestras insignias y uniformes militares. <<

[474] Bongarsio, que ha publicado los escritos originales de las cruzadas, se allana con suma condescendencia al fanático título de Guibertus, *Gesta imi per francos*; aunque algunos críticos proponen leer *Gesta* Diaboli *per francos* (Hanoviæ, 1611, dos tomos en folio). Enumeraré brevemente, cual se hallan en esta colección, los autores que he consultado para la primera cruzada. I. Gesta francorum. II. Robertus Monachus. III. Baldricus. IV, Raimundus de Agiles. V. Albertus Aquensis. VI. Fulcherius Carnotensis. VII. Guibertus. VIII. Willermus Tyrensis. Muratori nos ha dado IX. Radulphus Cadomensis *de Gestis Tancredi* (*Sript. Rer Ital*. t. V, pp. 285-333) y X. Bernardus Thesaurarius *de Acquisitione Terræ Sanctæ* (t. VII, pp. 664-848).

El último de éstos fue desconocido a un historiador francés moderno que ha dado una lista copiosa y crítica de los escritores de las cruzadas (*Esprit des Croisades*, t. I, pp. 13-141) la mayor parte de cuyos juicios mi propia experiencia me permitirá ratificar. Tardé en recabar un repaso de los historiadores franceses recopilados por Duchesne. I. Petri Tudebodi Sacerdotis Sivracensis Historia de Hierosolymitano Itinere (t. IV, pp. 773-815) ha sido trasfundido en el primer escritor anónimo de Bongarsio. II. La Historia métrica de la primera cruzada, en siete libros (pp. 890-912), es de poco valor o monta. <<

[475] Si el lector quiere volver a la primera escena de la primera parte de Enrique IV, verá en el texto de Shakespeare los arranques naturales del entusiasmo; y en las notas del doctor Johnson, las obras de un ánimo ciegamente preocupado, aunque pujante, ansioso de toda pretensión para aborrecer y perseguir a los que desdicen de su creencia. <<

[476] El sexto discurso de Fleury (*Hist. Eccles*., pp. 223-264)

contiene una ojeada prolija y racional sobre las causas y efectos de las cruzadas. <<

[477] La penitencia, indulgencias, etc. de la Edad Media están ampliamente desentrañadas por Muratori (*Antiquitat. Italiæ medii Ævi*, t. V, dissert. LXVIII, pp. 709-768) y en M. Chais (*Lettres sur les jubilées et les Indulgences*, t. II, *lettres* 21 *et* 22, pp. 478-556), con esta diferencia: que los abusos de la superstición se exponen suave, acaso desmayadamente, por el docto italiano, y se ensalzan desaforadamente por el ministro holandés. <<

[478] Schmidt (*Histoire des Allemands*, t. II, pp. 211-220, 452-462) da un extracto de la Penitencial de Rhegino en el siglo IX, y de Barchard en el X. En un año se perpetraron en Worms treinta y cinco asesinatos. <<

[479] Hasta el siglo XII, podemos tolerar la relación clara de doce *denadii*, o Kniques, al *solidus*, o shelin; y veinte *solidi* a la libra de peso de plata, cerca de la libra esterlina. Nuestra moneda se ha disminuido a un tercio, y la francesa a un quincuagésimo, de su valor primitivo. <<

[480] Todo siglo de azotes quedó santificado con la recitación de un salmo, y todo el Salterio con el acompañamiento de quince mil azotes era equivalente a cinco años. <<

[481] La vida y hechos de Santo Domingo Loricato fue compuesta por su amigo y celebrador, Pedro Damian. Véanse Fleury, *Hist. Ecclés*. t. XIII, pp. 96-104; Baronio, 1056 d. C., núm. 7, quien observa de Damiano cuán de moda se hizo, aun entre las señoras de calidad (*sublimis generis*), esta expiación (*purgatorii genus*). <<

[482] A una cuarta parte, o aun a medio real cada azote, Sancho Panza era un operario más barato, y quizás no más taimado. Recuerdo en Père Labat (*Voyages en Italie*, t. VII, pp. 16-29) una

pintura muy viva de la maña de uno de estos artistas. <<

[483] *Quicunque pro sola devotione, non pro honoris vel pecuniæ adeptiene, ad liberandam ecciesiam Dei Jerusalem profectus fuerit, iter illud pro omni pænitentia reputetur*. *Canon. Concil.*, Claromont. II, p. 829. Guibertus lo llama *novuni salutis genus* (p. 471), y es casi filosófico sobre el asunto. <<

[484] Tal era a lo menos la creencia de los cruzados, y tal es el estilo uniforme de los historiadores (*Esprit des Croisades*, t. III, p. 477). Pero la oración para el descanso de sus almas es incompatible en la teología católica con los méritos del martirio. <<

[485] Las mismas esperanzas campearon en las cartas de los aventureros *ad animandos qui in Francia residerant*. Hugh de Reiteste podía jactarse de que su parte ascendía a una abadía y diez castillos, del valor anual de mil quinientos marcos, y que adquiriría cien castillos por la conquista de Alepo (Guibertus, pp. 554, 555). <<

[486] En su carta efectiva o supuesta al conde de Flandes, Alejo mezcla con el peligro de la Iglesia y las reliquias de los santos, el *auri et argenti amor, y pulcherrimarum fæminarum voluptas* (p. 476); cual si las griegas, dice el indignado Guibertus, fuesen más hermosas que las francesas. <<

[487] Véanse los privilegios de los *Crucesignati*, libertad de deuda, usura, injuria, justicia secular, etc. El papa era su guardián perpetuo (Ducange, t. II, pp. 651, 652). <<

[488] Guibertus (p. 481) va retratando al vivo este ímpetu general. Él fue uno de los pocos contemporáneos que tuvo bastante alcance para escribir las asombrosas escenas que estaban pasando a su vista. *Erat itaque videre miraculum, caro omnes enlere, aique vili vendere*, etc. <<

[489] Se dan algunos ejemplos de estos *stigmata* en el *Esprit des Croisades* (t. III, p. 169, etc.), de autores que no he visto. <<

[490] *Fuit et aliud scelus detestabile in hac congregatione pedestris poptili stulti et vesanæ levitatis*, anserem *quemdam divino spiritu asserebaut afflatum, et* capellam *non minus eodem repletam, et has sibi duces secundæ viæ fecerant*, etc. (Albertus Aquensis, l. I, c. 31, p. 196). Si estos patanes hubiesen fundado tal imperio, podrían haber introducido, como en Egipto, el culto de los irracionales, que sus filósofos descendientes hubieran glosado con alguna alegoría vistosa y sutil. <<

[491] Benjamín de Tudela describe el estado de sus hermanos los judíos desde Colonia a lo largo del Rin: eran ricos, generosos, doctos, caritativos, y vivían en la mayor esperanza del Mesías (*Voyage*, t. I, pp. 243-245 por Baratier). En setenta años (escribió sobre el 1770 d. C.) se habían recobrado de aquella matanza. <<

[492] Esta carnicería y saqueo sobre los judíos, que se renovaban en cada cruzada, se refieren *con frescura*. Es verdad que san Bernardo (epist. 363, t. I, p. 329) aconseja a los francos orientales: *non sunt persequendi Judæi, non sunt trucidandi*. La doctrina contraria había sido predicada por un monje competidor. <<

[493] Véase la descripción contemporánea de Hungría en Otón de Frinsingen, l. II, c. 31 en Muratori, *Script. Rerum Italicarum*, t. VI, pp. 665, 666. <<

[494] Los antiguos húngaros, sin exceptuar a Turotzio, están mal informados de la primera cruzada, que agolpan en un solo tránsito. Katona, como nosotros mismos, sólo puede citar a los escritores de Francia; pero compara con la ciencia local la geografía antigua y moderna. *Ante portam Cyperon* es Sopron o

Poson; *Mellevilla*, Zemlin; *Fluvius Maroe*, Savo, *Lintax*, Leith; *Mesebroch, o Merseburg*, Ouar o Moson; *Tollenburg*, Pragi; (de *Regibus Hungarix*, t. III, pp. 19-53). <<

[495] Ana Comnena (*Alexiada*, l. X, p. 287) describe esta ὀστῶν κολωνός como una montaña ὑψηλόν καὶ βάθος καὶ πλάτος ἀξιολογώτατον. En el sitio de Niza, los usaron los francos mismos como materiales de una muralla. <<

[496] Véase el cuadro con las principales referencias a la primera cruzada en las pp. 146 y 147. <<

[497] El autor del *Esprit des Croisades* ha dudado, y puede haber dejado de creer, de la cruzada y trágica muerte del príncipe sueco, con mil quinientos o quince mil dinamarqueses, el cual fue destruido por el sultán Solimán en Capadocia, pero que aún vive en el poema del Taso (t. IV, pp. 111-115). <<

[498] Los fragmentos de los reinos de Lotharingia, o Lorena, se dividieron en dos ducados, de la Mosela y del Mosa: el primero ha conservado su nombre, el segundo se ha cambiado por el de Brabante (Vales. Notit. Gall, pp. 283-288), <<

[499] Véanse en la Descripción de Francia, por el abate de Longuerue, los artículos de *Boulogne*, part I, p. 54; *Brabant*, part II, pp. 47, 48; *Bullón*, p. 134. A su partida, Godofredo vendió o empeñó Bullón a la Iglesia por mil trescientos marcos. <<

[500] Véase el carácter de la familia de Godofredo en Guillermo de Tiro, l. IX, c. 5-8; su intento previo en Guibertus (p. 485); su enfermedad y voto, en Bernardo Thesaur (c. 78). <<

[501] Ana Comnena supone que Hugo estaba engreído con su nobleza, riquezas y poderío (l. X, p. 288); los dos últimos artículos parecen más equívocos; pero un ἐυγενεία que hace setecientos años era famoso en el palacio de Constantinopla atestigua el señorío antiquísimo de la familia Capetia de Francia.

<<

[502] Will. Gemeticenses, l. VII, c. 7, pp. 672, 673, en *Camden Normanicis*. Empeñó el ducado por una centésima parte del actual rédito anual. Diez mil marcos pueden equivaler a quinientas mil libras, y la Normandía rinde anualmente cincuenta y siete millones al rey (Necker, *Administration des Finances*, t. I, p. 287). <<

[503] Su carta original a su mujer está inserta en el Spicilegium de Dom. Luc. D'Acheri, t. IV, y citada en el *Esprit des Croisades* t. I, p. 63. <<

[504] *Unius enim, duun, trium seu quatuor oppidorum dominos quis numeret? Quorum tanta fuit copia, ut non vix totidem Trojana obsidio, coegisse putetur* (siempre el agudo e interesante Guibertus, p. 486). <<

[505] Es bastante singular que Raimundo de san Giles, segundo personaje en la historia fundamental de las cruzadas, descollase como el primero de los héroes en los escritos de los griegos (Ana Comnen., *Alexiada*, l. X, XI) y de los árabes (Longueruana, p. 129). <<

[506] *Omnes de Burgundia, et Alverni, et Vasconia, et Gothi* (de *Languedoc*), *provinciales appellabantur, cæteri vero Francigenæ et hoc in exercitu: inter hostes autem Franci dicebantur*. Raimundo de Agiles, p. 144. <<

[507] La ciudad de su nacimiento fue consagrada a san Egidio, cuyo nombre, desde la primera cruzada, fue corrompido por los franceses en san Gilles o san Giles. Está situada en el bajo Languedoc, entre Nimes y el Ródano, y aún se precia de una Iglesia colegiata de la fundación de Raimundo (*Mélanges tirés d'une grande bibliotéque*, t. XXXVII, p. 54). <<

[508] La madre de Tancredo era Emina, hermana del gran

Roberto Guiscardo; su padre, el marqués Odón el Bueno. Es bastante singular que la familia y la patria de tan ilustre persona fuesen desconocidas; pero Muratori conjetura atinadamente que era italiano, y acaso de la alcurnia de los marqueses de Monferrato en Piamonte (*Script.* t. V, pp. 281, 282). <<

[509] Para satisfacer la pueril vanagloria de la casa de Este, Taso ha insertado en su poema, y en la primera cruzada, un héroe fabuloso, el bravo y amoroso Rinaldo (X, 75; XVII, 66-94). Pudo tomar su nombre de un Rinaldo con el Aquila bianca Estense, que venció, como el portaestandarte de la Iglesia romana, al emperador Federico I (*Storia Imperiale di Ricobaldo*, en Muratori *Script. Ital.* t. IX, p. 560; Ariosto, *Orlando Furioso*, III, 30). Pero: 1. La distancia de sesenta años entre la juventud de los dos Rinaldos anonada su identidad. 2. La *Storia Imperiale* es una falsificación del conde Boyardo, al fin del siglo XV (Muratori, pp. 281-289). 3. Este Rinaldo y sus proezas no son menos quiméricos que el héroe del Taso (Muratori, *Antichita Estense*, t. I, p. 350). <<

[510] De las palabras *gentilis, gentilhomme, gentleman*, se producen dos etimologías: 1. De los bárbaros del siglo V, los soldados, y al fin los conquistadores del Imperio Romano, que se envanecían de su nobleza extranjera; y, 2. Del sentido de los jurisperitos, que consideran *gentilis* como sinónimo de *ingenuus*. Selden se inclina por la primera, pero la segunda es igualmente probable. <<

[511] *Frameâ scutoque juvenem ornant*. Tácito, *Germania*, c. 15. <<

[512] Los ejercicios atléticos, particularmente el cesto y pancracio, fueron condenados por Licurgo, Filopemen y Galeno, legislador, general y médico, especialmente. Contra su autoridad y razones, el lector puede pesar la apología de Luciano, en el carácter de Solon. Véase West sobre los juegos olímpicos, en su

Píndaro, vol. II, pp. 86-96, 245-248. <<

[513] Acerca del curioso objeto de la caballería, servicio de los caballeros, nobleza, armas, alarido de guerra, banderas y torneos, cabe cerciorarse anchamante en Selden (*Opera*, t. III, part. I; *Títulos de honor*, part II, c. 1, 3, 5, 8), Ducange (*Gloss*. t. IV, pp. 398-412, etc.), *Dissertations sur Joinville* (I, VI, XII, pp. 127-149, pp. 165-222), y *De san Palaye* (*Memoires sur la Chevalerie*). <<

[514] Las *Familiæ Dalmaticæ* de Ducange son escasas e imperfectas; los historiadores nacionales son recientes y fabulosos; los griegos, remotos y volanderos. En el año 1104, Carlomán redujo el país marítimo hasta Trau y Salona (Katona, *Hist. Crist*. t. III, pp. 195-207). <<

[515] Escodras aparece en Livio como la capital y fortaleza de Jencio, rey de los ilirios, *arx munitisima*, después colonia romana (Celario, t. I, pp. 393, 394). Ahora se llama Iscodar, o Scútari (D'Anville, *Géographie Ancienne*, t. I, p. 164). El sanjiah (ahora bajá) de Scútari, o Schendeire, era el octavo bajo el Beglerbeg de Romanía, y daba seiscientos soldados sobre un rédito de setenta y ocho mil setecientos ochenta y siete *rixdalers* (Marsigli, *Státo Militare dell'lmperio Ottomano*, p. 128). <<

[516] *In Pelagonia castrum hæreticum… spoliatum cum suis habitatoribns igne combussere. Nec* id eis injuria contigit: *quia illorum detestabilis sermo et cancer serpebat, jamque circumiacentes regiones suo pravo dogmate fæderaverat* (Robertus Monachus, pp. 36, 37). Después de referir con serenidad el hecho, el arzobispo Baldrico añade, en clase de alabanza: *Omnes siquidem illi viatores, Judeos, hæreticos, sarracenos æqualiter habent exosos; quos omnes appellant inimicos Dei* (p. 92). <<

[517] Ἀναλαβόμενος ἀπὸ Ῥώμης τήν χρυσῆν τοῦ

‘Αγίου Πέτρου σημαίαν (*Alexiada*, l. X, p. 288). <<

[518] ‘Ο Βασιλεὺς τῶν βασιλέων, καὶ ἀρχηγος τοῦ Φραγγίκου στρατεύματος ἅπαντος (*Alexiada*, l. X, p. 288). Esta pompa oriental es extravagante en un conde de Vermandois; pero el patriota Ducange repite con mucha complacencia (Not. ad *Alexiada*, pp. 352, 353. *Dissert*. XXVII, *sur Joinville*, p. 315) los pasos de Mateo de París (1254 d. C.) y Froissard (vol. IV, p. 201) que apellidan al rey de Francia *rex regum, y chef de tous les rois Chrétiens*. <<

[519] Ana Comnena nació el 1 de diciembre de 1083 d. C., indicción VII (*Alexiada*, l. VI, pp. 166, 167). A los trece años, época de la primera cruzada, era casadera, y acaso estaba casada con el más joven Nicéforo Brienio, a quien tiernamente llama τὸν ἐμὸν Καίσαρα (l. X, pp. 295, 296). Algunos modernos han *imaginado* que su enemistad con Boemundo procedió de un amor burlado. En las transacciones de Constantinopla y Niza, sus relaciones parciales (*Alexiada*, l. X, XI, pp. 283-317) pueden oponerse a la parcialidad de los latinos, pero en sus hazañas subsiguientes es breve e ignorante. <<

[520] En su examen de la conducta de Alejo, Maimburg ha favorecido a los francos *católicos*, y Voltaire ha sido parcial a los griegos *cismáticos*. La preocupación de un filósofo es menos disculpable que la de un jesuita. <<

[521] Entre el Mar Negro, el Bósforo y el río Barbises, que es profundo en verano y corre quince millas por una pradera llana. Su comunicación con Europa y Constantinopla es por el puente de piedra del *Blachernæ*, que en los siglos sucesivos fue restablecido por Justiniano y Basilio (Gyllius de Bosphoro Thracio, l. II, c. 3; Ducange, C. P. Christiana, l. IV, c. 12, p. 179). <<

[522] Había dos especies de adopción: la una por las armas, la otra introduciendo al hijo entre la camisa y la piel de su padre. Ducange (*sur Joinville, Diss*. XXII, p. 270) supone que la adopción de Godofredo fue de la última especie. <<

[523] Después de su vuelta, Roberto de Flandes llegó a ser el *hombre* del rey de Inglaterra, por una pensión de cuatrocientos marcos. Véase el primer acto en *Fædera*, de Rymer. <<

[524] *Sensit vetus regnandi, falsos in amore, odia non fingere*. Tacit. VI. 44. <<

[525] Los orgullosos historiadores de las cruzadas resbalan y dan traspiés sobre este torpe paso. Sin embargo, ya que los héroes se arrodillaron para saludar al emperador, cuando estaba sentado inmóvil en su trono, claro está que deben haber besado sus pies o rodillas. Solamente es singular que Ana no hubiese suplido ampliamente el silencio, o ambigüedad, de los latinos. El abatimiento de sus príncipes hubiera añadido tan hermoso capítulo al *Ceremoniale Aulæ Byzantinæ*. <<

[526] Se llamó a si mismo Φραγγὸς κάθαρος τῶν εὐγένων (*Alexiada*, l. X, p. 301). ¡Qué título de *nobleza* del siglo XI, si alguno pudiese ahora probar su herencia! Ana refiere, con visible placer, que el engreído bárbaro, Λατινὸς τετυφωμένος, fue muerto, o herido después de combatir al frente en la batalla de Dorileo (l. XI, p. 317). Esta circunstancia puede sincerar la sospecha de Ducange (Not, p. 362), que no fue otro que Roberto de París, del distrito más peculiarmente llamado el Ducado o Isla de Francia (*L'Isle de France*). <<

[527] Con la misma penetración, Ducange descubre que su iglesia es la de san Drauso, o Drosin, de Soissons, *quem duello dimicaturi solent invocare: pugiles qui ad memoriam ejus* (su tumba) *pernoctant invictos reddit, ut et de Burgundia et Italia tali necessitate confugiatur ad cum. Joan. Sariberiensis*, epist. 459. <<

[528] Hay alguna diversidad acerca del número de su ejército; pero ninguna autoridad puede compararse con la de Ptolomeo, que lo deslinda en cinco mil caballos y treinta mil infantes (véanse los *Anales* de Unlier, p. 152). <<

[529] Falcher, Carnotensis, p. 387, enumera diecinueve naciones de diferentes nombres e idiomas (p. 389); pero no puedo comprender claramente su diferencia entre los *francos y galos, ítalos y apulios*. En otra parte (p. 386) infama con desdén a los desertores. <<

[530] Guibertus, p. 556. Con toda su gentil oposición implica una multitud inmensa. Por Urbano II, en el fervor de su celo, queda fijada solamente en trescientos mil peregrinos (epist. XVI, *Concil.* t. XII, p. 731). <<

[531] *Alexiada*, l. X, pp. 283, 305. Su melindrosa delicadeza se queja de sus nombres extraños e inarticulables, y en verdad apenas hay uno que no haya intentado desfigurar con la orgullosa ignorancia, tan grata y familiar a un pueblo culto. Escogeré solamente un ejemplo, *Sangeles*, por el conde de san Giles. <<

[532] Guillermo de Malmesbury (que escribió sobre el año 1130) ha insertado en su historia (l. IV, pp. 130-154) una narración de la primera cruzada; pero quisiera que, en vez de escuchar el tenue murmullo que había pasado el océano británico (p. 143), se hubiese ceñido al número, familias y aventuras de sus paisanos. Hallo en Dugdale que un normando inglés, Esteban, conde de Albemarle y Holdernesse, capitaneaba la retaguardia con el duque Roberto en la batalla de Antioquía (Baronage, part. I, p. 61). <<

[533] *Videres Scotorum apud se ferociam alias imbellium cuneos* (Guibertus, p. 471): *et crus infectum, hispida chlamys*, puede

convenir a los montañeses; pero el *finibus caliginosis* puede aplicarse mejor a los pantanos irlandeses. Guillermo de Malmesbury menciona expresamente a los Weish y escoceses, etc. (l. IV, p. 133), quienes dejaron, los primeros *venationcin saltuum*, los segundos *familiaritatem pulicum*. <<

[534] Esta hambre caníbal, a veces real, más frecuentemente artificio o mentira, puede hallarse en Ana Comnena (*Alexiada*, l. X, p. 288), Guibertus (p. 546), Radulphus Cadonensis (c. 97). La estratagema se refiere por el autor del *Gesta francorum*, el monje Roberto Baldricus, y Raimundus de Agiles, en el sitio y hambre de Antioquía. <<

[535] Su apellido musulmán de Solimán es usado por los latinos, y su carácter, realzado hasta lo sumo por Taso. Su nombre turco de Kilidje-Arslan (A. H. 485-500, 1192-1206 d. C. Véanse las *Tables* De Guignes, t. I, p. 245) se usa entre los orientales, y con alguna corrupción por los griegos; pero poco más que su nombre puede hallarse en los escritores mahometanos, que son escasos y enjutos sobre el objeto de la primera cruzada (De Guignes, t. III, p. II, pp. 10-30). <<

[536] Sobre las fortificaciones, máquinas y sitios de la Edad Media, véase Muratori (*Antiquitat. Italiæ*, t. II. dissert. XXVI, pp. 452-524). El *belfredus*, de donde se deriva nuestro *belfrey*, era la torre movible de los antiguos (Ducange, t. I, p. 608). <<

[537] No puedo dejar de advertir la semejanza entre el sitio y lago de Niza, con las operaciones de Hernán Cortés delante de México. Véase el doctor Robertson, *Hist. de América*, l. V. <<

[538] *Mécréant*, palabra inventada por los cruzados franceses, y limitada en aquel lenguaje a su sentido primitivo. Parecería que el celo de nuestros antepasados se enardecía, y que infamaban a todo incrédulo como un belitre. Semejante preocupación

todavía obra en los ánimos de muchos que se creen cristianos. <<

[539] Baronío ha dado a luz una carta muy dudosa a su hermano Roger (1098 d. C., núm. 15). Los enemigos se componían de medas, persas, caldeos: enhorabuena. El primer ataque fue *cum nostro incommodo*; verdadero y tierno. Pero ¿por qué Godofredo de Bullón y Hugo *hermanos*? Llaman a Tancredo *filius* ¿de quién?; ciertamente no de Roger, ni de Bohemundo. <<

[540] *Varantamen dicunt se esse de francoram generatiene; et quia nullus homo naturaliter debet esse miles nisi Franci et Turci* (*Gesta francorum*, p. 7). La misma comunidad de sangre y valor atestigua el arzobispo Baldrico (p. 99). <<

[541] *Balista, Balesta, Arbalestre*. Véanse Muratori, *Antiq*. t. II, pp. 517-524. Ducange, *Glos*., t. I, pp. 531, 532. En tiempo de Ana Comnena, esta arma, que describe bajo el nombre de *tzangra*, era desconocida en el Oriente (l. X, p. 291). Por una inconsistencia humana, el papa se afanó en prohibirla en las guerras cristianas. <<

[542] El curioso lector puede cotejar la literatura clásica de Celario y la ciencia geográfica de D'Anville. Guillermo de Tiro es el único historiador de las cruzadas que tiene algún conocimiento de la Antigüedad; y M. Otter fue siguiendo las huellas de los francos desde Constantinopla hasta Antioquía (*Viaje a Turquía y Persia*, t. I, pp. 35-88). <<

[543] Esta conquista separada de Edesa se halla más bien referida en Fulcherius Carnotensis, o de Chartres (en las colecciones de Bongarsio, Duchesne y Martenne), el valiente capellán del conde Balduino (*Esprit des Croisades*, t. I, pp. 13, 14). En las contiendas de aquel príncipe con Tancredo, su parcialidad queda contrarrestada con la parcialidad de Radulfo cadomense,

soldado e historiador del obsequioso marqués. <<

[544] Véase De Guignes, *Hist des Huns*, t. I, p. 456. <<

[545] En cuanto a Antioquía, véanse Pocock (*Descripeícin del Oriente*, vol. II, p. I, pp. 188, 189), Otter (*Voyage en Turquie*, etc., t. I, p. 81, etc.), el geógrafo turco (en las notas de Otter), el *Index geographicus* de Schultens (*ad calcem* Bohadin. *Vit. Saladino*) y Abulfeda (*Tabida Syriæ*, pp. 115, 116 vers. Reiske). <<

[546] *Ensem elevat, etunque a sinistra parte scapularum, tanta virtute intorsit, ut quod pectús mediúm disjutixit spinam et vitalia interrumpit et sic lubricus ensis supercrus dextrum integer exivit: sicque caput integrum cum, dextra parte corporis immersit gurgite, partemque quæ, equo præsidebat remisit civitate* (Robertus Monachus, p. 50). *Cujus ense trajectus, Turcus duo factu; est Turci: ut inferior alter in urbem equitatet. alter arcitenens in flumine nataret* (Radulphus Cadomensis, c. 53, p. 304). Sin embargo va sincerando la hazaña con las *stupendis viribus* de Godofredo; y Guillermo de Tiro la encubre con *obstupuit populus tacti novitate… mirabilis* (l. V, c. 6, p. 701). Con todo, no debe haber parecido increíble a los caballeros de aquel tiempo. <<

[547] Véanse las hazañas de Roberto, Raimundo y el modesto Tancredo, que impuso silencio a su escudero (Radulphus Cadomensis, c. 53). <<

[548] Después de mencionar la desgracia y humilde petición de los francos, Abulfaragio añade la altiva respuesta de Cobduka, o Kerboga: *Non evasuri estis nisi per gladium* (*Dynast*, p. 242). <<

[549] En describir la hueste de Kerboga, la mayor parte de los historiadores latinos, el autor de los Gesta (p. 17), Robertus Monachus (p. 16), Baldricus (p. 111), Fulcherius Carnotensis

(p. 392), Guibertus (p. 512), Guillermo de Tiro (l. VI, c. 3, p. 714), Bernardo Thesaurario (c. 39, p. 695), se contentan con las vagas expresiones de *infinita multitudo, inmensum agmen, innumeraæ copiæ* o *gentes*, que corresponden con el μετὰ ἀναριθμήτων χιλιάδων de Ana Comnena (*Alexiada*, l. XI, pp. 318-320). El número de los turcos asciende, según Albertus Aquensis, a doscientos mil (l. IV, c. 10, p. 242), y según Radulphus Cadomensis, a cuatrocientos mil caballos (c. 72, p. 309). <<

[550] Véase la trágica y escandalosa suerte de un arcediano de nacimiento real, el cual fue muerto por los turcos mientras descansaba en una huerta, jugando a los dados con una concubina siria. <<

[551] El valor de un buey subió desde cinco solidi (quince chelines) en Navidad hasta dos marcos (cuatro libras), y después mucho más alto; un cabrito o cordero, desde un chelín hasta dieciocho de nuestra moneda presente; en la segunda hambre, un pedazo de pan, o la cabeza de un animal, se vendió por una pieza de oro. Podrían darse más ejemplos; pero son los precios ordinarios, no los extraordinarios, los que merecen la atención del filósofo. <<

[552] *Alii multi, quorum nomina non tenemus; quia deleta de libro vitæ, præsenti operi non sunt inserenda* (Willermus Tyrensis l. VI, c. 5, p. 715). Guibertus (pp. 518, 523) trata de disculpar a Hugo el Grande, y aun a Esteban de Chartres. <<

[553] Véanse los progresos de la cruzada, la retirada de Alejo, la victoria de Antioquía y la conquista de Jerusalén en la *Alexiada*, l. XI, pp. 317-327. Ana estaba tan inclinada a exagerar, que ensalza las hazañas de los latinos. <<

[554] El mahometano Abulmahasen (*apud* De Guignes, t. II, p. II,

p. 95) es más esmerado en su relación de la Sagrada Lanza que los cristianos, Ana Comnena y Abulfaragio: la princesa griega la confunde con el clavo de la cruz (l. XI, p. 326); el primado jacobita, con el báculo de san Pedro (p. 242). <<

[555] Los dos antagonistas que expresan el conocimiento más íntimo y la convicción más intensa del *milagro*, y del *fraude*, son Raimundus de Agiles y Radulphus Cadomensis, el uno adicto al conde de Tolosa, el otro, al príncipe normando. Fulcherius Carnotensis llega a decir: *Audite friudem et non firaudem!*, y después: *Invenit lanceam, fallacite occultatam forsitan*. Los demás del hato son ruidosos y fuertes. <<

[556] Véanse De Guignes (t. II, p. II, p. 223, etc.) y los artículos de *Barkiarok, Mohammed, Sangiar*, en D'Herbelot. <<

[557] El emir o sultán Aphal, recobró Jerusalén y Tiro, A. H. 489 (Renaudot, *Hist. Patriareh. Alexandrin*, p. 478; De Guignes, t. I, p. 249; de Abulfeda y Ben Shonna). *Jerusalem ante adventum vestrum recuperavimus, turcos ejecimus*, dicen los embajadores fatimitas. <<

[558] Véanse las transacciones entre el califa de Egipto y los cruzados en Guillermo de Tiro (l. IV, c. 24; l. VI, c. 19) y Albertus Aquensis (l. III, c. 59), que se hacen cargo de su importancia más que los escritores contemporáneos. <<

[559] La mayor parte de la marcha de los francos está delineada con esmero en el Viaje de Maundrell desde Alepo hasta Jerusalén (pp. 17-67): *un des meilleurs morceaux, saus contredit, qu'on ait dans ce genre* (D'Anville, *Mémoire sur Jerusalén*, p. 27). <<

[560] Véase la descripción magistral de Tácito (*Hist*. v, 11, 12, 13), quien supone que los legisladores judíos tenían dispuesto un estado perpetuo de hostilidad contra el resto del género

humano. <<

[561] El travieso y quisquilloso Voltaire queda contrarrestado con juicio y erudición por el autor francés del *Esprit des Croisades* (t. IV, pp. 386-388), quien advierte que, según los árabes, los habitantes de Jerusalén deben haber excedido de doscientos mil; que en el sitio de Tito, José reúne un millón trescientos mil judíos; que Tácito mismo los asciende a seiscientos mil; y que el mayor desfalco, que su *accepimus* puede sincerar aún los dejará más abultados que el ejército romano. <<

[562] Maundrell, que transitó advertidamente por las murallas, halló un circuito de cuatro mil seiscientos treinta pasos, o cuatro mil ciento sesenta y siete varas inglesas (pp. 109, 110); de un plan auténtico, D'Anville deduce una medida casi idéntica de mil novecientas sesenta *toesas* francesas (pp. 23-29), en su reducido y precioso tratado. En cuanto a la topografía de Jerusalén, véase Reland (*Palestina*, t. II, pp. 852-860). <<

[563] Jerusalén fue abastecida solamente del torrente Kedron, seco en el verano, y del escaso manantial o arroyuelo de Siloe (Reland, t. I, pp. 294. 300). Tanto los extranjeros como los naturales se quejaban de la falta de agua, que en tiempo de guerra se agravaba de intento. Dentro de la ciudad, Tácito menciona una fuente perenne, un acueducto y cisternas para el agua de lluvia. El acueducto venía del riachuelo Tekoe o Etham, que también se menciona en Bohrdin (en Vit. Saladino, p. 238). <<

[564] *Gierusalemme liberata*, canto XIII. Es bastante divertido observar cómo Taso ha copiado y hermoseado los pormenores más menudos del sitio. <<

[565] Además de los latinos, que no se avergüenzan de la carnicería, véanse Elmacín (*Hist. Saracen*, p. 363), Abulfaragio

(*Dynast.*, p. 243) y De Guignes (t. II, p. II, p. 99 de Abulmahasen). <<

[566] La antigua torre Psephina; Neblosa en la Edad Media, se llamó *Castellum Pisanum* del patriarca Daimbert. Es todavía la ciudadela, la residencia del agá turco, y tiene vista del mar Muerto, de Judea y de Arabia (D'Anville, pp. 19-23). También se llamó la torre de David, πυργὸς παμμεγεθέστατος. <<

[567] Hume, en su *Historia de Inglaterra*, vol. I, pp. 311, 312, edición en octavo. <<

[568] Voltaire, en su *Essai sur l'histoire générale*, t. II, c. 54, pp. 345, 346. <<

[569] Los ingleses atribuyen a Roberto de Normandía, y los provenzales a Raimundo de Tolosa, la gloria de rehusar la corona; pero la justiciera voz de la tradición ha conservado la memoria de la ambición y la venganza (Villehardouin, núm. 136) del conde de san Giles. Murió en el sitio de Trípoli, que fue poseída por sus descendientes. <<

[570] Véase la elección, la batalla de Ascalón, etc., en Guillermo de Tiro, l. IX, c. 1-12, y en la conclusión de los historiadores latinos de la primera cruzada. <<

[571] Renaudot, *Hist. Patriarch. Alex*, p. 479. <<

[572] Véanse las pretensiones del patriarca Daimberto en Guillermo de Tiro (l. IX, c. 15-18; l. X, c. 4, 7, 9), que asegura con maravillosa veracidad la independencia de los conquistadores y reyes de Jerusalén. <<

[573] Guillermo de Tiro, l. X, 19. *La historia hierosolimitana* de Jacobo Vitriaco (l. I, c. 21-50) y la secreta *Fidelium Crucis* de Marino Sanuto (l. III, p. 1) describen el estado y conquistas del reino latino de Jerusalén. <<

[574] Una reseña personal, no incluyendo las tribus de Leví y

Benjamín, dio a David un ejército de un millón trescientos mil, o un millón quinientos setenta y cuatro mil combatientes; que, con la adición de mujeres, niños y esclavos, pueden componer una población de trece millones, en un país de sesenta leguas de largo y treinta de ancho. El pundonoroso y racional Le Clerc (Comment. sobre Samuel II XXIV, y primeras crónicas, XXI) *æstuat augusto, in limite*, y murmura su sospecha de un falso trasunto; ¡tremenda travesura! <<

[575] Estos sitios se refieren, cada uno en su respectivo lugar, en la grande historia de Guillermo de Tiro, desde el libro IX hasta el XVIII, y más brevemente dicho por Bernardus Thesaurarius (de *Acquisitione Terræ Sanctæ*, c. 89-98, pp. 732-740). Algunos hechos caseros se engrandecen más o menos en las crónicas de Pisa, Génova y Venecia, en los tomos VI, IX y XII de Muratori. <<

[576] *Quidam populus de insulis occidentis egressus, et maxime de ea parte quæ Norvegia dicitur*. Guillermo de Tiro (l. XI, c. 14, p. 804) va delineando su rumbo *per Britannicum mare el Calpem* al sitio de Sidón. <<

[577] Benelathir, *apud* De Guignes, *Hist. des Huns*, t. II. part II. pp. 150, 151, 1127 d. C. Debe hablar del país interior. <<

[578] Sanuto se explaya ahincadamente sobre los quebrantos de la sucesión femenina, en una tierra *hostibus circunidata, ubi cuncta virilia et virtuosa esse deberent*. Sin embargo, a la cita de llamamiento, y con la aprobación de su señor feudal, una señorita noble tuvo que escoger un marido y campeón (*Assises de Jerusalén*, c. 242, etc.). Véanse en De Guignes (t. I, pp. 441-471) las esmeradas y utilísimas tablas de estas dinastías que se han sacado principalmente de los *Lignages d'Outremer*. <<

[579] Se llamaban por irrisión *Poullains, Pullani*, y su nombre

nunca se pronuncia sin menosprecio (Ducange, *Gloss*. t. V, p. 535; y *Observations sur Joinville*, pp. 84, 85; Jacobo Vitriaco, *Hist. Hierosol*. l. I, c. 67, 72; y Sanuto, l. III, p. VIII, c. 2, p. 182). *Illustrium virorum, qui ad Terræ Sanctæ… liberationem in ipsa manserunt, degeneres filii… in deliciis enutriti, molles et effœminati*, etc. <<

[580] Este pormenor auténtico está extractado de las *Assises de Jerusalén* (c. 324, 326-331). Sanuto (l. III, p. VIII, c. 1, p. 174) cuenta sólo quinientos dieciocho caballeros, y cinco mil setecientos setenta y cinco dependientes. <<

[581] La suma total, y la división, aseguran el servicio de las tres grandes baronías en cien caballeros cada una; y el texto de las *Assises*, que extiende el número hasta quinientos, sólo puede abonarse con esta suposición. <<

[582] Sin embargo, en grandísimos conflictos (dice Sanuto) los barones trajeron auxilios voluntarios; *descentem comitivam militum juxta statum suum*. <<

[583] Guillermo de Tiro (l. XVIII, c. 3, 4, 5) refiere el soez origen, y temprana desfachatez, de los Hospitalarios, que pronto desampararon a su humilde patrono, san Juan el Pobre, por la categoría más augusta de san Juan el Bautista (véanse los ineficaces esfuerzos de Pagi, crítica, 1099 d. C., núm. 14-18). Tomaron la profesión de las armas sobre el año 1120; el hospital era *mater*; el templo, *filia*; el orden teutónico fue fundado 1190 d. C., en el sitio de Acre (Mosheim, *Institut*, pp. 389, 390). <<

[584] Véase san Bernardo de Laude Novæ Militiæ Templi, compuesto 1132-1136 d. C., en Opp. t. I, p. II. 547-563, edit. Mabillon, Venet. 1750. Semejante encomio, que se refiere a los extinguidos templarios, hubiera sido muy estimado por los historiadores de Malta. <<

[585] Mateo de París, *Hist. Major*, p. 544. Señala a los hospitalarios diecinueve mil, a los templarios nueve mil *maneria*, palabra de mucha mayor entidad (como rectamente ha observado Ducange) en el idioma inglés que en el francés. *Manor* es un señorío o feudo; *manoir*, una vivienda. <<

[586] En los tres primeros libros de la Histoire des Chevaliers de Malte, par l'Abbé de Vertot, el lector puede divertirse con una hermosa, y a veces lisonjera, pintura de la orden, mientras estuvo empleada en la defensa de Palestina. Los libros siguientes acompañan sus emigraciones a Rodas y Malta. <<

[587] Las *Assises* de Jerusalén, en antigua ley francesa, se imprimieron con las Coutumes de Beauvoisin de Beaumanoir (Bourges y París, 1690, en folio), e ilustradas por Gaspar Thaumas de la Thaumasiére, con un comento y glosario. En 1535 se había publicado una versión italiana, en Venecia, para uso del reino de Chipre. <<

[588]*A la terre perdue, tout fut perdu*, es la briosa expresión de la *Assise* (c. 281). Sin embargo Jerusalén capituló con Saladino; la reina y los principales cristianos se marcharon en paz; y un código tan precioso y portátil no podía excitar la avaricia de los conquistadores. Alguna vez he maliciado la existencia de esta copia original del Santo Sepulcro, que pudiera haberse inventado para santificar y documentar las costumbres tradicionales de los franceses en la Palestina. <<

[589] Un noble legislador, Raoul de Tabarie, negó a la instancia del rey Amaur (1195-1205 d. C.) el querer confiar su conocimiento a la escritura y declaró francamente *que de ce qu'il savait ne ferait-il ja nul borjois son pareill, ne null sage homme lettre* (c. 281). <<

[590] El recopilador de aquella obra, Jean d'Ibelin, era conde de Jaffa y Ascalón, señor de Baruth (Beritus) y Rames, y murió en

1266 d. C. (Sanuto, l. III, p. II, c. 5, 8). La familia de Ibelin, que descendía de una hermana menor de un conde de Chartres en Francia, floreció mucho tiempo en Palestina y Chipre (véanse los Lignages de decá Mer, o d'Outremer, c. 6, al fin de las *Assises de Jerusalén*, libro original que recuerda las genealogías del aventurero francés). <<

[591] Por dieciséis comisionados escogidos en los Estados de la isla: la obra se acabó el 3 de noviembre de 1369, fue sellada con cuatro sellos, y depositada en la catedral de Nicosia (véase el prefacio de las *Assises*). <<

[592] El cauto Juan d'Ibelin arguye, más bien que afirma, que Trípoli es la cuarta baronía, y expresa alguna duda relativa al derecho o la pretensión del condestable y mariscal (c. 323). <<

[593] *Entre seignor et homme ne n'aque la foi;… mais tant que l'homme doit a son seignor reverense en toutes choses* (c. 206). *Tous les hommes du dit royaume sont par la dite Assise tenus les uns as autres… et en celle maniére que le seignor mette mein ou face mettre au cors ou au fié d'aucun d'yaus sans esgard et sans connoissance de court, que tous les otres doivent venir devant le seignor*, etc. (212) La forma de las representaciones está concebida con la noble sencillez de la libertad. <<

[594] Véase l'Esprit des Lois, l. XXVIII. En los cuarenta días desde su publicación, ninguna obra ha sido más leída y censurada; y el espíritu de investigación que ha excitado no es la menor de nuestras obligaciones al autor. <<

[595] Para la inteligencia de esta jurisprudencia intrincada y ramplona (c. 80-111), debo mucho a la amistad de un docto señor, que con ojo diligente y perspicaz ha escudriñado la historia filosófica de la ley. Con sus estudios, la posteridad puede lograr suma ventaja: el mérito del orador y del juez sólo puede ser hallado por sus contemporáneos. <<

[596] Louis le Gros, que suele considerarse como el padre de esta institución en Francia, no empezó su reinado hasta nueve años (1108 d. C.) después de Godofredo de Bullón (*Assises*, c. 2, 324). Sobre su origen y efectos véanse las juiciosas observaciones del doctor Robertson (*Historia de Carlos V*, vol. I, pp. 30-36, 251-265, edición en 4°). <<

[597] Todo lector versado en los historiadores de las cruzadas entenderá por el *peuple des Suriens* los orientales cristianos, melchitas, jacobitas o nestorianos, que habían adoptado todos el uso de la lengua arábiga (vol. V, p. 43). <<

[598] Véanse las *Assises de Jerusalén* (310, 311, 312). Estas leyes fueron decretadas el año 1350, en el reino de Chipre. En el mismo siglo, en el reinado de Eduardo I, entiendo, según una publicación reciente (de su libro de relación), que el precio de un caballo para la guerra no era menos exorbitante en Inglaterra. <<

[599] Refiere Ana Comnena las conquistas de su padre en el Asia Menor, *Alexiada*, l. XI, pag. 321-325; l. XIV, p. 419. La guerra de Cilicia contra Tancredo y Bohemundo pp. 328-542; la guerra del Epiro con enfadosa difusión, l. XII, XIII, pp. 345-406; la muerte de Bohemundo, l. XIV, p. 419. <<

[600] Sujetáronse sin embargo los reyes de Jerusalén a una dependencia nominal, y en las fechas de sus rótulos (pues queda todavía uno legible en la iglesia de Belén) anteponían acatadamente el nombre del emperador al propio (Ducange, *Disertaciones sobre Joinville* XXIII, p. 319). <<

[601] Añade Ana Comnena, que para redondear el remedo lo encerraron con un gallo muerto; y viene a pasmarse de cómo pudo el bárbaro aguantar el encierro y la pesadumbre. Ignoran los latinos esta conseja descabellada. <<

[602] En la geografía bizantina ’Απὸ Θύλης tiene que significar la Inglaterra, mas nos consta con mayor verosimilitud que nunca nuestro Enrique I se avino al alistamiento de tropas en su reino (Ducange, Not. ad *Alexiada*, p. 41). <<

[603] La copia del tratado (*Alexiada*, l. XIII, p. 416) es un original curiosísimo, que requería y podía proporcionar un mapa individual del principado de Antioquía. <<

[604] Véase en la erudita obra de De Guignes (t. II, part. II) la historia de los Seljukios de Ironio, Alepo y Damasco, en cuanto se rastrea por los griegos, latinos y árabes; los últimos ignoran o desatienden los nogocios de Rum. <<

[605] Jenofonte y Estrabón mencionan a Iconio como uno de los altos o parados, con el dictado volandero de Κωμόπολις (Celario, t. II, p. 121). Sin embargo, san Pablo halló allí mismo un gentío (πλῆθος) de judíos y paganos. Descríbese bajo el nombre adulterado de *Kunijah* como ciudad populosa, a tres leguas del cerro, con río y jardines, y realzada (no sé como) con el túmulo de Platón (Abulfeda tab. XVII, p. 327, vers. de Reiske, y el índice geográfico de Sheiten del Shusaid). <<

[606] Para el suplemento a la primera cruzada, véase Ana Comnena (*Alexiada*, l. XI, p. 381, etc., y el t. VIII, de Alberto Aquense). <<

[607] Para la segunda cruzada de Conrado III y Luis VII, véanse Guillermo de Tiro (Willermus Tyrensis) (l. XVI, c. 18-29), Otón de Fresingero (l. I, c. 34-45, 59 y 60), Mateo de París (*Hist. Mayor*, p. 68), Strav (*Corpus Hist. Germaniae*, pp. 372, 373), *Scriptores Rerum Franciscorum* Duchesne, t. IV; Nicetas en *Vit. Manuel*, l. I, c. 4, 5, 6, pp. 41-48; Cinamo, l. II, pp. 41-49. <<

[608] Para la tercera cruzada de Federico Barbarroja, véase Nicetas en Isaac Ángelo l. II, c. 3-8, p. 257-266; Strav (*Corpus Hist.*

Germ, p. 418), y los dos historiadores que probablemente presenciaron los hechos, Tangino (en *Scriptor. Freher.*) y t. I, pp. 409-416, edit. Strav., y el autor anónimo de expeditione Asiatica Frederic. I (en *Canisii Antiq. Lection.*, t. III, p. II, pp. 498-526, edit. Basnage). <<

[609] Ana, quien redondea estos últimos enjambres en cuarenta mil caballos y cien mil infantes, los apellida normandos, acaudillándolos con dos hermanos de Flandes. Ignorantísimos solían estar los griegos en cuanto a nombres, alcurnias y posesiones de los latinos. <<

[610] Guillermo de Tiro y Mateo de París cuentan hasta setenta mil coraceros en cada hueste. <<

[611] Cinamo menciona el cómputo (ἐννενήκοντα μυρίαδεζ), desaliñado, corroborándolo Odón de Diogilo en Ducange y Cinamo, con la suma deslindada de novecientos mil quinientos cincuenta y seis. ¿Por qué pues la versión y el comentario han de suponer el total más comedido ajuste de noventa mil? Y no exclama Godofredo de Viterbo (*Pantheon*, p. XIX, en Muratori, t. VII, 462)

Numerum ad poscere quæras,

Millia millena militis agmen erat. <<

[612] Alberto de Stade es quien da este cómputo disparatado, el mío se ha tomado de Godofredo de Viterbo, Arnoldo de Lubeck, *apud eundem* y Bernard. Thesauc (c. 169, p. 804). Los escritores originales callan. Los mahometanos le dan doscientos mil o doscientos sesenta mil hombres (Bohadin en *Vita Saladino*, p. 110). <<

[613] Tengo que advertir cómo en las cruzadas segunda y tercera los griegos y orientales apellidan *alamanes* a los súbditos de Conrado y de Federico. Los lechos y trechos de Cinamo son los

polacos y bohemios, reservando para los franceses la denominación antigua de germanos. Nombra también a los Βρίττιοι ο Βριτανν ο'ι. <<

[614] Niño era Nicetas en la cruzada segunda, pero mandó en la tercera el punto importante de Filipópolis. Cinamo se halla contagiado con el orgullo y las vulgaridades nacionales. <<

[615] Tilda Nicetas la conducta de los filadelfos, el alemán anónimo vitupera también a sus paisanos como carriles (*culpâ nostrâ*). Agradable fuera la historia, si no adoleciese más que de tamañas contradicciones. El mismo Nicetas nos refiere el desconsuelo religioso y humano de Federico. <<

[616] Χθαμάλη ἕδρα, que Cinamo traduce en con la voz Σέλλιον. Afánase Ducange en sincerar a su rey y su patria de tamaño baldón (*sur Joinville, dissertat*. XXVII, pp. 317-320). Insistió después en un avistamiento *in mari ex æquo, y no ex equo*, según la lección risible de algunos manuscritos. <<

[617]*Ego Romanorum imperator cum ille Romaniorum* (Anonim. Canif, p. 512). El estilo público e histórico de los griegos era Ρήξ… *princeps*. Confiesa sin embargo Cinamo que 'Ιμπεράτωρ es sinónimo de Βασιλεύς. <<

[618] En las cartas de Inocencio III (XIII, p. 184) y la historia de Bohadin (pp. 429 y 150) véanse las miras de un papa y de un cadí en esta tolerancia peregrina. <<

[619] Los reyes de Francia, como condes del Lesino, eran vasallos y abogados del monasterio de San Dionisio. El pendón propio del santo que recibían de mano del abad era cuadrado y su color, rojo o *encendido*. La *oriflama* descolló en los ejércitos franceses desde el siglo XIII hasta el XVI (Ducange *sur Joinville, Dissert*. XVIII, pp. 244-258). <<

[620] Las historias francesas originales de la segunda cruzada son

el *Gesta Ludovici VII*, publicado en el tomo IV de la colección de Duchesne. Contiene el mismo volumen las cartas originales del rey, de su ministro Suger, etc., documentos exquisitos de historia auténtica. <<

[621] *Terram horroris et sanguinis, terram siccam, sterilem, inamænam*. Anonym. Canitri, p. 417. Lenguaje enfático de un paciente. <<

[622] *Gens innumera, silvestris indomita, prædones sine ductore*. Pudo el sultán lograr complacerse entrañablemente con su derrota. Anonimus Canis, pp. 517, 518. <<

[623] Véase el escritor anónimo en la colección de Canisi, Tagino y Bohadin (Vita Saladino, pp. 119, 120; la conducta ambigua de Kinlise Anlag, sultán de Cogni, quien odiaba y temía tanto a Saladino como a Federico. <<

[624] El afán de parangonar dos prohombres ha inclinado a varios escritores para ahogar a Federico en el río Cidno, donde se bañó tan desatinadamente Alejandro (Quint. Cur. l. III, c. 4 y 5); mas por la marcha del emperador, más bien conceptúo que el Saleph viene a ser propiamente el Calycadnus, corriente de menor nombradía, pero de más largo cauce. <<

[625] Marino Sancito, 1321 d. C., sienta como precepto *Quod stolas ecclesiæ per terram nullatenus est ducenda*. Desata con el auxilio divino la objeción o excepción más bien de la primera cruzada (*Secuta Fidelium Crucis*, l. II, pars, c. I, p. 37). <<

[626] La noticia más cabal y auténtica acerca de san Bernardo se halla en sus propios escritos, publicados en edición esmerada por el padre Mabillon y reimpresos en Rusia en 1750, seis tomos en folio. Cuanto la amistad puede recapacitar y añadir la superstición se contiene en las dos vidas por su discípulos en el tomo VI; y cuanto la irritación y la crítica alcanzan a deslindar se

hallará en el prólogo del editor Benedictino. <<

[627] Clairvaux, apellidado el valle del Asinth, está emboscado junto a Bar sur l'Aube en Champagne. Se abochornara san Bernardo al presenciar el boato de la Iglesia y del monasterio, y preguntando por la librería le enseñaron una cuba con miles de cántaras de vino, que casi compite con las de Heidelberga (Miscelánea sacada de una gran biblioteca t. XLVI, pp. 15-20). <<

[628] Discípulos del santo (*Vita prima*, l. III, c. 2, p. 1232. *Vit. secum*, c. 15, núm. 46, p. 1383) quienes recuerdan un ejemplar portentoso de su religiosidad apática. *Juxta lacum etiam Lausanensen totius diei itinere pergens, penitus non attendit aut se videre non vidit. Cum enim vespere facto de eodem loco socii colloquerentur, interrogavit eos ubi lacus ille esset, et mirati sunt universi*. Para extrañar o menospreciar aquella particularidad, el lector debería como yo presenciar tan peregrina perspectiva desde las ventanas de su librería. <<

[629] Otón de Fresinga l. I, c. 4; Bernard. *Epist*. 353. ad francos orientales; *Opp*. t. I, p 328; *Vit. prima*, c. 4, t. VI, p. 1235. <<

[630]*Mandasti et obedivi… multiplicati sunt super numerum; vacuantur urbes et castella et pene jant non inveniunt quent appreliendant septem mulieres unum virunt; ades ubique viduae viris rentanent viris*. Bernard., *Epist*, p. 247. Hay que estar alerta en no convertir *pene* en sustantivo. <<

[631]*Quis ego sum ut disponant acies, ut egrediar ante facies armatorum, aut quid tam remotum a professione mea, si vires, si peritia* etc. *Epist*. 256, t. I, p. 259. Habla con menosprecio del ermitaño Pedro, *vir quidam*. *Epist*. 363. <<

[632]*Sic dicunt forsitan isti, unde scimus quod a Domino ferino egressus sit? Quæ sigua tu facis ut credamus tibi? Non est quod ad*

isla ipse respotideam, parcendum verectiudiæ meæ, responde tu pro me, et pro te ipse, secundum quæ vidisti el audisti, et secitudam quod te inspiraverit Deus. Cotisolat., l. II, c. 1; *Opp*. t. II, pp. 421-423. <<

[633] Véanse los testimonios en *Vita prima*, l. IV, c. 5, 6; *Opp*. t. VI, pp. 1258-1264; l. VI, c. 1-17, pp. 1286-1314. <<

[634] Abulmahasen *apud* De Guignes, *Hist. des Huns*, t. II, p. II, p. 99. <<

[635] Véase su *artículo* en la *Biblioteca Oriental* de D'Herbelot y De Guignes, t. II, p. 1, pp. 230-261. Era tan sumo su valor que se lo apellidaba el segundo Alejandro, y tan exorbitante el cariño a sus vasallos, que aún estarían haciendo plegarias por el sultán un año después de su muerte; pero Sangiar pudo caer prisionero de los francos, al par que de los usos. Vino a reinar unos cincuenta años (1103-1152 d. C.) y era un patrono dadivoso de la poesía persa. <<

[636] Véase la cronología de los atabekes de Irak y Siria en De Guignes, t. I, p. 254; y los reinados de Zenghi y Nuredin en el mismo escritor (t. II, p. II, pp. 147-224), quien se vale del estilo arábigo de Benelathir, Ben Shonna y Abulfeda; la *Biblioteca Oriental* en los artículos *Bertelarhir* y *Noureddin*, y las dinastías de Abulfaragio, pp. 250-267, vers. de Pocock. <<

[637] Guillermo de Tiro (l. XVI, c. 4, 5, 7) refiere la pérdida de Edesa y la muerte de Zenghi. El trastorno de su nombre en *Sanguin* aprontó a los latinos la alusión consoladora de su *sanguinaria* índole, propio de *sanguine sanguinolentus*. <<

[638]*Noradio* (dice Guillermo de Tiro, l. X, 33) *maximus nominis et fidei Christianae persecutos, princeps tamen justus, vafer, providus, etsecundum gentis suæ traditiones religiosus*. A este católico testigo podemos añadir el primado de los jacobitas

(Abulfaragio, p. 267); *quo non alter erat inter reges vitæ ratione magis laudabili, aut quæ pluribus justitiæ experimentis abundaret*. El verdadero loor de los príncipes suelta después de su muerte, y de boca de sus enemigos. <<

[639] Guillermo de Tiro refiere por el embajador (l. XIX, c. 17, 18) las particularidades en el alcázar del Cairo. Halláronse con el tesoro del califa una perla del tamaño de un huevo de paloma, un rubí del peso de diez y siete dracmas egipcios, una esmeralda de palmo y medio de largo con varias vasijas de cristal y de porcelana (Renaudot, p. 556). <<

[640] *Mameluc*, en plural *Mameric*, es definado por Pocock (*Prolegom*. ad Abulpharag, p. 7) y D'Herbelot (p. 545) *servum emptititim sen qui pretio numerato in domini possessionem cedit*. Ocurren con frecuencia en las guerras de Saladino (Bohadin, p. 236); únicamente los mamelucos *Bahartius* fueron los introducidos en Egipto por sus descendientes. <<

[641] Jacobo de Viriaco (p. 1146) no cuenta con el rey de Jerusalén más que 374 caballeros francos y musulmanes al par que expresan el número superior de sus enemigos, diferencia que se desvanece coartando u omitiendo los egipcios. <<

[642] Era la Alejandría de los árabes, allá como término medio entre la de los griegos y romanos y la de los turcos (Savary, *Cartas sobre el Egipto*, t. I, pp. 25 y 26). <<

[643] Sobre esta gran revolución del Egipto, véanse Guillermo de Tiro (l. XIX, 5, 6, 7, 12-31; XX, 5-12), Bohadin (en Vit. Saladino pp. 30-39), Abulfeda (en Excerp. Schultens, pp. 1-12), D'Herbelot (*Biblit. Orient Adhel, Faihemat*, pero muy desaliñado), Renaudot (*Hist. Patriarch. Alexandr*., pp. 522-525, 532-537), Vertot (*Hist. des Chevaliers de Malthe*, t. I, pp. 141-163 en 4º) y De Guignes (t. II, pp. 185-215). <<

[644] Sobre los curdos, véase De Guignes t. I, pp. 416, 417, el índice geográfico de Schuldens y Tavernier, viajes p. I, pp. 308, 309. Descendían los ayubitas de la tribu de los randianos, una de las más esclarecidas, mas estando contagiados con la ciencia de la metempsicosis; los sultanes ortodoxos apuntaban que su descendencia era tan sólo por la línea materna, y que su fundador era un advenedizo que se avecinó entre ellos. <<

[645] Véase el libro IV del *Anabasis* de Jenofonte. Los sectarios de los carduchios lastimaron más a los diez mil que el hiato fementido del gran rey. <<

[646] Debemos al catedrático Schulten (Lugd. Bat. 1755) en folio, los materiales más cumplidos y auténticos; una vida de Saladino por su amigo y ministro el cadí Bohadin, con extractos muy henchidos de la historia de su pariente el príncipe Abulfeda de Hamah. Podemos añadir el artículo *Salahaddin* en la *Biblioteca Oriental*, y cuando sabe ir allá rastreando de las *Dinastías* de Abulfaragio. <<

[647] Siendo el mismo Abulfeda ayubita, se hace acreedor al elogio de remedar en modestia a su fundador. <<

[648] *Historia Hierosol.* en *et Gesta Dei per francos*, p. 1152. Se hallará un ejemplo semejante en Joinville (p. 42, edición del Louvre); pero el religiosísimo san Luis se desentendía de condecorar a infieles con la orden de la caballería cristiana (Ducange, *Observaciones*, p. 70). <<

[649] En todos estos dictados arábigos, se sobrentiende siempre *religioso Nureddin*, lumen *Exedin*, decus, *Amadoddin* columen: el nombre propio de nuestro héroe era Josef, y se lo apellidaba *Salaheddin* salus; Al *Malichus*, Al *Nasirus* rex defensor; *Abu Modasur*, pater victoriæ. Shulten, *Prólogo*. <<

[650] Abulfeda, descendiente de un hermano de Saladino, advierte

con varios ejemplos que los fundadores de historias cargaban con la responsabilidad, cediendo el galardón sus colaterales inocentes (*Excerp*, p. 10). <<

[651] Véanse su vida e índole en Renaudot, pp. 537-548. <<

[652] Celébranse sus virtudes civiles y religiosas en el primer capítulo de Bohadin (pp. 4-30), como testigo ocular y honrado supersticioso. <<

[653] En varias obras y especialmente en el paso de Josef en el castillo del Cairo se han solido equivocar el sultán y el patriarca, con la ignorancia de los naturales y de los viajeros. <<

[654] Anónimo de Canisio, t. III, p. II, p. 504. <<

[655] Bohadin, pp. 129, 130. <<

[656] En cuanto al reinado latino de Jerusalén, véase Guillermo de Tiro, desde el libro IX hasta el XXII. Jacobo de Viriaco, *Hist. Hierosolim*, l. III y Sanuto, *Secreta Fidelium Crucis*, l. III, pp. VI, VII, VIII y IX. <<

[657] *Templarii ut apes bombabant et Hospitalarii ut venti stridebant el barones se exilio offerebant, et turcopoli* (las tropas ligeras cristianas), *semetipsi in ignem injicichant* (*Ispaháni de Expugnationc Kudirtica*, p. 18 *apud* Sultens), muestra de la elocuencia arábiga, algo diversa del estilo de Jenofonte. <<

[658] Afirman los latinos, y los árabes apuntan la traición de Raimundo, pero si en realidad abrazara su religión, sería santo y héroe para los últimos. <<

[659] Renaud Reginaldo o Arnoldo de Châtillon es celebrado por los latinos en su vida y muerte, pero se halla todo más circunstanciado en Bohadin y en Abulfeda, y en Joinville (*Hist. de san Luis* p. 70), echado a la práctica de Saladino en no dar muerte a quien hubiere probado el pan y la sal. Habíanla sufrido algunos de los compañeros de Arnold, quedando como

sacrificados en un valle cercano a la Meca; *ubi sacrificio mactantur* (Abulfeda p. 32). <<

[660] Vertot, quien describe adecuadamente la pérdida del reino y de la ciudad (*Hist. des Chevaliers de Malta*, t. I, l. II, pp. 226-278), inserta las cartas originales de un caballero de la orden Templaria. <<

[661] Renaudot, *Hist. Patriarch. Alex*, p. 545. <<

[662] En la conquista de Jerusalén Bohadin (pp. 67-75) y Abulfeda (pp. 40-43) son nuestros testigos mahometanos. De los cristianos, Bernardo Tesauro (c. 151-167) es el más extenso y auténtico. Véase también Mateo de París (pp. 120-124). <<

[663] Los sitios de Tiro y de Acre se hallan más explayados en Bernardo el Tesorero (de *Acquisitione Terræ Sanctæ*, c. 167-179), el autor de la *Historia Hierosolymitana* (pp. 1150-1172. en Bongar.); Abulfeda (pp. 43-50) y Bohadin (pp. 75-179). <<

[664] He seguido una exposición comedida y probable del hecho; en cuanto a Vertot, que se atiene sin reparo a una conseja novelada, el marqués anciano queda expuesto a los flechazos de los sitiados. <<

[665]*Normanni et Gotlii et cæteri poputi insularum quæ inter occidentem et septentrionem sitæ sunt, gentes bellicosæ, corporis proceri, inortis intrepidæ, bipennibus armatæ, navibus rotundis, quæ Isnachiæ dicuntur, advectæ*. <<

[666] El historiador de Jerusalén (p. 1108) añade las naciones de levante, desde el Tigris hasta la India; y las tribus negras moriscas y jeturias, peleando el Asia y el África contra la Europa. <<

[667] Bohadin, p. 180; matanza que no desmienten ni vituperan los historiadores cristianos. *Alacriter juxta complentes* (los soldados ingleses), dice Galfredo de Vineravit (lib. IV, c. 4, p.

346), quien puntualiza hasta el número de mil setecientas las víctimas, ascendiendo hasta cinco mil en Roger Roveden (pp. 697, 698). La humanidad o la codicia de Felipe Augusto se avino al rescate de los prisioneros (Jacobo Vitriaco, lib. I, c. 98, p. 1122). <<

[668] Bohadin, p, 14. Cita el precio de Baliano y del príncipe de Sidón y añade: *ex illo mundo quasi hominum paucissimi redierunt*. Entre los cristianos fallecidos ante san Juan de Acre, hallo los nombres ingleses de Ferrers, conde de Derby (Dugdale, Baronaje, p. I, p. 260), Mowbray (ídem, p. 144). De Mandevil, de Fiennes, san Juan, Scrope, Bigot, Talbot, etc. <<

[669]*Magnus hic apud eos, interque reges eorum, tum virtutc, tum majestate emiuens… summus regum arbiter* (Bohadin p. 153). No parece que se sabían los nombres de Felipe ni de Ricardo. <<

[670]*Rex Atiglix præstremus… rege Gallorum minor ipud eos censehatur, ratione regni super dignitatis; sed tzim divitiis florentior, tum bellica virtute multo erat celebrior* (Bohadin, p. 161). Podía un extranjero empaparse en las riquezas, pero los historiadores nacionales le informarán de la opresión ilegal y asoladora con que las había hacinado. <<

[671] Joinville p. 47. *Cuides tu que ce soit le roi Richard?* <<

[672] Era sin embargo reo, en concepto de los musulmanes, citando la confesión de los asesinos de ser enviados por el rey de Inglaterra (Bohadin, p. 225) y su descargo único es una patraña disparatada y palpable (*Hist. de l'Academie des Inscriptions*, t. XVI, pp. 155-163), una carta supuesta del príncipe de los asesinos, el jeque o el anciano de la montaña que sinceraba a Ricardo, cargándose a sí mismo el hecho meritorio o criminal. <<

[673] Véase el conflicto y la entereza mística de Saladino en la descripción de Bohadin (pp. 7-9, 235-237), arengando a los

defensores de Jerusalén; no ignoraba el enemigo aquellas zozobras (Jacobo de Vitriaco, lib. II, c. 100, p. 1123; Vinisaunf, l. V, c. 50, p. 399). <<

[674] Mas no permaneciendo el sultán, o el príncipe ayubita en Jerusalén, *nec Curdi Turcis, nec Turci essent obtemperaturi Curdis* (Bohadin, p. 236); y así ladea una porción del cortinaje político. <<

[675] Bohadin (p. 237) y aun Gofredo de Viniram (l. VI, c. 1-8, pp. 403-409) imputan la retirada al mismo Ricardo, y advierte Jacobo de Vitriaco que, con el arrebato de su partido, *in alternin virum mutatus est* (p. 1123). Sin embargo Joinville, caballero francés, tilda la envidia de Hugo, duque de Borgoña (p. 116), sin dar por supuesto, como Mateo de París, que lo cohechó Saladino. <<

[676] Las expediciones de Ascalona, Jerusalén y Jaffa se hallan referidas en Bohadin (pp. 184-249) y Abulfeda (pp. 51, 52). El autor del Itinerario, o el monje de san Albano, no puede abultar la relación del cadí sobre la proeza de Ricardo (Viniram l. II, c. 14-24, pp. 412-421; *Hist. Mayor* (pp. 137-143) y sobre el conjunto de la guerra, una concordia pasmosa entre los escritores cristianos y musulmanes, quienes ensalzan mutuamente las prendas de sus respectivos enemigos. <<

[677] Véase el rumbo de las negociaciones y hostilidades en Bohadin (pp. 207-280), siendo el mismo uno de los actores en el tratado. Manifestó Ricardo su intento de volver con nuevo ejército a la conquista de la Tierra Santa, y Saladino contestó a la amenaza con un rasgo caballeroso (Vinisauf, l. VI, c. 28, p. 423). <<

[678] La relación más extensa y original de la guerra sagrada es Galfridi a *Vinisauf Itinerarium Regis Agliæ Richardi et aliorum in*

terram Hierosolymarum, en seis libros publicados en el segundo tomo de *Gale Scriptores Históriæ Anglicanæ* (pp. 247-429). Roger Hoveden y Mateo de París apuntan igualmente materiales apreciables, y el primero va describiendo esmeradamente la disciplina y navegación de la escuadra inglesa. <<

[679] Aun Vertot (t. I, p. 251) admite el concepto disparatado de Saladino como indiferente, a pesar de que estuvo profesando el *Alcorán*, hasta su postrer aliento. <<

[680] Véase la sucesión de los ayubitas en Abulfaragio (*Dynast.*, p. 277, etc.) y las *Tablas* de De Guignes, el arte de comprobar fechas y la *Biblioteca Oriental*. <<

[681] Thomassin (*Discipline de l'Eglise*. t. III, pp. 311-374) ha tratado coloradamente del origen, abusos y restricciones de aquellos *diezmos*. Asomó una teoría, mas no se llevó adelante, de que legalmente correspondía al papa el diez por ciento del diezmo que los levitas daban a los sumos sacerdotes (Selden sobre diezmos; véanse sus obras vol. III p. II, p. 1083). <<

[682] Véase *Gesta Innocentis III* en Muratori, *Script. Rer. Ital.* (t. III, pp. 486-568). <<

[683] Véase la quinta cruzada y el sitio de Damasco, en Jacobo de Vitrileo (l. III, pp. 1125-1145 en el *Gesta Dei de Bengarsio*), testigo ocular, Bernardo Tesorero (en *Scrip*. Muratori, t. VII, pp. 825-846, c. 194-207), contemporáneo, y Sanuto (*Secuta Fidel. Crucis*, l. III, p. XI, c. 4-9), recopilador esmerado; y de los árabes, Abulfaragio (*Dynast.*, p. 234) y los extractos, al fin, de Joinville (pp. 533, 537, 540, 547, etc.). <<

[684] A cuantos tomaron la cruz contra Manfredo concedió el papa (1255 d. C.) *plenissimam peceatorum remissionem. Fideles mirabantur quod tantum eis promittent pro sanguine Christianoriun effundendo quantum pro cruore infidelitini*

aliquando (Mateo de París, p. 285). Sumo arranque para un siglo XIII. <<

[685] Este concepto sencillo es adecuado para Mosheim (*Invit. Hist. Ecclesiast*, p. 332) y para la filosofía acendrada de Hume (*History of England*, t. I, p. 380). <<

[686] Los documentos originales para la cruzada de Federico II se pueden sacar de Ricardo de san Germán (en Muratori, *Script. Rer. Ital.* t. VII, pp. 1002-1013), y en Mateo de París (pp. 286, 291, 100, 302, 304). Los modernos más atinados son, Fleury (*Hist. Eccles.* t. XVI), Vertot (*Chevalicre de Malt.*, t. I, l. III), Giannone (*Istoria Civile di Napoli*, t. II, l. XVI) y Maratori (*Annali d'Italia*, t. X). <<

[687] El cuitado Muratori ya sabe qué opinar, mas no qué decir, *chino qui il capo* etc., p. 322. <<

[688] Confundía el clero taimadamente la mezquita o iglesia del templo con el Santo Sepulcro, y su yerro engañoso ha embaucado a Vertot y a Muratori. <<

[689] La irrupción de los carizmios o corasminas se halla referida en Mateo de París (pp. 546, 547), y en Joinville, Nangis y los árabes (pp. 111, 112, 131, 132, 528, 530). <<

[690] Léanse, si cabe, la vida y milagros de San Luis por el confesor de la reina Margarita (pp. 231-523) y Joinville de Louvre. <<

[691] Creía cuanto enseñaba la madre Iglesia (Joinville, pp. 10) pero precavía a Joinville el que disputase con los infieles. *L'omme lay* (decía en su lenguaje anticuado) *quaud il ot medire de la loy Chretienue ne mais que de l'espee, de qui il doit donner parmi le ventre fledens, comme elle peut entrer* (p. 12). <<

[692] Poseo dos ediciones de Joinville, la una (París, 1668) apreciabilísima por los reparos de Ducange; la otra (París au

Louvre, 1761) muy recomendable por el texto puro y auténtico por el manuscrito recién descubierto. Comprueba el último editor que la historia de san Luis se terminó en 1309 d. C., sin expresar ni extrañar la edad del autor, que debió pasar de noventa años (*Prólogo*, p. XI, *Observaciones* de Ducange p. 47). <<

[693] Joinville, p. 32. *Extractos arábigos*, p. 549. <<

[694] Los últimos editores han realzado a su Joinville con extractos extensos y curiosos de los historiadores arábigos, Dacrizi, Abulfeda etc. Léase igualmente Abulfaragio (*Dynast.*, pp. 322-325), quien lo llama con el nombre adulterado de *Redefras*. Mateo de París (pp. 683, 684) ha descrito el desvarío competidor de franceses e ingleses, que pelearon y fenecieron en Masura. <<

[695] Savary, en sus amenísimas cartas sobre el Egipto, trae una descripción (t. I, carta XXIII, pp. 274-230) y una relación de la expedición de san Luis (XXV, pp. 306 -360). <<

[696] Se pidió y concedió un millón de bizantinos por el rescate de san Luis, pero la generosidad del sultán lo redujo a ochocientos mil, computados por Joinville en cuatrocientas mil libras francesas de su tiempo, y equivalentes en Mateo de París a cien mil marcos de plata (Ducange *Disertacion* XX sobre Joinville). <<

[697] Afirma Joinville formalmente el pensamiento de los emires (pp. 77, 78) y no se me hace tan desatinado como a Voltaire (*Histoire Generale*, t. II, pp. 386, 387). Los mismos mamelucos eran extranjeros, rebeldes e iguales. Habían palpado entre medio, y esperanzaban su conversión, y aquel arranque aislado salió tal vez de algún cristiano en aquella reunión revuelta. <<

[698] Véase la expedición en los *Anales de san Luis*, por Guillermo

de Nangis, pp. 270-287, y los *Extractos arábigos*, pp. 545-555, y en la edición del Louvre de Joinville. <<

[699] Voltaire, *Histoire Generale*, t. II, p. 391. <<

[700] La cronología de las dos dinastías de mamelucos, baharitas turcos o tártaros del Kipzak, y de los bogitas, circasianos, se halla en Pocock (*Prolegom. ad* Abulfaragio, pp. 6-31) y De Guignes (t. I, pp. 264-270); su historia de Abulfeda, Macrisi etc., al principio del siglo XVI, por el mismo De Guignes (t. IV, pp. 110-328, etc.). <<

[701] Savary, *Cartas sobre el Egipto*, t. II, carta XV, pp. 189-208. Pongo muy en duda la autenticidad de aquella copia, mas es cierto que el sultán Selim ajustó un tratado con los circasianos o mamelucos de Egipto, dejándolos en posesión de armas, riquezas y poderío. Véase un nuevo Compendio de la *Historia otomana*, compuesto en Egipto y traducido por M. Digoort (t. I, pp. 55-58, París 1781), historia curiosa, auténtica y nacional. <<

[702] *Si totum quo, regnum occuparunt regnum respicias, præsertim quod fini propius, reperies illud bellis, pugnis, injurfis ac rapinis refertum* (Al Jannabi, *apud* Pocock, p. 31). El reinado de Mohammed (1311-1345 d. C.) ofrece una excepción venturosa (De Guignes t. IV, pp. 208-210). <<

[703] Quedan ahora reducidos a ocho mil quinientos; el gasto de cada mameluco puede graduarse a cuatrocientos luises, y Egipto yace lloroso bajo la codicia y tropelía de aquellos advenedizos (*Viaje de Volney*, t. I, pp. 89-187). <<

[704] Véase la historia de Inglaterra por carta, vol. II, pp. 165-175 y sus autores originales Tomas Viles y Baltero Hemingford (l. III, c. 34, 35) en la colección de Gales (t. II, pp. 97, 579-592). Ignoran por igual la religiosidad de la princesa Leonor chupando el veneno de la llaga, y salvando a su marido, con

peligro de su propia vida. <<

[705] Sanuto, *Secreta Fideflum Crucis*, l. III, p. 42, c. 9, y De Guignes, *Hist. de los hunos*, t. IV, p. 144; de los historiadores árabes. <<

[706] Se está viendo el estado de Acre en todas las crónicas de aquel tiempo, y muy esmeradamente en Juan Villani, l. VII, c. 144, en Muratori, *Scriptores Rer. Italicarum*, t. XIII, pp. 337, 338. <<

[707] En los siglos sucesivos, desde el IX hasta el XVIII, va Mosheina rasgueando el cisma de los griegos con erudición, despejo e imparcialidad: el *filioque* (*Institution. Hist. Eccles.*, p. 277), León III, p. 303; Focio, pp. 307, 308. Miguel Cerulario pp. 370, 374, etc. <<

[708] ᾿Ανδρες δυσσεβεῖς καί ἀποτροπαῖοι ἄνδρες ἐκ σκότους ἀνάδύντες, τῆς γάρ ‘Εσπερίου μοίρας ὑπῆρχον γεννήματα (*Phot. Epist.*, p. 47, edit. Montagut.). El patriarca oriental sigue aplicando las figuras de trueno, terremoto, granizo, jabalíes precursores del Antecristo, etc. <<

[709] Queda ventilado el asunto misterioso del procedimiento del Espíritu Santo, en el sentido, o sinsentido, teológico, histórico y controversista por el jesuita Petavio (*Dogmata Theologica*, t. II, I, VII, pp. 362-349. <<

[710] Colocó ante el sagrario de san Pedro dos broqueles de noventa y cuatro libras y media de plata, donde esculpió el texto de ambos credos (*utroque symbolo*) *pro amore et* cautela *orthodoxæ fidei* (*Anast.* en Leon III, en Muratori, t. III, part. I, p. 208. Su lenguaje comprueba a las claras, que ni el *filioque* ni el credo Atanasio se admitieron en Roma por los años de 830. <<

[711] Los enviados de Carlomagno lo estrecharon para declarar que cuantos desecharen el *filioque, o* por lo menos su doctrina,

quedaban condenados. No todos, replicó el papa, son capaces de calar los recónditos misterios, *qui potuerit, et non voluerit, salvus esse non potest* (*Collect. Convil*, t. IX, pp. 277-286). El *qui potucrit* da mucho ensanche para el logro de la salvación. <<

[712] En Francia, tras algunas leyes violentas, ha venido a relajarse la disciplina eclesiástica; pues leche, queso y manteca, y aun huevos, ya perpetua ya anualmente, suelen ser corrientes en cuaresma (*Vida privada de los franceses*, t. II, pp. 27-38). <<

[713] Los monumentos originales de los cargos de los griegos contra los latinos se hallan depositados en Focio (Epist. Encyclica I, II, pp. 47-61) y en Miguel Cerulario (*Canis. Antiq. Lectiones*, t. III, p. I, pp. 281-324, edit. Basnage, con la dilatada contestación del cardenal Humberto). <<

[714] El tomo XI de la edición veneciana de los *Concilios* contiene todas las actas de los sínodos, y la historia de Focio queda compendiada, con cierto baño de preocupación o cordura, por Dupin y Fleury. <<

[715] El sínodo de Constantinopla, celebrado en el año de 863, es el 8° de los concilios generales, y la última reunión de orientales, reconocido por la Iglesia romana; pues desecha los concilios de Constantinopla de los años 867 y 873, que fueron igualmente concurridos y estruendosos; pero fueron favorables a Focio. <<

[716] Véase este anatema en los *Concilios*, t. XI, pp. 1475-1490. <<

[717] Ana Comnena (*Alexiada*, l. I, pp. 34-35) está demostrando su encono contra la Iglesia, y aun contra el palacio, por Gregorio VII, los papas y la comunión latina. Siendo todavía más vehemente el estilo de Cinamo y de Nicetas; pero ¡cuán calma es la voz de la historia, cotejada con la de toda contienda! <<

[718] Su historiador anónimo (de *Expeditione Asiatica Frederic. I*,

en *Canis. Antiq. Lectiones*. t. III, part. II, p. 511, edit. Basuage.) menciona los sermones del patriarca griego, *quomodo Gæcis injunxerat, in remissionem peccatorum peregrinos occidere et delere de terra*. Advierte (en *Scriptores Frecher* t. I, p. 403, Struv.), *Græci hæreticos nos appellant; clerici et monachi dictis et factis persequuntur*. Podemos añadir la manifestación del emperador Balduino, quince años después: *Hæc est (gens quæ latinos omnes, non hominum nomine, sed canum dignabatur, quorum sanguinem effundere pene inter merita reputabant* (*Gesta Innocent*. III, c. 92, en Muratori, *Script. Rerim Italicarum*, t. III, part. I, p. 536). Cabrá alguna exageración, pero en la realidad se efectuaban como parte de la acción y reacción por ambas partes, igualmente enconadas. <<

[719] Véase Ana Comnena (*Alexiada*, l. VI, pp. 161, 161), y un paso muy reparable en Nicetas (en Manuel l. V, c. 9), quien advierte sobre los venecianos: κατὰ σμήνη καὶ φρατρίας τὴν κωνσταντίνου πόλιν τῆς οἰκείας ἠλλάξαντο. <<

[720] Ducange, *Familiae Byzantinae*, pp. 186, 187. <<

[721] Nicetas, en Manuel l. VII, c. 2. *Regnante enim (Manuele) … apud eum tantam Latinus populus repererat gratiam ut neglectis Graeculis suis tanquam viris mollibus et effoeminatis, … solis Latinis grandia committeret negotia … erga eos profusa liberalitate abundabat … ex omni orbe ad eum tanquam ad benefactorem nobiles et ignobiles concurrebant*. Guillermo de Tyro, XXII, c. 10. <<

[722] No podían menos de corroborarse los recelos de los griegos, al ver las cartas políticas de Manuel al papa Alejandro III, enemigo de su enemiguísimo Federico I, en las cuales el emperador desentraña su anhelo de hermanar a los griegos y los latinos como una sola grey, bajo un solo mayoral, etc. (Véase

Fleury, *Hist. Eccles*. t. XV, pp. 187. 213. 245). <<

[723] Véanse las relaciones griegas y latinas de Nicetas (en Alex. Comn., c. 10) y Guillermo de Tiro (I. XXII, c. 10, 14, 43); el primero suave y lacónico, el segundo, pelmoso, redundante y trágico. <<

[724] La historia del reinado de Isaac Ángelo se compone, en tres libras, por el senador Nicetas (p. 228-290) y su cargo de logotela, o secretario mayor; y juez del velo o palacio, no podían cohechar la veracidad del historiador. Escribió, es cierto, tras la caída y muerte de su bienhechor. <<

[725] Véase Bohadin, *Vita Saladino* pp. 129-131, 226. vers. Shelten. El embajador de Isaac estaba igualmente versado en el griego, el francés y el árabe, ejemplar muy peregrino para la época. Recibíanse sus embajadas con distinción, y se despedían sin resultado, y se referían con escándalo por el Occidente. <<

[726] Ducange, *Familiæ Dalmaticæ*, pp. 318, 329 y 320. La correspondencia original del rey búlgaro con el pontífice romano se halla rotulada en el *Gesta Innocent*. III, c. 66-82, pp. 513-525. <<

[727] Reconoce el papa su linaje, *a nobili urbis Romæ prosapia genitores tui originem traxerunt*. Esta tradición, y la semejanza extremada del idioma latino con el de Walaquia, se hallan explicadas en D'Anville (*États de l'Europe* pp. 258-262). Las colonias italianas en la Dacia de Trajano quedaron arrolladas en la oleada de las emigraciones, desde el Danubio al Volga, y arrebatadas hacia atrás por nuevas oleadas del Volga para el Danubio, ¡tan probable como extrañísimo! <<

[728] Esta parábola concuerda colmadamente con el estilo sublime de los bravíos; mas quisiera que los valacos no introdujeran el nombre clásico de los misios, los experimentos magnéticos o del

imán, ni el paso del antiguo poeta cómico (Nicetas en Alex. Comneno, l. I, pp. 299, 300). <<

[729] Los latinos recargan la ingratitud de Alexio, suponiendo que se lo había rescatado del cautiverio turco por su hermano Isaac. Sin duda se repasó la historia afectuosa en Venecia y en Zara; mas no acierto a desentrañar los fundamentos de los historiadores griegos. <<

[730] Véase el reinado de Alexio Ángelo, o Comneno, en Nicetas por sus tres libros, pp. 291-352. <<

[731] Véanse Fleury, *Hist. Ecles.* t. XVI, p. 26, etc., y Villeharduin, núm. 1, con las observaciones de Ducange, a quien siempre llevo ánimo de citar con el texto original. <<

[732] La vida contemporánea del papa Inocencio III publicada por Balucio y Muratori (*Scriptores Rerum Italicarum*, t. III, part. I, pp. 486-568) se hace apreciabilísima por los documentos originales e importantes que atesora con el texto. La bula de cruzada se hallará c. 84 y 85. <<

[733] *Por-ce que cil pardon, fut issi gran, si s'en esmeurent mult licuers des genz, et mult s'en croisierent, porce que li pardons ere su gran*. Villeharduin, núm. 1. Pueden nuestros filósofos acicalar allá los móviles de los cruzados, pero tales eran los arranques del caballero francés. <<

[734] El número de los feudos (entre los cuales hasta cuatro mil ochocientos debían pleito homenaje) se empadronaron en la iglesia de San Esteban en Troyes, acreditados en 1213 d. C. por el mariscal y botillero de Champagne (Ducange, *Observat.*, p. 254). <<

[735] *Campania … militiae privilegio singularius excellit … in tyrociniis … prolusione armorum*, etc. Ducange, p. 249, de la antigua *Crónica de Jerusalén*, 1177-1199 d. C. <<

[736] Tomose el nombre de Villeharduin de una aldea y castillo en el obispado de Troyes, junto al río Aube, entre Bar y Arcis. Era el linaje antiguo e hidalgo; la línea primogénita de nuestro escritor subsistía después de 1400. Era menor o segunda, no granjeándose un principado en la Acaya, y entroncó allá con la casa de Saboya (Ducange, pp. 235-245). <<

[737] Obtuvieron aquel cargo el padre y los descendientes; pero Ducange no ha logrado desentrañarlo con su acostumbrada perspicacia. Hallo que el año de 1358 estaba en la familia de Conflens, pero, como provincial, quedó eclipsada con los mariscales nacionales de Francia. <<

[738] Esta habla de la cual traeré algunas muestras va explicada en Vigere y Ducange por una traducción y un glosario. El presidente des Brosses (*Mechanisme des Langues*, t. II, p. 83) lo trae como ejemplo de un idioma que ha cesado en Francia, y sólo se entiende con las gramáticas. <<

[739] Su siglo y su propia expresión, *moi qui cet oeuvre dicta* (núm. 62, etc.), puede sincerar la sospecha (más probablemente que la de Wood en Homero) de que no sabía leer ni escribir. Mas puede blasonar la Champaña de los dos primeros historiadores, insignes autores de la prosa francesa, Villeharduin y Joinville. <<

[740] La cruzada y reinados de los condes de Flandes, Ballvino y su hermano Enrique, son el asunto de una historia particular por el jesuita Doutremens (*Constantinopolis Bélgica*, Turnaci, 1638, en 4°), la que tan sólo he visto con los ojos de Ducange. <<

[741] *Historia* etc. t. VI, pp. 116-123. <<

[742] La fundación e independencia de Venecia se desentrañan en Pagi (*Crítica*, t. III, 810 d. C., núm 4, etc.) y Beretti (*Disertation. Cherograp. Italiæ medii Æví*, en Muratori, t. X.

Scriptores Rerum Italicarum, p. 153). Ambos críticos tienen sus asomos, el francés opuesto, y el italiano favorable a la república. <<

[743] Al esforzar el hijo de Carlomagno sus derechos a la soberanía, la contestaron los leales venecianos ὅτι ἡμεῖς δουλοὶ θέλομεν εἶναι τοῦ Ῥωμαίων βασιλέως (Constantino Porfirogénito, de *Administr Imperii*, part, II, c. 28, p. 85); y la relación del IX da por sentado el hecho del siglo X, corroborado por la embajada de Luitprando de Cremona, el tributo anual que el emperador les concede que paguen al rey de Italia alivia por duplicado su servidumbre, pero la voz odiosísima δονλοι se debe traducir, como en la carta de 827 (Laugier, *Hist. de Venecia*, t. I, p. 67, etc.), con el apellido más suave de *subditi o fideles*. <<

[744] Véase la XXV y la XXX *disertationes de Autiquitatis medii Ævi* de Muratori. Por la *Historia del comercio* de Anderson me entero de que los venecianos jamás asomaron por Inglaterra hasta el año de 1323. Su estado más floreciente de riqueza y comercio se halla descrito garbosamente en el abate Dubos, con relación al principio del siglo XV (*Hist. de la Ligue* de Cambray, t. II, pp. 443-480). <<

[745] Poquísimo se esmeraron los venecianos en escribir su historia, pero sus monumentos más antiguos son: 1. La *Crónica* tosquísima (quizás) de Juan Sagornizo (Venecia, 1765, en 8°) que viene a retratar el estado de las costumbres de Venecia en el año de 1008. 2. La *Historia* extensa del dogo (1342-1354) Andrés Dándolo, publicada por última vez en el t. XIII de Muratori, 1728 d. C. La *Historia de Venecia* por el abate Laugier (París 1728) es obra de cierto mérito, de la cual principalmente me he valido en lo relativo a la constitución. <<

[746] Enrique Dándolo era de ochenta y cuatro años en su

elección, y de noventa en su muerte (125 d. C.). Véanse las observaciones de Ducange sobre Villehardouin, núm. 204. Pero los escritores originales no hacen alto en tamaña longevidad, ni se halla otro ejemplar de un héroe de cerca de cien años. Teofrasio es quien ofrece el ejemplo de un escritor de noventa y nueve, pero en vez de ἐννενήκοντα (*Proem. ad. Chevaler.*) me inclino mucho más a leer ἑβδομήκοντα, con el último editor Ficher y el primer apunte de Casaubon. Raya en imposible el desempeño adecuado de las potencias en edad tan extremada. <<

[747] Los venecianos modernos (Langier t. II, p. 119) tildan al emperador Manuel, pero Villehardouin refuta la calumnia, y luego los escritores antiguos dicen que Dándolo perdió la vista por una herida. Ducange n. 34. Discuerdan las noticias acerca de la gravedad y de la causa de aquella ceguedad; pues según Villehardouin y otros era absoluta, y según la *Crónica* de Andrés Dándolo era escasa su vista, *visu debilis*. Véase Wilken. vol. V, p. 143. - M. <<

[748] Véase el tratado original en la *Crónica* de Andrés Dándolo, pp. 325-336. <<

[749] Se hace reparable, leyendo a Villehardouin, las lágrimas repetidas del mariscal y de sus hermanos caballeros. *Sachiez que la ot mainte lerme ploree de pitie* (núm. 17); *mult plorant* (allí mismo); *mainte lerme ploree* (núm. 34); *si orent mult pitie et plorerent mult durement* (núm. 60); *i ot mainte lerme ploree de pitie* (núm. 202). Están llorando de pesar, de gozo y por devoción. <<

[750] Con una victoria sobre los ciudadanos de Asti, con una cruzada a Palestina y con una embajada a los príncipes alemanes (Muratori, *Annali d'Italia*, t. X, pp. 163, 202) <<

[751] Véase la cruzada de los alemanes en la *Historia* C. P. de

Gunter (*Canis. Antiq. Lectiones*. t. IV, pp. V-VIII), quien celebra la peregrinación del abad Martín, uno de los predicadores en competencia de Fulko de Neuilly. Su monasterio de la orden cisterciense, estaba situado en el obispado de Basilea. <<

[752] Jadera, actual Zara, era una colonia romana que reconocía a Augusto como su padre. Ahora tiene solas dos millas de circuito, con un vecindario de seis o siete mil moradores, pero con fortificaciones grandes, y unido al continente por medio de un puente. Véanse los viajes de los dos compañeros Spon y Wheeler (*Voyage de Dalmatie, de Grece*, etc. t. I, pp. 64-70. *Journey into Grece*, pp. 8-14); y el último, equivocando *Sestertia con Sestertii*, computa un arco acompañado de estatuas y columnas en cuarenta duros. Si en su tiempo no había guindas por los égidos de Zara, abundan en el día y componen el ponderado *marrasquine*. <<

[753] Katona (*Hist. Critica Reg. Hungariæ, Stirpis Arpad*. t. IV, pp. 136-138) va agolpando cuantos hechos y testimonios se oponen a los conquistadores de Zara. <<

[754] Véase todo el trance, y los arranques del papa, en la carta de Inocencio III. *Gesta Innocentis III*, c. 86, 87, 88. <<

[755] Todo lector modesto se sorprende al tropezar con el mote de sirviente de Constantinopla aplicado al mozo Alexio, con relación a su mocedad, como los *infantes* de España, y el *nobilissimus puer* de los romanos. Pajes o escuderos de la caballería eran tan hidalgos como sus amos (Villehardouin y Ducange, núm. 36). <<

[756] Villehardouin apellida al emperador Isaac *Tursac* (núm. 35, etc), que cabe derivarse del francés *sire*, o del griego Κυρ (κίριος) revuelto con su propio nombre; y los demás desvíos de Tursac y Conserac nos manifiestan cuántos descaminos habrán padecido las dinastías de Asia y Egipto. <<

[757] Renier y Conrado: el primero se desposó con María, hija del emperador Manuel Comneno; el otro fue marido de Teodora Ángela, hermana del emperador Isaac y Alexio. Se desprendió Conrado de la corte griega y de la princesa, por la gloria de acudir a la defensa de Tiro contra Saladino (Ducange, *Famil. Bizant.*, pp. 187, 203). <<

[758] Nicetas (en Alexio Comneno l. III, c. 9) tilda al dogo y a los venecianos como los encendedores de la guerra contra Constantinopla y conceptúa únicamente como κῦμα ἐπὶ κύματι la llegada de las ofertas vergonzosas del regio desterrado. <<

[759] Villehardouin y Gunther ponen de manifiesto los dictámenes encontrados. El abad Martín dejó el ejército en Zara, siguió hasta Palestina, fue de embajador a Constantinopla y presenció contra su voluntad el segundo sitio. <<

[760] El nacimiento y exaltación de Andrés Dándolo le franquearon motivo y proporción para investigar en los archivos de Venecia la historia memorable de su antecesor. Su brevedad desautoriza un tanto las relaciones más extensas y recientes de Sanuto (en Muratori, *Script. Rer. Italicarum*, tomo XXII), Blondo, Sabólico y Ramnasio. <<

[761] Villehardouin, núm. 62. Sus arranques y expresiones son particulares; pues suele llorar y luego complacerse con las glorias y peligros de la guerra con un brío desconocido a todo escritor sedentario. <<

[762] Casi todos los nombres geográficos se hallan estragados en este viaje. La terminación moderna de Calcis y de toda la Eubea, se deriva de su *Euripo, Negripo, Negroponto*, desdorando nuestros mapas (D'Anville, *Geographie Ancienne*, t. I, p. 263). <<

[763] *Et sachiez que il ni ot si hardi cui le cuer ne freinist* (c. 66) … *Chacuns regardoit ses armes… que par tems en arons mestier* (c. 67). Tal es el desembozo de la valentía. <<

[764] *Eandem urbem plus in solis navibus piscatorum abundare, qnam illos in toto navigio. Habebat enim mille et sexcentas piscatorias naves… Bellicas autem sive mercatorias habebant infinitas et portum tutissimum*. Gunther, *Hist*. C. P. c. 8, p. 10. <<

[765] Καθάπερ ἱερῶυ ἀλσεων, εἰπεῖν δέ καί θεοφτεύτων παραδείσων ἐφείδοντο τουωνί. Nicetas en Alex. Comneno, l. III, c. 9, p. 348. <<

[766] Prohíjo de la aversión de Viguera la voz sonora de *Palander*, que veo se usa todavía en el Mediterráneo; pero escribiendo en francés preferirá la denominación original y expresiva de *vessiers o hussiers*, del *huis o* puerta que se colocó por vía de puente levadizo, pero que a la mar iba junto al costado de la nave (véanse Ducange y Villehardouin, núm. 14, y Joinville, pp. 27 y 28, edición del Louvre). <<

[767] Para orillar la expresión vaga de secuaces me valgo de Villehardouin, de la voz sargentos (*serjeants*), para todos los jinetes que no eran caballeros. Había sargentos para las armas y los había para el juzgado, y al presenciar la parada o la sala de Westminster, repararemos la extrañeza de diferencia tan suma (Ducange, *Glossar*. lat. *Servientes*, etc. t. VI pp. 226-231). <<

[768] Excusado es advertir que sobre el asunto de Galata, la cadena, etc., Ducange se muestra cabal. Consúltese también el capítulo correspondiente de C. P. Christiana del mismo autor. Eran los moradores tan vanidosos e idiotas que se apropiaban la Epístola de san Pablo a los gálatas. <<

[769] La nave rompedora de la cadena se apellidaba *Aquila*

(Dándolo,. *Chronicon*, p. 522), que Blondo (de *Gestis Venet.*) ha trocado en *Aquilo*, viento norte. Ducange, *Observaciones*, núm. 83, sostiene la lección última; pero no había visto el testo respetable de Dándolo, ni se hizo cargo de la topografía de aquella bahía o ensenada. El sudeste era el viento más adecuado al intento (nota a Wilken t. V, p. 215). <<

[770] *Quatre cens mil homes ou plus* (Villehardouino, núm. 134) debe entenderse de hombres de armas tomar. Le Beau (*Histoire de Bas Empire*, t. XX, p. 427) concede a Constantinopla un millón de moradores, de los cuales sesenta mil jinetes, y un número infinito, infantería. En su actual menoscabo, la capital del Imperio Otomano vendrá a contener cuatrocientas mil almas (*Viajes* de Bell., t. II, pp. 401, 402); mas por cuanto los turcos no empadronan, y las circunstancias suelen ser engañosas, no cabe puntualizar (Niebubr, *Viaje por Arabia*, t. I, pp. 18, 19) la población efectiva de sus ciudades. <<

[771] Sobre los planos más esmerados de Constantinopla no acierto a medir más de 4000 pasos. Villehardino regula sin embargo su recinto en tres leguas (núm. 86). Si su vista no se equivocó, sin duda su cómputo fue de las antiguas leguas francesas de mil quinientos pasos, que se estarán todavía usando en Champaña. <<

[772] Las guardias, los varanges, se apellidan en Villehardouin (núm. 89, 95, etc.) Englois y Dancis con sus hachas. Prescindiendo de su origen, un peregrino francés, no podía equivocarse en cuanto a las naciones a que pertenecían. <<

[773] Para el primer sitio y conquista de Constantinopla, podemos leer la carta original de los cruzados a Inocencio III. *Gesta Innocentis III*, c. 91, pp. 533, 534. Villehardouin, núms. 73-99. Nicetas en Alexio Comnen. l. III, c. 40, pp. 359-552. Dándolo en *Chronic*, p. 522. Gunther y su abad Martín no habían aún

regresado de su peregrinación pertinaz a Jerusalén, o a san Juan de Acre, donde la mayor parte de sus compañeros habían perecido por la peste. <<

[774] Cotéjense en la tosquísima energía de Villehardouin (núm. 66 y 100), la vista interior y exterior de Constantinopla, y su impresión en el ánimo de los peregrinos: *cette ville*, dice, *que de toutes les autres ere souveraine*. Véanse los pasos equivalentes de Fulcheiro Carnotense, *Hist. Hierosol.* l. I, c. 4, y Guillermo de Tiro II, 3; XX, 26. <<

[775] Mientras estaban jugando a los dados, le quitaron los latinos la diadema, y le encasquetaron un sombrero de lana o de pelo, τὸ μεγαλοπρεπὲς καὶ παγκλέπστον κατεῤῥύσαινεν ὄνομα (Nicetas, p. 358). Si tales camaradas eran venecianos, ahí asoma la insolencia del comercio y de la república. <<

[776] Villehardouin, núm. 101; Dándolo, p. 322. Afirma el dogo que se pagaba más pausadamente a los venecianos que a los franceses, pero confirma que las historias de dichos variaban sobre el particular. ¿Había leído a Villehardouin? Quejábanse sin embargo los griegos, *quod totius Græciæ opes transtulisset* (Gunther, *Hist.* C. P. c. 13). Véanse los lamentos e invectivas de Nicetas (p. 355). <<

[777] El reinado de Alexio Comneno emplea tres libros en Nicetas, pp. 291-352. La restauración volandera de Isaac y la de su hijo quedan reducidas a cinco capitales (pp. 352-362). <<

[778] Al afear Nicetas su alianza impía al emperador Alexio, está apellidando desaforadamente a la nueva religión de los papas μεῖζον καὶ ἀτοπώτατον... παρεκτροπὴν πίστεως... τῶν τοῦ Πάπα προνομίων καινισμόν, μετάθεσίν τε καὶ μεταποίησιν τῶν παλαιῶν Ῥωμαίοις ἐθῶν (p. 348). Tal era el lenguaje ingenuísimo de todo griego hasta el postrer aliento del Imperio. <<

[779] Nicetas (p. 355) es terminante en el cargo, especificando a los flamencos (Φλαμίονες) pero se equivoca en suponer antiguo este nombre. Villehardouin (núm. 107) disculpa a los barones e ignora (o tal vez lo aparenta) los nombres de los culpados. <<

[780] Cotéjense las sospechas y quejas de Nicetas (p. 353-362) con el redoble de cargos de Balduino de Flandes (*Gesta Innocentis III*, c. 32, p. 134) *cum patriarcha et mole novilium, nobis promissis pejurus et mendax*. <<

[781] Era su nombre Nicolás Canobo: mereció las alabanzas de Nicetas y la venganza de Murzuflo (p. 362). <<

[782] Villehardouin (núm. 116) habla de él como de un privado, sin saber que fuese un príncipe de la sangre, *Ángelo* y *Ducas*. Ducange, que va pesquisando por todos los rincones, lo cree hijo de Isaac Ducas, Sebastocrator, y primo segundo del joven Alexio. <<

[783] Esta negociación, de suyo probable, y atestiguada por Nicetas (p. 361), se omite por escandalosa en la delicadeza de Dándolo y de Villehardouin. <<

[784] Menciona Balduino ambas tentativas para incendiar la escuadra (*Gesta* c. 92, pp. 534, 535); Villehardouin (núm. 113, 115) tan sólo refiere la primera. Se hace reparable que ninguno de estos guerreros advierta las propiedades del fuego griego. <<

[785] Ducange (núm. 113) desarrolla un caudal de erudición sobre el *Gonfanon imperial*; muéstrase en Venecia aquel estandarte de la Virgen, como trofeo y reliquia, si es legítimo el dogo religiosísimo debió engañar a los monjes Cistenses. <<

[786] Confiesa Villehardouin (núm. 126) que *mult ere grant peril*; y Ganther (*Hist*. C. P. c. 13) afirma que *nulla spes victoriæ arridere poterat*. Sin embargo, el tal caballero menosprecia a

cuantos soñaban con huir; y ensalza el monje a sus paisanos como resueltos a morir. <<

[787] Balduino y demás escritores vitorean los nombres de entrambas galeras, *felici auspicio*. <<

[788] Nicetas, aludiendo a Homero, la apellida ἐννεόργυιος, de nueve orgías, o dieciocho o veinte varas de alto; estatura que no podía menos de disculpar el susto de los griegos. En este paso, el historiador propende más a lo portentoso que a su patriotismo, y quizás que a la verdad. Prorrumpe Balduino en los términos del Psalmista, *persequitur unus ex nobis centum alienos*. <<

[789] Villehardouin (núm. 130) ignora también *este* otro fuego más legítimo, que Gunther atribuye a *quidam comes teutonicus* (c. 14). Parece que se avergüenzan de ser incendiarios. <<

[790] Sobre el sitio segundo y toma de Constantinopla, véase a Villehardouin (núms. 113, y 132) Balduino en la segunda carta a Inocencio III (*Gesta Innocentis III*, c. 32, p. 537, con todo el reinado de Murzuflo; en Nicetas (p. 363-375), y tal cual especie de Dándolo (*Chronic. Vener.*, pp. 323-330) y Gunther (*Hist*. C. P. c. 14-18) quien añade el realce de profecía y visión. El primero saca a luz un oráculo de la Sibila Eritrea, de un gran armamento en el Adriático; bajo un caudillo ciego, contra Bizancio, etc. Curiosísima sería la predicción anterior al hecho. <<

[791] *Ceciderunt tamen ea die civium quasi duo millia*, etc. (Gunther, c. 18). Excelente piedra de toque es la aritmética para apear los abultamientos de la pasión y de la retórica. <<

[792] *Quidam* (dice Inocencio III, *Gesta*, c. 94, p. 538) *nec religioni, nec ætati, nec sexui pepercerunt; sed fornicationes, adulteria, et incestus in oculis omnium exercentes, non solum maritatas et viduas, sed et matronas et virgines Deique dicatas, exposuerunt spurcitiis garcionúm*. No trae Villehardouin asomo

de estos trances frecuentísimos. <<

[793] Salvó Nicetas y desposó luego a una virgen noble (p. 380) a quien un soldado ἐπι μάρτυσι πολλοῖς ὀνηδόν ἐπιβρωμώμενος, iba a violentar a pesar de ἔντολαι, ἐντάλματα εὖ γεγονότων. <<

[794] Sobre la suma general de riquezas, advierte Gunther, *ut depauperibus et advenis cives ditissimi redderentur* (Hist. C. P. c. 18); Villehardouin (núm. 132), que desde la creación *ne fut tant gaiguié dans une ville*; Balduino (*Gesta*, c. 92) *ut tantum tota non videatur possidere latinitas*. <<

[795] Villehardouin (núm. 133-135). En vez de cuatrocientos mil, hay una variante: quinientos mil. Ofrecieron los venecianos hacerse cargo del total, y dar cuatrocientos marcos a cada caballero, doscientos a cada clérigo o jinete, y cuatrocientos a cada infante; sin duda salieron perdiendo (Le Beau, *Hist. du Bas Empire*, t. XX, p. 596). No alcanzo a entender por dónde. <<

[796] En el concilio de Lion (1245 d. C.), los embajadores ingleses computaron la renta de la corona inferior a la del clero extranjero, que ascendía a sesenta mil marcos al año (Mateo de París, p. 451; Hume, *Historia de Inglaterra* vol. II, p. 170). <<

[797] El desenfreno en el saqueo de Constantinopla y sus propias cuitas se hallan entrañablemente expresados en Nicetas, pp. 361-363, y Statas Urb. C, pp. 374-384. Sus quejas, aun de sacrilegio, quedan sinceradas por Inocencio III (*Gesta Innocentis III*, c. 93), mas no asoma en Villehardouin el rastro menor de compasión o remordimiento. <<

[798] Si acabo de hacerme cargo del griego de los platos de Nicetas, los más regalados eran terneros, hervidos de vaca, tocino con guisantes y una sopa hecha con ajos y hierbas picantes (p. 382). <<

[799] Usa Nicetas expresiones muy agrias παρ᾽ ἀγραμμάτοις Βαρβάροις, καὶ τέλεον ἀναλφαβήτοις (Fragm. *apud* Fabric. *Bibliot. Græc*. t. XI, p. 414). Pero aquel vituperio viene a recaer principalmente sobre su ignorancia del griego y de Homero. En su propio idioma, los latinos de los siglos XII y XIII no carecieron de literatura. Véanse las *Investig. Filolog*. de Harris, parte III, c. 9, 10, 11. <<

[800] Era Nicetas de Cora, en Frigia (la antigua Colosa de san Pablo); fue descendiendo por sí hasta la jerarquía de senador, juez del velo y gran logoteta; presenció el derrumbo del Imperio, se retiró a Niza y compuso una historia esmerada, desde la muerte de Alexio Comneno hasta el reinado de Enrique. <<

[801] Un manuscrito de Nicetas en la biblioteca Boyleana contiene este fragmento curioso sobre las estatuas de Constantinopla, que el engaño, la vergüenza o, más bien, el descuido descarriaron en las ediciones comunes. Publicolo Fabricio (*Biblioth. Græc*., t. VI, pp. 405-416), y fue celebrado sin tasa por el difunto e imperioso Harris de Salisbury, *Philological Inquiries*, parte III, c. 5, pag. 301-312. <<

[802] Para ilustrar la estatura de Hércules, cita Harris un epigrama griego, y esculpe una joya hermosísima, que sin embargo no remeda el ademán de la estatua, pues en ella Hércules carece de clava y tiende su pierna y su brazo derechos. <<

[803] Copio estas dimensiones conceptuándolas inconexas, y quizás están probando que el decantado gusto de Nicetas se reducía mera presunción. <<

[804] Nicetas en Isaac Ángelo y Alexio, c. 3, p. 353. Advierte al editor latino, adecuadamente, que el historiador, en su estilo campanudo, viene a sacar de una pulga un elefante. <<

[805] En dos pasos de Nicetas (edit. de París, p. 360 Fabric, p.

408) se tizna a los latinos con el feísimo vituperio de οἱ τοῦ καλοῦ ἀνέραστοι βάρβαροι, y se va manifestando a las claras su codicia metálica. Contrajeron sin embargo los venecianos el mérito de trasladar cuatro caballos de bronce de Constantinopla a la plaza de san Marcos (Sanuto, *Vite dei dogi*, en Muratori, *Scriptores Rerum Italicarum*, t. XXII, p. 134). <<

[806] Winkeiman, *Hist. de l'Art*. t. III pp. 263, 270. <<

[807] Véase el robo devoto del abad Martín, que transportó un cargamento riquísimo a su monasterio de París, obispado de Basilea (Gunther *Hist. C. P*. c. 19, 23 y 24). Pero al reservar tantísima presa incurrió el santo en excomunión, y tal vez quebrantó su juramento. Cotéjese Wilken, vol. V, p. 308. - M. <<

[808] Fleury, *Hist. Ecclesiat*., t. XVI, pp. 139-145. <<

[809] Voy a redondear este capítulo con el apunte de una relación moderna, que viene a circunstanciar la toma de Constantinopla por los latinos, pero que ha parado con alguna tardanza en mis manos. Paolo Ramusio, hijo del recopilador de viajes, fue encargado por el senado de Venecia de componer la historia de aquella conquista, y desempeñó aquella comisión, recibida en su mocedad, durante su madurez, en una obra latina muy elegante, de *Bello Constantinopolitano et imperatoribus Comnenis per Gallos et Venetos restitutis* (Venet., 1635, en folio). Ramusio o Rhamnusio copia y traslada, *sequitur ad unguem*, un manuscrito de Villehardouin que estaba poseyendo, pero va enriqueciendo su narrativa con materiales griegos y latinos, y le debemos unos estados esmeradísimos de la escuadra, los nombres de cincuenta nobles venecianos que mandaban las galeras de la república y la opinión patriótica de Pantaleón Barbo por la reelección del dogo para emperador. <<

[810] Véase el tratado original de partición, en la crónica

veneciana de Andrés Dándolo, p. 326-330, y la elección subsiguiente en Villehardouin, núms. 136-140, con Ducange en sus observaciones, y el primer libro de su *Historia de Constantinopla*, bajo el imperio de los franceses. <<

[811] Después de mencionar el nombramiento de Diego por un elector francés, su pariente Andrés Dándolo aprueba la exclusión; *quidam Venetorum fidelis et nobilis senex, usus oratione satis probabili*, etc., que ha sido recamado por los escritores modernos, desde Blondo hasta Le Beau. <<

[812] Nicetas (p. 84), con la ignorancia vanidosa de un griego, va descubriendo el marquesado de Montferrato, como potencia *marítima*. ¿Engañolo acaso el tema bizantino de Lombardino, que venía a extenderse por toda la costa de Calabria? <<

[813] Exigieron juramento de Tomás Morossini, para no ceñirse a la autoridad de Santa Sofía para desentenderse de todo elector legítimo, no siendo veneciano y residente diez años en Venecia, etc. Mas el ileso extranjero se enceló, y el papa desaprobó aquel monopolio nacional, y de los seis patriarcas de Constantinopla, tan sólo el primero y el último fueron venecianos. <<

[814] Nicetas p. 383. <<

[815] Caudal grandioso suministran las cartas de Inocencio III para la planificación del Imperio latino, civil y eclesiástico en Constantinopla, y las de más entidad van comprendidas en el *Gesta Innocentis III*, etc. y en dos tomos en folio, publicados por Esteban Baluzio; véase Muratori, *Scriptores Rerum Italicarum*, t. III, p. I, c. 94-105. <<

[816] En el tratado de partición, los amanuenses vinieron a enrajar los más de los nombres: pudieran enmendarse, y un buen mapa adecuado a la temporada del Imperio bizantino, sería gran mejora para la geografía… Mas ¡ay! que no tenemos D'Anville.

<<

[817] Su lenguaje era *dominus quartae partis et dimidiae imperii Romani*, hasta que Juan Delfino, quien salió dogo en 1356 (Sanuto, p. 530, 641). En cuanto al gobierno de Constantinopla, véase Ducange, *Histoire de C. P.*, I, 57. <<

[818] Ducange (Histoire de C. P. p. II, 6) ha ido puntualizando las fechas por el estado y los nobles de Venecia, en las islas de Candía, Corfu, Cefalonia, Zante, Naxos, Paros, Melos, Andros, Micona, Sciro, Cea y Lemnos. <<

[819] Vendió Bonifacio la isla de Candía, 12 de agosto de 1204 d. C. Véase el acta de Sanuto, p. 533; mas no alcanzo cómo podía ser la parte de su madre, ni cómo podía ser hija del emperador Alexio. <<

[820] En el año 1212, el dogo Pedro Zani envió una colonia a Candía, sacada de todos los puntos de Venecia. Pero con sus costumbres montaraces y rebeldías frecuentes, los candiotas se pueden parangonar con los corsos bajo el yugo de Génova, y al cotejar los pormenores de Belon y Turnefort, no deslindo diferencia entre la isla veneciana y la turca. <<

[821] Villehardouin (núms. 153, 160, 175-177) y Nicetas (pp. 387-394) van refiriendo la expedición a Grecia del marqués Bonifacio. Pudo el Choniata granjear aquel documento de su hermano Miguel, arzobispo de Atenas a quien celebra por orador, por estadista y por santo. Su elogio y descripción de Atenas debieron publicarse por el manuscrito Bodleyano (Fabricio, *Bibliot. Graec.*, t. VI, p. 405), y era acreedor a las investigaciones de Harris. <<

[822] Napoli di Romania, o Nauplia, el antiguo puerto de Argos, es todavía punto de resistencia y consideración, situada en una península peñascosa, con apacible fondeadero (Chandleris

Travels into Greece, p. 277). <<

[823] He suavizado la expresión de Nicetas, que se empeña en tachar la presunción de los francos. Véase de Rebus post C. P. expugnatam, pp. 335-484. <<

[824] Ciudad cercada por el río Hebro, y a seis leguas al sur de Andrinópolis, obtuvo por su doble muralla el nombre griego de Didgmoteichos, estragado luego en el de Demótica y al fin en el de Dimot. He preferido el apellido moderno y adecuado de Demótica. Aquel sitio fue la residencia postrera de Carlos XII. <<

[825] Villehardouin refiere su contienda (núm. 145-138) con el temple de su independencia, y aun el historiador griego reconoce el mérito y nombradía del mariscal (p. 387) μέγα παρὰ τοῖς τῶν Λατίνων δυναμένου στρατεύμασι: al revés de algunos héroes modernos, cuyas hazañas tan sólo asoman en sus propias memorias. <<

[826] Véase el paradero de Murzuflo en Nicetas (p. 333), Villehardouin (núms. 141-145, 163) y Gunthero (c. 20, 21). Ni el mariscal ni el monje traen el menor asomo de lástima con un tirano, o sea rebelde, cuyo castigo sin embargo fue más ajeno de todo ejemplar que su delito. <<

[827] La columna de Arcadio que está representando con bajorrelieves sus victorias o las de su padre Teodosio permanece todavía en Constantinopla. Se halla descrita y medida, Gyllio (*Topografía* VI, 7), Banduria (ad l. I, Antiq. C. P, p. 507) y Tournefort (*Viaje a levante* t. II, carta XII, p. 231). [Cotéjese Wilken. nota, vol. V, p. 388. - M.] <<

[828] La majadería de Gunther y los griegos modernos sobre esta *columna fatídica* no merece mención alguna; pero es muy peregrino que medio siglo antes de la conquista por los latinos el

poeta Tzezes (Chiliad. IX, 277) refiere el sueño de una matrona que estuvo viendo un ejército en el foro, y un hombre sentado en la columna, palmoteando y exclamando. <<

[829] Las dinastías de Niza, Trebizonda y Epiro (cuyo origen estuvo viendo Nicetas sin mucha satisfacción o esperanza) se hallan eruditamente escudriñadas y rasgueadas con despejo en Ducange, *Familiae Byzantinae*. <<

[830] Fuera de algunos hechos en Paquímero y Nicéforo Grégoras, que saldrán luego a luz, los escritores bizantinos esquivan mencionar el imperio de Trebizonda, o principado de los *Lazis*, y entre los latinos tan sólo asoma o descuella en las novelas de los siglos XIV o XV; pero el incansable Ducange ha desenterrado (*Familiae Byzantinae*, p. 492) dos pasos auténticos en Vicente de Beauvais (l. XXX c. 144) y el protonotario Ojerio (*apud* Wading, 1279 d. C., núm. 4) <<

[831] Rasguea Nicetas el retrato de los francilatinos con mano preocupada y rencorosa οὐδὲν τῶν ἀλλων ἐθνῶν εἰς Ἄρεος ἔργα παρασυμβεβλῆσθαί σφσιν ἠνείχοντο· ἀλλ' οὐδέ τις τῶν Χαρίτων ἢ τῶν Μουσῶν παρὰ τοῖς βαρβάροις τούτοις ἐπεξενίζετο, καὶ παρὰ τοῦτο οἶμαι τὴν φύσιν ἦσαν ἀνήμεροι, καὶ τὸν χόλον εἶχον τοῦ λόγου προτρέχοντα (p. 731, redit. Bonn). <<

[832] Empiezo aquí a ir usando con desahogo y confianza los ocho libros de la Historia de C. P., bajo el imperio de los franceses, que compuso Ducange a continuación de Villehardouin, la cual con su estilo bárbaro merece las alabanzas de obra original y aun clásica. <<

[833] En la contestación de Calo Juan al papa, hallamos sus demandas y quejas (*Gesta Innocentis III*, c. 108, 109); amábanlo en Roma como al Hijo Pródigo. <<

[834] Eran los comanos, una ranchería tártara o turcomana, quienes lindaban acampados, en los siglos XII y XIII, con la Moldavia. Eran por lo más paganos, pero algunos musulmanes, y toda la chusma se cristianizó (1370 d. C.) a impulsos de Luis, rey de Hungría. <<

[835] Nicetas, por ignorancia o malicia, achaca la derrota a la cobardía de Dándolo (p. 383); pero Villehardouin alterna en su gloria con su amigo venerable, *qui viels home ere et gote ne veoit, mais mult ere sages et preus et vigueros* (núm. 193). <<

[836] La verdad geográfica y el resto original de Villehardouin (núm. 174) colocan a Rodosto como a tres jornadas de Andrinópolis, pero Vigenere, en su versión, ha sustituido disparatadamente *tres horas*, y este yerro, corregido ya por Ducange, ha enmarañado a varios modernos, cuyos nombres quiero trasponer. <<

[837] El reinado y paradero de Balduino están referidos en Villehardouin y en Nicetas (pp. 386-416); cuyas omisiones suple Ducange, en sus *Observaciones*, hasta el fin del primer libro. <<

[838] Aventando toda circunstancia dudosa e inverosímil, nos cabe comprobar la muerte de Balduino. 1. Con la creencia terminante de los barones franceses (Villehardouin, núm. 230). 2. Con la declaración del mismo Calo Juan, quien le disculpa la intención del emperador, *quia debitum carnis exsolverat; cum carcere teneretur* (*Gesta Innocentis III*, c. 109). <<

[839] Véase la historia del impostor, por los escritores franceses y flamencos en Ducange, Hist. de C. P. III, 9; y las patrañas absurdas que se estuvieron creyendo por los monjes de san Albano, en Mateo de París, *Hist. Mayor*, pp. 271, 272. <<

[840] Villehardouin, núm. 237. Cito con pesar terminación tan

lastimosa, donde perdemos a un mismo tiempo la historia original y las ilustraciones de Ducange; algún vislumbre refleja sobre las páginas postreras de las dos cartas de Enrique al papa Inocencio III (*Gesta Innocentis III*, c. 106, 107). <<

[841] Vivía el mariscal en 1212, pero murió probablemente luego después, sin regresar a Francia (Ducange, *Observaciones sobre Villehardouin*, p. 238). Su feudo de Meninópolis, don de Bonifacio, era la antigua Maximianópolis, floreciente en tiempo de Amiano Marcelino entre las ciudades de Francia (núm. 161). <<

[842] Los canónigos del Santo Sepulcro eran los capellanes de aquella iglesia del patrón de Tesalónica, que atesoraba un óleo divino, que destilaba diariamente sumos portentos (Ducange, *Hist. de C. P.* II, 4). <<

[843] Aropolita (c. 17) advierte la persecución del legado, y la tolerancia de Enrique (Ερη, como lo llama él) κλύδωνα κατεστόερσε. <<

[844] Véase en Ducange el reinado de Enrique (Hist. de C. P. l. I, c. 35-41; l. II, c. 1-22), que debe muchísimo a las cartas de los papas. Le Beau (*Hist. de Bas Empire*, t. XXI, p. 120-122) halló tal vez en Doutreman algunas leyes de Enrique, quien deslindó la servidumbre de los feudos y las prerrogativas del emperador. <<

[845] Acropolita (c. 14) afirma que Pedro de Curtenay murió por la espada (ἔργον μαχαίρας γενέσθαι); mas por sus expresiones enmarañadas vengo a inferir un cautiverio anterior, ὡς πάντας ἄρδην δεσμώτας ποιῆσαι σὺν πᾶσι σκεύεσι. La crónica de Auxerre atrasa la muerte del emperador hasta el año 1219; y Auxerre casi linda con Curtenay. <<

[846] Véase el reinado y muerte de Pedro de Curtenay en

Ducange (Hist. de C. P. l. II, c. 22-28), quien débilmente se esmera en disculpar la negligencia del emperador por el papa Honorio III. <<

[847] Marino Sanuto (*Secreta Fidelium Crucis*, l. II, p. 4, c. 18, p. 73) se paga tantísimo con este hecho sangriento, que lo ha colocado al margen como *bonum exemplum*. Mas reconoce a la señorita por esposa legítima de Roberto. <<

[848] Véase el reinado de Roberto en Ducange (Hist. de C. P. l. III, c. 1-12). <<

[849] *Rex igitur Franciae, deliberatione habitâ, respondit nuntiis, se daturum hominem Syriae partibus aptum; in armis probum* (preux) *in bellis securum, in agendis providum, Johannem comitem Brennensem*. Sanuto, *Secreta Fidelium Crucis*, l. III, p. XI, c. 4, p. p. 205. Mateo de París. <<

[850] Giannone (*Historia Civile*, t. II. l. XVI, p. 380-383) desentraña el desposorio de Federico II con la hija de Juan de Brienne, y la incorporación doble de las coronas de Nápoles y de Jerusalén. <<

[851] Acropolita, c. 27. Niño era a la sazón el historiador educado en Constantinopla. En 1233, siendo de once años, su padre rompió la cadena latina, dejó un caudal grandioso y huyó a la corte de Niza, donde su hija se encumbró hasta lo sumo. <<

[852] Felipe Monskes, obispo de Turnay (1274-1282 d. C.), compuso un poema, o más bien una serie de versos, en flamenco y francés ramplón, sobre los emperadores latinos de Constantinopla, publicado por Ducange al fin de Villehardouin; véase la p. 224 sobre las proezas de Juan de Brienne.

N'Aie, Ector, Roll'ne Ogiers

Ne Judas Machabeus li fiers

Tant ne fit d'armes en estors

Com fist li Rois Jehans cel jors
Et il defors et il dedans
La paru sa force et ses sens
Et li hardiment qu'il avoit. <<

[853] Véase el reinado de Juan de Brienne en Ducange, *Hist. de C. P.*, l. III, c. 13-26. <<

[854] Véase el reinado de Balduino II, hasta su expulsión de Constantinopla, en Ducange, *Hist. de C. P.*, l. IV, c. 1-34, el fin l. V, c. 1-33. <<

[855] Refiere Mateo de París las dos visitas de Balduino a la corte inglesa, pp. 396, 637, su regreso a Grecia *armata manu*, p. 407; sus cartas de su numen formidable, etc., p. 481 (paso que Ducange traspuso); expulsión, p. 850. <<

[856] Luis IX desaprobó y atajó la enajenación de Curtenay (Ducange, l. VI, c. 23). En el día se halla incorporado con el patrimonio real, pero concedido a cierto plazo (*engagé*) a la familia de Boulainvillers. Curtenay, en la elección de Nemours en la Isle de France, es pueblo de novecientos moradores, con los restos de un castillo (*Melanges tirés d'une grande Bibliothéque*, t. XIV, p. 74-77). <<

[857] Joinville, p. 104, edit. du Louvre. Un príncipe comano, que falleció sin bautismo, fue enterrado a las puertas de Constantinopla, con una comitiva de esclavos y caballos en vida. <<

[858] Sanuto, *Secreta Fidelium Crucis*, l. II, p. VI, c. 18, p. 73. <<

[859] A las voces *Perparo, Perpera, Hyperperum*, se queda Ducange escaso y fofo: *Monetæ genus*. De un paso estragado de Gunthero (*Hist. C. P.*, c. 8, p. 10), rastreó que Perpera venía a ser el *nummus aureus*, la cuarta parte de un marco de plata, y del valor de unos cincuenta reales de vellón. En plomo sería demasiado

baladí. <<

[860] Sobre la traslación de la corona santa de Constantinopla a París véanse Ducange (*Hist. de C. P.*, l. IV, c. 11-14, 24, 35) y Fleury (*Hist. Ecclésiastique*, t. XVII, pp. 201-204). <<

[861] *Melanges tirés d'une grande Bibliothéque*, t. XLIII, pp. 201-203. El Facistol de Boileau desentraña el interior, alma y régimen de la Santa Capilla; y se han recogido varios hechos relativos a su instituto, y glosados por Brosset y san Marco. <<

[862] Se realizó, 1656 d. C., el 24 de marzo, con la sobrina de Pascal, y aquel ingenio descollante, Arnauld, Nicole, etc., lo estuvieron presenciando, para creer y atestiguar un milagro que arrolló a los jesuitas y salvó a Port Royal (*Oeuvres* de Racin, t. VI, pp. 176-187 en su *Historia elocuente de Port-Royal*). <<

[863] Voltaire (*Siècle de Luis XIV*, c. 37; *Oeuvres* t. IX, pp. 178, 179) se empeña en desautorizar el hecho: pero Hume (*Essays*, vol. II, pp. 483, 484), con más tino y éxito, se apodera de la batería y asesta sus piezas contra el enemigo. <<

[864] El menoscabo sucesivo de los latinos se va rastreando en los libros tercero, cuarto y quinto de Ducange, pero cercena varias circunstancias de las conquistas griegas, que se pueden ir acopiando por la historia más extensa del Acropolita, y los tres libros primeros de Nicéforo Grégoras, dos escritores de la serie bizantina, a quienes cupieron en suerte doctos editores, León Alacio en Roma y Juan Boivien en la Academia de Inscripciones de París. <<

[865] Jorge Acropolita, c. 78, p. 89, 90, edit de París. <<

[866] Los griegos, socorridos con todo auxilio advenedizo, revocan la alianza y ayuda de los genoveses; pero el hecho se comprueba con el testimonio de J. Villani (Chaon. l. VI, c. 71, in Muratori, *Scriptores Rerum Italicarum*, t. XIII, pp. 202 - 203) y Guillermo de Nangis (Annales de san Luis, p. 248 en el Joinville del Louvre), dos extranjeros imparciales; y Urbano IV amenazó con privar a Génova de su arzobispo. <<

[867] Hay que esmerase en hermanar guarismos discordes; los ochocientos soldados de Nicetas, los veinticinco mil de Spandugino (en Ducange l. V, c. 24); los griegos y Escitas de Acropolita, y la hueste grandiosa de Miguel en las cartas del papa Urbano IV (l. 129). <<

[868] Θεληματάριοι. Paquímero los nombra y describe (l. II, c. 14) <<

[869] Es por demás el andar siguiendo a estos comanos por los páramos de Tartaria, o de Moldavia. Parte de la ranchería se avasalló a Juan Vataces, plantada probablemente para semillas,

por algunas malezas de Tracia (Contacuzeno, l. I, c. 2). <<

[870] Los latinos hablan compendiosamente de su pérdida de Constantinopla, pero los griegos la refieren más holgadamente; entre ellos el Acropolita (c. 81), Paquímero (l. II, c. 26, 27), Nicéforo Grégoras (l. IV, c. 1, 2). Véase Ducange (*Hist. de C. P.*, l. V, c. 19-27). <<

[871] Véanse los tres libros últimos (l. V-VIII) de Ducange, con sus tablas genealógicas. En el año de 1382 el emperador titular de Constantinopla era Jaime de Baus, después de Andria en el reino de Nápoles, hijo de Margarita, hija de Catalina de Valois, hija de Catalina, hija de Balduino II (Ducange, l. VIII, c. 37, 38). No consta que dejase posteridad. <<

[872] Abulfeda, quien presenció la terminación de los cruzados, habla del reino de los francos y del de los negros, como igualmente desconocidos (Prolegom. *ad Geograph.*). Si no menospreciara el idioma latino, cuán obviamente pudiera el príncipe sirio hallar libros e intérpretes. <<

[873] Huet nos da una razón volandera de aquellas versiones del griego en latín (de *Interpretatione et de claris Interpretibus*, pp. 131-135). Máximo Planudes, monje de Constantinopla (1327-1353 d. C.), tradujo los *Comentarios* de César, el *Sueño de Escipión*, las *Metamorfosis* y las *Heroidas* de Ovidio, etc. (Fabricio, *Bibliot. Graec.*, t. X, p. 133). <<

[874] Los molinos de viento, inventados primitivamente en el país sequísimo del Asia Menor, eran ya corrientes en Normandía por los años de 1105 (*Vida privada de los franceses*, t. I, pp. 42, 43; Ducange, *Gloss. Latin. mediæ et infimæ Ætatis*, t. IV, p. 471). <<

[875] Véanse los lamentos de Roger Bacon (*Biographia Británica*, vol. I, p. 418, edición de Kippi). Si el mismo Bacon o Gerbert entendían *algún tanto* el griego, eran algunos portentos, sin roce

alguno con los levantinos. <<

[876] Tal era la opinión del gran Leibnitz (*Oeuvres* de Fontenelle, t. V, p. 458), muy enterado en la historia de la Edad Media. Tan sólo citaré el ejemplar de la alcurnia de los Carmelitas, y el vuelo de la casa de Loreto, descendientes al par de Palestina. <<

[877] Si coloco a los sarracenos entre los bárbaros, es tan sólo con relación a las guerras, o más bien correrías por Italia y Francia, sin más intento que el de piratear y asolar. <<

[878] Sobre este asunto interesante de la civilización europea vislumbro desde luego algunos detalles desde la misma Escocia; pero moderadamente me empleo en vitorear los esclarecidos nombres de Hume, Robertson y Adam Smith. <<

[879] He acudido, sin vincularme, a la *Historia genealógica de la alcurnia esclarecida de Curtenay, por Ezra Cleveland, ayo del señor Guillermo de Curtenay y rector de Honiton, Exon* 1735, en folio. Esta primera parte se ha sacado de Guillermo de Tiro; la segunda, de Brucher, *Historia de Francia*, y la tercera de varios documentos, ya públicos, provinciales o privados, de los Curtenay de Devonshire. El rector de Honiton se precia más de agradecido que de esmerado y de progresivo que de crítico. <<

[880] El apunte primitivo del linaje es un paso del continuador de Aimoin, un monje de Fleury, que escribió en el siglo XII. Véase su crónica en los historiadores franceses (t. XI, p. 276). <<

[881] Torbesal o, como ahora se expresa, Telbesher, se deslinda en D'Anville a veinticuatro millas del gran tránsito del Éufrates por el Zeugma. <<

[882] Asoma su posesión en los *Assizes de Jerusalén* (c. 326) entre los feudos del reino, que debieron recopilarse entre los años de 1153 y 1187. Se halla su alcurnia en los Lindes de ultramar, c. 16. <<

[883] El salteamiento y complacencia de Reinaldo de Curtenay están colocados trastornadamente en las cartas del abad y regente Giher (CXIV, CXVI), los mayores documentos de aquel tiempo (Duchesne, *Script. Hist. Franc*. t. VI, p. 130). <<

[884] Al principio del siglo XI, después de nombrar al padre y al abuelo de Hugo Capeto, el monje Glaber tiene que añadir: *cujus genus valde in-ante reperitur obscurum*. Sin embargo, consta que el abuelo de Hugo Capeto era Rodrigo el Fuerte, conde de Anjou (863-873 d. C.), un franco hidalgo de Neustria, *Neustricus … generosae stirpis*, muerto en defensa de su patria contra los normandos, *dum patriae fines tuebatur*. Mas allá de Roberto pasa ya todo en fábula o conjetura, es probable que la tercera alcurnia descendiera de la segunda por Childebrando, hermano de Carlos Martel. Patraña desatinada que la segunda alcurnia se entroncaba con la primera, con el enlace de Amberto, senador romano y antecesor de san Arnul, con Blitilde, hija de Clotario I. El origen sajón de la casa de Francia es opinión antigua, pero increíble. Véase una memoria sensata de De Foncemagne (*Mémoires de l'Académie des Insciptions*, t. XX, pp. 548-579). Ofreció manifestar su opinión en otra memoria que jamás ha salido a luz. <<

[885] Entre las varias peticiones, apologías, etc., publicadas por los *príncipes* de Curtenay, he visto las tres siguientes, todas en 8°: 1. *De Stirpe et Origine Domus de Courtenay: addita sunt Responsa celeberrimorum Europae Jurisconsultorum*, París, 1607. 2. *Representation du Procedé tenû a l'instance faicte devant le Roi, par Messieurs de Courtenay, pour la conservation de l'Honneur et Dignité de leur Maison, branche de la royalle Maison de France*, a Paris, 1613. 3. *Representation du subject qui a porté Messieurs de Salles et de Fraville, de la maison de Courtenays, à se retirer hors du Royaume*, 1614. Mediaba un homicidio, por el cual estaban

los Curtenay solicitando influjo, o bien encausados como príncipes de la sangre. <<

[886] El Thuano expresa del modo siguiente el concepto de los parlamentos: *Principis nomen nusquam in Gallia tributum, nisi iis qui per mares e regibus nostris originem repetunt; qui nunc tantum a Ludovico none beatae memoriae numerantur; nam Cortinoei et Drocenses, a Ludovico crasso genus ducentes, hodie inter eos minime recensentur*. Distinción más bien expedita que cabal. No podía la santidad de Luis IX revestirlo de prerrogativa especialísima, y todos los descendientes de Hugo Capeto debían incluirse en el contrato fundamental con la nación francesa. <<

[887] El postrero varón de los Curtenay, fue Carlos Roger, quien falleció en 1730 sin hijo alguno. La última hembra fue Elena de Courtenay, casada con Luis de Beaufremont. Su dictado de princesa de la sangre real de Francia quedó abolido (7 de febrero de 1737) por sentencia del Parlamento de París. <<

[888] El paso singularísimo a que aludo se halla en el *Recueil des Pieces interessantes et peu connues* (Maesttrich, 1786 en 4 t. en 12°), y el editor desconocido cita a su autor, quien lo había recibido de Elena de Curtenay, marquesa de Beaufremont. <<

[889] Dugdale, *Monasticon Anglicanum*, vol. I, p. 786. Mas esta patraña debía fraguarse antes del reinado de Eduardo III. La devoción propusa de las tres primeras generaciones a la Abadía de Fort pasó luego en opresión por una parte, e ingratitud por la otra; y a la sexta generación, los monjes ya no registraron ni nacimientos, ni gestiones, ni fallecimientos de sus patronos. <<

[890] En su *Britannia*, con la lista de los condes de Devonshire. La expresión *e regio sanguine ortos, credunt* está sin embargo desembozando alguna duda o sospecha. <<

[891] Con su Baronage, p. I, p. 634, se refiere a su propio

Monasticon. No enmendando los registros de la Abadía de Fort, y anonadando el trampantojo de Floro, ¿en qué viene a quedar el testimonio indisputable de los historiadores franceses? <<

[892] Además del tercero y apreciabilísimo libro de Chaveland en su *Historia* he acudido a Dugdale, el padre de nuestra ciencia genealógica. Baronaje, p. I, pp. 634-643. <<

[893] Esta gran familia, de Ripuariis, de Redvers, de Rivers, finó en tiempo de Eduardo VI, con Isabel de Fortibus, viuda célebre y poderosa, que sobrevivió muchísimo al hermano y al marido (Dugdale, Baronaje, p. I, p. 254-258). <<

[894] Chavelard, p. 152. Lo atribuyen algunos a Rivers, conde de Devon; pero su inglés corresponde más bien al siglo XV que al XIII. <<

[895] *Ubi lapsus! Quid feci?* Lema que tal vez prohijó la rama de Powderham, tras el malogro del condado de Devonshire, etc. Las armas primitivas de Curtenay eran *Or, three torteux, Gules*, que al parecer denotan su entronque con Godofredo de Bullón y los condes antiguos de Boulogne. <<

[896] En cuanto a los reinados de los emperadores de Nicea, y especialmente de Juan Vataces y su hijo, el contemporáneo, único y fidedigno es su ministro, Jorge Acropolita; pero Jorge Paquímero regresó a Constantinopla con los griegos, a los diecinueve años (Hankio, de *Script. Bizant.*, c. 33, 34, pp. 564-578. Fabricio, *Bibliot. Graec.*, t. VI, 448-460). Sin embargo, aunque la historia de Nicéforo Grégoras es del siglo XIV, su narración es de gran valía, desde la toma de Constantinopla por los latinos. <<

[897] Nicéforo Grégoras (l. II, c. 1) distingue entre el ὀξεῖα ὅρμη de Lascaris y εὐστάθεια de Vataces. Ambos retratos están realizados en hermoso estilo. <<

[898] Paquímero, l. I, c. 23, 24; Nic. Greg. l. II, c. 6. El que lea los bizantinos, debe advertir cuán raras veces se consiguen tan preciosos pormenores. <<

[899] Μόνοι γὰρ ἁπάντων ἀνθρώπων ὀνομαστότατοι βασιλεύς καὶ φιλόσοφος (Greg. Acropol., c. 32) El emperador solía escudriñar y alentar en conversación familiar los estudios de su futuro logoteta. <<

[900] Compárese el Acropolita (c. 18, 52), y los dos libros primeros de Nicéforo Grégoras. <<

[901] A Vataces y a su hijo se les aplicó un dicho persa, que Ciro era el *padre* y Darío el *señor* de sus súbditos. Pero Paquímero (l. I, c. 23) ha confundido el suave Darío con el cruel Cambises, déspota o tirano de su pueblo. Al establecer los impuestos, Darío había incurrido en el nombre menos odioso, pero más despreciable de Κάπηλος, mercader o corredor (Herodoto, III, 89). <<

[902] Acropolita (c. 63) parece admirarse de su propio tesón en sobrellevar tantos golpes y no volver al consejo hasta que le llamaron. Refiere las hazañas de Teodoro y su propios servicios, desde el c. 53 al c. 74 de su historia. Véase el libro tercero de Nicéforo Grégoras. <<

[903] Paquímero (l. I, c. 21) nombra y deslinda a quince o veinte familias griegas, καὶ ὅσοι ἄλλοι, οἷς ἡ μεγαλογενὴς σειρὰ καὶ χρυσῇ συγκεκρότητο. No sabemos si quiere dar a entender con esta condecoración una cadena de oro figurada o efectiva. Quizá será uno y otro. <<

[904] Los geógrafos antiguos con Celtario y D'Anville y nuestros viajeros, particularmente Pocock y Chandler, nos enseñaran a deslindar las dos Magnesias del Asia Menor, del Meandro y el Sipilo. La segunda, de que tratamos, aún está floreciendo como

ciudad turca, y se halla situada a ocho horas o leguas al nordeste de Esmirna (Tournefort, *Viaje del levante*, t. III, carta XXII, p. 365-370. *Viajes de Chandler por el Asia Menor*, p. 267). <<

[905] Véase Acropolita (c. 75, 76, etc.), que vivió muy inmediato a la época; Paquímero (l. I, c. 13-25), Grégoras (l. III, c. 3, 4, 5). <<

[906] Ducange (*Familiae Byzantinae*, p. 230, etc.) explica el linaje de Paleólogo: los acontecimientos de su vida privada están referidos por Paquímero (l. I, c. 7-12) y Grégoras (l. II, 8; l. III, 2, 4; l. IV, 1) con predilección visible hacia el padre de la dinastía reinante. <<

[907] Acropolita (c. 50) refiere las circunstancias de esta curiosa aventura que parece haberse traspuesto a la investigación de escritores más recientes. <<

[908] Paquímero (l. I, c. 12) que habla con el debido desprecio de esta bárbara prueba, asegura, que había visto en su juventud muchas personas que habían sostenido, sin daño alguno, la tremenda prueba. Es crédulo como buen griego; pero la sencillez de éstos pudiera proporcionar algún remedio de arte o trampa contra su propia superstición, a la de su tirano. <<

[909] Sin embargo a Paquímero con Tucídides o Tácito, elogiaré su narración (l. I, c. 13-32; l. II, c. 1-9) que va siguiendo la subida de Paleólogo con elocuencia, perspicacia y desahogo. Acropolita es más cauto y Grégoras más conciso. <<

[910] San Luis abolió el combate judicial en sus propios territorios; y al cabo prevalecieron en Francia su ejemplo y autoridad (*Espíritu de las leyes*, l. XXVIII, c. 29). <<

[911] En los casos civiles Enrique II dejaba la opción al defensor; Granville prefiere la prueba por testimonio y en el Fleta se halla desaprobada la prueba por lid judicial. Sin embargo, nunca vino

a quedar anulado por una ley inglesa, da juicio por combate y los jueces aun la mandaron al principio del siglo último. <<

[912] Sin embargo un amigo ingenioso me ha manifestado la defensa de esta costumbre, 1. Que enfrena en las naciones que salen de la barbarie, los desafueros de la guerra privada y de la venganza arbitraria. 2. Que es menos absurda que las pruebas por el agua hirviendo a la cruz, que contribuye a abolir. 3. Que a lo menos servía como testimonio de valor personal, prenda rara vez hermanada con una disposición ruin, que el peligro de un juicio podía contener a un perseguidor mal intencionado, y ser una valla contra la injusticia sostenida por la potestad. El gallardo y desgraciado conde de Surrey se hubiera librado probablemente de su suerte no merecida, si se hubiese accedido a su demanda del combate contra su acusador. <<

[913] No está despejada en la geografía antigua o moderna la situación de Ninfeo. Pero según las últimas horas de Vataces (Acropolita, c. 52) es evidente que el palacio y jardines de su residencia predilecta se hallaban en las inmediaciones de Esmirna. Ninfeo podía estar situado en Lidia (Grégoras, l. VI, 6). <<

[914] Este cetro, emblema de justicia y potestad, era un largo bastón, como el que usaban los héroes de Homero. Los últimos griegos lo llamaban *Dicanice*, y el cetro imperial se diferenciaba según costumbre con el color encarnado o púrpura. <<

[915] Acropolita asegura (c. 87) que este gorro era a la moda francesa; pero por el rubí colocado en lo alto, Ducange (Historia de C. P., l. V, c. 28, 29) cree que era el sombrero con alta copa que estilaban los griegos. ¿Podía equivocarse Acropolita acerca del traje de su propia corte? <<

[916] Véase Paquímero (l. 2, c. 28-33), Acropolita (c. 88), Nicéforo Grégoras (l. VI, 7), y en cuanto al trato de los súbditos

latinos, Ducange (l. V, c. 30, 31). <<

[917] Esta suave invención para quitar la vista, la probó en sí mismo el filósofo Demócrito; cuando trató de apartar su mente del mundo visible: ¡cuento por cierto necio! La palabra *abacinare*, en latín e italiano, ha dado motivo a que Ducange (*Gloss. Latin. mediæ et infimæ Ætatis*) pasase en revista los diferentes modos de cegar; los más violentos eran quemar con un hierro candente, con vinagre hirviendo y atar la cabeza con una cuerda fuerte hasta que saltasen los ojos de sus cuencas. ¡Que ingeniosa tiranía! <<

[918] Véase la primera retirada y restauración de Arsenio, en Paquímero (l. II, c. 15; l. III, c. 1, 2), y Nicéforo Grégoras (l. III, c. 1; l. VI. c I). La posteridad ha acusado con justicia el ἀφέλεια y ʼραθυμία de Arsenio, las virtudes de un ermitaño y los vicios de un ministro (l. XII, c. 2). <<

[919] El crimen y excomunión de Miguel se hallan bien referidos por Paquímero (l. III, c. 10, 14, 19, etc.) y Grégoras (l. VI, c. 4). Su confección y penitencia, les devolvieron su libertad. <<

[920] Paquímero refiere el destierro de Arsenio (l. VI, c. 1-16), fue uno de los comisarios que le visitaron en la isla desierta. Aun existe el último testamento del irreconciliable patriarca (Dupin, *Biblioteca eclesiástica*, t. X, p. 95). <<

[921] Paquímero (l. VII, c. 22) refiere como filósofo, esta milagrosa prueba y trata con igual desprecio una conspiración de los arsenitas, para ocultar una revelación en el ataúd de algún santo viejo (l. VII, c. 13). Compensa esta incredulidad con una imagen que llora, otra que sangra (l. VII, c. 30) y las curas milagrosas de un sordo y un mudo (l. XI, c. 32). <<

[922] La historia de los arsenitas esta entretejida por los trece libros de Paquímero. Su unión y triunfo están reservados para

Nicéforo Grégoras (l. VII, c. 9) quien no gusta ni hace caso de tales sectarios. <<

[923] De los XIII libros de Paquímero los seis primeros (como el VI y V de Nicéforo Grégoras) contienen el reinado de Miguel, y cuando sucedió su muerte tenía cuarenta años. En vez de dividir su historia en dos partes, como su editor el P. Poussin, sigo a Ducange y Cousin que ponen los XIII libros en una serie. <<

[924] Ducange, Historia de C. P. l. V, c. 33, etc. de las *Epístolas* de Urbano IV. <<

[925] Por las relaciones mercantiles con los venecianos y genoveses, se señaló a los latinos con κάπηλοι y βάναυσοι (Paquímero, l. V, c. 10). «Algunos son herejes de nombre; otros, de hecho, como los latinos», decía el sabio Veco (l. V, c. 12) quien poco después se convirtió (c. 15, 16) y fue patriarca (c. 24). <<

[926] En esta clase, podemos colocar al mismo Paquímero, cuya narración copiosa e ingenua cuaja los libros V y VI de su historia. Sin embargo, el griego guarda silencio acerca del concilio de León, y parece creer que los papas siempre residieran en Roma e Italia (l. V, c. 17, 21). <<

[927] Véanse las actas del concilio de León en el año 1274. Fleury *Hist. Eclesiastica*, t. XVIII, pp. 181-199; Dupin. *Biblioteca eclesiástica*, t. X, p. 135. <<

[928] Fleury (t. XVIII, pp. 252-258) ha dado un extracto o versión de esta curiosa instrucción, sacada con más o menos puntualidad por Wading, y León Alacio de los archivos del Vaticano. <<

[929] Esta candorosa y auténtica confesión de los conflictos de Miguel se halla expresada en un latín bárbaro por Ojerio, quien se firma *Protonotarius Interpretum*, y copiada por Wading de los

manuscritos del Vaticano (1278 d. C., núm. 3). Sus anales de la orden franciscana en XVII volúmenes en folio (Roma, 1741) me cayeron casualmente en la mano registrando papeles viejos en casa de un librero. <<

[930] Véase el libro VI de Paquímero, particularmente los capítulos 4, 24, 16, 18, 24-27. Se le debe dar más crédito, porque habla de esta persecución con menos enojo que pesar. <<

[931] Paquímero, l. VII, c. 1, 11, 17. El discurso de Andrónico el Mayor (l. XII, c. 2) es un documento curioso, que prueba que si los griegos eran esclavos del emperador, éste no lo era menos de la superstición y del clero. <<

[932] En las *Crónicas florentinas* de Ricordano Malespina (c. 175-193) y Juan Villani (l. VII, c. 1-10, 25-30) que publicó Muratori en los VIII y XIII volúmenes de los *Historiadores de Italia* se hallan las mejores relaciones de la conquista de Nápoles por Carlos de Anjou. En sus *Anales* (t. XI, pp. 56-72) ha abreviado estos grandes acontecimientos, que también están descritos en la *Historia civil* de Giannone, t. II, l. XIX; t. III, l. XX. <<

[933] Ducange, Hist. de C. P. l. V, c. 49-56; l. VI, c. 1-13. Véase Paquímero, l. IV, c. 29; l. V, c. 7-10, 25; l. VI, c. 30, 32, 33, y Nicéforo Grégoras, l. VI, 5; l. V, 1, 6. <<

[934] El que haya leído a Herodoto, se acordará cuán milagrosamente fue desarmada y destruida la hueste asiria de Senaquerib (l. II, c. 141). <<

[935] Según Sabas Malaspina (*Hist. Sicula*, l. III, c. 16, en Muratori, t. VIII, p. 832) celoso güelfo, los súbditos de Carlos, que habían llamado lobo a Manfredo, empezaron a conceptuarle como un cordero; y va sincerando su descontento con las opresiones del gobierno francés (l. VI, c. 2, 7). Véase el manifiesto siciliano en *Specialis* (l. I, c. 11, en Muratori, t. X, p.

930). <<

[936] Véanse el carácter y consejos de Pedro rey de Aragón, en Mariana (*Hist. de Esp.*, l. XIV, c. 6, t. II, p. 133). El lector disimula los lunares del jesuita, a favor de su estilo y muchas veces de su sensatez. <<

[937] Después de enumerar los padecimientos de su país, Nicolás Specialis añade con el verdadero espíritu de los celos italianos. *Quae omnia et graviora quidem, ut arbitror, patienti animo Siculi tolerassent, nisi (quod primum cunctis dominantibus cavendum est) alienas foeminas invasissent* (l. I, c. 2, p. 924). <<

[938] Por mucho tiempo se acordaron los franceses de esta sangrienta lección: «Si me provocan —dijo Enrique IV— almorzaré en Milán y comeré en Nápoles». «Acaso —le respondió el embajador español— llegara vuestra majestad a vísperas en Sicilia». <<

[939] Esta revuelta y la victoria subsiguiente se hallan referidas por dos escritores nacionales, Bartolomé a Neocastro (en Muratori, t. XIII) y Nicolas Specialis (en Muratori, t. X) el uno contemporáneo, y el otro del siglo siguiente. El patriota Specialis desecha el nombre de rebelión, y toda previa correspondencia con Pedro de Aragón (*nullo communicato consilio*), quien se hallaba casualmente con una escuadra y un ejército en la costa de África (l. I, c. 4. 9). <<

[940] Nicéforo Grégoras (l. V, c. 6) admira la sabiduría de la Providencia en este equilibrio de estados y príncipes. En honor de Paleólogo hubiera preferido que un escritor italiano hubiese observado este equilibrio. <<

[941] Véanse la *Crónica* de Villani, el volumen XI de los *Annali d'Italia* por Muratori, y el XX y XXI de la *Historia civil* de Giannone. <<

[942] En esta muchedumbre, los catalanes y otros españoles, reputados los más valientes de los soldados, se titulaban *Almogávares* y los griegos también les daban este nombre. Moncada deriva su origen de los Godos y Paquímero (l. XI, c. 22) de los árabes; y a pesar del orgullo nacional y religioso, me temo que el segundo tiene razón. <<

[943] Puede formarse cierto concepto de la población, de estas ciudades por los 36 000 habitantes de Tralles, que en el reinado anterior, fue reedificada por el emperador y arruinada por los turcos (Paquímero, l. VI, c. 20, 21). <<

[944] He ido entrelazando estos pormenores de Paquímero (l. XI, c. 21; l. XII, c. 4, 5, 8, 14, 19) quien describe la alteración progresiva de la moneda de oro. Aun en los tiempos prósperos de Juan Ducas Vataces, los besantes se componían en proporciones iguales de metal puro y del más bajo. La pobreza de Miguel Paleólogo le obligó a acunar una nueva moneda con nueve partes o quilates de oro, y quince de liga de cobre. Después de su muerte, la ley fue de diez quilates, hasta que en tiempos de penuria se redujo a la mitad. El príncipe se halló por el momento aliviado, al paso que el crédito y el comercio desaparecieran para siempre. En Francia, la ley para el oro es de veintidós quilates (un dozavo de liga) y en Inglaterra y Holanda es aún más alta. <<

[945] La guerra catalana se halla extensamente referida por Paquímero, en los libros XI, XII y XIII hasta el año 1308. Nicéforo Grégoras (l. VII, 3-6) es más conciso y completo. Ducange, que adopta a estos aventureros como franceses, ha seguido sus huellas con su acostumbrada actividad (Hist. de C. P. l. VI, c. 22-46). Cita una historia aragonesa, que he leído con placer, y que los españoles ensalzan como un modelo de estilo y composición (*Expedición de catalanes y aragoneses contra turcos y*

griegos, Barcelona, 1623, en 4°, Madrid, 1777, en 8°). Don Francisco de Moneada, conde de Osona, puede haber imitado a César o Salustio, y copiar los contemporáneos griegos o italianos; pero nunca cita sus autoridades, y no puedo descubrir memoria alguna nacional de las hazañas de sus compañeros. <<

[946] Véase la laboriosa historia de Ducange, cuyo individualísimo estado de las dinastías francesas, recapitula los treinta y cinco pasos, en que hace mención de los duques de Atenas. <<

[947] Villehardouin lo menta con honor (núms. 151, 235), y en la primera parte Ducange apunta todo cuanto cabe saber de su persona y familia. <<

[948] De estos príncipes latinos del siglo XIV, Boccaccio, Chaucer y Shakespeare han tomado su Teseo *duque* de Atenas. Un siglo ignorante traslada su lenguaje y costumbres a los tiempos más remotos. <<

[949] Constantino mismo dio un rey a Sicilia, a Rusia el *marqués da pifer* del imperio, a Tebas el *primicerius*; y estas absurdas fábulas quedan debidamente censuradas por Ducange (ad Nicephor. Greg. l. VII, c. 5) El señor de Tebas era llamado por corrupción el Megas Kurios o Gran Señor. <<

[950] *Quodam miraculo*, dice Alberico. Probablemente lo recibió Miguel Choniates, el arzobispo que había defendido a Atenas contra el tirano León Seguro (*Nicetas urbs capta*, p. 805, ed. Bek). Miguel era el hermano del historiador Nicetas; y su elogio de Atenas existe aún manuscrito en la biblioteca bodleiana (Fabricio, *Bibliot. Graec.*, t. VI, p. 405). <<

[951] La relación moderna de Atenas y los atenienses está sacada de Spon (*Viaje por Grecia*, t. II, pp. 79-199) y Wheeler (*Viajes por Grecia*, pp. 337-414), Stuart (*Antigüedades de Atenas*) y

Chandler (*Viajes por Grecia*, pp. 23-172). El primero de estos viajeros visitó la Grecia en el año 1676, y el último en 1765; y en noventa años no había ocurrido tanta diferencia en la escena tranquila. <<

[952] Los antiguos, o al menos los atenienses, creían que todas las abejas del mundo habían salido del monte Himeto. Decían que se conservaba la salud, y se prolongaba la vida con el uso exterior del aceite y el uso interior de la miel (*Geopónica*, l. XV, c. 7, pp. 1089-1094, edic. Nicetas). <<

[953] Ducange, *Glossar. Græc. Præfat.*, p. 8, que cita como texto a Teodosio Zigomalas, gramático moderno. Sin embargo, Spon (t. II, p. 194) y Wheeler (p. 355), jueces muy competentes, forman mejor opinión del dialecto ático. <<

[954] Empero no debemos tacharles de consagrar el nombre de Atenas, a la que aún llaman *Athini*. De las ε'ις τὴν 'Αθήνην, hemos formado nuestro barbarismo de *Setinas*. <<

[955] Andrónico mismo ha de sincerar nuestro desahogo en la invectiva (Nicéforo Grégoras, l. I, c. 1) que pronunció contra la falsedad histórica. Verdad es, que su censura va más bien asestada contra la calumnia que contra la adulación. <<

[956] En cuanto al anatema en el nido del pichón, véase Paquímero (l. IX, c. 24), quien trae la historia general de Atanasio (l. VIII, c. 13-16, 20-24; l. X, c. 27-29, 31-36; l. XI, c. 1-3, 5, 6; l. XIII, c. 8, 10, 23, 35), y al que sigue Nicéforo Grégoras (l. VI, c. 5, 7; l. VII, c. 1, 9), quien incluye la segunda retirada de este segundo Crisóstomo. <<

[957] Paquímero en siete libros, trescientas setenta y siete páginas en folio, va historiando los primeros veintiséis años de Andrónico el Mayor, y apunta la fecha de su composición por las noticias que cundían a las mentiras del día (1308 d. C.). La

muerte o algún desabrimiento le imposibilitaron de tomar ya la pluma. <<

[958] Tras un intermedio de doce años, desde la conclusión de Paquímero, Cantacuzeno toma la pluma; y su primer libro (c. 1-59, pp. 9-150) refiere la guerra civil y los ocho últimos años de Andrónico el Mayor. La comparación ingeniosa con Moisés y César, es invento del traductor francés, el presidente Cousin. <<

[959] Nicéforo Grégoras incluye más brevemente toda la vida y reinado de Andrónico el Mayor (l. VI, c. 1, l. X, c. 1, pp. 96-291). Ésta es la parte de que se queja Cantacuzeno, pues se halla representada en ella su conducta de un modo falso y malicioso. <<

[960] Fue coronado en 21 de mayo de 1295, y falleció el 12 de octubre de 1320 (Ducange, *Familiae Byzantinae*, p. 239). Su hermano Teodoro heredó por segundas nupcias el marquesado de Monferrato, apóstata de la religión y costumbres de los latinos ὅτι καὶ γνώμη καὶ πίστει καὶ σχήματι, καὶ γενείων κουρᾷ καὶ πᾶσιν ἔθεσιν Λατῖνος ἦν ἀκραιφνής. Nic. Grégoras, l. IX, c. 1) y fundó una dinastía de príncipes italianos, que se extinguió 1533 d. C. (Ducange, *Familiae Byzantinae*, pp. 249-253). <<

[961] Debemos a Nicéforo Grégoras (l. VIII, c. 1) el pormenor de esta trágica aventura; al paso que Cantacuzeno oculta con mejor acuerdo las depravaciones de Andrónico el Menor, que presenció y a las que acaso se estuvo asociando (l. I, c. 1, etc.). <<

[962] El heredero ideado era Miguel Cátaro, bastardo de Constantino su hijo segundo. Con este plan de excluir a su nieto Andrónico, Nicéforo Grégoras (l. VIII, c. 3) conviene con Cantacuzeno (l. I, c. 1, 2). <<

[963] Véase Nicéforo Grégoras, l. VIII, c. 6. Andrónico el Menor se quejaba de que en cuatro años y cuatro meses se le debía la cantidad de trescientos cincuenta mil bizantes de oro, por los gastos de su casa (Cantacuzeno, l. I, c. 48). Sin embargo hubiera desistido de esta deuda, si se le hubiese permitido apremiar a los arrendatarios de la renta. <<

[964] Sigo la cronología de Nicéforo Grégoras, que es sumamente certera. Está probado que Cantacuzeno se ha equivocado en las fechas de sus propias acciones, o más bien que el texto ha sido alterado por ignorantes copistas. <<

[965] He procurado igualar las veinticuatro mil monedas de Cantacuzeno (l. II, c. 1) con las diez mil de Nicéforo Grégoras (l. IX, c. 2); el uno quería apocar y el otro engrandecer los reveses del anciano emperador. <<

[966] Véase Nicéforo Grégoras (l. IX, 6, 7, 8, 10, 14; l. X, c. 1). El historiador había participado de la prosperidad y retiro de su bienhechor; y no debiera tacharse a la ligera de venal en sus elogios, una amistad que acompaña al cadalso o a una celda. <<

[967] El reinado de Andrónico el Menor se halla referido en Cantacuzeno (l. II, c. 1-40, pp. 191-339), y Nicéforo Grégoras (l. IX, c. 7 - l. XI, c. 11, pp. 262-351). <<

[968] Inés o Irene era hija del duque Enrique el Maravilloso, cabeza de la casa de Brunswick y cuarto en descendencia del célebre Enrique el León, duque de Sajonia y Baviera, y conquistador de los eslavos en la costa del Báltico. Su hermano Enrique fue apellidado el Griego, por dos viajes que hizo al Oriente: pero ambos fueron posteriores al casamiento de su hermana; e ignoro cómo se descubrió a Inés en el interior de Alemania y se la recomendó a la corte bizantina (Rinio, *Memorias de la casa de Brunswick*, pp. 126-137). <<

[969] Enrique el Maravilloso fue el fundador de la rama de Grubenhagen, que se extinguió en el año 1596 (Rimio, p. 287). Residía en el castillo de Wolfenhuttel, y no poseía sino una sexta parte de los estados feudales de Brunswick y Luneburgo, que la familia güelfa había librado de la confiscación de sus grandes feudos. Las reparticiones frecuentes entre hermanos habían arruinado a las casas soberanas de Alemania, hasta que se le sustituyó a esta ley justa, aunque perniciosa, el derecho de primogenitura. El principado de Grubenhagen, resto de la selva hercinia, es un distrito escabroso y árido (*Geografía* de Busching, vol. VI, pp. 270-286, traducción inglesa). <<

[970] El real autor de las Memorias de Brandenburgo nos enseñará cuán justamente en un período muy posterior, merecía el norte de Alemania los epítetos de pobre y bárbaro (*Essai sur les Mœurs*, etc). En el año 1306, en los bosques de Luneburgo, se les permitía a algunos salvajes del linaje véneto que enterraran vivos a sus padres enfermos e inservibles (Rimio, p. 136). <<

[971] El aserto de Tácito de que Alemania carecía de metales preciosos, debe tomarse, aun en su tiempo, con alguna restricción (Germania, c. 5; *Annal*. XI, 20) según Spener (*Hist. Germaniæ Pragmatica*, t. I, p. 351). Argentifodinae *in Hercyniis montibus, imperante Othone magno (968 d. C.) primum apertae, largam etiam opes augendi dederunt copiam*: pero Rimio (pp. 258, 259) difiere hasta el año 1016 el descubrimiento de las minas de plata de Grubenhagen o Hartz alto, que rendían producto al principio del siglo XIV, y aun dan una renta considerable a la casa de Brunswick. <<

[972] Cantacuzeno ha dado un testimonio muy honroso, ἦνδ' ἐκ Γερμανῶν αὕτη θυγάτηρ δουκὸς ντὶ προυζουὶκ (los griegos modernos emplean ντ por δ, y μπ por β y el conjunto se leerá en idioma italiano de Brunzuic), τοῦ παῤ αὐτοῖς

ἐπιφανεστάτου, καὶ λαμπρότητι πάντας τούς ὁμοφύλους ὑπερβάλλοντος τοῦ γένους. El elogio es fundado en sí, y agradable a un oído inglés. <<

[973] Ana o Juana fue hija de Amedeo el Grande, de segundas nupcias y medio hermana de su sucesor Eduardo conde de Saboya (*Tablas* de Anderson, p. 350). Véase Cantacuzeno (l. I, c. 40-42). <<

[974] Este rey, si el hecho es cierto, debe haber sido Carlos el Hermoso, que casó en cinco años (1321-1326) con tres mujeres (Anderson p. 628). Ana de Saboya llegó a Constantinopla en febrero de 1326. <<

[975] La noble alcurnia de los Cantacuzenos (esclavizada desde el siglo XI en los anales bizantinos) descendía de los paladines de Francia, héroes de aquellas novelas que en el siglo XIII fueron traducidas y leídas por los griegos (Ducange, *Familiae Byzantinae*, p. 258). <<

[976] Véase Cantacuzeno (l. III, c. 24, 30, 36). <<

[977] Saserna, en Galia, o Columella en Italia o España, conceden dos pares de bueyes, dos conductores y seis labradores por doscientas yugadas (125 acres ingleses) de tierra arables, y deben añadirse tres hombres más si hay mucha maleza (Columella de Re Rusticâ, l. II, c. 13, p. 441, edic. Gesner). <<

[978] La traducción francesa del presidente Cousin está desfigurada en esta enumeración (l. III, c. 30) con tres yerros palpables y esenciales. 1° Omite los mil pares de bueyes. 2° Interpreta el πεντακόσιαι πρὸς δισχιλίαις con el número mil quinientos. 3° Confunde las miriadas con las chiliadas, y sólo concede a Cantacuzeno tres mil cerdos. ¡No hay que fiarse de traducciones! <<

[979] Véanse la regencia y reinado de Juan Cantacuzeno, y toda la

serie de la guerra civil, en su misma historia (l. XII, c. II, XV, c. 9, pp. 353, 492). <<

[980] Se apropió el privilegio real de llevar calzado encarnado; se puso en la cabeza una mitra de seda, guarnecida de oro; firmaba sus epístolas con jacinto o tinta verde, y reclamaba para la nueva Roma, todo lo que Constantino había dado a la antigua (Cantacuzeno, l. III, c. 26; Nic. Grégoras, l. XIV, c. 3). <<

[981] Nic. Grégoras (l. XII, c. 5) confiesa la inocencia y virtudes de Cantacuzeno, el delito y punibles vicios de Apocauco, y nos disimula el motivo de su enemistad personal y religiosa, al primero; νῦν δὲ διὰ κακίαν ἀλλων, αἴτίος ὁ πραότατος τῆς τῶν ὅλων ἔδοξεν εἶναι φθορᾶς. <<

[982] Los príncipes de Serbia (Ducange, *Familiæ Dalmaticæ*, etc, c. 2. 3. 4. 9) recibían en griego el tratamiento de Déspotas, y en su idioma patrio el de Cral (Ducange, *Gloss. Grec.*, p. 751). Este dictado, equivalente al de rey, parece ser de origen eslavonio, del cual la tomaron los húngaros, los griegos modernos y aun los turcos (Leunchavio, *Pandectas turcas*, p. 422), quienes reservan para el emperador el nombre de Padisban. La ambición de los franceses en Constantinopla es conseguir el segundo en vez del primero (*Avertissement a l'Historic de Timur Bec*, p. 39). <<

[983] Nic. Grégoras, l. XII, c. 14. Extraño es que Cantacuzeno no haya embebido en sus escritos este símil agudo y adecuado. <<

[984] Ambos vengadores eran Paleólogos, que podían amargarse con regia indignación del vilipendio de sus cadenas. La tragedia de Apocauco merece particular referencia a Cantacuzeno (l. III, c. 88) y Nic. Grégoras (l. XIV, c. 10). <<

[985] Cantacuzeno tilda al patriarca y respeta a la emperatriz madre de su soberano (l. III, 33, 34) contra la cual se expresa Nic. Grégoras con un encono vehemente (l. XIV, 10, 11; XV, 5).

Es cierto que no hablan cabalmente de la misma época. <<

[986] Nic. Grégoras manifiesta el traidor y la traición (l. XV, c. 8): pero su gran cómplice calla con mejor advertencia el nombre (Cantacuzeno, l. III, c. 99). <<

[987] Nic. Greg. l. XV, 11. Había sin embargo algunas perlas finas aunque muy escasas. Las demás piedras sólo tenían παντοδαπὴν χροιάν πρός πὸ διαυγές. <<

[988] Cantacuzeno prosigue su historia y la del Imperio, desde su regreso a Constantinopla; un año después de la abdicación de su hijo Mateo, 1357 d. C. (l. IV, c. 1-50, pp. 705-911). Nicéforo Grégoras concluye con el sínodo de Constantinopla, en el año 1351 (l. XXII, c. 3, p. 660; lo demás hasta el fin del libro XXIV, p. 717, se reduce a controversia); y sus catorce libros últimos se hallan aún manuscritos en la biblioteca del rey de Francia. <<

[989] El emperador (Cantacuzeno, l. VI, c. 1) aparenta peregrinas prendas y Nic. Grégoras (l. XV, c. 11) las quejas de sus amigos, que padecieron de sus resultas. Les he atribuido las palabras de nuestros pobres caballeros, después de la restauración. <<

[990] La extraña apología de Cantacuzeno (l. IV, c. 39-42) que refiere con patente rubor su propio vuelco, puede corroborarse con relaciones menos esmeradas, aunque de más buena fe de Mateo Villani (l. IV, c. 46, en las *Scriptores Rerum Italicarum*, t. XIV, p. 268) y Ducas (c. 10, 11). <<

[991] Cantacuzeno fue condecorado en el año 1375 con una carta del papa (Fleury. *Hist. Ecles*. t. XX, p. 250). Su muerte ocurrió el 20 de noviembre de 1411, según una autoridad respetable (Ducange, *Familiae Byzantinae*, p. 260), Pero si tenía la edad de su compañero Andrónico el Joven, debe haber vivido 116 años: raro ejemplo de ancianidad, que recayendo en una persona tan esclarecida hubiera llamado la atención general. <<

[992] Sus cuatro discursos o libros se imprimieron en Basilea en 1543 (Fabricio, *Bibliot. Graec.*, t. VI, p. 473). Los compuso para satisfacer a un prosélito a quien abrumaban con cartas sus amigos de Ispahán. Cantacuzeno había leído el Alcorán pero a lo que da a entender Maracci, prolija las vulgaridades y patrañas contra Mahoma y su religión. <<

[993] Véase los *Viajes* de Bernier, t. I, p. 127. <<

[994] Mosheim, *Instit. Hist. Ecles.*, pp. 522, 523. Fleury, *Hist. Ecles.* t. XX, pp. 22, 24, 107-114, etc. El primero desentraña los móviles con el tino de un filósofo, el segundo copia y traduce con las preocupaciones de un sacerdote católico. <<

[995] Basnage (en *Canisii Antiq. Lectiones*; t. IV, pp. 363-368) ha investigado la índole y la historia de Barlaam. La doblez de sus opiniones ha promovido ciertas dudas acerca de la identidad de su persona. Véase también Fabricio (*Bibliot. Graec.*, t. X, pp. 427-432). <<

[996] Véase Cantacuzeno (l. II, c. 39, 40; l. IV, c. 3, 23, 24, 25) y Nicéforo Grégoras (l. XI, c. 10; l. XV, 3, 7, etc.) cuyos últimos libros, desde el XIX hasta el XXIV, están casi reducidos a un asunto tan interesante para los autores. Boivin (in Vit. Nic. Gregoæ), de los libros no publicados, y Fabricio (*Bibliot. Graec.*, t. X, pp. 462-473), o más bien Montfaucon, de los manuscritos de la Biblioteca Coislin han añadido algunos hechos y documentos. <<

[997] Paquímero (l. V, c. 10) explica muy bien λυζίους (*ligios*) por ’ιδίους. El uso de estas palabras, en el griego y de los tiempos feudales puede comprenderse enteramente de los *Glosarios* de Ducange (*Græc*, pp. 811, 812; t. IV, pp. 109-111). <<

[998] El establecimiento y progreso de los genevoses en Pera o

Gálata, se hallan historiados por Ducange (C. P. Christiana, l. I, pp. 68, 69) según los historiadores bizantinos, Paquímero (l. II, c. 35; l. V, 10, 30; l. IX, 15; l. XII, 6, 9), Nicéforo Grégoras (l. V, c. 4; l. VI, c. 11; l. IX, c. 5; l. XI, c. 1; l. XV, c. 1, 6) y Cantacuzeno (l. I, c. 12; l. II, c. 29, etc). <<

[999] Así Paquímero (l. III, c. 3, 4, 5) como Nic. Grégoras (l. VI, c. 7) entienden y se lamentan de los efectos ocasionados con esta arriesgada condescendencia. Bibars, sultán de Egipto, de origen tártaro, pero devoto musulmán, consiguió de los hijos de Genghis permiso para edificar una magnífica mezquita en la capital de Crimea (De Guignes, *Hist. des Huns*, t. III, p. 343). <<

[1000] A Chardin (*Voyages en Perse*, t. I, p. 48) le aseguraron en Cafa, que estos peces tenían a veces veinticuatro o veintiséis pies de largo, que pesaban de ochocientas a novecientas libras y daban tres o cuatro quintales de grasa. En tiempo de Demóstenes los atenienses se habían surtido de granos del Bósforo. <<

[1001] Du Guignes, *Hist. des Huns*, t. III, 343, 344; *Viaggi* di Ramusio, t. I, fol. 400. Pero este transporte, por mar o por tierra, sólo era practicable, cuando la Tartaria se hallaba reunida bajo un monarca sabio y poderoso. <<

[1002] Nic. Grégoras (l. XIII, c. 12) es sensato y está bien informado acerca del tráfico y colonias del mar Negro. Chardin describe las ruinas actuales de Cafa, en donde vio en cuarenta días unas 400 embarcaciones empleadas en el tráfico de granos y pescado (*Voyages en Perse*, t. I, pp. 46, 48). <<

[1003] Véase Nic. Grégoras, l. XVII, c. 1. <<

[1004] Cantacuzeno (l. IV, c. 11) refiere confusa y enmarañadamente los acontecimientos de esta guerra y Nic. Grégoras (l. XVII, c. 1-7) lo hace en una relación despejada y

fidedigna. Menos responsable de la derrota de la escuadra fue el sacerdote que el príncipe. <<

[1005] Cantacuzeno refiere en confuso la segunda guerra (l. IV, c. 18, pp. 24, 25, 28-32) y anhela encubrir lo que no se atreve a negar. Siento esta parte de Nic. Grégoras, que se halla todavía manuscrita en París. <<

[1006] Muratori (*Annali d'Italia*, t. XII, p. 144) hace referencia a las más antiguas crónicas de Venecia (Caresino, continuador de Andrés Dándolo, t. XII, pp. 421, 422) y Génova (Jorge Estell, *Annales Genuenses*, t. XVII, pp. 1091, 1092); he consultado a ambos con estudio en la gran Colección de los Historiadores italianos. <<

[1007] Véase la *Crónica* de Mateo Villani de Florencia, l. II, c. 59, 60, pp. 145-147, c. 74, 75, pp. 156, 157, en la *Colección* de Muratori, t. XIV. <<

[1008] El abate de Sade (*Memoires sur la Vie de Petrarque*, t. III, pp. 257-263) traduce esta carta, que había copiado de un manuscrito en la biblioteca del rey de Francia. Aunque Petrarca era de la servidumbre del duque de Milán, manifiesta su extrañeza y pesar por la derrota y desesperación de los genoveses al año siguiente, pp. 323-332. <<

[1009] Encargo al lector que repase los capítulos de los tomos III y IV, sobre las costumbres de las naciones pastoriles, las conquistas de Atila y de los hunos, compuestos cuando allá más bien atizaba el anhelo que no la esperanza, de concluir mi historia. <<

[1010] Probablemente los khans de los keraitas no se hallaban en estado de leer las pomposas cartas compuestas en nombre suyo por los misioneros nestorianos, quienes los dotaban con las maravillas fabulosas de un reino indio. Acaso estos tártaros (el presbítero o preste Juan) se habían sujetado a los ritos del

bautismo y ordenación (Asseman, *Biblioteca Oriental*, t. III, p. II, pp. 487-503). <<

[1011] Desde la historia y tragedia de Voltaire, *Gengis*, al menos en francés, ésa parece ser la ortografía más admitida, pero Abulghazi Khan debe haber conocido el verdadero nombre de su antecesor. Su etimología parece esmerada. *Zin*, en lengua mongol, significa grande, y *gis* es la terminación del superlativo (*Hist. Génealogique des Tatars*, part. III, pp. 194, 195). Para concepto de grandeza se le apellida el Océano Zingis. <<

[1012] El nombre de Mogoles ha preponderado entre los orientales y aun es el dictado soberano del Gran Mogol del Indostán. <<

[1013] Los tártaros (o más propiamente los tátaros) descendían del Khan Tatar, hermano de Mogol Khan (véase Abulghazi, partes I y II) y formaban otro tiempo una tribu de setenta mil familias en las márgenes del Kitai (p. 103-112). Al parecer formaban la vanguardia en la gran invasión de Europa (1238 d. C.); y la semejanza del nombre de *Tartarei*, recomendó el de tártaros a los latinos (Mateo de París, p. 398, etc.). <<

[1014] Obsérvese la extraña semejanza que sucedía entre las leyes religiosas de Gengis Khan y de Locke (*Constituciones de Carolina*, en sus obras, vol. IV, p. 553, edición en 4°, 1777). <<

[1015] En el año 1294, por disposición del Cazan, khan de Persia, cuarto descendiente de Gengis. De estas tradiciones, su visir Fadlalah compuso una historia mogola en el idioma persa, que sirvió a Petit de la Croix (*Hist. de Genghizcan*, pp. 537-539). La *Historia genealógica de los tártaros* (en Luden, 1726, en 12°, 2 tomos) fue traducida por los suecos prisioneros en Siberia del manuscrito mogol de Abulgasi Bahadur Khan, descendiente de Gengis, que reinó sobre los usbeks de Charasmo o Carizmio (1664-1665 d. C.). Su obra es de gran mérito y digna de todo

crédito en cuanto a los nombres, linajes y costumbres de su nación. De las nueve partes, la 1 desciende allá desde Adán hasta Mogol Khan; la 2 desde Mogol hasta Gengis, la 3 es la vida de Gengis; la 4 , 5 , 6 y 7 la historia general de sus cuatro hijos y su posteridad, la 8 y 9 la historia particular de los descendientes de Sheibani Khan, que reinó en Maurcuahar y Carizmio. <<

[1016] *Histoire de Gentchiscan, et de toute la Dinastie des Mongous ses Successeurs, Conquerans de la Chine; tiree de l'Histoire de la Chine par le R. P. Gaubil, de la Societe de Jesus, Missionaire a Peking*; Paris, 1739, en 4°. Esta traducción está estampada con el carácter chino de exactitud propia e ignorancia extranjera. <<

[1017] Véase *Histoire du Grand Genghizcan, premier Empereur des Moguls et Tartares, par* M. Petit de la Croix, París, 1710, en 12 : obra de una tarea de diez años, sacada principalmente de los escritores persas, entre los cuales Nisavi, secretario del sultán Gelaledin, tiene el mérito y las preocupaciones de un contemporáneo. La carencia de originales o del recopilador le da ciertos visos de novela. Véanse tambien los artículos de *Genghizcan, Mohammed, Galaleddin*, etc., en la *Biblioteca Oriental* de D'Herbelot. <<

[1018] Haitono o Aitono, príncipe armenio y después monje de la Premontratense (Fabricio, *Bibliot. Latín. medii Ævi*, t. I, p. 54) dictó en lengua francesa, su libro de *Tartaris*, compañeros de armas suyos. Fue inmediatamente traducido al latín y se halla comprendido en el Novus Orbis de Simon Grygneeo (Basilea, 1555 en folio). <<

[1019] Gengis Khan, y sus primeros sucesores, ocupan la conclusión de la IX dinastía de Abulfaragio (vers. Pocock, Oxon. 1663, en 4°) y su X dinastía es la de los mogoles de Persia. Asseman (*Biblioteca Oriental*, t. II) ha extractado algunos hechos de sus escritos sirios y de las vidas de los mafrianos jacobitas, o

primados del Oriente. <<

[1020] Entre los árabes, por su lenguaje y religión, podemos diferenciar a Abulfeda, sultán de Hamali en Siria, que peleó en persona contra los mogoles, bajo el estandarte mameluco. <<

[1021] Nicéforo Grégoras (l. II, c. 5, 6) ha reconocido la necesidad de enlazar la historia escrita con la bizantina. Describe con esmero y elegancia el establecimiento y costumbres de los mogoles de Persia, pero ignora su origen y estraga los nombres de Gengis y de sus hijos. <<

[1022] Levesque (*Histoire de Russie*, t. II) ha referido la conquista de Rusia por los tártaros, sacada del patriarca Nicon y de las antiguas crónicas. <<

[1023] En cuanto a Polonia, muy bien hallado con la Sarmatia Asiática y Europea de Mateo o Michou, o de Michovia, canónigo y médico en Cracovia (1506 d. C.) inserta en el *Novus Orbis* de Grineo. Fabricio, *Bibliot. mediæ et infimæ Ætatis*, t. V, p. 56. <<

[1024] Debiera citar a Turoccio el historiador general más antiguo (pars. II, c. 73, p. 150), en el primer tomo de *Scriptores Rerum Hungaricarum*, a no ir incorporado con la relación original de un contemporáneo, testigo presencial y paciente (*M. Rogerii, Hungari, Varadiensis Capituli Canonici, Carmen miserabile, seu Historia super Destructione Regni Hungariae Temporibus Belae IV. Regis per Tartaros facta*, pp. 292-321) el cuadro más asombroso que vi jamás de cuantas circunstancias pueden caber en una invasión bárbara. <<

[1025] Mateo de París retrató al vivo con documentos auténticos el riesgo y conflicto de Europa (consúltese la voz *Tartari* en su extenso índice). Celosos y afanados allá los frailes Juan de Plano Carpini y Guillermo Rubruquis visitaron en el siglo XIII la corte

del gran khan, como también Marco Polo, caballero veneciano; la relación latina de los dos primeros se halla inserta en el tomo I de Hakeluys: el original italiano, o sea traducción del tercero (Fabricio, *Bibliot. Latín. medii Ævi*, t. II, p. 498, t. V, p. 25), se hallará en el tomo II de Ramusio. <<

[1026] De Guignes, en su *Gran historia de los hunos*, ha tratado explayadamente de Gengis Khan y sus sucesores. Véase t. III. l. XIV - XIX y en sus capítulos colaterales de los seljukios de Rum, t. II, l. XI, los carizmios, l. XIV, y los mamelucos, t. VI, l. XXI. Consúltese igualmente las tablas del primer volumen, se muestra siempre erudito y esmerado, pero le debo tan sólo una mirada general, y algunos pasos de Abulfeda, que yacen todavía ocultos en el texto arábigo. <<

[1027] Más propiamente *Yen-king*, cuyos escombros aparecen todavía a poca distancia al sudeste del moderno *Bejing*, y edificado por Kublai Khan (Gaubel, p. 146). Bejing y Nankin son dictados generales de corte del Norte o del Sur, y la identidad o trueque de nombres suele confundir a los lectores más advertidos de la geografía China (p. 177). <<

[1028] Voltaire, *Essai sur l'histoire générale*, t. III, c. 60, p. 5. La noticia de Gengis y de los mogoles, contiene, como sucede, mucho tino y verdad, con algunos desaciertos particulares. <<

[1029] Impuso Zagatai su nombre a sus dominios de Maurenhaar, o Transoxiana; y los mogoles del Indostán, emigrantes de aquel país, se llaman zagatais por los persas. Esta etimología muy positiva, y el ejemplar semejante de Uzbek, Nogai, etc. nos debe tener sobre aviso para no desechar absolutamente los desvíos de un nombre nacional o otro personal. <<

[1030] En Marco Polo y los geógrafos orientales, los nombres de Cathay de Mangi, diferencian los imperios del Norte o

Mediodía, que desde el 1234 d. C. hasta 1279 d. C., eran los del gran khan, y los chinos, la investigación del Cathay, después de hallada la China, estimuló y descaminó a nuestros navegantes del siglo XVI, en su empeño por discurrir el tránsito por el Nordeste. <<

[1031] Me atengo al conocimiento y fidelidad del padre Gaubil, quien traslada el texto chino de los anales de los mogoles o yuenes (pp. 71, 93, 153) mas no me consta la época, en que dichos anales se compusieron y publicaron, los dos tíos de Marco Polo que sirvieron de ingenieros en el sitio de Siengyanfa (l. II c. 61 en Ramusio, t. II; Véase Gaubil, pp. 155, 157) debieran experimentar y referir los afectos de aquella pólvora asoladora, y su silencio es una objeción poderosa y casi decisiva. Yo malicio, que el descubrimiento recién hecho se llevó de Europa a China por las caravanas del siglo XV y se prohijó fementidamente como descubrimiento nacional antiguo, antes de la llegada de los portugueses y jesuitas en el XVI. Afirma sin embargo el padre Gaubil, que el uso de la pólvora era corriente entre los chinos 1600 años antes. <<

[1032] Cuanto cabe saber acerca de los asesinos de Persia y Siria, se reviste de la erudición extensa y aun profusa de Falconet, en dos *Memorias* leídas ante la Academia de Inscripciones de París (t. XVII, pp. 127-170). <<

[1033] Los ismaeles de Siria, cuarenta mil asesinos se posesionaron de diez castillos, o los fundaron en cerros que dominan a Tortosa; pero los mamelucos los exterminaron por el año de 1280. <<

[1034] La comprobación de la ignorancia china en acontecimientos extraños, advierte, que algunos de sus historiadores alargan las conquistas de Gengis hasta Medina, patria de Mahoma (Gaubil, p. 42). <<

[1035] El *Dashté Kipzak*, o llanura de Kipzak, se tiende por ambas orillas del Volga, por un espacio sin término hacia el Jaik y el Boristhenes, y se supone que contiene la nación y el nombre primitivo de los cosacos. <<

[1036] En el año de 1238, los naturales de Gothia (*Suecia*) y Frigia, por la zozobra de los tártaros, dejaron de acudir a la pesca de los arenques sobre la costa de Inglaterra; y como no hubo surtido, cuarenta o cincuenta de aquellos pececillos costaban hasta cinco reales (Mateo de París, p. 396). Es harto peregrino el que las órdenes de un khan mogol que estaba reinando al confín de la China, abaratasen los arenques en la pescadería inglesa. <<

[1037] Voy a copiar los dictados característicos o lisonjeros de los varios países de Europa: *Furens ac fervens ad arma Germania, strenuae militiae genitrix et alumna Francia, bellicosa et audax Hispania, virtuosa viris et classe munita fertilis Anglia, impetuosis bellatoribus referta Alemannia, navalis Dacia, indomita Italia, pacis ignara Burgundia, inquieta Apulia, cum maris Graeci, Adriatici et Tyrrheni insulis pyraticis et invictis, Cretâ, Cypro, Siciliâ, cum Oceano conterminis insulis, et regionibus, cruenta Hybernia, cum agili Wallia palustris Scotia, glacialis Norwegia, suam electam militiam sub vexillo Crucis destinabunt*, etc. (Mateo de París, p. 498). <<

[1038] Véase la relación de Carpin en Hackluyt, vol. I, p. 30. Abulghazi trae la alcurnia de los khanes de Siberia (part. VIII, pp. 485-495). ¿No hallaron los rusos crónica alguna tártara en Tobolskoi? <<

[1039] El Mapa de D'Anville y los Itinerarios chinos (de Guignes, t. I, part. II, p. 57) parece que apuntan el solar de Holin, o Caracoro, como a dos grandes leguas al nordeste de Bejing. La distancia entre Selinginsky y Bejing, viene a ser de dos mil verstas rusas, de cuatrocientas a quinientas leguas (véase de *Bell*.

vol. II, p. 67). <<

[1040] Halló Rubruquis en Caracoro a su paisano *Guillermo Boncher*, platero de París, que había fabricado para el khan un árbol de plata, sostenido por cuatro leones y arrojando cuatro licores diferentes. Abulghazi (part. VI, p. 368) menciona los pintores de Kitai, o China. <<

[1041] El apego de los khanes y el odio de los mandarines o los bonzos y lamas (Dulialde, *Hist. de la China*, t. I, pp. 502, 503) parece que los trae como sacerdotes del mismo Dios, del indio *Fo*, cuyo culto reina entre las sectas del Indostán, Siam, Tíbet, China y Japón. Pero este asunto misterioso yace todavía encapotado, que tal vez las pesquisas de nuestra Sociedad Asiática podrá ir desembozando. <<

[1042] Algún rechazo de los mogoles en Hungría (Mateo de París, pp. 545, 546) pudo extender y realzar la voz de unión y victoria de los reyes francos al confín de la Bulgaria. Abulfaragio (*Dinastías*, p. 310) tras cuarenta años, allende el Tigris pudo muy bien equivocarse. <<

[1043] Véase Paquímero, l. III, c. 25, y l. IX, c. 26, 27; y la alarma falsa de Niza, l. III, c. 27. Nicéforo Grégoras, l. IV, c. 6. <<

[1044] G. Acropolita, pp. 36, 37; Nicéf. Grég. l. II, c. 5. <<

[1045] Abulfaragio, que la escribió en el año de 1284, manifiesta que los mogoles, desde el descalabro fabuloso de Batú, ya no embistieron ni francos ni griegos, de lo cual es testigo adecuado. Igualmente Hayton, príncipe armenio, encarece su amistad con la nación y con él mismo. <<

[1046] Rasguea Paquímero un brillante personaje en Cazan Khan, como competidor de Ciro y de Alejandro (l. XII, c. 7). En la conclusión de su obra (l. XIII, c. 36) se muestra muy *esperanzado* con la llegada de treinta mil tochars o tártaros, enviados por el

sucesor de Cazan, para refrenar a los turcos en Bitinia, 1308 d. C. <<

[1047] De Guignes (*Hist. de los hunos*, t. IV, pp. 329-337) y D'Anville (*Imperio turco*, pp. 14-22) los moradores de París, de quienes los orientales pueden aprender la historia de su propio país, despejan con erudición crítica el origen de la dinastía otomana. <<

[1048] Véase a Paquímero, l. X, c. 25 y 26; l. XIII, c. 33, 34 y 36; y en cuanto al resguardo de la serranía l. I, c. 3-6. Nicéforo Grégoras, l. VII, c. I, y el primer libro de Laonico Chalcondyles el Ateniense. <<

[1049] No me consta que los turcos tengan escritores que antecedan a Mahometo II ni alcanzo a remontarme anteriormente a una crónica descarnada (*Annales Turcici ad annum* 1550) traducida por Juan Gaudior y publicada por Leunclavio (*ad calcem* Laonici Chalcondyles, pp. 311-350) con largas pandectas o comentarios. La historia de los medros y decadencia (1300-1683 d. C.) del Imperio Otomano, se tradujo en inglés del latín manuscrito de Demetrio Cantemiro, príncipe de Moldavia (Londres, 1734 en folio). Adolece el autor de extraños desbarros en punto a la historia Oriental, pero se hallaba versado en el idioma, anales o institutos de los turcos. Cantemiro va sacando sus materiales en parte de la Sinopsis Saadi Effendi de Lorisa, dedicada en 1681 al sultán Mustafá, y un compendio apreciable de historiadores originales. El doctor Johnson en uno de sus Vagarosos celebra a Knolles (*Historia general de los turcos hasta el año presente*, Londres, 1603) como el fénix de los historiadores, desacertado únicamente en la elección de su asunto; pero dudo mucho que un recopilador parcial y difusísimo de escritores latinos, con mil trescientas páginas en folio de arengas y batallas, pueda instruir ni deleitar a una época

ilustrada, que está requiriendo en el historiador cierto caudal de crítica y filosofía. <<

[1050] Aunque Cantacuzeno va refiriendo la batalla y la huida heroica de Andrónico Menor (l. II, c. 6, 7, 8) encubre con su silencio la pérdida de Prusa, Niza, y Nicomedia, confesada sin rebozo por Nicéforo Grégoras (l. VIII, 15; IX, 9, 13; XI, 6). Parece que Niza fue tomada por Orchan en 1330, y Nicomedia en 1539, fechas un tanto diversas de los turcos. <<

[1051] La repartición de los emires turcos se ha tomado de dos contemporáneos, el griego Nicéforo Grégoras, y el árabe Marakesh (De Guignes. t. II, p. II, pp. 76, 77). Véase igualmente el primer libro de Laoncio Chalcondyles). <<

[1052] Paquímero, l. XIII, c. 43. <<

[1053] Véanse los viajes de Wheeler y Spon, de Pocock y Chandler y más particularmente la revista de Smith sobre las siete iglesias de Asia, pp. 205-276. Los anticuarios más doctos se afanan en hermanar las promesas y amenazas del autor de las *Revelaciones*, con el estado actual de las siete ciudades. Más cuerdo fuera tal vez el confesar llanamente y ceñir sus anuncios a la índole y acontecimientos de sus propios tiempos. <<

[1054] Consúltese el libro 4° de la *Historia de la orden de Malta* por el abate Vertot. Aquel ameno escritor pone de manifiesto su ignorancia suponiendo que Otomán siendo un piratilla de los cerros de Bitinia podía sitiar a Rodas por mar y tierra. <<

[1055] Nicéforo Grégoras se explaya complacidamente en este personaje halagüeño (l. XII, 7; XIII, 4, 10; XIV, 1, 9; XVI, 6). Habla Cantacuzeno con aprecio y decoro de su aliado (I, c. 56, etc.) mas parece que está desconociendo su afecto entrañable al turco, negando indirectamente la posibilidad de amistad allá tan impropia (l. IV, c. 45). <<

[1056] Tras la conquista de Esmirna por los latinos, encargó el papa su resguardo a los caballeros de Rodas (Véase a Vertot, l. V). <<

[1057] Véase a Cantacuzeno, l. III, c. 95. Nicéforo Grégoras, quien, por la luz del monte Tabor tizna al emperador con los apodos de tirano y Herodes, disculpa, más bien que vitupera el enlace turco, y alega la pasión y el poderío de Orchan. ἐγγύτατος, καὶ τῇ δυνάμει τούς κατ᾽ αὐτὸν ἤδη Περσικούς (*Turquía*) ὑπεραίρων Σατράπας. Después decanta su reino y sus ejércitos. Véase su reinado en Cantemiro, pp. 24-30. <<

[1058] Se hallará el cuadro más expresivo y conciso de aquel cautiverio en la historia de Ducas (c. 8) quien rasguea lo mismo que Cantacuzeno confiesa con un rubor criminal. <<

[1059] En este trance y las primeras conquistas en Europa, Cantemiro (p. 27, etc.) da un concepto harto ruin de los guías turcos; ni quedo tampoco satisfecho con Chalcondyles (l. I, p. 12, etc.). Se olvidan de acudir a la fuente más auténtica que es Cantacuzeno, y aun echo de menos los últimos libros que yacen todavía manuscritos de Nicéforo Grégoras. <<

[1060] Tras la conclusión de Cantacuzeno y Grégoras, se desploma la lobreguez de cien años. Jorge Franza, Miguel Ducas y Laonico Chalcondyles, los tres vinieron a escribir después de la toma de Constantinopla. <<

[1061] Véase Cantemiro con su extensa y curiosa anotación. <<

[1062] En la lengua turca rostro blanco o negro vienen a ser expresiones proverbiales de alabanza o vituperio. *Hic* niger *est, hunc tu Romane caveto*, era igualmente una sentencia latina. <<

[1063] Véase la vida y muerte de Morad, o Amurates I en Cantemiro (p. 33-45), el primer libro de Chalcondyles, y los

Annales Turcici de Leunclavio. Según otras noticias, un croata asesinó a Amurates en su tienda, y Rusbequio (*Epist*. I, p. 98) alega esta particularidad como disculpa por la cautela indecorosa de maniatar hasta cierto punto a un embajador entre dos sirvientes, al introducirlo a la presencia imperial. <<

[1064] El reinado de Bayaceto I, o Ilderim Bayacid, se contiene en Cantemiro (p. 46) en el II libro de Chalcondyles, en *Annales Turcici*. El sobrenombre de Ilderim, o rayo, sirve de ejemplo en punto a que los conquistadores y poetas de todos tiempos han abrigado el concepto ciertísimo de que la sublimidad se cifra en un arranque de terror. <<

[1065] Cantemiro, que levanta las victorias del general Stephen sobre los turcos (p. 47) había compuesto el Estado antiguo y moderno de su principado de Moldavia, que se ha estado, tiempo hace, prometiendo, y no acaba de salir a luz. <<

[1066] Leunclavio, *Annales Turcici*, pp. 318, 319. La venalidad de los cadhís ha dado siempre campo al escándalo y a la sátira; y si maliciamos las embusterías de todo viajero, atengámonos a los disparos de los mismos turcos (D'Herbelot, *Biblioteca Oriental*, p. 216. etc.). <<

[1067] El hecho atestiguado en la *Historia arábiga* de Ben Shonna, sirio contemporáneo (de Guignes, *Hist. des Huns*, t. VI, p. 336) vuelca el testimonio de Saad Effendi y Cantemiro (pp. 14, 15) de la elección de Otomán al encumbramiento del sultán. <<

[1068] Véanse los *Decades Rerum Hungaricarum* (*Dec*. III, l. II, p. 379) y Bonfinio, un italiano, a quien brindaron en el siglo XV con el cargo de componer en Hungría una historia elocuente de aquel país. Pero aun cuando subsista y esté a la mano le antepusiera yo alguna crónica nacional de aquel tiempo. <<

[1069] No me quejara del afán de mi obra, si pudiese acudir por

materiales a libros como la crónica de Froissard el Pundonoroso (vol. IV, c. 67, etc.) quien leía poco, indagaba mucho y lo creía todo. Las *Memorias originales* del mariscal Coucicault (*Partic*. I, c. 22-28) añade algunos hechos, pero escasos y descarnados, cotejados con la generalidad amena de Froissard. <<

[1070] Memoria esmerada sobre la vida de Enguerrando VII, Señor de Coucy, ha salido a luz por el barón de Zurlauhen (*Hist. de l'Academie des Inscriptions*, t. XXX). Su jerarquía y sus estados eran por igual considerables en Francia y en Inglaterra, y en 1375, acaudilló un ejército de aventureros a Suiza, para recobrar un patrimonio grandioso que estaba reclamando, por derecho de su madre o abuela, hija cara del emperador Alberto I de Austria (Sinner, *Viaje a la Suiza Occidental*, t. I, pp. 118-127). <<

[1071] El garbo militar, en el día de tanta suposición, descollaba todavía más cuando estaba dividido entre dos personajes (Daniel, *Hist. de la milicia francesa*, t. II, p. 5) uno de ellos, el mariscal de Cruzada, fue el afamado Boucicault, quien estuvo después defendiendo a Constantinopla, gobernó a Génova, invadió la costa de Asia, y feneció en los campos de Azincour. <<

[1072] Sobre este hecho odioso, cita el abate Vertot la historia anónima de san Dionisio, l. XVI, c. 10, 11 (*Historia de la orden de Malta*, t. II, p. 310). <<

[1073] Scherefeddin Alí (*Hist. de Tamer*. l. V, c. 13) concede a Bayaceto el número cabal de doce mil empleados y monteros para su cacería. Parte de sus despojos se exhibieron después en una gran cacería de competencia por Tamerlán: 1° perros con jarces de raso; 2° leopardos con collares cruzados de perlas; 3° galgos griegos, y 4° perros de Europa, tan poderosos como

leones africanos (el mismo l. VI, c. 15). Era Bayaceto aficionadísimo a cazar grullas con sus halcones (*Chialcondyles*, l. II, p. 35). <<

[1074] En cuanto a los reinados de Juan Paleólogo y su hijo Manuel desde 1354 hasta 1402, véase a Ducas, c. 9-15; Franza, l. I, c. 16-21. <<

[1075] Cantemiro. pp. 50-53. Acerca de los griegos sólo Ducas (c. 13, 15) reconoce el cadí turco en Constantinopla. Sin embargo, no menciona la mezquita. <<

[1076] Mémoires du bon Messire Jean le Maingre, llamado Boucicault, Mariscal de Francia, 1 parte, c. 30-35. <<

[1077] Aquellos diarios se enviaban a Sherefeddin o Cherefeddin, Alí, natural de Yezid, quien compuso en persa una historia de Tamerlán, que se tradujo al francés, por Petit de la Croix (París, 1722, cuatro vol. en 12°) y ha sido siempre mi guía fiel. Esmeradas son en extremo su geografía y cronología, y merece toda confianza en cuanto a los hechos públicos aunque está celebrando rendidamente la prosperidad y las prendas de su héroe. El ahínco de Tamerlán en lograr informes de su reino y los extranjeros, se puede ver en las *Instituciones*, pp. 245, 217, 349, 351. <<

[1078] Desconocidos yacen todavía aquellos comentarios para Europa, pero White nos esperanza de que los ha de traer y traducir Davy, su amigo, que había leído en Oriente aquella «narración fiel y circunstanciada de un reinado largo y estruendoso». <<

[1079] Ignoro si las instituciones originales en idioma turco o mogol subsisten todavía. La versión persa, con una traducción inglesa y un índice muy apreciable se publicaron en Oxford (1783, en 4°) con la turca combinada de Davy y White,

catedrático de árabe. Obra que luego se ha traducido del persa en francés (París, 1787) por Langlès, un gran orientalista, que añadió la vida de Tamerlán y varias notas curiosas. <<

[1080] Shaw Allum, el mogol actual, lee, aprecia; mas no alcanza a remedar a su esclarecido antepasado. El traductor inglés se atiene a su creencia internada, pero si se atraviesa tal cual desconfianza de engaño o ficción, orillase seguramente en vista de la carta de Davy. Nunca los orientales se asomaron al arte que se llama crítico; el padrinazgo de un príncipe, quizás menos honorífico, no es menos ganancioso que el de un librero, ni aparece increíble, que un persa, un verdadero autor, se expusiera a desconceptuarse por ensalzar el valor de la obra. <<

[1081] El original de la conseja se halla en la obra siguiente, sumamente apreciada por la elegancia florida de su estilo: *Ahmedis Arabsiadae (Ahmed Ebn Arabshah) Vitae et Rerum gestarum Timuri. Arabice et Latine. Edidit Samuel Henricus Manger. Franequerae*, 1767, 2 tomos en 4°. Este autor sirio se muestra siempre maligno y a veces ignorante en su enemistad pues hasta los encabezamientos de sus capítulos suelen ser injuriosos: «De como el malvado», «De como el impío», «De como la víbora», etc. El artículo extenso de Tamerlán en la *Biblioteca Oriental*, participa de dos propensiones encontradas, por cuanto D'Herbelot va tomando a diestro y siniestro sus materiales (pp. 877-888) de Khondemir, Ebn Schounah, y el Lebtarikh. <<

[1082] *Demir o timour* significa en turco hierro, y *beg* es dictado de señorío o príncipe. Variando una letra, o sea un acento, se trueca en *lenc* o manco, y el taciturno europeo equivoca o confunde las dos voces en el nombre de Tamerlán. <<

[1083] *Lenc*, Arabshah, después de referir algunas consejas descabelladas de Tamerlán, tiene que decir la verdad, y

confesarla por entroncado con Gengis, «per mulieres (como añade enfadadamente) laqueos Satanæ» (part. I, c. I, p. 25). El testimonio de Abulghazi Khan (p. II, c. 5; p. V, c. 4) está despejado e indisputable, y en fin decisivo. <<

[1084] Según allá cierta alcurnia, el cuarto antepasado de Gengis y el noveno de Tamerlán eran hermanos; y acordaron que la posteridad del mayor heredase la suma dignidad de Khan, y que los descendientes de él desempeñasen el cargo de ministro y general. Convenía el eco de tamaña tradición para sincerar los *primeros* pasos de la ambición de Tamerlán (*Institutions*, pp. 24, 25, por los fragmentos manuscritos de la *Historia* de Tamerlán). <<

[1085] Véase el prólogo de Cherefeddin, y la Geografía de Abulfeda (*Chorasmiæ*…, Descriptio, pp. 60, 61) en el tomo III de la *Geografía para menores* de Hudson. <<

[1086] Véase su nacimiento en Hyde (*Syntagma Dissertat*. t. II, p. 466) como se delineó por los astrólogos de su nieto Ulugh Beg. Nació en 1336 d. C., 9 de abril, 11° 57' P. M. lat. 36. Ignoro si por ahí cabe demostrar la gran conjunción de los planetas como otros conquistadores y profetas, derivando Tamerlán el sobrenombre de Saheb Keran o árbitro de las conjunciones (*Biblioteca Oriental*, p. 878). <<

[1087] En las *Instituciones* de Tamerlán, los súbditos del Khan de Kashgar se llaman impropiamente ouzbegs o uzbecos, nombre que pertenece a otra nación, que es una rama o país de los tártaros (Abulfeda p. V, c. 5, p. VII, c. 5) si me constase que esta voz se halla en el original turco, afirmaría resueltamente que las *Instituciones* se fraguaron un siglo después de la muerte, después del establecimiento de los uzbecos en Transoxiana. <<

[1088] El primer libro de Cherefeddin se emplea en la vida privada

del héroe, y él mismo, o su secretario (*Institutions*, pp. 3-77) se explaya complacidamente sobre los trece intentos o empresas que más verdaderamente constituyen su mérito personal, resplandeciendo entre los mártires abrumados del Arabshah, p. I, c. 1-12. <<

[1089] Las conquistas de Persia, Tartaria e India, se hallan historiadas en los libros segundo y tercero de Cherefeddin, y en el Arabshah (c. 13-55). Consúltese el índice excelente de las *Instituciones*. <<

[1090] El acatamiento de los tártaros al número nueve se manifiesta en Abulghazi Khan, quien por esta razón, divide la *Historia genealógica* en nueve partes. <<

[1091] Con arreglo a Arabshah (p. I, c. 28, p. 183), el compadre Tamerlán huyó a su tienda, y se escondió del alcance de Shah Mamur, bajo las ropas de sus mujeres. Quizás Cherefeddin (l. III, c. 25) ha querido abultar sus arrojos. <<

[1092] La historia de Ormuz se asemeja a la de Tiro. La ciudad antigua en el continente quedó destruida por los tártaros, y se renovó en una isla cercana, sin agua ni vegetales. Los reyes de Ormuz, riquísimos con el convenio de la India y la pesca de perlas, poseían estados pingües en Persia y en Arabia; pero al pronto fueron tributarios de los sultanes de Karman, y luego quedaron rescatados por los portugueses (1505 d. C.) de la tiranía de sus propios visires (Marco Polo, l. I, c. 15, 16, fol. 7, 8; Abulfeda, *Geograph. tabul.* XI, pp. 261, 262. Una crónica original en Texeira, o *Historia de Persia* de Stevens, pp. 376-416, y los itinerarios insertos en el primer tomo de Ramusio; de Ludovico Barthema, 1503, fol. 167; de Andrea Corsali, 1517, fol. 202, 203, y de Odoardo Barbessa, en 1516, fol. 315-318). <<

[1093] Arabshah había viajado por Kipzag, y adquirido sumo

conocimiento de la geografía, ciudades y revoluciones de aquella región septentrional (p. I, c. 45-49). <<

[1094] *Instituciones* de Tamerlán, pp. 123, 125. White, su editor, prorrumpe en algún cargo contra la superficialidad de Cherefeddin (l. III, c. 12, 13 y 14), quien ignoraba el intento de Tamerlán, y los móviles de sus pasos. <<

[1095] Más creíbles aparecen las peleterías que las barras de Rusia pero nunca ha merecido nombradía en la historia de Antioquía, y más cuando yacía en escombros. Conceptúo que sería alguna manufactura europea, llevada por los asiáticos por el nombre de Novgorod. <<

[1096] Levesque (*Hist. de Russie*, t. II, p. 247; *Vie de Timour*, pp. 64-67, antes de la versión francesa de los Institutos) encomienda el yerro de Cherefeddin, y deslindado el término cabal de las conquistas de Tamerlán. Excusados son sus raciocinios, pues con una sola mirada a los anales de Rusia se echa de ver que Moscú, tomado seis años antes por Toctamish, se salvó de las armas de otro invasor más formidable. <<

[1097] Menciónase un cónsul egipcio del gran Cairo en el viaje de Bárbaro o Tana en 1436, reedificada ya la ciudad (Ramusio, t. II, fol. 92). <<

[1098] Refiere Cherefeddin el saqueo de Azov (l. III, c. 35); y más particularmente el autor de una crónica italiana (Andreas de Redusiis de Quero, en *Chron. Tarvisiano*, en Muratori, *Scriptores Rerum Italicarum*, t. XIX, pp. 802-805). Había conversado con los Mianis, dos hermanos venecianos, uno de los cuales había ido de diputado al campamento de Tamerlán, y el otro había perdido en Azov a sus hijos y doce mil ducados. <<

[1099] Cherefeddin dice únicamente (l. III, p. 13) que los rayos del sol, al salir y al ponerse, se diferenciaban con escaso intermedio;

problema que cabe resolverse en la latitud de Moscú (56 grados) por medio de la aurora boreal, y el crepúsculo larguísimo de estío; más un día de cuarenta días (Khondemir *apud* D'Herbelot, p. 880) en rigor nos encajonaría en el círculo polar. <<

[1100] En cuanto a la guerra india, véanse las *Instituciones* (pp. 129-139) el cuarto libro de Cherefeddin, y la Historia de Ferishta (en Dow, vol. II, pp. 1-20), que arrojan un resplandor general sobre los acontecimientos del Indostán. <<

[1101] Los ríos del Penjab, los cuatro ramos orientales del Indo, quedan al fin bosquejados en el mapa incomparable de Renuel, obra de sumo esmero y veracidad, deslindando en su memoria con tino y precisión las manchas de Alejandro y de Tamerlán. <<

[1102] Los dos ríos caudalosos, el Ganges y el Burrampooter, nacen ambos en el Tíbet de las cumbres opuestas, separándose a la distancia de mil doscientas millas [1931 km], y tras una carrera sesga de más de dos mil (3218,6 km), vienen a juntarse en el golfo de Bengala. Pero es la nombradía tan de suyo antojadiza que el Burrampooter está recién descubierto, y su hermano el Ganges ha sonado y resonado en la historia antigua y en la moderna. Cupele, teatro de la última victoria de Tamerlán, ha de caer cerca de Loldong, a mil cien millas [1770,23 km] de Calcuta, y en 1774, un campamento inglés (Rennel, *Memoir*, pp. 7, 59, 90, 91, 99). <<

[1103] Véanse las *Instituciones*, p. 141, hasta el fin del primer libro, y Cherefeddin (l. V, c. 1-16), hasta la entrada de Tamerlán en Siria. <<

[1104] Tenemos tres ejemplares de estas cartas contrapuestas en las *Instituciones* (p. 147) en Cherefeddin (l. V, c. 14) y en Arabshah (t. II, c. 19, pp. 183-201) que concuerdan entre sí en cuanto al

destemple y la sustancia, más bien que en su estilo. Se hace probable que se fueron traduciendo con mayor o menor ensanche, del original turco al arábigo y al persa. <<

[1105] El emir mogol se particulariza con el dictado de turco, extendiéndolo a todos los suyos, y tizna la ralea, o nación de Bayaceto con el nombre menos honorífico de turcomanos. Mas no alcanzo cómo los otomanos podían descender allá de un marinero turcomano uniendo aquellos pastores enterados apenas de la marina y de todo negocio marítimo. <<

[1106] Según el Alcorán (c. II, p. 27, y los discursos de Sale, p. 134) todo musulmán que se divorciaba por tres veces de su mujer (o que pronunció tres veces su divorcio) no podía recogerla ya hasta que se casase con otro que luego la repudiase; convenio afrentoso, que no necesita afearse con la suposición de que el primer marido la gozase por el segundo (Rycaut, *State of the Ottoman Empire*, l. II, c. 21). <<

[1107] El miramiento general de los orientales en no hablar jamás de sus mujeres se atribuye en grado mucho más subido a las naciones turcas por Arabshah, y es de notar que Chalcondyles (l. II, p. 53) tenía alguna noticia de aquella vulgaridad o insulto. <<

[1108] En cuanto al estilo de los mogoles, véanse las *Instituciones* (pp. 131, 147), y en cuanto a los persas, la *Biblioteca Oriental* (p. 882), mas no hallo que el dictado de César esté hoy empleado por los árabes con ningún otomano. <<

[1109] Véanse los reinados de Barkok y Faradge, en Guignes (t. IV, l. XXII) quien del texto arábigo de Abulmahasen, Ebn Schounah y Aintabi, ha ido añadiendo algunos hechos a nuestro caudal común de materiales. <<

[1110] Sobre estos acontecimientos modernos y caseros, es creíble, aunque parcial Arabshah, como testigo (t. I, c. 64-68; t. II, c. 1-

14). Odiosísimo sería Tamerlán para un sirio; mas la notoriedad de los hechos debieron precisarle, hasta cierto punto a respetar al enemigo y a su propio concepto. Su acíbar enmienda el empalago de Cherefeddin (l. V, c. 17-29). <<

[1111] Copiáronse estos elogios interesantes al parecer por Arabshah (t. I, c. 68, pp. 625-645) del cadí e historiador Ebn Schounah, interventor principal; mas ¿cómo podía venir aun a los setenta y cinco años después? (D'Herbelot, p. 792). <<

[1112] Las marchas y afanes de Tamerlán entre la guerra siria y otomana se hallan en Cherefeddin (l. V, c. 29-43) y en Arabshah (t. III, c. 15-18). <<

[1113] El número ochocientos mil es de mano de Arabshah, o más bien de Ebn Schounah, *ex rationario Timuri*, bajo la fe de un oficial carizmio (t. I, c. 68, p. 637) haciéndose harto reparable que un historiador griego (Franza, l. I, c. 29) no añade más que veinte mil hombres. Cuenta Peggio un millón, y otro latino contemporáneo (*Chron. Tarvisiano, apud* Muratori, t. XIX, p. 800) un millón cien mil, y un soldado germano atestigua la suma enormísima de un millón seiscientos mil, habiéndolo presenciado la batalla de Angora (Leunclav. *ad* Chalcondyl., l. III, p. 82). Tamerlán en sus *Instituciones*, no ha tenido a bien computar sus fuerzas, sus propios súbditos, ni sus recursos. <<

[1114] Ensanche sumo franquea para los allegados al Gran Mogol, a impulsos de sus ínfulas y de la ventaja de su oficialidad. El patrón de Bernier era Penge Hazari, comandante de cinco mil caballos, de los cuales tan sólo estaba manteniendo quinientos (*Voyages*, t. I, pp. 288, 289). <<

[1115] El mismo Tamerlán fija en cuatrocientos mil el ejército otomano (*Institutions*, p. 153) reducidos por Franza a ciento cincuenta mil (l. I, c. 29) y abultados por el soldado germano

hasta un millón cuatrocientos mil. Pero siempre sobrepujaban en número los mogoles. <<

[1116] No estará de más el deslindar las distancias entre Angora y las ciudades cercanas, pero la jornada de caravana, es de veinte o veinticinco millas [32,18 o 40,23 km] cada una; a Esmirna veinte [32,18 km]; a Kiotahia, diez [16,09 km]; a Bursa, diez [16,09 km]; a Cesárea, ocho [12,87 km]; a Sínope, diez [16,09 km]; a Nicomedia, nueve [14,48 km], y doce o trece [19,31 o 20,92 km] a Constantinopla (véase Tournefort, *Voyage au Levant*, t. II, *lettre* XXI). <<

[1117] Véanse los sistemas de táctica en las *Instituciones*, que han despejado los editores ingleses, con planos esmerados (pp. 373-407). <<

[1118] El mismo sultán (dice Tamerlán), tuvo que poner el pie del valor en el estribo del aguante. Metáfora tártara que desaparece en el inglés, pero asoma en la versión francesa de las *Instituciones* (pp. 156, 157). <<

[1119] El fuego griego por parte de Tamerlán está testimoniado por Sherefeiddin (l. V, c. 47), pero Voltaire prorrumpe en la sospecha extrañísima de que algunos cañones con rótulos desconocidos se enviaron por el monarca a Delhi; pero queda refutado con el silencio universal de los contemporáneos. <<

[1120] Encubrió Tamerlán aquella negociación reservada e importante con los tártaros; pero se comprueba incontrastablemente con el testimonio combinado de los historiadores árabes (t. I, c. 47, p. 391), turcos (*Annal.* Leunclavio, p. 321) y los persas (Kondemir, *apud* D'Herbelot, p. 882). <<

[1121] Sobre la guerra de Anatolia o *Rum*, añade tal cual especie de las *Instituciones* a la narración extensa de Cherefeddin (l. V, c.

44, 65) y de Arabshah (t. II, c. 28, 35). Tan sólo en esta parte de la historia de Tamerlán cabe citar a los turcos (Cantemiro, pp. 53, 55; *Annal* Leunclavio, pp. 320, 322) y los griegos (Franza, l. I, c. 29; Ducas, c. 15, 17, Chalcondyles, l. III). <<

[1122] Voltaire, siempre dudando (*Essai sur l'histoire générale*, c. 88) propende aquí como en todo trance, a desechar consejas populares, y a cercenar los ámbitos de la virtud y del vicio, aunque su incredulidad suele ser fundada. <<

[1123] Véase la *Historia* de Cherefeddin (l. V, c. 49 y ss.). Terminose la obra en Shiraz el año 1424, y dedicose al sultán Ibrahim, hijo de Tamerlán, quien estuvo ya reinando en Turkestán en vida del padre. <<

[1124] Tras la lectura de Khondemir, Ebn Schounah, etc. el doctísimo D'Herbelot (*Biblioteca Oriental*, p. 882) puede muy bien afirmar que la patraña se inventó fuera de las historias más auténticas; pero el oponerse al testimonio patente de Arabshah infunde alguna desconfianza en todo aquel esmero. <<

[1125] «Et fût lui même (Bayaceto) pris, et mené en prison, en laquelle mourut de *dure mort!*», *Mémoires* de Boucicault, p. I, c. 37. Se compusieron aquellas memorias, siendo todavía el mariscal gobernador de Génova, de donde lo arrojaron en 1409, en un alboroto (Muratori, *Annali d'Italia*, t. XII, pp. 473, 474). <<

[1126] Hallará el lector una noticia cabal de la vida y escritos de Poggio en el *Poggiana*, obra muy amena de Lenfant, y en la *Bibliot. mediæ et infimæ Ætatis* de Fabricio (t. V, pp. 305, 308). Nació Poggio en 1380 y murió en 1453. <<

[1127] El diálogo de *Varietate Fortunæ* (del cual se publicó en París, en 1723, una edición completa y elegante en 4°) se compuso poco antes de la muerte de Martino V (p. 5), y por

consiguiente a fines del año 1430. <<

[1128] Véase un elogio elocuente y florido de Tamerlán, pp. 36, 39: «Ipse enim novi —dice Poggio—, qui fuere in ejus castris […] Regen vivum cepit, caveâque in modum ferae inclusum per omnem Asian circumtulit egregium admirandumque spectaculum fortunae». <<

[1129] El *Chron. Tarvisiano* (en Muratori, *Scriptores Rerum Italicarum*, t. XIX, p. 800) y los *Annales Estenses* (t. XVIII, p. 974). Ambos autores, Andrea de Redusiis de Quero y Jaime de Delayto, fueron contemporáneos, y al par cancilleres, el uno en Treviso y el otro en Ferrara; y el testimonio del primero es muy terminante. <<

[1130] Véase Arabshah, t. II, c. 28, 34. Viajó por regiones romanas, 839 A.H. (27 de julio de 1435 d. C.), t. II, c. 2, p. 13. <<

[1131] Busbequio en *Legatione Turcica, Ep*. I, p. 52. Pero esta autoridad respetable padece algún quebranto con los desposorios posteriores de Amurates II con una serbia, y de Mohamed II con una asiática, ambas princesas (Cantemiro, pp. 83, 93). <<

[1132] Véase el testimonio de Jorge Franza (P. I, c. 23), y su vida en Hanckio (de *Script. Byzant*. p. I, c. 40) Chalcondyles y Ducas hablan con generalidad de las *cadenas* de Boyaceto. <<

[1133] *Annales*, Leunclavio, p. 321; Pocock, *Prolegom.*, Abulfaragio, *Dinastías*; Cantemiro, p. 55. <<

[1134] Sapor, rey de Persia, cayó prisionero y le encerraron en la figura de una piel de vaca por mandato de Maximiano, o por Galerio César. Tal es la patraña referida por Eutiquio (*Annal*. t. I, p. 421, vers. Pocock). El conjunto de la verdadera historia nos enseña a justificar el conocimiento de los orientales en los

tiempos anteriores a la Hégira. <<

[1135] Arabshah (t. II, p. 25), va describiendo a fuer de viajero esmerado, los estrechos de Galipoli y de Constantinopla. Para hacerse cargo de tales acontecimientos, he ido cotejando relaciones y vulgaridades, de mogoles, turcos y árabes. Menciona el embajador español aquella unión enemiga de cristianos y otomanos (*Vie de Timour*, p. 96). <<

[1136] Trasladado el gran dictado de César a los sultanes de Rum, se equivocaban los príncipes griegos de Constantinopla (Cherefeddin, l. V, c. 54) con los cristianos señores de Galipoli, Tesalónica, etc. bajo el título de *Tekkur*, mal derivado del genitivo τοῦ κυρίου (Cantemiro, p. 51). <<

[1137] Véase Cherefeddin, l. V, c. 4, que va deslindando en un itinerario cabal, el rumbo, o derrotero para China, que Arabshah (t. II, c. 33) destruye con lenguaje retórico. <<

[1138] Synopsis Hist. Sinicæ, pp. 74-76 (en la cuarta parte de las *Relations* de Thevenot); Duhalde, *Hist. de la Chine* (t. I, pp. 507, 508, edición en folio) y en cuanto a la cronología de los emperadores chinos, Guignes, *Hist. des Huns*, t. I, pp. 71, 72. <<

[1139] Sobre el regreso, triunfo y muerte de Tamerlán, véase Cherefeddin (l. VI, c. 1-30) y Arabshah (t. II, pp. 35-47). <<

[1140] Cherefeddin (l. VI, c. 24) menciona los embajadores de uno de los más potentes soberanos de Europa. Consta que fue Enrique III de Castilla y subsiste la relación curiosa de sus dos embajadas (Mariana, *Hist. Hispan*. l. XIX, c. 11, t. II, pp. 329, 330; Avertissement à *l'Hist. de Timur Bec*, pp. 28, 33). Asoma también alguna correspondencia entre el emperador mogol y Carlos VII, rey de Francia (*Hist. de France*, par Velly et Villaret, t. XII, p. 336). <<

[1141] Véase la traducción de la relación persa de su embajada,

documento original y apreciable (en la cuarta parte de las *Relations* de Thevenot). Presentaron al emperador de la China un caballo ya viejo montado allá por Tamerlán. En el año 1419 salieron de la corte de Herat y regresaron en 1422 de Pekín. <<

[1142] De Arabshah, t. II, p. 96. El matiz subido y apocado sale de Cherefeddin, D'Herbelot, y las *Instituciones*. <<

[1143] Su nuevo sistema fue creciendo desde treinta y dos piezas y sesenta y cuatro cuadrados, hasta cincuenta y cinco piezas y ciento diez o ciento treinta casillas o cuadritos, pero excepto en aquella corte, el juego antiguo se ha conceptuado harto intrincado. El emperador mogol se complació más bien que se lastimó con la victoria de un súbdito. Se queda para los ajedrecistas el justipreciar el valor de aquel elogio. <<

[1144] Véase Cherefeddin, l. V, c. 15, 25. Arabshah (t. II, c. 96, pp. 801, 803) desaprueba la impropiedad de Tamerlán y los mogoles, quienes casi anteponían al mismo Alcorán el *Yacsa*, o Ley de Gengis (*cui Deus maledicat*), ni acabo de creer que Sharokh hubiera abolido el uso y la autoridad de aquel código pagano. <<

[1145] Sobre los pasos sangrientos de su narrativa, pudiéramos referirnos a ciertas anticipaciones en el segundo tomo de nuestra *Decadencia…* que en una sola nota (c. XXXIV, n. 25) se apresan cerca de trescientas mil cabezas por monumentos de su crueldad. Excepto el drama de Rowe sobre el cinco de noviembre, no me prometía yo oír hablar del acontecimiento halagüeño de Tamerlán (White, Preface, p. 7). Disculpo no obstante cierto entusiasmo garboso en los lectores y más en el editor de las *Instituciones*. <<

[1146] Consúltense los últimos capítulos de Cherefeddin y de Arabshah, y Guignes (*Hist. des Huns*, t. IV, l. XX). La historia de Nadir Shah por Fraser (p. 1-62). La historia de los

descendientes de Tamerlán se sabe a medias, sin que aparezcan los libros posteriores de Cherefeddin. <<

[1147] Shah Allum, el mogol actual, procede en grado catorceno de Tamerlán, por Miran Shah su hijo tercero. Véase el tomo II de la *Historia del Indostán*, por Dow. <<

[1148] Las guerras civiles desde Bayaceto hasta Mustafá, por sus respectivas muestras, están referidas por los mismos turcos en Demetrio Cantemiro (pp. 58-82). De los griegos Chalcondyles (l. IV y V) Franza (l. I, c. 30-32) y Ducas (c. 18-27) el último es el más extenso y más enterado. <<

[1149] Arabshah, t. II, c. 26, cuyo testimonio en este paso es de entidad y de aprecio. La existencia de Iza, desconocido entre turcos, se confirma igualmente por Cherefeddin (l. V, c. 17). <<

[1150] Arabshah, donde arriban Abulfeda, *Geograph*. tab. XVII, p. 302; Busbequio, *Ep*. I, pp. 96, 97, en *Itinere C. P*. y Amasiano. <<

[1151] Un griego contemporáneo ensalza las prendas de Cherefeddin (Ducas, c. 25). Los descendientes son quinientos nobles, únicos en Turquía, contentándose con la administración de sus fundaciones religiosas, se les dispensa de todo cargo concejal, y reciben dos visitas anuales del sultán (Cantemiro, p 76). <<

[1152] Véase Paquímero (l. V, c. 29), Nicéforo Grégoras (l. II, c. 1), Cherefeddin (l. V, c. 57) y Ducas (c. 25). Este último, observador curioso y esmerado, es acreedor por su nacimiento y su posición en la sociedad, a mucho crédito en cuanto se refiere a Ionia y las islas. Entre las naciones que fueron acudiendo a la Nueva Focea menciona al inglés'Ιγγλήνοι; testimonio muy remoto de nuestro comercio en el Mediterráneo. <<

[1153] En cuanto al afán navegador e independiente de la antigua

Focea, o más bien, de los foceos, consúltese el primer libro de Herodoto, y el índice geográfico del último y sabio traductor francés, Larcher (t. VII, p. 299). <<

[1154] No enumera Plinio a Focea (*Hist. Natur.*, XXXV, 52) entre los parajes productivos de alumbre, contando el primero a Egipto, y el segundo la isla de Melos, cuyos alumbres se mencionan por Turnefort (t. I, lettre IV) viajero y naturalista. Perdida Focea, los genoveses en 1457 hallaron aquel mineral utilísimo en la isla de Ischia (Ismael Bouillaud *ad Ducam*, c. 25). <<

[1155] El escritor que más se ha explayado en sus desahogos fabulosos es ese ingenioso Guillermo Temple (*Works*, vol. III, p. 349 y ss. en 8°) amantísimo de heroicidades lejanas. Tras la conquista de Rusia, etc. y el tránsito del Danubio, su héroe tártaro socorre, visita, celebra y desestima la ciudad de Constantino. Su pincel lisonjero se desvía a cada punto de la verdad histórica, pero sus ficciones placenteras son más disculpables que los yerros clásicos de Cantemiro. <<

[1156] Sobre los reinados de Manuel y Juan, de Mohamed I y de Amurates II véase la historia otomana de Cantemiro (pp. 70-95) y los tres griegos, Chalcondyles, Franza, y Ducas, que es todavía superior a sus competidores. <<

[1157] El asper turco (del griego ἀσπρός) era una pieza blanca o de plata muy aduterada en el día, pero que al principio era, por lo menos, equivalente a la quincuagésima parte de un ducado veneciano, y quinientos mil asperes, situado de príncipes o tributo regio, pueden regularse en mil quinientas libras esterlinas (Leunclav. *Pandect. Ture*. pp. 406-408). <<

[1158] Sobre el sitio de Constantinopla en 1422, véase la narración particular y contemporánea de Juan Canano, publicada por León Alacio al fin de su edición del Acropolita (pp. 188-189).

<<

[1159] Cantemiro, p. 80. Canano, que inserta Seid Bechar sin nombrarlo, supone que el amigo de Mahoma cargó para sus amores con el privilegio de Profeta, y que las monjas más lindas de Constantinopla estaban prometidas al santo y a sus discípulos. <<

[1160] Sobre esta aparición milagrosa, acude Canano al santo musulmán, pero ¿quién abona a Seid Bechar? <<

[1161] Véase Rycaut (l. I, c. 13). Los sultanes turcos se apropian el dictado de Khan. Pero Abulghazi ignora a sus primos otomanos. <<

[1162] El tercer gran visir, llamado Kiuperli, que feneció en la batalla Salankanen en 1691 (Cantemiro, p. 382) se arrojó a decir que todos los sucesores de Solimán habían sido necios o tiranos, y que ya era hora de abolir la raza (Marsigli, *Stato militare dell'Impero Ottomano*, p. 28). Aquel hereje político era un whig legítimo, y sinceró contra al embajador francés la revolución de Inglaterra (Mignot, *Hist. des Ottomans*, t. III, p. 434). Su arrogancia da al través la excepción extraña de continuar los empleos en una misma alcurnia. <<

[1163] Chalcondyles (l. V) y Ducas (c. 23) sacan a luz los toscos asomos de la política otomana, y el trueque de los niños cristianos en soldados de Turquía. <<

[1164] Este bosquejillo de la educación y disciplina turca está sacado principalmente del *Estado del Imperio Otomano* de Ricaut, y del *Stato militare dell'Impero Ottomano*, de Marsigli (Haya, 1732 en folio), y una descripción del Serrallo, comprobada por el mismo Graves, viajero esmerado, e inserta en el tomo II de su obra. <<

[1165] De la lista de ciento quince visires hasta el sitio de Viena

(Marsigli, p. 13) su duración se puede regular a tres años y medio en el conjunto. <<

[1166] Véanse las cartas preciosas y entretejidas de Busbequio. <<

[1167] El primer y segundo tomo de los *Ensayos químicos* de Watson contienen los discursos especiales sobre el descubrimiento y la composición de la pólvora. <<

[1168] No son de fiar los testimonios modernos sobre este punto. Ducange va recogiendo los pasos originales (*Gloss. Latin. mediœ et infimœ Ætatis*, t. I, p. 675, *Bombarda*); pero en aquellos escasos apuntes, el nombre, sonido, fuego y efecto que al parecer expresa nuestra artillería, pueden referirse a la maquinaria antigua del fuego griego. En cuanto a los cañones ingleses en Crecy, a la autoridad de Juan Villani (*Chron*. l. XII, c. 65) se contraponen el silencio de Froissard. Muratori no obstante (*Antiquitatibus Italiae medii Ævi*, t. II, dissert. XXVI, pp. 514, 515) ha presentado un paso decisivo de Petrarca (de *Remediis utriusque Fortunae Dialog.*), quien antes del año 1344, abomina del rayo terrestre, «nuper *rara*, nunc *communis*». <<

[1169] Los cañones turcos que Ducas (c. 30) trae sobre Belgrado (1436 d. C.) se mencionan en Chalcondyles (l. V, p. 123) en 1422 para al sitio de Constantinopla. <<

[1170] Esta instrucción curiosa se copió (según creo) del archivo Vaticano, por Odorico Raynaldo, en su continuación de los *Annales* de Baronio (Romæ, 1646-1677, en diez volúmenes en folio). Me he contentado con el abate Fleury (*Hist. Ecclésiastique*, t. X, pp. 4-8), cuyos extractos he hallado siempre en extremo despejados, ciertos e imparciales. <<

[1171] La ambigüedad de este dictado es acertada e ingeniosa, y *moderator*, como sinónimo de *rector, gobernator* es voz de latinidad clásica y aun ciceroniana, que se halla, no en el

glosario de Ducange, sino en el *Thesaurus* de Roberto Esteban. <<

[1172] La carta primera, sin encabezamiento, de Petrarca, pinta el peligro del bajel y la torpeza del *piloto*. «Haec inter, vino madidus, aevo gravis, ac soporifero rore perfusus, jamjam nutitat, dormitat, jam somno praeceps, atque (utinam solus) ruit … Heu quanto felicius patrio terram sulcasset aratro, quam scalmum piscatorium ascendisset!» Esta sátira induce al biógrafo a contrapesar vicios y virtudes de Benedicto XII, abultados uno y otro por los güelfos y gibelinos, por papistas y protestantes (Véanse las *Mémoires sur la Vie de Pétrarque*, t. I, p. 259; II, n. XV, pp. 13-16). Dio margen al dicho *Bibamus papaliter*. <<

[1173] Véanse las vidas originales de Muratori (*Scriptores Rerum Italicarum*, t. III, p. II, pp. 550-589), Mateo Villani (*Chron*. 1, III, c. 43, en Muratori, t. XIV, p. 186), que lo apellida *molto cavalleresco*, poco religioso, Fleury (*Hist. Ecclésiastique*, t. XX, p. 126), y *Mémoires sur la Vie de Pétrarque*, t. II, p. 42-45. El abate de Sade lo trata con sumo miramiento porque es un clérigo caballeroso. <<

[1174] Era su nombre, probablemente alterado, Zampea. Había acompañado, y se quedó sola en Constantinopla con su dueña, donde su cordura, instrucción y señorío, merecieron alabanzas a los mismos griegos (Cantacuz. l. I, c. 42). <<

[1175] Véase toda la negociación en Cantacuzeno (l. IV, c. 9) quien salpica sus propios primores y alabanzas, con las muestras de una conciencia traspasada de remordimientos. <<

[1176] Véase aquel tratado afrentoso en Fleury (*Hist. Ecclésiastique*, pp. 151-154) de Raynaldo, quien lo sacó del archivo Vaticano. No necesita el afán de una patraña devota. <<

[1177] Véanse las dos primeras vidas originales de Urbano V (en

Muratori, *Scriptores Rerum Italicarum*, t. III, p. II, pp. 623, 635), y los *Anales Eclesiásticos* de Spondano (t. I, p. 575, 1369 d. C., núm. 7) y Raynaldo (Fleury, *Hist. Ecclésiastique*, t. XX, pp. 223, 224). Pero según algunas variaciones, malicio que los escritores pontificios abultaron las genuflexiones de Paleólogo. <<

[1178] «Paullo minus quam si fuisset Imperator Romanorum». Pero su dictado de *Imperator Græcorum* no se le disputó en lo sucesivo (*Vit. Urban V*,, p. 623). <<

[1179] Se vinculó en los sucesores de Carlomagno, y aun a ellos sólo en el día de Navidad; pues en todas las demás festividades, aquellos diáconos imperiales tienen que avenirse a servir al papa con su misa solemne, con su libro y sobre los *corporales*. Pero el abate de Sade opina garbosamente que los merecimientos de Carlos IV, le hacían acreedor, aunque fuera del día señalado (1 de noviembre, año 1368 d. C.) al privilegio *cabal*. Parece que gradúa la regalía y el individuo con sumo aprecio (*Mémoires sur la Vie de Pétrarque*, t. III, p. 735). <<

[1180] Entre varias adulteraciones italianas, la etimología de *Folcone in hosco* (Mateo Villani, l. XI, c. 79, en Muratori, t. XV, p. 746), apunta la voz inglesa *Hawkwood*, el verdadero nombre de nuestro aventurero paisano (Thomas Walsingham, *Hist. Anglican. inter Script. Camdeni*, p. 184). Tras veintiuna victorias y un descalabro, murió en 1394, el general de los florentinos, y se enterró con tantos honores cuales la república no tributara ni al Dante, ni a Petrarca (Muratori, *Annali d'Italia*, t. XII, pp. 212-371). <<

[1181] La oleada inglesa (por nacimiento o servicios) rebosó de Francia sobre Italia, tras la paz de Bretigny en 1360, pero la exclamación de Muratori (*Annali d'Italia*, t. XII, p. 197) es más bien positiva que cortesana. *Ci mancava ancor questo, che dopo essere calpestrata l'Italia da tanti masnadieri Tedeschi ed Ungheri,*

venissero fin dall' Inghliterra nuovi cani a finire di divorarla. <<

[1182] Chalcondyles, l. I, pp. 25, 26. Supone el griego su viaje al rey de Francia, que viene a quedar plenamente refutado con el silencio de los historiadores nacionales. Ni tampoco me inclino a creer que Paleólogo se marchase de Italia *valde bene consolatus et contentus* (*Vit. Urban V*, p. 623). <<

[1183] Su regreso en 1370, y la coronación de Manuel, 25 de septiembre de 1373 d. C. (Ducange, *Familiae Byzantinae*, p. 241), deja algún plazo intermedio para la conspiración y la muerte de Andrónico. <<

[1184] Memorias de Boucicault, p. I, c. 35 y 36. <<

[1185] Su viaje al occidente de Europa, asoma apenas, y en mi concepto con repugnancia, en Chalcondyles (l. II, p. 44-50) y Ducas (c. 14). <<

[1186] Muratori (*Annali d'Italia*, t. XII, p. 406). Fue Juan Galeazzo el duque primero y el más poderoso de Milán. Froissard afirma sus relaciones con Bayaceto y contribuyó, para el salvamento y entrega de los franceses, cautivos en Nápoles. <<

[1187] Sobre el nacimiento de Manuel en París véase Spondano (*Annal. Eccles*. t. I, pp. 676, 677, 1400 d. C., núm. 5) quien cita a Juvenal de los Ursinos, y al monje de san Dionisio; y Villaret (*Hist. de France*, t. XII, pp. 331-334), quien a nadie cita, según la última moda de los escritores franceses. <<

[1188] Una nota cortita de Manuel en Inglaterra se halla extractada por Hody de un manuscrito en Lambeth (de *Græcis illustribus*, p. 14), *C. P. Imperator, diu variisque et horrendis Paganorum insultibus coarctatus, ut pro eisdem resistentiam triumphalem perquireret, Anglorum Regem visitare decrevit*, etc. *Rex* (dice Walsingham, p. 364) *nobili apparatû … suscepit (ut decuit) tantum Heroa, duxitque Londonias, et per multos dies*

exhibuit gloriose, pro expensis hospitii sui solvens, et eum respiciens [*dignis*] *tanto fastigio donativis*. Repite lo mismo en su *Upodigma Neustriae* (p. 556). <<

[1189] Empieza y acaba Shakespeare su drama *Enrique IV*, con el voto del príncipe para una cruzada, y su creencia de que va a fallecer en Jerusalén. <<

[1190] Aparece este hecho en la *Historia política*, 1391-1478 d. C., publicada por Martín Crusio (*Turco-Græcia*, pp. 1-43). La imagen de Cristo que el emperador griego no quiso reverenciar, era probablemente de escultura. <<

[1191] La historia griega y turca de Laonico Chalcondyles, se termina en el invierno de 1463, y la conclusión repentina parece estar indicando que arrima la pluma en el mismo año. Sabemos que era ateniense, y que algunos contemporáneos del mismo nombre, coadyuvaron el nacimiento del idioma griego en Italia. Pero el historiador comedido nunca asoma en medio de su incesante redoble de digresiones, y su editor Leunclavio y Fabricio (*Bibliot. Graec.*, t. VI, p. 474) parece que ignoran su vida y estado. En cuanto a su descripción de Germania, Francia e Inglaterra, véase l. II, p. 36, 37, 44-50. <<

[1192] No me pararé a ir advirtiendo los yerros geográficos de Chalcondyles, y en esta ocasión quizá quiere seguir y equipararse a Herodoto (l. II, c. 33), cuyo texto cabe explicarse (*Herodote de Larcher*, t. II, pp. 219, 220) cuya ignorancia es disculpable. ¿Por ventura estos griegos modernos nunca leyeron a Estrabón, o alguno de los geógrafos menores? <<

[1193] Un ciudadano de la nueva Roma, mientras ésta vivía, desdeñara de condecorar a un rey germano ‘Ρήξ con los dictados de Βασιλεὺς o Αὐτοκράτωρ ‘Ρωμαίων; mas ya no cabían ínfulas en los arranques de Chalcondyles, y va historiando al príncipe bizantino y a los súbditos, con el nombre

propio pero llano, con los nombres de ‘´ Ελληνες y Βασιλεύς ‘Ελλήνων. <<

[1194] Las más de las novelas antiguas se tradujeron en el siglo XIV en prosa francesa, y fueron luego el sumo predilecto de damas y caballeros, en la corte de Carlos VI. Si algún griego creía las hazañas de Roldán o de Oliveros, merece disculpa, puesto que los monjes de san Dionisio, historiadores nacionales, han embebido las patrañas del arzobispo Turpin en sus *Crónicas de Francia*. <<

[1195] Λονδρῶν δὲ ἡ πόλις δυνάμει τε προέχουσα τῶν ἐν τῇ νήσῳ ταύτῃ πασῶν πόλεων, ὄλβῳ τε καὶ τῇ ἀλλῃ εὐδαιμονίᾳ οὐδεμιᾶς τῶν πρός ἑσπέραν λειπομένη. Aun desde el tiempo de Fitzstephen (en el siglo XII) parece que Londres se había ya granjeado aquella preeminencia en extensión y riquezas, y su aumento progresivo ha ido siguiendo el paso de los adelantos generales en Europa. <<

[1196] Si las significaciones del verbo Κύω (*osculor* e *in utero gero*) lo hacen equívoco, el contexto, y el susto devoto de Chalcondyles, no dejan duda en su concepto y en la equivocación. <<

[1197] Erasmo (*Epist. Fausto Andrelino*) trae un paso lindo, en cuanto a la moda inglesa de tratar así los extranjeros a la llegada y a la despedida, de la cual no saca sin embargo ilación alguna maliciosa. <<

[1198] Quizás cabe aplicar aquella observación a la comunidad de las mujeres entre los bretones antiguos, como la suponen Julio César y Dion (Dion Casio, l. LXII, t. II, p. 1007) con la nota juiciosa de Reimas. El *Arreoy* de Otaheite tan positivo al principio, es en el día menos reparable y escandaloso, al paso que se han ido estudiando las costumbres de aquel pueblo

apacible y enamoradizo. <<

[1199] Véase Lenfant, *Hist. du Concile de Constance*, t. II, p. 576; y en cuanto a la historia eclesiástica de aquel tiempo, los *Anales* de Spondano, la *Biblioteca eclesiástica* de Dupin t. XII, XXI y XXII, o más bien la continuación de Fleury. <<

[1200] Franza, o Franzes, desde su temprana mocedad fue estadista y palaciego, y Hankio (de *Script Bizant.*, p. I, c. 40) ha ido historiando su vida por sus escritos. A la muerte de Manuel, era tan sólo de veinticuatro años, y ya lo recomendó eficacísimamente al sucesor: «Imprimis vero hunc Plíranzen tibi commendo, qui ministravit mihi fideliter et difigenter» (Franza, l. II, c. 1); pero el emperador Juan era muy flojo y antepuso el servicio de los déspotas del Peloponeso. <<

[1201] Véase Franza, l. II, c. 13. Existiendo tantos manuscritos de original griego en las bibliotecas de Roma, Milán, el Escorial etc. es vergonzoso y reprensible que nos veamos reducidos a la versión latina, o sea extracto, de Juan Pontano (*ad calcem Teophylac. Simocattæ: Ingolstadt* 1604), escasísimo en esmero y elegancia (Fabricio, *Bibliot. Graec.*, t. V, pp. 615-620). <<

[1202] Véase Ducange, *Familiae Byzantinae*, pp. 243-248. <<

[1203] La medida cabal del hexamilion, de mar a mar era de tres mil ochocientas orgiæs, o *toesas*, de seis pies griegos (Franza, l. I, c. 35), que viene a formar una milla griega, y menor que la de seiscientas sesenta toesas francesas [1286,34 km], que le señala D'Anville como usadas todavía en el país, esto es, en Turquía. El istmo se suele regular de cinco millas [8,04 km] de anchura. Véanse los viajes de Spon, Wheeler y Chandler. <<

[1204] La primera objeción de los judíos se funda en la muerte de Jesucristo; pues si voluntaria, fue un suicida: pero el emperador la convierte en misterio. Arguyen luego contra la concepción de

la Virgen, el sentido de las profecías etc. (Franza, l. II, c. 12, entero). <<

[1205] En el tratado *delle Materie Beneficiarie* de Fra Paolo (en el tomo IV de la última y mejor edición de sus obras) queda completamente desentrañado el sistema pontificio. Aun cuando viniesen a exterminarse Roma y su prepotencia, aquel libro de oro pudiera sobrevivir, como historia filosófica y advertencia saludable. <<

[1206] El papa Juan XXII (en 1334) dejó en Aviñón dieciocho millones de ducados de oro o florines, y otros siete millones en plata labrada. Véase la *Crónica* de Juan Villani (l. XI, c. 20, en la *Colección* de Muratori, t. XIII, p. 765) cuyo hermano sacó a la sazón por los tesoreros del papa. Tesoro de seis u ocho millones de libras esterlinas, en el siglo XIV es una exorbitancia casi increíble. <<

[1207] Un protestante sabio y caballeroso, Lanfant, ha historiado lindamente los concilios de Pisa, Constancia y Basilea ciudad libre, en seis tomos en cuarto; pero la última parte es la menos enterada y cabal, excepto en el pormenor de los disturbios en Bohemia. <<

[1208] Las actas, originales, o minutas del concilio de Basilea, se conservan en la biblioteca pública, en doce tomos en folio. Era Basilea ciudad libre oportunamente situada en el Ródano y resguardada con las armas de la confinante y confederada Suiza. Su universidad fue fundada en 1459 por el papa Pío II (Æneas Silvio) quien había sido secretario en el concilio. Pero, ¿qué supone un concilio o una universidad para las prensas de Froben y los estudios de Erasmo? <<

[1209] La embajada turca, atestiguada únicamente por Cranteio, se refiere dudosamente por el analista Spondano, 1433 d. C., núm.

25, t. I, p. 824. <<

[1210] Sirópulo, p. 19. En estas listas parece que los griegos sobrepujaron la comitiva que después acompañó en realidad al emperador y al patriarca y que no se expresa despejadamente por el exarcato. Los setenta y cinco mil florines pedidos en la negociación del papa (p. 9) también propasan su esperanzas y necesidades. <<

[1211] Uso indistintamente las voces *ducados* o *florines*, derivadas, la una de los duques de Milán y la otra de la república de *Florencia*. Las piezas de oro que se acuñaron al pronto en Italia, pueden regularse en precio y valor al tercio de una guinea inglesa. <<

[1212] Al fin de la versión latina de Franza leemos una carta dilatada o declamación de Jorge de Trebisonda, quien aconseja al emperador que anteponga Eugenio e Italia. Trata con menosprecio la reunión cismática de Basilea y a los bárbaros de Galia y Germania, que se empeñaron en trasladar la cátedra de san Pedro allende los Alpes; οἵ ἄθλιοι (dice él) σε καὶ τὴν μετά σου σύνοδον ἔξω τῶν Ἡρακλέιων στήλωι καὶ περὰ Γαδήρων ἐξάξουσι. ¿Por ventura carecía Constantinopla de mapas? <<

[1213] Sirópulo (pp. 26-31) afirma sus propias iras y las de sus paisanos; y los diputados de Basilea que disculpaban su arrojo, no podían negar ni variar una acta del concilio. <<

[1214] Condolmieri, sobrino del papa y almirante, declaró terminantemente: ὅτι ὅρισμον ἔχει παρὰ τοῦ Πάπα ίνα πολεμήσῃ ὁποῦ ἀν εὕπῃ τὰ κάτεργα τῆς Συνόδον, καὶ εἰ δυνήθη, καταδύσῃ, καὶ ἀφανίσῃ. Las órdenes navales del sínodo eran menos ejecutivas, y hasta que asomaron los bajeles enemigos, ambos partidos se esmeraban en ocultar a los griegos su desavenencia. <<

[1215] Menciona Sirópulo las esperanzas de Paleólogo (p. 36) y el dictamen postrero de Segismundo (p. 57). Supo el emperador en Corfú la muerte de su amigo y al saberla antes regresara a su casa (p. 79). <<

[1216] El mismo Franza, aunque por diversos motivos, era del dictamen de Amurates (l. II, c. 13). *Utinam ne synodus ista unquam fuisset, si tantes offensiones et detrimenta paritura erat*. También menciona Sirópulo aquella embajada turca (p. 58), y Amurates cumplió su palabra. Pudo amagar (pp. 125, 219), mas nunca embistió a la ciudad. <<

[1217] Los lectores no pueden menos de sonreírse con la sencillez que expresaban aquellas esperanzas: τοιαύτην πληριφορίαν σχήσειν ἤλπιζε καὶ διὰ τοῦ Πάπα ἐθάῤῥει ἐλευθερῶσαι τὴν ἐκκλησίαν απὸ τῆς ἀποτεθείσης αὔτου δουλείας παρὰ τοῦ βασιλέως (p. 92); mas le era muy arduo el plantear las lecciones de Gregorio VII. <<

[1218] El nombre cristiano de Silvestre salió del calendario latino. En el griego moderno se añade el diminutivo πουλός al extremo de las palabras; ni Creyghton, el editor, con todos sus raciocinios, le disculpan de trocar en *Sguropulus* (*Sguros fuscus*) el Sirópulo de su propio manuscrito, cuyo nombre viene firmado de mano propia en las actas del Concilio de Florencia. ¿No pudiera ser el autor sirio de alcurnia? <<

[1219] Me atrevo a deslindar la fecha, por la misma conclusión de la historia, en al año de 1444, cuatro años después del sínodo, cuando el exarca había depuesto su cargo (sec. XII, pp. 330-350). El tiempo y el retiro habían refrenado sus ímpetus; y aunque suele ser parcial, nunca Sirópulo se destempla. <<

[1220] *Vera historia unionis non veroe inter Graecos et Latinos* (*Hagae Comitis*, 1660, en folio) se publicó al pronto con una

versión desahogada y florida, por Roberto Creyghton, capellán de Carlos II, en su destierro. El fervor del publicante lo encabeza con un título contencioso, por cuanto falta el principio del original. Merece Sirópulo colocarse entre los escritores bizantinos más sobresalientes en cuanto a su contexto y lenguaje; pero queda excluido de la colección acendrada de los concilios. <<

[1221] Sirópulo (p. 63) expresa meramente su ánimo ‘ιν’οὕτω πομπάων ἐν’ Ἰτάλοις μεγὰς βασιλεὺς παῤ ἐκεινῶν νομίζοιτο; y el latín de Creyghton ofrece muestra de su matizada paráfrasis. *Ut pompâ circumductus noster Imperator Italiae populis aliquis deauratus Jupiter crederetur, aut Croesus ex opulentâ Lydia*. <<

[1222] Aunque no me cabe el irme deteniendo en citar a Sirópulo por cada hecho, no puedo menos de advertir que la navegación de los griegos a Venecia y Ferrara desde Constantinopla, se contiene en la sección cuarta (p. 67-100) y que el historiador realza su desempeño sobresaliente con ir rasgueando los acontecimientos, como si los presenciase, al lector. <<

[1223] Hallábase Franza, durante el sínodo, en el Peloponeso; pero le cupo del príncipe Demetrio un pormenor individual del recibimiento que habían merecido el emperador y el patriarca en Venecia y Ferrara («Dux … sedentem Imperatorem *adorat*») lo que mencionan los latinos (l. II, c. 14, 15, 16). <<

[1224] El pasmo de un príncipe griego y de un embajador francés (*Mémoires de Philippe de Comines*, l. VII, c. 18) al ver a Venecia comprueban de sobras que en el siglo XV era la ciudad primera y más ostentosa de la cristiandad. En cuanto a los despojos de Constantinopla en Venecia, véase Sirópulo (p. 87). <<

[1225] Nicolás III de Este reinó cuarenta y ocho años (1393-1441) y era dueño de Ferrara, Módena, Reggio, Parma, Rovigo y

Commachio. Véase su vida en Muratori (*Antichità Estense*, t. II, pp. 159-201). <<

[1226] El vulgo latino prorrumpió en risa al presenciar los trajes peregrinos de los griegos, y con especialidad sus cumplidas vestiduras, sus mangas y sus barbas, sin que se diferenciase el emperador, sino por su color de púrpura, y su diadema, o tiara, con una perla al extremo (*Hody de Græcis Illastribus*, p. 31). Pero confiesa otro de los mirones que el estilo griego era más aseñorado que el italiano (Vespasiano, en *Vit. Eugen. IV* en Muratori, t. XXV, p. 261). <<

[1227] En cuanto a las cacerías del emperador, véase Sirópulo (pp. 143, 144, 191). Enviole el papa once jaquillos menguados; pero se compró un alazán poderoso y volador venido de Rusia. Se extrañará el apodo de jenízaro, pero el nombre, más bien que el instituto, trascendió de la corte otomana o la bizantina, y vino a usarse en los primeros tiempos del Imperio. <<

[1228] Lograron los griegos con suma dificultad, que en vez de raciones, se les repartiesen mesadas en dinero, a cuatro florines por individuo de alguna distinción y tres a los sirvientes con la gratificación de treinta más para el emperador, veinticinco al patriarca, y veinte al déspota, o príncipe Demetrio. Ascendió el pago con el primer mes a cerca de setecientos florines, suma que no permite contar de doscientos griegos al todo (Sirópulo, pp. l04, 105). Al 20 de octubre de 1438, mediaba ya un atraso de cuatro mesadas; y en abril de 1439, tres, y luego en julio, cinco y media, que fue el plazo de la Unión (pp. 172, 225, 271). <<

[1229] Sirópulo (pp. 141, 142, 204, 221), está deplorando el encarcelamiento de los griegos, y la tiranía del emperador y del patriarca. <<

[1230] Campean al vivo las guerras de Italia en los *Annali d'Italia* de Muratori. El griego cismático Sirópulo (p. 145) parece que

abultó el susto y trastorno del papa en su retirada de Ferrara a Florencia, cuyas actas demuestran que fue algún tanto más decorosa y sosegada. <<

[1231] Sirópulo se empeña en contar hasta setecientos prelados en el concilio de Basilea. El yerro es patente y tal vez voluntario. No cabe completar aquel número exorbitante aun con los eclesiásticos de toda jerarquía que se hallaron en la reunión, ni aun con todos los obispos ausentes del país occidental, que expresa o tácitamente se conformasen con sus decretos. <<

[1232] Los griegos opuestos a la Unión se mantenían encerrados en la fortaleza (pp. 178, 193, 195, 202 de Sirópulo). Avergonzáronse más y más los tártaros, al presentarles un rancio manuscrito del concilio Niceno, con la añadidura del *filioque*. ¡Patraña manifiesta! (p. 173). <<

[1233] ‘Ως ἔγω (dijo un griego eminente) ὁτὰν εἰς νάον εἰσέλθω Λατίνων οὐ προσκυνῶ τινα ρῶν ἔκεισε ἁγίων, ἔπει οὐδε γνωρίζω τινα (Sirópulo, p. 109). Véase el titubeo de los griegos (pp. 217, 218, 252, 253, 273). <<

[1234] Véase la contienda cortesana de Marco y Besarion en Sirópulo (p. 257), quien jamás cohonestó las culpas de su propio partido, y celebra garbosamente las prendas de los latinos. <<

[1235] En cuanto al desamparo de los griegos hállase un paso notable en Ducas (p. 31). Tenía uno por junto tres batas caídas, etc. Besarion, por la enseñanza de veintiún años en su monasterio había llegado a juntar cuarenta florines de oro, pero de éstos había gastado veintiocho en su viaje del Peloponeso, y lo demás en Constantinopla (Sirópulo, p. 127). <<

[1236] Niega Sirópulo que los griegos recibiesen moneda alguna antes de firmar el acta de Unión (p. 283): refiere algunas

circunstancias sospechosas, y el historiador Ducas afirma positivamente un cohecho y soborno. <<

[1237] Esperan los griegos lastimosamente con zozobra el perpetuo destierro y servidumbre (Sirópulo, p. 196), y tuvieron que ceder principalmente a las amenazas del emperador (p. 260). <<

[1238] Había olvidado otro protestador popular y acendrado, un perrillo predilecto, que solía yacer sobre la alfombra al pie del solio del emperador, y que estuvo ladrando desaforadamente mientras se leía el acta de Unión, sin acallarle ni halagos ni latigazos de los dependientes (Sirópulo, pp. 265, 266). <<

[1239] Por las vidas originales de los papas en la *Colección* de Muratori (t. III, p. II, p. XXV), las costumbres de Eugenio IV aparecen decorosas y aun ejemplares. Su situación, patente al mundo entero, le servía de freno y de prenda. <<

[1240] Asistiera Sirópulo con sumo quebranto, más bien que firmara el acta de Unión, pero le pusieron a uno y otro, y el grande eclesiarca se excusó mezquinamente de dar su rendimiento al emperador (pp. 290-292). <<

[1241] En el día no asoma acta original de la Unión. De los diez manuscritos que se están conservando (cinco en Roma, los demás en Florencia, Bolonia, Venecia, París y Londres) hasta nueve se han escudriñado con ahínco, por un crítico esmeradísimo (Brequigny), quien los rechaza por sus variaciones y el desarreglo de las firmas griegas. Mas algunos pueden apreciarse como copias auténticas, que se firmaron en Florencia, antes (26 de agosto de 1439) de la separación última del papa y del emperador (*Mémoires de l'Académie des Insciptions*, t. XLIII, p. 287-311). <<

[1242] ‘Ημιν δέ ὡς ἀσήμοι ἐδοκοῦν φώναι (Sirópulo p. 297). <<

[1243] Los griegos a su regreso, conversaron en Bolonia con los embajadores de Inglaterra, y tras algunas respuestas, aquellos advenedizos imparciales prorrumpieron en risa acerca de la supuesta Unión de Florencia (Sirópulo, p. 307). <<

[1244] Tan cavilosas y tan huecas son aquellas reuniones de nestorianos, jacobitas, etc. que en balde registré en la *Biblioteca Oriental* de Asseman, esclavo rendidísimo del Vaticano. <<

[1245] Cae Ripaille cerca de Thonon en Saboya, al mediodía del lago de Ginebra. Es en el día una cartuja, y Addison (*Travels into Italy*, t. II, pp. 147, 148 de sus obras, edición de Baskerville) ha elogiado el sitio y el fundador. Eneas Silvio y los padres de Basilea, encarecen la vida austerísima del ermitaño ducal; pero refranes franceses e italianos por desgracia están atestiguando el concepto popular de su relajación. <<

[1246] Para este pormenor de los concilios de Basilea, Ferrara y Florencia, he acudido a las actas originales, que cuajan los tomos XXVII y XXVIII de la edición de Venecia, y acaban con la historia despejada, pero parcial, de Agustín Patricio, italiano del siglo XV. Los coordinó y compendió Dupin (*Biblioteca eclesiástica*, t. XII) y el continuador de Fleury (t. XXII) y los miramientos con la Iglesia galicana para con los partidos encontrados obliga a sus individuos a un comedimiento desusadísimo. <<

[1247] Meursio, en su primera embestida recopiló hasta tres mil seiscientas voces greco-bárbaras, a las cuales añadió mil ochocientas; mas cuantísimo no dejó que respigar a Porcio Ducange, Fabrotti, los bollandistas, etc. (Fabricio, *Bibliot. Graec.*, t. X, p. 101 y ss.). Tal cual voz persa asoma en Jenofonte, y tal cual latina igualmente en Plutarco, y tal es el resultado inevitable de la guerra y el comercio, mas la planta y el caudal del idioma no se alteran con tan escasa mezclilla. <<

[1248] Lancelot ha compuesto esmeradamente la vida de Filelfo, sofista altanero, inquieto y codicioso (*Mémoires de l'Académie des Insciptions*, t. X, pp. 691-751) y Tiraboschi (*Istoria della Letteratura italiana*, t. VII, pp. 282-294) en la generalidad por sus propias cartas. Sus obras muy trabajadas, y las de sus contemporáneos, yacen olvidadas, pero su correspondencia familiar está rescatando los hombres y los tiempos. <<

[1249] Se desposó, y tal vez pervirtió, a la hija de Juan, y nieta de Manuel Crisoloras. Era joven, linda y riquísima, y su familia esclarecida estaba emparentada con los Dorias de Génova y con los emperadores de Constantinopla. <<

[1250] *Graeci quibus lingua depravata non sit … ita loquuntur vulgo hâc etiam tempestate ut Aristophanes comicus, aut Euripides tragicus, ut oratores omnes, ut historiographi, ut philosophi … litterati autem homines et doctius et emendatius … Nam viri aulici veterem sermonis dignitatem atque elegantiam retinebant in primisque ipsae nobiles mulieres; quibus cum nullum esset omnino cum viris peregrinis commercium, merus ille ac purus Graecorum sermo servabatur intactus* (Philelph. *Epist*. ad ann. 1451, *apud* Hodium, pp. 188, 189). Advierte en otro paso, *uxor illa mea Theodora locutione erat admodum moderatâ et suavi et maxime Atticâ*. <<

[1251] Filelfo, harto desatinadamente eslabona los celos griegos u orientales, con las costumbres de la antigua Roma. <<

[1252] Véase el estado de la literatura por los siglos XIII y XIV en el sabio y atinado Mosheim (*Institut. Hist. Eccles*. pp. 434-440, 490-494). <<

[1253] Había al siglo XV en Europa hasta cincuenta universidades, cuyas fundaciones en parte corresponden al año 1500, o antes, y se frecuentaban a proporción de su escasez. Acudían a Bolonia cerca de diez mil estudiantes, principalmente legistas. Por el año

1357, en Oxford había menguado su número de cincuenta mil a seis mil (Henry, *History of Great Britain*, t. IV, p. 478). Pero aun esta cortedad excede al número de los cursantes anuales. <<

[1254] De estos escritores que tratan de intento sobre el restablecimiento de la literatura griega en Italia, las dos principales son Hodius, esto es, Humphrey Hody (de *Græcis Illustribus, Linguæ Græcæ, Literarumque humaniorum Instauratoribus*; Londini, 1742, octavo mayor), y Tiraboschi (*Istoria della Letteratura italiana*, t. V, pp. 364-377; t. VII, pp. 112-143). El profesor de Oxford es un caudillo esmerado, pero el bibliotecario de Módena disfruta la superioridad de un historiador moderno y nacional. <<

[1255] «In Calabria quae olim magna Graecia dicebatur, coloniis Graecis repleta, remansit quaedam linguae veteris, cognitio» (Hodius, p. 2). Si los romanos la desacataron, los monjes de san Basilio la resucitaron y perpetuaron, pues poseían hasta siete casas solamente en Rosano (Giannone, *Istoria di Napoli*, t. I, p. 520). <<

[1256] «Ii Barbari —dice Petrarca, franceses y germanos—, vix, non dicam libros sed nomen Homeri audiverunt». Quizá bajo este concepto el siglo XIII era peor que el tiempo de Carlomagno. <<

[1257] Véase la índole de Barlaam, en Boccaccio, de *Genealog. Deorum*, l. XV, c. 6. <<

[1258] Cantacuzeno, l. II, c. 36. <<

[1259] En cuanto al trato de Petrarca con Barlaam, y su avistamiento en Aviñón en 1339, y en Nápoles en 1342, véanse las excelentes *Mémoires sur la Vie de Pétrarque*, t. I, pp. 406-410; t. II, pp. 75-77. <<

[1260] El obispado adonde se retiró Barlaam era el antiguo Locri,

en la Edad Media santa Cyriaca y por corrupción *Hieracium, Gerace* (*Dissert. Chorographica Italiæ medii Ævi*, t. I, p. 312). El *dives opum* de los tiempos normandos, paró luego en desamparo, puesto que hasta la iglesia era pobrísima. Sin embargo permanecen unos tres mil moradores (Swinburne, p. 340). <<

[1261] Pongo aquí un paso de aquella carta del Petrarca (*Famil.* IX, 2): *Donasti Homerum non in alienum sermonem Alienum sermonen violento alveo derivatum, sed ex ipsis Graeci eloquii scatebris, et qualis divino illi profluxit ingenio … Sine tuâ voce Homerus tuus apud me mutus, immo vero ego apud illum surdus sum. Gaudeo tamen vel adspectû solo, ac saepe illum amplexus atque suspirans dico, O magne vir*, etc. <<

[1262] Sobre la vida y escritos de Boccaccio, nacido en 1313 y muerto en 1375, Fabricio (*Bibliot. Latín. medii Ævi*, t. I, pp. 248 y ss.) y Tiraboschi (t. V, pp. 83, 439-451) pueden consultarse. Las ediciones, versiones e imitaciones de sus novelas, son innumerables. Se avergonzaba sin embargo de manifestar tamañas fruslerías y tal vez escándalos a Petrarca, su respetable íntimo, en cuyas cartas y memorias asomó descolladamente. <<

[1263] Se explaya Boccaccio en su vanidad decorosa: *Ostentationis causâ Graeca carmina adscripsi … jure utor meo; meum est hoc decus, mea gloria scilicet inter Etruscos Graecis uti carminibus. Nonne ego fui qui Leontium Pilatum*, etc. (de *Genealogía Deorum*, l. XV, c. 7, obra olvidada en el día que mereció allá salir en catorce o quince ediciones) <<

[1264] Hody (pp. 2-11) ha dado harto a conocer al dicho Leoncio o León Pilato, como también el abate de Sade (*Mémoires sur la Vie de Pétrarque*, t. III, pp. 625-634, 670-673) quien acertó a empaparse en el rumbo dramático y travieso del original. <<

[1265] Enójase en gran manera Hody (p. 54) con Leonardo Aretino, Guarinus, Paulo Jovius etc. por cuanto afirman que la literatura griega resucitó en Italia *post septingentos annos*; como si, dice, hubiese allá seguido floreciendo hasta el fin del siglo VII. Computaron aquellos escritores desde el postrer período del exarcato y la presencia de los magistrados griegos con tropas en Ravena y Roma sin duda conservaron hasta cierto grado el uso del idioma. <<

[1266] Véanse el artículo de Emanuel o Manuel Crisoloras en Hody (pp. 12-54) y Tiraboschi (t. VII, pp. 113-118). La fecha cabal de su llegada va y viene entre los años de 1390 y 1400 ceñida únicamente al reinado de Bonifacio IX. <<

[1267] Tomaron hasta cinco o seis naturales de *Arezzo* en Toscana el idéntico nombre de *Aretinus*, de los cuales el más sonado y menos acreedor vivió en el siglo XVI. Leonardus Brunus Aretinus, discípulo de Crisoloras era lingüista, orador, historiador, secretario de cuatro papas sucesivos, y canciller de la República de Florencia, donde falleció, 1444 d. C., a la edad de setenta y cinco años (Fabric. *Bibliot. Latín. medii Ævi*, t. I, p. 190 etc.; Tiraboschi, t. VII, pp. 33-38). <<

[1268] Véase el paso en Aretino, *Commentario Rerum suo Tempore in Italia gestarum, apud* Hodium, pp. 28-30. <<

[1269] En aquel régimen casero, Petrarca, apasionado del joven, suele quejarse del afán ansioso, temple vidrioso y arranques altaneros que estaban anunciando la nombradía y el numen de su edad madura (*Mémoires sur la Vie de Pétrarque*, t. III, pp. 700-709). <<

[1270] *Hinc Graecae Latinaeque scholae exortae sunt, Guarino Philelpho, Leonardo Aretino, Caroloque, ac plerisque aliis tanquam ex equo Trojano prodeuntibus, quorum emulatione multa ingenia*

deinceps ad laudem excitata sunt (Platina en Bonificio IX). Añade otro escritor italiano los nombres de Paulus Petrus Vergerius, Omnibonus Vincentius, Poggius, Franciscus Barbarus, etc. Pero pregunto si una analogía esmerada franquea a Crisoloras todos estos alumnos esclarecidos (Hodius, pp. 25-27 y ss.). <<

[1271] Véase en Hody el artículo de Besarion (pp. 136-177). Teodoro Gaza, Jorge de Trebisonda y los demás griegos expresados u omitidos, asoman en sus correspondientes artículos de obra tan sabia. Véase igualmente Tiraboschi en las primera y segunda partes del sexto tomo. <<

[1272] Los cardenales tienen el aldabazo a su puerta, pero el conclavista no se avino a interrumpir la tarea de Besarion: «Nicolás —le dijo luego—, tanto miramiento te cuesta a ti un capelo como a mí la tiara». <<

[1273] Como Jorge de Trebisonda, Teodoro Gaza, Argirópulo, Andrónico de Tesalónica Filelfo, Poggio, Blondo, Nicolás Perrot, Valla, Campano, Platina etc. «Viri (dice Hody con el fervor entrañable de un alumno) nullo aevo perituri» (p. 156). <<

[1274] Nació antes de la toma de Constantinopla; pero su vida decorosa se dilató hasta el siglo XVI (1535 d. C.). León X y Francisco I fueron sus patronos más esclarecidos bajo cuyos auspicios fundó los colegios griegos de Roma y de París (Hody, pp. 247-275). Dejó posteridad en Francia; pero los condes de Ventimilla; y sus muchas ramas traen su nombre de Lascaris de un desposorio dudoso en el siglo XIII con la hija de un emperador griego (Ducange, *Familiae Byzantinae*, pp. 224-230). <<

[1275] Francisco Florido, citando y hollando dos epigramas contra Virgilio y tres contra Cicerón, no halla apodos más adecuados que los de *Græculus ineptus et impudens* (Hody, p. 274). En

nuestro propio tiempo, un criticastro inglés ha tildado la *Eneida* de contener «multa languida nugatoria spiritû et majestate carminis heroici defecta»; infinitos de los tales versos, que él mismo, el llamado Jeremías Markland, se avergonzaría de prohijarlos (præfat. *ad Statii Sylvas*, pp. 21 y 22). <<

[1276] Se tachaba a Manuel Crisoloras y a sus compañeros de ignorancia, envidia o avaricia (*Sylloge*… t. II, p. 235). Los griegos modernos pronuncian la β como V consonante, y equivocan tres vocales (η ι υ), como también varios diptongos. Tal era la pronunciación vulgar que sostuvo el sabio Gardiner en la universidad de Cambridge con estatutos penales; pero el monosílabo bh equivale para un oído ático al balido de una oveja y un zafio es testigo más abonado que un obispo o un canciller. Los tratados de aquellos doctos como Erasmo, que defendían otra demostración más clásica, se hallan recopilados en la *Sylloge* de Havercamp (2 tomos en 8°, Lugd. Bat. 1736, 1740); pero se hace muy arduo el retratar sonidos con meros vocablos y en lo relativo al uso mediano tan sólo cabe entenderse sino por los respectivos naturales. Advierto sin embargo que nuestra pronunciación peculiar de la θ, merece la aprobación de Erasmo (t. II, p. 130). <<

[1277] Jorge Gemisto Pletón, escritor misceláneo y voluminoso, maestro de Besarion y de todos los platónicos contemporáneos. Asomó en la ancianidad, y regresó luego para acabar sus días al Peloponeso. Véase la diatriba curiosa de Leo Allatius, de *Georgiis*, en Fabricio (*Bibliot. Graec.*, t. X, pp. 739-756). <<

[1278] Despeja Boivin el estado de la filosofía platónica en Italia (*Mémoires de l'Académie des Insciptions*, t. II, pp. 715-729) y Tiraboschi (t. VI, p. I, pp. 259-288). <<

[1279] Véase la vida de Nicolás V por los dos autores contemporáneos Janetto Manetto (t. III, p. II, pp. 905-962), y

Vespasiano de Florencia (t. XXV, pp. 267-290) en la colección de Muratori; y consúltese Tiraboschi (t. VI, p. I, pp. 46-52, 109) y Hody en los artículos de Teodoro Gaza, Jorge de Trebisonda, etc. <<

[1280] Advierte con verdad y desenfado el lord Bolingbroke, que los papas en aquellos trances eran estadistas más menguados que los muftis, y que el hechizo de tantos siglos quedó estrellado por los mismos magos (*Letters on the Study of History*, l. VI, pp. 165, 166, en 8°, 1779). <<

[1281] Véase la historia literaria de Cosme y Lorenzo de Médicis en Tiraboschi (t. VI, p. I, l. I, c. 2) quien tributa su elogio cabal a Alfonso de Aragón, rey también de Nápoles, a los duques de Milán, Ferrara, Urbino, etc. La menos benemérita en la literatura fue la República de Venecia. <<

[1282] Tiraboschi (t. VI, p. I, p. 104) del prólogo de Juan Lascaris a la *Antología Griega* impresa en Florencia, 1494; «Latebant (dice Aldo en su prólogo a los oradores griegos *apud* Hodium, p. 249) in Atho Thraciae monte. Eas Larcaris … in Italiam reportavit. Miserat enim ipsum Laurentius ille Medices in Graeciam ad inquirendos simul, et quantovis emendos pretio bonos libros». Se hace reparable que el sultán Bayaceto II facilitase la pesquisa. <<

[1283] Asomó la lengua griega por la universidad de Oxford en los últimos años del siglo XV, gracias a Grocino, Linacero y Latimero, quienes habían cursado en Florencia con Demetrio Chalcondyles. Véase la curiosa *Vida de Erasmo*, por Knight. Aunque patricio académico harto despejado, tiene que confesar que aprendió Erasmo el griego en Oxford y luego lo enseñó en Cambridge. <<

[1284] Celosísimos los italianos se empeñaron en estancar la

literatura griega. Al ir Aldo a publicar los escoliastas griegos sobre Sófocles y Eurípides «Cave (prorrumpieron) hoc facias, ne *Barbari* istis adjuti domi maneant, et pauciores in Italiam ventiten» (Knight en su *Life of Erasmus*, p. 365 de Beato Rhenano). <<

[1285] Planteose por el año 1494 la imprenta de Aldo, un romano en Venecia, y aquel Manucio estampó más de cuarenta obras considerables de literatura griega, casi todas por primera vez, y algunas repetidas hasta dos, tres y cuatro ediciones (Fabricio, *Bibliot. Graec.*, t. XIII, pp. 605 y ss.). Pero su nombradía no hará que olvidemos que la primera obra griega, la *Gramática de Constancio Lascaris* se estampó en Milán y en 1479, y Homero en Florencia, en 1488, con el sumo lujo del arte tipográfico. Véanse los *Annales Typographici* de Mattaire, y la *Bibliographie Instructive* de De Bure, librero consumado de París. <<

[1286] Voy a entresacar sus ejemplares singulares de aquel entusiasmo clásico. I. Dijo Gemisto Pletón en el sínodo de Florencia a Jorge de Trebisonda, en conversación amistosa, que en breve arrinconaría el género humano el Evangelio y el Alcorán tras una religión asemejada a la pagana (Leo Allatius *apud* Fabricium, t. X, p. 751). II. Persiguió Paulo II la Academia Romana fundada por Pomponio Leto, acusando a sus individuos descollantes de herejía impiedad y paganismo (Tiraboschi, t. VI, p. I, pp. 81, 82) III. En el siglo siguiente algunos literatos y poetas en Francia celebraron la aceptación de la tragedia de Cleopatra por Jodelle, con una función a Baco, y aun se dice que con el sacrificio de un chivo (Bayle, *Dictionnaire*, Jodelle; Fontenelle, t. III, pp. 56-61). Pero aun el devocionismo alcanzaba a deslindar una impiedad formal y los arranques placenteros de la fantasía y de la erudición. <<

[1287] El sobreviviente Boccaccio falleció en 1375, y no cabe

colocar antes de 1480 la composición del *Morgante Maggiore* de Pulci, y el *Orlando Inamorato* de Boyardo (Tiraboschi, t. VI, p. II, pp. 174-177). <<

[1288] La carta de Manuel Crisoloras al emperador Juan Paleólogo, no disonará a los alumnos clásicos (*ad calcem* Codini, de *Antiquitatibus C. P.* pp. 107-126). Supersticiosa apunta una advertencia cronológica, a saber, que Juan Paleólogo II, quedó asociado al Imperio antes de 1414, fecha de la muerte de Crisoloras. Otra fecha anterior, por lo menos de 1408 se deduce por la edad de entrambos hijos menores, Demetrio y Tomás, que fueron al par porfirogénitos (Ducange, *Familiae Byzantinae*, pp. 244-247). <<

[1289] Hubo quien advirtió que la ciudad de Atenas podía circunnavegarse (τις εἴπεν τὴν πόλιν τῶν Αθηναίων δύνασθαι καὶ παραπλεῖν καὶ περιπλεῖν), mas lo que puede ser cierto en sentido retórico respecto de Constantinopla, no cuadra a la situación de Atenas a cinco millas [8,04 km] del mar, sin cruzarse ni rodearla río alguno navegable. <<

[1290] Describe Nicéforo Grégoras el coloso de Justiniano (l. VII, c. 12): pero su medida está equivocada y llena de contradicciones. Consultó el editor Boivin con Girardon, su amigo, y aquel escultor le comunicó las verdaderas dimensiones de la estatua ecuestre. Todavía alcanzó Pedro Gyllius la de Justiniano, no sobre su columna, sino en el patio del serrallo, y se hallaba en Constantinopla cuando la derritieron para fundir artillería (de *Topograph. C. P.*, l. II, c. 17). <<

[1291] Véanse los quebrantos y reparos de santa Sofía en Nicéforo Grégoras (l. VII, 12; l. XV, 2). Apuntaló Andrónico el edificio en 1317; el hemisferio oriental se desplomó en 1345. Los griegos en su retórica pomposa ensalzan la hermosura y santidad de la iglesia, un cielo terrestre, morado de ángeles y del mismo Dios,

etc. <<

[1292] El pormenor legítimo y original de Sirópulo (pp. 312-351) entabla el cisma desde el primer oficio de los griegos en Venecia, hasta la oposición general de los griegos en Constantinopla por el clero y el vecindario. <<

[1293] Sobre el cisma de Constantinopla, véase Franza (l. II, c. 17) Laónico Chalcondyles (l. VI, pp. 155,156) y Ducas (c. 31) y éste escribe con verdad y desahogo. Entre los modernos descuellan el continuador de Fleury (t. XXII, p. 338 y ss., 401, 420 y ss.) y Spondano (1440-1450 d. C.). Los conceptos del último allá yacen anegados en vulgaridades y arrebatos en asomando Roma y su religión. <<

[1294] Metropolitano de Kiev era Isidoro, pero los griegos súbditos de Polonia trasladaron aquella sede allá de los escombros de Kiev a Lemberg, o Leopoldo (Herbestein, en Ramusio, t. II, p. 127). Por otra parte los rusos pasaron su obediencia espiritual al arzobispo, que vino a ser en 1588 patriarca de Moscú (Levesque, *Hist. de Russie*, t. III, pp. 188, 190, de un manuscrito griego en Turín, Iter et labores Archiepiscopi Arsenii). <<

[1295] La narración curiosa de Levesque (*Hist. de Russie*, t. II, pp. 242-247) se extractó de los archivos patriarcales. Ignorancia y parcialidad reinan en las escenas de Ferrara y Florencia; pero se hacen creíbles los rusos en el pormenor de sus propias vulgaridades. <<

[1296] El shamanismo, religión antigua de samaneos y gimnosofistas, quedó aventado por los brahmanes más populares desde la India a los páramos septentrionales, donde los filósofos en carnes vivas tuvieron que envolverse; pero vinieron luego a parar en hechiceros y herbolarios. Los

mordvanes y tcheremises de la Rusia europea, se atienen a la religión formada de un Dios terrenal o rey, sus ministros o ángeles, y los espíritus rebeldes, contrapuestos a su gobierno. Como las rancherías del Volga no tienen efigies, les cabe el retorcer a los misioneros latinos con más razón el cargo de idólatras (Levesque, *Hist. des Peuples Soumis a la Domination des Russes*, t. I, pp. 194-237, 423-460). <<

[1297] Spondano, *Annal. Eccles.* t. II, 1451 d. C., núm. 13. Subsiste la carta de los griegos con una versión latina en la biblioteca de Praga. <<

[1298] Véase Cantemiro, *History of the Othman Empire*, p. 94. Murad, o Morad, será tal vez más propio; pero he preferido el nombre popular al esmero recóndito que por maravilla atina en trasladar las voces orientales al abecedario romano. <<

[1299] Véase Chalcondyles (l. VII, p. 186, 198), Ducas (c. 33) y Marino Barletio (en *Vita Scanderbeg*, pp. 145, 146). En su buena fe con la guarnición de Sfetigrado, sirvió de lección y ejemplo a su yerno Mohamed. <<

[1300] Voltaire (*Essai sur l'histoire générale*, c. 89. pp. 283, 284) celebra *le Philosophe Turc*: ¿elogiará igualmente a un príncipe cristiano en retirarse a un monasterio? A su modo, Voltaire era un fanático, un fanático intolerante. <<

[1301] Véanse los artículos *Dervische, Fakir, Nasser, Rohbaniat* en la *Bibliothèque Orientale* de D'Herbelot. Pero hay superficialidad en sus extractos de escritores persas y árabes. Florecieron principalmente aquellas órdenes entre los turcos. <<

[1302] Ricaut (en su *Present State of the Ottoman Empire*, pp. 242-268) trae mucho caudal sacado de conversaciones particulares con los superiores de los derviches, quienes atribuyen generalmente su origen al tiempo de Orchan. No menciona los

Zichidæ de Chalcondyles (l. VII, p. 186) entre los cuales se retiró Amurates, y los *Seids* de aquel autor son los descendientes de Mohamed. <<

[1303] Levantó Germania en 1431 hasta cuarenta mil caballos, hombres de armas, contra los husitas de Bohemia (Lenfant, *Hist. du Concile de Basle*, t. I, p. 318). En el sitio de Nuys, sobre el Rin, en 1474, príncipes, prelados y ciudades, enviaron sus contingentes, y el obispo de Munster (*qui n'est pas des plus grands*), aprontó mil cuatrocientos caballos, ocho mil infantes, todos de verde, con mil doscientos carruajes. Las huestes unidas del rey de Inglaterra y del duque de Borgoña apenas igualaban el tesón de la soldadesca germana (*Mémoires de Philippe de Comines*, l. IV, c. 2), y en el día las provincias de Germania mantienen quinientas o seiscientas mil plazas en cabal arreglo y suma disciplina. <<

[1304] Hasta 1444 Inglaterra y Francia no pudieron arreglar una tregua de algunos meses (Véase Rymer, *Fædera*, y las crœnicas de ambas naciones). <<

[1305] En la Cruzada húngara Spondano (*Annal. Eccles*. 1443, 1444 d. C.) ha sido mi guía principal. Ha leído y cotejado esmerada y críticamente los materiales griegos y turcos, y luego los historiadores de Hungría, Polonia y de Occidente. Relata con despejo y, en pudiendo desentenderse de toda propensión religiosa, se muestra siempre atinado. <<

[1306] He ido cercenando la carta asperísima (Vladislao) que la generalidad de los escritores le apropia, sea por adecuarse a la pronunciación polaca, o para diferenciarle del otro Ladislao, infante de Austria. Calímaco (l. I, II, pp. 447-486), Bonfinio (decad. III, l. IV), Spondano y Lenfaut, refieren su competencia por la corona de Hungría. <<

[1307] El historiador griego Franza, Chalcondyles y Ducas, no atribuyen al príncipe suma actividad en la cruzada, promoviéndola al parecer con anhelos, y retrayéndose al mismo tiempo con zozobras. <<

[1308] Cantemiro (p. 88) atribuye el plan fundamental a su política, y trae la carta conceptuosa al rey de Hungría. Mas las potencias mahometanas no suelen estar al corriente en cuanto al estado de la cristiandad, y la situación y correspondencia de Rodas no puede menos de enlazarse con el sultán de Caramania. <<

[1309] Los húngaros, en sus cartas al emperador Federico, mataron hasta treinta mil turcos en una batalla, pero el comedido italiano reduce la matanza a seis mil, y aun dos mil infieles (Eneas Silvio, en *Europ*. c. 5. y *Ep*. 41 y 81 *apud* Spondanum). <<

[1310] Véase el origen de la guerra turca, y la primera expedición de Ladislao, en los libros quinto y sexto de la tercera decadencia de Bonfinio, quien, tanto por sus diversiones como por su lenguaje, va remedando tolerablemente a Tito Livio. Calímaco (l. II, pp. 487-496) es todavía más esmerado y auténtico. <<

[1311] No me empeñaré en afianzar la puntualidad suma de la arenga de Juliano, que viene expresada con variedad en Calímaco (l. III, pp. 505-507), Bonfinio (*Dec*. III, l. VI, pp. 457, 458) y otros historiadores que allá se explayan con su elocuencia, al estilo del tiempo. Pero todos van acordes en cuanto al dictamen y argumentos por el perjurio, que aparece en el campo de la controversia impugnadísimo por los protestantes, y mal defendido por los católicos, quienes quedan mal parados con el fracaso de Varna. <<

[1312] Varna, bajo el nombre griego de Odesa, fue colonia de Milesia, denominándola por el héroe Ulises (Celario, t. I, p. 374; D'Anville, t. I, p. 312). Según el Periplo de Arriano sobre

el Euxino (pp. 24 y 25, en el primer volumen de la *Geografía* de Hudson) estaba situada a mil setecientos cuarenta estadios o *furlongs* [349,91 km] de la desembocadura del Danubio, y a dos mil ciento cuarenta [430,35 km] de Bizancio, y luego trescientos sesenta [72,39 km] al norte de la cumbre del monte Haemus, en un promontorio que se interna por el mar. <<

[1313] Afirman algunos escritores cristianos, que sacó del pecho la hostia u oblea sobre la cual no se había jurado el tratado. Suponen los musulmanes, con mayor sencillez, una apelación a Dios, y su profeta Jesús, que se insinúa igualmente en Calímaco (l. III, p. 516; Spondano, 1444 d. C., núm. 8). <<

[1314] Todo crítico desconfiará siempre de esos *spolia opima* de un general victorioso, tan arduos para alcanzarse con el valor, y tan obvios para los desvaríos de la lisonja (Cantemiro, pp. 90, 91). Calímaco (l. III, p. 517) más sencilla y probablemente afirma: «Supervenientibus Jenizaris, telorum multitudine non tam confossus est, quam obrutus». <<

[1315] Además de los apuntes apreciables de Eneas Silvio, esmeradamente recogidos por Spondano, nuestras autoridades mejores son tres autores del siglo XV, Felipe Calímacio (de *Rebus a Vladislao Polonorum atque Hungarorum Rege gentis*, l. III, en *Bell. Script. Rerum Hungaricarum*, t. I, pp. 433-518). Bonfinio (decad. III, l. V, pp. 460-467), y Chalcondyles (l. VII, pp. 165-179). Italianos eran los dos primeros pero moraban en Hungría y Polonia (Fabricio, *Bibliot. Latin. Med. et Infimae Aetatis*, t. I, 324; Vosio, de *Hist. Latin*,. l. III, c. 8, II; Bayle, Dictionnaire, Bonfinius). Un tratadillo de Félix Pitancio, canciller de Segnia (*ad calcem* Cuspinian, de *Cæsaribus*, pp. 716-722) está representando el teatro de la guerra en el siglo XV. <<

[1316] Describe Lenfant (*Hist. du Concile de Basle*, t. I, p. 247 y

ss.) el origen y la campaña de Bohemia (p. 315 y ss.) del cardenal Juliano. Sus servicios en Basilea y Ferrara, y su fin desastrado, se hallan referidos al paso en Spondano y el continuador de Fleury. <<

[1317] Ensalza Sirópulo decorosamente el desempeño de un enemigo (p. 117) τοῖαυτα τινα εἴπεν ὁ Ιουλιανὸς, πεπλατυσμένως ἀγὰν καὶ λογίκως, καὶ μετ' ἐπιστήμης καὶ δεινότητος ῥητορίκης. <<

[1318] Véase Bonfinio, decad. III, l. IV, p. 423. ¿Cabe que el historiador italiano pronunciase, o que el rey de Hungría oyese sin sonrojarse la lisonja disparatada de equivocar el nombre de un valaquio, con el apellido casual, aunque esclarecido, de una rama de la familia Valerio de Roma? <<

[1319] Felipe de Comines (*Mémoires*, l. VI, c. 13) por la tradición de aquel tiempo, lo menciona con subidos elogios, pero apellidándolo extrañamente el *Chevalier Blanc de Valaigne* (Valaquia). El griego Chalcondyles y los anales turcos de Leunclavio se adelantan a tiznar la lealtad o el valor del individuo. <<

[1320] Véase Bonfinio, decad. III, l. VIII, p. 492) y Spondano (1456 d. C., núm. 1-7). Huniades terció con la Iglesia en la defensa de Belgrado, con Capistrano, fraile franciscano y según sus respectivas relaciones, ni uno ni otro se avino a reconocer el mérito de su competidor. <<

[1321] Véase Bonfinio, decad. III, l. VIII; decad. IV, l. VIII). Las observaciones de Spondano sobre la vida e índole de Matías Corvino son críticas y curiosas (1464 d. C., núm. 1; 1475 d. C., núm. 6; 1476 d. C., núm. 14-16; 1490 d. C., núm 4, 5). La nombradía en Italia era el objeto de su vanidad. Suenan sus hechos en el *Epitome Rerum Hungaricarum* (pp. 322-412) de Pedro Ranzano, siciliano. Galesto Marcio de Narni cuenta sus

dichos cuerdos y chistosos (528-568), y tenemos una relación particular de su desposorio y coronación. Estos tres tratadillos van todos comprendidos en el primer volumen del *Scriptores Rerum Hungaricarum* de Bell. <<

[1322] Van colocados por el señor Temple, en su Ensayo agradable sobre la virtud heroica (*Works*, vol. III, p. 385) entre los siete caudillos acreedores, sin llevar corona real, Belisario, Narsés, Gonzalo de Córdova, Guillermo, primer príncipe de Orange, Alejandro Farnesio, duque de Parma, Huniades y Jorge Castriota, o Scanderbeg. <<

[1323] Apetecería yo unas memorias sencillas y auténticas de algún amigo de Scanderbeg, que me intimase con el hombre, a su debido tiempo y lugar. En la historia ramplona y nacional de Mariano Barleto, clérigo de Scodra (de *Vita, moribus et rebus gestis Georgii Castrioti*…, l. XIII, p. 367, Argentorat. 1537, en fol.) ropajes pomposos e inmensos se aparecen claveteados de perlas falsas. Véase igualmente Chalcondyles, l. VII, p. 185; l. VIII, p. 229) <<

[1324] La circuncisión, educación, etc. se hallan en Marino con brevedad y repugnancia (l. I, pp. 6 y 7). <<

[1325] Puesto que Scanderbeg murió en 1466 d. C., a los sesenta y tres años de edad (Marino, l. XIII, p. 370), nació en 1403; puesto que lo arrebataron a sus padres siendo novicio (Marino, l. I, pp. 1, 6) ocurrió aquel acontecimiento en 1412, nueve años antes del ascenso de Amurates II, quien debió hurtar y no adquirir al esclavo albano. Advirtió Spondano aquella contradicción, 1431 d. C., núm. 31; 1443 d. C., núm. 14). <<

[1326] Marino trae afortunadamente sus rentas y sus fuerzas (l. II, p. 44). <<

[1327] Había dos Dibras, alto y bajo, y el búlgaro y el albanés, el primero a setenta millas [112,65 km] de Croya (l. I, p. 17), estaba contiguo a la fortaleza de Sfetigrado, cuyos moradores se negaban a beber de un bote donde habían arrojado un perro con ese intento malvado (l. V, pp. 139, 140) Nos hace falta un mapa

esmerado del Epiro. <<

[1328] Cotéjese la narración turca de Cantemiro (p. 92) con la declamación pomposa y larguísima, en los libros cuarto, quinto y sexto del clérigo albanés, copiada siempre por la grey de extranjeros y modernos. <<

[1329] Barleto por el decoro de su héroe (l. VI, pp. 188-192) mata al sultán, aunque de enfermedad, ante los muros de Croya; pero griegos y turcos desautorizan aquella patraña descocada, que están corrientes en el tiempo y forma de la muerte en Andrinópolis de Amurates. <<

[1330] Véanse los portentos de su expedición calabresa en los libros noveno y décimo de Marino Barleto, que pueden rectificarse con el testimonio y silencio de Muratori (*Annali d'Italia*, t. XIII, p. 291) y sus autores originales (Juan Simonetta, de *Rebus Francisci Sfortiæ*, en Muratori, *Scriptores Rerum Italicarum*, XXI, p. 728 *et alios*). La caballería albanesa, bajo el nombre de *Stradiots*, se afamó en las guerras de Italia (*Mémoires de Comines*, l. VIII, c. 5). <<

[1331] Spondano, con mayor certeza y con suma crítica, ha venido a reducir el gigante Scanderbeg al tamaño natural del hombre (1461 d. C., núm. 20; 1463 d. C., núm. 9; 1465 d. C., núm. 12, 13; 1467 d. C., núm. 1) la propia carta al papa y el testimonio de Franza (l. III, c. 28), refugiado en la isla de Corfú, muy cercana, están demostrando el gran conflicto, malvadamente encubierto por Marino Barleto (l. X). <<

[1332] Véase la familia de Castriota en Ducange (*Familiæ Dalmaticæ*, XVIII, pp. 348-350). <<

[1333] Menciona Swinburne la colonia albanesa (*Travels into the Two Sicilies*, vol. I, pp. 350-354). <<

[1334] Despejada y auténtica aparece la cronología de Franza, mas

en vez de cuatro años y siete meses, Spondano (1445 d. C., núm. 7) expresa de siete a ocho años al reinado del último Constantino, ateniéndose a una carta supuesta de Eugenio IV al rey de Etiopía. <<

[1335] Franza (l. III, c. 1-6) merece crédito y aprecio. <<

[1336] Supongamos que lo apresaron en 1394, y en la guerra primera de Tamerlán por Georgia (Cherefeddin, l. III, c. 50) pudo seguir a su soberano tártaro al Indostán en 1398 y desde allí navegar a las islas de la Especiería. <<

[1337] Los indios venturosos y devotos vivían hasta ciento cincuenta años, gozando los productos más preciosos de los reinos vegetal y mineral. Los animales eran de mayor tamaño: dragones de sesenta codos [29,4 m], hormigas (*formica Indica*) largas de nueve pulgadas [22,5 cm], ganadería como elefantes, elefantes como ovejas, etc. *Quidlibet audendi*, etc. <<

[1338] Surcó de la Especiería, en un bajel del país; y aportó en un punto de la India exterior; «invenitque navem grandem *Ibericam*, quâ in *Portogalliam* est delatus». Este paso, compuesto en 1477 (Franza, l. III, c. 30) veinte años antes del descubrimiento del cabo de Buena Esperanza, es apócrifo o portentoso. Pero esta geografía nueva está mancillada con el yerro antiguo e incompatible, que supone las fuentes del Nilo en la India. <<

[1339] Cantemiro (p. 83) que la llama hija de Lázaro Ogli y la Helena de los serbios, coloca su enlace con Amurates en el año 1424. No se hace creíble que en veintiséis años de cohabitación, el sultán *corpus ejus non tetigit*. Tras la toma de Constantinopla, huyó a Mohamed II (Franza, l. III, c. 22). <<

[1340] Recordará al lector culto las ofertas de Agamenón (*Iliad.*, l. V, 144) y la práctica general de la Antigüedad. <<

[1341] Cantacuzeno (ignoro su entronque con el emperador de este nombre) era Gran Doméstico, acérrimo defensor del solio griego, y hermano de la reina de Serbia, a quien visitó con el carácter de emperador (Sirópulo, pp. 37, 38, 45). <<

[1342] En cuanto a la índole de Mohamed II, no media confianza, ni en turcos ni en cristianos. Franza es el que se muestra más comedido en su retrato (l. I, c. 32), cuyo encono había ido amainando con la edad y el retiro; véase igualmente Spondano (1451 d. C., núm. 11) y el continuador de Fleury (t. XXII, p. 552); los *Elogia* de Paulo Jovin (l. III, p. 164-166) y el *Diccionario* de Bayle (t. III, pp. 272-279). <<

[1343] Cantemiro (p. 115) y las mezquitas que fue fundando, atestiguan su afán por la religión. Solía disputar Mohamed desahogadamente con Genadio sobre entrambas religiones (Spondano, 1453 d. C., núm. 22). <<

[1344] «Quinque linguas præter suam noverat: Graecam, Latinam, Chaldaicam, Persicam». El traductor latino de Franza trascordó la arábiga, que el Alcorán recomienda a todo mahometano. <<

[1345] Filelfo, con una oda latina pidió y alcanzó la libertad de su madre y hermana del conquistador de Constantinopla, habiendo llegado a manos del sultán por los enviados del duque de Milán. Se malició el intento de Filelfo en retirarse a Constantinopla; mas el orador estuvo más y más soplando el clarín para la guerra sagrada (véase su vida por Lancelot, en las *Mémoires de l'Académie des Insciptions*, t. X, pp. 718, 724 y ss.). <<

[1346] Roberto Valturio publicó en Verona, en 1483, sus doce libros de *Re Militari*, en los cuales menciona por primera vez el uso de las bombas. Su padrino, Segismundo Malatesta, príncipe de Rímini se lo remitió a Mohamed II, con una carta Latina. <<

[1347] Según Franza solía estar estudiando ahincadamente la vida y hechos de Alejandro, Augusto, Constantino y Teodosio; y aun he leído en alguna parte que hizo traducir al turco las *Vidas* de Plutarco. Si el mismo sultán entendía el griego, no podía menos de redundar en beneficio de los súbditos; pero aquellas *Vidas* vienen a ser una escuela de libertad, no menos que de valentía. <<

[1348] El famoso Gentile Bellino, a quien atrajo de Venecia, logró a la despedida una cadena y un collar, y luego un bolsillo de tres mil ducados. Por lo demás, me río con Voltaire del cuento desatinado del esclavo degollado, para que el pintor se hiciese cargo del empuje muscular. <<

[1349] Aquellos beodos imperiales eran Solimán I, Selim II y Amurates IV (Cantemiro, p. 61). Los solios de Persia aprontan una serie más cuantiosa, y en el siglo pasado los viajeros europeos presenciaron y disfrutaron sus bacanales. <<

[1350] Calapino, uno de los infames, se salvó de las crueldades del hermano, y se bautizó en Roma, bajo el nombre de Calisto Otomano. El emperador Federico III le donó un Estado en Austria, donde acabó sus días, y Cuspiniano, quien de joven conversó con el anciano príncipe de Viena, celebra su religiosidad y sabiduría (de *Cæsaribus*, pp. 672, 673). <<

[1351] Véase el ascenso de Mohamed II en Ducas (c. 33) Franza (l. I, c. 33; l. III, c. 2) Chalcondyles (l. VII, p. 199) y Cantemiro (p. 96). <<

[1352] Antes de entablar el sitio de Constantinopla, advierto, excepto tal cual especie de Cantemiro y Leunclavio, no he logrado pormenor alguno turco sobre el particular, y en suma un pormenor como el que tenemos del sitio de Rodas por Solimán II (*Mémoires de l'Académie des Insciptions*, t. XXVI. pp. 723-769). Por tanto tengo que ceñirme a griegos, cuyas

preocupaciones hasta cierto punto quedan avasalladas con el conflicto, los textos fundamentales son Ducas (c. 34-42), Franza (l. III, c. 7-20), Chalcondyles (l. VIII, pp. 201-214) y Leonardo de Quíos (*Historia C. P. a Turco expugnatæ*; Norimbergæ, 1544, en 4°, veinte pliegos). El último es el primero en fecha, ya que fue compuesto en la isla de Quío, el 16 de agosto de 1453, a los setenta y nueve días del fracaso, y en la primera confusión de pensamientos y arrebatos. Tal cual especie asoma en la carta del cardenal Isidoro (en *Farragine Rerum Turcicarum, ad calcem* Chalcondyl. Clauseri, Basilea 1556) al papa Nicolás V, y un tratadillo de Teodosio Zygomala, dedicado a Martín Crusio (*Turco-Græcia*, l. I, pp. 74-98, Basil. 1584). Spondano va reseñando con criterio sus varios artículos (1453 d. C., núm. 1-27). Me tomo el permiso de arrinconar cuanto es de vida y de los remotos latinos. <<

[1353] Hay que enterarse de la situación de la fortaleza y de la topografía del Bósforo, en Pedro Gyllius (de *Bósforo Thracio*, l. II, c. 13) Leunclavio (*Pandect*. p. 445) y Tournefort (*Voyage au Levant*, t. II, *lettre* XV, pp. 443, 444), pero siempre echo de menos al mapa o plano que envió Tournefort al ministro de Marina. El lector puede acudir a lo dicho anteriormente en esta misma historia. <<

[1354] El modo afrentoso que dan los turcos a los infieles, viene a ser Καβουρ como lo expresa Ducas, y *Giaour* en Leunclavio y en los modernos. Ducange (*Glos Græc*. t. I, p. 530) deriva el primero Καβουρον en griego vulgar «tortuga», para denotar el movimiento retrógrado de la fe. Pero ¡ah! que *Gabour* viene a ser el *Gheber*, traspasado de la lengua persa a la turca, de los adoradores del fuego a los del crucifijo (D'Herbelot, *Biblioteca Oriental*, p. 375). <<

[1355] Hace Franza justicia al tino y denuedo de su amo.

«Calliditatem hominis non ignorans Imperator prior arma movere constituit», y tizna el desvarío de «cum sacri tum profani proceres», que había estado oyendo, «amentes spe vanâ pasci». No era Ducas consejero íntimo. <<

[1356] En vez de esta relación acorde y despejada, los *Anales Turcos* (Cantemiro, p. 97) renuevan la conseja desvariada de la piel de buey, con el ardid allá de Dido para la fundación de Cartago; pues dichos anales (a menos de estar poseído por preocupaciones anticristianas) son mucho menos apreciables que los historiadores griegos. <<

[1357] No concuerda cabalmente Franza con Chalcondyles, en cuanto a las dimensiones de la fortaleza, el castillo antiguo de Europa, la descripción se ha ido comprobando en el mismo sitio por Leunclavio. <<

[1358] Había entre ellos algunos pajes de Mohamed, tan empapados en su violencia inexorable, que suplicaban que los degollasen en la ciudad, a menos de regresar antes del anochecer. <<

[1359] Ducas, c. 35. Franza (l. III, c. 3) quien había navegado en el buque, celebra el piloto veneciano como a un mártir. <<

[1360] *Auctum est Palæologorum genus, et Imperii successor, parvaeque Romanorum scintillae haeres natus, Andreas*, etc. (Franza, l. III, c. 3). Sus arranques le inspiraban expresiones vehementes. <<

[1361] Cantemiro, pp. 97, 98. O desconfiaba el sultán de su conquista o ignoraba la suma trascendencia de Constantinopla. Suele un pueblo, o un imperio exterminarse con la suerte de su soberano. <<

[1362] Συντροφός, traducido por el presidente Cousin por «*père* nourricier»; muy esmeradamente en cuanto a la versión latina,

pero con su prisa desatendió la nota, donde Ismael Boillaud (*ad Ducam*, c. 35) reconoce y rectifica su yerro. <<

[1363] Antiquísima la costumbre oriental de no presentarse jamás ante un soberano o superior, sin algún presente, y viene a hermanarse con el concepto de un sacrificio, todavía más antiguo y universal. Véanse ejemplos de tales dones persas en Ælian, *Hist. Var*. l. I, c. 31, 32, 33). <<

[1364] El *Lala* de los turcos, y el *Tata* de los griegos se derivan muy naturalmente (Cantemiro y Ducas) del habla de los niños, y se puede notar que todas las voces así primitivas que expresan sus padres vienen a ser una mera repetición de la misma sílaba compuesto de una consonante labial o dental, y de una vocal muy abierta (des Brosses, *Méchanisme des Langues*, t. I, pp. 231-247). <<

[1365] El talento ático venía a pesar como sesenta minas o libras [27,6 kg] (Véase Hooper en *Ancient Weights, Measures*…) pero entre los griegos modernos, esta denominación clásica se suele aumentar hasta cien o ciento veinticinco libras [46 o 57,5 kg] (Ducange, τάλαντον). Midió Leonardo de Quíos la bala o pedrusco del *segundo* cañón: «Lapidem, qui palmis undecim ex meis ambibat in gyro». <<

[1366] Véase Voltaire (*Essai sur l'histoire générale*, c. XCI, pp. 294, 295). Suspiraba por la monarquía universal y aspira el poeta por lo más al nombre y al estilo de astrónomo, químico, etc. <<

[1367] El barón de Tott (t. III, pp. 85-89) fortificador de los dardanelos contra los rusos, va describiendo con travesura y un tantillo de farsa su propia hazaña y el pavor de los turcos. Mas aquel viandante aventurero no acierta a granjearse gran confianza. <<

[1368] «Non audivit, indignum ducens», dice el caballeroso

Antonino, mas como luego la corte romana quedó apesadumbrada y bochornosa, hallamos la expresión más palaciega de Platina, «in animo fuisse pontifici juvare Grœcos» y luego la afirmación terminante de Eneas Silvio, «structam classem» etc. (Spond. 1453 d. C., núm. 3). <<

[1369] Antonin. en Proem. *Epist. Cardinalis Isidor. apud* Spondanum, y el doctor Johnson, en la tragedia de Irene, desempeñó atinadamente esta particularidad característica.

The groaning Greeks dig up the golden caverns.

The accumulated wealth of hoarding ages;

That wealth which, granted to their weeping prince,

Had rang'd embattled nations at their gates.

[Gimen los griegos excavando cuevas,

Oro hacinado allá por largos siglos;

Llora el príncipe ansioso al recibirlo

Pues atrajo naciones en su busca]. <<

[1370] Las tropas palatinas se apellidan *Capiculi*, las provinciales, *Seratculi*; y los más de los nombres y respectiva planta de la milicia turca, todo es anterior al *Canon Nameh* de Solimán II, del cual y de su propia experiencia, ha compuesto el conde Marsigli su *Stato militare dell'Impero Ottomano*. <<

[1371] Aprueba Cuspiniano las observaciones de Filelfo en el año 1508 (de *Cæesaribus* en Epilog. de *Militia Turcica*, p. 697). Prueba Marsigli que las tropas turcas son mucho menores de lo que aparentan. En la hueste sitiadora de Constantinopla, Leonardo de Quíos no cuenta más de quince mil jenízaros. <<

[1372] «Ego, eidem (Imp.) tabellas extribui non absque dolore et moestitia, mansitque apud nos duos aliis occultus numerus» (Franza, l. III, c. 3). Con algún miramiento por las preocupaciones nacionales no cabe apetecer un testigo más

auténtico no sólo en cuanto a los hechos públicos, sino también de los consejos privados. <<

[1373] En Spondano el pormenor de la Unión es además de parcial muy escaso. Murió el obispo de Pamiers en 1642, y la historia de Ducas relativa a estos acontecimientos (c. 36 y 37) con tanto brío y veracidad no se imprimió hasta 1649. <<

[1374] Franza, uno de los griegos conformistas, está confesando que se providenció aquella disposición solamente, «propter spem auxilii», afirmando gustosamente que cuantos se negaban a rezar en santa Sofia «extra culpam et in pace essent» (l. III, c. 20). <<

[1375] Su nombre primitivo y seglar era Jorge Scholario y lo trocó por el de Genadio al hacerse monje o patriarca. Su defensa en Florencia de la misma unión, que luego impugnó tan desaforadamente en Constantinopla inclinó a Leo Allatius (diatriba de *Georgiis* en Fabricio, *Bibliot. Graec.*, t. X, p. 760-786) a dividirle en dos sujetos; pero Renaudot (p. 343-383) ha restablecido la identidad de la persona y la doblez de su índole. <<

[1376] Φακιόλιον, κάλυπτρα puede adecuadamente traducirse a «capelo». La diferencia de trajes entre griegos y latinos agrió más y más el cisma. <<

[1377] Hay que reducir las millas griegas a las verstas rusas, algo menores de quinientos cuarenta y siete toesas francesas [1066,10 km] o de 104 2/5 por grado. Las seis millas de Franza serán cuatro inglesas [6,43 km] (D'Anville, *Mesures Itinéraires*, pp. 61, 123 y ss.). <<

[1378] «At indies doctiores nostri facti paravere contra hostes machinamenta, quæ tamen avare dabantur. Pulvis erat nitri modica exigua; tela modica; bombardæ, si aderant

incommoditate loci primum hostes offendere maceriebus alveisque tectos non poterant. Nam si quæ magnæ erant, ne murus concuteretur noster quiescebant». Curioso e importante es el paso de Leonardo de Quíos. <<

[1379] Según Chalcondyles y Franza, reventó el cañón enorme, fracaso que según Ducas se precavió por la habilidad del fundidor; pero no hablarán de la misma pieza. <<

[1380] Como a los cien años del sitio de Constantinopla, las escuadras francesa e inglesa se engrieron en hacer trecientas descargas en dos horas (*Mémoires de Martin du Bellay*, l. X, en la *Collection Générale*, t. XXI, p. 239). <<

[1381] He ido entresacando tal cual hecho curioso sin empeñarme en competir con elocuencia sangrienta y pertinaz con el abate Vertot, en sus descripciones anchurosas de los sitios de Rodas, Malta, etc. Pero aquel historiador tenía visos de novelista, y como escribía para complacer a la Orden, se empapó en el propio temple caballeresco y de entusiasmo. <<

[1382] El primer apunte sobre minas asoma con particularidades sobre la pólvora, en 1480, por un manuscrito de Jorge de Siena (Tiraboschi, t. VI, p. I, p. 324). Se practicaron por primera vez en Sanzanella, en 1487; pero el honor y mejoramiento, en 1503, se atribuye a Pedro de Navarra, que lo usó con éxito en las guerras de Italia (*Hist. de la Ligue de Cambray*, t. II, pp. 93-97). <<

[1383] Se hace extrañísimo que los griegos desacuerden en el número de esclarecidos bajeles; los cinco de Ducas, los cuatro de Franza y Leonardo, los dos de Chalcondyles se han de extender a los menores o reducir a los mayores. Voltaire, suponiendo uno de los buques de Federico III, equivoca los emperadores de levante y de poniente. <<

[1384] Arrostrando *encontrones* con el idioma y la geografía, el presidente Cousin detiene los bajeles en Quíos con el viento Sur, y los empuja para Constantinopla con el Norte. <<

[1385] Se advierte en Ricaut el menoscabo incesante de la armada turca (*State of the Ottoman Empire*, pp. 372-378) Thévenot (*Voyages*, p. I, pp. 229-242) y Tott (*Mémoires*, t. III), yendo siempre el último en busca de asombros y novedades. <<

[1386] Confieso que estoy presenciando el vivísimo cuadro de Tucídides (l. VII, c. 71) de los ímpetus y ademanes de los atenienses en su combate naval dentro de la bahía de Siracusa. <<

[1387] Según la exageración o el texto estragado de Ducas (c. 38) la barra de oro era del peso enorme y aun increíble de quinientas libras [230 kg]. Leyendo Bouillaud quinientas dracmas o seis libras [2,76 kg], ya es suficiente para ejercitar el brazo de Mohamed y magullar los lomos del almirante. <<

[1388] Ducas, confesándose mal enterado de la negociación de Hungría, acude a un impulso supersticioso y a la creencia infausta de que Constantinopla había de ser el término de la conquista turca. Véase Franza (l. I, c. 20) y Spondano. <<

[1389] Confirma Cantemiro (p. 96) el testimonio de los cuatro griegos de los anales turcos; pero quisiera estrechar las diez millas y dilatar el plazo de *una* noche. <<

[1390] Refiere Franza dos ejemplares de igual transporte sobre las seis millas [9,65 km] del istmo de Corinto; uno fabuloso, el de Augusto tras la batalla de Accio, y el otro cierto, de Nicetas, general griego en el siglo X. Pudiera añadir el arrojado intento de Aníbal para internar sus bajeles en la bahía de Tarento (Polibio, l. VIII, p. 749, ed. Gronov.). <<

[1391] Un griego de Candia que había servido a los venecianos en

igual empresa (Spondano, 1438 d. C., núm. 37) fue probablemente el autor o agente de Mohamed. <<

[1392] Estoy aludiendo particularmente a nuestro embarque sobre los lagos de Canadá en los años 1776 y 1777, tan grandes en su afán y tan infructuosos para sus resultas. <<

[1393] Desacuerdan Chalcondyles y Ducas en cuanto a las circunstancias de la negociación; y como no era ni brillante ni provechoso, el leal Franza excusa a su príncipe hasta del pensamiento de rendición. <<

[1394] Las tales alas no son más que una figura oriental (Chalcondyles, l. VIII, p. 208) pero en la tragedia de Irene los ímpetus de Mohamed se disparan desaforadamente:

Should the fierce North, upon his frozen wings

Bear him aloft above the wondering clouds,

And seat him in the Pleiad's golden chariot.

Thence should my fury drag him down to tortures.

[Si el Norte viene en sus heladas alas

Y lo arrebata en raudos nubarrones

Hasta el dorado carro de las Pléyades,

Mi saña desde allá lo hunde al tormento.]

Además de la extravagancia de aquel disparo, observo que el ímpetu de los vientos, se halla ceñido a la ínfima región del aire, luego que el nombre, la etimología, y fábula de las Pléyades, todo es absolutamente griego (Scholiast *ad* Homero, 686; Eudocia en Ionia, p. 339; Apollodor. l. III, c. 10; Heyne, p. 229, n. 682) sin la menor hermandad con la astronomía oriental (Hyde *ad* Ulugbeg, Tabul. en *Syntagma Dissert.*, t. I, pp. 40-42; Goguet, *Origine des Arts*… t. VI, pp. 73-78; Gebelin, *Histoire du Calendrier*, p. 73) que era la de Mohamed, y por fin el carruaje

dorado no existe ni en la ciencia ni en la ficción; pero me temo mucho que el dr. Johnson ha equivocado las Pléyades con la Osa Mayor o el Carro, y el zodíaco allá con alguna constelación septentrional.

Ἄρκτον θ᾽ ἣν καὶ ἅμαξαν ἐπίκλησιν καλέουσιν.

Ilíada, Σ. 487. <<

[1395] Se destempla Franza contra aquellas aclamaciones musulmanas no por el nombre de Dios, sino por el del Profeta; se enfervoriza Voltaire en demasía y con ridiculez. <<

[1396] Me recelo que el discursista fue aquí el mismo Franza y suena tan colmadamente a sermón de convento, que estoy dudando de que llegase Constantino a pronunciarlo. Le atribuye Leonardo otra arenga, en la cual está más comedido con los auxiliares latinos. <<

[1397] Tan suma postración, aborto a veces de la devoción de príncipes en la agonía, es un complemento de la doctrina evangélica sobre el perdón de los agravios; y es más obvio el perdonar cuatrocientas noventa veces, que el pedir perdón una sola vez a un inferior. <<

[1398] Además de los diez mil guardias, enumera Ducas, con las tripulaciones, en el asalto general hasta doscientos cincuenta mil turcos, entre Infantería y Caballería. <<

[1399] El justiciero Franza censurando agriamente la retirada de Justiniano se deja llevar de sus propios arranques y aun de los ajenos en general. Ducas, allá por motivos particulares lo trata con más blandura y miramiento; pero las palabras de Leonardo de Quíos, están expresando su ira intensa y reciente, «gloriæ, salutis, suique oblitus». En todo el compuesto de su política oriental se hicieron sospechosos, y a veces criminales, los genoveses. <<

[1400] Lo mata Ducas con dos golpes de la soldadesca turca; Chalcondyles lo hiere en un hombro, y lo pisotea luego en la puerta. El quebranto de Franza, al empeñarle con el enemigo, lo arrebata a la muerte que le recuerda el suceso, pero sin lisonja le podemos aplicar estos rasgos preciosos de Dryden:

As to Sebastian, let them search the field;

And where they find a mountain of the slain,

Send one to climb, and looking down beneath,

There they will find him at his manly length,

With his face up to heaven, in that red monument

Which his good sword had digged. <<

[1401] Spondano (1453 d. C., núm. 10) está esperanzado de su salvación, están ansiando absolverle del cargo de suicida. <<

[1402] Advierte muy atinadamente Leonardo de Quíos, que si conocieran los turcos al emperador, se esmeraran en salvarle y afianzar un cautivo tan apreciable para el sultán. <<

[1403] Cantemiro, p. 96. Las naves cristianas en la boca de la bahía, tenían resguardada la plaza, y atracado el avance naval. <<

[1404] Supone Chalcondyles desatinadamente, que los asiáticos estuvieron saqueando Constantinopla, en venganza del antiguo fracaso de Troya; y los gramáticos del siglo XV se dan por dichosos en rozar el nombre tosquísimo de turcos con la voz clásica de *Teucri*. <<

[1405] Cuando Ciro sorprendió a Babilonia durante la algazara de una festividad, era tan grandiosa la ciudad y estaban sus moradores tan descuidados, que medió larguísimo rato antes que los barrios remotos supiesen que se hallaban cautivos. Herodoto (l. I, c. 191) y Usher (*Annal.*, p. 78) quien cita del profeta Jeremías un paso del mismo contenido. <<

[1406] Sacamos esta descripción galana de Ducas (c. 39), quien fue dos años después de embajador del príncipe de Lesbos al sultán (c. 44). Hasta que Lesbos quedó sojuzgada en 1463 (Franza, l. III, c. 27) aquella isla no podía menos de abundar en fugitivos de Constantinopla, que se complacían en repetir, y tal vez en engalanar la relación de su fracaso. <<

[1407] Véase Franza, l. III, c. 20, 21. Terminantes son sus expresiones: *Ameras suâ manû jugulavit … volebat enim eo turpiter et nefarie abuti. Me miserum et infelicem!* Mas tan sólo podía saber de oídas las escenas sangrientas e impuras que se representan en el serrallo. <<

[1408] Véase Tiraboschi (t. VI, p. I, p. 290) y Lancelot (*Mémoires de l'Académie des Insciptions*, t. X, p. 718). Celebraría entender cómo podía elogiar al enemigo público, tiznándolo casi de continuo como un tirano tan torpe y sangriento. <<

[1409] Suponen los *Comentarios* de Pío II, que colocó astutamente el capelo del cardenal en la cabeza cortada de un cadáver cualquiera, y colgado en triunfo, al paso que el mismo legado se compró y rescató, como un cautivo baladí. La gran crónica belga realza aquel escape con aventuras nuevas, que había cercenado (Spondano, 1453 d. C., núm. 15) en sus propias cartas, por no desmerecer el galardón de padecer por Cristo. <<

[1410] Se explaya Busbequio complacidamente elogiando los derechos de la guerra y el uso de la esclavitud entre los antiguos y los turcos (de *Legatione Turcica, Ep*. III, p. 161). <<

[1411] Se especifica la suma en una nota marginal de Leunclavio (Chalcondyles, l. VIII, p. 211), pero en la distribución a Venecia, Génova, Florencia y Ancona, presumo que se ha omitido algún guarismo, de los cincuenta, veinte, veinte y quince mil ducados. Aun cuando se repongan las propiedades extranjeras, apenas

llegarán a la cuarta parte. <<

[1412] Véanse las alabanzas y lamentos entusiastas de Franza (l. III, c. 17). <<

[1413] Véase Ducas (c. 42) y una carta del 15 de julio de 1453 de Lauro Quirino al papa Nicolás V (Hody, de *Græcis*, p. 192, de un manuscrito en la biblioteca de Cotton). <<

[1414] El calendario Juliano que cuenta los días y horas desde medianoche, era el corriente en Constantinopla; pero Ducas parece que entiende las horas naturales desde el amanecer. <<

[1415] Véanse los *Anales Turcos*, p. 329. y las *Pandectas* de Leunclavio, p. 448. <<

[1416] Ya tuve allá motivo, en los primeros tomos, para mencionar aquel resto precioso de antigüedades griegas. <<

[1417] Debemos a Cantemiro (p. 102) la relación turca de la transformación de santa Sofía. No deja de ser entretenido el cotejo de la sensación contrapuesta de aquel acontecimiento entre cristianos y musulmanes. Franza está muy airado. <<

[1418] El dístico que trae Cantemiro en original se aparta principalmente con su aplicación; como es el arranque de Escipión remedando la profecía de Homero; y el mismo ímpetu caballeresco arrebató al vencedor de lo presente a lo pasado y a lo venidero. <<

[1419] No alcanzo a creer con Ducas (véase Spondano, 1453 d. C., núm. 13) que Mohamed haya enviando por Persia, Arabia y otros pasajes la cabeza del emperador griego, pues debió contentarse con trofeos menos inhumanos. <<

[1420] Era Franza enemigo personal del gran duque, y ni el tiempo, ni la muerte, ni su propio retiro a un monasterio, llegaron a recabar de su encono el menor arranque de conmiseración o indulgencia. Ducas se inclina a celebrar y

compadecer al mártir; Chalcondyles se muestra neutral, pero le debemos el apunte, o especie de la conspiración griega. <<

[1421] En cuanto al restablecimiento de Constantinopla y las fundaciones turcas, véase Cantemiro (pp. 102-109), Ducas (c. 42) con Tournefort, Thevenot y demás viajeros modernos. En un cuadro agigantado de la grandeza, vecindario, etc. de Constantinopla y el Imperio otomano (*Abrégé de l'Histoire Ottomane*, t. I, pp. 16-21), hallamos, que en el año 1586, eran menos los musulmanes en la capital que los cristianos, y aun que los judíos. <<

[1422] El *Turbé*, o monumento sepulcral de Abou Ayub se halla descrito y estampado en el *Tableau Géerérale de l'Empire Ottoman* (París, 1787, en folio grande) obra quizás de menos provecho que magnificencia (t. I, pp. 305, 306). <<

[1423] Franza (l. III, c. 19) refiere la ceremonia, que se abultó tal vez en el susurro de unos en otros, entre griegos, y luego con los latinos. Confirma el hecho Manuel Malaxo, quien compuso en griego vulgar la *Historia de los Patriarcas*, después de la toma de Constantinopla inserta en la *Turco-Græcia* de Crusio (l. V, p. 106-184); pero el más denodado lector no se avendrá a creer que Mohamed prohijase la forma católica «Sancta Trinitas quæ mihi donavit imperium te in patriarcham novæ Romæ deligit.» <<

[1424] De la *Turco-Græcia* de Crusio, etc., Spondano (1453 d. C., núm. 21; 1458 d. C., núm. 16) va deslumbrando la servidumbre y las contiendas intestinas de la Iglesia griega. El patriarca sucesor de Genadio se arrojó por desesperación a un pozo. <<

[1425] Cantemiro (pp. 101-105) se aferra en el consentimiento unánime de los historiadores turcos, antiguos y modernos, y alega que no habían de quebrantar la verdad, apocando la gloria

nacional; pues siempre se conceptúa más honorífico el tomar una ciudad a viva fuerza que por convenio. Pero 1. dudo de aquella concordancia, puesto que los *Anales Turcos* de Leunclavio afirman que Constantinopla se tomó *per vim* (p. 329), sin citar historiador alguno en particular, y 2. el mismo argumento favorece a los griegos contemporáneos, quienes no olvidarán aquel tratado decoroso y saludable. Voltaire, como acostumbra, antepone los turcos a los cristianos. <<

[1426] Sobre la genealogía y vuelco de los Comnenos en Trebisonda, véase Ducange (*Familiae Byzantinae*, p. 195), sobre los últimos Paleólogos el mismo anticuario esmerado (pp. 244. 247, 248). No se extinguieron los Paleólogos de Monferrato hasta el siglo siguiente; pero habían ya olvidado su origen y su parentela. <<

[1427] En la historia indígena de las contiendas y desventuras de entrambos hermanos, Franza (l. III, c. 21-30) es sobrado parcial hacia Tomás. Ducas (c. 44, 45) es en extremo escaso y Chalcondyles (l. VIII, IX, X) demasiado difuso y desconcertado. <<

[1428] Véase la pérdida o toma de Trebisonda en Chalcondyles (l. IX, pp. 263-266), Ducas (c. 45), Franza (l. III, c. 27) y Cantemiro (p. 107). <<

[1429] Aunque Tournefort (t. III, *lettre* XVII, p. 179) habla de Trebisonda como mal poblada, Peissonel que es el último y esmerado observador, halla hasta cien mil moradores (*Commerce de la Mer Noire*, t. II, p. 72, y en cuanto a la provincia, pp. 53-90); pero dos *odas* de jenízaros están de continuo trastornando su prosperidad y su comercio, habiendo alistado en un solo cuerpo hasta treinta mil lazios (*Mémoires de Tott*, t. III, pp. 16-17). <<

[1430] Ismael Beg, príncipe de Sínope o Sínople, gozaba (principalmente por las minas de cobre) una renta de doscientos mil ducados (Chalcondyles, l. IX, pp. 258, 259). Peissonel (*Commerce de la Mer Noire*, t. II, p. 100) señala al vecindario moderno unos sesenta mil individuos. Esta suma parece excesiva; pero en virtud del tráfico de un pueblo se averigua su número y riqueza. <<

[1431] Spondano (de *Gobelin Comment. Pii II*, l. V) refiere la llegada y recibimiento del déspota Tomás en Roma (1461 d. C., núm. 3). <<

[1432] Por un acta de fecha 6 de septiembre de 1494, trasladado últimamente de los archivos del Capitolio, a la Biblioteca Real de París, el déspota Andrés Paleólogo, reservándose Morea y pactando ciertas ventajas particulares, traspasa a Carlos VIII rey de Francia los imperios de Constantinopla y de Trebisonda (Spondano, 1495 d. C., núm. 2). Foncemagne (*Mémoires de l'Académie des Insciptions*, t. XVII, pp. 539-578) ha extendido una disertación sobre este documento nacional, del cual ha logrado de Roma una copia. <<

[1433] Véase Felipe de Comines (l. VII, c. 14) que va refiriendo complacidamente el número de griegos que estaban ya dispuestos a sublevarse con sesenta millas [96,55 km] de fácil navegación, un viaje de dieciocho días desde Valona y Constantinopla, etc., en cuyo trance el imperio turco debió su salvación a la política de Venecia. <<

[1434] Véase la función peregrina en Olivier de la Marche (*Mémoires*, p. I, c. 29, 30) con el extracto y las observaciones de Sainte Palaye (*Mémoires sur la Chevalerie*, t. I, p. III, pp. 182-185). Se distinguían el faisán y el pavo como aves regias. <<

[1435] Por el empadronamiento actual resulta que Suecia, Gotia y

Finlandia contenían un millón ochocientos mil hombres de armas tomar, y por consiguiente una población muy superior a la del día. <<

[1436] Para el año 1454, trae Spondano de Eneas Silvio una mirada sobre el estado de Europa realzada con sus propias observaciones. El apreciable analista y el italiano Muratori van continuando la serie de los acontecimientos desde el año 1453 hasta 1481, término de la vida de Mohamed y del capítulo. <<

[1437] Además de entrambos analistas se pueden consultar Giannoni (*Istoria Civile*, t. III, pp. 449-455) en cuanto a la invasión turca del reino de Nápoles. Sobre el reinado y conquistas de Mohamed II, he ido acudiendo a las memorias históricas de los monarcas otomanos por Juan Sagredo (Venecia, 1677, en 4°). Siempre los turcos en paz y en guerra han embargado la atención de la República veneciana. Franqueáronse todos los archivos y documentos a un procurador de san Marcos, y Sagredo no es despreciable ni en el concepto ni en el lenguaje. Mas odia muy agriamente a los infieles; desconoce su idioma y sus costumbres y su narración, que reduce a setenta páginas todo lo relativo a Mohamed II (pp. 69-140) se explaya y se afianza más al llegar a los años 1640 y 1644, término y cima de los afanes históricos de Juan Sagredo. <<

[1438] Al despedirme ahora para siempre del Imperio griego aprontaré la colección grandísima de escritores bizantinos, cuyos nombres y autoridades se han ido repitiendo por el ámbito de las obras. Las prensas de los Aldos y demás italianos se ciñeron a los clásicos de mejor siglo, y las primeras y toscas ediciones de Cedreno, Procopio, Zonaras, Agatias etc. salieron a luz por las sabias tareas de los alemanes. La serie total bizantina (treinta y seis volúmenes en folio) ha ido saliendo (1648 d. C., etc.) de las

prensas reales del Louvre con algún auxilio colateral de Roma y Leipzig, pero la edición veneciana (1729 d. C.) aunque más barata y copiosa que la de París, le es muy inferior en esmero y magnificencia. Varias son las prendas de los editores franceses, pero el mérito de Ana Comnena, Cinamo, Villehardouin, etc., se realzan con las notas de Charles du Fresne Ducange. Las obras suplementales del *Glosario Griego*, la *Constantinopolis Christiana*, las *Familiae Byzantinae* van siempre derramando luz sobre la lobreguez del Bajo Imperio. <<

[1439] El abate Dubos, quien con menos desempeño que su posterior Montesquieu, ha defendido y abultado el influjo del clima, se hace cargo de la bastardía actual de romanos y bátavos: replicando en cuanto a los primeros: 1. que el cambio es más aparente que efectivo, y que los romanos modernos se reservan allá cuerdamente en el interior los ímpetus de sus antepasados, 2. que el ambiente, el suelo y el clima de Roma han padecido una alteración suma y patente (*Réflexions sur le Poësie et sur la Peinture*, pars. II, sect. 16). <<

[1440] Con motivo de nuestra larga ausencia de Roma, se me ofrece encargar a los lectores que repasen con algún esmero el capítulo XLIX de la historia presente. <<

[1441] La coronación de los emperadores de Germania en Roma, y con especialidad por el siglo XI, sale más bien a la luz en Muratori (*Antiquitatibus Italiae medii Ævi*, t. I, *dissert*. II, pp. 99 y ss.) y en Cenni (*Monument. Domin. Pontif*. t. II, *dissert*. VI, p. 261), aunque sólo puedo hablar del último por los extractos extensos de Schmidt (*Hist. des Allemands*, t. III, pp. 255-266). <<

[1442] «Exercitui Romano et Teutonico». El segundo se vio y se experimentó, mas el primero venía tan sólo a ser *magni nominis umbra*. <<

[1443] Véase en Muratori la serie de las monedas pontificias (*Antiquitatibus Italiae medii Ævi*, t. II, *diss*. XXVII, pp. 548-554) y tan sólo halla dos anteriores al año 800; quedan todavía cincuenta desde León III hasta León IX, con la adición del emperador reinante; ninguna queda de Gregorio VII y Urbano, pero en las de Pascual II no asoma rastro de aquella pendencia. <<

[1444] Véase Ducange, *Gloss. Latin. mediæ et infimæ Ætatis*, t. VI, pp. 364, 365, STAFFA. Se tributaba aquel homenaje a los arzobispos por los reyes, y por los vasallos a sus señores (Schmidt, t. III, p. 262) era maña de los romanos el barajar la sujeción filial con la feudal. <<

[1445] El fervor de san Bernardo se está lamentando de las apelaciones de todas las iglesias al pontífice romano (de *Consideratione*, l. III, t. II, pp. 431-442, ed. Mabillon, Venet. 1750) y el juicio de Fleury (*Discours sur l'Hist. Ecclésiastique*, IV y VII). Pero el santo, gran creyente de las falsas decretales, condena únicamente el abuso de aquellas apelaciones, el historiador más despejado escudriña el origen y desecha los principios de la nueva jurisprudencia. <<

[1446] *Germanici … summarii non levatis sarcinis onusti nihilominus repatriant inviti. Nova res! quando hactenus aurum Roma refudit? Et nunc Romanorum consilio id usurpatum non credimus* (Bernardo, de *Consideratione*, l. III, c. 3, p. 437). Confusas están las voces primeras, y probablemente alteradas en este pasaje. <<

[1447] *Quand les sauvages de la Louisiane veulent avoir du fruit, ils coupent l'arbre au pied et cueillent le fruit. Voila le gouvernement despotique* (*l'Esprit des Loix*, l. V, c. 13); las pasiones y la ignorancia son siempre despóticas. <<

[1448] Juan de Salisbury en una conversación desahogada con su paisano Adriano IV, tizna la codicia del papa y su clero: «Provinciarum diripiunt spolia, ac si thesauros Croesi studeant reparare. Sed recte cum eis agit Altissimus, quoniam et ipsi aliis et saepe vilissimis hominibus dati sunt in direptionem» (de *Nugis Curialium*, l. VI, c. 24, p. 387). En la página siguiente vitupera la temeridad y alevosía de los romanos, a quienes sus obispos se afanan en vano por halagarlos con dádivas, en vez de virtudes. Es lástima que aquel escritor siempre resuelto no haya querido darnos menos moralidades y erudición que retratos al vivo de sí mismo y de sus contemporáneos. <<

[1449] *History of England*, por Hume, vol. I, p. 419. El mismo escritor ha tomado de Fitz Stephen un ejemplo singularísimo de crueldad cometido por Godofredo, padre de Enrique II: «Siendo dueño de Normandía, el capítulo de Seez, se propasó, sin su anuencia, a celebrar la elección de un obispo, por lo cual dispuso que todos ellos con el obispo electo, fuesen castrados, y mandó que le presentasen todos sus testículos en una fuente». Hay que condolerse de su arriesgado padecimiento, pero con su voto de castidad, poco podía importarles el carecer de aquel tesoro tan superfluo. <<

[1450] Desde León IX y Gregorio VIII hay una serie auténtica y contemporánea de los papas y sus vidas por el cardenal de Aragón, Pandulfo Pisano, Bernardo Guido, etc. y se halla en los *Historiadores italianos* de Muratori (t. III, p. I, pp. 277-685) y siempre lo he tenido presente. <<

[1451] Las fechas de años anotados se han de entender, como tácitamente relativas a los *Annali d'Italia* de Muratori, que es guía perpetua y excelente. Usa y cita con desahogada maestría su grandiosa colección de *Historiadores italianos* en veintiocho volúmenes, y como los estoy poseyendo en mi biblioteca, he

acudido a los mismos originales, no por obligación, sino por vía de entretenimiento. <<

[1452] No me cabe omitir las palabras casi centellantes de Pandulfo Pisano (p. 384): *Hoc audiens inimicus pacis atque turbator jam fatus Centius Frajapane, more draconis immanissimi sibilans, et ab imis pectoribus trahens longa suspiria, accinctus retro gladio sine more cucurrit, valvas ac fores confregit. Ecclesiam furibundus introiit, inde custode remoto papam per gulam accepit, distraxit pugnis calcibusque percussit, et tanquam brutum animal intra limen ecclesiae acriter calcaribus cruentavit; et latro tantum dominum per capillos et brachia, Jesû bono interim dormiente, detraxit, ad domum usque deduxit, inibi catenavit et inclusit.* <<

[1453]*Ego coram Deo et Ecclesiâ dico, si unquam possibile esset, mallem unum imperatorem quam tot dominos* (*Vita Gelas*. II, p. 398).

[16]*Quid tam notum seculis quam protervia et cervicositas Romanorum? Gens insueta paci, tumultui assueta, gens immitis et intractabilis usque adhuc, subdi nescia, nisi cum non valet resistere* (de *Considerat*. l. IV, c. 2, p. 441). Respira un tantillo el santo y luego sigue: *Hi, invisi terrae et coelo, utrique injecere manus*, etc. (p. 443). <<

[1454] Petrarca, a fuer de ciudadano de Roma, advierte, que Bernardo, aunque santo, no dejaría de ser hombre, que mediaba encono, y tal vez se arrepentiría de aquel arrebato, etc. (*Mémoires sur la Mémoires sur la Vie de Pétrarque*, t. I, p. 330). <<

[1455] Baronio, en el índice del tomo XII de sus *Anales*, apronta una disculpa muy obvia y aun linda; encabezando desde luego dos listas, una de *Catholici* y otra de *Schismatici*, apropia a los primeros todo lo favorable, y a los segundos lo adverso, de cuanto se dice sobre la ciudad. <<

[1456] Mosheim trae las herejías del siglo XII (*Institut. Hist. Eccles.*, pp. 419-427) quien abriga un concepto aventajado de Arnaldo de Brescia. Queda ya descrita anteriormente la secta de los paulicianos, acompañándoles en su emigración desde Armenia hasta Tracia y Bulgaria, y luego Italia y Francia. <<

[1457] Retrata al vivo a Arnaldo de Brescia, Otón, obispo de Frisingen (*Chron.* l. VI, c. 31; de *Gestis Frederici I*, l. I, c. 27; l. II, c. 21) y Ligurino con el poema de Gunther, quien floreció en 1200 d. C., en el monasterio de París junto a Basilea (Fabricio, *Bibliot. mediæ et infimæ Ætatis*, t. III, p. 174, 175). Guilliman trae el paso considerable relativo a Arnaldo (de *Rebus Helveticis*, l. III, c. 5, p. 108). <<

[1458] La agudeza traviesa de Bayle, se estuvo entreteniendo en componer con suma liviandad y erudición los artículos de Abelardo, Fulques, Heloísa, en su *Dictionnaire Critique*. La contienda de Abelardo con san Bernardo, de divinidad escolástica y positiva, queda despejada por Mosheim (*Institut. Hist. Eccles.*, pp. 412-415). <<

[1459]

—Damnatus ab illo

Praesule, qui numeros vetitum contingere nostros

Nomen ad innocuâ ducit laudabile vitâ

Podemos celebrar la maña y el esmero de Ligurino, que incluye el nombre nada poético de Inocencio II en su agasajo. <<

[1460] Hallose en Zurich una inscripción romana (D'Anville, *Notice de l'Ancienne Gaul*, pp. 642-644): pero no consta lo suficiente, que la ciudad y el cantón hayan usurpado, y aun arrancado, los nombres de *Tigurum* y *Pagus Tigurinus*. <<

[1461] Guilleman (de *Rebus Helveticis*, l. III, c. 5, p. 106) va recapitulando la donación (833 d. C.) del emperador Luis el

Bondadoso a su hija la abadesa Hildegardis. *Curtim nostram Turegum in ducatû Alamanniae in pago Durgaugensi*, con aldeas, bosques, praderas, aguas, esclavos, iglesias, etc. Regalo asombroso. Carlos el Calvo dio el *jus monetæ*, la ciudad se amuralló bajo Otón I, y el verso del obispo de Frisingen,

Nobile Turegum multarum copiâ rerum,

se cita repetido con satisfacción por los anticuarios de Zurich. <<

[1462] Bernardo, *Ep*. CXCV, CXCVI, t. I, pp. 187-190. En medio de sus invectivas lanza un precioso reconocimiento: «Qui, utinam quam sanae esset doctrinae quam districtae est vitae». Confiesa que granjearía la Iglesia en extremo con la adquisición de Arnaldo. <<

[1463] Advierte a los romanos,

Consiliis armisque sua moderamina summa
Arbitrio tractare suo: nil juris in hoc re
Pontifici summo, modicum concedere regi
Suadebat populo. Sic laesâ stultus utrâque
Majestate, reum geminae se fecerat aulae.

Allá se va la poesía de Gunther con la prosa de Otón. <<

[1464] Véase Baronio (1148 d. C., núm. 38, 39) de los manuscritos vaticanos. Condena a voz en grito a Arnaldo (1141 d. C., núm. 3) como padre de los herejes políticos, cuyo influjo le dañó en Francia. <<

[1465] Los lectores ingleses pueden acudir a la *Biographia Britannica*, Adriano IV, pero nada han añadido nuestros escritores a la nombradía, y mérito de nuestro paisano. <<

[1466] Además del historiador y el poeta ya citados, las postreras aventuras de Arnaldo se refieren, por un biógrafo de Adriano IV

(Muratori, *Scriptores Rerum Italicarum*, t. III, p. I, pp. 441, 442). <<

[1467] Ducange (*Gloss. Latin. mediæ et infimæ Ætatis*, Decarchones, t. II, p. 726) me suministra una apuntación de Blondo (Decad. II, l. II): «Duo consules ex nobilitate quotannis fiebant, qui ad vetustum consulum exemplar summæ rerum præessent». Y en Sigonio (de *Regno Italiæ*, l. VI, Opp. t. II, p. 400), me encuentro con los cónsules y tribunos del siglo XII. Tanto Blondo como el mismo Sigonio, copiaron muy literalmente el método clásico de suplir con el entendimiento y la fantasía la escasez de documentos. <<

[1468] En el panegírico de Berenguer (Muratori, *Scriptores Rerum Italicarum*, t. II, p. I, p. 408) un romano asoma como *consulis natus*, al principio del siglo X. Muratori (*dissert.* V) descubre en los años 952 y 956, «Gratianus in Dei nomine consul et dux, Georgius consul et dux»; y en 1015 Romano, hermano de Gregorio VIII, se apellida altaneramente «consul et dux et omnium romanorum senator». <<

[1469] Los emperadores griegos, aun hasta el siglo X conferían a los duques de Nápoles, Venecia, Amalfi, etc. el dictado de Ὑπατος, cónsul (véase la crónica de Sagornini, *passim*); y los sucesores de Carlomagno no querrían desprenderse, o desmoronar sus prerrogativas. Pero generalmente los nombres de cónsul o senador, que asoman entre franceses y germanos significan por lo más conde y señor (*Signeur*, Ducange, *Gloss. Latin. mediæ et infimæ Ætatis*). Los escritores monásticos suelen acudir o voces clásicas. <<

[1470] El monumento más constitucional es un diploma de Otón III (998 d. C.), «Consulibus senatus populique romano»; pero probablemente aquella nota es apócrifa, en la coronación de

Enrique I, 1014 d. C., el historiador Dithmar (en Muratori, *dissert*. XXIII) lo va describiendo, «a senatoribus duodecim vallatun, quorum sex rasi barbâ, alii prolixâ, mystice incedebant cum baculis». En el panegírico de Berenguer (p. 406) se menciona el Senado. <<

[1471] En la antigua Roma, el orden ecuestre no se colocaba entre el Senado y el pueblo, como brazo tercero de la República hasta el consulado de Cicerón, que cuenta el mérito de aquel establecimiento (Plinio, *Hist. Natur.*, XXXIII, 3; Beaufort, *République Romaine*, t. I, pp. 144, 145). <<

[1472] Gunther plantea así la forma republicana de Arnaldo de Brescia:

Quin etiam titulos urbis renovare vetustos;

Nomine plebeio secernere nomen equestre,

Jura tribunorum, sanctum reparare senatum,

Et senio fessas mutasque reponere leges.

Lapsa ruinosis, et adhuc pendentia muris

Reddere primaevo Capitolia prisca nitori.

Pero algunas de aquellas reformas, las hubo meramente ideales, y otras fueron de palabras. <<

[1473] Tras reñidas contiendas entre los anticuarios de Roma, se deslindó que la cima del Capitolio, junto al río, es cabalmente la Roca Tarpeya, el Arx; y en la otra cima, la iglesia, y el convento de Araceli; franciscanos descalzos están ocupando el templo de Júpiter (Nardini, *Roma Antica*, l. V, c. 11-16). <<

[1474] Tácito, *Hist*. III, 69, 70. <<

[1475] No hay que prohijar, como hecho positivo aquella partición de metales preciosos e ínfimos entre el emperador y el senado, sino como opinión probable de los mejores anticuarios (véase

Science des Médailles, del padre Joubert, t. II, pp. 208-211, en la edición mejorada y escasa del barón de la Bastie). <<

[1476] Muratori, en su vigésimo séptima disertación sobre las *Antigüedades Italianas* (t. II, pp. 559-569) ofrece una serie de cuños senatorios, con los nombres desconocidos de *Affortiati, Infortiati, Provisini, Paparini*. En aquella larga temporada, todos los papas, sin exceptuar a Bonifacio VIII, decretaron el derecho de acuñar, que recobró el sucesor suyo Benedicto XI, ejercitándolo de continuo la corte de Aviñón. <<

[1477] Un historiador germano, Gerardo de Reicherspeg (en *Baluz. Miscell.* t. V, p. 64, *apud* Schmidt, *Hist. des Allemands*, t. III, p. 265) refiere así la constitución de Roma en el siglo XII: «Grandiora arbis et orhis negotia spectant ad romanum pontificem, itemque ad romanum imperatorem; sive illius vicarium urbis praefectum, qui de suâ dignitate respicit utrumque, videlicet dominum papam cui facit hominium, et dominum imperatorem a quo accipit suae potestatis insigne, scilicet gladium exertum». <<

[1478] Las palabras de un escritor contemporáneo (Pandulph. Pisan. en *Vit. Paschal. II*, pp. 357, 358) describe la elección y juramento en 1118, «inconsultis patribus … loca praefectoria … Laudes praefectoriae … comitiorum applausum … juraturum populo in ambonem sublevant … confirmari eum in urbe praefectum petunt». <<

[1479] *Urbis praefectum ad ligiam fidelitatem recepit, et per mantum quod illi donavit de præfecturâeum publice investivit, qui usque ad id tempus juramento fidelitatis imperatori fuit obligatus et ab eo praefecturæ tenuit honorem* (Muratori, *Gesta Innocentis III*, t. III, p. I, p. 487). <<

[1480] Véase Otón Frising. *Chron*. VII, 31, de *Gestis Frederici I*, l.

I, c. 27. <<

[1481] Nuestro paisano Roger Hoveden, habla de los meros senadores de la familia *Capuzzi*, etc., «quorum temporibus melius regebatur Roma quam nunc (1194 d. C.) est temporibus LVI senatorum» (Ducange, *Gloss. Latin. mediæ et infimæ Ætatis*, t. VI, p. 191, Senatores). <<

[1482] Muratori (dissert. XLII, t. III, pp. 785-788) publicó un tratado original: «Concordia inter D. nostrum papam Clementem III. et senatores populi Romani super regalibus et aliis dignitatibus urbis», etc. *anno 44° senatus*. Habla el senado y con autoridad: «Reddimus ad praesens … habebimus … dabitis presbyteria … jurabimus pacem et fidelitatem», etc. Una escriturilla de Tenementis Tusculani, datada en el año 47 de la misma época, y confirma el decreto «decreto amplissimi ordinis senatus, acclamatione P. R. publice Capitolio consistentis». Allí es donde se palpa el deslinde entre senadores sencillos y consejeros (Muratori, *dissert*. XLII, t. III, pp. 787-789). <<

[1483] Muratori (*dissert*. XLV, t. IV, pp. 64-92) va desentrañando explayadamente el sistema de gobiernos, el *Occulus Pastoralis*, que pone al fin, viene a ser un tratado, o sermón sobre las obligaciones de aquellos magistrados advenedizos. <<

[1484] En los escritores latinos, al menos por la edad de *plata*, el dictado de Potestas se trasladó del ejercicio a la magistratura:

Hujus qui trahitur praetextam sumere mavis;

An Fidenarum Gabiorumque esse Potestas.

(Juvenal. *Sat*. X, 99) <<

[1485] Véase la historia y muerte de Brancaleon en la *Historia Mayor* de Mateo de París, pp. 741, 757, 792, 797, 799, 810, 823, 833, 836, 840. La muchedumbre de peregrinos y acompañantes juntaba Roma con san Albano, y el encono del

clero inglés lo inclinaba a complacerse en viendo al papa humillado y oprimido. <<

[1486] Termina así Mateo de París su relación: «Caput vero ipsius Branca leonis in vase pretioso super marmoream columnam collocatum, in signum sui valoris et probitatis, quasi reliquias, superstitiose nimis et pompose sustulerunt. Fuerat enim superborum potentum et malefactorum urbis malleus et extirpator, et populi protector et defensor veritatis et justitiae imitator et amator» (p. 840). Un biógrafo de Inocencio IV (Muratori, *Scriptores Rerum Italicarum*, t. III, p. I, pp. 591, 592) trae un retrato menos favorable del senador gibelino. <<

[1487] La elección de Carlos de Anjou para senador perpetuo de Roma, es mencionada por los historiadores del tomo VIII en la *Colección* de Muratori, por Nicolás de Jamsilla (p. 592), el monje de Padua (p. 724), Sabas Malaspina (l. II, c. 9, p. 808) y Ricordano Malespini (c. 177, p. 999). <<

[1488] La bula altisonante de Nicolás III, fundando su soberanía temporal sobre la donación de Constantino, existe todavía, y habiéndola insertado Bonifacio VIII en la secta de las decretales, tienen que recibirla los católicos a fuer de papistas, como ley sagrada y perpetua. <<

[1489] Debo a Fleury (*Hist. Ecclésiastique*, t. XVIII, p. 306) un extracto de aquella acta romana tomada de los *Anales eclesiásticos* de Oderico Raynaldo, 1281 d. C., núms. 14, 15. <<

[1490] Estas cartas y arengas se hallan en Otón, obispo de Fresinga (Fabricio, *Bibliot. mediæ et infimæ Ætatis*, t. V, pp. 186, 187) quizás historiador sin segundo; era hijo de Leopoldo, marqués de Austria; su madre, Inés, era hija del emperador Enrique IV siendo el medio hermano y tío de Conrado III y Federico I. Dejó en siete libros una crónica de su tiempo en los *Gestis*

Frederici I, y la última obra se halla en el cuarto tomo de Muratori, con los demás historiadores. <<

[1491] Estamos deseando, decían los romanos ignorantes, restablecer el Imperio «in eum statum, quo fuit tempore Constantini et Justiniani, qui totum orbem vigore senatus et populi romani, suis tenuere manibus». <<

[1492] Otón de Fresinga, de *Gestis Frederici I*, l. I, c. 28, pp. 662-664. <<

[1493] «Hospes eras, civem feci. Advena fuisti ex Transalpinis partibus principem constitui». <<

[1494] «Non cessit nobis nudum imperium, virtute sua amictum venit, ornamenta sua secum traxit. Penes nos sunt consules tui», etc. No desecharan Cicerón ni Tito Livio tales pinceladas; elocuencia de un bárbaro nacido y educado en la selva Hercinia. <<

[1495] Otón de Fresinga, quien por cierto entendía el habla de la corte y dieta de Germania, nombra a los francos en el siglo XII como nación reinante (*Proceres Franci, equites Franci, manus Francorum*) añadiendo no obstante el adjetivo *teutonici*. <<

[1496] Otón de Fresinga, de *Gestis Frederici I*, l. II, c. 22, pp. 720-723. He ido copiando aquellas actas originales y auténticas con desahogo y fidelidad. <<

[1497] Muratori, de las crónicas de Ricobaldo y Francisco Pipino (dissert. XXVI, t. II, p. 492) ha trasladado este hecho curioso con los versos estrambóticos que acompañaban el regalo:

Ave decus orbis, ave! victus tibi destinor, ave!

Currus ab Augusto Frederico Caesare justo.

Vae Mediolanum! jam sentis spernere vanum

Imperii vires, proprias tibi tollere vires.

Ergo triumphorum urbs potes memor esse priorum
Quos tibi mittebant reges qui bella gerebant.

«Ne si dee tacere (me valgo de las disertaciones italianas t. I, p. 444) che nell'anno 1727, una copia desso Caroccio in marmo dianzi ignoto si scopri, nel campidoglio, presso alle carcere di quel luogo, dove Sisto V. l'avea falto rinchiudere. Stava esso posto sopra quatro colonne di marmo fino colla sequente inscrizione», etc; del mismo tenor que la antigua. <<

[1498] Refiérese la decadencia y vuelco de las armas y autoridad imperial en Italia con sabiduría imparcial, en los *Annali d'Italia* de Muratori (t. X, XI y XII) y los lectores pueden cotejar su relación con la *Histoire des Allemands* (t. III y IV) por Schmidt, que se ha granjeado el aprecio de sus paisanos. <<

[1499] «Tibur nunc suburbanum et aestivae Preneste deliciæ, nuncupatis in Capitolio votis petebantur». Todo el paso de Floro (l. I, c. 11) se leerá con recreo mereciendo elogios a un ingenio sobresaliente (*Œuvres de Montesquieu*, t. III, pp. 634, 635, ed. en 4°). <<

[1500] *Ne a feritate Romanorum, sicut fuerant Hostienses, Portuenses, Tusculanenses, Albanenses, Labicenses, et nuper Tiburtini destruerentur* (Mateo de París, p. 757). Estos acontecimientos asoman en los *Annali d'Italia* y el índice del tomo XVIII de Muratori. <<

[1501] Sobre el estado y ruinas de aquellas poblaciones suburbanas, las márgenes del Tíber, etc., véase el cuadro vivísimo del padre Labat (*Voyage en Espagne et en Italie*) quien moró por largo espacio en las cercanías de Roma, y la descripción más esmerada con que el padre Eschinard (Roma, 1750, en octavo) acompañó el mapa topográfico de Cingolani. <<

[1502] Labat (t. III, p. 233) menciona un decreto reciente del gobierno romano que ha querido apesadumbrar en extremo el orgullo y desamparo de Tívoli: «In civitate Tiburtinâ non vivitur civiliter». <<

[1503] Me desvío de mi método corriente de citar únicamente la fecha en los *Annali d'Italia* de Muratori, hecho cargo de la balanza crítica donde ha ido pesando hasta nueve escritores contemporáneos que mencionan la batalla de Túsculo (t. X, pp. 42-44). <<

[1504] Mateo de París, p. 345. Aquel obispo de Winchester era Pedro de Rupibus, que estuvo treinta y dos años ocupando aquel asiento (1206-1238 d. C.) y que suena en el historiador como soldado y estadista. <<

[1505] Véase Mosheim, *Institut. Histor. Ecclesiast.*, pp. 401, 403. El mismo Alejandro estaba en el disparador para quedar víctima en una elección reñidísima, y los merecimientos muy dudosos de Inocencio tan sólo preponderaron con la suma de numen e instrucción que puso san Bernardo en la balanza (véanse su vida y escritos). <<

[1506] El origen, dictados, importancia, procedencia, etc. de los cardenales romanos, se despejaron con maestría en Tomassin (*Discipline de l'Église*, t. I, p. 1262-1287); más modernamente se ha ido deslustrando su púrpura en gran manera. El sagrado colegio se ha fijado por fin en setenta y dos para representar con su vicario los discípulos de Jesucristo. <<

[1507] Véase la bula de Gregorio X, «approbante sacro concilio», en la *Sexte* de las leyes canónicas (l. I, tit. 6, c. 3) suplemento a las decretales que promulgó Bonifacio VIII en Roma, y dedicada a todas las universidades de Europa. <<

[1508] Tenía derecho el cardenal de Retz para retratar al vivo un

cónclave, el de 1655, habiendo hasta terciado en él (Mémoires, t. IV, pp. 15-57) mas no me cabe el justipreciar el conocimiento y autoridad de un italiano anónimo, cuya historia (Conclavi de Pontifici Romani, in cuarto, 1667) que se ha ido continuando desde el reinado de Alejandro VII. La planta accidental de la obra suministra una lección, aunque ningún antídoto, para los ambiciosos. Tras un laberinto de amaños y tramoyas, por fin venimos siempre a parar en la adoración del candidato venturoso, y luego a la vuelta de la hoja tropezamos con el pormenor de sus exequias. <<

[1509] Terminantes y gallardas son las expresiones del cardenal de Retz: *On y vecut toujours ensemble avec le méme respect, et la meme civilité que l'on observe dans le cabinet des rois, avec la méme politesse qu'on avoit dans la cour de Henri III, avec la méme familiarité que l'on voit dans le colléges; avec la méme modestie, qui se remarque dans les noviciats; et avec la méme charité, du moins en apparence qui pourrait étre entre des frères parfaitement unis*. <<

[1510] «Richiesti per bando (dice Juan Villani) sanatori di Roma, e 52 del popolo, et capitani de' 25, e consoli *(¿consoli?)* et 13 buone huomini, uno per rione». No es cabal nuestro conocimiento para afirmar hasta qué punto era temporal aquella constitución y hasta cuál permanente y usual, y los antiguos estatutos de Roma no dan la luz suficiente sobre el asunto. <<

[1511] Villani (l. X, c. 68-71, en Muratori, *Scriptores Rerum Italicarum*, t. XIII, pp. 641-645) trae aquella ley con todo el trance de la reunión, con mucha menos odiosidad que el cuerdo Muratori. Todo el que esté versado en aquellos siglos de lobreguez advertirá hasta qué punto el sentido, esto es, la insensatez, de la superstición es variable y por supuesto inconsecuente. <<

[1512] Véase en el tomo I de los papas de Aviñón, la segunda vida original de Juan XXII, pp. 142-145; la confesión del antipapa, pp. 145-152; y las notas harto trabajosas de Balucio pp. 714, 715. <<

[1513] «Romani autem non valentes nec volentes ultra suam celare cupiditatem gravissimam, contra papam movere coeperunt questionem, exigentes ab eo urgentissime omnia quae subierant per ejus absentiam damna et jacturas, videlicet in hispitiis locandis, in mercimoniis, in usuris, in redditibus, in provisionibus, et in aliis modis innumerabilibus. Quôd cum audisset papa, præcordialiter ingemuit, et se comperiens muscipulatum», etc. Mateo de París, p. 757. Para la historia corriente de los papas, su vida y muerte, su residencia y ausencia, bastará referirse a los analistas eclesiásticos Spondano y Fleury. <<

[1514] Además de las historias eclesiásticas generales de Italia y Francia, hay un tratado apreciable, compuesto por un amigo del Tuano, que sus editores últimos y mejores han publicado en el apéndice (*Histoire Particulière du grand Différend entre Boniface VIII et Philippe le Bel*, par Pierre du Puis, t. VII, p. XI, pp. 61-82). <<

[1515] Se hace arduo el descifrar a Labat (t. IV, pp. 53-57) ¿habla en chanza o de veras, al suponer que Agnani está todavía padeciendo los estragos de la maldición, y que mieses y viñedos y olivares quedan todos los años de suyo aneblados, siendo la naturaleza sirvienta del papa? <<

[1516] Véase en la *Crónica* de Juan Villani (l. VIII, c. 63, 64, 80, en Muratori, t. XIII) el encarcelamiento de Bonifacio VIII, y la elección de Clemente V, la cual, como casi todas las anecdotillas, adolece de dificultades y tropiezos. <<

[1517] Las vidas originales de los ocho papas de Aviñón, Clemente V, Juan XXII, Benedicto XII, Clemente VI, Inocencio VI, Urbano V, Gregorio XI y Clemente VII, se publicaron por Esteban Balucio (*Vitæ paparum Avenionensium*, París, 1693, dos tomos en cuarto) con muchas y esmeradas notas y un tomo seguido de actas y documentos. Con el afán verdadero de un editor y un patricio, va sincerando o disculpando las demasías de sus paisanos. <<

[1518] Los italianos parangonan el destierro de Aviñón con Babilonia y su lamentable cautividad. Metáfora tan extremada, más propia de los ímpetus de Petrarca que de la sensatez de Muratori, queda formalísimamente refutada en el prólogo de Balucio. Titubea el abate de Sade entre su cariño a Petrarca y a su país; pero aboga por él comedidamente, por cuanto se han remediado ya por punto general los inconvenientes que se padecían en aquella morada, y muchos de los vicios asentados por el poeta, se habían traído por la corte romana, con los advenedizos de Italia (t. I, pp. 23-28). <<

[1519] Felipe III de Francia cedió el condado venesino a los papas en 1273, después de heredar los dominios del conde de Tolosa. Cuarenta años antes, la herejía del conde Raimundo le brindó un pretexto para su aprensión y allá alegaban cierta pretensión añeja del siglo XI sobre ciertos territorios *citra Rhodanum* (Valesii, *Notitia Galliarum*, pp. 459, 610; Longuerue, Description de la France, t. I, pp. 376-381). <<

[1520] Si la posición de cuatro siglos no constituye ya de suyo un título, pudieran aquellas objeciones anular el contrato; mas debía ser con calidad de reintegro, puesto que había mediado el desembolso. «Civitatem Avenionem emit … per ejusmodi venditionem pecuniâ redundates», etc. (2° *Vita Clement. VI*, en Baluz. t. I, p. 272; Muratori, *Scriptores Rerum Italicarum*, t. III,

p. II, p. 565). La tentación única para Juana y su marido segundo era la del dinero, sin el cual no les cabía el regresar al solio de Nápoles. <<

[1521] Nombró luego Clemente V diez cardenales, nueve franceses y uno inglés (*Vita quarta*, p. 63, y Baluz, pp. 625 y ss.). Desechó el papa en 1331 dos candidatos recomendados por el rey de Francia, «Cardinales, de quibus XVII de regno Fraciae originem traxisse noscuntur in memorato collegio existant» (Tomassin, *Discipline de l'Église*, t. I, p. 1281). <<

[1522] Nuestra relación fundamental procede del cardenal Juan Cayetano (*Maxima Biblioth. Patrum*, t. XXV); y no me cabe deslindar si el sobrino del papa Bonifacio VIII era un mentecato o bien un bribón más despejada está la índole del tío. <<

[1523] Véase Juan Villani (l. VIII, c. 36) en el duodécimo volumen de la *Colección* de Muratori y el cronicón ateniense en el undécimo (pp. 191, 192). «Papa innumerabilem pecuniam abeisdem accepit, nam duo clerici, cum rastris», etc. <<

[1524] Ambas bulas de Bonifacio VIII y Clemente VI se hallan en el Corpus Juris Canonici (*Extravagant. Commun*. l. V, tit. IX, c. 1, 2). <<

[1525] Los años sabáticos y jubileos de la ley Mosaica (Car. Sigon. de *Republica Hebrœorum*, Opp. t. IV, l. III, c. 14, 15, pp. 151, 152) la suspensión de todo afán y trabajo, el descargo periódico de tierras, deudas, servidumbre, etc. aparece allá un rasgo caballeroso, pero cuya ejecución se hace absolutamente impracticable en una república *profana*, y quisiera que me constase cómo aquella festividad arruinadora se pudo observar en el pueblo judío. <<

[1526] Véase la crónica de Mateo Villani (l. I, c. 56) en el tomo XIV de Muratori y las *Mémoires sur la Vie de Pétrarque*, t. III, pp. 75-

89. <<

[1527] Chais, ministro Francés en la Haya, apuró el extinto con sus *Lettres Historiques et Dogmatiques sur les Jubilés et les Indulgences*, la Haya, 1751, tres tomos en 12°; obra esmeradísima y agradable y más si el autor no trabase contienda en vez de filosofar cuerdamente. <<

[1528] Muratori (*dissert*. XLVII) cita los anales de Florencia, Padua, Génova etc. cuya analogía corresponde con lo demás y con el testimonio Otón de Fresinga (de *Gestis Frederici I*, l. II, c. 13) y el rendimiento del marqués del Este. <<

[1529] Ya en el año 824 el emperador Lotario I tuvo por conveniente ir preguntando indistintamente al pueblo romano por qué ley nacional apetecía ser gobernado (Muratori, dissert. XXII). <<

[1530] Se dispara Petrarca contra aquellos advenedizos tiranos de Roma, en una declamación o epístola, cuajada toda de verdades valientes y de pedantería descabellada, en la cual se empeña en apropiar las máximas y aun preocupaciones de la República antigua al Estado del siglo XIV (Mémoires, t. III, pp. 157-169). <<

[1531] Pagi va historiando el origen y aventuras de aquella alcurnia judaica (*Crítica*, t. IV, p. 435, 1124 d. C., núm. 3, 4), sacando sus materiales del *Chronographus Maurigniacensis* y Arnulpus Sagiensis de Schismate (en Muratori, *Scriptores Rerum Italicarum*, t. III, p. I, p. 423-432). Será cierto el hecho, hasta el grado que corresponda; mas quisiera que se refiriese templadamente, antes de asestarlo por vía de vituperio contra el antipapa. <<

[1532] Ha compuesto Muratori dos disertaciones (la XLI y la XLII) sobre los nombres, apellidos y alcurnias de Italia. Algunos

señorones, empapados en sus fábulas caseras, se lastimarán tal vez con su crítica siempre cabal y templada; pero en verdad que tal cual onza de oro finísimo prepondera a largas libras de cualquier ínfimo metal. <<

[1533] El cardenal de san Jorge, en su historia poética, o más bien métrica, de la elección y coronación del papa Bonifacio VIII (Muratori, *Scriptores Rerum Italicarum*, t. III, p. I, p. 641 y ss.) va describiendo el estado y las familias de Roma a la sazón.

Interea titulis redimiti sanguine et armis
Illustresque viri Romanâ a stirpe trahentes
Nomen in emeritos tantae virtutis honores
Insulerant sese medios festumque colebant
Aurata fulgente toga, sociante catervâ.
Ex ipsis devota domus praestantis ab Ursâ
Ecclesiae, vultumque gerens demissius altum
Festa Columna jocis, necnon Sabellia mitis;
Stephanides senior, Comites, Annibalica proles,
Praefectusque urbis magnum sine viribus nomen.

(l. II, c. 5, 100, pp. 647, 648)

Los estatutos antiguos de Roma (l. III, c. 59, pp. 174, 175) deslindan once familias de barones que ésos tenían que jurar *in concilio communi*, ante el Senado que no abrigarían ni ampararían a malhechor alguno pregonado, etc. Debilísimo resguardo. <<

[1534] Es lastimoso que los mismos Colonnas no hayan sabido aprontar una historia cabal de su esclarecida alcurnia. Me conformo con Muratori (*dissert*. XLII, t. III, pp. 647, 648). <<

[1535] Pandulph. Pisan. en *Vit. Paschal. II*, en Muratori, *Scriptores Rerum Italicarum*, t. III, p. I, p. 335. Posee todavía la familia

pingües posesiones en la campiña de Roma, pero enajenaron a los Rospigliosi el feudo original de *Colonna* (Eschinard, pp. 258, 259). <<

[1536] «Te longinqua dedit tellus et pascua Rheni», dice Petrarca; y en 1417 un duque de Guelders y Juliers reconoce (Lenfant, *Hist. du Concile de Constance*, t. II, p. 539) su descendencia de los antepasados de Martín V (Otho Colonna); pero el autor regio de las *Memorias de Brandeburgo*, dice que el cetro en sus armas se ha equivocado con la columna. Para sostener el origen romano de los Colonnas se suponía agudamente (Diario di Monaldeschi, en *Scriptores Rerum Italicarum*, t. XII, p. 533) que un primo del emperador Nerón huyó de la ciudad y fundó Mentz en Germania. <<

[1537] No me cabe desentenderme del triunfo romano u ovación de Marco Antonio Colonna, que había mandado las galeras del papa, en la victoria naval de Lepanto (Thuan. *Hist*. l. 7, t. III, pp. 55, 56; Muret. *Oratio X*, Opp. I, pp. 180-190). <<

[1538] Muratori, *Annali d'Italia*, t. X, pp. 216, 220. <<

[1539] El apego de Petrarca a la casa de Colonna, autorizó al abate de Sade para explayarse sobre el estado de la alcurnia en el siglo XIV, la persecución de Bonifacio VIII, la índole de Esteban y sus hijos, sus competencias con los Ursinos, etc. (*Mémoires sur la Vie de Pétrarque*, t. I, pp. 98-110, 146-148, 174-176, 222-230, 275-280). Suele rectificar su crítica las especies que de oídas trae Villani, y los yerros de los modernos menos esmerados. Doy por extinguida la rama de Esteban. <<

[1540] Declaró Alejandro III a los Colonnas que se apasionaron por Federico I incapaces de obtener prebenda alguna ni beneficio (Villani, l. V, c. 1) y el último tizne de excomunión anual se acrisola con Sixto V (*Vita di Sisto V*, t. III, p. 416).

Traición, sacrilegio y proscripción suelen ser los principales dictados de la nobleza antigua. <<

[1541]

—*Vallis te proxima misit,*

Appenninigenae quâ prata virentia sylvae

Spoletana metunt armenta gregesque protervi.

Monaldelschi (t. XII, *Scriptores Rerum Italicarum*, p. 533) da origen francés a los Ursinos, lo que cabe ser aunque remotamente cierto. <<

[1542] En la vida métrica de Celestino V del cardenal de san Jorge (Muratori, t. III, p. I, p. 613 y ss.) hallamos un paso ilustrador y no desairado (l. I, c. 3, p. 203 y ss.)

—*genuit quem nobilis Ursae (¿Ursi?)*

Progenies, Romana domus, veterataque magnis

Fascibus in clero, pompasque experta senatus,

Bellorumque manû grandi stipata parentum

Cardineos apices necnon fastigia dudum

Papatûs iterata tenens.

Muratori (dissert. XLII, t. III) advierte que el primer pontificado Ursino de Celestino III es desconocido, y así propende a leer «*Ursi* progenies.» <<

[1543] «Filii Ursi quondam Celestini papæ nepotes, de bonis Eccelesiæ, romanæ ditati» (*Gesta Innocentis III*, en Muratori, *Scriptores Rerum Italicarum*, t. III, p. I). Descuella más la prodigalidad parcial de Nicolás III en Villani y en Muratori. Pero los Ursinos deslindarían a los sobrinos de un papa *moderno*. <<

[1544] Muratori, en la disertación LI de las *Antigüedades Italianas* desentraña las facciones de los güelfos y gibelinos. <<

[1545] Petrarca (t. I, p. 222-230) celebró aquella victoria según los Colonnas; pero dos contemporáneos, el uno florentino (Juan Villani, l. X, c. 220) y un romano (Ludovico Monaldeschi, pp. 533, 534) favorecen menos a sus armas. <<

[1546] El abate de Sade (t. I, notas, pp. 61-66) aplica la sexta *canzone* de Petrarca, *Spirto Gentil*… a Esteban Colonna el menor:

Orsi, lupi, leoni, aquile e serpi

Al una gran marmorea colonna

Fanno noja sovente e a se danno. <<

[1547] Las *Mémoires sur la Vie de Pétrarque* (Amsterdam, 3 tomos en 4°) componen una obra extensa, original e interesantísima, parto del cariño y del parentesco, trae noticias importantes de aquella época, y el héroe viene a engolfarse en un piélago de especies relativas a otros personajes, por los materiales del mismo Petrarca y de más de veinte biógrafos o historiadores sobre el mismo asunto. <<

[1548] Prevaleció por el siglo XV la interpretación alegórica; pero discuerdan mucho en las aplicaciones, entendiendo unos por Laura la religión, la virtud, la sagrada Virgen, la… Véanse los prólogos al primer y segundo volumen. <<

[1549] Laura de Noves, nacida por el año de 1307, se casó en enero de 1325 con Hugo de Sade, caballero de Aviñón; cuyos celos no procedían de amor, pues a los siete meses de viudo se desposó con otra, en abril de 1348 precisamente a los veinticinco años de haberla visto y enamorádose Petrarca. <<

[1550] «Corpus crebris partubus exhaustum»; de uno de los cuales descendía en décimo grado el abate de Sade, biógrafo amantísimo y agradecido de Petrarca, y muy probablemente aquel motivo le sugirió la especie de su obra, y le inclinó a

escudriñar todo el pormenor que pudiera corresponder a la historia e índole de su abuela (Véase en particular, t. I, pp. 122-133, notas, pp. 7-58; t. II, pp. 455-495, notas, pp. 76-82). <<

[1551] Vaucluse, tan trillado por muchos viajeros ingleses, se halla descrito por las mismas obras de Petrarca y el conocimiento propio del historiador (*Mémoires*, t. I, pp. 340-359). Era en suma el paradero de un ermitaño, y se equivocan infinito los modernos, que colocan a Laura y a su amante en aquel sitio, y en una cueva. <<

[1552] De mil doscientas cincuenta páginas de impresión menuda, en Basilea del siglo XVI sin fecha. El abate de Sade vocea y pregona el empeño de una reimpresión de todas las obras latinas de Petrarca, pero malicio que podría redundar poquísimo en beneficio del bibliotecario, y en diversión del público. <<

[1553] Consúltense los títulos de honor de Selden en su obra (vol. III, pp. 457-466). Un siglo antes de Petrarca recibió san Francisco visita de un poeta «qui ab imperatore fuerat coronatus et exinde rex versuum dictus». <<

[1554] Desde Augusto hasta Luis, han solido las musas ser embusteras y venales, pero dudo mucho que ningún siglo o corte pueda suministrar un ejemplar igual de un poeta pagado, que en todo reinado, tiene que aprontar dos veces al año una porción de alabanzas y versos, cantables en la capilla, y supongo que en presencia del soberano. Hablo con este desahogo, porque conceptúo que la mejor oportunidad es ahora, con un príncipe virtuoso y un poeta de numen, para abolir práctica tan sumamente ridícula. <<

[1555] Isocrates (en *Panegyrico*, t. I, pp. 116, 117, ed. Battie, Cantab. 1729) invoca para su patria Atenas la gloria de plantear y recomendar ἀλῶνας - καὶ τὰ ἆθλα μέγιστα - μὴ

μόνον τάχους καὶ ῥώμης, ἀλλὰ καὶ λόγων καὶ γνώμης. Se remedó el ejemplo del panateneo en Delfos; mas los juegos Olímpicos desconocían la corona de música, hasta que vino a usurparlo a viva fuerza la tiranía disparatada de Nerón (Suet. en *Nerone*, c. 23; Philostrat. *apud* Casaubon *ad locum*; Dion Cassio, o Xiphilin, l. LXIII, pp. 1032, 1041; Potter, *Greek Antiquities*, vol. I, pp. 445, 450). <<

[1556] Los juegos Capitolinos («quinquenale certamen *musicum*, equestre, gymnicum»), se instituyeron con Domiciano (Sueton. c. 4) en el año 86 d. C. (Censorin. de *Die Natali*, c. 18, p. 100, ed. Havercamp.) y no se abolieron hasta después del siglo IV (Ausonio, de *Professoribus Burdegal. V*). Si se concedía la corona al mérito esclarecido, la exclusión de Estatio («Capitolia nostræ inficiata lyræ», *Silv*. l. III, v. 31) honra al certamen del Capitolio; pero los poetas latinos que florecieron antes de Domiciano, recibían únicamente la corona de la opinión pública. <<

[1557] Petrarca y los senadores de Roma ignoraban que el laurel no era corona Capitolina, sino Délfica (Plinio, *Hist. Natur*., XV, 39; *Histoire Critique de la République des Lettres*, t. I, pp. 150-220). Los vencedores en el Capitolio se coronaban con una guirnalda de encina (Marcial, l. IV, *Ep*. 54). <<

[1558] El afectuoso descendiente de Laura se afana en desagraviar, y con éxito, su castidad acendrada, contra las censuras de los circunspectos y los escarnios de los profanos (t. II, notas, pp. 76-82). <<

[1559] El abate de Sade va describiendo todos los pasos de la coronación de Petrarca (t. I, pp. 425-435; t. II, pp. 1-6, notas, pp. 1-13) por sus propios escritos y el *Diario de Roma* por Ludovico Monadelschi, sin inspirar su narrativa con las fábulas más recientes de Sannuccio Delbene. <<

[1560] El acta original está impresa entre los documentos de las *Mémoires sur la Vie de Pétrarque*, t. III, pp. 50-53. <<

[1561] Para comprobar su entusiasmo con Roma, puede cualquiera abrir Petrarca a bulto, o bien su biógrafo francés. En este autor se halla descrita la primera visita del poeta a Roma. Pero en vez de tanta retórica hueca y excusada, pudiera Petrarca interesar a sus lectores con una relación original de la ciudad y de su triunfo. <<

[1562] Lo desempeñó la pluma de un jesuita, el padre du Cerçeau, cuya obra póstuma (*Conjuration de Nicolas Gabrini, dit de Rienzi, Tyran de Rome, en 1347*) se publicó en París, 1748, en 12°, le debe algunas especies tomadas de Juan Hocsemio, canónigo de Lieja, historiador contemporáneo (Fabricio, *Bibliot. Latín. medii Ævi*, t. III, p. 273; t. IV, p. 85). <<

[1563] El abate de Sade, que se explaya tantísimo en la historia del siglo XIV, pudiera referir oportunamente una revolución en que Petrarca se interesaba tan entrañablemente (Mémoires, t. II, pp. 50, 51, 320-417, notas, pp. 70-76; t. III, pp. 221-243, 366-375). Ni siquiera un concepto o un hecho se le pasó por alto. <<

[1564] Juan Villani, l. XII, c. 89, 104, en Muratori, *Scriptores Rerum Italicarum*, t. XIII, pp. 969, 970, 981-983. <<

[1565] Muratori ha insertado en el tercer tomo de sus *Antigüedades Italianas* los fragmentos de historia romana, desde 1327 hasta 1354, en el dialecto original de Roma y Nápoles en aquel tiempo, con una versión latina para el uso de los extranjeros. Contiene una vida particularísima de Colà (Nicolás) Rienzi, impresa en Bracciano, 1627, en 4°, bajo el nombre Tomaso Fortifiocca, que tan sólo se menciona en la obra por el castigo que le impone el tribuno, como falsario. Apenas cabe en la naturaleza humana imparcialidad tan peregrina y mentecata:

pues prescindiendo del autor de los *Fragmentos*, escribió allí mismo y en el propio tiempo, y está retratando sin empeño ni artificio las costumbres de Roma y la índole del tribuno. <<

[1566] El arranque esplendoroso de Rienzi, su gobierno tribunicio, se halla en el capítulo dieciocho de los *Fragmentos*, que por la nueva división asoma en el libro segundo de la historia, en treinta y ocho pequeños capítulos o secciones. <<

[1567] Podían los lectores tal vez acercarse con una muestra del idioma original: «*Fò da soa juventutine nutricato di latte de eloquentia, bono gramatico, megliore rettuorico, autorista bravo. Deh como et quanto era veloce leitore! moito usava Tito Livio, Seneca, et Tullio, et Balerio Massimo, moito li dilettava le magnificentie di Julio Cesare raccontare. Tutta la die se speculava negl' intagli di marmo lequali iaccio intorno Roma. Non era altri che esso, che sapesse lejere li antichi pataffii. Tutte scritture antiche vulgarizzava; quesse fiure di marmo justamente interpretava. On come spesso diceva, 'Dove suono quelli buoni Romani? dove ene loro somma justitia? poleramme trovare in tempo che quessi fiuriano!*». <<

[1568] Parangona Petrarca los celos de los romanos, un templo accesible de los mandos aviñoneses (*Mémoires*, t. I, p. 330). <<

[1569] Se hallan los fragmentos de la *Lex regia*, en las *Inscripciones* de Grutero, t. I, p. 242, y al fin del *Tácito* de Ernesti, con tal cual nota sabia del editor, tomo II. <<

[1570] No pasaré por alto un desbarro portentoso y risible de Rienzi. Autoriza la ley regia Vespasiano para ensanchar el ejido o *pomœrium*, voz corriente para todo anticuario; mas no lo era para el tribuno, pues la equivoca con *pmarium*, un huerto, y traduce «lo Jardino di Roma cioene Italia», y así lo copia, con ignorancia menos disculpable, el traductor latino (p. 406), y el historiador francés (p. 33); y hasta el eruditísimo Muratori se

adormeció sobre este paso. <<

[1571] «Priori (*Bruto*) tamen similior, juvenis uterque, longe ingenic quam cujus simulationem induerat, ut sub hoc obtentû liberator ille P R. aperiretur tempore suo […] Ille regibus, hic tyrannis contemptus» (*Opp*. p. 536). <<

[1572] Leo en uno de los manuscritos «perfumante quatro *solli*», en otro «quatro *fiorini*», variando de entidad, puesto que el florín equivalía a doce sueldos romanos (Muratori, dissert. XXVIII). La lección primera nos daría un vecindario de veinticinco mil y la última de doscientas cincuenta mil familias, y me temo que la primera es más conforme con el menoscabo de Roma y su territorio. <<

[1573] Hocsemio, p. 398, *apud* du Cerçeau, *Hist. de Rienzi*, p. 194. Las quince leyes tribunicias se hallan en el historiador romano (que por la brevedad llamo) Fortifiocca, l. II, c. 4. <<

[1574] Fortifiocca, l. II, c. 11, En el pormenor de aquel naufragio, asoman algunas circunstancias, acerca del convenio y navegación de aquel siglo. I. El bajel se había construido y flotado en Nápoles, para los puertos de Marsella y Aviñón. II. La tripulación era de Nápoles y la isla Œnaria, menos amaestrados que los de Sicilia y Génova. III. Se navegaba costeando desde Marsella hasta la embocadura del Tíber, donde se abrigaban en los temporales, pero en vez de encarcelarse, por desgracia tropezaron con un bajío; varó el buque y se salvaron los marineros. IV. El cargamento que fue saqueado traía las rentas de Provenza, para el erario, muchos sacos de pimienta y cinamomo, y fardos de paño francés, hasta el valor de veinte mil florines, presa de consideración. <<

[1575] Así sucedía que los conocidos antiguos de Cromwell, recordando su primero y vulgarísimo asomo en el Parlamento, se pasmaron al presenciar el desahogo y majestad, con que el ya

Protector se ostentaba en su solio (Véase Harris, *Life of Cromwell*, p. 27-34, con los demás historiadores, Clarendon, Warwick, Whitelocke, Waller, etc.). El concepto del propio mérito y desempeño suele a veces nivelar el recién alzado con su nuevo encumbramiento. <<

[1576] Véanse las causas, circunstancias y resultados de la muerte de Andrew en Giannone (t. III, l. XXIII, pp. 220-229) y la *Vida de Petrarca* (Mémoires, t. II, pp. 143-148, 245-250, 375-379, notas, pp. 21-37). Se empeña el abate de Sade en apocar su delito. <<

[1577] El letrado que abogaba contra Juana no alcanzó a reformar y compendiar la carta de su dueño. «Johanna! inordinata vita praecedens, retentio potestatis in regno, neglecta vindicta, vir alter susceptus, et excusatio subsequens, necis viri tui te probant fuisse participem et consortem». Juana de Nápoles y María de Escocia se asemejan asombrosamente. <<

[1578] Véase la *Epistola Hortatoria de Capessenda Republica*, de Petrarca a Rienzi y la quinta égloga, o pastoral con su perpetua y esmerada alegoría. <<

[1579] Plutarco en sus *Cuestiones Romanas* (Opuscul. t. I, pp. 505, 506, ed. Græc. Hen. Steph.) deslinda con arreglo a la constitución, la grandeza sencilla de los tribunos, que en suma no eran magistrados, sino fiscales de la magistratura. Por derecho y por interés, ὁμοιοῦσθαι καί σχήματι καὶ οτολῇ καὶ διαίτη τοῖς ἐπιτυγχάνουοι τῶν τολιτῶν … καταπατεῖσθαι δεῖ (dice C. Curio) καὶ μὴ σεμνὸν εἶναι τῇ ὕψει μηδὲ δυσπρόσοδον …ὃσῳ δὲ ηᾶλλον ἐκταπεινοῦται τῷ σώματι, τοσούτῳ μᾶλλον αὔξεται τῇ δυνάμει, etc. Rienzi y aun el mismo Petrarca eran tal vez incapaces de leer un filósofo griego, mas pudieran empaparse en el debido concepto, ateniéndose a sus latinos

predilectos, Tito Livio y Valerio Máximo. <<

[1580] No acierto a verter en inglés el expresivo *Zelador* italiano, que se apropió Rienzi. <<

[1581] *Era bell'homo* (l. II, c. 1, p. 399). Se hace reparable que el *riso sarcastico* de Bracciano, falta en el manuscrito romano, de donde publicó Muratori su edición. En su segundo reinado, cuando lo tiznan con accidentes de monstruo: «Rienzi travea una ventresca tonna trionfale, a modo de uno Abbate Asiano», o Asinino (l. III, c. 18, p. 523). <<

[1582] Por más extraña que parezca esta función, no carece de ejemplo. En 1327, dos barones, uno Colonna y otro Ursino, para el equilibrio se crearon caballeros por el pueblo romano; se bañaron en agua rosada, su lecho era de la mayor magnificencia y los sirvieron en el templo de Araceli los veintiocho *buoni huomini*. Después recibieron de Roberto de Nápoles sus espadas de caballeros (*Hist. Rom.*, l. I, c. 2, p. 259). <<

[1583] Creían los partidos contrapuestos en el baño y la lepra de Constantino (Petrarca, *Epist. Famil.* VI, 2), y Rienzi sinceró su conducta, manifestando a la corte de Aviñón que una vasija usada por un pagano jamás debía profanarse por cristiano alguno. Delito que se especifica en las bulas de excomunión (Hocsemio *apud* du Cerçeau, pp. 189, 190). <<

[1584] Esta intimación verbal del papa Clemente VI, que estriba en la autoridad del historiador romano y un manuscrito del Vaticano, la impugna el biógrafo de Petrarca (t. II, notas, pp. 70-76) con razones más bien decorosas que eficaces. La corte de Aviñón no tuvo a bien ventilar cuestión tan vidriosa. <<

[1585] Las intimaciones de ambos emperadores, monumento de libertad y desvarío, se hallan en Hocsemio (du Cerçeau, pp. 163-166). <<

[1586] Es de extrañar que el historiador romano se haya descuidado de la coronación de siete veces, que se comprueba por su propio testimonio y por Hocsemio, y aun de Rienzi (du Cerçeau, pp. 167-170, 229). <<

[1587] «Puoi se faceva stare denante a se, mentre sedeva, li baroni tutti in piedi ritti co le vraccia piecate, e co li capucci tratti. Deh como stavano paurosi!» (*Hist. Rom*. l. II, c. 20 p. 439). Si él los vio, yo los estoy viendo. <<

[1588] La carta original, en que Rienzi sincera su trato con los Colonnas (Hocsemio, *apud* du Cerçeau, pp. 222-229) está trazada en matices subidos la mezcla del loco y el malvado. <<

[1589] Rienzi en la carta sobredicha atribuye a san Martín el tribuno Bonifacio VIII, enemigo de los Colonnas también, y al pueblo romano, la gloria de aquel día, que Villani igualmente (l. XII, c. 104) describe como refriega escuadronada. La escaramuza o guerrilla, la huida de los romanos y cobardía de Rienzi, se retratan en la narrativa sencilla y circunstanciada de Fortifiocca o el ciudadano anónimo (l. II, c. 34-37). <<

[1590] Al referir la caída de los Colonnas hablo únicamente de la alcurnia de Esteban el mayor, por más que du Cerçeau lo confunda con su hijo. Cesó aquella rama, pero la familia se fue perpetuando con los vástagos colaterales en los cuales no me hallo muy entrado. «Circumspice —dice Petrarca—, familiae tuae statum, Columniensium *domos*: solito pauciores habeat columnas. Quid ad rem? modo fundamentum stabile, solidumque permaneat». <<

[1591] Los cardenales Colonnas fundaron, dotaron y escudaron el convento de san Silvestre, para las hijas de familia que abrazasen el estado monástico, y que en 1318 llegaron a ser hasta doce. Las otras pudieron casarse con la parentela en cuarto grado, y se sinceró la dispensa con el corto número de enlaces íntimos entre

las alcurnias hidalgas de Roma (*Mémoires sur la Vie de Pétrarque*, t. I, p. 110; t. II, p. 401). <<

[1592] Escribió Petrarca una carta empalagosa y pedantesca por consuelo (*Fam*. l. VII, *Ep*. 13, pp. 682, 683). Desaparece el amigo con los rasgos del patricio. «Nulla toto orbe principum familia carior; carior tamen respublica, carior Roma, carior Italia».

Je rends grâces aux Dieux de n'etre pas Romain>. <<

[1593] Polistorio, escritor contemporáneo, apunta enmarañadamente el consejo y la oposición, quien conservó algunos hechos originales y curiosos (*Scriptores Rerum Italicarum*, t. XXV, c. 31, pp. 798-804). <<

[1594] Los breves y bulas de Clemente VI contra Rienzi se hallan traducidos por el padre du Cerçeau (pp. 196, 232), de los *Anales Eclesiásticos* de Oderico Raynaldo (1347 d. C., núm. 15, 17, 21 y ss.) quien los encontró en los archivos del Vaticano. <<

[1595] Refiere Mateo Villani el origen, temple y muerte del conde de Minorbino, sujeto *da natura inconstante e senza fede*, cuyo abuelo, notario travieso se enriqueció y se hidalgó con los despojos de los sarracenos de Nocera (l. VII, c. 102, 103). Véase su encarcelamiento y los conatos de Petrarca, t. II, pp. 149-151. <<

[1596] Los disturbios de Roma desde la partida y regreso de Rienzi se hallan en Mateo Villani (l. II, c. 47, l. III, c. 33, 57, 78) y en Tomás Fortifiocca (l. III, c. 1-4) He ido trazando de paso los personajes de menor bulto, meros remedadores del tribuno original. <<

[1597] Aquellas visiones desconocidas al parecer por los íntimos y los émulos de Rienzi, y abultadas por el afán de Polistorio, inquisidor dominico (*Scriptores Rerum Italicarum*, t. XXV, c. 36,

p. 819). Si el tribuno enseñara que el Espíritu Santo procedía del Hijo, que se debía dar al través con la tiranía del papa, se le pudiese rematar como hereje y traidor sin lastimar al pueblo romano. <<

[1598] El pasmo y tal vez envidia de Petrarca comprueba, si no la realidad de este hecho increíble, por lo menos su veracidad. El abate de Sade (*Mémoires*, t. III, p. 242) cita la sexta carta del décimo tercer libro de Petrarca, pero corresponde al manuscrito regio, y no a la edición común de Basilea (p. 920). <<

[1599] Egidio, o Gil Albornoz, español esclarecido, arzobispo de Toledo, y cardenal legado en Italia (1353-1367 d. C.), restableció con sus armas y consejos el dominio temporal de los papas. Sepúlveda escribió por separado su vida: pero Dryden anduvo descaminado en suponer que su nombre y el del cardenal Volsei hubiesen llegado a oídos del Mufti en Don Sebastián. <<

[1600] De Mateo Villani y Fortifiocca, extracta el padre du Cerçeau (pp. 344-394) la vida y muerte del caballero Montreal, vida de un salteador, y muerte de un héroe. Encabezando una guerrilla anduvo asolando Italia y paró en opulento y formidable, con dinero en todos los bancos, y sólo en el de Padua hasta sesenta mil ducados. <<

[1601] El destierro, gobierno segundo y muerte de Rienzi, los refiere individualmente un romano anónimo que asoma como ajeno de su amistad y su encono (l. III, c. 12-25). Petrarca, amante del *tribuno*, se desentendió del paradero del *senador*. <<

[1602] Las esperanzas y desengaños de Petrarca van descritos con sus propias palabras y amenidad preciosa en el biógrafo francés (*Mémoires*, t. III, pp. 375-413); pero el saetazo mortal aunque reservado, para él, fue la coronación de Zanubi como poeta laureado por Carlos IV. <<

[1603] Véase en el esmerado y entretenido biógrafo el recurso de Petrarca y de Roma a Benedicto XII, en 1334 (*Mémoires*, t. I, pp. 261-265), a Clemente VI en 1342 (t. II, pp. 45-47) y a Urbano V en 1366 (t. III, pp. 677-691): su elogio en varias partes y disculpa del último. Su contienda avinagrada sobre los merecimientos de Francia e Italia se halla *Opp*. pp. 1068-1085. <<

[1604]

Squalida sed quoniam facies, neglectaque cultû

Caesaries; multisque malis lassata senectus

Eripuit solitam effigiem: vetus accipe nomen;

Roma vocor.

(*Carm*. l. II, p. 77)

Sigue luego el hilo sutil de la alegoría, descompasada e insufriblemente. Las cartas en prosa a Urbano V son más sencillas y persuasivas (Senilium, 1, VII, pp. 811-827; l. IX, *Ep*. I, pp. 844-854). <<

[1605] No me cabe vagar para explayarme con las leyendas de santa Brígida y de santa Catalina, aunque la última daría campo para cuentecillos entretenidos. Se impresionó con ellos sobremanera el papa Gregorio XI, como lo acreditan las últimas palabras dichas con tantas veras por el papa moribundo, quien está encargando a los circunstantes «ut caverent ab hominibus, sive viris, sive mulieribus, sub specie religionis loquentibus visiones sui capitis, quia per tales ipse seductus», etc. (Balucio, *Not. ad Vitæ paparum Avenionensium*, t. I, p. 1223). <<

[1606] Refiere Froissard aquella expedición piratesca (*Chronique*, t. I, p. 230) y en la *Vida de du Guesclin* (*Collection Générale des Mémoires Historiques*, t. IV, c. 16, pp. 107-113). Ya en el año 1361 otros salteadores habían pirateado hasta la corte de

Aviñón, quienes llegaron después a tramontar los Alpes (*Mémoires sur la Vie de Pétrarque*, t. III, pp. 563-569). <<

[1607] Fleury se vale de los anales de Oderico Raynaldo, quien cita un tratado original firmado el 21 de diciembre de 1376 entre Gregorio XI y los romanos (*Hist. Ecclésiastique*, t. XX, p. 275). <<

[1608] La primera corona o reino (Ducange, *Gloss. Latin. mediæ et infimæ Ætatis*, t. V, p. 702) sobre la tiara o mitra episcopal de los papas, se supone don de Constantino o de Clodovico y Bonifacio VIII la segunda como emblema de mando temporal no menos que el espiritual. Los tres estados de la iglesia se representan con la corona triple que introdujeron Juan XXII o Benedicto XII (*Mémoires sur la Vie de Pétrarque*, t. I, pp. 258, 259). <<

[1609] Balucio (*Not. ad Vitæ paparum Avenionensium*, t. I, pp. 1194, 1195) saca a luz el testimonio original que acredita las amenazas de los embajadores romanos y la navegación del abad de Monte Casino «qui ultro se offerens, respondit se civem romanum esse, et illud velle quod ipsi vellent». <<

[1610] El regreso de los papas de Aviñón a Roma, y su recibimiento por el pueblo se hallan en las vidas originales de Urbano V y Gregorio XI en Balucio (*Vitæ paparum Avenionensium*, t. I, pp. 363-486) y Muratori (*Scriptores Rerum Italicarum*, t. III, p. I, pp. 610-712). En cuanto a la contienda del cisma, todas sus circunstancias se escudriñaron con ahínco y rigor si no con parcialidad y especialmente en la gran pesquisa que causó la contienda sobre la obediencia de Castilla, a la cual acude Balucio explayadamente en sus notas por un manuscrito en la biblioteca de Harley (pp. 1281 y ss.). <<

[1611] ¿Cabe justipreciarse la muerte de un justo como castigo por

cuantos están cayendo en la inmortalidad del alma? Endeble será su tesón en la fe. En suma, aunque puramente filósofo, no estoy con los griegos ὃν οʻι θέοι φιλοῦσιν ἀποθνήσκει νέος (Brunk, *Poetæ Gnomici*, p. 231). Véase en Herodoto (l. I, c. 31) el cuento moral y agradable de la juventud argiva. <<

[1612] En el primer libro de la *Histoire du Concile de Pise*, Lenfant ha ido parangonando concisamente los secuaces de Urbano y Clemente según sus propias relaciones, de los italianos y germanos, de los franceses y españoles. Parece que los últimos eran los más eficaces y elegantes, y hechos y palabras se van exponiendo en las vidas de Gregorio XI y Clemente VII por Balucio, sostenido todo con sus respectivas notas en Balucio, su editor. <<

[1613] Los números ordinales de los papas decidían al parecer la cuestión contra Clemente VII y Benedicto XII, a quienes los italianos tiznan resueltamente con el apodo de antipapas, al paso que los franceses abogan comedidamente por la duda y la tolerancia (Balucio en Præfat). Es de extrañar, o más bien no es absolutamente extraño, que menudeen santos, visiones y milagros por ambas partes. <<

[1614] Balucio se afana ahincadamente (*Not.* pp. 1271-1280) en sincerar los motivos acendrados de Carlos V, rey de Francia, que se negó a oír los argumentos de Urbano; pero, ¿no ensordecían igualmente los urbanistas para las razones de Clemente? <<

[1615] Una carta o declamación, en nombre de Eduardo III (Balucio, *Vitæ paparum Avenionensium*, t. I, p. 553) está demostrando el afín de la nación inglesa contra los clementinos; con atenerse meramente a palabras, pues el obispo de Norwich capitaneó una cruzada allende el mar de sesenta mil fanáticos (Hume, *History of England*, vol. III, pp. 57, 58) <<

[1616] Además de los historiadores generales, los diarios de

Delfino Gentilo, de un tal Pedro Antonio y de Esteban Infesura, en la gran *Colección* de Muratori, están manifestando el estado y las desventuras de Roma. <<

[1617] Da por supuesto Giannone (t. III, p. 292) que se apellidaba a sí mismo *Rex Romæ*, dictado desconocido al mundo desde la expulsión de Tarquino; pero un recibo más ahincado ha despejado la lección de *Rex Romæ*, un reinezuelo anejo a la corona de Hungría. <<

[1618] El empeño acaudillador y eficacísimo de Francia en aquel cisma, asoma en una historia separada de Peter du Puis, sacada de documentos auténticos, e inserto en la edición última y más aventajada de su amigo el Tuano (p. XI, pp. 110-184). <<

[1619] En cuanto a la medida, Juan Gerson era el doctor sólido y campeón de su doctrina, y luego el guión de los pasos de la universidad de París y de la Iglesia galicana, como se manifiesta por extenso en sus escritos teológicos, de los cuales Le Clerc (*Bibliothéque Choisie*, t. X, pp. 1-78) ha dado un extracto apreciable. Descolló Juan Gerson en los concilios de Pisa y de Constancia. <<

[1620] Leonardo Bruno Aretino, uno de los resucitadores de la literatura clásica en Italia, quien, después de ejercer el cargo de secretario de la corte de Roma por largos años, se retiró con el empleo más honorífico de canciller de la República de Florencia (Fabricio, *Bibliot. Latín. medii Ævi*, t. I, p. 290). Lenfant trae la versión de aquella carta curiosa (*Concile de Pise*, t. I, pp. 192-195). <<

[1621] No me cabe pasar por alto la gran causa nacional sostenida por los embajadores ingleses contra Francia, con todo ahínco. Se empeñaban los otros en que la cristiandad estaba esencialmente repartida entre las cuatro grandiosas naciones con sus votos,

Italia, Germania, Francia y España, y que los reinos menores (como Inglaterra, Portugal, Dinamarca, etc.) iban embebidos en una u otra de aquellas divisiones mayores. Porfiaban los ingleses, que las islas británicas que estaban ellos encabezando, debieran considerarse como quinta y cabal nación, con voto igual, y acudían a todo género de argumentos de la verdad o de la fábula para engrandecer su patria. Abarcando Inglaterra, Escocia, Gales, los cuatro reinos de Irlanda y las Orcadas, se condecoran las islas británicas en ocho coronas regias, particularizándose con cuatro o cinco idiomas diferentes, inglés, galés, de cornuallés, escocés, irlandés, etc. La isla mayor de norte o sur tiene hasta ochocientas millas [1287,44 km] de travesía, o cuarenta jornadas, y luego Inglaterra sola contiene treinta y dos comarcas y cincuenta y dos mil iglesias parroquiales (¡relación harto arrojada!) además de las catedrales, colegios, priorados y hospitales, celebran la venida de Josef de Arimatea, el nacimiento de Constantino, y la potestad de legación de sus primados, sin olvidar el testimonio de Bartolomé de Glanville (1360 d. C.), quien tan sólo cuenta cuatro reinos cristianos: 1. el de Roma, 2. el de Constantinopla, 3. el de Irlanda, trasladado a los monarcas ingleses y 4. el de España. Prevalecieron en el concilio nuestros paisanos, pero las victorias de Enrique V, corroboraron en gran manera sus argumentos. Los alegatos contrarios fueron encontrados en Constance por Robert Wingfield, embajador de Enrique VIII con el emperador Maximiliano I, e impresos por él en 1517, en Louvain. Están publicados más correctamente de un manuscrito en Lepzig, en la *Colección* de Von der Hardt, t. V, pero yo sólo vi el resumen de Lenfant de esas actas (*Concile de Constance*, t. II, pp. 447, 453 y ss.). <<

[1622] Historió los tres concilios consecutivos de Pisa, Constancia

y Basilea, con regular despejo y veracidad, el ministro protestante Lenfant, retirándose de Francia a Berlín. Son seis tomos en cuarto, y aparece peor lo de Basilea y lo mejor todo lo relativo a Constancia, en la *Colección*. <<

[1623] Véase la disertación vigésimo séptima de las *Antigüedades Italianas* de Muratori, la primera Instrucción de la *Science des Médailles* del padre Joubert y el Barón de la Bastie. La *Historia metálica* de Martín V y sucesores fue compuesta por los monjes Moulinet, francés, y Bonani, italiano, mas entiendo que la primera parte de aquella serie se arregló por monedas más recientes. <<

[1624] Además de las vidas de Eugenio IV (*Scriptores Rerum Italicarum*, t. III, p. I, p. 869; t. XXV, p. 256). los diarios de Pablo Petroni y Esteban Infesura, son los testimonios más terminantes para la asonada de los romanos contra Eugenio IV. El primero, que vivía en aquel tiempo y en el propio sitio, prorrumpe en los arranques de un ciudadano, igualmente enemigo de la tiranía sacerdotal que de la popular. <<

[1625] Refiere Lenfant la coronación de Federico III (*Concile de Basle*, t. II, pp. 276-288) por Eneas Silvio, testigo e interventor en aquel grandioso aparato. <<

[1626] El juramento de fidelidad, impuesto al emperador por el papa suena y se santifica en las Clementinas (l. II, tit. IX) y Eneas Silvio, quien se opone a este nuevo requisito, no podía prever que luego ascendería al mismo solio, y se empaparía en las idénticas máximas de Bonifacio VIII. <<

[1627] «Lo senatore di Roma, vestito di brocarto con quella beretta, e con quelle maniche, et ornamenti di pelle, co' quali va alle feste di Testaccio e Nagone», pudo trasponerse a Eneas Silvio, pero lo celebra complacidamente el ciudadano de Roma (*Diario di Stephano Infessura*, p. 1133). <<

[1628] Véase en los estatutos de Roma el *senador* y los tres *jueces* (l. I, c. 3-14) los *conservadores* (l. I, c. 15, 16, 17; l. III, c. 4), los *caporioni* (l. I, c. 18; l. III, c. 8), el *concilio secreto* (l. III, c. 2), el *concilio general* (l. III, c. 3). El título de los *feudos, retos, violencia*, etc. se extiende a varios capítulos (c. 14-40) del libro segundo. <<

[1629] *Statuta almæ Urbis Romæ Auctoritate S. D. N. Gregorii XIII Pont. Max. a Senatu Popoloque Rom. reformata et edita Romæ, 1580, in folio*. Los viejos y repugnantes estatutos de la Antigüedad quedaron reformados o revueltos en cinco libros, y Lucas Peto, jurista y anticuario, fue el encargado de ser el Triboniano moderno. Echo de menos el código ramplón, con toda su corteza arrugada de barbarie y desahogo. <<

[1630] En mi tiempo (1765) y en Grosley (*Observations sur l'Italie*, t. II, p. 361) era el senador de Roma Bielke, caballero sueco y alumno de la fe católica. El derecho del papa sobre la elección de senador se da por supuesto, mas no se expresa en los estatutos. <<

[1631] La narración curiosa, aunque sucinta de Maquiavelo (*Istoria Fiorentina*, l. VI, *Opere*, t. I, pp. 210, 211, ed. Londra, 1747, en 4°) se refiere a la conspiración porcaria y se remite al diario de Esteban Infesura (*Scriptores Rerum Italicarum*, t. III, p. II, pp. 1134, 1135) y en un tratado aparte de León Bautista Alberti (*Scriptores Rerum Italicarum*, t. XXV, pp. 609-614). Es halagüeño el cotejar el estilo y los arranques de un palaciego con los de un mero ciudadano. «Facinus profecto quo […] neque periculo horribilius, neque audaciâ detestabilius, neque crudelitate tetrius, a quoquam perditissimo uspiam excogitatum sit […] Perdette la vita quell' huomo da bene, e amatore dello bene e libertà di Roma». <<

[1632] Los disturbios de Roma, estimulados en gran manera con la

parcialidad de Sixto IV, están patentes en los diarios de Esteban Infessura y otro ciudadano anónimo que los presenciaron. Véanse los trastornos en el año 1484, y la muerte del protonotario Colonna en el t. III, p. II, pp. 1083, 1158. <<

[1633] *Est toute la terre de l'eglise troublee pour cette partialité (des Colonnes et des Ursins) come nous dirions Luce et Grammont, ou en Hollande Houc et Caballan; et quand ce ne seroit ce differend la terre de l'eglise seroit la plus heureuse habitation pour les sujets qui soit dans toute le monde (car ils ne payent ni tailles ni gueres autres choses,) et seroient toujours bien conduits, (car toujours les papes sont sages et bien conseillés); mais tres souvent en advient de grands et cruels meurtres et pilleries*. <<

[1634] Con las economías de Sixto V, las rentas del Estado ascendieron a dos millones y medio de coronas romanas (*Vita di Sisto V*, t. II, pp. 291-296) y la milicia estalla planteada con tal acierto, que Clemente VII en un solo mes pudo invadir el ducado de Ferrara con tres mil caballos y veinte mil infantes (t. III, p. 64). Desde entonces (1597 d. C.) se enmudecieron venturosamente las armas papales, pero las rentas habían logrado algún aumento nominal. <<

[1635] Con especialidad por Guicciardini y Maquiavelo, en la historia general del primero, en la Florentina, en *El Príncipe* y en los discursos políticos del segundo. Éstos, con sus dignísimos sucesores Fra-Paolo y Davila, se conceptuaban fundadamente los primeros historiadores en las lenguas modernas, hasta que en el siglo presente descolló Escocia, para cumplir en la misma Italia. <<

[1636] Parangoné en la relación del sitio godo a los bárbaros con los súbditos de Carlos V (véase más arriba); anticipación que practiqué, al paso de las conquistas tártaras, cuando apenas esperanzaba concluir mi obra. <<

[1637] Las hostilidades ambiciosas y endeblillas del papa Carafa, Paulo IV, se hallarán en Tuano (l. XVI-XVIII) y Giannone (t. IV, p. 149-163). Estos fanaticones católicos, Felipe II y el duque de Alba, se amañaban a deslindar el príncipe romano y el vicario de Jesucristo; pero la categoría sagrada, que santificase su victoria, se aplicó a escudar su derrota. <<

[1638] Esta mutación sucesiva de costumbres y desembolso se halla primorosamente desempeñada en Adam Smith (*Wealth of Nations*, t. I, pp. 495-504), quien comprueba, tal vez con excesiva tirantez, que causas leves y aun interesadas han venido tal vez a acarrear preciosos resultados. <<

[1639] Hume (*History of England*, t. I, p. 389) infiere arrebatadamente, que si un mismo individuo observa las potestades civiles y eclesiásticas, supone poquísimo que se apellide príncipe, o prelado, por cuanto siempre el ramo temporal ha de venir a sobreponerse. <<

[1640] Cábele a un protestante el desestimar a san Francisco o santo Domingo con sus respectivas preeminencias; pero no menospreciará temerariamente el afán y el tino de Sixto V, quien colocó las estatuas de san Pedro y san Pablo en las columnas vacantes de Trajano y Antonino. <<

[1641] Un italiano andariego, Gregorio Leto, dio a luz la *Vita di Sisto V* (Amstel. 1721, 3 tomos en 12°) obra extensa y entretenida, pero que no da fe suficiente para todo su contenido. Pero la estampa del individuo, y los hechos principales, logran el arrimo de los anales de Spondano y Muratori (1585-1590 d. C.) y de la historia contemporánea del gran Tuano (l. LXXXII, c. 1, 2; l. LXXXIV, c. 10; l. C, c. 8). <<

[1642] Estos parajes privilegiados, los *quartieri*, o *franchises*, se prohijaron por los mismos extranjeros de la nobleza romana. Abolió al pronto Julio II el «abominandum et detestandum

franchitiarum hujusmodi nomen»; pero renacieron después de Sixto V. No me cabe deslindar la justicia o magnanimidad de Luis XIV, que en 1687 envió su embajador, el marqués de Lavardin a Roma, con un cuerpo armado de oficiales y dependientes, para sostener aquella demanda inicua, e insultar a Inocencio XI en el corazón de su capital (*Vita di Sisto V*, t. III, pp. 260-278; Muratori, *Annali d'Italia*, t. XV, pp. 494-496; Voltaire, *Siècle de Louis XIV*, t. II, c. 14, pp. 58, 59). <<

[1643] Aquel desacato acarreó un decreto, esculpido en mármol, que se colocó en el Capitolio. Su contenido es sencillo y varonil: «Si quis, sive privatus, sive magistratum gerens de collocandâ vivo pontifici statuâ mentionem facere ausit, legitimo S. P. Q. R. decreto in perpetuum infamis et publicorum munerum expers esto. MDXC mense Augusto» (*Vita di Sisto V*, t. III, p. 469). Entiendo que sigue rigiendo este decreto, y computo que todo monarca acreedor a una estatua debiera por sí y ante sí vedársela igualmente. <<

[1644] Las historias de la Iglesia, de Italia y de la cristiandad, han venido a contribuir para el capítulo que estoy concluyendo. En las *Vidas originales de los papas*, de continuo están asomando la ciudad y la República de Roma, y para los siglos XIV y XV he ido echando mano de las crónicas tosquísimas, pero verdaderas que registré con esmero y ahora voy a apuntarlas por su orden cronológico.

1. Monaldeschi (Ludovici Boncomitis) Fragmenta *Annalium Roman*. (1328 d. C.), en los *Scriptores Rerum Italicarum* de Muratori, t. XII, p. 525. N. B. Desmerece algún tanto el consejero de este fragmento, por la interpolación extrañísima, donde el autor va refiriendo *su propia muerte* a la edad de 115 años.

2. Fragmenta Historiæ Romæ (vulgo Thomas Fortifioccæ) in Romana Dialecto vulgari (1327-1354 d. C., en Muratori, *Antiquitatibus Italiae medii Ævi*, t. III, pp. 247-548) la obra auténtica y fundamental de la historia de Rienzi.
3. Delphini (Gentilis) Diarium Romanum (1370-1410 d. C.) en el *Scriptores Rerum Italicarum*, t. III, p. II, p. 846.
4. Antonii (Petri) *Diarium Rom*. (1404-1417 d. C.) t. XXIV, p. 969.
5. Petroni (Pauli) *Miscellanea Historia Romana* (1433-1446), t. XXIV, p. 1101.
6. Volaterrani (Jacob) *Diarium Rom*. (1472-1484 d. C.), t. XXIII, p. 81.
7. *Anonymi Diarium Urbis Romæ* (1481-1492 d. C.), t. III, p. II, p. 1069.
8. Infessuræ (Stephani) *Diarium Romanum* (1294 d. C. o 1378-1494 d. C.), t. III, p. II, p. 1109.
9. *Historia Arcana Alexandri VI, sive Excerpta ex Diario Joh. Burcardi* (1492-1503 d. C.) edita a Godofr. Gulielm. Leibnizio, Hanover, 1697, en 4°. El grandioso y apreciable Diario de Burcard pudiera completarse por los manuscritos de diferentes bibliotecas de Francia e Italia (Foncemagne en las *Mémoires de l'Académie des Insciptions*, t. XVII, p. 597-606).

Fuera del último todos estos fragmentos y diarios, se hallan juntos en la colección de Muratori, mi guía y maestro en la historia de Italia. Su patria y el público le está debiendo las obras siguientes, sobre el mismo asunto: 1. *Scriptores Rerum Italicarum* (500-1500 d. C.) *quorum potissima pars nunc primum in lucem prodit*, etc. veintiocho volúmenes en folio, Milán, 1723-1738, 1751. Falta todavía un tomo de llaves cronológicas y alfabéticas

para la gran obra que está todavía desarreglada en gran manera. 2. *Antiquitatibus Italiae medii Ævi*, seis volúmenes en folio, Milán 1738-1743, en setenta y cinco disertaciones curiosas sobre costumbres, religión, gobierno etc. sobre los italianos de aquellos siglos verdaderamente lóbregos, con muchísimos documentos de remotas crónicas, etc. 3. *Dissertazioni sopra le Antiquità Italiane*, tres volúmenes en 4°, Milán, 1751, con una versión libre del autor, que puede citarse con la misma confianza que el texto latino de las *Antigüedades Italianas*. 4. *Annali d'Italia*, dieciocho volúmenes en 8°, Milán, 1753-1756, un compendio descarriado pero esmerado y utilísimo de la historia de Italia desde el nacimiento de Jesucristo hasta mediados del siglo XVIII. 5. *Dell' Antichità Estense ed Italiane*, dos volúmenes en folio, Módena, 1717, 1740. En la historia de aquella alcurnia esclarecida, cuna de nuestros reyes de Brunswick, no retraen al crítico de su desempeño ni la lealtad ni el agradecimiento del súbdito. Asoma Muratori en todas sus partes como escritor diligentísimo e incansable que se sobrepone a las vulgaridades de clérigo católico. Nació en el año 1672 y murió en 1750, habiendo pasado sesenta años en las bibliotecas de Milán y de Módena (*Vita del Proposto Ludovico Muratori*, por su sobrino y sucesor Gian. Francesco Soli Muratori, Venezia, 1756, en 4°). <<

[1645] Mencioné ya (c. LXV, notas 50, 51) el siglo, índole y escritos de Poggio, puntualizando la fecha de aquel parto elegantísimo sobre los vaivenes de la suerte. <<

[1646] *Consedimus in ipsis Tarpeiae arcis ruinis, pone ingens portae cujusdam, ut puto, templi, marmoreum limen, plurimasque passim confractas columnas, unde magnâ ex parte prospectus urbis patet* (p. 5). <<

[1647] *Æneid* VIII, 97-369. Aquel cuadro antiguo tan

adecuadamente traído y tan primorosamente desempeñado, no podía menos de interesar entrañablemente a un romano, y desde los primeros rudimentos, estamos siempre dispuestos a condolernos de aquellas antiguas y sublimes pinceladas. <<

[1648] *Capitolium adeo … immutatum ut vineae in senatorum subellia successerint, stercorum ac purgamentorum receptaculum factum. Respice ad Palatinum montem … vasta rudera … caeteroscolles perlustra omnia vacua aedificiis, ruinis vineisque oppleta conspicies* (Poggio, de *Varietate Fortunæ*, p. 21). <<

[1649] Véase Poggio, pp. 8-22. <<

[1650] *Liber de Mirabilibus Romæ*, ex Registro Nicolai Cardinalis de Aragonia, in Bibliotheca Sancti Isidori Armario IV, núm. 69. Este tratadillo con algunas notas breves pero oportunas, fue publicado por Montfaucon (*Diarium Italicum*, pp. 283-301), quien manifiesta así su concepto crítico. *Scriptor xiiimi. circiter saeculi, ut ibidem notatur; antiquariae rei imperitus et, ut ab illo aevo, nugis et anilibus fabellis refertus: sed, quia monumenta, quae iis temporibus Romae supererant pro modulo recenset, non parum inde lucis mutuabitur qu Romanis antiquitatibus indagandis operam navabit* (p. 283). <<

[1651] El padre Mabillon (Analecta, t. IV, p. 502) ha dado a luz un peregrino anónimo del siglo IX quien en su visita por las iglesias y lugares santos de Roma apunta varios edificios, con especialidad pórticos que luego desaparecieron antes del siglo XIV. <<

[1652] Acerca del Septizonio véanse las *Mémoires sur la Vie de Pétrarque* (t. I, p. 325), Donato (p. 338) y Nardini (pp. 117, 414). <<

[1653] Remotísima y desconocida es la edad de las pirámides, puesto que Diodoro de Sicilia (t. I, l. I, c. 44, p. 72) no alcanza a

determinar si se construyeron mil o tres mil cuatrocientos años antes de las Olimpiadas CLXXX. Estrechando Marsham la reseña de las dinastías egipcias, viene a fijarlas en dos mil años antes de Cristo (*Canon Chronicus*, p. 47). <<

[1654] Véase la arenga de Glauco en la *Ilíada*. Este rasgo naturalísimo y melancólico menudea en Homero. <<

[1655] La erudición crítica de Vignoles (*Histoire Critique de la République des Lettres*, t. VIII, pp. 74-118; IX, pp. 172-187), va fechando el fuego de Roma desde el 19 de julio del 64 d. C., y la persecución subsiguiente de los cristianos desde el 15 de noviembre del mismo año. <<

[1656] «Quippe in regiones quatuordecim Roma dividitur, quarum quatuor integrae manebant, tres solo tenus dejectae: septem reliquis pauca testorum vestigia supererant, lacera et semiusta». Entre los restos malogrados para siempre Tácito cuenta el templo de la Luna de Servio Tulio, el santuario o el ara consagrada por Evandro «præsenti Herculi»; el templo de Júpiter Stator, voto de Rómulo, el palacio de Numa, el templo de Vesta «cum Penatibus populi Romani». Va luego deplorando las «opes tot victoriis quaesitae et Graecarum artium decora … multa quae seniores meminerant, quae reparari nequibant» (*Annali d'Italia*, XV, 40, 41). <<

[1657] «A.U.C. 507, repentina subversio ipsius Romae praevenit triumphum Romanorum … diversae ignium aquarumque cladespene absumsere urbem Nam Tiberis insolitis auctus imbribus et ultra opinionem, vel diuturnitate vel maguitudine redundans *omnia* Romae aedificia in plano posita delevit. Diversae qualitate locorum ad unam convenere perniciem: quoniam et quae segniori inundatio tenuit madefacta dissolvit, et quae cursus torrentis invenit impulsa dejecit» (Orosius, *Hist.* l. IV, c. 11, p. 244, ed. Havercamp). Pero hay que advertir cómo

es el ahincado empeño del apologista cristiano el abultar más y más los quebrantos del mundo pagano. <<

[1658]

Vidimus flavum Tiberim, retortis

Littore Etrusco violenter undis

Ire dejectum monumenta Regis

Templaque Vestae.

(Horat. *Carm*. I, 2)

Contradicen estos rasgos poéticos lo del fuego de Nerón con el estrago de las moles *vetustissima* o *incorrupta*. <<

[1659] «Ad coercendas inundationes alveum Tiberis laxavit, ac repurgavit, completum olim ruderibus, et aedificiorum prolapsionibus coarctatum» (Suetonius, en *Augusto*, c. 30). <<

[1660] Tácito (*Annal*. I, 79) refiere la solicitud de varios pueblos de Italia al Senado contra aquella providencia, y nos complacemos con tamaño adelanto en racionalidad. En igual trance hay siempre que contar con intereses locales; pero una cámara de Comunes desecharía con menosprecio los reparos supersticiosos «de que la naturaleza había asignado a cada río su debido cauce», etc. <<

[1661] Véanse las *Epoques de la Nature* del elocuente y filosófico Buffon. Su cuadro de la Guayana en América meridional está retratando al vivo un territorio nuevo y montaraz, en que campean las aguas a su albedrío sin que industria humana acuda a enfrenarlas (pp. 212, 561, ed. en 4°). <<

[1662] Addisson, en sus viajes por Italia (*Works*, t. II, p. 98, ed. de Baskerville) ha observado este hecho curioso e indisputable. <<

[1663] Pero aun en los tiempos modernos el Tíber alguna vez se desmanda y estraga la ciudad, y en los años 1530, 1557 y 1598 los anales de Muratori tienen tres inundaciones memorables y

asoladoras (t. XIV, p. 268, 429; t. XV, pp. 99 y ss.). <<

[1664] Con este motivo debo manifestar, que por doce años he olvidado o desatendido la huida de Odín, de Azov a Suecia que nunca creí de veras. Los godos vienen a ser germanos; pero en las antigüedades de Germanía, más allá de César y Tácito ya todo viene a ser lobreguez y patraña. <<

[1665] *Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano*, vol. II, cap. XXXI, p. 357. <<

[1666] *Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano*, vol. II, cap. XXX, pp. 312-313. <<

[1667] *Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano*, vol. III, cap. XXXIX, pp. 25-26. <<

[1668] *Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano*, vol. III, cap. XLIII, pp. 162-165. <<

[1669] *Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano*, vol. II, cap. XXVIII, pp. 269-271. <<

[1670] *Eodem tempore petiit a Phocate principe templum, quod appellatur Pantheon, in quo fecit ecclesiam Sanctae Mariae semper Virginis, et omnium martyrum; in qua ecclesiae princeps multa bona obtulit* (Anastasius, *vel potius Liber Pontificalis* in Bonifacio IV, en Muratori, *Scriptores Rerum Italicarum*, t. III, p. I, p. 135). Según el anónimo de Montfaucon, Agripa había dedicado el Panteón a Cibeles y Neptuno, y Bonifacio IV, en las calendas de noviembre, a la Virgen, *quae est mater omnium sanctorum* (pp. 297, 298). <<

[1671] Flaminio Vacca (*apud* Montfaucon, p. 155, 156: asimismo su memoria está impresa, p. 21, al final de *Roma Antica* de Nardini) y varios romanos, *doctrina graves*, vivían persuadidos de que los godos sepultaron sus tesoros en Roma, dejando las señas a los hijos, *fifiis nepotibusque*. Refiere pasos que

comprueban cómo aquellos sitios fueron registrados y despojados por peregrinos trasalpinos, como herederos de los conquistadores godos. <<

[1672] «Omnia quae erant in aere ad ornatum civitatis deposuit, sed e ecclesiam B. Mariae ad martyres quae de tegulis aereis cooperta discooperuit» (Anast. en *Vitalian*. p. 141). El griego ruin y sacrílego no tuvo ni el mezquino pretexto de saquear un templo pagano, pues ya a la sazón el Panteón era una iglesia católica. <<

[1673] Sobre los despojos de Ravena (*musiva atque marmora*) véase el otorgamiento original del papa Adriano I a Carlomagno (*Codex Carolin, Ep*. LXVII, en Muratori, *Scriptores Rerum Italicarum*, t. III, p. II, p. 223). <<

[1674] Voy a citar el testimonio auténtico del poeta sajón (887-899 d. C.) de *Rebus gestis Caroli Magni*, l. V. 437-440, en los *Historiadores de Francia* (t. V, p. 180):

Ad quae marmoreas praestabat Roma columnas,

Quasdam praecipuas pul hra Ravenna dedit.

De tam longinquâ poterit regiona vetustas

Illius ornatum, Francia, ferre tibi.

Añadiré de la crónica de Sigeberto (*Historians of France*, t. V, p. 378) *xtruxit etiam Aquisgrani basilicam plurimae pulchritudinis, ad cujus structuram a Roma et Ravenna columnas et marmora devehi fecit*. <<

[1675] No puedo menos de citar un paso larguillo de Petrarca (Opp. pp. 536, 537) en *Epistola hortatoria ad Nicolaum Laurentium*, por ser tan briosa y esmerada al intento: «Nec pudor aut pietas continuit quominus impii spoliata Dei templa, occupatas arces, opes publicas, regiones urbis, atque honores magistratûum inter se divisos; (*¿habeant?*); quam unâ in re,

turbulenti ac seditiosi homines et totius reliquae vitae consiliis et rationibus discordes, inhumani foederis stupendâ societate convenirent, in pontes et moenia atque immeritos lapides desaevirent. Denique post vi vel senio collapsa palatia, quae quondam ingentes tenuerunt viri, post diruptos arcus triumphales, (unde majores horum forsitan corruerunt,) de ipsius vetustatis ac propriae impietatis fragminibus vilem quaestum turpi mercimonio captare non puduit. Itaque nunc, heu dolor! heu scelus indignum! de vestris marmoreis columnis, de liminibus templorum, (ad quae nuper ex orbe toto concursus devotissimus fiebat,) de imaginibus sepulchrorum sub quibus patrum vestrorum venerabilis civis (*¿cinis?*) erat, ut reliquas sileam, desidiosa Neapolis adornatur. Sic paullatim ruinae ipsae deficiunt.». Y el príncipe Roberto era amigo de Petrarca. <<

[1676] Carlomagno, sin embargo, se bañó y nadó en Aquisgrán con un centenar de palaciegos (Eginhart, c. 22, pp. 108, 109); y Muratori va describiendo aun por el año de 814, los baños públicos construidos en Spoleto, Italia (*Annali d'Italia*, t. VI, p. 416). <<

[1677] Véanse los *Annali d'Italia*, 988 d. C. En este hecho y el anterior el mismo Muratori está en deuda con la *Historia benedictina* del padre Mabillon. <<

[1678] *Vita di Sisto V* de Gregorio Leto, t. III, p. 50. <<

[1679] «Porticus aedis Concordiae, quam cum primum ad urbem accessi vidi fere integram opere marmoreo admodum specioso: Romani postmodum ad calcem aedem totam et porticus partem disjectis columnis sunt demoliti» (p. 12). Y así ni asonada en el siglo XIII como he leído en el manuscrito antiguo del *Governo civile di Rome*, ni otra causa derribó el templo de la Concordia, y conceptúo que se atribuyó equivocadamente a Gravino. También afirma Poggio que se quemó para cal el sepulcro de

Cecilio Metelo (pp. 19 y 20). <<

[1680] Compuesto por Eneas Silvio, después papa Pío II, y publicado por Mabillon, de un manuscrito de la reina de Suecia (*Musæum Italicum*, t. I, p. 97).

Oblectat me, Roma, tuas spectare ruinas:

Ex cujus lapsû gloria prisca patet.

Sed tuus hic populus muris defossa vetustis

Calcis in obsequium marmora dura coquit.

Impia tercentum si sic gens egerit annos

Nullum hinc indicium nobilitatis erit. <<

[1681] «Vagabamur pariter in illâ urbe tam magnâ quae, cum propter spatium vacua videretur, populum habet immensum» (Opp. p. 605, *Ep. Familiares*, II, 14). <<

[1682] Estos padrones de Roma en diversas épocas se han sacado de un tratado ingenioso del médico Lancisi, de *Romani Cœli Qualitatibus* (p. 122). <<

[1683] Cuantos hechos corresponden a las torres de Roma y demás ciudades de Italia se hallarán en la recopilación trabajosa pero entretenida de Muratori, *Antiquitatibus Italiae medii Ævi, dissert*. XXVI (t. II, pp. 493-496, de la obra latina; t. I, p. 446, de la italiana). <<

[1684] Como por ejemplo, «templum Jani nunc dicitur, turris Centii Frangipanis; et sane Jano impositae turris lateritiae conspicua hodieque vestigia supersunt» (Montfaucon, *Diarium Italicum*, p. 186). El anónimo (p. 285) va enumerando, «arcus Titi, turris Cartularia; arcus Julii Caesaris et Senatorum, turres de Bratis; arcus Antonini, turris de Cosectis», etc. <<

[1685] «Hadriani molem […] magna ex parte Romanorum injuria […] disturbavit; quod certe funditus evertissent, si eorum

manibus pervia, absumptis grandibus saxis, reliqua moles exstisset» (Poggius, de *Varietate Fortunae*, p. 12). <<

[1686] Contra el emperador Enrique IV (Muratori, *Annali d'Italia*, t. IX, p. 147). <<

[1687] Tengo que copiar un paso importante de Montfaucon: «Turris ingens rotunda […] Caeciliae Metellae […] sepulchrum erat, cujus muri tam solidi, ut spatium perquam minimum intus vacuum supersit; et *Torre di Bove* dicitur, a boum capitibus muro inscriptis. Huic sequiori aevo, tempore intestinorum bellorum, ceu urbecula adjuncta fuit, cujus moenia et turres etiamnum visuntur; ita ut sepulchrum Metellae quasi arx oppiduli fuerit. Ferventibus in urbe partibus, cum Ursini atque Colum nenses mutuis cladibus perniciem inferrent civitati, in utriusve partia ditionem cederet magni momenti erat» (p. 142). <<

[1688] Véanse los testimonios de Donato, Nardini y Montfaucon. En el palacio Savelli, los restos del teatro de Marcelo son aún grandes y conspicuos. <<

[1689] Jaime, cardenal de san Jorge, *ad velum aureum*, en su vida versificada de Celestino V (Muratori, *Scriptores Rerum Italicarum*, t. I, p. III, p. 621, l. I, c. 1, ver. 132 y ss.):

Hoc dixisse sat est, Romam caruisee Senatû

Mensibus exactis heu sex; belloque vocatum (vocatos)

In scelus, in socios fraternaque vulnera patres;

Tormentis jecisse viros immania saxa;

Perfodisse domus trabibus, fecisse ruinas

Ignibus; incensas turres, obscuraque fumo

Lumina vicino, quo sit spoliata supellex. <<

[1690] Muratori (*Dissertazione sopra le Antiquità Italiane*, t. I, p.

427-431) cree que solían tirar balas de piedra de hasta doscientas y trescientas libras [92 y 138 kg] de peso, y se regulan de a doce y aun trece cántaros de Génova cada una de ciento cincuenta libras [69 kg]. <<

[1691] La quinta ley de los Viscontis veda aquella práctica general y perniciosísima, encargando rigurosamente que la casa de todo ciudadano ausente o desterrado, se conservase por la utilidad común (Gualvaneus de la Flamma, en Muratori, *Scriptores Rerum Italicarum*, t. XII, p. 1041). <<

[1692] Así se expresa Petrarca con su amigo, quien con rubor y lágrimas le había mostrado las *mænia, laceræ specimen miserabile Romæ*, y le manifiesta su propio ánimo de restablecerlas (*Carmina latina*, l. II, epist. Paulo Annibalensi, XII, p. 97, 98).

Nec te parva manet servatis fama ruinis

Quanta quod integrae fuit olim gloria Romae

Reliquiae testantur adhuc; quas longior aetas

Frangere non valuit; non vis aut ira cruenti

Hostis, ab egregiis franguntur civibus, heu! heu'

—Quod ille nequivit (Hannibal.)

Perficit hic aries. <<

[1693] La cuarta parte de la *Verona Illustrata* del marqués Maffei se dedica expresamente a los anfiteatros y con especialidad a los de Roma y Verona, sus dimensiones, galerías de madera, etc. Su nombre de *Coliseo* o *Coloseo* dimana de su grandiosidad, puesto que se apellidó igualmente el anfiteatro de Capua, sin el acompañamiento de estatua colosal, pues la de Nerón se levantó en su propio atrio, y no en el Coliseo (p. IV, p. 15-19, l. I, c. 4). <<

[1694] José María Suárez, obispo doctísimo y autor de una historia de Prenesto compuso una disertación peculiar sobre las seis o

siete causas probables de aquellos agujeros, reimpresa después en el tesoro Romano de Sallengre. Montfaucon (*Diarium*, p. 233) sentencia que el saqueo de la barbarie es «unam germanamque causam foraminum». <<

[1695] Donato, *Roma Vetus et Nova*, p. 285. <<

[1696] «Quandiu stabit Colyseus stabit et Roma, quando cadet Colyseus, cadet Roma; quando cadet Roma cadet et mundus» (Beda inexcerptis seu Collectareis *apud* Ducange, *Gloss. Latin. mediæ et infimæ Ætatis*, t. II, p. 407, ed. Basil). Este dicho es de los peregrinos anglosajones que visitaron Roma antes de 735, época de la muerte de Beda, pues no creo que nuestro venerable monje atravesase jamás el mar. <<

[1697] No recuperar, en Muratori, *Vidas originales de los papas* (*Scriptores Rerum Italicarum*, t. III, p. I) el paso que acredita aquella partición hostil que debe apropiarse al fin del siglo XI o al principio del XII. <<

[1698] Aunque yace la obra del circo Agonal, conserva todavía la planta y el nombre (Agona, Nagona, Navona); y el interior proporciona campo suficiente para las carreras. Pero el Monte Testaccio, aquel extraño hacinamiento de alfarería rota, tan sólo parece adecuado para derrotar desde su cumbre algunas carretadas de cerdos vivos para recreo del populacho (*Statuta almæ Urbis Romæ Auctoritate*, p. 186). <<

[1699] Véase *Statuta almæ Urbis Romæ Auctoritate*, l. III, c. 87, 88, 89, pp. 185, 186. Ya di allá un apunte de aquel código concejil. Suenan igualmente las carreras de Navona y Monte Testaccio en el diario de Pedro Antonio de 1404 a 1417 (Muratori, *Scriptores Rerum Italicarum*, t. XXIV, p. 1124). <<

[1700] El *Pallium* que Menage deriva tan desatinadamente de *Palmarium*, es una dilatación muy obvia del concepto y de la

palabra, de la ropa o vestido a los materiales, y de éstos a su aplicación como premio (Muratori, dissert. XXXIII) <<

[1701] Para estas expensas tenían que pagar anualmente los judíos de Roma hasta mil ciento treinta florines de los cuales la suerte de treinta representaba las piezas de plata por las cuales Judas vendió a su maestro a los antepasados. También había su carrera a pie para los judíos como para los cristianos, entre la mocedad (*Statuta almæ Urbis Romæ Auctoritate*, ibidem). <<

[1702] Está descrita aquella corrida extraordinaria de toros en el Coliseo por tradición más bien que por memoria especial por Ludovico Buonconte Monaldesco y en los fragmentos más antiguos de los anales romanos (Muratori, *Scriptores Rerum Italicarum*, t. XII, pp. 535, 536), y por más novelados que parezcan están brotando verdad y colores naturales en todas sus partes. <<

[1703] Muratori trae una disertación aparte, la XXIX, sobre estos juegos de los italianos en la Edad Media. <<

[1704] El abate Barthelemy, en una memoria lacónica y esmerada (*Mémoires de l'Académie des Insciptions*, t. XXVIII, p. 585) menciona el convenio de las facciones en el siglo XIV, de *Tiburtino faciendo* en el Coliseo, del acta original en los archivos de Roma. <<

[1705] «Coliseum […] ob stultitiam Romanorum *majori* ex *parte* ad calcem deletum», prorrumpe airado Poggio (p. 17): pero su expresión, demasiado conceptuosa para este siglo, debe aplicarse con ahínco al décimo quinto. <<

[1706] De los monjes olivetanos, Montfaucon (p. 142) afirma este hecho por los manuscritos de Flaminio Vacca (núm. 72). Esperanzaron siempre coyuntura para rehacerse con su posesión. <<

[1707] Montfaucon, después de ir midiendo (p. 142) el giro primitivo del anfiteatro añade únicamente que se mantenía cabal con Pablo III; tacendo clamat. Muratori (*Annali d'Italia*, t. XIV, p. 371) más desahogadamente refiere el atentado del papa Farnesio y la ira del pueblo romano. Contra los sobrinos de Urbano VIII no tengo otro testimonio que el dicho vulgar «quod non fecerunt Barbari fecerunt Barberini» apuntado tal vez por la semejanza del nombre. <<

[1708] Montfaucon ya como anticuario ya como sacerdote, se arrebata así contra el exterminio del Coliseo: «Quod si non suopte merito atque pulchritudine dignum fuisset quod improbas arceret manus, indigna res utique in locum tot martyrum cruore sacrum tantopere saevitum esse». <<

[1709] Pero los estatutos de Roma (l. III, c. 81, p. 182) multan en quinientos *aurei* a todo demoledor de edificios antiguos «ne ruinis civitas deformetur, et ut antiqua aedificia decorem urbis perpetuo representent». <<

[1710] En su primera visita a Roma (1337 d. C.; véanse las *Mémoires sur la Vie de Pétrarque*, t. I, p. 322 y ss.). Enmudece Petrarca «miraculo rerumtantarum, et stuporis mole obrutus [...] Praesentia vero, mirum dictû nihil imminuit: vere major fuit Roma majoresque sunt reliquiae quam rebar. Jam non orbem ab hâc urbe domitum, sed tam sero domitum, miror» (Opp. p. 605, *Familiares*, II, 14, Joanni Columnæ). <<

[1711] Exceptúa y ensalza los conocimientos peregrinos de Juan Colonna. «Qui enim hodie magis ignari rerum Romanarum, quam Romani cives! Invitus dico, nusquam minus Roma cognoscitur quam Romae». <<

[1712] Tras la descripción del Capitolio añade: «Statuae erant quot sunt mundi provinciae; et habebat quaelibet tintinnabulum ad collum. Et erant ita per magicam artem dispositae, ut quando

aliqua regio Romano Imperio rebellis erat, statim imago illius provinciae vertebat se contra illam; unde tintinnabulum resonabat quod pendebat ad collum; tuncque vates Capitolii qui erant custodes senatui», etc. Menciona además el ejemplar de sajones y suevos, quienes avasallados ya por Agripa se sublevaron de nuevo: «tintinnabulum sonuit; sacerdos qui erat in speculo in hebdomadâ senatoribus nuntiavit». Retrocede Agripa y sojuzga a los persas (Anónimo, en Moutfaucon, pp. 297, 298). <<

[1713] Afirma el mismo autor que Vigilio «captus a Romanis invisibiliter, exiit, ivitque Neapolim». Un mago romano en el siglo XI asoma en Guillermo de Malmesbury (de *Gestis Regum Anglorum*, l. II, p. 86) y en tiempo de Flaminio Vacca (núms. 81, 103) era creencia vulgar que los extranjeros (los *godos*), andaban invocando a los diablos, en busca de tesoros ocultos. <<

[1714] Anónimo, p. 289. Montfaucon (p. 191) advierte atinadamente que si el representado es Alejandro, no cabe que las estatuas sean parto de Fidias (*Olympiad.*, LXXXIII) ni de Praxíteles (*Olympiad.*, CIV), quienes vivieron antes que el conquistador (Plinio, *Hist. Natur.*, XXXIV, 19). <<

[1715] Refiere Guillermo de Malmesbury (l. II, pp. 86, 87) un descubrimiento portentoso (1046 d. C.) de Palas, hijo de Evandro, muerto por Turno; la luz perpetua de su sepulcro, un epitafio latino, el cadáver todavía cabal de un mancebo agigantado, la herida descomunal en el pecho *(pectus perforat ingens)* etc. Si tal patraña carecía de todo fundamento apenémonos por los cuerpos y las estatuas que estaban a la intemperie en aquel siglo bárbaro. <<

[1716] «Prope porticum Minervae, statua est recubantis, cujus caput integrâ effigie tantae magnitudinis, ut signa omnia excedat. Quidam ad plantandas arbores scrobes faciens detexit. Ad hoc visendum cum plures in dies magis concurrerent,

strepitum adeuentium fastidiumque vertaesus, horti patronus congestâ humo texit» (Poggius, de *Varietate Fortunæ*, p. 12). <<

[1717] Véanse las memorias de Flaminio Vacca, al fin de la *Roma Antica* de Nardini (1704, en 4°). <<

[1718] En 1709, el vecindario de Roma, fuera de ocho o diez mil judíos, ascendía a ciento treinta y ocho mil quinientas sesenta y ocho almas (Labat, *Voyages en Espagne et en Italie*, t. III, pp. 217, 218). Aumentaron en 1740 hasta más de ciento cuarenta y seis mil ochenta; y en 1765 los dejé en más de ciento sesenta y un mil ochocientos noventa y nueve, sin los judíos. No me consta que hayan seguido progresando. <<

[1719] El padre Montfaucon va repartiendo sus reparos u observaciones en veinte días; pudiera haberlos apellidado semanas o meses por sus visitas a las diversas partes de la ciudad (*Diarium Italicum*, c. 8-20, pp. 104-301). El docto benedictino hace su reseña desde los primeros topógrafos de la antigua Roma; los primeros conatos de Blondo, Fulvio, Marciano y Fauno, los ahincados afanes de Pirro Ligorio, así su desempeño literario correspondiera a sus desvelos; los escritos de Onofrio Panvino, «qui omnes obscuravit» y los libros recientes pero imperfectos de Donato y Nardini. Pero Montfaucon suspira todavía por otro plan y descripción más cabal de la ciudad antigua que debiera desempeñarse por los tres métodos siguientes: 1. Medida del ámbito e intermedios de escombros. 2. Estudio de las inscripciones y de los sitios donde se hallaron. 3. Pesquisa de todas las actas, escrituras, diarios de la Edad Media que nombran algún sitio o edificio de Roma. La laboriosa obra que propone el erudito necesita el arrimo y munificencia de príncipes y del público entero; pero el proyecto moderno de Nolli (1748 d. C.) suministra un cimiento sólido y esmerado para la topografía antigua de Roma. <<

Índice

Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano IV 3
LIII 6
LIV 51
LV 70
LVI 102
LVII 156
LAS CRUZADAS 191
LVIII 194
LIX 258
LX 303
LXI 351
LXII 393
LXIII 426
LXIV 455
LXV 495
LXVI 537
LXVII 587
LOS OTOMANOS Y EL FIN DEL IMPERIO BIZANTINO 615
LXVIII 617
LXIX 666
EL CISMA DE OCCIDENTE Y LA HISTORIA DE LOS PAPAS 710

LXX 713
LXXI 760
Autor 784
Notas 786